

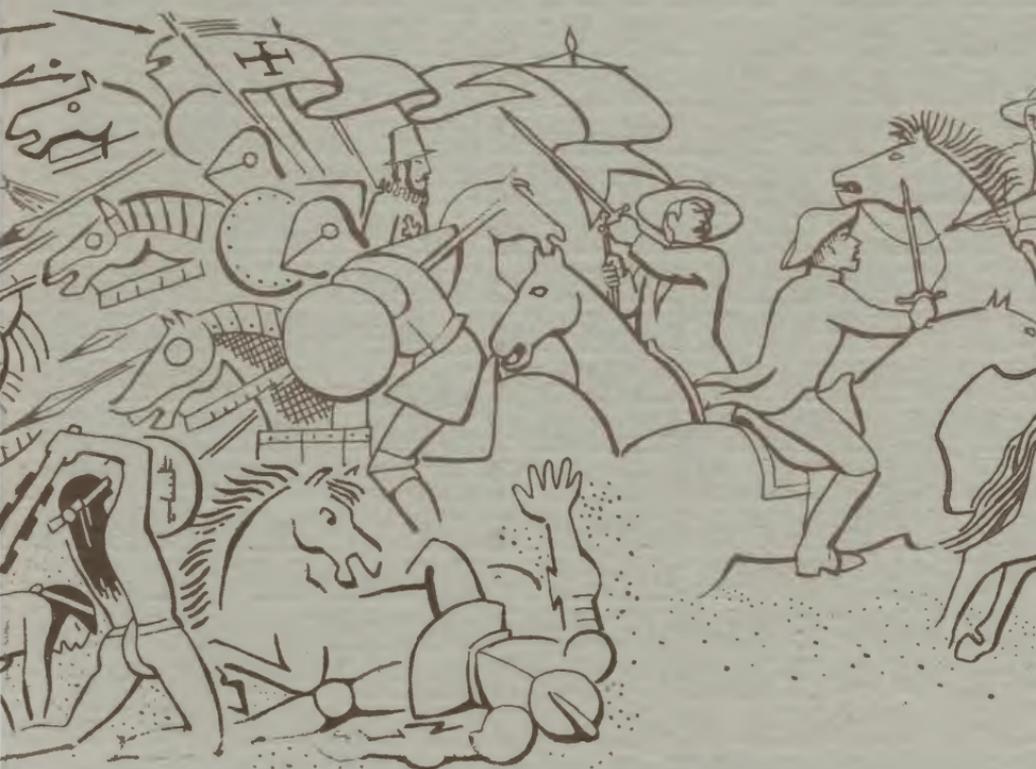
ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

LECTURAS

HISTÓRICAS

MEXICANAS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



LECTURAS HISTÓRICAS MEXICANAS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

LECTURAS HISTÓRICAS MEXICANAS

TOMO I

Selección, prefacio, notas
y tablas cronológicas de

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 1998

Primera edición
Empresas Editoriales, S. A., 1966

Primera edición UNAM: 1994
Segunda edición: 1998

DR © 1998, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510. México, D. F.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Impreso y hecho en México

ISBN 968-36-7208-6 (Obra completa)
ISBN 968-36-7209-4 (Tomo I)

*Sperantiae
dilectae conjugii
fideli comiti*

ADVERTENCIA

La aparición de una segunda edición universitaria de *Lecturas históricas mexicanas*, realizada por el Instituto de Investigaciones Históricas, al cual pertenezco, ratifica mi idea de que elaborar instrumentos destinados a la enseñanza de la historia no es un trabajo inútil sino necesario, indispensable. No sólo por el propio valor de esas obras —su utilidad manifiesta por su excelencia ideética, método y contenido—, sino porque en nuestro ámbito son escasas las publicaciones de ese género, porque nuestras bibliotecas carecen de medios de información vastos y al día, y porque no se puede exigir al estudiante ni la adquisición total de los textos que requiere para su formación, ni su lectura totalizadora.

Habiendo sido ésa la idea generadora de las *Lecturas*, así como la de otros instrumentos o útiles de estudio que he realizado como parte de mi labor enseñante en la UNAM, me satisface saber que continúan cumpliendo satisfactoriamente su misión, que sirven de guía, de *vademécum*, podríamos decir, a los estudiantes y, en general, a los abundantes lectores de historia. Concebidas a partir de una idea eminentemente didáctica y con base en un plan racional y amplio, constituyen el mejor instrumento a la mano para incursionar sin perderse en el amplio mundo de la producción histórica mexicana. Nunca tuvimos la pretensión de crear una obra enciclopédica que agotase la nómina de todos los “escribidores” y pensadores de nuestra historia. Quisimos, sí, ofrecer al estudioso una guía con las directrices bien marcadas de algunos de los escritores de historia, que no historiadores profesionales, que se han ocupado con amor e inteligencia del proceso de desarrollo de nuestra historia.

Hoy, con el deseo de que estas *Lecturas* prosigan su función enseñante, las entregamos de nuevo para su publicación,

habiendo añadido en los últimos volúmenes los datos terminales de algunos autores. Espero que generaciones de estudiosos inteligentes y trabajadores puedan elaborar otros volúmenes que completen o pongan al día la larga nómina que integra esta querida obra.

Agradezco a la doctora Virginia Guedea, directora de nuestro instituto, la decisión de hacer esta reedición.

El Olivar, agosto de 1998.

ÍNDICE

ADVERTENCIA	7
PREFACIO	9
POPOL VUH	91
<i>La creación del hombre</i>	92
CHILAM BALAM DE CHUMAYEL	103
<i>Libro de los antiguos dioses</i>	104
LEYENDA DE LOS SOLES	109
<i>La leyenda de los soles</i>	110
POCHTECAYOTL	116
<i>Los pochtecas</i>	116
RELACIÓN DE MICHOACÁN	124
<i>El Gobierno de Caltzonzi</i>	125
CRISTÓBAL COLÓN	132
<i>Carta de Colón a Luis de Santángel</i>	133
AMÉRICO VESPUCCIO	140
<i>El Nuevo Mundo</i>	141
PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA	153
<i>Códices, mapas y vestidos mexicanos</i>	153
FR. BARTOLOMÉ DE LAS CASAS	161
<i>Los indios del Nuevo Mundo</i>	162
GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS	166
<i>Las Indias Occidentales</i>	166
HERNÁN CORTÉS	171
<i>La gran Tenochtitlan</i>	174
PEDRO DE ALVARADO	184
<i>La conquista de Guatemala</i>	184

FR. FRANCISCO AGUILAR, O.P.	189
<i>Arribo de Cortés a México</i>	189
NUÑO BELTRÁN DE GUZMÁN	193
<i>Nuño de Guzmán y la esclavitud</i>	193
ANDRÉS DE TAPIA	196
<i>Los españoles en Tenochtitlan</i>	196
FR. ANDRÉS DE OLMOS, O.F.M.	210
<i>Del asentamiento de los mexicanos</i>	211
HERNANDO COLÓN	219
<i>Retrato de Colón</i>	221
EL CONQUISTADOR ANÓNIMO	226
<i>La milicia azteca</i>	226
AH NAKUK PECH	230
<i>Historia y crónica de Chac Xulub Chen</i>	230
BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO	246
<i>Caída de Tenochtitlan y prisión de Cuauhtémoc</i>	247
VISIÓN DE LOS VENCIDOS	264
<i>Visión de los vencidos</i>	265
BERNARDINO VÁZQUEZ DE TAPIA	281
<i>El descubrimiento de México</i>	281
FR. TORIBIO DE BENAVENTE (MOTOLINIA), O.F.M.	286
<i>Las diez plagas de las Indias</i>	287
FR. BERNARDINO DE SAHAGÚN (BERNARDINO RIBEIRA)	297
<i>Los dioses Huitzilopochtli y Quetzalcóatl</i>	298
GONZALO DE LAS CASAS	310
<i>Los chichimecas</i>	314
FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA	316
<i>La reedificación de México</i>	316
ALONSO DE ZORITA (O ZURITA)	320
<i>La ciudad de México</i>	320

FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR	330
<i>La capital de Nueva España</i>	331
FR. DIEGO DE LANDA, O.F.M.	352
<i>Los indios de Yucatán y sus costumbres</i>	352
FR. JERÓNIMO DE MENDIETA, O.F.M.	362
<i>La educación de las niñas y jóvenes entre los indios</i>	362
<i>De los daños que los españoles hacen a los indios</i>	375
HERNANDO ALVARADO TEZOSÓMOC	388
<i>El encuentro con los españoles</i>	388
DIEGO MUÑOZ CAMARGO	398
<i>Tlahuicole y el sacrificio gladiatorio</i>	399
JUAN BAUTISTA POMAR	403
<i>Los señores de Tezcoco</i>	404
FR. DIEGO VALADÉS, O.F.M.	409
<i>Las repúblicas de indios</i>	409
JUAN SUÁREZ DE PERALTA	413
<i>Las siete ciudades de Cíbola. La cacería</i>	414
FR. DIEGO DURÁN, O.P.	419
<i>El culto de Tláloc</i>	419
ANTONIO DE HERRERA Y TORDESILLAS	433
<i>Velázquez y Cortés</i>	433
BALTASAR DORANTES DE CARRANZA	444
<i>Vecinos de México en el siglo XVI</i>	444
FR. JUAN DE TORQUEMADA, O.F.M.	449
<i>Fray Pedro de Gante</i>	449
FR. AGUSTÍN DÁVILA PADILLA, O.P.	456
<i>Fray Bartolomé de las Casas, protector de los indios</i>	456
BERNARDO DE BALBUENA	467
<i>Grandeza mexicana</i>	467
ENRICO MARTÍNEZ	472
<i>De algunas características de la Nueva España</i>	473

FR. ANTONIO REMESAL, O.P.	478
<i>La evangelización en Chiapas</i>	478
FERNANDO DE ALVA IXTLILXÓCHITL	482
<i>Leyes y profecías del Rey Netzahualcóyotl</i>	482
ANDRÉS PÉREZ DE RIVAS, S.J.	490
<i>La rebelión de los Tepehuanes</i>	490
FR. DIEGO BASALENQUE, O.S.A.	508
<i>Tiripetto y su casa de estudios</i>	509
DOMINGO DE SAN ANTÓN MUÑÓN	
CHIMALPAHIN, CUAUHTLEHUANITZIN	520
<i>La conjuración de los negros de 1612</i>	521
FR. JUAN DE GRIJALVA, O.S.A.	526
<i>Don Vasco de Quiroga y los Hospitales de Santa Fe</i>	526
FR. ANTONIO TELLO, O.F.M.	530
<i>Fundación del convento de Chapala</i>	530
FRANCISCO DE CÁRDENAS Y VALENCIA	536
<i>Rebeliones en la provincia de Yucatán</i>	536
FR. FRANCISCO BURGOA, O.P.	542
<i>Vida del siervo de Dios Fr. Alonso López</i>	542
FR. ALONSO DE LARREA, O.F.M.	550
<i>Arte y ceremonias de los tarascos</i>	550
ANTONIO DE SOLÍS Y RIVADENEYRA	555
<i>El Ayuntamiento de Veracruz</i>	555
FR. DIEGO LÓPEZ COGOLLUDO, O.F.M.	559
<i>Calendario y costumbres de los mayas</i>	559
FR. AGUSTÍN DE BETANCUR (O VETANCOURT)	565
<i>La llegada de los misioneros</i>	565
FRANCISCO FLORENCIA, S.J.	573
<i>La peste de 1575</i>	573
CARLOS DE SICUENZA Y GÓNCORA	580
<i>El motín de 1692</i>	581

FR. FRANCISCO XIMÉNEZ, O.P.	588
<i>Los indios de Chiapas</i>	589
FR. ISIDRO FÉLIX DE ESPINOSA, O.F.M.	594
<i>Fray Juan de San Miguel, civilizador</i>	595
MIGUEL VENEGAS, S.J.	603
<i>Las misiones de California</i>	604
JUAN JOSÉ DE EGUIARA Y ECUREN	610
<i>La precocidad de los ingenios americanos</i>	610
JOSÉ ANTONIO VILLASEÑOR Y SÁNCHEZ	619
<i>Valladolid de Michoacán</i>	619
DIEGO ANTONIO BERMÚDEZ DE CASTRO	627
<i>Fray Julián Garcés</i>	627
<i>Del carácter de los nacidos en Puebla</i>	633
PEDRO TAMARÓN Y ROMERAL	639
<i>Relación de la provincia de Sonora. Siglo XVIII</i>	639
FR. PABLO DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN BEAUMONT	648
<i>El sacrificio de Caltzontzi</i>	648
LORENZO BOTURINI BENADUCCI	655
<i>Las fiestas de Quetzalcóatl y de Camaxtli</i>	656
MARIANO FERNÁNDEZ DE ECHEVERRÍA Y VEYTIA	659
<i>Puebla de los Ángeles</i>	660
FR. JUAN AGUSTÍN DE MORFI, O.F.M.	674
<i>Querétaro y el campo mexicano en el siglo XVIII</i>	674
FRANCISCO JAVIER ALEGRE, S.J.	684
<i>El Padre Kino</i>	684
NICOLÁS DE LAFORA	688
<i>El reino de Nuevo México</i>	688
FRANCISCO JAVIER CLAVIERO, S.J.	691
<i>Carácter y costumbres de los mexicanos</i>	692
RAFAEL LANDÍVAR, S.J.	704
<i>El cultivo de la grana y la púrpura</i>	704

ANTONIO LEÓN Y GAMA	711
<i>Descubrimiento de la Coatlicue y de la Piedra del Sol</i>	711
ANDRÉS CAVO, S.J.	718
<i>La segunda audiencia</i>	718
JUAN LUIS MANEIRO, S.J.	730
<i>Francisco Javier Clavijero</i>	730
JOSÉ MARIANO BERISTÁIN DE SOUZA	737
<i>La cultura en Nueva España</i>	738

Lecturas históricas mexicanas

Tomo I

editado por el Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM,
se terminó de imprimir en Hemes Impresores,
Cerrada Tonatzin 6, Col. Tlaxpana, C. P. 11370, México, D. F.
el 21 de octubre de 1998. Esta segunda edición universitaria,
en papel Cultural de 90 gramos, consta de 2 000 ejemplares
y estuvo al cuidado del Departamento Editorial del propio Instituto



PREFACIO

I

Esta obra representa una selección de textos históricos, de testimonios directos de la historia mexicana, destinados a complementar su enseñanza y aprendizaje. No se trata de un manual escolar más, sino de un auxiliar de los manuales existentes que servirá lo mismo al estudiante que al maestro que desee tener a mano los trozos vivos, auténticos, frescos, relativos a las personas y acontecimientos que necesiten explicar. A través de estas lecturas ofrecemos un panorama amplio del desarrollo histórico de México, trazado por los mismos actores de su historia y por los cultores de ella más sobresalientes. De esta suerte las razones íntimas de los acontecimientos, la explicación de los fenómenos más importantes, el planteamiento de los problemas más radicales, y también su solución, nos son revelados por los hombres que en ellos intervinieron. ¿Qué mejor manera de acercarse a la verdad, o por lo menos a su esclarecimiento, que el poder oír a los propios testigos y actores, escuchar su voz, sentir la vibración de sus impulsos, la violencia acelerada de sus pasiones, el brotar sereno de sus virtudes?

Voz viva y auténtica resulta el texto directo, el testimonio que creemos o del que desconfiamos cuando nos percatamos de las circunstancias en que se dio; viva y auténtica es la impresión directa que el guerrero nos da de sus heroicas hazañas y de sus tristes derrotas; el indio de su misterioso y complejo cosmos, de su grandeza cultural y espiritual y de la destrucción de cuanto le rodeaba; el misionero, de la protección de los desvalidos, de su lucha contra los apetitos de los implacables y contra el demonio que movía a indios y europeos, de sus esfuerzos para imponer la paz y la cultura; el criollo, de la madurez de su pensamiento, de la defensa de sus intereses espirituales y materiales y de la justicia de su batallar; el reformista, de la urgencia de un cambio que posibilítase para todos una vida más digna, más noble, sin desigualdades y sin censuras de ninguna especie; el conservador que añoraba el pasado por miedo al futuro. Por fresco, por vitalmente sano y reconfortante, por servir de catarsis de la conciencia cuando es contradictoria y obliga a pensar, el testimonio directo es un instrumento imprescindible en el aprendizaje histórico.

Los manuales, por perfectos que sean, presentan los acontecimientos deformados, modificados por la circunstancia misma en que se desenvuelve su autor, por las presiones materiales y espirituales a que sin quererlo o queriéndolo está sometido; a un complejo ideológico y sentimental ajeno en las más de las ocasiones a la época y a los hombres de que se ocupa, en tanto que los contemporáneos de los hechos nos ofrecen, sin duda, aunque sean más apasionadas, impresiones más vivas, más de creer, menos deformadas a través de tanto filtro, y por tanto más útiles para la reconstitución histórica posterior.

El valor de las lecturas históricas ha sido aquilataado en muchas ocasiones y en los más variados lugares, y difícilmente se puede encontrar un país adelantado en el cual la enseñanza de la historia no las tenga como apoyo.

En nuestra lengua hay valiosos antecedentes que nos han servido de inspiración y ejemplo. ¡Cuánto debemos en nuestra afición histórica al hecho de haber contado en nuestros primeros años con los preciosos manuales de la Junta para Ampliación de Estudios y del Instituto Escuela, de España, dirigidos por Menéndez Pidal dentro de la serie Biblioteca Literaria del Estudiante, que nos ponían en contacto con las voces auténticas de la historia, con sus latidos más íntimos! Y después de Menéndez Pidal, en un esfuerzo más organizado y concreto, más didáctico, nos llegaron las *Lecturas Históricas Españolas*, preparadas por Claudio Sánchez Albornoz y Carmelo Viñas Mey, obra devenida clásica y fundamental, por el riguroso criterio con que fue elaborada, su alto sentido, y la gran idoneidad y experiencia de sus autores. En este libro nos hemos inspirado y aun el nombre de esta obra a él lo debemos.

No podíamos contar con mejor ejemplo, ni tampoco tener la gran responsabilidad que implica ampliar un trabajo a otros ámbitos con una precedencia tan ilustre.

Sánchez Albornoz y Viñas Mey —guardo de este último un grato recuerdo por la acogida que me diera en el Centro de Estudios Hispánicos de la Universidad de París—, al presentar al público su obra, subrayaron el valor e importancia de las lecturas históricas en un trozo que no tiene desperdicio y que no me resisto a repetir, para avalar el interés de un esfuerzo semejante. “De modo unánime se reconoce hoy que las lecturas históricas son la forma más eficaz para enseñar la historia a la juventud. De todas suertes, son el complemento

forzoso de los manuales. En éstos se presentan los acontecimientos históricos obedeciendo a un sistema concatenado, aspirando a dar una visión de conjunto del pasado, y en su deseo de lograrlo dan entrada al mayor número posible de sucesos, exponen las más variadas actividades de la sociedad y los pormenores biográficos de las grandes individualidades. El resultado evidente es que entre tan espesa red de datos y de síntesis se escapa lo más atrayente y animado de la historia, y con ello lo más característico y sugerente de la misma. Con su empleo exclusivo el escolar asiste sin interés, e incluso con tedio, al desfile cansado y monótono de un cortejo de sombras. Rara vez consigue alguna de éstas prenderse en los repliegues del recuerdo, y al cabo de meses, o de años, el estudiante llegado a madurez mira con desdén, si no huye con rencor, de la novela más rica en emociones, más sugestiva en enseñanzas, más variada y más compleja que pueda imaginarse: la que los hombres todos o cada pueblo en su propio solar han ido escribiendo a través de siglos y milenios."

"Al manual es indispensable ir acompañado de las lecturas históricas, en las que, a la inversa, se aprisionan trozos de la vida pretérita, rotos e inconexos, pero llenos de movimiento y de acción. Con ellos se logra destacar los personajes y sucesos más representativos, se consigue sacarles de las listas copiosas y opacas en que están instalados en la cronología de los siglos, darles relieve, mostrarlos a la mejor luz, hacerlos pasar ante nosotros, si no como seres vivos, con sus originalidades, grandezas y defectos. El escolar simpatizará o no con ellos, pero no los dejará desfilar indiferente. Transcurridos lustros o decenios, un día volverá sin duda a enfrentarse con los temas históricos y, siguiendo las mil sendas que las lecturas dejaron abiertas ante él, se adentrará en busca del no olvidado personaje, rey o príncipe, caudillo o religioso, dama o ministro, maja o soldado, que vive fijo en su memoria."

La parte última de esta explicación —toda en sí plena de claridad magistral, de insobrado razonar— plantea el uso extraescolar de las lecturas históricas. No tal vez, sino ciertamente, entre los géneros literarios uno de los preferidos es el histórico. A la belleza de la obra en sí está ligado un interés vital presente por indagar los hechos pasados, únicos o múltiples, y poder recrearlos a través de los pensamientos que impregnan de sentido a esos testimonios. En esos testimonios se

evidencia por otra parte “la forma espiritual en que una cultura rinde cuenta de su pasado”; y el conocimiento de una cultura a la que insalvablemente pertenecemos, es una urgencia que todos los hombres tienen en todo momento, principalmente cuando se experimenta un hastío por el presente y se indaga a un futuro, cuyas realizaciones están constreñidas —no determinadas implacablemente— por la historia.

En México un esfuerzo semejante al realizado en España por Menéndez Pidal está representado por la preciosa Biblioteca del Estudiante Universitario, dentro de la cual han aparecido casi cien volúmenes que registran la varia producción nacional.

Los lectores de obras históricas en todas las latitudes son numerosos y constituyen por otra parte un público inteligente y ávido al que hay que cuidar. El nacional que quiera penetrar con mayor hondura en los personajes o en sus hechos más directamente, sin intermediarios, pues no está satisfecho con las explicaciones escolares ya añosas; que desea enterarse con mayor claridad de determinados períodos históricos y de la acción de sus dirigentes, de recrear momentos críticos o agradables de su propio pasado, tendrá en las lecturas un instrumento idóneo. Entre ellas puede seleccionar las que más se ajusten a su sensibilidad e inclinaciones, las que cubran mejor sus intereses. El extranjero podrá tener a la mano una explicación totalizadora de la historia mexicana y condensadas una serie de obras de difícil acceso. Ambos encontrarán por otra parte las voces insustituibles de los grandes personajes y los opuestos pareceres de quienes han forjado la historia y de los que se han ocupado de escribirla, pues la historia, como señala Carlyle, es un infinito libro sagrado que todos los hombres escriben y tratan de entender.

En estas lecturas hemos tratado de dar cabida a todos los criterios. La explicación de los hechos históricos y los personajes que en ella se encuentran corresponden a nuestra propia realidad. Aquí escucharemos las voces genuinas de nuestro devenir histórico. Ninguna que tenga algún valor ha sido omitida. En una obra de esta naturaleza existe la certeza, ya no la posibilidad, de alguna o algunas faltas. De ello estamos plenamente conscientes, mas su ausencia se explica sólo por un descuido y no por eliminación intencional.

La historia mexicana es como la de muchos otros pueblos, muy compleja e intensamente dramática. Ha pasado por perío-

dos altamente dinámicos; la Conquista, la Independencia, la Reforma, la Revolución y por otros que en medio de un aparente estatismo e inmovilidad, han servido de fermento a profundos cambios y conmociones. En sus largas centurias, sin embargo, se observa una constante, la de la acción que promueve conscientemente una mutación en el estado general de las cosas: social, cultural, económico, político, y compromete en ese cambio su destino. Los actores de la historia mexicana han tenido en buena parte clara conciencia de ese compromiso; en otros, los menos, se ha manifestado atenuado. Con prístina claridad unos, débilmente otros, en sus escritos han testimoniado ese compromiso. Los caminos han sido diversos y ese enfrentarse, esa capacidad de selección ofrece en cuanto a testimonios una escala muy variada, una serie de opiniones muy contradictorias. Nuestro propósito ha sido el de ofrecer las más significativas, de mostrar no sólo las divergencias de opinión y conducta frente a determinados hechos, sino también las diferentes explicaciones históricas que posteriormente se han dado a aquellos hechos y a aquellos hombres. La explicación de un acontecimiento alcanza una mayor perfección en la medida en que es posible escuchar a las partes interesadas. Por ello acerca de un mismo fenómeno escogimos y presentamos dos o más testimonios. De esta suerte volvemos a escuchar la polémica, a recrearla y a comprender el por qué de la solución que se dio.

Los textos que se ofrecen corresponden a los aspectos más salientes de nuestro proceso histórico. Pensamos que había que mostrar su desenvolvimiento en forma amplia, señalando los múltiples aspectos que lo integran, pues la acción del hombre es varia y compleja. En estas páginas transcurren innumerables personajes, desde las más remotas épocas hasta las más recientes. Se tiene un desarrollo cronológico que hincan en los más variados aspectos y así, dentro de un orden progresivo, nos percatamos de la evolución social, cultural, económica, política y religiosa de México. Desde las visiones cosmológicas de las culturas de los nahoas y mayas, sus costumbres y panteón religioso, el impacto de la Conquista, la evangelización, la dominación y organización virreinal, la lucha por la Independencia y la Reforma, la paz porfiriana, la Revolución y la transformación actual, todo puede encontrarse aquí. A quien quiera seguir con curiosidad el desarrollo mexicano en esa forma estas páginas podrán satisfacerle ampliamente.

Por otra parte, estas lecturas revelan también ya no el

desarrollo histórico, sino el proceso historiográfico mexicano. Los testimonios seleccionados son una muestra de cómo ha sido realizada la historia, entendida no sólo como *res gestae*, que es el desarrollo histórico, sino como *historia rerum gestarum*, esto es, el saber sobre esos acaecimientos, sobre el tal desarrollo y esencialmente sobre los aspectos más salientes de ese desarrollo. Advertimos que no pretendemos que éste sea un trabajo historiográfico, esto es, un estudio de las diversas formas de sentir, enfocar y realizar la historia, sino solamente una presentación de lecturas históricas. De todas suertes, movidos por la experiencia académica que obliga a proporcionar mayores elementos a los estudiantes y con el deseo de que pudieran éstos, y los lectores interesados en la historia, profundizar más y mejor en el conocimiento de los autores y de los personajes de que se ocupa, intentamos dar una explicación sucinta de los períodos, momentos y aspectos más sobresalientes de la historia mexicana. Con la misma razón hemos creído indispensable acompañar a cada lectura de una breve presentación que la sitúa, la explica, con la información biográfica más sucinta y la bibliográfica más actual. Con ello tratamos de facilitar la lectura de cada texto y de impulsar al lector a la búsqueda de obras más oportunas que le permitan ampliar sus conocimientos. Esa labor ha sido ímproba y penosa. En un cierto momento estuvimos dispuestos a renunciar a ella, mas creímos que podría ser, junto con los textos, el aporte más rico a ofrecer. A través de las notas se podrá advertir la penosa tarea de recoger de libros, revistas, periódicos, etc. la información ahí contenida. No es ella tampoco completa. Habrá que adicionarla, mejorarla y actualizarla en cada oportunidad. Nuestra experiencia en el trabajo bibliográfico nos ha posibilitado hacerla, mas estamos conscientes de su deficiencia. Por otra parte, esta obra ha excedido los límites de un manual, mas era tanta la riqueza del material acumulado que no creímos prudente sacrificarlo. Difícil resultaba volver a emprender tarea similar, que tiene la finalidad de dar una visión lo más completa de nuestra historia. Para un manual, ahora sí adecuado a los estudiantes, reservamos utilizar a través de rígida selección, lo indispensable. Ahora hemos preferido mostrar, como un todo espléndido, si no íntegra, sí rica manifestación del cultivo histórico que el mexicano ha realizado con pasión, con amor, puestos en la explicación de un pasado y en la gestación de un futuro.

Las páginas seleccionadas que integran estas lecturas, reiteramos, dan una clara visión de los procesos histórico e historiográfico de México. Comprenden todas las épocas y los aspectos más diversos. Las iniciales corresponden a la historia precolombina, a las ancestrales culturas del México indígena, a sus pueblos más representativos. Son ellas testimonios elocuentes no sólo de un pretérito, sino de la forma de describirlo. Mayas, nahoas y tarascos desfilan, se hacen presentes en testimonios originales, de una gran autenticidad, aun cuando hayan sido trasladados por escribanos europeos o indios castellanizados en el momento de la Conquista o tiempo después. Luego aparecen testimonios de los años de dominación y así hasta llegar a los contemporáneos. La ordenación la hemos hecho de acuerdo con la época en que florecieron sus autores, esto es, tiene un sentido cronológico a base de los hombres que escribieron los textos ofrecidos. De esta suerte puede percatarse el lector del tono, del sentido, del valor de la labor historiográfica, de su desarrollo, de sus tendencias y de sus expresiones más puras. Hasta cierto momento esos testimonios son coetáneos de los acontecimientos que narran o un poco posteriores. Años más tarde ya no ocurrirá eso, muchos testimonios serán coetáneos de los personajes o de los acontecimientos que describen, mas otros, en buena mayoría, se referirán al ayer.

Para poder mostrar el desarrollo histórico a través de un sistema progresivo, rigurosamente cronológico, útil para muchos lectores, para mostrarles cómo ha sido visto ese desarrollo por los testigos coetáneos del mismo o los posteriores, hemos confeccionado un índice que obedece a ese ritmo, a esa necesidad. En él se hallarán ordenadas las lecturas en base a una continuidad histórica, en razón de la etapa a que se refieren. Esta ordenación presenta la ventaja de apreciar cómo han sido tratadas historiográficamente determinadas épocas, cuáles han sido los intereses y los modos de asediar las fuentes, determinados problemas, ciertos personajes, acaecimientos peculiares. Otro índice agrupa a los autores en orden alfabético, con lo cual se facilita su búsqueda y localización.

Como cada autor, y por consiguiente cada texto, está incorporado, determinado por su peculiar circunstancia, obedece a ciertas formas de ser, a específica jerarquía de valores, a ciertas inclinaciones personales o colectivas y constituye el fruto de un ambiente, creímos pertinente acompañar estas lecturas de unas tablas cronológicas que muestran el mundo en

que floreció el autor y el momento en que alumbró su obra. Escritores y sus obras están nimbados de una serie de elementos culturales y materiales de los que no pueden desprenderse. Su personalidad, por recia que ella sea, adquiere en el ambiente que la circunda sus perfiles más definidos, en él se precisa y adquiere consistencia, bien que se ajuste a él o bien que lo contradiga y con él choque. Para comprender el ámbito general de nuestros historiadores y de sus obras, las tablas colocadas al final de las lecturas serán de gran utilidad.

Las lecturas, como toda obra antológica, responden a un criterio subjetivo que es conveniente mostrar. Atendimos en primer lugar a la importancia misma del texto, a su valor histórico y literario, a su trascendencia en el momento y posteriormente, elegimos una parte concreta, específica en las más de las veces, y también trozos diversos que muestran diferentes aptitudes o intereses ante la historia. Para poder mostrar el desarrollo histórico, hemos en ocasiones sacrificado un texto que podría pasar como clásico, para dar otro igualmente valioso, mas referido a un aspecto, a un problema o personaje que interesaba describir. La necesidad de señalar aspectos concretos, nos ha llevado en ocasiones a reproducir trozos de cierta amplitud, mas la extensión no significa siempre que otorguemos a ese testimonio un valor mayor que a otros de menor extensión, ni tampoco que su autor pueda aparecer como más importante. Las notas mismas explicativas de autor y texto, en cuanto a su extensión no indican sino la posibilidad de encontrar mayor información sobre aquellos autores. Algunas lecturas son amplias y las presentamos en su integridad, dada su importancia; tal ocurre con la Crónica de *Chek Xulub Chen*, y con los *Apuntes para mis hijos* de Benito Juárez, para no citar sino a algunos extremos. Con el deseo de que las lecturas pudieran ser fácilmente utilizables, que no presentaran obstáculos para su aprovechamiento y exacta comprensión, siguiendo criterios científicamente establecidos, tanto desde el punto de vista histórico como didáctico, las hemos transcrito modernizando la ortografía y la puntuación. No será pues pretexto que están en "español antiguo" para no leerlas. Algunas, dado que son versiones literales del nahuatl y del maya, tienen un estilo peculiar y en ese estilo diferente radica su máxima riqueza. En la mayor parte de las veces, se ha adaptado, para reproducirla, la fuente original, en otras hemos acudido a las versiones más perfectas, pero en todo caso la mención de la fuente se hace en cada trozo.

La procedencia de los textos es diversa. No todos ellos tienen como autores a historiadores profesionales, avezados en el trabajo histórico, dotados de un instrumental intelectual y material perfecto, consagrados por entero a esa disciplina, provistos de fichas y ficheros e inundados de erudición, sino que en ocasiones son gente ajena por completo a la especulación histórica, pero actores o testigos de peso en imponderables acontecimientos; otras veces no son altos personajes, ni siquiera de calidad mediana, sino ignaros miembros del pueblo, la mayoría de las veces el verdadero gran actor de los dramas históricos, aun cuando no siempre debidamente reconocido.

No hemos escogido pues en estas lecturas tan sólo los testimonios de aquellos que pasan por historiadores profesionales, de aquellos consagrados por la crítica como integrantes de ese enorme gremio con sus jerarquías de maestros, oficiales y aprendices, que no hay tantos, y muchos, pese al rango oficial, no merecen ser considerados, sino los de todos aquellos espíritus sensibles que han sabido captar en sus páginas, transidas de emoción, el estremecimiento sutil y luminoso con que el espíritu intuye el lento o acelerado movimiento de todas las generaciones humanas. Sólo a través de esa luz, que sacude la conciencia, es como se capta a toda o parte de la humanidad, como se comprende el drama de todos los hombres, y esa conmoción en muchos casos es apasionada y tormentosa, como el drama visto y descrito. No es pues solamente la obra de historiadores *in strictu sensu* la que se presenta, sino la de valiosas individualidades que en el campo de las letras, del arte, de la sociología, del derecho, de la política, de la economía, de la religión, del magisterio, del periodismo, han intuido con amplitud visiones amplias o concretas de la historia mexicana y, con un sentido del que muchos profesionales de la historia carecen, nos han dejado un testimonio revelador de su espíritu, de su cultura y de su gesto, pleno de macizos pensamientos, de oportunos y penetrantes comentarios, de patética emoción, de cálida ternura ante la miseria o los goces de los hombres del pasado y del presente.

En sus páginas se hacen vivos, las almas, los corazones, los cuerpos de nuestros progenitores. Hinchidas de emociones morales, no vano y sentimental adorno, sino manifestaciones auténticas de la armadura social y de la virilidad de su propio ser, pronto a la simpatía, a la compasión y también al enérgico juicio y a la condenación, esas páginas son brillantes testimonios, auténticos y plenos, de un pasado, mucho más que aque-

lla otra historia sin nervios, sin pasiones y sin alma, despojada de su verdadero sentido: orientar y dirigir a las sociedades humanas, sin el cual se convierte en una disectriz de cadáveres, en una biología de muertos.

De ese gran número de escritores cuya visión del pasado es múltiple, tenemos una escala inmensa de valores, de criterios distintivos, de métodos diferenciales, de formas de expresión múltiples. Unos mejor dotados que otros penetraron en aspectos más hondos y trascendentales, en el campo de las grandes transformaciones sociales, económicas, religiosas y culturales cuya influencia es de gran alcance y cuya oscilación en amplias capas no se muestra sino a quien tiene una certera intuición. Ellos así han dejado para que actúen en la conciencia general, los recuerdos que son colectivamente útiles, los que advierten el lento transcurrir de un fenómeno y saben precisar los solemnes instantes en que se decide un destino. Otros en cambio, de espíritu analítico, observaron tan sólo fenómenos aislados, concretos personajes y sus particulares hechos y, de ellos, en pinturas que van del grabado y el aguafuerte, al pastel; de la vigorosa pincelada al estilo impresionista; del retrato que capta el alma y aún de la caricatura nos entregaron frescas, retozonas, amables, patéticas, sensitivas páginas.

Hazañas guerreras, cavilosos proceder, beatíficas vidas, inmorales desvaríos, fuertes y elevados proceder; hombres de carne y hueso, sus más variados actos, las instituciones brotadas de ellos mismos en todo nuestro territorio y todas las épocas, pues no hemos deseado tan sólo testimonios que giren en torno de la gran capital, sino de todas nuestras latitudes, Norte, Sur, Oriente y Poniente. El recio y seco altiplano, las cálidas tierras de ambas costas, el lejano Sureste con sus peculiares problemas geográficos, sociales y económicos; el dilatado Norte con su impetuosidad, sus indómitos hombres, su alzado carácter; la sierra oaxaqueña, nido de gobernantes enérgicos y amantes del poder; las ventrudas montañas henchidas de plata de Zacatecas, Guanajuato y San Luis Potosí; la placidez urbana de Morelia, Puebla y Querétaro, cuyo cielo se espina en la armónica esbeltez de sus campanarios. Rebeliones de indios, convites eclesiásticos, actos gubernamentales, funciones académicas, epidemias, resistencia al invasor, guerras intestinas; la traza urbana, el ambiente geográfico, los sobresalientes monumentos "todo —como dijera Balbuena— en este discurso está cifrado".

La memoria que muy diversos hombres y alguna que otra mujer han tenido del pasado de México, alternada con las impresiones que su mundo circundante les daba, ha sido recogida aquí, mas esa memoria es actuante, no muerta, puesto que modela toda nuestra vida, anima espiritualmente nuestros destinos. Esta finalidad trata de mostrarse en esta obra que podría intitularse también: "Espejo del mexicano a través de su pasado". Para reconocernos en él, ver a través de sus figuras en movilidad como hemos cambiado o como seguimos siendo, basta leer con atención las páginas y reconcentrarse en ellas, pero no es la vana recreación del pasado la que se trata de lograr, sino la toma de conciencia con ese pasado. Con el repaso de estas páginas se anhela que gracias al examen del ayer se haga inteligible el presente, que gracias a la meditación acerca de los hombres y hechos pretéritos que consigo arrastran su propio tiempo, se pueda entender mejor la actualidad, que en virtud de la historicidad que consigo llevan todos esos testimonios, los problemas, dramas y aspiraciones de nuestros días se clarifiquen, se hagan más patentes y pueda, entonces sí, el mexicano, con plena conciencia, modelar con su activa voluntad el futuro.

El pasado, fuerza en movimiento, no es posible abolirlo. Actúa callada y avasalladoramente sobre el presente. La humanidad al comprenderlo, al penetrar a fondo en él lo aprovecha, lo dirige, modela en él presente y futuro.

Algunos hay que han temido su fuerza y han tratado de hacerlo desaparecer. José Luis Borges en *Otras inquisiciones* relata, citando a Herbert Allen Giles, que el ministro Li Su propuso tres siglos antes de Jesús "que la historia comenzara con el nuevo monarca, que tomó el título de Primer Embajador. Para tronchar las vanas pretensiones de la antigüedad, se ordenó la confiscación y quemazón de todos los libros, salvo los que enseñaran agricultura, medicina o astrología. Quienes ocultaron sus libros fueron marcados con un hierro candente y obligados a trabajar en la construcción de la Gran Muralla. Muchas obras valiosas perecieron; a la abnegación y al valor de oscuros e ignorados hombres de letras debe la posteridad la conservación del «Canon» de Confucio. Tantos literatos, se dice, fueron ejecutados por desacatar las órdenes imperiales, que en invierno crecieron melones en el lugar donde los habían enterrado".

En el México antiguo cuéntase de la destrucción de los ricos archivos de Texcoco, ordenada para que no quedase huella

de los pueblos vencidos, y se pudiese erigir una nueva era encabezada por los vencedores.

Añade Borges que ese intento presentóse también en Inglaterra dentro de los Parlamentos Populares convocados por Cromwell “en los que se propuso muy seriamente se quemaran los archivos de la Torre de Londres, que se borrara toda memoria de las cosas pretéritas y que todo el régimen de la vida recomenzara. Es decir, el propósito de abolir el pasado ya ocurrió en el pasado y —paradójicamente— es una de las pruebas de que el pasado no se puede abolir. El pasado es indestructible; tarde o temprano vuelven todas las cosas, y una de las cosas que vuelven es el proyecto de abolir el pasado”.

No podríamos terminar este párrafo sin aprovechar la extraordinaria visión que de la Historia, así, con mayúscula, nos da uno de los espíritus más dilectos de la historiografía francesa, Gaston Roupnel. “La historia —escribe— es la incasante prueba experimental de la energía humana, pero ciencia de la fuerza de los hombres, es más bien la fuerza de la fe de los hombres en el hombre... Es la forma superior de toda la actividad humana. Lejos de ser la inactividad del recuerdo, posee un poder propio de decisión y de acción. Tomamos conciencia de ese pasado para hacerlo una fuerza activa de la vida y del mundo. El pasado está en la historia sólo con actos y resoluciones que se continúan. De la historia hecha nace la historia a vivir y de la materia que trata salen los hombres y las sociedades... Es un dinamismo constante. Actúa por los acontecimientos vividos y apresura a los que van a realizarse. Mantiene la continuidad histórica y el movimiento de los grandes hechos... Animadora de nuestros destinos reina sobre todas las manifestaciones humanas. Ella es la que nos tiene y mantiene dentro de la humanidad desde que somos hombres. Genio creador, sustituye al antiguo instinto de la especie...”

II

La Concepción Histórica

Las concepciones de la historia sustentadas por los historiadores mexicanos se han movido en el tiempo —con las variantes muy significativas que ofrece la peculiar formación y genio histórico— dentro de los cánones clásicos generalmente

admitidos, esto es, se la ha tomado como narración de los acontecimientos, consagrada tan sólo a describir lo ocurrido en el tiempo y en el espacio, con el propósito de que no se ignorara ese acaecer, no se perdiera en la conciencia de los hombres la realización de un acto y el nombre de su autor; de que mantuviera perpetuo recuerdo de los acontecimientos que afectaron a una colectividad o a un hombre representativo de ella. Ejemplos de esta concepción los tenemos desde los ancestrales relatos de los pueblos aborígenes que cristalizan en los llamados *Anales*, cuya balbuciente redacción, como tan bien lo ha visto don Angel María Garibay, muestra el sentido último que tienen: “comunicar el pensamiento en forma de viva precisión y no sin natural elegancia”. En los *Anales*, desde los llamados *Anales Históricos de la Nación Mexicana* y los *Anales de Cuauhtlán* cuyo estilo continúa varias décadas después Chimalpahin con sus *Relaciones* y su *Diario*, y posteriormente Guijo, Robles y Sedano en sus *Diarios* y más tarde también las *Efemérides*, como las de Buelna, Marmolejo, Mestre Ghigliazza, por no citar sino los más característicos, se trata en rigor de salvaguardar tan sólo la memoria del pasado. Aun parte de obras con mayor ambición, como las de Cavo, la llamada *Los Tres Siglos de México* y también la *Historia de la Dominación Española* de Orozco y Berra podrían entrar en esa clasificación.

Otra corriente, la pragmática, iniciada por Tucídides y Polibio, orienta la búsqueda e interpretación histórica a un fin utilitario. Señala los acontecimientos pretéritos como base para entender y remediar los presentes, busca dar normas que eviten al hombre incurrir en los mismos errores que sus antepasados. “Magistra Vita” decía Cicerón al advertir la utilidad prestada por la historia. Dentro de esos fines pragmáticos pueden quedar incorporadas multitud de tendencias, desde las que explican la historia como un mero designio de la Providencia que desea hacer patente el triunfo de la fe y de la religión hasta aquellas otras que, fiadas tan sólo en la fuerza y voluntad del hombre, ven siempre su actividad dirigida a destinos mejores a través de un progreso constante. La ley del progreso si bien “encubría de cierta generosidad espiritual la cruda materialidad de la mayor parte de las actividades humanas, también inspiró a toda una gran época sus extraordinarios esfuerzos políticos y sociales y dotó de unidad y coherencia en sus obras a un gran número de historiadores dándoles una seductora fuerza de demostración”. Dentro de

esta tendencia pragmática cabrían muchos de los cronistas religiosos, que veían cumplirse en los frutos de la predicación los destinos de la Providencia y materializarse la Ciudad de Dios. Sentido pragmático tienen también obras que son análisis de un esplendoroso pasado que añoran con deleitosa y triste contemplación, enfrentándolo a una cruda y amarga realidad, y señalando a los mexicanos la necesidad de verificar sus raíces auténticas para no rodar de desatino en desatino. Lucas Alamán, el más representativo de ellos, podría ser un claro ejemplo, y otros expositores conservadores en los que anida un sentimiento rayano en el providencialismo.

La consideración de que México era un país diverso a su dual tronco, una nación con orígenes, caracteres y destinos particulares y que por tanto su conformación nacional obedecía al continuo desarrollo de un espíritu común surgido de un mestizaje cultural y biológico, llevó a valiosos cultores de la historia a elaborar ésta dentro de las normas de otra corriente, la genética. Los antecedentes de esta tendencia calan muy hondo en nuestro proceso historiográfico, pues nos llevan a la aparición del criollo y de la disputa criollística surgida en el siglo xvi. Dorantes de Carranza y Suárez de Peralta son de los primeros en prenderse en razones genético-políticas que en los escritores del siglo xvii, Sigüenza, Guijo y Robles, y luego en los del xviii, sobre todo de aquellos que revelan y justifican la cultura mexicana como Eguiara y Eguren y Clavijero, se harán mucho más patentes al grado de contribuir en forma decisiva a la formación de una creciente corriente de optimismo, que como bien ha visto Luis González, propicia la emancipación.

El liberalismo y el positivismo con sus postulados mantuvieron interpretaciones semejantes urgidos como estaban de contar con fuerzas políticas actuantes que les permitieran reorganizar la sociedad y reconstruir al país arruinado por una serie incesante de luchas intestinas que habían llevado a la anarquía, a la pérdida del territorio y a las intervenciones extranjeras. Por ello aplicaron sus esfuerzos para lograr no sólo explicar la realidad social a base del perfecto entendimiento de sus integrantes indios y españoles que serían los que constituirían los componentes de sucesión, junto con los criollos, que son los que amalgaman a los anteriores, amalgamamiento que se ha de explicar derivado de la ley de coexistencia. La sucesión y la coexistencia son por ello las bases del progreso y del orden. Las fuerzas primordiales reguladoras del movimiento

de la civilización mexicana: raza, medio y momento, fueron vistas con precisión por los autores liberales de la gran obra *México a través de los siglos*, quienes determinaron con claridad la influencia que cada una de esas fuerzas tuvo en la historia mexicana y el momento en que interactuaron para constituir la nueva nacionalidad, aquella que consigue la emancipación no sólo de México, sino de todos los pueblos de América, fenómeno que como recuerda con tan gran precisión Edmundo O'Gorman, hizo exclamar a Riva Palacio que constituía "algo único en la Historia Universal". La obra auspiciada por Justo Sierra, *México y su evolución social*, publicada a principios de este siglo (1900-1902) va más lejos que *México a través de los siglos*, pues intenta mostrar no únicamente la formación del pueblo mexicano, sino su evolución, la forma de superar los diversos problemas que su propia realidad le enfrentaba. El concepto de desarrollo con el que el Romanticismo llenó las lagunas existentes entre uno y otro acontecimiento, los períodos de detención, de espera en la sucesión de los fenómenos, fue denominado por los positivistas evolución. Ellos también sustituyeron a los sujetos particulares de la historia, los héroes, los hombres geniales con sus específicas cualidades, "por los valores universales, la idea, el espíritu, las naciones, la libertad", y en vez de hablar de individuos aislados hablaron de masas, razas, sociedad, pueblo, tendencias sociales. Esto es lo que nos explica el título de esa obra y de la particular de Justo Sierra: *Evolución Política del pueblo mexicano*.

A base de esa sustitución de conceptos se va a llegar dentro de aquella época, dura, escéptica y corrosiva, y una vez que el agnosticismo empieza a dominar, a la entronización de un nuevo ídolo, la Ciencia. La postulación de esta divinidad rectora del espíritu de la clase dominante, va a ser definitiva. En sus altares ardieron las luces de la fe puesta en ella y se quemaron todos los inciensos por mano de sus grandes pontífices. De este culto que inculcó también a la historia, que tendía a mostrar el gran progreso material del país, nada quedaría, cuando un alarido surgido de las entrañas mismas del pueblo enseñó a los científicos que en sus grandiosos y científicos sueños se habían olvidado del hombre que se agitaba aquí, en la tierra.

No podemos olvidar que a la formación del pueblo mexicano, al estudio de nuestra sociedad, han sido dedicados penetrantes ensayos por sociólogos y juristas de bien merecido

renombre. Algunos arrancando del positivismo y otros de corrientes sociológicas y filosóficas en boga han escrito capítulos imponderables. Emilio Rabasa, Molina Enríquez, Luis Cabrera, Daniel Cosío Villegas, entre otros, han dejado en espléndidas páginas, ricas interpretaciones.

Con nuevos métodos de las ciencias históricas y de las sociales —la historia comparte porción de ellas y se sirve de sus resultados— así como de las tendencias filosóficas, deben iniciarse nuevos trabajos. Hace varias décadas, Torres Quintero proponía utilizar el materialismo histórico como método, lo que han hecho ya varios escritores con mayor o menor acierto, pero aún quedan, repetimos, otros métodos que aplicar, otras interpretaciones a dar; no se han cerrado ni se cerrarán jamás las posibilidades de la humana inteligencia, que no resiste las limitaciones.

Métodos apropiados, fuentes inteligente y científicamente establecidas e interpretadas, uso del sentido común, de la reflexión, continua y profunda, intuición artística, lógica en la construcción, son indispensables en el trabajo histórico. Las nuevas generaciones llegan mejor dotadas de instrumentos materiales y con gran vocación. Es de anhelar que su inteligencia y su voluntad, encaminadas a esa labor, hagan de su obra frutos reveladores de la fuerza actuante de la historia, de su sentido último, animador espiritual de los destinos humanos. La historiografía actual, como reconoce Edmundo O'Gorman, tiene el mérito de tratar de "comprender nuestro pasado a la luz de la noción del ser del mexicano, como una posibilidad siempre en trance de realización" y de haber cobrado conciencia que el ser nacional es "algo que depende de nuestras decisiones y esfuerzo, algo del que todos somos responsables... algo, en fin, que a todos nos incumbe realizar".

III

La biografía

La historia —señala José Luis Romero— ha sido objeto de una tipificación, de un ordenamiento en esquemas regulares o concepciones en los que se organizan y estructuran los elementos de la intelección histórica valorados conforme a ciertos principios, esto es, según los elementos históricos elegidos para formular la concepción. Uno de ellos, que consiste en

tomar como punto de partida la intuición de los agentes del devenir histórico, produce un grupo en el que se distinguen nítidamente, con sus rasgos perfectamente acusados y bien definidas sus formas, tres tipos historiográficos.

El primero está caracterizado por la intuición de una comunidad de nítido contorno —griegos, romanos, franceses, mexicanos, etc., comunidad de la que se quiere averiguar y relatar su desenvolvimiento histórico. Sus cultores van desde Herodoto y Tito Livio, a Michelet. Entre nuestros historiadores podemos señalar a Clavijero y la mayor parte de los consagrados a relatar la historia mexicana como la de una comunidad perfectamente definida.

El segundo grupo parte de la intuición de la humanidad como totalidad. Es el devenir de la humanidad el que interesa, aunque ese devenir esté restringido por los naturales límites que el alcance del conocimiento tiene. Este grupo ve con interés las manifestaciones de una comunidad o de un hombre, mas éstas las refiere a la totalidad, en ella las encierra y comprende. Es la humanidad íntegra la que importa y las actividades particulares por amplias que sean están incorporadas en aquélla. La representan Polibio con su *Historia*, Voltaire con su *Ensayo sobre las costumbres*, Carlos Pereyra con su *Historia de América*, Justo Sierra con su *Historia Universal*, y Silvio Zavala con su *Historia de América (Epoca Colonial)*, algunos de los cuales, aunque bien limitados a una porción de la humanidad tienen ya un interés mayor que se ahinca en los contactos con la Historia Universal en que dichos autores apoyan el desarrollo de su obra.

El tercer grupo se sustenta en la intuición de un individuo como sujeto de un devenir histórico. Es un hombre aislado, un prototipo en el que radica el interés y del que parte la realización histórica. Este tipo se manifiesta en la biografía.

En general, se afirma que los acontecimientos que más influencia han ejercido en la historia encuentran sus causas en los resortes íntimos de una gran individualidad. Aun en su desarrollo, la mayor parte de acción termina con la intervención de una personalidad muy precisa. Los destinos humanos han estado también mucho más en manos de un solo mortal.

Separar del teatro histórico la actuación de un hombre, es casi como separar de una obra arquitectónica los elementos que la sostienen. Al admitir que la historia es obra humana es preciso, por tanto, que en ella aparezcan todas las humanas contingencias.

El hombre grande aparece en los momentos críticos de la vida de un pueblo y en él se expresan las necesidades y encarnan los espíritus. Es en rigor la síntesis particular de las energías y emociones colectivas.

Dentro de la historiografía mexicana las obras biográficas son numerosas, y como sus congéneres en otros países, han alcanzado una mayor difusión, cuentan con lectores más numerosos, pues la apetencia del pasado trata de satisfacerse en grandes grupos, mediante el conocimiento de una personalidad discutida, de un auténtico hombre, de un semejante en el que latan los mismos vicios y virtudes del lector en el que pueda reencarnarse y revivir la historia, y no de una comunidad lejana cuyo desarrollo es difícil seguir, y menos de una complicada y nebulosa humanidad que inquieta sólo a ciertos grupos.

Existen, cierto es, en la biografía mexicana obras a la manera de Plutarco como algunas de las escritas por los cronistas, entre otros Torquemada, las de Luis Maneiro y Fabri sobre sus compañeros de religión y también hagiografías al estilo de las medievales, y del "flos sanctorum" como las que aparecen en las páginas de un Burgoa, de un Dávila Padilla o un Franco y también algunas renacentistas semejantes a las de Pulgar en ciertos preciosos trozos de Bernal y Gómara, pero también hay otras que muestran como los caracteres sobresalientes de un personaje lo son en la medida que son supra individuales, que proceden de valores vigentes en el seno de la comunidad o, más ampliamente, de la humanidad. Esto es, hay biografías que no rompen el entronque entre el devenir del individuo y el de la colectividad a que pertenece. La existencia individual aparece como representativa de los ideales colectivos. Así la vida excepcional, el personaje ejemplar no ha podido desprenderse de la comunidad que lo produjo. Claros exponentes de esta corriente son el *Hernán Cortés* de Carlos Pereyra, *Juárez, su obra y su tiempo*, de Justo Sierra, *Cuauhtémoc* de Salvador Toscano.

Existen casos de indagación de la vida de los individuos, que penetran hasta los más mínimos detalles, a los meandros de la conciencia, al interior oculto tenazmente, al microcosmos individual, como lo hace la moderna biografía, la cual por un lado, como sugiere Croce, "ilumina lo que el individuo hace y padece en relación con la misión que cumple y el aspecto de la Idea que en él se halla en acto", y por el otro recoge los elementos más subjetivos e individuales más íntimos

y a través de ellos elabora una obra. Este último extremo de la biografía moderna que tantos cultores ha tenido en otras latitudes sólo presenta escasos ejemplos en México, más dentro de la novelística histórica que en los campos de la producción histórica pura. La biografía de Santa Anna que comenzara a publicar Agustín Yáñez muestra un tanto ese interés, así como la biografía de Sor Juana y diversos estudios de Ezequiel A. Chávez, y otros ensayos de diferentes autores en torno de esa mujer extraordinaria. Algunas biografías de Mateo Solana, quien sigue a Marañón, revelan asimismo ese aspecto.

Entre esos dos extremos oscila la historia biográfica mexicana, la cual está igualmente influida no sólo por la preferencia particular del biógrafo, sino también por ciertas apetencias e inclinaciones de la sensibilidad colectiva que busca la referencia a unos u otros valores, los colectivos o los individuales, según su predisposición.

En la historia biográfica desde sus expresiones más antiguas, la leyenda y el mito en las que se recoge en forma muy primaria la intuición de la existencia individual como esquema y cuadro temporal del transcurrir histórico, muéstrase sin embargo una liga entre esos intereses, los individuales y los colectivos. Al hombre o grupo de hombres que trataron de recoger las características de su comunidad o de su grupo, fue más fácil personificar esos caracteres en un individuo que en una comunidad inasible. Caracterizar a una colectividad con una serie de valores, de actitudes, de acciones, frente a otras comunidades fue más difícil que señalar las características de un personaje. De esta suerte pasaron los atributos de la comunidad a un arquetipo, quedaron reducidos a un mero acontecer personal, a la vida de un hombre más precisa, más determinable en el tiempo a través de su movimiento o aparición y muerte o desaparición. El acaecer colectivo, el desarrollo histórico del grupo quedó así adscrito a la existencia personal y al suceder esto surgió el héroe, que no es otra cosa que la corporalización de una serie de características colectivas. Como las circunstancias que rodean a esos hombres o sus formas de actuación son diversas, los hombres son también de diferente tipo, y así los relatos biográficos partiendo del mito y la leyenda se referirán a los hombres fundadores de una nación o colectividad, a los organizadores o legisladores y a los realizadores de hechos valerosos o caritativos.

La historia precolombina produjo esos tipos, y así aparecieron Quetzalcoatl y Nezahualcoyotl, que muestran las carac-

terísticas de los grupos de los que formaban parte esos personajes. Con el advenimiento de la cultura europea, llegaron a América las formas tradicionales de la historiografía biográfica de largo contenido y profundidad y en los cuales se habían creado, en virtud del proceso de síntesis y personalización del que surge la figura del héroe, una serie de modelos de arquetipos que no son sino ejemplos de individuos despersonalizados, en la medida en que se personaliza en ellos un proceso colectivo. Estos arquetipos de la historiografía europea surgieron desde los remotos tiempos de la historia griega y la romana. Es sobre los arquetipos de la tradición grecolatina que la biografía europea elabora sus características biográficas. El cristianismo en su tendencia a la virtud amplía ese campo del que quedan preciosos e innumerables ejemplos, y posteriormente el Renacimiento precisará otros. De todas suertes no se ha abandonado del todo esa inclinación de adscribir la existencia individual a un arquetipo que configura un peculiar estilo humano.

Si la tendencia cristiana a sublimar el cultivo de las virtudes morales y religiosas se introdujo en la historiografía mexicana a partir del siglo XVI y dio en el siglo XVII sus frutos más abundantes y logrados, fue en este mismo siglo en el que se pusieron de relieve —no se descubrieron—, se difundieron —ya se habían percibido—, las virtudes colectivas de la comunidad dominada, de los pueblos sujetos por la voluntad del conquistador, las cuales no podían, por su valor innegable, patente y tenaz, ser negadas. Por vez primera en el siglo XVII se dejaron a un lado los arquetipos europeos para colocar en su lugar arquetipos americanos, se abandonó, si no la caracterización de las virtudes que continuó siendo hecha a través de los valores europeos, grecolatinos y cristianos, pues no todos los valores prehispánicos fueron reconocidos, sí por lo menos la mención de los nombres de los arquetipos. No fue de toda suerte una sustitución de nombres sino algo más hondo, un intento, el primero, no sólo de explicación y comparación de valores, sino de incorporación de esos valores a la cultura occidental. Tal hecho correspondió hacerlo al más mexicano y más original de los sabios del siglo XVII, a don Carlos de Sigüenza y Góngora

El deseo de Sigüenza fue poner de relieve, cómo dentro de una cultura diferente, dentro de un medio diverso al europeo era posible la existencia de valores, de virtudes, de acciones positivas. Las manifestaciones éticas y de belleza, de valor y

abnegación, de prudencia y saber, eran dables en toda la humanidad y no había por que buscarlas solamente dentro de la civilización europea. El mundo indígena penetrado por el sabio barroco poseía méritos como el del mundo europeo y de sus hombres podían forjarse, como él lo realizó, arquetipos a imitar, más cercanos a nuestra sensibilidad y realidad, más próximos en tiempo y espacio.

No podemos asegurar si la idea de Sigüenza tuvo éxito y se difundió, de lo que sí podemos estar ciertos es de que su intento permitió la incorporación de la cultura indígena dentro del marco incomparable de las grandes civilizaciones. De este paso de Sigüenza al dado por el P. Márquez al siguiente siglo, mediante el cual la estética prehispánica, esto es, una alta muestra de cultura, penetraba dentro de la universalidad del arte, al lado de otras grandes manifestaciones, no habría mucha distancia.

El siglo XVII nos dejó excelentes biografías entre las cuales hay que citar la de Sor Juana Inés de la Cruz escrita por el P. Calleja y la cual recogió más tarde Eguiara y Eguren. Otras muchas de excelente calidad, pero de tipo hagiográfico, se escribieron entonces.

La siguiente centuria cuenta principalmente con las semblanzas de los jesuitas escritas por Fabri y Maneiro, y también con otras de tipo civil.

Los historiadores de la guerra de Independencia e inicios de la época nacional, Mier, Mora, Alamán, Zavala, Bustamante, al referirse a las figuras señeras de esos años, dejan sobrias y bellas semblanzas. Mora, al pintar a Hidalgo, Allende y Calleja, nos regala vivientes retratos hechos con los colores y trozos de Tintoretto. Bustamante, más prolijo, teatral y grandilocuente, da a sus personajes tintes románticos de los que quedan permanentemente impregnados. Su visión de los próceres, Hidalgo, y principalmente de Morelos, a cuyo lado trabajó, junto con la visión de Quintana Roo, ha dado a las figuras de esos hombres tonalidades románticas de las que jamás se han desprendido. Alamán es conceptuoso, refinado y elegante. Zavala, acerado, cáustico, vivo. Punza y atina en los defectos que no palía sino cauteriza. En su mortal enemigo Tornel y Mendivil, más tardíamente, encontramos asimismo buen desarrollo biográfico. Testigo también de una vida cuyo desarrollo conoce y aquilata es Anastasio Zerecero. Su biografía de Juárez, junto con los *Apuntes para mis hijos* del pro-

pio personaje, representa la fuente primordial de toda la reconstrucción biográfica del patricio. Admirador inalterable de Juárez, señala sus virtudes no sólo como brotadas de su propia naturaleza, sino como fruto de la voluntad y de la inteligencia puestas en juego.

Los historiadores del siglo XIX cultivan la biografía con mayores ímpetus, lo cual se explica por la necesidad de crear un panteón cívico, un martirologio nacional, un "flos patriciorum", indispensable para el fomento del sentimiento nacional. Los censores del régimen colonial, Zavala y Mora entre los principales, destruyen los vínculos de un pasado que sintieron oprobioso y oscuro. La nación que se edificaba de nuevo sobre los "escombros góticos de la colonia", como dijera Zavala, era preciso tuviera un sustento.

Mora, Zavala y Tadeo Ortiz, volcados sobre el modelo clásico que aún alentaba en su vocación, intuían héroes a la manera grecorromana, patricios venerables cuya conducta pudiera modelar la de las nuevas generaciones, mas ese modelo no lo tomaban ya de las auténticas y prístinas fuentes, en un Plutarco, un Suetonio, sino en las que ofrecía el "dulce rector, el encantador Rollin, lleno de pueriles reflexiones y de crédulas complacencias", pero muy al gusto de las formas y tendencias educativas de la época. Se trataba, en fin, de inspirarse en el modelo grecorromano, pero en un modelo adaptado a los gustos del Imperio Napoleónico y de los creadores de las nacionalidades americanas.

Bustamante y Mier lo hincaban en el pasado indígena glorioso puesto de relieve con Las Casas y Clavijero, mas era necesario que las nuevas generaciones tuvieran referencias más próximas, héroes más al alcance de su mano. Los hombres de la Independencia y de la Reforma van a convertirse no sólo en titanes, sino en semidioses.

De la imperiosa necesidad de contar con patrones de civismo, de valentía, de espíritu liberal, para la forja del espíritu cívico, surgieron nuevas biografías, no siempre bien logradas.

Muchas "galerías de hombres ilustres" aparecerán en esas épocas. Rivera Cambas nos habla de los gobernantes del pasado colonial y de la república, Villaseñor y Villaseñor de los insurgentes, como también Elías Amador que escoge a los apodados. La mujer recibe la alternativa de los biógrafos que la consideran no sólo semillero de virtudes domésticas, de maternal abnegación y de amorosa pasión, sino de acción cívica:

directrices de conciencia, modelos a la manera de las patricias romanas. A Luis González Obregón y a Genaro García, biógrafos de nuestras heroínas, debían rendir tributo de admiración las asociaciones feministas, las cuales a través del ejemplo de las nobles matronas del ayer, han conseguido que otras mujeres no menos inflamadas de actividad cívica ocupen los escaños del congreso y se arropen también con coqueta dignidad con las togas de la judicatura.

Entre las biografías de esos años, muchas se consagran a los hombres de Estado, los cuales han sido considerados benefactores, por su gusto al trabajo útil, sus cortas aunque sensatas visiones, su espíritu de moderación y justa mesura en la que descansa su gloria, pese a su carencia de elegancia de espíritu y a sus virtudes burguesas.

Otros historiadores, al notar que no era posible romper el vínculo con tres siglos de historia, que era indispensable evitar una solución de continuidad que impidiera la clara exposición de nuestro desenvolvimiento histórico, y que era urgente emprender una revaluación de lo positivo que tuvo la etapa virreinal, diéronse a la tarea de biografar con modelos nuevos a los amables misioneros protectores del indio y a altivos personajes, de recia acción, de varonil conducta. Dotado como ninguno de los instrumentos materiales e intelectuales indispensables, García Icazbalceta dejó en su *Fray Juan de Zumárraga* el modelo más acabado de biografía en ese aspecto. En ese libro fúndese el alma del prelado dentro de su ambiente, y personaje y colectividad muéstranse íntima y bellamente unidos.

Posteriormente ante la presencia de hombres de estatura colosal, Juárez y Díaz, inteligentes y atrevidos escritores harán, más dentro del estilo del panfleto que de la historia, peligrosas imágenes verbales, a veces constructivas, otras no. Los trabajos de Bulnes marcan esta tendencia. Con otro sentido, cuando el país alcanza un cierto esplendor que puede cegar, un profundo escritor va a mostrar lo que la República debe a quien la salvó, va a señalar el mérito de Juárez y a exaltar sus virtudes. El *Juárez y su tiempo* de Justo Sierra es la más gloriosa biografía cívica de México.

Los hombres de la Revolución, torbellinos de pasión, no han encontrado aún biógrafos adecuados. En multitud de historias y novelas desfilan a la manera como en los frescos renacentistas lo hacen las señeras figuras de aquellos tiempos. Trazos bien logrados de varios revolucionarios, llenos de pa-

sión desbordada, nos dejó Vasconcelos en su autobiografía, mas casi todos esperan aún su autor. Villa encontró en la extraordinaria pluma de Martín Luis Guzmán un biógrafo a la altura de su figura, pero los demás aguardan con paciencia, unos en la Rotonda, otros en el Monumento de la Revolución, algún biógrafo que les libre de los sobados adjetivos con que los regalan en cada aniversario los oradores conmemorativos y revele con mejores razones y palabras el sentido de su vida y el mérito de su conducta.

Los hombres dotados de virtudes políticas y religiosas han sido hasta ahora los mejor tratados. De uno y otro bando las altas figuras llenan las páginas históricas con sus amenazantes grandezas y sus inocentes deseos, mas los que de ellos se ocupan no han podido en sus infinitas planas justificar lo caro que cuestan a todos los pueblos esos grandes personajes políticos. Bien dice un gran escritor que los pueblos felices no tienen historia, porque no tienen "grandes hombres". La presencia de ellos en pueblos de abundante historia se materializa en forma cuantitativa en los bronces que los representan en plazas y avenidas, en las que poco vemos a los héroes civiles, a los héroes de la caridad y el pensamiento, a los de alma pacífica, y sí, abusivamente, a aguerridos personajes de bota militar y sable en mano. Es de esperar que los modernos biógrafos penetren con más amor al espíritu de sus personajes, de tal suerte que sus biografías, como señala Fueter, sean más que edificantes, verdaderas, que sirva de modelo su firmeza y de espanto su lastimosa ruina.

Y el pueblo, ese personaje central, el más importante y el más interesado de todos los dramas históricos, víctima de los grandes hombres y el cual en ocasiones apoya con su pasión unánime aun sus más funestas resoluciones, el cual por instinto y por naturaleza es arrastrado por los más violentos y peligrosos demagogos, no ha encontrado aún a su perfecto biógrafo. Sus voces alejadas o agitadas pocas veces se dejan escuchar en las páginas de nuestros biógrafos.

Un rumoroso sonido del pueblo auténtico se percibe en la *Evolución Política del Pueblo Mexicano* de Sierra, y agitadamente en las obras consagradas a la revolución escritas más por los literatos que por los historiadores. Ni siquiera los convencidos por el materialismo histórico, interesados en la sociedad, han escrito aún la biografía del pueblo mexicano, pintado su auténtico carácter, que como afirma Croce no es otra cosa que su historia, toda su historia y nada más que su

historia. Buenos esfuerzos son los de Mancisidor, Teja Zabre y Cué Cánovas, pero aún no se ha escrito su biografía definitiva. ¡Si aún ni siquiera tenemos un sólido monumento histórico dedicado a Hidalgo o a Morelos! Hay sí numerosos trabajos que los analizan desde varios puntos de vista, mas todos esos esfuerzos deben desembocar en una obra perdurable, maciza, de una sola pieza. No digo incommovible porque no es dable pensar, dada la historicidad que todos los testimonios arrastran consigo y la distinta circunstancia en que los autores se mueven, que pueda darse una obra definitiva, que ya no admita modificación ninguna; sino que solamente se trata de construir a base del rico material existente una biografía a la altura de esos héroes, pues esos personajes son, como dijera López Velarde de Cuauhtémoc, también héroes a la altura del arte.

Es de esperar que nuestros historiadores, que saben desprender la verdad de la ficción que la altera, en sus trabajos futuros restituyan a los hombres que merecen una biografía su integridad y sinceridad y que ese gran actor de los dramas de la historia que es el pueblo pueda encontrar un acómmodo más perfecto, más íntegro en sus trabajos.

IV

La Literatura Histórica Indígena

Vasta, diversa, rica, fue la literatura histórica de los pueblos precolombinos, al grado de que su mejor conocedor, el Dr. Garibay, ha llegado a afirmar que “no cede en valor documental a ninguna de las conocidas en la cultura universal”.

El mismo sabio nahuatlato reconoce que su riqueza se contiene en tres tipos diferentes de documentos, a saber: en los *Libros de los Años*, también llamados *Anales* que proporcionan la noticia escueta, una breve descripción del acontecimiento; en las *Sagas o Relatos* de orden histórico, con una ligera dosis de fantasía, que se recitaban en las escuelas y los cuales representan la mayor parte de la documentación histórica nahuatl; y finalmente, los *Cantares*, “vehículos de rememoración del pasado en herencia al porvenir y en los que el indígena unía la memoria de los hechos con una rudimentaria poesía de adorno”. Estos cantares, cuyo estilo sobrevivió

a la Conquista, al mezclarse con el romance español produjeron manifestaciones de fabulosa riqueza.

Dentro de estas tres formas, transmitidas oralmente y por medio de ciertas pinturas y caracteres, los indígenas conservaban memoria del pasado. La cultura europea las recogió a través del alfabeto en los años posteriores a la Conquista, habiendo muchas de sus manifestaciones, tal vez las más valiosas, desaparecido. Las que nos quedan paciente y cuidadosamente analizadas por los críticos son suficientes para apreciar su grandeza y valor.

Menciona Garibay apoyándose en Ixtlixochitl que los indios conservaban por medio de pinturas y caracteres su historia, sus genealogías, leyes, ritos y creencias, el testimonio de sus tierras, su saber médico y científico, de todo lo cual, sólo mínima parte conocemos.

A más de la literatura propiamente histórica, los pueblos mesoamericanos tuvieron una poesía —ésta aparece siempre antes que la prosa— muy variada, que en sus orígenes acompañó a la música y la danza. En su poesía, principalmente la que deriva del mundo nahua, bien sea ésta lírica, religiosa o épica, pero fundamentalmente en estas dos últimas expresiones, quedó encerrada una rica tradición —mezcla del olvido y de la memoria— que explicaba sus remotos y nebulosos orígenes, sus concepciones del mundo y de la naturaleza, sus creencias religiosas. Amplia producción en prosa también consigna esas eternas preguntas del hombre, a menudo en forma transparente y cabal, obscura e incompleta en otras veces, “como bosque o arcabuco breñoso”, que dijera Sahagún. En esas obras, el mundo indígena también transmitía de generación en generación, oralmente y con la ayuda de sus pinturas, sus conceptos del universo, su visión del cosmos, los mitos que explicaban la conducta de sus divinidades y también la leyenda en que se envolvían los hechos de los primitivos grupos, de las incipientes comunidades cuyas virtudes o defectos encarnaban en un hombre legendario corporalizado, heroificado. Fueron en muchas ocasiones los hechos sociales, aquellos que importaban a la colectividad, los registrados. Algún remoto descubrimiento como el del fuego, alguna hecatombe, como las narradas en los poemas de los soles o edades cosmológicas, el impreciso, por lejano, tiempo de asentamiento en un sitio determinado, y también otros más cercanos como la sujeción a la servidumbre, la derrota o la victoria, era lo que la prosa y la poesía religiosa y épica registraban. En el ma-

nuscrito conocido como *Leyenda de los Soles*, en el que se encuentra el más hermoso poema mitológico de la antigua cultura; en diversos fragmentos de los *Anales de Cuauhtlán* y del *Códice Florentino*, podemos encontrar esas manifestaciones que forman el fondo cultural de los pueblos nahoas.

La civilización maya por su parte, a través del *Popol Vuh*, que se ocupa de los orígenes cósmicos del hombre creado varias veces por los dioses; de las heroicas hazañas de Hunahpu e Ixbalanqué; de varias narraciones míticas, algunas de gran belleza como la de la princesa Ixquic, así como de hacer una relación de los señores quichés, su origen y sus valerosas acciones, nos ha dejado un testimonio incomparable de su cultura, como también lo proporcionan los dieciocho libros de *Chilam-Balam*, de los cuales los más conocidos son el de Chumayel, el de Tizimin y el de Maní. En estos, junto con amplios trozos esotéricos de carácter religioso y adivinatorio, hay prolijas relaciones cronológicas e históricas perfectamente definidas.

Otros pueblos prehispánicos nos legaron también ricas manifestaciones. El pueblo Otomí, preciosos poemas; los de Oaxaca en varios códices una abundosa manifestación de sus dinastías señoriales, estudiadas sapientemente por Alfonso Caso, y, también de su cosmología y conocimientos astronómicos. Los tarascos, si bien legaron algunas manifestaciones pictóricas de carácter histórico como el *Lienzo de Jucutácato* y el *Códice de Carapan* o *Plancarte*, ninguno tiene el valor de la llamada *Relación de Michoacán*, en la cual sapientes conocedores indígenas consignaron en el alfabeto de los europeos su viejo saber, sus añosas costumbres, sus gentílicos ritos, todo cuanto incitó la curiosidad y ambición de los conquistadores.

La literatura, la tradición manifestada a través de singulares caracteres que los famosos tlailotlaque de ascendencia tolteca expresaron en sus signos y la cual se formó gracias al principio de acumulación cultural que los viejos pueblos mesoamericanos cumplieron sobradamente, repetimos, sólo en mínima parte nos ha llegado, y eso en virtud del generoso esfuerzo alfabetizador y recopilador realizado por diversos religiosos a partir de 1524.

Muchos de esos testimonios nos son conocidos. Otros permanecen ignorados para los más, debido a que no se han hecho las traducciones necesarias ni estudios críticos indispensables. Los esfuerzos de Angel María Garibay, Miguel León Portilla y el grupo de amantes de la cultura aborigen reuni-

dos en torno del Seminario de Cultura Nahuatl nos han proporcionado en los últimos tiempos primorosos aportes, mas aún queda mucho campo por trabajar, mies abundosa a cosechar.

Pese al "trauma" de la Conquista, la literatura nahuatl no se detuvo, continuó una vez sosegada la espada y la rodela manifestándose al igual que otras formas de cultura. La poesía, señala Garibay, se mantiene y evoluciona. "Si los pensamientos, las direcciones y algunas modalidades de expresión son nuevos, el sistema general, la estilística, la métrica misma, persisten idénticos." No se canta ya a los viejos dioses del trueno y de la guerra, sino a Jesús Niño, a María la Virgen, al pesebre de Belén. El drama, rudimentario en el mundo nahuatl, se enriquece al introducir en él influencias europeas más vigorosas. La literatura didáctica se mantiene; la moral y la religión acrecentaron el campo, pues aprovechóse cuanto valor ético y de fusión social tenían las antiguas pláticas contenidas en los *Huehuetlatolli* incorporándose los principios cristianos con los que con aquéllos coincidían. La historia prosiguió su desarrollo, influida extraordinariamente por las formas indígenas, pese al dominio que de las clásicas de Tucídides, de Tácito, de Plinio, tenían los misioneros que fueron los continuadores de la historia indígena.

Esta labor de preservación fue hecha por obra del espíritu de los religiosos, franciscanos principalmente y dominicos, influidos por la tendencia humanista de recibir y conservar la cultura de todos los hombres en cuanto no chocara con el dogma o la moral. Su amor a ellos como hermanos reencontrados, les "hizo inclinarse a los indios y amar todo lo de ellos, porque los amaban a ellos".

Los misioneros, al recoger de sus informantes, más numerosos los que procedían de las áreas marginales menos adelantadas e importantes que los auténticos mantenedores de la sabiduría indígena que desaparecieron con la Conquista, sufrieron la influencia de la cultura nahuatl, de la rica y acendrada tradición histórica y así sus obras se adaptaron en parte a los moldes de los *Anales* y se enriquecieron con preciosas sagas.

Este proceso de imitación, de seguimiento, revela a las claras la fuerza de la literatura y de la tradición aborígena, mas el seguimiento de los patrones indígenas no es tal que no permita observar en las obras de los escritores de ese momento la peculiar individualidad artística, el genio personal que se expresa en forma siempre diversa. Hay en la obra de Sahagún y de sus compañeros algo muy propio, revelador de la prosa

literaria indígena, pese a su rico fondo derivado de su ciza formación clásica que fue la que le permitió realizar su obra bajo un vasto y perfecto programa. En el fondo puede, sin embargo, advertirse una estrecha unión del alma indígena y la hispana, una marcada inclinación a lo indio que hace que sus obras adquieran “la tremenda emoción de los antiguos poemas históricos”.

A partir de Olmos, quien desde el año de su arribo a México en 1528 recoge las noticias de las antigüedades de los indios y reúne posteriormente en un intento organizado en 1533, dispuesto por Ramírez de Fuenleal, para “que de ello hubiese alguna memoria y lo malo y fuera de tino se pudiese refutar y si algo bueno se hallase se pudiese notar, como se notan y tienen en memoria muchas cosas de otros gentiles”, comienza el interés por la literatura indígena, por su vieja historia. La obra de Olmos, dispersa en su mayor parte, pero recogida en algunos de sus fragmentos por Las Casas en su *Apologética Historia*, sentó las bases sobre las que habrá de continuar Fray Bernardino de Sahagún, para redactar conforme un plan altamente científico y moderno su prodigiosa obra consagrada al estudio de la cultura indígena y de sus aspectos humanos. Junto con él secundarán y proseguirán su labor Fray Toribio de Benavente “Motolinía”; el mestizo Fray Diego Valadés, el oidor Alonso de Zurita, el dominico Fray Diego Durán y el Padre Juan de Tovar.

A su vera los indígenas, aquellos a quienes restaba memoria de su antigua cultura y quienes de los primeros frailes habían aprendido el alfabeto, preservaron su viejo saber en su idioma materno. Entre 1524 y 1530 explicaron varios códices y anales históricos habiéndonos dejado los *Anales de Tlatelolco* o *Anales Históricos de la Nación Mexicana*. Años más tarde aparecerán los *Anales de Cuauhtlán* (1570), la *Historia Tolteca Chichimeca* y otras más reveladoras del ansia inmortal de preservación histórica.

Con posterioridad, el Padre José de Acosta, en su *Historia Natural de las Indias*, concede a la historia y la cultura mexicana varios de sus capítulos en los que se filtra su renacentista sentido, y Antonio Vázquez de Espinosa hace lo propio en su *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. Fray Juan de Torquemada intenta, basado en los anteriores, en monumental esfuerzo, hacer la síntesis del pasado indígena. Incorpora piezas históricas desaparecidas y con la tendencia a

hacer una historia de todos los pueblos y tiempos de la Nueva España, al fenecer el siglo XVI, dejó una obra sólida y rica.

Los historiadores conscientemente mestizos como Zapata, Ixtlilxochitl, Muñoz Camargo —Valadés lo fue sólo biológicamente, pero en lo espiritual, europeo— construyen preciosas síntesis de la historia antigua, a base del empleo de numerosos documentos, pinturas, anales, cantos y relatos de viejos que conservaban con cariño su pasado. Zapata y Muñoz Camargo dejan valiosas historias de su natal Tlaxcala; Ixtlilxochitl, de la grandeza de los chichimecas. Otros, indios como Chimalpahin, a la manera de los *Anales* escribe sus *Relaciones* y su *Diario*, que es una continuación de la “Visión de los Vencidos”, mas ya no del momento de la Conquista, de la lucha armada, sino de los horrores de la dominación, más dolorosos por continuos. Tezozómoc, en su *Crónica Mexicana* (1598) escrita en castellano, en el lenguaje de los conquistadores, y en la *Crónica Mexicayotl* (1609) redactada en nahuatl, en la que incorpora valiosísima información, como dice Orozco y Berra, mencionado por Garibay, que es aquí nuestro Virgilio, “presenta la leyenda en su prístina sencillez; tiene el sabor de esas relaciones conservadas desde tiempos remotos por los pueblos salvajes, transmitidas de generación en generación con ciertos visos de lo prodigioso y de lo fantástico...”

Los historiadores mestizos e indios del siglo XVI y XVII, pero principalmente los mestizos, presentan por otra parte algunos elementos importantes que los distinguen. Si ellos tratan de sumarse a la universal historia, a la cultura occidental, lo hacen porque están plenamente conscientes de su valor, de la autenticidad de su voz, de su propia fuerza. Se sienten orgullosos de su doble estirpe, no la desdennan. Aman a la madre, pero quieren igualar o superar las paternas hazañas. Hincados hondamente en la tierra de sus antepasados la consideran como propia, como peculiar pertenencia. No son ellos extraños, sino auténticos herederos de ella y de sus glorias. Estos autores comenzarán a considerarse pertenecientes a la mexicana nación, no a una tribu, ni a un pequeño reinado, sino a un conjunto de reinos hermanados por obra de la incorporación a España y a la civilización europea, como integrantes de una unidad indestructible, que les enorgullece y eleva.

Por otra parte la necesidad de defender algo que consideran suyo, tan de ellos o más que de los criollos, frente a la disputa que de sus bienes y derechos los recién llegados españoles les hacían, extrema su posición. De esas circunstancias surgirá en

ellos un nacionalismo que se advierte a lo largo de sus obras, de una manera principalísima en Tezozómoc.

Su finalidad podría explicarse además no sólo por el deseo de perpetuar su pasado, sino por la acción arrebatada de la cultura —no siempre la más fuerte es la más superior— que era la europea. Ellos desearon asimilar su historia a la Historia Universal, pero sin perder todos sus valores, recreando de su cultura sólo lo más importante, y abandonando lo menos deseable, pero, eso sí, dentro del marco de la civilización y de la historia occidental. En ese afán de incorporación al medio europeo, al panorama universal de la historia, adelantábase a Sigüenza y Góngora.

Los esfuerzos por sumarse a la historia universal, el desarrollo de la vida espiritual cristiana y europea que este grupo hace, continuando las especulaciones de Las Casas, de Acosta y de otros escritores anteriores que se preguntaron acerca del origen del hombre americano, van a encontrar un postrer y fructífero resultado en los historiadores del siglo XVIII, Boturini, y Veytia, que tratan de entroncar, por vías no siempre científicamente atinadas, a las culturas americanas con las del Viejo Mundo; a los pueblos aborígenes con las ramas humanas señaladas en los textos bíblicos, y a la cronología americana con la del Viejo Mundo.

La literatura indígena, la de los indios puros, no cesa de escribirse, se continúa después de la Conquista, como hemos visto. Si en el altiplano produce las obras señaladas, en el sur-este, en las tierras mayas prosigue su elaboración. Al parejo de los trozos recogidos certeramente por Miguel León Portilla, del *Códice Florentino* y de otras fuentes, en su *Visión de los Vencidos*, y de las páginas posteriores de Chimalpahin, los indios de aquellos pueblos producirán el *Chilam-Ba'am* de *Cal-kini*, que relata la resistencia ofrecida a las armas españolas al igual que lo hacen las páginas del de *Chumayel* y, una vez agotada toda resistencia, tenemos la preciosa Crónica de *Chak Kulub Chen* y el memorial de *Tecpan Atitlán* o *Anales de los Cakchiqueles*, revelador éste de las depredaciones de Pedro de Alvarado, el rubio e ibero Tonatiuh.

Tronchada la cultura aborígen por obra de la Conquista y la dominación, impuestas formas diferentes de vida y de pensamiento, desaparecido el sentido de su expresión, la literatura indígena no pudo subsistir más allá del siglo XVIII. A más del abandono en que fueron cayendo las lenguas indígenas, intensificóse por razones político-culturales la castellanización del

país. Sin cohesión, sin estímulo, como observa Garibay, “los indios no pudieron conservar su lengua y mantener los moldes de su muerta cultura. Dejó de ser una cultura en forma, dejó de ser una literatura viviente y pasó al subsuelo de la vida literaria. Se mantuvo y se mantiene en las formas populares. Es ya un terreno que el folklore ha hecho suyo”.

V

La prosecución de la Historia Antigua

Si bien con la decadencia que señala tan atinadamente el P. Garibay, cesa la literatura náhuatl, en nuestro caso la histórica, de manifestarse, de expresarse por las voces auténticas de los indígenas, su cultivo continuará. Pasa el fuego sacro a otras manos, criollas y europeas, quienes van a mantenerlo con esmero y a reiniciar el relato. A base del interés y de los fondos de Sigüenza y Góngora, quien en el siglo XVII, supo intuir el valor de la historia antigua de México y de sus fuentes, las que hizo conservar en “arcones de cedro de la Habana” para que no se dañaran, el siglo XVIII intentará a base de las fuentes escritas y no más de la tradición, interpretar el pasado de los pueblos precolombinos. Los hombres que de ese aspecto se ocupan son muchos; los más destacados son aquellos a quienes nos referimos en seguida.

Lorenzo Boturini es el redescubridor de la historia antigua del altiplano, olvidada en parte desde Sigüenza. Buena parte de su labor fue de acopio, de recolección de las fuentes que podían servirle para elaborar una historia madura y realmente fundamentada, la cual no pudo realizar.

Las ideas básicas en que giró su obra fueron tres, la mitología, la cronología y el origen de los indios; las dos primeras le servirían para fundamentar la última. Utilizó como sistema el propugnado por Juan Bautista Vico en la *Ciencia Nueva*, señalando con precisión las diversas etapas o edades del desarrollo histórico, esto es, la de los dioses, la de los héroes y la de los hombres.

La adversa suerte que corrió por su calidad de extranjero, por pretender realizar una ceremonia religiosa de gran trascendencia —la coronación de la Virgen de Guadalupe— sin los reales permisos, y la desconfianza acerca de su verdadero credo político, le impidió cristalizar sus originales ideas y ma-

terializar una verdadera historia antigua de México. No obstante que guardó con reserva su simpatía por los pueblos aborígenes, el proceso que se le abrió revela que su obra fue evitada, pese a que alaba la Conquista, como lo fue antes la de Sahagún, por "la extrema simpatía que manifestaba a los indígenas, la cual podía servir para emular a los criollos". Su *Idea de una nueva historia de la América Septentrional*, pese a sus naturales deficiencias es obra importante. De sus esfuerzos arrancarán los posteriores de Mariano Fernández de Echeverría y Veytia y de Antonio de León y Gama en los campos de la lingüística y la cronología.

Veytia, amigo de Boturini, alejado como éste de las formas históricas indígenas, elabora en el siglo XVIII la más amplia historia dentro de un estilo tradicional.

Su obra, aun cuando trata de ser una historia general del México antiguo, se ocupa de preferencia de la historia chichimeca texcocana incorporada dentro de la tradición histórica europea. Enamorado de la forma, de la grandeza histórica de la antigüedad indígena, tiende a demostrar la existencia de hombres extraordinarios en el pasado mexicano, de un ciclo de héroes de los cuales se ocupa, mas no al modo de los modelos grecolatinos, de Plutarco o Suetonio, sino rodeados de un ambiente barroco y de formas de expresión y actuación muy teatral. Sin embargo su trabajo después de Torquemada es el más grande intento de explicación del pasado indígena, y sin ser original ni en su fondo ni en su forma, en unión del de Clavijero representa el aporte más grande del siglo XVIII a la historia precolombina.

Preocupado por el pasado aborígen en esta centuria se cuenta también a Eguiara y Eguren, quien a través de un dominio casi completo de la bibliografía, revela a los atónitos ojos de los criollos la fuerza y esplendor de su cultura, las firmes bases intelectuales que la sustentan entre las cuales contaban sobremanera las procedentes del pasado indígena. Si Eguiara y Eguren arranca del pasado prehispánico para legitimar la cultura mexicana, Granados y Gálvez, otro autor dieciochesco, con un sentido político, disfrazado de distracción erudita y agradable, en sus elegantes *Tardes Americanas* hará la defensa del indio, a base de unas disquisiciones en torno de la historia precolombina.

No tal vez, sino ciertamente, la obra más consistente del siglo XVIII relativa a la historia antigua es la del Padre Francisco Javier Clavijero, la *Historia Antigua de México*. La in-

fluencia de esta obra en la historiografía mexicana es enorme, como lo han sido sus implicaciones políticas al actualizar y dar perpetua vigencia al tema de la defensa de los americanos, indios y criollos. Su *Historia*, que representa la tradición tenochca, es una historia moderna sin disquisiciones morales, políticas o religiosas, y en ella nos da una nítida idea de la grandeza de la civilización mexicana, exenta de los errores y fantasías de sus predecesores, civilización a la que valora y enaltece para demostrar a los calumniadores de América, Paw, Raynal, etc., la falsedad de sus imputaciones. La *Historia Antigua* es una de las obras más brillantes de la literatura mexicana por su precisión, limpieza, soltura en el narrar y hermosura formal. Alejada de los criterios simplistas rechaza la interpretación diabólica de la historia precortesiana que quería ver a través de la lucha entablada entre Dios y Satanás la explicación del pasado indígena. La defensa del indio, al que cree dotado de valiosas cualidades y sólo contaminado con los vicios de los españoles y rebajado por el mal trato recibido, es su principal preocupación. Subrayó como Palafox las virtudes del indio y su defensa marca el grado a que llegó la polémica americanista en esa centuria, la cual sirvió para que los criollos cobraran plena conciencia de su clase. El nacionalismo que emana de su obra se patentiza en todo instante y ese nacionalismo, sustentado en una singular patria y exagerado por razones de la hora, va a servir más tarde a Carlos María de Bustamante, no autor, pero sí editor y comentarista de obras de historia antigua, y a otros nacionalistas exaltados como Rodríguez Puebla.

Traspuesto el siglo XIX, y obtenida ya la libertad política, una vez que la historia dejó de ser examen del pasado y del presente, penetrante reflexión de un ayer y un porvenir, como lo fue la de la Independencia, el interés por la historia antigua de México volvió a resurgir. Es Manuel Orozco y Berra el más distinguido entre todos los historiadores de aquel período en el siglo pasado. Hombre que a veces carecía de pan y tenía tiempo y otras en que tenía pan pero le faltaba el tiempo, pudo, pese a ese gran dilema —que hoy tanto preocupa a Agustín Yáñez como Secretario de Educación Pública— aplicarse a la ímproba tarea de redactar una *Historia Antigua de México* en la que utilizó con un cuidadoso e inteligente criterio los mejores métodos, las fuentes más precisas y variadas, los conocimientos válidos para su época.

Reflexión y erudición se dan la mano en la Historia de

Orozco y Berra. No es la suya obra vana, sino fecunda, recia. Supo, pese a algunas fallas de estimación que en cualquiera ocurren, valorar las culturas autóctonas y también subrayar el valor de la lucha titánica, espléndida, de castellanos y aztecas, dos fuerzas potentísimas en pugna. Iberos y mexicas, grandiosos ambos, chocaron en atroz combate. Unos no eran más valerosos que los otros, ni sus ideales eran menos fuertes. Si la técnica europea se impuso auxiliada por las preocupaciones psicológicas de los mexicas, esto no ocurrió sin que los españoles quedaran bien seguros de la alta condición humana de los indios. El brutal contacto entre las dos razas está en Orozco y Berra magistralmente descrito.

Después de él, otros cultores más, dentro de campos más cerrados, seguirán trabajando en la Historia Antigua, como lo hicieron Pimentel que clasificó las lenguas aborígenes; Peña-fiel y Chavero que se mueven en un ambiente que empieza a estudiar con serias bases la arqueología, y el mayor de todos en visión, don Francisco del Paso y Troncoso, a quien no le alcanzó la vida para llevar a buen término su ambicioso, por perfecto, plan de elaborar una historia antigua integral a base de profundas investigaciones arqueológicas, lingüísticas, etnográficas e históricas. Los estudios que dejó señalan su alta calidad científica y su genio de historiador. Si Paso y Troncoso hubiera vivido en los medios históricos de Europa y contado con un equipo al estilo de los alemanes, hubiera dejado una obra comparable a la *Monumenta Germaniae Historica*, pero Paso y Troncoso trabajó solo, envidiado por los eternos malquerientes.

Eligio Ancona y Crescencio Carrillo y Ancona, así como Juan Francisco Molina Solís, en la península yucateca, prosiguieron el cultivo de la historia del pueblo maya que con tan buen pie iniciaran Landa y más tarde Cogolludo.

Nuestra centuria recogió los esfuerzos de sus antecesores, pero con nuevas bases. La Revolución de 1910 despertó el interés, más que por la historia antigua, por el indio. Los ideales de reivindicación social que postuló para sacar a los indígenas del estado de postración en que se encontraban sumidos, la participación de grandes núcleos de campesinos, muchos de ellos indígenas, creó en un grupo de hombres de amplia visión, interesados vivamente en los problemas sociales, la conciencia de emprender estudios especiales destinados a mejorar la suerte de aquellos amplios grupos. A base de la aplicación de métodos sociológicos y antropológicos, Andrés Molina Enrí-

quez, primero, y más tarde Manuel Gamio, emprendieron el estudio de las necesidades de las comunidades indígenas, con el fin de mejorarlas, e irrumpieron naturalmente en el campo de la Historia. Gamio, a más de realizar un trabajo antropológico modelo en su género acerca de la población del Valle de Teotihuacan, esbozó un programa de acción indigenista que completado con los requerimientos y posibilidades actuales se ha continuado hasta nuestros días. Su continuador es Alfonso Caso, salido de la rígida especulación filosófica y jurídica, mas quien gracias a su penetrante inteligencia y dedicación es sin duda el arqueólogo más destacado de América y uno de los mejores conocedores de la historia antigua de México.

Al lado de don Alfonso han brillado Enrique Juan Palacios, de inquietudes enciclopédicas, y estimado conocedor de la cronología maya, y Miguel Otón de Mendizábal, preocupado tanto por el ayer del indio como de su realidad actual, quien escribió algunos de los trabajos más sugestivos a él relativos. Wigberto Jiménez Moreno, dotado del mismo espíritu ambicioso de Troncoso y de un sexto sentido que le permite captar de las fuentes escondidas verdades, conoce como pocos la historia mexicana prehispánica y muchas otras más. ¡Quiera Clío y los hados permitirle pueda redactar todo cuanto sabe! Angel María Garibay, por la vía de las letras, penetró en el mundo indígena. Domina con singular maestría lenguas y fuentes y a través de la belleza ha sabido captar el espíritu de los antiguos pueblos y por tanto lo mejor de su historia. A Miguel León Portilla, su dilecto discípulo, somos deudores de un excepcional estudio acerca del pensamiento nahuatl, de su reflexión filosófica y también de sus expresiones literarias. Ignacio Bernal, a la par que arqueólogo de recia formación, incursiona airoosamente en el pasado aborígen. A ellos les siguen muchos más que han dejado de ser simples albañiles, o coleccionistas, para convertirse en serios cultivadores del pretérito precolombino. Semilleros de este doble interés por la historia y los problemas indígenas son la Escuela Nacional de Antropología y los Seminarios de Cultura Nahuatl y Maya de la Universidad Nacional, así como el Instituto de Investigaciones Sociales que dirige el sociólogo Lucio Mendieta y Núñez, y la Sección de Antropología del Instituto de Investigaciones Históricas a cargo de Juan Comas. El Instituto Nacional Indigenista pone en obra los postulados revolucionarios en favor del indio y el Instituto Indigenista Interamericano coordina

la labor que en beneficio de las comunidades indias se realiza en todos los países americanos.

El indio es una realidad tangible dentro de nuestra patria y no un puro tema histórico. El conocimiento de su historia sirve en la actualidad no de especulación erudita, sino de base segura para conocer sus problemas y resolverlos. Es a través del estudio serio, de la reflexión incesante y de la ejecución honesta de las medidas que la historia y la realidad señalan, como en nuestro país el indio será no un extraño, sino un mexicano cualquiera, un hombre cuya historia debe ya ser la común a todos.

VI

Asombro y posibilidad del mundo nuevo

El interés por la geografía y la historia, esto es, por la naturaleza y el hombre viene —como en los viejos tiempos en que Herodoto se maravillaba de las tierras recorridas y de los hombres que en ellas moraban, del Nilo y de la civilización de Egipto— íntimamente unido en los primeros europeos que contemplaron el Nuevo Mundo. Sin embargo, a éstos como a aquél, importoles más el hombre que la simple naturaleza, pues al fin y al cabo es él quien subyuga a aquélla, la domina y conforma, aún cuando ella intervenga en la aparición de ciertos caracteres espirituales, de peculiares hábitos y costumbres. No deja por eso la naturaleza americana de sorprender a sus primeros descriptores, empezando por Colón, quien —“cruzando los hilos de la realidad con los del ensueño”— como admirado por sus caudalosos ríos, su salvaje floresta, su colorida y extraña zoología, creyó encontrar en ella el asiento del Paraíso. A partir de él, Vespuccio, Oviedo —que otros no lo gozaron con los ojos del cuerpo sino lo intuyeron intelectualmente con su despierta inteligencia—, y posteriormente los conquistadores, Cortés, Bernal Díaz; los religiosos, Sahagún, Motolinía y los subsecuentes, el paisaje americano en general y el mexicano en particular, fue descrito con sobriedad, aún cuando en ocasiones lo haya sido con entusiasmo y deleitante minucia como lo hace Oviedo con el de las Indias.

Los hombres, en cambio, dentro de su comunidad o aislamiento, son vistos con mayor interés. Se les pinta con asom-

brada certitud de que son seres humanos, disipando las monstruosas y fantasiosas imágenes que de los de lejanos horizontes se habían creado y se seguirían forjando con interesada y dolosa intención. El indígena aparece ante los ojos de los europeos, Colón el primero, en toda su espléndida y bella desnudez y sus costumbres, habitaciones, sustentos, sus creaciones enteras, van siendo recogidas en sabrosas descripciones, y poco a poco valoradas, incorporando muchas de ellas no sólo al patrimonio de los propios conquistadores, sino al de toda la europea civilización.

La contemplación de una extraña y fastuosa naturaleza amplificó la realidad en su asombrada descripción. La hazaña descubridora fue de tal magnitud, aun cuando los términos estuvieran equivocados en un principio, que había que engrandecerla, exagerarla, multiplicando su real valor. De ahí nacieron en las letras americanas, como tan certeramente lo ha dicho José Juan Arrom, “dos temas y una actitud que luego se han hecho constantes: el paisaje, el hombre y la hipérbolo”.

El reencuentro con la geografía, esta vez la de América, la de medio mundo provocó, como cada vez que ese reencuentro se da, una toma de conciencia del europeo que produjo una revolución intelectual y política. Revolución en la concepción del mundo y del hombre y revolución en la actitud ante ese mundo nuevo y los seres que lo habitaban. De la actitud política ante la nueva tierra derivará la rivalidad de intereses materiales que traspasa a campos hasta entonces no hollados la concupiscente ambición, la lucha económica del Viejo Mundo, su eterna ansia de dominio que se enseñoreará de los indios para explotarlos en su provecho, adaptando en América viejas instituciones de sujeción: esclavitud, encomienda, trabajo forzoso.

Ganados por la naturaleza americana y sobre todo por sus hombres, insignes varones movidos por un profundo sentido de cristiana fraternidad, de respeto a la dignidad de la persona, defenderán ambos elementos; a aquélla de la destrucción de que comienza a ser objeto por la ambición europea, y a éstos de la esclavitud. Si Las Casas excede sus querellas al hacer su defensa, ese hecho muestra no sólo la presencia de la hipérbolo, ante el humano elemento, sino la presencia de otra tónica más en la labor de los escritores de América, su acalorada, su acendrada “defensa de la dignidad del hombre”. Rica secuela deja Las Casas. A partir de él una corriente de com-

preñón, de respeto, de patético llamado hacia el dominado, el vencido, hacia el hombre despojado, se hará sentir en las letras y la historia mexicana, y producirá maravillosas páginas en las que a más de su formal y patética belleza habrá que admirar el encendido celo puesto en defensa de las causas justas, de los débiles, de los infamados. La trayectoria de esa corriente es inmensa, incesante, pues en nuestro suelo aún no desaparecen la ignominia, las desatentadas ambiciones, ni la miseria. Después de Las Casas, Motolinía, Quiroga, Gómez de Cervantes, Alegre, Abad y Queipo, Hidalgo, Juárez, y más tarde otros y otros escritores seguirán mostrando la desigualdad social y económica, el desequilibrio cultural y también la necesidad de mantener el respeto al derecho y a la libre determinación de todos los pueblos, de defender la integridad humana y la de la patria. Para todos estos, la "historia —como escribe Mario E. Salas— no es sólo la historia sino lucha y vehemencia, el debate de la libertad del hombre, impugnación de la violencia física y de la crueldad, lucha poderosa y tesonera por el derecho".

El mundo americano, ajeno a las mundanas apetencias, a los mezquinos intereses europeos, va a ser visto —por su desbordante naturaleza y pródigos frutos, por su intocada pureza, por sus creaturas exentas de malicia, sencillas, limpias, arcilla primordial con alma pura— como una nueva tierra prometida, en la que será posible la construcción de un mundo perfecto, justo y armonioso, en el que sea dable construir una sociedad más humana, libre de maldad y de los vicios ancestrales del mundo viejo.

La cristiana sociedad que pese a quince centurias no pudo edificar en Europa el reinado de Cristo, la nueva iglesia —unión de fieles hermanados por la caridad y el espíritu evangélico—, encontraría aquí su cristalización. Una utopía cristiana que añoraran tanto Las Casas, Motolinía y otros religiosos, y también una humana Utopía surgida de las inspiraciones renacentistas que humanizará la pura idea religiosa, fue la que se pretendió establecer. Bacon, Campanella, Moro, influirán en el ánimo de los constructores de América. Bien ha demostrado Silvio Zavala las influencias utópicas de Moro en Vasco de Quiroga y Zumárraga y cómo esas generosas influencias posibilitan la edificación de un México más justo y generoso. La cristiana y humanista utopía vio nacer los pueblos michoacanos, los Hospitales de Santa Fe, los intentos de la Verapaz y muchos otros ensayos que se registran en escri-

tos sin fin de los historiadores del siglo xvi. La declaración misma de nacionalidad de los indios, alcanzada con los esfuerzos de Fr. Julián Garcés, arranca de ese sentido y de la consideración de la humana dignidad de los indios americanos.

Edificación de un mundo diferente, forja de nueva sociedad, de una comunidad vasta de hombres y mujeres viviendo en condiciones de igualdad, de cristiana fraternidad, exenta de injusticia e inquietud, en disfrute de dones abundantes de los agros americanos, es lo que no sólo soñaron, sino que lucharon por convertir en realidad, muchos hombres de la centuria decimasexta.

Tan grandiosa utopía no pudo materializarse, mas si la realidad fue otra, la idea se mantuvo. Otros historiadores y actores de la historia cuyas páginas aquí se encuentran recogidas, seguirán bregando por conseguirla. Los esfuerzos por hacer de la Nueva España un país de hombres libres, patria respetada y generosa, en la que no hubiera, como escribía Morelos, más diferencia que la práctica de las virtudes y en la que la opulencia y la miseria se moderaran, representó también una utopía por la que muchos derramaron su sangre; y también un ideal, utópico a los ojos de muchos pero alcanzable, fue la lucha dispar que México sostuvo con potentes naciones en el siglo xix.

La Revolución de 1910 significó también el deseo de establecer —nueva utopía— un orden más justo, condiciones más dignas, más humanas para todos los mexicanos.

Si todos estos intentos, surgidos de un ideal a primera vista utópico —pero porque lo es, es más limpio, hermoso, humano y fraterno— no han materializado del todo, eso se debe a que ha habido en el camino poderosos obstáculos: la malignidad, el derrotismo, los insanos intereses propios y ajenos, codicia y ambición sin límites.

De la consideración de la naturaleza americana, rica y pródiga, surgirá bien aquilatada con el peso científico de un Alejandro de Humboldt, la idea, apartada desgraciadamente de la realidad, de la inagotable y caudalosa riqueza americana que sustenta los ideales independentistas. Sólo más tarde se recapacitará que es el humano esfuerzo el que hará posible obtener de la tierra el diario e indispensable sustento.

El indio, con su dócil naturaleza, va a dar, exageradas sus cualidades, un tipo de creatura perfecta, que se transforma en la literatura histórica en “el buen salvaje”. Ser idílico que se recrea principalmente en el siglo xviii, que cae en olvido ante

la tendencia igualitaria del liberalismo, pero al que reencuentra y trata de redimir la Revolución de 1910.

Asombro y posibilidad, tal ha sido la impresión que el Nuevo Mundo ha producido a todos los hombres. Los que lo gestaron, admirados de sus humanos y naturales recursos, trataron de hacer posible en él una vida mejor. Los que han descrito ese esfuerzo estuvieron, como aquéllos, conscientes de la lucha y en multitud de páginas nos han dejado huella perdurable de ella.

A quienes han escrito trozos admirables en pro de la justicia y la dignidad, se les pueden aplicar las preciosas palabras de Miguel de Unamuno: "Si el que lucha por la libertad no tiene una idea, más o menos clara, del uso que de ella ha de hacer luego, jamás será libre; ni será de veras independiente aquel pueblo cuya clase dirigente no tenga conciencia más o menos clara del valor histórico de ese pueblo, del uso que ha de hacer colectivamente, y para los grandes fines de la cultura, de esa independencia." Muchos historiadores han tenido esa conciencia y es a través de ella como el pueblo mexicano ha podido conservar su libertad. La historia ha sido la mantenedora de la conciencia social, ella ha sido el fluido vital que ha preservado la conciencia del mexicano, que le ha permitido del asombro que el goce y el temor producen ir realizando sus ideales, por muy utópicos que éstos hayan parecido.

VII

El fragor de la Conquista

La Conquista de México fue, como toda hazaña de ese tipo, violenta, pródiga en heroicidades, sangre y destrucción. Sus autores fueron gente del pueblo, con ligeras excepciones, como bien observa Fernández de Oviedo al escribir que, "en España eran las clases populares dedicadas a las artes mecánicas y a la agricultura, en fin, la gente plebeya, la que se entregaba a las armas y a su ejercicio, la que hacía de la guerra su vida". Esta clase popular que realiza la empresa conquistadora deja también el testimonio de su batallar. Los soldados transformados en cronistas, y no eruditos historiógrafos, son los que entregan a la posteridad el viviente testimonio de su epopeya. Si Cortés, el caudillo, hace una relación interesada, su rico

detalle lo envuelve en una prosa y un sentido comparable al de la *Guerra de las Galias*; y Bernal Díaz en un “estilo difícilmente superable en fuerza descriptiva y en gracia narrativa tiene el sentido del detalle preciso, para lo cual le ayuda una memoria sorprendente”. Ellos dos, como solos ejemplos, muestran en todas sus páginas “la conciencia plena de la perspectiva histórica de sus actos”. En el jefe fue su grandeza señera y destacada la que se impuso y la que se trasluce en sus cálidas páginas; pero en las de los soldados es el pueblo —soldados y capitanes—, “el pueblo mismo dotado de calidades extraordinarias y únicas, el que se revela”. No es ahí el héroe aislado la figura culminante, sino la colectividad en sí —como en los tiempos heroicos en que la leyenda dio lugar al héroe— la que realizaba gloriosas hazañas.

Entre los mejores logros de la obra de estos soldados cronistas, que manejaban la pluma con la misma destreza que la espada, debe contarse su admiración por las aptitudes guerreras de los mexicas, por sus virtudes cívicas, por la grandeza de sus realizaciones materiales. No difaman a la india naturaleza ni a los aborígenes —lo que sí harán otros escritores—, lo único que no admitió su sensibilidad fue la extraña religión y sus cruentos sacrificios, rechazo explicable si se toma en cuenta que entre los móviles profundos de la conquista estaba el de la conversión, el de la lucha contra el infiel, sino que los admiran con estupefacción. El mismo pasmo debió haber sufrido Cortés y los suyos al ver a los Embajadores de Moctezuma penetrar majestuosa, indiferentemente y sin dignarse mirar a nadie, aspirando un ramillo de flores que en las manos llevaban, que al contemplar el esplendor de la ciudad azteca, henchida de palacios, de templos, de canales, de mercados tan grandes como la Plaza Mayor de Salamanca; todo lleno de boato, de movimiento, de un mundo extraño y misterioso que dificultaba hallar palabras para describirlo.

Es la multitud de soldados cronistas, inigualable en ningún otro país, la que escribirá la gesta de la conquista. Sin erudición libresca, no obstante que “exhiben ingenua y repetidamente la poca que poseen”, llegarán a afirmar por la boca misma de Oviedo, que “no sirven de nada la elegancia del estilo y la erudición si no se ha vivido lo que se quiere relatar”. De ahí, de esa verdad insólita, partirán los ataques como bien señala nuestro llorado maestro Ramón Iglesia, del propio Oviedo a Pedro Mártir, y de Bernal Díaz a López de Gómara. Cronistas palatinos al igual que más tarde lo fuera Antonio

de Solís, quien “amparado en la maravilla de su prosa ha dado la versión clásica del relato de la Conquista”.

Es la versión ingenua de estos soldados, conscientes de su realidad de hombres y de la humana empresa que acometían, la que da realce y valor a la historiografía de la epopeya india. Mas su versión no por ingenua es menos bella. Tal vez y sin desearlo, impelidos por la violencia de su gesta, lograron que la belleza se interesara en sus hazañas, y en páginas maravilladas nos legaran en su varonil y fuerte idioma, la muestra más perfecta de la voz popular, la misma que tuvieron el manco de Lepanto y la monja de Avila. Es la voz del pueblo, separada de la tendencia culta, patrimonio de los palaciegos y oficiales cronistas, la que se dejará sentir y creará la historiografía popularista, “produciendo la flora espléndida de las crónicas de Indias, que culmina en la obra de Bernal”.

Si en la Crónica de Indias de estos soldados, de esta porción del pueblo, se revela la empresa conquistadora, las fuerzas desatadas, materiales y espirituales que la hicieron posible, la intervención del hombre en esta gesta, y se sienten hervir sus pasiones, sus odios, temores y esperanzas; si se escucha la vida que late al par que golpean espadas y macanas, piafan los corceles y silban las flechas, en la Crónica Oficial, la de un Pedro Mártir, un Herrera y un Solís, entre otros, sólo se podrá advertir, eso sí, envuelto en una forma plena de *voluptas*, esto es, de placer estético, el deseo —*utilitas*— de poner de relieve las ventajas que al Mundo Nuevo le aportó su descubrimiento, hecho por un Estado Cristiano, justo y bondadoso, hondamente preocupado por hacer de las tierras americanas sitios en los que los indios pudieran ser felices, organizados a través de las instituciones europeas y conociendo y practicando la religión verdadera para poder salvarse. Pretendieron los cronistas palatinos, a través de la belleza de su prosa, convencer, sin lograrlo, de la magnanimidad española, de su rectitud, de la alteza de su misión gobernadora.

Al lado de Bernal, otros soldados, como el bárbaro y sangriento Nuño de Guzmán y el no menos cruel Pedro de Alvarado, y también el llamado Conquistador Anónimo, dejarán sus vivientes testimonios; y ya más asentados, Fr. Francisco de Aguilar, soldado que colgó la espada y tomó la cruz y el hábito como suele ocurrir en las crisis que provocan estos movimientos, y Bernardino Vázquez de Tapia; y, en una guerra diferente, pues se hacía contra indios sin el grado de civili-

zación que los del centro de México, Gonzalo de las Casas dejará patéticos cuadros de la guerra contra los chichimecas, esos feroces personajes que ocuparán páginas enteras de los descriptores de la colonización del Norte Mexicano en el siglo XVII y XVIII, hasta llegar a Fray Vicente de Santa María, quien ante la experiencia que su ferocidad y atraso le produce, abandonará las amables concepciones del "buen salvaje" usuales en su época, para pintar en macizos aguafuertes, su rebelde carácter y sus cruentas prácticas guerreras.

VIII

Visión y acción del religioso

Después de la voz de los soldados, de los humanos y rudos actores y autores de la gesta, la voz del misionero se alza con inusitada grandeza. Doble finalidad lleva su testimonio: penetrar el insondable mundo del indígena, conocer su recóndita alma, sus conceptos del mundo y de la vida, la razón de su misterioso proceder y ya conocido, ganarlo a la cristiana fe, incorporarlo a la universal iglesia, salvar lo más precioso de él, su alma. Con diversos métodos y resultados se emprende esta labor. La más lograda y perfecta fue la de Fray Bernardino de Sahagún.

Con Olmos, pero mejor, más perfectamente con Sahagún, surge el interés etnográfico y el mejor método de investigación etnográfica. Con plena independencia científica, sin arrastrar tras sí falsas ideas y conceptos, como los que se tenían con relación a las culturas orientales derivadas de las populares concepciones científicas vigentes en la época, los misioneros, a base de estricta observación, recogen un caudal riquísimo de información sobre los pueblos americanos como nunca antes se había recogido sobre grupo alguno. La reflexión de Fueter de que antes del descubrimiento de América, la historiografía humanista europea no contenía descripciones etnográficas y que sólo a partir de 1492 comienza a tenerlas, es realmente justa, aun cuando algunos historiadores de la anti-güedad "extraños al canon humanista lo hayan hecho y sus descripciones hayan sido tomadas por algunos historiadores medievales".

La otra finalidad consistió en defender al indio del maltrato, de la injusticia de los conquistadores, de su crueldad.

Para ello empleáronse todos los recursos conocidos y válidos, desde la simple sugerencia hasta la acusación directa, cara a cara. El censor más violento y auténtico de la Conquista fue Las Casas, quien en su "prosa seca, dura, retorcida como un sarmiento, sin color, sin matices, sin sensualidad ni recuerdos" realiza, como afirma con inteligente certidumbre Salas, la obra "más profundamente positiva y constructiva a pesar de lo ortodoxo de sus principios; trascendente y perdurable a través del tiempo en su clara y definida lucha contra la violencia, la injusticia, la discriminación racial y cultural". "Defiende la ilusión más permanente y más constante de la Humanidad a través de todos los tiempos, la superación última de la cultura en las formas puras del derecho y de la justicia."

En esta doble acción, multitud de religiosos de diversas órdenes y congregaciones se hace patente. En la primera, arrancando de Olmos, podemos mencionar a Motolinía, Mendieta, Durán, Landa, Tovar, Acosta, quien en un grandioso esfuerzo analítico no hace una descripción más, sino inquiera las causas y razones de las novedades que encuentra en el mundo americano. Acosta duda, interroga y responde ante los hechos y fenómenos. Su posición es crítica, de un profundo analista y no meramente narrativa, de ahí su extraordinario valor. Junto a él aparece Torquemada, quien intenta hacer una síntesis de la obra de sus predecesores, a quienes aprovecha, pero sin estar penetrado como Acosta del mismo espíritu crítico, ni de igual preparación. En la segunda lo serán también Motolinía y Mendieta, quienes en los capítulos *Las diez plagas de los indios* y *De los daños que los españoles hacen a los indios* concentran parte de las acusaciones que podían hacerse a los conquistadores y a sus sucesores los encomenderos.

Mas pasado el primer tiempo, el de la descripción pura del indio y su defensa, los siguientes cronistas seguirán realizando esa doble labor, mas ya no independiente, sino unida, ligada a la acción de su orden. Tratarán en su mayor parte de revelar la acción civilizadora de la Iglesia y de sus diversas ramas. Así van a aparecer las crónicas especiales que historian la acción de una determinada religión: franciscana, agustina, dominica. La de Fr. Agustín de Betancourt, emparentada en más de un aspecto con la de Torquemada, es uno de los primeros casos. La cuarta parte de su *Teatro Mexicano*, o sea la *Crónica del Santo Evangelio de México*, refiérese a la misión apostólica de los franciscanos, desde su arribo. Otros hermanos de religión, Baltasar de Medina escribirá la

Crónica de la Santa Provincia de San Diego en México y Alonso de la Rea la *Crónica de la Orden de nuestro Santo Padre San Francisco, Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán en la Nueva España*. En ellas se advierte el afán particularista, el ansia de singularización, aun cuando arranquen de un común origen y misión semejante. Su móvil no es ya la explicación plural del pasado, sino la de un pasado singular, concreto, el de una fracción religiosa encerrada dentro de los límites vastos o estrechos de una provincia. En estas obras, además de historiar la fundación y progresos de cada casa, se hará la biografía y apología de sus varones ilustres, adentrándose día tras día en el campo pleno de la hagiografía hasta llegar al exceso. En este terreno se moverán Beaumont con su *Crónica de Michoacán*; Tello con su *Crónica Miscelánea*; Dávila Padilla con su *Historia de la Provincia de Santiago*; Remesal y Jiménez con sus obras sobre Oaxaca y Chiapas, Burgoa con las de Oaxaca; Cogulludo y Cárdenas Valencia con la de Yucatán; Juan de Grijalva y Juan González de la Puente con sus crónicas agustinas y los Padres Andrés Pérez de Rivas, Francisco de Florencia, Miguel Venegas y Francisco Javier Alegre con sus particulares historias de la Compañía de Jesús en toda la Nueva España o en una de sus regiones. Por otra parte, sosegada la actividad conquistadora y lejos de ella, no la referirán sino escasamente, no tendrán que hacer su condena, sino que la verán como el medio que ellos tuvieron para penetrar a la Nueva España a realizar su labor, como el paso indispensable, forzoso, de desbrozamiento del terreno para que ellos pudiesen plantar la semilla evangélica. Aún más, algunos considerarán como un designio de la Providencia el que esa conquista hubiese ocurrido, pues de tal suerte pudo arrojarse de este mundo a Satanás y su maléfica influencia bajo cuyo reinado habían antes florecido los pueblos aborígenes.

Es indudable que no todas ellas poseen igual valor, que las concepciones históricas de sus autores fueron muy diferentes de acuerdo con su peculiar extracción y tiempo en que se escribieron, que la utilización de sus fuentes fue muy diversa, así como el aspecto formal de las mismas, mas es también cierto que el aspecto general, el tratamiento universalista se perdió. La ampliación del ámbito territorial, el descubrimiento de nuevos pueblos y su conocimiento, la diversidad de lenguas ajenas a las ya conocidas y dominadas, la falta de un interés y de unas culturas semejantes a las del centro del país

influyeron en todo. Sin embargo, es en ellas donde continúan apareciendo descripciones importantísimas acerca de ese enorme mosaico que representaba la población indígena y que antes no había podido integrarse. Sin las prolijas y amplias narraciones de los indios de Michoacán, de Sonora, Sinaloa y Nayarit, de Oaxaca, de Chiapas, de Yucatán, que esos autores nos dejaron, sería imposible intentar su estudio. Entrelazadas con cansadas descripciones acerca de la autoridad de padres y doctores de la iglesia, con minuciosas disquisiciones sobre las virtudes de los religiosos, hállanse en ellas relatos históricos de gran valor relativos al origen de determinados pueblos, sus costumbres, creencias, organización social, cultura y también amables visiones de las nuevas ciudades: México, Puebla, Zacatecas, Oaxaca, etc. Fuentes de inestimable valor para el historiador lo son también para el geógrafo, el etnógrafo y aún para los literatos. En medio de trozos de prosa llana, límpida, agradable y musical, se nos dan otros confusos e ininteligibles por su barroquismo, obscuridad y falta de *sindéresis*.

IX

Criollos, funcionarios y humanistas

Cuando los conquistadores que sobrevivieron a las flechas de los indios y a las bubas comenzaron a ver platear sus sienes, cuando tuvieron repartidos indios y tierras, edificadas casas que más parecían fortalezas que moradas, cuando se hubieron acostumbrado a la hamaca, al chocolate y al guajolote, aparecieron los primeros criollos y los mestizos a ellos asimilados. Irrumpió esta segunda generación con violento ímpetu, henchida de vanidad, de heredado orgullo, no propio, de espíritu pronto a la rebeldía, pero también indolente y blando. Jóvenes ambiciosos de imaginación ya no avasalladora como sus padres, sino fluida y suave. Graciosos, elegantes, finos y llenos de simpatía, los criollos no recibieron de sus progenitores ni el arrojo ni la capacidad de acción, lo que originó fueran postergados por los peninsulares, que continuaban llegando en busca de fortuna, la cual trataban de conseguir a toda costa, aun trabajando.

A esta generación pertenecen Juan Suárez de Peralta y Baltasar Dorantes de Carranza entre otros, quienes nos dejan un *Tratado de la caballería, de la jineta y de la brida* en el que

el primero revela cómo trataba —al igual que hoy lo hacen innúmeros jóvenes y adolescentes— de pasar el aburrimiento, y el segundo una presuntuosa relación de los méritos de sus antecesores, de las ligas familiares, en las que descansaban sus fastidiosas solicitudes de recompensas, como si el avasallar selvas, montañas y desiertos y el romperse el alma con los indios ellos lo hubieran realizado.

La generación criolla, tan bien retratada por Fernando Benítez, ha sido caracterizada en un trozo perfecto por José de la Riva Agüero, quien de sus condiciones espirituales nos dice: “El ingenio se aguzó y ganó en brillo y gracia, perdiendo en solidez; la voluntad se hizo más flexible, pero mucho menos firme y robusta. El pueblo español, tras largos intervalos de inercia, tiene períodos de fecunda actividad; y en cuanto a la resistencia tenaz, a la obstinación en la defensa, a la voluntad negativa, de no querer algo, tal vez ninguno lo aventaje. Poco de esto ha tocado en herencia al criollo. En él las impresiones son más rápidas y menos fuertes, la tenacidad estoica ha desaparecido del todo, y el repentino despertar de la voluntad está reemplazado por una sucesión continua de propósitos y entusiasmos, que, oponiéndose unos a otros, impiden la acción perseverante. La raza criolla produce, afinados y debilitados, los rasgos de su madre.”

La literatura criollista no cesa en el siglo XVI, se continúa, aun cuando en otra forma, en los años posteriores. En ocasiones muestra el descontento de ese grupo por la situación político-económica que sufre, por la discriminación en los empleos civiles y eclesiásticos de calidad y así se arrastra hasta las criollas representaciones de 1771, y los escritos de la Independencia. Muéstrase en la prosa fina, grácil de varios cronistas; en su tono suave, peculiar en un Ruiz de Alarcón dentro del campo de las letras; se perfila en la extrema sensibilidad de Sor Juana, la más espléndida voz poética del siglo XVII y en la que culmina la lírica barroca; en los trazos preciosos de Villalpando y en la capacidad científica, razonadora de Sigüenza y Góngora envuelta en retorcidos pliegues. Manifiesta un sentido nacionalista que cada día se patentiza en las descripciones de las bellas ciudades mexicanas que como setas proliferan en las soleadas campiñas novohispanas; en las narraciones de los descubrimientos y entradas en los lejanos territorios de Tejas, Nuevo México y las Filipinas realizadas por los mexicanos y, también como resultado del continuo bregar, de una constancia para pleitear los puestos, para ha-

cerse escuchar y respetar, para obtener posiciones clave en el clero, en la judicatura y luego en la milicia. A esta generación, como hemos indicado, tócale hacer el balance de la cultura y acrecentar el optimismo, como lo hicieron Bermúdez de Castro y Eguiara.

Unidos por interés a los mestizos, ellos son los líderes de sus reivindicaciones. Unense a las quejas del indio cuando el español lo maltrata, y aun cuando lo comprenden mejor no dejan de abusar de él. Van a la Independencia seguros de su causa apoyados en los indios y las castas que temen y de quienes se separan una vez obtenida la autonomía. Cuando las clases populares advienen al poder movilizadas por la acción de algunos de ellos, como Zavala, buena parte de los criollos se retraen, sienten traicionados sus ideales, dejan el poder, pues les faltó el apoyo y se lamentan de un pasado glorioso como lo hacen Alamán, Cuevas y Gómez de la Cortina. Los que vieron delante el porvenir, lo arrostran con decisión y lo hacen suyo.

La Metrópoli envió a la Nueva España para administrarla, pastorearla espiritualmente y vigilarla con las armas, numerosos funcionarios. Entre los oidores más sobresalientes cuéntase a Alonso de Zurita, con amplia experiencia judicial, cumplidor de las disposiciones reales y quien por acatar una de 1553 que pedía detallada relación acerca de los señores indios, de los tributos de los naturales y sus costumbres, se dio, auxiliado de varios religiosos y personas muy conocedoras, a la tarea de escribir una *Breve sumaria relación* de lo solicitado por el Monarca, la cual revela las costumbres, hábitos e instituciones sociales, políticas y económicas de los indios. Esta información, que muestra el interés de la Corona por las cosas de su Imperio y el cuidado que ciertas autoridades van a poner para satisfacerlo, va a ampliarse posteriormente por medio de unas instrucciones que el genio administrativo de Felipe II y sus ministros —sólo administrativo, lo cual se sigue repitiendo— envió a las Indias con el fin de determinar sus alcances geográficos, económicos y humanos. En siglos posteriores se harán nuevas *Relaciones Geográficas*, que así se llamaron estos informes, para poder estimar el grado de adelanto del Imperio, y más que eso, su capacidad tributaria, sus posibilidades de una mejor explotación económica. No hay que desdeñar, sino al contrario es de admirar, que un amplio interés por la cultura, por la historia, por el hombre ame-

ricano y todas sus manifestaciones, se revele y contenga en esas *Relaciones*.

Otro tipo de funcionarios fue el de los militares enviados a recorrer el territorio para establecer puntos de defensa contra los indios y los extranjeros, erigir puentes, construir calzadas, acueductos y casas reales, levantar censos, organizar la milicia. Estos aparecen principalmente en el siglo XVIII con las reformas administrativas que se hacen en América. Entre ellos podemos contar a Nicolás de Lafora y Pedro de Rivera, quienes nos dejaron unas concisas, pero interesantes descripciones del Norte novohispano, de sus problemas, sus campos y sus habitantes.

Compañero de viaje de uno de los funcionarios de esa época fue el religioso Fray Agustín de Morfi, quien en el diario que escribiera de su travesía por zonas de indios dejó, gracias a su extraña sensibilidad, visiones muy penetrantes de los problemas socioeconómicos del agro mexicano, antes no vistos. La descripción que de los campesinos nos hace, tiene el mismo valor para la historia socioeconómica que la dramática pintura de los mineros que hiciera un siglo antes, en el XVII, Gómez de Cervantes.

Pertinente para conocer el Norte en el siglo XVIII es la descripción del obispo Tamarón y Romeral de su vasto obispado, recorrido paso a paso. Estas descripciones de las visitas pastorales realizadas ya desde la época de Mota Padilla, son documentos de primera mano para conocer el estado general del país. El obispo Palafox, quien tuvo tiempo para escribir catorce gruesos volúmenes de obras muy diversas, establecer colegios seminarios, terminar la catedral de Puebla y hasta pelear con los jesuitas, dejó una serie de visitas pastorales plenas de interés. Después de él, sólo el beatífico mitrado Vera y Zuria en sus *Cartas a mis seminaristas* renovó esa tradición. Los obispos actuales que recorren en automóviles sus diócesis y no a pie o a caballo como aquéllos, no tienen por ello tiempo para escribir obras semejantes.

X

La Historia en el Siglo XVIII

Cruzada la época de las valerosas hazañas, definido el temperamento entre los criollos que no encuentran más salidas a sus contenidos ímpetus que la defensa de las norteñas tierras amenazadas por franceses e ingleses que empiezan a irrumpir en ellas, la entrada a tierra de indios o a las órdenes religiosas que les brindan más una carrera que un auténtico encauce vocacional, sumida Nueva España en el siglo XVII en su primera crisis económica, se desemboca en un período de desencanto que se advierte en las letras y en la realidad en el desencanto ante la vida; en la huida hacia un mundo teocéntrico, a la vida religiosa; es la época de los santos, de los mártires criollos, de San Felipe de Jesús. Las letras en esta decimoséptima centuria, como señala Arrom, “se canalizan hacia el estilo, prefiriendo la complejidad a la sencillez, la tensión a la armonía, lo difícil a lo transparente”. Sus autores, en lugar de relatar experiencias vividas, literaturizan experiencias ajenas como hace Balbuena en su *Bernardo*. La hagiografía llega a su clímax en las crónicas religiosas y sólo importan las descripciones al Norte de la Nueva España de Alonso de León y de Juan Bautista Chapa y principalmente las de Carlos Sigüenza y Góngora al Seno Mexicano y Bahía de Santa María de Galve. Del mismo Sigüenza destacan en el género histórico la *Descripción del motín ocurrido en la ciudad de México en 1692*, provocado más que por los fenómenos meteorológicos, por la ineptitud de los gobernantes, que no supieron satisfacer el hambre y la miseria del pueblo. El sentido histórico de este erudito barroco le lleva también, a base de un relato real en el que simboliza la lucha del criollo con el medio, a escribir los *Infortunios de Alonso Ramírez*, obra en la que algunos ya perciben el embrión de la novela mexicana.

La historia barroca se acomoda pues, en esta época, a todas las necesidades, y en muchos de sus expositores se advertirá un estrecho parroquianismo, una pérdida del sentimiento universalista anterior; una sujeción estrecha a la teología y a las opiniones de las autoridades —la excepción es Sigüenza—. Abundan las obras teológicas, las jurídicas, las que inquietan sobre el grado y pureza de catolicismo de los indios, conocidas como Manuales de Párrocos y las que exaltan el parto de la reina o se duelen de la muerte de un alto dignatario. Algunas

de ellas prosiguen la inquietud surgida en el siglo XVI para emparentar a los naturales con los reconocidos descendientes de Adán y Eva y por entroncar su historia dentro de la tradición bíblica que van a continuar los historiadores del siglo XVIII.

Contra muchas de esas tendencias va a reaccionar la historiografía del siglo XVIII. En esta centuria se produce aquí, como reflejo de lo ocurrido en Europa, una revolución espiritual, predecesora de una revolución política. Se reacciona contra la superstición y la concepción teológica de la historia; se impone el cultivo y uso de la razón para esclarecer a los humanos y evitar sean absurdos y malvados; se despierta la especulación política iniciando una tendencia a la reforma de las instituciones políticas y económicas y se generaliza el empleo del español en todos los escritos; se vuelve hacia el universalismo, la pluralidad, y a la vez que se continúan las tendencias humanistas, con su admiración unilateral por ciertos pueblos y formas de vida, aparece el humanitarismo, el culto de la humanidad. Sin embargo, la más grande aportación fue la creación de la filosofía de la historia, que como tan gráficamente la describe Croce, "designó la ayuda en buenas admoniciones y preceptos que se podía obtener de la historia cuando se la investigaba sin prejuicios, esto es, con el único *prejuicio* de la Razón".

Los historiadores mexicanos que en esta centuria florecen, presentan, sino todos estos rasgos a la vez, sí unos y otros. Villaseñor y Sánchez se entrega a una labor científica que rehúsa las explicaciones teológicas. Su *Teatro Americano*, así como sus trabajos sobre logaritmos, azogues, demografía y otras cosas tan exactas, le llevaron a una explicación nítida de la realidad en la que para nada intervenían hechos sobrenaturales. Su *Teatro* vuelve a ser un intento universalista, plural, pues en él no se describe una particular región, sino la Nueva España entera, tal como era en pleno siglo XVIII, con sus ríos, lagunas, montañas, pueblos y ciudades, ranchos y productos, hombres y actividades. Eguiara, insigne bibliógrafo, siguiendo los moldes de Nicolás Antonio y aprovechando los trabajos anteriores de Bermúdez de Castro, compone con ordenación igual y en latín la *Biblioteca Mexicana* que es la *Summa* de la cultura hasta su época, destinada a mostrar la capacidad intelectual del mexicano, indio, español y criollo, a quien defiende, como hemos señalado, de la europea calumnia. Beristáin y Souza, hijo de esta época, le sigue los pasos en la bibliografía.

León y Gama redescubre la grandeza precortesiana a base de estudios cronológicos y arqueológicos. Boturini y Veytia llegan influidos por una filosofía de la historia, la de Vico, que afirma que "sólo podemos conocer aquello que hemos creado o causado; lo verdadero es lo hecho. Y lo hecho por el hombre es, precisamente, su historia". Los hechos están sujetos a leyes de desarrollo histórico en el cual hay procesos de avance y retroceso, es decir, ciclos de formas culturales que se van superando.

Los jesuitas, a quienes nos hemos referido en varias ocasiones, Alegre, Cavo, Clavijero, entre los historiadores netos, aléjanse de la interpretación milagrera de la historia y si bien en algunos momentos conservan por la fuerza de la tradición y de su estado eclesiástico algunos resquicios de sobrenaturalismo, la modernidad, la razón envuelve a sus obras. Por otra parte, ellos postulan un reformismo social, especulan sobre problemas sociopolíticos como el mestizaje, la discriminación racial y la esclavitud, lo cual combaten. A base del cultivo de sus fuentes teológicas bien meditadas y de tratados de teoría política modernos, atacan el absolutismo monárquico y sientan las bases de un sistema representativo acorde con los principios cristianos. La autoridad, señala Alegre, no procede de la fuerza física o intelectual del que gobierna, ni de una donación directa de la Divinidad o indirecta del Pontífice, sino de la voluntad del pueblo expresada a través de un pacto. Guevara y Bazoazabal, en sus *Instituciones Elementales de Filosofía*, en las que acepta el optimismo progresista de la Ilustración y proclama la autoridad de la razón frente a la de las viejas escuelas llenas de prejuicios, incita al estudio de la filosofía para poder realizar "grandes y sublimes empresas" y colocar a la Nueva España a la par que las cultas naciones europeas. Esta ansia de renovación que provoca una estela luminosa será la que prosiga bajo el patrocinio intelectual de algunos eclesiásticos seculares impregnados del espíritu de las luces, entre quienes descuella monseñor Calama, un grupo de jóvenes estudiantes de los seminarios de Michoacán y Puebla, entre los cuales sobresale Miguel Hidalgo y Costilla. Gabriel Méndez Plancarte, en luminoso estudio, ha precisado la trayectoria intelectual de Hidalgo, que a la vez que reformador político y social, lo fue intelectual.

Todos ellos por otra parte escribieron con un sentido universalista; no fue una región o un aspecto el que les ocupó, sino el país entero al cual ligaron a la cultura universal, al

desarrollo general de la civilización, si bien por razones que explican su expulsión, su alejamiento de la propia tierra, de su "patria" como diría Clavijero, de su deseo de mantener la cohesión espiritual con ella y entre el grupo. De su escondido, por cristiano, resentimiento por su exilio, surgió en ellos un sentimiento nativista, de añoranza por la historia íntegra, la indígena como hace Clavijero o la colonial preferida por Cavo; de recuerdo de los hombres y de la naturaleza como hace Landívar, que les llevó a dejar en maravillosísimas páginas la pintura más amable y cordial de su mexicana patria. Tanto en los limpios y cristalinos trozos de Clavijero como en la menos perfilada prosa de Cavo, pero principalmente en la *Rusticatio Mexicana* de Landívar, uno de los mejores poemas de la latinidad moderna según Menéndez Pelayo y el cual cierra el ciclo barroco que comenzó Balbuena, "brota —según expresión de Picón Salas— una fuente del nativismo literario y una idealización de la vida rural americana que seguirán glosando don Andrés Bello, en sus famosas silvas, pocos decenios después", y en México más tarde un Pagaza con quien se cierra el ciclo humanista, y también Manuel José Othón.

Enamorado de la cultura mexicana y defensor celoso de los naturales es Granados y Gálvez, quien reúne algunas de las características señaladas. Un tanto ajeno al tratamiento histórico general de la época es Fray Vicente de Santa María, quien sin embargo, se encuentra hondamente ligado al país, cuyos problemas conoce y trata de remediar. Santa María, dueño de un espíritu inquieto, se inclina de preferencia por la especulación política. Bentham, quien penetra a principios del siglo a la Nueva España, le hace su admirador y antes de él seguía a Barthelemy con su *Viaje del Joven Anacarsis*, ese libro lleno de elocuencia, de reflexiones políticas, mezcla de historia y de novela, y también a otros autores prohibidos o no. Santa María a la vez que pensador es ya un hombre de acción. Salta por encima de su siglo y pertenece a la generación de Fray Servando Teresa de Mier, Carlos María de Bustamante, Miguel Ramos Arizpe, ligados con Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, Juan Pablo Vizcardo, Francisco de Miranda, Camilo Torres, Antonio Mariño y otros para quienes —señala Arrom— "la palabra es ante todo instrumento de subversión y reforma: piqueta con que socavan los viejos sillares coloniales y preparan las bases ideológicas de las futuras repúblicas".

Santa María es, como decíamos, hombre de acción y revo-

lucionario. Actúa en la conspiración de 1809 en Michoacán, únese al movimiento de Hidalgo, se adhiere a la Junta Revolucionaria de Rayón y elabora un proyecto de Constitución que llega a Chilpancingo y sirve de base a los Constituyentes de Apatzingán. Su temprana muerte en Acapulco, en 1813, le impidió proseguir su obra. Con él dejamos atrás el siglo XVIII y penetramos los agitados días de la Independencia, el fulgurante Imperio y el advenimiento republicano. Del desarrollo de la guerra insurgente y de los problemas nacionales, se ocuparán otros hombres.

XI

La Independencia

El tránsito de lo colonial a lo nacional marca la historiografía del período independiente: En ella se ponen en juego las concepciones coloniales vigentes: una normal que traduce el aspecto positivo de la Colonia, los logros no todos satisfactorios del régimen virreinal y admite la existencia de sensibles defectos políticos, económicos y sociales, en tanto que otra agudizada por la guerra misma se muestra tajante, defensiva hasta la agresión.

Los historiadores más conspicuos de este período son el dominico regiomontano Fr. Servando Teresa de Mier, el abogado oaxaqueño Carlos María de Bustamante, el estadista guanajuatense Lucas Alamán, y su paisano y doctor en Teología José María Luis Mora, y Lorenzo de Zavala, de origen yucateco.

Mier en 1811 inicia sus trabajos con el propósito de justificar la conducta de Iturrigaray en el año de 1808, mas enamorado de la libertad de su patria y ensimismado con el modelo de la política inglesa, se excede en su defensa convirtiéndose en el apologista de la Independencia. En páginas desenfadadas en las que capitaliza sabiamente sus prisiones y andanzas, justifica la Independencia en forma "original y vigorosa, llena de atisbos geniales y felices ideas". Su *Historia de las Revoluciones de la Nueva España*, tan bien estudiada por Edmundo O'Gorman, en el mejor trabajo que sobre Mier se haya escrito, tiene un alto mérito, pero es más bien un alegato, como lo son muchas de sus obras, aun sus *Memorias* en las que se revela su electrizante personalidad. Sus *Cartas*

a Juan Bautista Muñoz dentro del campo histórico le emparentan al grupo de historiadores que condenan la Conquista y combaten la idea de que América está llena de elementos adversos y negativos culturalmente. Apoya en sus escritos la tesis criolla de la independencia, rechaza la tradición hispana, el pasado colonial y acepta como corolario romántico la reinstauración del pasado precortesiano. En último término cree que la guerra de independencia es la guerra de reversión de la Conquista, idea que le reafirma la intervención de indios y mestizos en ella. Inspirado en Las Casas y en Clavijero defiende la causa de la autonomía como algo esencial, imprescindible.

Después de la Independencia, del logro absoluto de la Libertad, pensaba Mier, había que trabajar por el orden, por la organización del país, que debía continuar durante un cierto momento las formas centralistas del pasado, para pasar a constituir después una federación, una vez que las instituciones se hubieran afianzado suficientemente. Escritor infatigable, así como brillante orador, dejó numerosas obras henchidas de entusiasmo y sabrosísima prosa, en las cuales su amor por México y la Libertad se hace patente.

Carlos María de Bustamante, abogado, periodista, constituyente de 1814 y 1824 y diputado vitalicio, llena con su vida azarosa buena parte de la historia mexicana, de la que también es editor y autor. Hombre dotado de imaginación viva y ardiente, genio pronto y decidido, y una educación extremadamente religiosa, incurrió en ciertos extremos que le hacen ir del liberalismo más exaltado al reaccionarismo mayor. En ocasiones admira el pasado colonial y en otras lo ataca con pasmosa saña publicando todo cuanto podía dar una idea pésima de él. Su *Cuadro Histórico* trasluce su criterio criollo, y en él se adoban ideas de todo género, reveladoras tanto de sus actitudes políticas como de sus fuentes de inspiración e información. Dejó una obra compleja, interesante, llena de alientos patrióticos e impregnada de su fuerte personalidad. Cuando se entre a fondo en el estudio de su obra propia, así como de la de editor, que es caudalosa, se podrá comprender mejor su valor. Muchos de los retratos de sus contemporáneos que nos dejó están bañados ya de tintes románticos y la fuerza de sus convicciones no se ha podido aún desprender de la figura de los héroes ni de los acontecimientos que describe.

Lucas Alamán valora y justiprecia la obra de España en México. Cree que en la historia reside una sabiduría oculta

muy superior a toda perspicacia humana que da su fuerza y su razón de ser a la organización total del país formada inconscientemente en el curso de los siglos. La historia de México, y para ello escribió sus *Disertaciones* que explican el pasado, debía marcar a los forjadores de la República su poder de acción y el camino a seguir.

En forma fría y en tono sentencioso y razonador, hace el balance de la acción española a la que ve destruida por el vendaval de la revolución de Independencia. Acepta a ésta como irremediable y la defiende con patriótico celo, con tenaz y honesto desempeño, con visión de auténtico estadista. Su extracción conservadora no desaparece con la influencia que en él ejercieron la ilustración y la filosofía enciclopedista de tono razonador. Advierte como gobernante los peligros de la nueva nación y trata de encauzarla mostrándole lo positivo del pasado colonial y lo peligroso que resulta extraviar la senda y renegar de la historia y del destino a que se está llamado. La anarquía y el caos desatados no sólo sobre México sino en toda América después de la Independencia le angustia y desespera, y así llega a escribir añorando un ayer mejor y más tranquilo: "todo el inmenso Continente de América, caos hoy de confusión, de desorden y de miseria, se movía entonces con uniformidad, sin violencia, puede decirse, sin esfuerzo, y todo él caminaba en un orden progresivo a mejoras continuas y substanciales". El temor que declara, acrecentado por la dolorosa experiencia de 1847, da a las páginas finales de su *Historia de México* un valor de admonición. La tragedia que con él vivieron todos los mexicanos le conduce a amargas reflexiones en las que cobra fuerza su voz que advierte, no sólo a México sino a América entera, el peligro de la hora, que amenazaba a todos de destrucción. Si en cierto modo al escribir tan amargos renglones llega a exclamar como el poeta que: "no hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la miseria"; también hay que aceptar que el recuerdo del bien perdido se convierte en acicate, y espoleado por la angustia se esfuerza por encontrar en todo instante la salvación de la Patria.

El Doctor Mora, cabeza pensante del partido del progreso, hizo la disección de la sociedad y el mundo colonial y vivió preocupado por los graves problemas de su época, que creyó emanados, sin serlo todos, de la época colonial: el despotismo político, la influencia sacerdotal y el militarismo. Pese a que fue de ideas opuestas a Alamán, coincide en algunas de sus

apreciaciones en torno a la lucha insurgente y sus hombres, y a los peligros del exterior agudizados por la anarquía, pero señala que el régimen colonial dejó, a más de aquellos, otros grandes problemas que afectan la vida social como la empleomanía, los estamentos cerrados, y propone modificaciones esenciales en la enseñanza que considera básica para el mejoramiento social. La economía del país preocupó fundamentalmente a Mora y para remediar su lamentable estado agudizado por la Independencia y las revueltas posteriores, propuso, adelantándose a los reformistas, la desamortización de los bienes eclesiásticos.

Su figura de precursor de la Reforma, de renovador auténtico, se agranda cuando se analiza el esfuerzo que realizara para promover un cambio, dentro de una sociedad cerrada a sus clamores. Su acción fue de las que conmueven a un grupo y su visión histórica, en la que se entremezcla en ocasiones pasión y juicio filosófico, es entre las de sus contemporáneos de las más valiosas.

Lorenzo de Zavala es el censor más vehemente del pasado español. Afiliado de joven al grupo sanjuanista que postulaba la repartición agraria en Yucatán y la formación de un gobierno indígena que socializara la riqueza, pasa posteriormente a profesar un agudo liberalismo con cuyas ideas fue del todo consecuente.

Enemigo del absolutismo, prendose de la virtud de instituciones norteamericanas a las que consideró causantes del progreso y engrandecimiento de aquel país. Trató de promover un cambio en el desarrollo mexicano, fortaleciendo y ampliando a la escasa burguesía mexicana y dando una intervención decidida a las clases populares en la acción política.

Admitió con claridad la resistencia al cambio y por consiguiente la necesidad de la revolución. Su admiración por los Estados Unidos le llevó a decir que su sistema institucional, que deseaba ver instaurado en México, era tan grande e importante como el descubrimiento de la imprenta, la brújula y el vapor. El liberalismo abstracto no le satisfacía, y por ello promovió una política que llevaría, según creía, a la refundición de la sociedad vieja con la nueva, de la que saldría "una nueva nación libre, digna de presentarse al mundo civilizado como el modelo de los esfuerzos que el género humano hace para los adelantos de la perfección social". Creyó ingenuamente en los postulados liberales de los norteamericanos, pero no penetró sus ocultas miras imperiales. Por ello se unió

a la causa de Texas, sacrificando a la universalidad del progreso la causa de su país, habiendo salido defraudado. Este hecho representa el final lógico de su pensamiento, que se inició negando los valores de su historia.

La historia de este período ofrece gran variedad. Algunos de sus autores son los sucesores de los viejos criollos, que en sus representaciones hacían el análisis de su sociedad y los defectos que en ella veían imputándose los todos a la Madre Patria. Sus obras impregnadas de la filosofía de la época y de las tendencias históricas ilustradas y románticas expresan opiniones de aprobación o de rechazo respecto al pasado colonial y a la guerra de Independencia. Ven el presente con penetrante mirada y lo interpretan como un funesto resultado del pasado remoto o del inmediato; reflexionan ante él y proponen medidas para lograr un futuro menos incierto. Penetrantes ensayos de sociología mexicana hecha ante una crisis, aciertan en el diagnóstico de los males mexicanos, y aun concurren en señalar las causas, pero cada uno, dotado de diferente sensibilidad, de distinta formación y sirviendo intereses muy distintos, propone soluciones y remedios diferentes.

Los unifica el deseo de libertad, de independencia, de engrandecimiento y sus escritos revelan ese anhelo. Están tocados por la pasión pese al tono razonador y filosófico que a veces adquieren. Todos, actores y testigos de la gestación de la nueva república, le ofrecieron lo mejor que tenían, trataron de formarla. De sus esfuerzos nos hablan todos sus escritos, vivos, agitados, cálidos, como la sangre que se lanza por todas las venas cuando el corazón se conmueve y no basta la inteligencia a serenarlo. Así son sus páginas, semejantes a las de la conquista: igualmente valientes y valiosas.

A todos ellos, menos les interesa describir los acontecimientos, aun cuando algunos lo hagan prolijamente, que descubrir las profundas raíces de la insurgencia, sus trascendentales consecuencias y discurrir con despierta inteligencia en el porvenir de la Patria. Les interesa el pasado en cuanto se hace futuro. El nacimiento de una nación les importa tanto como su destino. Por ello son siempre lección viva, no espejo empañado del pasado tiempo.

XII

El Siglo XIX

Después de los historiadores de la Independencia que llegan con Alamán hasta media decimonónica centuria, los amantes de Clío presentan otros intereses. Desde el punto de vista político cooperaron a la emancipación, y rompieron los vínculos con la metrópoli, mas sólo los políticos, permaneciendo los culturales, aun cuando varios de ellos prohijaron la introducción de otros modelos como el francés, a que tendía Mora con ciertas reservas, o el norteamericano como deseó Zavala. Si la cultura francesa penetró lentamente desde el siglo XVIII, en el XIX se vuelca vertiginosamente, aunque con retardo, sobre México. Alfonso Reyes, Samuel Ramos y otros escritores han señalado su influencia, decisiva en nuestro desarrollo intelectual, al grado que ni las posteriores agresiones de la nación gala a México la hicieron cesar, por el contrario, la incrementaron. De ella se calcan modas, ideas, instituciones, expresiones estéticas.

De los Estados Unidos tomaremos a su vez modelos para organizarnos, constituciones, tecnología y aun pastores protestantes para contrarrestar el peso del clero católico, a quien se despojará de varios templos para cederlos a aquéllos. Habremos de sufrir del vecino país el despojo de la mitad del territorio que teníamos en olvido, llevándose primero a Tejas y luego otros estados no menos importantes. Estas usurpaciones no se olvidarán, mantendrán bien despierta la conciencia y constituirán desde la época de Alamán y Mora, no sólo una preocupación política, sino una ocupación de nuestros historiadores. Si bien con la Guerra del 47 perdimos la mitad de la República, fue ella la que puso las bases de nuestra cohesión nacional, la que aglutinó al país en torno a la idea nacional, la que precisó nuestro sentimiento patrio y conciencia histórica. Aun cuando los juicios de todos están en contra de aquel episodio, serán los historiadores señalados como conservadores los que se distinguirán hasta un cierto momento en sus ataques al imperialismo norteamericano. La penetración americana, que lo fue también cultural, afectó los valores tradicionales heredados de España, los que se sentían como verdaderos vínculos de nuestra unidad y fuerza, y por ello el temor fue mayor. Una corriente a la vez hispanista y antiyanqui se muestra potente en nuestra historiografía. Alamán,

Roa Bárcena, Pereyra, Esquivel Obregón, Vasconcelos y Junco hasta nuestros días señalan la sucesión.

Desde un punto de vista interno, los historiadores tomaron partido en la disputa surgida respecto a la organización del país: imperio o monarquía y república; federalismo o centralismo; oligarquía tradicional o gobierno de una clase media "burguesa" —apoyada, aún demagógicamente, en el pueblo—; libre ejercicio democrático o concesión de poderes dictatoriales a un tirano; predominio de las castas militar y eclesiástica o igualitarismo político-económico. Los partidos en pugna —pronto quedaron definidas las tendencias— estuvieron conscientes de la ruina económica del país. Cuando el ensayo de diversas instituciones encaminadas a salvar al país del desastre económico fracasó por culpa de los hombres y de su irrealidad, se emplearon otros recursos; préstamos forzosos en el interior y empréstitos exteriores que acarrearón grandes males; aprovechamiento de los recursos eclesiásticos, desamortización de sus bienes, lo que provocará serias revueltas auspiciadas por el clero afectado. Todo fue ensayado en medio de la anarquía, de las luchas intestinas, de las guerras de intervención, de sus Altezas Serenísimas y de los Ciudadanos Presidentes.

El gran movimiento ideológico de ese siglo fue el de la Reforma. Con pretexto de eliminar a un caudillo temido por todos los partidos, pero siendo en el fondo una lucha destinada, si no a variar del todo la estructura socio-económica del país, sí a introducir en él una renovación ideológico-política que hiciera posible la estabilización de los principios liberales y de las instituciones de ellos surgidas; de nuevas formas de vida más libre, exenta de censuras y presiones; de una necesaria y urgente separación de los poderes eclesiásticos y civiles y una disminución de la fuerza económico-política de la Iglesia, la cual depurada de ciertos vicios debía cumplir su misión evangélica, se inició en 1854 la Guerra de Reforma, que no pudo verse terminada sino hasta que la República quedó consolidada en 1867 con la caída del Imperio de Maximiliano.

Hasta el momento en que se restauró la República, políticos e historiadores tomaron parte, quien más quien menos, en las luchas del país. Unos defendieron a unos caudillos, otros a los rivales; varios se adhirieron a las causas populares, otros fueron aristocratizantes; reformistas algunos, los demás serían conservadores; imperialistas hubo varios, republicanos muchos. En ellos se observan conceptos e intereses tanto procedentes

del pasado como modernos; en algunos aspectos, sustentan unos, frente a otros, los más opuestos. La lucha ideológica que es dable observar en este período y en sus hombres, guarda paralelo con la lucha armada, al fin que ésta era consecuencia de aquélla.

Plena de dinamismo, esta época nos dejó testimonios muy valiosos. De la guerra con los Estados Unidos tenemos los de Filisola, el propio Santa Anna, Arrangoiz, Prieto, Zamacois, Roa Bárcenas; de la intervención francesa los de José María Iglesias, Juan de Dios Arias, José María Vigil, Francisco Zarco, Eduardo Ruiz, Manuel Cambre y otros más. Del movimiento de Reforma los *Apuntes* de Juárez y los escritos de Zerecero, Payno, Ignacio Ramírez; y acerca de otros personajes: Guerrero, Victoria, Santa Anna, y también de extranjeros, como Raousset de Boulbon, los de Bocanegra, Tornel y Mendivil, García Cubas. La sociedad mexicana se retrata en Mora, Gonzaga Cuevas, Miguel Lerdo de Tejada y, algunos de sus problemas más salientes, en Almonte, Sierra O'Reilly, Rivera, Rivera Cambas y Baranda. La cultura no pudo estar ausente en este período y así enriquecieron la historia con sus aportes Couto, Gómez de la Cortina, De la Rosa, Orozco y Berra, García Icazbalceta, Pimentel, Peñafiel, Chavero, Paso y Troncoso, Vicente de P. Andrade y Enrique de Olavarría y Ferrari.

Como puede advertirse, el número de los hombres que se combatieron con pluma y pistola —las espadas eran ya anticuadas— y que de esos combates dejaron constancia, es considerable cuanto es importante por su calidad. A este período y a esos hombres aplicase a perfección el juicio de Arrom, cuyo *Esquema Generacional* tanto nos ha servido y el cual dice: “Las letras, lejos de decaer en medio de tantos desórdenes y quebrantos, adquieren un vigor antes inigualado entre nosotros. Ese paradójico comportamiento, sorprendente a primera vista, se explica por la ocurrencia de dos factores que mutuamente se incluyen y refuerzan. Uno es efecto precisamente de las tormentosas circunstancias que atravesaban nuestros países. Urgidos por iguales deberes, los escritores se desdoblan en políticos y los políticos en escritores. Unos y otros aumentan el volumen de la producción literaria, le imprimen una apasionada energía y le dan una gran fuerza comunicativa. El otro factor es el arribo de una nueva y fecunda corriente literaria, hondamente consustanciada con la visión y los anhelos de esta generación: el romanticismo.”

El siglo XIX europeo ha sido denominado sin hipérbole alguna el "siglo de la historia". La abundante producción de ese género y el amplio número de grandes historiadores entonces aparecidos, fueron superiores a los de cualquier otra época. Algo semejante puede decirse de México, en donde nunca florecieron conjuntamente generaciones tan brillantes.

La participación de los mejores hombres en el esfuerzo de organizar al país, de estructurarlo, de establecer un especial sistema de gobierno, de mostrar a sus contemporáneos los errores cometidos y el sendero a seguir, produjo considerables frutos. A partir de los historiadores de la Independencia cuyos peculiares puntos de vista hemos analizado, iníciase el apogeo de la historiografía mexicana del siglo XIX. Conocemos ya las singulares preocupaciones e intereses de ese primer ciclo, hemos indicado como en algunos de ellos, en Alamán principalmente, aparece un sentido nostálgico, una "cierta ternura hacia el pasado cercano o buen tiempo viejo", que siendo ternura es también lección, práctica enseñanza, pero al lado de esa nostalgia surge, provocado por la defensa del territorio y la agresión extraña, un sentido nacionalista que atiende más al concepto amplio de nación que al restringido de Estado y que va a buscar en el doble origen, indígena e hispano, la razón de ser del mexicano, su fuerza, su raíz. Vuélcase en el pueblo ya no tan sólo como nostalgia, sino como medio de restauración, de fortalecimiento nacional el interés de los historiadores. Para unos será el ayer precolombino que hay que esclarecer con nuevos estudios, con los aportes que por entonces se realizan; para otros la civilización hispánica que trasladó a la Nueva España elementos insuperables de progreso: el alfabeto, la imprenta, la enseñanza superior y también nuevas formas de convivencia y concepciones religiosas más perfectas, pero la mayor parte conjuga ambos intereses, no desdeña el tronco común. En este sentido los historiadores mexicanos cumplen la misión que en Europa realizaban un Gioberti y un Cieskowski al desmentir los conceptos de inferioridad o senilidad que ciertos Estados vigorosos y agresivos les aplicaban, y al aumentar la confianza en sí mismos. El culto al pretérito que entonces se establece no es un culto irracional, pura imagen poética, sino urgente necesidad; no es un ansia de colocarse en el muerto pasado desarraigándose del presente, sino repensar ese pasado desde el presente para poder comprenderse, para conocerse mejor.

El deseo de comprensión permitió por otra parte que en la

historiografía mexicana se operase el fenómeno general que se dio entonces en la historiografía romántica, una búsqueda incesante de los materiales más diversos que pudieran dar alguna luz en esa indagación. Los historiadores del periodo se vuelcan sobre las bibliotecas coloniales y los viejos archivos en pos de nuevas fuentes, tanto las relativas a la historia indígena como a la colonial. Orozco y Berra, García Icazbalceta, José Fernando Ramírez entre otros, inician con extraordinario éxito esa labor. Las colecciones documentales que ellos forman o que prohijan no tienen igual. De las bibliotecas conventuales comienzan a surgir, aun cuando van a parar a las de los grandes eruditos, desconocidas crónicas, inapreciables narraciones que aquellos hombres beneméritos dan a conocer. La desaparición de las comunidades religiosas hace que pasen también a engrosar las bibliotecas públicas y los archivos, tan deseados por Mora y Alamán, sus ricos fondos y que obras que hasta entonces dormían plácidamente en un monasterio empiecen a ser divulgadas, como sucedió con las de Motolinía y Mendieta, con las cartas de numerosos religiosos y ciertos códices como el Ramírez. Conviene señalar que la primera toma de conciencia de esa necesidad la inicia Carlos María de Bustamante, editor de la obra de Bernal Díaz y de la de Sahagún entre otras.

A la labor de erudición se une la de reflexión; el ideal de Vico de fusionar filosofía y filología se cumple, aun cuando no en toda su medida. A la historiografía de este momento cabe aplicar la reflexión de Croce en el sentido de que "se establece una íntima relación entre erudición y pensamiento en la historia, que es revivificación y pensamiento del documento conservado o restaurado por la erudición, y que hasta requiere a la erudición para que se le busque y prepare".

Con este interés, no se ocupan los historiadores de esta época de sólo los acontecimientos políticos sino que se aplican al estudio del desarrollo de los valores religiosos, jurídicos, morales, artísticos, lingüísticos y económicos, y así al lado del estudio de la evolución religiosa, mostrada a través de sus grandes representantes, los misioneros de las primeras épocas, se atiende al estudio de la instrucción pública, de las letras, del establecimiento y desarrollo de la imprenta y también de la ganadería como hace Icazbalceta; al análisis de las concepciones geográficas y desenvolvimiento de las ciencias con ella relacionadas como la cartografía; al estudio del comercio y de las normas métricas y monetarias y a la investigación

de la división territorial, como lo hizo Orozco y Berra; a la averiguación de la riqueza y diversidad lingüística que trata de ordenarse y comprenderse como lo realizan De la Rosa y Pimentel; y también a revalorar las expresiones estéticas de tres siglos que dejaron de ser consideradas meras manifestaciones de la fe religiosa, para entenderse como altas expresiones de la evolución estética aquí operada, como con tanto acierto lo hizo José Bernardo Couto y más tarde Revilla. Una historia de valores surgió así otra vez y entroncó ese esfuerzo con el iniciado por Eguiara un siglo antes.

Cuando el período de crisis pasó y la República fue restaurada a base de los conceptos políticos y filosóficos en vigor, los historiadores tuvieron que explicar a través de su ideología liberal la historia mexicana sentida como un desarrollo. *México a través de los siglos* es la obra cumbre, aún no superada, del período que se inicia con el gobierno de Juárez y se continúa durante Lerdo y el régimen de Díaz.

A lo dicho en páginas anteriores, respecto a esa obra podemos agregar que en este período que va de 1867 en adelante, en que impera el lema de "libertad, orden y progreso", penetran las explicaciones que conceden mayor importancia a las ideas universales, la sociedad, la ciencia, las razas. Aplícase a la inteligencia del pretérito una nueva disciplina, la sociología que "clasificaba los hechos humanos y determinaba sus leyes de mutua dependencia, y con estas leyes proporcionaba a los relatos históricos los principios de explicación", y también penetró la estadística que tanto papel juega en diversos capítulos de *México y su evolución social*. Se buscaba a través de esos conceptos establecer una mecánica de la historia. Con ellos y el empleo de un método naturalista que utilizaba la inducción causal, y con el uso de los conceptos tomados de los anglosajones imbuidos de superioridad y de desprecio para los restantes pueblos, como eran el de raza, herencia, degeneración, clima, se llegó a exageraciones peligrosas como las de Bulnes.

La historia tal cual se muestra en *México y su evolución social*, surgida en una época de reconciliación, no va a manifestarse violentamente en contra de las instituciones tradicionalistas, como la Iglesia, como había ocurrido con los escritos de Riva Palacio. Se trata ya de una historia que muestra a base del sentido evolutivo que la contiene, un progreso, un mejoramiento, el abandono de viejas formas de ser, por muy negativas que éstas fueron, pero también va a empezar a tor-

narse, al abandonar el sentido trascendente, en una historia agnóstica.

Es poco después de la mitad del siglo cuando comienzan a aparecer los manuales de historia consagrados a la enseñanza de las nuevas generaciones, pero con el criterio del partido triunfante. Los manuales de García Cubas y de Guillermo Prieto marcan ese ideal. La historia penetra a partir de este instante en forma definitiva en la educación, invade los programas escolares y de manual en manual va siendo a la vez que maestra de la vida y consejera de prudencia, también consejera de locuras y desvaríos.

Es en la segunda mitad del siglo, tras los empeños de Orozco y Berra y de Ramírez, cuando se fortalece el interés por el pasado indígena a través de la lingüística y de la arqueología. El impulso que el Estado da a los trabajos de campo, a las grandes publicaciones cartográficas y estadísticas, se revela en los trabajos de Chavero, de Peñafiel, de García Cubas. Los sitios arqueológicos son explorados, se atiende a la formación de grandes colecciones cerámicas, a la búsqueda e interpretación de los códices y también al estudio del indio no como una mera curiosidad sino con un sentido reivindicatorio. El más severo cultor de esta tendencia es Francisco del Paso y Troncoso, quien interesado en el conocimiento científico del mundo nahoa, penetró hondamente en su historia sirviéndose de la lingüística, la arqueología y la etnografía, sin menospreciar por ello la rama hispánica. Su amplia visión le llevó a la publicación de valiosas fuentes, entre otras a la de la obra íntegra de Sahagún, que no pudo ver concluida. Nicolás León y Primo Feliciano Velázquez, aun cuando en campos más reducidos, prosiguieron los intentos de Paso y Troncoso, y también Galindo y Villa.

La biografía se enriquece con las innúmeras que escribieron Francisco Sosa, Villaseñor y Villaseñor, Genaro García, Luis González Obregón y Jesús García Gutiérrez, obra que prosiguen en nuestros días Ignacio Dávila Garibi, Eduardo Enrique Ríos, José C. Valadez, José Fuentes Mares, Echánove Trujillo, Aguayo Spencer, Trueba, Daniel Moreno.

La obra de mayor alcance en esta época es la de Justo Sierra que finaliza este ciclo. Después de ella no aparecen sino al filo de la Revolución de 1910, o después, otras de ese tipo. Muy destacados trabajos de historiadores nacidos en la segunda centuria son también los de Iglesias Calderón, Puga y Acal, Revilla, Fernández del Castillo (Sr), Rangel, Cosío,

Salado Alvarez, Peña y Reyes, Gaxiola, Carreño, Campos, Castillo Ledón, Benítez, Romero de Terreros, los hermanos Alessio Robles, Quintana, Torres, Galindo, Romero Flores, Ramírez Cabañas, Herrera Carrillo y muchos otros que se ocupan de muy diversos temas.

La "paz porfiriana", tan exhaustivamente estudiada por Daniel Cosío Villegas y su equipo, permitió una elaboración histórica importante que se centró en explicar la Guerra de Reforma y la conducta de sus dirigentes, así como de la pasada Intervención en la que Díaz participó combatiendo a los invasores. En vísperas del Centenario, se prohicieron las obras relativas a la Independencia y a sus próceres y se hizo además el balance del progreso material del país. Espíritus sensibles advirtieron sin embargo que no todo cuanto se había hecho era positivo, que el pueblo tenía hambre y sed de justicia, que era menester un cambio en la ideología, en la estructura socio-económica del país y en su organización política. La Generación del Ateneo, al combatir al positivismo filosófico, centró a base de rígida disciplina, de elevados propósitos morales, de búsqueda de los propios valores encuadrados dentro de los universales pero con un interés americano, los ideales difusos de un cambio y hace posible el advenimiento de una transformación que tendrá que hacerse con una verdadera revolución.

A muchos de los hombres nacidos en la segunda parte del siglo XIX les correspondió hacer la Revolución de 1910, o por lo menos de interpretarla. Algunos quedan sorprendidos por ella y llegan a comprender su alcance, aun cuando no hayan sido partidarios de la misma, como ocurrió con Esquivel Obregón, Rabasa, García Granados (Ricardo). Otros que fueron sus autores, o por lo menos partícipes, la justificaron, como Molina Enríquez, Carlos R. Menéndez, Luis Cabrera, Mariano Azuela, Ortiz Rubio, Obregón, Vasconcelos, Palavicini, Fabella, Guzmán, Portes Gil, Urquiza, Magaña, Sánchez Lamego, los hermanos List Arzubide, Salazar, etc.

XIII

La historia a partir de la Revolución

La Revolución de 1910, como la Independencia y la Reforma, encontró en la historia amplia expresión. Si la Inde-

pendencia destruyó los vínculos políticos con la metrópoli, la Revolución va a cambiar la estructura social y económica colonial que se había mantenido y aún agravado. Aniquiló un orden existente injusto, se preocupó por el bienestar de las clases desheredadas, su economía, cultura y modo de ser. Incorporó a la Nación su patrimonio usufructuado por extraños poderosos, trató de moderar la riqueza de unos cuantos en beneficio de la mayoría, creó instituciones de amplio beneficio social e interesó a extensas capas de su población en la acción política. La Revolución, conoció excesos y crueldades y no ha podido —pese a que sigue en marcha— cumplir con todos sus postulados, mas eso no destruye su alto valor y sentido. Se ha alcanzado con ella la reincorporación de la riqueza nacional, la mejoría de núcleos obreros y campesinos y cierta democracia social, no la política. El enriquecimiento de unos cuantos no ha desaparecido del todo, ni la deshonestidad de los funcionarios, y el contraste entre pobres y ricos continúa. Sin embargo el esfuerzo por dotar de una vida mejor y más digna a toda la población, principalmente a la que se mantenía en un estado deprimente, prosigue. El nivel económico y cultural trata de elevarse y día a día se consiguen nuevas ventajas en un proceso que no puede detenerse, pues sería su ruina.

En el movimiento revolucionario participaron hombres de gran temple, de recia contextura que arrastraron consigo elementos de extracción muy diversa como fueron los grupos que actuaron en el Norte al lado de Villa, Carranza y Obregón y los que en el Sur siguieron a Zapata. El pueblo mismo tuvo una acción determinante. Jugó un papel principalísimo en la contienda y su presencia real, su voz, que no se acalla, continúa siendo escuchada, por temida. Caudillos y pueblo se revelan así de continuo en la historiografía de la Revolución; civiles y militares han encontrado acomodo en la biografía del período.

Las masas con sus reclamaciones se han hecho sentir. El esfuerzo de obreros y campesinos ha sido reconocido. Si en un principio fue Heriberto Frías quien primero pulsó los ecos del descontento campesino, el cual se muestra también en la *Mala Yerba* de Mariano Azuela y luego ya como justificante en los estudios de Magaña, Sotelo Inclán, Silva Herzog, Mancisidor y otros; las luchas de los obreros se traslucirán en las obras de Ramos Pedrueza, Salazar, List Arzubide, González Ramírez.

En este interés por los problemas económico-sociales, va

pronto a incorporarse el pensamiento socialista que interpreta a base del materialismo histórico o de una simple tendencia económica el desarrollo mexicano. Postulado por Torres Quintero, no es él sin embargo quien lo sigue. Ramos Pedrueza, List Arzubide, Salazar, Cue Cánovas, Chávez Orozco, no del todo ortodoxos, han elaborado muy sugestivos estudios. Alfonso Teja Zabre dejó, tal vez, el mejor trabajo de este género.

Los problemas externos que el país afronta en ese período, van a ser vistos por Isidro Fabela, quien manejó e historió las relaciones diplomáticas. El choque con la agresividad imperialista norteamericana fue también analizado por una pléyade de escritores conscientes del peligro que su expansión representa. En este período únense las protestas de los historiadores conservadores y de los revolucionarios, aún los más exaltados, en contra de la intervención violenta de los Estados Unidos en la política, y la economía no sólo mexicana sino hispanoamericana. Tónica constante de la historiografía a partir de la época revolucionaria va a ser el enjuiciamiento de esa conducta y la defensa del derecho de autodeterminación.

La organización política del país, las ambiciones de los partidos y sus luchas internas políticas y militares van a ser estudiadas por Obregón, Vasconcelos, Cabrera, Guzmán, Portes Gil, Ortiz Rubio, Palavicini, Urquiza, Sánchez Lamego, partícipes —importantísimos muchos de ellos— en el movimiento. En sus obras palpitan los caudillos de la Revolución y sus “partenaires” en toda su grandeza y con todas sus debilidades; bulle la pasión y la historia vuelve a recobrar el ritmo de epopeya en muchas de sus páginas.

El indio, olvidado hasta las postrimerías del porfirismo, por sus condiciones de miseria y atraso y también porque entonces se comienza a comprender su real y auténtico valor, es colocado en primer plano. El consejo de José Martí, que advirtió el problema que su situación injusta a todas luces significaba: “O se hace andar al indio, o su peso impedirá la marcha”, fue seguido por hombres muy ilustres que se interesaron por él, no como tema histórico, sino como palpitante realidad. En los días del porfiriato, Carreño, Esquivel Obregón y otros se habían ocupado de mejorar su situación, mas la Revolución es la que va a producir a Manuel Gamio, a Mendizábal, a Chávez Orozco, a Aguirre Beltrán, a Alfonso Caso, consagrados por completo a estudiarlo para mejorarlo, para incorporarlo, para convertirlo de indígena, en mexicano, en cabal goce de todas las ventajas y derechos de los ciu-

dadanos. Ellos han sido no sólo los que lo han echado a andar, sino los que han sabido comprender el inmenso trasfondo que en el indio se encierra, sus originales valores, que deben conservarse, aprovechando al mismo tiempo los aportes de la vida moderna.

Al mismo tiempo que se despertó el interés por el pasado indígena, el legado de España volvió a hacerse sentir. Unos advirtieron en él aspectos positivos: Carreño, Romero de Terreros, Herrera Carrillo, Gómez de Orozco, García Granados, Jiménez Rueda, Junco, Escalona, Chauvet, Ríos, Rojas Garduñas, De la Maza, Obregón, Aguayo Spencer; otros, en cambio, lo censuraron con violencia, Genaro García como el más característico. Varios se ocuparon de penetrar en el fondo de la organización institucional para entender la estructura socio-política de la colonia, como lo ha hecho con tanta certeza Silvio Zavala, quien ha rebuscado con finura y dedicación los hitos de nuestro desarrollo y a quien debemos estudios insuperables sobre la esclavitud, la encomienda, el trabajo, el pensamiento. Un grupo serio se ha ocupado de la historia científica como Chávez, Izquierdo, Fernández del Castillo (Jr); otro, a la bibliografía como Iguíniz, Fernández de Córdova, Millares, Quintana Gómez Daza. Del arte se tienen en primer lugar los trabajos de Manuel Toussaint, Romero de Terreros, Carrillo y Gariel y todos los discípulos del primero, Justino Fernández, De la Maza, Flores Guerrero y Toscano, habiendo estos tres últimos consagrado tanto al arte colonial como al prehispánico. En este campo incursionó con éxito Eulalia Guzmán quien divide su actividad entre la arqueología y la polémica histórica.

En el campo de la historia institucional deben señalarse también los trabajos de tipo jurídico de Esquivel Obregón, Tena Ramírez, Mendieta y Núñez, Carrancá y Trujillo, Martínez Báez, los relativos a la historia diplomática de Medina Ascencio, Cuevas Cancino, Gómez Robledo, Weckman, Flores, o a la política, como Reyes Heróles.

La historia de las ideas ha salido en estos últimos años favorecida. A partir de la toma de conciencia que la generación del Ateneo realizó, los historiadores y los filósofos se han preguntado repetidamente por la esencia del mexicano. A Vasconcelos y a Caso, y posteriormente a Samuel Ramos, debemos el gran interés que hoy tiene la historia de las ideas y la cual cultivan con entusiasmo Leopoldo Zea, Luis Villoro, Bernabé Navarro, Rafael Moreno, Abelardo Villegas y, desde

otras posiciones, Edmundo O'Gorman, Antonio Gómez Robledo y Francisco Larroyo. Ellos han realizado un notable esfuerzo por tener un panorama completo del desarrollo del espíritu en México desde sus orígenes, logrado a través de una exigente preparación, de una búsqueda constante a través de todos los sistemas. Esta labor ha sido apoyada y fomentada por José Gallegos Rocaful y José Gaos.

La historia literaria ha producido en estos años excelentes estudios. Alfonso Reyes por su capacidad, inteligencia y constancia que le llevó a ser el señor de las letras mexicanas, ha sido el patriarca de esta tendencia que ha continuado José Luis Martínez. En el campo del humanismo literario los hermanos Méndez Plancarte, Octaviano Valdés, Millares Carlo, Gómez Robledo no han tenido sucesores. De este interés arrancan las historias de la literatura en México de González Peña, de Jiménez Rueda, los trabajos de María del Carmen Millán, Ermilo Abreu Gómez, Rojas Garcidueñas, Francisco Monterde y Agustín Yáñez.

Como eco de una forma histórica literaria que alcanzó gran auge a fines del pasado siglo y principios de éste, instaurada por Ricardo Palma en sus famosas *Tradiciones Peruanas* y también como una vuelta al pasado colonial, no como escapatoria sino como toma de conciencia, surgió en México la historia tradicionalista que ya había tenido en Payno y Riva Palacio sus románticas expresiones en la pasada centuria. Los exponentes de esta tendencia —cuya fórmula el mismo Palma diera al decir: “Algo, y aun algo, de mentira y tal o cual dosis de verdad, por infinitesimal u homeopática que ella sea, muchísimo de esmero y pulimento en el lenguaje y cata la receta para escribir tradiciones”— fueron Luis González Obregón, quien en sus *Leyendas de las calles de México* y en otras más imagina un pasado que colorea con esmero. Menos exigente en la investigación auténtica que González Obregón, pero más rico en sus formas de expresión, dueño de un lenguaje en el que se advierte “muchísimo de esmero y pulimento” es Artemio de Valle-Arizpe, que nos dejó una serie de obras que, aunque desiguales, son rico aporte. Núñez y Domínguez y Genaro Estrada podrían quedar en este grupo.

La historia de costumbres, que encuentra en la obra de José Agustín de Castro *El Charro* su remoto antecedente, va a proseguir siguiendo la trayectoria de Lizardi, Payno, Arroz, Prieto, hasta llegar a Rubén M. Campos y posteriormente, más rigorizada, a Vicente de T. Mendoza.

La mujer en el desarrollo historiográfico de México comienza a tener manifestaciones sensibles. Nuestras historiadoras han desechado los consejos de Michelet, quien les recomendaba inclinarse más por el estudio de la naturaleza que cumple su epopeya en armónicos ciclos, que por la historia que va de drama en drama y que adiestra al combate, y han seguido las recomendaciones de Stendhal de consagrarse a ella, de hacer de ella una disciplina científica, la cual apoyada de la paciencia y la meticulosidad que la mujer pone en sus obras, les llevaría a alcanzar un lugar prominente. Eulalia Guzmán, arqueóloga e historiadora, se ha destacado por la pasión que pone en sus trabajos. Ida Appendini, auténtica maestra, nos dejó, pese a su caudaloso y bien rigORIZADO saber una sola obra, la *Historia Universal* de la que es coautora junto con Silvio Zavala. Josefina Muriel ha estudiado con amor la organización monástica y el esfuerzo hospitalario de la Nueva España; Delfina López ha sabido vivificar el desarrollo de una población y la organización social indígena que sobrevive en algunas comunidades; María del Carmen Velázquez, sistemática y concienzuda, nos ha regalado con importantes monografías relativas al ejército colonial, la fortaleza de Acapulco, y varias obras concernientes a la historia nacional sudamericana. En el campo de la bibliografía han descollado María Teresa Chávez Campomanes y Susana Uribe, que han escrito acerca de la historia del alfabeto y de Orozco y Berra. Ida Rodríguez Prampolini labora en el campo de la estética y María del Carmen Millán y María del Carmen Ruiz Castañeda en el de la historia literaria y el periodismo. Catalina Sierra en la historia nacional. Muchas otras más apoyan la investigación histórica desde diversos campos: bibliografía, archivonomía, formulación de guías, etc.

XIV

La Historia religiosa

El gran auge que la historia adquirió en el siglo XIX se mostró en todos los campos, aún en el de la conciencia, unida estrechamente a la religión y al desarrollo eclesiástico. Las concepciones y las prácticas religiosas de los mexicanos fueron examinadas con detenimiento por hombres como Luis Gonzaga Cuevas, el Dr. Mora y Lorenzo de Zavala partiendo de puntos

de vista opuestos. Los viajeros extranjeros acostumbrados a formas diferentes de concebir y practicar la religión advirtieron en México divergencias sensibles que les impresionaron hondamente, dejándonos de sus sensaciones valiosos y sinceros testimonios. La Iglesia, el clero mexicano, debido a la lucha que se abre contra él —por razón de su fuerza económico-política, por su apoyo a ciertas causas antinacionales, por su intervención en los asuntos civiles a que estaba acostumbrado en virtud del Real Patronato que originaba que el Estado se mezclara a su vez en los negocios eclesiásticos— fue convertido por obra de la dialéctica histórica en fuerza negativa de retroceso y, por tanto, en blanco del ataque liberal. Serenada la contienda, calmados los ánimos, consolidada la República, la Iglesia readquirió su condición de guía espiritual y prosiguió su obra, aun cuando nuevas vicisitudes en 1910 y en 1927 le hayan afligido.

A partir de la restauración de la República, la obra de la Iglesia, producto de un interés natural y de una reacción contra el anticlericalismo en juego, vuelve a ser considerada. Si en el elenco de los historiadores y escritores mexicanos, lugar prominente ocupa la gente de iglesia, por su mayor cultura y acción pública, y si muchos de ellos historiaron en el pasado su labor, en el siglo XIX y después van a sumarse a la historiografía eclesiástica seculares de gran valía: García Icazbalceta, Francisco Sosa, Alberto María Carreño, Alfonso Junco, Ignacio Dávila Garibi, José Asensio, Juan B. Iguíniz, Fernando Ocaranza, quienes analizarán su labor misional, las sucesiones episcopales, la obra bibliográfica, el esfuerzo cultural y social para mostrar los aspectos positivos y constructores de la religión e iglesia a que pertenecían.

Junto a ellos, eclesiásticos como Fortino Hipólito Vera y José María Andrade, desde las amplias trincheras de la bibliografía señalan los valiosos aportes eclesiásticos, y aun seculares, a la cultura y editan copiosas e inestimables fuentes; el obispo Plancarte se preocupa de los orígenes de las civilizaciones indígenas y de localizar el legendario Tamoanchan; otro obispo, Orozco y Jiménez, reúne y hace reunir abundante documentación sobre los obispos de Chiapas y Jalisco, y Crescencio Carrillo y Ancona estudia la cultura maya, labor que continuarán después los PP. Eucario López, Luis Medina Ascensio y Rafael Montejano y Aguinaga; el Prelado de León, Valverde y Téllez, prepara la extraordinaria *Bibliografía Filosófica Mexicana*, modelo en su género y alabada por propios

y extraños, por su amplitud, rico caudal y perfección. Más tarde, otros eclesiásticos continúan mostrando, como diría Federico Ozanan "la larga y laboriosa educación que la Iglesia ha dado a los pueblos modernos" para lo cual, a través de un ambicioso programa y con el dominio de las fuentes y de las lenguas, penetran en intocados repositorios, extraen de ellos pacientemente sus noticias y tratan de explicar la historia entera de la labor de la Iglesia. De esa idea surgirá la *Historia de la Iglesia*, de Mariano Cuevas, la primera en su género y hasta ahora no igualada. En ella intentó, en valeroso y sistemático esfuerzo, mostrar la acción de la Iglesia en México desde el siglo XVI. La *Historia Eclesiástica Universal*, de Daniel Olmedo, sale de los ámbitos nacionales; pues se ocupa del desarrollo e influencia universal de la Iglesia Católica. Con ello se llega a lo que tanto anhelaba Ozanan: que la Iglesia misma, a través de sus miembros, estudiara la historia universal en toda su amplitud, la historia de las creencias religiosas en toda su profundidad.

Como reacción a los ataques anticlericales, Mariano Cuevas, uno de los investigadores más conspicuos, diligentes e interesantes, publicó su *Libertador*, que enaltece la figura de Iturbide, y la *Historia de la Nación Mexicana*, violenta narración que revela el encendido espíritu de su autor. El canónigo García Gutiérrez escribe numerosísimas obras de defensa y apología, y Fray Luis del Palacio Basave trabaja en la historia franciscana, labor que proseguirá con mejor método y más amplia visión Fidel de J. Chauvet y también el Padre Leopoldo Campos.

Autor de una *Historia de México*, ampliamente informada, objetiva y sistemática, don José Bravo Ugarte se ocupa asimismo de la historia michoacana y de la puramente eclesiástica; Luis Medina Ascencio, de la historia diplomática y de la regional; Esteban Palomera, de Fray Diego Valadés. En el campo del humanismo brillaron como astros de primera magnitud los hermanos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte. De gran erudición, brillantez y análisis crítico, Alfonso dejó notables estudios sobre Sor Juana, la oratoria religiosa y la poesía novohispana, en tanto que Gabriel, con su penetrante síntesis, nítido estilo y amplísimo espíritu, lo mismo estudió la influencia de Horacio, que a los humanistas de la Nueva España y el perfil intelectual de Hidalgo. Su camino lo sigue Octaviano Valdés y otros eclesiásticos consagrados más a las letras que a la historia. Sergio Méndez Arceo, prelado reno-

vador, se ha ocupado de los orígenes de la Universidad de México. El Padre Zambrano desde Monterrey elabora una prodigiosa bibliografía, el P. Gómez Robledo en San Angel investiga acerca del humanismo y Angel María Garibay alterna sus explicaciones bíblicas de la Basílica de Guadalupe con el cultivo de los autores clásicos y orientales, y sobre todo con la valoración crítica de la cultura nahuatl, hasta hoy la más científica y completa que haya sido intentada. Dentro de la Compañía, el P. Miguel Ocampo historió la Misión de la Tarahumara y el P. Romero la organización de la Iglesia.

En todos los campos de la historia y de las letras encontramos hoy día a eclesiásticos y seculares católicos interesados en el estudio de la historia en todas sus formas, y principalmente de la historia eclesiástica nacional, que depuran y enaltecen. Los hay bibliógrafos y humanistas, antropólogos y sociólogos, pero todos ellos saben que la religión hecha para el hombre en el tiempo está sujeta a la ley del progreso y de la sucesión y se manifiesta sucesivamente, y que cuando Dios habló lo hizo en la lengua de los hombres y de su tiempo. De esa reflexión están todos ellos conscientes y unánimemente han hecho suyas las fórmulas de los Concilios Vaticanos, sobre todo aquella que encarece: Que la Inteligencia, la ciencia, la sabiduría crezcan y progresen grandemente para cada uno y para todos nosotros, para cada hombre y para la Iglesia entera, en la marcha de las edades y de los siglos. Por ello estudian, crean, remueven y difunden la historia de su institución y la de su patria.

Los grupos protestantes, cuya presencia data aquí ya de más de un siglo, cuentan hoy día con algunos historiadores, entre los que descuella Pedro Gringoire, seudónimo de Gonzalo Báez Camargo, quien en varias obras ha ido refiriéndose a diferentes aspectos de la historia de sus comunidades.

La masonería tampoco ha permanecido del todo quieta. Después de la breve cartilla de Ricardo Chism (1899) y del estudio de José María Mateos publicado en el periódico *La Tolerancia* y anterior a aquélla, sólo aisladamente aparecían artículos que aclaraban ciertos aspectos, dejando envuelto en un hálito de impenetrable misterio su conducta. La inteligente visión histórica de Nicolás Rangel acerca de la masonería le hizo preparar, fuera de sus filas, el más sobresaliente estudio histórico sobre sus orígenes, *La Masonería en México* (1932), que ha dado base a trabajos posteriores. Rangel entronca ese movimiento con el movimiento de las luces europeas en lo que

se aproxima a la obra penetrante de un Bernard Fay. Gibaja y Patrón, en sus *Revoluciones de México*, hará de la masonería cabeza de turco y origen de todos los males del país. Es en 1950 cuando Luis J. Zalce y Rodríguez, en dos extensos volúmenes, presenta sus *Apuntes para la Historia de la Masonería en México*, obra más amplia y, posteriormente, en los órganos oficiales de la misma se publicarán artículos que van dando luz acerca de la acción masónica. Más cerca de nosotros ha aparecido otra obra, la de Ramón Martínez Zaldúa, *La masonería en Hispanoamérica. (Su influencia decisiva en la revolución mexicana.)*

Las agrupaciones judías no cuentan con una historia propia. De sus persecuciones y logros no hay ninguna relación articulada, si bien Luis González Obregón, Nicolás Rangel, Julio Jiménez Rueda, Genaro García, Pablo Martínez del Río y otros historiadores se refirieron a ellas. José Toribio Medina, en su sólida *Historia del Tribunal de la Inquisición*, sentó las bases para un estudio más amplio. Sobre él lo han continuado, pero desde fuera, Boleslao Lewin, quien consultó los fondos documentales de México, y más recientemente Seymour B. Liebman en su libro *A Guide to Jewish References in the Mexican Colonial Era, 1521-1821*

XV

La Historia regional

El mundo prehispánico, que no gozó unidad política excepto en los momentos en que irrumpió en sus horizontes un Estado expansionista dominador de grandes y pequeños señoríos a los que sojuzgaba por la vía económica, cultural y religiosa, no tuvo una historia común. Los relatos conservados refiérense a diversas entidades, a agrupaciones particulares unidas por la razón, la lengua, la religión. Los historiadores mestizos herederos de esa tradición dejaron también historias locales: Tacuba, Tlaxcala, Tenochtitlan. La historiografía española de la época salía de los conceptos parciales, de las fragmentaciones surgidas de la Edad Media, en la que se perdió la unidad política. La atomización estatal medieval que se continuó con el Renacimiento, en el que se perdió aun la unidad religiosa, va a manifestarse en multitud de crónicas locales, muchas de ellas espléndidas por su concepción formal y su sentido, como

la de Villani y la de Maquiavelo. La unión de los Reyes Católicos, el descubrimiento del Nuevo Mundo y la constitución del Imperio Español imprimen a la historia española la unidad de que carecía. La historiografía americana de los primeros tiempos, *Décadas de Orbe Novo*, *Historia de las Indias*, *Historia Natural y Moral*, *Historia de los hechos de los Castellanos en el Nuevo Mundo*, revela ese fenómeno.

El descubrimiento y conquista de la Nueva España produce una obra singular, tanto desde el punto de vista de los soldados como de los misioneros. Poco a poco estos últimos, como ya señalamos, irán centrandó su interés en ciertos aspectos, en ciertos terrenos. Será la división de provincias eclesiásticas y territoriales la que impere y modele a la historia eclesiástica: Santo Evangelio de México, San Pedro y San Pablo de Michoacán, San Hipólito de Oaxaca, y determine los límites a historiar; y el nombre de las provincias: Nuevo Reino de León, Coahuila y Tejas, Nuevo Santander, Nueva Galicia, el que se refleje dentro de las relaciones de los nuevos descubrimientos y conquistadores, como León, Chapa y otros.

Este fraccionamiento provincial, de origen geográfico o político, si bien dejó su expresión histórica en multitud de obras reveladoras de esa división, por otra parte provocó dentro de cada zona aislada, alejada del centro, el nacimiento de un sentido regionalista en lo que actúa también la diversa procedencia de los conquistadores que operan de preferencia dentro de una zona determinada, congregados en busca de apoyo y solidaridad. Las reales semejanzas geográficas halladas en cada región y el sentimiento provincial o regionalista opera en la denominación de determinados territorios como Nueva Vizcaya, Galicia, Santander, León, Extremadura, etc.

La historia eclesiástica, al ocuparse de una provincia, de una custodia o de una casa, o al hacer la apología de un santuario determinado, reforzará el orgullo nacionalista. La importancia judicial, económica o administrativa que adquieren determinadas regiones o ciudades acrecienta ese orgullo. Las rivalidades entre unas y otras comenzarán a surgir: Saltillo y Monterrey, Puebla y México abandonan el propio elogio y zahieren al vecino. Los refranes que molestan a poblanos y regiomontanos se escuchan ya en el siglo XVIII y son reveladores de un vivo y orgulloso sentimiento provincialista. Ese sentimiento, exacerbado en ocasiones por el abandono y el descuido en el que el centro tendrá a determinadas regiones, provocará asimismo hondo resentimiento y deseos separatistas.

La vida nacional hace más potentes estos sentimientos. Perdida la unidad con España, con la madre Patria, la metrópoli será la Capital Mexicana, que al no cuidar con el acierto que es menester las diversas regiones del país, pasa a ser madrastra. Cada provincia se convierte, así como pasó con los diversos reinos americanos, en un centro de interés: cada una pretende tener una extrema importancia. La división federal que se establece acrecienta esa opinión.

La variada organización territorial que se da al país en el siglo XIX y de la que surgen poco a poco nuevas entidades aumentando la atomización, produce diversas reacciones. Los grandes no quieren perder territorio, los pequeños aducen razones políticas, económicas y finalmente históricas para justificar su separación.

Todas estas causas van a provocar la proliferación de abundantes historias regionales.

Entre sus cultores descuellan Eustaquio Buelna, Ramón Corral, Eduardo Villa, Francisco Almada y Héctor Olea, interesados en Sonora y Sinaloa; León Barri y Almada en Chihuahua; Vito Alessio Robles, quien mantiene el entusiasmo de Ramos Arizpe por Coahuila y Tejas; David Alberto Cosío, Carlos Pérez Maldonado, Santiago Roel e Israel Cavazos, por Nuevo León; Gabriel Saldívar y Joaquín Meade, por Tamaulipas; Gonzalo Aguirre Beltrán, Melgarejo Vivanco y Manuel B. Trens cultivaron la historia de Veracruz, y la de Chiapas también el último; Yucatán ha sido trabajado por Eligio Acona, Joaquín Baranda, Crescencio Carrillo y Ancona, Carlos R. Menéndez, J. I. Rubio Mañé, Carlos A. Echánove Trujillo, Gabriel Ferrer de Mendiola, Alfredo Barrera Vázquez; Jalisco rivaliza con Yucatán con Manuel Cambre, Agustín de la Rosa, Agustín Rivera, Luis Pérez Verdía, Fr. Luis del Refugio del Palacio, José Cornejo Franco, Juan B. Iguiniz, Ignacio Dávila Garibi, Jesús Amaya, José López Portillo, Salvador y Arturo Chávez Hayhoe, Ricardo Delgado, José Ramírez Flores, Agustín Yáñez, José Guadalupe Zuno, Mariano Azuela y Alfonso de Alba, estos tres últimos más en el campo de las letras; Michoacán con Eduardo Ruiz Pascual Ortiz Rubio, José Bravo Ugarte, José Corona Núñez, Nicolás León, Joaquín Fernández de Córdova; Guanajuato cuenta con Lucio Marmolejo, Pablo Herrera Carrillo, Fulgencio Vargas, J. de J. Rojas Garcidueñas, Antonio Pompa y Pompa, Wigberto Jiménez Moreno, Jesús Rodríguez Fraustro; Puebla con Francisco Pérez Salazar, José Miguel Quintana, En-

rique Cordero Torres y Efraín Castro; Durango tiene a Atanasio Sarabia y José I. Gallegos; San Luis Potosí, a un Joaquín Meade, a Primo Feliciano Velázquez, Manuel Muro, Rafael Montejano; Oaxaca a Manuel Martínez Gracida, José Antonio Gay y Jorge Fernando Iturribarria; Hidalgo a Teodomiro Manzano; Zacatecas a Eugenio del Hoyo; Tabasco a Mestre Ghigliazza. En fin, todos los estados han dado severos estudios de su historia. Muchos han hecho de la historia regional su interés primordial, otros se han salido de esa pequeña órbita y han cultivado al mismo tiempo una historia más amplia, pero el esfuerzo de todos ha hecho posible una visión más completa de la historia del país.

XVI

En nuestros días, casi todos los campos de la historia están cubiertos. Si bien la actividad histórica surge de una vocación auténtica, esa vocación tiende hoy a encauzarse, a rigorizarse. Diversas instituciones se encuentran consagradas a la formación de historiadores y de ellas habrán de salir buena parte de los que en el futuro revivan la actividad no sólo del mexicano, sino de todos los hombres.

Tanto la Facultad de Filosofía y Letras, como el Colegio de México y la Escuela Nacional de Antropología e Historia, así como otras escuelas de la capital y de los estados, mantienen estudios especiales de historia que forman lo mismo maestros que investigadores. Si es cierto que a base de una seria disciplina se conseguirán mayores frutos, no cabe duda que el genio individual, el auténtico interés, la pasión desbordada por la historia seguirá produciendo figuras señeras.

El trabajo de equipo, la utilización de bibliotecas especializadas, de fuentes documentales muy diversas, facilita hoy día la investigación histórica; mas la auténtica historia que es también la que muestra el pulso de los tiempos, no es siempre la erudita, la que se elabora en un cerrado gabinete, sino la que surge del campo de batalla, la que hacen los actores de la misma historia, aquella que lleva el amor apasionado o el clavado dolor; no la que se elabora paciente y silenciosamente en medio de añosos expedientes y la audiencia del pasado, sino la que se escribe en medio de las conmociones y el clamor del pueblo.

En las siguientes páginas va a encontrar el lector un magno

panorama en el que es dable encontrar, pues así se ha formado la historia mexicana, esos dos tipos de historia. Ambos representan auténtico valor, pues en los dos se ha dado la sinceridad. Quienes la han hecho han ido al pasado para comprender al presente y comprendiéndolo no lo condenan, pues nosotros y el presente, como diría Maurice Barrès "somos el fruto de una colectividad que habla en nosotros" y también de la que nosotros somos responsables.

En esta obra hemos recogido testimonios de autores no nacidos en México. Obvia es la explicación para los que describieron a América y la conquistaron, así como para sus primeros evangelizadores. Posteriormente se justifica su presencia por el arraigo entrañable que con nosotros tuvieron varios de ellos y por la importancia que su vida y obra ha tenido en nuestra historia y letras. Así se justifica la inclusión de fragmentos de los escritos de Alejandro de Humboldt y de la Marquesa Calderón de la Barca, así como de Olavarría y Ferrari. En nuestra época una valiosa generación de intelectuales preocupados en las letras, historia y filosofía, ha penetrado tan hondamente en nuestro desarrollo que es imposible considerarla aparte. Ganados por la tierra son parte nuestra, interesados en los problemas de México. Por ello es que aquí aparecen Rafael Heliodoro Valle, Luis Nicoláu d'Olwer, José Ma. Miquel i Verges, Ramón Iglesias, José Gaos, José Miranda, Juan Ortega Medina, Carlos Bosch, J. M. Gallegos Rocafull, Agustín Millares Carlo. Sus reflexiones en torno de la historia mexicana son plenamente valiosas y auténticas, puesto que ella es parte de su propia historia. Hacen la historia de México con vida y obra.

El deseo de que esta presentación del desarrollo de la historia en México pueda ser aprovechada por todo el público a quien van dirigidas las *Lecturas Históricas*, me movió a publicarla sin el apoyo erudito que habría requerido en otras circunstancias. En él he tratado de exponer con claridad y sin petulancia la intención de esta obra y de darle un marco histórico-historiográfico sencillo, que pueda esclarecer mejor su contenido. Por ello he eludido las notas eruditas que en abundancia se ofrecen, pues ahí sí importan, en los trozos relativos a cada uno de los autores u obras empleadas. He deseado como confesé en los inicios, dejar a cada lector disfrute por sí mismo los textos seleccionados sin ciceronismos inoportunos, pero eso sí, señalarle las mejores fuentes y guías

para que profundice en la obra de cada autor si así lo estima conveniente.

No puedo concluir sin mencionar en estas páginas a los excelentes colaboradores que han hecho posible este trabajo, a quienes va dirigida mi más sincera gratitud: a Carmen Huerta Montes y Esperanza Gallo, unidas por viejos vínculos de amistad, a las cuales debo un trabajo material realizado con entusiasmo y perfección; a Jorge Inclán Téllez y a Rogelio Esperón, auxiliares valiosos en la elaboración de las tablas cronológicas que aparecen al final de la obra; a Salvador García Medina, quien con el cuidado y esmero que pone en sus tareas trabajó conmigo en la obtención de los datos personales; a Guillermo Pacheco Domínguez quien sacrificó sus horas de descanso por hacer posible la indagación bibliográfica; a Arturo Gómez Camacho, quien con extremada meticulosidad revisó originales y pruebas haciéndome valiosas sugerencias y a Don Edmundo Lorenzo por el cuidado igualmente minucioso y atinado de sus correcciones, así como a Elena Galaviz.

A todos ellos, conjugados en un esfuerzo lleno de entusiasmo, buena voluntad y afecto, nuevamente mi reconocimiento.

No omitiré tampoco la difícil tarea de los impresores, empezando por Don José Hernández Azorín y su equipo de linotipistas, cajistas y prensistas que con gusto y tino pudieron materializar esta obra.

Debo igualmente dejar constancia de cuanto debo en la realización de esta obra a la inteligente comprensión de Emmanuel Carballo, que me animó a emprenderla, y a Don Rafael Giménez Siles quien apoyó con entusiasmo la idea hasta hacerla una realidad. El estímulo recibido de su parte en todo momento, obliga por siempre mi reconocimiento a su generosa amistad.

Todos ellos son conmigo copartícipes de mi noble y sincero deseo de que estas *Lecturas Históricas Mexicanas* puedan ser útiles y agradables a quienes se interesan por el desarrollo histórico de nuestra patria, que lo es de su lucha por su libertad y progreso.

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

El Olivar de los Padres, agosto de 1965.

POPOL VUH

El *Popol Vuh*, llamado también *El Libro del Consejo*, *Libro Nacional de los quichés* o *Manuscrito de Chichicastenango*, es uno de los testimonios más valiosos que nos quedan de las antiguas culturas indígenas de Centro América. Su importancia como muestra del pensamiento cosmológico, como obra literaria y como fuente histórica en tanto que revela el origen de los pueblos maya-quiché, sus migraciones y desarrollo a partir del derrumbe del Viejo Imperio Maya, es enorme. El *Popol Vuh*, que representa una vieja tradición histórico-cultural transmitida de generación en generación a través de la expresión oral y algunas pinturas, fue escrito entre 1554 y 1558, en caracteres occidentales pero en quiché, por un indio poseedor de la tradición y enseñado por los religiosos a leer y escribir. Algunos suponen que fue Diego Ramírez.

Oculto durante siglo y medio fue descubierto entre 1701 y 1703 en su curato de Santo Tomás Chilá o Chichicastenango por el P. Fray Francisco Ximénez, O. P., quien lo tradujo al castellano, intituló *Historias del origen de los indios de esta Provincia de Guatemala*, y colocó al final de su *Arte de las tres lenguas, Cacchiquel, Quiché y Tzutuhil*. A mediados del siglo pasado Carl Scherzer lo conoció durante su estancia en Guatemala y lo publicó en 1857. Pocos años después el abate Charles Etienne Brasseur de Bourbourg en su curato de Rabinal tradujo el *Manuscrito de Chichicastenango* al francés, el cual publicó en 1861 bajo el título de *Popol Vuh, Le Livre Sacré et les mythes de L'Antiquité américaine*. Otras ediciones de esta obra se hicieron hasta 1925, año en el que Georges Raynaud hizo una versión más correcta bajo el título de *Les dieux, les héros et les hommes de l'ancien Guatemala d'après le Livre du Conseil*, de la cual surgieron posteriormente varias versiones al español. La más ajustada al original y hasta hoy la más correcta es la ofrecida por Adrián Recinos, quien ha estudiado el *Popol Vuh* con verdadera maestría.

Otras ediciones accesibles son la hecha por la Universidad Nacional Autónoma de México: *El Libro del Consejo*. Traducción y notas de Georges Raynaud y Miguel Angel Asturias, Prólogo de Francisco Monterde, México, UNAM, 1950, XIII-225 p., ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 1); la de J. Antonio Villacorta y Flavio Rodas: *Manuscrito de Chichicastenango (Popol-Buj) Estudios sobre las antiguas tradiciones del pueblo quiché*. Texto indígena fonetizado y traducido al castellano. Notas etimológicas y grabados de sitios y objetos relacionados con el Célebre Códice Guatemalteco. Guatemala; [Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala]

1927, XVI-416 p., ils. Otros estudios acerca de la obra, a más de los citados por Recinos: Adrián Recinos, "Centenario del Popol Vuh del Padre Ximénez" en *ASGHG*, T. XXX, Nos. 1 al 4, enero-dic., 1957, p. 96-99; J. Antonio Villacorta, "Fray Diego Reinoso, presunto autor del Manuscrito de Chichicastenango", *ASGHG*, año II, T. III, No. 1, sept., 1926, p. 25-30; y J. A. Villacorta, "Estudios sobre el manuscrito de Chichicastenango", *ASGHG*, año II, T. II, No. 3, marzo 1926, p. 277-309. Como fuente histórica lo ha estudiado Rafael Girard, *El Popol Vuh fuente histórica. El Popol Vuh, como fundamento de la historia maya-quiché*. 2 v., Guatemala, Editorial del Ministerio de Educación Pública, 1952.

Fuente: *Popol Vuh, Las antiguas historias del Quiché*. Traducidas del texto original, con una introducción y notas, por Adrián Recinos. México, Fondo de Cultura Económica, 1947. 296 p. Mapa. (Biblioteca Americana No. 1).

LA CREACION DEL HOMBRE

Esta es la relación de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio, todo inmóvil, callado, y vacía la extensión del cielo.

Esta es la primera relación, el primer discurso. No había todavía un hombre, ni un animal, pájaros, peces, cangrejos, árboles, piedras, cuevas, barrancas, hierbas ni bosques: sólo el cielo existía.

No se manifestaba la faz de la tierra. Sólo estaban el mar en calma y el cielo en toda su extensión.

No había nada junto, que hiciera ruido, ni cosa alguna que se moviera, ni se agitara, ni hiciera ruido en el cielo.

No había nada que estuviera en pie; sólo el agua en reposo, el mar apacible, solo y tranquilo. No había nada dotado de existencia.

Solamente había inmovilidad y silencio en la obscuridad, en la noche. Sólo el Creador, el Formador, Tepeu, Gucumatz, los Progenitores, estaban en el agua rodeados de claridad. Estaban ocultos bajo plumas verdes y azules, por eso se les llama Gucumatz. De grandes sabios, de grandes pensadores en su naturaleza. De esta manera existía el cielo y también el Corazón del Cielo, que éste es el nombre de Dios y así es como se llama.

Llegó aquí entonces la palabra, vinieron juntos Tepeu y Gucumatz, en la obscuridad, en la noche, y hablaron entre sí Tepeu y Gucumatz. Hablaron, pues, consultando entre sí

y meditando; se pusieron de acuerdo, juntaron sus palabras y su pensamiento.

Entonces se manifestó con claridad, mientras meditaban, que cuando amaneciera debía aparecer el hombre. Entonces dispusieron la creación y crecimiento de los árboles y los bejucos y el nacimiento de la vida y la creación del hombre. En las tinieblas y en la noche [se dispuso así] por el Corazón del Cielo, que se llama *Huracán*.

El primero se llama *Caculbá Huracán*. El segundo es *Chipi-Caculbá*. El tercero es *Raxa-Caculbá*. Y estos tres son el Corazón del Cielo.

Entonces vinieron juntos Tepeu y Gucumatz; entonces conferenciaron sobre la vida y la claridad, cómo se hará para que aclare y amanezca, quién será el que produzca el alimento y el sustento.

—¡Hágase así! ¡Que se llene el vacío! ¡Que esta agua se retire y desocupe [el espacio], que surja la tierra y que se afirme! Así dijeron. ¡Que aclare, que amanezca en el cielo y en la tierra! No habrá gloria ni grandeza en nuestra creación y formación hasta que exista la criatura humana, el hombre formado.

Así dijeron cuando la tierra fue creada por ellos. Así fue en verdad como se hizo la creación de la tierra: —¡Tierra!, dijeron, y al instante fue hecha.

Como la neblina, como la nube y como una polvareda fue la creación, cuando surgieron del agua las montañas; y al instante crecieron las montañas.

Solamente por un prodigio, sólo por arte mágica se realizó la formación de las montañas y los valles; y al instante brotaron juntos los cipresales y pinares en la superficie.

Y así se llenó de alegría Gucumatz, diciendo: —¡Buena ha sido tu venida, Corazón del Cielo; tú, Huracán, y tú, Chipi-Caculbá, Raxa-Caculbá!

—Nuestra obra, nuestra creación está terminada, contestaron.

Primero se formaron la tierra, las montañas y los valles; se dividieron las corrientes de agua, los arroyos se fueron corriendo libremente entre los cerros, y las aguas quedaron separadas cuando aparecieron las altas montañas.

Así fue la creación de la tierra, cuando fue formada por el Corazón del Cielo, el Corazón de la Tierra, que así son llamados los que primero la fecundaron, cuando el cielo es-

taba en suspenso y la tierra se hallaba sumergida dentro del agua.

Así fue como se perfeccionó la obra, cuando la ejecutaron después de pensar y meditar sobre su feliz terminación.

Luego hicieron a los animales pequeños del monte, los guardianes de todos los bosques, los genios de la montaña, los venados, los pájaros, leones, tigres, serpientes, culebras, cantiles [víboras], guardianes de los bejucos.

Y dijeron los Progenitores: —¡Sólo silencio e inmovilidad habrá bajo los árboles y los bejucos! Conviene que en lo sucesivo haya quién los guarde.

Así dijeron cuando meditaron y hablaron en seguida. Al punto fueron creados los venados y las aves. En seguida les repartieron sus moradas a los venados y a las aves. —Tú, venado, dormirás en la vega de los ríos y en los barrancos. Aquí estarás entre la maleza, entre las hierbas; en el bosque os multiplicaréis, en cuatro pies andaréis y os sostendréis. Y así como se dijo, así se hizo.

Luego designaron también su morada a los pájaros pequeños y a las aves mayores: —Vosotros, pájaros, habitaréis sobre los árboles y los bejucos, allí haréis vuestros nidos, allí os multiplicaréis, allí os sacudiréis en las ramas de los árboles y de los bejucos. Así les fue dicho a los venados y a los pájaros para que hicieran lo que debían hacer, y todos tomaron sus habitaciones y sus nidos.

De esta manera los Progenitores les dieron sus habitaciones a los animales de la tierra.

Y estando terminada la creación de todos los cuadrúpedos y las aves, les fue dicho a los cuadrúpedos y pájaros por el Creador y el Formador y los Progenitores: —Hablad, gritad, gorjead, llamad, hablad cada uno según vuestra especie, según la variedad de cada uno. Así les fue dicho a los venados, los pájaros, leones, tigres y serpientes.

—Decid, pues, nuestros nombres, alabadnos a nosotros, vuestra madre, vuestro padre. ¡Invocad, pues, a Huracán, a Chipi-Caculbá, Raxa-Caculbá, el Corazón del Cielo, el Corazón de la Tierra, el Creador, el Formador, los Progenitores; hablad, invocadnos, adoradnos!, les dijeron.

Pero no se pudo conseguir que hablaran como los hombres; sólo chillaban, cacareaban, y graznaban; no se manifestó la forma de su lenguaje, y cada uno gritaba de manera diferente.

Cuando el Creador y el Formador vieron que no era posible que hablaran, se dijeron entre sí: —No ha sido posible que ellos digan nuestro nombre, el de nosotros, sus creadores y formadores. Esto no está bien, dijeron entre sí los Progenitores.

Entonces se les dijo: —Seréis cambiados porque no se ha conseguido que habléis. Hemos cambiado de parecer: vuestro alimento, vuestra pastura, vuestra habitación y vuestros nidos los tendréis, serán los barrancos y los bosques, porque no se ha podido lograr que nos adoréis ni nos invoquéis. Todavía hay quienes nos adoren, haremos otros [seres] que sean obedientes. Vosotros, aceptad vuestro destino: vuestras carnes serán trituradas. Así será. Está será vuestra suerte. Así dijeron cuando hicieron saber su voluntad a los animales pequeños y grandes que hay sobre la faz de la tierra.

Luego quisieron probar suerte nuevamente, quisieron hacer otra tentativa y quisieron probar de nuevo a que los adoraran.

Pero no pudieron entender su lenguaje entre ellos mismos, nada pudieron conseguir y nada pudieron hacer. Por esta razón fueron inmoladas sus carnes y fueron condenados a ser comidos y matados los animales que existen sobre la faz de la tierra.

Por este motivo hubo que hacer una nueva tentativa de crear y formar al hombre por el Creador, el Formador y los Progenitores.

—¡A probar otra vez! Ya se acercan el amanecer y la aurora; ¡hagamos al que nos sustentará y alimentará! ¿Cómo haremos para ser invocados, para ser recordados sobre la tierra? Ya hemos probado con nuestras primeras obras, nuestras primeras criaturas; pero no se pudo lograr que fuésemos alabados y venerados por ellos. Así, pues, probemos a hacer unos seres obedientes, respetuosos, que nos sustenten y alimenten. Así dijeron.

Entonces fue la creación y la formación. De tierra, de lodo hicieron la carne [del hombre]. Pero vieron que no estaba bien, porque se deshacía, estaba blando, no tenía movimiento, no tenía fuerza, se caía, estaba aguado, no movía la cabeza, la cara se le iba para un lado, tenía un cuello muy grande, no podía ver para atrás. Al principio hablaba, pero no tenía entendimiento. Rápidamente se humedeció dentro del agua y no se pudo sostener.

Y dijeron el Creador y el Formador: echemos las suertes,

porque no podrá andar ni multiplicarse. Que se haga una consulta acerca de esto, dijeron.

Entonces desbarataron y deshicieron su obra y su creación. Y en seguida dijeron: —¿Cómo haremos para perfeccionar, para hacer bien a nuestros adoradores, a nuestros invocadores?

Así dijeron cuando de nuevo consultaron entre sí: —Digámosles a Ixpiyacoc, Ixmucané, Hunahpú-Vuch, Hunahpú-Utiú: ¡Probad suerte otra vez! ¡Probad a hacer la creación! Así dijeron entre sí el Creador y el Formador cuando hablaron a Ixpiyacoc e Ixmucané.

En seguida les hablaron a aquellos adivinos, la abuela del día, la abuela del alba, que así eran llamados por el Creador y el Formador, y cuyos nombres eran Ixpiyacoc e Ixmucané.

Y dijeron Huracán, Tepeu y Gucumatz, cuando le hablaron al agorero, al sacrificador, que son los adivinos: —Hay que reunirse y encontrar los medios para que el hombre que formemos, el hombre que vamos a crear nos sostenga y alimente, nos invoque y se acuerde de nosotros.

—Entrad, pues, en consulta, abuela, abuelo, nuestra abuela, nuestro abuelo, Ixpiyacoc, Ixmucané, haced que aclare, que amanezca, que seamos invocados, que seamos adorados, que seamos recordados por el hombre creado, por el hombre formado, por el hombre mortal, haced que así se haga.

—Dad a conocer vuestra naturaleza. Hunahpú-Vuch, Hunahpú-Utiú, dos veces madre, dos veces padre, Nim-Ac, Nimá-Tziis, el Señor de la esmeralda, el joyero, el escultor, el tallador, el Señor de los hermosos platos, el Señor de la verde jícara, el maestro de la resina, el maestro Toltecat, la abuela del sol, la abuela del alba, que así seréis llamados por nuestras obras y nuestras criaturas.

—Echad la suerte con vuestros granos de maíz, y de tzité y así se hará y resultará si labraremos o tallaremos su boca y sus ojos en madera. Así les fue dicho a los adivinos.

A continuación vino la adivinación, la echada de la suerte con el maíz y el tzité. —¡Suerte! ¡Criatura!, les dijeron entonces una vieja y un viejo. Y este viejo era el de las suertes del tzité, el llamado Ixpiyacoc. Y la vieja era la adivina, la formadora, que se llamaba Chiricán Ixmucané.

Y comenzando la adivinación, dijeron así: ¡Que se junten y que se encuentren! ¡Hablad, que os oigamos, decid, declarad si conviene que se junte la madera y que sea labrada por el Creador y el Formador, y si éste [el hombre de madera] es

el que nos ha de sustentar y alimentar cuando aclare, cuando amanezca!

Tú, maíz; tú, tzité; tú, suerte; tú, criatura: ¡uníos, ayuntaos!, les dijeron al maíz, al tzité, a la suerte, a la criatura. ¡Ven a sacrificar aquí, Corazón del Cielo; no castigáis a Tepeu y Gucumatz!

Entonces hablaron y dijeron la verdad: —Buenos saldrán vuestros muñecos hechos de madera; hablarán y conversarán sobre la faz de la tierra.

—¡Así sea!, contestaron, cuando hablaron.

Y al instante fueron hechos los muñecos labrados en madera. Se parecían al hombre, hablaban como el hombre y poblaron la superficie de la tierra.

Existieron y se multiplicaron; tuvieron hijos, tuvieron hijos los muñecos de palo; pero no tenían alma, ni entendimiento, no se acordaban de su Creador, de su Formador, caminaban sin rumbo y andaban a gatas.

Ya no se acordaban del Corazón del Cielo y por eso cayeron en desgracia. Fue solamente un ensayo, una muestra de hombres. Hablaban al principio, pero su cara estaba enjuta; sus pies y sus manos no tenían consistencia; no tenían sangre, ni substancia, ni humedad, ni gordura; sus mejillas estaban secas, secos sus pies y sus manos, y amarillas sus carnes.

Así, ya no pensaban en el Creador ni en el Formador, en los que les daban el ser y cuidaban de ellos.

Estos fueron los primeros hombres que en gran número existieron sobre la faz de la tierra.

En seguida fueron aniquilados, destruidos y deshechos los muñecos de palo, y recibieron la muerte.

Una inundación fue producida por el Corazón del Cielo; un gran diluvio se formó, que cayó sobre las cabezas de los muñecos de palo.

De tzité se hizo la carne del hombre, pero cuando la mujer fue labrada por el Creador y el Formador, se hizo de espadaña la carne de la mujer. Estos materiales quisieron el Creador y el Fundador que entraran en su composición.

Pero no pensaban, no hablaban con su Creador, su Formador, que los había hecho, que los había creado. Y por esta razón fueron muertos, fueron anegados. Una resina abundante vino del cielo. El llamado *Xocotcovach* llegó y les vació los ojos; *Camalotz* vino a cortarles la cabeza; y vino *Cotzbalam* y les devoró las carnes. El *Tucumbalam* llegó también y

les quebró y magulló los huesos y los nervios, les molió y desmoronó los huesos.

Y esto fue para castigarlos porque no habían pensado en su madre, ni en su padre, el Corazón del Cielo, llamado *Huracán*. Y por este motivo se oscureció la faz de la tierra y comenzó una lluvia negra, una lluvia de día, una lluvia de noche.

Llegaron entonces los animales pequeños, los animales grandes, y los palos y las piedras les golpearon las caras. Y se pusieron todos a hablar; sus tinajas, sus comales, sus platos, sus ollas, sus perros, sus piedras de moler, todos se levantaron y les golpearon las caras.

—Mucho mal nos hacíais; nos comíais, y nosotros ahora os morderemos—, les dijeron sus perros y sus aves de corral.

Y las piedras de moler: —Eramos atormentadas por vosotros; cada día, cada día, de noche, al amanecer, todo el tiempo hacían *holi, holi, buqui, buqui* nuestras caras, a causa de vosotros. Este era el tributo que os pagábamos. Pero ahora que habéis dejado de ser hombres probaréis nuestras fuerzas. Moleremos y reduciremos a polvo vuestras carnes, les dijeron sus piedras de moler.

Y he aquí que sus perros hablaron y les dijeron: —¿Por qué no nos dabais nuestra comida? Nosotros sólo estábamos mirando y vosotros nos perseguíais y nos echabais fuera. Siempre teníais listo un palo para pegarnos mientras comíais.

Así era como nos tratabais. Nosotros no podíamos hablar. Quizás no os diéramos muerte ahora; pero ¿por qué no reflexionabais, por qué no pensabais en vosotros mismos? Ahora nosotros os destruiremos, ahora probaréis vosotros los dientes que hay en nuestra boca: os devoraremos, dijeron los perros, y luego les destrozaron las caras.

Y sus comales, sus ollas les hablaron así: —Dolor y sufrimiento nos causabais. Nuestra boca y nuestras caras estaban tiznadas, siempre estábamos puestos sobre el fuego y nos quemabais como si no sintiéramos dolor. Ahora probaréis vosotros, os quemaremos, dijeron sus ollas, y todos les destrozaron las caras. Las piedras del hogar, que estaban amontonadas, se arrojaron directamente desde el fuego contra sus cabezas para hacerlos sufrir.

A toda prisa corrían, desesperados [los hombres de palo]; querían subirse sobre las casas y las casas se caían y los arrojaban al suelo; querían subirse sobre los árboles y los ár-

boles los lanzaban a lo lejos; querían entrar en las cavernas y las cavernas los rechazaban.

Así fue la ruina de los hombres que habían sido creados y formados, de los hombres hechos para ser destruidos y aniquilados: a todos les fueron destrozadas las bocas y las caras.

Y dicen que la descendencia de aquéllos son los monos que existen ahora en los bosques; éstos son la muestra de aquéllos, porque de palo fue hecha su carne por el Creador y el Formador.

Y por esta razón el mono se parece al hombre, es la muestra de una generación de hombres creados, de hombres formados que eran solamente muñecos y hechos solamente de madera.

Leyenda de la princesa Ixquic

Esta es la historia de una doncella, hija de un señor llamado Cuchumaquic.

Llegaron estas noticias a oídos de una doncella, hija de un señor. El nombre del padre era *Cuchumaquic* y el de la doncella *Ixquic*. Cuando ella oyó la historia de los frutos del árbol, que fue contada por su padre, se quedó admirada de oirla.

—¿Por qué no he de ir a ver ese árbol que cuentan? —exclamó la joven—. Ciertamente deben ser sabrosos los frutos de que oigo hablar—. A continuación se puso en camino ella sola y llegó al pie del árbol que estaba sembrado en Puchal-Chah.

—¡Ah! —exclamó—, ¿qué frutos son los que produce este árbol? ¿No es admirable ver cómo se ha cubierto de frutos? ¿Me he de morir, me perderé si corto uno de estos frutos? —dijo la doncella.

Habló entonces la calavera que estaba entre las ramas del árbol y dijo: —¿Qué es lo que quieres? Estos objetos redondos que cubren las ramas del árbol no son más que calaveras—. Así dijo la cabeza de Hun-Hunahpú dirigiéndose a la joven—. ¿Por ventura los deseas? —agregó.

—Sí, los deseo —contestó la doncella.

—Muy bien —dijo la calavera—. Extiende hacia acá tu mano derecha.

—Bien —replicó la joven, y levantando su mano derecha, la extendió en dirección a la calavera.

En este instante la calavera lanzó un chisguete de saliva que fue a caer directamente en la palma de la mano de la doncella. Miróse ésta rápidamente y con atención la palma

de la mano, pero la saliva de la calavera ya no estaba en su mano.

—En mi saliva y en mi baba te he dado mi descendencia —dijo la voz en el árbol—. Ahora mi cabeza ya no tiene nada encima, no es más que una calavera despojada de la carne. Así es la cabeza de los grandes príncipes, la carne es lo único que les da una hermosa apariencia. Y cuando mueren, espántanse los hombres a causa de los huesos. Así es también la naturaleza de los hijos, que son como la saliva y la baba, ya sean hijos de un Señor, de un hombre sabio o de un orador. Su condición no se pierde cuando se van, sino se hereda; no se extingue ni desaparece la imagen del Señor, del hombre sabio o del orador, sino que la dejan a sus hijas y a los hijos que engendran. Esto mismo he hecho yo contigo. Sube, pues, a la superficie de la tierra, que no morirás. Confía en mi palabra que así será, dijo la cabeza de Hun-Hunahpú y de Vacub-Hunahpú.

Y todo lo que tan acertadamente hicieron fue por mandato de Huracán, Chipi-Caculbá y Raxa-Caculbá.

Volvióse en seguida a su casa la doncella después que le fueron hechas todas estas advertencias, habiendo concebido inmediatamente los hijos en su vientre por la sola virtud de la saliva. Y así fueron engendrados Hunahpú e Ixbalanqué.

Llegó, pues, la joven a su casa y después de haberse cumplido seis meses, fue advertido su estado por su padre, el llamado Cuchumaquic. Al instante fue descubierto el secreto de la joven por el padre, al observar que estaba embarazada.

Reuniéronse entonces en consejo todos los Señores Hun-Camé y Vucub-Camé con Cuchumaquic.

—Mi hija está preñada. Señores; ha sido deshonrada —exclamó el Cuchumaquic cuando compareció ante los Señores.

—Está bien —dijeron éstos—. Oblígala a declarar la verdad. y si se niega a hablar, castígala; que la lleven a sacrificar lejos de aquí.

—Muy bien, respetables Señores —contestó. A continuación interrogó a su hija:

—¿De quién es el hijo que tienes en el vientre, hija mía? Y ella contestó: —No tengo hijo, señor padre, aún no he conocido varón.

—Está bien —replicó. Positivamente eres una ramera. Llévala a sacrificar, señores Ahpop Achih; traedme el corazón dentro de una jícara y volved hoy mismo ante los Señores, les dijo a los búhos.

Los cuatro mensajeros tomaron la jícara y se marcharon llevando en sus brazos a la joven y llevando también el cuchillo de pedernal para sacrificarla.

Y ella les dijo: —No es posible que me matéis, ¡oh mensajeros!, porque no es una deshonra lo que llevo en el vientre, sino que se engendró solo cuando fui a admirar la cabeza de Hun-Hunahpú, que estaba en Pucbal-Chah. Así, pues, no debéis sacrificarme, ¡oh mensajeros! —dijo la joven, dirigiéndose a ellos.

—¿Y qué pondremos en lugar de tu corazón? Se nos ha dicho por tu padre: “Traedme el corazón, volved ante los Señores, cumplid vuestro deber y atended juntos a la obra, traedlo pronto en la jícara, poned el corazón en el fondo de la jícara.” ¿Acaso no se nos habló así? ¿Qué le daremos entre la jícara? Nosotros bien quisiéramos que no murieras, dijeron los mensajeros.

—Muy bien, pero este corazón no les pertenece a ellos. Tampoco debe ser aquí vuestra morada, ni debéis tolerar que os obliguen a matar a los hombres. Después serán ciertamente vuestros los verdaderos criminales y míos serán en seguida Hun-Camé y Vucub-Camé. Así, pues, la sangre y sólo la sangre será de ellos y estará en su presencia. Tampoco puede ser que este corazón sea quemado ante ellos. Recoged el producto de este árbol, dijo la doncella. El jugo rojo brotó del árbol, cayó en la jícara y en seguida se hizo una bola resplandeciente que tomó la forma de un corazón hecho con la savia que corría de aquel árbol encarnado. Semejante a la sangre brotaba la savia del árbol, imitando la verdadera sangre. Luego se coaguló allí dentro la sangre, o sea la savia del árbol rojo, y se cubrió de una capa muy encendida como de sangre al coagularse dentro de la jícara, mientras que el árbol resplandecía por obra de la doncella. Llamábase *Árbol rojo de grana*, pero [desde entonces] tomó el nombre de la Sangre porque a su savia se le llama la Sangre.

—Allá en la tierra seréis amados y tendréis vuestro contento —dijo la joven a los búhos.

—Está bien, niña. Nosotros nos iremos allá, subiremos a servirte; tú, sigue tu camino mientras nosotros vamos a presentar la savia en lugar de tu corazón ante los Señores —dijeron los mensajeros.

Cuando llegaron a presencia de los Señores, estaban todos aguardando.

—¿Se ha terminado eso? —preguntó Hun-Camé.

—Todo está concluido, Señores. Aquí está el corazón en el fondo de la jícara.

—Muy bien. Veamos —exclamó Hun-Camé. Y cogiéndolo con los dedos lo levantó, se rompió la corteza y comenzó a derramarse la sangre de vivo color rojo.

—Atizad bien el fuego y ponedlo sobre las brasas —dijo Hun-Camé.

En seguida lo arrojaron al fuego y comenzaron a sentir el olor los de Xibalba, y levantándose todos se acercaron y ciertamente sentían muy dulce la fragancia de la sangre.

Y mientras ellos se quedaban pensativos, se marcharon los búhos, los servidores de la doncella, remontaron el vuelo en bandada desde el abismo hacia la tierra y los cuatro se convirtieron en sus servidores.

Así fueron vencidos los Señores de Xibalba. Por la doncella fueron engañados todos.

CHILAM BALAM DE CHUMAYEL

Los Libros de Chilam Balam son varios manuscritos mayas, que contienen textos de diferentes épocas y estilos, con un contenido religioso profético, médico e histórico, principalmente cronológico. Su nombre deriva del de un sacerdote, Chilam Balam. Entre los más importantes se cuentan los de Mani, Tizimin y Chumayel, los cuales constituyen un todo estudiado a fondo por Alfredo Barrera Vázquez, quien considera que "las versiones de los tres no contienen variantes de fondo, excepto que ninguna es completa en sí misma, debido a omisiones involuntarias o a defectos del original copiado". En ellas se notan claramente cuatro partes autónomas, pero ligadas cronológicamente, siendo las dos primeras introducciones que relatan las migraciones de dos de las principales facciones presentes en el momento de la Conquista, la Itza y la Xiu. La parte tercera se refiere a la época de la Liga de Mayapán y la cuarta a la época del Descubrimiento. "El lapso de tiempo que ellas historian es de casi doce siglos. Sus textos, principalmente del Chilam Balam de Chumayel, provienen directamente de antiguos cantos o relaciones poemáticos, transmitidos oralmente y los cuales fueron escritos en caracteres europeos en los años posteriores a la Conquista. Su valor cultural, tanto literario como histórico ha sido bien apreciado por eminentes conocedores entre los cuales sobresalen Antonio Médez Bolio, a quien se deben varias versiones, entre otras la publicada por la Universidad Nacional de México: *Libro de Chilam Balam de Chumayel*, Prólogo y traducción del idioma maya al castellano por... México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1941, XIII-196 p. ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 21); Alfredo Barrera Vázquez, y Silvia Rendón, *El libro de los libros de Chilam Balam*, traducción de sus textos paralelos por... basada en el estudio, cotejo y reconstrucción hechos por el primero, con introducciones y notas, 1a. ed. México, Fondo de Cultura Económica, 1948, 270 p., ils. (Biblioteca Americana 8); Alfredo Barrera Vázquez and Sylvanus Griswold Morley, *The Maya Chronicles*, Washington D.C., Carnegie Institution of Washington, 1949, [8] 186 p., ils., mapas, gráfs., (*Contributions to American Anthropology and History*, Vol. X, Nos. 48-51); Ralph L. Roys, *The Book of Chilam Balam of Chumayel*, Washington, Carnegie Institution of Washington, 1933, VIII-229 p., ils., Mapas. (Carnegie Institution of Washington, No. 438.)

Fuente: *Libro de Chilam Balam de Chumayel*. Prólogo y traducción del idioma maya al castellano por Antonio Médez Bolio. México, Edic. de la Universidad Nacional Autónoma, 1941. XIII-96 p., ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 21.)

LIBRO DE LOS ANTIGUOS DIOSES

La relación de la historia de esta tierra, en su tiempo, se hacía en pinturas: porque no había llegado el día en que se usaran estos papeles y esta muchedumbre de palabras; para que se preguntara a los antiguos hombres mayas si sabían cómo nacieron y cómo fundaron su tierra en esta región.

Dentro del Once Ahau Katún fue cuando salió Ah-Mucen-Cab a vendar los ojos de los Trece dioses. No supieron su nombre. Solamente sus hermanas y sus hijos se lo dijeron, y tampoco podían ver su cara. Era el momento en que acababa de despertar la tierra. No sabían lo que iba a suceder.

Y fueron cogidos los Trece dioses por los Nueve dioses. Y llovió fuego, y llovió ceniza y cayeron árboles y piedras. Y vino el golpearse los árboles y las piedras unos con otras.

Y fueron cogidos los Trece dioses, y fue rota su cabeza y abofeteado su rostro, y fueron escupidos, y se los cargaron a las espaldas. Y fue robada su Serpiente de Vida, con los cascabeles de su cola, y con ella, fueron cogidas sus plumas de quetzal. Y cogieron habas molidas junto con su semen y, junto con su corazón, semilla molida de calabaza, y semilla gruesa molida de calabaza, y frijoles molidos. Y El, que es eterno, lo envolvió y lo ató todo junto, y se fue al decimotercero piso del cielo.

Y entonces cayeron su piel y las puntas de sus huesos aquí sobre la tierra. Y fue entonces que se escapó su corazón, porque los Trece dioses no querían que se les fuera su corazón y su semilla. Y fueron matados a flechazos los huérfanos, los desamparados y las viudas, que vivían sin fuerza para vivir.

Y fueron enterrados por la orilla de la arena en las olas del mar. Y entonces, en un solo golpe de agua, llegaron las aguas. Y cuando fue robada la Gran Serpiente, se desplomó el firmamento y hundió la tierra. Entonces los Cuatro dioses, los Cuatro Bacab, lo nivelaron todo. En el momento en que acabó la nivelación, se afirmaron en sus lugares para ordenar a los hombres amarillos.

Y se levantó el Primer Arbol Blanco, en el Norte. Y se levantó el arco del cielo, señal de la destrucción de abajo. Cuando estaba alzado el Primer Arbol Blanco, se levantó el Primer Arbol Negro, y en él se posó el pájaro de pecho negro. Y se levantó el Primer Arbol Amarillo, y en señal de

la destrucción de abajo, se posó el pájaro de pecho amarillo. Y se oyeron los pasos de los hombres amarillos, los de semblante amarillo.

Y se levantó la Gran Madre Ceiba, en medio del recuerdo de la destrucción de la tierra. Se asentó derecha y alzó su copa, pidiendo hojas eternas. Y con sus ramas y sus raíces llamaba a su Señor.

Y se levantó Chac-piltec, al Oriente de la tierra. Y llamaba a su Señor. Y se alzó Zac-piltec, al Norte de la tierra. Y llamaba a su Señor. Y se levantó Lahun-chan, y llamaba a su Señor. Y se alzó Kanpiltec, y llamaba a su Señor. Estas son las Voluntades de la tierra.

A esa hora, Uuc-cheknal vino a la Séptima capa del cielo. Cuando bajó, pisó las espaldas de Itzám-cab-Aim el así llamado. Bajó mientras se limpiaban la tierra y el cielo.

Y caminaba por la cuarta candela, por la cuarta capa de las estrellas. No se había alumbrado la tierra. No había sol, no había noche, no había luna. Se despertaron cuando estaba despertando la tierra. Y entonces despertó la tierra, en este momento despertó la tierra. Infinitos escalones de tiempo y siete lunas más se contaron desde que despertó la tierra, y entonces amaneció para ellos.

Se sintió el Reinado del Segundo Tiempo, el Reinado del Tercer Tiempo. Y entonces empezaron a llorar los Trece dioses. Lloraban ante el dios Chacab, que era el que entonces reinaba en su estera roja.

Por ello se enrojeció el Primer Arbol de la tierra y se enrojeció la inmensidad de la tierra. Grandes pecadores de espíritu eran. No era llegado el día de su poder.

Lo mismo lloraban los Nueve dioses. Y he aquí que llegó el ordenamiento de la medida del tiempo, en la estera roja. Y llegaron los Nueve dioses, los de cabezas puntiagudas y traseros pelados. Se sentaron en su estera. Y entonces fue que bajó la opresión desde el centro del cielo, el poder despótico, los Reyes tiranos.

Y entonces se alzó Chac-edz, el del gesto rojo. Y entonces se paró el Rey del gesto blanco. Y entonces se levantó el del gesto negro. Y entonces se paró el del gesto amarillo.

Y entonces se alzó Chactenel Ahau, con su estera y su trono. Y llegó Zactemal, con su estera y su trono. Y se alzó Ek-tenel-Ahau con su estera y su trono. Y se paró Kan-tenel-Ahau, con su estera y su trono. Creían que eran dioses; pero tal vez no eran dioses. No derramaban semillas, ni llovían agua,

Pedazo a pedazo decían que se juntaban; pero no decían lo que amaban.

Duro era su semblante. Llegó el duro tiempo y pesadas miserias vinieron bajo su poder. Cuando llegaron a asentarse muy alto en la medida de su tiempo, se avivó el fuego del sol, y se acercó su cara y quemó la tierra y el ropaje de los reyes. Y esta es la causa de que se llore su reinado.

En el día magnífico de poderío y magnífico de hermosura, en el día en que se entienda el entendimiento de los dioses, se levantará la cosecha y será el tiempo de recoger. Y desaparecerá el "animal malo".

Y cuando levante su árbol Ah Muuc, que es el que sale a su camino, el que sale a sucederle, será el tristísimo tiempo en que sean recogidas las mariposas, y entonces vendrá la infinita amargura.

Esa es la que viene, cuando hayan caído tres lunas, en el tiempo del Tres Ahau Katún, y después de tres porciones de años, encajados dentro del Tres Ahau Katún; cuando vaya a aparecer el otro Katún, el de tres panes, el de tres aguas. Estrecho será su don de vida, y mísero su jugo. Y eso comerá y eso beberá.

Beberá granizo y comerá las desparramadas hojas de la chaya. Eso sucederá aquí, en la Tierra de la Tristeza, Padre, dentro del Noveno año, en el tiempo en que estén aquí los extranjeros.

Se pide la carga del Katún, de todos los años del Trece Ahau Katún. Entonces abre sus pies el Once Ahau, entonces baja la palabra del Eterno a la punta de su lengua. Cuando baja, se pregunta la carga del Katún.

Nueve eran sus cargas, cuando bajó del cielo. El día de Kan fue el día en que se amarró su carga. Fue cuando bajó agua venida del cielo, para el segundo nacimiento, de la casa del de los "innumerables años".

Al mismo tiempo bajó Bolon Mayel. Dulce era su boca y la punta de su lengua. Dulces eran sus sesos. Y allí bajaron cuatro Gigantes que en ánforas de barro traían las mieles de las flores.

De ellas salieron: la del hondo cáliz rojo, la del hondo cáliz blanco, la del hondo cáliz negro, la del hondo cáliz amarillo. Y la que es ancha y la que es desviada. Y al mismo tiempo, salió la flor que es regada y la que es agujereada; y la flor ondulada del cacao y la que nunca es chupada, y la flor del espíritu de color, y la que siempre es flor, y la que tiene el

tallo cojo. Estas flores que salieron, eran las Comayeles, las madres de las flores.

Y salieron olorosos sacerdotes, olorosos reyes, olorosos jefes de guerreros, servidores del dios de la Flor. Cuando éste bajó, no tenía semejante. "Miradle —decían—, no se derrama lo que es su carga."

Y entonces salió "la flor que es efímera" y metió el pecado de los Nueve dioses. El tercer año es el tiempo en que se dice que sucedió, cuando no había llegado a ser creado el dios del infierno.

Y bajó Pizlimtec, el de los huesos verdes, al pie de la flor, y el que es Eterno lo transformó en colibrí. Y entonces chupó la miel de la flor, de la flor de los nueve pétalos, hasta lo más adentro de ella. Y entonces tomó por esposa a la flor vacía, y salió el espíritu de la flor a vagar. Cuando se abrió el cáliz de esta flor, el Sol estaba dentro, y en medio de ella se leía su nombre. Y sucedió que suspiraron llenos de deseo los Trece dioses. No sabían que así bajaba el pecado a su estera; eran dioses a su entender. Sucedió que de flores fue su estera, de flores su silla, y flores hubo en sus cabellos. Envidioso su asiento, envidioso su caminar, envidioso su plato, envidioso su vaso, envidioso su corazón, envidioso su entendimiento, envidioso su pensamiento, envidiosa su boca, robado el tiempo de su señorío.

En el tiempo en que esté en pie, en el tiempo en que tenga fuerza su adoración en los labios de su boca, lo que coma detrás de la palma de su mano, la sustancia que muerda, no será palo ni será piedra. Rojo despojo habrá en sus diez muelas.

Llegará con su cara de pecado, con su hablar de pecado, con su enseñanza de pecado, con su entendimiento pecador. Y pecado será su caminar. Llegará con los ojos vendados y enrojecerá su estera. Durante su poderío, se olvidará de su padre, se olvidará de su madre que lo dio a luz. Ardiendo su corazón, solo entre los huérfanos, agraviador de su padre, en medio de los que no tienen casa, ha de caminar, borracho su semblante, perdido su entendimiento, al lugar de su padre, al lugar de su madre. No tiene bondad, no hay bien en su corazón; solamente un poco hay en la punta de su lengua. No sabe cómo ha de acabar, no sabe lo que hay al fin de su reinado, ni lo que va a acabar con el tiempo de su poder.

Estos Nueve Dioses se manifestarán en nueve rostros de Hombres-Reyes, de estera del Segundo Tiempo, de trono del Segundo Tiempo, venidos dentro del Tres Ahau Katún.

Habrá un nuevo Señor de esta tierra. Dolorosamente se afirmará el curso del Katún que viene, cuando acabe el tiempo del Tres Ahau Katún, el tiempo en que los hijos serán vendidos, el que estará encima del orgullo de los Itzaes.

Un tiempo abrasador, después un tiempo de frescura. El largo de una Piedra, es el castigo del pecado de orgullo de los Itzaes. Los Nueve Dioses acabarán el curso del Tres Ahau Katún. Y entonces será entendido el entendimiento de los dioses de la tierra. Cuando haya acabado el Katún, se verá aparecer el linaje de los nobles Príncipes, y a nuevos hombres sabios y a los descendientes de los Príncipes cuyos rostros fueron estrujados contra el suelo, los que fueron insultados por el rabioso de su tiempo, por los locos de su Katún, por el hijo del mal que les llamó "hijos de la pereza"; los que nacieron cuando despertó la tierra, dentro del Tres Ahau Katún.

Así acabarán su poder aquellos para quienes Dios tiene dos caras.

LEYENDA DE LOS SOLES

La cultura náhuatl formó una rica literatura mediante la cual transmitía en plenitud su concepto del mundo, de sus divinidades, de los hombres y su origen, y de sus valores tradicionales y las creaciones de su fantasía. Esa literatura se ha conservado en parte, pese a la continua destrucción de que ha sido víctima. Buena parte de ella contiene relatos míticos referentes al principio del cosmos, las fuerzas naturales divinizadas, la cual revela la intensa actitud épica de la imaginación creadora del pueblo náhuatl, dotado de una inmensa capacidad poética envuelta de ficciones.

El texto conocido como *Leyenda de los Soles* forma parte de una serie de poemas sacros que se cantaban en el Calmecac y es revelador del mito cosmogónico más importante del pueblo nahoa. Este texto fue recogido de viejos informantes hacia 1558, mas su origen y antigüedad van muy atrás, hacia remotas épocas.

La literatura náhuatl, manantial inagotable para reconstruir y recrear poesía e historia de remotos ancestros, al igual que la literatura maya quiché, no han sido estudiadas con rigor metódico, conocimiento y capacidad sino hasta hace pocos años. Los mejores trabajos en este aspecto son los múltiples de Angel María Garibay K, *La literatura de los aztecas*, México, Joaquín Mortiz, 1964, 138-[4] p., (*El Legado de la América Indígena*) y en forma muy especial su magna *Historia de la Literatura Náhuatl*, 2 v. México, Editorial Porrúa, S. A., 1953-54, y el de Miguel León Portilla, *Las Literaturas precolombinas de México*, México, D. F., Editorial Pormaca, S. A., 1964, X-205 p. (Colección Pormaca 5). A León Portilla débese maduro estudio acerca del pensamiento náhuatl; *La filosofía Náhuatl estudiada en sus fuentes*, 2a. ed. México, Universidad Nacional de México, 1959, (Seminario de Cultura Náhuatl). La primera edición es de 1956 del Instituto Indigenista Interamericano. Otra útil referencia de este autor: *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961, 200 p. ils.

Fuente: *Epica Náhuatl. Divulgación literaria*. Selección, introducción y notas de Angel María Garibay K. México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1945. LIV-157-[5] p., ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 51). p. 11-22.

LA LEYENDA DE LOS SOLES

Es de noche; aún no brilla el sol, aún no hay aurora. Se reunieron los dioses, se juntaron en consejo allá donde es ahora Teotihuacan. Unidos, se dijeron: "Ea, dioses, venid acá, ¿quién toma a su cargo, quién se echa a cuestras el oficio de ser sol, de hacer aurora?" Entonces el que habla y se presenta delante es el Dios del Caracol. Dijo a los dioses: "¡Dioses, seré yo!" Una vez más hablaron los dioses y dijeron: "¿Quién otro más?" Inmediatamente juntos todos se miran unos a otros, se detienen en mirarse unos a otros, unos a otros se dicen: "¿Cómo ha de ser esto? ¿Cómo hemos de ser nosotros? Nadie se atrevía a ofrecerse como otro más; antes, todos tienen miedo, retrocedían, y ni uno solo se presentaba delante.

Había uno llagado de su cuerpo que estaba atento, prestando oído, en tanto que se hacía la discusión. A ese mismo al momento llamaron los dioses: "¡Eh, Purulento, tú serás el otro!" El, de buen grado acató el mandato, con toda voluntad lo acogió diciendo: "Bien está, dioses, una gran merced me habéis hecho." Entonces se pusieron a hacer penitencia: por cuatro días ayunaron el Purulento y el Señor del Caracol. Fue entonces cuando se encendió el fuego. Ya arde allá el fogón, el fogón que llaman Roca de los Dioses. Los instrumentos de penitencia del señor del Caracol eran todos de gran precio: en vez de ramas de abeto, tenía plumas de quetzal; en vez de bola de grama para clavar las espinas, tenía una bola de oro; en vez de espinas comunes, tenía espinas de jade, y la sangre coagulada, la sangre sucia que queda en la herida, era coral, y el incienso que ofrecía, el más rico de los inciensos. En cambio, el Purulento en vez de ramas de abeto, tenía carrizos verdes; brotes de caña verdes, recogidos en manojos, gavillas diversas atadas, todas ellas nueve, por estar de tres en tres; en lugar de bolas de grama, tenía bolas de hoja seca de pino y sus espinas de sacrificio con que se sacaba sangre eran verdaderas espinas de maguey, y lo que salía al sangrarse, era en realidad su propia sangre, y en lugar de incienso ofrecía la raedura de sus llagas mismas.

A uno y a otro se le hizo una montaña, en la cual estuvieron haciendo su penitencia por espacio de cuatro días con sus noches. Cuando llegó a su término la cuarta noche de penitencia, fueron a arrojar luego, fueron a echar lejos de sí sus ramas de abeto y todo aquello con que habían estado haciendo su penitencia. Esto se hizo al llegar el remate de su

penitencia, cuando llegada la noche tenían que entregarse a su oficio, habían de mudarse en dioses. Cuando la noche llegó, las ropas les distribuyen, ya los atavían, ya los engalanan. Al Señor del Caracol le dieron un morrión de blancas plumas de garza, de forma cónica, y su almilla de rica tela; pero al Purulento, solamente le dieron papel; una peluca de papel con que ceñir su cabeza, una tiara de papel y un braguero de papel.

Llegada así la medianoche, todos los dioses se pusieron en torno del fogón que llaman Roca de los Dioses, en el cual por cuatro días había estado ardiendo el fuego. Se pusieron de ambas partes, se pusieron en dos filas, y en medio colocaron, hicieron parar a los dos, al llamado Señor del Caracol y al llamado Purulento. Los pusieron con el rostro dirigido hacia el fuego, los pararon con la cara vuelta hacia el fuego del fogón. Entonces alzan la voz los dioses y al Señor del Caracol dijeron: "¡Ea, pues, Señor del Caracol, échate, arrójate al fuego!" Él va inmediatamente a arrojarle dentro el fuego; pero cuando llegó ante él, el ardor era insoportable, insufrible, intolerable, como que por mucho tiempo el fogón había estado ardiendo, se había hecho un fuego abrasador, había un hacinamiento de ascuas. El entonces sintió miedo, se detuvo a medio camino, retrocedió, volvió atrás. Y va otra vez a lanzarse, haciendo todo el esfuerzo para arrojarle con ímpetu, para dar consigo en el fuego; pero no pudo atreverse a ello. No bien hubo llegado a él el ardor de la fogata, no pudo menos que retroceder y echarse a huir: ¡no lo podía soportar! Cuatro veces hizo lo mismo y otras tantas no pudo sufrir el fuego. No pudo arrojarle al fuego, por fin. Y solamente cuatro veces se permitía hacer la prueba.

Cuando tal cosa vieron los dioses, luego gritaron al Purulento: "Ahora tú, ahora es tu turno, Purulentillo; anda pues." El Purulento hizo un ímpetu y de un solo empuje se lanzó atrevido, hizo violencia a su corazón y cerró los ojos para no sentir el miedo; por nada se amedrentó, no se detuvo en la carrera, no volvió atrás, sino que al punto se dejó caer, de una vez se lanzó impetuosamente al fuego. En un momento se abrasa en llamas, estrepitosamente chisporrotea y resplandece mientras arde, su carne en el fuego cruje. Cuando el Señor del Caracol vio al otro que ya estaba ardiendo, también él se lanzó al momento y también se abrasó en llamas.

Y es fama que entonces entró también el Aguila al fuego, se fue en pos de ellos, se abalanzó al fuego, en el fuego se

metió, y se quemó enteramente: por esto tiene el plumaje todo oscuro y requemado. Y también se metió el Tigre, pero no se quemó mucho cuando en el fuego cayó: solamente se chamuscó, se pintó con el fuego, no del todo se quemó, a medias sintió los efectos del fuego: por esto solamente tiene la piel manchada, como teñida de tinta; manchado en parte y salpicado de color negro. Y dicen que desde entonces se tomó de ahí la ley de llamar y dar nombre a los valientes en la guerra: Aguila-Tigre. Primero se menciona el Aguila, porque ella fue la primera en lanzarse al fuego y sólo entonces el Tigre la siguió y por esto en una voz se llama el guerrero valiente Aguila-Tigre.

Quando al fuego se hubieron arrojado ambos, enteramente ardieron hasta consumirse. Entonces los dioses todos se sentaron a esperar por dónde había de salir el Purlento que se había lanzado el primero, para ser el sol, para dar ser a la aurora. Quando hubo pasado largo tiempo de que así estuvieron esperando, comenzó a enrojarse el cielo, por todas partes rodeaba el horizonte la aurora, la claridad de la luz. Dicen que entonces los dioses todos se arrodillaron para esperar por qué rumbo había de salir el que se había convertido en sol. A todos lados miraban, por todas partes fijaban la vista. Estaban en círculo dando vuelta. No tenía concierto su palabra, no convenían en su razonamiento, nada de lo que decían resultaba verdadero. Unos pensaban que por el Norte habría de salir y hacia allá tenían el rostro; otros pensaron que por el Poniente, o por el Sur, y en estos puntos fijaban la vista. Por todos los puntos opinaron que saldría, como que por todo el rededor estaba la claridad envolviendo al cielo.

Unos hubo que estuvieron mirando hacia el Oriente y dijeron: "Por aquí precisamente tiene que salir, por allí ha de salir el sol." Verdadera y mucho fue su palabra de quienes allá miraron y allá con el dedo señalaron. Los que veían al Oriente eran el Dios del Viento, Nuestro Señor el del Anillo, el Señor del Espejo Rojo Humeante, y también las Serpientes de Nube, que no pueden ni numerarse, tantas son. Cuatro mujeres también: Nuestra Hermana la Mayor, la Hermana que le sigue, la Tercera y la Hermana postrera.

Y al fin salió el Sol, al fin se puso delante, rojo enteramente, cual si de color hubiera sido teñido. Una vez salido, se estuvo contoneando de un lado a otro. Nadie podía verle el rostro, mortificaba los ojos, mucho resplandecía y lanzaba de sí rayos. Su irradiación llegó a todas partes, a todas partes

penetró su calor. En pos de él salió el Señor del Caracol, y le iba siguiendo en el mismo punto del Oriente, al lado del que en sol se había mudado. Tal como habían caído en el fuego, el uno en pos del otro, así del fuego salieron, siguiendo el uno al otro. Y, según la fama narra, la luz de ambos era igual. Cuando los dioses miraron que era igual el resplandor con que ambos relucían, otra vez hicieron consejo entre sí y dijeron: "¿Cómo ha de ser? ¿Cómo ha de hacerse esto? ¿Acaso los dos unidos irán siguiendo el camino? ¿Acaso han de relucir con igual luz ambos?" Y todos los dioses dieron la sentencia: "¡Sea, hágase esto!" Entonces uno de ellos salió corriendo, hirió la cara del Señor del Caracol, dándole con un conejo, y así le estragó la cara, la hirió tal cual hoy se mira.

Cuando los dos se presentaron a la vista, tampoco podían moverse, no podían seguir su ruta, sino que permanecían en pie fijos, estaban parados, sin ánimo de moverse. Por esto de nuevo los dioses dijeron: "¿Cómo vamos a vivir? No se mueve el Sol, ¿hemos de vivir tal vez confundidos con los hombres? No, que ellos resuciten, aunque nosotros muramos. Que medren y suban, aunque muramos todos." Entonces el Dios del Viento se puso a hacer su oficio y dio muerte a todos los dioses. Un dios hubo, sin embargo, que, como la fama cuenta, se resistía a morir. Era Xólotl, que decía: "¡Oh dioses, que yo no muera!" Y entre tanto lloraba, lloraba tanto que los ojos se le inflamaron, se le hincharon los párpados. Y cuando a él llegó la Muerte, él se lanzó a huir corriendo ante ella. Se escabulló y fue a refugiarse entre las matas del maíz verde. Allí tomó el aspecto y la forma de una caña, en caña doble se convirtió, de las que tienen doble tallo, y se llama por esto Doble-Labrador. Pero, visto entre las matas, otra vez se echó a huir frente a su perseguidor, y se fue a meter entre los magueyes, y también se convirtió en maguey de doble corazón, por lo cual se llama Doble-Maguey. Pero aun allí fue visto y de nuevo huyó y se fue a meter en el agua, y se convirtió en ajolote: pero al fin allí le atraparon y le dieron muerte.

Cuenta la fama que aunque los dioses todos habían muerto, ni por eso el Sol anduvo, no pudo seguir su camino el Dios Sol, y entonces el Dios del Viento se puso a hacer su oficio. Se irguió e hizo grande esfuerzo, con su viento hizo un enorme ímpetu: al fin se movió el Sol y comenzó a andar su ruta. Y en tanto que él seguía su camino, la Luna quedó allá detenida. Cuando entró el Sol su entrada por la tarde,

entonces salió la Luna. De esta manera se apartaron, hicieron derrotero diverso cada vez que han de salir. Todo el día dura el Sol y la Luna por la noche. De noche ejerce su oficio, por la noche es su trabajo. Y ella debiera haber sido el Sol, pues fue quien se presentó primero y las cosas que ofrecía eran todas de gran precio.

Luchando estaban en guerra los otomíes con los popolocas. Para mostrar la grandeza de su dios pidieron los otomíes a los popolocas que hicieran tres señales de esa grandeza. Que en la llanura apareciera una ciudad y al momento desapareciera. Así fue hecho. Que aparecieran dos ejércitos que luchaban, formados de innumerables hombres, y de los cuales morían muchos, y que, al querer ellos, desaparecieran. Así fue hecho. Y en tercer lugar, que al mediar la tarde, el Sol se detuviera en su carrera. Para este fin enviaron los popolocas un mago suyo, el cual volando por los aires fue a presentarse al Sol y éste le preguntó a dónde iba y qué quería. El mago respondió: "Vengo a pedirte que tú te detengas, pues nuestros enemigos deben quedar vencidos." El Sol le respondió: "Detenerme yo no puedo; soy un gran dios, y hay muchos dioses que me esperan adelante de mi camino. Tengo que ir de prisa para darles alcance, para ver qué hacen. Pero para que venzáis a vuestros enemigos, y veais que yo os tengo en mucho, toma estas mis barbas, que son lo que yo más amo, y di a esos perversos que si dan batalla contra vosotros, los venceréis, y si ellos vencen, yo los destruiré a todos." Regresó el mago con las barbas del Sol y con sólo verlas los enemigos huyeron espantados. Eran largas, rojas y gruesas.

Cuantos morían en la guerra, o en el altar del sacrificio, iban a la casa del Sol. Todos andaban unidos en una inmensa llanura. Cuando el Sol va a aparecer, cuando es tiempo de que salga, empiezan ellos, entonces, a lanzar gritos de guerra, hacen resonar los cascabeles que llevan en los tobillos y a golpear sus escudos. Si su escudo está perforado por dos o por tres flechas, por aquellas hendeduras pueden contemplar al Sol; pero aquellos cuyo escudo no tiene abertura alguna, no pueden mirar al Sol, no pueden fijar sus ojos en el rostro del Sol. Cuantos cayeron muertos entre magueyes y cactus, entre espinosas acacias, y cuantos han ofrecido sacrificios a los dioses, pueden contemplar al Sol, pueden llegar hasta él.

Cuando han pasado cuatro años se mudan en bellas aves: colibríes, pájaros moscas, aves doradas con huecos negros alrededor de los ojos, o en mariposas blancas relucientes, en

mariposas de fino pelambre, en mariposas grandes y multicolores, como los vasos de beber, y andan libando allá en el lugar de su reposo, y suelen venir a la tierra y liban en rojas flores que semejan sangre: la poinsetia, la eritrina, la carolínea, la caliandra.

Y las mujeres que mueren en guerra, o mueren en el primer parto, son igualadas a los guerreros que cayeron en el campo de batalla. Todas van a la casa del Sol, todas moran en el Poniente. Cuando el Sol por la mañana sale, le van siguiendo y agasajando y festejando los valientes guerreros hasta llegar al mediodía. Allí salen a su encuentro las mujeres, ataviadas con sus armas y le van acompañando con gran regocijo y fiesta. Le llevan en unas andas hechas de plumas de quetzal y cubiertas con un dosel de plumas: entre ricas plumas le llevan. Y en tanto que los guerreros van a libar flores en la tierra, ellas van voceando alegres, haciendo alarde de guerra y festejo grandioso hasta llegar al ocaso, en donde dejan al Sol y vienen los moradores de la región de la muerte a recibirle. Ellas se esparcen por las sombras de la noche a infestar al mundo.

POCHTECAYOTL

El estado azteca, expansivo, dominante y opulento, descansaba sobre una rigurosa estructura económico-social aún insuficientemente estudiada. Parte de su actividad económica estaba constituida por el comercio regulado en beneficio del Estado aun en sus formas más triviales. El arte de traficar, *Pochte-cayotl*, que condicionaba la conducta de los pochtecas que eran mercaderes, embajadores, espías, instrumentos en fin, de penetración de un Estado fuerte, ha sido en nuestro tiempo puesto de relieve a través de valiosos trabajos, como aquel del cual deriva este texto, y que precisa con nitidez singular aspectos hasta hoy poco estudiados.

Otras referencias: Miguel Acosta Saignes, *Los pochteca. Ubicación de los mercaderes en la estructura social tenochca*. Mapas e ilustraciones por José Lauro Zavala, México, D. F., [Saena], 1945, 54 p. ils. mapas, (Acta Antropológica I; i) y un capítulo específico de Miguel León Portilla intitu-lado *La institución cultural del comercio prehispánico*, aparecido en *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Vol. III, 1962, p. 23-54, reimpresso en su libro: *Imagen del México Antiguo*, Buenos Aires, Eudeba, 1963, 118 p. (Biblioteca de América).

Para la zona maya vid: Frans Blom, *Commerce, trade and monetary units of the Maya*, New Orleans, Tulane University, 1932 (Middle American Research, series pub. 4); J. Eric Thompson, "Comunicaciones y comercio de los antiguos mayas" en *ASGHG*, T. VI, No. I, 1929. Crescencio Carrillo y Ancona, *El Comercio en Yucatán antes del descubrimiento*, *Proceedings of the XI International Congress of Americanists*, 1895, p. 203-8; y Amalia Cardós de Méndez, *El Comercio de los mayas antiguos*, México, SAENA, 1959, 151 p. ils., mapas, (Acta Antropológica, Epoca 2, Vol. II, No. 1).

Fuente: *Vida económica de Tenochtitlan. Pochte-cayotl (Arte de traficar)*. Paleografía, versión, introducción y apéndices preparados por Angel Ma. Garibay K. 183 [4°] p. México, Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Historia: Seminario de Cultura Náhuatl, 1961. (Fuentes Indígenas de la Cultura Náhuatl. Informantes de Sahagún, 3). p. 69-77 y 63-67.

LOS POCHTECAS

1. Y cuando habían llegado los traficantes de la costa, a los que tenían el régimen de las poblaciones, a los gobernantes de la costa luego daban todo de lo que llevaban en tráfico:

2. mantas finas, faldellines finos, camisas femeninas finas: eran propiedad de Auitzotzin con que daban a aquéllos el saludo.

3. Y cuando lo habían dado, luego les retornaban dádivas los gobernantes de la costa:

4. eran ellas: largas plumas de quetzal, y toda la cola del quetzal, y las plumas rojas del quetzal y pájaros verdeazules, y el llamado tzinitzcan.

5. Pero se introducían a la costa no todos, no todo el mundo tenía entrada, porque era el lugar del tráfico de Auitzotzin;

6. los únicos que iban allá, los que allá entraban eran los de Tlatelolco, los de Tenochtitlan los de Huitzilopochco, los de Azcapotzalco, los habitantes de Cuauhtitlan. Solamente en todo tiempo eran éstos sus comisionados.

7. Y cuando habían empezado el viaje los traficantes que van a la costa, se dividían allá en Tochtepec: la mitad iba hacia la costa de Ayotla ("de las tortugas"); la otra mitad entraba por allá por la costa de Xicalanco ("donde se cosechan jícaras").

8. Y después de repartidos, en dos se dividían los de Tlatelolco y también en dos los de Tenochtitlan, y sus agregados los de Huitzilopochco, de Azcapotzalco, de Cuauhtitlan.

9. Y esta era la forma en que hacían el camino: iban aderezados como para la guerra; iban llevando sus escudos, sus macanas, sus divisas, porque era ir de guerra: en algún lugar morían, en algún lugar eran cautivados.

10. Y los que entraban en Xicalanco iban portando lo que era de Auitzotzin —es decir, lo que ya se dijo—: mantas para reyes, bragueros para reyes, faldas finas, bordadas, o con flecos, o medias faldas y camisas bordadas.

11. Y estos son los efectos y propiedades de los traficantes: oro real, como cosa real se lo ponían los gobernantes de allá.

12. Y cintas de oro para la frente y collares y dijes de oro, hechos en forma de dientes, y collares de petatillo de oro y collares de oro con figuras de frutas, hechos a fundición, y collares delgados de oro.

13. Y esto es lo que necesitaban las mujeres nobles: escudillas de oro para hilar y orejeras de oro y orejeras de cristal de roca.

14. Y en cuanto a la gente vulgar, lo que necesitaban era: orejeras de obsidiana, orejeras de metal común, y rasuraderas

de obsidiana y punzones, y agujas; grana, alumbre, piel de conejo con pelo, drogas, medicinas.

15. Y los jefes de los traficantes que iban guiando eran compradores de gente, los que bañaban para el sacrificio; su mercancía eran esclavos, ya sea mujeres, ya sea niños varones; allá los vendían.

16. Y los llevaban así: les ponían insignias de guerra, aun siendo mujeres. les ponían esas insignias porque iban en son de guerra y tenían recelo de nuestros enemigos, el de Tecuan-tepec, el Zapoteca, el de Chiapas; entre ellos pasaban.

17. Y cuando iban llegando a región de guerra en primer lugar mandaban mensajeros, enviados: eran los que van a requerir, gente que mandan.

18. Y cuando van, no van de día por su camino, sino de noche.

19. Y cuando han llegado los enviados, luego van a los señores de la costa para darles el saludo, y van de aderezo de guerra: van llevando sus escudos, sus macanas, sus insignias de guerra, de modo que allá los envían en forma de guerra, con que bien llegan a la costa de Xicalanco.

20. Y cuando ya llegaron los traficantes a la costa de Xicalanco, a los señores de allí, a los que rigen pueblos, luego les dan todo lo que llevan de tráfico: mantas finas, faldas finas, camisas de mujer finas: son propiedad de Auitzotzin con que los saluda.

21. Y con que retornaban los dones los señores de la costa, los de Xicalanco y de Zimatlan y de Coatzacoalco era grandes jades, redondos, muy verdes, de tamaño de tomates;

22. luego jades acanalados; luego, delgados, muy variados de colores, jades de quetzal — hoy día los llamamos esmeraldas;

23. y esmeraldas de aguas negras, y escudos de turquesas, y esmeraldas pulidas, labradas por dentro y coral rojo legítimo y conchas rojas y conchas multicolores;

24. y coral rosado, muy amarillo, y concha de tortuga muy amarilla, y concha de tortuga atigrada, y pieles de guacamaya y de pájaro negro marino y de gallina verde fina, y cueros de tigre: esos de tigre rojo.

25. Todo esto tomaban los traficantes, los que van disfrazados a comerciar allá en Xicalanco: le venían trayendo, era pertenencia de Auitzotzin.

26. Pues cuando habían llegado acá a México, luego lo

presentaban ante Auitzotzin: todo lo que habían ido a traer los comerciantes.

27. De esta manera iban en función real con que aumentaban la ciudad, la nación mexicana, pues por todas partes estaba entonces cerrada la tierra de la costa;

28. y por esta razón los tenía en grande estima Auitzotzin: tanto como a sus nobles los hacía;

29. y aun los hacía iguales, como si fueran caballeros de guerra; los traficantes eran como tales tenidos y reputados.

1. Y aquí está el por qué se narró que se llaman "traficantes secretos".

2. Cuando los traficantes entraron a Tzinacantlan aún no había sido conquistado Tzinacantlan: al entrar no se descubría si eran mexicanos al ir disfrazados:

3. se mostraban semejantes a ellos: se cortaban el pelo como los habitantes de Tzinacantlan, se cortaban el pelo como los de Cimatlan, y se dejaban barbilla y se cortaban el pelo como "chontales": de igual modo se cortaban el pelo los traficantes en todo los trataban de imitar;

4. y aprendían su modo de hablar, con lo cual entraban de incógnito, en tal modo que nadie en absoluto se daba cuenta de que eran mexicanos; se pintaban de rojo la cara.

5. Pues bien, allá en Tzinacantlan es precisamente donde se produce el ámbar y las grandes plumas de quetzal,

6. porque es allí puntualmente donde bajan todos los pájaros quetzales y los azulejos y los pájaros verdes preciosos; el tiempo en que bajan es en tiempo de verde; vienen a comer los frutos de los encinos;

7. en cuanto a los azulejos y los verdes finos, allí vienen a comer el fruto de la ceiba negra.

8. Pero cuando cazan al azulejo no con su pura mano los agarran; sino que con la mayor rapidez se apoderan de él, lo atrapan con gran prisa: con ramas de grama los cogen.

9. Pues si con su mano lo cogió (el que lo caza), luego se echa a perder su plumaje, con que el azulejo se hace de color verde sucio. También las pieles de tigres, los rojos.

10. Toda esta clase de cosas se produce allá en Tzinacantlan y tierra de serranos.

11. Los "traficantes secretos" por primera vez tomaron todo lo que se ha dicho que allá se produce.

12. Y con que hacían el trueque era: rasuraderas, punzo-

nes, agujas, cascabeles, grana, alumbre, almagre, pelo de conejo aún no elaborado.

13. Todo esto eran los efectos propios y las mercaderías de los traficantes: con esto hacían el trueque por todo lo que se mencionó: el ámbar, de que se hacían bezotes largos y curvos para el labio, de que tenían necesidad los señores viejos, los viejos capitanes, que ya no tienen miedo a la guerra; que en nada la estiman, ya no les inmuta la cara: así se va a hacer guerra, así se hacen cautivos.

14. También traían las plumas largas del quetzal, y pájaros azules y pájaros verdes finos.

15. Pero si en algún sitio eran descubiertos como mexicanos los traficantes secretos, luego eran matados; se hacía escarmiento de otros con ellos, y sólo por obra divina salían ilesos.

16. Pues cuando ya vienen, cuando ya regresan, también así se les va acabando su aderezo, su disfraz, su pintura de cara con almagre.

17. Y cuando han llegado a Tochtepec son muy reverenciados: hasta allí es donde dejan su aderezo con que anduvieron disfrazados con cara pintada, y allí dejan sus ropas de encubiertos.

18. Y hasta allí se les dan sus aderezos (de mexicanos): sus insignias de varones, sus bezotes de ámbar y sus orejeras de cascabeles finos, sus mantas de tejido fino, su abanico de plumas de faisán con ribetes de plumas de turpial fino, sus pintados bastones, con colgajos de plumas amarillas de guacamaya, y con plumas de pájaro negruzco, con los cuales bastones iban siguiendo su camino, con ellos llegaban aquí a México.

19. Y cuando han llegado a su casa, luego se van a poner ante los jefes de los traficantes; los traficantes encubiertos les platican cómo han ido a ver las cosas: les dan cuenta total y recta de todo lo que allá sucedió.

20. Y cuando habían oído los jefes de los traficantes la relación recta, luego en seguida los van encabezando a la presencia del rey Auitzotzin, ante él exponen todo lo mencionado que se produce en Tzinacantlan; le dicen:

21. "Señor nuestro, rey nuestro: aquí está lo que se produce en Tzinacantlan: no lo hicimos propio al ir a tomarlo arbitrariamente, que algunos por causa de esto fueron muer-

tos, estuvieron encarcelados de tus tíos los traficantes disfrazados.

22. Y de esta manera le buscaron tierras al Portento Huitzilopochtli: ellos por primera vez anduvieron viendo, anduvieron admirando toda la tierra costeña.

23. Como en cofre y caja veían las cosas, y aun de hurtadillas se metían por todas partes de la costa, de modo que andaban mirando todo como traficantes emboscados."

24. Pues cuando hubo muerto Auitzotzin en Tenochtitlan, luego fue cuando fue instalado a reinar Motecuhzomatzin: también su casa en Tenochtitlan;

25. también de modo igual mantuvo lo establecido, hizo seguir el mismo método: mucho glorificó al oficio de traficantes, el oficio de espías disfrazados de traficantes.

26. Es excesiva la forma en que honró a los jefes de los traficantes, a los comerciantes disfrazados que bañan esclavos para el sacrificio, que venden gente que compraron: precisamente a su lado y junto a él los colocó, tal como habían engrandecido a ellos los señores y reyes todos que habían muerto, los que gobernaron la ciudad, la nación mexicana, la nación tlatelolca.

27. Y en cuanto a los jefes militares de Tlatelolco y los jefes de los traficantes mucho se estrecharon unos con otros, mucha estimación se tenía, un solo ser era el suyo, mucho se estimaban, se hallaban unidos en un mismo gremio y organización.

28. Y en esta forma procedían los jefes de los traficantes y los comerciantes disfrazados: muy aparte llevaban su régimen: en parte distinta tenían su fuero:

29. si algún traficante o comerciante disfrazado cometía un delito, no lo llevaban a otro, sino que ellos por su cuenta daban sentencia, castigaban, aplicaban pena de muerte.

30. Los jefes de los traficantes y los comerciantes disfrazados donde se reunían era una casa suya, también era casa suya la de los jefes militares:

31. En lugar aparte daban su fallo, su sentencia, su autoridad, y su realza y su determinación judicial;

32. al que había cometido un delito lo mataban, lo arruinaban en la cárcel y acaso en cualquier otro lugar, y tal vez en su misma casa lo mataban, acababan con él.

33. Pues cuando se ponían en fila allá en la casa de gobierno los jefes militares, estaban con mucha galanura y grandeza; se ponían bezotes de oro, bezotes alargados azules y

bezotes curvos de piedra verde y bezotes alargados de ámbar y bezotes curvos de ámbar y bezotes curvos azules.

34. Pero los jefes de los traficantes se ponían bezotes de oro y bezotes de ámbar, con los cuales eran honrados y condecorados por ser los que entraron a la costa, como espías de guerra: solamente en las fiestas se los ponían: era su adorno, su muestra de hombría y virilidad.

35. Y en esto estaba el ser de los jefes de traficantes, su deber consistía: precisamente cuidar el mercado y tener mando sobre los del pueblo bajo, para que nadie fuera molestado, extorsionado; que de nadie se burlaran, o que lo maltrataran.

36. Ellos precisamente daban sentencia sobre quien en la plaza del mercado vejaba, estafaba o robaba alguno: lo castigaban,

37. y precisamente cotejaban todo cuanto en el mercado se vendía en cuanto a lo que valiera.

38. Pues cuando daba órdenes Motecuhzoma de ir en exploración real a determinada región, los traficantes y los comerciantes encubiertos, si allá se hacía cerco sobre ellos, si iban a morir allá, ya no podían obedecer el mandato de Motecuhzoma;

39. luego en seguida él declaraba la guerra, para que allá se hiciera expedición de guerra; iban guiando a la gente los comerciantes encubiertos, iban al frente explorando los jefes de los traficantes;

40. Cuauhpoyahuatl, Nentlamati, Uetzcatoca, Zanatl, Ueyzoma: daban órdenes a todos los que habían de guiar a los otros, de entre los comerciantes encubiertos;

41. donde fuera el sitio a que se había de hacer exploración de guerra, el que totalmente daba estrictas órdenes, el que era el jefe de la gente traficantes disfrazados, es el llamado Cuauhpoyahuatl.

42. El guiaba a todos, él daba órdenes y disposiciones a todos, y en todo, en cualquier que fuese el pueblo.

43. Aquí comienza: en Tenochtitlan, Tetzoco, Huexotla, Coatlichan, Chalco, Huitzilopochco, Mixcoac, Azcapotzalco, Cauhtitlan, Otompa.

44. De todos estos sitios dirigen su vista, acá; a todos juntos se les dice adónde ha de ser la ida, adónde ha de ser la entrada.

45. Y cuando han llegado a la ciudad, también los de Tlatelolco se juntan en unidad con ellos, se hace una sola

casa de ellos: nadie se sale aparte, nadie puede ir solo a parte alguna.

46. Y si acaso alguien allá yacía con alguna mujer, inmediatamente a toda prisa se hacía junta acerca de él: lo encarcelaban, lo maltrataban, lo mataban.

47. Y si tomó enfermedad, si murió allá en la costa, no lo enterraban, sino que le hacían un armazón de madera con el cual hacían el fardo del muerto; le ponían en el labio su bezote de pluma verde,

48. y le pintaban cercos negros alrededor de los ojos, le pintaban de rojo los labios, y le rayaban de gis el cuerpo y le ponían su aderezo de papel que le pasa por los sobacos.

49. Y cuando han acabado de arreglarlo luego lo meten en el armazón de madera, lo atan con cuerdas de cargar; luego lo llevan a la cumbre de un cerro;

50. allí lo colocan enhiesto, apoyan el armazón de madera con estacas: allí se va consumiendo el cuerpo.

51. Ahora bien, decían que no muere, que va al cielo, va siguiendo al sol.

52. Y eso también decían de los que morían en guerra; decían: "Va en pos del sol: va al cielo".

RELACION DE MICHOACAN

La necesidad de conocer con exactitud las ideas, organización general y costumbres de los pueblos conquistados, movió a inteligentes frailes y prudentes gobernadores a informarse con detenimiento de las mismas, con el fin de realizar mejor su obra apostólica y su gestión política. Don Antonio de Mendoza, modelo de funcionarios, al visitar la provincia de Michoacán en 1540, instó a Fray Martín de Jesús o de la Coruña, O.F.M. a “sacar algo de la gobernación de esta gente”, lo cual el Prior realizó entre ese año y fines del siguiente de 1541, auxiliado por algún religioso que pudo haber sido Fray Maturino Gilberti, quien conocía a fondo la lengua tarasca.

El religioso, quien declara que de su estancia entre los indios le vino “un deseo natural... de querer investigar... qué era su creencia, cuáles eran sus costumbres y de dónde vinieron”, valióse de las declaraciones de viejos sabios y prudentes para redactar su obra, lo cual hizo con un espíritu eminentemente científico, ordenando tan sólo los datos que le proporcionaron sus informantes, lo cual confirma al escribir: “Yo sirvo de intérprete de estos viejos y haga cuenta que ellos lo cuentan a Vuestra Señoría Ilustrísima y a los lectores.”

Esta *Relación*, denominada generalmente *Relación de Michoacán*, preciosa fuente de la cultura tarasca y “una de las joyas más preciosas de la literatura indígena del Nuevo Mundo”, se refiere a los dioses y creencias, al origen y población y al sistema de gobierno del pueblo más destacado del Occidente de México. Debida al conocimiento profundo que de su historia tenían venerables ancianos, algunos de ellos caciques y sacerdotes, debe considerársele como de auténtica procedencia indígena.

De esta obra, que se encuentra en la Biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial se han hecho tres ediciones, dos en Madrid en 1869 y en 1875 y una en Morelia en 1903. La más completa y acabada en cuanto a presentación y perfección es la editada en 1956, gracias a la colaboración de un equipo de etnohistoriadores de gran prestigio:

Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la Provincia de Michoacán (1541). Reproducción facsímil del Ms. c, IV. 5 de El Escorial. Con transcripción, prólogo, introducción y notas por José Tudela; revisión de las voces tarascas por José Corona Núñez; Estudio preliminar: *La Relación de Michoacán como fuente para la historia de la sociedad y cultura tarascas*, por Paul Kirchhoff, Madrid, Aguilar, 1956, XXXIII-296 p., ils.

Fuente: *Relación de las ceremonias y ritos y población y*

gobernación de los indios de la Provincia de Mechuacan, hecha al Illmo. Señor Don Antonio de Mendoza, virrey y Gobernador de esta Nueva España, por S. M. Morelia, Tip. de Alfonso Aragón, 1903. 301 p.

EL GOBIERNO DE CALTZONZI

Dicho se ha en la primera parte hablando de la historia del dios Curicaveri cómo los dioses del cielo le dijeron cómo había de ser rey y que había de conquistar toda la tierra y que había de haber uno que estuviese en su lugar que entendiase en mandar traer leña para los cues y que después decía esta gente que el que era Cazonci, estaba en lugar de Curicaveri. Después del abuelo del Cazonci, llamado Zizispandagre, todo fue un señorío esta provincia de Michoacán y así la mandó su padre, y él mismo hasta que vinieron los españoles, pues había un rey y tenía su gobernador y un capitán general en las guerras, y componíase como el mismo Cazonci. Tenía puestos cuatro señores muy principales en cuatro fronteras de la provincia, y estaba dividido su reino en cuatro partes, tenía puestos por todos los pueblos caciques que ponía él de su mano y entendían en hacer traer leña para los cues con la gente que tenía cada uno en su pueblo, y de ir con su gente de guerra a las conquistas. Había otros llamados Achaechas que eran principales que de continuo acompañaban al Cazonci, y le tenían palacio. Asimismo lo más del tiempo estabau los caciques de la provincia con el Cazonci; a estos caciques llaman ellos Carachacapachas; hay otros llamados Ocambecha, que tienen en cargo de contar la gente y de hacerlos juntar para las obras públicas y de recoger los tributos. Estos tiene cada uno de ellos un barrio encomendado, y al principio de la gobernación de don Pedro, que es ahora gobernador, repartió a cada principal de éstos veinticinco casas y estas casas no cuentan ellos por hogares ni vecinos, sino cuantos se llegan en una familia, que suele haber en alguna casa dos o tres vecinos con sus parientes y hay otras casas que no están en ella más de marido y mujer, y en otras madre e hijo y así de esta manera. A estos principales llamados Ocambecha, por este oficio no les solían dar más de leña y alguna sementerilla que le hacían y otros le hacían cotaras, y ahora muchas veces en achaque del tributo piden demasiado de la gente que tienen en cargo, y se lo llevan ellos, y éstos guar-

dan muchas veces los tributos de la gente especialmente oro y plata.

Había otro diputado sobre todos estos, que era después del Cazonci; éste ahora recoge los tributos de todos los principales, llamados Ocambecha.

Hay otro llamado Pirovaquen-Vandari que tiene cargo de recoger todas las mantas que da la gente, y algodón para los tributos y éste todo lo tiene en su casa, y tiene cargo de recoger los petates y esteras de los oficiales para las necesidades de común.

Hay otro llamado Tareta Vaxatati, diputado sobre todos los que tienen cargo de las sementeras del Cazonci, y aquel sabía las sementeras cuyas eran; éste era como mayordomo mayor diputado sobre todas las sementeras; que otro mayordomo había sobre cada sementera, el cual la hacía sembrar y desyerbar y coger por todos los pueblos para las guerras y ofrendas a sus dioses.

Había otro mayordomo mayor diputado sobre todos los oficiales de hacer casas, que eran más de dos mil, otros mil para la renovación de los cues que hacían, muchas veces no entendían en otra cosa más de hacer las casas y cues que mandaba el Cazonci y de éstos hay todavía muchos.

Había otro llamado Cacari, diputado sobre todos los canteros y pedreros, mayordomo mayor en este oficio, y ellos tenían otros mandoncillos entre sí; de éstos hay todavía muchos con uno que los tiene en cargo.

Había otro llamado Quanicoti, cazador mayor diputado sobre todos los de este oficio, éstos traían venados y conejos al Cazonci y otros pajareros había por sí que le servían de caza.

Había otro diputado sobre toda la caza de patos y codornices llamado Curu Apindi; éste recogía todas estas dichas aves para los sacrificios de la diosa Xaratanga que se sacrificaban en sus fiestas, y después toda esta caza comía el Cazonci con los señores.

Había otro llamado Vazuri, diputado sobre todos los pescadores de red que tenían cargo de traer pescado al Cazonci y a todos los señores, que los que tomaban el pescado no gozaban de ello mas todo lo traían al Cazonci y a los señores porque su comida de esta gente todo es de pescado, que las gallinas que tenían no las comían mas teníanlas para la pluma de los atavíos de sus dioses. Este dicho Vazuri todavía tiene esta costumbre de recoger el pescado de los pescadores aunque no en tanta cantidad como en su tiempo.

Había otro llamado Tarama, diputado sobre todos los que pescaban de anzuelo.

Había otro mayordomo mayor llamado Cavaspati, diputado sobre toda clase que se cogía del Cazonci y otros mayordomos sobre todas las semillas como bledos de muchas maneras y frijoles y lo demás.

Había otro mayordomo mayor para recibir y guardar toda la miel que traían al Cazonci, de cañas de maíz y de abejas.

Había un tabernero mayor diputado para recibir todo el vino que hacían para sus fiestas de Maguey, éste se llamaba Atari.

Había otro llamado Cuzuri, pellejero mayor de valdres, que hacía cotaras de cuero para el Cazonci: éste todavía tiene su oficio.

Había otro llamado Uscuarecuri, diputado sobre todos los plumajeros que labraban de pluma los atavíos de sus dioses y hacían los plumajes para bailar. Todavía hay estos plumajeros, éstos traían por los pueblos muchos papagayos grandes colorados y de otros papagayos para la pluma y otros les traían pluma de garza, otros otras maneras de plumas de aves.

Había otro llamado Pucuricuari diputado sobre todos los que guardaban los montes que tenían cargo de cortar vigas y hacer tablas y otra madera de los montes y éste tenía sus principales por sí y los otros señores; todavía lo hay aquí en Michoacán este Pucuricuari. Otro que hacía canoas con su gente.

Había otro llamado Curinguri, diputado para hacer atambores y atabales para sus bailes; y otro sobre todos los carpinteros.

Había otro que era tesorero mayor diputado para guardar toda la plata y oro con que hacían las fiestas a sus dioses, y éste tenía diputados otros principales con gente que tenía la cuenta de aquellas joyas que eran rodela de plata, y mitras, brazaletes de plata, guirnaldas de oro y así otras joyas.

Había otro llamado Cheriguenquci diputado para hacer jubones de algodón para las guerras, con gente que tenía consigo principales.

Había otro llamado Quaricoguauri diputado para hacer arcos y flechas para las guerras y éste lo guardaba y las flechas como habían menester muchas, que son de caña, la gente de la ciudad las hacían cada día.

Había otro diputado sobre las rodela, que las guardaba y

los plumajeros las labraban de plumas de aves ricas, y de papagayos y de garzas blancas.

Había otro mayordomo mayor sobre todo el maíz que traían al Cazonci en mazorcas y éste lo ponía en sus trojes muy grandes y se llamaba Quengue.

Había otro llamado Hicharuta Vandari, diputado para hacer canoas y otro llamado Paricuti barquero mayor, que tenía su gente diputada para remar y ahora todavía lo hay.

Había otro sobre todos los espías de la guerra.

Había otro llamado Vaxanoti diputado sobre todos los mensajeros y correos los cuales estaban allí en el patio del Cazonci para cuando se ofrecía de enviar a alguna parte, y ahora sirven éstos de llevar cartas.

Tenían su alférez mayor para la guerra, con otros que llevaban las banderas que eran de plumas de aves puestas en unas cañas largas.

Todos estos oficios tenían por sucesión y herencia los que los tenían, que muerto uno, quedaba en su lugar algún hijo suyo o hermano, puestos por mano del Cazonci.

Había otro que era guarda de las águilas grandes y pequeñas y otros pájaros, que tenía más de ochenta águilas reales y otras pequeñas en jaulas y les daban de comer del común gallinas. Había otros que tenían cargo de dar de comer a sus leones y adives y un tigre y un lobo que tenía, y cuando eran estos animales grandes los flechaban y traían otros pequeños.

Había otro diputado sobre todos los médicos del Cazonci.

Había otro diputado sobre todos los que pintaban xicales, llamado Vrani Atari el cual hay todavía.

Otro sobre todos los pintores, llamado Chunchicha.

Otro diputado sobre todos los olleros.

Otro sobre los que hacen jarros y platos y escudillas llamado Hucziquari.

Había otro diputado sobre todos los barrenderos de su casa.

Otro diputado sobre todos los que le hacían flores y guirnaldas para la cabeza.

Había otro diputado sobre todos sus mercaderes que le buscaban oro, y plumajes y piedras con rescate.

Andaban con él los valientes hombres que eran como sus caballeros, llamados Quangariecha con unos bezotes de oro o de turquesas o sus orejeras de oro.

El siguiente día después de la fiesta llegábanse todas las mujeres del pueblo cerca del fuego que estaba allí, y tostaban

maíz y hacían cacalote y lo comían allí todas, emborrachándose, y tomando aquel maíz tostado y echábanlo en miel y entraban luego unos que bailaban un baile llamado paracata vazanga y bailaban el dicho baile en el patio que estaba cercado de tablas o en las casas de los papas, y el sacerdote de esta diosa bailaba allí ceñido una culebra hechiza con una mariposa hecha de papel.

Todo el servicio de su casa era de mujeres y no se servía dentro de su casa sino de mujeres, pues tenía una diputada sobre todas las otras llamada Yreri y aquella era más familiar a él que las otras, y era como señora de las otras y como su mujer natural; había dentro de su casa muchas señoras hijas de principales en un encerramiento que no salían sino las fiestas a bailar con el Cazonci. Éstas hacían las ofrendas de mantas y pan para su dios Curicaveri. Decían que eran aquellas mujeres de Curicaveri, en éstas tenía muchos hijos el Cazonci y eran parientas suyas muchas de ellas y después casaba algunas de estas señoras con algunos principales, todas éstas tenían repartidos los oficios de su casa entre sí.

Una tenía cargo de guardar todas sus joyas como era bezotes de oro y de turquesas y orejeras de oro y brazaletes de oro, llamábase ésta Chperipati y ésta tenía otras mujeres consigo.

Era otra su camarera con otras mujeres que le daban de vestir que se servían de pajes.

Había otra que tenía cargo de guardar todos sus jubones de guerra de algodón y jubones de plumas de aves.

Había otra que era su cocinera, con otras mujeres que le hacían pan para él y no digo para su mesa porque no comían en mesas.

Había otra que era paje de copa, llamada Atari.

Otra que le traía la comida, que servía de maestresala.

Otra que hacía su salsa llamada yyamati; todas éstas cuando le traían de comer traían los pechos de fuera.

Había otra que tenía en cargo todas sus mantas delgadas, llamada Siguapubri.

Había otra que tenía en cargo todos los artales que se ponía el Cazonci en las muñecas, de piedras y turquesas y plumajes.

Había otra mujer diputada sobre todas las esclavas que tenía en su casa llamada Pazapeme.

Había otra que tenía en cargo las semillas.

Otra que tenía en cargo todo su calzado.

Había otra que tenía en cargo de recibir todo el pescado que traían a su casa.

Había otra que tenía cargo de hacerle mazamorras al Cazonci.

Había otra que guardaba las mantas grandes llamadas Quapi-mequa que eran para ofrendas a sus dioses.

Había otra llamada Quataperi que era guarda de estas mujeres.

Había un viejo para guarda de todas.

Había otra que tenía cargo de guardar toda la sal que traían a su casa que se ponía en unas trojes.

Sus hijos tenían sus casas cada uno por sí desde que les daba a criar y llegábanse los parientes de aquella mujer cuyo era el hijo y hacíanle sementeras y mantas, y él le daba de sus esclavos y esclavas que dejaban de sacrificar de las guerras, llamados Terapaguaebahecha.

Tenía mucha gente con sus principales que le hacían sementeras de ají y frijoles y maíz de regadío y maíz temprano, y que le traían frutas llamadas acipecha.

También tenían de esta gente por los pueblos los señores y señoras y hoy en día se los tienen de ellos, son sus parientes de ellos, esclavos de las guerras que tomaron sus antepasados o que ellos rescataban por hambre, que les dieron algún maíz prestado o los tomaban con algunos hurtos en sus sementeras o esclavos que compraron de los mercaderes de los cuales ahora se sirven en sus sementeras y servicio de sus casas.

Tenían otros diputados para sus pasatiempos que le decían novelas llamados Vandonciquarecha y muchos truhanes que le decían gracias y cosas de pasatiempos.

Cuando algún señor había de hablar con el Cazonci quitábase el calzado y poníase unas mantas viejas y apartados de él le hablaban.

Iba muchas veces a las guerras con su arco y flechas que llevaba en la mano, y cuando caía alguna vez enfermo traíanle en una hamaca los valientes hombres y los señores.

Iba alguna vez a caza de venados y otras veces enviaba la gente; tenía sus baños calientes, donde se bañaba con sus mujeres, todos juntos. Todo su ejercicio era entender en las fiestas de los dioses y de mandar traer leña para los cues y de enviar a las guerras. Todos estos señores no tenían otra virtud sino la liberalidad, que tenía por afrenta ser escasos, cuando entraban en su casa que enviaba algún cacique de

algún pueblo hacíanles dar mantas a los mensajeros y camisetas, repartían muchas veces mantas a la gente en sus fiestas y banquetes que hacían a todos los señores.

Había una persona principal en la ciudad que sabía todas las sementeras del pueblo cuyas eran, y éste oía todos los pleitos de sementeras y tierras y las daba a cuyas eran.

CRISTOBAL COLON

Nació, probablemente en Génova, entre octubre de 1450 y octubre de 1451.

Murió en el Convento de San Francisco de Valladolid, España, el 20 de mayo de 1506.

Descubridor del Nuevo Mundo, hombre genial cuyo origen se disputan varios países, así como sus restos que se suponen tanto en Sevilla como en Santo Domingo. A él se deben también las primeras, más frescas y optimistas descripciones de las tierras americanas y de sus hombres, contenidas en una serie de cartas escritas a Luis de Santángel su protector y amigo, al tesorero Rafael Sánchez y a los Reyes, así como en su *Diario* que conservó y resumió Fray Bartolomé de Las Casas, y en los cuales se revela "la espontánea elocuencia de un alma inculta a quien grandes cosas dictan grandes palabras, levantándola por el poder de la emoción sincera a alturas superiores a toda retórica", al decir de Menéndez y Pelayo.

Esta carta imprimióse por vez primera en folio, en Barcelona, a principios de abril de 1493, y posteriormente tradújose a varios idiomas. En español le han publicado: Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos, concernientes a la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias*, Madrid, Imprenta Real, 1825-37. Vol. I.

Acerca de las concepciones geográficas de Colón y de sus consecuencias, George Emra Nunn, *The Geographical conceptions of Columbus*, New York, American Geographical Society, 1924; Edmundo O'Gorman, *La idea del descubrimiento de América*, México, Universidad Nacional de México, 1951 (Centro de Estudios Filosóficos). Trabajos biográficos acerca del descubridor: Washington Irving, *The Life and Voyages of Christopher Columbus*, 3 v. London, 1877; Samuel Eliot Morison, *Admiral of the Ocean Sea. A life of Christopher Columbus*, 2 v. Boston, 1942. De este libro existe traducción al español de Luis A. Arocena, Prólogo de Héctor R. Ratto, Buenos Aires, Librería Hachette, S. A., 1945, XXVIII-855 p., Antonio Balleteros Beretta, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, 2 v. Barcelona, 1945 (Historia de América y de los pueblos americanos); y el más reciente y excelente de Juan Manzano Manzano, *Cristóbal Colón, siete años decisivos de su vida, 1485-1492*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1964, 531-[6] p. La piedra fundamental para conocerlo es, sin embargo, la *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*, escrita por su hijo Hernando Colón, de la que existen varias ediciones, siendo una de las más cuidadas y asequibles la preparada por Ramón Iglesia,

México, Fondo de Cultura Económica, 1947, 343 p., (Biblioteca Americana). Soberbia edición es la siguiente: *Journals and other Documents on the Life and Voyages of Christopher Columbus*. Translated and edited by Samuel Eliot Morison. Illustrated by Lima de Freitas. New York, The Heritage Press, 1963, XVI-417 p., ils., mapas.

Fuente: Cristóbal Colón. *Carta del Almirante Cristóbal Colón, escrita a Luis de Santángel, Escribano de Ración de los Señores Reyes Católicos*, en *Cartas de Relación de la Conquista de América*. Textos originales de las cartas de Colón, Cortés, Alvarado, Godoy, Ulloa, Alvar Núñez y Valdivia, revisados y anotados por el Dr. Julio Le Riverend. 2 v. México, Editorial Nueva España, S. A. [s.d] (Colección Atenea 21). I-13-22.

CARTA DE COLON A LUIS DE SANTANGEL

Señor: Porque sé que habréis placer de la grande victoria que nuestro Señor me ha dado en mi viaje vos escribo ésta, por la cual sabréis como en 33 días pasé las Indias con la armada que los ilustrísimos Rey y Reina, nuestros Señores, me dieron, donde yo hallé muy muchas islas pobladas con gente sin número, y dellas todas he tomado posesión por sus Altezas con pregón y bandera Real extendida, y no me fue contradicho. A la primera que yo hallé puse nombre San Salvador, a conmemoración de su alta Majestad, el cual maravillosamente todo esto ha dado; los indios la llaman la Guanahani. A la segunda puse nombre la isla de Santa María de Concepción, a la tercera Fernandina, a la cuarta la Isabel, a la quinta isla Juana, e así a cada una nombre nuevo. Cuando yo llegué a la Juana, seguí la costa della a poniente, y la hallé tan grande que pensé que sería tierra firme de la provincia de Catayo; y como no hallé así villas y lugares en la costa de la mar, salvo pequeñas poblaciones, con la gente de las cuales non podía haber habla, porque luego huían todos, andaba yo adelante por el dicho camino, pensando de non errar grandes ciudades e villas; y al cabo de muchas leguas, visto que non había innovación y que la costa me llevaba al setentrión, de adonde mi voluntad era contraria, porque el invierno era ya encarnado yo tenía propósito de hacer dél el austro, y también el viento medio adelante, determiné de no aguardar otro tiempo, y volví atrás hasta un señalado puerto, de adonde envié dos hombres por la tierra para saber si había Rey o grandes ciudades. Anduvieron tres

jornadas, y hallaron infinitas poblaciones pequeñas y gentes sin número, mas non cosa de regimiento, por lo cual se volvieron.

Yo entendía harto de otros indios que ya tenía tomados, cómo continuamente esta tierra era isla, e así seguí la costa della al oriente ciento y siete leguas, hasta donde hacia fin; del cual cabo había otra isla al oriente, distante deste diez e ocho leguas, a la cual puse luego el nombre de Española, y fui allí, y seguí la parte del setentrion, así como de la Juana, al oriente ciento e setenta y ocho grandes leguas por vía recta del oriente, así como de la Juana, la cual y todas las otras son fertilísimas en demasiado grado, y ésta en extremo: en ella hay muchos puertos en la costa de la mar sin comparación de otros que yo sepa en cristianos, y hartos ríos y buenos y grandes ques maravilla; las tierras dellas son altas, y en ellas muy muchas sierras y montañas altísimas, sin comparación de la isla de Teneryfe; todas hermosísimas, de mil hechuras, y todas andables y llenas de árboles de mil maneras, y altas, y parecen que llegan al cielo; y tengo por dicho que jamás pierden la hoja, según lo que puedo comprender, que los vi tan verdes y tan hermosos como son por mayo en España. Dellos están floridos, dellos con fruto, y dellos en otro término, según en su calidad; y cantaba el ruiseñor y otros pajaricos, de mil maneras, en el mes de noviembre por allí donde yo andaba.

Hay palmas de seis y de ocho maneras, ques admiración verlas por la diformidad hermosa dellas, mas así como los otros árboles e frutos e yerbas; en ella hay pinares a maravilla, e hay campiñas grandísimas e hay miel, e de muchas maneras de aves y frutas muy diversas. En las tierras hay muchas minas de metales e hay gente en estimable número. La Española es maravilla: las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas y las tierras, tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes, para edificios de villas y lugares.

Los puertos de la mar, aqui non habría creencia sin vista, y de los ríos, muchos grandes y buenas aguas, los más de los cuales traen oro. En los árboles y frutas y yerbas hay grandes diferencias de aquellos de la Juana; en esta hay muchas especierías, y grandes minas de oro y de otros metales.

La gente desta isla y de todas las otras que he hallado y he habido noticia, andan todos desnudos, hombres y mujeres, así como sus madres los paren, aunque algunas mujeres se cu-

brían un solo lugar con una hoja de yerba o una cosa de algodón que para ello hacen ellos. Non tienen fierro ni acero, ni armas, ni son para ello: non porque non sea gente bien dispuesta y de hermosa estatura, salvo que son muy temerosos a maravilla.

Non tienen otras armas salvo las armas de las cañas cuando están con la simiente, a la cual ponen al cabo un palillo agudo, y no osan usar de aquéllas que muchas veces me acaeció enviar a tierra dos o tres hombres a alguna villa para haber habla, y salir a ellos dellos sin número, y después que los veían llegar huían a non aguardar padre a hijo; y esto no porque a ninguno se haya hecho mal, antes a todo cabo adonde yo haya estado y podido haber habla les he dado de todo lo que tenía, así paño como otras cosas muchas sin recibir por ello cosa alguna; mas son así temerosos sin remedio. Verdad es que después que se aseguran y pierden este miedo ellos son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creería sino el que lo viese. Ellos, de cosa que tengan, pidiéndosela jamás dicen que no; antes convidan a la persona con ello, y muestran tanto amor, que darían los corazones, y quier sea cosa de valor, quier sea de poco precio, luego, por cualquiera cosa, de cualquier manera que sea se les dé, por ello son contentos.

Yo defendí que non se les diesen cosas tan viles como pedazos de escudillas rotas e pedazos de vidrio roto y cabos de agujetas, aunque cuando ellos esto podían llegar les parecía haber la mejor joya del mundo: que se acertó haber un marinero por una agujeta de oro, peso de dos castellanos y medio, y otros de otras cosas, que muy menos valían, mucho más. Ya por blancas nuevas daban por ellas todo cuanto tenían, aunque fuesen dos ni tres castellanos de oro, o una arroba o dos de algodón hilado. Hasta los pedazos de los arcos rotos de las pipas tomaban, y daban lo que tenían como bestias; así, que me pareció mal e yo lo defendí. Y daba yo gracias mil cosas buenas que yo llevaba por que tomen amor, y allende desto se harán cristianos, que se inclinan al amor y servicio de sus Altezas y de toda la nación castellana, e procuran de ayudar e nos dar de las cosas que tienen en abundancia que nos son necesarias. Y non conocían ninguna secta ni idolatría, salvo que todos creen que las fuerzas y el bien es en el cielo; y creían muy firme que yo con estos navíos y gente venía del cielo, y en tal acatamiento me recibían en todo cabo después de haber perdido el miedo. Y esto non procede porque

sean ignorantes, salvo de muy sutil ingenio, e hombres que navegan todas aquellas mares, ques maravilla la buena cuenta aquellos dan de todo, salvo porque nunca vieron gente vestida ni semejantes navíos.

Y luego que llegué a las Indias, en la primera isla que hallé tomé por fuerza algunos dellos para que desprendiesen y me diesen noticia de lo que había en aquellas partes, e así fue: que luego entendieron y nos a ellos, cuando por lenguas o señas, y estos han aprovechado mucho; hoy en día los traigo que siempre están de propósito que vengo del cielo, por mucha conversación que hayan habido conmigo. Y estos eran los primeros a pronunciarlo adonde yo llegaba, y los otros andaban corriendo de casa en casa, y a las villas cercanas, con voces altas: "Venid a ver la gente del cielo". E así, todos, hombres como mujeres, después de haber el corazón seguro de nos, venieron que non quedaba grande ni pequeño, que todos traían algo de comer y de beber, que daban con un amor maravilloso.

Ellos tienen en todas las islas muy muchas canoas, de manera de fustas de remo; dellas mayores, dellas menores, y algunas y muchas son mayores que una fusta de diez y ocho bancos; non son tan anchas, porque son de un solo madero; mas una fusta no terná con ellas al remo, porque van que no es cosa de creer, y con éstas navegan todas aquellas islas, que son innumerables, y traen sus mercaderías. Algunas destas canoas he visto con setenta y ochenta hombres en ella y cada uno con su remo. En todas estas islas non vide mucha diversidad de la hechura de la gente ni en las costumbres ni en la lengua, salvo que todos entienden, que es cosa muy singular; para lo que espero que determinarán sus Altezas para la conversión dellas a nuestra Santa Fe, a la cual son muy dispuestos.

Ya dije cómo yo había andado ciento siete leguas por la costa de la mar, por la derecha línea de Occidente a Oriente, por la isla Juana; según el cual camino puedo decir que esta isla es mayor que Inglaterra y Escocia juntas, porque allende destas ciento siete leguas me quedan de la parte de Poniente dos provincias que yo no he andado, la una de las cuales llaman Cibau, adonde nace la gente con cola, las cuales provincias non pueden tener en longura menos de cincuenta o sesenta leguas, según puedo entender destes indios que yo tengo, los cuales saben todas las islas.

Esta otra Española, en cerco tiene más que la España toda

desde Coliure, por costa de mar, hasta Fuente Rabia, en Vizcaya, pues en una cuadra anduve ciento ochenta y ocho grandes leguas por recta línea de Occidente a Oriente. Ésta es para desear, e vista es para nunca dejar, en la cual, puesto que de todas tenga tomada posesión por sus Altezas, y todas sean más abastadas de lo que yo sé y puedo decir, y todas las tengo por de sus Altezas, cual de ellas pueden disponer como y tan cumplidamente como de los Reinos de Castilla, en esta Española, en lugar más conveniente y mejor comarca para las minas de oro y de todo trato, así de la tierra firme de acá como de aquella de allá del Gran Can, adonde habrá gran trato e ganancia, he tomado posesión de una villa grande, a la cual puse nombre de Villa de Navidad, y en ella he hecho fuerza y fortaleza, que ya a estas horas estará del todo acabada, y he dejado en ella gente que basta para semejante hecho, con armas y artillerías e vituallas para más de un año, y fusta y maestro de la mar en todas artes para hacer, y grande amistad con el Rey de aquella tierra, en tanto grado que se presciaba de me llamar y tener por hermano; e aunque le mudasen la voluntad a ofender, esta gente e ni los suyos non saben qué son armas, y andan desnudos como ya he dicho, e son los más temerosos que hay en el mundo. Así que solamente la gente que allá quedó es para destruir toda aquella tierra, y es isla sin peligro de sus personas sabiéndose regir. En todas estas islas me parece que todos los hombres son contentos con una mujer, y a su mayoral o Rey dan hasta veinte.

Las mujeres me parece que trabajan más que los hombres, ni he podido entender si tienen bienes propios, que me pareció ver que aquello que uno tenía todos hacían parte, en especial de las cosas comederas. En estas islas, hasta aquí no he hallado hombres monstruosos, como muchos pensaban; más antes es toda gente de muy lindo acatamiento, ni son negros como en Guinea, salvo con sus cabellos correndios, y no se crían adonde hay ímpetu demasiado de los rayos solares: es verad quel sol tiene allí gran fuerza, puesto ques distante de la línea equinoccial veinte e seis grados; en estas islas, adonde hay montañas grandes, ahí tenía fuerza el frío este invierno; mas ellos lo sufren por la costumbre e con la ayuda de las viandas, comen con especias muchas y muy calientes en demasia; ansí, que monstruos non he hallado ni noticia, salvo de una isla ques aquí en la segunda cala, entrada de las Indias, ques poblada de una gente que tienen en todas las islas por

muy feroces, los cuales comen carne viva. Estos tienen muchas canoas, con las cuales corren todas las islas de India y roban y toman cuanto pueden.

Ellos non son más disformes que los otros, salvo que tienen costumbre de traer los cabellos largos como mujeres, y usan arcos y flechas de las mismas armas de cañas, con un palillo al cabo por defecto de fierro que non tienen. Son feroces entre estos otros pueblos, que son en demasiado grado cobardes; mas yo no los tengo en nada más que a los otros. Estos son aquellos que tratan con las mujeres de Matinino, que es la primera isla partiendo de España para las Indias que se halla, en la cual non hay hombre ninguno. Ellas non usan ejercicio femeníl, salvo arcos y flechas como los sobredichos de cañas. y se arman y cobijan con planchas de cobre de que tienen mucho.

Otra isla me aseguran mayor que la Española, en que las personas non tienen ningún cabello. En esta hay oro sin cuento, y destas y de otras traigo conmigo indios para testimonio.

En conclusión, a hablar desto solamente que se ha hecho, este viaje, que fue así de corrida, pueden ver sus Altezas que yo les daré oro quanto hubiere menester con muy poquita ayuda que sus Altezas me darán; agora especiería y algodón quanto sus Altezas mandaren, y almáciga cuanta mandaren cargar, e de la cual hasta hoy no se ha fallado salvo, en Grecia y en la isla de Xio, y el Señorío la vende como quiere, y lignáloe quanto mandaren cargar, y esclavos quantos mandaren cargar, e serán de los idólatras; y creo haber hallado ruibarbo y canela, y otras mil cosas de sustancia hallaré que habrán hallado la gente que yo allá dejo, porque no me he detenido ningún cabo en quanto el viento me haya dado lugar de navegar; solamente en la Villa de Navidad, en quanto dejé asegurado e bien asentado. E, a la verdad, mucho más hiciera si los navíos me sirvieran como razón demandaba. Esto es cierto, y eterno Dios nuestro Señor, el cual da a todos aquellos que andan su camino victorias de cosas que parecen imposibles, y ésta señaladamente fue la una, porque aunque destas tierras hayan hablado otros, todo va por conjeturas, sin alegar de vista; salvo comprendiendo tanto que los oyentes, los más, escuchaban y juzgaban más por habla que por otra cosa dello. Así que, pues nuestro Redentor dio esta victoria a nuestros ilustrísimos Rey y Reina e a sus Reinos famosos de tan alta cosa, adonde toda la cristiandad debe tomar alegría y hacer grandes fiestas, dar gracias solemnes a la Santa

Trinidad, con muchas oraciones solemnes por el tanto ensalzamiento que habrán ayuntándose tantos pueblos a nuestra Santa Fe, y después por los bienes temporales que non solamente a la España, más todos los cristianos ternán aquí refrigerio e ganancia; esto segundo ha hecho ser muy breve. Fecha en la carabela, sobre las Islas de Canaria, quince de febrero de noventa y tres.

(Ánima que venía dentro en la carta.)

Después desta escrita, estando en mar de Castilla, salió tanto viento conmigo Sur y Sureste, que me ha hecho descargar los navíos por correr aquí en este puerto de Lisboa hoy, que fue la mayor maravilla del mundo, adonde acordé de escribir a sus Altezas. En todas las Indias he siempre hallado los tiempos como en mayo, adonde yo fui en treinta y tres días, e volví en veinte y ocho, salvo que estas tormentas me han detenido trece corriendo por este mar. Dicen acá todos los hombres de la mar que jamás hubo tan mal invierno ni tantas pérdidas de navíos. Fecha a los cuatro de marzo.

AMERICO VESPUCIO

Nació en Florencia, Italia, el 9 de marzo de 1451. Va a España en 1492. Murió en Sevilla, España, el 22 de febrero de 1512.

Comerciante, cosmógrafo, cartógrafo y marino a partir de los cuarenta y cinco años, edad que tenía en 1499 cuando viene por vez primera al Nuevo Mundo y viaja con Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa. En 1508 se le nombra Piloto Mayor de la Casa de la Contratación. Escribió varias cartas de sus viajes, algunas de ellas de dudosa autenticidad, pero llenas de vivacidad y donaire. Los canónigos de Saint Die en Lorena, al reimprimirlas junto con un mapa hecho por el célebre cartógrafo Martín Waldseemüller, quien escribió en ella el nombre de América, que ya había sido colocado en las tierras recién descubiertas en la carta de 1504, fueron los divulgadores del bautizo de esta parte del mundo con el nombre no de su descubridor, sino de un navegante y cartógrafo dotado de mejor suerte.

Sus cinco cartas y relaciones, desde la primera fechada en Sevilla el 18 de julio de 1500, dirigida a Lorenzo di Pier Francesco de Médicis, hasta la *Relación* en forma de carta datada en Lisboa a 4 de septiembre de 1504, fueron traducidas a varios idiomas. Una de las más cuidadas ediciones es la de Levillier: Américo Vespucio, *El Nuevo Mundo, cartas relativas a sus viajes y descubrimientos*. Textos en italiano, español e inglés. Estudio preliminar de Roberto Levillier. Buenos Aires, Editorial Nova, 1951, 342 p. ils., facs. (Biblioteca Americanista). El mismo Levillier ha realizado un interesante trabajo acerca de la obra vespuciana, titulado: *América la bien llamada*, 2 v. Mapas, Buenos Aires, Kraft Ltda., 1948, en donde ha reproducido numerosos mapas y asentado la autenticidad de esos documentos. Otros estudios: Lucien Louis Joseph Gallois, *Americ Vespuce et les geographes de Saint Die*, Firenze, Ricci, 1869; Frederick Julius Pohl, *Amerigo Vesputi, Pilot Major*, New York, Columbia University Press, 1944, de la cual hay versión española con su nota preliminar y supervisión por el Cap. de Fragata Héctor R. Ratto, Buenos Aires, Librería Hachette, S. A., 1944, 307 p., mapas, así como el sugestivo libro de Germán Arciniegas, *Amerigo y el Nuevo Mundo*, México, Editorial Hermes, 1955, 390 p.

Fuente: Américo Vespucio. *El Nuevo Mundo. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos*. Textos en italiano, español e inglés. Estudio preliminar de Roberto Levillier. Buenos Aires, Editorial Nova, 1951. 342 p. ils. facs. (Biblioteca Americanista), p. 95-125.

EL NUEVO MUNDO

Magnífico Señor, mi señor: Hace mucho tiempo que no he escrito a Vuestra Magnificencia, y no ha sido por otra cosa, ni por nada, salvo no haberme ocurrido cosa digna de memoria. Y la presente sirve para daros nueva, cómo hace un mes aproximadamente, que vine de las regiones de la India por la vía del mar Océano, a salvo con la gracia de Dios a esta ciudad de Sevilla: y porque creo que Vuestra Magnificencia tendrá gusto de conocer todo lo sucedido en el viaje, y de las cosas más maravillosas que se me han ofrecido. Y si soy algún tanto prolijo, póngase a leerla cuando esté más desocupado, o como postre, después de levantada la mesa. V. M. sabrá, cómo por comisión de la Alteza de estos Reyes de España, partí con dos carabelas a 18 de mayo de 1499, para ir a descubrir hacia la parte del noroeste o sea por la vía del mar Océano; y tomé mi camino a lo largo de la costa de África, tanto que navegué a las Islas Afortunadas, que hoy se llaman las Islas de Canarias: y después de haberme abastecido de todas las cosas necesarias, hechas nuestras oraciones y plegarias, nos hicimos a la vela desde una isla, que se llama la Gomera, y dirigimos la proa hacia el lebeche, y navegamos 24 días con viento fresco, sin ver tierra ninguna, y al cabo de 24 días avistamos tierra, y encontramos haber navegado al pie de 1300 leguas desde la ciudad de Cádiz, por el rumbo del lebeche. Avistada la tierra, dimos gracias a Dios, y echamos al agua los botes, y con 16 hombres, fuimos a tierra, y la encontramos tan llena de árboles, que era cosa maravillosa no sólo su tamaño, sino su verdor, porque nunca pierden las hojas, y por el olor suave que salía de ellos, que son todos aromáticos, daban tanto deleite al olfato, que nos producía gran placer. Y andando con los botes a lo largo de la tierra para ver si encontrábamos disposición para salir a tierra, y como era tierra baja, trabajamos todo el día hasta la noche, y en ninguna ocasión encontramos camino, ni facilidad para entrar tierra adentro, porque no solamente lo impedía la tierra baja, sino la espesura de los árboles; de modo que convinimos en volver a los navíos e ir a probar la tierra en otra parte: y vimos en este mar una cosa maravillosa, y fue que 15 leguas antes de que llegásemos a tierra, encontramos el agua dulce como de río, y sacamos de ella y llenamos todos los barriles vacíos que teníamos. Cuando estuvimos en los navíos, levamos anclas, y nos hicimos a la vela, poniendo

proa hacia el mediodía; por que mi intención era ver si podía dar vuelta a un cabo de tierra, que Tolomeo llama el Cabo Cattegara, que está unido con el Gran Golfo, ya que, mi opinión no estaba muy lejos de ello, según los grados de longitud y latitud, como se dará cuenta más abajo. Navegamos hacia el mediodía y a lo largo de la costa vimos desembocar de la tierra dos grandísimos ríos, y uno venía del poniente y corría hacia levante y tenía cuatro leguas de anchura, que son dieciséis millas, y el otro corría de mediodía hacia septentrión siendo de tres leguas de ancho; y yo creo que estos dos ríos eran la causa de ser dulce el mar, debido a su grandeza. Y visto que la costa de la tierra resultaba ser aún tierra baja, acordamos entrar en uno de estos ríos con los botes y navegar por él hasta encontrar u ocasión de saltar a tierra o población de gente; y preparados nuestros botes y provisionados para cuatro días con 20 hombres bien armados nos metimos por el río, y a fuerza de remos navegamos por él, en casi dos días, obra de dieciocho leguas, tentando la tierra en muchas partes, y continuamente la encontramos que seguía siendo tierra baja y tan espesa de árboles que apenas un pájaro podía volar por ella; y así navegando por el río, vimos señales ciertísimas de que el interior de la tierra estaba habitado: y porque las carabelas habían quedado en lugar peligroso, cuando el viento saltase de travesía, acordamos al cabo de dos días volvernos a las carabelas, y así lo hicimos. Lo que aquí vi fue, que vimos una feísima especie de pájaros de distintas formas y colores, y tantos papagayos, y de tan diversas clases, que era maravilla; algunos colorados como grana, otros verdes y colorados, y amarillos limón, y otros totalmente verdes, y otros negros y encarnados, y el canto de los otros pájaros que estaban en los árboles, era cosa tan suave y de tanta melodía que nos ocurrió muchas veces quedarnos suspensos por su dulzura. Sus árboles son de tanta belleza y de tanta suavidad que pensamos estar en el Paraíso terrenal, y ninguno de aquellos árboles, ni sus frutas se parecían a los mismos de esta parte, y por el río vimos a mucha gente pescar y de diversos aspectos. Y una vez que hubimos llegado a los navíos, levamos anclas haciéndonos a la vela, teniendo continuamente la proa hacia el mediodía; y navegando en este rumbo, y estando lejos en el mar al pie de cuarenta leguas, encontramos una corriente marina, que corría del siroco al maestral, que era tan grande y corría con tanta furia, que nos causó gran pavor, y corrimos grandísimo peligro. La corriente era tal, que la del

Estrecho de Gibraltar y la del Faro de Mesina son un estanque en comparación de aquélla, de manera que, como nos tomaba de proa, no podíamos adelantar camino alguno, aunque tuviéramos viento fresco, de modo que, visto el poco camino que hacíamos y el peligro en que estábamos, acordamos volver la proa hacia el maestral y navegar hacia la parte del septentrión. Y porque, si bien me recuerdo, sé que Vuestra Magnificencia entiende bastante de cosmografía, pienso describirlos hasta dónde fuimos en nuestra navegación en longitud y latitud: digo que navegamos tanto hacia la parte del mediodía que entramos en la zona tórrida y dentro del círculo de Cáncer: y habéis de tener por cierto que en pocos días, navegando por la zona tórrida hemos visto las cuatro sombras del Sol, por cuanto el sol se hallaba en el cenit a mediodía, digo que estando el Sol en nuestro meridiano, no teníamos sombra ninguna que todo esto sucedió muchas veces mostrarlo a toda la tripulación y tomarla por testigo a causa de la gente ignorante, que no sabe que la esfera del Sol va por su círculo del zodiaco; que una vez veía la sombra al mediodía, y otra al septentrión, y otra al occidente, y otra al oriente, y alguna vez, una hora o dos del día, no teníamos sombra alguna. Y tanto navegamos por la zona tórrida hacia la parte del austro, que nos encontramos bajo la línea equinoccial, y teniendo un polo y el otro a final de nuestro horizonte, y la pasamos por seis grados perdiendo totalmente la estrella tramontana; que apenas se nos mostraban las estrellas de la Osa Menor, o por mejor decir, las guardias que giran alrededor del Firmamento: y deseoso de ser yo el autor que señalara la estrella del Firmamento del otro polo, perdí muchas veces el sueño de noche en contemplar el movimiento de las estrellas del otro polo, para señalar cuantas de ellas tuviesen menor órbita y se hallasen más cerca del Firmamento, y no pude con tantas malas noches que pasé, y con cuantos instrumentos usé, que fueron el cuadrante y el astrolabio. No advertí estrella, que tuviese menos de diez grados de movimiento sobre su órbita, de modo que no quedé satisfecho conmigo mismo de nombrar ninguna que señalase el polo sur a causa del gran círculo que hacían alrededor del Firmamento: y mientras que en esto andaba, me acordé de un dicho de nuestro poeta Dante, del cual hace mención en el primer capítulo del Purgatorio, cuando finge salir de este hemisferio, y encontrarse en el otro, y queriendo describir el polo Antártico dice:

Y a la derecha vuelto, alcé la mente
 al otro Polo, y vide cuatro estrellas
 que sólo vio la primitiva gente.
 ¡Qué alegre el cielo de sus chispas bellas!
 ¡Oh viudo Septentrión que estás privado
 eternamente de la vista de ellas!

Que según a mí me parece, que el poeta en estos versos quiere describir por las cuatro estrellas el polo del otro Firmamento, y no dudo hasta ahora que aquello que dice no sea verdad: porque yo observé cuatro estrellas formando como una almendra, que tenían poco movimiento, y si Dios me da vida y salud, espero volver pronto a aquel hemisferio, y no regresar sin señalar el polo. Digo en conclusión, que navegamos tanto hacia la parte del mediodía que nos alejamos por el rumbo de la latitud de la ciudad de Cádiz 60 grados y medio, porque sobre la ciudad de Cádiz alza el polo 35 grados y medio, nosotros nos encontramos que habíamos pasado de la línea equinoccial 6 grados: esto baste en cuanto a la latitud. Habéis de advertir que esta navegación fue en los meses de julio, agosto y septiembre, que como sabéis el Sol reina más continuamente en este nuestro hemisferio y recorre un arco mayor durante el día, y menor el de la noche: y mientras nos hallábamos en la línea equinoccial, o aproximadamente a 4 o 6 grados de ella, que fue durante los meses de julio y agosto, la diferencia del día sobre la noche no se notaba, y casi el día era igual a la noche, y era muy poca la diferencia.

En cuanto a la longitud digo, que para conocerla encontré tanta dificultad que tuve grandísimo trabajo en hallar con seguridad el camino, que había recorrido siguiendo la línea de la longitud, y tanto trabajé que al fin no encontré mejor cosa que observar y ver de noche la posición de un planeta con otro, y el movimiento de la Luna con los otros planetas porque el planeta de la Luna es más rápido en su curso que ningún otro, y lo comprobaba con el Almanaque de Giovanni da Monteregio, que fue compuesto según el meridiano de la ciudad de Ferrara, concordándolo con los cálculos de las Tablas del Rey Don Alfonso: y después de muchas noches que estuve en observación, una noche entre otras, estando a veintitrés de agosto de 1499, en que hubo conjunción de la Luna con Marte, la cual según el Almanaque debía producirse a media noche o media hora antes: hallé que al salir la Luna en nuestro horizonte, que fue una hora y media después de puesto el Sol, el

planeta había pasado a la parte de oriente, digo, que la Luna se hallaba más oriental que Marte cerca de un grado y algún minuto más, y a la media noche se hallaba más al oriente 15 grados y medio, poco más o menos, de modo que hecha la proporción, si 24 horas me valen 360 grados, ¿qué me valdrán 5 horas y media?, encuentro que me valen 82 grados y medio, y tan distante me hallaba en longitud del meridiano de la ciudad de Cádiz, que asignando a cada grado 16 leguas, me encontraba 1,366 leguas y dos tercios más al occidente que la ciudad de Cádiz, que son 15,466 millas y dos tercios. La razón por la cual asigno a cada grado 16 leguas y dos tercios es porque según Tolomeo y Alfagrano, la tierra tiene una circunferencia de 24.000 [millas] que valen 6.000 leguas, que, repartiéndolas en 360 grados, corresponden a cada grado 16 leguas y dos tercios, y esta proporción la comprobé muchas veces con el punto de los pilotos, encontrándola verdadera y buena. Me parece, Magnífico Lorenzo, que la mayor parte de los filósofos queda reprobada con este viaje mío: pues dicen, que dentro de la zona tórrida no se puede habitar a causa del gran calor; y yo he encontrado en este viaje mío ser lo contrario, porque el aire es más fresco y templado en esa región que fuera de ella y que hay tanta gente que habita allí que por su número son mucho más que aquellos que viven fuera de ella, por el motivo que más adelante se dará; que cierto es que más vale la práctica que la teoría.

Hasta aquí he declarado cuanto navegué hacia el mediodía y hacia el occidente, ahora me resta decir de la disposición de la tierra que encontramos, y de la naturaleza de los habitantes, y de su trato, y de los animales que vimos, y de muchas otras cosas que se me ocurren dignas de memoria. Digo que después que dirigimos nuestra navegación hacia el septentrión, la primera tierra que encontramos habitada fue una isla, que distaba 10 grados de la línea equinoccial, y cuando estuvimos cerca de ella, vimos mucha gente en la orilla del mar, que nos estaba mirando como cosa de maravilla, y surgimos junto a la tierra obra de una milla, y equipamos los botes, y fuimos a tierra 22 hombres bien armados; y la gente como nos vio saltar a tierra, y conoció que éramos gente diferente de su naturaleza, porque ellos no tienen barba alguna, ni visten ningún ropaje, así los hombres como las mujeres, que van como salieron del vientre de su madre, que no se cubren vergüenza ninguna, y así por la diferencia del color, porque ellos son de color como pardo o leonado y nosotros blanco, de modo que

teniendo miedo de nosotros, todos se metieron en el bosque, y con gran trabajo por medio de signos les dimos seguridades y platicamos con ellos; y encontramos que eran de una raza que se dicen canibales, y que casi la mayor parte de esta generación, o todos, viven de carne humana, y esto téngalo por cierto Vuestra Magnificencia. No se comen entre ellos, sino que navegan en ciertas embarcaciones que tienen, y que se llaman canoas, y van a traer presa de las islas o tierras comarcanas, de una generación enemiga de ellos y de otra generación que no es la suya. No comen mujer ninguna, salvo que las tengan como extrañas, y de esto tuvimos la certeza en muchas partes donde encontramos tal gente, porque nos sucedió muchas veces ver los huesos y cabezas de algunos que se habían comido, y ellos no lo niegan; y además lo afirmaban así sus enemigos, que están continuamente atemorizados por ellos. Son gente de gentil disposición y de buena estatura: van totalmente desnudos; sus armas son armas de saeta, y llevan éstas, y rodelas, y son gente esforzada y de mucho ánimo. Son grandísimos flecheros: en conclusión tratamos con ellos y nos llevaron a una población suya, que se hallaba como dos leguas tierra adentro, y nos dieron de almorzar y cualquier cosa que les pedía, en seguida la daban, creo más por miedo que por buena voluntad: y después de haber estado con ellos un día entero, volvimos a los navíos quedando amigos con ellos. Navegamos a lo largo de la costa de esta isla y vimos otra gran población a la orilla del mar: fuimos a tierra con el batel y encontramos que nos estaban esperando, y todos cargados con alimentos: y nos dieron de almorzar muy bien de acuerdo con sus vituallas: y viendo tan buena gente, y tratarnos tan bien, no abusamos nada de lo de ellos, y nos hicimos a la vela y fuimos a meternos en un golfo, que se llamó el golfo de Parias, y fuimos a surgir frente a un grandísimo río, que es la causa de ser dulce el agua de este golfo; y vimos una gran población que se hallaba cerca del mar, donde había tanta gente que era maravilla, y todos estaban sin armas, y en son de paz; fuimos a tierra con los botes, y nos recibieron con gran amor, llevándonos a sus casas, donde tenían muy bien aparejadas cosas de comer. Aquí nos dieron de beber tres clases de vino, no de uvas, sino hecho con frutas como la cerveza, y era muy bueno; aquí comimos muchos mirabolanos frescos, que es una muy regia fruta, y nos dieron muchas otras frutas, todas diferentes de las nuestras, y de muy buen sabor, y todas de sabor y olor aromáticos. Nos dieron algunas perlas pequeñas y once grandes, y

por signos nos dieron a entender que si queríamos esperar algunos días, irían a pescarlas y nos traerían muchas de ellas; no nos preocupamos de llevarnos muchos papagayos de varios colores, y amistosamente nos separamos de ellos. De esta gente supimos cómo los de la isla antes nombrada eran caníbales, y cómo comían carne humana. Salimos de este golfo, y fuimos a lo largo de la tierra, y siempre veíamos muchísima gente, y cuando teníamos oportunidad tratábamos con ellos, y nos daban de lo que tenían y todo lo que les pedíamos. Todos van desnudos como nacieron sin tener ninguna vergüenza, que si yo hubiese de contar cuan poca vergüenza tienen sería entrar en cosas deshonestas, y es mejor callar. Después de haber navegado al pie de 400 leguas continuamente por la costa, llegamos a la conclusión que esta era tierra firme, como yo digo, y los confines del Asia por la parte de oriente, y el principio por la parte de occidente; porque muchas veces nos sucedió observar diversos animales, como leones, ciervos, cabras, puercos salvajes, conejos y otros animales terrestres, que no se hallan en islas sino en tierra firme. Caminando un día tierra adentro con veinte hombres, vimos una culebra o serpiente que tendría de largo obra de ocho brazas, y era gruesa como yo en la cintura: tuvimos un gran pavor de ella y por haberla visto volvimos al mar. Me sucedió muchas veces ver animales ferocísimos, y grandes serpientes. Y navegando por la costa, cada día descubríamos infinidad de gente, y distintas lenguas, hasta que después de haber navegado unas 400 leguas por la costa, empezamos a encontrar gente que no quería nuestra amistad, sino que nos estaban esperando con sus armas, que son arcos, y flechas, y con otras armas que tienen: y cuando íbamos a tierra con los botes nos impedían bajar a tierra, de modo que nos veíamos forzados a luchar con ellos, y al fin de la batalla quedaban mal librados frente a nosotros, pues como están desnudos siempre hacíamos en ellos grandísima matanza, sucediéndonos muchas veces luchar 16 de nosotros con 2,000 de ellos y al final desbaratarlos, y matar muchos de ellos; y robar sus casas y un día entre ellos vimos muchísima gente, todos puestos en armas para defenderse, e impedirnos bajar a tierra: nos armamos 26 hombres bien armados, y cubrimos los botes para evitar las flechas que nos tiraban; las que herían siempre a algunos de nosotros antes que pudiéramos saltar a tierra. Y después de defender la tierra cuanto pudieron, por fin saltamos a tierra y combatimos con ellos con grandísimo trabajo y la causa por la que tenían más ánimo y mayor es-

fuerzo contra nosotros era que no sabían qué arma era la espada ni cómo cortaba: y así combatiendo, fue tanta la multitud de gente que cargó contra nosotros, y tan grande el número de flechas que no podíamos resistir, y abandonando casi toda esperanza de vivir, volvimos las espaldas para saltar a los botes. Y así retirándonos y huyendo, un marinero de los nuestros que era portugués, hombre de 55 años de edad que había quedado al cuidado del batel, viendo el peligro en que nos hallábamos saltó del batel a tierra y a grandes voces nos dijo: hijos, dad la cara a las armas enemigas, que Dios os dará la victoria; y se puso de hinojos e hizo oración; y luego hizo una gran arremetida contra los indios, y todos a una nosotros con él así heridos como estábamos; de modo que nos volvieron la espalda y comenzaron a huir, y al fin los desbaratamos, y matamos a 150 de ellos quemándoles 180 casas: y porque estábamos mal heridos y cansados, volvimos a los navíos refugiándonos en un puerto donde estuvimos veinte días únicamente para que el médico nos curase, y nos salvamos todos menos uno que se hallaba herido en la tetilla izquierda. Y después de sanados volvimos a nuestra navegación y por esa misma costa nos sucedió muchas veces combatir con una infinidad de gente y siempre conseguimos victorias contra ellos. Y navegando así llegamos a una isla, que se halla distante de la tierra firme 15 leguas, y como al llegar no vimos gente y pareciéndonos la isla de buena disposición, acordamos ir a explorarla, y bajamos a tierra 11 hombres; y encontramos un camino y nos pusimos a andar por él dos leguas y media tierra adentro, y hallamos una población obra de 12 casas, en donde no encontramos más que siete mujeres de tan gran estatura que no había ninguna de ellas que no fue más alta que yo un palmo y medio; y como nos vieron, tuvieron gran miedo de nosotros, y la principal de ellas, que por cierto era una mujer discreta, con señas nos llevó a una casa y nos hizo dar algo para refrescar; y nosotros, viendo a mujeres tan grandes, convinimos en raptar dos de ellas, que eran jóvenes de quince años, para hacer un regalo a estos Reyes, pues sin duda eran criaturas que excedían la estatura de los hombres comunes: y mientras estábamos en esto, llegaron 36 hombres y entraron en la casa donde nos encontrábamos bebiendo y eran de estatura tan elevada que cada uno de ellos era de rodillas más alto que yo de pie. En conclusión eran de estatura de gigantes, según el tamaño y proporción del cuerpo, que correspondía con su altura; que cada una de las mujeres parecía una Pentesilea, y los hombres Anteos; y al

entrar, algunos de ellos tuvieron tanto miedo que aún hoy no se sienten seguros. Tenían arcos y flechas, y palos grandísimos en forma de espadas, y como nos vieron de estatura pequeña, comenzaron a hablar con nosotros para saber quiénes éramos, y de dónde veníamos, y nosotros manteniéndonos tranquilos en son de paz, contestábamos por señas que éramos gente de paz, y que íbamos a conocer el mundo; en conclusión, resolvimos separarnos de ellos sin querella, y nos fuimos por el mismo camino que habíamos venido, y nos acompañaron hasta el mar, y subimos a los navíos: casi la mayor parte de los árboles de esta isla son de brasil y tan buenos como aquél de levante. Desde esta isla fuimos a otra isla vecina de aquella a diez leguas, y encontramos una grandísima población que tenía sus casas construidas en el mar como Venecia, con mucho arte; y maravillados de tal cosa, acordamos ir a verlas, y al llegar a sus casas, quisieron impedir que entrásemos en ellas. Probaron como cortaban las espadas y se conformaron con dejarnos entrar, y encontramos que tenían colmadas las casas con finísimo algodón, y las vigas de sus casas eran también de brasil, y les quitamos mucho algodón y brasil, volviendo luego a nuestros navíos. Habéis de saber que en todas partes donde saltamos a tierra, encontramos siempre gran cantidad de algodón, y los campos llenos de plantas de él, tanto que en esos lugares se podrían cargar cuantas carabelas y navíos hay en el mundo, con algodón y brasil. Por último navegamos otras 300 leguas por la costa, encontrando continuamente gente bravía, e infinidad de veces combatimos con ellas y apresamos como a veinte de aquellos entre las cuales se distinguían siete lenguas, que no se entendían la una con la otra; se dice que en el mundo no hay más que 77 lenguas, y yo digo que son más de 1,000, porque sólo aquéllas que yo he oído son más de 40. Después de haber navegado por esta tierra 700 leguas o más, sin contar infinitas islas que hemos visto, estando los navíos muy gastados y que hacían mucha agua que apenas podíamos achicarla con dos bombas, y la gente muy fatigada, y trabajada, y faltándonos las provisiones como nos hallábamos según el punto de los pilotos, cerca de una isla que se llama la Española, que es aquélla que descubrió el Almirante Colón hace seis años, a 120 leguas, resolvimos ir a ella, porque está habitada por cristianos, componer nuestros navíos y descansar la gente, y abastecernos de provisiones, porque desde esta isla hasta Castilla hay 1,300 leguas de golfo sin ninguna tierra; y en siete días estuvimos en ella, donde nos quedamos obra de dos meses, y repa-

ramos los navíos y nos abastecimos; y resolvimos dirigirnos hacia el norte donde encontramos muchísima gente, y descubrimos más de 1,000 islas, la mayor parte habitadas y siempre gente desnuda, y toda era gente muy miedosa y de poco valor, y hacíamos de ella lo que queríamos. Esta última parte que descubrimos fue muy peligrosa para nuestra navegación debido a los bajíos y mar bajo que encontramos en ella, que muchas veces corrimos el riesgo de naufragar. Navegamos por este mar 200 leguas, derecho al septentrión, y como ya la gente estaba cansada y fatigada, por haber estado en el mar cerca de un año, comiendo seis onzas de pan por día y bebiendo tres medidas pequeñas de agua, y hallándose los navíos en condiciones peligrosas para mantenerse en el mar, reclamó la tripulación diciendo que querían volver a Castilla a sus casas, y que no querían ya tentar el mar, y la fortuna; por lo que acordamos apresar esclavos, cargar con ellos los navíos y tornarnos de vuelta a España; y fuimos a ciertas islas, y tomamos por la fuerza 232 almas, y las cargamos, y tomamos la vuelta de Castilla, y en 67 días atravesamos el golfo, y llegamos a las islas Azores, que son del Rey del Portugal y distan de Cádiz 300 leguas, y después de abastecernos, navegamos hacia Castilla, pero por sernos contrarios los vientos, por fuerza tuvimos que ir a las Islas Canarias, y de las Canarias a la Isla de Madera y de Madera a Cádiz, empleando en este viaje trece meses corriendo inmensos peligros, y descubriendo muchísima tierra de Asia, gran número de islas, la mayor parte habitadas; que muchas veces hice cálculos con el compás, que hemos navegado al pie de 5,000 leguas. En conclusión, pasamos de la línea equinoccial 6 grados y medio, y luego volvimos hacia la parte del septentrión; tanto que la estrella tramontana se elevaba 35 grados y medio sobre nuestro horizonte y hacia la parte de occidente navegamos 84 grados lejos del meridiano de la ciudad y puerto de Cádiz. Descubrimos infinita tierra, vimos infinitas gentes, y varias lenguas y todos desnudos. En la tierra vimos muchos animales salvajes y varias clases de pájaros, y de árboles muchísima copia y todos aromáticos: trajimos perlas, y oro nativo en grano: trajimos dos piedras, una de color de esmeralda y la otra de amatista, durísimas, de una media cuarta de largo y gruesas como tres dedos. Estos Reyes las tienen en gran estima, y las han guardado entre sus joyas. Trajimos un gran trozo de cristal, que algunos joyeros afirman que es berilo, y según nos decían los indios, tenían gran copia de ello. Trajimos 14 per-

las encarnadas, que contentaron mucho a la Reina, y muchas otras cosas de pedrería, que nos parecieron bellas; y de todas estas cosas no trajimos cantidades porque no parábamos en ningún lugar, sino navegando continuamente. Cuando llegamos a Cádiz, vendimos muchos esclavos, de los cuales teníamos 200 porque los restantes hasta 232 habían muerto en el golfo; y después de pagar los gastos de la navegación, nos quedaron obra de 500 ducados que repartimos en 55 partes siendo así poco lo que nos tocó a cada uno, con todo quedamos muy satisfechos con haber salvado la vida y dimos gracias a Dios porque durante el viaje, de 57 hombres cristianos que éramos, murieron únicamente dos que mataron los indios. Yo, desde que llegué, tengo dos cuartanas, pero tengo esperanza en Dios de poder sanar pronto porque me duran poco y sin calofríos. Omito muchas cosas dignas de memorias para no ser más prolijo de lo que soy y que reservo en la pluma y la memoria. Aquí me arman tres navíos para que nuevamente vaya a descubrir, y creo que estarán listos a mediados de septiembre. Plazca a Nuestro Señor concederme salud y buen viaje que a la vuelta espero traer grandes nuevas y descubrir la Isla Taprobana, que se halla entre el mar Índico y el mar Gangético, y después es mi propósito repatriarme, y descansar los días de mi vejez.

Por la presente no me excederé en más razones, porque muchas cosas se dejan de escribir por no acordarse del todo y para no ser más prolijo de lo que he sido.

He resuelto, Magnífico Lorenzo, que así como os he dado cuenta por carta de lo que me ha ocurrido, enviaros dos figuras con la descripción del mundo hechas y preparadas con mis propias manos y saber. Y serán un mapa de figura plana y un Mapamundi de cuerpo esférico, que pienso enviaros por la vía del mar por medio de un tal Francisco Lotti, florentino, que se encuentra aquí. Creo que os gustarán y especialmente el cuerpo esférico, que hace poco tiempo hice otro para la Alteza de estos Reyes y lo estiman mucho. Era mi propósito llevarlos personalmente, pero la nueva determinación de ir otra vez a descubrir no me da lugar, ni tiempo. No falta en esa ciudad quien entienda la figura del mundo y que quizá enmiende en ella alguna cosa; sin embargo, el que quisiera hacer alguna enmienda que espere mi llegada, porque pudiera suceder que me justifique.

Creo que V. M. habrá sabido las nuevas traídas por la flota que hace dos años envió el Rey de Portugal a descubrir por

la parte de Ghinta. Un viaje como ese no lo llamo yo descubrir, sino ir por lo descubierto, porque, como veréis por la figura su navegación ha sido continuamente a vista de tierra y han dado vuelta a toda la tierra de África por la parte austral, que es una ruta de la cual hablan todos los autores de cosmografía. Cierto es que dicha navegación ha sido de gran provecho, que es lo que se tiene en cuenta hoy y máxime en este reino donde existe la más desenfrenada codicia. Sé que han pasado del mar Rojo y que han llegado al Golfo Pérsico a una ciudad que se llama Calicut, que está entre el Golfo Pérsico y el río Indo, y ahora el Rey de Portugal hizo aprestar nuevamente 12 naves con grandísima riqueza enviándolas hacia aquellas partes, y seguramente harán grandes cosas, siempre que lleguen a salvo.

Estamos a 18 días del mes de julio de 1500 y no hay otra cosa que mencionar. Nuestro Señor la vida y el magnífico Estado de vuestra señorial Magnificencia guarde y aumente como desea.

De V. M.
Servidor.
Americo Vespuccio

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA

Nació en la villa de Arona, ribera del Lago Mayor, Italia. el 2 de febrero de los años 1455 a 1459. Va a Roma a los 18 años y a España en 1488. Murió en Granada, en octubre de 1526.

Escribió las *Décadas del Nuevo Mundo*, o *Décadas de Orbe Novo*.

Humanista fino y elegante, de grácil y breve frase. Humanista, como escribe Salas, por la gracia y el equilibrio que logra, por la brevedad y rapidez con que dice y describe, por la evasión del juicio ético tan frecuente y agobiante en los historiadores españoles.

Acerca de Pedro Mártir ver: Marcel Bataillon, "Historiografía oficial de Colón, de Pedro Mártir a Oviedo y Gómara", en *Imago Mundi, Revista de historia de la cultura*, Buenos Aires, 1954, No. 5, septiembre 1954, p. 23-29; Marcelino Menéndez Pelayo, *Los historiadores de Colón*, en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, Obras Completas*, Madrid, 1942, vol. VIII-69-122; Carlos I. Salas, "Pedro Mártir de Anglería. Estudio biográfico-bibliográfico" en *Anales de la Facultad de Derecho*, Córdoba, Arg. 1917. T. III, p. 21, 106 y el más reciente estudio de Alberto Mario Salas, *Tres Cronistas de Indias, Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, Fray Bartolomé de las Casas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, 320 p. Una buena edición, versión de Joaquín Torres Asensio, es la de Buenos Aires, Editorial Bajel, 1944, LII-675 p., que lleva la *Bibliografía de Pedro Mártir* preparada por Joseph H. Sinclair, en p. XIII-LII. Agustín Millares Carlo, quien publicó un extracto de las *Décadas del Nuevo Mundo por Pedro Mártir de Anglería*, traducción del latín y noticia bibliográfica por... México, Secretaría de Educación Pública, 1945, VII-95 p., (Biblioteca Enciclopédica Popular 51), preparó una edición crítica bajo el rubro: *Décadas del Nuevo Mundo por Pedro Mártir de Anglería, Primer Cronista de Indias*. Estudios y Apéndices por Edmundo O'Gorman, el estudio se intitula: *Pedro Mártir y el proceso de América*, 2 v. México, José Porrúa e Hijos Sucesores, 1964-65. El apéndice tercero lo constituye la bibliografía de Sinclair.

Fuente: Pedro Mártir de Anglería. *Décadas del Nuevo Mundo*. Buenos Aires, Editorial Bajel, 1944. LII-675 p., p. 335-36, 462-65 y 467-59.

CODICES, MAPAS Y VESTIDOS MEXICANOS

Llevamos dicho que esta gente posee libros, y trajeron muchos, junto con los demás dones, estos nuevos colonos de Co-

luacán y los procuradores y mensajeros. En lo que ellos escriben son unas hojas de cierta delgada corteza interior de los árboles que se cría debajo de la corteza superior: creo que se llama *philira*; conforme lo vemos, no en el sauce u olmo, sino en la de los palmitos que se comen, que hay una tela dura que separa las hojas exteriores, a modo de las redes con agujeros y mallas estrechas, y las embetunan con unto fuerte. Cuando están blandas, les dan la forma que quieren y la extienden a su arbitrio, y luego de endurecida la embetunan, se supone que con yeso o con alguna materia parecida. Es de creer que Vuestra Santidad habrá visto tablillas con una capa de yeso acibado como la harina, en las cuales puede escribirse cuanto se quiere, y que luego lo borran con una esponja o paño para volver a escribir. De tablillas de higuera se hacen los libros que los administradores de las casas grandes llevan consigo por los mercados, y con un punzón de metal apuntan lo que compran para borrarlo cuando ya lo han trasladado a sus cuadernos de cuentas.

No solamente encuadernan los libros, sino que también extienden a lo largo esa materia hasta muchos codos, y la reducen a partes cuadradas, no sueltas, sino tan unidas con un betún resistente y tan flexible, que, en comparación de las tablas de madera, parece que han salido de manos de hábil encuadernador. Por donde quiera que se mire el libro abierto, se presentan dos caras escritas; aparecen dos páginas, y se ocultan bajo ellas otras dos como no se extienda a lo largo, pues debajo de un folio hay otros muchos folios unidos.

Los caracteres son muy diferentes de los nuestros: dados, ganchos, lazos, tiras y estrellas y otras figuras, escritas en línea como lo hacemos nosotros: se parecen mucho a las formas egipcias (*de escribir*). Entre líneas hay trazadas figuras de hombres y animales, principalmente de los reyes y magnates, por lo cual es de creer que están allí escritos los hechos de los antepasados de cada rey, como vemos que se hace en nuestro tiempo, que muchas veces en las historias generales y en los códices fabulosos los impresores intercalan las figuras de los que hicieron lo que allí se cuenta, para estimular a los que quieren comprarlos.

También las tablas de arriba (*las cubiertas*) las arreglan agradablemente de madera: cerrados esos libros, parece que no son diferentes de los nuestros. También se cree que escriben en sus libros las leyes, los sacrificios, ceremonias, ritos, anota-

ciones astronómicas y ciertos cálculos, y los modos y tiempos de sembrar.

Comienzan el año cuando el sol se pone por las pléyades, y comprenden el año en meses lunares. Al mes le llaman por la luna; por eso, cuando quieren significar los meses, dicen *tonas*: a la luna, en su lengua, le llaman *tona*; mas a los días los designan por el sol, y así, cuantos soles tantos días; en su lengua el sol se llama *tonatico*, y en algunas partes de otra manera. Y sin guiarse por ninguna razón, distribuyen el año en veinte meses, y los meses en veinte días.

De aquellos montes y de los diferentes ríos que riegan los campos tenustitanos, este Juan Ribera trae muchas muestras de oro como lentejas y guisantes y varias perlas de la región austral, pero encontrados en poder de Moctezuma y de sus regalados próceres u otros enemigos en los despojos de las batallas.

Teniendo yo en mi casa a este Ribera, el reverendo proto-notario Caracciolo, legado de Vuestra Beatitud, con el embajador de Venecia. Contarino, y el joven Tomás Maino, viceduque de Milán, nieto del gran Jasón Maino, vinieron a mi casa por el anhelo de oír y ver cosas nuevas. Les causó admiración, no la abundancia de oro ni el que sea tan puro desde su origen (pues lo es tanto que sin hacerle nada se pueden acuñar con él ducados de oro). Principalmente admiraron el número y la forma de los vasos llenos de oro, que los traía diferentes de las diversas naciones que los enviaban cual tributo; y para prueba de que se coge aquel oro en su tierra, en cada vaso o cajita estaban las armas de cada región, que pesaban ocho, nueve o diez dracmas de oro cada una. Nos lo enseñaron como correspondía a un hombre de los que tomaron parte en las cosas, pues el propio Ribera es dueño de todas las cosas que nos enseñó.

Pero lo que trae la nave detenida es un caudal muy grande que se le ha de entregar al César. El oro fundido y hecho barras sube a la suma de treinta y dos mil ducados; pero lo que se podrá sacar de los anillos, joyas, escudos, yelmos y otros objetos que traen, si se tasara, dice que asciende a ciento cincuenta mil ducados. Pero corre por ahí no sé qué rumor de que los piratas franceses han oído ya esas naves. Dios nos saque con bien.

Vamos a las cosas particulares, de este Ribera, que son pequeñas muestras de lo que ha de venir. Nos ha enseñado

perlas nada inferiores a las que la humana molicie llama orientales: muchas de ellas tienen más tamaño que una avellana grande; pero la mayor parte no están bastante blancas, porque las sacan asando las conchas que las crían; mas algunas vimos limpias.

Eso es poco: fue una hermosura ver la variedad de joyas y anillos: no hay cuadrúpedo, ni ave, ni pez que una vez hayan visto sus artífices, que no saquen al vivo la imagen: nos parecía que veíamos vivas las caras, vasillos pendientes de las orejas, collares, brazaletes, todo de oro, que nos causaba maravilla, en lo cual el trabajo aventajaba con mucho a la materia; penachos, cimeras, escudos y yelmos, labrados a trozos con tal arte y con puntas tan menudas, que de puro delgadas engañaban la vista. En particular nos gustó la hermosura de dos espejos: el uno estaba rodeado de medio globo de oro, tenía de circunferencia un palmo, y estaba incrustado en madera de color verde; el otro no era tan grande.

Dice este Ribera que en aquella tierra el arte lapidario es tal que con el bruñido se pueden hacer excelentes espejos: todos confesaron que ninguno de los nuestros presenta más natural la cara del hombre. Vimos una careta muy lindamente formada: en su parte interior es de tablilla ensamblada, y encima tiene piedrecillas menudísimas, unidas con tales junturas que la uña no las advierte; y mirándola con los ojos muy claros parece una sola piedra, de la materia que hemos dicho se hacen los espejos, y con las orejas de oro; cruzan la cara dos fajas verdes de esmeralda desde ambas sienas, y otras dos azafranadas: entreabierta la boca, se ven los dientes de hueso, dos de los cuales, en ambas mejillas, bajan a la barba saliendo fuera de los labios. Estas caretas se las ponen a sus dioses en la cara cuando el príncipe está malo, y no se las quitan hasta que, o se pone bueno o se muere.

Después sacó de una caja grande varios vestidos: para todos tienen sólo tres materias, la primera de algodón, después de plumas de aves, y la tercera la componen con vello de conejo. Ponen de adorno las plumas entre el vello de conejo, y las urden entre los estambres de algodón, y lo tejen con tanto trabajo que no llegamos a entender bien cómo lo hacen. Del algodón no es maravilla: como nosotros urdimos y tejemos las telas de lino, lana o seda, asimismo ellos las de algodón.

Pero la forma de los vestidos es cosa de risa. Los llaman vestidos porque se cubren con ellos, pero no tienen semejanza alguna con ninguna clase de vestimenta. Es sólo un velo cua-

drado, muy parecido al que en mi presencia se ponía alguna vez Vuestra Beatitud en los hombros, al peinarse la cabeza, para preservar los vestidos de que les cayera de la cabeza algún pelo u otra suciedad. Aquel velo se lo echan al cuello; después, anudándose a la garganta dos de las cuatro puntas del velo, lo dejan caer, y apenas les cubre el cuerpo hasta las piernas.

Cuando vi estos vestidos, cesé de admirarme de que Moctezuma enviara a Cortés tal número de vestidos, como arriba mencioné, pues tienen poco que hacer y poco espacio ocupan aunque sean muchos. Tienen también calzoncillos, de los cuales, para elegancia, penden ingeridas plumas de varios colores hasta la rodilla.

Muchos usan calzoncillos, en su mayor parte de plumas: en las hebras de algodón meten plumas y pelo de conejo muy hábilmente en todas las cosas, y de ello hacen sus vestidos de invierno y las colchas para la noche. Por lo demás, van desnudos, y como no haga frío llevan siempre fuera uno de los brazos. Por eso todos son de color algo moreno; pero, aunque alguna vez sientan frío, en aquella tierra necesariamente tiene que hacer poco, supuesto que, según dicen, aquella planicie está distante del polo ártico entre el grado diecinueve y el veintidós.

He advertido una cosa que está dibujada en los mapas, que ha traído varios. Por el Norte hay unos montes algo distantes, separados unos de otros por valles feracísimos, por cuyas gargantas entran en aquella planicie con gran fuerza los vientos septentrionales, y por eso el costado Norte de la ciudad Tenustitana está defendido con anchos parapetos de vigas clavadas y de grandes piedras, para que la ciudad esté al abrigo de los impetuosos torbellinos. Lo mismo vi yo en Venecia inventado para contener el furor del mar Adriático, y que no quebrante las casas. Los venecianos, a aquella muralla de la orilla la llaman vulgarmente el *lio*. Por el Mediodía, al revés, hay montes contiguos tan altos que los vientos del Sur no pueden soplar en la llanura para darle calor. Además vienen del cielo vientos boreales y desde lo alto soplan más que no los del Sur, que suben de abajo a arriba, y la llanura aquella tiene también, no lejos, montañas de nieves perpetuas y de fuego.

Entre los mapas de aquellas tierras hemos examinado uno que tiene de largo treinta pies, de ancho poco menos, tejido

de algodón blanco, en la cual estaba escrita con extensión toda la llanura con las provincias, tanto las amigas de Moctezuma como las enemigas. Están asimismo los vastos montes que por todos lados rodean el llano, y están figuradas las costas meridionales, de cuyos habitantes dicen haber oído que están cerca las islas en donde dijimos arriba que se crían los aromas y oro y perlas en abundancia.

Volvamos a su familiar Ribera. En aquellas montañas dice, según la relación de los naturales, que hay hombres salvajes, greñudos como los osos peludos de nuestras montañas, y que pasan con los frutos espontáneos de la naturaleza y con la caza. Después del mapa más grande, vimos otro poco menor, que no nos excitaba menos interés. Comprendía la misma ciudad de Méjico, con sus templos y puentes y lagunas, pintado por mano de los indígenas.

Después de esto, estando nosotros sentados en un terrado descubierto, hizo salir de mi dormitorio, con sus aprestos guerreros, a un muchacho indígena que él se trajo de criado.

Llevaba en la mano derecha una espada de madera, sencilla, sin las piedrecitas que ellos acostumbraban, pues hacen una hendedura en ambos filos de la espada, y llenan la ranura de piedrecitas agudas con un betún muy fuerte, de modo que en la lucha casi se igualan con nuestras espadas en el cortar. Las piedrecitas son de aquella piedra que hacen las navajas que otra vez dije. Levantó el escudo, hecho a estilo de ellos. Está tejido de mimbres muy resistentes con oro sobrepuesto, y de su media circunferencia inferior cuelgan fimbrias volantes de pluma entretejidas para adorno, y más de un palmo de largas. Así como la parte interior estaba encubierta con piel de tigre, por fuera tenía el centro de oro en campo de plumas de varios colores, poco diferente de nuestra seda velluda (terciopelo).

Salió el muchacho armado con su espada y cubierto de ceñido vestido de pluma, amarillo y rojo, con calzoncillos de algodón; entre los muslos le colgaba un pañito, llevando prendidas con aquel vestido las cáligas, como si uno se quitara el jubón sin desatar las cintas de las calzas; y con sus chinelas muy bien puestas, hizo el mancebo un simulacro de pelear; tan pronto echándose sobre los enemigos, tan pronto huyendo de ellos.

Por fin aparentó que en la lucha había cogido a otro joven, ataviado para lo mismo y con siervo suyo; del modo que

ellos suelen agarrar a los prisioneros de guerra, cogiéndole del pelo, lo arrastraba para llevarlo a inmolarse, y tendido en el suelo, parecía que primero le metía el cuchillo por las costillas, donde está el corazón, y después, arrancado —el corazón—, fingía exprimir con ambas manos la sangre de junto al corazón, y con ella, salpicándola, mojaba la espada y el escudo (eso dicen que acostumbran hacer con los enemigos que cogen), y encendiendo fuego por el frotamiento de dos maderas a propósito (el fuego tiene que ser recientemente sacado por doncellas), quemó el corazón, cuyo humo creen que es grato a sus dioses patronos de la guerra. El resto del cuerpo lo parten miembro por miembro, como lo mostraba con sus gestos el muchacho, dejando íntegro el vientre con lo de atrás para que no se escurra la inmundicia. Pero la cabeza del enemigo inmolado, quitándole la carne y engastándola en oro, se la reserva por trofeo el mismo que le mató, y se hace fabricar tantas cabecitas de oro con la boca abierta cuantos enemigos se prueba que ha muerto e inmolado, y las lleva pendientes del cuello: se opina que se comen los miembros.

Dice este Ribera que llegó a saber que todos los principales de Moctezuma solían asimismo comer carne humana, y por esto sospecha que también Moctezuma, aunque siempre se recató de ellos para hacerlo después que manifestaron qué cosa tan fea y tan desagradable a Dios es matar a los hombres, y mucho más comérselos.

Después que el muchacho concluyó de parodiar sus ceremonias sagradas; entre tanto que majábamos a Ribera preguntándole sobre las costumbres y la extensión de aquellos territorios, introduciendo al muchacho en la alcoba lo vistieron de fiesta. Salió vestido de otra manera. Con un juguete (*¿jocali?*) de oro en la mano izquierda, adornado de mil maneras; sacó en la mano derecha una sarta de cascabeles haciéndolos sonar, y levantando un poco el juguete, volteándolo y luego bajándolo cantando a estilo de su patria, danzaba por todo el entarimado en que estábamos mirándole sentados.

Daba gusto ver cómo, acercándose al de más respeto (*representaba la manera con que*) saludaban a los reyes presentándoles dones; con voz temblorosa, con la vista baja, sin alzarla nunca para mirarle la cara al rey, le saluda al acercarse, y postrado el cuerpo le habla de este tenor. Le llama rey de reyes, señor de los cielos y de la tierra; en nombre de su ciudad o de su pueblo le ofrece un obsequio; le dice que escoja el que más le agrade entre dos, o que le hagan alguna casa

trayendo las piedras, vigas y cuarterones, o que le cultiven los campos; dicen que son esclavos del rey; explica que por su causa han sufrido de parte de sus enemigos perjuicios inmensos, pero que han recibido con gozo todos los daños por serles obedientes y leales, y aquí muchas necesidades.

Por tercera vez, cuando estábamos engolfados en la conversación con Ribera, salió de la alcoba el muchacho haciendo el borracho. Jamás hemos visto espectáculo más parecido al del ebrio. Cuando piensan alcanzar de los dioses algo que desean, dice que se reúnen dos mil y tres mil, y se hartan del jugo de cierta hierba que embriaga, agarrándose a las paredes para sostenerse, y preguntando a los que encuentran por dónde se va a su propia casa, cuándo escupiendo, cuándo vomitando, y las más de las veces cayéndose. Basta acerca del muchacho.

Ribera dice que ha oído no sé qué acerca de una región habitada sólo por mujeres en las montañas aquellas que dan al Norte; pero no se sabe nada de cierto. Dicen que es prueba para que se crea el que la región se llama Iguatlan, porque en la lengua de ellos *igual* significa mujer, y *lan* es señor; por eso piensan que es *región de mujeres*.

FR. BARTOLOME DE LAS CASAS

Nació en Sevilla en el año de 1474, murió en el monasterio en Atocha, Madrid, en 1566.

Obispo de Chiapas, padre y protector de los indios, a quien deben éstos su libertad y su consideración como hombres. Su obra, alegato exaltado en favor de los aborígenes, está impregnada de nobles esencias cristianas y un acendrado optimismo en los valores humanos.

Escribió numerosas y dilatadas obras entre las que sobresalen la *Historia de las Indias* (1502-1552), la *Apologética Historia de las Indias* (terminada en 1552); *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión* (1536); *Tratado comprobatorio del Imperio soberano y principado universal que los Reyes de Castilla y León tienen sobre las Indias*; *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, (1542), y muchos otros tratados de esencia jurídica destinados a la defensa de los naturales.

Relación compendiosa de sus escritos nos dan Lewis Hanke y Manuel Giménez Fernández en: *Bartolomé de Las Casas 1474-1566. Bibliografía crítica y cuerpo de materiales para el estudio de su vida, escritos, actuación y polémicas que suscitaron durante cuatro siglos*. Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1954, XXXVII-394 p. ils.

Amplia biografía plena de documentación es la de Antonio María Fabie, *Vida y escritos de Fray Bartolomé de Las Casas, Obispo de Chiapas*, 2 v. Madrid, 1879; Agustín Yáñez ha escrito: *Fray Bartolomé de Las Casas, el conquistador conquistado*, México, Ediciones Xóchitl, 1942, 184 p. ("Vidas mexicanas" 5); y Fray Bartolomé de Las Casas, *Doctrina*, Prólogo y selección de... México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1941, XXXVII-176-[4] p. ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 22). Una obra muy discutida actualmente es la de Ramón Menéndez Pidal.

Buen estudio y pulcra edición de la *Historia de las Indias* es la de Agustín Millares Carlo y Lewis Hanke, 3 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1951. Agustín Millares Carlo, Atenógenes Santa María y Lewis Hanke prepararon la edición de *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, XLIV-596 p. hasta entonces intraducida e impubliada. La *Apologética Historia de las Indias* fue publicada completa por Manuel Serrano y Sanz a base del manuscrito holografo en Madrid, 1909 (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, Historiadores de Indias, Vol. I.) Edmundo O'Gorman prepara por encargo del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional de México, nueva edición de esta obra.

Sólido estudio acerca de Las Casas, es el del más conspicuo de sus biógrafos Manuel Giménez Fernández, *Bartolomé de Las Casas*. 2 v. I. *El Plan Cisneros-Las Casas para la Re-formación de las Indias*; II. *Capellán de S. M. Carlos I. Poblador de Cumaná, 1517-1523*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1953-1960.

Fuente: Fray Bartolomé de Las Casas. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Ed. facsimilar de la de 1552. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas, 1924 (Biblioteca Argentina de libros raros americanos, III).

LOS INDIOS DEL NUEVO MUNDO

Descubriéronse las Indias en el año de mil y cuatrocientos y noventa y dos. Fuéronse a poblar el año siguiente de cristianos españoles, por manera que ha 49 años que fueron a ellas cantidad de españoles, y la primera tierra donde entraron para hecho de poblar, fue la grande y felicísima isla Española, que tiene seiscientas leguas en torno.

Hay otras muy grandes, e infinitas islas alrededor por todas las partes de ella, que todas estaban, y las vimos, las más pobladas y llenas de naturales gentes indios de ellas que puede ser tierra poblada en el mundo.

La tierra firme, que está de esta isla por lo más cercano doscientas y cincuenta leguas pocas más, tiene de costa de mar más de diez mil leguas descubiertas, y cada día se descubren más, todas llenas como una colmena de gentes, en lo que hasta el año de cuarenta y uno se ha descubierto; que parece, que puso Dios en aquellas tierras todo el golpe o la mayor cantidad de todo el linaje humano.

Todas estas universas e infinitas gentes, a todo género crió Dios los más simples, sin maldades ni dobleces, obedientísimas, fidelísimas a sus señores naturales y a los cristianos a quien sirven, más humildes, más pacientes, más pacíficas y quietas, sin rencillas ni bullicios, ni rijosos, ni querellosos, sin rencoras, sin odios, sin desear venganza, que hay en el mundo.

Son asimismo las gentes más delicadas, flacas y tiernas en complexión, y que menos pueden sufrir trabajos, y que más fácilmente mueren de cualquier enfermedad; que ni hijos de príncipes y señores entre nosotros, criados en regalos y delicada vida, no son más delicados que ellos, aunque sean de los que entre ellos son de linaje de labradores. Son también gentes

paupérrimas y que menos poseen, ni quieren poseer de bienes temporales y por esto no soberbias, no ambiciosas, no codiciosas.

Su comida es tal, que la de los Santos Padres en el desierto no parece haber sido más estrecha ni menos deleitosa ni pobre. Sus vestidos comúnmente son en cueros, cubiertas sus vergüenzas y, cuando mucho, cúbrense con una manta de algodón, que será como vara y media o dos varas de lienzo en cuadro. Sus camas son encima de una estera y, cuando mucho, duermen en unas como redes colgadas, que en la lengua de la isla Española llamaban hamacas.

Son eso mismo de limpios, y desocupados, y vivos entendimientos, muy capaces y dóciles para toda buena doctrina; aptísimos para recibir nuestra santa fe católica y ser dotados de virtuosas costumbres, y las que menos impedimentos tienen para esto, que Dios crió en el mundo.

Y son tan importunas, que una vez que comienzan a tener noticias de las cosas de la fe, para saberlas y ejercitar los secretos de la iglesia y el culto divino, que digo verdad, que han menester los religiosos para sufrirlos ser dotados por Dios de don muy señalado de paciencia, y finalmente, yo he oído decir a muchos seglares españoles de muchos años acá y muchas veces, no pudiendo negar la bondad que en ellos ven, y *cierto estas gentes eran las más bienaventuradas del mundo, si solamente conocieran a Dios.*

En estas ovejas mansas y de las calidades susodichas por su Hacedor y Criador así dotadas, entraron los españoles desde luego que las conocieron, como lobos, y tigres, y leones crudelísimos, de muchos días hambrientos. Y otra cosa no han hecho de 40 años a esta parte hasta hoy, y hoy en este día lo hacen, sino despedazarlas, matarlas, angustiarlas, afligirlas, atormentarlas y destruirlas, por las entrañas, y varias y nunca otras tales vistas, ni leídas, ni oídas maneras de crueldad; de las cuales algunas pocas abajo se dirán; en tanto grado, que habiendo en la isla Española sobre tres cuentos de ánimas que vimos, no hay hoy de los naturales de ella doscientas personas.

La isla de Cuba que es casi tan lengua como desde Valladolid a Roma, está hoy casi toda despoblada. La isla de San Juan y la de Jamaica, islas muy grandes y muy felices y graciosas, ambas están asoladas. Las islas de los Lucayos, que están comarcanas a la Española y a Cuba por la parte del norte, que son más de sesenta, con las que llamaban de Gi-

gantes y otras islas grandes y chicas, y que la peor de ellas es más fértil y graciosa que la huerta del Rey de Sevilla, y la más sana tierra del mundo, en las cuales había más de quinientas mil ánimas, no hay hoy una sola criatura. Todas las mataron trayéndolas y por traerlas a la isla Española, después que veían que se les acababan los naturales de ella.

Andando un navío tres años a rebuscar por ellas la gente que había, después de haber sido vendimiadas, porque un buen cristiano se movió por piedad para los que se hallasen convertidos y ganarlos a Cristo, no se hallaron sino once personas, las cuales yo vi.

Otras más de treinta islas que están en comarca de la isla de San Juan, por la misma causa están despobladas y perdidas. Serán todas estas islas de tierra más de dos mil leguas, que todas están despobladas y desiertas de gente.

De la gran tierra firme somos ciertos que nuestros españoles por sus crueldades y nefandas obras han despoblado y asolado, y que están hoy desiertos, estando llenos de hombres racionales, más de diez reinos mayores de toda España, aunque entren Aragón y Portugal en ellos, y más tierra que hay de Sevilla y Jerusalén dos veces, que son más de dos mil leguas.

Daremos por cuenta muy cierta y verdadera, que son muertas en los dichos cuarenta años, por las dichas tiranías e infernales obras de los cristianos, injusta y tiránicamente, más de doce cuentos de ánimas, hombres y mujeres y niños, y en verdad que creo, sin pensar engañarme, que son más de quince cuentos.

Dos maneras generales y principales han tenido los que allá han pasado, que se llaman cristianos, en extirpar y raer del haz de la tierra aquellas miserables naciones. La una, por injustas, crueles, sangrientas y tiránicas guerras. La otra, después que han muerto todos los que podrían anhelar, o suspirar, o pensar en libertad, o en salir de los tormentos que padecen, como son todos los Señores naturales y los hombres varones —porque comúnmente no dejan en las guerras a vida sino los mozos y mujeres—, oprimiéndolos con la más dura, horrible y áspera servidumbre, en que jamás hombres ni bestias pudieron ser puestas. A estas dos maneras de tiranía infernal se reducen y se resuelven, o subalternan como a géneros, todas las otras diversas y varias de asolar a aquellas gentes, que son infinitas.

La causa por que han muerto y destruido tantas y tales y

tan infinito número de ánimas los cristianos, ha sido solamente por tener por su fin último el oro, y henchirse de riquezas en muy breves días, y subir a estados muy altos y sin proporción de sus personas, conviene a saber, por la insaciable codicia y ambición que han tenido, que ha sido mayor que en el mundo ser pudo, por ser aquellas tierras tan felices y tan ricas, y las gentes tan humildes, tan pacientes y tan fáciles a sujetarlas, a las cuales no han tenido más respeto, ni de ellas han hecho más cuenta ni estima (hablo con verdad, por lo que sé y he visto todo el dicho tiempo) no digo que de bestias, porque pluguiera a Dios que como a bestias las hubieran tratado y estimado; pero como y menos que estiércol de las plazas.

Así han curado de sus vidas, y de sus ánimas, y por esto todos los números y cuentos dichos, han muerto sin fe y sin sacramentos. Y ésta es una muy notoria y averiguada verdad, que todos, aunque sean los tiranos y matadores, la saben y la confiesan, que *nunca los indios de todas las Indias hicieron mal alguno a cristianos*; antes los tuvieron por venidos del cielo, hasta que primero muchas veces hubieron recibido ellos o sus vecinos muchos males, robos, muertes, violencias y vejaciones de ellos mismos.

GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES

Nació en Madrid en 1478. Murió en Valladolid, en 1557.

Escribió la *Historia General y Natural de las Indias*, publicándose parte de ella en 1535. Se le llama el Primer Cronista del Nuevo Mundo, y es en realidad uno de los más importantes, por sus ricas, coloridas y minuciosas descripciones de cuanto digno de señalar había en el Nuevo Mundo presentado a través de su exuberante personalidad.

Destacado estudio referente a Gonzalo Fernández de Oviedo, es el de Amador de los Ríos, que aparece como introducción a la *Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra Firme del Mar Océano*, 4 v. Madrid, Real Academia de la Historia, 1851-55; así como los de Enrique Álvarez López en la edición de Madrid, Editorial Summa, 1942, 230 p.; y el de Edmundo O'Gorman a la antología de Oviedo titulada: *Sucesos y diálogo de la Nueva España*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1946, LIV-174 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 62), así como el de José Miranda que aparece como introducción al *Sumario de la natural historia de las Indias*, México. Fondo de Cultura Económica, 1950, 279 p., (Biblioteca Americana). Debemos mencionar también el valioso trabajo de Alberto M. Salas, *Tres Cronistas de Indias, Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, Fray Bartolomé de las Casas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1959, 319 p. y la tesis de Josefina Vázquez Vera, *El indio americano y su circunstancia en la obra de Oviedo*, México[s.e.], 1956. Tesis profesional, 127 p. De valor también el trabajo de Ernesto Chinchilla Aguilar, "Algunos aspectos de la obra de Oviedo", en *R.H.A.*, No. 28, 1949, p. 303-330.

Fuente: Gonzalo Fernández de Oviedo. *Sumario de la natural historia de las Indias*. Edición, introducción y notas de José Miranda. México, Fondo de Cultura Económica, 1950, 280 p. (Biblioteca Americana, 13), p. 77-83, 108-111, 272-74.

LAS INDIAS OCCIDENTALES

Sacra, católica, cesárea, real Majestad: La cosa que más conserva y sostiene las obras de natura en la memoria de los mortales, son las historias y libros en que se hallan escritas; y aquéllas por más verdaderas y auténticas se estiman, que por vista de ojos el comedido entendimiento del hombre que por el mundo ha andado se ocupó en escribirlas, y dijo lo que pudo

ver y entendió de semejantes materias. Esta fué la opinión de Plinio, el cual, mejor que otro autor en lo que toca a la natural historia, en treinta y siete libros, en un volumen dirigido a Vespasiano, emperador, escribió; y como prudente historial, lo que oyó, dijo a quién, y lo que leyó, atribuye a los autores que antes que él lo notaron; y lo que él vio, como testigo de vista, acumuló en la sobredicha su historia, Imitando al mismo, quiero yo, en esta breve suma, traer a la real memoria de vuestra majestad lo que he visto en vuestro imperio occidental de las Indias, islas y tierra-firme del mar Océano, donde ha doce años que pasé por veedor de las fundiciones del oro, por mandado del Católico rey don Fernando, quinto de tal nombre, que en gloria está, abuelo de vuestra majestad, y después de sus días he servido, y espero servir lo que de la vida me quedare, en aquellas partes a vuestra majestad. Todo lo cual, y otras muchas cosas de esta calidad, muy más copiosamente yo tengo escrito, y está en los originales y crónica que yo escribo desde que tuve edad para ocuparme en semejante materia, así de lo que pasó en España desde el año de 1490 años hasta aquí, como fuera de ella, en las partes y reinos que yo he estado; distinguiendo la crónica y vidas de los Católicos reyes don Fernando y doña Isabel, de gloriosa memoria, hasta el fin de sus días, de lo que después de vuestra bienaventurada sucesión se ha ofrecido. Demás de esto, tengo aparte escrito todo lo que he podido comprender y notar de las cosas de Indias; y porque todo aquello está en la ciudad de Santo Domingo, de la isla Española, donde tengo mi casa y asiento y mujer y hijos, y aquí no traje ni hay de esta escritura más de lo que en la memoria está y puedo de ella aquí recoger, determino, para dar a vuestra majestad alguna recreación, de resumir en aqueste repertorio algo de lo que me parece; que aunque acá se haya escrito y testigos de vista lo hayan dicho, no será tan apuntadamente en todas estas cosas como aquí se dirá; aunque en algunas de ellas o en todas, hayan hablado la verdad los que a estas partes vienen a negociar o entender en otras cosas que de más interés les pueden ser: los cuales quitan de la memoria las cosas de esta calidad, porque con menos atención las miran y consideran que el que por natural inclinación, como yo, ha deseado saberlas, y por la obra ha puesto los ojos en ellas. Aqueste sumario no contradirá lo que, como he dicho, más extensamente tengo escrito; pero será solamente para el efecto que he dicho, en tanto que Dios me lleve a mi casa, para enviar desde allí todo lo que tengo pene-

trado y entendido de esta verdadera historia; a la cual dando principio, digo así: Que, como es notorio, don Cristóbal Colón, primero almirante de estas Indias, las descubrió en tiempo de los Católicos reyes don Fernando y doña Isabel, abuelos de vuestra majestad, en el año de 1491 años, y vino a Barcelona en el de 1492, con los primeros indios y muestras de las riquezas, y noticias de este imperio occidental; el cual servicio hasta hoy es uno de los mayores que ningún vasallo pudo hacer a su príncipe, y tan útil a sus reinos como es notorio; y digo tan útil, porque hablando la verdad, yo no tengo por castellano ni buen español al hombre que esto desconociese. Pero porque aquesto está más particularmente dicho y escrito por mí donde he dicho, no quiero decir en esta materia otra cosa, sino, abreviando lo que de suso prometí, especificar algunas cosas, las cuales serán muy pocas, a respeto de los millares que de esta calidad se pueden decir. E primeramente trataré del camino y navegación, y tras aquesto diré de la manera de gente que en aquellas partes habitan; y tras esto, de los animales terrestres y de las aves y de los ríos y fuentes y mares y pescados, y de las plantas y yerbas y cosas que produce la tierra, y de algunos ritos y ceremonias de aquellas gentes salvajes. Pero porque ya yo estoy despachado para volver a aquella tierra y ir a servir a vuestra majestad en ella, si no fuere tan ordenado lo que aquí será contenido, ni por tanta regla dicho como me ofrezco que estará en el tratado que he dicho que tengo copioso de todo ello, no mire vuestra majestad en esto, sino en la novedad de lo que quiero decir, que es el fin con que a esto me muevo; lo cual digo y escribo por tanta verdad como ello es, como lo podrán decir muchos testigos fidedignos que en aquellas partes han estado, que viven en estos reinos, y otros que al presente en esta corte de vuestra majestad hoy están y aquí andan, que en aquellas partes viven.

De la navegación

La navegación desde España que comúnmente se hace para las Indias, es desde Sevilla, donde vuestra majestad tiene su casa real de contratación para aquellas partes, y sus oficiales, de los cuales toman licencia los capitanes y maestros de las naos que aquel viaje hacen, y se embarcan en San Lúcar de Barrameda, donde el río de Guadalquivir entra en el mar Océano, y de allí siguen su derrota para las islas de Canaria,

y comúnmente tocan en una de dos de aquellas siete, que son y es en Gran Canaria o en la Gomera; y allí los navíos toman refresco de agua y leña, y quesos y carnes frescas, y otras cosas, las que les parece que deben añadir sobre el principal bastimento, que ya desde España llevan. A estas islas, desde España, tardan comúnmente ocho días, poco más o menos; y llegados allí, han andado doscientas y cincuenta leguas. De las dichas islas, tornando a proseguir el camino, tardan los navíos veinticinco días, poco más o menos, hasta ver la primera tierra de las islas que están antes de la que llamamos Española; y la tierra que comúnmente se suele ver primero es una de las islas que llaman Todos Santos, Marigalante, la Deseada, Matitino, la Dominica, Guadalupe, San Cristóbal, etc., o alguna de las otras muchas que están con las susodichas. Pero algunas veces acaece que los navíos pasan sin ver ninguna de las dichas islas ni de cuantas en aquel paraje hay, hasta que ven la isla de San Juan, o la Española, o la de Jamaica, o la de Cuba, que están más adelante, o por ventura ninguna de todas ellas, hasta dar en la Tierra Firme; pero aquesto acaece cuando el piloto no es diestro en la navegación. Pero haciéndose el viaje con marineros diestros, de los cuales ya hay muchos siempre se reconoce una de las primeras islas que es dicho, y hasta allí se navegan novecientas leguas desde las islas de Canaria, o más; y de allí hasta llegar a la ciudad de Santo Domingo, que es en la isla Española, hay ciento y cincuenta leguas; así que desde España hasta allí hay mil y trescientas leguas; pero como se navegan bien, se andan mil y quinientas y más. Tárdase en el viaje comúnmente treinta y cinco o cuarenta días; esto lo más continuadamente, no tomando los extremos de los que tardan mucho más o llegan muy más presto; porque aquí no se ha de entender sino lo que las más veces acaece. La vuelta desde aquellas partes a éstas suele ser de algo más tiempo, así como hasta cincuenta días, poco más o menos. No obstante lo cual, en este presente año de 1525 han venido cuatro naos desde Santo Domingo a San Lúcar de España en veinte y cinco días; pero, como dicho es, no habemos de juzgar lo que raras veces se hace, sino lo que es más ordinario. Es la navegación muy segura y muy usada hasta la dicha isla; y desde ella a Tierra-Firme atraviesan las naos en cinco, y seis, y siete días, y más, según a la parte donde van guiadas; porque la dicha Tierra-Firme es muy grande, y hay diversas navegaciones y derrotas para ella. Pero la tierra que está más cerca de esta isla y está enfrente de Santo Domingo es aquesta. Todo esto es

mejor remitirlo a las cartas de navegar y cosmografía nueva, la cual ignorada por Tolomeo y los antiguos, ninguna cosa de ella hablaron; pero porque aquesto no es menester para aquí, iré a las otras particularidades, donde me detendré más que en aquesto, que es más para la general historia que de estas Indias yo escribo, que no para este lugar...

De las cosas de la Tierra-Firme

...Los indios de Tierra-Firme, cuanto a la disposición de las personas, son mayores algo y más hombres y mejor hechos que los de las islas. En algunas partes son belicosos, y en otras no tanto. Pelean con diversas armas y maneras, según en aquellas provincias o partes donde las usan. Quanto a lo que toca a sus casamientos, es de la manera que se dijo que se casan en las islas, porque en Tierra-Firme tampoco se casan con sus hijas ni hermanas ni con su madre; y no quiero aquí decir ni hablar en la Nueva España, puesto que es parte de esta Tierra-Firme, porque aquello Hernando Cortés lo ha escrito según a él le ha parecido, y hecho relación por sus Cartas y más copiosamente. Yo lo tengo asimismo acumulado en mis Memoriales por información de muchos testigos de vista, como hombre que he deseado inquirir y saber lo cierto, desde que el capitán que primero envió el adelantado Diego Velázquez desde Cuba, llamado Francisco Hernández de Córdoba, descubrió, o mejor diciendo, tocó primero en aquella tierra (porque descubridor, hablando verdad, ninguno se puede decir, sino el almirante don Diego Colón, que hoy es, por cuyo aviso y causa los otros han ido o navegado por aquellas partes). E tras el dicho capitán Francisco Hernández envió el dicho adelantado al capitán Juan de Grijalva, que vio más de aquella tierra y costa; del cual fueron aquellas muestras que a vuestra majestad envió a Barcelona el año de 1519 años el dicho adelantado Diego Velázquez; y el tercero que por mandado del dicho adelantado a aquella tierra pasó fue el dicho capitán Hernando Cortés. Esto todo y lo demás se hallará copiosamente en mi Tratado, o General historia de Indias, cuando vuestra majestad fuere servido que salga a luz. Así que, dejada la Nueva España aparte, diré aquí algo de lo que en esotras provincias, o a lo menos en aquellas de la gobernación de Castilla del Oro, se ha visto, y por aquellas costas de la mar del Norte y algo de la mar del Sur. Pero porque no es cosa para dejarse de notar una singular y ad-

mirable cosa que yo he colegido de la mar Océana, y de que hasta hoy ningún cosmógrafo ni piloto ni marinero ni algún natural me ha satisfecho, digo así, que como a vuestra majestad es notorio y a todos los que han noticia de las cosas de la mar, y han bien considerado alguna parte de sus operaciones, aqueste grande mar Océano echa de sí por la boca del estrecho de Gibraltar el Mediterráneo mar, en el cual las aguas, desde la boca del dicho estrecho hasta el fin del dicho mar del Levante, en ninguna costa ni parte de este mar Mediterráneo la mar mengua ni crece, para se guardar mareas o grandes menguantes o crecientes, sino en muy poquito espacio; y desde el dicho estrecho para fuera el dicho mar Océano crece y mengua en mucha manera y espacio de tierra, de seis en seis horas, la costa toda de España y Bretaña y Flandes y Alemania y costas de Inglaterra; y el mismo mar Océano en la Tierra-Firme a la costa que mira al norte, en más de tres mil leguas ni crece ni mengua, ni en las islas Española y Cuba y todas las otras que en el dicho mar y parte que mira al norte están opuestas, sino de la manera que lo hace en Italia el dicho Mediterráneo, que es casi ninguna cosa a respecto de lo que el dicho mismo mar hace en las dichas costas de España y Flandes. E no obstante esto, el mismo mar Océano en la costa del mediodía o austral de la dicha Tierra-Firme, en Panamá y en la costa de ella opuesta a la parte de levante y de poniente de esta ciudad, y de la isla de las Perlas (que los indios llaman Terarequí), y en la de Taboga y en la de Otoque, y todas las otras de la dicha mar del Sur, crece y mengua tanto, que cuando se retrae casi se pierde de vista; lo cual yo he visto muchos millares de veces.

Note vuestra majestad otra cosa, que desde la mar del Norte hasta la mar del Sur, que tan diferente es la una de la otra, como es dicho en estas mareas, crecer y menguar, no hay de costa a costa por tierra más de diez y ocho o veinte leguas de través. Así que, pues todo es un mismo mar, cosa es para contemplar y especular los que a esto tuvieran inclinación y desearan saber este secreto; que yo, pues personas de abundantes letras no me han satisfecho ni sabido dar a entender la causa, bástame saber y creer que el que lo hace sabe eso y otras muchas cosas que no se conceden al entendimiento de los mortales, en especial a tan bajo ingenio como el mío. Los que le tienen mejor piensen por mí y por ellos lo que puede ser el verdadero entendimiento; que yo, en tér-

minos verdaderos y como testigo de vista, he puesto aquí la cuestión...

...Dos cosas muy de notar se pueden colegir de este imperio occidental de estas Indias de vuestra majestad, demás de las otras particularidades dichas y de todo lo que más se puede decir, que son de grandísima calidad cada una de ellas. Lo uno es la brevedad del camino y aparejo que hay desde la mar del Sur para la contratación de la Especiería, y de las innumerables riquezas de los reinos, y señoríos que con ella confinan, y hay diversas lenguas y naciones extrañas. Lo otro es considerar qué innumerables tesoros han entrado en Castilla por causa de estas Indias, y qué es lo que cada día entra, y lo que se espera que entrará, así en oro y perlas como en otras cosas y mercaderías que de aquellas partes continuamente se traen y vienen a vuestros reinos, antes que de ninguna generación extraña sean tratados ni vistos, sino de los vasallos de vuestra majestad, españoles; lo cual, no solamente hace riquísimos estos reinos, y cada día lo serán más, pero aun a los circunstantes redundando tanto provecho y utilidad, que no se podría decir sin muchos renglones y más desocupación de la que yo tengo. Testigos son estos ducados dobles que vuestra majestad por el mundo desparce, y que de estos reinos salen y nunca a ellos tornan; porque como sea la mejor moneda que hoy por el mundo corre, así como entra en poder de algunos extranjeros, jamás sale; y si a España torna es un hábito disimulado, y bajados los quilates, y mudadas vuestras reales insignias; la cual moneda, si este peligro no tuviese, y no se deshiciese en otros reinos para lo que es dicho, de ningún príncipe del mundo no se hallaría más cantidad de oro en moneda, ni que pudiese ser tanta, con grandísima cantidad y millones de oro como la de vuestra majestad. De todo esto es la causa las dichas Indias, de quien brevemente he dicho lo que me acuerdo...

HERNAN CORTES

Nació en Medellín, Extremadura, en 1485.

Murió en Castilleja de la Cuesta, el 2 de diciembre de 1547.

Conquistador de Nueva España, capitán valeroso, estadista y civilizador. Su astucia e inteligencia le ayudaron en su labor de dominio aun cuando no escapó a la crueldad y a la ambición.

Para informar al Emperador de sus hazañas, sincerarse con él y obtener beneficios escribió sus *Cartas de Relación*, preciosos testimonios de la epopeya conquistadora y gala de las letras españolas. Nacidas de un particular interés, la crítica histórica tiene que deslindar en ellas lo verdadero de lo no auténtico.

Las cartas fueron escritas: la primera el 20 de julio de 1519 en la Villa Rica de la Veracruz; la segunda el 30 de octubre de 1520 desde Segura de la Frontera (Tepeaca); la tercera el 15 de mayo desde Coyoacán; la cuarta el 15 de octubre de 1524 desde Tenochtitlan y la quinta de ahí mismo el 3 de septiembre de 1526.

Sobre el Conquistador, político y hombre de estado existe abundosa bibliografía, recogida por José Toribio Medina, *Ensayo bio-bibliográfico sobre Hernán Cortés*. Obra póstuma. Introducción de Guillermo Feliu Cruz, Santiago de Chile, Fondo Histórico y bibliográfico José Toribio Medina, 1952, CVIII-243 p. ils., así como la de Henry Harrise, *Bibliography of Cortes and the Conquest of Mexico*, New York, 1886, que apareció por vez primera dentro de su *Bibliotheca Americana Vetustissima*, París, Librairie Troes, 1872.

Buenos estudios acerca de Cortés: Carlos Pereyra, *Hernán Cortés*, Madrid, M. Aguilar, 1931. José Vasconcelos, *Hernán Cortés, Creador de la Nacionalidad*, México, Ediciones Xóchitl, 1944. (Vidas mexicanas). Un tomo de *Estudios Cortesianos*, recopilados con motivo del IV centenario de la muerte de Hernán Cortés (1547-1947), Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948, 617-[2] p. ils., así como seis volúmenes publicados por la Sociedad de Estudios Cortesianos, uno de los cuales que más interesa aquí es el de Manuel Alcalá, *César y Cortés*, México, Editorial Jus, 1950, 252 p., ils. (Sociedad de Estudios Cortesianos 4.)

Sus *Cartas de Relación* han sido publicadas en fina edición facsimilar, *Cartas de Relación de la Conquista de la Nueva España y otros documentos*; *Codex Vindobonensis 1600*. Presentación de J. Stumvoli; introducción y bibliografía de Ch. Gibson; descripción de Unterchircher, Gratz, 1960.

Una edición hipercrítica de las mismas, pero con valiosas aportaciones, es la de Eulalia Guzmán: *Relaciones de Hernán*

Cortés a Carlos V, sobre la invasión de Anáhuac. Aclaraciones y rectificaciones, México, Libros Anáhuac, 1958, CXXXVIII-549 p., ils., mapas, facs., cuadros.

Fuente: Hernán Cortés, *Cartas de Relación de la Conquista de México*. 2 v. 5a. ed. Madrid, Espasa Calpe, S. A., 1942, I.97-111.

LA GRAN TENOCHTITLAN

Antes que comience a relatar las cosas de esta gran ciudad y las otras que en este otro capítulo dije, me parece, para que mejor se puedan entender, que débese decir de la manera de Méjico, que es donde esta ciudad y algunas de las otras que he hecho relación están fundadas y donde está el principal señorío de Mutezuma. La cual dicha provincia es redonda y está toda cercada de muy altas y ásperas sierras, y lo llano de ella terná en torno hasta setenta leguas, y en el dicho llano hay dos lagunas que casi lo ocupan todo, porque tienen canoas en torno más de cincuenta leguas. E la una de estas dos lagunas es de agua dulce, y la otra, que es mayor, es de agua salada. Divídelas por una parte una cuadrillera pequeña de cerros muy altos que están en medio de esta llanura, y al cabo se van a juntar las dichas lagunas en un estrecho de llano que entre estos cerros y las sierras altas se hace; el cual estrecho terná un tiro de ballestas, y por entre la una laguna y la otra, e las ciudades y otras poblaciones que están en las dichas lagunas, contratan las unas con las otras en sus canoas por el agua, sin haber necesidad de ir por la tierra. E porque esta laguna salada grande crece y mengua por sus mareas según hace la mar, todas las crecientes corre el agua de ella a la otra dulce, tan recio como si fuese caudaloso río, y, por consiguiente, a las menguantes va la dulce a la salada.

Esta gran ciudad de Temixtitán está fundada en esta laguna salada, y desde la Tierra Firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquiera parte que quisieren entrar a ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jinetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles de ella, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas de estas y todas las demás son la mitad de tierra, y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas, y todas las calles, de trecho en trecho, están abiertas, por donde atraviesa el agua de las unas a las otras, y en todas estas abertu-

ras que algunas son muy anchas, hay sus puentes, de muy anchas y muy grandes vigas juntas y recias y bien labradas, y tales, que por muchas de ellas pueden pasar diez de a caballo juntos a la par. Y viendo que si los naturales de esta ciudad quisiesen hacer alguna traición tenían para ello mucho aparejo, por ser la dicha ciudad edificada de la manera que digo, y que quitadas las puentes de las entradas y salidas nos podrían dejar morir de hambre sin que pudiésemos salir a la tierra, luego que entré en la dicha ciudad di mucha priesa a hacer cuatro bergantines, y los hice en muy breve tiempo, tales que podían echar trescientos hombres en la tierra y llevar los caballos cada vez que quisiésemos. Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuos mercados y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas, comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y de plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas; véndese tal piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza, donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarquetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, falcones, gavilanes y cernícalos, y de algunas aves de estas de rapiña venden los cueros con su pluma y cabezas y pico y uñas. Venden conejos, liebres, venados y perros pequeños, que crían para comer, castrados. Hay calle de herbolarios, donde hay todas las raíces y yerbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios, donde se venden las medicinas hechas, así potables como unguentos y emplastos. Hay casas como de barberos, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio. Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas. Hay mucha leña, carbón, braseros de barro y esteras de muchas maneras para camas, y otras más delgadas para asiento y para esterar salas y cámaras. Hay todas las maneras de verduras que se fallan, especialmente cebollas, puerros, ajos, mastuerzo, berros, borrajas, acederas y cardos y tagarninas. Hay frutas de muchas maneras, en que hay cerezas y ciruelas que son semejables a las de España. Venden miel de abejas y

cera y miel de cañas de maíz, que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de unas plantas que llaman en las otras y estas *maguey*, que es muy mejor que arroyo, y de estas plantas hacen azúcar y vino, que asimismo venden. Hay a vender muchas maneras de filado de algodón, de todos colores, en sus madejicas, que parece propiamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha más cantidad. Venden colores para pintores cuantas se pueden hallar en España, y de tan excelentes matices cuanto pueden ser. Venden cueros de venado con pelo y sin él, teñidos, blancos y de diversos colores. Venden mucha loza, en gran manera muy buena; venden muchas vasijas de tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, ladrillos y otras infinitas maneras de vasijas, todas de singular barro, todas o las más vidriadas y pintadas. Venden maíz en grano y en pan, lo cual hace mucha ventaja, así en el grano como en el sabor, a todo lo de las otras islas y Tierra Firme. Venden pasteles de aves y empanadas de pescado. Venden mucho pescado fresco y salado, crudo y guisado. Venden huevos de gallinas y de ánsares y de todas las otras aves que he dicho, en gran cantidad; venden tortillas de huevos hechas. Finalmente, que en los dichos mercados se venden todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que demás de las que he dicho son tantas y de tantas calidades, que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria, y aun por no saber poner los nombres, no las expreso. Cada género de mercadería se vende en su calle, sin que entremetan otra mercadería ninguna, y en esto tienen mucha orden. Todo lo venden por cuenta y medida, excepto que hasta ahora no se ha visto vender cosa alguna por peso. Hay en esta gran plaza una muy buena casa como de audiencia, donde están sentados siempre diez o doce personas, que son jueces y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen, y mandan castigar los delincuentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente mirando lo que se vende y las medidas con que miden lo que venden, y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa.

Hay en esta gran ciudad muchas mezquitas o casas de sus ídolos, de muy hermosos edificios, por las colocaciones y barrios de ella, y en las principales de ella hay personas religiosas de su secta, que residen continuamente en ellas; para los cuales, demás de las casas donde tienen sus ídolos, hay muy buenos aposentos. Todos estos religiosos visten de negro y nunca cortan el cabello, ni lo peinan, desde que entran en

la religión hasta que salen, y todos los hijos de las personas principales, así señores como ciudadanos honrados, están en aquellas religiones y hábito desde la edad de siete u ocho años hasta que los sacan para los casar, y esto más acaece en los primogénitos que han de heredar las casas que en los otros. No tienen acceso a mujer ni entra ninguna en las dichas casas de religión. Tienen abstinencia en no comer ciertos manjares y más en algunos tiempos del año que no en los otros; y entre estas mezquitas hay una, que es la principal, que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza y particularidades de ella; porque es tan grande, que dentro del circuito de ella, que es todo cercado de muro muy alto, se podía muy bien hacer una villa de quinientos vecinos. Tiene dentro de este circuito, toda a la redonda, muy gentiles aposentos, en que hay muy grandes salas y corredores, donde se aposentan los religiosos que allí están. Hay también cuarenta torres muy altas y bien obradas, que la mayor tiene cincuenta escalones para subir al cuerpo de la torre; la más principal es más alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla. Son tan bien labradas, así de cantería como de madera, que no pueden ser mejor hechas ni labradas en ninguna parte, porque toda la cantería de dentro de las capillas donde tienen los ídolos es de imaginería y zaquizamies, y el maderamiento es todo de mazonería y muy picado de cosas de monstruos y otras figuras y labores. Todas estas torres son enterramiento de señores, y las capillas que en ellas tienen son dedicadas cada una a su ídolo, a que tienen devoción.

Hay tres salas dentro de esta gran mezquita, donde están los principales ídolos, de maravillosa grandeza y altura, y de muchas labores y figuras esculpidas, así en la cantería como en el maderamiento, y dentro de estas salas están otras capillas que las puertas por do entran a ellas son muy pequeñas, y ellas asimismo no tienen claridad alguna, y allí no están sino aquellos religiosos, y no todos; y dentro de esta están los bultos y figuras de los ídolos, aunque, como he dicho, de fuera hay también muchos. Los más principales de estos ídolos, y en quien ellos más fe y creencia tenían, derroqué de sus sillas y los hice echar por las escaleras abajo, e hice limpiar aquellas capillas donde los tenían, porque todas estaban llenas de sangre, que sacrifican, y puse en ellas imágenes de nuestra Señora y de otros santos, que no poco el dicho Mutezuma y los naturales sintieron; los cuales primero me dijeron que no lo hiciese, porque si se sabía por las comuni-

dades se levantarían contra mí, porque tenían que aquellos ídolos les daban todos los bienes temporales, y que dejándolos maltratar se enojarían y no les darían nada, y les sacarían los frutos de la tierra, y moriría la gente de hambre. Yo les hice entender con las lenguas cuán engañados estaban en tener su esperanza en aquellos ídolos, que eran hechos por sus manos, de cosas no limpias, y que habían de saber que había un solo Dios, universal Señor de todos, el cual había criado el cielo y la tierra y todas las cosas, e hizo a ellos y a nosotros, y que éste era sin principio e inmortal, y que a él habían de adorar y crear, y no a otra criatura ni cosa alguna; y les dije todo lo demás que yo en este caso supe, para los desviar de sus idolatrías y atraer al conocimiento de Dios nuestro Señor; y todos, en especial el dicho Mutezuma, me respondieron que ya me habían dicho que ellos no eran naturales de esta tierra, y que había muchos tiempos que sus predecesores habían venido a ella, y que bien creían que podrían estar errados en algo de aquello que tenían, por haber tanto tiempo que salieron de su naturaleza, y que yo, como más nuevamente venido, sabría mejor las cosas que debían tener y crear, que no ellos; que se las dijese e hiciese entender, que ellos harían lo que yo les dijese que era lo mejor. Y el dicho Mutezuma y muchos de los principales de la ciudad estuvieron conmigo hasta quitar los ídolos y limpiar las capillas y poner las imágenes, y todo con alegre semblante, y les defendí que no matasen criaturas a los ídolos, como acostumbraban; porque, demás de ser muy aborrecible a Dios, vuestra sacra majestad por sus leyes lo prohíbe y manda que el que matare lo maten. Y de ahí adelante se apartaron de ello, y en todo el tiempo que yo estuve en la dicha ciudad nunca se vio matar ni sacrificar alguna criatura.

Los bultos y cuerpos de los ídolos en quien estas gentes creen son de muy mayores estaturas que el cuerpo de un gran hombre. Son hechos de masa de todas las semillas y legumbres que ellos comen, molidas y mezcladas unas con otras, y amásanlas con sangre de corazones de cuerpos humanos, los cuales abren por los pechos vivos y le sacan el corazón, y de aquella sangre que sale de él amasan aquella harina, y así hacen tanta cantidad cuanta basta para hacer aquellas estatuas grandes. Y también después de hechas les ofrecían más corazones, que asimismo les sacrificaban, y les untan las caras con la sangre. A cada cosa tienen su ídolo dedicado, al uso de los gentiles, que antiguamente honraban sus dioses.

Por manera que para pedir favor para la guerra tienen un ídolo, y para sus labranzas otro; y así, para cada cosa de las que ellos quieren o desean que se hagan bien, tienen sus ídolos a quien honran y sirven.

Hay en esta gran ciudad muchas casas muy buenas y muy grandes, y la causa de haber tantas casas principales es que todos los señores de la tierra vasallos del dicho Muteczuma tienen sus casas en la dicha ciudad y residen en ella cierto tiempo del año; y además de esto, hay en ella muchos ciudadanos ricos, que tienen asimismo muy buenas casas. Todos ellos, además de tener muy buenos y grandes aposentamientos, tienen muy gentiles vergeles de flores de diversas maneras, así en los aposentamientos altos como bajos. Por la una calzada que a esta gran ciudad entran vienen dos caños de argamasa, tan anchos como dos pasos cada uno, y tan altos casi como un estado, y por el uno de ellos viene un golpe de agua dulce muy buena, del gordor de un cuerpo de hombre, que va a dar al cuerpo de la ciudad, de que se sirven y beben todos. El otro, que va vacío, es para cuando quieren limpiar el otro caño, porque echan allí el agua en tanto que se limpia; y porque el agua ha de pasar por las puentes, a causa de las quebradas, por do atraviesa el agua salada, echan la dulce por unas canales tan gruesas como un buey, que son de la longura de las dichas puentes, y así se sirve toda la ciudad.

Traen a vender el agua por canoas por todas las calles, y la manera de como la toman del caño es que llegan las canoas debajo de las puentes por do están las canales, y de allí hay hombres en lo alto que hinchén las canoas, y les pagan por ello su trabajo. En todas las entradas de la ciudad y en las partes donde descargan las canoas, que es donde viene la más cantidad de los mantenimientos que entran en la ciudad, hay chozas hechas, donde están personas por guardas y que reciben *certum quid* de cada cosa que entra. Esto no sé si lo lleva el señor o si es propio para la ciudad; porque hasta ahora no le he alcanzado; pero creo que para el señor, porque en otros mercados de otras provincias se ha visto coger aquel derecho para el señor de ellas. Hay en todos los mercados y lugares públicos de la dicha ciudad, todos los días, muchas personas trabajadoras y maestros de todos oficios, esperando quien los alquile por sus jornales. La gente de esta ciudad es de más manera y primor en su vestido y servicio que no la otra de estas otras provincias y ciudades, porque como allí estaba siempre este señor Muteczuma, y todos los señores sus vasa-

llos ocurrían siempre a la ciudad, había en ella más manera y policía en todas las cosas. Y por no ser más prolijo en la relación de las cosas de esta gran ciudad (aunque no acabaría tan aína) no quiero decir más sino que en su servicio y trato de la gente de ella hay la manera casi de vivir que en España, y con tanto concierto y orden como allá, y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas.

En lo del servicio de Muteczuma y de las cosas de admiración que tenía por grandeza y estado hay tanto que escribir, que certifico a vuestra alteza que no sé por do comenzar que pueda acabar de decir alguna parte de ellas; porque, como ya he dicho, ¿que más grandeza puede ser que un señor bárbaro como éste tuviese contrahechas de oro y plata y piedras y plumas todas las cosas que debajo del cielo hay en su señorío, tan al natural lo de oro y plata que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese, y lo de las piedras que no baste juicio comprender con qué instrumentos se hiciese tan perfecto, y lo de pluma que ni de cera ni en ningún broslado se podría hacer tan maravillosamente? El señorío de tierras que este Muteczuma tenía no se ha podido alcanzar cuánto era, porque a ninguna parte, doscientas leguas de un cabo y de otro de aquella su gran ciudad, enviaba sus mensajeros que no fuese cumplido su mandato, aunque había algunas provincias en medio de estas tierras con quien él tenía guerra. Pero lo que se alcanzó, y yo de él pude comprender, era su señorío tanto casi como España, porque hasta sesenta leguas de esta parte de Putunchan, que es el río de Grijalva, envió mensajeros a que se diesen por vasallos de vuestra majestad los naturales de una ciudad que se dice Cumatán, que había desde la gran ciudad a ella doscientas y treinta leguas; porque las ciento y cincuenta yo he hecho andar a los españoles. Todos los más de los señores de estas tierras y provincias, en especial los comarcanos, residían, como ya he dicho, mucho tiempo del año en aquella gran ciudad, y todos o los más tenían sus hijos primogénitos en el servicio del dicho Muteczuma. En todos los señoríos de estos señores tenía fuerzas hechas, y en ellas gente suya, y sus gobernadores y cogedores del servicio y renta que de cada provincia le daban, y había cuenta y razón de lo que cada uno era obligado a dar, porque tienen caracteres y figuras escritas en el papel que hacen, por donde se entienden. Cada una de esta provincias servía con su géne-

ro de servicio, según la calidad de la tierra; por manera que a su poder venía toda suerte de cosas que en las dichas provincias había. Era tan temido de todos, así presentes como ausentes, que nunca príncipe del mundo lo fue más. Tenía, así fuera de la ciudad como dentro, muchas casas de placer, y cada una de su manera de pasatiempo, tan bien labradas cuanto se podría decir, y cuales requerían ser para un gran príncipe y señor. Tenía dentro de la ciudad sus casas de aposentamiento, tales y tan maravillosas, que me parecería casi imposible poder decir la bondad y grandeza de ellas. Y por tanto no me porné en expresar cosa de ellas, más de que en España no hay su semejante. Tenía una casa poco menos buena que ésta, donde tenía un muy hermoso jardín con ciertos miradores que salían sobre él, y los mármoles y lozas de ellos eran de jaspe, muy bien obradas. Había en esta casa aposentamientos para se aposentar dos muy grandes príncipes con todo su servicio. En esta casa tenía diez estanques de agua, donde tenía todos sus linajes de aves de agua que en estas partes se hallan, que son muchos y diversos, todas domésticas; y para las aves que se crían en la mar eran los estanques de agua salada, y para las de ríos, lagunas de agua dulce; la cual agua vaciaban de cierto a cierto tiempo por la limpieza, y la tornaban a henchir por sus caños; y a cada género de aves se daba aquel mantenimiento que era propio a su natural y con que ellas en el campo se mantenían. De forma que a las que comían pescado se lo daban, y las que gusanos, gusanos, y las que maíz, maíz, y las que otras semillas más menudas, por consiguiente se las daban. Y certifico a vuestra alteza que a las aves que solamente comían pescado se les daba cada día diez arrobas de él, que se toma de la laguna salada. Había para tener cargo de estas aves trescientos hombres, que en ninguna otra cosa entendían. Había otros hombres que solamente entendían en curar las aves que adolecían. Sobre cada alberca y estanques de estas aves había sus corredores y miradores muy gentilmente labrados, donde el dicho Mutezcuma se venía a recrear y a las ver. Tenía en esta casa un cuarto en que tenía hombres y mujeres y niños blancos de su nacimiento en el rostro y cuerpo y cabellos y cejas y pestañas. Tenía otra casa muy hermosa, donde tenía un gran patio losado de muy gentiles lozas, todo él hecho a manera de un juego de ajedrez. Y las casas eran hondas cuanto estado y medio, y tan grandes como seis pasos en cuadra; y la mitad de cada una de estas casas era cubierta el soterrado de lozas, y la mitad que queda-

ba por cubrir tenía encima una red de palo muy bien hecha; y en cada una de estas casas había un ave de rapiña, comenzando de cernícalo hasta la águila, todas cuantas se hallan en España, y muchas más reales que allá no se han visto. Y de cada una de estas reales había mucha cantidad, y en lo cubierto de cada una de estas casas había un palo, como alcantra, y otro fuera debajo de la red, que en el uno estaban de noche y cuando llovía y en el otro se podían salir al sol y al aire a curarse. A todas estas aves daban todos los días de comer gallinas, y no otro mantenimiento. Había en esta casa ciertas salas grandes, bajas, todas llenas de jaulas grandes, de muy gruesos maderos, muy bien labrados y encajados, y en todas o en las más había leones, tigres, lobos, zorras y gatos de diversas maneras, y de todos en cantidad, a las cuales daban de comer gallinas cuantas les bastaban. Y para estos animales y aves había otros trescientos hombres, que tenían cargo de ellos. Tenía otra casa donde tenía muchos hombres y mujeres monstruos, en que había enanos, corcovados y contrahechos, y otros con otras disformidades, y cada una manera de monstruos en su cuarto por sí; y también había para éstos personas dedicadas para tener cargo de ellos. Y las otras cosas de placer que tenía en su ciudad dejo de decir, por ser muchas y de muchas calidades.

La manera de su servicio era que todos los días luego en amaneciendo eran en su casa de seiscientos señores y personas principales, los cuales se sentaban, y otros andaban por unas salas y corredores que habían en la dicha casa, y allí estaban hablando y pasando tiempo, sin entrar donde su persona estaba. Y los servidores de éstos y personas de quien se acompañaban henchían dos o tres grandes patios y la calle, que era muy grande. Y éstos estaban sin salir de allí todo el día hasta la noche. Y al tiempo que traían de comer al dicho Mutezuma, asimismo lo traían a todos aquellos señores tan cumplidamente cuanto a su persona, y también a los servidores y gentes de éstos les daban sus raciones. Había cotidianamente la dispensa y botillería abierta para todos aquellos que quisiesen comer y beber. La manera de cómo les daban de comer es que venían, trescientos o cuatrocientos mancebos con el manjar, que era sin cuento, porque todas las veces que comía y cenaba le traían de todas las maneras de manjares, así de carnes como de pescados y frutas y yerbas que en toda la tierra se podía haber. Y porque la tierra es fría, traían debajo de cada plato y escudilla de manjar un brasero con

brasa, porque no se enfriase. Poníanle todos los manjares juntos en una gran sala en que él comía, que casi toda se henchía, la cual estaba toda muy bien esterada y muy limpia, y él estaba sentado en una almohada de cuero pequeña muy bien hecha. Al tiempo que comía estaban allí desviados de él cinco o seis señores ancianos, a los cuales él daba de lo que comía. Y estaba en pie uno de aquellos servidores, que le ponía y alzaba los manjares y pedía a los otros que estaban más afuera lo que era necesario para el servicio. Y al principio y fin de la comida y cena siempre le daban agua a manos, y con la toalla que una vez se limpiaba nunca se limpiaba más, ni tampoco los platos y escudillas en que le traían una vez el manjar se los tornaban a traer, sino siempre nuevos, y así hacían de los brasericos. Vestíase todos los días cuatro maneras de vestiduras, todas nuevas, y nunca más se las vestía otra vez. Todos los señores que entraban en su casa no entraban calzados, y cuando iban delante de él algunos que él enviaba a llamar, llevaban la cabeza y ojos inclinados y el cuerpo muy humillado, y hablando con él no le miraban a la cara, lo cual hacían por mucho acatamiento y reverencia. Y sé que lo hacían por este respeto porque ciertos señores reprendían a los españoles diciendo que cuando hablaban conmigo estaban exentos mirándome la cara, que parecía des-acatamiento y poca vergüenza. Cuando salía fuera el dicho Muteczuma, que era pocas veces, todos los que iban con él y los que topaban por las calles le volvían el rostro, y en ninguna manera le miraban, y todos los demás se postraban hasta que él pasaba. Llevaba siempre delante sí un señor de aquellos con tres varas delgadas altas, que creo se hacía porque se supiese que iba allí su persona. Y cuando lo descendían de las andas, tomaba la una en la mano y llevábala hasta donde iba. Eran tantas y tan diversas las maneras y ceremonias que este señor tenía en su servicio, que era necesario más espacio del que yo al presente tengo para las relatar, y aún mejor memoria para las retener, porque ninguno de los soldados ni otro ningún señor infiel de los que hasta ahora se tiene noticia no creo que tantas ni tales ceremonias en servicio tengan.

PEDRO DE ALVARADO

Nació en Badajoz, España, hacia 1485.

Murió no se sabe exactamente el lugar, cerca de Guadalajara, el 4 de julio de 1541.

Es autor de dos Cartas de Relación en que refiere a Cortés sus numerosas expediciones. La primera está fechada en Utatlán el 11 de abril y la segunda el 28 de julio de 1524 en Santiago de los Caballeros.

Este conquistador, el Tonatiuh, como le decían los indios por su rubio color, duro y aun cruel, negociante y ambicioso, hace una relación firme y realista de sus campañas en Guatemala, en las que se revela su carácter y el espíritu que animaba a los conquistadores. Sus *Cartas de Relación de la Conquista de Guatemala* se imprimieron en Toledo en 1525.

El autor ha sido estudiado por Adrián Recinos *Pedro de Alvarado, conquistador de México y Guatemala*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952, 264 p. ils, siendo esta la mejor biografía. Muy útil también la de Francisco Fernández del Castillo, *Don Pedro de Alvarado*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1945.

De su obra se han ocupado Jorge García Granados en el prólogo al *Libro Viejo de la fundación de Guatemala y papeles relativos a don Pedro de Alvarado*, Guatemala, 1934 (Bibliotheca Goathemala), así como José Valero Silva en la obra que nos sirve de fuente. Hay que mencionar también a J. Antonio Villacorta, "Las Cartas de Relaciones de Don Pedro de Alvarado" *ASGHC*, Año II, T. II, No. 2, dic. 1925, p. 215-226.

Fuente: Pedro de Alvarado. *Relación hecha por... a Hernando Cortés, en que se refieren las guerras y batallas para pacificar las provincias del antiguo reino de Goathemala*. Estudio y notas por José Valero Silva, México, José Porrúa e Hijos, Suc. 1954. 120 p. (Biblioteca José Porrúa Estrada de Historia Mexicana 3), p. 25-30.

LA CONQUISTA DE GUATEMALA

E otro día fui a ver el camino por donde había de ir, y vi, como digo, también gente de guerra, y la tierra era tan montuosa de cacaguatales y arboleda, que era más fuerte para ellos que no para nosotros y yo me retraje al real, y otro día siguiente me partí con toda la gente a entrar en el pueblo, y en el camino estaba un río de mal paso, y teníanlo los indios tomando, y allí peleando con ellos se lo ganamos; y sobre una

barranca del río, en un llano, esperé la rezaga, porque era peligroso el paso y traía mucho peligro, aunque yo traía todo el mejor recado que podía. Y estando, como digo, en la barranca, vinieron por muchas partes por los montes y me tornaron a acometer, y allí los resistimos hasta tanto que pasó todo el fardaje; y después de entrados en las casas dimos en la gente, y siguióse el alcance hasta pasar el mercado y media legua adelante, y después volvimos a asentar real en el mercado, y aquí estuve dos días corriendo la tierra, y a cabo de ellos me partí para otro pueblo llamado Quezaltenango, y aqueste día pasé dos ríos muy malos, de peña tajada, y allí hicimos paso con mucho trabajo, y comencé a subir un puerto que tiene seis leguas de largo, y en la mitad del camino asenté real aquella noche; y el puerto era tan agro que apenas podíamos subir los caballos; e otro día de mañana seguí mi camino, y encima de un reventón hallé una mujer sacrificada y un perro, y según supe de la lengua, era desafío; e yéndonos adelante, hallé en un paso muy estrecho una albarrada de palizada fuerte, y en ella no había gente ninguna, y acabado de subir al puerto llevaba todos los ballesteros y peones delante de mí, porque los caballos no se podían mandar, por ser fragoso el camino. Salieron obra de tres o cuatro mil hombres de guerra sobre una barranca, y dieron en la gente de los amigos y retrajéronla abajo, y luego los ganamos; y estando arriba recobiendo la gente para rehacerme, vi más de treinta mil hombres que venían a nosotros, y plugo a Dios que allí hallamos unos llanos, y aunque los caballos iban cansados y fatigados del puerto, los esperamos, hasta tanto que llegaron a echarnos flechas y rompimos en ellos; y como nunca habían visto caballos, cobraron mucho temor, y hicimos un alcance muy bueno, y los derramamos, y murieron muchos de ellos, y allí esperé toda la gente, y nos recogimos, y fuime a aposentar una legua de allí a unas fuentes de agua, porque allí no la teníamos, y la sed nos aquejaba mucho; que según íbamos cansados, donde quiera tomáramos por buen asiento; y como eran llanos, yo tomé la delantera con treinta de caballo, y muchos de nosotros llevábamos caballo de refresco, y toda la gente demás venía hecha un cuerpo, y luego bajé a tomar el agua. Estando apeados bebiendo, vimos venir mucha gente de guerra a nosotros, y dejámosla llegar, que venían por unos llanos muy grandes, y rompimos en ellos, y aquí hicimos otro alcance muy grande, donde hallamos gente que esperaba uno de ellos a dos de caballo, y seguimos el alcance bien una legua. y

llegábensenos ya a una sierra, y allí hicieron rostro, y yo me puse en huida con ciertos de caballo, por sacarlos al campo, y salieron con nosotros hasta llegar a las colas de los caballos, y después que me rehice con los de caballo, di vuelta sobre ellos, y aquí se hizo un alcance y castigo muy grande: en ésta murió uno de los cuatro señores de esta ciudad de Vilatan, que venía por capitán general de toda la tierra, y yo me retraje a las fuentes y allí asenté real aquella noche, harto fatigados y españoles heridos, y caballos; e otro día de mañana me partí para el pueblo de Quezaltenango, que estaba una legua, y con el castigo de antes le hallé despoblado, y no persona ninguna en él, y allí me aposenté y estuve reformándome y corriendo la tierra, que es tan gran población como Tascalteque, y en las labranzas ni más ni menos, y friísima en demasía; y al cabo de seis días que había que estaba allí, un jueves a mediodía asomó mucha multitud de gente en muchos cabos, que según supe de ellos mismos eran de dentro de esta ciudad doce mil, y de los pueblos comarcanos, y de los demás dicen que no se pudo contar; y desde los vi, puse la gente en orden, y yo salí a darles la batalla en la mitad de un llano que tenía tres leguas de largo, con noventa de caballo, y dejé gente en el real que le guardase, que podría ser un tiro de ballesta del real no más, y allí comenzamos a romper por ellos, y los desbaratamos por muchas partes, y les seguí el alcance dos leguas y media, hasta tanto que toda la gente había rompido, que no llevaba ya nada por delante, y después volvimos sobre ellos, y nuestros amigos y los peones hacían una destrucción la mayor del mundo, en un arroyo, y cercaron una sierra rasa, donde se acogieron, y subiéronles arriba y tomaron todos los que allí se habían subido. Aqueste día se mató y prendió mucha gente, muchos de los cuales eran capitanes y señores y personas señaladas, e desde los señores de esta ciudad supieron que su gente era desbaratada, acordaron ellos y toda la tierra, y convocaron muchas otras provincias para ello, y a sus enemigos dieron parias y los atrajeron, para que todos se juntasen y nos matasen, y concertaron de enviarnos a decir que querían ser buenos y que de nuevo daban la obediencia al Emperador nuestro señor, y que me viniese dentro a esta ciudad de Valatan, como después me trajeron, y pensaron que me aposentarían dentro, y que después de aposentados, una noche darían fuego a la ciudad, y que allí nos quemarían a todos, sin podérsele resistir, como de hecho llegaron a poner en efecto su mal propósito, sino que Dios nues-

tro Señor no consiente que estos infieles hayan victoria contra nosotros, porque la ciudad es muy fuerte en demasía, y no tiene sino dos entradas, la una de treinta y tantos escalones de piedra muy alta, y por la otra parte una calzada hecha a mano, y mucha parte de ella ya cortada, para aquella noche acabarla de cortar, porque ningún caballo pudiera salir a la tierra, y como la ciudad es muy junta y las calles muy angostas, en ninguna manera nos pudiéramos sufrir sin ahogarnos, o por huir del fuego despeñarnos. E como subimos, que yo me vi dentro, y la fortaleza tan grande, y que dentro de ella no nos podíamos aprovechar de los caballos, por ser las calles tan angostas y encaladas, determiné luego de salirme de ella a lo llano, aunque para ello los señores de la ciudad me lo contradecían, y me decían que me asentase a comer, y que luego me iría, por tener lugar de llegar a efecto su propósito; y como conocí el peligro en que estábamos, envié luego gente delante a tomar la calzada y puente para tomar la tierra llana, y estaba ya la calzada en tales términos, que apenas podía subir un caballo, y al derredor de la ciudad había mucha gente de guerra; y como me vieron pasado a lo llano, se arredraron no tanto, que yo no recibí mucho daño de ellos, y yo lo disimulaba todo, por prender a los señores, que ya andaban ausentados; y por mañas que tuve con ellos, y con dádivas que les di para más asegurarme, yo los prendí, y presos los tenía en mi posada, y no por eso los suyos dejaban de me dar guerra por los alderredores, y me herían y mataban muchos de los indios que iban por yerba; y un español cogiendo yerba a un tiro de ballesta del real, de encima de una barranca le echaron una galga y lo mataron; y es la tierra tan fuerte de quebradas, que hay quebradas que entran doscientos estados de hondo, y por estas quebradas no pudimos hacerles la guerra, ni castigarlos como ellos merecían; y viendo que con correrles la tierra y quemársela yo los podría traer al servicio de su majestad, determiné de quemar a los señores, los cuales dijeron al tiempo que los quería quemar, como parecerá por sus confesiones, que ellos eran los que me habían mandado dar la guerra y los que la hacían, y de la manera que habían de tener para me quemar en la ciudad, y con ese pensamiento me habían traído a ella, y que ellos habían mandado a sus vasallos que no viniesen a dar la obediencia al Emperador nuestro señor, ni sirviesen, ni hiciesen otra buena obra. E como conocí de ellos tener tan mala voluntad al servicio de su majestad, y para el bien y sosiego

de esta tierra, yo los quemé, y mandé quemar la ciudad y poner por los cimientos; porque es tan peligrosa y tan fuerte, que más parece casa de ladrones que no de pobladores; y para buscarlos, envié a la ciudad de Guatemala, que está diez leguas de ésta, a decirles y requerirles de parte de su majestad que me enviasen gente de guerra, así para saber de ellos la voluntad que tenían, como para atemorizar la tierra; y ella fue buena y dijo que la placía, y para esto me envió cuatro mil hombres, con los cuales y con los demás que yo tenía, hice una entrada, y los corrí y eché de toda su tierra. E viendo el daño que se les hacía, me enviaron sus mensajeros, haciéndome saber cómo ya querían ser buenos, y si habían errado, que había sido por mandado de sus señores, y que siendo ellos vivos no osaban hacer otra cosa; y que pues ya ellos eran muertos, que me rogaban que los perdonase, y yo les aseguré las vidas, y les mandé que se viniesen a sus casas y poblasen la tierra como antes; los cuales lo han hecho así, y los tengo al presente en el estado que antes solían estar, en servicio de su majestad; y para más asegurar la tierra, solté dos hijos de los señores, a los cuales puse en la posesión de sus padres, y creo harán bien todo lo que convenga al servicio de su majestad y al bien de esta tierra. E cuanto toca a esto de la guerra, no hay más que decir al presente, sino que todos los que en la guerra se tomaron, se herraron y se hicieron esclavos, de los cuales se dio el quinto de su majestad al tesorero Baltasar de Mendoza; el cual quinto se vendió en almoneda, para que más segura esté la renta de su majestad.

FR. FRANCISCO AGUILAR O.P.

Nació en España hacia 1479.

Murió en México en 1571.

Llegó como soldado llamado Alonso de Aguilar con Hernán Cortés a la Nueva España, y acompañóle en sus expediciones. Fue testigo de la Conquista, de la que dejó viviente testimonio. Su *Relación Breve de la Conquista* la escribió hacia 1560. El estudio más completo de este autor es el hecho por Federico Gómez de Orozco, que aparece como prólogo a su *Relación*, (edición de 1954). Útiles también los trabajos de Luis González Obregón, quien la editó por vez primera en 1903, y la de Alfonso Teja Zabre en las ediciones de 1937 y 1938.

Fuente: Fray Francisco de Aguilar, O.P. *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, escrita por... Estudio y notas por Federico Gómez de Orozco, México, José Porrúa e Hijos, Sucs. 1954. 115 p. (Biblioteca José Porrúa Estrada de Historia Mexicana 2), p. 29-33.

ARRIBO DE CORTES A MEXICO

Embarcado el dicho Cortés con su gente, viniendo por la mar se juntaron todas aquellas personas nobles y al dicho Hernando Cortés lo alzaron por capitán por el rey, y no por don Diego Velázquez el adelantado, y luego hizo capitanes generales, que fue el uno don Pedro de Alvarado, y su hermano Jorge de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval, segundo capitán; Cristóbal de Olid, Andrés de Tapia. personas nobles, y por sus personas valerosas. Navegando por la mar aportó la armada a la Isla que se llama Cozumel, que es en tierra firme y la costa en la mano. Apareció en la costa un hombre que venía corriendo y capeando con una manta, y un bergantinejo le tomó, y supose, como era cristiano, que se llamaba Hernando (sic) de Aguilar, el cual y otro su compañero habían escapado en poder de indios, de una armada que allí había dado al través. Andando más adelante, costeano llegaron al río ya dicho de Grijalva, adonde entraron, y el dicho Cortés mandó sacar dos caballos armados, y ciento ballesteros, y escopeteros, y peones, a resistir el ímpetu de los indios que venían de guerra, los cuales serían hasta cuarenta mil hombres poco más o menos, donde los tiros se jugaron, y las ballestas que tiraban, y los caballos que corrían, mataron muchos de los indios; por

manera que como cosa nueva para ellos, atemorizados huyeron y dejaron el campo. Luego otro día vinieron de paz y se dieron por vasallos del emperador, y trajeron bastimentos y comida, conque los españoles se halgaron y regocijaron, y así mismo trajeron un presente de mantas y ocho mujeres por esclavas, y entre ellas una que se llamó Marina, a la cual después pusieron Malinche, la cual sabía lengua mexicana y entendía la lengua del dicho Aguilar que habíamos tomado en la Costa, porque había estado cautivo seis o siete años, de lo cual se recibió con mucha alegría y contento en todo el real. De allí se embarcaron en los navíos y fueron costa, costa, buscando puerto, y poco a poco llegamos al Puerto que se dice de San Juan de Ulúa, que por otro nombre se dice de Lua, y el capitán mandó que saliesen ciertos españoles con él, a tierra, y visto por los naturales de ella cosa tan nueva para ellos y que nunca tal cosa habían visto, se dieron al dicho capitán y a su gente, de paz, y les trajeron mucho bastimento y comida, y presentes de ropa, y otras cosas. Aquí dieron un presente de un sol de oro en unas armas, y una luna de plata y ciertos collares de oro, lo cual se envió al emperador. Allí junto adonde estábamos aposentados había una provincia que se llamaba Quetlaxtla, de más de cuarenta mil casas, y cerca de ésta había otras muchas provincias de pueblos muy grandes y poderosos; y de aquí tuvo noticia el rey de la tierra, que se llamaba Moctezuma, como eran llegados los dichos españoles, a los cuales pusieron por nombre theules, que quiere decir dioses, y nos tenían por hombres inmortales. Y luego el dicho rey envió sus embajadores con muchos presentes de oro y collares al dicho Hernando Cortés y a su gente, y esto muchas veces. El dicho Hernando Cortés mandó a la gente que se embarcasen unos por mar y otros por tierra, en donde los que veníamos por tierra llegamos a un pueblo que se llama Sempual, el cual estaba metido en una gran llanada y puesto y situado entre dos ríos: pueblo de mucha arboleda y frutas, y de mucho pescado, en donde el dicho capitán Hernando Cortés y su gente fueron muy bien recibidos de los naturales; gente muy buena y muy amiga de los españoles, y siempre les fueron leales. Contáronse en aquel pueblo pasadas de veinte mil casas, de donde se partieron y fueron más adelante a buscar otro puerto a otro pueblo, que después se llamó la Veracruz, en donde los españoles se aposentaron, en un pueblo junto a la mar. Y como los españoles tuviesen tanta noticia por la dicha lengua Marina, y Aguilar, de la grandeza

de la tierra adentro, oyó a muchos hidalgos y personas nobles que se volvieron o querían volver. Díjose que lo hacían unos de miedo y otros por dar relación de la tierra al adelantado don Diego Velázquez, lo cual fue causa de mucha alteración. Considerado esto por Hernando Cortés, se hizo con ciertos extremeños amigos suyos; mas empero sin darles cuenta de lo que tenía acordado hacer, mandó llamar a un compadre suyo, maestre de un navío, muy su amigo al cual rogó en secreto que aquella noche entrase en los navíos y les diese a todos barrenos, habiendo mandado salir la gente primero a tierra. Y así el dicho maestre entró en los navíos sin que nadie lo viese ni pensase lo que había de hacer, y los barrenó, y otro día de mañana amanecieron todos los navíos anegados y dados al través, salvo una carabela que quedó. Visto por los españoles se espantaron y admiraron, y en fin, hicieron de las tripas corazón, y disimularon el negocio; mas empero no de tal manera que no se sintiesen, porque un Juan Escudero y Diego de Ordaz, personas nobles, y otro que se decía Umbría, trataron entre sí de tomar la carabela e ir a dar nueva de lo que pasaba al adelantado don Diego Velázquez; lo cual venido a noticia del dicho Capitán Hernando Cortés, los hizo parecer ante sí, y preguntándoles que si era verdad aquello que de ellos se decía, dijeron que sí, que querían ir a dar nuevas a don Diego Velázquez. El dicho Hernando Cortés los mandó luego ahorcar; y al dicho Juan Escudero, al cual no le quiso guardar la hidalguía, de hecho lo ahorcó; al Ordaz por ser hombre de buen consejo y tener a todos por rogadores, y así se quedó; de manera que el Ordaz no murió, porque los capitanes rogaron por él. Por manera que este hecho y el echar los navíos a fondo, puso mucho temor y espanto a todos los españoles, después de lo cual Hernando Cortés a cabo de pocos días mandó se hiciese allí una villa y dejó en ella poblados cuarenta o cincuenta españoles, con un capitán que se llamaba Escalante, que quedaba también por teniente. Hecho esto, mandó a don Pedro de Alvarado que con ciento y cincuenta hombres caminase la vía de México, y él con otros tantos se partió para allá y fuéronse a juntar al despoblado, y caminando por él fueron a dar en unas poblaciones grandes sujetas al dicho Moctezuma, en donde salieron de paz y dieron bastimento al dicho Hernando Cortés y su gente. Caminando más adelante llegaron a vista de una provincia grande que se llama Tlaxcala, en la cual parecieron y se vieron muchas poblaciones y torres

a su modo de ellos, siete u ocho leguas de llanos se parecía, en los cuales se hallaron y vieron gente de guerra sin cuento, con muy buenas armas a su modo.

NUÑO BELTRAN DE GUZMAN

Nació en Guadalajara, España, entre 1485 y 1490. Murió en Valladolid, España, por 1560.

Conquistador ambicioso y cruel. Representa el aspecto más negativo de la Conquista, pese a que su acción, originada por el deseo de poder y dominación, haya permitido el conocimiento de nuevas tierras. El maquiavelismo de las autoridades españolas le enfrentó a Cortés para desplazarlo, mas Nuño no tuvo la calidad de don Hernando y fracasó, al grado que hubo que enjuiciarlo.

Para justificar su conducta escribió varias relaciones y memorias. García Icazbalceta recogió varias en el volumen II de su *Colección de Documentos para la Historia de México*. México, 1886. Alguna de ellas fue publicada en *Crónicas de la Conquista del Reino de Nueva Galicia*, Guadalajara, Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, 1960, 208 p. (Biblioteca del Instituto Jalisciense de Antropología e Historia. Serie de Historia No. 1); otra obra es la siguiente: Nuño de Guzmán *Memoria de los servicios que había hecho... desde que fue nombrado Gobernador de Pánuco en 1525*, México, José Porrúa e hijos, 1955, 209 p. Mapas, (Biblioteca José Porrúa Estrada de Historia Mexicana. Primera serie. La Conquista. IV); esclarecedor también el libro siguiente de Salvador Reynoso: *Pleito del Marqués del Valle contra Nuño de Guzmán, sobre aprovechamiento de Pueblos de la Provincia de Avalos*. Introducción y notas de... Guadalajara, Jal. Librería Font, S. A., 1961, 111 p. (Documentación Histórica Mexicana dirigida por Salvador Reynoso No. 1.)

Ha estudiado su labor esclavizadora Silvio Zavala, "Nuño de Guzmán y la esclavitud de los indios", *Historia Mexicana*, Vol. I. No. 3. Un último trabajo es el de Donald E. Chipman, "New light on the career of Nuño Beltrán de Guzmán" *The Americas*, V. XIX, No. 4, abril 1963, p. 341-348.

Fuente: Nuño de Guzmán. *Memoria de los servicios que había hecho... desde que fue nombrado Gobernador de Pánuco en 1525*. Estudio y notas por Manuel Carrera Stampa. México, José Porrúa e Hijos, Sucs., 1945. 209 p. Mapa. (Biblioteca José Porrúa Estrada de Historia Mexicana 4), p. 47-49.

NUÑO DE GUZMAN Y LA ESCLAVITUD

Yo comencé a entender en la gobernación de la provincia e hacerla toda visitar e hacer las ordenanzas que convenían

según la calidad de la tierra y reformé e refrené la demasiada licencia que en dar cédulas de rescate se solían dar por quien ningún poder tuvo para ello porque ellos las habían dado con el marqués a 100, 200 y 300 y 500 esclavos e desde arriba, e yo las daba ordinarias a veinte a los peones e treinta a los de caballo y si alguna llegó a ciento fueron muy pocas y a personas señaladas que lo merecían y con las condiciones ordenadas que fuesen rescatados con su propia hacienda y de otros pueblos en los tianguis y no de los que ellos tenían en depósito y que fuesen legítimamente esclavos la cual examinación se hacía con mucho cuidado e diligencia e yo la hacía muchas veces y conforme a la provisión de su majestad que tenía dada yo hallé en costumbre se hacía e con más vigilancia que nunca se hizo e visto que en toda la villa y provincia cuando llegué no había ganado ninguno ni yeguas sino sólo trece o catorce caballos mansos excepto los que yo llevé conmigo de las islas que fueron veinte, a pedimento e requerimiento de toda la villa e porque me pareció cosa de buena gobernación e que así convenía para la sustentación de la tierra y por el servicio de su majestad y beneficio de los mismos esclavos, de dar la saca de ellos para las islas a trueque de ganados, pues no se me había mandado lo contrario por instrucción ni cédula particular de su majestad, y también porque a los mismos esclavos se les hacían dos beneficios, el uno quitarlos de entre sus señores que todos se los comían, averiguadamente o los vendían a los chichimecas de la otra parte del río para lo mismo: el otro que pasados en las islas serían mejores cristianos conversando con cristianos y fuera de sus costumbres y naturaleza mala y harían algún fruto y lo tercero que la provincia se poblaría de ganados que no los había ningunos, como se proveyó e pobló de ellos y en el proveerse e comida e sacase, e que no hubiese fraude en la saca se puso tanto cuidado e diligencia cuanto para mí propio se pusiera porque tuve por la bondad de Dios siempre fin a que se guardase verdad e lealtad en todo a Dios e a su majestad, vedé la saca de los esclavos para México porque como es tierra fría y ellos de caliente de ciento no se escaparían diez y vendíanse a peso de tepuz cada uno e había pocos meses pasados que se habían herrado e sacado más de cuatro mil para México; ordené que valiese en la provincia un esclavo cuatro pesos de minas y que éstos no diesen a trueque de ropa ni vino ni otra cosa alguna a mercaderes sino a trueque de ganados y que no diesen más por un caballo

o yegua de quince esclavos con saca siendo entre ellos costumbre de dar ciento y más por un caballo y con esto la tierra se llenó de ovejas y vacas y yeguas como lo está ahora con que se remediaron, puse plata de viña que no la había en toda la tierra ni Nueva España e hice sembrar granillos de pasas de sol y de aquello que nació se proveyó toda la tierra de México y se ha proveído lo demás y hice hacer muchas huertas de todo agro y granados y hortaliza y estancias de ellos y sembrar trigo que se dio aunque es tierra caliente; abriéronse los caminos y tenía ese cuidado que estuviesen abiertos aunque son los herbazcales tan grandes y altos que si no hay mucho cuidado de tenerlo limpio luego torna a crecer; junto a la entrada del río hice hacer una torre de cal y canto alta para que en ella hubiese siempre de noche un farol para los navíos que viniesen porque reconociesen la tierra y no peligrasen y puse un hombre de mar para que metiese los navíos por la canal que siempre tenía sondada y con sus boyas, porque no se perdiese en los bajos como se habían perdido algunos y asigné de la entrada de cada navío, tanto para él y de la salida, que fue cosa muy necesaria e provechosa para la tierra y para los que venían, aunque aquello ni otra cosa no hay sino estar perdida toda la provincia y villa e sin vecinos casi ningunos.

ANDRES DE TAPIA

Nació en España hacia 1485, falleció avecindado en la ciudad de México a mediados del siglo XVI.

Conquistador amigo de Cortés, a quien acompañó en todas sus empresas, de las cuales dejó una relación que llega hasta el momento de la lucha y prisión de Pánfilo de Narváez, en la cual sobresale "la dimensión épica y en algunas páginas adquiere proporciones extremadas. Tapia es más objetivo que Bernal Díaz del Castillo y su historia está casi exenta de digresiones y alegatos personales".

El título de su obra es: *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al Muy Ilustre Señor Don Hernando Cortés...* El original existente en la Academia de la Historia de Madrid lo reprodujo García Icazbalceta en su *Colección de Documentos para la Historia de México*, T. II. México, 1886, p. 554-594, quien proporciona valiosos datos. También lo ha estudiado Agustín Yáñez en *Crónicas de la Conquista de México*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1939-[4]-215-[4] p. Ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 2), p. 41-96.

Fuente: Andrés de Tapia. *Relación hecha por el señor... sobre la Conquista de México*, en *Colección de documentos para la Historia de México*, publicada por Joaquín García Icazbalceta. 2 v. México, Antigua Librería, Portal de Agustinos, 1866. II-554-594., pp. 578-591.

LOS ESPAÑOLES EN TENOCHTITLAN

Partió el Marqués con su gente de este pueblo, e así en él como siempre avisaba a los indios que no entrasen donde los españoles estaban, después de puesto el sol; e fue a dormir a otro pueblo en la costa de la dicha laguna, e allí vinieron espías por el agua en canoas pequeñas, e nuestras escuchas e centinelas les tiraban con ballestas a bulto, e así no saltaron en tierra. E otro día comenzó el Marqués con su gente a entrar por una calzada angosta de piedra que por el agua entraba, e puentes a trechos como hemos dicho, e fue a dormir a un pueblo que está en el agua, e tuvo guarda como mejor pudo para que no le rompiesen las puentes ni la calzada; e de dos a dos horas o poco más venían siempre mensajeros; e luego que fue de día caminó e salió de esta calzada a tierra, e fue a dormir diez millas de México a una población

que estaba en la ribera de una laguna salada, e allí estuvo un día; e este pueblo era de un hermano de Motecuhzoma, e después que entramos en la tierra de Motecuhzoma, siempre nos dieron de comer de lo que tenían. E desde este pueblo fue el dicho Marqués e su gente por otra calzada que por el agua entraba, hasta México, e Motecuhzoma le salió a recibir, habiéndolo enviado primero un su sobrino con mucha gente e bastimento. Salió el dicho Motecuhzoma por en medio de la calle, e toda la demás gente arrimada a las paredes, porque así es su uso, e hizo aposentar al Marqués en un patio donde era la recámara de los ídolos, e en este patio había salas asaz grandes donde cupieron toda la gente del dicho Marqués e muchos indios de los de Tlaxcala e Cholula que se habían llegado a los españoles para los servir.

En este tiempo, poco antes que en México entrase el Marqués, supo que los españoles que había dejado en la costa poblados, yendo a un pueblo de un vasallo de Motecuhzoma a le decir que les diese de comer, los del pueblo habiendo peleado con ellos e muértoles un caballo e un español, y herido a los más de ellos. El Marqués, después que reposó algo de aquel día que a México llegó, con el cuidado que de su vida y de los de su compañía tiene, andábase paseando por dentro de su aposento, e vio una puerta que le pareció que estaba recién cerrada con piedra e cal, e hízola abrir, e por ella adentro entró y halló mucho gran número de aposentos, e en algunos de ellos mucha cantidad de oro en joyas e en ídolos, e muchas plumas, e de esto muchas cosas muy para ver; e había entrado con dos criados suyos, e tornóse a salir sin llegar a cosa alguna de ello. E luego por la mañana hizo apercibir su gente, e temiéndose, como en la verdad era así e lo tienen acordado, que quitando una o dos puentes de las por donde habíamos entrado no pudiéramos escapar las vidas, se fue a la casa de Motecuhzoma, en la cual había asaz de cosas dignas de notar, e mandó que su gente dos a dos o cuatro a cuatro se fuesen tras él. Motecuhzoma, salió a él e lo metió a una sala donde él tenía su estrado, e con él entramos hasta treinta españoles e los demás quedaban a la puerta de la casa, e en un patio de ella el Marqués dijo a Motecuhzoma con los intérpretes: “bien sabéis que siempre os he tenido por amigo, e os he rogado por vuestros mensajeros que siempre conmigo se trate verdad, y yo en cosa no os he mentido, e ahora sé que los españoles que dejé en la costa han sido maltratados de vuestra gente, y están los más de ellos heridos,

e han muerto a uno, e dicen algunos de los indios que los españoles prendieron peleando, que esto se hizo por vuestro mandado; e para que lo quiero averiguar habéis de ir preso conmigo a mi aposento, donde seréis servido e bien tratado de mí e de los míos: e caso que tengáis alguna culpa de la que os ponen vuestros vasallos, yo miraré por vuestra persona como por mi hermano; e esto hago porque si lo disimulase, los que conmigo vienen se enojarían de mí, diciendo que no me daba nada de verlos maltratar: por tanto mandad a vuestra gente que de esto no se altere, e tened aviso que cualquiera alteración que haya la pagaréis con la vida, pues es en vuestra mano pacificarlo.” Motecuhzoma se turbó mucho, e dijo con toda la gravedad que se puede pensar: “No es persona la mía para estar presa, y ya que yo lo quisiese, los míos no lo sufrieren”; e así estuvieron en razones más que cuatro horas, e al fin se concertaron que Motecuhzoma fuese con el Marqués, e lo llevó a su aposento, e le dio en guarda a un capitán, e de noche e de día siempre estaban españoles en su presencia, e él no dice a los suyos que estaba preso, antes libraba e despachaba negocios tocantes a la gobernación de su tierra, e muchas veces el Marqués se iba a hablar con él, e con el intérprete le rogaba que no recibiese pena de estar allí, e le hacía todos los regalos que podía, e le dijo: “Estos cristianos son traviesos, e andando por esta casa han topado ahí cierta cantidad de oro, e la han tomado: no recibáis de ello pena”; e él dijo liberalmente: “Eso es de los dioses de este pueblo: dejad las plumas e cosas que no sean oro, y el oro tomáoslo, e yo os daré todo lo que yo tenga; porque habéis de saber que de tiempo inmemorial a esta parte tienen mis antecesores por cierto, e así se platicaba e platica entre ellos de los que hoy vivimos, que cierta generación de donde nosotros descendimos vino a esta tierra muy lejos de aquí, e vinieron en navíos, e estos se fueron desde ha cierto tiempo, e nos dejaron poblados, e dijeron que volvieren, e siempre hemos creído que en algún tiempo habían de venir a nos mandar e señorear; e esto han siempre afirmado nuestros dioses e nuestros adivinos, e yo lo creo que ahora se cumple: quiero os tener por señor, e así haré que os tengan todos mis vasallos e súbditos a mi poder”; e así lo hizo, e hizo llamar a muchos de los señores de la tierra, y díjoles: “Ya sabéis lo que siempre hemos tenido creído acerca de no ser señores naturales de estas tierras, e parece que este señor debía ser cuyos somos, e así como a mí me tenéis dada la obediencia, se la dad a él, e yo se la doy.”

E así puestos todos uno ante otro e Motecuhzoma primero, cada cual hizo su razonamiento ofreciéndose por vasallos e criados del dicho Marqués, e poniéndose so su amparo; e esto fue una cosa muy de ver, lo cual hicieron con muchas lágrimas, diciendo: “Parece que nuestros hados quisieron en nuestro tiempo que se cumpliese lo que tanto ha que estaba pronosticado”; e así el Marqués les respondió e consoló, e prometió a Motecuhzoma que siempre mandaría en su tierra como antes, e sería tan señor e más, porque se ganarían otras tierras de que también fuese señor como de esta suya; e Motecuhzoma le dijo: “Váyanse con estos míos algunos vuestros, e mostrarles han una casa de joyas de oro e aderezos de mi persona”; a quien esto escribe e otro gentilhombre fueron por mandado del Marqués con dos criados de Motecuhzoma, e en la casa de las aves, que así la llamaban, les mostraron una sala e otras dos cámaras donde había asaz de oro e plata e piedras verdes, no de las muy finas, e yo hice llamar al Marqués, e fue a verlo, e lo hizo llevar a su aposento. Después que Motecuhzoma vio la manera de la conversación de los españoles, pareció holgarse mucho con ellos, e así es que todos le hacían todo el placer posible, e a él le vienen a servir sus criados, e le traen cada vez que come más que cuatro platos de vianda en que había frutas e yerbas e conejos e venados e codornices e gallinas e muchos géneros de pescados guisados de diversas maneras, e debajo de cada plato de los que a sus servidores les parecía que él comiere, venía un braserico con lumbre; e sabed que siempre le traían platos nuevos en que comía, e jamás comía en cada plato más de una vez, ni se vestía ropa más de una vez; e lavábase el cuerpo cada día dos veces. En este tiempo Motecuhzoma avisó al Marqués que un su sobrino, que se decía Cacamací, señor de una ciudad que está en la costa de esta laguna e de mucha otra tierra e pueblos, era hombre mal reposado, e como mozo era deseoso de guerra; por tanto que convenía que le pusiese cobro con él; e el Marqués así lo hizo, e lo encomendó a ciertos gentiles hombres españoles. Este Motecuhzoma tenía una casa con muchos patios e aposentos en ella, donde tiene en jaulas grandes leones e tigres e onzas e lobos e raposos, en cantidad cada uno por sí; e en otros patios tenía en otra manera de jaulas halcones de muchas maneras e águilas e gavilanes e todo género de aves de rapiña, e era cosa de ver cuán abundantemente daban carne a comer a todas estas aves e fieras, e la mucha gente que había para el servicio de ésta; e había

en esta casa en tinajas grandes e en cántaros culebras e víboras asaz; e todo esto era no más que por manera de grandeza. En esta casa de las fieras tenía hombres monstruos y mujeres: unos contrahechos, otros enanos, otros concorvados, e tenía otra casa donde tiene todas las aves de agua que se pueden pensar, e de toda otra manera de aves, cada género de aves por sí; y es así sin falta, que en el servicio de estas aves se ocupaban más de seiscientos hombres, e había en la misma casa donde apartaban las aves que enfermaban e las curaban: en la casa de estas aves de agua tenía hombres y mujeres todos blancos, cuerpos e cabello e cejas. El patio de los ídolos era tan grande que bastaba para casas de cuatrocientos vecinos españoles. En medio de él había una torre que tiene ciento y trece gradas de a más de palmo cada uno, e esto era macizo, e encima dos casas de más altor que pica y media, e aquí estaba el ídolo principal de toda la tierra, que era hecho de todo género de semillas, cuantas se pueden haber, e estas molidas e amasadas con sangre de niños e niñas vírgenes, a los cuales mataban abriéndolos por los pechos e sacándoles el corazón e por allí la sangre, e con ella e las semillas hacían cantidad de masa más gruesa que un hombre e tan alta, e con sus ceremonias metían por la masa muchas joyas de oro de las que ellos en sus fiestas acostumbraban a traer cuando se ponían muy de fiesta; e ataban esta masa con mantas muy delgadas e hacían de esta manera un bulto; e luego hacían cierta agua con ceremonias, la cual con esta masa la metían dentro en esta casa que sobre esta torre estaba, e dicen que de esta agua daban a beber al que hacían capitán general cuando lo elegían para alguna guerra o caso de mucha importancia. Esto metían entre la postrer pared de la torre e otra que estaba delante, e no dejaban entrada alguna, antes parecía no haber allí algo. De fuera de este hueco estaban dos ídolos sobre dos basas de piedra grande, de altor las basas de una vara de medir, e sobre estas dos ídolos de altor de casi tres varas de medir cada uno; serían de gordor de un buey cada uno: eran de piedra de grano bruñida, e sobre la piedra cubierta de nácar, que es conchas en que las perlas se crían, e sobre este nácar pegado con betún, a manera de engrudo, muchas joyas de oro, e hombres e culebras e aves e historias hechas de turquesas pequeñas e grandes, e de esmeraldas, e de amatistas, por manera que todo el nácar estaba cubierto, excepto en algunas partes donde lo dejaban para que hiciese labor con las piedras. Tenían estos ídolos

unas culebras gordas de oro ceñidas, e por collares cada diez o doce corazones de hombre, hechos de oro, e por rostro una máscara de oro, e ojos de espejo, e tiene otro rostro en el colodrillo, como cabeza de hombre sin carne. Habría más que cinco mil hombres para el servicio de este ídolo: eran en ellos unos más preeminentes que otros, así en oficio como en vestiduras; tenían su mayor a quien obedecían grandemente, e a este así Motecuhzoma como todos los demás señores lo tienen en gran veneración. Levantábanse al sacrificio a las doce de la noche en punto: el sacrificio era verter sangre de la lengua e de los brazos e de los muslos, unas veces de una parte y otras de otra, e mojar pajas en la sangre, e la sangre e las pajas ofrecían ante un muy gran fuego de leña de roble, e luego salían a echar incienso a la torre del ídolo. Estaban frontero de esta torre sesenta o setenta vigas muy altas hincadas desviadas de la torre cuanto un tiro de ballesta, puestas sobre un teatro grande, hecho de cal e piedra, e por las gradas de él muchas cabezas de muertos pegadas con cal, e los dientes hacia fuera. Estaba de un cabo e de otro de estas vigas dos torres hechas de cal e de cabezas de muertos, sin otra alguna piedra, e los dientes hacia fuera, en lo que se podía parecer, e las vigas apartadas una de otra poco menos que una vara de medir, e desde lo alto de ellas hasta abajo puestos palos cuan espesos cabían, e en cada palo cinco cabezas de muerto ensartadas por las sienes en el dicho palo; e quien esto escribe, y un Gonzalo de Umbría, contaron los palos que había, e multiplicando a cinco cabezas cada palo de los que entre viga y viga estaban, como dicho he, hallamos haber ciento treinta y seis mil cabezas, sin las de las torres. Este patio tenía cuatro puertas; en cada puerta un aposento grande, alto, lleno de armas; las puertas estaban a levante y a poniente y al norte y al sur.

Motecuhzoma, cuando lo prendió el Marqués, envió por el señor del pueblo que había peleado con los españoles en la costa, e dio un sello con cierto carácter en él figurado, el cual se quitó del brazo, e dijo al Marqués: “Váyanse dos de vuestros hombres con estos mensajeros que yo envío, e traerán al que ha hecho el daño en vuestra gente.” Esto porque el Marqués se lo pidió así, e dijo a sus mensajeros Motecuhzoma: “Id y llamad a Qualpupoca (que así se llamaba el señor); e si no quisiese venir por la creencia de esta mi seña, haréis gente de guerra en mi tierra, e iréis sobre él e destruidlo e prendedlo por fuerza, e no vengáis sin él, e mirad

por esos cristianos mucho." Fueron e trajéronlo, e confesó haber él hecho el daño en los españoles, en caso que dijo que Motecuhzoma se lo había mandado. El Marqués hizo sacar de los almacenes de armas que hemos dicho, todas las que hubo, que eran arcos e flechas e varas e tiraderas e rodelas e espadas de palo con filos de pedernal, e serían más que quinientas carretadas, e hizo quemarlas e con ellas a Qualpupoca, e para esto dijo que las quemaba, para quemar aquél.

El Marqués fue al patio de los ídolos, e había enviado de su gente por tres o cuatro partes a ver la tierra, e ciertos de ellos a apaciguar cierta tierra que Motecuhzoma dijo que se le rebelaba, ochenta leguas de México, e otros eran idos a recoger oro por la tierra en esta manera: que Motecuhzoma enviaba por su tierra mensajeros que iban con españoles, e llegados a los pueblos, decían al señor del pueblo: "Motecuhzoma y el capitán de los cristianos os ruegan que para enviar a su tierra del capitán, les deis del oro que tuviéredes"; e así lo daban liberalmente, cada cual lo que quería. Así que a la sazón que el Marqués fue al patio de los ídolos, tenía consigo poca gente de la suya; e andando por el patio me dijo a mí: "Subid a esa torre, e mirad qué hay en ella"; e yo subí e algunos de aquellos ministradores de la gente subieron conmigo, e llegué a una manta de muchos dobleces de cáñamo, e por ella había mucho número de cascabeles e campanillas de metal; e queriendo entrar hicieron tan gran ruido que me creí que la casa se caía. El Marqués subió como por pasatiempo, e ocho o diez españoles con él; e porque con la manta que estaba por antepuerta, la casa estaba oscura, con las espadas quitamos de la manta, e quedó claro. Todas las paredes de la casa por de dentro eran hechas de imaginería de piedra, de la con que estaba hecha la pared. Estas imágenes eran de ídolos, e en las bocas de éstos e por el cuerpo e partes tenían mucha sangre, de gordor de dos o tres dedos, e descubrió los ídolos de pedrería, e miró por allí lo que se pudo ver, e suspiró habiéndose puesto algo triste, e dijo, que todos lo oímos: "¡Oh Dios!, ¿por qué consentes que tan grandemente el diablo sea honrado en esta tierra? e ha, Señor, por bien que en ella té sirvamos"; e mandó llamar los intérpretes, e ya al ruido de los cascabeles se había llegado gente de aquella de los ídolos, e dijoles: "Dios que hizo el cielo y la tierra os hizo a vosotros y a nosotros e a todos, e cría lo con que nos mantenemos, e si fuéramos buenos nos

llevará al cielo, e si no, iremos al infierno, como más largamente os diré cuando más nos entendamos; e yo quiero que aquí donde tenéis estos ídolos esté la imagen de Dios y de su Madre bendita, e traed agua para lavar estas paredes, e quitaremos de aquí todo esto." Ellos se reían, como que no fuera posible hacerse, e dijeron: "No solamente esta ciudad, pero toda la tierra junta tienen a estos por sus dioses, y aquí está esto por Uchilobos, cuyos somos; e toda la gente no tiene en nada a sus padres e madres e hijos, en comparación de éste, e determinarán de morir; e cata que de verte subir aquí se han puesto todos en armas, y quieren morir por sus dioses." El marqués dijo a un español que fuese a que tuviesen gran recado en la persona de Motecuhzoma, e envió a que viniesen treinta o cuarenta hombres allí con él, e respondió a aquellos sacerdotes: "Mucho me holgaré yo de pelear por mi Dios contra vuestros dioses, que son nonada"; y antes que los españoles por quien había enviado viniesen, enojóse de palabras que oye, e tomó con una barra de hierro que estaba allí, e comenzó a dar en los ídolos de pedrería; e yo prometo mi fe de gentilhombre, e juro por Dios que es verdad que me parece ahora que el marqués saltaba sobrenatural, e se abalanzaba tomando la barra por en medio a dar en lo más alto de los ojos del ídolo, e así le quitó las máscaras de oro con la barra, diciendo: "A algo nos hemos de poner por Dios." Aquella gente lo hicieron saber a Motecuhzoma, que estaba cerca de ahí el aposento, e Motecuhzoma envió a rogar al Marqués que le dejase venir allí, e que en tanto que venía no hiciese mal en los ídolos. El Marqués mandó que viniese con gente que le guardase, e venido le decía que pusiésemos a nuestras imágenes a una parte e dejásemos sus dioses a otra. El Marqués no quiso. Motecuhzoma dijo: "Pues yo trabajaré que se haga lo que queréis; pero habéisnos de dar ídolos que los llevemos donde quisiéremos"; e el Marqués se los dio, diciéndoles: "Ved que son piedra, e creed en Dios que hizo el cielo y la tierra, e por la obra conoceréis al maestro." Los ídolos fueron bajados de allí con una maravillosa manera e buen artificio, e lavaron las paredes de la casa, e al Marqués le pareció que había poco hueco en la casa, según lo que por de fuera parecía, e mandó cavar en la pared frontera, donde se halló el masón de sangre e semillas e la tinaja de agua, e se deshizo, e le sacaron las joyas de oro, e hubo algún oro en una sepultura que encima de la torre estaba. El Marqués hizo hacer dos altares, uno en una parte

de la torre, que era partida en dos huecos, e otro en otra, e puso en una parte la imagen de Nuestra Señora en un retablico de tabla, e en otro la de San Cristóbal, porque no había entonces otras imágenes; e desde en adelante se decía allí misa; e los indios vinieron desde a ciertos días a traer ciertas manadas de maíz verde e muy lacias, diciendo: “Pues que nos quitastes nuestros dioses a quien rogábamos por agua, hace al vuestro que nos la dé, porque se pierde lo sembrado.” El Marqués les certificó que presto llovería, e a todos nos encomendó que rogásemos a Dios por agua; e así otro día fuimos en procesión hasta la torre, e allá se dijo misa, e hacía buen sol, e cuando veníamos llovía tanto que andábamos en el patio los pies cubiertos de agua, e así los indios se maravillaron mucho. Y de esta manera estuvimos, e tenía el Marqués tan recogida su gente, que ninguno salía un tiro de arcabuz del aposento sin licencia, e así mismo la gente tan en paz, que se averiguó nunca reñir uno con otro: e Motecuhzoma siempre daba a los españoles algunas sortijas de oro, e a otros guarniciones de espadas de oro, e mujeres hermosas, e largamente de comer.

En este tiempo Motecuhzoma habló al Marqués e le mostró en una manta pintados diez y ocho navíos, e los cinco de ellos a la costa quebrados e trastornados en la arena; porque esta es la manera que ellos tienen de hacer relación de las cosas que bien quieren contar, e le dijo cómo había diez y ocho días que habían dado al través en la costa, casi cien leguas del puerto; e luego vino otro mensajero que traía pintado cómo ya surgen ciertos navíos en el puerto de la Veracruz; e luego se temió el Marqués que sería armada e gente que debía venir contra nosotros; e llamóme a mí, que en ese día había llegado de poner en paz ciertos señores de Cholula e Tlaxcala que reñían sobre unos términos, e me mandó ir fuera del camino usado para que supiese qué se había hecho de la gente que él había dejado en la Villa Rica en la costa; e llevándome indios a cuestras de noche, e yo caminando de día a pie, llegué en tres días e medio a la Villa Rica, e ya había hecho mensajeros al Marqués el capitán de la dicha villa, y enviándole tres españoles que prendió de los contrarios. Sabido el Marqués en México cómo el armada era de Diego Velázquez, gobernador de Cuba e de la gente que en ella viene, que eran, sin los que se perdieron en los cinco navíos que dieron al través, más de mil e tantos hombres, e que traían muy buena artillería e noventa de caballo

e más de ciento e cincuenta ballesteros y escopeteros; e con todo esto determinó de los ir a buscar, e envió sus espías e corredores delante, e luego él se partió tras ellos, e llevó consigo ciertos señores favoritos de Motecuhzoma e sus vasallos, e dejando poco más que cincuenta hombres en México en guarda de Motecuhzoma, e con ellos por capitán a D. Pedro de Alvarado, que después fue gobernador de una provincia que se llama Guatemala, caminó para donde los españoles contrarios estaban. E los que estábamos en la villa que estaba en la costa, porque éramos pocos nos subimos a una sierra, e cuando supimos que el Marqués venía salimos a nos juntar con él. En este tiempo hubo españoles de los de la compañía del Marqués que a vueltas de indios de los que iban a llevar yerba y de comer a los españoles nuestros contrarios, se entraban desnudos e teñidos como los indios, e miraban lo que los contrarios hacían y decían. Y es así que el capitán que con esta gente venía dijo a los indios que él venía no a más que a soltar a Motecuhzoma e prender al Marqués e matarlo; por tanto que le ayudasen, porque luego se había de ir de la tierra en llevándonos de allí e matando al Marqués; e esto hizo mucho daño, e los indios le sirven por mandado de Motecuhzoma, e también sirven al Marqués, puesto que ya algunos de los indios tenían al Marqués buena voluntad. El Marqués con hasta doscientos y cincuenta hombres que tenía consigo, se fue a poner en un pueblo de indios cerca de sus contrarios que estaban en otro pueblo, e desde allí envió mensajeros a Pánfilo de Narváez, que así se llamaba el capitán su contrario; e a ruego de algunos de su compañía, el Narváez envió mensajeros al Marqués, e se vienen a concertar por voluntad del Narváez e de los suyos que darían al Marqués en aquella tierra cierta parte de ella, e le harían cierto que no irían contra él en cosa alguna, e que podría estar a su placer hasta tanto que el rey mandase lo que fuese su servicio; esto se entiende que había de estar con su gente e por gobernador de la tierra que decimos que le querían dar. El Marqués lo comunicó con las más personas de bien de su compañía, e por su parecer de algunos, el Marqués aceptara el partido; e finalmente el Marqués envió a mover otro partido, e despachó los que en su compañía estaban mensajeros de sus contrarios, diciendo que si aquel partido que enviaba a decir quisiese el capitán Narváez aceptar, si no, que luego que sus mensajeros volviesen daría la tregua por quebrada. E así luego que se fueron los mensajeros con-

trarios e los suyos se partió tras ellos, e anduvimos aquel día casi diez leguas, e en el camino salieron ciertos puercos monteses e venados, e los de caballos los alcanzaron, e fuese el Marqués a poner a dos leguas de los contrarios, e allí vinieron sus mensajeros a le decir cómo el capitán e los de su compañía se reían e burlaban de mover partido por nuestra parte, estando el nuestro tan bajo, e nos certificaron de la mucha e buena artillería que los contrarios tienen, e de cómo el capitán hacía mercedes de nuestras haciendas a los suyos. E allí cabe un río, en presencia de los mensajeros, el Marqués llamó a todos su compañeros, e les hizo una plática, diciéndoles: “Yo soy uno, e no puedo hacer por más que uno: partidos me han movido que a sola mi persona estaban bien; e porque a vosotros os estaban mal no los he aceptado; ya veis lo que dicen, y pues en cada uno de vos está esta cosa, según lo que en sí sintiere de voluntad de pelear o querer paz, aquello diga cada cual, e no se le estorbará que haga lo que quisiere. Veis aquí me han dicho en secreto estos nuestros mensajeros cómo en el real de los contrarios se platica e tiene por cierto que vosotros me lleváis engañado a me poner en sus manos: por ende cada uno diga lo que le parece.” Todos o los más le satisficieron a lo de llevarle engañado, e en lo demás le rogamos afectuosamente que él dijese su parecer; e muy importunado de todos para que primero lo dijese, dijo como enojado. “Dígoos un refrán que se dice en Castilla, que es: Muera el asno o quien lo aguija; y este es mi parecer, porque veo que hacer otra cosa, a todos e a mí nos será grande afrenta; e no porque hagamos lo que ellos quisieren, aseguramos todos las vidas, antes algunas correrán riesgo; pero sobre mi parecer ved el vuestro, e cada cual tiene razón de decir su parecer.” E luego todos unánimes alzamos una voz de alegría, diciendo: “Viva tal capitán, que tan buen parecer tiene”; e así lo tomamos en los hombros muchos de nosotros, hasta que nos rogó lo dejásemos; e íbamos mojados porque había llovido, e con deseo de asar la carne de los venados e puercos que los de caballo habían muerto; e fuímonos a poner a una legua de los contrarios, e mandónos el Marqués que no hiciésemos lumbre porque no fuésemos vistos; e puestas centinelas e escuchas dobladas, quisimos reposar algún tanto, e no podíamos, como viniéramos mojados, e hacía un aire muy fresco. El Marqués recordó, o por mejor decir, como no pudiera dormir llamó sin tocar a tambor, e dijo: “Señores, ya sabéis que es muy

ordinario en la gente de guerra decir "al alba dar en sus enemigos"; e si hemos sido sentidos, a esta hora nos esperan nuestros contrarios; e si no nos han sentido, pues no podemos dormir, mejor será gastar el tiempo peleando e holgar lo que nos quedare de que hayamos venido, que gastarlo con la pasión que el frío nos da"; e así nos levantamos e nos hizo otra plática diciendo que aún teníamos tiempo de acordar si sería mejor pelear o no; e respondiéndole que queríamos morir o vencer, caminó, e cerca del aposento de los contrarios, poco más que una milla, nuestros corredores tomaron una de dos escuchas que los españoles tenían puestas, e el otro huyó; e preguntando al que tomamos cómo estaban en su real, nos dijo que habían tenido nueva de indios que íbamos, e estaban acordados de al alba salir a nosotros, e díjonos la manera de cómo estaba puesta la artillería e la orden que la gente tiene, e decía verdad, e el Marqués dijo que no le hiciesen mal, porque lo querían ahorcar sobre que dijese verdad; e su compañero que se huyó dio mandado en su real, e allá se creyeron que íbamos allí a nos poner para gastar lo que de la noche quedaba, para el alba dar en ellos; e así tornaron a mandar que reposase la gente e al alba saliesen al campo; e con todo, el capitán y ciertos gentiles-hombres se armaron e estaban despiertos e hablando en nuestra ida e teniéndonos por locos. E el Marqués había apartado ochenta hombres para que fuesen a la casa del capitán, sin se detener en otra parte, e procurasen de lo prender o matar; e para esto dio un mandamiento a un gentilhomme que era su alguacil mayor, en que le decía: "Iréis a donde Pánfilo de Narváez está, e mándoos que le prendáis o matéis, porque así conviene al servicio del rey nuestro señor"; e de esto reíamos mucho algunos de nosotros; e cuando llegamos junto a los contrarios llovía e había llovido, e el artillero tenía los fogones de los tiros tapados con cera por el agua; e así llegamos junto a las centinelas sin que nos sintiesen, e iban huyendo e diciendo: "Arma, arma", e los nuestros tras ellos tocando arma con el atambor; y estando en el patio de su aposento, el Marqués mandó a toda prisa a los ochenta hombres acometiesen a la casa del capitán, e él quedaba detrás de nosotros desarmado e prendiendo a los contrarios; porque como tocó su arma y la nuestra junta, vienen los contrarios a nuestra gente, creyendo que eran de los suyos, a preguntar "¿qué es esto?" e así los prendían. E el Marqués tuvo aviso de cortar e hacer cortar los látigos de las cinchas de los caba-

llos, que como pensaban desde a poco salir al campo, todos tenían ensillados sus caballos e comiendo; e algunos que acudían a enfrenarlos, como estaban los látigos cortados, en cabalgando luego caían, o desde a poco. E los ochenta hombres que delante íbamos fuimos a la casa del capitán, e tendría consigo hasta treinta gentileshombres, e delante su aposento tenía diez o doce tirillos de campo, e el artillero e otros, turbados e sobresaltados, quitaban unas piedras o tejas de sobre los fogones e cebaban sobre la cera, e cuando quisieron poner fuego vimos que los tiros no salían, e ganámoslos e peleábamos con el capitán e con los que con él estaban, e algunos hubo de nuestros contrarios que vinieron de fuera, e rompiendo por nosotros se metieron con su capitán, e retrajimoslos todos adentro de la casa, e no pudiéndoles entrar pegamos fuego a la casa, e así se dieron, e prendimos al capitán e a algunos de los otros; e luego, antes que la victoria se conociese, el Marqués mandó gritar, e a grandes voces decían los suyos: “¡Viva Cortés que lleva la victoria!” e así se retrajeron a una torre alta de un ídolo de aquel pueblo casi cuatrocientos hombres, e muchos de los de caballo o los más que adobaron sus cinchas e cabalaron e se salieron al campo. E aquí acaeció que como ganamos el artillería, algunos tiros se derribaron de do estaban, e otros habían llevado los nuestros, e como un caballero mancebo topase con ocho barriles de pólvora e un medio tonel de alquitrán, e oyó decir que los enemigos se hacían fuertes e se salían al campo para aguardar la mañana e venir a pelear, e como no vio los tiros, con deseo que tiene de ver por los suyos la victoria, e porque creyó que los contrarios tenían el artillería que él echaba menos, se metió entre los barriles de pólvora, diciendo a otros compañeros: “Haceos afuera, e quemaré esta pólvora, porque los enemigos no la hayan e nos hagan daño con el artillería que tienen”; e con fuego que en la mano llevaba de un haz de paja encendida, procuraba de quemar la pólvora, e como no podía por estar en barriles, con la espada desfondó uno de ellos, encomendándose a Dios metió el fuego dentro e dejóse caer en el suelo porque la furia de la pólvora no lo tomase. E acaeció que el marinero que sacó los barriles de pólvora del navío, sacó siete barriles de pólvora e uno de alpagates, creyendo que fuese de pólvora, porque tenía la marca que los otros; e como metiese las pajas e fuego en el barril e no ardiese, procuraba de abrir otro; e a esta sazón el Marqués vino por allí, que

andaba peleando, y ya no hallaba con quién, e preguntó: “¿qué es eso?” e yo le dije lo que pasaba, e dijo: “¡Oh, hermano! no hagáis eso, que moriréis e muchos de los nuestros que por aquí cerca están”; e así se entró entre los barriles de pólvora, e con las manos e pies mataba el fuego. E llevada la pólvora a una casa pequeña de un ídolo donde él tiene algunos de los contrarios presos, e encomendándolos a un capitán, mandó traer algunos de los tiros, e batía en la torre donde los españoles estaban, e así se dieron, e mandó al capitán que tenía a cargo los presos, que si viese revuelta alguna o que los del campo venían, matase todos los presos, e esto le mandó decir en manera que el general de los contrarios e los demás prisioneros lo oyeron, e el general envió una seña a les mandar e rogar que viniesen a la obediencia del Marqués, por le dar la vida a él y a los presos; e así vinieron e se dieron a prisión, e así el Marqués, haciéndoles quitar a todos las armas e tomando juramento de ellos e a otros la fe, se aseguró de ellos, e desde a dos días les mandó volver sus armas, quedando preso el capitán e algunos otros.

FRAY ANDRES DE OLMOS O.F.M

Nació en Burgos, cerca de Oña, España, entre 1485 y 1490. Murió en Tampico en 1571.

Notable misionero compañero de Fray Juan de Zumárraga. Recorrió buena parte del país, evangelizando sin descanso a sus naturales, cuyas lenguas aprendió y dominó en alto grado, principalmente la huasteca, la totonaca, el náhuatl, de las cuales compuso valiosas gramáticas y vocabularios. Por el año de 1533 fue encargado por Don Sebastián Ramírez de Fuenleal y Fr. Martín de Valencia, "por ser la mejor lengua que entonces había en esta tierra y hombre docto y discreto, que sacase un libro de las antigüedades de estos naturales indios, en especial de México, Tezcucó y Tlaxcala, para que de ello hubiese alguna memoria, y lo malo y fuera de tino se pudiese refutar, y si algo bueno se hallase, se pudiese notar, como se notan y tienen en memoria muchas cosas de otros gentiles". Para cumplir esa misión, Olmos vio "todas las pinturas que los caciques y principales de estas provincias tenían de sus antiguallas, y habiéndole dado los ancianos respuesta a todo lo que les quiso preguntar, hizo de todo ello un libro muy copioso". Esta obra desgraciadamente se extravió y hoy sólo es posible reconstituirla a base de conjeturas. Mendieta aprovechó su obra al igual que Torquemada. Dentro de la de ellos y también en la *Apologética Historia de las Indias* de Fray Bartolomé de Las Casas hay que espigar buena parte de su labor. Conocemos, fuera de sus vocabularios, la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, varios textos de naturaleza jurídica recogidos fundamentalmente en Tezcoco y los *Huehuetlatolli*, o sea pláticas de los viejos.

Su labor de pionero debió haber movido a Fray Bernardino de Sahagún a continuarla con mayor entusiasmo, dedicación y espíritu científico.

Se han referido a él Angel Ma. Garibay en su *Historia de la Literatura Náhuatl* ya citada, y en su discurso recepcional a la Academia Mexicana de Historia, titulado *Los historiadores del México Antiguo en el Virreinato de la Nueva España*, México, Sobretiro de *Cuadernos Americanos*. No. 1. Vol. CXXXII, 1964. 29 p. Buenos estudios son los de Primo Feliciano Velázquez, que aparece en esta obra, así como los de Joaquín Meade: *Documentos inéditos para la Historia de Tampico, Siglos XVI y XVII*. México, José Porrúa e Hijos, 1939, 95-[2] p. y su artículo "Fray Andrés de Olmos" MAMH, Vol. 9, No. 4, oct-dic. 1950, p. 374-466. Alfonso Trueba en *Retablo franciscano, los Padres Bernardino de Sahagún, Andrés de Olmos, Diego de Olarte, Juan de San Miguel y Francisco Lugo*, México, Editorial Campeador, 1955, 64 p.

La *Historia de los Mexicanos por sus pinturas*, la publicó García Icazbalceta en su *Nueva Colección de Documentos para la Historia de México*, vol. III.

En el volumen *Procesos de indios idólatras y hechiceros*, México, 1912 (Publicaciones del Archivo General de la Nación, III), se encuentran datos acerca de la labor misionera de Olmos.

Fuente: Fray Andrés de Olmos, O.F.M. *Historia de los mexicanos por sus pinturas* en García Icazbalceta, Joaquín (comp). *Nueva Colección de Documentos para la Historia de México*. 3 v. V. III, Pomar, Zurita, *Relaciones Antiguas* (Siglo XVI) XL-292 p., p. 207-240, p. 223-233.

DEL ASENTAMIENTO DE LOS MEXICANOS

De allí vinieron a Culhuacán, do hallaron por señor a Achitometl, y pasaron luego a la sierra que está junto a Ixtapalapa que se llama Huizachiltan, e de ahí vinieron a Quexumale, donde estuvieron tres años: de ahí fueron a Capulco, y dieron la vuelta después a Tacuxcalco, que es camino de Tlalmanalco, do hicieron un templo a Huichilobos, y se juntaron todos los mexicanos en este lugar de Tacuxcalco, siendo sus caudillos Xiuhnel y Mixcohuatl, y dijeron a toda la gente, que porque los chichimecas pobladores de la tierra no se juntasen contra ellos, que se dividiesen en muchas partes, y para no ser conocidos se cortasen el cabello diferenciadamente, y así fue hecho; lo cual dicen que hacían porque así se lo mandaba Huichilobos y cada uno de los que se apartaban llevaban sus armas, y los que allí quedaron tomaron la manta y el cuero del venado de Mizcoalt y sus flechas por armas y una bolsa en que echaban las tunas, porque entonces no comía la gente otra cosa; e de ahí partieron más adelante a unas tierras cercanas de allí, e los caudillos tornaron a decir a la gente, que cuatro años habían de estar derramados y encubiertos, y pasados, que se viniesen todos a juntar a Zacaquipa, y pasados los cuatro años se juntaron y volvieron al cerro y fuente de Chapultepeque, y luego allí tomaron a Copil, hijo de la mujer que tomaron los chichimecas, de do descenden los de Mechuacán, y lo sacrificaron sacándole el corazón hacia el sol; y estuvieron poblados en el dicho Chapultepeque quince años.

Como poblaron en Chapultepeque tenían tres caudillos: al uno llamaban Cuauhtliquetzqui, hijo del principal que los

traía y tenía su mismo nombre, como está dicho, y Acipa, hijo de Zipayahuitzilihuitl, hijo de Tlahuizpotoncatl, y a éste tomaron por señor que los gobernase y los gobernó todos los quince años que estuvieron en Chapultepeque. Este Huitzilihuitl tuvo dos hijas; a la una llamaron Tezcaxochitl y a la otra Chimalaxochitl y porque arriba hemos dicho que estando aquí en Chapultepeque fue sacrificado un hijo de la mujer que los chichimecas tomaron para llevar a Mechuacán, de donde proceden todos los de Mechuacán, dicen en este paso que este hijo de la dicha mujer vino de Mechuacán a ver a dos mexicanos, y como le quisieron sacrificar dijo que no había de ser sacrificado sino en Mechuacán donde estaba su madre, y sobre ello hizo armas por mandado de Huitzilihuitl con Cuatliqueci y fue vencido y por esto fue sacrificado, y el corazón fue enterrado do dijeron Tenochtitlan, y después fue fundada esta ciudad de México en aquella parte y la cabeza enterraron en Tluchitongo.

Pasados los nueve años estuvieron otros veinte y cinco en paz e sosiego y gobernándolos el Huitzilihuitl y hicieron en el cerro de Chapultepeque un grande templo a Huichilobos, y estando aquí los mexicanos, los pobladores de la tierra, que eran todos chichimecas, se juntaron todos y vinieron sobre ellos y asentaron su real cerca de Chapultepeque a medio día, y después en anocheciendo dieron en los mexicanos, los cuales fueron muertos, sino muy pocos que escaparon huyendo y se metieron en los herbazales y cañaverales de la laguna que estaba allí cerca y quemaron el templo que habían hecho, y a las dos hijas de Huitzilihuitl llevaron presas los de Xaltocan y fue preso Huitzilihuitl, y estando preso lo mataron los de Culhuacán, y los que así escaparon y huyeron estuvieron ochenta días metidos en los cañaverales y no comieron sino yerbas y culebras, y llevaron consigo a Huichilobos.

Dicho hemos como el corazón de Copil, hijo de la mujer que fue a Mechuacán, se enterró en Tenochtitlan, y fue la causa porque Cuauhtliquetzqui estando él bajo una ramada le apareció Huichilobos y le dijo que enterrase allí el corazón, porque en aquel lugar había de ser su morada y allí estaba él, y por eso fue enterrado.

Pasado todo lo susodicho, los mexicanos que se escondieron entre las yerbas y cañaverales, con la mucha hambre que tenían salieron y fueron a buscar de comer a Culhuacán, a los cuales dijeron que ellos venían a los servir e que no los matasen, y ellos les pidieron a Huichilobos, diciendo que si se lo diesen que no los matarían, y así les dieron a los de Culhuacán la manta y el mástil de Huichilobos, y quedaron en su servicio; y a la sazón era señor de Culhuacán Achitometl, y principal Chalchiutlatonac, y entonces tenían un templo muy bueno y hicieron en él fiesta los de Culhuacán, y la fiesta hacían a Cihuacoatl, mujer del dios del infierno, a la cual tenían los de Culhuacán por su dios.

Por espacio de veinte y cinco años estuvieron los mexicanos sirviendo a los de Culhuacán, y en este tiempo tenían guerra los de Culhuacán con los de Xochimilco, y para los probar si eran hombres de guerra, dijéronles que fuesen con ellos a los ayudar; y creyendo los mexicanos que lo decían por tomarles sus mujeres, enviaron diez mexicanos no más a la guerra con ellos, y los demás quedáronse en sus casas, las cuales tenían en Tizapán, estancia que agora es de Culhuacán, y dijeron a los diez hombres que así iban que no matasen a ninguno de Xochimilco, sino a los que tomasen las cortasen las orejas, y los diez mexicanos lo hicieron tan bien que tomaron ochenta de Xochimilco, a los cuales cortaron las orejas, y por esto conocieron los de Culhuacán que los mexicanos eran hombres de guerra.

En fin de los veinte e cinco años ya dichos, los mexicanos dejaron un templo que tenían hecho a Huichilobos en Culhuacán, para que en él tuviesen a Huichilobos, y hicieron otro muy grande en Tizapan e como los de Culhuacán vieron tan gran templo, les preguntaron a los mexicanos que había de haber en aquel templo, e que habían de poner en él: respondieron que corazones, y como esto oyeron los de Culhuacán, echaron paja e suciedad en el templo, burlando de los mexicanos. Entonces los de México [tomando a la doncella] que se llamaba nuestra abuela [Toci] sacrificáronronla a Huichilobos, e con una pierna de ella [en] sangrentaron las paredes; y como este sacrificio fue visto por los de Culhuacán, maravillándose se levantaron contra los mexicanos y los corrieron junto a Acatzintitlán, río que pasa junto con Culhuacán, y fueron huyendo hasta Nextiquipac, en la cual al presente hay diez casas que sirven a México;

y Coxococ, principal de Culhuacán favorecía a los de México, y porque se alzaron contra los mexicanos mató muchos de los de Culhuacán.

Pasado todo lo susodicho a los veinte y cinco años ya escritos, comienza el primer año en el cual comenzaron a entrar en el término de Tenochtitlan México a poblar, y llegaron a Iztacalco, que es estancia junto a México, e de ahí fueron a Mixiuhcan do parió una mujer, y le pusieron este nombre, que quiere decir el paridero, y de ahí asentaron en el barrio que se dice Temazcaltitlan, quiere decir barrio del baño, y agora la colación y barrio de San Pedro e San Pablo, y en este lugar dijeron algunos mexicanos que dónde los llevaba Huichilobos perdidos, y murmuraron dél, y el Huichilobos les dijo entre sueños que así convenía haber pasado, y que ya estaban cerca de do habían de tener su reposo y casa, y que estos que dél habían murmurado habían pecado como hombres de dos caras e dos lenguas, y que para que fuesen perdonados hiciesen una cabeza con dos caras e dos lenguas; e fecha esta figura de las semillas que comían, la flechasen, y que atapándose los ojos los que la hubiesen flechado la buscasen, y hallada la comiesen, repartiéndola entre todos, y así fue hecho, y estos se juntaron a poblar en el Tlatelolco, que era una isleta y agora se llama el barrio de Santiago. En este primer año, como los mexicanos llegasen al lugar susodicho, Huichilobos se apareció a uno que se decía Tenoch, y le dijo que en este lugar había de ser su casa, y que ya no habían de andar los mexicanos, y que les dijese que por la mañana fuesen a buscar alguno de Culhuacán, porque los había maltratado, y lo tomasen y sacrificasen y diesen de comer al sol, y salió Xomemitleut, y tomó a uno de Culhuacán, que se decía Chichilcuahtli, y en saliendo el sol lo sacrificaron, y llamaron a esta población Cuauhuixtitlan, y después fue llamada Tenochtitlan, porque hallaron una tuna nacida en una piedra y las raíces della salían de la parte do fue enterrado el corazón de Copil, como está dicho.

En el segundo año de la población de México comenzaron los mexicanos a echar los cimientos al grande e crecido templo de Huichilobos, el cual fue creciendo mucho, porque cada señor de los que en México sucedió hacía en él una cinta tan ancha como fue la primera que estos primeros po-

bladores hicieron, y así los españoles le hallaron muy alto e muy fuerte e ancho, y era mucho de ver.

En este tiempo tenían los mexicanos por señor a Illancueitl, una señora principal que les mandaba; y esta fue mujer de Acamapichtli, el cual era de Culhuacán y ella de Coatlinchan, y aunque era de Culhuacán descendía de los de México, porque fue allí casada su madre con un principal de Culhuacán, y la madre era de los mexicanos; y casado, por consejo de su mujer vino a México, y le dijo que pues era de los principales y no tenía señor, que lo tomarían por señor, y así fue el primer señor, y murió su mujer el año 24 de la fundación de México; y muerta ella, fue él tomado por señor, porque en vida della no fue tenido sino por principal; pero tres años antes, que se contaron veinte y uno de la fundación de México, los de México hicieron guerra a los de Culhuacán y les quemaron su templo. Luego el año siguiente, veinte y dos de la fundación de la ciudad, viendo los de Culhuacán que en los veinte años pasados se habían hecho mucho los de México, por miedo dellos llevaban a sus dioses a Xochimilco en una canoa, y junto al pueblo de Cuautlecaxetan les dio el sol tanto resplandor que los cegó y no vieron fasta que se hallaron junto a México, y como lo vieron pusieron sus dioses en México y les hicieron templo pequeño delante un poco do están agora las carnicerías.

A los veinte y ocho años de la fundación de la ciudad, que se cumplieron cincuenta y dos años, hicieron fiesta general, que era matando el fuego todo que había en la tierra, y muerto, iban a sacar fuego nuevo en la sierra de Ixtapalapan. Esta fiesta se hacía de cincuenta y dos en cincuenta y dos años, así que han de pasar trece veces los cuatro años que tienen, que son cincuenta y dos.

A los treinta y un años de la fundación de la ciudad comenzó a salir el fuego de volcán, y a los cuarenta y siete años ganaron los mexicanos a Tenayuca, y quemáronles su templo, que era de paja, y los de Tenayuca eran chichimecas.

A los cincuenta y dos años de la fundación de la ciudad, los de Tlatelolco pidieron señor a Tezozomocli, señor de Azcapotzalco, y dioles a Teutleuac por señor, y no duró cuarenta días porque presumían de valientes y no lo tuvieron en nada. Tezozomocli, este era mexicano y fue tomado por señor de los de Azcapotzalco, uno de los dos que había, y siempre ha habido allí dos señores y agora los hay.

Cauhcauhpitzahuac fue segundo señor de los de Tlatelolco que les dio el señor de Azcapotzalco: duró cincuenta días porque huyeron dél; píntanlo con uñas en los pies. A los cincuenta y tres años de la fundación fue hecho señor de México Acamapichtli. A los cincuenta y seis años los de México hicieron guerra a los de Xochimilco y les quemaron su templo, y a los cincuenta y nueve años Acamapichtli ganó a Mizquic. A los sesenta y tres años de la fundación de la ciudad iban cuarenta hombres y mujeres de México por Cuaximalpan y hallaron los otomís de Matalcingo y matáronlos a traición en Cuauhnahuac.

A los setenta años de la fundación de la ciudad, Acamapichtli ganó a Cuauhnahuac, y les quemó su templo. A los setenta y tres de la fundación murió su señor Acamapichtli, y hicieron señor a Huitzilihuitl, hijo de Acamapichtli. A los setenta y cinco años Miciucixiuci, hija de Izcoatzin, señor de Cuauhnahuac, mujer de Huitzilihuitl, parió a Moctezuma el viejo, que se llamó primero Ilhuicaminatzin, y después Moctezuma, porque su padre fue señor contra la voluntad de muchos, mudó el nombre su hijo en Moctezuma, que quiere decir, señor enojado. En el año de 79 una hermana de Huitzilihuitl casó con Ixtlixochitl, señor de Tezcoco, y parió a Nezahualcoyotl, que fue señor de Tezcoco. En el año 81 los de México ganaron a Cuajimalpa de los otomíes.

A los ochenta y cinco años de la fundación de la ciudad ganaron los mexicanos a Capisela, y así mismo ganaron a Cuaximilco en la provincia de Chalco, y luego el año siguiente lo tuvieron todo de guerra contra los susodichos, y en el propio año se dieron. A los noventa años de la fundación ganaron a Tezquiaque. En el año 92 echaron los de México siete principalejos a saber si estaban de guerra los de Pochotlán, y pasaron por Xaltocan, y a traición tomaron los tres, y matáronlos, y huyeron los cuatro. Otro año siguiente ganaron la provincia de Tezcoco, y comenzaron por Tepepan, aunque el señor no lo quería y cuando los vio los dejó y se fue a Tezmuluco, pueblo de Suyocingo: el padre fue muerto, porque tenía paz con los de México.

Luego el año siguiente de 94 murió Huitzilihuitl y tomaron por señor su hermano que se decía Chimalpopoca. El año de 97 se entregaron los de Tezcoco a Chimalpopoca, y en el mismo año se ganó Tulancingo, y estuvieron los mexicanos un año en ganarle. El año 99 fueron los de Tlatelolco a Tula, y como se habían muerto y dejado allí su dios que se decía

Tlalahuepan, tomaronlo y trajeronlo a Tlatelolco. El año 105 de la fundación de México murió Tezozomoc, señor de Azcapotzalco y como Maxtlaton, hijo de Tezozomoc, era señor de Coyohuacan en vida de su padre, y como su padre muriese, vino a ser señor de Azcapotzalco: éste mandó que todos se alzasen contra México y como Chimalpopoca, señor de México vio que la tierra se le alzaba, se mató, y muriendo, alzaron los de México por señor un su hermano dicho Izcoatzin, y como Tlacateotzin, señor de Tlatelolco vio el gran poder y mando que tenía el señor de Azcapotzalco, huyó de él, pero no le aprovechó, porque lo alcanzaron junto a la puente de Xaltocan y allí le mataron, y fue porque antes que fuese señor de Azcapotzalco, el señor de Tlatelolco tuvo acceso con su mujer, y por eso le mandó matar; y este año Nezahualcoyotzin huyó de Tezcoco, porque los de Tezcoco se alzaban contra los de México. El año siguiente de 106 los de la tierra procuraron hacer guerra contra México por mandado del señor de Azcapotzalco; pero un principal de Azcapotzalco, llamado Totolayo movió paz con los de México el año de 108, y los de México no quisieron, si no matasen al señor de Azcapotzalco; y visto que por causa de la paz no podían hacer otra cosa, procuraron de lo matar, y así lo hicieron (El año 109 se alzó el Tlatelolco) y el año 112 se vinieron a dar a los mexicanos. Luego el año siguiente de 113 Cuauhtlatotzin, señor de Tlatelolco, se alzó contra México, y luego le aparecieron una noche un dios de los que tenía, entre sueños, y le dijo que había fecho mal, y por eso se dio a México, y los de México no lo quisieron matar, sino diéronlo a los suyos que lo matasen, los cuales lo mataron. El año de 117 los de México ganaron a Cuautitlan, y el año siguiente murió Ixcoatl, y alzaron por señor a Moctezuma el viejo. El año 125 de la fundación de México se renovó y se hizo muy grande el Huichilobos.

El año 128 por su pascua del pan, cayó tanto hielo en México, que se cayeron las casas y se heló la laguna. En el año de 132 hubo gran hielo y hambre, tanto que en el año siguiente se ordenó que el que tomase alguna mazorca de maíz, aunque fuese suyo el maizal, muriese por ello. El año 136 hizo Moctezuma el viejo una rodela de piedra, la cual sacó Rodrigo Gómez, que estaba enterrada a la puerta de su casa, la cual tiene un agujero en medio, y es muy grande, y en aquel agujero ponían los que tomaban en la guerra atados, que no podían mandar sino los brazos, y dábanle una

rodela y una espada de palo, y traían tres hombres, uno vestido como tigre, otro como león, otro como águila y peleaban con él hiriéndole; luego tomaban un navajón y le sacaban el corazón y así sacaron los navajones con la piedra, debajo de aquella rueda redonda y muy grande; y después los señores que fueron de México hicieron otras dos piedras, y las pusieron, cada señor la suya, una sobre otra, y la una habían sacado, y está hoy día debajo de la pila de bautizar, y la otra se quemó y quebró cuando entraron los españoles; y los primeros que esta piedra estrenaron fueron los de Coaiztlahuca.

En el año 139 se ganó Coaiztlahuaca y trajeron muchas joyas a Moctezuma. En el año 141 ganaron los de México a Cuetlastla. En el año 147 murió Moctezuma y alzaron por señor a Axayactzin, hijo de Moctezuma. En el año 151 se dio a México Moquiuhix, señor de Tlatelolco, y en el año siguiente se alzaron los de Cuetlastla, porque enviaron veinte hombres por el tributo y metieronlos en una casa llena de ají y echáronles fuego; pero luego el año de 153 los fueron a ganar. El año siguiente, Axayacatzin hizo señor de Malinalco a Citlalcoatzin. El año de 155 Axayacatzin prendió tres hombres por su persona y fue herido, y así ganó a Matalcingo por su persona. El año siguiente 159 murió Axayacatzin y hicieron señor de México a su hermano Tixzozicatzin.

El año siguiente de 160 procuraron de hacer muy grande el Huichilobos, y hasta los niños trabajaban en él. El año siguiente hicieron la fiesta del templo de Huichilobos con la sangre de los Matalcingos y de los de Tlautla, porque mataron muchos. En el año 164 murió Tizoc, y alzaron por señor de México a su hermano menor Ahuiztotzin. El año siguiente se acabó el Huichilobos por Ahuiztotzin y mató muchas gentes por ello. El año de 176 creció tanto el agua de la laguna, especialmente el río de Coyohuacan, que se anegaron todas las casas y llegó a la primera cinta del Huichilobos, y las casa que eran de adobe cayeron, y dicen que venía el agua negra y llena de culebras, y que lo tuvieron por milagro. El año de 180 murió Ahuiztotl y fue luego señor su hermano Moctezuma, el que fue postrero señor. El año 182 hizo Moctezuma un templo a Quetzalcoatl, a do ahora es la casa del Obispo, y cubrió lo alto de paja. El año siguiente cayó un rayo y lo quemó: dicen que los rayos los envía Tlaloc, dios del agua. Hizo un templo muy grande a honor de Centeatl, hijo de Piciutetl. El año de 184 mataron los de México muchos de Zozola que

tomaron en guerra y puestos como en aspa entre dos palos los flecharon, y cada año hacían esta fiesta. El año de 185 de la fundación de México se cumplieron los cincuenta y dos años e hizo Moctezuma la postrera fiesta. En el año 189 les apareció una señal en el cielo que nacía de encima del volcán y venía por encima de la ciudad, y era blanca y de dos brazas en ancho, y procuró Moctezuma de querer saber qué cosa era, y los sabios le decían que había de morir aquel año, y pareció que fue el año que los cristianos aparejaron para venir a esta tierra. El año 193 cercaron los de Tlaxcala a los de Huejotzingo y estaban en necesidad de hambre, y Moctezuma los socorrió y trajo a México algunos, y a otros puso para su defensa allí, y pidióles a Camaxtli su dios, y porque se lo pedía se tornaron a alzar, y vinieron los de México y dejaron ir lo que traían a la ciudad, y los de Huejotzingo mataron las mujeres que tenían de México, que estaban casadas con los de Huejotzingo, y a sus hijos, por ser de México. En el año siguiente murió Nezahualpilli, señor de Tezcoco, y estuvo un año sin señor Tezcoco, y después eligieron por señor a Cacamatzin, hijo del muerto.

El año de 196 en Coatzacoalcos vinieron dos navíos y fueron recibidos en la Veracruz de paz, y envió Moctezuma un su calpisque a verlos, y luego dijo Moctezuma que estos eran sus dioses, no estuvieron los navíos en Coatzacoalcos sino tres días, y en la Veracruz siete días, y dijeron que desde a un año vendrían: el día que llegaron a Coatzacoalcos se dice Cetochtli. El puerto de la Veracruz se decía Chalchicuecan. El año de 197 vino el Marqués a la Nueva España, y Moctezuma le envió un mensajero a la Veracruz y le envió muchas rodelas y plumajes, y un sol de oro y una estrella de plata: entendiase con los indios por una lengua dicha Marina. Después vino el Marqués a Zempoala y recibieronlo con trompetas. Fue a Tlaxcala y saliéronle de guerra, y mataron los que salieron; e siendo informado el Marqués de los de Tlaxcala que le querían matar los de Cholula, los juntó en un patio y los mató. Dicen que estando el Marqués en Cholula envió a Alvarado a la provincia de Chalco, y volvió y dijo que era mala tierra y mala gente y que se volviese: entonces Tamayo, señor de Cempoal, dijo que no, sino que fuese a México do estaba Moctezuma muy rico, que todo lo que tenía era de oro, y que se decía señor. Estuvo el Marqués cuarenta días en Cholula. Vino de parte de Moctezuma Huitznahuac, Andrés de Tapia que venía con el Marqués, por mandado de

Moctezuma; y porque dijo al Marqués le daría mucho oro y plata porque se volviese, lo hizo prender el Marqués, que causó mucho miedo en Moctezuma. El Marqués fue a México y de a tres días que llegó hizo prender a Moctezuma. El año de 198, y aquel año se celebraba la fiesta de Huichilobos. Murió Moctezuma de una pedrada que le dieron los suyos, y no le quisieron oír, antes le dijeron mucho mal, y pusieron en su Huichilobos vigas y los más valientes, y cuando fueron los cristianos no pudieron manearlos y murieron todos. Salióse una noche el Marqués y fuese a Tlaxcala, y fue recibido a Xicotencatl, señor de ella. Muerto Moctezuma, los de México hicieron señor a Cuitlahuac, señor de Ixtapalapa, hermano de Moctezuma; fue señor ochenta días, dieron viruelas en todos los indios y murieron muchos, antes que tornasen a ganar la ciudad.

HERNANDO COLON

Nació en Córdoba el 15 de agosto de 1488, falleció en Sevilla el 12 de julio de 1539.

Hijo del descubridor del Nuevo Mundo. Con filial amor y admiración por su progenitor, escribió la *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*, y en su memoria fundó la Biblioteca Colombina, en la que reunió numerosas y valiosas obras referentes a los esfuerzos y hazañas de su padre.

Redactó la biografía de su padre entre 1537 y el 12 de julio de 1539.

Buena biografía de don Hernando es la de Henry Harrise. *Fernando Colomb. su vie. ses oeuvres*. Paris. 1872. Traducida por Alfonso Ulloa.

La *Vida* o *Historias* del Almirante escrita por su hijo don Hernando, ha sido sometida a duras críticas, poniendo en entredicho su autenticidad. Sin embargo, a partir de las ediciones de la *Historia de las Indias* del P. Las Casas, diversos autores asentaron su veracidad para el conocimiento colombiano. La primera edición es la de Venecia de 1571, y la más correcta dotada de excelente bibliografía es la siguiente: Fernando Colombo, *Le Historie della vita e dei fatti di Cristoforo Colombo per D. Fernando Colombo suo figlio, a cura: di Rinaldo Caddeo con studio introduttivo, note, appendici e numerose carte e incisioni*, Milán, 1930. Información general al día la otorga José Torre Revello, "Don Hernando Colón. Su vida, su biblioteca, sus obras" en *Revista de Historia de América*, No. 19, México, junio de 1945, p. 1-59. Ved también Emiliano Jos, "Las impugnaciones a la Historia del Almirante", en *R. de I.*, Madrid, 1942, No. 8, p. 189-221, y el brillante trabajo de Alejandro Cionarescu, *Primera biografía de Cristóbal Colón, Fernando Colón y Bartolomé de las Casas*, Tenerife, 1960. El estudio de Ramón Iglesia que precede a la edición utilizada por nosotros es igualmente relevante.

Fuente: Hernando Colón. *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón, escrita por su hijo...* Edición, prólogo y notas de Ramón Iglesia. México, Fondo de Cultura Económica, 1947, 344 p. (Biblioteca Americana).

RETRATO DE COLON

El Almirante fue hombre bien formado y de estatura más que mediana, la cara larga, los pómulos algo salientes, sin declinar a gordo ni a macilento. Tenía la nariz aguileña, los ojos garzos, la color blanca y encendida. En su mocedad tuvo

los cabellos rubios, pero cuando llegó a los treinta años, todos se le pusieron blancos. En el comer y el beber, y en el adorno de su persona, era muy comedido y modesto. Afable en la conversación con los extraños y muy agradable con los de casa, si bien con modesta gravedad. Fue tan observante en las cosas de la religión que podría tenersele por profeso en la manera de observar los ayunos y de rezar el oficio divino. Fue tan enemigo de juramentos y blasfemias que yo juro que jamás le oí echar otro juramento que por San Fernando. Y cuando más airado se hallaba con alguno, su reprehensión era decirle “de vos a Dios, ¿por qué hiciste o dijiste esto?” Y si alguna cosa tenía que escribir, no tomaba la pluma sin escribir primero estas palabras: *JESUS cum MARIA sit nobis in via*; y con tal carácter de letra, que con sólo aquello podría ganarse el pan.

Dejando las otras particularidades de sus hechos y costumbres, que en el curso de la historia podrán mencionarse a su debido tiempo, pasemos a hablar de la ciencia a que más se dedicó. Digo, pues, que en su tierna edad aprendió las letras, y estudió en Pavía lo bastante para entender a los cosmógrafos, a cuya lección fue muy aficionado; por lo cual se dedicó también a la astrología y la geometría. Pues estas ciencias están tan relacionadas, que no puede estar la una sin la otra; y también porque Ptolomeo, en el comienzo de su *Cosmografía*, dice que nadie podrá ser buen cosmógrafo sin ser dibujante, aprendió también el dibujo, para situar las tierras y formar los cuerpos cosmográficos en el plano y en la esfera.

De los ejercicios en que se ocupó el Almirante antes de venir a España

Teniendo ya el Almirante conocimiento de dichas ciencias, comenzó a dedicarse a navegar y a hacer algunos viajes por Levante y Poniente. De los cuales, y de otras muchas cosas de aquellos primeros días no tengo plena noticia, puesto que él murió cuando aún no tenía yo ni atrevimiento ni familiaridad bastantes, por el respeto filial, para osar preguntarle tales cosas; o para hablar con más verdad, porque entonces me encontraba yo, como muchacho, muy lejos de semejante idea. Pero en una carta que escribió a los Serenísimos Reyes Católicos el año 1501, a quienes no se habría atrevido a escribir sino lo que la verdad exigía, dice las palabras siguientes:

“Muy altos Reyes: De muy pequeña edad entré en la mar,

navegando, y lo he continuado hasta hoy. La misma arte inclina, a quien la prosigue, a desear saber los secretos de este mundo. Ya pasan de cuarenta años que yo soy en este uso. Todo lo que hasta hoy se navega he andado. Trato y conversación he tenido con gente sabia, eclesiásticos y seglares, latinos y griegos, judíos y moros, y con otros muchos de otras sectas. A este mi deseo hallé a Nuestro Señor muy propicio, y hube de él para ello espíritu de inteligencia. En la marinería me hizo abundoso; de astrología me dio lo que abastaba, y así de geometría y aritmética, e ingenio en el ánima y manos para dibujar esta esfera, y en ella las ciudades, ríos y montañas, islas y puertos, todo en su propio sitio. En este tiempo he yo visto y puesto estudio en ver todas escrituras: cosmografía, historias, crónicas y filosofía y de otras artes, de forma que me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable, a que era hacadero navegar de aquí a las Indias, y me abrazó la voluntad para la ejecución de ello, y con este fuego vine a Vuestras Altezas. Todos aquellos que supieron de mi empresa, con risa y burlando la negaban. Todas las ciencias que dije no aprovecharon, ni las autoridades de ellas. En sólo Vuestras Altezas quedó la fe y constancia.”

En otra carta que escribió desde la Española a los Reyes Católicos en el mes de enero de 1495, contándoles las variedades y errores que suelen encontrarse en las derrotas y pilotajes, dice:

“A mí acaeció que el Rey Reinel, que Dios tiene, me envió a Túnez, para prender la galeaza *Fernandina*, y estando ya sobre la isla de San Pedro, en Cerdeña, me dijo una saetía que estaban con la dicha galeaza dos naos y una carraca, por lo cual se alteró la gente que iba conmigo, y determinaron de no seguir el viaje, salvo de se volver a Marsella por otra nao y más gente. Yo, visto que no podía sin algún arte forzar su voluntad, otorgué su demanda, y mudando el cebo del aguja, di la vela al tiempo que anochecía, y, otro día, al salir el sol, estábamos dentro del cabo de Cartagena, tenido todos ellos por cierto que íbamos a Marsella.”

Asimismo en una memoria o anotación que hizo para demostrar que las cinco zonas son habitables, probándolo con la experiencia de las navegaciones, dice:

“Yo navegué el año de 1477, en el mes de febrero, ultra Tile, isla, cien leguas, cuya parte austral dista de la Equinoccial setenta y tres grados, y no sesenta y tres, como algunos dicen; y no está dentro de la línea que incluye el

Occidente, como dice Ptolomeo, sino mucho más occidental. Y a esta isla, que es tan grande como Inglaterra, van los ingleses con mercaderías, especialmente los de Bristol. Y al tiempo que yo a ella fui, no estaba congelado el mar, aunque habían grandísimas mareas, tanto que en algunas partes, dos veces al día, subía veinticinco brazas, y descendía otras tantas en altura.”

Verdad es que Tule, de quien Ptolomeo hace mención, está en el sitio donde él dice, y hoy se llama Frislandia. Y más adelante, probando que la Equinoccial es habitable, dice:

“Yo estuve en el castillo de San Jorge de la Mina, del rey de Portugal, que está debajo de la Equinoccial; y soy buen testigo de que no es inhabitable, como quieren algunos.”

Y en el libro del primer viaje dice “que vio algunas sirenas en la costa de la Manegüeta, aunque no eran tan semejantes a las mujeres como las pintan”, y en otro lugar, dice: “Navegando muchas veces desde Lisboa a Guinea, consideré diligentemente, que el grado corresponde en la tierra a cincuenta y seis millas y dos tercios”; y más adelante dice que en Chíos, isla del Archipiélago, vio sacar almáciga de algunos árboles; y en otra parte dice: “Veintitrés años he andado por el mar sin salir de él por tiempo que deba descontarse; vi todo el Levante y todo el Poniente” que dice por navegar hacia el Septentrión, esto es, Inglaterra, “y he navegado a Guinea. Pero en ninguna parte he visto tan buenos puertos como éstos de la tierra de las Indias”.

Más adelante afirma que empezó a navegar de catorce años, y que siempre anduvo en el mar. En el libro del segundo viaje, dice: “Yo me he hallado traer dos naos y dejar la una en el Puerto Santo a hacer un poco, en que se detuvo un día, y yo llegué a Lisboa ocho días antes que ella, porque yo llevé tormenta de viento de Sudoeste, y ella no sintió sino poco viento Nordeste, que es contrario.”

De manera que por estas autoridades o testimonios, podremos entender cuán experimentado fue el Almirante en las cosas del mar, y las muchas tierras y lugares por los que anduvo antes de dedicarse a la empresa de su descubrimiento.

El mes de mayo de 1505 salió para la corte del Rey Católico; porque ya el año antes había pasado a mejor vida la gloriosa reina Doña Isabel; por lo que no poco valor mostró el Almirante, pues ella había sido quien lo apoyaba y favorecía, habiendo hallado siempre al rey algo seco y contrario a sus negocios. Esto se vio claro en la acogida que le hizo. Pues

aunque en apariencia le recibió con buen semblante y simuló volverlo a poner en su estado, tenía propósito de quitárselo totalmente, si no se lo hubiese impedido la vergüenza que, según hemos dicho, tiene gran fuerza en los ánimos nobles. Su Alteza misma y la Serenísima Reina lo habían mandado, cuando partió al mencionado viaje. Pero dando ya entonces las cosas de las Indias muestra de lo que habían de ser, y viendo el Rey Católico la mucha parte que en ellas tenía el Almirante en virtud de lo que con él se había capitulado, intentaba quedarse con el dominio absoluto de las Indias, y poder proveer a su modo y voluntad aquellos oficios que tocaban al Almirante. Por lo que comenzó a proponerle nuevos capítulos de recompensa. A lo que no dio lugar Dios, porque entonces el Serenísimo Rey Felipe I vino a reinar a España. Y al tiempo que el Rey Católico salió de Valladolid para recibirle, el Almirante, muy agravado de su gota y del dolor de verse caído de su estado, agravándolo también otros males, rindió su alma a Dios el día de su Ascensión a 20 de mayo de 1506, en la susodicha villa de Valladolid, habiendo antes recibido con mucha devoción todos los sacramentos de la Iglesia y dichas estas últimas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*. El cual, por su alta misericordia y bondad, tenemos por cierto que lo recibió en su gloria: *Ad quam nos cum eo perducatur. Amen*.

Su cuerpo fue llevado después a Sevilla, y enterrado en la iglesia mayor de aquella ciudad con pompa fúnebre. De orden del Rey Católico, para perpetua fama de sus memorables hechos y descubrimientos de las Indias, se puso un epitafio en lengua española, que decía así:

A CASTILLA Y A LEON
NUEVO MUNDO DIO COLON

EL CONQUISTADOR ANONIMO

Se ignora quien pudo haber sido el autor de una *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la Gran Ciudad de Tenustitán, México, hecha por un gentilhomme del Señor Fernando Cortés*. Algunos pensaron en Francisco de Terrazas, otros en Alonso de Ulloa. Quien primero la publicó fue Gianbattista Ramusio en *Della navigazione et viaggi...* volumen III, Venecia, 1556. Posteriormente lo editó Henri Ternaux Compans en sus *Voyages, relations et memoires originaux pour servir a l'histoire de la decouverte de l'Amerique...* París, 1837-41, X-49-105.

A Clavijero se le señala como el autor del nombre de "el conquistador anónimo", nombre que ha llegado hasta el día. García Icazbalceta la publicó en su *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de México*, 1858, I-569-598 y a partir de ahí se han hecho varias ediciones, entre otras la debida a Edmundo O'Gorman y Justino Fernández en su célebre colección Alcanía.

Otro estudio acerca de él es el de Federico Gómez de Orozco, "El conquistador anónimo" en *Historia Mexicana*, México, 1953, No. II, p. 401-411, a quien se debe la advertencia preliminar de la edición más reciente, México, José Porrúa e hijos, 1961, 131-1 p. ils. (Biblioteca José Porrúa Estrada de Historia Mexicana. Primera serie. La Conquista V).

Fuente: El Conquistador Anónimo. *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran Ciudad de Temestitán, México, hecha por un gentilhomme del señor Fernando Cortés*. México, José Porrúa e Hijos, Sucs., 1961. 133 p. facs. (Biblioteca José Porrúa Estrada de Historia Mexicana. Primera Serie, La Conquista V), p. 41-47.

LA MILICIA AZTECA

La gente de esta provincia tiene buena disposición, más bien alta que baja; son todos de color trigueño, como pardos, de buenas facciones y gestos; son en su mayor parte muy diestros, gallardos e infatigables y, por otra parte, es gente que se mantiene con poco alimento. Es gente muy belicosa y con la mayor resolución se disponen a morir. Solían tener grandes guerras y muchas diferencias entre sí y a todos aquellos que caían prisioneros en la guerra, o se los comían, o los hacían esclavos. Cuando los enemigos iban a poner sitio a

algún pueblo, si los asediados se rendían sin oponer resistencia o guerra quedaban solamente como vasallos de los vencedores, pero si eran tomados por la fuerza, quedaban todos como esclavos. Tienen su orden en la guerra, pues tienen sus capitanes generales y tienen sus capitanes particulares de cuatrocientos y de doscientos hombres; cada compañía tiene su alférez con su bandera en asta, de tal modo atada a la espalda que no le hace estorbo ninguno para combatir ni para hacer lo que quiera, y la lleva tan bien ligada al cuerpo que, si no hacen pedazos su cuerpo, no se la pueden desatar ni quitar en modo alguno. Tienen por costumbre gratificar y pagar muy bien a aquellos que sirven bien en la guerra y a los que se dan a conocer señaladamente con alguna hazaña, aunque sea entre ellos el más vil esclavo lo hacen capitán y señor y le dan vasallos y lo estiman, de tal modo que, por dondequiera que va lo sirven y le tienen tal respeto y reverencia como al propio señor, y a esa persona que se ha distinguido le hacen una señal en los cabellos para que sea conocido por la hazaña que hizo y todos lo adviertan claramente, porque no acostumbran llevar gorros, y cada vez que hace alguna acción notable le ponen, en testimonio de su valor, otra señal semejante y los señores le conceden siempre otras gracias.

De las armas ofensivas y defensivas que tienen

Las armas defensivas que llevan a la guerra son ciertos sayetes a guisa de jubones, de algodón acolchado, tan grueso como un dedo y medio y a veces de dos dedos, que vienen a ser muy fuertes, y sobre ellos llevan otros jubones y calzas, todos de una pieza, que se atan por la parte de atrás y son de una tela gruesa, y el jubón y las calzas están cubiertos por encima con plumas de diversos colores que resultan muy galanas y una compañía de soldados las llevan blancas y rojas y otros azules y amarillas y otros de diversas maneras. Los señores llevan encima ciertos sayetes como sacos, que entre nosotros se usan de malla, pero allá son de oro o de plata sobredorada, y el vestido que llevan de pluma es de fuerza proporcionada a sus armas, para que no entren flechas ni dardos, antes bien los rechazan sin recibir herida, ni aún las espadas pueden atravesarlos: llevan en la cabeza, por defensa, unas cosas como cabezas de serpiente, o de tigres, o de leones, o de lobos, con sus quijadas, y la cabeza del hombre

queda metida en la cabeza del animal, como si [éste] lo quisiera devorar; son de madera y sobre ellas van plumas y planchas de oro, cubiertas de piedras preciosas, que es cosa maravillosa de ver. Llevan rodela de diversas maneras, hechas de buenas cañas macizas, que son en aquel país tejidas con algodón grueso doble y encima ponen plumas y planchuelas redondas de oro y son tan fuertes que, si no es una buena ballesta no les pasa; sin embargo, hay algunas que las pasan, mas las flechas no les hacen daño; y por acá en España se han visto algunas de esas rodela, digo que no son de las que llevan a la guerra, sino de las que llevan en sus fiestas y bailes que acostumbran hacer. Las armas ofensivas son arcos y flechas y dardos, que tiran con una ballesta hecha de otro leño, los hierros que tienen en la punta son o de piedra dura o de un hueso de pescado que es muy fuerte y agudo. Algunos dardos tienen tres puntas, con las cuales hacen tres heridas; también en una maza insertan tres puntas de varilla con sus hierros de la manera antes dicha y así de un golpe producen tres heridas de una lanzada. Tienen espadas que son de esta manera: hacen una espada de madera como montante, aun cuando no es tan larga la empuñadura, pero de tres dedos de ancha y en la hoja de ella le dejan ciertas canaladuras en las cuales encajan unas navajas de piedra dura que cortan como una navaja de Tolosa. Yo vi un día que, luchando, dio un indio una cortada a un caballo en el pecho, sobre el cual iba un caballero con el que combatía, que se lo abrió hasta el interior y cayó muerto al punto; y el mismo día vi que otro indio dio una cuchillada a otro caballo en el cuello que lo tendió muerto a sus pies. Tienen hondas con las cuales tiran muy lejos y muchos, o la mayor parte de ellos, llevan toda esta suerte de armas con las que combaten, y es una de las cosas más bellas del mundo verlos en la guerra con sus escuadrones, porque van maravillosamente en orden y muy galanes y parecen tan bien que no hay más que ver. Hay entre ellos hombres valientísimos y que se atreven a morir absolutamente resueltos. Yo he visto a uno de ellos defenderse valerosamente de dos caballos ligeros, y a otro de tres y cuatro, y no pudiendo [los españoles] matarlo, uno de ellos, por desesperación, le lanzó la lanza, y éste, antes que le alcanzara, la cogió en el aire y combatió con ella más de una hora hasta que se acercaron dos peones que lo hirieron de dos o tres flechazos; volvióse contra uno de ellos, pero el otro de los peones lo abrazó por detrás y le dio de puñaladas. Al tiempo

que combaten cantan y bailan y a veces dan los más fieros gritos y silbidos del mundo, especialmente si conocen que llevan ventaja; es cosa cierta que, para aquellos que no los han visto combatir, ponen gran terror con sus gritos y [su] bravura. Es la gente más cruel que puede encontrarse en la guerra, porque no perdonan ni a hermano ni a pariente ni a amigo y les quitan la vida aun cuando sean mujeres hermosas, que a todos matan y se los comen; cuando no pueden llevarse el botín y los despojos del enemigo lo queman todo. Sólo a los señores no era lícito matarlos, pero se los llevan prisioneros bajo buena custodia y después, preparada una fiesta, en medio de la plaza de la ciudad, había ciertos circuitos amurallados de cal y piedras macizas, tan altos como estatura y media de un hombre, y ascendían a ellos por gradas y arriba había una plazoleta redonda, como juego de tejo, y en medio de esa plazoleta había asentada una piedra redonda, con un agujero en medio, allí subía el señor prisionero y lo amarraban con una cuerda larga y delgada del tobillo y le daban una espada y una rodela, y así venía a combatir con él aquél que lo había aprisionado y si éste que lo había aprisionado tornaba de nuevo a vencerlo, era tenido por hombre valerosísimo y le ponían una señal por la valiente prueba que había dado y el señor le concedía una gracia; si el señor prisionero lo vencía a él y a otros seis, de manera que fuesen en número de siete, lo daban en libertad y se obligaban a restituirlo todo lo que le habían quitado en la guerra. Y sucedió que combatiendo un día los de un señorío llamado Huecicingo con los de otra ciudad llamada Tula, el señor de Tula se metió tanto entre los enemigos que se perdió de los suyos y aunque hizo cosas maravillosas con sus armas, cargaron tanto los enemigos sobre él que lo hicieron prisionero y lo condujeron a su ciudad, e hicieron, según su costumbre, su fiesta, poniéndolo en el circuito, y vinieron a combatir contra él siete hombres, a los cuales mató uno por uno, estando amarrado según la costumbre. Visto esto por los de Huecicingo pensaron que si lo soltaban, siendo tan valiente guerrero y de gran ánimo, no descansarían hasta tanto que los hubiese destruido, por lo que se resolvieron a matarlo, y así lo hicieron, de cuyo hecho les quedó [una nota de] infamia grande de traidores y desleales, por haber quebrantado la ley y costumbre contra aquel señor y por no haber observado con él todo lo que se solía observar con los que eran señores.

AH NAKUK PECH

Nació hacia 1490.

Descendiente de los señores de Chicxulub y de Conkal denominados los Pech, que fueron llevados por los Cocom para destruir Uxmal, era ya señor de Chac Xulub Chen en 1519 al llegar los españoles a esas tierras, lo que significa que debió haber tenido cerca de treinta años. Su Historia va de 1511 a 1562 aproximadamente y representa el testimonio más patente del peso de la conquista que recayó sobre los naturales.

La Crónica perteneció a don Juan Pío Pérez, quien la tenía entre varios *Documentos de Chicxulub, 1542*. Fue aprovechada fragmentariamente por Brasseur de Bourbourg al editar el *Códice Troano* y por Daniel G. Brinton en *The Maya Chronicles* en 1882, así como por otros mayólogos. La versión más pulcra y el estudio más detenido es el de Héctor Pérez Martínez que nos sirvió como fuente. La publicó posteriormente Agustín Yáñez en *Crónicas de la Conquista*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1939, 215-[2] p. ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 2), p. 191-215. Miguel León Portilla en *Las Literaturas precolombinas de México*, México, Editorial Pormaca, 1964, X-205 p., p. 183 y ss. la estudia y compara con otros fragmentos de los *Anales de los Cakchiqueles* y un texto chontal publicado por France V. Scholes y Ralph L. Roys, *The Maya Chontal Indians of Acalan-Tixchel*. Washington, Carnegie Institution, 1498, (Publication 560).

Fuente: Ah Nakuk Peck. *Historia y Crónica de Chac-Xulub-Chen*. Prólogo, versión y notas de Héctor Pérez Martínez. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1936. 66 p.

HISTORIA Y CRONICA DE CHAC XULUB CHEN

1. Era la quinta división del *Katún II Ahau*, cuando se asentaron los españoles en la gran ciudad de *T-Hó*. A saber, en el 9 *Ahau*. Este fue el momento de la entrada del cristianismo. A saber, nuestros señores los españoles vinieron a esta tierra en 1511 años.
2. Yo soy *Nakuk Pech*, descendiente de los antiguos hidalgos conquistadores de esta tierra, en la región de *Maxtunil*. Yo fui puesto para guardarlo por mi señor *Ah Nahum Pech*. Y de buena voluntad hago aquí la crónica y la historia de *Chac Kulub Chen*. Yo fui el primero

- en recibir la gobernación de esta tierra que tiene dos provincias: *Chichinica* y *Chac Xulub Chen*.
3. Yo, por mi nombre, soy *Nakuk Pech* y no porque entrase el agua en mi cabeza. Soy hijo de *Ah Kom Pech*, don Martín Pech, del pueblo de *Xulkúm Cheel*. Nosotros fuimos puestos a gobernar en la cabecera de los pueblos por mi señor *Ah Naum Pech*, del pueblo de *Motul*. Cuando yo fui puesto a gobernar en *Chac Kulub Chen*, aún no venían los españoles a esta tierra de Yucatán; y yo era príncipe en este pueblo, en esta tierra de *Chac Xulub Chen*, cuando llegó nuestro señor el Adelantado a la comarca, en 1519 años. Nosotros les recibimos con palabras de paz y dimos tributos y veneración y alimentos a los capitanes de los españoles; el cual Adelantado vino hasta *Maxtunil* donde residía *Nachi May*. A su llegada nosotros les llevamos presentes con la intención de que estuviesen contentos para que no entrasen en toda la extensión de la tierra. Desde el primer momento ellos dieron la vuelta y tres veces devastaron la tierra de *Maxtunil*. Entonces ellos se fueron a la puerta del mar de *Dzúlám*, donde estuvieran la mitad de tres años.
 4. Estando allá, nuestros padres se entregaron a ellos. El de nombre Adelantado regresó aquí, a la tierra, *Ixkakuk*, una muchacha de este nombre, les fue dada para servirles y para prepararles sus alimentos. Pero ellos comenzaron a ser hostilizados por los *cupules* y entonces se fueron a vivir a *Ecab-Kantenenkín*, nombre de la tierra donde residieron; y en ella estaban cuando fueron combatidos por los de *Écab*, y se marcharon y llegaron a *Cauacá*, y a ella entraron. De allá se pasaron a la ciudad que se nombra *Dzekóm*, de la que salieron y llegaron a la ciudad que se nombra *Tixcuumcuuc*. Y ellos partieron y llegaron a la ciudad que se nombra *Tinún* y todavía ellos siguieron buscando la nombrada *Chichén Itzá*. En ella pidieron al rey un sitio para aposentarse, y se les dijo: "Ése es el rey y señor." Les fue dicho: "Ése es el rey *Cocom Aun Pech*, *Namox Cheel*, rey *Cheel* de *Dzidzamtún*. Guerreros extranjeros, quedaos en estas casas de escaleras". Así se les dijo por mediación del *nacón Cupul*. Y ellos salieron de *Chichén Itzá*. Con ellos venía el príncipe *Ixcuat Cocom*, de *Aké*. "Señores, no podéis iros: os perderíais", les fue dicho por el príncipe *Ixcuat Cocom*. Y ellos volvieron sobre sus pasos y se fueron, y

llegaron por segunda vez a *Cauacá*, y ellos alcanzaron la puerta del estuario nombrado *Catzim*, donde termina el mar, y fueron y vinieron a *Dzelebná* que así se nombra allí donde por primera vez se asentaron la primera vez que vinieron a esta tierra.

5. Ellos estuvieron seis años en *Champton*, y después partieron para Campeche. Él, el de nombre Adelantado, el primer español, pasó por esas tierras. Ellos estaban en Campeche cuando pidieron tributo, y por esas órdenes que les dieron a los jefes de todos los pueblos, se establecieron los tributos. A causa de ellas, los que llevaban los tributos fueron allá por el mar. Entonces yo fui con mis compañeros *Ah Macán Pech*, y su hermano menor, *Ixkil Itzám Pech*, señor de la ciudad de *Conkal*, y mi padre que estaba en la ciudad de *Kulkúm Cheel*; éstos eran mis compañeros cuando yo fui con el tributo. Ellos lo vieron. También *Nachi May* nos acompañó porque él sabía que Él (el Adelantado) no hablaba nuestra lengua. Por eso fue que ellos llegaron primero a su casa cuando pasaron por el tributo: porque él era amigo de los españoles. Cuando el tributo era entregado a los capitanes de los españoles, nosotros recibimos abrigos y capas y zapatos y rosarios y sombreros, y fuimos muy festejados de los capitanes. Partimos cuando los españoles acabaron de distribuir los regalos. Y ya los vestidos que nosotros portábamos cuando nos fuimos, eran los abrigos y las capas que nos habían dado a *Ixkil Itzám Pech*, de *Conkal*, acompañado por *Ah Macán Pech*, de *Yaxkukul*, y de mi padre, *Ah Kom Pech*, que era el más grande entre todos; cuando nos fuimos.
6. Y yo, *Ixnakuk Pech*, por mi nombre, era el señor principal cuando ellos impusieron por la primera vez el tributo, cuando fuimos a *Campeche* a entregar el tributo. Todos nosotros volvimos para atrás cuando los españoles venían por el camino de *Campeche* hacia los pueblos, para asentarse en *Ichcanzihoo*, la ciudad grande de *T-Hó*. Cuando se oyó que los españoles venían por el camino de *Campeche*, nosotros fuimos a ellos para darles regalos, y por segunda vez les dimos el tributo. Y yo, *Ixnakuk Pech*, de este pueblo de *Chac Kulub Chen*, y *Ah Macán Pech*, del pueblo de *Yaxkukul*, e *Ixkil* y *Itzám Pech*, el principal señor de *Conkal*, y yo también, *Ixnakuk Pech*, señor de esta ciudad de *Chac Xulub Chen*,

entramos en el compromiso de darles por la segunda vez los regalos fijados en *Dzibilkal*. Y ellos los querían en abundancia y por la segunda vez les fueron dados, y pavos silvestres y miel y comidas sabrosas, y los recibieron en *Dzibilkal*, cuando entraron en la provincia de *T-Hó*. Fue don Francisco de Montejo, primer Capitán General el primero en venir a esta provincia de *T-Hó*, y don Francisco de Bracamonte y Francisco Tamayo y Juan de Pacheco y Perarberes. Estos capitanes vinieron en 1541 años.

7. En este año fue cuando estos capitanes vinieron a aposentarse en *T-Hó*. Fue antes de que ellos mandasen cuando vinieron a *T-Hó*. Entonces yo, *Ixnakuk Pech*, era el jefe; y cuando vinieron los españoles a *T-Hó*, yo pagué el tributo a los conquistadores en *T-Hó*. Y yo era el señor aquí, en la ciudad de *Chac Xulub Chen*. Entre tanto (vino) el escribano Rodrigo Álvarez en 1542 años.
8. Entonces el Adelantado comenzó a repartir los pueblos entre los conquistadores, y el escribano Rodrigo Álvarez escribió la lista de los tributos con lo que tocaba pagar a cada pueblo. Todos mis compañeros y los de mi linaje pagaron el grande tributo según la distribución de los tributos hecha cuando los capitanes, el Adelantado y el escribano Rodríguez Álvarez vinieron a *T-Hó*. Todos los de mi tierra y yo, *Nakuk Pech*, fuimos dados a don Julián Doncel, encomendero y nuevo señor de *Chac Xulub Chen*. El nuevo encomendero tomó mi mano delante del capitán don Francisco de Montejo. Yo, pues, fui dado en la mano a don Julián Doncel, y el tributo comenzó a ser pagado por mí a los Señores, los santos hombres.
9. Y, a saber, yo, *Nakuk Pech*, era el jefe cuando Álvarez, primer Alcalde Mayor, vino a *T-Hó*; y cuando vino Alvares de Carvayor, Alcalde Mayor; y después, cuando vino el Oidor don Tomás López, también yo era el jefe y me nombraba *Nakuk Pech*; pero cuando entró el agua en mi cabeza, y cuando recibí el bautismo, fui llamado don Pablo Pech y cesaron de nombrarme *Nakuk Pech*. Los jefes principales fuimos hechos hidalgos por los capitanes, cuando ellos se establecieron aquí, en la comarca, y fuimos los primeros en pagar el tributo a los señores extranjeros. Después, nos fue dado el poder por Dios y por el rey que gobernaba. Nosotros engendramos hidalgos y todos mis hijos lo serán hasta que el sol llegue

a apagarse, a destruirse. Y nosotros éramos los jefes principales en esta tierra cuando aún no había Santa Iglesia en estas regiones; cuando estas tierras no estaban gobernadas por los españoles; en los tiempos en que ellos no se reunían para la adoración. Y antes de que los hombres fuesen cristianos, yo gobernaba la región y los hombres, porque antes de recibir el cristianismo, yo, *Nakuk Pech*, era el jefe. Cuando recibí los santos óleos y la santa fe para enseñarla a quienes gobernaba, fui el primero en asir la vara en favor de la justicia para que se conociera la palabra de Dios, la palabra de nuestro gran príncipe y rey, el que reina. Entonces fue cuando nuestro señor el Oidor don Tomás López fue el primero que repartió los tributos entre los caciques de los pueblos. Y he aquí que, cuando satisfactoriamente entre nosotros el tributo estuvo establecido por el gobierno del Oidor don Tomás López, luego yo entregué mi vara a mi hijo, don Pedro Pech, en 1552 años.

10. Esta era la cuenta del año cuando, a saber, recibí de mi padre, *Nakuk Pech*, y Ursula Pech, su mujer, la vara, aquí en el pueblo de *Chac Xulub Chen*, para servir a Dios y a nuestro gran príncipe, el rey que reina; para gobernar este pueblo, a saber, aquí, en la provincia de *Chac Xulub Chen*.
11. He aquí que, con sus letrados y sus maestros de ceremonias, los del linaje antiguo de *Macán Pech* y *Ah Kom Pech*, llegaron a la ciudad de *Yaxkukul*, y a la de *Kulkúm Cheel*, y a la de *Maxtunil*. Y los súbditos de ellos que venían detrás llegaron a esta región. Con ellos vinieron sus sacerdotes, sus maestros de ceremonias, sus letrados y sus gobernadores, cuando llegaron a este país de *Yaxkukul*. Y así nosotros, también vinimos a este pueblo de *Chac Xulub Chen*. Y cuando nos aposentamos aquí, yo, a saber, *Ah Nakuk Pech*, fui puesto por mi padre, *Ah Kom Pech*, hijo de *Ah Tunal Pech*, del antiguo linaje de *Maxtunil*, para gobernar la tierra.
12. A saber, después vinieron a esta tierra, a esta provincia, los señores extranjeros; pero no eran los hombres mayas, en su corazón, para entregar su tributo a los señores extranjeros recién llegados. Inmediatamente los señores extranjeros, los españoles, contaron hasta el cabo las tierras gobernadas y lo que debía ser pagado. Yo, que soy *Ah Nakuk Pech*, fui el primero en recibir la

ciudad, aquí en la provincia, de *Chac Xulub Chen* cuando vinieron los (que fundaron) el mayorazgo, y sus súbditos y sus letrados y sus maestros de ceremonias y sus sacerdotes, a saber, y eran nombrados el letrado *Matú* y el letrado *Ché*; y vinieron sus sacerdotes, el sacerdote *Cocom* y el sacerdote *Takú*; y vinieron los maestros de ceremonias, el maestro de ceremonias *Nachán Cen* y el maestro de ceremonias *Kuluc*; así eran sus nombres. Los maestros de ceremonias eran los que gobernaban cuando vinieron aquí, a su tierra de *Maxtunil*, con el letrado *Chuc* y sus súbditos y los letrados. Son los que habitaron en el pueblo, aquí, de *Chac Xulub Chen*, cuando vinieron los soldados, los *nacones*, el *nacón Kan*, el *nacón Kuluc*, el *nacón Pot*, el *nacón May*, el *nacón Ek*, que así eran nombrados los *nacones* cuando yo gobernaba, cuando comencé a ser el señor, el príncipe *Nakuk Pech*; cuando vine aquí, a la tierra de *Chac Xulub Chen*. Y he aquí que, (recordando) las cosas que fueron pasadas, pongo, ay, fuerzas en mi corazón. Después vine a habitar aquí, a la ciudad, aquí, a la provincia de *Chac Xulub Chen*.

13. Yo, a saber, *Nakuk Pech*, era el señor cuando vine aquí a gobernar para hacer fuerte la ciudad de *Chac Kulub Chen*. En el pasado, los ancianos no tuvieron señal de que vendrían los españoles aquí, a la tierra; y la ciudad de *Chac Xulub Chen* no estaba fortificada. Y, a saber, de (improviso) fuimos enterados, por los rumores que se extendieron, de la llegada de los españoles a la gran ciudad de *T-Hó*, y de que los hombres de *Ah Ceh Pech* estaban recibiendo el cristianismo. Determiné reunir a todos los de la ciudad de *Chac Xulub Chen*, yo, don Pablo Pech, y mi padre don Martín Pech, conquistador de *Xulkúm Cheel*.
14. Y, a saber, entonces, a saber, fue que por este tiempo comenzaron la guerra contra los españoles los de *Ichmul*; y engañados fuimos detrás de la guerra yo y mi señor *Ah Macán Pech*, del antiguo linaje de *Yaxkukul*, e *Ixkil Izám Pech*, del antiguo linaje de *Conkal*. Fue cuando entró el tributo a los *cohuahues*. Gobernaban como dueños de la tierra los santos hombres cuando fuimos a hacer la guerra bebiendo todos hiel a causa de que nos odiaban los santos hombres. Durante seis (¿meses?), fui con mis compañeros detrás de los santos hombres, lle-

no de fatiga. Mi señor gobernaba por medio de los que son el tronco de las órdenes. Y fueron muchos quienes miraron cumplidos los sucesos que cuento dentro de mi información, a saber, para que sean conocidos por los de mi linaje y por mis hijos, y por los que vengan detrás hasta que tenga lugar la muerte aquí, en la tierra. Y, a saber, porque mi título, mi probanza me fue entregada por nuestro señor Dios y nuestro gran príncipe y rey, el que reina, no doy el tributo, no puedo pagar el tributo, ni lo pagarán mis hijos, ni mis hijas. Por el temor que hay en mi corazón, de él me ha librado nuestro padre Dios. Antes de que con mis ojos viese el rostro de los españoles, me entregué en sus manos y di las tierras todas de mi pueblo para que habitaran los capitanes y el Adelantado, cuando los nuevos conquistadores vinieron aquí, a la tierra de Yucatán. Y el año en que vinieron los señores extranjeros aquí, a la tierra de los cupules, fue en 1511 años.

15. En este tiempo no había sido visto ninguno de los señores extranjeros hasta que fue aprehendido Jerónimo de Aguilar por los de *Cozumel*. Y ésta, a saber, fue la causa de que se conocieran en la comarca, porque terminaron por caminar todos por la tierra; pero no todos palparon la tierra de la región. Entonces yo conté ante el príncipe que habían venido, en tanto que el príncipe *Ah Macán Pech*, don Pedro Pech, y sus súbditos, los del antiguo linaje, y sus *nacones* y todos los que les seguían se fueron detrás a saludar al príncipe para que conociera las caras de sus sirvientes. Y entonces cincuenta principales hombres fueron hacia donde está el príncipe y rey, el que reina, y le sirvieron en la mesa, allá lejos, en España, y éstos son los que se quedaron a servir detrás del rey, el que reina. Entonces ordenó el príncipe que todos pagaran los tributos, hijos, mis hijos, todos, hasta nosotros los *Ah Pech*, los del antiguo linaje de esta tierra, y los del antiguo linaje de los *cupules*. Y dio su alta orden para que se ordenaran las cuentas de las cosas y de los hombres mayas delante del príncipe, y vinieron y dividieron y se asentaron en la tierra. De este modo, nuestra tierra fue descubierta, a saber, por Jerónimo de Aguilar, quien, a saber, tuvo por suegro a *Ah Naum Ah Pot*, en *Cozumel*, en 1517 años. Este año se terminó de llevar el *katún*; a saber, se terminó de poner

- en pie la piedra pública que por cada veinte *tunes* que veían, se ponía en pie la piedra pública antes de que llegaran los señores extranjeros, los españoles, aquí, a la comarca. Desde que vinieron los españoles fue que no se hizo nunca más.
16. En 1915 años fue el primer año en que vinieron los españoles aquí, a *Cozumel*. En la tercera vez vinieron Fernando Cortés y Espoblaco Lara. Y fue el 28 de febrero que vinieron por la primera vez los que saben decir bien la palabra. Este año fue que vinieron a *Chichén* los comedores de anonas. Entonces, lo primero que conocieron los grandes españoles don Francisco de Montejo, el Adelantado, y los altos jefes, fue *Chichén Itzá*, donde se asentaron.
 17. En 1521 años, el día 31 de agosto, los españoles se adueñaron de la tierra de México después de que por tercera vez los hombres de todos los pueblos les hicieron la guerra aquí, en la ciudad de los *cupules*, cuando interrogaron a *Ah Ceh Pech* por lo de la matanza de *Zalibná*, y a su compañero el príncipe *Cen-Pot*, de *Tixkochoh*, en la ciudad de *Tecantó*, el lugar en *Kim Ich Kakmó*, *Itzmal*, la ciudad que era la igual de *Holtún Aké*. Este año, a saber, tuvo lugar por la segunda vez la llegada de los españoles a *Chichén Itzá*, cuando por segunda vez se aposentaron en *Chichén Itzá*: cuando vino el capitán don Francisco de Montejo, el que es justo y es severo; cuando vino el *nacón Cupul*. A los veinte años después de que llegaron a *Chichén Itzá* vinieron a la ciudad, cuando fueron nombrados comedores de anonas, chupadores de anonas.
 18. 1542 años fue el año en que se aposentaron los españoles en la tierra de *Ichcanzihoo* (lugar cuyo) *Chuncán* era el igual de *Kin Ich Kakmo*, sacerdote, y el príncipe, *Tutul Xiú*, príncipe de la ciudad de *Maní*, encogió la cabeza y se asentaron los del nuevo linaje. Fue, que entonces llegó y entró por primera vez el tributo, cuando ellos a saber, por la tercera vez vinieron a esta tierra y para siempre se asentaron; esto es, se aposentaron. Entonces, en la primera vez, cuando vinieron a *Chichén Itzá*, fue cuando por primera vez comieron anonas, y como no eran comidas estas anonas, cuando los españoles las comieron fueron nombrados comedores de anonas. La segunda vez que vinieron a *Chichén Itzá* fue

- cuando despojaron al *nacón Cupul*. En la tercera vez que vinieron fue cuando para siempre se asentaron y, a saber fue en 1542 años; año en que para siempre se aposentaron aquí, en la tierra de *Ichcanzihoo*, siendo el 13 *Kan* el porta-año, según la cuenta maya.
19. 1543 años fue el año en que los españoles fueron al norte (hacia la tierra de los) *cheeles* a buscar hombres mayas para siervos pues no había siervos, hombres esclavos en *T-Hó*. Ellos vinieron y buscaron hombres para esclavos en un momento. Cuando llegaron a *Popoce*, los que salieron de *T-Hó* impusieron pesados tributos cuando llegaron a *Popoce*. Y entonces fueron y vinieron a *Tikom* muchos días; y después de que llegaron a *Tikom*, a los veinte días, fue cuando, a saber, se partieron los españoles.
 20. Fue en 1544 años, a saber, el año en que se dio *Cauacá* al señor extranjero, al capitán *Asiesa*. En *Cauacá* fueron amontonados los señores y a causa del tributo ellos dieron miel, pavos silvestres y maíz. Estaban en *Cauacá*, después, cuando encerraron en la prisión al letrado *Caamal* de *Sisal*, y pidieron la cuenta de todos los pueblos. Un año lo tuvieron preso y el guió el camino de los españoles cuando fueron a la tierra de *Zací*. Este letrado *Caamal*, a saber, fue hecho príncipe de *Sisal*, en *Zací*, y lo nombraron don Juan *Caamal* de la Cruz porque hablaba muy verdaderamente. Fue el primero que adoró la cruz en *Cauacá* y tenía muchas palabras para los señores extranjeros. Y a saber, luego que fue entrado en el principado de *Sisal*, estuvo muchos días fijo en su cacicazgo cuando murió. Él, también, guió el camino de los españoles cuando les hicieron la guerra a los cochuahues. Los señores extranjeros estuvieron, a saber, un año aposentados en *Cauacá* y partieron y vinieron a *Zací* para siempre y encerraron a los hombres en la prisión para que lo viera el príncipe *Caamal*.
 21. A saber, en 1545 años se aposentaron los señores extranjeros en *Zací* y también este año comenzó el cristianismo por los padres de la orden de San Francisco, en la puerta del mar de *Champton*. Allí fue donde primero llegaron los padres que empuñaban a nuestro Redentor Jesucristo en sus manos, y así lo mostraban a los hombres esclavizados cuando primero vinieron a la puerta del mar de *Champton*, a saber, al poniente de esta provin-

cia nombrada *Ichcanzihoo*. Y, a saber, los nombres de estos padres que comenzaron el cristianismo aquí, en la tierra, en la comarca de Yucatán fueron, a saber, por sus nombres, Fr. Juan de la Puerta y Fr. Luis de Villalpando y Fr. Diego de Becal y Fr. Juan de Guerrero y Fr. Melchor de Benavente. Ellos fueron los que comenzaron el cristianismo aquí, al poniente de la región, cuando aún no venía el cristianismo aquí, a los *cupules*. Estábamos atrasados de que viniera el cristianismo, así como se dice, y fue cuando comenzó en nosotros, aquí en los *cupules*.

22. A saber, 1546 años fue el año en que sucedió lo de la hechicería. Se alzó la tierra. A los cuatro meses del nueve de noviembre llegó la paz. A nueve días de noviembre del año de 1546 años. A saber, cuatro meses fue el tiempo de la guerra. Cuando nació, a saber, hacia un año que los hombres corrieron después de que vinieron a juntarse por segunda vez y les entró el pago del tributo, cuando nació la guerra. Los hechiceros vinieron del poniente engañando a los hombres y promovieron la guerra a saber. El hechicero *Canul y Ah Caamal*, vinieron del poniente y un señor extranjero fue muerto y dos hijos de señores extranjeros que tenía Mena por pajes fueron muertos en *Comax*. Estaban abandonados. Después vinieron a *Zací*, sanos, todos los señores extranjeros. Cuando se levantaron en guerra contra ellos, a saber, entonces mataron al hechicero *Caamal* en *Tepekan*. *Ah Pakam* mató a Surujano arriba de *Nicté*. Por los de sus pueblos, una noche fue muerto el señor extranjero cuyos pies y manos eran débiles. Y una noche vino el día de guerra en toda la región.
23. 1547 años es el año en que naufragó el bajel de los negros de *Ecab*. Y vinieron los españoles a coparlos por el temor. Y les dieron la guerra a los negros en *Ecab*, después *Ekboxil*.
24. A saber, en 1548 años vino el padre ermitaño a *Zací*, a comenzar el cristianismo.
25. A saber, 1550 años fue el año en que se congregaron los pueblos todos que estaban atados y que tocaron a *Maní*.
26. En 1551 años fue que vino el padre guardián Fr. Fernando Guerrero a *Zací*, en *Sisal*. Fue que entró el agua en las cabezas de los hombres. Fue que comenzó el cristianismo aquí, en la comarca toda de *Zací*. Y vinieron

del poniente, de los *cheeles*, vinieron de *Ecab*, vinieron de *Cozumel*, vinieron del norte, vinieron del sur. Y luego fue cuando comenzó a ser plantado el monasterio de *Zací*, en *Sisal*.

27. A saber, 1552 años fue el año en que se establecieron los padres arriba del pueblo. Entonces fue el año en que vinieron los maestros de escuela y cantaron aquí, en *Sisal*. Vinieron del poniente y ellos enseñaron a cantar misa y vísperas y canto con órgano y flauta y canto llano que de ninguna manera conocíamos aquí, en nuestro asiento. A saber, 1553 años fue el año en que vino el Oidor Tomás López aquí, a la tierra de Yucatán. A saber, vino de Castilla, y llegó como mensajero de nuestro gran príncipe y rey, el que reina en Castilla, a protegernos de las manos de los españoles. Y puso término a que nos quemaran los perros; y puso término a que nos mordieran los perros. Y comenzó a poner príncipes de pueblo en pueblo. Y aquí dio la vara y aquí dio la medida de los nuevos tributos por la tercera vez. Cuando comenzó el tributo para los españoles, mantas, cera, pavos silvestres, maíz, cubos, sogas, sal de espuma, chile, frijoles, habas, ollas, comales y cántaros nosotros llevábamos. atentos al tributo, a nuestros amos, los señores extranjeros. Y era lo que nosotros pagábamos antes de que el Oidor diera la declaración de la cantidad. Después de que éste vino fue capturado el letrado *Chuc* por *Ah Macán Pech* cuando dejamos *Sisal*; y él prendió al letrado *Chuc*, porque éste impidió la captura de *Ah Ceh Pech* aquí, en *Cupul*. Y éste vino detrás del sacerdote *Pech*, de *Macán Pech*, como siervo de *Ah Macán Pech*, con sus *nacones*, a la comarca de *Yaxkukul*, a saber.
28. De 1519 años fue el año en que vinieron los españoles aquí, a la ciudad de nosotros los *At Ytzá*, aquí, a la tierra de Yucatán. Yo, don Pablo Pech, hijo de don Martín Pech conquistador de *Xulkum Cheel*, aquí, a saber, en *Maxtunil* y *Chac Xulub Chen*, señalé arriba el día, mes y año en que recibimos a los señores extranjeros con afecto y corazón. Y nosotros no dimos guerra contra ellos: don Juan de Montejo, el Adelantado, y los demás capitanes como son nombrados en el libro. Nosotros, los conquistadores, don Martín Pech, hijo de don Fernando Pech, don Pablo Pech, hijo de don Martín Pech, fuimos los primeros en recibir el cristianismo. A los trece días

de octubre de 1518 (?) entró el agua en la cabeza de quienes gobernábamos las ciudades congregadas en *Maxtunil*. Aquí entró el agua en las cabezas, el primer obispo de los hombres mayas, don Francisco Toral. Cuando por nuestro padre obispo entró el agua en las cabezas, éste, después, mostró las imágenes de los santos a los pueblos todos: imágenes de San Pedro y San Pablo y San Juan y San Luis y San Antonio y San Miguel y San Francisco y San Alfonso y San Agustín y San Sebastián y San Diego; y desearon los óleos. Entonces me nombré Pablo y hube de tomar los óleos.

29. Esta es la crónica de todo lo que reúno aquí, en los libros, para que los mismos hombres entiendan, y quien quiera saberlo después, el cumplimiento de la fama de nuestro alto príncipe Dios que tiene poder sobre todo. La declaración de que vinieron los españoles aquí, a la tierra, a saber, por la voluntad de nuestro señor Dios, el que reina aquí, en la comarca y, a saber, según las órdenes de nuestro amo y señor don Juan de Montejo y don Francisco de Monte(jo), que fueron los primeros en venir aquí, a la tierra. A saber, entonces fueron dadas las órdenes para el asiento de las iglesias en diversos lugares, en las cabezas de los pueblos, y la casa del pueblo, y el templo de nuestro señor gran príncipe, y un mesón, casa de los caminantes.
30. Así, también, dijeron nuestro gran señor *Ah Naum Pech*, don Francisco de Montejo Pech, y don Juan Pech, como fueron nombrados cuando les entró el agua en sus cabezas por los padres. Y el Adelantado es el capitán que vino cuando llegaron aquí, a la tierra de *Vocol-Petén*, que fue nombrada de Yucatán por nuestros primeros amos, los españoles. Cuando hicieron y dijeron que nosotros viviríamos siempre con Dios, y los hombres mayas oyeron los cuales nombres, a saber, entonces dijo *Naum Pech* a los gobernados de los diversos pueblos: "Conoceréis que viene el único Dios a la comarca, el cual es el verdadero Dios, el señalado verdadero Dios. Id a vivir y consideradamente aceptadlo. No deis guerra contra ellos. Si no tienen su comida y su bebida, maíz, gallinas, pavos silvestres, miel, frijoles, (dádselos) para comer para que entre el cristianismo y seamos siervos de nuestro Dios." Así lo concedieron y ninguno hizo la guerra ni se amo-

- tinó y fueron a la conquista con los españoles, y fueron por el camino con los señores extranjeros.
31. Así el *Nachi Cocom* que habita en la cabeza de la provincia de *Sotuta*, en la región de *Chichén-Itzá*, la cual se llama *Chichén Itzá*, y *Ah Cahout Cocom*, se sometieron a la palabra de Dios y de nuestro gran príncipe y entregaron sus insignias y sus banderas por nuestro gran príncipe y por la conquista, y al Adelantado, a los amos y a los padres clérigos, los pueblos que gobernaban no les hicieron la guerra ni se amotinaron, y para ellos sus súbditos edificaron el templo y las casas.
 32. Cuando *Nadzi Mabun Chane* sentó su residencia en la provincia, entendió que el Dios de certidumbre había llegado para toda la vida y quiso entregarle a los de *Catzim* y a los de *Chulim*, de la provincia de *Maní*, y a *Tutul Xiú*, y también aquí a los del oriente de los *cheeles*, y adelante, a los *cupules*, y también a *Nadzacab Canul*. Según fue dada la palabra del verdadero Dios, fue extendida aquí, en la comarca, en la tierra de *Sacuholpatal* y *Sacmutixtún*. Y a saber, *Ah Tunal Pech* sentó residencia aquí, en la tierra.
 33. El cual *Ah Naum Pech* llamó a los jóvenes y les dijo: "Conoceréis que el día nombrado *hun imix*, al amanecer, vendrá de las tierras del oriente un hechicero con barbas, signo de Dios en la comarca. Id y recibidlo con alegría cierta." Y fueron y caminaron bajo los árboles y bajo las ramas y llegaron a la región de *Nadzacab Canul*; y dijeron: "He aquí que ya viene tu huésped, *Ah Nadzacab Canul*: manda que le reciban con presteza", dijeron, a saber, cuando aparecieron en lo alto de la puerta del mar de *Campeche*, los bajeles. Así dijeron cuando agitaban los blancos estandartes y las banderas y cuando se arrodillaron. El Adelantado preguntó en la lengua de Castilla por los cristianos, por si les había entrado el agua en la cabeza. No comprendieron y vinieron en responder con estas palabras: "No entendemos las palabras." Entonces hablaron así y fue llamada de Yucatán, aquí, la tierra, del pavo silvestre y del venado.
 34. Entonces los capitanes y nuestro amo el Adelantado don Francisco de Montejo, se fueron. Este último partió muchas medidas de paños para cubrir los caballos porque osaban ir a la ciudad de *Maní*, asiento de *Tutul Xiú*. Cuando llegaron a *Yiba*, hablaron en *Yiba*. Vinieron a

- Nohcacab* desde *Becal*. Pasaron (adelante) los españoles y llegaron a *Maní*, en el asiento de *Tutul Xiú* y fueron designados el *nacón Ikeb* y el *nacón Caixicum* y el *nacón Chuc*, a saber, para irse a llamar a *Ah Cuat Cocom*. Y he aquí que, entonces, los súbditos (de *Ah Cuat Cocom*) primeramente los arrojaron en las cuevas y les destruyeron los ojos en la gran cueva de la Comadreja. No hubo uno a quien los ojos no hubiesen destruido en la cueva de la Comadreja. Les destruyeron los ojos y les dieron el camino para que fuesen saltando hasta el asiento del Adelantado, en *Maní*. Y así volvieron del camino los que fueron arrojados del lugar de *Cuat Cocom*. Entonces se levantó *Ah Naum Pech* y con dos de ellos fue y llegó hasta *Ah Cuat Cocom*. Cuando llegaron, éste dijo a *Ah Naum Pech* que no lo miró ni lo oyó y dijo que había ido a *Chichén Itzá*. Presto vino al asiento de los *Pech* y fueron a *Maní* para entregar prontamente (a los culpables). Dijo *Ah Cocom* que no lo miró ni supo lo acontecido en el lugar, y dio su poder para aprehender a quienes lo habían hecho.
35. Entonces *Ah Pech* vino a los pueblos a ver las regiones gobernadas y a los hombres, y después, también vinieron los señores extranjeros. Pero luego de que los súbditos mataron a los señores extranjeros, pasaron finalmente al asiento de *Ah Batun Pech Cay Cheel*. Entonces miraron y pasaron y fueron a *Maxtunil*, asiento de *Nachi May* y con *Macán Pech* regresaron entonces a las tierras gobernadas en la ciudad de *Yaxkukul*. He aquí que, (yo) don Pablo Pech, como gobernador de *Macán Pech*, mandaba todo lo que está aquí, al occidente de Campeche. Y no se partía el espíritu de sus *nacones*. A saber, fue cuando yo fui puesto a guardar, a saber, la provincia de *Chac Xulub Chen* con los hombres esclavos, a saber, sobre quienes impusieron trabajos con el fin señalado por la voluntad de Dios en los pueblos.
36. Y, a saber, esta es toda la historia de cómo pasaron los señores españoles y cómo fueron recibidos los primeros padres. Y los nombres de los primeros señores extranjeros los pongo en orden para ser mostrados. (Esta es la historia que) aderezo para que se conozca cómo vino la conquista, y cuántas angustias pasamos aquí, bajo los árboles, bajo los bejucos, bajo las ramas, dentro de este

- tiempo y además los hombres principales y los mayores, porque pasaron dos, tres años de que estaban establecidos (los españoles) entre tanto que se daban por nuestros amos, los señores extranjeros, los pueblos a saber. Y mientras, los pueblos y los montes se midieron por el Oidor Tomás López, quien trajo cédula de mano de nuestro gran príncipe para que los montes se cortaran, para que se establecieran aquellos que no tuvieran lugares antes; y entonces nos empezaron los cargos públicos para todos. En el reinado de *Naum Pech*, cuando (aún) no venían los señores extranjeros a afirmar el cristianismo, aquí, en la tierra, entonces llegaron los días en que vinieron los señores extranjeros aquí, a la tierra de Yucatán, y, a saber, nosotros les recibimos con temor en nuestro corazón. En seguida se cumplió el cristianismo aquí, en la tierra, y, a saber, en seguida fuimos dados a guardar los pueblos. Donde no había santa iglesia acabó la población y los que ejercían los cargos públicos se quedaron sin pueblos.
37. Y así llegó lo que declaro: cómo aconteció la conquista, cuánta angustia pasamos nosotros y los señores españoles, porque los hombres mayas no tenían voluntad para entregarse a Dios. Y, finalmente, yo, don Pablo Pech, di la orden para que la oyesen los de la región de *Maxtunil*.
38. De este modo no se aposentaron allí y entonces bajamos a la provincia de *Chac Xulub Chen*, acabando entonces de construir la Santa Iglesia. Y entonces ellos midieron con su medida los alrededores y los lados, y esa es la señal de mis hijos hasta que llegue la muerte del mundo. Y para no ser cercados por los hombres mayas, para no ser hechizados ni apedreados, fue que nos dimos a nuestro amo Dios con temor en el corazón, y el poder nos fue dado por nuestro gran príncipe y rey, el que reina. Y entonces se asentó la santa iglesia, para adorar a nuestro amo Dios y se asentó la casa del pueblo al oriente de la iglesia, y el templo de nuestro gran príncipe, y el mesón.
39. Así, también, yo trabajé en mi casa, en las paredes de mi casa, al norte de la iglesia, para que no dijese los hombres mayas en los días (por venir) que era para ellos. Es por eso, entonces, el manifiesto que yo hago diciendo que no es para ellos, (como lo hice en lo tocante a mí) padre, (yo), don Pablo Pech y *Ah Macán Pech*, y mi padre don Martín Pech, y *Ah Kom Pech* y mi señor don Ambrosio Pech, *Op Pech*, según su nombre ma-

ya, e *Ixkil Itzám Pech* y don Esteban Pech, el letrado Pech.

40. Cuando recibieron las grandes comisiones midieron los montes según la licencia dada por nuestro gran príncipe y rey, el que reina, y nuestro amo el primer Oidor Tomás López, quien nos la dio a conocer en nuestra lengua; (licencia) para medir lo de detrás de nuestras casas abandonadas para que se establecieran detrás de los pueblos y para saber dónde pasaban las medidas de la tierra de nuestros antepasados, y para que se mantuvieran y les diesen su comida a nuestros encomenderos. Por esto hago juramento en medio de todos los hombres, de esta mi información, a saber. La verdad es que vieron sus casas abandonadas donde no han entrado otras casas abandonadas. Por eso dan su verdad.
41. El cual primer encomendero aquí, en la región de *Chac Xulub Chen*, fue, a saber, don Julián Doncel, el encomendero. Fue él quien dijo aquí, en nuestra tierra, al príncipe y a los caciques, que pusieran signos en las orillas de los montes y de las tierras de aquí, de atrás del pueblo que gobernaba, porque quienes las habitaban medían las orillas de las tierras y las orillas de los montes por el oriente, el sur y el occidente. Fue cuando se acabó de fijar el cristianismo, aquí, en la tierra de *Chac Xulub Chen*. Y así nuestro santo, nuestro señor, nuestro patrón fue Santiago, y es el que guarda la ciudad de don Pablo Pech.

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

Nació en Medina del Campo, Castilla la Vieja, hacia 1495-96; murió en Guatemala después de 1580, tal vez en 1583.

Conquistador de los primeros, participó en los viajes exploratorios de Fernández de Córdoba y Juan de Grijalva. Actuó durante la lucha por el dominio del Imperio Mexicano y fue testigo de calidad en toda ella. Dotado de inigualable memoria, de una capacidad enorme de reconstrucción y de una admirable vitalidad y frescura de expresión, dejó en su obra, escrita como réplica a la de López de Gómara, uno de los testimonios más valiosos de la conquista de México.

Su *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* la terminó en 1568, pero no se imprimió sino hasta 1632 en Madrid. De entonces para acá ha tenido gran divulgación y es la historia por antonomasia de la Conquista.

Han escrito acerca de él: Luis González Obregón, *El Capitán Bernal Díaz del Castillo, Conquistador y Cronista de Nueva España*, en *Cronistas e Historiadores*, México, Ediciones Botas, 1936, 233[4] p. ils., p. 7-80; Alberto María Carreño, *Bernal Díaz del Castillo. Descubridor, Conquistador y Cronista de la Nueva España*, México, Ediciones Xóchitl, 1946 (Vidas mexicanas, No. 25); Carlos Pereyra en el prólogo a las ediciones de la Historia que hizo primero en Buenos Aires, Virtus, [1914-15]; y en las de Madrid, Espasa Calpe, 1928, 1942 y 1955; Joaquín Ramírez Cabañas en las versiones que publicó en México, Editorial Pedro Robredo, 1939, México, Espasa Calpe Mexicana, 1950 y México, Editorial Porrúa, S. A., 1955, en tres y dos volúmenes respectivamente. Magnífico conocedor de su obra fue Ramón Iglesia, quien en España preparó una edición crítica publicada en Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1940, y en México otra por la Editorial Nuevo Mundo, 1943, en dos volúmenes con breve pero enjundioso prólogo. El mismo historiador en su obra *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, México. El Colegio de México, 1942, le dedicó extensas páginas así como en su libro *El Hombre Colón y otros ensayos*, México, El Colegio de México, 1944, 306 p., en el cual reproduce varios de sus artículos dedicados a Bernal.

Importantes también, los trabajos de Carmelo Sáenz de Santa María, "Bernal Díaz del Castillo. Historia Interna de su Crónica" en *R. de I.* Madrid, 1956, p. 585-604; "¿Fue Remón el inetrpolador de la Crónica de Bernal Díaz del Castillo?" en *Missionalia Hispánica*, Madrid, 1956, p. 561-567; y "Los tres manuscritos de Bernal Díaz del Castillo" en *ASGHG*, T. XXXII, No. 1-4, 1959, p. 28-53, y el de Agustín Yáñez en el Prólogo a las *Crónicas de la Conquista*, México,

Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1939, VI-217 p., ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 2). Util también el artículo de Genaro García, "Bernal Díaz del Castillo". Notas bio-bibliográficas en AMNAH, 2a. ép. T. I, 1903, p. 306-375. Bella edición con sólido prólogo y anotaciones de Federico Gómez de Orozco y Guadalupe Pérez San Vicente, e ilustraciones de José Bardasano, es la de México, Fernández Editores, S. A., 1961, XXIV-719 p., ils., mapas.

Véanse también: J. Antonio Villacorta C. "Notas bibliográficas de la obra de Bernal Díaz del Castillo" *ASGHG*, Año VIII, T. VIII, No. 2, dic. de 1931, p. 160-205; No. 3, marzo 1932, p. 341-391 y Año X, T. X. No. 4. junio 1934, p. 478-489.

Fuente: Bernal Díaz del Castillo. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*. 2 v. Cuarta edición conforme a la de 1944, con la introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas. México, Editorial Porrúa, 1955. I-53-69.

CAIDA DE TENOCHTITLAN Y PRISION DE CUAUHTEMOC

Y para que esto se entienda bien ha menester volver atrás a decir desde que a Cortés desbarataron y le llevaron a sacrificar los setenta y tantos soldados, y aun bien puedo decir setenta y ocho, porque tantos fueron después que bien se contaron, y también he dicho que Guatemuz envió las cabezas de los caballos y caras que habían desollado, y pies y manos de nuestros soldados que habían sacrificado, a muchos pueblos y a Mataltzingo y Malinalco y Tulapa, y les envió a decir que ya habían muerto más de la mitad de nuestras gentes, y que rogaba que para que nos acabasen de matar que viniesen a ayudarle, y que darían en nuestros reales de día o de noche, y que por fuerza habíamos de pelear con ellos por defendernos; que cuando estuviésemos peleando saldrían de México y nos darían guerra por otra parte, de manera que nos vencerían y tendrían que sacrificar muchos de nosotros a sus ídolos, y harían hartazgas con los cuerpos; de tal manera se los envió a decir, que lo creyeron y tuvieron por cierto, y además de esto en Mataltzingo y en Tulapa tenía Guatemuz muchos parientes por parte de la madre; y como vieron las caras y cabezas de nuestros soldados, que he dicho, y lo que les envió a decir, luego lo pusieron por la obra de juntarse con todos los poderes que tenían y venir en socorro de México y de su pariente Guatemuz; y venían ya de hecho contra nosotros, y

por el camino donde pasaban estaban tres pueblos nuestros amigos, y les comenzaron a dar guerra y robar las estancias y maizales, y mataron niños para sacrificar, los cuales pueblos enviaron en posta a hacérselo saber a Cortés para que les enviase ayuda y socorro.

Y de presto mando a Andrés de Tapia, que con veinte de caballo y cien soldados y muchos amigos tlaxcaltecas los socorriese muy bien; y así lo hizo retirar a sus pueblos y se volvió al real, de que Cortés hubo mucho placer, y asimismo en aquel instante vinieron otros mensajeros de los pueblos de Cornavaca a demandar socorro, que los mismos de Mataltzingo y de Malinalco y Tulapa y otras provincias venían sobre ellos, y que enviase socorro, y para ello envió a Gonzalo de Sandoval con veinte de a caballo y ochenta soldados, los más sanos que habían en todos tres reales, y yo fui con él y muchos amigos; y sabe Dios cuáles quedaban, con gran riesgo de sus personas, todos tres reales, porque todos los más estaban heridos y no tenían refrigerio ninguno; y porque hay mucho que decir en lo que hicimos en compañía de Sandoval, que desbaratamos los contrarios, se dejará de decir, más de que dimos vuelta muy de presto por socorrer a su real de Sandoval; y trajimos dos principales de Mataltzingo con nosotros y los dejamos de paz, y fue provechosa aquella entrada que hicimos: lo uno, por evitar que nuestros amigos no recibiesen más daño del recibido: lo otro, porque no viniesen a nuestros reales a darnos guerra como venían de hecho, y porque viese Guatemuz y sus capitanes que no tenían ya ayuda ni favor de aquellas provincias, y también cuando con los mexicanos estábamos peleando y nos decían que nos habían de matar con ayuda de Mataltzingo y de otras provincias, y que sus ídolos se lo habían prometido.

Dejemos ya de decir de la ida y socorro que hicimos con Sandoval y volvamos a decir cómo Cortés envió a Guatemuz a rogarle que viniese de paz, y que le perdonaría todo lo pasado, y le envió a decir que el rey nuestro señor le envió a mandar ahora nuevamente que no le destruyese más aquella ciudad, y que por esta causa los cinco días pasados no les había dado guerra ni entrado batallando, y que miren que ya no tienen bastimento ni agua, y más de las dos partes de su ciudad por el suelo, y que los socorros que esperaba de Mataltzingo, que se informe de aquellos dos principales que entonces le envió, cómo les ha ido en su venida, y le envió a decir otras cosas de muchos ofrecimientos; y fueron con estos

dos mensajes los dos indios de Mataltzingo y seis principales mexicanos que se habían preso en las batallas pasadas. Y después que Guatemuz vio los prisioneros de Mataltzingo y le dijeron lo que había pasado, no les quiso responder cosa ninguna más de decirles que se vuelvan a su pueblo, y luego les mandó salir de México.

Dejemos los mensajeros, que luego salieron los mexicanos por tres partes con la mayor furia que hasta allí habíamos visto, y se vienen a nosotros, y en todos tres reales nos dieron muy recia guerra y puesto que les heríamos y matábamos muchos de ellos, pareceme que deseaban morir peleando, y entonces cuando más recio andaban con nosotros pie con pie y nos mataron diez soldados, a los que les cortaron las cabezas y [corrieron] por ellos los martirios [que a los demás] que habían muerto, y las traían y nos las echaban delante; entonces decían: “Tlenquitoa, rey Castilla, tlenquitoa”, que quiere decir en su lengua: “¿Qué es lo que dice ahora el rey de Castilla?”; y con estas palabras tirar vara y piedra y flecha, que cubría el suelo y calzada.

Dejemos esto, que ya les íbamos ganando gran parte de la ciudad, y en ellos sentíamos que puesto que peleaban muy como varones, no se remudaban ya tantos escuadrones como solían, ni abrían zanjas ni calzadas; mas otra cosa tenían más cierta: que al tiempo que nos retraíamos nos venían siguiendo hasta echarnos mano, y también quiero decir que ya se nos había acabado la pólvora en todos tres reales, y en aquel instante había venido un navío a la Villa Rica, que era de una armada de un licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, que se perdió o desbarataron en la isla de la Florida; y el navío aportó [a] aquel puerto, y venían en él ciertos soldados y pólvora y ballestas, y el teniente que estaba en la Villa Rica, que se decía Rodrigo Rangel, que tenía en guarda a Narváez, envió luego a Cortés pólvora y ballestas y soldados.

Y volvamos a nuestra conquista, por abreviar: que acordó Cortés, con todos los demás capitanes y soldados, que les entrásemos cuanto más pudiésemos hasta llegarles al Tatelulco, que es la plaza mayor, donde estaban sus altos *cúes* y adoratorios; y Cortés, por su parte, Sandoval por la suya y nosotros por la nuestra les íbamos ganando puentes y albarradas, y Cortés les entró hasta una plazuela donde tenían otros adoratorios y unas torrecillas. En una de aquellas casas estaban unas vigas puestas en lo alto, y en ellas muchas cabezas de nuestros españoles que habían muerto y sacrificado en las

batallas pasadas, y tenían los cabellos y barbas muy crecidas, mucho mayor que cuando eran vivos, y no lo había yo creído si no lo viera; yo conocí a tres soldados, mis compañeros, y desde que las vimos de aquella manera se nos entristecieron los corazones, y en aquella sazón se quedaron allí donde estaban, mas desde a doce días se quitaron y las pusimos aquellas y otras cabezas que tenían ofrecidas a ídolos las enterramos en una iglesia que hicimos, que se dice ahora los Mártires, cerca de la puente que dicen el Salto de Alvarado.

Dejemos de contar esto, y digamos cómo fuimos batallando los de la capitania de Pedro de Alvarado, y llegamos al Tatlulco, y había tanto mexicano en guarda de sus ídolos y altos *cúes*, y tenían tantas albarradas, que estuvimos bien dos horas que no se lo podíamos tomar ni entrarles, y como podían ya entrarles caballos, y puesto que a todos los más nos herían, nos ayudaron muy bien y alancearon muchos mexicanos; y como había tanto contrario en tres partes, fuimos las dos capitánias a batallar con ellos, y la capitania de un capitán que se decía Gutierre de Badajoz mandó Pedro de Alvarado que les subiese en lo alto del *cú* del Uichilobos, que son ciento catorce gradas, y peleó muy bien con los contrarios y muchos *papas* que en las casas de los adoratorios estaban. De tal manera le daban guerra los contrarios a Gutierre de Badajoz y a su capitania, que le hacían venir diez o doce gradas abajo rodando, y luego fuimos a socorrer y dejamos el combate en que estábamos con muchos contrarios, y yendo que íbamos nos siguieron los escuadrones con que peleábamos, y corrimos harto riesgo de nuestras vidas, y todavía les subimos sus gradas arriba, que son ciento catorce, como otras veces he dicho.

Aquí había bien que decir en qué peligro nos vimos los unos y los otros en ganarles aquellas fortalezas, que ya he dicho otras muchas veces que era muy alta, y en aquella batalla nos tornaron a herir a todos muy malamente; todavía les pusimos fuego, y se quemaron los ídolos, y levantamos nuestras banderas y estuvimos batallando en lo llano, después de puesto fuego, hasta la noche, que no nos podíamos valer con tanto guerrero.

Dejemos de hablar en ello y digamos que como Cortés y sus capitanes vieron otro día, desde donde andaban batallando por sus partes, en otros barrios y calles lejos del alto *cú*, y las llamaradas que el *cú* mayor se ardía, que no se habían apagado, y nuestras banderas que vieron encima, se holgó

mucho y se quisiera ya hallar también en él, mas no podía y aún dijeron que tuvo envidia, porque había un cuarto de legua de un cabo a otro y tenía muchas puentes y aberturas de agua por ganar, y por donde andaba le daban recia guerra y no podía entrar tan presto como quisiera en el cuerpo de la ciudad, como hicimos los de Alvarado; mas desde a cuatro días se juntó con nosotros, así Cortés como Sandoval, y podíamos ir desde un real a otro por las calles y casas derrocadas y puentes y albarradas deshechas y aberturas de agua, todo ciego; y en este instante ya se iban retrayendo Guatemuz con todos sus guerreros en una parte de la ciudad dentro de la laguna, porque las casas y palacios en que vivía ya estaban por el suelo y con todo esto no dejaban cada día de salir a darnos guerra, y al tiempo del retraer nos iban siguiendo muy mejor que antes.

Y viendo esto Cortés, que se pasaban muchos días y no venían de paz ni tal pensamiento tenían, acordó con todos nuestros capitanes que les echásemos celadas, y fue de esta manera: que de todos tres reales nos juntamos hasta treinta de a caballo y cien soldados, los más sueltos y guerreros que conocía; Cortés envió a llamar de todos tres reales mil tlaxcaltecas, y nos metimos en unas casas grandes que habían sido de un señor de México y esto fue muy de mañana, y Cortés iba entrando con los demás de a caballo que le quedaban y sus soldados y ballesteros y escopeteros por las calles y calzadas, peleando como solía y haciendo que cegaran una abertura y puente de agua; y entonces estaban peleando con él los escuadrones mexicanos que para ello estaban aparejados. y aun muchos más que Guatemuz enviaba para guardar la puente; y luego que Cortés vio que había gran número de contrarios, hizo como que se retraía y mandaba echar los amigos fuera de la calzada porque creyesen que se iban retrayendo; y vanle siguiendo, al principio poco a poco, y después que vieron que de hecho hacían que iban huyendo, van tras él todos los poderes que en aquella calzada le daban guerra. y desde que Cortés vio que habían pasado algo adelante de las casas donde estaba la celada, mandó tirar dos tiros juntos, que era la señal cuando habíamos de salir de la celada, y salen los de a caballo primeros y salimos todos los soldados y dimos en ellos a placer; pues luego volvió Cortés con los suyos, y nuestros amigos los tlaxcaltecas hicieron gran daño en los contrarios, por manera que se mataron e hirieron muchos, y desde allí adelante no nos seguían al tiempo de retraer.

Y también en el real de Pedro de Alvarado les echó otra celada, mas no fue nada, y en aquel día no me hallé yo en nuestro real con Pedro de Alvarado por causa que Cortés me envió a mandar para que la celada fuese a su real.

Dejemos esto y digamos cómo ya estábamos todos en el Tatlulco, y Cortés mandó que se pasasen todas las capitánias a estar en él y allí velásemos, por causa que veníamos más de media legua desde el real a batallar, y estuvimos allí tres días sin hacer cosa que de contar sea, porque nos mandó Cortés que no les entrásemos más en la ciudad ni les derrocásemos más casas, porque les quería tornar a demandar paces. Y en aquellos días que allí estuvimos en el Tatlulco envió Cortés a Guatemuz rogándole que se diese y no hubiese miedo, y con grandes ofrecimientos que le prometía que su persona sería muy acatada y honrada de él, y que mandaría a México y todas sus tierras y ciudades como solía, y le envió bastimentos y regalos, que eran tortillas y gallinas, y cerezas, y tunas, y cacao, que no tenía otra cosa; y Guatemuz entró en consejo con sus capitanes, y lo que le aconsejaron que dijese que quería paz y que aguardarían tres días en dar la respuesta, y que al cabo de los tres días se verían Guatemuz y Cortés y se darían el concierto en las paces, y en aquellos tres días tendrían tiempo de saber más por entero la voluntad y respuesta de su Uichilobos, y de aderezar puentes y abrir calzadas, y adobar vara y piedra y flecha, y hacer albarradas; y envió Guatemuz cuatro mexicanos principales con aquella respuesta. Creíamos que eran verdaderas las paces, y Cortés les mandó dar muy bien de comer y beber a los mensajeros, y les tornó a enviar a Guatemuz, y con ellos les envió más refresco, y así, como de antes; y Guatemuz tornó a enviar otros mensajeros, y con ellos dos mantas ricas, y dijeron que Guatemuz vendría para cuando estaba acordado; y por no gastar más razones sobre el caso, nunca quiso venir, porque le aconsejaron que no creyese a Cortés, y poniéndole por delante el fin de su tío el gran Montezuma y sus parientes y la destrucción de todo el linaje noble mexicano, y dijese que estaba malo, y que saliesen todos de guerra, y que placería a sus dioses que les daría victoria, pues tantas veces se la habían prometido.

Pues como estábamos aguardando a Guatemuz y no venía, vimos la malicia, y en aquel instante salen tantos batallones de mexicanos con sus divisas y dan a Cortés tanta guerra, que no se podía valer, y otro tanto fue por la parte de nuestro

real; pues en el de Sandoval lo mismo, y era de tal manera que parecían que entonces comenzaban de nuevo a batallar: y como estábamos algo descuidados creyendo que estaban ya de paz, hirieron a muchos de nuestros soldados, y tres murieron muy malamente de sus heridas, y dos caballos; mas no se fueron mucho alabando que bien lo pagaron. Y cuando esto vio Cortés, mandó que les tornásemos a dar guerra y les entrásemos en su ciudad en la parte adonde se habían recogido; y como vieron que les íbamos ganando toda la ciudad, envió Guatemuz dos principales a decir a Cortés que quería hablar con él desde una abertura de agua, y había de ser que Cortés de la una parte y Guatemuz de la otra, y señalaron el tiempo para otro día de mañana, y fue Cortés para hablar con él, y no quiso venir Guatemuz al puesto, sino envió principales y dijeron que su señor no osaba venir por temor que cuando estuviesen hablando le tirasen escopetas y ballesteros y le matarían, y entonces Cortés les prometió con juramento que no le enojaría en cosa ninguna; y no aprovechó, que no le creyeron, y dijeron que ya conocen sus palabras.

En aquella sazón dos principales que hablaban con Cortés sacan unas tortillas de un fardalejo que traían y una pierna de gallina y cerezas, y sentáronse muy despacio a comer, y porque Cortés lo viese y creyese que no tenían hambre; y cuando aquello vio les envió a decir que pues que no querían venir en paz, que presto les entraría en todas sus casas, y verían si tenían maíz, cuando más gallinas; y de esta manera se estuvieron otros cuatro o cinco días que no les dábamos guerra, y en este instante se salían cada noche de México muchos pobres indios que no tenían qué comer y se venían a nuestro real como aburridos de la hambre, y desde que aquello vio Cortés, mandó que no les diésemos guerra; quizá se les mudaría la voluntad para venir de paz, y no venían, y aunque les enviaba a requerir con la paz.

Y en el real de Cortés estaba un soldado que decía él mismo que había estado en Italia en compañía del Gran Capitán y se halló en la chirinola de Garellano y en otras grandes batallas, y decía muchas cosas de ingenios de la guerra, y que haría un trabuco en Tatelulco con que en dos días que con él tirasen a las casas y parte de la ciudad adonde Guatemuz se había retraído, que les haría que luego se diesen de paz; y tantas cosas dijo a Cortés sobre ello, porque era muy hablador aquel soldado, que luego puso en obra de hacer el trabuco, y trajeron cal y piedra y madera de la manera que la

demandó el soldado, y carpinteros y clavazón y todo lo perteneciente para hacer el trabuco, e hicieron dos hondas de reacias sogas y cordeles, y le trajeron grandes piedras, mayores que botijas de arroba; y ya que estaba hecho y armado el trabuco según y de la manera que el soldado dio la orden, y dijo que estaba bueno para tirar, y pusieron en la honda que estaba hecha una piedra hechiza, y lo que con ella se hizo es que fue por alto y no pasó adelante del trabuco, porque allí luego cayó adonde estaba armado, y después que aquello vio Cortés, hubo enojo con el soldado que le dio la orden para que le hiciese, y tenía pesar en sí mismo porque le creyó, y dijo conocido tenía de él que en la guerra no era para cosa de afrenta más de hablar, y que no era para cosa ninguna sino hablar, y que se había hallado de la manera que he dicho. Y llámase el soldado, según él decía, fulano de Sotelo, natural de Sevilla; y luego Cortés mandó deshacer el trabuco. Y dejemos esto y digamos que como vio que el trabuco fue cosa de burla, acordó que con todos doce bergantines fuese en ellos Gonzalo de Sandoval por capitán general, y entrase en la parte de la ciudad adonde estaba Guatemuz retraído, el cual estaba en parte que no podíamos llegar por tierra a sus casas y palacios, sino por el agua; y luego Sandoval apercibió todos los capitanes de los bergantines, y lo que hizo diré adelante.

Pues como dicho tengo, Cortés vio que el trabuco no aprovechó cosa ninguna, antes hubo enojo con el soldado que le aconsejó que le hiciese; y, viendo que no quería paces ningunas Guatemuz y sus capitanes, mandó a Gonzalo de Sandoval que entrase con bergantines en el sitio de la ciudad adonde estaba retraído Guatemuz con toda la flor de sus capitanes y personas más nobles que en México había, y le mandó que no matase ni hiriese a ningunos indios, salvo sino le diesen guerra, y, aunque se la diesen, que solamente se defendiese y no les hiciese otro mal; y que le derrocasse las casas y muchas barbacoas que habían hecho en la laguna. Y Cortés se subió en el *cu* mayor del Tatelulco para ver cómo Sandoval entraba con los bergantines que le estaban acompañando, y asimismo estaban con Cortés Pedro de Alvarado y Francisco Verdugo, y Luis Marín y otros soldados. Y como Sandoval entró con gran furia con los bergantines en aquel paraje donde estaban las casas de Guatemuz, y desde que se vio cercado Guatemuz tuvo temor no le prendiesen o matasen, y tenía aparejadas cincuenta grandes piraguas con buenos remeros para que, en viéndose en aprieto, salvarse e irse a meter en

unos carrizales, y desde allí a tierra, y esconderse en otros pueblos; y asimismo tenía mandado a sus capitanes y a la gente de más cuenta que consigo tenían en aquella parte de la ciudad que hiciesen lo mismo; y como vieron que les entraban entre las casas, se embarcan en las cincuenta canoas, y ya tenían metida su hacienda y oro y joyas y toda su familia y mujeres, y se mete en ellas y tira por la laguna adelante, acompañado de muchos capitanes; y como en aquel instante iban otras muchas canoas, llena la laguna de ellas, y Sandoval luego tuvo noticia que Guatemuz iba huyendo, mandó a todos los bergantines que dejasen de derrocar casas y barbacoa y siguiesen el alcance de las canoas y mirasen que tuviesen tino a qué parte iba Guatemuz, y que no le ofendiesen ni le hiciesen enojo ninguno sino que buenamente le procurasen de prender.

Y como un García Holguín, que era capitán de un bergantín amigo de Sandoval y era muy suelto y gran velero su bergantín, y traía buenos remeros, le mandó Sandoval que siguiese a la parte que le decían que iba con sus grandes piraguas, Guatemuz huyendo; y le mandó que si le alcanzase no le hiciese enojo ninguno, mas de prenderlo; y Sandoval siguió por otra parte con otros bergantines que le acompañaban. Y quiso Nuestro Señor Dios que García Holguín alcanzó a las canoas y piraguas en que iba Guatemuz, y en el arte y riqueza de él y sus toldos y asiento en que iba le conoció que era Guatemuz, el gran señor de México, e hizo por señas que aguardasen, y no querían aguardar, e hizo como que le querían tirar con las escopetas y ballestas y Guatemuz cuando lo vio hubo miedo y dijo: "No me tire, que yo soy el rey de esta ciudad y me llaman Guatemuz; lo que te ruego es que no llegues a cosas más de cuantas traigo ni a mi mujer ni a mis parientes, sino llévame luego a Malinche." Y como Holguín lo oyó, se gozó en gran manera y con mucho acato le abrazó y le metió en el bergantín a él y a su mujer y a treinta principales, y les hizo asentar en la popa en unos petates y mantas, y les dio de lo que traían para comer, y a las canoas donde llevaba su hacienda no les tocó en cosa ninguna, sino que juntamente las llevó con su bergantín.

En aquella sazón Gonzalo de Sandoval había mandado que todos los bergantines se recogiesen, y supo que Holguín había preso a Guatemuz y que lo llevaba a Cortés; y desde que aquello oyó da mucha prisa en que remasen los que traía

en el bergantín en que él iba y alcanzó a Holguín y le demandó al prisionero; y Holguín no se lo quiso dar, porque dijo que él le había preso y no Sandoval; y Sandoval le respondió que así es verdad, mas que él es el capitán general de los bergantines y García Holguín iba debajo de su mano y bandera, y que por ser su amigo le mandó que siguiese tras Guatemuz, porque era más ligero su bergantín, y le prendiese, y que a él como general le había de dar el prisionero; y Holguín todavía porfiaba que no quería; y en aquel instante fue otro bergantín a gran prisa a Cortés a demandarle albricias, que estaba muy cerca en el Tatelulco, mirando desde lo alto del *cu* cómo entraba Sandoval; y entonces le dijeron la diferencia que traía con Holguín sobre tomarle el prisionero.

Y desde que Cortés lo supo, luego despachó al capitán Luis Marín y a Francisco Verdugo que llamasen a Sandoval y a Holguín, así como venían en sus bergantines, sin más debatir y trajesen a Guatemuz y su mujer y familia con mucho acato, porque él determinaría cuyo era el prisionero y a quién se había de dar la honra de ello; y entretanto que lo llamaron mandó aparejar un estrado lo mejor que en aquella sazón se pudo haber con petates y mantas y asentaderos, y mucha comida de lo que Cortés tenía para sí; y luego vino Sandoval y Holguín con Guatemuz, y le llevaron entrambos a dos capitanes ante Cortés; y de que se vio delante de él le hizo mucho acato, y Cortés con alegría le abrazó y le mostró mucho amor a él y a sus capitanes; y entonces Guatemuz dijo a Cortés: “Señor Malinche: ya he hecho lo que soy obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más, y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma ese puñal que tienes en la cinta y mátame luego con él.” Y esto cuando se lo decía lloraba muchas lágrimas y sollozos, y también lloraban otros grandes señores que consigo traía. Y Cortés le respondió con doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, muy amorosamente, y le dijo que por haber sido tan valiente y volver por su ciudad le tenía en mucho más su persona, y que no era digno de culpa ninguna, y que antes se le ha de tener a bien que a mal, y que lo que él quisiera era que, cuando iban de vencida, antes que más destruiríamos aquella ciudad ni hubiera tantas muertes de sus mexicanos, que viniera de paz y de su voluntad, y pues ya es pasado lo uno y lo otro, que no hay remedio ni enmienda en ello, y que descansen su corazón y de todos sus capitanes, y

que él mandará a México y a sus provincias como de antes. Y Guatemuz y sus capitanes dijeron que lo tenían en merced.

Y Cortés preguntó por la mujer y por otras grandes señoras mujeres de otros capitanes que le habían dicho que venían con Guatemuz, y el mismo Guatemuz respondió y dijo que había rogado a Gonzalo de Sandoval y a García Holguín que las dejasen estar en las canoas donde venían hasta ver lo que Malinche les mandaba. Y luego Cortés envió por ellas y a todos les mandó dar de comer lo mejor que en aquella sazón había en el real, y porque era tarde y comenzaba a llover, mandó Cortés que luego se fuesen a Coyoacán, y llevó consigo a Guatemuz y a toda su casa y familia y a muchos principales, y asimismo mandó a Pedro de Alvarado y a Gonzalo de Sandoval y a los demás capitanes que cada uno fuese a su estancia, y real, y nosotros nos fuésemos a Tacuba, y Sandoval a Tepeaquilla, y Cortés a Coyoacán. Prendióse [a] Guatemuz y sus capitanes en trece de agosto, a hora de vísperas, en día de Señor San Hipólito, año de mil quinientos veintiún años. Gracias a Nuestro Señor Jesucristo y a Nuestra Señora la Virgen Santa María, su bendita madre. Amén.

Llovió y relampagueó y tronó aquella noche y hasta media noche hubo mucho más agua que otras veces. Y después que se hubo preso Guatemuz quedamos tan sordos todos los soldados como si de antes estuviera un hombre encima de un campanario y tañesen muchas campanas, y en aquel instante que las tañían cesasen de tañerlas, y esto digo al propósito porque todos los noventa y tres días que sobre esta ciudad estuvimos, de noche y de día daban tantos gritos y voces unos capitanes mexicanos aperciendo los escuadrones y guerreros que habían de batallar en las calzadas; otros llamando a los de las canoas que habían de guerrear con los bergantines y con nosotros en las puentes; otros en hincar palizadas y abrir y ahondar las aberturas de agua y puentes y en hacer albarradas; otros en aderezar vara y flecha, y las mujeres en hacer piedras rollizas para tirar con las hondas; pues desde los adoratorios y torres de ídolos los malditos tambores y cornetas y atabales dolorosos nunca paraban de sonar. Y de esta manera de noche y de día teníamos el mayor ruido, que no nos oíamos los unos a los otros, y después de preso Guatemuz cesaron las voces y todo el ruido; y por esta causa he dicho como si de antes estuviéramos en campanario.

Dejemos esto y digamos cómo Guatemuz era de muy gentil disposición, así de cuerpo como de facciones, y la cara

algo larga, alegre, y los ojos más parecían que cuando miraba que era con gravedad que halagüenos, y no había falta en ellos, y era de edad de veintiséis años, y la color tiraba su matiz algo más blanco que a la color de indios morenos, y decían que era sobrino de Montezuma, hijo de una su hermana, y era casado con una hija del mismo Montezuma, su tío, muy hermosa mujer y moza.

Y antes de que pasemos adelante digamos en qué paró el pleito de Sandoval y de García Holguín sobre la prisión de Guatemuz, y es que Cortés les contó un cuento y dijo: que los romanos tuvieron otra contienda ni más ni menos que ésta entre Mario Cornelio y Sila, y fue cuando Sila trajo preso a Yugurta, que estaba con su suegro el rey Bocos, y cuando entraban en Roma triunfando de los hechos y hazañas que hacían, pareció ser, Sila metía en su triunfo a Yugurta con una cadena de hierro al pescuezo, y Mario dijo que no le había de meter sino él, y ya que le metiese que había de declarar que él, Mario, le dio aquella facultad y le envió por él para que en su nombre le trajese preso, y se lo dio al rey Bocos en nombre de Mario, pues Mario era capitán general, y que debajo de su mano y bandera militaba Sila, como era de los patricios de Roma, tenía mucho favor, y Mario, como era de una villa cercana a Roma que se decía Arpino y [ad] venedizo, puesto que había sido siete veces cónsul, no tuvo el favor que Sila, y sobre ello hubo las guerras civiles entre Mario y Sila, y nunca se determinó a quién había de dar la honra de la prisión de Yugurta.

Volvamos a nuestro hilo y propósito, y es que Cortés dijo que él haría relación de ello a Su Majestad, y a quien fuese servido hacer merced de dárselo por armas, que de Castilla traerían sobre ello la determinación, y desde ha dos años vino mandado por Su Majestad que Cortés tuviese por armas en sus reposteros siete reyes que fueron: Montezuma, gran señor de México; Cacamatzin, señor de Tezcucó, y los señores de Ixtapalapa y de Coyoacán y Tacuba, y otro gran señor que era sobrino de Montezuma, a quien decían que le venía el cacicazgo y señorío de México, que era señor de Matalzingo y de otras provincias, y a este Guatemuz sobre que fue el pleito.

Dejemos esto y digamos de los cuerpos muertos y cabezas que estaban en aquellas casas donde se había retraído Guatemuz; digo, que juro, amén, que de todas las casas y barbacoas de la laguna estaban llenas de cabezas y cuerpos muer-

tos, que yo no sé de qué manera lo escriba, pues en las calles y en los mismos patios del Tatelulco no había otra cosa, y no podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leído la destrucción de Jerusalén; mas si fue más mortandad que ésta, no lo sé cierto, porque faltaron en esta ciudad tantas gentes, guerreros que de todas las provincias y pueblos sujetos a México que allí se habían acogido, todos los más murieron, que, como ya he dicho, así el suelo y laguna y barbacoas todo estaba lleno de cuerpos muertos, y hedía tanto que no había hombre que lo pudiese sufrir, y a esta causa luego como se prendió Guatemuz cada uno de nuestros capitanes se fueron a nuestros reales, como ya dicho tengo, y aun Cortés estuvo malo del hedor que se le entró en las narices y dolor de cabeza en aquellos días que estuvo en el Tatelulco.

Dejemos de esto y pasemos adelante y digamos cómo los soldados que andaban en los bergantines fueron los mejor librados, y hubieron buen despojo, a causa que podían ir a las casas que estaban en ciertos barrios de la laguna, que sentían habría ropa, oro u otras riquezas; y también lo iban a buscar en los carrizales adonde lo llevaban a esconder los mexicanos cuando les ganábamos algún barrio y casas, y también porque so color que iban a dar caza a las canoas que metían bastimento y agua, si topaban algunas en que iban algunos principales huyendo a tierra firme para irse entre los pueblos otomíes, que estaban comarcanos, les despojaban de lo que llevaban; quiero decir que nosotros los soldados que militábamos en las calzadas y por tierra no podíamos haber provecho ninguno, sino muchos flechazos y lanzadas y cuchilladas y vara y piedra, a causa que cuando íbamos ganando algunas casas ya los moradores de ellas habían sacado toda cuanta hacienda tenían, y no podíamos ir por agua sin que primero cegásemos las aberturas y puentes, y a esta causa he dicho, en el capítulo que de ello habla, que cuando Cortés buscaba los marineros que habían de andar en los bergantines que fueron los mejor librados que no los que batallamos por tierra, y así pareció claro, porque los capitanes mexicanos y aun Guatemuz dijeron a Cortés, cuando les demandaba el tesoro de Montezuma, que los que andaban en los bergantines habían robado mucha parte de ello.

Dejemos de hablar más en esto hasta más adelante, y digamos que como había tanta hedentina en aquella ciudad, Guatemuz rogó a Cortés que diese licencia para que todo el

poder de México que estaban en la ciudad se saliesen fuera para los pueblos comarcanos, y luego les mandó que así le hiciesen; digo que en tres días con sus noches en todas tres calzadas, llenas de hombres y mujeres y criaturas, no dejaron de salir, y tan flacos y amarillos y sucios y hediondos, que era lástima de verlos; y como la hubieron desembarazado, envió Cortés a ver la ciudad, y veíamos las casas llenas de muertos, aun algunos pobres mexicanos entre ellos que no podían salir, y lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad como echan los puercos muy flacos que no comen sino hierba; y hallóse toda la ciudad como arada y sacada las raíces de las hierbas buenas, que habían comido cocidas, hasta las cortezas de algunos árboles; de manera que agua dulce no les hallamos ninguna, sino salada. También quiero decir que no comían las carnes de sus mexicanos, sino eran de las nuestras y tlaxcaltecas que apañaban y no se ha hallado generación en muchos tiempos que tanto sufriese la hambre y sed y continuas guerras como éstas.

Pasemos adelante, que mandó Cortés que todos los bergantines se juntasen en unas atarazanas que después se hicieron. Volvamos a nuestras pláticas. Que después que se ganó esta tan grande y populosa ciudad y tan nombrada en el Universo, después de haber dado muchas gracias a Dios Nuestro Señor y a su bendita Madre Nuestra Señora, y haber ofrecido ciertas mandas a Dios Nuestro Señor, Cortés mandó hacer un banquete en Coyoacán por alegrías de haberla ganado, y para ello tenía ya mucho vino de un navío que había venido de Castilla al puerto de la Villa Rica, y tenía puercos que le trajeron de Cuba; y para hacer la fiesta mandó convidar a todos los capitanes y soldados que le pareció tener cuenta con ellos de todos tres reales, y cuando fuimos al banquete no había asientos ni mesas puestas para la tercia parte de los soldados y capitanes que fuimos, y hubo mucho desconcierto, y valiera más que no se hiciera aquel banquete por muchas cosas no muy buenas que en él acaecieron. [Pues ya] que habían alzado las mesas, hubo mucho regocijo, y se dieron gracias a Dios por los muchos bienes y mercedes que siempre nos hacía y a la continua ha hecho.

Dejemos de hablar en esto, y quiero decir otras cosas que pasaron, que se me olvidaban, y aunque no vengán ahora dichas, sino algo atrás, y es que nuestros amigos Chichimecatecle y los dos mancebos Xicotengas, hijos de don Lorenzo de Vargas, que se solía llamar Xicotenga el Viejo y Ciego,

guerrearon muy valientemente contra el gran poder de México y nos ayudaron muy bien, y asimismo un hermano de don Fernando, señor de Tezcuco, muchas veces por mí nombrado, pues se decía Estesuchel, que después se llamó don Carlos; éste hizo cosas de muy valiente y esforzado varón, y otro indio capitán, que no se me acuerda el nombre, natural de un pueblo de la laguna, hacía maravillas; y otros muchos capitanes de pueblos de los que nos ayudaban, todos guerreaban muy poderosamente, y Cortés les habló y les dio muchas gracias y loores porque nos habían ayudado, y con muchos prometimientos que les haría señores y les daría el tiempo adelante tierras y vasallos, los despidió, y como estaban ricos y cargados de oro que hubieron y despojos, se fueron a sus tierras, y aun llevaron hasta carne de cecina de los mexicanos, que repartieron entre sus parientes y amigos [y] como cosas de sus enemigos la comieron por fiestas.

Ahora que estoy fuera de los combates y recias batallas que con los mexicanos teníamos de día y de noche, por lo cual doy muchas gracias a Dios que de ellas me libró, quiero contar una cosa que me aconteció después que vi sacrificar y abrir por los pechos los sesenta y dos soldados que llevaron vivos de los de Cortés, y ofrecerles los corazones a los ídolos, y esto que ahora diré parecerá [a] algunas personas que es por falta de no tener muy gran ánimo para guerrear, y por otra parte, si bien se considera, es por el demasiado atrevimiento y gran ánimo en que aquellos días había de poner mi persona en lo más recio de las batallas, porque en aquella sazón presumía de buen soldado y estaba tenido en aquella reputación [vista] cosa era que había de hacer como lo que los más osados soldados eran obligados [a] hacer, y como cada día veía llevar a sacrificar mis compañeros y había visto cómo les aserraban por los pechos y sacarles los corazones bullendo, y cortarles pies y brazos, y se los comieron a los sesenta y dos que he dicho, y de antes habían muerto ochocientos cincuenta de los nuestros compañeros, temía yo que un día que otro me habían de hacer lo mismo, porque ya me habían asido dos veces para llevarme a sacrificar, y quiso Dios que me escapé de su poder, y acordándoseme de aquellas feísimas muertes, y como dice el refrán, que cantarillo que muchas veces a la fuente, etcétera, y a este efecto siempre desde entonces temí la muerte más que nunca; y esto he dicho porque antes de entrar en las batallas se me ponía una como grima y tristeza en el corazón, y orinaba una vez o dos,

y encomendándome a Dios y a su bendita madre y entrar en las batallas todo era uno, y luego se me quitaba aquel pavor; y también quiero decir que cosa tan nueva les parecerá ahora tener yo aquel temor no acostumbrado, habiéndome hallado en muchas batallas y reencuentros muy peligrosos de guerra. y había de estar curtido el corazón y esfuerzo y ánimo en mi persona, ahora a la postre más arraigado que nunca, porque si bien lo sé contar y traer a la memoria, desde que vine a descubrir con Francisco Hernández de Córdoba y con Grijalva, y volví con Cortés, me hallé en lo de la punta de Cotoche, y en lo de Lázaro, que en otro nombre se dice Campeche, y en Potonchán, y en la Florida. según más largamente lo tengo escrito, cuando vine a descubrir con Francisco Hernández de Córdoba.

Dejemos esto, volvamos a hablar en lo de Grijalva y en la misma de Potonchán, y ahora con Cortés en lo de Tabasco. y en la de Cingapacinga, y en todas las batallas y reencuentros de Tlaxcala, y en lo de Cholula, y cuando desbaratamos a Narváez me señalaron y me hallé cuando les fuimos a tomar la artillería, que eran diez y ocho tiros que tenían cebados con sus piedras y pelotas, los cuales le tomamos, y este trance fue de mucho peligro, y me hallé en el desbarate primero, cuando los mexicanos nos echaron de México, cuando mataron en obra de ocho días sobre ochocientos cincuenta de nuestros soldados; y me hallé en las entradas de Tepeaca y Cachula y sus alrededores, y en otros encuentros que tuvimos con los mexicanos, cuando estábamos en Texcoco, sobre coger las milpas de maíz, y me hallé en lo de Iztapalapa cuando nos quisieron anegar, y me hallé cuando subimos en los peñoles que ahora les llaman las fuerzas o fortalezas, que ganó Cortés, y en lo de Xochimilco, cuatro batallas, otros muchos reencuentros; y entré con Pedro de Alvarado de los primeros a poner cerco a México, y les quebramos el agua de Chapultepec, y en la primera entrada que entramos en las calzadas con el mismo Alvarado, y después cuando nos desbarataron por la misma nuestra parte y nos llevaron ocho soldados y a mí me llevaban asido a sacrificar, y en todas las más batallas por mí ya memoradas que cada día teníamos, hasta que vi, como dicho tengo, las crueles muertes que dieron delante de mis ojos a nuestros compañeros. Ya he dicho que ahora que por mí habían pasado todas estas batallas y peligros de muerte que no había de temer tanto como lo temía ahora a la postre; digan aquí los caballeros que de esto de lo militar se les en-

tiende, y se han hallado en trances peligrosos de muerte, a qué fin echarán mi temor, si es a flaqueza de ánimo o a mucho esfuerzo, porque, como he dicho, sentía en mi pensamiento que había que poner mi persona batallando en parte tan peligrosa que por fuerza había de temer entonces la muerte más que otras veces, y por esta causa temblaba el corazón, porque temía la muerte, y todas estas batallas que aquí he dicho, donde me he hallado, verán en mi relación en qué tiempo y cómo y cuándo y dónde y de qué manera; otras muchas entradas y reencuentros tuve desde allí adelante, que aquí no declaro hasta su tiempo y lugar, lo cual verán adelante en esta relación; y también digo que siempre no estaba muy sano, porque muchas veces estaba mal herido, y a este efecto no podía ir a todas las entradas; pues aún no son nada los trabajos ni riesgos de muerte que de mi persona he recontado, que después que ganamos esta grande y fuerte ciudad de México pasé otros muchos reencuentros de guerra con capitanes con quien salí de México, como adelante verán, cuando venga a coyuntura. Y dejémoslo ya, y diré y declararé por qué he dicho en todas estas guerras mexicanas, cuando nos mataron a nuestros compañeros, *lleváronlos* y no digo *matáronlos*, y la causa es ésta: porque los guerreros que con nosotros peleaban aunque pudieran matar a los que llevaban vivos de nuestros soldados, no los mataban luego, sino dábanles heridas peligrosas, porque no se defendiesen, y vivos los llevaban a sacrificar a sus ídolos, y aún primero les hacían bailar delante de Uichilobos, que era su ídolo de la guerra, y esta es la causa por qué he dicho *lleváronlos*. Y dejemos esta materia, y digamos lo que Cortés hizo después de ganado México.

VISION DE LOS VENCIDOS

La Historia generalmente ha sido escrita por los vencedores y a los dominados aún se les ha negado el derecho de escribir su versión de los acontecimientos en que tomaron parte. La Historia de México no ha escapado del todo a este hecho, mas pese a ese silenciamiento, los perdidosos han podido dejar su punto de vista y así podemos tener cara y cruz de lo ocurrido en la Conquista y principalmente saber cómo ésta fue juzgada por quienes fueron derrotados.

Miguel León Portilla, a base de una serie de relaciones escritas a partir de 1523, esto es, por hombres de cerca de treinta años o más, en lengua náhuatl, las cuales en buena parte fueron traducidas por el Padre Garibay, nos ofrece la contrapartida de lo que escribieron Cortés, Díaz del Castillo, Aguilar y otros conquistadores.

El origen de estos textos que León Portilla pormenoriza en la obra citada por nosotros como fuente es en términos generales el siguiente: *Anales de México y Tlatelolco*, *Anales Tepaneca*, *Anónimo Manuscrito de Tlatelolco*, *Historia de las Indias de la Nueva España* de Fray Diego Durán, *Cantares mexicanos*, *Códice Florentino*, etc.

Fuente: *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*. Introducción, selección y notas, Miguel León Portilla; versión de textos nahuas, Angel Ma. Garibay K.; ilustraciones de los códices, Alberto Beltrán. México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1959. XXVI-212 p. ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 81), p. 164-190.

VISION DE LOS VENCIDOS

Llegada de Cortés. Los mensajeros de Motecuhzoma

Año 13 Conejo. Fueron vistos los españoles en el agua.

Año 1 Caña. Salieron los españoles al palacio de Tlayácac. Con esto ya viene el Capitán.

Cuando hubo salido al palacio de Tlayácac, luego le fue a dar la bienvenida el Cuetlaxteca (enviado por Motecuhzoma Xocoyotzin): Por este motivo va a darle allá soles de metal fino, uno de metal amarillo y otro de blanco. Y un espejo de colgar, una bandeja de oro, un jarrón de oro, abanicos y adornos de pluma de quetzal, escudos de concha nácar.

Delante del capitán se hacen sacrificios. Se enojó por ello. Porque le daban al capitán sangre en una "cazoleta del Águila". Por esto maltrató al que le daba sangre. Le dio golpes con la espada. Con esto se desbandaron los que le fueron a dar la bienvenida.

Todo esto lo llevó al capitán para dárselo por mandato espontáneo de Motecuhzoma. Por esa razón fue a encontrar al capitán. Ese fue el oficio que hizo el de Cuertlaxtlan.

Cortés en Tenochtitlan

Y luego vino a llegar hasta Tenochtitlan. Llegó en el mes de *Quecholi*, en un signo del día 8 Viento.

Y Cuando ya llegó acá a Tenochtitlan, luego le dimos gallinas, huevos, maíz blanco, tortillas blancas, y le dimos qué beber. Entregamos pastura para los "venados" (caballos) y leña.

Por una parte le hizo entrega de dones el de Tenochtitlan y por la otra le hizo entrega de dones el de Tlatelolco.

Entonces el capitán marchó a la costa. Dejó a don Pedro de Alvarado (apodado) "El Sol".

La matanza del templo mayor en la fiesta de Tóxcatl

En ese tiempo van a preguntar a Motecuhzoma en qué forma han de celebrar a su dios. Él les dijo:

Ponedle todo lo que es su atavío propio. Hacedlo.

En este tiempo fue cuando dio órdenes "El Sol" (Alvarado): ya está atado preso Motecuhzoma y el *Tlacocheácatl* de Tlatelolco, Itzcohuatzin.

Fue cuando ahorcaron a un principal de Acolhuacan, de nombre Nezahualquentzin junto a la albarrada.

En segundo lugar murió el rey de Nauhla, llamado Co-hualpopocatzin. Lo asaetearon, y después de asaeteado, vivo aún, fue quemado.

Con este motivo estaban en guardia los tenochcas de la Puerta del Águila. Por un lado estaba el garitón de los tenochcas; por otro lado, el garitón de los tlatelolcas.

Vinieron a decir a aquéllos que ataviaran a Huitzilopochtli.

Luego le ponen a Huitzilopochtli todo aquello con que se adorna, sus ropas de papel y todos las atavíos que le son propios. Todo se lo pusieron.

Luego ya cantan sus cantos los mexicanos. Así lo estuvieron haciendo el primer día.

Aún pudieron hacerlo el segundo día: comenzaron a cantar y fue cuando murieron tenochcas y tlatelolcas.

Los que estaban cantando y danzando estaban totalmente desarmados. Todo lo que tenían eran sus mantillos labrados, sus turquesas, sus bezotes, sus collares, sus penachos de pluma de garza, sus dijes de pata de ciervo. Y los que tañen el atabal, los viejecitos, tienen sus calabazos de tabaco hecho polvo para aspirarlo, sus sonajas.

A éstos (los españoles) primeramente les dieron empellones, los golpearon en las manos, les dieron bofetadas en la cara, y luego fue la matanza general de todos éstos. Los que estaban cantando y los que estaban mirando junto a ellos, murieron.

Nos dieron empellones, nos maltrataron por tres horas. En donde mataron a la gente fue en el Patio Sagrado.

Luego se meten (los españoles) dentro de las casas (del templo) para matar a todos: a los que acarreaban el agua, a los que traían la pastura de los caballos, a los que molían, a los que barrían, a los que estaban de vigilancia.

Pero el rey Motecuhzoma acompañado del *Tlacocheácatl* de Tlatelolco, Itzcohuatzin, y de los que daban de comer a los españoles, les dicen:

—Señores nuestros... ¡Basta! ¿Qué es lo que estáis haciendo? ¡Pobres gentes del pueblo...! ¿Acaso tienen escudos? ¿Acaso tienen macanas? ¡Andan enteramente desarmados...!

Cuando llegó acá el capitán, ya nos había matado "El Sol". (Alvarado). Hacía veinte días que el capitán había partido para la costa cuando nos mató a traición: "El Sol".

Cuando llegó acá el capitán no fue recibido con guerra; en paz y calma entró acá. Hasta el día siguiente lo atacamos con fuerza y así dio principio la guerra.

La Noche triste

En consecuencia luego salieron de noche. En la fiesta de *Tecuilhuitl* salieron; fue cuando murieron en el Canal de los Toltecas. Allí furiosamente los atacamos.

Cuando de noche salieron, primero fueron a reconcentrarse en Mazatzintamalco. Allí fue la espera de unos a otros cuando salieron de noche.

Año 2 Pederal. Fue cuando murió Moctecuhzoma; tam-

bién en el mismo tiempo murió el *Tlacocheácatl* de Tlatelolco, Itzcohuatzin.

Cuando se fueron (los españoles), fueron a asentarse a Acueco. Los echaron de allí. Fueron a situarse en Teuhcalhueyacan. Se fueron para Zoltépec. De allí partieron, fueron a situarse en Tepotzotlan. De allí se fueron, fueron a situarse en Citlaltépec; de allí fueron a establecerse en Temazcalapan. Allí los salieron a encontrar: les dieron gallinas, huevos, maíz en grano. Allí tomaron resuello.

Ya se fueron a meter a Tlaxcala.

Entonces se difundió la epidemia: tos, granos ardientes, que queman.

El regreso de los españoles

Cuando ha pasado un poco la epidemia, ya se ponen en marcha. Van a salir a Tepeyácac, fue el primer lugar que conquistan.

¿Se van de allí: cuando es la fiesta de tomar licor ("Tlahuano"), van a salir a Tlapechhuan. Es la fiesta de *Izcalli*.

A los doscientos días vinieron a salir, se vinieron a situar en Tetzco. Estuvieron allí cuarenta días.

Luego ya vienen, de nuevo en seguimiento de Citlaltépec. A Tlacopan. Allí se establecen en el Palacio.

Y también se metieron acá los de Chiconauhtla, Xaltocan, Cuauhtitlan, Tenayucan, Azcapotzalco, Tlacopan, Coyoacán.

Por siete días no están combatiendo.

Estaban solamente en Tlacopan. Pero luego de nuevo retroceden. No más se van todos juntos y por allá van a salir, para establecerse en Tetzco.

Ochenta días y otra vez van a salir a Huaxtepec, Cuauhahuac (Cuernavaca). De allá bajaron a Xochimilco. Allí murió gente de Tlatelolco. Otra vez salió (el español) de allí; vino a Tetzco, allí también a situarse. También en Tlalitzacapa murieron gentes de Tlatelolco.

Cuando él se fue a situar a Tetzco fue cuando comenzaron a matarse unos con otros los de Tenochtitlan.

En el año 3 Casa, mataron a sus príncipes el *Cihuacóatl* Tzihuacpopocatzin y a Cicipatzin Tecuecuenotzin. Mataron también a los hijos de Motecuzohma, Axayaca y Xoxoehualoc.

Esto más: se pusieron a pleitear unos con otros y se mataron unos a otros. Esta es la razón por la que fueron muer-

tos estos principales: movían, trataban de convencer al pueblo para que se juntara maíz blanco, gallinas, huevos, para que dieran tributo a aquéllos (a los españoles).

Fueron sacerdotes, capitanes, hermanos mayores los que hicieron estas muertes. Pero los principales jefes se enojaron porque habían sido muertos aquellos principales.

Dijeron los asesinos:

—¿Es que nosotros hemos venido a hacer matanzas? Últimamente, hace sesenta días que hubo muertos a nuestro lado... ¡Con nosotros se puso en obra la fiesta del *Tóxcatl*...! (La matanza del templo mayor.)

El Asedio de Tenochtitlan

Ya se ponen en pie de guerra, ya van a darnos batalla (los españoles). Por espacio de diez días nos combaten y es cuando vienen a aparecer sus naves. A los veinte días van a colocar sus naves por Nonohualco, en el punto llamado Mazatzintamalco.

Cuando sus naves llegaron acá, llegaron por el rumbo de Iztacalco. Entonces se sometió a ellos el habitante de Iztacalco. También de allá se dirigieron acá. Luego se fueron a situar las naves en Acachinanco.

También desde luego hicieron sus casas de estacamento los de Huexotzinco y Tlaxcala a un lado y otro del camino. También se dispersan sus barcos los de Tlatelolco. Éstos están en sus barcas en el camino de Nonohualco, en Mazatzintamalco están sus barcas.

Pero en Xohuiltitlan y en Tepeyácac nadie tiene barcas. Los únicos que estamos en vigilancia del camino somos los de Tlatelolco cuando aquéllos llegaron con sus barcas. Al día siguiente las fueron a dejar en Xoloco.

Por dos días hay combate en Huitzilán. Fue cuando se mataron unos a otros los de Tenochtitlan. Se dijeron:

—¿Dónde están nuestros jefes? ¿Tal vez una sola vez han venido a disparar? ¿Acaso han hecho acciones de varones?

Apresuradamente vinieron a coger a cuatro: por delante iban los que los mataron. Mataron a Cuahnochtili, capitán de Tlacatecco, a Cuapan, capitán de Huitznáhuac, al sacerdote de Amantlan, y al sacerdote de *Tlalocan*. De modo tal, por segunda vez, se hicieron daño a sí mismo los de Tenochtitlan al matarse unos a otros.

Los españoles vinieron a colocar dos cañones en medio del camino de Tecamman mirando hacia acá. Cuando dispararon los cañones la bala fue a caer en la Puerta del Águila.

Entonces se pusieron en movimiento juntos los de Tenochtitlan. Tomaron en brazos a Huitzilpochтли, lo vinieron a meter en Tlatelolco, lo vinieron a depositar en la Casa de los Muchachos ("Telpochcalli"), que está en Amáxac. Y su rey vino a establecerse a Acacolco. Era Cuauhtemotzin.

La gente se refugia en Tlatelolco

Y eso bastó; los del pueblo bajo en esta ocasión dejaron su ciudad de Tenochtitlan para venir a meterse a Tlatelolco. Vinieron a refugiarse en nuestras casas. Inmediatamente se instalaron por todas partes en nuestras casas, en nuestras azoteas.

Gritan sus jefes, sus principales y dicen:

—Señores nuestros, mexicanos, tlatelolcas...

Un poco nos queda... No hacemos más que guardar nuestras casas.

No se han de adueñar de los almacenes, del producto de nuestra tierra.

Aquí está vuestro sustento, el sostén de la vida, el maíz.

Lo que para vosotros guardaba vuestro rey: escudos, insignias de guerra, rodela ligeras, colgajos de pluma, orejeras de oro, piedras finas. Puesto que todo esto es vuestro, propiedad vuestra.

No os desaniméis, no perdáis el espíritu. ¿Adónde hemos de ir?

¡Mexicanos somos, tlatelolcas somos!

Inmediatamente tomaron de prisa todas las cosas los que mandaban acá, cuando ellos vinieron a entregar las insignias, sus objetos de oro, sus objetos de pluma de quetzal.

Y éstos son los que andan gritando por los caminos y entre las casa y en el mercado:

Xipanoc, Teltlyaco, el "vice-Cihuacóatl" Motelchiuh, cuando era de Huiznáhuatl, Zóchitl, el de Acolnáhuac, el de Anáhuac, el *Tlacocheácatl*, Itzpotonqui, Ezhuahuácatl, Coáihuitl que se dio a conocer como jefe de Tezcacoac. Huánitl, que era Mixcoatlailótlac; el intendente de los templos, Téntil. Estos eran los que anduvieron gritando, como se dijo, cuando se vinieron a meter a Tlatelolco.

Y aquí están los que lo oyeron:

Los de Coyoacán, de Cuauhtitlan, de Tultitlan, de Chicunauhuala, Coanacotzin, el de Tetzco, Cuitláhuac, el de Tepechpan, Itzyoca. Todos los señores de estos rumbos oyeron el discurso dicho por los de Tenochtitlan.

Y todo el tiempo que estuvimos combatiendo, en ninguna parte se dejó ver el tenochca; en todos los caminos de aquí: Yacacolco, Atezcapan, Coatlan, Nonohualco, Xoxohuitlan, Tepeyácac, en todas estas partes fue obra exclusiva nuestra, se hizo por los tlatelolcas. De igual modo, los canales también fue obra nuestra exclusiva.

(Ahora bien, los capitanes tenochcas allí (en su refugio de Tlatelolco), se cortaron el cabello, y los de menor grado, también allí se lo cortaron, y los *cuachiques*, y los *otomies*, de grado militar, que suelen traer puesto su casco de plumas, ya no se vieron en esta forma, durante todo el tiempo que estuvimos combatiendo.

Por su parte, los de Tlatelolco rodearon a los principales de aquéllos y sus mujeres todas los llenaron de oprobio y les apenaron diciéndoles:

—¿No más estáis allí parados...? ¿No os da vergüenza? ¡No habrá mujer que en tiempo alguno se pinte la cara para vosotros...!

Y las mujeres de ellos andaban llorando y pidiendo favor en Tlatelolco.

Y cuando ven todo esto los de esta ciudad alzan la voz, pero ya no se ven por ninguna parte los tenochcas.

De parte de los tlatelolcas, pereció lo mismo el *cuáchic* que el *otomí* y el capitán. Murieron a obra de cañón, o de arcabuz.

El mensaje del señor de Acolhuacan

En este tiempo viene una embajada del rey de Acolhuacan, Tecocoltzin. Los que vienen a conferenciar en Tlatelolco, son:

Tecucyahuácatl, Topantemoctzin, Tezacohuácatl, Quiyotecatzin, el Tlacatécatl Temilotzin, el Tlacocheácatl Coyohuehuetzin y el Tziuhtepanécatl Matlalacatzin.

Dicen los enviados del rey de Acolhuacan Tecocoltzin.

—Nos envía acá el Señor el de Acolhuacan Tecocoltzin. Dice esto.

“Oigan por favor los mexicanos tlatelolcas:

Arde, se calcina su corazón y su cuerpo está doliente.

De igual modo a mí me arde y se calcina mi corazón.”

“¿Qué es lo poquito que yo tengo? De mi fardo, el hueco de mi manto, por dondequiera cogen: me lo van quitando. Se hizo, se acabó el habitante de este pueblo.”

Pues digo:

“Que por su sola voluntad lo disponga el tenochca: que por su propio gusto perezca: nada ya haré en su favor, ya no esperaré en su palabra.

¿Qué dirá? ¿Cómo dispondréis los poquitos días? Es todo: que oigan mis palabras”.

Ya le retornan el discurso los señores de Tlatelolco, le dicen:

—Nos haces honor, oh tú, capitán, hermano mío:

¿Pues que, es acaso nuestra madre y nuestro padre el chichimeca habitante de Acolhuacán?

Pues aquí está: lo oyen: Sesenta días van de que tiene intención de que se haga como él lo ha dicho. Y ahora no más lo ha visto: totalmente se destruyen, no más dan gritos: pues unos se conservan como gentes de Cuauhtitlan, otros como de Tenayucan, de Azcapotzalco, o de Coyoacán se hacen pasar.

No más esto veo: y es que ellos gritan que son tlatelolcas. ¿Cómo lo haré?

¡Se ha satisfecho su corazón, ha tenido el gusto de hacerlo, le han salido bien, le vino como deslizado...! ¡Ah, ya estamos haciendo el mandato y la disposición de nuestro señor! ¡Hace sesenta días que estamos combatiendo...!

Los tlatelolcas son invitados a pactar

Vino a amedrentarlos de parte de los españoles, a dar gritos el llamado Castañeda, en donde se nombra *Yauhtenco* vino a dar gritos. Lo acompañaban tlaxcaltecas, ya dan gritos a los que están en atalaya de guerra junto al muro en agua azul. Son el llamado Itzpalanqui, capitán de Chapultepec, dos de Tlapala, y Cuexacaltzin.

Viene a decirles:

—¡Vengan acá algunos!

Y ellos se dicen:

—¿Qué querrá decir? Vayamos a oírlo.

Luego se colocan en una barca y desde lejos dispuestos le dicen a aquél:

—¿Qué es lo que queréis decir?

Ya dicen los tlaxcaltecas:

—¿Dónde es vuestra casa?

Dicen:

—Está bien: sois los que son buscados. Venid acá, os llama el “dios”, el capitán.

Entonces salieron, van con él a Nonohualco, a la Casa de la Niebla en donde están el capitán y Malintzin y “El Sol” (Alvarado) y Sandoval. Allí están reunidos los señores del pueblo, hay parlamento, dicen al capitán:

—Vinieron los tlatelolcas, los hemos ido a traer.

Dijo Malintzin a ellos:

Venid acá: “Dice el Capitán:

¿Qué piensan los mexicanos? ¿Es un chiquillo Cuauhtémoc?

¿Qué no tienen compasión de los niñitos, de las mujeres?

¿Es así como han de perecer los viejos?

Pues están aquí conmigo los reyes de Tlaxcala, Huexotzingo, Cholula, Chalco, Acolhuacan, Cuahnáhuac, Xochimilco, Mizquic, Cuitláhuac, Culhuacan”.

Ellos (varios de esos reyes) dijeron:

—¿Acaso de las gentes se está burlando el tenochca? También su corazón sufre por el pueblo en que nació. Que dejen solo al tenochca; que solo y por sí mismo... vaya pereciendo...

¿Se va a angustiar acaso el corazón del tlatelolca, porque de esta manera han perecido los mexicanos, de quienes él se burlaba?

Entonces dicen (los enviados tlatelolcas) a los señores:

—¿No es acaso de este modo como lo decís, señores?

Dicen ellos (los reyes indígenas aliados de Cortés):

—Sí. Así lo oiga nuestro señor el “dios”: dejad solo al tenochca, que por sí solo perezca... ¿Allí está la palabra que vosotros tenéis de nuestros jefes?

Dijo el “dios”, (Cortés):

—Id a decir a Cuauhtémoc: Que toman acuerdo, que dejen solo al tenochca. Yo me iré para Teucalhueyacan, cuando ellos hayan concertado allá me irán a decir sus palabras. Y en cuanto a las naves, las mudaré para Coyoacán.

Cuando lo oyeron, luego le dijeron, (los tlatelolcas):

—¿Dónde hemos de coger a aquellos (a los tenochcas) que andan buscando? ¡Ya estamos al último respiro, que de una vez tomemos algún aliento...!

Y de esta manera se fueron a hablar con los tenochcas. Allá con ellos se hizo junta. Desde las barcas no más se gritó. No era posible dejar solo al tenochca.

Se reanuda la lucha

Así las cosas, finalmente, contra nosotros se disponen a atacar. Es la batalla. Luego llegaron a colocarse en Cuepopan y en Cozacuahco. Se ponen en actividad con sus dardos de metal. Es la batalla con Coyohuetzin y cuatro más.

Por lo que hace a las naves de ellos, vienen a ponerse en Texopan. Tres días es la batalla allí. Vienen a echarnos de allí. Luego llegan al Patio Sagrado: cuatro días es la batalla allí.

Luego llegan hasta Yocacolco: es cuando llegaron acá los españoles, por el camino de Tlilhuacan.

Y esto fue todo. Habitantes de la ciudad murieron dos mil hombres exclusivamente de Tlatelolco. Fue cuando hicimos los de Tlatelolco armazones de "hileras de cráneos" (*tzompanili*). En tres sitios estaban colocados estos armazones. En el que está en el Patio Sagrado de "Tlilcalco" (casa negra). Es donde están ensartados los cráneos de nuestros señores (españoles).

En el segundo lugar, que es Acacolco también están ensartados cráneos de nuestros señores y dos cráneos de caballo.

En el tercer lugar que es Zacatla, frente al templo de la diosa ("Cihuacóatl"), hay exclusivamente cráneos de tlatelolcas.

Y así las cosas, vinieron a hacernos evacuar. Vinieron a estacionarse en el mercado.

Fue cuando quedó vencido el tlatelolca, el gran tigre, el gran águila, el gran guerrero. Con esto dio su final conclusión la batalla.

Fue cuando también lucharon y batallaron las mujeres de Tlatelolco lanzando sus dardos. Dieron golpes a los invasores; llevaban puestas insignias de guerra; las tenían puestas. Sus faldellines llevaban arremangados, los alzaron para arriba de sus piernas para poder perseguir a los enemigos.

Fue también cuando le hicieron un doselete con mantas al capitán allí en el mercado, sobre un templete. Y fue cuando colocaron la catapulta aquí en el templete. En el mercado la batalla fue por cinco días.

Descripción épica de la ciudad sitiada

Y todo esto pasó con nosotros. Nosotros lo vimos, nosotros lo admiramos: con esta lamentosa y triste suerte nos vimos angustiados.

En los caminos yacen dardos rotos,
 los cabellos están esparcidos
 Destechadas están las casas,
 enrojecidos tienen sus muros
 Gusanos pululan por calles y plazas,
 y en las paredes están los sesos.
 Rojas están las aguas, están como teñidas,
 y cuando las bebimos, es como si bebiéramos agua de sa-
 [litre.

Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
 y era nuestra herencia una red de agujeros.
 Con los escudos fue su resguardo,
 pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad.
 Hemos comido palos de colorín (eritrina),
 piedras de adobe, lagartijas, ratones, tierra en polvo,
 [gusanos...

Comimos la carne apenas sobre el fuego estaba puesta.
 Cuando estaba cocida la carne de allí la arrebatában, en el mismo fuego, la comían.

Se nos puso precio. Precio del joven, del sacerdote, del niño y de la doncella. Basta: de un pobre era el precio sólo dos puñados de maíz, sólo diez tortas de mosco; sólo era nuestro precio veinte tortas de grama salitrosa.

Oro, jades, mantas ricas, plumajes de quetzal, todo eso que es precioso, en nada fue estimado.

Solamente se echó fuera del mercado a la gente cuando allí se colocó la catapulta.

Ahora bien, a Cuauhtémoc le llevaban los cautivos. No quedan así. Los que llevan a los cautivos son los capitanes de *Tlacatecco*. De un lado y de otro les abren el vientre. Les abría el vientre Cuauhtemotzin en persona y por sí mismo.

El mensaje del Acolnahuácatl Xóchitl

Fue en este tiempo cuando vinieron a traer (los españoles) al Acolnahuácatl Xóchitl, que tenía su casa en Tenochtitlan.

Murió en la guerra. Por veinte días lo habían andado trayendo con ellos. Vinieron a dejarlo en el mercado de Tlatelolco. Allí las flechas lo cazaron.

Cuando lo vinieron a dejar fue así: lo venían trayendo de ambos lados cogido. Traían también una ballesta, un cañón, que vienen a colocar en el lugar donde se vende el incienso. Allí dieron gritos.

Luego van los de Tlatelolco, van a recogerlo. Va guiando a la gente el capitán de Huitznahuac, un huasteco.

Cuando hubieron recogido a Xóchitl viene a dar cuenta (a Cuauhtémoc) el capitán de Huitznahuac, viene a decirle:

—Trae un recado Xóchitl.

Y Cuauhtémoc conferenció con Topantémoc:

—Tú irás a parlamentar con el capitán (con Cortés).

Durante el tiempo en que fueron a dejar a Xóchitl, descansó el escudo, ya no hubo combates, ya no se cogía prisionero a nadie.

Luego llevan a Xóchitl, lo vienen a poner en el templo de la Mujer (“Cihuacóatl”), en Axocotzinco.

Cuando lo han colocado allí, luego Tepantemoctzin, Coyohuehuetzin y Temolitzin dicen a Cuauhtémoc:

—Príncipe mío: (los españoles) han venido a dejar a uno de los magistrados, Xóchitl, el de Acolnáhuac. Dizque te ha de dar su recado.

Respondió (Cuauhtémoc), luego dijo:

—¿Y vosotros, qué decís?

Inmediatamente todos alzaron el grito y dijeron:

—Que lo traigan acá... ha venido a ser como nuestra paga. Ya hicimos agujeros con papel, ya hicimos agujeros con incienso. Que oiga solamente su mensaje el que lo ha ido a recoger.

Por tanto, inmediatamente va el capitán de Huitznahuac, el huasteco, a ver cómo es el mensaje que viene a dejar Xóchitl.

El Acolnáhuac Xóchitl dijo: Os manda decir el “dios” capitán y Malintzin:

—“Oigan, por favor, Cuauhtémoc, Coyohuehuetzin, Topantémoc:

¿No tienen compasión de los pobres, de los niñitos, de los viejitos, de las viejitas? ¡Ya todo acabó aquí! ¿Acaso todavía pueden las vanas palabras? ¡Todo está ya terminado!

¡Entreguen mujeres de color claro, maíz blanco, gallinas, huevos, tortillas blancas! Aún es esto posible. ¿Qué respon-

den? ¡Es necesario que por su propia voluntad se someta el tenochca, o que por su propia voluntad perezca...!

Cuando hubo recibido el mensaje el capitán de Huitznáhuac, el huasteco, luego va a dar la palabra a los señores de Tlatelolco y allí al rey de los tenochcas, Cuauhtémoc. Y cuando oyeron el mensaje que les vino a comunicar el *Acolnáhuac* Xóchitl luego se ponen en deliberación los señores de Tlatelolco. Dicen:

—¿Qué es lo que decís vosotros? ¿Qué determinación tomáis?

Dijo a esto el Tlacochealcatl Coyohuehuetzin:

—Habladle al huasteco.

Se consulta a los agoreros

Y dice Cuauhtémoc (a los agoreros):

—Venid por favor: ¿Qué miráis, qué veis en vuestros libros?

Le dice el sacerdote, el sabedor de papeles, el que corta papeles.

—Príncipe mío: Oíd lo que de verdad diremos:

Solamente cuatro días y habremos cumplido ochenta. Y acaso es disposición de Huitzilopochtli de que ya nada suceda. ¿Acaso a excusas de él tendréis que ver por vosotros? Dejemos que pasen estos cuatro días para que se cumplan ochenta.

Y hecho esto no se hizo caso. Y también de nueva cuenta empezó la batalla. De modo que solamente fue a presentarla, a dar comienzo a la guerra el capitán de Huitznáhuac, el huasteco.

Por fin de cuentas todos nos pusimos en movimiento hacia Amáxac. Hasta allí llegó la batalla. Luego fue la dispersión, no más por las cuevas están colocadas las gentes. El agua está llena de personas; los comienzos de los caminos están llenos de gente.

La ciudad vencida

Este fue el modo como feneció el Mexicano, el Tlatelolca. Dejó abandonada su ciudad. Allí en Amáxac fue donde estuvimos todos. Y ya no teníamos escudos, ya no teníamos macanas, y nada teníamos que comer, ya nada comimos. Y toda la noche llovió sobre nosotros.

Prisión de Cuauhtémoc

Ahora bien, cuando salieron del agua ya van Coyohuehuetzin, Tepantemoctzin, Temilotzin y Cuauhtemoctzin. Llevaron a Cuauhtemoctzin a donde estaba el capitán, y don Pedro de Alvarado y doña Malintzin.

Y cuando aquellos fueron hechos prisioneros, fue cuando comenzó a salir la gente del pueblo a ver dónde iba a establecerse. Y al salir iban con andrajos, y las mujercitas llevaban las carnes de la cadera casi desnudas. Y por todos lados hacen rebusca los cristianos. Les abren las faldas, por todos lados les pasan la mano, por sus orejas, por sus senos, por sus cabellos.

Y esta fue la manera como salió el pueblo: por todos los rumbos se esparció; por los pueblos vecinos, se fue a meter a los rincones, a las orillas de las casas de los extraños.

En un año 3 Casa (1521), fue conquistada la ciudad. En la fecha en que nos esparcimos fue en Tlaxochimanco, un día 1 Serpiente.

Cuando nos hubimos dispersado los señores de Tlatelolco fueron a establecerse a Cuauhtitlan: son Topantemoctzin, el *Tlacocheácatl* Coyohuehuetzin y Temilotzin.

El que era gran capitán, el que era gran varón solo por allá va saliendo y no lleva sino andrajos. De modo igual, las mujeres, solamente llevaban en sus cabezas trapos viejos, y con piezas de varios colores habían hecho sus camisas.

Por esa causa están afligidos los principales y de eso hablan unos con otros: ¡Hemos perecido por segunda vez!

Un pobre hombre del pueblo que iba para arriba fue muerto en Otontlan de Acolhuacan traicioneramente. Por tanto, se ponen a deliberar unos con otros los del pueblo que tienen compasión de aquel pobre: Dicen:

—Vamos, vamos a rogar al capitán nuestro señor.

La orden de entregar el oro

En este tiempo se hace requisa de oro, se investiga a las personas, se les pregunta si acaso un poco de oro tienen, si lo escondieron en su escudo, o en sus insignias de guerra, si allí lo tuvieron guardado, o si acaso su bezote, su colgajo del labio, o su luneta de la nariz, o tal vez su dije pendiente, todo cuanto sea, luego ha de juntarse.

Y hecho así, se rejuntó todo cuanto se pudo descubrir.

Luego lo viene a preguntar uno de sus jefes, Cuezacaltzin de Tlapala, Huitziltzin, de Tepanecapan, el capitán de Huitznáhuac, el huasteco, y Potzontzin de Cuitlachcohuacan.

Estos van a entregar el oro a Coyoacán. Cuando han llegado allá dicen:

—Capitán, nuestro señor, amo nuestro: Te mandan suplicar los señores tus vasallos los grandes de Tlatelolco. Dicen: “Oiga por favor el señor nuestro:

Están afligidos tus vasallos, pues los afligen los habitantes de los pueblos en donde están refugiados por los rincones y esquinas.

Se burlan de ellos el habitante de Acolhuacan y el Otomí, los matan a traición.

Y esto más: Aquí está esto con que vienen a implorarte: esto es lo que estaba en las orejeras y en los escudos de los dioses de tus vasallos.”

En su presencia colocan aquello, lo ponen en cestones para que lo vea. Y cuando el capitán y Malintzin lo vieron se enojaron y dijeron:

—¿Es acaso eso lo que se anda buscando? Lo que se busca es lo que dejaron caer en el Canal de los Toltecas. ¿Dónde está? ¡Se necesita!

Al momento le responden los que vienen en comisión:

—Lo dio Cuauhtemoctzin al *Cihuacóatl* y al *Huiznahúacatl*. Ellos saben en dónde está: que les pregunten.

Cuando lo oyó finalmente mandó que les pusieran grillos, que los encadenaran. Vino a decirles Malintzin:

—Dice el capitán: Que se vayan, que vayan a llamar a sus principales. Les quedó agradecido. Puede ser que de veras estén padeciendo los del pueblo, pues de él se están moviendo.

Que se vengán, que vengán a habitar sus casas de Tlatelolco; que en todas sus tierras vengán a establecerse los tlatelolcas. Y decid a los señores principales de Tlatelolco: Ya en Tenochtitlan nadie ha de establecerse, pues es la conquista de los “dioses”, es su casa. Marchaos.

El suplicio de Cuauhtémoc

Hecho así, cuando se hubieron ido los embajadores de los señores de Tlatelolco, luego se presentaron ante (los españoles) los principales de Tenochtitlan. Quieren hacerlos hablar.

Fue cuando le quemaron los pies a Cuauhtemoctzin.

Cuando apenas va a amanecer lo fueron a traer, lo ataron a un palo, lo ataron a un palo en casa de Ahuizotzin en Acatliyacapan.

Allí salió la espada, el cañón, propiedad de nuestros amos.

Y el oro lo sacaron en Cuitlahuactonco, en casa de Itzponqui. Y cuando lo han sacado, de nuevo llevan atados a nuestros príncipes hacia Coyoacán.

Fue en esta ocasión cuando murió el sacerdote que guardaba a Huitzilopochtli. Le habían hecho investigaciones sobre dónde estaban los atavíos del dios y los del Sumo Sacerdote de Nuestro Señor y los del Incensador (máximo).

Entonces fueron hechos sabedores de que los atavíos estaban en Cuauhchichilco, en Xaltocan; que los tenían guardados unos jefes.

Los fueron a sacar de allá. Cuando ya aparecieron los atavíos, a dos ahorcaron en medio del camino de Mazatlan.

El pueblo regresa a establecerse en Tlatelolco

Fue en este tiempo cuando comenzó a regresar acá el pueblo bajo, se vino a establecer en Tlatelolco. Fue el año 4 Coejo.

Luego viene Temilotzin, viene a establecerse en Capultitlan.

Y don Juan Huehuetzin se vino a establecer en Atícpac.

Pero Coyohuehuetzin y Tepantemoctzin murieron en Cuauhtitlan.

Cuando vinimos a establecernos en Tlatelolco aquí solamente nosotros vivimos. Aún no se venían a instalar nuestros amos los cristianos. Aún nos dejaron en paz, todos se quedaron en Coyoacán.

Allí ahorcaron a Macuilxochitl, rey de Huitzilopochco. Y luego al rey de Culhuacan, Pizotzin. A los dos allá los ahorcaron.

Y al *Tlacaatécatl* de Cuauhtitlan y al Mayordomo de la Casa Negra los hicieron comer por los perros.

También a unos de Xochimilco los comieron los perros.

Y a tres sabios de *Ehécatl*, de origen tezcocano, los comieron los perros. No más ellos vinieron a entregarse. Nadie los trajo. No más venían trayendo sus papeles con pinturas (códices). Eran cuatro, uno huyó: sólo tres fueron alcanzados, allá en Coyoacán.

En cuanto a los españoles, cuando han llegado a Coyoacán,

de allí se repartieron por los diversos pueblos, por dondequiera.

Luego se les dieron indios vasallos en todos estos pueblos. Fue entonces cuando se dieron personas en don, fue cuando se dieron como esclavos.

En este tiempo también dieron por libres a los señores de Tenochtitlan. Y los libertadores fueron a Azcapotzalco.

Allí (en Coyoacán) se pusieron de acuerdo (los españoles) de cómo llevarían la guerra a Metztitlan. De allá se volvieron a Tula.

Luego ya toma la guerra contra Uaxacac (Oaxaca) el capitán.

Ellos van a Acolhuacan, luego a Metztitlan, a Michoacan . . .

Luego a Huey Mollan y a Cuauhtemala, y a Tecuantepec.

No más aquí acaba. Ya se refirió cómo fue hecho este papel.

BERNARDINO VAZQUEZ DE TAPIA

Nació en España a fines del siglo XV, murió en México hacia 1560.

Pasó a América con la expedición de Pedrarias Dávila y tomó parte en las exploraciones preliminares en las costas del Golfo de México. Cortés lo distinguió entre sus capitanes y le confió misiones delicadas. Terminada la Conquista acercándose en México, en donde fue Alcalde y Regidor del Ayuntamiento.

La primera edición de esta obra, notable por la subjetividad de su relación, es la que hizo a base del manuscrito que poseía Federico Gómez de Orozco, don Manuel Romero de Terreros: Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación del Conquistador...* México, Editorial Polis, 1939, 78 p. Posteriormente Jorge Gurría Lacroix lo ha analizado en la edición titulada: *Relación de méritos y servicios del conquistador... vecino y regidor de esta gran ciudad de Tenustitlán, México.* México, Antigua Librería Robredo, 1953, 147 p. (Biblioteca José Porrúa Estrada de Historia Mexicana No. 1). Vid también Guillermo Porras Muñoz, "El conquistador Bernardino Vázquez de Tapia". *Estudios Americanos*, Madrid.

Fuente: Bernardino Vázquez de Tapia. *Relación de méritos y servicios del Conquistador... vecino y regidor de esta gran ciudad de Tenustitlán, México.* Estudio y notas por Jorge Gurría Lacroix, México, Antigua Librería Robredo, 1953. 147 p. (Biblioteca José Porrúa Estrada de Historia Mexicana, 1.) p. 23-30.

EL DESCUBRIMIENTO DE MEXICO

Pasé a las Indias con el gobernador Pedro Arias de Ávila, año de quinientos y trece años. Y fuimos a la costa de la tierra firme, en aquella parte que se llama Castilla del Oro, adonde yo estuve dos años y medio, poco más o menos; y en el camino y en la dicha tierra, en entradas y costas que me fueron mandadas por el dicho Gobernador y Capitán en servicio de Su Majestad, yo pasé muchos peligros y trabajos, sin recibir sueldo ni acotamiento ninguno.

Item. Después de lo dicho, yo vine a la Isla Fernandina, que por otro nombre se llama Cupa, adonde serví en algunas entradas que hicieron contra gente alzada que había en algunas partes, y el Gobernador de ella, don Diego Velázquez,

por mi persona y servicios, me dio y encomendó pueblos e indios de que me aprovechase y para que me sirviesen.

Después de lo dicho, el año de quinientos y diez y siete, enviando el dicho Gobernador don Diego Velázquez a su sobrino, el capitán Juan de Grijalva, con cuatro navíos de armada, en servicio de Su Majestad, a descubrir islas o tierra nueva, yo fui en la dicha armada por Alférez General de toda la gente y armada: y de aquel camino descubrimos la isla de Cozumel, y le pusimos por nombre la Isla de Santa Cruz, porque aquel día la descubrimos; y la costa de Yucatán, por la parte del Sur, hasta la Bahía de Ascensión, que así le pusimos nombre; y de allí, tornamos costearo la dicha costa, en la cual y en la dicha Isla de Cozumel, vimos grandes pueblos y edificios de piedra. Después, costeamos la costa del Sueste y del Este y del Norte, hasta un gran pueblo que está en la costa, que se llamaba Campeche, en el cual desembarcamos, y los naturales nos dieron una batalla, en la cual estuvimos en harto peligro de perder las vidas, y el capitán salió mal herido y todos los más que allí estábamos, y muerto un gentilhombre soldado. Y salidos de aquel peligro, hallamos otro tan grande que fue que queriéndonos recoger a los navíos, había menguado tanto la mar, que los había dejado casi en seco y trastornado y de lodo henchidos, que no pensamos que de allí salieran sino hechos pedazos, y que nos quedáramos allí aislados y perdidos. Después, salidos de allí, quedó un navío mal acondicionado y que se iba a fondo, y buscando puerto a donde le adobar, llegamos a uno que le pusimos Puerto Deseado, adonde estuvimos algunos días, y el dicho navío se adobó.

Después yendo más adelante, descubrimos tierra de la Nueva España, y llegamos al río grande de Tabasco, al cual pusimos nombre el Río de Grijalva, y entramos en los navíos en el río y vimos el pueblo de Tabasco, adonde saltamos en tierra y se tomó posesión en nombre de Su Majestad. Después, fuimos por la costa adelante, viendo la tierra de la Nueva España, hasta llegar a Isla de Sacrificios y el puerto de San Juan de Ulúa, adonde desembarcamos y estuvimos muchos días, y tuvimos noticia de la gran Ciudad de México y de otras ciudades y provincias de esta tierra y de la bondad y riqueza de ella. Y de allí partimos adelante, descubriendo hasta el puerto de la Villa Rica; y de allí, fuimos por la costa y vimos un pueblo grande, que pusimos nombre Almería, y de allí, descubrimos un río grande, que pusimos San Pedro y San Pablo,

de donde salieron más de treinta canoas, y las corrientes de la mar iban muy recias adelante, y los pilotos y marineros temieron que las corrientes nos metiesen en parte que no pudiésemos tornar y pereciésemos de hambre, persuadieron a dicho capitán Juan de Grijalva que nos volviésemos, y así lo hicimos desde el dicho río, habiendo estado y saltado en muchas partes de la dicha tierra y tomado la posesión de ella por Su Majestad y en su nombre. Y todas las veces que habíamos de salir en tierra, era yo el primero que salía con la bandera y mis compañeros de la bandera, y así en lo dicho del dicho descubrimiento, como en la vuelta, pasamos muchos peligros, y trabajamos así en la mar como en la tierra, porque muchas veces, yendo navegando, dimos en bajíos con los navíos y en peñas, y algunas veces se quebraron tablas de abajo y nos íbamos a fondo y vimos en mucho peligro; y otras veces, a falta de bastimentos y de agua, pasamos grave hambre y sed y, queriéndola remediar, llegamos a la tierra y saltamos en ella, adonde hallamos mucha cantidad de indios de guerra que nos tenían echadas celadas; y estuvimos a punto de perder las vidas; y plugo a Dios que los desbaratásemos y tomásemos agua, y en unos maizales que topamos, cogimos muchas cargas de mazorcas de maíz, con las cuales socorriamos la hambre. Y con estos trabajos y peligros, plugo a Dios que volvimos arriba; en todo lo cual, y en todo el dicho descubrimiento, yo me hallé, como dicho tengo, siendo Alférez General.

Después de lo dicho, al cabo del año de quinientos y diez y ocho, yo volví en el armada, en que vino el Marqués del Valle por Capitán General, o Mayor, a conquistar y poblar esta tierra, y venimos a la Isla de Cozumel y la conquistamos y pacificamos. Y estando allí, se cobró Jerónimo de Aguilar, español que había mucho tiempo que estaba en Yucatán, de la parte del Sur, en poder de los indios, el cual hizo mucho provecho, por saber la lengua de aquella tierra; y después salimos de la Isla de Cozumel y fuimos costeano la costa de Yucatán y salimos a tierra en algunas partes, y llegamos al río de Grijalva y entramos en él con los navíos, y salimos en tierra y, aunque el dicho Marqués hizo muchos apercebimientos a los del pueblo de Tabasco, que estaba muy cerca de donde estábamos en tierra, para que le dejasen con su voluntad entrar en el dicho pueblo, para descansar y tomar agua, y si le diesen bastimentos se los pagaría, no aprovechó porque el pueblo no se podía entrar sino por mar y teníanle

tan fortalecido que pensaron que no les podíamos entrar; y con esto estaban tan soberbios, que dijeron al Marqués que tenían muchas palabras como mujer, que dejase las palabras y obrase con las manos, como hombre. El Marqués, corrido de aquellas palabras y que nos tenían en la playa adonde enterraban los muertos, tuvo manera como por un monte, bien espeso y de muchos esteros y ciénegas, buscó camino que fuese al dicho pueblo, e hizo armar los bateles y barcas de los navíos y meter la mitad de la gente en los bateles, y envió la otra mitad por el camino que habían hallado antes que amaneciese, y con el artillería que iba en los bateles dióse batalla al pueblo y con muchas ballestas y escopetas, pero ellos estaban tan fuertes, que peleaban defendiéndose con tantas maneras de armas, que hasta que la otra gente sintieron por las espaldas, no los pudimos entrar. Después de entrádoles el pueblo, tuvimos otras dos batallas muy recias con ellos y nos tuvieron en punto de nos matar, y corriéramos gran peligro si no fuera por los caballos que sacaron de los navíos; y que aquí se vio un gran milagro, que, estando en gran peligro en la batalla, se vio andar peleando uno de un caballo blanco, a cuya causa se desbarataron los indios, el cual caballo no había entre los que traíamos. En fin, los vencimos y vivieron en paz y trajeron presentes y dieron la obediencia a Su Majestad; y en ciertas indias, que dieron de presentes, dieron una que sabía la lengua de la Nueva España y la de la tierra de Yucatán, adonde había estado Jerónimo de Aguilar, el español que dije; y después que se entendieron, fueron los intérpretes para todo lo que se hizo. Y en este pueblo de Tabasco, el dicho Marqués señaló y nombró oficiales para que mirasen y tuviesen cargo de lo que perteneciese al interés de Su Majestad y entre ellos fui yo nombrado por factor de Su Majestad. Después, dejando aquello pacífico, pasamos adelante y llegamos al puerto de San Juan de Ulúa, adonde desembarcamos y comenzamos a pacificar los pueblos de aquella comarca, que estaban cerca de la mar con los cuales tuvimos muchas guerras, hasta que los pacificamos, en las cuales y en las de antes, en Tabasco y Cozumel y otras partes, yo serví teniendo cargo de gente. Después, el dicho Marqués acordó de asentar y poblar la tierra en nombre de Su Majestad y hacer pueblos y señalar alcaldes y regidores, y los señaló y nombró, y señaló a mí por uno de los Regidores, y como tal Regidor, de los primeros y del primer pueblo que se hizo, que se llamó la Villa Rica, y como factor y oficial de Su

Majestad, fui uno de los que fueron en que se enviasen mensajeros y procuradores a Su Majestad, haciéndole saber lo que se había hecho en la tierra y cómo estaba poblada en nombre de Su Majestad. Y fueron Puerto Carrero y el Adelantado don Francisco Montejo.

FR. TORIBIO DE BENAVENTE (MOTOLINIA) O.F.M.

Nació en Benavente, Zamora, España. Murió en México el 9 de agosto de 1569.

Fue uno de los doce misioneros que con Fray Martín de Valencia a la cabeza pasó a México en 1524. Misionó en diversas regiones, tomó parte en la fundación de Puebla en 1531. Fue guardián del Convento de Tlaxcala, donde inició la redacción de su *Historia de los Indios* hacia 1536. Defensor acendrado de los naturales tomó parte y fue testigo del asentamiento de las nuevas poblaciones y del exceso de toda conquista.

Su obra ha sido estudiada por José Fernando Ramírez, *Noticias de la vida y escritos de Fray Toribio de Benavente o Motolinia acompañadas de investigaciones sobre el origen y motivos de sus disidencias con Bartolomé de las Casas*, México, 1859, estudio que reprodujo García Icazbalceta al frente de su edición, México, 1886 (Colección de Documentos para la Historia de México I). Un ensayo que muestra sus disensiones con Las Casas es el de Manuel María Martínez "El Obispo Marroquín y el franciscano Motolinia enemigos de Las Casas", en *Boletín de la Academia de la Historia*, Madrid, 1953, p. 173-198. José Bravo Ugarte ha publicado una versión de la Carta de Motolinia: *Carta al Emperador. Refutación a Las Casas sobre la Colonización Española*, México, Editorial Jus, 1949, 111 p. ils. y Fr. Daniel Sánchez, O.F.M., le analizó en la Introducción que aparece en la edición de Barcelona, 1914, la cual fue reproducida en la impresión que de esa obra hizo, en México, Salvador Chávez Hayhoe, 1941.

Una biografía casi coetánea, aprovechada por Mendieta y Torquemada, aparecida en la *Relación de la Descripción de la Provincia del Santo Evangelio...* fue reeditada por Fray Fidel Chauvet, O.F.M., México, 1947.

De gran utilidad son los trabajos de Robert Ricard, "Notes sur les éditions et les manuscrits de la Historia de los Indios" en *Revue d'Histoire franciscaine*, 1924, I-493-500 y uno más reciente "Remarques bibliographiques sur les Ouvrages de Fr. Toribio de Motolinia", *Bulletin Hispanique*, Burdeos, así como el de Francis Borgia Steck, "Motolinia's History of the Indians of New Spain", Washington, D. C. 1941. Más reciente es la tesis recepcional de J. Jesús Gil Salcedo, *Estudio biobibliográfico de Motolinia*, México, Centro Universitario México, 1953, 263 p.

Como guías generales en el estudio de los religiosos historiadores tenemos los de don José Asencio, "Cronistas franci-

canos", en *MAMH*, T. XIII. No. 3, 1954, p. 220-248 y el de Raquel García Méndez, "Los cronistas religiosos del siglo XVI" en *AMNAHE*, 3a. ép. T., 1930.

Fuente: Ray Toribio de Motolinía. *Memoriales de...* Manuscrito de la Colección del Señor Don Joaquín García Icazbalceta. Publicalo por primera vez su hijo Luis García Pimentel. México, En casa del Editor, 1903. VIII-364 p. lámina (Documentos Históricas de Méjico, I), p. 17-28.

LAS DIEZ PLAGAS DE LAS INDIAS

Hirió Dios esta tierra con diez plagas muy crueles por la dureza e obstinación de sus moradores, y por tener cautivas las hijas de Sion, esto es, sus propias ánimas so el yugo de Faraon, la primera de las cuales fue que ya entrado en esta Nueva España el capitán y gobernador D. Fernando Cortés con su gente, al tiempo que el capitán Pánfilo de Narváez desembarcó en esta tierra, en uno de sus navíos vino un negro herido de viruelas, la cual enfermedad nunca en esta tierra se había visto; y a esta sazón estaba toda esta Nueva España en extremo muy llena de gente, e como las viruelas se comen-zasen a pegar a los indios, fue entre ellos tan grande enfermedad y pestilencia mortal en toda la tierra, que en algunas provincias morían la mitad de la gente, y en otras poco menos, porque como los indios no sabían el remedio de las viruelas, antes como tienen de costumbre, sanos y enfermos, bañarse a menudo, con esto morían como chinches, y muchos de los que murieron fue de hambre, porque como todos enfermaron de golpe, no podían curar unos de otros, ni había quien les hiciese pan; y en muchas partes aconteció morir todos los de una casa y otras, sin quedar casi ninguno, y para remediar el hedor, que no los podían enterrar, echaron las casas encima de los muertos, así que sus casas fue sepultura. A esta enfermedad llamaron *Veyzavatl*, que quiere decir "la gran lepra", porque desde los pies hasta la cabeza se hincharon de viruelas, que parecían leprosos, y aparecía esta enfermedad significarles las tribulaciones y plagas que por todo y en toda parte se habían de seguir; e hoy día en algunos que de aquella enfermedad escaparon, parece bien la fortaleza de la enfermedad, que todo el rostro les quedó lleno de hoyos.

Después, dende a once años, vino un otro español herido de sarampión, y de él saltó en los indios, e si no que hubo

mucho aviso que se les mandó y defendía y aun se les predicaba que no se bañasen y otros remedios contrarios a esta enfermedad; y con esto plugo al Señor, que no murieron tantos como de las viruelas; y a este también llamaron el año de la pequeña lepra, y al primero el año de la grande lepra.

Esta primera plaga fue bien semejante a la de Egipto, de la cual se lee que fueron heridas las aguas y vueltas en sangre, así los ríos como las fuentes y arroyos, estanques y toda el agua que estaba en las vasijas e vasos, toda fue vuelta en sangre: murieron los peces, y por todas partes hedía la sangre y las aguas. Digamos que esta tierra, como otros Egipto, en ella el agua fue convertida en sangre de aquella cruel enfermedad, de la cual desde los menores hasta los mayores murieron casi la mitad, y el agua fue hecha hedionda, cuando muchos morían, que no los pudiendo enterrar, hedían por todas partes; y así como en esta tierra había mucha crueldad y derramamiento de sangre humana ofrecida al demonio, ángel de Satanás, bien así el segundo ángel derramó sobre ella su vaso como sobre otra mar amarga fluctuosa, y fue hecho el mar, esto es, esta tierra, como sangre de muerto. *Secundus angelus effudit phialam suam in mare, et factus est sanguis tanquam mortui.* La sangre del vivo es hedionda y mala, cuánto más la del muerto; y estos que derramaban y ofrecían al demonio sangre de muertos fueron en esta tribulación puestos, lo cual dice el mismo capítulo: *Sanguinem effuderunt et sanguinem eis dedisti bibere.*

La segunda plaga fue los muchos que murieron en la conquista de esta Nueva España, en especial sobre México, ca es de saber que luego vino el capitán D. Fernando Cortés que esta tierra conquistó, en desembarcando con mucho esfuerzo y para poner ánimo a su gente dio con los navíos al través, y metióse la tierra adentro, e andadas cuarenta leguas entró en tierra de Tlaxcalla, que es una de las mayores provincias de la tierra y más llena de gente, y entrando en los poblados de ella, aposentóse en uno de los templos del demonio, en un lugarejo que se llama *Tloacacingo*: los españoles llamáronle "la torrecilla", porque está en un alto, y allí tuvo quince días de guerra con los indios que estaban alrededor de aquella torrecilla: estos son otomís, gente baja como labradores; por otro nombre se dicen *tenime*: los españoles dijéronles los de Tlaxcala: destos se ayuntaban gran número, que aquello es muy poblado. Los de allá dentro en

Tlaxcalla hablan la lengua *nauatl*, que es la mesma de México; y como los españoles peleasen valientemente con aquellos otomís, sabido en Tlaxcalla salieron los señores y principales de Tlaxcalla y tomaron grande amistad con los españoles, lleváronlos a Tlaxcalla y diéronles grandes presentes y muy abundantes mantenimientos mostrándolos mucho amor; y no contentos en Tlaxcalla, después que reposaron algunos días tomaron el camino para México. El grande señor de México Moctezuma recibiólos de paz, saliendo con gran majestad, acompañado de muchos señores muy principales, dio muchas joyas y presentes al capitán y a todos sus compañeros, hizo mucho recibimiento y buen servicio; y ansí de paz, pero con su guarda y concierto, paseáronse por México muchos días, y en este tiempo sobrevino Narváez con más gente y más caballos, mucho más que la que tenía Cortés: y puestos so la bandera del capitán don Hernando Cortés trujeron presunción y soberbia confiando en sus armas y fuerzas, y humillólos Dios de tal manera, que queriendo los indios echar a los españoles de la ciudad, y en comenzándoles a dar guerra, muy presto los echaron fuera: Al salir murieron más de la mitad de los españoles, y casi todos los otros fueron heridos, y lo mismo fue de los indios amigos, y aun estuvieron muy a punto de perderse todos, y tuvieron harto que hacer en volver a cobrar a Tlaxcalla, porque en el camino pensaron muchas veces perecer, según la gente de guerra los seguía. Llegados a Tlaxcalla curáronse y convaleciendo, mostrando siempre ánimo y haciendo de las tripas corazón, salieron conquistando, y llevando muchos tlaxcaltecas consigo, conquistaron la tierra, alrededores de México, a ejemplo de los reyes católicos de gloriosa memoria, que cuando ganaron a Granada, primero tomaron los pueblos de la redonda: e para conquistar México, habían hecho en Tlaxcalla bergantines, que hoy día están en las tarazanas de México, los cuales bergantines llevaron en piezas desde Tlaxcalla a Tezcuco, que son quince leguas; e armados los bergantines en Tezcuco y echados al agua, cuando ya tenían ganados muchos pueblos de paz y otros conquistados, los unos servían a los cristianos de comida, y los otros les ayudaban de guerra, y de Tlaxcalla, que fue gran número de gente de guerra en favor de los españoles contra los mexicanos, que siempre habían sido enemigos capitales los mexicanos de los tlaxcaltecas. En México y en su favor habían mucha más pujanza, ca estaban en ella y en su servicio y defensión todos los principales señores

de la tierra. Allegados los españoles, pusieron cerco a México, tomaron todas las calzadas; y con los bergantines peleaban por el agua, y guardaban que no entrase a México socorro ni mantenimientos, e los capitanes de las calzadas diéronles muy cruel guerra, y encomenzaron echar por tierra todo lo que ganaban de la ciudad; porque antes que destruyesen los edificios, lo que por el día ganaban los españoles, retraídos a sus reales y estancias, de noche tornaban los indios a ganar y abrir las calzadas. Después que fueron derribando edificios y cegando calzadas, en espacio de días ganaron a México. En esta guerra, por la gran muchedumbre que de la una parte y de la otra murieron, comparan el número de los muertos, a los que murieron en Jerusalén cuando la destruyó Tito Vespasiano.

En la primera plaga castigó Dios por la mayor parte a los pobres y pequeños, y en esta segunda hirió Dios a los señores y principales, que son gente de guerra, superba, figurados en la segunda de Egipto, que fue de ranas, las cuales fueron tantas que henchían los ríos, arroyos y estanques, y de allí salieron y hincheron hasta las casas y cámaras, &c. Entonces salieron las ranas locaces, hinchadas y soberbias, murmuradores del cielo, de los vicios y pecados que en aquella ciudad más que en toda la tierra se cometían, y en la guerra fueron muertos muy muchos de ellos. Estos eran los espíritus inmundos que salían por la boca del dragón y de la bestia a manera de ranas, cuando el sexto ángel derramó su fiola o vaso en el río Usfrates; por el dragón son entendidos los detraedores, maliciosos, murmuradores: por la bestia los que vivían bestialmente en diversos vicios y pecados, que fueron los que por la mayor parte en esta segunda plaga murieron. Bien se puede a este propósito traer y decir del agua de México *quam (qui?) pro piscibus eructavit fluvius ranarum multitudinem*: el agua cenosa de la laguna de México en lugar de peces dio ranas, en la cual andaban los muertos hinchados, sobreaguados, a manera de ranas tienen los ojos salidos del casco, sin cejas ni cobertura, mirando a una parte y a otra, denotando en esto que los pecadores son disolutos sin guarda del corazón, y estos eran los que en esta plaga murieron, y andaban sus cuerpos así en el agua, como en tierra, hediendo como pescado hediondo, de lo cual muchos enfermaban.

La tercera plaga fue una muy grande hambre que sucedió en siendo ganada México, ca como no pudieron sembrar con las grandes guerras, unos defendiendo la tierra e ayudando

a los mexicanos, otros siendo en favor de los españoles e lo que sembraban unos, los otros lo talaban e destruían, no tuvieron que comer; y aunque en esta tierra acontecía haber años estériles de pocas aguas, e otros de muchas heladas, los indios en estos años comen mil raíces y mil yerbas y semillas, y es generación que mejor que otros y con menos detrimento pasan los años estériles, pero aqúeste año fue de tanta falta de pan, que en esta lengua llaman centli, cuando es en mazorca, cuando es desgranado llámanle tlaulli, y en lengua de las islas se dice Maíz, y este nombre usan los españoles y de otros muchos que de las islas trajeron acá. De esta gran hambre murieron muchos de los pobres y que poco pueden. La tercera plaga de Egipto que responde a ésta fue que en el polvo de la tierra todo fue convertido en mosquitos zumbadores, y fueron tantos, que toda la tierra ocuparon, y terriblemente afligieron al pueblo: así acá la hambre que aflige cruelmente, punje y da retorcijones en el estómago y tripas hasta la muerte, y estos mosquitos salieron del polvo, porque la tierra seca y hecha polvo no fructifica ni da de sí mantenimiento, que es causa de hambre; y salir los mosquitos del polvo no es otra cosa sino afligir el estado de miserable de los pobres figurados por el polvo, como ha acontecido en esta hambre, de la cual muchos pobres murieron.

La cuarta plaga fue los calpixques o estancieros y negros; que luego que la tierra se repartió, los conquistadores pusieron en sus repartimientos y pueblos a ellos encomendados criados o negros para cobrar los tributos y para entender en granjerías, y estos residían y residen en los pueblos, y aunque por la mayor parte son labradores de España, acá en nuestra Nueva España se enseñorean y mandan a los señores y principales naturales; y porque no quería escribir sus defectos, digo que me parece a los opresores egipcianos que afligían al pueblo de Israel, porque en todo les semeja en las obras y en el hacer de los ladrillos. También son como las moscas gravísimas de la cuarta plaga de Egipto que agraviaba la casa de Faraón y de sus siervos: y de esta plaga fue corrompida la tierra: bien así estos *calpixques* que digo agravian a los señores naturales y a todo el pueblo, y así se hacen servir y temer más que si fuesen señores naturales, y nunca otra cosa hacen sino demandar, y nunca están contentos a do están y allegan: todo lo enconan y corrompen, hediondos como carne dañada de moscas por sus malos ejemplos; moscas en ser perezosos y no saber hacer nada sino

mandar; zánganos que comen la miel que labran las abejas, esto es, que no les basta cuanto los pobres indios pueden dar, sino que siempre son importunos, como moscas gravísimos. En los años primeros eran (tan) absolutos estos calpixques en maltratar los indios y en enviarlos cargados lejos tierra, y poniéndolos en otros trabajos, de los cuales hartos murieron.

La quinta plaga fue los tributos grandes y servicios que los indios hacían, porque como los indios tenían en los templos de los ídolos y en poder de los señores y principales y en muchas sepulturas oro recogido de muchos años, comenzaron a sacar de ellos grandes tributos, y los indios con gran temor que cobraron a los españoles del tiempo de la guerra daban cuanto tenían; pero como los tributos eran continuos, para los cumplir vendían los hijos y las tierras a los mercaderes, y faltando de cumplir el tributo, hartos murieron por ello, unos a tormentos, otros en prisiones, de las cuales salían tales que muchos morían, porque los trataban bestialmente, y los tenían en menos estima que a sus bestias y caballos, y no sin causa esta plaga se puede comparar a la quinta de Egipto, do murieron los animales de Egipto. Harta insensibilidad fue tratar y estimar más un caballo o un otro animal, que una criatura hecha a la imagen de Dios.

Las sexta plaga fue las minas del oro, que demás de los tributos y servicios de los pueblos a los españoles encomendados, luego comenzaron a buscar minas, que los indios que hasta hoy en ellas han muerto no se podría contar; y fue el oro de esta tierra, como otro becerro por Dios adorado, así en las islas como en la tierra firme y de otros más devotos (de los) que los reyes magos porque desde Castilla lo vienen a adorar. La plaga que a esta responde fue la quinta con que Dios hirió a los egipcianos, en la cual Moysén echó la ceniza en alto, y derramada por el aire salieron heridas y plagas crueles en Faraón y en todos los egipcianos, y fueron de tanto dolor, que no podían asosegar. Esto significa que los hombres que son de lodo y ceniza, y se debían contentar y humillar delante de Dios, levantaron su codicia a desear minas de oro y plata para adquirir riquezas, las cuales, según el Evangelio pungen y hieren y llagan el ánimo, que no puede sosegar, porque los que quieren ser ricos caen en lazos y cadenas del demonio, de las cuales no se escapan sin plagas crueles.

La séptima plaga fue la edificación de la gran ciudad de México, en la cual los primeros años andaba más gente que en la edificación del templo de Jerusalén en tiempo de Salomón, porque era tanta la gente que andaba en las obras, o venían con materiales y a traer tributos, y mantenimientos a los españoles y para los que trabajaban en las obras, que apenas podía hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son bien anchas; y en las obras a unos tomaban las vigas, y otros caían de alto, sobre otros caían los edificios que deshacían en una parte para hacer en otras; e la costumbre de las obras, es que los indios las hacen a su costa, buscando materiales, y pagando los pedreros o canteros y los carpinteros, y si no traen que comer, ayunan. Todos los materiales traen a cuestras: las vigas y piedras grandes traen arrastrando con sogas; y como les faltaba el ingenio e abundaba la gente, la piedra o viga que habían menester cien hombres, traíanla cuatrocientos, y es su costumbre que acarreado los materiales, como van muchos, van cantando y dando voces; y estas voces apenas cesaban de noche ni de día, por el grande hervor con que edificaban la ciudad los primeros años. Es agora de ver la séptima plaga de Egipto si no concuerda con ésta; y aunque a prima faz parece no concordar, bien considerada mucha significación tiene ésta con aquélla, en la cual mandó Dios a Moisés que levantase la vara en alto al cielo, y fueron hechos truenos y relámpagos, y descendió gran tempestad de granizo, envuelta con fuego del cielo aéreo, claro que son los cristianos claros por la fe, fueron hechos oscuros en la edificación de la soberbia ciudad, fueron hechos una casa llana, la mejor que ninguno de su linaje había tenido, levantaban casas de torres e de cuatro cuartos, como si fueran caballeros de salva. No es pequeño viento este, ni da chico tronido los terremotos de piedra y granizos con todas las tribulaciones y trabajos que cayeron sobre los indios e edificadores de la ciudad, haciéndola a costa suya. También concuerda la séptima plaga o fiola del Apocalipse con esta, cuando derramó el séptimo ángel su vaso, y fueron hechos truenos y relámpagos, y fue hecha gran tempestad, y la gran ciudad fue hecha en tres partes; y las ciudades de los gentiles cayeron. Hacerse la gran ciudad Tenuchtillan-México tres partes, qué otra cosa sino reinar en ella aquellas tres cosas que S. Juan dice en su Canónica. La una parte es codicia de la carne: la segunda codicia de los ojos: la tercera, soberbia de la vida; que no faltó sober-

bia levantar tales edificios que para los hacer oviesen de rribar las casas y pueblos de los indios gentiles, como a la letra acaeci6 deshacer muchos edificios y algunos llegar de bien lejos los materiales a M6xico para otros.

La octava plaga fue los esclavos que se hicieron para echar en las minas: fue tanta la priesa que los primeros a6os dieron a hacer esclavos, que de todas partes entraban en M6xico grandes manadas como de ovejas para echarlos el hierro: y no bastando los que entre los indios llaman esclavos, que ya que seg6n su ley cruel y b6rbara algunos lo sean, seg6n la ley y verdad casi ninguno es esclavo; pero por la priesa que daban a los indios que trajesen los que eran esclavos, traían sus hijos y *macenales*, que es gente baja como vasallos labradores, y cuantos haber y hurtar podían, y traíanlos atemorizados para que dijesen que eran esclavos; y el examen que no se hacía con mucho escr6pulo, y el hierro que andaba muy barato, dábanles por aquellos rostros tantos letreiros dem6s del primer hierro del rey, porque cada uno que compraba el esclavo le ponía su nombre en el rostro, tanto que toda la faz traían escrita. No fue la menor de las plagas esta octava en esta tierra, ni tampoco la que a esta octava responde: octava entre las de Egipto fue cuando toda Egipto cayeron innumerables langostas que destruyeron y comieron cuanto verde había, así en el campo de la yerba como en los 6rboles de rama y hojas. Comer la yerba verde es comer lo bueno de la vida, pues hacer esclavos ¿qué otra cosa es sino dar muerte civil a los que hacen esclavos? Ca género de muerte es hacer esclavo al que no lo es, aunque se busquen rodeos para que con temor o malos testigos digan los míseros indios que sí, que sus padres lo fueron: y esto es lo que Sant Agustín siente que sea la langosta que come e roe lo verde, diciendo: *Locusta est malicia infideli seu testimonio*.

La nona plaga fue el servicio de las minas, a las cuales de sesenta y setenta leguas y aún más los indios cargados iban con mantenimientos: e la comida que para sí mesmos llevaban a unos se les acababa en llegando a las minas, a otros en el camino de vuelta, antes de su casa, a otros detenían los mineros algunos días para que les ayudasen a descupetar, o los ocupaban en hacer casas y servirse de ellos, a do acabada la comida, o se morían allá en las minas o por el camino; otros volvían tales que no podían escapar; pero de estos y de los esclavos que en las minas murieron, fue tanto el

hedor, que causó pestilencia, en especial en las minas de *Huaxyacan* (*Huaxyacac*) en las cuales media legua alrededor, y mucha parte del camino apenas pisaban sino sobre muertos o sobre huesos, e eran tantas las auras e cuervos que venían a comer los cuerpos muertos, e andaban cebadas en aquella cruel carnicería, que hacían gran sombra al sol.

En aqueste tiempo muchos pueblos se despoblaron, así de la redonda de las minas como del camino: otros huían a los montes e dejaban sus casas. Fue la nona plaga en Egipto de tinieblas muy espantosas y oscuras, las cuales causaron grande espanto y horror en toda (*sic*); qué mayores tinieblas y ceguedad de espíritu que dar ocasión a ser causa de tantos muertos, y el que de esta ocasión y causa fue libre quedó en luz, y libróle Dios del poderío de las tinieblas, y permaneció en luz como los hijos de Israel, de los cuales es escrito: *Ubicumque autem habitabant filii Israel luz erat*: a la morada de los hijos de Israel no allegaron las tinieblas; más luz tenían de toda parte.

La décima plaga fue las divisiones y bandos entre los españoles que estaban en México, que no fue la menor, mas la que en mayor peligro puso la tierra para perderse, si Dios no tuviera a los indios como ciegos; y estas diferencias y bandos fueron causa de justiciar a muchos españoles, unos condenados a muerte, otros afrentados y desterrados, otros fueron heridos cuando llegaban a atravesarse, e no habiendo quien pusiese paz ni se metiesen en medio, si no eran frailes, porque esos pocos de españoles que habían todos estaban apasionados de una parte o de otra, y era menester salir los frailes unas veces a impedir que no rompiesen unos con otros: otras veces a meterse entre ellos después de trabados, y para poner en paz entraban entre los caballos y entre las espadas o tiros: ca demás de querer poner concordia entre los españoles porque la tierra no se perdiese, sabían que los indios estaban apercebidos de guerra, y tenían hechas casas de armas, esperando cuando viniese nueva que el capitán y gobernador D. Fernando Cortés fuese muerto en el camino de las Hibue-ras, ca le tenían armada una traición los indios que iban con él y los del camino, y allegando muy cerca del pueblo tenían concertado de le matar. Súpolo y justició los principales señores que eran en la traición, y acullá cesó el peligro, y acá en México, estaban esperando que los unos desbaratasen a los otros para acabar los que quedasen; pero Dios que ya a esta tierra había traído su santa fe y divina

palabra no quería que se perdiese, y así luego daba gracia a los frailes de lo apaciguar todo; que cierto entonces todos españoles amaban a los frailes como a padres, y les tenían reverencia y acatamiento: no les sabían perder vergüenza, ca los mesmos españoles habían rogado a los frailes usasen y ejercitasen el poder que tenían del Papa, fasta que hubiese obispos; e unas veces por ruego, e otras veces poniéndoles censuras, excusaron grandes males. La décima e última plaga, entre los egipcianos fue la muerte de los primogénitos; por el santo bautismo los españoles son los primogénitos y domésticos de la fe. Entonces murieron los primogénitos, cuando perdida la caridad e justicia entre sí mismos, tuvieron pasiones y bandos unos con otros, la cual disensión fue causa de muertes, como dicho es, y ansí lo siente Sant Agustín, diciendo en las Quincuagenas: *Mors primitivorum est amissio ipsius justitiae qui quisque humano generi socialis est.* (Nota que aunque parece que a las autoridades que van en latín no va dado romance al pie de la letra, todas van declaradas, si bien estuviere advertido el lector cerca de la materia de que se habla, y aun muchas veces sería superfluo dar romance a la autoridad que no hace más de confirmar lo que va dicho en romance.)

Bien miradas diferencias hay y grande de esas plagas a las de Egipto. Lo primero que en sola una de las otras, y fue en la postrera, hubo muerte de hombres; pero acá en cada una de estas ha habido muchos muertos. Lo segundo, que en cada una casa quedó quien llorase el muerto, y acá de las plagas ya dichas quedaron muchas casas despobladas, que todos murieron. Lo tercero allí todas las plagas duraron pocos días, y acá algunas mucho tiempo. Aquellas por mandamientos de Dios: las más de estas por crueldad y codicia de los hombres, aunque permitiéndole Dios, y de aquí es lo que el profeta dice: *Domine, acce tu iratus es, et nos peccavimus propterea erravimus.* Por los pecados de estos naturales fue Dios movido a ira contra ellos, y los castigó, como dicho es, e su saña e ira se indignó contra ellos. *Misit in eos iram indignationis.*

FR. BERNARDINO DE SAHAGUN (BERNARDINO RIBEIRA)

Nació en Sahagún, reino de León, España, entre 1499 y 1500, murió en el Convento de San Francisco de México el 5 de febrero de 1590.

Misionero llegado a México en el grupo de Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo en 1529. Recorrió los poblados indígenas más importantes, incorporándose al Colegio de Santiago Tlatelolco en 1536. Hacia 1540 comienza a reunir material para su magna obra, la *Historia General de las Cosas de Nueva España*, elaborada a base de un plan rigurosamente científico e informada en testimonios de máxima calidad, con el fin de "saber en poco tiempo muchas de sus antiguallas [de los indios] y todo el lenguaje de esta gente mexicana", como el mismo declara. Su valor, a decir de uno de sus mejores conocedores: "Como obra etnográfica, como obra histórica, como arsenal lingüístico, como monumento literario no tiene nada igual, ya no diré la nación mexicana del presente: el continente todo en su complejidad, no puede hallar qué poner frente al libro de Sahagún, no para igualarlo, sino siquiera para competir con él."

A más de esta obra escribió una *Postilla sobre las Epístolas y Evangelios de los domingos de todo el año* (1558-60); los *Cantares o Psalmodia Cristiana*, impreso en 1583; *Coloquios y Doctrina Cristiana con que los doce frailes de San Francisco enviados por el papa Adriano VI y por el Emperador Carlos V convirtieron a los indios de la Nueva España*. (1564) un *Arte de la lengua mexicana con su vocabulario apéndice*, un *Breve compendio de los ritos idolátricos que los indios desta Nueva España usaban en tiempo de su infidelidad*, publicado hasta 1906 y otros más reveladores de su genial esfuerzo.

Acerca de Sahagún han escrito: Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía Mexicana del Siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, 589 p., ils., (Colección Americana) p. 327-387; José Fernando Ramírez, "Códices mexicanos de Fray Bernardino de Sahagún", en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, México, 2a. época, T. I, 1903, p. 1-34; Alfonso Toro, "Importancia etnográfica y lingüística de las obras del P. Fray Bernardino de Sahagún", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, México, 4a. época, T. I, p. 13-14; Wigberto Jiménez Moreno, en su acabada y maciza Introducción a la edición de..., México, Antigua Librería de Robredo, 1938; Angel Ma. Garibay K., *Fray Bernardino de Sahagún. Relación de los textos que no aprovechó en su obra. Su método de investiga-*

ción, en *Aportaciones a la investigación folklórica de México*, México, Universidad Nacional de México, 1953, 115 p., ils. (Cultura Mexicana 2) p. 7-32. Otro de los estudios más completos es el de Luis Nicoláu d'Olwer, *Fray Bernardino de Sahagún (1499-1590)*, México, Comisión de Historia del IPGH., 1952, 227 p. (Historiadores de América, IX). Ceñida exposición y anotaciones muy valiosas, son las del P. Garibay en la edición en 4 v. de, México, Editorial Porrúa, S. A. 1956.

Fuente: Fray Bernardino de Sahagún. *Historia general de las cosas de Nueva España*, 4 v. Anotaciones y apéndices de Angel María Garibay K. México, Editorial Porrúa, S. A., 1956. I-271-276, 278-281, 288-291.

LOS DIOS HUITZILOPOCHTLI Y QUETZALCOATL

Del principio que tuvieron los dioses

Del principio de los dioses no hay clara ni verdadera relación, ni aún se sabe nada; mas lo que dicen es que hay un lugar que se dice Teotihuacan, y allí, de tiempo inmemorial, todos los dioses se juntaron y se hablaron diciendo: ¿Quién ha de gobernar y regir el mundo? ¿Quién ha de ser sol? —y esto ya es platicado en otra parte—. Y al tiempo que nació el sol, todos los dioses murieron y ninguno quedó de ellos, como adelante se dirá en el Libro Sétimo, en el capítulo II.

Del nacimiento de Huitzilopochtli

Según lo que dijeron y supieron los naturales viejos, del nacimiento y principio del diablo que se decía *Huitzilopochtli*, al cual daban mucha honra y acatamiento los mexicanos, es:

Que hay una sierra que se llama *Coatepec* junto al pueblo de *Tulla*, y allí vivía una mujer que se llamaba *Coatlícue*, que fue madre de unos indios que se decían *Centzonhuitznahua*, los cuales tenían una hermana que se llamaba *Coyolxauhqui*; y la dicha *Coatlícue* hacía penitencia barriendo cada día en la sierra de *Coatepec*, y un día acontecióle que andando barriendo descendióle una pelotilla de pluma, como ovillo de hilado, y tomóla y púsola en el seno junto a la barriga, debajo de las naguas y después de haber barrido (la) quiso tomar y no la halló de que dicen se empañó; y como vieron los dichos indios *Centzonhuitznahua* a la madre que ya era preña-

da se enojaron bravamente diciendo: ¿Quién la empuñó, que nos infamó y avergonzó?

Y la hermana que se llamaba *Coyolxauhqui* decía: hermanitos: matemos a nuestra madre porque nos infamó, habiéndose a hurto empuñado.

Y después de haber sabido la dicha *Coatlícue* (en negocio) pesóle mucho y atemorizóse, y su criatura hablábala y consolábala, diciendo: no tengas miedo, porque yo sé lo que tengo que hacer:

Y después de haber oído estas palabras la dicha *Coatlícue* aquietóse su corazón y quitósele la pesadumbre que tenía; y como los dichos indios *Centzonhuitznahua* habían hecho y acabado el consejo de matar a la madre, por aquella infamia y deshonor que les había hecho, estaban enojados mucho, juntamente con la hermana que se decía *Coyolxauhqui*, la cual les importunaba que matasen a su madre *Coatlícue*; y los dichos indios *Centzonhuitznahua* habían tomado las armas y se armaban para pelear, torciendo y atando sus cabellos, así como hombres valientes.

Y uno de ellos que se llamaba *Quauitlicac*, el cual era como traidor, lo que decían los indios *Centzonhuitznahua* luego se lo iba a decir a *Huitzilopochtli*, que aún estaba en el vientre de su madre, dándole noticia de ello; y le respondía el *Huitzilopochtli*: ¡Oh mi tío! mira lo que hacen y escucha muy bien lo que dicen, porque yo sé lo que tengo que hacer.

Y después de haber acabado el consejo de matar a la dicha *Coatlícue*, los dichos indios *Centzonhuitznahua* fueron a donde estaba su madre *Coatlícue*, y delante iba la hermana suya *Coyolxauhqui* y ellos iban armados con todas armas y papeles y cascabeles, y dardos en su orden; y el dicho *Quauitlicac* subió a la sierra a decir a *Huitzilopochtli*, cómo ya venían los dichos indios *Centzonhuitznahua* contra él, a matarle; y díjole el *Huitzilopochtli* respondiéndole: mirad bien a donde llegan. Y díjole el dicho *Quauitlicac* que ya llegaban a un lugar que se dice *Tzompantillan*; y más preguntó el dicho *Huitzilopochtli* al dicho *Quauitlicac*, diciéndole: ¿a dónde llegan los indios *Centzonhuitznahua*? y le dijo el *Quauitlicac* que ya llegaban a otro lugar que se dice *Coaxalpa*; y más otra vez preguntó el dicho *Huitzilopochtli* al dicho *Quauitlicac*, diciéndole, dónde llegaban y respondió diciéndole que ya llegaban a otro lugar que se dice *Apetlac*; y más le preguntó el dicho *Huitzilopochtli* al dicho *Quauitlicac* diciéndole

a donde llegaban, y le respondió diciéndole que ya llegaban al medio de la sierra; y más dijo el *Huitzilopochtli* preguntando al dicho *Quauitlicac* ¿a dónde llegan? y le dijo que ya llegaban y estaban ya muy cerca, y delante de ellos venía la dicha *Coyolxauhqui*.

Y en llegando los dichos indios *Centzonhuitznahua* nació luego el dicho *Huitzilopochtli*, trayendo consigo una rodela que se dice *teucuelli*, con un dardo y vara color azul, y su rostro como pintado y en la cabeza traía un pelmazo de pluma pegado, y la pierna siniestra delgada y emplumada y los dos muslos pintados de color azul, y también los brazos.

Y el dicho *Huitzilopochtli* dijo a uno que se llamaba *Tochancaqui* que encendiese una culebra hecha de teas que se llamaba *xiuhcōatl*, y así la encendió y con ella fue herida la dicha *Coyolxauhqui*, de que murió hecha pedazos, y la cabeza quedó en aquella sierra que se dice *Coatepec* y el cuerpo cayóse abajo hecho pedazos;

Y el dicho *Huitzilopochtli* levantóse y armóse y salió contra los dichos *Centzonhuitznahua*, persiguiéndoles y echándoles fuera de aquella sierra que se dice *Coatepec*, hasta abajo, peleando contra ellos y cercando cuatro veces la dicha sierra; y los dichos indios *Centzonhuitznahua*, no se pudieron defender, ni valer contra el dicho *Huitzilopochtli* ni le hacer cosa alguna, y así fueron vencidos y muchos de ellos murieron; y los dichos indios *Centzonhuitznahua* rogaban y suplicaban al dicho *Huitzilopochtli*, diciéndole que no los persiguiese y que se retrayese de la pelea; y el dicho *Huitzilopochtli* no quiso ni les consintió, hasta que casi todos los mató, y muy pocos escaparon y salieron huyendo en sus manos, y fueron a un lugar que se dice *Huitztlampa*, y les quitó y tomó muchos despojos y las armas que traían que se llamaban *anecuhuitl*.

Y el dicho *Huitzilopochtli* también se llamaba *Tetzauitl*, por razón que decían que la dicha *Coatlícue* se emparejó de una pelotilla de pluma, y no se sabía quién fue su padre, y los dichos mexicanos lo han tenido en mucho acatamiento y le han servido en muchas cosas, y lo han tenido por dios de la guerra, porque decían que el dicho *Huitzilopochtli* les daba gran favor en la pelea; y el orden y costumbre que tenían los mexicanos para servir y honrar al dicho *Huitzilopochtli* tomaron el que se solía usar y hacer en aquella dicha sierra que se nombra *Coatepec*.

De cómo honraban a Huitzilopochtli, como a dios

Asimismo dicen que el día cuando amasaba y hacía el cuerpo de *Huitzilopochtli* para celebrar la fiesta que se llamaba *panquetzaliztli*, tomaban semillas de bledos y las limpiaban muy bien, quitando las pajas y apartando otras semillas que se llamaban *petzicatil* y *tezcahuauhtli*, y las molían delicadamente, y después de haberlas molido, estando la harina muy sutil, amasábanla de que se hacía el cuerpo de *Huitzilopochtli*:

y otro día siguiente un hombre que se llama *Quetzalcóatl* tiraba el cuerpo de dicho *Huitzilopochtli* con un dardo que tenía un casquillo de piedra, y se le metía por el corazón, estando presente el rey o señor, y un privado del dicho *Huitzilopochtli* que se llamaba *Teohua*; y más se hallaban presentes cuatro grandes sacerdotes y más otros cuatro principales de los mancebos, que tenían cargo de criar los mancebos, los cuales se llamaban *telpochtlatoque*; todos éstos se hallaban presentes cuando mataban el cuerpo de *Huitzilopochtli* y después de haber muerto el dicho *Huitzilopochtli*;

luego deshacían y desbarataban el cuerpo de *Huitzilopochtli*, que era de una masa hecha de semilla de bledos, y el corazón de *Huitzilopochtli*, tomaban para el señor o rey, y todo el cuerpo y pedazos que eran como huesos del dicho *Huitzilopochtli* lo repartían en dos partes, entre los naturales de México y Tlatilulco.

Los de México, que eran ministros del dicho *Huitzilopochtli*, que se llamaban *calpules*, tomaban cuatro pedazos del cuerpo del dicho *Huitzilopochtli*; y otro tanto tomaban los de Tlatilulco, los cuales se llamaban *calpules*, y así de esta manera repartían entre ellos los cuatro pedazos del cuerpo de *Huitzilopochtli*, a los indios de los barrios y a los ministros de los ídolos que se llamaban *calpules*, los cuales comían el cuerpo de *Huitzilopochtli* cada año, según su orden y costumbre que ellos habían tenido.

Cada uno comía un pedacito del cuerpo de *Huitzilopochtli*, y los que comían eran mancebos, y decían que era cuerpo de dios que se llamaba *Teoqualo*; y los que recibían y comían el cuerpo de *Huitzilopochtli* se llamaban ministros de dios.

De la penitencia a que se obligaban los que recibían el cuerpo de Huitzilopochtli

Los mancebos que recibían y comían el cuerpo del dicho *Huitzilopochtli* obligábanse a servir un año, y cada noche encendían y gastaban mucha cantidad de leña, que eran más de dos mil palos y teas, las cuales les costaban diez mantas grandes que se llamaban *quachtli*, de que recibían gran agravio y molestia.

Cada uno era obligado a pagar una manta grande que se llama *quachtli* y cinco mantillas pequeñas que se llaman *tequachtli*, y un cesto de maíz y cien mazorcas de maíz; y los que no podían pagar, que se sentían muy agraviados del dicho tributo, se ausentaban y algunos determinábanse a morir en la guerra en poder de sus enemigos; y como los dichos mancebos sabían que ya acababan y cumplían el servicio y penitencia a que estaban obligados entre ellos, otra vez recogían otro tributo: cada uno pagaba seis mantillas pequeñas que se llamaban *tequachtli*, con que compraban teas y leña y todo lo que era necesario para lavar al dicho *Huitzilopochtli*, al fin del año.

Y el día cuando lavaban al dicho *Huitzilopochtli* era a medianoche, y antes que le lavasen primero hacían procesión que se llamaba *necololo*, y uno se vestía con el vestido del dicho *Huitzilopochtli*, el cual se llamaba *Yiepoch* e iba bailando en persona de *Huitzilopochtli*; y delante de él iba uno que se llamaba *Huitznahuactiachcauh* y en pos de él iban todos los principales de los mancebos, que se llaman *tiachcauh-tlaque*, y hombres valientes y otra gente, todos juntos detrás, con candelas de teas, hasta el lugar donde se lavaba el dicho *Huitzilopochtli* que se llamaba *Ayauhcalco*; y le tañían flautas y luego le asentaban al dicho *Huitzilopochtli*, y el privado del dicho *Huitzilopochtli* que se llamaba *Teohua* tomaba el agua con una jícara de calabaza pintada de color azul, cuatro veces, y le ponía delante con cuatro cañas verdes y le lavaba la cara al dicho *Huitzilopochtli* y todo el cuerpo, y después de lavado el que se vestía del vestido del dicho *Huitzilopochtli* tomaba otra vez la estatua del dicho *Huitzilopochtli*, tañendo las flautas, y la llevaba hasta la poner y asentar en el *cu* y así, después de haber puesto la estatua del dicho *Huitzilopochtli*, luego se salían todos y se iban a sus casas, y de esta manera se acababa el servicio y penitencia de los

que comian el cuerpo del dicho *Huitzilopochtli*, que se llaman *teoquaque* de aquel año.

De otro tributo asaz pesado que pagaban los que comían el cuerpo de Huitzilopochtli

En acabando el dicho año luego comenzaban otros mancebos a se obligar a servir y hacer penitencia, según la orden y costumbre que tenían de comer y recibir el cuerpo del dicho *Huitzilopochtli*; y juntamente los ministros de los ídolos, que se llamaban *calpules*, hacían gran servicio y penitencia de que recibían grandísimo agravio y fatiga, que no se podía sufrir porque cada noche de todo el año gastaban y consumían mucha y demasiada cantidad de leña y teas, muy extremadas, y ají y tomates y sal, y pepitas y almendras de cacao, y comida; y cuando les faltaba con qué comprar las cosas necesarias, con sus mantas que se vestían compraban, o pedían alguna cosa prestada o vendían las tierras de regadío, o del monte que eran adjudicadas a los ídolos a quien servían; y quien no podía pagar el tributo luego dejaba las tierras; y al tiempo que sabían, que ya cumplían y acababan la penitencia y servicio a que estaban obligados, a servir al dicho *Huitzilopochtli*, se lavaban y limpiaban y hacían comida de fiesta, tamales y unas ollas bien guisadas, o mataban un perrito que comían, y se emborrachaban por razón que habían cumplido el servicio y penitencia a que estaban obligados, porque les parecía el tributo asaz muy pesado, como una carga que apenas se podía llevar, y así después se holgaban mucho porque ya estaban libres del gran trabajo y agravio, y dormían quieta y pacíficamente, y libremente buscaban la vida, y trabajaban de pescar o beneficiaban magueyales, o entendían en algunos trabajos de mercadería.

Quetzalcóatl fue estimado y tenido por dios y lo adoraban de tiempo antiguo en *Tulla*, y tenía un *cu* muy alto con muchas gradas, y muy angostas que no cabía un pie; y estaba siempre echada su estatua y cubierta de mantas, y la cara que tenía era muy fea, la cabeza larga y barbudo; y los vasallos que tenía eran todos oficiales de artes mecánicas y diestros para labrar las piedras verdes, que se llaman *chalchihuites*, y también para fundir plata y hacer otras cosas, y estas artes todas hubieron origen del dicho *Quetzalcóatl*.

Y tenía unas casas hechas de piedras verdes preciosas, que se llaman *chalchihuites*, y otras casas hechas de plata y más

otras casas hechas de concha colorada y blanca, y más otras casas hechas todas de tablas, y más otras casas hechas de turquesas, y más otras casas hechas de plumas ricas; y los vasallos que tenía eran muy ligeros para andar y llegar a donde ellos querían ir, y se llamaban *Tlanquacemilhuitime*, y hay una sierra que se llama *Tzatzitépetl* —hasta ahora así se nombra—, en donderegonaba unregonero para llamar a los pueblos apartados, los cuales distan más de cien leguas, que se nombra *Anáhuac*, y desde allá oían y entendían el pregón, y luego con brevedad venían a saber y oír lo que mandaba el dicho *Quetzalcóatl*.

Y más dicen que era muy rico y que tenía todo cuanto era menester y necesario de comer y beber, y que el maíz (bajo su reinado) era abundantísimo, y las calabazas muy gordas, de una braza en redondo, y las mazorcas de maíz eran tan largas y gordas que se llevaban abrazadas; y las cañas de bledos eran muy largas y gordas y que subían por ellas como por árboles; y que sembraban y cogían algodón de todos colores, que son colorado y encarnado y amarillo, y morado, blanquecino, verde y azul y prieto, y pardo y naranjado y leonado, y estos colores de algodón eran naturales, que así nacían; y más dicen que en el dicho pueblo de *Tulla* se criaban muchos y diversos géneros de aves de pluma rica y colores diversos, que se llaman *xiuhtótol* y *quetzaltótol*, y *zacuan* y *tlauhquéchol*, y otras aves que cantaban dulce y suavemente.

Y más tenía el dicho *Quetzalcóatl* todas las riquezas del mundo, de oro y plata y piedras verdes, que se llaman *chalcihuites*, y otras cosas preciosas, y mucha abundancia de árboles de cacao de diversos colores, que se llaman *xochicacaoatl*; y los dichos vasallos del dicho *Quetzalcóatl* estaban muy ricos y no les faltaba cosa ninguna, ni había hambre ni falta de maíz, ni comían las mazorcas de maíz pequeñas sino con ellas calentaban los baños, como con leña; y también dicen que el dicho *Quetzalcóatl* hacía penitencia punzando sus piernas y sacando la sangre con que manchaba y ensangrentaba las puntas de maguey, y se lavaba a la media noche en una fuente que se llama *Xipacoya*, y esta costumbre y orden tomaron los sacerdotes y ministros de los ídolos mexicanos, con el dicho *Quetzalcóatl* lo usaba y hacía en el dicho pueblo de *Tulla*.

De cómo se acabó la fortuna de Quetzalcóatl, y vinieron contra él otros tres nigrománticos, y de las cosas que hicieron

Vino el tiempo que ya acabase la fortuna de *Quetzalcóatl* y de los toltecas. Vinieron contra ellos tres nigrománticos, llamados *Huitzilopochtli*, *Titlacáuan* y *Tlacauépan*, los cuales hicieron muchos embustes, en *Tulla*.

Y el *Titlacáuan* comenzó primero a hacer un embuste, que se volvió como un viejo muy cano y bajo, el cual fue a casa del dicho *Quetzalcóatl* diciendo a los pajes de dicho *Quetzalcóatl*: Quiero ver y hablar al rey *Quetzalcóatl*. Y le dijeron: anda vete, viejo, por que no lo puedes ver, porque está enfermo y le darás enojo y pesadumbre.

Y entonces dijo el viejo: Yo le tengo de ver. Y le dijeron sus pajes del dicho *Quetzalcóatl*: Aguardaos, decírselo hemos. Y así fueron a decir a dicho *Quetzalcóatl* de cómo venía un viejo a hablarle, diciendo: Señor, un viejo ha venido aquí y quiere os hablar y ver, y echámosle fuera para que se fuese, y no quiere, diciendo que os ha de ver por fuerza. Y dijo el dicho *Quetzalcóatl*: éntrese acá y venga, que le estoy aguardando muchos días ha.

Y luego llamaron al viejo, y entró el dicho viejo adonde estaba el dicho *Quetzalcóatl* y entrando el dicho viejo dijo: Señor hijo, cómo estás, aquí traigo una medicina para que la bebáis. Y dijo el dicho *Quetzalcóatl*, respondiendo al viejo: en hora buena vengáis vos, viejo, que ya ha muchos días que os estoy aguardando.

Y el viejo dijo al dicho *Quetzalcóatl*: Señor, ¿cómo estáis de vuestro cuerpo y salud? Y respondió el dicho *Quetzalcóatl* diciendo al viejo: estoy muy mal dispuesto, y me duele todo el cuerpo, y las manos y los pies no los puedo menear; y le dijo el viejo respondiendo al dicho *Quetzalcóatl*: Señor, veis aquí la medicina que os traigo; es muy buena y saludable, y se emborracha quien la bebe; si queréis beber, emborracharos ha y sanaros ha y ablandárseos ha el corazón, y acordárseos ha de los trabajos y fatigas y de la muerte, o de vuestra ida.

Y respondió el dicho *Quetzalcóatl* diciendo: ¡Oh, viejo! ¿a dónde me tenga que ir?; y le dijo el dicho viejo: Por fuerza habéis de ir a *Tullantlapalan*, en donde está otro viejo aguardándoos, él y vos hablaréis, entre vosotros, y después de vuestra vuelta estaréis como mancebo, y aun os volveréis otra vez como muchacho.

Y el dicho *Quetzalcóatl*, oyendo estas palabras, moviósele el corazón; y tornó a decir el viejo al dicho *Quetzalcóatl*: Señor mande beber esa medicina. Y le respondió el dicho *Quetzalcóatl*, diciendo: ¡Oh viejo!, no quiero beber; y le respondió el viejo diciendo: Señor bebedla, porque si no la bebéis después se os ha de antojar; a lo menos ponéosla en la frente, o bebed tantito.

Y el dicho *Quetzalcóatl* gustó y probóla, y después bebióla diciendo: ¿Qué es esto? Parece ser cosa muy buena y sabrosa; y me sanó y quitó la enfermedad, ya estoy sano. Y más otra vez le dijo el viejo: Señor, bebedla otra vez porque es muy buena la medicina y estaréis más sano.

Y el dicho *Quetzalcóatl* bebióla otra vez, de que se emborrachó y comenzó a llorar tristemente, y se le movió y ablandó el corazón para irse, y no se le quitó del pensamiento lo que tenía por el engaño y burla, que le hizo el dicho nigromántico viejo; y la medicina que bebió el dicho *Quetzalcóatl* era vino blanco de la tierra, hecho de magueyes que se llama *teometl*.

*De la huida de Quetzalcóatl para Tlapallan
y de las cosas que por el camino hizo*

Otros embustes les acaecieron a los dichos toltecas, por haberseles acabado la fortuna, y el dicho *Quetzalcóatl*, teniendo pesadumbre de los dichos embustes y acordando de irse de *Tulla* a *Tlapallan*, hizo quemar todas las casas que tenía hechas, de plata y de conchas, y enterrar otras cosas muy preciosas dentro de las sierras o barrancos de los ríos, y convirtió los árboles de cacao en otros árboles que se llaman *mizquitil*; y demás de esto mandó a todos los géneros de aves de pluma rica, que se llaman *quetzaltótotl*, y *xiuhtótotl* y *tlauhquéchol*, que se fuesen delante, y fuéronse hasta *Anáhuac*, que dista más de cien leguas.

Y el dicho *Quetzalcóatl* comenzó a tomar el camino y partirse de *Tulla*; y así se fue; y llegó a un lugar que se llama *Quauhilitlan*, donde estaba un árbol grande y grueso y largo.

Y el dicho *Quetzalcóatl* arrimóse a él, y pidió a los pajes un espejo, y se lo dieron, y miróse la cara en el dicho espejo y dijo: ¡ya estoy viejo! Y entonces nombró el dicho lugar *Huehuequauhilitlan* y luego tomó piedras con que apedreó dicho árbol, y todas las piedras que tiraba el dicho *Quetzalcóatl* las metía dentro del dicho árbol, y por muchos tiempos

así estaban y parecían y todos las veían, desde el suelo hasta arriba.

Así iba caminando el dicho *Quetzalcóatl*, e iban delante tañéndole flautas, y llegó a otro lugar en el camino donde descansó y se sentó en una piedra, y puso las manos en la piedra y dejó las señales de las manos en la dicha piedra.

Y estando mirando hacia *Tulla* comenzó a llorar tristemente, y las lágrimas que derramó cavarón y horadaron la dicha piedra donde estaba llorando y descansando el dicho *Quetzalcóatl*.

El dicho *Quetzalcóatl* puso las manos tocando a la piedra grande donde se asentó, y dejó señales de las palmas de sus manos en la dicha piedra, así como si las dichas manos pusiera en lodo, que ligeramente dejase las palmas de las manos señaladas; y también dejó señales de las nalgas en la dicha piedra donde se había sentado, y las dichas señales parecen y se ven claramente, y entonces nombró el dicho lugar *Temacpalco*.

Y se levantó, yéndose de camino, y llegó a otro lugar que se llama *Tepanoayan*, y allí pasa un río grande y ancho, y el dicho *Quetzalcóatl* mandó hacer y poner una puente de piedra en aquel dicho río y así por aquella dicha puente pasó el dicho *Quetzalcóatl*, y se llamó el dicho lugar *Tepanoayan*.

Yéndose de camino el dicho *Quetzalcóatl* llegó a otro lugar que se llama *Coahuapan*, en donde los dichos nigrománticos vinieron a toparse con él, por impedirle que no fuese más adelante, diciendo al dicho *Quetzalcóatl*: ¿A dónde os vais? ¿Por qué dejasteis vuestro pueblo? ¿A quién lo encomendasteis? ¿Quién hará penitencia?

Y dijo el dicho *Quetzalcóatl*, respondiendo a los dichos nigrománticos: En ninguna manera podéis impedir mi ida; por fuerza tengo que irme—. Y los dichos nigrománticos dijeron preguntando al dicho *Quetzalcóatl*: ¿A dónde os vais? —Y les respondió diciendo: Yo me voy hasta Tlapallan—.

Y le preguntaron los nigrománticos: ¿a qué os vais allá? —Y respondió *Quetzalcóatl*: Vinieron a llamarme, y llámame el sol. —Y le dijeron los nigrománticos al dicho *Quetzalcóatl*: Idos en hora buena, y dejad todas las artes mecánicas de fundir plata y labrar piedras, y madera, y pintar y hacer plumajes y otros oficios.

Todo se lo quitaron los dichos nigrománticos al dicho *Quetzalcóatl*, y el dicho *Quetzalcóatl* comenzó a echar en una fuente todas las joyas ricas que llevaba consigo, y así fue lla-

mada la dicha fuente *Cozcaapan*, y ahora esta fuente se llama *Coahapan*.

Y el dicho *Quetzalcóatl* yendo de camino llegó a otro lugar que se llama *Cochtocan*, y vino otro nigromántico y topóse con él diciendo: ¿A dónde os vais?; y le dijo *Quetzalcóatl*: yo me voy a *Tlapallan*; y el dicho nigromántico dijo al dicho *Quetzalcóatl*: En hora buena os vais; bebed ese vino que os traigo. —Y dijo el dicho *Quetzalcóatl*: no lo puedo beber, ni aun gustar un tantito.

Y le dijo el nigromántico: Por fuerza lo habéis de beber, o gustar un tantito, porque a ninguno de los vivos dejo de dar y hacer beber ese vino; a todos emborracho ¡ea, pues, bebedlo!

Y el dicho *Quetzalcóatl* tomó el vino y lo bebió con una caña, y en bebiéndolo se emborrachó y durmióse en el camino y comenzó a roncar, y cuando despertó, mirando a una parte y a otra, sacudía los cabellos con la mano, y entonces fue llamado el dicho lugar *Cochtocan*.

El dicho *Quetzalcóatl*, yéndose de camino más adelante, a la pasada de entre las dos sierras, del Volcán y la Sierra Nevada, todos los pajes de dicho *Quetzalcóatl*, que eran enanos y corcovados, que le iban acompañando, se le murieron de frío dentro de la dicha pasada de las dichas dos sierras; y el dicho *Quetzalcóatl* sintió mucho lo que había acaecido de la muerte de los dichos pajes, y llorando muy tristemente y cantando con lloro y suspirando, miró la otra sierra nevada que se nombra *Poyauhtécatl*, que está cabe *Tecamachalco*, y así pasó por todos los lugares y pueblos y puso muy muchas señales en las tierras y caminos según que dicen.

Mas dicen que el dicho *Quetzalcóatl* se andaba holgando y jugando en una sierra, y encima de la sierra se asentó y veníase bajando, asentado, hasta el suelo, y bajó de la sierra y así lo hacía muchas veces; y en otro lugar hizo poner un juego de pelota, hecho de piedras en cuadra, donde solían jugar la pelota que se llama *tlachtli*, y en el medio del juego puso una señal o raya que dice *tlécolt*, y donde hizo la raya está abierta la tierra muy profundamente; y en otro lugar tiró con una saeta a un árbol grande que se llama *póchoh*, y la saeta era también un árbol que se llama *póchoh* y atravesóle con la dicha saeta y así está hecha una cruz; y más dicen que el dicho *Quetzalcóatl* hizo y edificó unas casas debajo de la tierra, que se llaman *Mictlanalco*; y más hizo poner una piedra grande que se mueve con el dedo menor,

y dicen que cuando hay muchos hombres que quieren mover y menear la piedra, que no se mueve aunque sean muy muchos. Y más tarde, hay otras cosas notables que hizo el *Quetzalcóatl* en muchos pueblos, y dio todos los nombres de las sierras y montes y lugares, y así en llegando a la ribera de la mar, mandó hacer una balsa hecha de culebras que se llama *coatlapechli*, y en ella entró y asentóse como en una canoa, y así se fue por la mar navegando y no se sabe cómo y de qué manera llegó al dicho *Tlapallan*.

GONZALO DE LAS CASAS

Nació en Toledo, España, hacia 1510. Se avecindó en México y fue Alcalde Mayor y encomendero en la Mixteca. Se le supone familiar de San Felipe de Jesús.

Escribió *Arte para criar seda en la Nueva España*, impreso en Granada en 1581; *Defensa de Conquista y Conquistadores de la Nueva España y de como ha de haberse con los naturales*, y el *Tratado de la Guerra con los Chichimecos*.

Ha sido estudiado por: José Fernando Ramírez, quien atribuyó su obra a Gil González Dávila: "Guerra de los chichimecas por Gil González Dávila. Noticia de la obra", en *AMNAH*, 2a. ép., T. I, 1903, p. 159-160 y por Luis González Obregón, "Conjeturas sobre quién pudo ser el autor de la Guerra de los Chichimecas", *AMNAH*, 2a. ép., T. I, 1903, p. 160-163.

Su Guerra contra los chichimecos es clásica para el conocimiento de esos grupos indígenas, y la forma de hacer la guerra contra los españoles.

Fuente: Gonzalo de las Casas. *La guerra de los chichimecas*. Noticia de la obra José F. Ramírez. Conjeturas sobre quién pudo ser el autor, Luis González Obregón, 2a. ed. México, Editor Vargas Rea, 1944, 67 p. (Biblioteca Aportación Histórica), p. 21-22, 28-36 y 63-64.

LOS CHICHIMECAS

Este nombre *Chichimeca* es genérico, puesto que los mexicanos en ignominia de todos los indios que andan vagos, sin tener casa ni sementera. Se podrían comparar a los árabes. Es compuesto de *chichi*, que quiere decir perro y *mecatl*, cuerda o sogá, como si dijese Perro que trae la sogá rastrando.

Estos Chichimecas se dividen en muchas naciones y parcialidades y en diversas lenguas y siempre unos con otros han traído y traen guerras, sobre bien livianas causas, aunque algunas veces se confederan y hacen amigos por hacerse más fuertes contra otros sus enemigos, y después se tornan a enemistar y esto les acontece muchas veces y aún entre una misma lengua y parcialidad que sobre el partir una presa o cosa que ellos hayan hecho de común pelean y se apartan unos de otros porque no les da pena dejar su casa ni sementera, pues no lo tienen antes les da más cómodo huir solos como animales o aves de rapiña, que no se juntan unos con

otros para mejor mantenerse y hallar su comida y así éstos nunca se juntarían si la necesidad de la guerra no los compeliere juntos...

Lo primero, ellos son dados, muy poco o nada, a la religión, digo a idolatría, porque ningún género de ídolos se les ha hallado ni uno ni otro altar, ni modo alguno de sacrificar, ni sacrificio, ni oración, ni costumbre de ayuno, ni sacarse sangre de la lengua, ni orejas, porque esto todo usaban todas las naciones de la Nueva España. Lo más que dicen hacen es algunas exclamaciones al cielo mirando algunas estrellas, que se ha entendido, dicen lo hacen por ser librados de los truenos y rayos. Y cuando matan algún cautivo bailan a la redonda, y aún al mismo le hacen bailar, y los españoles han entendido que ésta es manera de sacrificio, aunque a mí parecer más es modo de crueldad que el diablo, o sus malas costumbres, les ha mostrado para que no tengan horror en la muerte de los hombres, sino que los maten con placer y pasatiempo, como quien mata una liebre o venado.

Son por todo extremo crueles, que es la mayor señal de su brutalidad. A la persona que prenden, ora sea hombre o mujer lo primero que hacen es hacerles la corona quitando todo el cuero y dejando todo el casco mondo... tanto como toma una corona de un fraile y esto es... y yo vi un español sin él a quien ellos le quitaron, y a la mujer del Copoz también se lo quitaron, y ha vivido sin él muchos días, y aún creo que viven hoy. Quitarles asimismo los nervios para con ellos atar los pedernales en sus flechas. Sácanles las canillas, así de las piernas como de los brazos, vivos, y aun a las veces las costillas, y otras cien crueldades hasta que el mísero entre ellos despide el ánima. Traen colgadas por detrás las cabezales de las coronas que quitan y algunas han sido de mujeres hermosas, con cabellos rubios y bien largos, y asimismo traen los huesos de las canillas para mostrarlos como insignias de trofeos, y aún no perdonan a los cuerpos muertos, porque todas cuantas crueldades pueden o se pueden imaginar hacen en ellos, colgándolos de árboles. Flechándolos y metiéndoles flechas por los ojos, orejas, lengua, sin perdonar las partes vergonzosas, como no ha muchos días que un capitán que yo envié halló un cuerpo colgado de una encina con todas estas crueldades y un brazo menos, lo cual se entendió ser español, que por nuestros pecados y justicia de Dios han padecido muchos cristianos estas crueldades.

Es su manera de pelear con arco y flechas, desnudos; y

pelean con harta destreza y osadía y si acaso están vestidos se desnudan para el efecto. Traen su aljaba siempre llena de flechas y cuatro o cinco en la mano del arco para proveerse más pronto de ellas, y con ellas y el arco rebatir las que le tira su enemigo hurtándole el cuerpo; y a esta causa pelean apartados unos de otros, y ninguno se pone detrás del otro sino esento (*sic*) por mejor ver venir... y guardarse de ella, o metidos entre matas, arcabucos espesos o... de donde no los pueden ver y ellos pueden tirar mejor a su salvo. Los más acometimientos que hacen es de sobresalto, estando escondidos y salen de repente y así los toman desapercibidos y descuidados o a prima noche o de madrugada, cuando ellos entienden los hallarán más descuidados; y cuando hallan resistencia, aunque sea poca, siempre... más veces huyen.

Estas maneras de acometer han ellos aprendido de nosotros, porque con ellos se ha podido pelear en guerra descubierta, porque luego huyen a la sierra y se esconden en ella, y allí nunca se han osado empeñolar, y así siempre se ha procurado tomarlos descuidados espíandolos y caminando toda la noche y hasta el alba dar con ellos, lo cual se ha hecho y hace con harto trabajo a causa de la aspereza de las sierras y quebradas y arcabucos donde se ponen, y así todas las rancherías que yo he visto suyas están arrimadas a algunos padrastrós y sobre quebradas hondas, para hallar más presto la guarida, y por mucho que se esconden el fuego y humo los descubre, porque no pueden vivir sin lumbre, aunque ya están tan escarmantados que ponen sus atalayas, y las más veces descubren en ellos primero nuestros espías.

Son, como tengo dicho, por todo extremo crueles en la guerra; que ni perdonan sexo ni edad, que al niño que mama le dehuecan en una piedra y a la madre desuellan la cabeza y matan, y a los demás hacen todo lo que está dicho, aunque ha acontecido de tomar algunos por cautivos y servirse de ellos, y éstos como no fuesen muchachos o mujeres mozas, porque a hombre nunca se ha visto perdonar. Sus mujeres parece que... más piadosas. Y se ha visto acariciar los presos, darles de comer y llorar con ellos, lo que no se ha visto a ningún hombre.

De otra arma, más que de arco y flecha, no usan. Y ésta cierto es harto dañosa por la presteza que en sí tiene, que se ha visto tener un soldado el arcabuz en el rostro y darle, antes que pudiese desarmar, un flechazo con que le clavaron entrambas manos, y yo le vi herido y se llama Duarte, y con

esto es tan fuerte que a un soldado de don Alo. de Castilla le dieron un flechazo en la cabeza del caballo, sobre una tesera doblada de cuero de vaca y una hoja de lata, y le pasaron la cabeza y pecho hasta quedar redondo con el caballo muerto en el suelo. Esto vieron muchos que son vivos.

Sus pasatiempos son juegos, bailes y borracheras. De los juegos el más común es el de la pelota que acá llaman batey, que es como una pelota tamaño como las de viento, sino que es pesada y hecha de una resina de árbol, muy correosa, que parece nervio y salta mucho. Juegan con las caderas y rastrando las nalgas por el suelo hasta que vence el uno al otro. También tienen otros juegos de frijoles y canillas, que todos son sabidos entre los indios de estas partes, y el precio que juegan es flechas y algunas veces cueros. También tienen otro pasatiempo de tirar al terreno, y en ello meten a las mujeres que tiren con sus arcos a una hoja de tuna, la cual tiene por dentro llena de zumo colorado de tunas, y esto hacen cuando quieren ir a alguna guerra y en ello ponen sus agüeros. Sus bailes son harto diferentes de todos los demás que acá se usan. Hácenlos de noche; alrededor del fuego encadenados por los brazos unos con otros, con sa... y voces, que a los que los han visto parecen desordenados, aunque ellos con algún concierto lo deben hacer. No tienen son ninguno y en medio de este baile meten al cautivo que quieren matar y como van entrando va cada uno dándole una flecha hasta el tiempo que el que se le antoja se la toma y le tira con ella.

Tienen matrimonios y conocen mujer propia y lo celebran por contrato de tercería de parientes, y muchas veces, los que son enemigos, a causa de los casamientos se hacen amigos. Por la mayor parte, cuando casan en otra parcialidad, sigue el varón el domicilio de la mujer. También tienen repudios, aunque por la mayor parte ellas los repudian, y no por el contrario. Todo el trabajo cae sobre ellas, así de guisar, de comer como de traer los hijos y alhajas a cuestras cuando se mudan de unas partes en otras, porque a los varones no les es dado cargarse ni se encargan de otra cosa más que con su arco y flecha, pelear o cazar, y las mujeres les sirven como si fuesen propias esclavas hasta darles las tunas mondadas. Crian sus hijos con harto trabajo, porque como no tienen casa y andan de unas partes en otras, muchas veces les acontece parir caminando, y aún con las pares colgando y corriendo sangre caminan como si fuesen alguna oveja o vaca, lavan luego sus hijos, y si no tienen agua los limpian con unas yer-

bas. No tienen otro regalo que darles más que la propia leche, ni los envuelven en mantillas porque no las tienen, ni cuna, ni casa donde se alberguen, sino una manta o peña, y con toda esta aspereza viven y se crían.

Su comida es fruta y raíces silvestres, no siembran ni cogen ningún género de legumbres, ni tienen ningún árbol cultivado. De los frutos que más usan son tunas, y hay las de muchas maneras y colores y algunas muy buenas. También comen la fruta de otro árbol que llaman mezquite, que es un árbol silvestre bien conocido que lleva unas vainas como alborras, las cuales comen y hacen pan para guardar y comer cuando se acaba la fruta...

Y así, puesto que estos chichimecas no tengan ciudades cercadas con muros que alternen ni fortalezas que se les derriben o se les edifiquen otras de nuevo, para que con garniciones de gente lo tengan pacíficos y seguros, que son los medios con que los reinos y provincias se usa castigar y tener en paz. Hay otros medios, aunque contrarios a éstos, con que los chichimecas se sustentarían en paz y perseveración en ella, que son:

Poblarlos en tierra llana, doctrinarlos en la ley de Dios y buenas costumbres, dándoles todos los medios posibles para que consigan este fin, que algunos de ellos son proveerlos de las cosas necesarias al sustento de la vida humana, que es de comer y vestir, y esto hasta que lo sepan hacer, y bastaría por sólo un año, porque obligar a un bárbaro a que viva en un páramo llano que en sí ninguna cosa tiene de qué sustentarse, es obligarle a lo imposible, porque de fuerza ha de buscar de comer, pues el hambre le compele a ello y a tomarlo donde lo hallare, pues verse desnudo entre vestidos, tiene vergüenza y así huirán de nuestra conversación. Demás que el horror de verlos andar entre nosotros desnudos y en *puris naturalibus*, y yo vi indios que para venirme a hablar se cubrieron con yerbas y unos andrajos sus vergas por empacho y vergüenza por empacho que de ello tenían, la cual entre sí mismos ninguna tienen.

Y sin esto sería necesario poner entre ellos quien les muestre a cultivar la tierra y a otros oficios mecánicos como olлерos, carpinteros, albañiles, y quien muestre a sus mujeres a hacer pan o tortillas, hilar y tejer, porque ni ellas ningunas de estas cosas hacen ni saben hacer. Compelerlos a que hagan casas y a que vivan y duerman en ellas, y desusarlos de sus comidas silvestres, porque sin duda estas cosas son las que

los aferran y hacen tan brutos. Enseñarles a mantener justicia y castigar delitos y que ellos entre sí mismos lo hagan, que cierto ejercitándose en estas cosas, no hay duda sino que dejen de robar y asienten el mejor modo de vivir que el que se les da.

Porque entiendo que a muchos no pareciera bien esto que aquí tengo dicho y lo contradirían, poniendo cien objetos inconvenientes, que alguno de los que podrá decir son que ninguna cosa de las dichas querrán hacer, y puesto que las comienzan, no perseverarán en ellas, porque son perversos y malos, fermentados, sin ninguna verdad, vagos, que siempre andan de unas partes a otras y les será dificultoso dejar tal costumbre y así durarán poco y se irán. Lo que tengo que responder, es que una leona y un león y otros animales y aves de rapiña y silvestres son vagos y brutos en su natural y nunca acostumbrados a servir ni a obedecer a otros, y con maña se amansan y se muestran a servir y dar contento y provecho a los hombres que han trabajado con ellos en amaestrarlos, y cuando lo dicho no aprovechar, tornarlos a hacer guerra castigándoles más ásperamente hasta conseguir el mismo fin, que así lo demuestra el Maestro Soto en el Libro 4o. de Justicia et Jure, q. 2. porque la manera que ahora se lleva, jamás se conseguirá al fin de asentarlos y aquietarlos, puesto que con justicia se pueden hacer esclavos por serles menos dañoso y pena más piadosa que matarlos o marcarlos, porque por la mayor parte se huyen y se vuelven peores y más ladinos y la tierra es larga, donde siempre hallarán gente con quien juntarse para hacer daño y al que otra cosa le pareciere diga otros medios mejores, y si lo fueren se digan y sigan, y si en lo dicho hay algún yerro me someto a la corrección de la Sta. Madre Iglesia y de otro cualquiera que mejor lo entienda, y si he dicho algo que aproveche a Dios, sean dadas las gracias y su nombre sea bendito, por *infinis seculorum secula*. Amén.

Digo que todo lo que en este libro contiene es verdad, así lo digo yo.

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA

Nació en Gómara, Soria, el 2 de febrero de 1511, y ahí falleció en 1566.

Capellán de Hernán Cortés, excelente humanista, admirador de la obra conquistadora a la que ensalza con artístico equilibrio en "romance llano y sentencias claras aunque breves". Escribió la *Historia de las Indias y conquista de México* que fue impresa en 1552 en Zaragoza como si se tratara de dos obras separadas; la crónica *De los hechos de los Barbarrojas*, y los *Anales de Carlos V*. Se le atribuye también el fragmento *De rebus gestis Ferdinandi Cortesii*. Al siguiente año 1553 se hizo otra edición en Medina del Campo de la Historia con un título mayor que es el clásico: *Hispania Victrix. Primera y segunda parte de la historia general de las Indias con todo el descubrimiento y cosas notables que han acaescido desde que se ganaron hasta el año de 1551. Con la conquista de México de la Nueva España*. A partir de aquel instante las ediciones menudearon, así como las controversias que suscitaban y los estudios a ella dedicados.

Entre ellos véanse: Emiliano Jos, "El Cronista de Indias Francisco López de Gómara. Aspectos biográficos" en *Revista de Occidente*, Madrid, 1927, T. XVIII, p. 274-278; Ramón Iglesia la ha estudiado en *Cronistas e historiadores de la Conquista de México: el ciclo de Hernán Cortés*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, y en dos artículos publicados en los números 6 y 7 de *Tiempo*, bajo el título "Las críticas de Bernal Díaz del Castillo a la Historia de Gómara". Buena edición crítica de la Historia con excelente prólogo es la de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Editorial Pedro Robredo, 1943, en dos volúmenes.

Fuente: Francisco López de Gómara. *Historia de la Conquista de México*. Con una introducción y notas por Joaquín Ramírez Cabañas. 2 v. México, D. F. Editorial Pedro Robredo, 1943, II-104-108.

LA REEDIFICACION DE MEXICO

Quiso Cortés reedificar a México, no tanto por el sitio y majestad del pueblo cuanto por el nombre y fama, y por hacer lo que deshizo; y así, trabajó que fuese mayor y mejor y más poblado. Nombró alcaldes, regidores, almotacenes, procurador, escribanos, alguaciles y los demás oficios que ha menester un concejo. Trazó el lugar, repartió los solares entre los conquistadores, habiendo señalado suelo para iglesias, pla-

zas, atarazanas y otros edificios públicos y comunes. Mandó que el barrio de españoles fuese apartado del barrio de los indios, y así los ataja el agua.

Procuró traer muchos indios para edificar a menos costa; lo cual tuvo al principio dificultad por andar muchos señores, parientes de Cuahutimoc y de otros prisioneros, amotinados y procurando matarle con todos los capitanes por librar a su rey. Buscó manera cómo aprehender y castigarlos; los demás holgaron de ir con el tiempo. Hizo señor de Tezcuco a don Carlos Iztlíxúchil con voluntad y pedimento de la ciudad, por muerte de don Hernando su hermano, y mandóle traer en la obra los más de sus vasallos, por ser carpinteros, canteros y obreros de casas. Dio y prometió solares y heredamientos, franquezas y otras mercedes a los naturales de México, y a todos cuantos viniesen a poblar y morar allí, que convidó muchos a venir.

Soltó a Xihuacoa, capitán general; dióle cargo de la gente y edificio, y el señorío de un barrio. Dio también otro barrio a don Pedro Moctezuma, por ganar las voluntades a los mexicanos, que era hijo del rey Moctezuma. Hizo señores a otros caballeros de islas y calles para que las poblasen, y así les repartió el sitio; y ellos se repartieron los solares y tierras a su placer, y comenzaron a edificar con gran diligencia y alegría. Cargó tanta gente a la fama que México Tenuchtitlan se rehacía, y que habían de ser francos los vecinos, que no cabían de pies en una legua a la redonda. Trabajaban mucho, comían poco y enfermaron; sobrevínoles pestilencia y murieron infinitos. El trabajo fue grande, porque traían a cuestras o arrastrando la piedra, la tierra, la madera, cal, ladrillos y todos los materiales. Pero era mucho de ver los cantares y música que tenían, el apellidar su pueblo y señor, y el motejarse unos a otros. De la falta de comer fue causa el cerco y guerra pasada, que no sembraron como solían; aunque la muchedumbre causaba hambre, y causó pestilencia y mortandad. Todavía, y poco a poco, rehicieron a México de cien mil casas mejores que las de antes, y los españoles labraron muchas y buenas casas a nuestra costumbre; y Cortés una, en otra de Moctezuma, que renta cuatro mil ducados o más, que es un lugar. Pánfilo de Narváez lo acusó por ella, diciendo que taló para hacerla los montes y que le puso siete mil vigas de cedro. Acá parece mucho más; allí que los montes son de cedro, no es nada. Huerto hay en Tezcuco que tiene mil cedros por tapias y cerca. No es de callar que una viga

de cedro tenga ciento y veinte pies de largo y doce de gordo de cabo a cabo, y no redonda, sino cuadrada; la cual estaba en Tezcuco en casa de Cacama.

Labráronse unas muy buenas aterazanas para seguridad de los bergantines y fortaleza de los hombres, parte en tierra y parte en agua, y de tres naves, donde por memorias están hoy día los trece bergantines. No abrieron las calles de agua, como antes eran, sino edificaron en suelo seco; y en esto no es México el que solía, y aun la laguna va decreciendo del año de 24 acá, y algunas veces hay hedor; pero en lo demás sanísima vivienda es, templada por las sierras que tiene alrededor y abastecida por la fertilidad de la tierra y comodidad de la laguna; y así, es aquello lo más poblado que se sabe, y México la mayor ciudad del mundo y la más ennoblecida de las Indias, así en armas como en policía, porque hay dos mil vecinos españoles, que tienen tantos caballos en caballerizas, con ricos jaeces y armas, y porque hay mucho trato y oficiales de seda y paño, vidrio, molde y moneda, y estudio, que llevó el virrey don Antonio de Mendoza. Por lo cual tienen razón de preciarse los vecinos de México, aunque hay gran diferencia de ser vecino conquistador a ser vecino solamente. Pues como fue México hecho, aunque no acabado, se pasó Cortés a morar en él desde Culuacán, o como dicen otros, Coyoacán, y los que vecinos eran y los soldados también. Corrió la fama de Cortés y grandeza de México, y en poco tiempo hubo tantos indios como dicho habemos, y tantos españoles, que pudieron conquistar cuatrocientas y más leguas de tierra, y cuantas provincias nombramos, gobernándolo todo desde allí Fernando Cortés.

No le parecía a Cortés que la gloria y fama de haber conquistado la Nueva España con los otros reinos fuese cumplida si no la pulía y fortificaba, para lo cual llevó a México a doña Catalina Xuárez con gran fausto y compañía, que se había estado en Santiago de Cuba todo el tiempo de las guerras. Hizo enviar por (sus) mujeres a muchos vecinos de México y de las otras villas que poblara. Dio dineros para llevar de España doncellas, hijasdalgo y cristianas viejas; y así, fueron muchos hombres casados con sus hijas a costa de él, como fue el comendador Leonel de Cervantes, que llevó siete hijas y se casaron rica y honradamente. Envío por vacas, puercas, ovejas, cabras, asnas y yeguas a las islas de Cuba, Santo Domingo, San Juan del Borinquen y Jamaica, para casta; entonces, y aún antes, vedaron la saca de caba-

llos en aquellas islas, especial en Cuba, por venderlos más caros, sabiendo la riqueza, necesidad y deseo de Cortés; para carne, leche, lana y colambre, y para carga, guerra y labor. Envió por cañas de azúcar, moreras para seda, sarmientos y otras plantas a las mismas islas, y a España por armas, hierro, artillería, pólvora, herramientas y fraguas, para sacar hierro, y por cuescos, pepitas y simientes, que salen vanos en las islas.

Labró cinco piezas de artillería, que las dos eran culebrinas, a mucha costa, por haber poco estaño y muy caro. Compró los platos de ello a peso de plata, y lo sacó con gran trabajo en Tachco, veintiséis leguas de México, donde había unas piecitas de ello como de moneda, y aún sacándolo se halló vena de hierro que le plugo mucho. Con estas cinco y con las que comprara en la almoneda de Juan Ponce de León y de Pánfilo de Narváez, tuvo treinta y cinco tiros de bronce y setenta de hierro colado, con que fortaleció a México, y después le fueron más de España, con arcabuces y coseletes. Hizo asimismo buscar oro y plata por todo lo conquistado, y halláronse muchas y ricas minas, que hinchieron aquella tierra y ésta, aunque costó las vidas de muchos indios que trajeron en las minas por fuerza y como esclavos. Pasó el puerto y descargadero que hacían las naos en la Veracruz, a dos leguas de San Juan de Ulúa, en un estero que tiene una ría para barcas y en más seguro, y mudó allí a Medellín, donde ahora se hace un gran muelle por seguro de los navíos, y puso casa de contratación; y allanó el camino de allí a México para la recua que lleva y trae las mercaderías.

ALONSO DE ZORITA (o ZURITA)

Nació probablemente en Córdoba, España, hacia 1512. Murió en Granada después de 1585.

Estudió en Salamanca. Vino a la Nueva España como Oidor, después de haber estado en Santo Domingo, Santa Marta, Cartagena, Cabo de la Vela y Guatemala. De su experiencia en la Nueva España y del conocimiento de las obras de autores anteriores a él, como Olmos y Motolinía, deriva su *Breve y sumaria Relación de los Señores y maneras y diferencias que había de ellos en la Nueva España y en otras provincias, sus comarcas, de sus leyes, usos y costumbres*, la cual no fue impresa sino hasta el siglo pasado, primero por don Manuel Serrano Sanz y luego por García Icazbalceta en el tomo III de su *Nueva Colección de Documentos para la Historia de México* (1891). Fue Serrano Sanz quien primero apreció su valor y luego Icazbalceta al presentar la obra. Posteriormente ha sido estudiada por Joaquín Ramírez Cabañas en la introducción que hizo para el sumario de esa obra cuyo título es: *Alonso de Zorita, Breve y sumaria Relación de los Señores de la Nueva España*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1942, XXIII-214 p. ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 32.)

Fuente: Alonso de Zorita. *Historia de la Nueva España*, por el Doctor... 2 v. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1909. (Colección de libros y documentos referentes a la Historia de América, IX). I-175-192.

LA CIUDAD DE MEXICO

La muy grande y muy insigne ciudad de México está bien trazada y muy bien edificada de muy largas y anchas y muy derechas calles, y lo más de ello empedrado, y convino que fuesen anchas y derechas, porque la defensa y fortaleza de la ciudad está en la gente de a caballo; hanse hecho y cada día se hacen muchos edificios de muy buenas, grandes y fuertes casas, y muchas iglesias y monasterios y hospitales; se han hecho algunas iglesias parroquiales; la iglesia mayor está bien servida y proveída de ornamentos e instrumentos de música y cantores, hay tres curas que sirven por semanas en bautizar y en administrar los sacramentos y para los entierros se juntan todos tres y los sacristanes y la demás clerecía, y todos los sacerdotes entienden en las confesiones; hay

sacristán del altar mayor, y lo es un clérigo, y es buen cargo y preeminente porque tiene en su poder toda la plata; la cruz es muy grande y pesada y toda ella dorada, y por esto no tiene manga; hay una custodia que decían costó más de veinte mil ducados, y su mesa y pilaretes y chapitel de plata, ricamente labrado, y un palio encima, y sus varas de plata para lo llevar en las procesiones, y lo demás va en sus carretones o ruedas, porque es grande su peso.

La iglesia vieja está entre dos plazas, y acabada la que ahora se hace ha de ser claustros y cementerio y edificios pertenecientes a la iglesia, y en ello ha de entrar el primer cimiento que se había hecho para la iglesia nueva; la que se labra es muy mayor que la vieja y de muy costoso edificio; el cimiento que primero se había abierto para ello costó ochenta mil pesos y se dejó por no poderse proseguir por aquella orden, a causa del agua, que no se podía agotar aunque a la continua andaban trabajando en ello con sus bombas, y se mudó a otra parte y se hace de estacada el cimiento, por una orden sutil y de buen ingenio con que se hincan las estacas y todas quedan parejas a raíz del agua, y de allí adelante sobre la haz de la tierra se ha de hacer un plantapié de argamasa que tome todo el edificio de la iglesia, porque con el peso se sumen los edificios de la laguna y quede que se poder sumir, y también porque no lleguen los cuerpos de los difuntos en las sepulturas al agua; ha de ser por la traza de la de Sevilla y muy insigne edificio y templo.

Hay en ella su Arzobispo y dignidades, canónigos, racioneros y capellanes; algunos son personas doctas. y todas muy honradas y de calidad; cerca de la iglesia está la casa arzobispal; tiene algunos obispos sufragáneos.

A la parte de Oriente, frontero de la iglesia, junto a las casas arzobispales, la calle en medio, está la casa real, de muy suntuoso edificio, y dio Su Majestad por ella al Marqués del Valle cincuenta mil ducados, y después se ha labrado en su circuito la cárcel de Corte, y casa de fundición y casa de moneda, y casa de armas; tiene tres puertas a la plaza principal; por la primera se sirve el Visorrey y Audiencia; por la segunda la cárcel, y por la tercera los oficiales de la real hacienda; tiene otra puerta por donde se sirve la casa de la moneda; tiene cuatro patios grandes: en el primero, que es del Audiencia real, hay tres salas grandes las dos donde hacen audiencia los Oidores en lo civil, y en la otra los alcaldes del Crimen; tienen en este patio aposento

los secretarios de lo civil, en que tienen sus oficios y el sello y el repartidor, y salen a este patio dos piezas de la cárcel con sus rejas, por donde negocian los presos, y por la sala del Crimen hay puerta a la cárcel, por donde salen los presos a se visitar y al ver de sus procesos.

En el segundo patio vive el Visorrey, y tiene tres salas de armas, en que hay muchas ofensivas y defensivas, de picas, rodelas, ballestas y arcabuces, y mucha y muy buena artillería en sus carretones y todo género de munición y mucha pólvora y muy buena, y hay persona con salario que tiene cargo de artillería y de todo lo demás y de lo requerir y hacer limpiar cuando conviene.

En este patio tienen los secretarios de gobernación sus oficios y los secretarios del Crimen, y está la capilla donde se dice misa al Visorrey y Oidores cada día, y tienen su capellán para ello; a las espaldas de este cuarto salen un corredor muy grande, de veinte arcos sobre una grande y hermosa huerta donde suele salir el Visorrey a dar audiencia a los negociantes.

El tercero y mayor patio es donde viven los oficiales de la real hacienda; hay sus salas por sí, donde quitan el oro y plata, y su audiencia donde oyen los oficiales en lo que toca a sus oficios; hay sala del Tesoro y de los oficios de cada oficial de la real hacienda.

El otro patio es el de la casa de la moneda, donde vive el tesorero de ella; tiene sus piezas distintas y apartadas, donde se labra moneda, y sus hornazas donde se refina la plata, y su sala donde se recibe y paga.

La traza de esta casa es cuadrada: por una parte tiene una acequia de agua de quince pies en ancho y un estado en hondo, y otro medio desde el agua a la tierra, de manera que desde la superficie al fondo hay estado y medio; se ha de hacer esta cava por toda la redonda y quedará muy fuerte la casa real; ha de tener sus puentes levadizos; está por sí todo este edificio sin que haya otro alguno que junte con él, y es muy buen edificio, fuerte y costoso.

Demás de la plaza principal tiene otra a la parte de la acequia, donde se han de hacer las fiestas, y a la parte contraria, hacia la casa de la moneda, hay otros solares, donde se han de hacer otras casas para renta.

El Visorrey es Gobernador y Capitán General de aquella tierra, y Presidente de la Audiencia Real, donde hay ocho Oidores para dos salas en lo civil, y tres Alcaldes de Corte

para lo Criminal, para otra sala; hay sus fiscales, relatores, canciller y registro, porteros, intérpretes y dos abogados y dos procuradores de pobres, y todos con buenos salarios; hay abogados y procuradores y receptores y secretarios, y alguacil de Corte que pone tres tenientes y un alcalde para la cárcel, y cuando los nombra los presenta en la Audiencia para que los confirmen y reciban; y los oficiales de la Real Hacienda, tesorero, contador y factor, entran en el cabildo de la ciudad y tienen voz y voto y el primer asiento por su antigüedad entre ellos.

Hay un corregidor en la ciudad, con muy buen salario, aunque la ciudad pretende que no lo haya, porque hay dos alcaldes ordinarios y su cabildo de regidores, personas de mucha calidad, y tiene su cárcel por sí y su alcalde para ella, y alguacil mayor, y hay sus procuradores por sí, y cierto número de escribanos públicos y de provincia para los alcaldes de Corte en lo civil.

La casa del cabildo de la ciudad tiene unos corredores sobre la plaza principal y en lo alto muy buena sala del Ayuntamiento, y en lo bajo hace audiencia el corregidor y alcaldes ordinarios, y está allí la cárcel pública, y tiendas, de que tiene muy buena renta la ciudad, y la carnicería y la platería está en una casa donde solía estar primero la fundición, y también es renta de la ciudad; a la parte del Occidente de estas casas reales están otras muy principales del Marqués del Valle, que éstas y las otras solían ser de Moteczuma, como él lo escribe en sus epístolas que escribió al Emperador. Está en medio la Iglesia mayor, y las dos plazas, y en su traza alrededor hay otras muchas casas y tiendas que rentan siete y ocho mil ducados, y cada día valen más, y esta renta dicen que dejó don Hernando Cortés a un hospital y colegio que mandó hacer. En las casas principales vivía el virrey y en ellas se hacía audiencia y estaban los oficios de los secretarios, y en otras accesorias vivían los Oidores y el fiscal, y estaba la cárcel de Corte; todo lo tiene ahora el Marqués y de ello mucha renta, y cada día vale y renta más, y va labrando en los solares que allí tiene en el mismo circuito otras casas y tiendas, de que terná mucha renta, porque están en lo mejor de la ciudad y en el trato de ella.

Hay en esta ciudad muchos y muy honrados vecinos y muy ricos que tienen muy gruesas haciendas en heredades y minas y ganados y muy principales casas y mucho servicio y ricas vajillas de plata, y algunos tienen pueblos de indios en en-

comienda; hay muchos caballeros y hijosdalgo y personas de mucha calidad, y algunos tienen hábito de Santiago; hay muchos oficiales mecánicos de todos oficios, así españoles como indios, y entre ellos hay oficiales de la plumería, de que hacen riquísimas imágenes, que no los hay en ninguna ciudad, ni aun en el mundo, otros como ellos; hay muchos mercaderes ricos y prósperos y de muy buen trato, aunque de algunos años a esta parte han venido en quiebra por la falta de las minas y de los indios que han muerto infinidad de ellos en una gran pestilencia que les vino y duró mucho, como en otra parte se dirá; son casi en general todos los vecinos muy liberales, caritativos y limosneros, aunque muchos de ellos están en gran necesidad por lo que se ha dicho, y ayudan a los hospitales y monasterios y les dan camas y paños y lienzos para se vestir, y trigo y carneros y otras cosas necesarias para su sustento, y aconteció una vez que un vecino muy rico y honrado envió tanto trigo y carneros a un monasterio que no lo quisieron recibir y tomaron muy poco de ello, y no digo la cantidad, aunque la sé, porque fue excesiva; y este vecino daba cada año paño para vestir a los frailes de San Francisco; y todos los vecinos y sus mujeres, que son personas principales y muy honradas y de calidad, se precian de visitar los hospitales y enfermos que en ellos hay y consolarlos y llevarles algunos regalos, y por días o semanas les llevan la comida a los pobres, guisada, de sus casas, y les sirven y dan de comer por sus manos, y llevan las hilas hechas para las llagas, sin lo fiar ni enviar con criados, porque de esta manera es la obra más meritoria y más grata al Señor Universal y Padre de los pobres.

Hay asimismo en la gran ciudad de México cuatro monasterios: dos de San Francisco, y otro de Santo Domingo, y otro de San Agustín, y un colegio de agustinos que se llama San Pablo, y el de Santo Domingo y San Agustín, son de muy suntuosos edificios y tienen muy lucidas y agraciadas iglesias; la de San Agustín es de madera mozaica dorada y de azul añigal, y en lugar de tejas tiene planchas de plomo, por manera que todo lo alto donde había de estar tejado, está emplomado, y de la misma manera está lo alto de la iglesia de Santo Domingo, y tienen ambas una misma traza; y en muchos pueblos de indios hay asimismo muy suntuosas iglesias y muy proveídas de todo lo necesario para el culto divino, de cálices y cruces de plata, todo muy costoso, y muchos instrumentos de música y muy ricos y costosos retablos,

y lo mismo hay en las iglesias de los monasterios de México; y en Santo Domingo hay una imagen de Nuestra Señora que dio Gonzalo Cerezo, vecino de México y alguacil mayor de la Audiencia Real, de plata, que costó siete mil ducados. En todos estos monasterios hay muchos y muy honrados religiosos de muy buena vida y ejemplo, y los más de ellos muy doctos y muy buenos predicadores que predicán a los españoles y a los indios en muy diferentes lenguas, y salen a ellos los días de fiesta a los pueblos que tienen de visita, donde aún no hay monasterios, en que hacen grandísimo fruto y servicio a nuestro Señor. La casa de San Francisco estaba muy vieja, y según dicen la hizo derribar toda doña Beatriz de Andrada, mujer que fue de don Francisco de Velasco, hermano del Visorrey don Luis de Velasco, y la ha sacado de cimiento toda y la labra a su costa, y para ello dicen que da los tributos de la parte que tiene en encomienda de la provincia de Xilotepec, que dicen que valen más de doce mil ducados, y no tiene más que la mitad, porque la otra mitad la tiene don Pedro de Quesada, nieto de Juan Jaramillo, primer marido de doña Beatriz de Andrada, por quien tuvo la mitad de la encomienda de Xilotepec.

En México asimismo hay una casa de la Compañía del nombre de Jesús, que tiene muy buena renta para se sustentar, y su estudio; hay entre ellos personas de gran religión y de buena doctrina, vida y ejemplo, y un vecino les dio la casa para su morada, que es muy buena, de gran valor, que se llama Villaseca.

Hay un monasterio de monjas, intitulado de la Concepción, que terná de renta más de ocho mil ducados, de muy gran clausura y recogimiento y de muy gran virtud y ejemplo, sujetas al ordinario, y porque eran muchas monjas se dividió y hizo otro monasterio y les dieron dos mil ducados de renta de la que ellas tienen, de la Orden de Santa Clara. Hay otro monasterio, y el Marqués don Hernando Cortés dejó mandado fundar otro y renta para ello; sin estos se han comprado unas casas principales para otro monasterio que por no tener entera relación de ello, ni quien me la dé, no me declaro más.

Hay además de esto un colegio que llaman de las Huérfanas o niñas recogidas, y otro de los niños de las doctrinas, sin el colegio que hay para indios en el Tlatelulco, que lo tienen a cargo los frailes Menores y ha habido entre ellos muy buenos latinos y retóricos y lógicos, y en todos les

enseñan buenas costumbres y doctrina los que están por superiores y puestos para ello, y todos tienen rentas y grandes indulgencias y jubileos para los que les ayudan con sus limosnas. Las que se crían en el colegio de las niñas no son monjas, ni tienen religión, ni voto de ello, sino que están allí hasta que son de edad para casar, y para esto les juntan ajuar y buenos dotes de limosnas, que es mucho, porque de ordinario hay algunas para casar como adelante se dirá.

Hay muchos hospitales: uno que se intitula de la Concepción, que es a cargo del Marqués del Valle, de buenos edificios, y se va cada día labrando más, y tiene buena renta que le dejó don Hernando Cortés; otro que llaman de las bubas, que fundó don fray Juan de Zumárraga, de la Orden de San Francisco, primer Obispo y después Arzobispo que fue de México; tiene renta y muchas limosnas y se hacen en él grandes curas; hay otro que se intitula de los indios, que se labra a costa de Su Majestad; otro que se fundó de limosnas para los enfermos del mal de San Lázaro, y otro para los locos, de buenos edificios; en el monasterio de San Agustín se labraba otro colegio, y en el Monasterio de Santo Domingo de la ciudad de los Ángeles otro, y dejó renta para ello un vecino de México.

Hay algunas cofradías que celebran devotamente sus festividades; la principal es la del Santo Sacramento y Caridad, que tiene en sí cosas dignas de tales títulos y de ser sabidas y publicadas; ponen el aceite y cera con que se sirve todo el año el Santísimo Sacramento en la iglesia mayor; dan seis hachas y doce velas de cera que le acompañan cuando sale fuera, y toda la cera que se gasta en el monumento el Jueves Santo y en la fiesta de Corpus Christi con su ochavario, y en dos fiestas de Nuestra Señora, que es la Visitación a Santa Isabel, y la de Spectatio partus, que comúnmente llaman de la O, que se celebra ocho días antes de Navidad, y en ella se encienden más de doscientas hachas, sin otro gran número de velas, y en el primer domingo de cada mes que se saca al Santísimo Sacramento en procesión por la iglesia, dan seis cirios grandes y velas a la clerecía; en todo esto se gasta gran número de cera, y comúnmente vale la libra a seis reales, y algunas veces a ocho y a más, y cada día va creciendo el precio de ella.

Tiene asimismo esta cofradía a cargo el Colegio de las Niñas o de las huérfanas, en que hay de ordinario cuarenta y más a costa de la cofradía, sin otras huérfanas de padres ricos

que están allí a su costa para criar y doctrinar, y algunas veces hay más de cien mujeres con una madre que las rige, gobierna y doctrina; tienen clausura y torno y capellanes y frecuentan las confesiones como en un monasterio y cantan los divinos oficios; ponen en común lo que se ganan por su trabajo de coser y labrar, y muchos meses acontece ganar ciento, y ciento veinte ducados, y más; dota las huérfanas colegialas la cofradía, y algunas dan a mil pesos, y a otras a mil y quinientos, conforme a su calidad, y a las que menos dan es trescientos pesos, y cada año casan cinco y seis.

Asimismo tiene cargo esta cofradía de los pobres vergonzantes, en especial de los que van de España en cada flota, y envían un canónigo o dignidad de la iglesia mayor que por caridad quieren tomar este trabajo, a que los vaya a recibir hasta Perote, que es un hospital que está en el camino, cuarenta leguas de México, y allí les llevan todos los regalos de dietas y conservas y ropa blanca que han menester, y los avían como les den cabalgaduras a hombres y mujeres, y la caridad paga los fletes por tierra, y a las veces los de la mar; si quedan mujeres viudas o algunos huérfanos, tiene cuidado esta cofradía de los acomodar y les buscan casa donde los reciban y a las huérfanas les dan promesa y asiento de casarlas, y así se hace.

Pagan también la botica de los pobres vergonzantes de la ciudad de México, y los visten y proveen las necesidades ordinarias.

Tiene asimismo cargo de procurar por los presos pobres y pagar deudas por ellos, y el Jueves Santo, cuando el Arzobispo hace el lavatorio a doce pobres, los visten y dan a cada uno cuatro reales.

Tienen cuatro cetros o varas para regir las procesiones, de plata, y sale uno delante el Santísimo Sacramento, y tienen un pendón con cruz de plata para lo mismo, y otro con un crucifijo que sacan el Jueves Santo, y dos candeleros grandes de plata que ponen con los cirios todos los domingos y fiestas delante del altar mayor.

Son muchas las limosnas y mandas de difuntos que se hacen a esta cofradía, por ver cuan bien lo gastan, y tiene de renta más de cinco mil pesos en censos, y siempre los mayordomos, son mercaderes ricos, y al cabo del año han puesto de su casa más de dos mil pesos que se les deben por las muchas limosnas y gastos que hay.

Hay otra cofradía de la Vera Cruz, que es de sangre, en

que salen más de cuatrocientos disciplinantes el Jueves Santo, y en la procesión de ellos treinta crucifijos y más, cada uno del tamaño de un hombre, y son tan livianos que el Cristo no pesa cada uno doce libras; gástanse dos pipas de vino en lavatorios, y vale cada una cien pesos de minas, que son ciento y veinte ducados, y a las veces más.

Hay otra cofradía del nombre de Jesús, constituida en el monasterio de San Agustín, también de disciplinantes, y demás del gasto ordinario en la disciplina y misa, casa esta cofradía tres y cuatro huérfanas cada año y les da a cada una en dote y ajuar más de quinientos pesos.

En el monasterio de Santo Domingo hay otra cofradía y cada sábado se dice una misa muy solemne a Nuestra Señora, donde se enciende mucha cera, y los más de los sábados hay sermón; está anexa a esta cofradía otra de los juramentos, que es de muy loable costumbre, porque todas las veces que uno jura se pena en lo que le parece y lo da a la cofradía, y el cofrade es obligado a reprender al que viere jurar.

Los negros tienen dos cofradías: la una en Santo Domingo, y la otra en la Iglesia mayor, donde se juntan las fiestas a recibir doctrina, y dan muchas ofrendas en sus bautismos y casamientos, porque todos los que se hallan presentes ofrecen un real, y más cada uno, y se hacen entre ellos limosnas con que se rescatan.

Los indios tienen su cofradía, en especial una de disciplinantes, y otra de la misa de Nuestra Señora, los sábados; en la de los disciplinantes es tanta la gente que se va disciplinando y otros alumbrando que, antes que acaben de salir de San Francisco, donde está constituida, son los delanteros de vuelta, con ser el trecho que andan muy grande, y van quince y veinte por hilera juntos; en los crucifijos, que sacan en ella exceden a todos los de la cristiandad en el número.

Hase fundado en esta gran ciudad de México con loable principio una insigne Universidad donde se han hecho y cada día se hacen muchos maestros y doctores en todas Facultades, y no pocos bachilleres y licenciados, todos muy dignos y beneméritos y de muy rara y loable habilidad, y todos muy buenos latinos, y algunos retóricos, porque para todo hay muy buenos preceptores salarizados y algunas cátedras y renta para ellas, y para ello les hace Su Majestad merced cada año de alguna buena cantidad de dineros; algunos son muy

buenos escribanos y muy buenos jinetes y diestros en armas, porque para todo tienen habilidad y se dan bien a ello, y se darían mucho más al estudio y con más voluntad si las prebendas de la Iglesia mayor se diesen a hijos de vecinos, y si hubiese beneficios patrimoniales y se proveyesen por oposición y examen y con esto serían todos doctos, pues tienen tan buen aparejo como se ha dicho, y harían gran fruto, así entre españoles como entre indios, porque el premio y la honra cría y sustenta las artes, y es gran premio de la virtud la honra, y casi todos saben muy bien la lengua de los indios.

Hase hecho otro edificio muy bueno y costoso para traer agua a la ciudad, que es diferente y mejor que la que viene por otro edificio de la fuente que llaman de Chapultepec, de que adelante se hará mención, y para este edificio se ha impuesto sisa en el vino que se vende por menudeo en la ciudad, y se arrienda cada año en veinte y siete y veinte y ocho mil pesos, y más, y demás de esta agua entra en la ciudad otro caño muy grueso por un edificio antiguo, que se reparte por muchas calles y casas, y por esta parte tiene muy hermosa salida llena de huertas a una parte y a otra, que dura una legua; en todo puede ser que haya habido mudanza o falta, pero lo que se ha dicho es conforme a lo que yo vi y duró después algunos años, según he sido informado de todo ello, y lo mismo se entienda lo demás que aquí se trata.

FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR

Nació hacia 1515 en Toledo. Murió en México el 14 de noviembre de 1575, siendo canónigo de la Catedral de México.

Humanista preclaro, historiador. Escribió: *Túmulo imperial, Relación de las exequias hechas en México al Emperador Carlos V* (1560); *Diálogos Latinos*; *Crónica de la Conquista de la Nueva España* (1564-66); *Diálogo de la Dignidad del Hombre* y otras más en las que se refleja su espíritu humanista. Tradujo a Luis Vives.

Los *Diálogos Latinos* publicados por J. García Icazbalceta como *México en 1554, Tres Diálogos Latinos que Francisco Cervantes de Salazar escribió e imprimió en México en dicho año*. México, Antigua Librería de Andrade y Morales, 1875, fueron objeto de un cuidadoso estudio por el eminente polígrafo. Posteriormente analizolas Julio Jiménez Rueda en las Notas preliminares de los *Diálogos* que bajo el nombre de *México en 1554*, publicó en México la Universidad Nacional Autónoma, 1939, VI-191 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario 3); y en nuestros días Edmundo O'Gorman en una edición completa de los *Diálogos*, titulada: *México en 1554 y Túmulo Imperial*, Prólogo y notas de... México, Editorial Porrúa, S. A. 1963, XLVII-236 p. ils. (Colección Sepan cuántos... Núm. 25).

La *Crónica de la Conquista de la Nueva España*, encontrada por don Francisco del Paso y Troncoso, fue analizada por ese sabio historiador al publicarla en Madrid en 1914 entre sus *Papeles de la Nueva España*. Tercera Serie, Historia. Ocupóse de ella también Zelia Nuttall en "Francisco Cervantes de Salazar, Notas biográficas", Traducción de Manuel Romero de Terreros, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, México, 4a. época. T. IV, 1926, p. 279-306. Estudio crítico acerca del historiador vid, Jorge Hugo Díaz Thomé, *Francisco Cervantes de Salazar y su Crónica de la Conquista de la Nueva España*, en J. Hugo Díaz Thomé et al., *Estudios de Historiografía de la Nueva España* con una Introducción de Ramón Iglesia. México, El Colegio de México, 1945, 329 p., p. 15-47, también, Agustín Millares Carlo, *Cartas recibidas de España por Francisco Cervantes de Salazar (1569-1575)*, México, 1946, y *Apuntes para un estudio bio-bibliográfico del humanista Francisco Cervantes de Salazar*, México, 1958, del mismo autor.

Pulcra versión inglesa es la siguiente: *Life in the Imperial and Loyal City of México in New Spain and the Royal and Pontifical University of México as Described in the Dialogues for the Study of the Latin Language prepared by Francisco Cervantes de Salazar for Use in His Classes and Printed in 1554 by Juan Pablos*. Now Published in Facsimile with a

Translation by Minnie Lee Barrett Shepard and an Introduction and Notes by Carlos Eduardo Castañeda. Austin, University of Texas Press, 1953, [8]-113 p. 128 facs.

Fuente: Francisco Cervantes de Salazar. *México en 1554. Tres diálogos latinos* traducidos por Joaquín García Icazbalceta. Notas preliminares de Julio Jiménez Rueda. México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma 1952. VI-194 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 3).

LA CAPITAL DE NUEVA ESPAÑA

Interlocutores.

ZUAZO y ZAMORA, vecinos; ALFARO, forastero.

ZUAZO. Es tiempo ya, Zamora, de que llevemos a pasear por México, cual nuevo Ulises, a nuestro amigo Alfaro, que tanto lo desea, para que admire la grandeza de tan insigne ciudad. De este modo, mientras le vamos enseñando lo más notable, él nos dirá algo que no sepamos, o nos confirmará lo que ya sabemos.

ZAMORA. Bien pensado, como siempre acostumbras, pues nunca enseñamos con tanto provecho, como cuando al instruir a los demás, aprendemos algo nosotros mismos. Mas dime cómo te parece que iremos mejor: a pie o a caballo.

ZUAZO. Como guste Alfaro, a cuyo obsequio hemos dedicado hoy el día.

ALFARO. Mejor es a caballo, para que vayamos en conversación y sin cansarnos: cuando fuere necesario nos apearemos para entrar en las iglesias o en palacio.

ZUAZO. Ya que así lo prefieres, y pues vendrás cansado del camino, monta en la mula, que te llevará a paso suave y sin maltratarte. Nosotros iremos a caballo: Zamora con las piernas dobladas, y yo extendidas porque así lo exigen las sillas.

ALFARO. ¿Por qué no son iguales las sillas, frenos, bridas y pretales?

ZUAZO. Porque así como no todo conviene a todos los hombres, así tampoco son propios para todos los caballos los mismos jaeces: de unos necesitan los grandes y briosos, de otros los pequeños y de paso llano.

ZAMORA. En fin, salgamos, que de eso hablaremos otra vez. Vaya en medio Alfaro, con eso gozaremos igualmente ambos de su conversación.

ZUAZO. ¿Qué calle tomaremos?

ZAMORA. La de Tacuba, que es una de las principales, y nos lleva en derechura a la plaza.

ALFARO. ¡Cómo se regocija el ánimo y recrea la vista con el aspecto de esta calle! ¡Cuán larga y ancha! ¡qué recta! ¡qué plana! y toda empedrada, para que en tiempo de aguas no se hagan lodos y esté sucia. Por en medio de la calle, sirviendo a ésta de adorno y al mismo tiempo de comodidad a los vecinos, corre descubierta el agua, por su canal, para que sea más agradable.

ZAMORA. ¿Qué te parecen las casas que tiene a ambos lados, puestas en tanto orden y tan alineadas, que no se desvían ni un ápice?

ALFARO. Todas son magníficas y hechas a gran costa, cual corresponde a vecinos tan nobles y opulentos. Según su solidez, cualquiera diría que no eran casas, sino fortalezas.

ZUAZO. Así convino hacerlas al principio, cuando eran muchos los enemigos, ya que no se podía resguardar la ciudad ciñéndola de torres y murallas.

ALFARO. Prudente determinación; y para que en todo sean perfectas, tampoco exceden de la altura debida, con el fin, si no me engaño, de que la demasiada elevación no les sea causa de ruina, con los terremotos que, según oigo decir, suele haber en esta tierra; y también para que todas reciban el sol por igual, sin hacerse sombra unas a otras.

ZUAZO. Por las mismas razones convino, no solamente que las calles fuesen anchas y desahogadas, como ves, sino también que las casas no se hicieran muy altas, según discurreste muy bien; es decir, para que la ciudad fuese más salubre, no teniendo edificios elevadísimos que impidieran los diversos vientos que con ayuda del sol disipan y alejan los miasmas pestíferos de la laguna vecina.

ALFARO. Las jambas y dinteles no son de ladrillo u otro material vil, sino de grandes piedras, colocadas con arte: sobre la puerta están las armas de los dueños. Los techos son planos, y en las cornisas asoman unas canales de madera o barro, por donde cae a la calle el agua llovediza.

ZAMORA. Pues qué, ¿en España techan de otro modo las casas?

ALFARO. No todas del mismo modo. En ambas Castillas especialmente (pues en Andalucía es vario el uso), la mayor parte de las casas están cubiertas de tejas curvas, que formando muchas como canales, recogen las aguas del cielo

y las arrojan al patio; de suerte que la parte más elevada del edificio, llamada por unos *cubierta* y por otros *tejado*, va subiendo desde ambas paredes maestras, no desde las transversales, hasta terminar en caballete: en lo más alto llevan por adorno veletas, torrecillas o cualquier otro remate. Tales techos, porque tienen dos descensos y reparten el agua a ambos lados, se llaman *de dos aguas*, así como techos a *cuatro vertientes* los que bajan por los cuatro costados. Vuestros techos planos, inventados por los griegos, y usados ahora en Campania, tienen su nombre propio. Mas pregunto: ¿Qué edificio es aquél, mucho más elevado y fuerte que los otros, y con tantas tiendas en los bajos, el cual se extiende a mano derecha, pasada esa ancha y magnífica calle empedrada?

ZAMORA. Es un costado del Palacio, y otro es el que cae a esta otra calle: ambos están unidos por la torre de la esquina.

ALFARO. Eso no es palacio, sino otra ciudad.

ZUAZO. Desde esta calle que, como ves, atraviesa la de Tacuba, ocupan ambas aceras, hasta la plaza, toda clase de artesanos y menestrales, como son carpinteros, herreros, cerrajeros, zapateros, tejedores, barberos, panaderos, pintores, cinceladores, sastres, borceguineros, armeros, veleros, ballesteros, espaderos, bizcocheros, pulperos, torneros, etc., sin que sea admitido hombre alguno de otra condición u oficio.

ALFARO. ¡Qué ruido y qué bulliciosa muchedumbre de gente a pie y a caballo! Más parece una gran feria que una calle. ¿Quiénes ocupan este piso alto, adornado de tan grandes ventanas?

ZUAZO. La Real Audiencia; y la crujía interior aún más magnífica, es del virrey.

ALFARO. Habitación digna ciertamente de personajes tan elevados. ¿Pero qué significan aquellas pesas colgadas de unas cuerdas? ¡Ah! No había caído en cuenta: son las del reloj.

ZUAZO. En efecto; y está colocado en esa elevada torre que une ambos lados del edificio, para que cuando da la hora, la oigan en todas partes los vecinos.

ALFARO. Muy bien pensado.

ZUAZO. Estamos ya en la plaza. Examina bien si has visto otra que le iguale en grandeza y majestad.

ALFARO. Ciertamente que no recuerdo ninguna, ni creo que

en ambos mundos pueda encontrarse igual. ¡Dios mío! ¡cuán plana y extensa!, ¡qué alegre!, ¡qué adornada de altos y soberbios edificios, por todos cuatro vientos!, ¡qué regularidad!, ¡qué belleza!, ¡qué disposición y asiento! En verdad que si se quitasen de en medio aquellos portales de enfrente podría caber en ella un ejército entero.

ZUAZO. Hízose así tan amplia para que no sea preciso llevar a vender nada a otra parte; pues lo que para Roma eran los mercados de cerdos, legumbres y bueyes, y las plazas Livia, Julia, Aurelia y Cupedinis, ésta sola lo es para México. Aquí se celebran las ferias o mercados, se hacen las almonedas, y se encuentra toda clase de mercancías; aquí acuden los mercaderes de toda esta tierra con las suyas, y en fin, a esta plaza viene cuanto hay de mejor en España.

ZAMORA. Esta es la fachada del real Palacio, y tercer lado de él.

ALFARO. Aunque tú no lo dijeses, hasta de sobra lo dan a conocer aquellos corredores altos, adornados de tantas y tan altas columnas, que por sí solas tienen cierta majestad regia.

ZUAZO. Las columnas son redondas, porque Vitruvio no recomienda mucho las cuadradas, y menos si son estriadas y aisladas.

ALFARO. ¡Qué bien se guarda en ellas la proporción de la altura con el grueso!

ZUAZO. Advierte con qué primor están labrados los arquivas.

ALFARO. No les ceden las basas; pero lo que hace solidísimo el corredor, y le da una apariencia en verdad regia, son los arcos labrados primorosamente de la misma piedra, que puestos sobre las columnas en lugar de vigas, sostienen el techo para que jamás se derrumbe. También hay balaustradas de piedra, para que nadie corra peligro de caer.

ZUAZO. A estas salas abiertas, que tú llamas *corredores*, porque sirven para pasar, o *solanas*, porque en ellas se toma el sol, llamaron también los antiguos *procestria*. Las hacían con columnas de piedras o ladrillo, colocadas a distancias iguales, sobre cuyas impostas se formaban los arcos, como aquí, para que quedase más majestuoso el edificio. Los arcos eran siempre de medio punto, a semejanza del que vemos en el cielo, y llamamos *arco-iris*. Se ponían tam-

bién antepechos de piedra o madera, para evitar caídas, como las trincheras que usan en la milicia los sitiadores para circunvalar las ciudades.

ALFARO. Hablas doctamente. Sin embargo, también las oigo llamar *galerías*, y por este estilo son los miradores que caen a los patios, jardines o plazas, y reciben los rayos del sol y de la luna. Los barandales con que se rodean las piezas altas, a fin de evitar que por los vanos cayesen quienes andaban en ellas, eran llamados *periboli*, o como dice San Gerónimo, *septa, coronae* y *circuitus*; o también *loriculae* (pretiles), por la misma metáfora que *loricae* (parapetos).

ZAMORA. Observa ahora, además, qué multitud de tiendas y qué ordenadas, cuán provistas de valiosas mercaderías, qué concurso de forasteros, de compradores y vendedores. Y luego cuánta gente a caballo, y qué murmullo de la muchedumbre de tratantes. Con razón se puede afirmar haberse juntado aquí cuanto hay de notable en el mundo entero.

ALFARO. ¿Qué son aquellas gentes que en tanto número se juntan en los corredores de palacio, y que a veces andan despacio, a veces aprisa, ora se paran, luego corren, tan pronto gritan como se callan, de modo que parecen locos?

ZUAZO. Son litigantes, agentes de negocios, procuradores, escribanos y demás, que apelan a los alcaldes ordinarios a la Real Audiencia, que es el tribunal superior.

ZAMORA. Allí cerca está la sala del real acuerdo, adonde van todos estos a litigar. Si quieres verla, apeémonos, para que a pie veamos también todo el ámbito de la plaza.

ALFARO. Nada me será más agradable.

ZUAZO. El zaguán, es éste; síguese el patio y aquella escalera conduce al tribunal.

ZAMORA. Este aposento que ves, lleno de mesas, bancos y escribientes, le ocupa el correo mayor, sujeto de conocida actividad. Este pasadizo sin puertas, que cae al patio, da entrada a la habitación del virrey, e inmediato está el tribunal. Descúbrete, pues, la cabeza, entra callado y con respeto, y si algo se te ofrece hablar, hazlo en voz baja.

ALFARO. El salón es por cierto grande y bien adornado e infunde no sé qué respeto al entrar. En lugar elevado, se sientan alrededor del virrey los cuatro oidores. Sólo habla el ministro semanero, y eso rara vez y poco, porque el silencio realza la autoridad. Los demás no toman la palabra

sino cuando el punto es intrincado, o necesitan pedir explicaciones para formar juicio más seguro. El estrado está cubierto de ricas alfombras, y los asientos quedan bajo un dosel de damasco galoneado.

ZUAZO. El virrey se sienta en un almohadón de terciopelo, y de lo mismo es el cojín que tiene a los pies. Poco más abajo están sentados a uno y otro lado el fiscal, alguacil mayor, abogado de pobres, protector y defensor de indios, y los demás letrados que tienen pleitos. También la nobleza y los concejales, cada uno en el lugar que le corresponde, según su empleo y dignidad.

ZAMORA. En sitio inferior, al cual se baja por unas gradas, hállanse a ambos lados escribanos y procuradores: frente a los oidores están sentados a una mesa el escribano de cámara y el relator: aquél escribiendo los acuerdos, y éste haciendo relación de los asuntos. Detrás hay un enverjado de madera, que divide la sala, a fin de que la gente baja y vulgar no vaya a sentarse con los demás: tras este enverjado están en pie, tanto los que tienen derecho de tomar asiento, pero no quieren tomarle, como los que aún cuando quisieran no podrían, porque no gozan de esa preeminencia.

ALFARO. ¡Con cuánto respeto se levanta de su asiento, con la cabeza descubierta, aquel abogado anciano, y defiende a su cliente!

ZUAZO. Mira también cómo se alza del lado opuesto, otro no menos encanecido, y pedida la venia con gran respeto, disiente y contradice.

ZAMORA. Ya impuso silencio a ambos el portero del tribunal, porque han disputado más de lo suficiente. Salgamos, pues, para que haya tiempo de enseñar a Alfaro, antes de la comida. lo que aún nos falta que ver. Volvámonos a cubrir.

ALFARO. En verdad, que habiendo visto esta Audiencia, no hay para qué desear ver las de Granada y Valladolid, que son las más insignes de España.

ZAMORA. Al Palacio y sus tiendas bajas, se siguen, después de pasar la calle de San Francisco, unos anchos y extensos portales, más concurridos que lo fueron en Roma los de Corinto, Pompeyo, Claudio y Livio.

ALFARO. "Donde el pórtico Claudio extiende su dilatada sombra."

ZAMORA. Este es el *medius Janus*, paraje destinado a los

mercaderes y negociantes, como en Sevilla las gradas, y en Amberes la bolsa: lugares en que reina Mercurio.

ALFARO. Las habitaciones que hay sobre el portal creo que serán de los dueños de las tiendas de abajo.

ZAMORA. Justamente.

ALFARO. ¿Hacia dónde va esa calle que pasa por un puente de piedra, más allá de los portales?

ZUAZO. Al convento de los agustinos.

ALFARO. No es menos ancha que la de Tacuba.

ZUAZO. Otras muchas hay tan buenas como ésa, sólo que les falta el empedrado. Pero contempla detenidamente cuánto adornan y enriquecen la plaza los portales que viendo al oriente quedan al lado, pues el Palacio está hacia el mediodía.

ZAMORA. En ellos está el Tribunal inferior, donde administran justicia dos alcaldes que el ayuntamiento nombra cada año, y tienen facultad de imponer pena capital.

ALFARO. En Roma había tres tribunales: en México no sé los que habrá.

ZAMORA. Otros tantos, incluyendo el eclesiástico; pero muy diferentes de aquéllos.

ALFARO. De aquí vino sin duda aquella frase vulgar: *foro utere*.

ZAMORA. Creo que sí. Arriba está la sala de cabildo, famosa por su galería de columnas y arcos de piedra con vista a la plaza. Linda por la espalda con la cárcel llamada *de ciudad*, para distinguirla de la *real*, y junto a ésta queda la carnicería.

ZUAZO. Por el frente vemos en seguida la casa de la fundición, no menos magnífica que la de cabildo. En un amplio local del piso bajo están como encerrados los oficiales que sellan la plata; y para evitar fraudes tienen prohibición de ejecutarlo en otra parte. En los portales bajos del Palacio se hacen también las almonedas públicas, y los oficiales reales pesan las barras de plata, para cobrar el quinto de S.M. Este segundo lado de la gran plaza se cierra con las casas llamadas de Dña. Marina, que siguen a los portales. Una acequia que corre hacia la laguna, es de grandísima utilidad a esta hermosa hilera de pórticos y galerías, pues cuanto necesitan los vecinos se trae por ella desde muy lejos en canoas gobernadas con varas largas, que los indios usan en lugar de remos.

ALFARO. Parece ver la misma Venecia.

ZAMORA. El terreno en que ahora está fundada la ciudad, todo era antes agua, y por lo mismo los mexicanos fueron inexpugnables y superiores a todos los demás indios. Como habitaban en la laguna, hacían a mansalva excursiones contra los vecinos, valiéndose de grandes troncos ahuecados, que usaban como barcas. Ningún daño recibían de los enemigos, pudiendo recogerse a sus casas como a asilo seguro, defendido por la naturaleza.

ALFARO. ¿Pues cómo pudo Cortés ganar ciudad tan populosa y asentada entre pantanos, igualmente impropios para infantería que para caballería?

ZUAZO. Con una traza deshizo otra; pues reconocida primero la profundidad de la laguna, construyó, con ayuda de Martín López, ciertos navichuelos, capaces de acometer uno solo muchas canoas y vencerlas.

ALFARO. ¡Oh héroe ingenioso, de ánimo superior a todos, y nacido sólo para grandes empresas!

ZAMORA. Sus casas quedan enfrente del Palacio, y mira bien cómo pregonan la grandeza de ánimo excelso de su dueño.

ALFARO. ¡Cuán extensa y fuerte es su fachada! De arriba a abajo son todas de calicanto con viguería de cedro; por el otro lado dan a la acequia: divídense en tres patios, rodeado cada uno de cuatro grandes crujías de piezas: la portada y el zaguán corresponden al resto del edificio. Pero ¿quién las habita?, pues el dueño está en España.

ZUAZO. Su gobernador Pedro de Ahumada, sujeto notable por su fidelidad y prudencia; digno ciertamente de desempeñar tan grave cargo.

ALFARO. Así lo oí decir a muchos cuando estaba yo en España. ¿Qué iglesia es esa que se ve en medio de la plaza?

ZAMORA. Es la catedral, dedicada a la Virgen María.

ALFARO. ¿Qué es lo que dices? ¿Allí es donde el arzobispo y el cabildo celebran los divinos oficios, con asistencia del virrey, de la audiencia y de todo el vecindario?

ZUAZO. Ciertamente, y no hay donde se tribute mayor culto a Dios.

ALFARO. Da lástima que en una ciudad a cuya fama no sé si llega la de alguna otra, y con vecindario tan rico, se haya levantado en el lugar más público un templo tan pequeño, humilde y pobremente adornado; mientras que en España no hay cosa que a Toledo (ciudad por lo demás nobilísima) ilustre tanto como su rica y hermosa catedral. Sevilla, ciudad opulentísima, es ennoblecida por su excelso

y aún mucho más rico templo. Pero qué mucho, si hasta las iglesias de los pueblos son tan notables y tan superiores a los demás edificios, que siempre es lo más digno de ver que hay en cada lugar.

ZAMORA. Por ser muy cortas sus rentas, no ha podido edificarse un templo correspondiente a la grandeza de la ciudad, a lo que se agrega haber carecido de prelado en estos últimos cinco años. Mas pues que ya tiene a Fr. Alonso de Montúfar, pastor eminente en religión y en letras, hay grandes esperanzas de que muy pronto quedará hecho como se debe y como tú desearas.

ALFARO. ¿Adónde va a dar esa calle tan ancha, que desde el palacio del Marqués no tiene casas, y viene a acabar en plaza?

ZUAZO. Al hospital de los enfermos del mal venéreo, edificio no despreciable como obra de arte.

ALFARO. ¿De quién es aquella elevada casa a la izquierda, con elegantes jambajes, y cuya azotea tiene a los extremos dos torres, mucho más altas que la del centro?

ZUAZO. Es el palacio arzobispal, en el que hay que admirar aquel primer piso adornado de rejas de hierro, que estando tan levantado del suelo, descansa hasta la altura de las ventanas sobre un cimiento firme y sólido.

ALFARO. Ni con minas le derribarán. Pero sin salir de esta misma acera, ¿qué es aquella casa última junto a la plaza, adornada en ambos pisos por el lado del poniente, con tantas y tan grandes ventanas, y de las que oigo salir voces como de gentes que gritan?

ZUAZO. Es el santuario de Minerva, Apolo y las Musas: la escuela donde se instruyen en ciencias y virtudes los ingenios incultos de la juventud; los que gritan son los profesores.

ALFARO. ¿Y de dónde viene esa acequia que corta la calle?

ZUAZO. Es la misma que corría por la de Tacuba. Pero antes de montar a caballo, contempla desde aquí cuán anchas y largas son las dos calles que en este lugar se cruzan. La de Tacuba, que pierde aquí su nombre, va siguiendo la línea recta del canal, hasta la fortaleza, que llamamos *Atarazanas*, y tanto se alarga que ni con ojos de lince puede vérsese el fin. Esta otra, no menos ancha y larga, que corre por la plaza, delante de la Universidad y del palacio del Marqués, y pasando por un puente de bóveda, se prolonga hasta mucho más allá del hospital del Marqués, dedicado a

la Virgen, ostenta en ambas aceras las casas de los nobles e ilustres Mendoza, Zúñiga, Altamirano, Estradas, Ávalos, Sosas, Alvarados, Sayavedras, Ávilas, Benavides, Castillas, Villafañas, y otras familias que no recuerdo.

ALFARO. La estructura de las casas corre pareja con la nobleza de sus moradores.

ZAMORA. Por aquí iremos al convento de Santo Domingo, viendo de paso las hermosas calles transversales.

ALFARO. Apenas alcanzo a ver el fin de ésta, aunque es muy ancha.

ZUAZO. Llegamos ya a la segunda, no menos ancha y larga que la primera. Porque si no se tuerce camino, hay que pasar tres calles para llegar a Santo Domingo.

ALFARO. ¿De quién son esas casas cuya fachada de piedra labrada se eleva toda a plomo, con una majestad que no he notado en otras? Hermoso es el patio, y le adornan mucho las columnas, también de piedra, que forman portales a los lados. El jardín parece bastante ameno, y estando abiertas las puertas, como ahora lo están, se descubre desde aquí.

ZAMORA. Estas casas fueron del doctor López, médico muy hábil y útil a la república. Ahora las ocupan sus hijos, que son muchos, y no degeneran de la honradez de su padre.

ALFARO. No habrá, pues, temor de que se les aplique aquello de: ¡Oh antigua morada, y cuánto has perdido en el cambio de dueño!

ZUAZO. ¡Qué ancha es esta calle que va a Santo Domingo, hermosa también por sus buenas fábricas!

ALFARO. Al frente hay una plaza, y la calle acaba por ambos lados en casas magníficas.

ZUAZO. Detente aquí algo, y de una mirada abraza estas dos calles: una que va a la plaza, y tiene el nombre del Convento, ocupada por artesanos de todas clases, y esta otra que va al convento de las monjas.

ALFARO. Todo México, es ciudad, es decir, que no tiene arrabales, y toda es bella y famosa. Mas ahora sólo quiero examinar atentamente la extensión y asiento del monasterio. Está en plano, y un poco más alto que la calle, por cuya causa el templo parece mucho más elevado de lo que en realidad es.

ZUAZO. Ayuda a ello la configuración del terreno, que desde aquí va siempre en descenso, tanto hacia la plaza, como hacia el convento de las monjas.

ALFARO. El monasterio es de grande extensión, y delante de la iglesia hay una grandísima plaza cuadrada, rodeada de tapias, y con capillas u oratorios en las esquinas, cuyo uso no comprendo bien.

ZAMORA. Tienen uno muy importante, a saber, que en las fiestas solemnes como Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, su Muerte, su Resurrección y Ascensión, Concepción de la Virgen María, su Natividad, días de los Apóstoles y de Santo Domingo, por no ser el claustro bastante grande para que quepan tantos vecinos, salen rezando ellos y los religiosos, precedidos de la cruz y delante de las imágenes, y van dando vuelta para detenerse a orar en cada capilla.

ALFARO. Por cierto es grande y elevado el templo; es natural que el interior no desdiga.

ZUAZO. Iguales elogios harías de la huerta y del convento si fuera posible verlos.

ALFARO. También corre el agua por caño descubierto en esta calle que va al convento de las monjas.

ZAMORA. Mucha más recibe el convento por otras cañerías ocultas y subterráneas, para que llegue clara y limpia.

ALFARO. ¿Y cuál es la fuente que produce tanta agua?

ZUAZO. La de Chapultepec, lugar célebre por las historias de los indios, y por su abundancia de aguas. Si te parece, iremos allá después de comer, para que desde un cerro que está inmediato veamos perfectamente los alrededores de México.

ZAMORA. Este es el monasterio de las vírgenes consagradas al Señor. Saludemos la imagen de Nuestra Señora, colocada sobre la puerta: "Salve, firme esperanza de los mortales, madre sin dejar de ser virgen, a quien con ambos títulos invocamos; dignate, Señora, de alcanzar de tu Hijo Dios y Hombre el perdón para nosotros, convertidos en hijos de ira por la culpa de nuestros primeros padres, a fin de que por tu intercesión, recobremos la herencia eterna que perdimos. Amén."

ALFARO. ¡Cómo sobresalen en su fábrica estas dos casas cercanas, una enfrente de la otra!

ZUAZO. Son tan bellas como sólidas.

ALFARO. Éstas son siempre las más estimadas; pero hacen mejor vista las del otro lado de la acequia por sus jardines y sus techos pintados. ¿Pero cómo es eso que caminan sobre el agua, unas canoas llenas también de agua? Enigma es digno de Edipo.

ZAMORA. Davo le adivinará, que no es necesario Edipo. El agua en que navegan las canoas no es potable: la que ellas llevan sale de la fuente, y por una gran canal de madera, como pronto vas a verlo, cae de lo alto con gran estruendo sobre las canoas que se ponen debajo.

ALFARO. Ahora lo entiendo, y veo en efecto lo que dices. ¡Dios mío, qué multitud de canoas! ¿Y quién habita este barrio en que entramos, tan notable todo él por sus grandes y elevadas casas, tan extenso, y que disfruta de dos aguas, una para regar, y otra para beber?

ZUAZO. La ocupan vecinos nobles, y entre ellos algunos de los que sujetaron al dominio del Emperador estas regiones desconocidas a los historiadores: Cervantes, Aguilares, Villanuevas, Andrades, Jaramillos, Castañedas, Juárez, otros Ávilas y los demás que sería largo enumerar.

ALFARO. ¡Qué linda plaza se sigue, y cómo embellece las casas no menos lindas! ¡Qué alegre vista de la campiña se descubre por esta calle empedrada!

ZAMORA. Antes bien, y no te causará menos placer, dirige la vista a esta otra calle que va a la plaza: es notable por sus altos y hermosos edificios, y corre también el agua por medio de ella. Llámase de San Francisco, a causa del convento del mismo nombre.

ALFARO. Nada hay en México que no sea digno de grandes elogios; pero me agrada sobre todo esta calle por lo mucho que se parece a la de Tacuba, y aun le lleva ventaja, porque como tiene mayor declive, no se hacen lodazales en tiempos de lluvia.

ZUAZO. Demos vuelta aquí para ver mejor el convento desde la otra puerta.

ALFARO. ¿De quién es esta casa que se ve a la derecha, labrada a toda costa, y cuyos elevados pisos miran a la calle y a la acequia?

ZUAZO. De Castañeda, uno de los conquistadores de esta tierra.

ALFARO. No sería fácil entrarla por fuerza, con ese foso que la ciñe.

ZUAZO. De esta acequia se conduce agua muy limpia para el convento y su huerta, por medio de cañerías subterráneas, y a través de una coladera de hierro. Pero detengámonos, para que, bien sea desde a caballo o mirando por las puertas abiertas, o bien apeándose, si mejor te parece, puedas

contemplar la grandeza del atrio de San Francisco, y lo que tiene de notable.

ALFARO. Es tan plano como el de Santo Domingo, y en el centro tiene una cruz tan alta, que parece llega al cielo. En verdad que debieron ser enormes los troncos de que se labró. Todo alrededor del atrio hay árboles que en altura compiten con la cruz, tan bien ordenados y tan frondosos, que hacen bellísima vista. En las esquinas veo capillas, cuyo uso pienso que será el mismo.

ZUAZO. Diste en el clavo.

ALFARO. Pero lo que más me agrada de todo es la capilla que está tras un enverjado de madera, con todo su interior visible por el frente descubierto. Su elevado techo descansa en altas columnas disminuidas, hechas de madera labrada, y en las que el arte ennoblece la materia.

ZAMORA. Y agrega que están dispuestas de tal modo, que mientras el sacerdote celebra el divino sacrificio, puedan oírle y verle sin estorbo los innumerables indios que se juntan aquí los días festivos.

ALFARO. La iglesia no es muy amplia.

ZUAZO. En especial para cuando Bustamante predica.

ALFARO. Sé que los mexicanos oyen con gran gusto a este insigne orador.

ZUAZO. Dignísimo es de que todos le oigan del mismo modo, porque enseña con claridad, deleita en gran manera, y conmueve profundamente a su auditorio.

ALFARO. Has definido completamente al orador. Bien se conoce la gran extensión de la huerta, por esa larguísima tapia, y por los árboles que sobre ella asoman.

ZUAZO. Enfrente queda el colegio de los muchachos mestizos, dedicado a uno y otro San Juan.

ALFARO. ¿A quién llamas mestizos?

ZUAZO. A los hispano-indios.

ALFARO. Expílicate más claro.

ZUAZO. A los huérfanos, nacidos de padre español y madre india.

ALFARO. ¿Qué hacen allí encerrados?

ZAMORA. Leen, escriben, y lo que importa más, se instruyen en lo tocante al culto divino. Andan de dos en dos, en traje talar, y muchos de cuatro en cuatro, porque son pequeños.

ALFARO. ¿A qué se dedicarán cuando crezcan?

ZUAZO. Los dotados de ingenio claro se aplican a las artes

liberales, y los que, por el contrario, carezcan de él, a las serviles y mecánicas: de modo que creciendo la virtud con la edad, cuando lleguen a ser grandes no se les hará obrar mal sino por fuerza.

ALFARO. Nada es tan provechoso para la república, como educar de ese modo a sus hijos, a fin de que nunca se aparten del sendero de la virtud en que una vez fueron puestos y después encaminados.

ZUAZO. Mucho contribuye a nuestra felicidad o desgracia la enseñanza que de niños recibimos y se arraigó en nosotros con los años.

ZAMORA. Aquí atraviesa otra acequia, y la que seguimos ciñe el convento por la parte del poniente.

ZUAZO. Desde aquí se descubren las casuchas de los indios, que como son tan humildes y apenas se alzan del suelo, no pudimos verlas cuando andábamos a caballo entre nuestros edificios.

ALFARO. Están colocadas sin orden.

ZUAZO. Así es costumbre antigua entre ellos. A la izquierda queda muy cerca un colegio de niñas mestizas, donde hay tantas como varones en el otro.

ZAMORA. Sujetas allí a la mayor vigilancia, aprenden artes mujeriles, como coser y bordar, instruyéndose al mismo tiempo en la religión cristiana, y se casan cuando llegan a edad competente.

ALFARO. Me das noticia de dos asilos utilísimos para jóvenes de uno y otro sexo. ¿A qué santo está dedicado aquel blanco y elevado templo que se ve en lugar despejado, más allá del acueducto?

ZAMORA. A San Juan Bautista.

ZUAZO. Mira ahora ese soberbio y hermoso edificio, como habrá pocos en el mundo, que se llama "las tiendas de Tejada", cuyo nombre toma del uso a que está destinado y de la persona que lo levantó.

ALFARO. Nunca vi cosa más bella. La planta del edificio es triangular: forman dos de sus lados unos anchos y extensos portales, sostenidos con grandes columnas equidistantes, y al otro lado le ciñe un foso lleno de agua. Debajo de los portales hay tiendas tan iguales entre sí, que a no ser por sus números, no pudieran distinguirse una de otra. La parte interior de ellas, también igual en todas, está dispuesta con tal arte, que admira ver cómo en tan corto

terreno hay una casa completa, en que no falta zaguán, patio, caballeriza, comedor, cocina, y todo lo demás.

ZAMORA. Encima del portal se ve el segundo piso de las tiendas, y por esas grandes ventanas reciben sol y luz casi todos los aposentos del dicho piso. A la espalda corre la acequia común a todas las tiendas. Está cerrada con tapias por todas partes, y se ensancha tanto a los extremos de los portales, que forma como dos pequeños embarcaderos, a los que se baja por escalones de piedra.

ALFARO. Es tal la abundancia de barcas, tal la de canoas de carga, excelentes para producir mercancías, que no hay motivo de echar menos las de Venecia. Allí cerca, y frente al tercer lado, tienen los indios un amplísimo mercado, en cuyo centro tocan una campana puesta en alto. Al lado está la horca, a la que se entra y sube por una puerta con su escalera; y a causa de su elevación se descubre desde lejos. ¡Qué gran número de indios de todas clases y edades acude aquí para comprar y vender! ¡Qué orden guardan los vendedores y cuántas cosas tienen, que nunca vi vender en otra parte!

ZAMORA. Así como los hombres varían tanto en idioma y costumbres, del mismo modo no todas las tierras son de la misma naturaleza y calidad.

ALFARO. “Tan vario en rostro como en gusto el hombre”
Y el otro:

“La India marfil nos envía;

“Su incienso el muelle Sabeo”.

¿Pero qué es lo que venden esos indios e indias que están ahí sentados? Porque las más parecen a la vista cosas de poco precio y calidad.

ZUAZO. Son frutos de la tierra; ají, frijoles, aguacates, guayabas, mameyes, zapotes, camotes, xocotes y otras producciones de esta clase.

ALFARO. Nombres tan desconocidos como los frutos. ¿Y qué bebidas son las que hay en esas grandes ollas de barro?

ZUAZO. Atole, chía, zozol, hechas de harinas de ciertas semillas.

ALFARO. ¡Vaya unos nombres extraños!

ZUAZO. Como los nuestros para los indios.

ALFARO. Ese líquido negro con que se untan las piernas como si fuera betún, y se las ponen más negras que las de un etíope, ¿qué es? ¿Y qué es aquella cosa, negra

también, que parece lodo, con que se untan y embarran la cabeza? Dime para que hacen esto.

ZUAZO. Al líquido llaman los indios *agil*, y le usan contra el frío y la sarna. Al barro llaman en su lengua *zoquitl* o *quahtepuztli*. Muy propio para teñir de negro los cabellos y matar los piojos.

ALFARO. Medicinas desconocidas a Hipócrates, Avicena, Dioscórides y Galeno. Veo también de venta una gran cantidad de gusanos: deseo saber para qué sirven, porque es cosa de risa.

ZAMORA. Son gusanos del agua, y los traen de la laguna. Los indios les llaman *oquillin*; ellos los comen y también los dan a sus aves.

ALFARO. Es cosa extraña. ¿Quién habría creído que los gusanos habían de ser alimento a los hombres, cuando éstos, apenas fallecen sirven de pasto a aquéllos?

ZAMORA. Véndense también otras semillas de virtudes varias, como *chía*, *guahili*, y mil clases de yerbas y raíces, como son el *iztacpatli*, que evacua las flemas, el *tlalcacahuatl* y el *izticpatli*, que quitan la calentura, el *culuzizcaztli* que despeja la cabeza, y el *ololiuhqui*, que sana las llagas e heridas solapadas. También la raíz que llamamos de Michoacán, de cuya virtud purgativa tienen tan benéfica experiencia indios y españoles, que ni el ruibarbo, escamonea y casia púpula, que los médicos llaman medicina bendita, son de tanto uso y utilidad.

ALFARO. La naturaleza, madre universal, produce en todas partes, conforme a la diferencia del suelo, cosas varias y admirables, tan provechosas a los indígenas como perjudiciales a los extranjeros. Mas aquellas hojas tan grandes y gruesas, terminadas en una aguda púa, y guarnecidas de terribles espinas en ambas orillas, sobre que ponen tantas hierbas, raíces y otras muchas cosas, ¿de qué árbol son?

ZAMORA. Del que nosotros llamamos maguey y los indios *metl*, el cual sirve para tantos usos y tan importantes, que no le igualó en esto la antigua espada de Delfos. Y si no fuera porque es comunísimo en Indias, nada habría en ellas que causara mayor admiración.

ALFARO. Lo más admirable deja de serlo, si cada día se repite, y así es que en todo la frecuencia quita o disminuye la maravilla; por lo que con razón se dijo: “de lo que uno se admira, otro se burla”.

ZUAZO. Comenzando por describirte, te diré que es un árbol que desde la raíz arroja a todos lados muchas hojas grandes, gruesas y puntiagudas, cercadas de espinas durísimas: crece luego recto hasta la altura de una lanza, a modo de columna o de pino sin ramas. Es más grueso en la punta y cuando llega a la madurez, echa unas flores, pajizas. Si se corta, vuelve a brotar; si se deja, se seca al cabo de un año; pero sembrando una hoja, renace un nuevo árbol.

ALFARO. Como el Fénix de sus propias cenizas. Pero dime ahora ¿para que aprovecha?

ZAMORA. De las hojas verdes machacadas y deshebradas en el agua sobre unas piedras, se hace una especie de cáñamo, y de él, hilo con el cual se tejen telas que suplen por las de lino, y se tuercen también cuerdas gruesas y delgadas. La espina, tan dura como si fuera de hierro, en que remata cada hoja, hace oficio de aguja. Las hojas sirven de tejas para techar casas. Las más inmediatas a la tierra son blancas y tiernas, y los indios las aderezan de tal modo, que resultan gratísimas al paladar. Estando secas, son leña que dan un fuego manso y sin humo: dicese que las cenizas son excelentes para varios usos. Arrancado el tallo del centro, se coloca en los techos en vez de vigas: en el hueco que deja, cercado de hojas, se deposita un licor de que primero se hace miel, luego vino, y por último vinagre. De la miel cocida se hace azúcar; y en fin, otras muchas cosas que por ser tantas no pueden retenerse en la memoria, y que ni Plinio ni Aristóteles pensaron ni menos escribieron, con haber sido tan diligentes escudriñadores de la naturaleza.

ALFARO. En verdad que son cosas extrañas e inauditas las que me refieres, y con dificultad podrá creerlas quien no las vea. Con ellas se hacen ya creíbles las que juzgamos portentosas o fabulosas, entre las que los antiguos escribieron.

ZAMORA. ¿Pues qué te diré de la *tuna*, que los indios llaman *nochili*? Después de echar sin orden, y más bien en ancho que en alto, unas hojas grandísimas y erizadas de espinas, produce primero tunas de sabor exquisito, mayores que muy grandes ciruelas, y luego en las flores de las mismas cría unos como gusanitos, que matados en el rescoldo son una grana finísima, la mejor que se conoce. A España se lleva una gran cantidad de ella, y a pesar de

eso se vende muy cara. Donde quiera que cae una hoja de ese árbol, forma en breve otro árbol semejante; y lo admirable es que a su tiempo aparece pegada en las hojas una goma que llamamos *alquitira*, de que se aprovechan mucho los confiteros.

ALFARO. Cosas increíbles me refieres. ¿Qué vestidos son esos tan blancos, y con labores de diversos colores?

ZAMORA. *Enaguas y huipiles*, ropas de las indias, y mantas que los hombres usan por capas. La mayor parte son de algodón, porque las más ordinarias se hacen de *nequen*, o hilo de maguey.

ALFARO. Todas son cosas tan peregrinas como sus nombres, y así es natural que suceda, pues son producciones de un nuevo mundo. Pero deseo saber si hay en México otros mercados además de éste.

ZAMORA. Hay otros dos: uno en San Hipólito y otro en Santiago, el cual dista una milla, o más, de éste, llamado de San Juan. Es cuadrado, y tan grande, que no faltaría allí terreno para edificar una ciudad. Ciérrale por el lado del norte un convento de franciscanos en que hay un colegio donde los indios aprenden a hablar y escribir en latín. Tienen un maestro de su propia nación, llamado Antonio Valeriano, en nada inferior a nuestros gramáticos, muy instruido en la fe cristiana, y aficionadísimo a la elocuencia. Enfrente está el magnífico palacio de su gobernador, que ellos llaman *cacique*, y contigua queda la cárcel para los reos indios. Los otros dos lados son de portales de poca apariencia: en el centro, a manera de torre, se levanta un patíbulo de piedra. Es tal la muchedumbre de indios tratables que concurren a este mercado, que llegan a veinte mil y aún más.

ALFARO. ¿Qué moneda usaban los indios antes de la llegada de los españoles? Porque según Aristóteles, la moneda representa el precio de todo lo vendible.

ZUÁZO. Cambiaban unas mercancías por otras, y además se valían de una especie de bellotas, que ellos llaman *cacahuatl*: éstas eran tenidas entonces en mucha estimación, porque no sólo servían de moneda, sino también de comida y bebida. Aún hoy se estiman lo mismo; sirven de moneda menuda y cámbianse por las de plata. Consúmese anualmente en comida y bebida una cantidad enorme, y no duran mucho sin echarse a perder.

ALFARO. ¡Cuán admirable es en su variedad la naturaleza!

ZAMORA. Mira con toda atención y cuidado el convento de San Agustín, único que nos faltaba que ver, y ha de ser con el tiempo uno de los más bellos ornamentos de la ciudad: observa qué hermosa fábrica, qué alta y adornada.

ALFARO. Profundos y muy sólidos debieron ser los cimientos, para que pudiesen sostener sin peligro tan inmensa y elevada mole.

ZAMORA. Agotada primero el agua por medio de bombas, se asentaron luego grandes piedras con mezcla, para levantar desde allí hasta esa altura las gruesas paredes que estás viendo. Todos los techos (cosa que no hallarás en otra parte) son de armaduras, por las cuales escurre fácilmente a la calle el agua llovediza.

ALFARO. Tales techumbres curvas y abovedadas ennoblecen mucho los edificios, con tal de que las maderas estén labradas con arte.

ZUAZO. Ricamente adornado de casetones está, en el templo y claustro, el interior de los techos que a manera de bóvedas descansan sobre arcos de piedra, cruzados y entrelazados con maravilloso arte.

ALFARO. Las bóvedas artesonadas y matizadas de diversos colores, son mucho más elegantes que todas las otras.

ZAMORA. ¿Qué te diré de las dos crujías interiores que ocupan los religiosos, y ellos llaman dormitorios? ¡Cuán eminentes y espaciosas! ¡Cuántas y cuán grandes celdas las adornan! ¡Qué hermosas vistas se logran desde sus ventanas! ¡Qué tránsitos tan largos y desahogados, para comunicar la luz que entra por los calados de piedra! Y el piso bajo, que es asimismo abovedado, en nada cede al de arriba. Dentro del templo se construyen a ambos lados capillas, mejores que las de Toledo, para que sirvan de entierro a la nobleza. Ese gran espacio que ves delante de la iglesia, ha de ser una plaza, a la que se subirá por varias gradas; y de allí a la entrada de la iglesia quedará un suelo perfectamente plano, cercado con postes de piedra a distancias proporcionadas, y encima sus leones de lo mismo, a guisa de guardianes, unidos por una gruesa cadena de hierro.

ALFARO. Lo comenzado promete cosas mucho mayores y más bellas; y si no me equivoco, cuando esté acabada será una obra verdaderamente magnífica, de tanto mérito y fama, que en con toda justicia podrá contarse por la octava mara-

villa del mundo, añadiéndola a las siete tan celebradas por historiadores y poetas.

ZAMORA. "Obra que la fama ensalzará sobre todas."

ZUAZO. Si más hubiera vivido Cortés, no dudo que el hospital dedicado a la Virgen, que dejó tan soberbiamente comenzado, habría sido igual a sus otras obras.

ALFARO. Los principios de este edificio anuncian ya su grandeza.

ZAMORA. Muy pronto se adelantará la obra con el dinero que hay ya reunido de los tributos destinados al aumento de este hospital.

ALFARO. Hermosa es la fachada y excelente la disposición del edificio. Pero ruégote me informes de lo que realmente constituye el mérito de tales fundaciones. ¿Qué enfermos se reciben y qué asistencia se les proporciona?

ZUAZO. Admítase a todos los españoles que tengan calentura, y son curados con tal calidad y esmero, que no están asistidos mejor ni con más cariño los ricos en su propia casa, que los pobres en ésta.

ALFARO. ¡Oh, una y mil veces dichoso Cortés! que habiendo ganado esta tierra para el Emperador a fuerza de armas, acertó a dejar en ella tales testimonios de su piedad, que harán imperecedero su nombre. Mas ¿por qué apresuráis tanto el paso de los caballos?

ZAMORA. A fin de llegar a tiempo para la comida, porque ya son más de las doce.

ALFARO. Has despertado con esto el apetito dormido y medio apagado. Dime por último ¿de quién son esas casas que hemos visto a la ligera y como de paso, cuyos grandes portones con argollas doradas atestiguan la riqueza del dueño o del que las mandó edificar.

ZAMORA. El dueño y quien las labró es Alonso de Villaseca, que con sólo su industria y sin perjuicio de nadie (cosa que el adagio niega ser posible), ha juntado tal caudal, que en tierra tan rica es tenido por un Crespo o un Midas.

ALFARO. Indudablemente que nada podrá faltarle de lo que constituye la verdadera y efectiva felicidad, si poseyendo tantos bienes sabe vivir pobre de espíritu.

ZUAZO. El hombre es tal como le pintas; y con esto dio fin nuestro paseo. Ruégote, pues, que te apees, porque esta es mi casa y la de mis amigos. Haznos también el favor de comer con nosotros, para que de aquí vayamos con más

comodidad a Chapultepec, y descubramos de allí sin estorbo ni dificultad todos los contornos de México.

ALFARO. No me gusta hacerme de rogar, y mucho menos de un amigo fiel y verdadero.

ZAMORA. Ponte, pues, a la mesa, y cuento con que tu compañía hará que la comida sea tan cortés como alegre: tal en suma, cual Varron la quiere.

FRAY DIEGO DE LANDA, O.F.M.

Originario de la Villa de Cifuentes, Alcarria, España, en donde nació el año 1524. Falleció como Obispo de Mérida, Yucatán, en 1579.

Penetró como misionero en la península, en donde se distinguió por su excesivo celo para extirpar las prácticas y creencias idolátricas. Fue amigo de los indios y su conocimiento le llevó a escribir la obra más valiosa que existe acerca de las antigüedades mayas, que es la *Relación de las cosas de Yucatán*, descubierta y dada a luz por el Abate Brasseur de Bourbourg en 1864. Esa Relación, escrita hacia 1566, tuvo como informantes a varios indios como Nachi Cocom y Gaspar Antonio Chi.

A partir de la edición de Brasseur ha sido publicada varias veces en francés, inglés, ruso y otras lenguas y estudiada por mayólogos de gran renombre como Alfred M. Tezzer, quien hizo la versión inglesa en Cambridge, 1941, y 1949; por Angel Ma. Garibay, México, Librería Porrúa Hnos., 1959, y la de Héctor Pérez Martínez, México, 1938, así como la de Alfredo Barrera Vázquez, Mérida, E. G. Triay e Hijos, 1938, acompañada de diez relaciones de encomenderos, 1579 y 1581.

Sobresalientes trabajos acerca de Landa son los de: France V. Scholes and R. L. Roys, *Fray Diego de Landa and the problem of idolatry in Yucatan*, Washington, Carnegie Institution of Washington, 1938; (Publication No. 501).

Fuente: Fray Diego de Landa. *Relación de los cosas de Yucatán*. 1a. ed. Yucateca. Precedida de una Nota sobre la vida y la obra de Fr. Diego de Landa, escrita por el Prof. Don Alfredo Barrera Vázquez y seguida de un apéndice que contiene la reimpresión de diez relaciones de las escritas por los encomenderos de Yucatán en los años de 1579 y 1581. Mérida, Yuc. E. G. Triay e Hijos, Imps. 1938. XXI-299 p., p. 35-44.

LOS INDIOS DE YUCATAN Y SUS COSTUMBRES

Que la manera de hacer las casas era cubrirlas de paja, que tienen muy buena y mucha, o con hojas de palma, que es propia para esto, y que tenían muy grandes corrientes para que no se lluevan, y que después echan una pared por medio al largo que divide toda la casa, y que en esta pared dejan algunas puertas para la mitad que llaman las espaldas de la casa, donde tienen sus camas; y que la otra mitad blanquean de muy gentil encalado, y que los señores las tie-

nen pintadas de muchas galanterías, y que esta mitad es el recibimiento y aposento de los huéspedes, y que esta pieza no tiene puerta sino toda abierta conforme al largo de la casa, y baja mucho la corriente delantera por amor de los soles y aguas, y dicen que también para enseñorearse de los enemigos de la parte de dentro en tiempo de necesidad; y que el pueblo menudo hacía a su costa las casas de los señores, y que con no tener más puertas, tenían por grave delito hacer mal a casas ajenas. Tenían una portecilla atrás para el servicio necesario, y que tienen unas camas de varillas y encima una serilla donde duermen, cubiertos de sus mantas de algodón; en verano duermen comúnmente en los encalados con una de aquellas serillas, especialmente los hombres. Allende de la casa hacían todo el pueblo a los señores sus sementeras, y se las beneficiaban y cogían en cantidad que le bastaba a él y a su casa; y cuando había cazas o pescas, o era tiempo de traer sal, siempre daban parte al señor, por que estas cosas siempre las hacían en comunidad.

Si moría el señor, aunque le sucediese el hijo mayor, eran siempre los demás hijos muy acatados y ayudados y tenidos por señores, a los demás principales inferiores del señor ayudaban en todas estas cosas, conforme a quien eran o al favor que el señor les daba. Los sacerdotes vivían de sus oficios y ofrendas. Los señores regían al pueblo, concertando los litigios, ordenando y concertando las cosas de sus repúblicas, lo cual todo hacían por manos de los más principales que eran muy obedecidos y estimados, especial la gente rica, a quien visitaban y tenían palacio en sus casas, donde concertaban las cosas y negocios principalmente de noche; y si los señores salían del pueblo, llevaban mucha compañía, y lo mismo cuando salían de sus casas.

Que los indios de Yucatán son gente bien dispuesta, y altos y recios y de muchas fuerzas y comúnmente todos estevados, porque en su niñez, cuando las madres los llevan de una parte a otra, van ahorcajados en los cuadriles. Tenían por gala ser biscos, lo cual hacían por arte las madres, colgándoles del pelo un pegotillo que les llegaba al medio de las cejas desde niños, y alcanzando los ojos siempre, como les andaba allí jugando, venían a quedar biscos; y que tenían las cabezas y frentes llanas, hecho también de sus madres por industria desde niños, y que traían las orejas horadadas para zarcillos y muy arpadas de los sacrificios. No criaban barbas, y decían que les quemaban los rostros sus madres

con paños calientes siendo niños, porque no les naciesen, y que ahora crían barbas, aunque muy ásperas como cerdas de rocines.

Que criaban cabello como las mujeres; por lo alto quemaban como una buena corona, y así crecía lo de debajo mucho y lo de la corona quedaba corto, y que lo entrenzaban y hacían una guirnalda de ello en torno de la cabeza, dejando la colilla atrás como borlas.

Que todos los hombres usaban espejos y no las mujeres; y que para llamarse cornudos, decían que su mujer le había puesto el espejo en el cabello sobrando del colodrillo.

Que se bañaban mucho, no curando de cubrirse de las mujeres sino cuanto podía cubrir la mano.

Que eran amigos de buenos olores, y que por esto usan ramilletes de flores y yerbas olorosas, muy curiosos y labrados; que usaban pintarse de colorado el rostro y el cuerpo, y les parecía muy mal pero teníanlo por gran gala.

Que su vestido era un listón de una mano en ancho, que les servía de bragas y calzas, y que se daban con él algunas vueltas por la cintura, de manera que el un cabo colgaba delante y el otro detrás; y que estos cabos les hacían sus mujeres con curiosidad y labores de pluma; y que traían mantas largas y cuadradas, y las ataban en los hombros, y que traían sandalias de cáñamo o cuero de venado por curtir seco, y no usaban otro vestido.

Que el mantenimiento principal es maíz, del cual hacen diversos manjares y bebidas, y aún bebido como lo beben les sirve de comida y bebida; y que las indias echan el maíz a remojar una noche antes en cal y agua, y que a la mañana está blando y medio cocido, y de esta manera se le quita el hollejo y el pezón, y que lo muelen en piedras, y que de lo medio molido dan a los trabajadores y caminantes y navegantes grandes pelotas y cargas; y que dura, con sólo acedarse, algunos meses, y que de aquello toman una pella y desliencia en un vaso de la cáscara de la fruta que cría un árbol, con el cual les proveyó Dios de vasos, y que se beben aquella substancia y se comen lo demás, y es sabroso y de gran mantenimiento; y que de lo más molido sacan leche y la coajan al fuego, y hacen como poleadas para las mañanas, y que lo beben caliente, y que sobre lo que sobra de las mañanas echan agua para beber entre día, porque no acostumbra beber agua sola; que también lo tuestan y muelen

y deslién en agua, que es muy fresca bebida, echándole un poco de pimienta de Indias o cacao.

Que hacen del maíz y cacao molido una manera de espuma muy sabrosa con que celebran sus fiestas, y que sacan del cacao una grasa que parece mantequillas, y que de esto y del maíz hacen otra bebida sabrosa y estimada, y que hacen otra bebida de la substancia del maíz molido así crudo, que es muy fresca y sabrosa.

Que hacen pan de muchas maneras, bueno y sano, salvo que es malo de comer cuando está frío, y así pasan las indias trabajo en lo hacer dos veces al día. Que no se ha podido acertar a hacer harina que se amase como la del trigo, y que si alguna vez se hace como pan de trigo, no vale nada.

Que hacen guisados de legumbres y carne de venados y aves monteses y domésticas, que hay muchas, y de pescados que hay muchos; y que así tienen buenos mantenimientos, principalmente después que crían puercos y aves de Castilla.

Que por la mañana toman la bebida caliente con pimienta, como está dicho, y entre día las otras frías, y a la noche los guisados; y que si no hay carne, hacen sus salsas de la pimienta y legumbres. Que no acostumbran comer los hombres con las mujeres, y que ellos comían por sí en el suelo o, cuando mucho, sobre una serilla por mesa; y que comen bien cuando lo tienen; y cuando no, sufren muy bien la hambre y pasan con muy poco, y que se lavan las manos y la boca después de comer.

Labrábanse los cuerpos; y cuanto más, tanto más valientes y bravosos se tenían, porque el labrarse era gran tormento, que era de esta manera: Los oficiales dello labraban la parte que querían con tinta, y después sejábanle delicadamente las pinturas y así con la sangre y tinta quedaban en el cuerpo las señales, y que se labraban poco a poco por el tormento grande, y también se (ponían) después malos, porque se les enconaban las labores y hacía se materia; y que, con todo eso, se mofaban de los que no se labraban; y que se precian muchos de ser requebrados y tener gracias y habilidades naturales; y que ya comen y beben como nosotros.

Que los indios eran muy disolutos en beber y emborracharse, de que les seguían muchos males, como matarse unos a otros, violar las camas, pensando las pobres mujeres recibir a sus maridos, también con padres y madres como en casa

de sus enemigos, y pegar fuego a sus casas, y que con todo eso se perdían por emborracharse; y que cuando la borrachera era general, y de sacrificios, contribuían todos para ello, porque cuando era particular, hacía el gasto el que la hacía con ayuda de sus parientes; y que hacen el vino de miel y agua y cierta raíz de un árbol que para esto criaban, con lo cual se hacía el vino fuerte y muy hediondo; y que con bailes y regocijos, comían sentados de dos en dos o de cuatro en cuatro; y que después de comido, sacaban los escancieros (escanciadores), los cuales no solían emborrachar, de unos grandes artesones, de beber hasta que se hacían unas cimitaras; y que las mujeres tenían mucha cuenta de volver sus maridos borrachos a casa.

Que muchas veces gastan en un banquete lo que en muchos días mercadeando y trompeando ganaban, y que tienen dos maneras de hacer estas fiestas: la primera, que es de los señores y gente principal, obliga a cada uno de los convidados a que hagan otro tal convite, y que dan a cada uno de los convidados una ave asada y pan y bebida de cacao en abundancia, y que al fin del convite suelen dar a cada uno una manta para cubrirse y un banquillo y vaso más galano que pueden; y si se muere uno de ellos, es obligada a pagar el convite la casa o parientes de él. La otra manera, es entre parentelas, cuando casan sus hijos, convida; y que sienten mucho la amistad y conservan(la), aunque lejos unos de otros, con estos convites; y que en estas fiestas, les daban a beber mujeres hermosas, las cuales después, dado el vaso, volvían las espaldas al que lo toma hasta vaciado el vaso.

Que los indios tienen recreaciones muy donosas y principalmente farsantes que representan con mucho donaire, tanto que (a) éstos alquilan los españoles para no más que vean los chistes de las españolas que pasan con sus mozas, maridos o ellos propios sobre el buen o mal servir, y después lo representan con tanto artificio como curiosos españoles. Tienen atabales pequeños que tañen con la mano, y otro atabal de palo hueco, de sonido pesado y triste; táñenle con un palo larguillo, puesto al cabo cierta leche de un árbol, y tienen trompetas largas y delgadas de palos huecos, y al cabo unas largas y tuertas calabazas; y tienen otro instrumento de toda la tortuga entera con sus conchas, y, sacada la carne, táñenle con la palma de la mano, y es su sonido lúgubre y triste.

Tienen (silbatos) de huesos de cañas de venado, y cacaroles grandes y flautas de cañas; y con estos instrumentos

hacen son a los bailantes, y tienen especialmente dos bailes muy de hombre y de ver. El uno es un juego de cañas y así le llaman ellos *Colomché*, que lo quiere decir; para jugarlo, se junta una gran rueda de bailadores con su música que les hacen son, y por su compás salen dos de la rueda, el uno con un manajo de bohordos y baila con ellos enhiesto; el otro baila en cuclillas, ambos con compás de la rueda; y el de los bohordos, con toda su fuerza, los tira al otro, el cual con gran destreza, con un palo pequeño, arrebátalos; acabado de tirar, vuelve con su compás a la rueda y salen otros [a] hacer lo mismo.

Otro baile hay en que bailan ochocientos y más y menos indios con banderas pequeñas, con son y paso largo de guerra, entre los cuales no hay uno que salga de compás; y en sus bailes son pesados, porque todo el día entero no cesan de bailar, porque les llevan ahí de comer y beber. Los hombres no solían bailar con las mujeres.

Que los oficios de los indios eran olleros y carpinteros, los cuales, por hacer los ídolos de barro y madera con muchos ayunos y observancias, ganaban mucho. Había también cirujanos o, por mejor decir, hechiceros, los cuales curaban con yerbas y muchas supersticiones, y así de todos los demás oficios.

El oficio en que más inclinados estaban es mercadería, llevando sal, ropa y esclavos a tierra de Ulúa y Tabasco, trocándolo todo por cacao y cuentas de piedra, que era su moneda; y con ésta solían comprar esclavos o otras cuentas con razón que eran finas y buenas, las cuales por joyas traían sobre sí en las fiestas los señores; y tenían otras, hechas de ciertas conchas coloradas por moneda y joyas de sus personas; y lo traían en sus bolsas de red que tenían, y en los mercados trataban de todas cuantas cosas había en esa tierra. Fiaban, prestaban y pagaban cortésmente y sin usuras. Y sobre todo eran los labradores y los que se ponen a coger el maíz y las demás semillas, lo cual guardan en muy lindos silos y trojes para vender a sus tiempos. Sus mulas y bueyes son la gente. Suelen de costumbre sembrar, para cada casado con su mujer, medida de CCCC pies, lo cual llaman *humunic*, medida con vara de XX pies: XX en ancho y XX en largo.

Que los indios tienen costumbre buena de ayudarse unos a otros en todos sus trabajos. En tiempo de sus sementeras, los que no tienen gente suya para las hacer, júnctanse de XX en XX, o más o menos, y hacen todos juntos por su medida y tasa la labor de todos, y no lo dejan hasta cumplir con todos. Las tierras por ahora es de común; y así, el que primero las ocupa las posee. Siembran en muchas partes, por si una faltare suplía la otra. En labrar la tierra, no hacen sino coger la basura y quemarla para después sembrarla; y desde medio enero hasta abril labran, y entonces, con las lluvias, siembran; lo cual hacen trayendo un taleguillo a cuestras, y con un palo puntiagudo hacen agujero en tierra y ponen allí cinco o seis granos, lo cual con el mismo palo cubren. En lloviendo, espanto es cómo nace. Júntanse también para la caza, de L. en L., más o menos, y la carne del venado asan en parrillas porque no se les gaste, y venidos al pueblo, hacen sus presentes al señor y distribuyen como amigos, y el mismo hacen en la pesca.

Que los indios en sus visitas, siempre llevan consigo don que dar según su calidad; y el visitado, con otro don, satisface al otro, y los terceros de estas visitas hablan y escuchan curiosamente conforme a la persona con quien hablan, no obstante que todos se llaman tú, porque en el progreso de sus pláticas, el menor por curiosidad suele repetir el nombre del oficio o dignidad del mayor; Y usan mucho ir ayudando al que da los mensajes un sonsonete hecho con la aspiración de la garganta, que es como decir *bastaqué* o *asiqué*. Las mujeres son cortas en sus razonamientos y no acostumbraban a negociar por sí, especialmente si eran pobres, y por eso los señores se mofaban de los frailes que daban oído a pobres y ricos sin respeto.

Que los agravios que hacían unos a otros mandaba satisfacer el señor del pueblo del dañador; y si no, era ocasión y instrumento de más pasiones; y si eran de un mismo pueblo; con el juez lo comunicaban que era árbitro; y examinado el daño, mandaba la satisfacción; y si no era suficiente para la satisfacción, los parientes y amigos le ayudaban. Las causas de que se solían hacer estas satisfacciones, eran si mataban a alguno casualmente, o cuando se ahorcaban la mujer o el marido con alguna culpa de haberle dado a ello ocasión, o cuando eran causa de algún incendio de casas o heredades, de colmenas o trojes de maíz. Los otros agravios hechos con malicia, satisfacían siempre con sangre y puñaladas.

Que los yucataneses son muy partidos y hospitalales, porque no entra nadie en su casa a quien no den de la comida o bebida que tienen: de día, de sus bebidas; de noche, de sus comidas; y si no las tienen, búscanlo por la vecindad; y por los caminos, si (se) les junta gente, a todos han de dar de ellas, aunque les quepa por eso mucho menos.

Que su contar es de V. en V. hasta XX, y de XX en XX hasta C. y de C. en C. hasta 400, y de CCC en CCC hasta VIII mil. Y de esta cuenta se servían mucho para la contratación del cacao. Tienen otras cuentas muy largas, y que las protienden (extienden) in infinitum, contando las VIII mil XX veces, que son C y LX mil; y tornando a XX, duplican estos cientos y LX mil, y después irlo así XX duplicando, hasta que hacen un incontable número: cuentan en el suelo o cosa llana.

Que tienen mucha cuenta con saber el origen de sus linajes, especial si viene de alguna casa de Mayapán; y eso procuran de saberlo de los sacerdotes, que es una de sus ciencias, y jactanse mucho de los varones que en sus linajes ha habido señalados.

Los nombres de los padres duran siempre en los hijos; en las hijas no. A sus hijos y hijas siempre llamaban del nombre del padre y de la madre; el del padre como propio, y de la madre apelativo, de esta manera: el hijo de Chel y Chan llamaban Na-Chan-Chel, que quiere decir hijo de fulanos, y esta es la causa que dicen los indios son los de un nombre deudos y se tratan por tales; por eso, cuando vienen en parte no conocida y necesitado, luego acude al nombre, y si hay quien, luego con toda claridad le reciben y tratan; y así ninguna mujer o hombre se casaba con otro del mismo nombre, porque era a ellos gran infamia. Llámense ahora los nombres de pila y los propios.

Que los indios no admitían las hijas a heredar con los hermanos sino era por vía de piedad o voluntad y, entonces, dábanles del montón algo; lo demás, partían los hermanos igualmente, salvo que al que más notablemente había ayudado a allegar la hacienda dábanle equivalencia; y si eran todas hijas, heredaban los hermanos o más propincuos; y si eran de edad que no se sufría entregar la hacienda, entregábanla a un tutor deudo más cercano, el cual daba a su madre para criarlos, porque no usaban de dejar nada en poder de ma-

dres, o quitábanles los niños, principalmente siendo los tutores hermanos del difunto. Estos tutores daban lo que así se les entregaba a los herederos cuando eran de edad; y no hacerlo, era gran fealdad entre ellos y causa de muchas contiendas. Cuando así lo entregaban, era delante de los señores y principales, quitando lo que habían dado para los criar, y no daban de las cosechas de las heredades nada más, como era de colmenares y algunos árboles de cacao, porque decían era harto tenerle en pie. Si cuando el señor moría no eran los hijos para regir y tenía hermanos, regía de los hermanos el mayor o el más desenvuelto, y al heredero mostraban sus costumbres y fiestas para cuando fuese hombre; y estos hermanos, aunque el heredero fuese para regir, mandaban toda su vida; y si no había hermanos, elegían los sacerdotes y gente principal un hombre suficiente para ello.

Que antiguamente se casaban a XX años; ahora de XII o XIII; y por eso ahora se repudian más fácilmente como se casan sin amor y ignaros de la vida matrimonial y oficio de casados; y si los padres no podían persuadir que volviesen con ellas, buscábanles otra y otra y otras. Con la misma facilidad dejaban los hombres con hijos a sus mujeres, sin temor de que otro las tomase por mujeres o después volver a ellas; pero con todo eso, son muy celosos y no llevan a paciencia que sus mujeres no les estén honestas; y ahora que han visto que los españoles sobre eso matan a las suyas, empiezan a maltratarlas y aún a matarlas. Si cuando repudiaban los hijos eran niños, dejábanlos a las madres; si grandes, los varones con los padres y hembras con las madres.

Que aunque era tan común y familiar cosa repudiar, los ancianos y de mejores costumbres lo tenían por malo; y muchos había que nunca habían tenido sino una, la cual ninguno tomaba del su nombre, de parte de su padre; ca era cosa muy fea entre ellos; y si algunos se casaban con las cuñadas, mujeres de sus hermanos, era tenido por malo. No se casaban con sus madrastras, ni cuñadas, hermanas de sus mujeres, ni tías, hermanas de sus madres; y si alguno lo hacía, era tenido malo; con todas las demás parientas de parte de su madre contraían, aunque fuese prima hermana.

Los padres tienen mucho cuidado de buscarles con tiempo mujeres de su estado y condición, y, si podían, en el mismo lugar; y poquedad era entre ellos buscar las mujeres para

sí, y los padres para sus hijas casamiento; y para tratarlo, buscaban casamenteros que lo rodeasen; concertado y tratado, concertaban las aras y dote, lo cual era muy poco, y dábalo el padre del mozo al consuegro, y hacía la suegra, allende del dote, vestido a la nuera y hijo; y venido el día, se juntaban en casa del padre de la novia y allí, aparejada la comida, venían los convidados y el sacerdote; y juntado los casados y consuegros trataba el sacerdote cuadrarles, pues lo habían bien mirado los suegros y estarles bien; y así le daban su mujer al mozo esa noche, si era para ello, y luego se hacía la comida y convite; y de ahí adelante, quedaba en casa del suegro el yerno, trabajando cinco o seis años por el suegro; y si no lo hacía, echábanle de casa y trabajaban las madres diese siempre la mujer de comer y beber al marido en señal de casamiento. Los viudos y viudas, sin fiesta, ni solemnidades se concertaban; con sólo ir ellos a casa de ellas y admitirlos y darles de comer, se hacía el casamiento; de lo cual nacía que se dejaban con tanta facilidad como se tomaban. Nunca los yucataneses tomaron más de una como se ha hallado en otras partes tener muchas juntas; y los padres algunas veces contraen matrimonio por sus hijos niños, hasta que sean venidos en edad y se tratan como suegros.

FR. JERONIMO DE MENDIETA O.F.M.

Nació hacia 1534 en Vitoria, España; falleció en México en 1604.

Llegó como misionero a México en 1554, ocupó varios puestos en su Orden y tomó parte muy activa en la obra de evangelización, la cual historió, así como el pasado indígena, valiéndose de relaciones anteriores, entre otras de la de Fray Andrés de Olmos, por lo cual su obra *Historia Eclesiástica Indiana*, es de gran valor para conocer esa época.

Acerca de este cronista existe copiosa bibliografía: Joaquín García Icazbalceta sentó las bases para su conocimiento con la introducción a la *Historia Eclesiástica Indiana* en la edición de México, 1870, la cual amplió en *Cartas de Religiosos de la Nueva España*, México, 1896 (Nueva Colección de Documentos para la Historia de México I), p. XI-XXXIX. Más completo es el trabajo de Fr. Juan de Larrinaga, "Fr. Jerónimo de Mendieta historiador de Nueva España (1525-1604)" en *Archivo Iberoamericano*, Madrid, t. I, II, (1914); IV, (1915). De mayor actualidad tenemos los estudios de Ramón Iglesia Parga, "Invitación al estudio de Fray Jerónimo de Mendieta" en *Cuadernos Americanos*, México, julio-agosto 1945; Luis González C., "Fray Jerónimo de Mendieta pensador político e historiador", en *Revista de Historia de América*, México, dic. 1949, p. 331-376. En torno de su vida y época tenemos también un penetrante libro de John Leddy Phelan, *The millennial Kingdom of the Franciscans in the New World. A Study of the Writings of Gerónimo de Mendieta, (1525-1604)*, Berkeley and Los Angeles, University of California, 1956, (California Publications in History, 52).

Una biografía de Mendieta, por Torquemada, que aparece en la *Monarquía Indiana*, ha sido publicada por Miguel León Portilla en su versión resumida de la *Monarquía*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964, XLIII-173-[2] p. ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 84).

Fuente: Fray Gerónimo de Mendieta, O.F.M. *Historia Eclesiástica Indiana*. 3 v. México, Editorial Salvador Chávez Hayhoe, 1945. I-121-134, III-159-172.

LA EDUCACION DE LAS NIÑAS Y JOVENES ENTRE LOS INDIOS

El Filósofo en el séptimo libro de los Políticos, en el capítulo diecisiete, pone algunos documentos que deben tomar los que tienen a su cargo la crianza de los niños, así para lo que conviene a la buena disposición y sanidad de los cuer-

pos, como a las buenas costumbres de las ánimas. El primero documento es, que a los niños recién nacidos y pequeños los pongan al frío, porque la naturaleza de los niños, por el gran calor con que nacen, es apta y dispuesta para sufrir frío, con el cual se le comienzan a apretar las carnes y se hacen recios de complexión, y más aparejados y fuertes para sufrir trabajos. Este documento ningunas gentes lo guardan mejor que los indios, sin haber oído ni leído al Filósofo; porque es uso general entre ellos bañar las madres desde que nacen a sus niños chiquitos que traen a cuestras, en los arroyos o ríos o fuentes, luego en amaneciendo. Y esto no sólo en verano, sino mucho mejor en invierno, y en tierras frigidísimas. Una de las más frías de la Nueva España es la provincia o valle de Toluca, y en ella me acaecía cada domingo que salía del convento luego en amaneciendo para ir a decir misa a algún pueblo de la visita, hallar las indias, que entonces madrugaban para venir a misa, por los arroyos que estaban hechos un hielo lavando a sus criaturas, que yo, yendo helado de frío, me espantaba cómo no se morían. El segundo documento que el Filósofo pone, es que en aquella primera edad, hasta los cinco o seis años, los deben acostumar en algunos movimientos o trabajuelos livianos, cuanto para evitar la pereza y ociosidad sean bastantes. Esto guardan también los indios al pie de la letra: que como los grandes, así hombres como mujeres, usan cargarse (las mujeres poniendo lo que llevan por cargo dentro de un lienzo como sabanilla, y anudada por los cabos la echan al cuello, y los hombres con una faja de palma o de juncia, tejida de hasta cuatro dedos de ancho, que asientan en la frente con sus cabos de recio cordel, que llaman *mecapal*, para atar con ellos la caja o carga que han de llevar, se cargan de tres y cuatro arrobas sobre las espaldas, así a sus hijuelos chiquitos les hacen unos mecapalejos también chiquitos con sus cordelillos que parecen juguetes en que les atan alguna carguilla liviana conforme a sus corpezuelos, no para que sirva de algún provecho, porque es nada lo que llevan, sino para que se hagan a la costumbre de echar sobre sí aquel yugo cuando sean grandes. Y cuando son de ocho o diez años se cargan tan buena carguilla, que a un español de veinte se le haría de mal llevarla mucho trecho. Y las madres por el consiguiendo enseñan a sus hijuelas dende que saben andar, a traer un liachuelo de alguna cosa liviana envuelta en un paño, y la ligadura o nudos echados al cuello, que es la usanza feme-

nil. El tercero documento es, que en su niñez y puericia tuviesen gran cuenta los que los criaban que no viesen por sus ojos actos ni punturas torpes, ni oyesen pláticas ni palabras feas, porque lo que se ve, oye y habla en la niñez, adelante se toma en costumbre de lo usar. Y de aquí proceden todos los filósofos a enseñar que a los mozuelos dende su tierna edad, sus padres y ayos los ejerciten en honestos ejercicios y trabajos. Y cómo esto lo uno y lo otro los indios lo cumplían para con sus hijos, parece bien claro en las pláticas y amonestaciones y trabajos en que los ejercitaban a ellos y a ellas dende su niñez, como se verá en este capítulo y en los siguientes, y primeramente en estas pláticas que fueron traducidas de lengua mexicana en nuestro castellano.

Plática o exhortación que hacía un padre a su hijo

Hijo mío, criado y nacido en el mundo por Dios, en cuyo nacimiento nosotros tus padres y parientes pusimos los ojos. Has nacido y vivido y salido como el pollito del cascarón, y creciendo como él, te ensayas al vuelo y ejercicio temporal. No sabemos el tiempo que Dios querrá que gocemos de tan preciosa joya. Vive, hijo, con tiento, y encomiéndate al Dios que te crió, que te ayude, pues es tu padre, que te ama más que yo. Suspira a Él de día y de noche, y en Él pon tu pensamiento. Sírvete con amor, y hacerte ha mercedes, y librártete ha de peligros. A la imagen de Dios y a sus cosas ten mucha reverencia y ora delante de Él devotamente, y aparéjate en sus fiestas. Reverencia y saluda a los mayores, no olvidando a los menores. No seas como mudo, ni dejes de consolar a los pobres y afligidos con dulces y buenas palabras. A todos honra, y más a tus padres, a los cuales debes obediencia, servicio y reverencia, y el hijo que esto no hace no será bien logrado. Ama y honra a todos, y vivirás en paz y alegría. No sigas a los locos desatinados que ni acatan a padre ni reverencian a madre, mas como animales dejan el camino derecho, y como tales, sin razón, ni oyen doctrina, ni se dan nada por corrección. El tal que a los dioses ofende, mala muerte morirá desesperado o despeñado, o las bestias lo matarán y comerán. Mira, hijo, que no hagas burla de los viejos o enfermos o faltos de miembros, ni del que está en pecado o erró en algo. No afrentes a los tales ni les quieras mal; antes te humilla delante los dioses, y teme no te suceda lo tal, porque no tē quejes y digas: así me acaeció como mi

padre me lo dijo, o, si no oviera escarnecido, no cayera en el mismo mal. A nadie seas penoso, ni des a alguno ponzoña o cosa no comestible, porque enojarás a los dioses en su criatura; y tuya será la confusión y daño, y en lo tal morirás; y si honreres a todos, en lo mismo fenecerás. Serás, hijo, bien criado, y no te entremetas donde no fueres llamado, porque no des pena, y no seas tenido por mal mirado. No hieras a otro, ni des mal ejemplo, ni hables demasiado, ni cortes a otros la plática, porque no los turbes; y si no hablan derechamente, para corregir los mayores, mira bien lo que tú hablas. Si no fuere de tu oficio, o no tuvieras cargo de hablar, calla, y si lo tuvieras, habla, pero cuerdamente, y no como bobo que presume, y será estimado lo que dijeras. ¡Oh, hijo! no cures de burlerías y mentiras porque causan confusión. No seas parlero, ni te detengas en el mercado ni en el baño, porque no te engañe el demonio. No seas muy polidillo, ni te cures del espejo, porque no seas tenido por disoluto. Guarda la vista por donde fueres, no vayas haciendo gestos, ni trabes a otro de la mano. Mira bien por donde vas, y así no te encontrarás con otro, ni te pondrás delante de él. Si te fuere mandado tener cargo, por ventura te quieren probar; por eso excúsate lo mejor que pudieres, y serás tenido por cuerdo; y no lo aceptes luego, aunque sientas tú exceder a otros; más espera, porque no seas desechado y avergonzado. No salgas ni entres delante los mayores; antes sentados o en pie, donde quiera que estén, siempre les da la ventaja, y les harás reverencia. No hables primero que ellos, ni atravieses por delante, porque no seas de otros notado por malcriado. No comas ni bebas primero, antes sirve a los otros, porque así alcanzarás la gracia de los dioses y de los mayores. Si te fuere dado algo (aunque sea de poco valor) no lo menosprecies, ni te enojés, ni dejes la amistad que tienes, porque los dioses y los hombres te querrán bien. No tomes ni llegues a la mujer ajena, ni por otra vía seas vicioso, porque pecarás contra los dioses, y a ti harás mucho daño. Aún eres muy tierno para casarte, como un pollito, y brotas como la espiga que va echando de sí. Sufré y espera, porque ya crece la mujer que te conviene: ponlo en la voluntad de Dios, porque no sabes cuando te morirás. Si tú casar te quisieres, danos primero parte de ello, y no te atrevas a hacerlo sin nosotros. Mira, hijo, no seas ladrón, ni jugador, porque caerás en gran deshonor, y afrentarnos has, debiéndonos dar honra. Trabaja de tus manos y come

de lo que trabajares, y vivirás con descanso. Con mucho trabajo, hijo, hemos de vivir: yo con sudores y trabajos te he criado, y así he buscado lo que habías de comer, y por ti he servido a otros. Nunca te he desamparado, he hecho lo que debía, no he hurtado, ni he sido perezoso, ni hecho vileza, por donde tú fueras afrentado. No murmures, ni digas mal de alguno: calla, hijo, lo que oyeres; y si siendo bueno lo hubieres de contar, no añadas ni pongas algo de tu cabeza. Si ante ti ha pasado alguna cosa pesada, y te lo preguntaren, calla, porque no te abrirán para saberlo. No mientas, ni te des a parlerías. Si tu dicho fuere falso, muy gran mal cometerás. No revuelvas a nadie, ni siembres discordias entre los que tienen amistad y paz, y viven y comen juntos, y se visitan. Si alguno te enviare con mensaje, y el otro te riñere, o murmurare, o dijere mal del que te envía, no vuelvas con la respuesta enojado, ni le des a sentir. Preguntado por el que te envió, cómo te fue allá, responde con sosiego y buenas palabras, callando el mal que oíste, porque no los revuelvas y se maten o riñan, de lo que después te pesará y dirás entre ti: ¡Oh si no lo dijera, y no sucediera este mal! Y así lo hicieres, serás de mucho amado y vivirás seguro y consolado. No tengas que ver con mujer alguna, sino con la tuya propia. Vive limpiamente, porque no se vive esta vida dos veces, y con trabajo se pasa, y todo se acaba y fenece. No ofendas a alguno, ni le quites ni tomes su honra y galardón y merecimiento, porque de los dioses es dar a cada uno según a ellos les place. Toma, hijo, lo que te dieren y da las gracias; y si mucho te dieren, no te ensalces ni ensoberbezcas, antes te abaja, y será mayor tu merecimiento. Y si con ello así te humillares, no tendrá que decir alguno, pues tuyo es. Empero, si usurpases lo ajeno, serías afrentado, y harías pecado contra los dioses. Cuando alguno te hablare, hijo, no menees los pies ni las manos, porque es señal de poco seso; ni estés mordiendo la manta o vestido que tuvieres, ni estés escupiendo, ni mirando a otra parte y a otra, ni levantándote a menudo si asentado estuvieres, porque te mostrarás ser malcriado, y como un borracho que no tiene tiento. Si no quisieres, hijo, tomar el consejo que tu padre te da, ni oír tu vida y tu muerte, tu bien y tu mal, tu caída y levantamiento, tu ventura será mala y habrás mala suerte, y al cabo conocerás que tú tienes la culpa. Mira, no presumas mucho aunque tengas muchos bienes, ni menosprecies a los que no tuvieran tanto, porque no eno-

jes a Dios que te lo dio, y a ti no te dañes. Cuando comieres no mires como enojado, ni desdeñes la comida y darás de ella al que viniere. Si comieres con otros no los mires a la cara, sino abaja tu cabeza y deja a los otros. No comas arrebatadamente, que es condición de lobos y adives, y demás de esto te hará mal lo que comieres. Si vivieres, hijo, con otro, ten cuidado de todo lo que te encomendare, y serás diligente y buen servicial, y aquel con quien estuvieres te querrá bien, y no te faltará lo necesario. Siendo, hijo, el que debes, contigo y por tu ejemplo vituperarán y castigarán a los otros que fueren negligentes y malmirados y desobedientes a sus padres. Ya no más, hijo, con esto cumpla la obligación de padre. Con estos avisos te ciño y fortifico, y te hago misericordia. Mira, hijo, que no los olvides, ni de ti los deseches.

Respuesta del hijo

Padre mío, mucho bien y merced habéis hecho a mí, vuestro hijo. ¿Por ventura tomaré algo de lo que de vuestras entrañas para mí bien ha salido? Es así lo que decís, que con esto cumplís conmigo; y que no tendré excusa si en algún tiempo hiciere lo contrario de lo que me habéis aconsejado. No será, cierto, a vos imputado, padre mío, ni será vuestra la deshonra, pues me avisáis, sino mía. Pero ya veis que aún soy muchacho, y como un niño que juega con la tierra y con las tejuelas, y aún no sé limpiarme las narices. ¿Dónde, padre mío, me habéis de dejar o enviar? vuestra carne y sangre soy, por lo cual confío que otros consejos me daréis. ¿Por ventura desampararme heis? Cuando yo no los tomare como me los habéis dicho, tendréis razón de dejarme como si no fuese vuestro hijo. Ahora, padre mío, con estas palabras poquitas que apenas sé decir, respondo a lo que me habéis propuesto. Yo os doy las gracias, y estéis en buen hora, y reposad.

De otra exhortación que hacía un indio labrador a su hijo ya casado

Hijo mío, estés en buena hora. Trabajo tienes en este pueblo el tiempo que vivieres, esperando cada día enfermedad o castigo de mano de los dioses. No tomas sueño con quietud por servir a aquél por quien vivimos. Contigo tienes a punto tus sandalias, bordón y azada, con lo demás que pertenece

a tu oficio (pues eres labrador) para ir a tu trabajo y labranza en que los dioses te pusieron, y tu dicha y ventura fue tal; y que sirvas a otro en pisar barro y hacer adobes. En ello ayudas a todo el pueblo y al señor: y con estas obras tendrás lo necesario para ti, y tu mujer y tus hijos. Toma lo que pertenece a tu oficio. Trabaja, siembra y coge, y come de lo que trabajares. Mira, no desmayes ni tengas pereza, porque si eres perezoso y negligente, ¿cómo vivirás y podrás caber con otro? ¿Qué será de tu mujer y de tus hijos? El buen servicio, hijo, recrea y sana el cuerpo, y alegra el corazón. Haz, hijo, a tu mujer tener cuidado de lo que pertenece a tu oficio y de lo que debe hacer dentro de su casa, y avisa a tus hijos de lo que les conviene. Darles heis ambos buenos consejos como padres, porque vivan bien, y no desagraden a los dioses, ni hagan algún mal con que os afrenten. No os espante, hijos, el trabajo que tenéis con los que vivís, pues que de allí habéis de haber lo que han de comer y vestir los que criáis. Otra vez te digo, hijo, ten buen cuidado de tu mujer y casa, y trabaja de tener con que convidar y consolar a tus parientes y a los que vinieren a tu casa, porque los puedas recibir con algo de tu pobreza, y conozcan la gracia, y agradezcan el trabajo, y correspondan con lo semejante y te consuelen. Ama y haz piedad, y no seas soberbio ni des a otro pena; mas serás bien criado y afable con todos, y recatado delante aquellos con quien vivieres y conversares, y serás amado y tenido en mucho. No hieras ni hagas mal a alguno, y haciendo lo que debes, no te ensalces por ello, porque pecarás contra los dioses, y hacerte han mal. Si no anduvieres, hijo, a derechas, ¿qué resta sino que los dioses te quiten lo que te dieron y te humillen y aborrezcan? Serás, pues, obediente a tus mayores y a los que te guían donde trabajas, que tampoco tienen mucho descanso ni placer; y si no lo hicieres así, antes te levantares contra ellos, o murmurares, y les dieres pena o mala respuesta, cierto es que se les doblará el trabajo con tu descomedimiento y mala crianza; y siendo penoso, con ninguno podrás vivir, más serás desechado y harás gran daño a tu mujer y hijos, y no hallarás casa ni adonde te quieran acoger, antes caerás en mucha malaventura. No tendrás hacienda por tu culpa, sino lacería y pobreza por tu desobediencia. Cuando algo te mandaren, oye de voluntad y responde con crianza si lo puedes hacer o no, y no mientas sino di lo cierto; y no digas que sí no pudiéndolo hacer, porque lo encomendarán a otro. Ha-

ciendo lo que te digo, serás querido de todos. No seas vagabundo ni mal granjero; asienta y arraiga; siembra y coge; y haz casa donde dejes asentados tu mujer y hijos cuando murieres. De esta manera irás al otro mundo contento y no angustiado por lo que han de comer; mas sabrás la raíz o asiento que les dejas en que vivan. No más, hijo, sino que estés en buen hora.

Reagradecimiento del hijo a su padre

Padre mío, yo os agradezco mucho la merced que me habéis hecho con tan amorosa plática y amonestación. Yo sería malo si no tomase tan buenos consejos. ¿Quién soy yo, sino un pobrecillo que vivo en pobre casa y sirvo a otro? Soy pobre labrador que sirvo de pisar barro y hacer adobes, y sembrar y coger con los trabajos de mi oficio.

No merecí yo tal amonestación. Gran bien me han hecho los dioses en se acordar de mí. ¿Dónde hubiera o oyera yo tan buenos consejos sino de mi padre? No tienen con ellos comparación las piedras preciosas; mas como tales de vuestro corazón, padre mío, como de caja me las habéis abierto y manifestado; limadas y concertadas, y por orden ensartadas, han sido vuestras palabras. ¡Oh! si yo mereciese tomarlas bien, que no son de olvidar ni dejar vuestros saludables consejos y avisos. Yo he sido muy alegre y consolado con ellos: yo, padre mío, os lo agradezco. Reposad y descansad, padre mío.

De otra exhortación que una madre hizo a su hija

Hija mía de mis entrañas nacida, yo te parí y te he criado y puesto por crianza en concierto, como linda cuenta ensartada; y como piedra fina o perla, te ha polido y adornado tu padre. Si no eres la que debes, ¿cómo vivirás con otras, o quién te querrá por mujer? Cierito, con mucho trabajo y dificultad se vive en este mundo, hija, y las fuerzas se consumen; y gran diligencia es menester para alcanzar lo necesario, y los bienes que los dioses nos envían. Pues amada hija, no seas perezosa ni descuidada, antes diligente y limpia, y adereza tu casa. Sirve y da aguamanos a tu marido, y ten cuidado de hacer bien el pan. Las cosas de casa ponlas como conviene, apartadas cada cual en su lugar, y no como quiera mal puestas, y no dejes caer algo de las manos en

presencia de otros. Por donde, hija, fueres, ve con mesura y honestidad, no apresurada, ni riéndote, ni mirando de lado como a medio ojo, ni mires a los que vienen de frente ni a otro alguno en la cara, sino irás tu camino derecho, mayormente en presencia de otros. De esta manera cobrarás estimación y buena fama, y no te darán pena ni tú la darás a otro; y así, de ambas partes, concurrirá buena crianza y acatamiento. Y para esto, hija, serás tú bien criada y bien hablada. Responde cortésmente siendo preguntada, y no seas muda o como boba. Tendrás buen cuidado de la hilaza y de la tela y de la labor, y serás querida y amada, y merecerás tener lo necesario para comer y vestir, y así podrás tener segura la vida, y en todo vivirás consolada. Y por estos beneficios no te olvides de dar gracias a los dioses. Guárdate de darte al sueño o a cama de pereza. No sigas la sombra, el frescor, ni el descanso que acarrea las malas costumbres y enseña regalo, ocio y vicio, y con tal ejemplo no se vive bien con alguno; porque las que así se crían nunca serán bien queridas ni amadas. Antes, hija mía, piensa y obra bien en todo tiempo y lugar; sentada que estés o levantada, queda o andando, haz lo que debes, así para servir a los dioses como para ayudar a los tuyos. Si fueres llamada no aguardes a la segunda o tercera vez, sino acude presto a lo que mandan tus padres, porque no les des pena, y te hayan de castigar por tu inobediencia. Oye bien lo que te fuere encomendado, y no lo olvides, más hazlo bien hecho. No des mala respuesta ni seas rezongona, y si no lo puedes hacer, con humildad te excusa. No digas que harás lo que no puedes, ni a nadie burles, ni mientas, ni engañes, porque te miran los dioses. Si tú no fueres llamada, sino otra, y no fuere presto al mandado, ve tú con diligencia, y oye y haz lo que la otra había de hacer, y así serás amada y en más que otra tenida. Si alguno te diere buen consejo y aviso, tómalo, porque si no lo tomas se escandalizará de ti el que te avisa, o la que te aconseja lo bueno, y no te tendrá en nada. Mostrarte has bien criada y humilde con cualquiera, y a ninguno darás pena. Vive quietamente y ama a todos honestamente y a buen fin. Haz a todos bien y no aborrezcas ni menosprecies a nadie, ni seas de lo que tuvieres avarienta. No echés cosa alguna a mala parte, ni obras ni palabras, ni menos tengas envidia de lo que de los bienes de los dioses da el uno al otro. No des fatiga ni enojo alguno, porque a ti te lo darás. No te des a cosas malas, ni a la fornicación. No te muerdas las ma-

nos como malmirada. No sigas tu corazón porque te harás viciosa, y te engañarás y ensuciarás, y a nosotros afrentarás. No te envuelvas en maldades, como se revuelve y enturbia el agua. Mira, hija, que no tomes por compañeras a las mentirosas, ladronas, malas mujeres, callejeras, cantoneras, ni perezosas, porque no te dañen ni perviertan. Mas entiende sólo en lo que conviene a tu casa y a la de tus padres, y no salgas de ella fácilmente ni andes por el mercado o plaza, ni en los baños, ni a donde otras se lavan, ni por los caminos, que todo esto es malo y perdición para las mozas; porque el vicio saca de seso y desatina, más que desatan y desvarían a los hombres las yerbas ponzoñosas comidas o bebidas. El vicio, hija mía, es malo de dejar. Si encontrases en el camino con alguno y se te riere, no le rías tú; más pasa callando, no haciendo caso de lo que te dijere, ni pienses ni tengas en algo sus deshonestas palabras. Si te siguiere diciendo algo, no le vuelvas la cara ni respondas, porque no le muevas más el corazón al malvado; y si no curas de él, dejarte ha, y irás segura tu camino. No entres, hija, sin propósito, en casa de otro, porque no te levanten algún testimonio; pero si entres en casa de tus parientes, tenles acatamiento y hazles reverencia, y luego toma el huso y la tela, o lo que allí vieres que conviene hacer, y no estés mano sobre mano. Cuando te casares y tus padres te dieren marido, no le seas desacatada; más en mandándote hacer algo, óyelo y obedece, y hazlo con alegría. No le enojés ni le vuelvas el rostro, y si en algo te es penoso, no te acuerdes en riña de ello; más después le dirás en paz y mansamente en qué te da pena. No le tengas en poco, más antes lo honra mucho, puesto que viva de tu hacienda. Ponlo en tu regazo y falda con amor, no le seas fiera como águila o tigre, ni hagas mal lo que te mandare, porque harás pecado contra los dioses, y castigarte ha con razón tu marido. No le afrentes, hija, delante otros, porque a ti afrentarás en ello y te echarás en vergüenza. Si alguno viniere a ver a tu marido, agradeciéndoselo, le haz algún servicio. Si tu marido fuere simple o bobo, avísale como ha de vivir, y ten cuidado entonces del mantenimiento y de lo necesario a toda tu casa. Tendrás cuidado de las tierras que tuviéredes y de proveer a los que te las labraren. Guarda la hacienda, y cubre la vasija en que algo estuviere. No te descuides ni andes perdida de acá para allá, porque así ni tendrás casa ni hacienda. Si tuvieres bienes temporales, no los disipes; más ayuda bien a tu marido a los acrecentar,

y tendréis lo necesario, y viviréis alegres y consolados, y habrá que dejar a vuestros hijos. Si hicieres, hija, lo que te tengo dicho, serás tenida en mucho y amada de todos, y más de tu marido. Y con esto me descargo, hija, de la obligación que como madre te tengo: Yo soy vieja, yo te he criado; no seré culpada en algún tiempo de no te haber avisado; y si tomares en tus entrañas esto que te he dicho y los avisos que te he dado, vivirás alegre y consolada; mas si no los recibieres ni pusieres por obra, será tuya la culpa, y padecerás tu desventura, y adelante verás lo que te sucederá por no tomar los consejos de tu madre, y por echar atrás lo que te conviene para bien vivir. No más, hija mía, esfuércente los dioses.

Agradecimiento de la hija a la madre

Madre mía, mucho bien y merced me has hecho a mí, vuestra hija. ¿Dónde me habéis de dejar, pues de vuestras entrañas soy nacida? Harto mal sería para mí si no sintiese que sois mi madre y yo vuestra hija, por quien ahora tomáis más trabajo del que tomastes en me criar niña al fuego, teniéndome en los brazos fatigada de sueño. Si me quitárades la teta, o me ahogárades con el brazo durmiendo, ¿qué fuera de mí? Pero con el temor que de esto teníades, no tomábades sueño quieto, más velábades estando sobre aviso. No así de presto es venía la leche a los pechos para me la dar por los trabajos que teníades, y por estar embarazada conmigo no podíades acudir al servicio de vuestra casa. Con vuestros sudores me criastes y mantuvistes, y aún no me olvidáis ahora dándome aviso. ¿Con qué os lo pagaré yo, madre mía, o cómo os lo serviré, o con qué os daré algún descanso?, porque aún soy muchacha y juego con la tierra y hago otras niñerías, y no me sé limpiar las narices. ¡Oh! tuviese Dios por bien que mereciese yo tomar algo de tan buenos consejos, porque siendo yo la que vos deseáis, hayáis vos parte de los bienes que Dios me hiciere. Y os lo agradezco mucho. Consolaos, madre mía.

De la disciplina y honestidad con que se criaban los hijos de los señores y principales indios

En habiendo hijos, los señores naturales de esta Nueva España, como tenían muchas mujeres, por la mayor parte los

criaban sus propias madres. Y no criando la madre a su hijo, buscaba ama de buena leche, y dábasela al niño cuatro años, y a algunos más tiempo. En destetándolos o siendo de cinco años, luego mandaba el señor que sus hijos varones fuesen llevados al templo para que fuesen allí doctrinados, y supiesen muy bien todo lo que tocaba al servicio de los dioses. Y en esto eran los primeros los hijos de los señores. Y el que no andaba muy listo y diligente en el servicio y sacrificios (según le era enseñado), castigábanlo con gran rigor. Dábanles poco de comer, y mucho trabajo y ocupación de día y de noche, y estaban en el templo hasta que se casaban, o eran llevados a la guerra, si eran mancebos de buenas fuerzas. Con las hijas y doncellas (mayormente de principales y señores) había mucha guarda de viejas parientas o amas criadas en casa, por la parte de dentro, y de fuera viejos ancianos que de día las guardaban, y de noche con lumbre velaban el palacio. Teníanlas tan recogidas y ocupadas en sus labores, que por maravilla salían, sino alguna vez al templo cuando eran ofrecidas por sus madres, y entonces con mucha y grave compañía. Iban tan honestas que no alzaban los ojos del suelo, y si se descuidaban, luego les hacían señal que recogiesen la vista. El hablar fuera de casa se les vedaba, y también en casa comiendo en la mesa, y esto tenían cuasi por ley, que la doncella antes de casada nunca hablase en la mesa. Las casas de los señores eran grandes, aunque no usaban altos; mas porque la humedad no les causase enfermedad, alzaban los aposentos hasta un estado poco más o menos, y así quedaban como entresuelos. En estas casas había huertas y vergeles; y aunque las mujeres estaban por sí en piezas apartadas, no salían las doncellas de sus aposentos a la huerta o vergeles sin ir acompañadas con sus guardas. Si alguna se descuidaba en salir sola, punzábanle los pies con unas púas muy crueles hasta sacarle sangre, notándola de andariega, en especial si era ya de diez o doce años, o dende arriba. Y también andando en compañía no habían de alzar los ojos (como está dicho) ni volver a mirar atrás, y las que en esto excedían, con muy ásperas ortigas las hostigaban la cara cruelmente, o las pellizcaban las amas hasta las dejar llenas de cardenales. Enseñábanlas cómo habían de hablar y honrar a las ancianas y mayores, y si topándolas por casa no las saludaban y se les humillaban, quejábanse a sus madre o amas, y eran castigadas. En cualquier cosa que se mostraban perezosas o malcriadas, el castigo era pasarles por

las orejas unas púas como alfileres gordos, porque advertiesen a toda virtud. Siendo las niñas de cinco años las comenzaban a enseñar a hilar, tejer y labrar, y no las dejaban andar ociosas, y a la que se levantaba de labor fuera de tiempo, atábanle los pies, porque asentase y estuviese queda. Si alguna doncella decía: atabal suena, ¿a dó cantan? o cosa semejante, la castigaban reciamente, y reñían y encarcelaban a las amas porque no las tenían bien criadas y enseñadas a callar, ponderando que la doncella que tal palabra decía mostraba ser de liviano corazón y tener mal mortificados los sentidos. Parece que querían que fuesen sordas, ciegas y mudas, como a la verdad les conviene mucho a las mujeres mozas, y más a las doncellas. Hacíanlas velar, trabajar y madrugar, porque con la ociosidad, que es madre de los vicios, no se hiciesen torpes. Porque anduviesen limpias se lavaban con mucha honestidad dos o tres veces al día, y a la que no lo hacía llamábanla sucia y perezosa. Cuando alguna era acusada de cosa grave, si de ello estaba inocente, para cobrar su fama hacía juramento de esta manera: ¡por ventura no me ve nuestro señor dios! y nombraba el nombre del mayor demonio o quien ellos atribuían más divinidad, y poniendo el dedo en tierra besábalo. Con este juramento quedaban de ella satisfechos, porque ninguno osaba jurar tal juramento sino diciendo verdad, porque creían que si lo juraban con mentira, los castigaría su dios con grave enfermedad o con otra adversidad. Cuando el señor quería ver a sus hijos y hijas, llevábselos como en procesión, guiándolos una honrada matrona. Si ellos eran los que querían ver a su padre, ahora fuesen todos en general, o algunos en particular, siempre le pedían primero licencia, y sabían que holgaba en ello. Llegados ante el señor, mandábalos asentar en el suelo, y la guía lo saludaba en nombre de todos sus hijos, y le hablaba. Ellos estaban con mucho silencio y recogimiento, en especial las muchachas, como si fueran personas de mucha edad y seso. La que los guiaba ofrecía al padre los presentes que sus hijos llevaban, así como rosas o frutas que sus madres les daban para llevar al padre. Las hijas llevaban lo que habían labrado o tejido para el padre, como mantas de labores o otros doncellillos. El padre hablábalas a todas avisándolas y rogándolas que fuesen buenas, y que guardasen las amonestaciones y doctrina de sus madres y de las viejas sus maestras, y les tuviesen mucha obediencia y reverencia, y dábalas gracias por los presentes que le habían traído, y por el cuidado y

trabajo que habían tenido en labrarle mantas. Ninguna de ellas respondía a esto ni hablaba, más de hacer sus inclinaciones cuando llegaban y cuando se partían, con mucha reverencia y cordura, sin hacer meneos ni reírse ni de otra liviandad. Y con la plática que el padre les hacía volvían muy contentas y alegres. Cuando eran niños de teta tenían las amas mucha vigilancia en no allegar a sí las criaturas por no las oprimir y matar durmiendo (como suele acaecer cuando hay descuido) o las tenían en sus cunas, y en esto se desvelaban mucho las madres y las amas. Si acaso sucedía alguna travesura (que era por maravilla) de querer algún mancebo entrar en el lugar a los varones vedado donde estaban las hijas de los señores (aunque no fuese más de verle hablar con alguna), no pagaban ambos con menos que la vida, como acaeció a una hija de Nezahualpilzintli, rey de Tezcuco, que aunque su padre la quería mucho, y era hija de señora principal, y hubo muchos ruegos, no bastó todo sino que la mandó ahogar, no más de porque un mozo principal saltando las paredes se puso a hablar con ella y ella con él, y él se escapó y se puso en salvo, que de otra manera pagara.

DE LOS DAÑOS QUE LOS ESPAÑOLES HACEN A LOS INDIOS

Son tantos los inconvenientes que se han seguido y daños que se han recrecido con ellos, que no sé quién podría bastar a contarlos. Mas aunque no sean todos, relataré yo aquí los que me pudiere acordar, para los que tuvieren celo del servicio de Dios y bien de las ánimas, eviten o remedien los que buenamente pudieren. Cierto es que el mayor mal que se puede pegar a los indios en ruines y depravadas costumbres, antes será de gente soez y baja, que de gente noble y bien morigerada, y como los españoles, demás de ser muchos los que se meten entre indios (como arriba dije) faltos de cristiandad y policía moral, juntamente con esto siempre tienen en su compañía negros y mulatos, y mestizos de diversos géneros y mixturas, no es menos sino que de su cotidiana comunicación y trato se les pegue a los indios la principal roña de vicios, así en palabras como en obras, en atrevimiento y desvergüenzas, en malicias y ruindades, y en todo aquello que aparta del temor de Dios y respeto y vergüenza de los hombres. Los indios, puesto que fuesen flacos y pecadores, no queriendo que los tuviesen por tales, ora fuese

por miedo, ora por vergüenza o por lo que ellos se saben. Y a esta causa, para cometer una flaqueza o pecado, no se fían de conocido, ni amigo, ni de su propio padre, como comúnmente se dice. Ahora lo que han deprendido los que andan a la escuela, de estas diversas generaciones, es no sólo pecar sin temor ni vergüenza, más aún hacerse gavilla, y saberse concertar y ayudar unos a otros para sus malos recados, y preciarse y alabarse de ellos, y aun de lo que no hicieron. ¿Qué indio se atreviera en tiempo de su infidelidad a hurtar una mujer ajena, y llevársela por ahí adelante con tan disimulación y seguro como si fuese propia suya? No hubiera quien tal hiciera, porque sabía que no le había de costar menos que la vida, y que no podía huir a do no lo cogiesen. Ahora como han visto que sin pena se las quitan a ellos o a sus vecinos o deudos, hay millares de ellos que hacen lo mismo. El indio, si hurtaba, era ladrón ratero (trato después de cristiano, que en su infidelidad pocos se atrevieran a hurtar); mas después que han tomado atrevimiento con el ejemplo de españoles y de esotras gentes, tan buenos ladrones se van haciendo como ellos, y algunos ya salen a saltar en los caminos, y son estos los que se crían en los obrajes. que yo no sé en qué conciencias de hombres cristianos pudo caber consentir que en pueblos de indios se pusiesen semejantes cuevas de ladrones, ni sé cómo las dejan pasar adelante, hallando en todas las visitas que les hacen tantas maldades, que por ellas merecían les pusiesen luego fuego y abrasasen, y que no quedase memoria de obrajes. Cuanto más, que si son necesarios para la república, podríanse poner todos en pueblos de españoles y vedarlos en los de los indios. Los dueños de ellos son los mayores ladrones, pues hurtan y saltan a los hombres libres, y los encierran y los tienen captivos como en tierra de moros, y los indios que allí se crían, entrando y saliendo, roban las casas de los vecinos del pueblo si se descuidan. Cuando los indios no conocían españoles o criados de españoles en sus pueblos, no tenían puertas en sus casas, ni temor que en ellas les faltase alguna cosa, aunque todos fueran a la iglesia sin dejar guarda alguna. Ahora ni les bastan puertas, ni cerrojos con llave, porque se las abren o les saltan las paredes por ser muy bajas, y así es menester que quede la mitad de la gente los domingos y fiestas sin oír misa a guardar sus casas, so pena de hallarlas vacías de lo que tienen. Preguntará alguno: “¿pues estos indios de los obrajes, o gañanes, o criados de españoles, no oyen misa?,

¿no están en aquel tiempo en la iglesia?" Digo que no están en la iglesia, sino donde ellos quieren y como quieren, porque en siendo criados de españoles, tienen licencia para vivir en la ley que quisieren, sin que haya rey ni Roque que se lo pueda estorbar, como gente que no entra en cuenta de los que por cuenta y razón, orden y concierto son regidos en el pueblo. Uno de los mayores daños que la compañía de los españoles hace a los indios es mediante el vino, que por ser ellos inclinados a beberlo, sirve de reclamo y alcahuete para hacer los españoles cuanto quisieren de sus personas y bienes. Y así el ordinario entrar del español por convecino de los indios, es con una pipa por delante, y aacece en algún pueblo de indios, a do no residen más de doce o quince españoles, ser todos ellos taberneros o poco menos. Los males que de aquí han sucedido y cada día suceden, nadie los podrá contar; matarse los mismos compañeros y amigos unos a otros después de haber bebido, sin saber lo que hacen; matar también a sus inocentes mujeres, porque con el vino comúnmente son furiosos. El aporrearlas y herirlas, es el pan de cada día, venderles sus ropillas para beber, y cuando otras no hay, las suyas propias y cuanto pueden apañar. Las mismas mujeres casadas y por casar, acudir a las tabernas y venderse por el vino. Consumir la gente principal en este ejercicio sus tierras y casas es lo de menos, porque acabado el caudal piden prestado a españoles para beber, y no teniendo de qué echar mano, pagan las personas sirviendo en algún obraje. Muchos se hacen haraganes, que no puede aprovecharse de ellos su república, dando en jugar y guitarrear, que este es un artículo de la doctrina que en la escuela de los españoles han aprendido. ¿Quién nunca imaginara que no solos los indios, sino que también las indias mujeres habían de jugar a los naipes y saber tañer guitarras? Del juego pocas serán, pero ha de hacer y tañer guitarras en pueblos grandes, entiendo son más de las que sería menester. Demás de esto, hácense los españoles casamenteros de los indios, ordenando el casamiento de fulano con zutana, como más les cuadra, para servirse de ellos persuadiéndoselo a los mismos por la facilidad que tienen, y llévanlos a la iglesia, y quieren que el sacerdote, unos sin saber el Credo ni parte de él, otros sin examen ni averiguación de impedimentos, luego se los case. Y lo que de aquí sucede es, que como el casamiento no salió de su alhaja de ellos, en breve tiempo se desamparan y cada uno de ellos va por su par-

te. Y hartas veces se halla que él o ella eran casados en otro pueblo. Pues si venimos a malas costumbres de palabras y vicio de la lengua, es cierto que una de las cosas de que los indios carecían era ésta, que no sabían que cosa era jurar, ni maldecir, ni encomendar al demonio, y como entre los viejos cristianos, y más particularmente entre las mujeres, anda este lenguaje tan disoluto, váseles tanto pegando, que es compasión oírlo. Y no menos ver la mudanza que hay en la crianza de los niños y muchachuelos hijos de los indios de lo que solía, para quien los vio en otro tiempo criarse con una sinceridad, mortificación, obediencia y respeto, que no podía ser más en novicios de cualquiera religión, y con tanto seso y reportación desde niños de cuatro o cinco años, como si fueran viejos de cincuenta, que no parecían sino unos ángeles del cielo, tanto, que viendo los frailes cómo a los indios grandes era tan común el tomarse del vino, platicando sobre ello, solíamos decir: "Verdaderamente estos niños habían de ser los alcaldes y regidores de los pueblos, porque en esta edad tienen el seso y madurez que se puede desear, y después lo pierden por el mucho beber." Esto solíamos sentir de los indiezuelos cuando chiquitos, y no deja de haber algunos de ellos en estos tiempos. Mas ya como nuestros españoles lo tienen todo cundido, y no hay cuasi pueblo ni rincón a do no los haya, como con sus hijos (que hacen mil travesuras y tienen diferentes costumbres) se crían revueltos los de los indios, y tratan unos con otros, pierden su natural encogimiento y cobran osadía y atrevimiento, no para cosas de salud, sino de su perdición. Y aunque los daños contados son de mucha entidad, concluiré con uno de que se hace poco caso, y a mi pobre parecer habría de ser cuidado de inquisición el remediarlo, por tocar a la honra, acatamiento y reverencia que se debe a nuestro altísimo Dios, y es la poca con que muchos españoles y españolas en los pueblos de indios están en los divinales oficios, ya que vienen tarde y por mal cabo, porque están hablando y tratando ellos sus negocios y contratos, y ellas sus chismerías burlerías, y esto es ya muy común, y no como quiera, sino que las que pueden tomar primero lugar, se asientan arrimadas a las paredes para volverse unas contra otras y mirarse, como se miran y notan el afeite, tocado y atavío que traen, y esta es la materia o tema de su sermón, que han de tratar con las otras que después vienen, y hacen con ellas corrillo, estando las unas de lado y las otras de espal-

das al altar, y cuando mucho, se vuelven a él al tiempo que alzan el Santo Sacramento, y aún esto no pocas veces se les pasa por alto, que algunas yo lo he visto por mis ojos estando oyendo la misa mayor desde el coro, atravesándome saetas de angustia por el corazón, de ver tanta irreverencia y desvergüenza en los que usurpan indignamente el nombre de cristianos, dando tan mal ejemplo a gente nueva en la fe, y que tanta devoción y reverencia tenían cuando eran infieles en los templos de los demonios, y que esto no haya quien lo mire, y menos castigue, siendo un abuso que basta para destruir del todo la cristiandad, y dar en herejías y menosprecio de Dios. Otro que tal es el abuso de los copetes de las mujeres, que parecen diademas de santos, y no hay mujercilla por baja que sea que no quiera usarlos. Y viendo esto los indios, ¿qué han de pensar, sino que las santas de quien les predicamos, eran como éstas en quien ven tan ruines costumbres de obras y palabras, que más parecen de gente sin juicio, que de mediana cristiandad? Porque salidas de la iglesia andan desnudas entre los indios, peores que las muy soeces berceras. Ruego yo a Dios que algún inquisidor tome esta causa, por la honra y reverencia de las santas.

Del daño que ha hecho y hace el llamarse los españoles cristianos, para la cristiandad de los indios.

El título de este cuarto libro (como en su principio parece) es del aprovechamiento de los indios en su cristiandad. Y porque este no ha sucedido tan felice y próspero como sus ministros deseábamos voy declarando desde el capítulo treinta las causas de esta esterilidad. Y entre las demás, no ha sido de poco momento un terrible abuso que inconsideradamente se introdujo a la entrada de los españoles en estos reinos, y con menos consideración se sustenta y lleva adelante con harto perjuicio de la cristiandad de los indios, y es, que los españoles entraron en esta tierra de Indias con título de cristianos, y con este mismo título se diferencian el día de hoy de los indios, como si a cabo de setenta o ochenta años que recibieron la fe y se bautizaron los indios, no fuesen cristianos como lo son los españoles y italianos, y los de otras naciones. Si los españoles cuando conquistaron a los indios pretendieron dejarlos en su infidelidad y idolatría en que los hallaron envueltos, bien caía el intitularse cristianos para diferenciarse de los que no lo habían de ser.

Pero si era su intento traer a los indios al conocimiento y confesión de la fe de nuestro Señor Jesucristo, y a que fuesen cristianos, como ahora lo son, no debieran entrar con este renombre, sino con el de su nación de españoles, y no afrentarse sino antes gloriarse de él, y juntamente pudieran añadir que eran mensajeros de un solo y poderosísimo Dios, que a todos nos crió, y venían a dárselo a conocer, pues no lo conocían, como yo he aconsejado lo hagan los que ahora van al descubrimiento que llaman del Nuevo México. Ejemplo nos dejaron de esto en la primitiva Iglesia los santos apóstoles y discípulos de Cristo nuestro Redentor, que con haber mucho tiempo que creían en él, y haber convertido gran multitud de gente de su misma nación hebrea en Jerusalem y por toda Judea y Galilea y Samaria, nunca tomaron el título de cristianos hasta que de ellos y de los gentiles se hizo una Iglesia, cuando muchos de ellos en notable número se convirtieron en Antioquía. Los inconvenientes que de no se haber recitado en esto pueden suceder entre los indios, muy manifiestos son para quien los quisiere advertir y considerar. Cosa clara es que oyendo los indios y viendo (como a cada paso lo oyen y ven), que al español llaman cristiano a diferencia de ellos, diciendo al indio: llámame aquel cristiano, dí esto a aquel cristiano, si me buscare algún cristiano dí que no estoy aquí; cosa clara es, como he dicho, que tratándose este lenguaje (como generalmente se trata por todos los españoles, mestizos y mulatos y negros, y algunos ministros de la Iglesia), habrá muchos indios que hagan reflexión de ello, y digan entre sí cada uno: "Luego yo no soy cristiano. Si al español y al mestizo cualquiera que sea, llaman cristiano no más de porque no es indio, luego el indio no es cristiano. Yo soy puro indio, luego no soy cristiano". Y en esto no hay duda sino que vacilarán y dudarán, diciendo: "¿Si soy cristiano o no?" que es harto inconveniente. Pues pasemos adelante. Quien duda sino que habiendo visto y viendo los indios (como ven cada día) muchos españoles de muy mala vida y costumbres, y que sin respeto de alguna caridad o proximidad, sin propósito alguno los aperean y maltratan, y les toman sus hijas y mujeres, y por fuerza les quitan lo que tienen y hacen otros semejantes insultos, y ven que a estos tales los llaman cristianos, dirá el indio con mucha ocasión y razón. "Si a éstos llamáis cristianos, viviendo como viven y haciendo lo que hacen, yo me quiero ser indio como me llamáis, y no quiero ser cristia-

no." Y de aquí viene que toman odio y aborrecimiento al nombre de cristiano, y por consiguiente al nombre de Cristo de donde se deriva, como de hecho lo han aborrecido al de cristiano en todas las partes de las Indias adonde aún no tenían perfecta noticia de la fe de Cristo. Y si no me creen, vayan a los chichimecos o a otros indios que estén medio alterados o escarmentados de entradas de españoles, y díganles que van a su tierra cristianos, y verán como en un momento cogen el hato y huyen al monte con grito y alarido del nombre de cristianos, como quien dice: "Ladrones, ladrones, corsarios, corsarios; enemigos, enemigos." Y a esta causa, los que de ellos quieren oír la doctrina y sujetarse a la fe, suelen decir a los frailes que van a predicarles: "Venid vosotros cuando quisiéredes; mas no traigáis en vuestra compañía cristianos." Y esto mesmo se confirma más claramente por lo que hemos experimentado aún de los más doctrinados y domésticos indios, que cuando se quejan de un fraile de malas costumbres o mal acondicionado y penoso, dicen: es como un cristiano. De suerte que el nombre de cristiano lo toman por malo y perverso. Y puesto que ellos quieren en aquello decir, es como un hombre seglar, al fin el nombre de cristiano lleva sobre sí aquella injuria y afrenta, por haber los españoles usurpado para sí este nombre, comunicándolo a todo género de buenos y malos, y excluyendo de él a solos los indios. Por esto dijo con mucha razón el glorioso S. Agustín: "Los que mal viven y se llaman cristianos, injuria hacen a Cristo. De los cuales está dicho y escrito, que por ellos el nombre de Dios es blasfemado." Y es la autoridad que alega del apóstol S. Pablo, que escribiendo a los romanos hebreos, los reprende porque preciándose de pueblo escogido de Dios, y a quien Dios particularmente dio su ley, no la guardaban, y menospreciaban a los gentiles que no la habían recibido, viviendo por ventura muchos de ellos según la ley de naturaleza más justificadamente que los hebreos en su ley. Y a esta causa les dice: "Por vosotros es blasfemado el nombre de Dios; es a saber, porque os preciáis y alabáis de ser pueblo suyo y os arreáis de su nombre, y vivís peores que gentiles." Y cuanto Dios sea ofendido y se queje de que se dé ocasión a las gentes de blasfemar su santo Nombre, y cuanto rigor castigue esta su injuria, podemoslo entender de lo que usó con el santo rey David, que perdonándole por sus lágrimas y penitencia los pecados de adulterio y homicidio que había cometido, no

le quiso perdonar la ocasión que a sus enemigos había dado de blasfemar el nombre del Señor, pues podían decir: "Mirad cuál será este Dios a quien reconoce David, pues con tal hombre como él, adúltero y homicida, tiene amistad y le hace caricias y favores." Y por esto lo castigó con la muerte del hijo que de Bethsabé le había nacido. Yo alabo a mi Dios, que en llegando a esta tierra me dio conocimiento de este error, y jamás tal palabra salió por mi boca de llamar al español, sino español, y al mestizo mestizo, y al mulato mulato, y al indio indio, y a todos los tuve siempre por cristianos, buenos o malos, pues son bautizados. Y a mis hermanos los frailes, que les veía seguir este abuso, siempre he procurado de les ir a la mano, que a los seglares no me atreviera por no trabar pendencia con ellos, y a los indios en veces se lo he predicado, mas como soy solo, o habrá pocos acaso que miren en ello, por esta vía no lleva remedio. Har-to he deseado que por otra lo hubiese con mandato del Santo Padre por obediencia y poniendo pena de excomunión al que a sabiendas lo quebrantase, y a algunos de mis prela-dos lo he escrito a España, sino que con otros cuidados más cercanos lo deben de olvidar. De los señores obispos de estas partes me suelo admirar cómo no advierten en esto y en otras cosas de que sus ovejas tienen necesidad, para alcan-zarlas del Sumo Pontífice, a lo menos dando de ellas aviso al real consejo de Indias, para que por parte del rey nuestro señor se pidan a la Sede Apostólica, pues en este caso el ca-mino más cierto por donde todos los menesteres de Indias se deben guiar.

En que se suman muchas cosas que para la cristiandad de los niños han hecho y hacen daño.

No se me ha olvidado lo que tengo escrito en el capítulo veinte y uno de este mismo libro, de algunas naturalezas y buenas condiciones o costumbres que conocimos en los indios de esta Nueva España, muy favorables para su salvación.

Y porque algunos viendo y experimentando las contrarias en muchos de ellos, no me arguyan de pecado, voy de-clarando las muchas ocasiones que por diversas vías se les han dado y tienen, para que, puesto cosa que ellos fueran como ángeles se vuelven poco menos que unos demonios. Y a esta causa no es maravilla que muy muchos de ellos ha-yan perdido hasta parte del buen natural que sus pasados

en uso tuvieron, y aprovechado poco en la virtud y cristianidad, que más que a otras naciones se les ha predicado. Yo los conocí en un tiempo, que por maravilla hallaran indio que le vieran esternudar, y lo noté por espacio de muchos días, maravillándome de ello. Y era porque sólo comían lo que naturaleza había menester para sustentarse, no más que dos o tres tortillas de maíz y unas yerbezuelas cocidas con un poco de ají o chile, que en España llaman pimienta de las Indias. De suerte que no criaban humores superfluos, que tuviesen necesidad de expelerlos por aquella vía. Ahora esternudan hasta los niños de teta, recibéndolo de sus padres, porque comen carne y las demás viandas que nosotros los españoles comemos, con lo cual crían humores gruesos y superfluos, como nosotros los criamos, y por tanto esternudan como nosotros esternudamos. De esta mesma manera les ha acaecido en la mudanza de las condiciones, cualidades y costumbres antiguas. Eran comúnmente mansos, humildes, dóciles, quietos y pacíficos (fuera de tener guerra con sus enemigos), y tenían las demás cualidades con que yo allí los pinté. Si ahora se hallaren muchos de diferentes costumbres, no es de maravillar sino cómo todos ellos no se han pervertido y trocado del todo, según las ocasiones que se les dan y han dado de malos ejemplos que de nosotros han recibido y reciben. Yo me acuerdo de cuando muchos de ellos, así principales como plebeyos, de su voluntad se aplicaban a saber leer y escribir, y con lo que aprendían se ocupaban en cosas de devoción, y se ejercitaban en ellas con harto aprovechamiento, mas ahora a sus hijos no los podemos traer a las escuelas, ni hay quien se aplique a cosa de saber ni entender, porque unos quieren más ser arrieros, carreteros, pastores o estancieros y criados de españoles, para con aquello eximirse de la pesada rueda que anda en los pueblos de los indios con el servicio personal de por fuerza y trabajos ordinarios de su república, que aplicarse a lo que dicho tengo. Y también porque los que se quedan en sus pueblos tienen harto que hacer en poder vivir y hallar tiempo para curar de sus sementeras y pobres granjerías con qué sustentarse, ayudándose de sus hijuelos desde que saben andar, sin acordarse de que aprendan algo para conocer a su Dios y procurar de servirle y salvar las ánimas. Cuanto más teniendo como tienen cada día tantos incentivos y motivos de mal ante sus ojos y siendo la humana naturaleza después del pecado tan inclinada a lo malo (como lo dijo ese mesmo Dios), y

la de los indios aún más flaca, por no haber recibido tanto talento. ¿Pues qué han de hacer, sino irse tras lo malo que ven y olvidarse de lo bueno que les han enseñado? Si su natural complexión es tan cálida que en el tiempo del mayor frío (con andar cuasi desnudos) están ardiendo, si les ponen tantas tabernas de vino adelante. ¿qué han de hacer sino beber hasta más no poder, y después de borrachos cometer enormes delitos de incestos y otras carnalidades, y homicidios? Diréisme que para remedio de esta está ya hecha ley que no se venda vino a los indios. ¿De qué sirve esa ley, si de ella no se saca otra cosa más de que el corregidor se aproveche de la pena, que es dinero, y deja vender al tabernero cuanto quisiere sin irle a la mano, antes se huelga que caiga en la pena por lo que de allí se le paga? ¿Qué ha de hacer el indio si ve tanta remisión en la ejecución de la justicia, que mandando el rey que estén abiertas y patentes los obrajes y no se cierren, solamente cuando el oidor o visitador está presente se abren y en volviendo las espaldas se tornan a cerrar como de antes, o a lo menos, ya que por cumplimiento los abren, ponen a la puerta un hombre a caballo con una azcona o lanceta, que mire y estorbe si el indio sale y lo apremie a que se entre, aprovechándose del refrán que dice: "hecha la ley, pensada malicia", y todos los daños que fue a remediar el visitador se vuelven al mismo estado en que primero estaban, como si en el pueblo no oviese justicia ordinaria que podría (si quisiese) conservar el remedio que el visitador dejaba puesto? Y de aquí forma el indio un concepto, que en las visitas y diligencias que hacen las justicias, no se pretende el remedio de los males para desterrarlos de raíz, sino sólo hacer una demostración de poner temor por manera de cumplimiento. ¿Qué han de hacer los indios, si ven que los carreteros usan hurtar las mujeres y hijas apenas en los pueblos por do pasan, y llevárselas encerradas en los carros entre las pipas, donde no se puedan ver, y no hay justicia que lo cele, debiendo visitarlos los jueces a quien está a cargo, los cuales por una bota de vino que les dan los carreteros, callan y disimulan con todo, y no se remedia este robo e insulto, si no es que algún religioso lo vea o sepa y procure el remedio? Por esto muchos de los indios se aplican a ser carreteros, porque viven como en la ley de Mahoma, en libertad, borrachos y amancebados, sin saber cosa alguna de doctrina cristiana, más que los mismos moros. Y el bueno del carretero su amo

alega para descargo de su conciencia, que si no los consintiese vivir a su apetito de aquella manera, no tendría servicio, que todos se le irían en busca de otro amo. Mas yo fiador, que si todos los carreteros fuesen buenos cristianos, temerosos de Dios, y en ninguno de ellos hallasen acogida para semejantes vicios, nos les faltarían mozos que les sirviesen en el oficio, viviendo cristianamente. ¿Qué han de hacer los indios, si ven que hay salteadores asalariados de los ganaderos y estancieros, a trescientos pesos por año, que les roban y captivan sus hijos pequeños y hijas, llegando a boca de noche a sus pueblos para cogerlos descuidados, y con algún achaque los llaman y cogen y ponen sobre sus caballos, y los transportan muy lejos de allí porque no atinen a volverse, y saben que ninguno de éstos por ello ha sido castigado? Y éstos sin ninguna vergüenza se precian de aquel oficio, diciendo unos a otros: "Vamos a caza de morillos", como suelen decir en España en las fronteras de Berbería. Todo esto procede de que cuasi generalmente los que tienen cargo de la justicia no hacen caso de los delitos que los españoles cometen contra los indios, habiendo de ser (según toda razón) al contrario, porque los indios que son nuevos en la fe, se confirman más en ella, viendo que los cristianos viejos se rigen por el nivel de la recta justicia, y con esto se edificasen, como se edifican los que viven en una ciudad como México, que si ven entre los españoles gente descompuesta y desbaratada, ladrones y otros malhechores, ven también que a unos azotan, y a otros ahorcan, y a otros descuartizan, y a otros queman; y por otra parte ven mucha gente honrada, muy compuesta, de mucha honestidad y crianza, de mucha devoción y concurso a los sermones y a las confesiones y a hacer limosnas y otras muchas obras buenas y santas, y también ven por todas partes monasterios de frailes y de monjas, tanta frecuentación de misas y oficios divinos en alabanza del Señor, desde que Dios amanece hasta medio día, y después otras horas a la tarde, de todo se satisfacen y edifican, así del castigo de los malos como del ejemplo de los buenos. Por lo cual la gente de más cristianidad entre los indios es la de la misma ciudad de México y la de su contorno que comunica con ellos, mas la de fuera de México no es tanto, por haber entre ellos gran confusión y behetría, y la justicia que entre ellos se guarda es justicia de compadres. Porque los alcaldes mayores y corregidores, ordinariamente son los de los españoles que viven entre

los indios, y lo mesmo los escribanos y intérpretes, y todos ellos unos a otros se ayudan, y no pretenden otra cosa sino aprovecharse en lo que pudieren, pidiendo a los indios el maíz, las aves, los huevos, la yerba, y lo demás que tienen, por la mitad de lo que vale, no sólo para el sustento de sus casas, sino también para revenderlo y ganar al doble, sin otras mil socaliñas, que quererlas contar sería nunca acabar. Pues ir el indio a pedirles justicia, es para su daño. porque si el que a él le han hecho monta dos pesos, por principio de querrela ha de entrar con cuatro para el intérprete y escribano, y al cabo (si el pleito es con español) tendrá trabajo en alcanzar su justicia, porque dicen estos jueces que los españoles, y particularmente los vecinos del pueblo donde ellos residen, han de ser favorecidos y preferidos a los indios. Cada vez que me acuerdo y oigo semejantes agravios, alabo al justo y verdadero juez, que tan bueno y tan ancho infierno hizo para los jueces. Trato aquí de lo que pasa en común, que en particular, corregidores y alcaldes mayores hay (aunque pocos) a quien esto no atañe y toca, temerosos de Dios, que con especial cuidado amparan y defienden a los indios en las vejaciones que se les hacen, sino que a las veces, tan buen cargo lleva, o por ventura mejor, el que más roba, como el que tiene cuenta con su conciencia, porque los tales, como hijos del siglo. son más entremetidos y negociantes, y saben traer (como dicen) el agua a su molino. Pues qué diremos de los ejemplos que los indios reciben de algunos de nosotros los eclesiásticos, entre los cuales no falta quien los aperree y aporree, como lo hacen los seglares de poca suerte, que los hombres honrados (aunque seglares) no se apocan a esta bajeza ni abajan a esta poquedad, y por eso dicen los indios de los tales, que no son teopixques, que quiere decir dedicados a Dios, sino cristianos, como los seglares se nombran. que es harto mal que este nombre ande en uso de tan mala opinión entre los nuevos en la fe. Pregunto, pues, ¿qué cristiandad queremos pedir a los indios, si en los que hemos de ser su ejemplo y dechado de toda virtud, ven todas las condiciones contrarias a las que el apóstol dice que ha de tener el sacerdote? Que ha de ser de vida inculpable, como ministro de Dios, no soberbio ni impaciente, no destemplado en comer y beber, no rencilloso, ni codicioso sino caritativo, benigno, templado, justo, santo, honesto y docto, para dar cuenta y satisfacción del oficio que le está encomendado. Si el indio me ve a mí, que soy

su sacerdote, nada ocupado en oración y lición, ni recogido, ni ejercitado en obras de virtud, mas todo distraído, y deramado en cazas, juegos, parlerías, liviandades, y en comer y beber, ¿qué ha de hacer él, sino imitarme en estas malas costumbres y darse a placeres, sin cuidado ni memoria del Evangelio de Cristo? Y lo que peor es, si me ve disoluto, carnal y deshonesto, ¿cómo no tomará ocasión con esto para que sin temor de Dios y vergüenza de la gente se dé desenfrenadamente a este vicio? Porque al remordimiento de la conciencia (si asomare) le dirá: "Pues que el sacerdote y ministro de Dios lo hace, no debe de ser tan gran pecado", y al que se lo afeare, se excusará con esto mismo. ¡Oh sacerdotes y religiosos que sin consideración de vuestro estado y de la observancia y pureza a que os obliga vuestra profesión, desdoraís el oro de la vida apostólica con que vuestros antecesores adornaron la predicación del santo Evangelio, escandalizando y pervirtiendo los corazones de los pequeñuelos y nuevos en la fe! ¿Quién pudiera representaros al vivo el castigo y tormentos que os están aparejados, en lugar de la corona que pudiérades alcanzar con la debida ejecución del oficio y dignidad que indignamente recibistes? Acordaos (si podéis) de lo que dice el Señor, que el ánima que pereciere no sólo por vuestro mal ejemplo, sino por vuestro descuido, os pedirá estrecha cuenta de ella, y os la hará pagar hasta el último cuadrante, alma por alma, pues fuistes puestos por atalayas de la casa del Señor. ¿Pues qué será si tantas almas por vuestra culpa perecieron? En el juicio de Dios no sé qué será de los indios descuidados y faltos en la vida cristiana; mas en el que se nos tomará a nosotros, no hay para qué echarles la culpa a ellos, sino a los aquí referidos, que los pervierten con sus malos ejemplos.

HERNANDO ALVARADO TEZOSOMOC

Nieto de Moctezuma, nació en la ciudad de México entre 1525 y 1530. Falleció en esa ciudad cerca de 1610.

Como descendiente de la nobleza Tenochca tuvo acceso a buenas fuentes de información. Sus obras conocidas son dos, la *Crónica Mexicana* escrita en español y la *Crónica Mexicayotl*. La primera representa el mejor testimonio, un tanto exagerado, de la historia de la capital mexicana, de Acamapichtli hasta Moctezuma II. Escrita hacia 1598, fue publicada por Kinsborough en el tomo nueve de sus *Antiquities of Mexico*. Orozco y Berra, que la reeditó en 1878, la estudió y encontró sus relaciones con el *Códice Ramírez*. Posteriormente ha sido estudiada por Mario Mariscal, para una refundición de la Biblioteca del Estudiante Universitario, No. 41, México, Ediciones de la Universidad Nacional, 1943.

La *Crónica Mexicayotl*, escrita en 1609, no fue publicada sino hasta hace pocos años, gracias a la versión de Adrián León, desgraciadamente malogrado para la lingüística y la historia mexicana, quien preparó pulcrísima edición, México, Imprenta Universitaria, 1949.

La labor de este historiador ha sido estudiada por Orozco y Berra en su edición, así como por Mariscal y León. Muy útil es el trabajo de D. V. McPheeters, "An Unknown Early Seventeenth-Century Codex of the *Crónica Mexicana* of Hernando de Alvarado Tezozómoc", in *THAHR*, Vol. XXXIV, 1954, p. 506-512; y con gran maestría por Angel María Garibay en su *Historia de la Literatura Náhuatl*, 2 v. México, Editorial Porrúa, S. A., 1953-54, II-299-308.

Ver también: D. W. McPheeters, "An Unknown Early Seventeenth-Century Codex of the *Crónica Mexicana* of Hernando Alvarado Tezozomoc", *THAHR*, XXXIV, no. 4, november, 1954, p. 506-512.

Fuente: Hernando Alvarado Tezozomoc. *Crónica Mexicana*, escrita hacia el año de 1598. Notas de Manuel Orozco y Berra. México, Editorial Leyenda, S. A., 1944. 545 p., p. 517-527.

EL ENCUENTRO CON LOS ESPAÑOLES

A pocos días vino un mazelual natural de Mictlancauh-tla, que nadie lo envió, ni principal ninguno, sino sólo su autoridad. Luego que llegó a México, se fue derecho al palacio de Moctezuma y díjole: señor y rey nuestro, perdóname mi atrevimiento: yo soy natural de Mictlancauh-tla; llegué a las orillas de la mar grande, y vide andar en medio de la mar una sierra o cerro grande, que andaba de una parte a otra y no llega a las orillas, y esto jamás lo hemos visto, y como guardadores que somos de las orillas de la

mar, estamos al cuidado. Dijo Moctezuma: sea norabuena, descansad y este indio que vino con esta nueva no tenía orejas, que era desorejado, tampoco tenía dedos en los pies, que los tenía cortados. Díjole Moctezuma a Petlacatl, llevad a este y ponedle en la cárcel del tablón, y mirad por él: hizo llamar a un Teuctlamacazqui y díjole: id a Cuetlaxtlan, y decidle al que guarda el pueblo que si es verdad que andan por la gran mar, no se qué, ni lo que es, que lo vayan a ver, y que qué es lo que guarda o encierra la mar del cielo, y esto sea con toda brevedad y presteza, y llevad consigo en vuestra compañía a Cuitlalpitoc: llegados a Cuetlaxtlan dijeron y contaron la embajada de Moctezuma, y estaba muy atento el Cuetlaxtecatl, llamado Pinotl, respondió: señor, descansad y vayan luego prácticos que vean y anden las orillas de la mar, y verán lo que es: fueron a registrar y volvieron a toda prisa a dar noticia al Calpixque Pinotl, diciéndole cómo era verdad, que andaban como dos torres o cerros pequeños por encima de la mar. Dijo el Teucnenenque a Pinotl: señor, quiero ir en persona a verlo y cómo son, para dar fe como testigo de vista, y estaré con esto satisfecho y haré la relación conforme lo que viere; y así fue luego con otros tres, que era el Cuitlalpitoc y otro Cuetlaxtecatl, y luego que llegaron vieron lo que andaba por la orilla del mar, y habían salido con un barco y estaban pescando siete u ocho de los del barco con anzuelos: el Teucnenenque y el Cuitlalpitoc se subieron en un árbol, que llamaban árbol blanco, muy copado, y desde allí los estaban mirando cómo cogían pescado: y habiendo acabado de pescar se volvieron otra vez a la nao con su batel o barquillo. Dijo el Teucnenenque: vamos, Cuitlalpitoc: bajáronse del árbol, y volvieron al pueblo de Cuetlaxtlan, y al instante se despidieron de Pinotl. Volviéronse con toda la brevedad posible a la gran ciudad de México Tenuchtitlan, a dar la razón de lo que habían ido a ver. Llegados a México, fuéronse derechos al palacio de Moctezuma, a quien hablaron con la reverencia y humildad debida: dijéronle: señor y rey nuestro, es verdad que han venido no sé qué gentes, y han llegado a las orillas de la gran mar, las cuales andaban pescando con cañas y otros con una red que echaban; hasta ya tarde estuvieron pescando, y luego entraron en una canoa pequeña y llegaron hasta las dos torres muy grandes y subían dentro, y las gentes serían como quince personas, con unos sacos colorados, otros de azul, otros de pardo y de verde, y una color

mugrienta como nuestro ychtilmatle, tan feo: otros encarnado, y en las cabezas traían puestos unos paños colorados, y eran bonetes de grana, otros muy grandes y redondos a manera de comales pequeños, que deben de ser guarda sol (que son sombreros) y las carnes de ellos muy blancas, más que nuestras carnes, excepto que todos los más tienen barba larga y el cabello hasta la oreja les da: Moctezuma estaba cabizbajo, que no habló cosa ninguna.

Al cabo de gran rato habló Moctezuma y dijo: vos sois principales de mi casa y palacio; no puedo dar más fe ni crédito a otra persona más que a vos, porque me tratáis la verdad cada día: id ahora vos y el mayordomo, y traedme al que está preso en la cárcel, que vino por mensajero de la costa: idos por él a la cárcel adonde estaba entapiado: fueron, y abriendo las puertas no lo hallaron donde lo habían puesto, de que quedaron admirados y espantados: fuéronse-lo a decir a Moctezuma, de que quedó más espantado y admirado, y dijo: en fin, es de la costa natural, que casi todos son nigrománticos, pues mirad lo que os mando con pena, que si alguna cosa descubriéredes de lo que os digo, debajo de mi estrado os tengo de enterrar, y morirán vuestras mujeres e hijos, y os despojarán de todos vuestros bienes y desharán vuestras casas, hasta los postreros cimientos, hasta que salga agua de ellos, y asimismo morirán vuestros deudos y parientes; y traedme secretamente dos plateros muy buenos oficiales de obra primorosa, y dos lapidarios de los buenos gastadores de esmeraldas. Dijéronle: señor, aquí están los oficiales que mandaste traer. Dijo Moctezuma: hacedlos entrar acá: entraron y díjoles: venid acá, padres míos; habéis de saber que os envié a llamar para que hagáis cierta obra, y mirad que no lo descubráis a hijo de madre; so pena de las graves penas de tirar hasta los cimientos de casas, pérdida de bienes y muerte vuestra; de mujer, hijos y parientes, porque todos han de morir: cada uno ha de hacer dos obras, y se han de hacer delante de mí, aquí secretamente en este palacio adonde ahora estamos: hase de hacer un ahogadero o cadena de oro de a cuatro dedos cada eslabón, muy delgado, y han de llevar estas piezas y medallas; en medio unas esmeraldas ricas, y a los lados, como a manera de zarcillos, de dos en dos, y luego se harán unas muñequeras de oro y su cadena de oro colgando de él, y esto con toda la brevedad del mundo. A los otros oficiales les mandó hacerse dos amosqueadores grandes de rica plumería, y en medio una media

luna de oro, y de la otra parte el sol muy bien bruñido el oro, que relumbre de lejos, y dos brazaletes de oro, con muy rica plumería. Y a los lapidarios les mandó hacer a cada uno dos muñequeras de dos o para las dos manos y para los dos pies, de oro, en medio engastadas ricas esmeraldas. Y mandó al mayordomo Petlalcatl, que trajese luego secretamente mucho oro que estaba en cañutos, y mucha plumería rica y de la menuda, la más suprema de las aves tlauhquechol y tzinitzcan zacuan, y muchas esmeraldas y otras piedras ricas de muy gran valor: todo lo cual dieron a los oficiales, y en pocos días fue acabada toda la obra: y una mañana, luego que se levantó Moctezuma, enviaron a uno de los corcovados a rogar al rey Moctezuma que se llegase al aposento de los oficiales. Habiendo entrado, después de haberle hecho todos gran reverencia, le dijeron: señor nuestro, la obra toda está de todo punto acabada: veisla aquí, señor: parecióle muy bien todo lo hecho a Moctezuma: díjoles que estaba muy hecho y a su contento y placer: hizo llamar a Petlalcatl su real mayordomo y díjole: a cada uno de estos mis abuelos, dadles a cada uno una carga de mantas de las de a diez brazas y de a ocho, y de a cuatro, y mantas ricas, pañetes, hueipiles, naguas para mis abuelas, maíz, chile, pepita, algodón, frijol, a cada uno igualmente, y con esto se fueron muy contentos los oficiales a sus casas. Llamó a Tlilcalqui y díjole: ya está acabado lo que habéis de llevar, y habéis de partir a dar este presente a los que son ahora venidos, que entiendo que es el dios que aguardamos Quetzalcoatl, porque los viejos de Tulan tienen por muy cierto que les dejó dicho su dios Quetzalcoatl que había de volver a reinar a Tulan y en toda la comarca de este mundo, y que cuando se iba llevaba e iba dejando atrás de él los montes, ríos, los minerales de oro y piedras preciosas, que hoy las tenemos y gozamos, y pues se tiene por cierto que ha de volver éste que ahora vino debe de ser, pues dejó dicho en Tulan que de todo había cumplimiento de sus tesoros y de todo género en este mundo, y que había de volver de adonde iba al cielo a ver al otro dios, que es llamado el lugar adonde iba Tlapalan, que fue por la mar arriba, y en efecto, debe de haber vuelto a gozar lo que es suyo: pues este trono, silla y majestad suyo es, que de prestado lo tengo; como tal sutilmente iréis a Cuextlan y diréis a Pinotetl, que luego mande hacer todo género de comidas, tamales muy bien hechos, que vayan calientes, tortillas comunes y con frijoles los ta-

males, redondos como gordas varas y todo género de aves cocidas, asadas, codornices, venados en barbacoa, conejos, chile molido, quelites cocidos, de muchos géneros y frutas como plátanos, anonas, guayabas y chayotes, y si viéredes que comen de todo género de esto, verdaderamente es el que aguardamos Quetzalcoatl, y en viendo que todo esto no quieren comer, en esto conoceremos que no es él, y si quiere carne humana y os comiere, mucho de enhorabuena, que yo tomo a mi guarda, cargo y amparo vuestra casa, mujer e hijos para siempre; no dudéis de ello; y si como digo fuere, el que por estas señas le veréis, vestidle y adornadle de todas las pre-seas que llevaréis y a la postre le presentaréis las piezas acabadas de oro, pedrería y plumería; que le ruego y suplico humildemente que venga a gozar su silla y trono que le tengo en guarda, y así sutilmente luego de mañana os podéis partir, y llevaréis consigo a Cuitlalpitoc, y si allá se lo comieren, para eso fue comprado como esclavo que es: y os torno a ratificar, que si os sucediere lo contrario, ya señalo a vuestros hijos por mayordomos de dos pueblos, para que de ello coman y vistan para siempre jamás, e irán otros cuatro mexicanos mazehuales con vos, que lleven cargado lo que habéis de llevar. Otro día de mañana partieron con la brevedad posible, caminando de día y de noche. Llegados a Cuertlaxtlan hablaron con Pinotetl sobre que luego se hiciesen doce o quince cargas de todo género de comidas y guisados, con sus ollas y chiquihuites nuevos y galanos; muchas gallinas asadas y cocidas, huevos y pescado y todo género de fruta: cargáronlo a media noche: cuando vino a amanecer estaban a las orillas de la mar, con todo lo que habían llevado, y dijo a los tamemes que se volviesen todos salvo uno, y Cuitlalpiltoc; y como salió el sol estaban mirando a las naos, y los marineros dijéronle al capitán cómo tres indios daban de mano y llamaban: luego mandó el capitán echar el batel, y saltaron tres o cuatro de ellos, y a poco rato llegaron adonde ellos estaban: preguntándoles que quiénes eran y de dónde eran, los mexicanos como no entendían sino con señas que hacían, que les llevasen adonde estaba el señor de ellos, que lo querían ver y dar todo aquello: y así comenzaron a meter en la balsa todas las comidas y lo que llevaban, y embarcados llegaron a la capitana adonde estaba un estandarte real, y el Tlilancalqui estuvo atento y mirando el estandarte, lo que en él estaba figurado, y en todos los navíos estaban mirando en las compuertas los españoles la gente nueva, y asomado el

capitán y Marina intérprete, una india que traían en las naos, la que dieron y presentaron al capitán Don Fernando de Cortés con otras indias en Potonchan. Díjoles la india Marina: venid acá, ¿de dónde sois naturales? Respondieron y dijeron: señora, somos de la gran ciudad de México Tenuchtitlan: díjoles ella: ¿a qué venís por acá? Dijéronla: señora e hija nuestra, a sólo ver a este señor que traéis con vos: tornó a entrar la Marina y habló con el capitán: luego tornó a asomar en la compuerta y díjoles: ¿cómo se llama vuestro rey y señor? Dijeron: señora, llámase Moctezuma: replicó ella: ¿qué dijo? ¿Para qué os envió acá? Respondieron los mexicanos y dijeron: quiere saber a dónde va, o qué viaje lleva el señor. Respondió ella: dice este dios vuestro Teutl, que solamente desea ver y visitar al rey Moctezuma, dijeron ellos: decidle, hija y señora, que solamente le queremos ver y dar este pequeñito presente, y que su silla y trono en que yo estoy es suyo, que lo tengo en tenencia y posesión; y luego desde allí le dieron los presentes de oro, plata, joyas y plumería, que llevaban para él; luego que fue recibido del capitán, fueron miradas de todos los españoles que con él venían, y lo tomaban de mano en mano, del uno al otro; luego dijeron los mexicanos: señora e hija, también traemos esta comida fresca para él y bebidas de muy buen cacao que beba el dios. Díjoles ella: dice el dios que la comida la comerá, si primero coméis vosotros de todo y de cada cosa, para que lo vea: entonces los mexicanos comenzaron a comer y beber muy a su placer, de todo género de comidas y bebidas; y a estos estaban mirando todos los españoles cómo los tres naturales comían de todo género de comidas, bebidas y frutas; y luego tras ellos comieron luego todos los españoles, y les supo muy mucho, de ver comida fresca que tanto gusto les diese; al cabo y a la postre, les dijo: decidles a estos nuestros hijos y hermanos, que en recompensa de este regalo ¿que qué les daré o enviaré? Que coman esta comida de camino. Y les dieron a dos semitas algo añejas: luego les dijo la Marina, ¿qué les daré que beban, pues no tengo otro refrigerio si no es un poco de vino con que me consuelo? Y así les dio vino, y bebieron que se embriagaron. Dijéronle a la señora que se querían volver con respuesta a su rey y señor Moctezuma: preguntó Marina que cómo se llamaba el mensajero. Díjole: llámome Tlilancalqui: y díjoles que todos le besaban las manos a Moctezuma; que ellos volverían dentro de ocho días, que le iría a ver.

Con esta resolución los tornaron a embarcar, y salieron al puerto de la Veracruz, estando el capitán Don Fernando de Cortés en San Juan de Ulúa. Salidos los mensajeros, tomaron el camino en la mano. Llegados ante Moctezuma, le hicieron su reverencia, y cuéntanle letra por letra todo lo que había pasado y cómo habían visto la manera de tiros y humareda de la pólvora, el resonido que daban las piezas gruesas, la manera de las armas, celadas, cotas, espadas, dagas, adargas, caballos, lebreles grandes, temerosos al parecer. Acabada esta plática, le pusieron los sartales de cristalinas cuentas azules. Entendido Moctezuma eran a la manera de las cuentas de esmeraldas y diamantes, y pusiéronle una camisa de ruan y unos calzones y alpargates, un sombrero, y de la manera de traer las espadas y dagas se la pusieron con su talabarte. Al cabo le dieron una cajeta de conserva y una botella de vino y bizcocho blanco, y dijo Moctezuma ¿que qué sabor tenía aquello? Comieron de ello los mensajeros, y luego con una jícara pequeña bebieron unos tragos de vino; y así el Moctezuma comió y bebió de ello, y quedó Moctezuma admirado de ver la lengua de Marina hablar en castellano y cortar la lengua, según que informaron los mensajeros al rey Moctezuma; de que quedó bien admirado y espantado Moctezuma se puso cabizbajo a pensar y considerar lo que los mensajeros le dijeron: y de allí a tres días vinieron los de Cuertlaxtlan a decir cómo el capitán Don Fernando de Cortés y su gente se volvieron en sus naos en busca de otras dos naos que faltaban cuando partieron de Cintla y Potonchan, adonde le dieron al capitán las ocho mozas esclavas, y entre ellas la Marina. Considerando Moctezuma los sartales de la cristalina, y abalorios y las demás cosas dijo: verdaderamente me ha hecho mucha merced el dios Quetzalcoatl, el que estaba y residió con nosotros en Tula, y creo verdaderamente ser el Ce acatl ynacxítl, el dios de la una caña caminador. Visto las semitas que le dieron al Tlilancalqui y a Cuítlalpitoc, llamó al mayordomo Petlalcalcatl que luego trajese un pedazo de canto que llamaban tepetlatl, como en algunos caminos hay suelo empedernido: traídolo, lo comparó a ello; llamó a todos sus corcovados y enanos y esclavos Xolomé, y díjoles: comed de esto, y mirad lo que os parece de ello, qué sabor tiene: como lo comieron, dijeron: señor, dulce es, tiene buen sabor, excepto que está duro. Entonces Moctezuma partió y comió de ello y dijo: es verdad que es dulce y sabroso: dijo: esta comida no es del infierno que parece ahumado, bien será,

que pues esto es el premio de la venida de Tula, que se lo presentemos al Tetzahuitl Huitzilopochtli: y así lo pusieron en una jícara nueva azul y lo taparon con una toalla muy delgada: lleváronlo al gran Cú del diablo y lo pusieron en el agujero de la piedra redonda de la gran batea Cuauhxicalli, y los sacerdotes del templo lo comenzaron a sahumar. Acabado esto, le llevaron al pueblo de Tulan y lo pusieron en un cofre de piedra labrada que llamaban Toptanaco, envuelto en unas muy ricas mantas: dado a los sacerdotes del templo de Tulan, dijéronles: tomad y enterrad esto en el templo que era de Quetzalcoatl; y allí lo enterraron y comenzaron a sahumarlo, y degollar codornices y rociarlo con la sangre de ellas, y comenzaron a tocar las bocinas de caracoles. Cumplido esto llamó a Tlilancalqui y a Cuitlalpitoc y díjole Moctezuma: en verdad que tenía por cierto que estos dioses os habían comido, pero pues no fue así, tampoco comerían de nuestras comidas, habránlas olvidado, que ha más de trescientos años que se fue Quetzalcoatl al cielo y al infierno: ahora, Tlilancalqui, descansad, que en fin soy rey y señor; yo daré de comer y vestir a vuestra mujer e hijos, y en el inter buscaremos la raíz y origen de dónde vinieron estos dioses; y luego aquel día llamó a Petlascalatl mayordomo mayor, y llevaron a la casa de Tlilancalqui entero el tributo del pueblo de Tuchpan, y de Tziuhcoacatl, y de Itzcuincuitlapilco, Tuchtepec y Oztoman. De manera que quedó Tlilancalqui rico de mucha ropa rica, plumería, oro, piedras ricas, cacao y muchos mantenimientos de maíz, frijol, pepita, chian, algodón en fardos, pilones de sal blanca, fardos de chile, esclavas y esclavos, y díjole: señor, este tributo os da, y os haga buen provecho con ello, que para siempre jamás serán vuestros los pueblos, y también os hace donación de una su casa que está en el barrio de Tozanitlan, otra llamada Moyotlan y luego fue avisado el rey de cómo el mayordomo le había dado y entregado las casas a Tlilancalqui. Otro día llamó Moctezuma y díjole: venid acá, Tlilancalqui, ¿cómo tendremos nueva cierta de estos dioses, de qué parte y lugar vinieron? Hacedme traer luego el afamado pintor Tocual, para que saque y dibuje de la manera que visteis estas gentes de los dioses, navíos, armas, artillería, caballos, lebreles, y la manera de su asiento, comida, mesa, policía, y de la manera que os fuere diciendo el Tlilancalqui; muy al natural, sin exceder punto, y mirad que no lo digáis a persona del mundo, so pena de muerte a vos y a vuestra mujer e hijos,

y vuestra casa será destruida hasta los cimientos; y por lo consiguiente morirán también vuestros parientes. Comenzó luego el pintor a pintar de la manera que Tlilancalqui vido al capitán, soldados, marineros, sus trajes y vestidos de muchas colores, los rostros blancos, barba larga y algunos con coleta, a lo antiguo, y sombreros grandes en las cabezas, que les llamaban Cuaapaz; acabado de pintar llevólo a Moctezuma, que quedó bien admirado y espantado, en especial del gran humo que salía de los tiros gruesos de campo y arcabuces, y de la manera de los arcabuces, ballestas y lanzas preguntóle Moctezuma al pintor como era viejo, díjole: venid acá, ¿qué dijeron los antiguos nuestros padres? ¿Dejaron declarado algo de estas cosas, los que habían de venir a señorear esta tierra y mundo conforme ahora habéis pintado? Venid acá: vos decís que no alcanzáis a entender nada de lo que os pregunto, pues preguntádselo a todos los pintores vuestros amigos y a otros viejos, porque ahora son cuatro generaciones de los que somos, que van muriendo y multiplicando, que es de cien a cien años, y la pena que tengo es que quisiera saber y entender qué gentes han de venir a señorear estas nuestras tierras. Y como no hubiese uno ni ninguno que tal supiese ni declarase, fue con esta respuesta al rey Moctezuma, el cual dijo: pues yo quiero enviar a saberlo a los pueblos de Malinalco y otros muchos pueblos de Chalco y tierra caliente. Venidos los mensajeros de muchas partes y lugares, y venidos los viejos que fueron a traer la razón, hízoles nueva interrogación para que dijesen lo que él tenía tan deseado saber. Después de haber dado su satisfacción de no saber ni entender cosa de lo que los antiguos habían dicho, salvo que algunos antiguos les dejaron profetizado que los que habían de venir a reinar y poblar estas tierras, que habían de ser llamados Tezocuilycxique, y por otro nombre Centeycxique, que son aquellos que están en los desiertos de Arabia, que el alto sol enciende, que tienen un pie solo, de una pata muy grande con que se hacen sombra y las orejas les sirven de fresadas, que tienen la cabeza en el pecho; y esto dejaron declarado los antiguos maestros nuestros antepasados, al tiempo que vinieron a poblar estas tierras; y esto es lo que entendemos y no otra cosa de lo que preguntáis, señor. Replicó Moctezuma y dijo: grandes sabios han sido los naturales de Cuitlahuac, vayan a llamarlos para informarme de ellos y saber lo que tanto deseo, y a los de Mizquic. Venidos ante él, les hizo las preguntas que a los de los otros pueblos. Die-

ron en respuesta que los antiguos viejos predestinaron como sabios que eran, que había de volver Quetzalcoatl en otra figura, y los hijos que había de traer habían de ser muy diferentes de nosotros, más fuertes y valientes, de otros trajes y vestidos, y que hablarán muy cerrado, que no los habremos de entender, los cuales han de venir a regir y gobernar esta tierra que es suya de tiempo inmemorial, y éstos han de venir a abrir sus haciendas de entre todas las sierras, montes, ríos, y que jamás se irán, que harán asiento perpetuamente; y esto dejaron declarado los antiguos.

DIEGO MUÑOZ CAMARGO

Nació en Tlaxcala de padre español y de india de la nobleza de Tlaxcala, en esa ciudad hacia 1528 y falleció en aquella población en 1599.

Mestizo asimilado rápidamente a la cultura y a la organización social y económica de los españoles. Fue Gobernador de Tlaxcala en varias ocasiones. Escribió diversas obras, a saber:

El Recibimiento que hizo la ciudad de Tlaxcala al Illmo. y Rmo. Señor Don Diego Romano, por la divina misericordia obispo de Tlaxcala, del Consejo de Su Majestad, fecho y ordenado por... Vecino de la dicha cibdad y dirigido al Muy Illmo. Señor Antón García, Canónigo de la Catedral della. Septiembre 7 de 1579; Relación Particular de le grana cochinilla que ofrecia a S. M. D. Felipe N. Señor; Historia Natural; y Descripción de la ciudad y Provincia de Tlaxcala, también llamada Historia de la Ciudad y República de Tlaxcala o Historia de Tlaxcala más comúnmente.

La *Historia de Tlaxcala* ha sido publicada varias veces. Una de las ediciones más accesibles es la de Alfredo Chavero, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1892, 278 p. Hace algunos años, se hizo nueva edición al cuidado de Lauro Rosell y Alberto Escalona Ramos, México, Talleres Gráficos Laguna, 1948, 376 p. ils.

Los mejores estudios son los de José Fernando Ramírez, *Opúsculos Históricos. Historia de Tlaxcala de Camargo*. Manuscritos. Vol. I y II. Museo Nacional EB, T. 2-207, y el de Manuel Carrera Stampa, *Algunos aspectos de la Historia de Tlaxcala de Diego Muñoz Camargo en Estudios de Historiografía de la Nueva España*, México, El Colegio de México, 1945. 329 p., p. 91-142. Importante también el artículo de Charles Gibson: "The Identity of Diego Muñoz Camargo". *THAHR*, XXX, No. 2, may. 1950, p. 195-208. De Muñoz Camargo hace una semblanza biográfica García Icazbalceta en *Obras... México 1899*, v. IX, 351-353.

Fuente: Diego Muñoz Camargo. *Historia de Tlaxcala*. Edición cotejada por el historiador Lauro Rosell con la copia de la original del autor que obra en el Archivo del Museo Nacional; las rutas que siguieron los chichimecas por el Ing. Alberto Escalona Ramos, con ilustraciones del Dr. Andrés Angulo y un apéndice, 6a. ed. México, D. F., Talleres Gráficos Laguna, 1947. 376-VI p. ils. p. 135-140.

TLAHUICOLE Y EL SACRIFICIO GLADIATORIO

Habiendo como hemos referido continuas guerras entre tlaxcaltecas y mexicanos, eran también continuos los reencuentros y escaramuzas entre unos y otros, así para ejercitar la milicia como por si en algún tiempo Mochteuczoma los pudiese conquistar y hacellos sus tributarios, aunque tienen por opinión algunos contemplativos, que “si Mochteuczoma” quisiera destruir a los tlaxcaltecas lo hiciera, sino que los dejaba estar como codornices en jaula, “porque no se perdiera el ejercicio de la guerra”, y porque tuvieran en qué emplearse los hijos de los Señores, y también para tener de industria gentes con que sacrificar y servir a sus “ídolos” y falsos dioses, lo cual no me puedo persuadir a creer por muchos respectos; porque si así fuera, no tomaran tan deveras la demanda de los Señores de esta provincia para ir contra los mexicanos, como fueron en favor de los cristianos; lo otro por donde se entiende, es por la enemistad que se tenían que era mortal y terrible, pues jamás trabaron parentesco ninguno los unos con los otros, ni por casamientos, ni por otra vía alguna la quisieron, antes les era terrible y aborrecible el nombre de mexicanos, así como a éstos el nombre de tlaxcaltecas; porque se sabe y es notorio que en todas las demás provincias emparentaban los unos con los otros, y así es de creer que pues Nuestro Señor fue servido que por mano de estas gentes se ensalzase su santo nombre, que la “guardó” y tuvo guardada para instrumento de tan heroica y santa obra, como es la que hemos visto y desde aquí en adelante diremos.

Entre tanto, en este continuo cerco y perpetua guerra, siempre se cautivaban los unos a los otros, y jamás se rescataban ni se redimían sus personas, porque lo tenían por grande afrenta e ignominia, sino que habían de morir peleando, mayormente los capitanes y personas calificadas, de las cuales no se servían, sino que antes morían sacrificados o peleando a manera de gladiadores romanos; y es así que como hubiese algún prisionero de valor y cuenta, lo llevaban en medio de una plaza, donde tenían una gran rueda de más de treinta varas de ancho de cada parte, y en medio de esta “gran” rueda otra menor redonda como un codo, que servía de altar del suelo, de la cual se ataba una muy grande sogá y larga que no pasaba de los límites de la rueda mayor. Finalmente, el miserable prisionero le ataban con esta sogá a manera de toro que se ata en bramadero, y allí le ponían

todos "los géneros de" armas con que se podían defender y ofender, para que pudiera aprovechar de las que más gusto le diesen. Dábanle rodelas, espadas, arcos, flechas y macanas arrojadizas, porras de palo engastadas en ellas puntas de pedernales, y puesto en este extremo se cantaban cantares tristes y dolorosos; más el miserable hombre con esfuerzo y ánimo, como aquel que pensaba ir a gozar de la gloria de sus dioses, asimismo se componía, y estando atado salían a él tres o cuatro hombres valientes a combatir con él, y hasta que allí moría peleando no le dejaban, y así se defendía con tanto ánimo que algunas veces mataba antes que muriese más de cuatro; y aquí se probaban las fuerzas de algunos hijos de Señores que salían aviesos e incorregibles, y probaban sus venturas, otros por adiestrarse o por perder el miedo de la guerra.

Acaeció en los tiempos que ya los españoles se acercaban en su venida (y aun quieren decir que en aquel propio año), que prendieron los de Huexotzinco uno de los más valientes indios que entre los tlaxcaltecas hubo, que se llamó Tlahuicole, que quiere decir: *El de la divisa de barro*, y era que siempre traía por divisa una asa de un jarro, el cual era de barro cocido y torcido como una *asa*. Este fue tan esforzado y valiente, que con solo oír su nombre, sus enemigos huían de él. Fue de tan grandes fuerzas, que la macana con que peleaba tenía un hombre bien que hacer en alzarla. Esto quieren decir que no fue alto de cuerpo, sino bajo y espaldado, de terribles y muy grandes fuerzas, que hizo hazañas y hechos que parecen cosas increíbles, y más que de hombre: de modo que peleando, donde quiera que entraba mataba y desbarataba de tal modo la gente que por delante hallaba, que en poco tiempo desembarazaban sus enemigos el campo. Finalmente, que al cabo de muchas hazañas y buenos hechos que hizo, le prendieron los huexotzincas atollado en una ciénega, y por gran trofeo lo llevaron enjaulado a presentarle a Mochtezucuma a México, donde le fue hecha mucha honra y se le dio libertad para que se volviese a su tierra, cosa jamás usada con ninguno.

Y fue ésta la ocasión que como Mochtezucuma andaba en pretensiones de entrar por tierras de los tarascos michoacanses, a causa que le reconociesen con plata y cobre que poseían en mucha suma y los mexicanos carecían de ella, pretendió por fuerza conquistar alguna parte de los tarascos. Mas como Catzonsi en aquellos tiempos reinaba, y fuese tan cui-

dadoso de conservar lo que sus antecesores habían ganado y substentado, jamás se descuidó con cosa alguna; y así fue, que hecha una muy gruesa armada por los mexicanos, al dicho Tlahuicole, prisionero de Tlaxcalla, se le encargó por parte de Mochteuczoma, la mayor parte de esta armada, para hacer esta tan famosa entrada a los michoacanenses, la cual se hizo con innumerables gentes, y fueron a combatir las primeras provincias fronterizas de Michoacán que son las de Tacimaloyan que los españoles llaman *Taximaloa*, Maravatío y Acámbaro, Oquario y Tzinapécuaro. Aunque esta tan grande entrada se hizo a costa de muchas gentes, que en ella murió de la una parte y de la otra, que puso terrible espanto a los michoacanenses, aunque no les pudieron entrar ni ganar cosa alguna de su tierra, a lo menos trajeron los mexicanos plata y cobre de la que pudieron robar en algunos reencuentros y alcances que hicieron en seis meses que duró la guerra, en la cual Tlahuicole hizo por su persona grandes hechos y muy temerarios, ganó entre los mexicanos eterna fama de valiente y extremado capitán.

Venido de esta guerra de Michoacán, Mochteuczoma le dio libertad para que volviese a sus tierras o que se quedase por su capitán, el cual no quiso aceptar ni lo uno ni lo otro: no quiso quedar por capitán de Mochteuczoma por no ser traidor a su patria; lo otro, que él no quería volverse a ella por no vivir afrentado, pues que se tenía por afrenta cuando así eran presos en la guerra, sino que habían en ella de vencer o morir; y así pidió a Mochteuczoma que no quería sino morir, y que pues no había de servir en cosa alguna, le hiciese merced de solemnizar su muerte, pues quería morir como lo acostumbraban hacer con los valientes como él. Visto por Mochteuczoma que no quería sino morir, mandó que se le cumpliese su demanda, y así fue que ocho días antes que muriese le hicieron muy grandes fiestas, bailes y banquetes, según sus antiguos ritos, y entre estos banquetes que le hicieron quieren decir que le dieron a comer ¡cosa vergonzosa y no para contada! la natura de su mujer guisada en un potaje; porque como estuviese de asiento más de tres años en México, la mujer que más quería le fue a ver para hacer vida con él, o morir con su marido, y así acabaron los dos en su cautiverio. “Idos al sacrificio” el desventurado *Tlahuicole* fue atado en la rueda del sacrificio con mucha solemnidad, según sus ceremonias; peleando mató más de ocho hombres y hirió más de otros veinte antes que le acabasen

de matar, y al fin, al punto que le derribaron le llevaron ante Huizilopochtli, y allí le sacrificaron y sacaron el corazón, ofreciéndoselo al demonio como lo tenían de costumbre; y este fue el fin del miserable Tlahuicole de Tlaxcalla, con este horrendo espectáculo el cual no fue de los muy principales, sino un pobre hidalgo que por su valentía y persona había tenido valor, y si no fuera preso llegara a ser muy gran Señor en esta provincia.

JUAN BAUTISTA POMAR

Biznieto de Netzahualcóyotl, nació de padre español en Tezcoco hacia 1535. Falleció después de 1582, hacia 1590.

Escribió una *Relación de las antigüedades políticas y religiosas de los indios dirigida al Rey Nuestro Señor en 9 de marzo de 1582*, que es la respuesta a los cuestionarios enviados por Felipe II a todo su imperio para que sirviesen para la formación de una estadística para el mayor conocimiento y mejor administración del mismo. Fue esta *Relación* publicada por García Icazbalceta en su *Nueva Colección de Documentos para la Historia de México*, Vol. III. México, 1891, al lado de la obra de Zurita, p. VII-XI y 1-69.

De ella García Icazbalceta, apoyándose en Aquiles Gerstede dice: "En Pomar tenemos otro historiador y panegirista de Tezcoco; muy diminuto, ciertamente, en comparación de Ixtlilxóchitl, pero más antiguo y más sobrio. Aunque siempre se acuerda que es texcocano, no inventa lo que ignora, y aquello que le consta lo dice sin tanta exageración. Añade además ciertos pormenores que no trae Ixtlilxóchitl. Es un trabajo concienzudo sobre un señorío particular, de los que tanta falta hacen para esclarecer algo nuestra historia antigua, muy embrollada y confundida, sobre todo en punto a instituciones, por aplicar a una tribu lo que corresponde a otra vecina."

Recopiló, además, una serie de poemas nahuas bajo el rubro *Romances de los Señores de la Nueva España* que han sido publicados y estudiados con la sapiente maestría que pone en todas las cosas Angel María Garibay, en un tomo titulado *Poesía Náhuatl I. Romances de los Señores de la Nueva España. Manuscrito de Juan Bautista Pomar. Tezcoco, 1582*. Paleografía, versión, introducción, notas y apéndices de... México, Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Historia: Seminario de cultura náhuatl, 1964, XLV-241 p. facs. (Fuentes Indígenas de la Cultura Náhuatl.) En esta obra hace un estudio detallado de la *Relación*.

Fuente: Juan Bautista Pomar. *Relación de...* (*Tezcoco, 1582*), en Garibay K., Angel M. *Poesía Náhuatl I. Romances de los Señores de la Nueva España. Manuscrito de Juan Bautista de Pomar Tezcoco, 1582*. Paleografía, versión, introducción, notas y apéndices de Angel Ma. Garibay K. México, Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Historia. Seminario de Cultura Náhuatl, 1964. XLV-241 f. Edición bilingüe (Fuentes Indígenas de la Cultura Náhuatl).

LOS SEÑORES DE TEZCOCO

La ciudad de Tezcoco, con todas sus tierras, pueblos y provincias, fue de los reyes de ella casi de mil años a esta parte. Y aunque en su señorío hubo mucha variación y mudanzas, como hay en todas las cosas de esta vida, al fin cuando a ella llegó don Hernando Cortés y los demás conquistadores, halló que la poseía Cacamatzin, último rey de ella, hijo de Nezahualpiltzintli, de la sangre y estirpe real de los chichimecas.

Y porque éste no reinó más de tres años y por haber sido muy vicioso, no se tratará de él en esta relación, sino de Nezahualpiltzintli su padre, y de Nezahualcoyotzin, su abuelo, porque en éstos irá muy acertada, por haber sido hombres muy virtuosos y que redujeron a sus vasallos a buenas costumbres y modo honesto de vivir, como se dirá en su lugar.

Y así, el señorío que sobre ellos tuvieron se fundaba en muchas razones y principalmente en tres. La primera, porque los chichimecas que primero asentaron en esta tierra traían señor y rey natural, del cual procedieron los demás sus sucesores, heredando de padre a hijo el reino, y en este tiempo se conservó con otro mayor. Porque todas las demás naciones que hay en esta provincia son advenedizas, especialmente los culhuaque, y porque los señores chichimecas en cuyos tiempos llegaron los dejasen asentar y poblar, se les sometieron por vasallos como eran los chichimecas sus naturales.

Y la otra, porque el tiempo adelante, generalmente se rebelaron contra Ixtlilxóchitl, padre de Nezahualcoyotzin, a favor de Tezozomocli, señor de Azcaputzalco, su enemigo, al cual (Ixtlilxóchitl), después de haberle mucho tiempo perseguido, en que pasaron muchos trances, lo mataron, y sojuzgados después, Nezahualcoyotzin, su hijo, con fuerza de armas y favor de los chalcas ganó el imperio verdadero que sobre ellos tuvo, aunque después de allanados, los trató humanamente, olvidando el rigor de la justicia que su rebelión y malicia merecían, con ellos usando de mucha clemencia. Causa bastante para amarle y temerle, como lo hicieron y lo mismo a su hijo Nezahualpiltzintli.

Éstos les dieron leyes y ordenanzas, con que se gobernasen y viviesen conforme a razón y policía; cuyos tiempos llamaron ellos bienaventurados, por la mucha moderación con que los gobernaron, que duraron ochenta y tres años, que fue el tiempo que reinaron estos dos. Y así, nunca acaban de decir

bien de ellos, especialmente cuando padecen aflicciones y trabajos.

Tenían sobre ellos dominio absoluto, pues estaba en su mano la muerte y la vida de ellos y así de los demás señores sus inferiores. Aunque estos dos príncipes, padre e hijo, siempre usaron con rectitud y justicia, como se colige de sus hechos y obras en paz y en guerra, que están olvidados por falta de letras, que, según las cosas que se cuentan, especialmente de Nezahualcoyotzin, no merecían estar sepultadas.

Estimaron mucho a los virtuosos y más si eran valientes, y por esto les daban grandes premios y subían a grandes dignidades. Y por la misma razón, castigaban a los que erraban y excedían, viviendo viciosa y torpemente, aunque fuesen sus propios hijos, como por experiencia se vio en la justicia que de alguno de ellos hicieron, que se contará en su lugar.

Era en su mano la paz y la guerra, y tan temidos y amados, que se averiguó que generalmente deseaban sus vasallos morir por ellos y por su servicio en señal de amor. Y así en casos de guerra que en su tiempo hubo se vio por experiencia.

Era tan grande su potencia que se extendía hasta en aquellas cosas que ellos tenían por sagradas y divinas, eligiendo sacerdotes para el servicio de sus ídolos, y los quitaban cuando les parecía convenía, y ponían otros de nuevo. Y finalmente, hacían y ordenaban todo lo demás que a su culto y religión era menester.

Lo que les daban de tributo era de los frutos naturales de cada tierra, dando cada indio la parte que le cabía, conforme a la hacienda que poseía, si era mercader u oficial, y si labrador, al respecto de las tierras que labraba, de manera que tributaban tan moderado, que había muchos ricos y descansados.

Los de las costas del Mar del Sur les daban oro en polvo, tejuelos, barretillas, bezotes y orejeras de lo mismo, y esclavos y plumajes ricos azules, muy estimados entre ellos, traídos por vía de rescate de las provincias de Guatimala. Dábanles cacao y algodón en capullo; miel blanca de abejas; ají de diferentes suertes, rodelas, vestimentas y arreos de guerra. Y en cada uno de los pueblos, una gran sementera de maíz, el cual cogido, quedaba en depósito en ellos mismos, para el gasto ordinario de los mayordomos que en servicio del rey estaban en ellos.

Los cuales tenían libertad de distribuir parte de ello, ha-

ciendo merced en nombre del rey a los que por algunos respetos lo merecían; de manera que estos mayordomos, que llamaban *calpixque*, eran los que en cada pueblo administraban estas rentas y tributos, acudiendo con lo principal a su rey.

Los de las costas del Norte daban los mismos tributos, salvo la plumería rica, porque no la alcanzaban. Y los pueblos y provincias más cercanas, daban su tributo en mantas, camisas, naguas muy buenas, de muchas y variadas hechuras y colores, y sementeras grandes que hacían de maíz y otras semillas, sirviendo personalmente por su tanda y rueda, en sus edificios, sin ninguna paga más que la comida, que les daban muy vastamente los mayordomos que en cada pueblo había.

Tenían cuidado de buscar y comprar, de las rentas que entraban en su poder, las piedras ricas que podían haber, como eran *chalchihuites*, que son unas piedras muy verdes, que nosotros llamamos madre de esmeraldas, o topacios, que eran las más estimadas de ellos, y turquesas y esmeraldas, de las cuales hasta hoy no se ha hallado ningún minero ni nacimiento. Enviábanlas a su rey por la cosa más principal que le podían enviar, y así era en verdad, porque de las riquezas de ellos estas piedras eran las de más valor.

En lo que toca a la opinión de sus adoraciones, hay mucha variedad; pero la opinión que más cerca de la verdad ha llegado es que tenían muchos ídolos y tantos que casi para una cosa tenían uno; a los cuales adoraban y hacían sacrificios. Y para entender cuáles y qué tales eran se irá aclarando lo mejor y más concertadamente que sea posible. Y no se tratará de todos, porque sería dar en un infinito, sino de sólo tres, que eran los que ellos tenían por más principales. Y por el más supremo, a *Tezcatlipuca*, y luego a *Huitzilopuchtili* y luego a *Tlaloc*...

Tenía el rey su audiencia real donde oían de justicia ciertos hombres para ello señalados y escogidísimos en discreción, habilidad y buena conciencia. Los cuales con mucha benevolencia oían y conocían las causas de civiles y criminales que se ofrecían entre todo género de partes de cualquier calidad que fuese, y sentenciaban conforme a las leyes que tenían sus reyes.

Tenían en su audiencia mucha autoridad y silencio y es-

cuadrñaban con mucho cuidado la verdad de los negocios. Ninguno había de durar más de ochenta días, por calificado que fuese, haciendo sus informaciones de testigos y cuando no los había, juzgaban por indicios que bastasen por prueba. Las cosas arduas las comunicaban con el rey y las dudosas se las remitían y él las determinaba, después de muy bien informado de los jueces, que llamaban *tetecuhtin*, y de las propias partes. Había de éstos seis de sangre real y otros tantos de los plebeyos, personas de mucha prueba y larga experiencia.

No llevaban paga ni presente de las partes, ni se les permitía. Vivían tan justos y tan recatados en hacer justicia, que se averiguó que en tiempo de Nezahualcoyotzin y su hijo Nezahualpiltzintli jamás hicieron cosa por que fuesen castigados, ni depuestos de sus oficios. Procedían contra todo género de hombres, aunque fuese contra los hijos de los reyes, los cuales castigaban con mayor aspereza y seguridad que a los demás de la gente común para ejemplarlos.

Tanto que a un hijo de Nezahualcoyotzin, muy valiente y valeroso, que fue acusado de pecado nefando lo sentenciaron a muerte, confirmándolo su padre y ejecutando él la sentencia. Y otro que era legítimo heredero de Nezahualcoyotzin, llamado Tezauhuiltzintli que fue acusado de *crimen legis* contra su padre Nezahualcoyotzin, fue por éstos del Consejo sentenciado a muerte y ejecutada en él la sentencia.

El rey tenía gran cuidado de que en todo se hiciese justicia y por esto, los de este Consejo la hacían no sólo en esta ciudad en lo que en ella se ofrecía, pero contra los jueces que no la hacían en los demás pueblos donde para administrarla eran puestos. Y si alguno de éstos por pasión o afición no la hacía como debía, y era negocio liviano, era por ello castigado con suspensión perpetua de oficio real, o por tiempo limitado, y desterrado por algún tiempo, o recluso en su casa, todo con pena de muerte si lo quebrantase. La cual se ejecutaba, si lo quebrantaba...

La comida y la bebida de los reyes y grandes señores y hombres ricos no eran nada viciosas, ni guisadas exquisitamente. No pasaba de gallinas, conejos, o venados, o aves salvajes, asado y cocido (todo), y pan de maíz y ají (chile), tenido por principal apetito. Y la del (pueblo) común era mucho menos, porque caza no la alcanzaban, y cuando comían gallina, era por fiesta y regocijo.

Comían dos veces al día, una en la mañana y otra a la tarde. Su bebida de los poderosos era cacao y por regalo, bebían *pinole*, hecho de *chian*, una semilla muy menuda, muy fresca y de mucha sustancia. Y de éstas usaban los plebeyos comúnmente porque la cogían en sus sementeras.

Dormían poco, porque comúnmente se levantaban dos o tres horas antes de que amaneciese a entender en sus granjerías y cultivar sus tierras y a bañarse en baños que calentaban, hechos a manera de un aposento muy pequeño y muy bajo, en el uno lado del cual tenían un hornillo pequeño en que encendían lumbre y echándole agua, entraba el vapor en el aposento y con el calor de él sudaban y se limpiaban y lavaban. Y con esto, por necesidad de enfermedades, porque de otra manera no se les permitía, especialmente a los hombres, porque decían que era regalo afeminado y no de hombres ejercitados a la aspereza de los tiempos, demás que decían que encogía los nervios y cocía la sangre.

Los hombres de linaje y todos los oficios de dignidad y el mismo rey y los *tequihuaque* se trataban en sus vestidos muy honestos. Porque no traían más que mantas blancas, si no era en los días de fiesta y areitos públicos en que se trataban con no poca diferencia de los mexicanos, tlaxcaltecas o huexotzincas, que siempre andaban arreados (ataviados) a la soldadesca y fanfarronamente.

Las leyes y ordenanzas y buenas costumbres y modo de vivir que generalmente se guardaban en toda la tierra procedía de esta ciudad. Porque los reyes de ella procuraban siempre que fuesen tales cuales se ha dicho y por ellas se gobernaban las demás tierras y provincias sujetas a México y Tacuba. Y comúnmente se decía que en esta ciudad tenían el archivo de sus Consejos, leyes y ordenanzas y que en ellas les eran enseñados para vivir honesta y políticamente y no como bestias.

FR. DIEGO VALADES, O.F.M.

Nació en Tlaxcala en 1533. Murió en Roma después de 1582.

Hijo del Conquistador Diego Valadés y de una tlaxcalteca. Estudió en la escuela de Fray Pedro de Gante y fue discípulo de Fray Juan Focher. En 1548 ingresó a la Orden Franciscana y se ordenó hacia 1556, misionando entre los chichimecas de Zacatecas y Durango y enseñando en varias escuelas de los franciscanos. En 1571 va a España, en donde publica el *Itinerarium Catholicum* de Fray Juan Focher. Con altas prelacías dentro de su orden pasa a Roma y a Perusa, en donde imprime su obra *Rhetórica Christiana* en 1579, y en Liorna, en donde redacta un libro contra los herejes. Continúa en Roma hasta su muerte.

Su obra, principalmente la *Rhetórica Christiana*, escrita en latín, ha sido estudiada muy a fondo por Esteban J. Palomera, S. J. *Fray Diego Valadés, O.F.M. Evangelizador Humanista de la Nueva España*. 2 v. I. *El Hombre y su época*; II. *Su obra*, Prólogo de Ernesto de la Torre Villar, México, Editorial Jus, S. A., 1962-63, ils. También importa el trabajo de Livarius Oligier, O.F.M., *De Vita et Scriptis Didaci Valadés, O.F.M.*, Firenze, Ad Aquas Claras, 1943; el de Francisco de la Maza, *Fray Diego Valadés, escritor y grabador franciscano del siglo XVI*. Sobretiro de los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, 1945, No. 13 y el igualmente excelente de Gabriel Méndez Plancarte, *Humanistas del siglo XVI*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1946, 195 p. (Biblioteca del Estudiante No. 63). Vid también Nicolás León, "Fray Diego Valadés. Nota biográfica" en *AMNAHE*, 2a. ép., T. I. 1903, p. 234-241.

Fuente: Esteban J. Palomera, S. J. *Fray Diego Valadés, o.f.m., Evangelizador humanista de la Nueva España. Su obra*. México, Editorial Jus, S. A., 1962. XVI-325 p. ils. p. 274-277.

LAS REPUBLICAS DE INDIOS

Después que los religiosos hubieron congregado, no sin gran trabajo, a los indios que estaban dispersos por los montes y desiertos, y los hubieron reducido a que viviesen en sociedad, les enseñaron solícitamente las costumbres y modos de vivir en los negocios de la familia y asuntos domésticos.

Se hizo, primeramente un diseño decente y decoroso de los lugares para los futuros edificios, calles, paseos y cami-

nos, e hizo también la distribución de los campos por orden de la majestad real y del ayuntamiento.

Pero antes de que se intentase algo, fue necesario pensar lo que debía establecerse relativo a tales asambleas y reuniones de hombres incultos, buscando su salud tanto corporal como espiritual, así como la comodidad de aquellos que en adelante habrían de entablar comercio con ellos.

Se les asignaban terrenos muy amplios que fuesen suficientes para levantar casa, plantar viñedos y hacer jardines, y esto siempre se hacía con algún aditamento para que en ese lugar sembrasen hortalizas y otras plantas de uso doméstico y diario, como son chiles, calabazas, magueyes, tunas, tabaco, y también árboles frutales de diversas clases traídos desde España; los cuales se plantaron con autorización de los religiosos.

Viene a ser allí tal la abundancia de frutos, que se venden en muchos lugares a más bajo precio que en ninguna otra parte. Añádanse a esto las verduras, también españolas, de modo que cada uno puede cultivar sus posesiones según sus alcances y arbitrio, observándose sin embargo en la repartición la misma medida.

Y para que no tuviesen motivo de queja se dejaba un trozo determinado de los terrenos, por si acaso aconteciera que se le hubiese disminuido a alguno algo de su parte, lo cual no puede menos de suceder en medio de tantas divisiones; y entonces se les daba, según sus peticiones y deseos, una compensación en otro sitio, para que en todos reinase la igualdad.

Empero tenía razón con los nobles, a quienes se entregaban en las divisiones de los campos mayores parcelas, según la condición de cada uno, puesto que ellos necesitaban mayor espacio para la conservación de su dignidad de caballeros.

En esas divisiones se reservaba algún campo intermedio para tener allí comercio y el mercado y los edificios públicos erigidos, como son el palacio, que se llama casa de la ciudad; en la cual hay gran número de patios y salas, en donde se guarda el tesoro público y se recibe a los huéspedes. En las partes del frente, hacia el templo y el foro, había portales tanto en el piso superior como en el inferior. En los pisos superiores y más elevados se tenía el Senado y el Cabildo y se hacía justicia. En los inferiores y de más modesta condición, se encuentran muchas habitaciones y celdas. Pues ta-

les edificios se hacen en las ciudades, de cal y canto, usando enormes canteras, y se fabrican según la traza y estilos de España.

El templo ocupa allí según el sitio intermedio y está construido con admirable artificio y grandeza. Suplen también nuestros templos el lugar de las escuelas, y no cobran réditos o pensiones anuales, sino que gratuitamente y por caridad cristiana enseñan los hermanos [religiosos] de las tres antedichas órdenes todos los oficios, así los eclesiásticos como los necesarios para la vida pública. Encuéntranse los edificios sagrados separados de los otros, como si fuesen islotes, teniendo los barrios a su alrededor. Son de paredes altas de cantería y pintadas de cal y no estaban unidos con ninguno de los edificios que componían los pueblos.

En cada uno de los pueblecitos que los rodean existe una capillita a la que acuden en los días de mayor solemnidad y para los que han sido decretadas oraciones públicas, como es en la fiesta del Corpus Christi. Y no llevan en procesión más lejos el Santísimo Sacramento por otras plazas, por razón de la mucha reverencia y suntuosidad con que engalanan en esos días las calles, pues si pasase también por otras plazas, se tendrían que hacer gastos inmoderados. Y tiene esto lugar, además, en las ferias de Resurrección y de los Santos tutelares o patronos de la ciudad y también de nuestro Padre San Francisco y llévase a cabo con la reverencia de que hablaremos en su propio lugar.

A la parte izquierda de los templos hállase en los cuatro lados del atrio la escuela de letras y artes, a la que ordinariamente asisten mil jovencitos más o menos, según el mayor o menor número de habitantes de esos lugares; a quienes se les enseña el modo de hablar y escribir correctamente. Se les enseña también a cantar y a tocar instrumentos de cuerda y tienen también más instrumentos músicos de los que se conocen entre nosotros. Tienen ciertas horas determinadas de la mañana y de la tarde para estos ejercicios, y se les reúne y despide tocando unas campanillas.

Cuando hay que asistir a las ceremonias sagradas acuden ordenadamente y permanecen en los templos con grande compostura. Aprenden también a pintar, a dibujar a colores las imágenes de las cosas, y llegan hacerlo con delicadeza.

A los principios, les enseñaba todas las artes mecánicas que se estilan entre nosotros Pedro de Gante, varón de mucha piedad, del cual se hablará más oportunamente en otro sitio;

las cuales artes, con facilidad y en breve tiempo dominaban, por razón de la diligencia y fervor con que él mismo se las proponía. Y ya después se las enseñan unos a otros, sin buscar lucro o retribución.

En los patios se encuentran deliciosas fuentes llenas de agua, en las que se lavan los niños, porque se les enseña ante todo las reglas de la limpieza. Contiguas a la escuela suelen hallarse capillas fabricadas artísticamente, en las que se dicen sermones para los indios, los días festivos y los domingos y en donde se celebran misas; pues es tan numerosa la asistencia a las reuniones que presidimos, que no hay templos tan espaciosos que puedan contener a toda esa muchedumbre, ni cuando tuviesen doble capacidad.

Por lo cual es costumbre predicarles en los atrios, que son muy espaciosos, y no sólo sucede esto en las ciudades donde vivimos nosotros en comunidad, sino también en los demás pueblos a donde vamos con el fin de predicar. Pues donde quiera que nos hallemos, estamos dedicados al trabajo de las almas.

JUAN SUAREZ DE PERALTA

Criollo nacido en México el año de 1537. Falleció en España después de 1590.

Familiar de Cortés consagrado a la vida mercantil y a la descripción de la historia de la Conquista, así como de las costumbres galanas y caballerescas de sus contemporáneos.

Federico Gómez de Orozco, en su Nota preliminar al *Tratado del descubrimiento de las Indias*, (*Noticias históricas de Nueva España*), compuesto en 1589 por Don Juan Suárez de Peralta, vecino y natural de México. México, Secretaría de Educación Pública, 1949. XXXIX, 246 p., (Testimonios mexicanos, Historiadores 3), realiza un excelente estudio acerca de este escritor. Antes de él, Justo Zaragoza, quien en 1878 editó por vez primera esta obra, escribió otro penetrante ensayo.

El título completo de la obra es: *Tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista y los ritos y sacrificios y costumbres de los indios y de los virreyes y gobernadores que las han gobernado, especialmente en la Nueva España y del suceso del Marqués del Valle segundo don Martín Cortés: de la rebelión que se le imputó y de las justicias y muerte que hicieron en México los jueces comisarios que para ello fueron por Su Majestad, y del rompimiento de los ingleses, y del principio que tuvo Francisco Draque para ser declarado enemigo*. Compuesto por don... Vecino natural de México. El manuscrito se halla en la Biblioteca Pública de Toledo.

Otra obra de Suárez de Peralta es el *Tractado de la Cavallería, de la gineta y Brida, en el qual se contienen muchos primores, assi en las señales de los cavallos, como en las condiciones: colores y talles: y como se ha de hazer un hombre de a cavallo de ambas sillas, y las posturas que ha de tener, y maneras para enjrenar y los frenos que en cada silla son menester, para que un cavallo ande bien enjrenado y otros avisos muy principales y primos, tocantes y urgentes a este exercicio*. Sevilla, en casa de Fernando Díaz, impresor, 1580. Más recientemente fue impresa otra tercera obra de este mexicano, el *Libro de Albeitería (Primer libro de ciencia veterinaria escrito en América por los años de 1575-1580)*. Paleografía de Nicanor Almarza Herranz. Prólogo de Guillermo Quesada Bravo, México, Editorial Albeitería, 1953, 309 p. y 359 de facs. ils.

Este autor ha sido estudiado recientemente por Elsa García Barragán Martínez en su tesis profesional titulada *La conciencia mexicana en Suárez de Peralta a través de su crónica*, México, Universidad Nacional, 1965, 141 h.

Fuente: Juan Suárez de Peralta. *Tratado del descubrimiento de las Indias* (*Noticias históricas de Nueva España*). Compuesto en 1589 por... vecino y natural de México. Nota preliminar de Federico Gómez de Orozco. México, Secretaría de Educación Pública, 1949. XXIX-246 p. Facs. (Testimonios mexicanos, historiadores 3), p. 85-89.

LAS SIETE CIUDADES DE CIBOLA. LA CACERIA

Que trata de como el Virrey Don Antonio de Mendoza hizo la armada para las Siete Ciudades, y como salió con la gente y hasta donde llegó con ella, y lo que más sucedió.

Era tanta la codicia que a todos puso la nueva de las Siete Ciudades, que no sólo al virrey y marqués levantaron los pies para ir a ella, sino a toda la tierra, y tanto, que por favor se negociaba el ir los soldados, y sacar licencia; y era de manera que se vendían, y no pensaba el que la tenía, sino que ya era título por lo menos, porque lo encarecía el fraile que había venido de allá, de suerte, que decía ser la mejor cosa que había en el mundo: la gente de aquella tierra muy próspera, y todos los indios vestidos, señores de mucho ganado; los montes como los de España, y temple, la leña que se quemaba eran nogales grandísimos, que daban mucha nuez, mejores que las de España; muchas uvas montesas de muy lindo comer, castañas y avellanas. Según él lo pintaba, debía ser el paraíso terrenal, y en lo que es caza de perdices, ánsares, grullas y toda la demás volatería, era maravilla lo que había. En todo esto dijo verdad, porque hay en aquella tierra los montes que dijo y ganados, especialmente de vacas; pero no son como los de acá, porque yo vi cueros de los que trajeron estos soldados, y son muy diferentes; tienen el pescuezo y frente lleno de lana, que no parecen sino leones coronados, los cuernos como de un palmo, muy agudos, que pueden servir de alesnas; chiquitos los toros y las vacas, bravos en grande extremo, y muchos en cantidad. Las uvas y caza sin duda, y el temperamento, como el de España.

En lo que es la caza, en la Nueva España hay muchísima de volatería, y ánsares y grullas que no hay número, las cuales vienen a invernar, y luego, como comienza la primavera se van, que ni una queda. He oído decir que van a la cría a la Florida, y que de allí vienen, y es sin duda, por todo aquello de Cibola, donde dicen de estas ciudades; y aun los halcones, como son neblíes, y sacres y aletos y baharíes, y otras aves de rapiña, deben de venir de allí, porque cuando vienen, son a invernar cuando los ánsares. Entonces se toman, y es en mucha cantidad y son tantos los que se toman, que yo he visto en la Mixteca la Alta, en Tamazulapa, un pueblo de mi hermano, que fue de mi padre, y en Yanhui-tlán, pueblo de Gonzalo de las Casas, y en otros pueblos por allí cerca, los días de mercado, que llaman tianguex, venir

muchas cargas de aves de rapiña muertas a vender, que era la mayor lástima ver neblíes primas, que no parecían sino águilas de grandes y de todos plumajes, lindísima cosa, sacres, azores, gavilanes, aletos, que era un juicio; los gavilanes en las Indias son mucho mayores que los de España; el que es prima, será como un azor torzuelo, lindísimos a maravilla.

Toda esta caza, que digo, que traían y traen hoy día muerta, la toman en un pueblo, que es el primero, que llaman de la Mixteca la Alta, que de allí empieza; que son dos provincias, las Mixtecas; la una llaman la Alta y la otra la Baja. La Alta es más rica y más poblada de indios, y el primer pueblo de ellos es éste donde toman la caza, que se llama Tutla, en una sierra, muy alta, que llaman los españoles el puerto, y en la punta de él está el pueblo. Allí son muy ordinarios los vientos, y en todo el año vientan tan recio, que es grima, y si los que le pasan no tienen mucha cuenta de repararse de aquellos airazos, según son de grandes, darían con ellos abajo y los despeñarían y harían mil pedazos, como se han hecho algunos indios cargados, que los ha arrebatado el aire, y dado con ellos en las peñas abajo y muértolos; especialmente a los que van con cargas de jícaras, que son unos vasos hechos de unas calabazas, que se dan en aquella tierra, que no se comen, y en ellos se labra con fuego y se dan colores que las paran muy lindas. De éstas se venden en toda la tierra, y hacen los indios una carga muy grande, por ser como son livianas, y al pasar por aquel puerto, se las suele llevar el aire, carga e indio, como he dicho.

Allí se toman todas estas aves, que es el paso por donde vienen, y como los aires son tan grandes, y ellas no pueden resistirlos, déjanse venir con él; y ya los indios conocen el aire que ha de correr y el tiempo en que vienen estas aves, y ponen muchas redes, y allí las toman, y luego las matan, y las llevan a los tianguetz, que es mercados. Yo los he visto, como digo, especialmente en el pueblo de mi hermano Luis Suárez de Peralta; el cual es en extremo aficionado a la caza de volatería, y gasta en ella más de dos mil ducados cada año, porque la tiene la mejor de la tierra, y aunque le cueste un halcón muchos reales, no quedará sin él. Verdad es que no valen caros, porque hay muchos, y los toman en México en cantidad, que hay indios que son grandes oficiales de tomarlos, en las lagunas donde ellos vienen a cebarse, y por maravilla tienen neblí mudado, porque son tantos los pollos,

que no estiman los mudados, y así jamás mudan en casa, sino en el aire, si no es que venga a salir un halcón tan extremado, que a éste tal, huelgan de mudarle en casa. Señálanlos con sus señales, y aunque después tomen el halcón señalado, que fue pollo y vuelve mudado, por la señal le vuelven a su dueño. De estos halcones especialmente neblíes y letos, se traen de las Indias a España, que son muy temidos, y lo fueran más si llegaran pollos, como allá se toman, porque en la mar mudan.

Yo conocí un neblí, que fue del buen virrey don Luis de Velasco, primero de este nombre, padre del que hoy es virrey en la Nueva España, hecho por mano de Cristóbal de Ortega, su cazador (y extremado, y muy hidalgo y honrado, porque lo eran mucho todos los criados de este señor); y a este halcón llamaban el viejo, el cual pollo fue lindísimo garcero, y siendo tal le mudaron en casa, dos años, y no servía ya sino de altanero, que era con extremo, y guardábanle para compañero; porque lo sabía muy bien hacer, que se ponía muy alto, y era muy compañero con el cazador, que andaba siempre puesto sobre la cabeza, y muy presto al caer cuando le levantaban; de suerte que él era lindísimo pájaro. Después de a los dos años que mudó en casa, los demás, que por todos fueron más de diez, mudaba en el aire, y tenía tal conocimiento, que cuando acababa la muda se venía a casa y se metía por una ventana, y si la hallaba cerrada, se asentaba en la azotea, sobre un canal, hasta que le echaban el señuelo; y visto esto, Ortega el cazador le tenía, ocho días antes que a él le parecía había ya mudado, la ventana abierta, desde que amanecía, y él se entraba. Esto vieron y supieron muchos en México; y aun después de cebado acaecía muchas veces, llevarlo a casa sin capirote, según estaba de manso y hecho y aun dejarlo en el campo a que durmiese, en un árbol, y a la mañana irse y entrarse por la ventana, a sentarse en la vara. Distinto natural que Dios da a las aves, que también con ellas y con todos los animales no fue estrecha su mano, para hacer mercedes, como poderoso Señor que es. Visto Luis Suárez de Peralta, mi hermano, cuyo es el pueblo de Tamazulapa, donde se traen aquellas cargas de halcones muertos del pueblo de Tutla al suyo, que está como tres leguas hizo poner graves penas a los cazadores indios, que no matasen los neblíes y sacres, y aletos, sino que vivos los trajesen, sanos y sin quebrarles pluma, y que se les pagaría al doble de lo que valían; y para que fuesen conocidos

los reservados, se les mostró y dio a conocer por la pluma. Así lo hicieron los indios, y le traen los mejores halcones que hay en la tierra; a los cuales llámanlos mixtecos, porque se toman en la Mixteca, y aprueban mejor que los que se toman en la laguna y acequias de México. Ha enviado muchos al duque de Medinasidonia, y a otros caballeros (a España), deudos y amigos.

Pues volviendo a la armada de las Siete Ciudades, el virrey don Antonio de Mendoza, puso grandísima solicitud, diciendo, él la quería hacer y no el Marqués, de lo cual él se sintió mucho, y ésta fue la causa principal de sus enojos y no llevarse bien, y aun lo que hizo el Marqués irse a España más presto de lo que pensaba, como se fue y le sucedió lo que hemos dicho atrás. Después de haber el virrey recogido la gente que había de ir, la cual fue muy lucida y de la mejor de la tierra, porque escogió a su gusto, y ya que la tuvo a punto, salió con ella, yendo por general de toda. Fue marchando hasta el reino de Guadalajara y Compostela, que hay más de cien leguas, y de allí la envió con un caballero, que se llamaba Francisco Vázquez Coronado, al cual hizo general y dio sus instrucciones, y orden que había de llevar, y lo que había de hacer; y así, el nuevo gobernador partió con su gente, llevando sus guías y orden que el virrey le había dado, con grandísimas esperanzas de ganar lo mejor del mundo, y así iban muy contentos. El virrey, después de haber despachado a Francisco Vázquez Coronado y a toda la armada, se volvió por la Purificación y por Colima, buscando puertos para donde desembarcaran la contratación que había de haber para aquellos reinos, que se iban nuevamente a conquistar, y los navíos que de España viniesen y los de Cíbola; y así anduvo buscando y pasando ríos grandes, y con trabajo.

Francisco Vázquez y su gente no hacían sino caminar por despoblados, sin ver indio ni cosa que les ayudase a la esperanza que habían sacado, sino antes era cada día menos y ellos pasando mucho trabajo de hambre, que ya los bastimentos se le iban acabando, y los caballos muriendo, y con todo iban metiéndose la tierra adentro, con la noticia que llevaban. Era ya de suerte la hambre que les sobrevenía, que se iban comiendo los caballos, y fue de manera que quedaron a pie, y así fueron hasta llegar a Cíbola, donde decían las Siete Ciudades, las cuales no vieron, sino algunos indezuelos salvajes, que se sustentaban de yerbas (una gente miserabi-

lísima), y la tierra sin género de muestra de tener plata, ni oro, que es lo que a los hombres pone a aventurar las vidas y pasar trabajos, los cuales esta gente pasaron grandísimos, muriéndose cada día, hasta que vinieron a quedar muy pocos y ya sin orden, que cada uno buscaba su vida o la muerte, tirando por la parte que más le parecía habría de comer, pasando muchas ciénegas y ríos grandes. En efecto, para volverse, como pudiesen, sustentándose de algunas vacas que hallaron, de las que he dicho, y de nueces y uvas monteses, y vieron muchísimo rastro de ganado, que había de haber en la tierra adentro, que debía de ser en el fin del mundo; y ellos no estaban ya casi ningunos, que muy pocos indios se los acabaron y comieran. Esta infelicidad fue grandísima, y desgracia del virrey, la cual supo andando con mucho cuidado en busca de puerto para la contratación de aquellas grandísimas ciudades que le habían dicho, y tierra para cuya conquista había gastado mucha hacienda suya, y de particulares. Luego como la supo, dio orden en volverse, y fue tan grande la pena que recibió, que le dio una enfermedad de que pensó ser muerto, y cierto fue de sentir, porque sacó de México la flor de la gente y mucho oro y plata, que gastó. Llegó a la ciudad de México muy triste, y muy cansado, y muy gastado y aun corrido.

Francisco Vázquez, después de haber visto el engaño de la tierra, procuró volverse; y con harto trabajo, habiendo rodeado el mundo y andándole, llegó a México y luego fue a besar las manos al virrey, y no fue tan bien recibido como quisiera, porque le halló muy triste. Contóle lo que le había sucedido y los trabajos, que habían sido muchísimos, y cómo se le había muerto la gente, y algunos se le habían metido la tierra adentro, y otros quedándosele cansados y enfermos; esto, todo, puso al virrey gran lástima. A cabo de muchos días llegaron otros de los soldados, que se le habían quedado a Francisco Vázquez, hechos pedazos, vestidos de pieles de animales, hartos de malaventura. No sucedió así a los que se hallaron, y vinieron a la conquista del Nuevo Mundo (Nueva España). Ella fue una en la vida y no más, que primero que se halle otro México y su tierra, nos veremos los pasados y los presentes juntos, en cuerpo y ánima, delante del Señor del mundo; aquel día universal donde será el juicio final.

FR. DIEGO DURAN, O.P.

Nació en Sevilla, España, hacia 1537.

Murió en México en 1588.

Misionero dominico. Inquirió a fondo la historia y costumbres indígenas. Escribió una *Historia de los Indios de Nueva España e islas de Tierra Firme*, dividida en tres tratados que comprenden desde la peregrinación de los aztecas, hasta la conquista, y un relato extenso de los ritos, dioses, fiestas y costumbres de los mexicanos. Publicóla por vez primera José Fernando Ramírez en 1867. Otra obra suya es *Antiguallas de los Indios de la Nueva España*, que sus críticos consideran no es otra cosa sino su *Calendario Antiguo*.

El estudio más completo acerca de él es el de Fernando B. Sandoval, *La Relación de la Conquista de México en la Historia de Fray Diego Durán*, en Hugo Díaz Thomé et al., *Estudios de Historiografía de la Nueva España*, con una introducción de Ramón Iglesia, México, El Colegio de México, 1945, 329 p., p. 40-90; Francisco Fernández del Castillo, "Fray Diego Durán. Aclaraciones Históricas" en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, México, 4a. época, T. III, 1900, Luis Chávez Orozco, *Ensayos de crítica histórica*, México, [s.e.], 190 p; Acerca de las semejanzas de su obra con la de Acosta, el llamado *Códice Ramírez* y la del P. Tovar, *Historia de la venida de los Indios a poblar a México de las partes remotas de Occidente, los sucesos y peripecias del camino, su gobierno, ídolos, etc.*, Vid, E. Beauvois, "L'Histoire de l'ancien Mexique. Les antiquités mexicaines du P. D. Durán comparées aux abregés des P.P. Tobar et J. d'Acosta" en *Revue des Questions Historiques*, París, 1885 t. XXXVIII, p. 109 y ss; Luis Leal, "El Códice Ramírez" en *Historia Mexicana*, México, 1953, III así como un trabajo de Roberto Barlow "La Crónica X".

También véase George Kubler and Charles Gibson *The Tovar Calendar*, en *Memoir of the Connecticut Academy of Arts and Sciences*, Vol. XI, January 1951, apendix.

Fuente: Fray Diego Durán, O.P. *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme*. 2 v. y un atlas. México, D. F. Editora Nacional, 1951, II-135-146.

EL CULTO DE TLALOC

En la relación que hicimos del ídolo llamado Huitzilopochtli a quien los mexicanos celebran solemnísima fiesta dije cómo junto a la pieza donde él estaba en el mismo templo tenía

otro compañero a causa de que no estuviese menos honrado y reverenciado que él, pues le tenían en la misma reputación de dios que a esos otros y a quien honraban con tantos sacrificios y ceremonias, como al que más y adorábanle como a dios de los aguaceros y de los rayos, truenos y relámpagos y de todo género de tempestades cuya historia dará mucho gusto a los oyentes por haber en ella mucho que notar y aún de qué dar gracias a nuestro Dios por haber sacado de tan gran error y ceguedad a esta miserable gente que tan engañada y metida en tan intolerables errores estaban.

Cuanto a lo primero es de saber que a este ídolo lo llaman Tlaloc (al cual en toda la tierra) tenían gran veneración y temor y a cuya veneración se ocupaba toda la tierra generalmente, así los señores reyes y principales como la gente común y popular; el asiento perpetuo del cual era en el mismo templo del gran Huitzilopochtli y a su lado donde le tenían hecha una pieza particular y muy aderezada de los aderezos comunes de mantas, plumas, joyas y piedras, todo lo más rico que podían. La estatua del cual era de piedra labrada de una efigie de un espantable monstruo la cara muy fea a manera de sierpe con unos colmillos muy grandes y encendida y colorada a manera de un encendido fuego en lo cual denotaban el fuego de los rayos y relámpagos que del cielo echaba cuando enviaba las tempestades y relámpagos el cual para denotar lo mismo tenía toda la vestidura colorada: en la cabeza tenía un gran plumaje hecho a manera de corona, todo de plumas verdes y relumbrantes, muy vistosas y ricas: al cuello tenía una sarta de piedras verdes, por collar de unas piedras que llaman chalchihuitl con un joyel en medio de una esmeralda redonda engastada en oro: en las orejas tenía unas piedras que llamamos de hijada de las cuales colgaban unos zarcillos de plata: tenía en las muñecas unas ajorcas de piedras ricas y otras en las gargantas de los pies y así no había ídolo más adornado ni más aderezado de piedras y joyas ricas que este a causa de que los más principales valerosos y ricos hombres acudían a él con sus ofrendas de aventajadas piedras y joyas ofreciéndolas a causa de que opinaban que cuando caía algún rayo y mataba a alguno que era herido con piedra y así toda la más ofrenda que a este ídolo se ofrecía eran piedras y joyas riquísimas, poniéndole en la mano derecha un relámpago de palo color morado y ondeado a la manera que el relámpago se pone desde las nubes al suelo culebreando. Tenía en la mano izquierda una bolsa de

cuero llena siempre de copal que es un incienso que nosotros llamamos anime, tenían sentado a este ídolo en un galán estrado de una manta verde pintada de muy galanas pinturas; tenía todo el cuerpo de hombre, aunque la cara, como dije, era de monstruo espantable y fiero. Llamaban el mismo nombre de este ídolo a un cerro alto que está en términos de Coatlychan y Coatepec y por la otra banda parte términos con Huetxotzingo. Lllaman hoy en día a esta sierra Tlalocan y no sabré afirmar cuál tomó la denominación de cual: si tomó el ídolo de aquella sierra: del ídolo y lo más probable podemos creer es que la sierra tomó del ídolo, porque como en aquella sierra se congelan nubes y se fraguan algunas tempestades de truenos y relámpagos y rayos y granizos, llamáronle Tlalocan, que quiere decir el lugar de Tlaloc.

En este cerro, en la cumbre de él, había un gran patio cuadrado, cercado de una bien edificada cerca de estadio y medio, muy almenada y encalada, la cual se divisaba de muchas leguas. A una parte de este patio estaba edificada una pieza mediana cubierta de madera con una azotea toda encalada de dentro y de fuera; tenía un pretil galano y vistoso; en medio de esta pieza, sentado en un estradillo tenían al ídolo Tlaloc, de piedra, a la manera que estaba en el templo de Huitzilopochtli. A la redonda de él había cantidad de idolillos pequeños que lo tenían en medio como a principal Señor suyo y estos idolillos significaban todos los demás cerros y quebradas que este gran cerro tenía a la redonda de sí, los cuales todos tenían sus nombres, conforme al cerro que representaban, los cuales nombres hoy en día les duran, porque no hay cerro ninguno que no tenga su nombre y así los mismos nombres tenían aquellos idolillos que estaban a la redonda del gran ídolo Tlaloc, acompañándole, como los demás cerros acompañaban a la sierra.

Celebraban la fiesta de este ídolo a veinte y nueve de abril y era tan solemne y festejada que acudían de todas las partes de la tierra a solemnizarla, sin quedar rey ni señor, ni grande ni chico que no saliese con sus ofrendas al efecto. Caía este ídolo en una de las fiestas señaladas de su calendario, a la cual llamaban Hueitozotli, por lo cual era la fiesta más solemne y festejada con dobladas ceremonias y ritos a causa de juntarse la una de las fiestas que ellos tenían de veinte en veinte días que era como domingo, el cual habían de cesar todas las obras comunes y serviles de lo cual tenían precepto como nosotros de santificar las fiestas. Enderezá-

base esta fiesta para pedir buen año a causa de que ya el maíz que habían sembrado estaba todo nacido. Acudían a celebrarla, como dije, el gran rey Moctezuma (al monte referido) con todos los grandes de México, de caballeros y señores de toda la nobleza. El rey de Acoloacan Nezahualpitzintly con toda la nobleza de su tierra y reino, luego al mismo efecto y juntamente venía el rey de Xochimilco y de Tlacopan con todos sus grandes señores, de suerte que acudían al cerro Tlalocan toda la nobleza de la tierra, así de príncipes y reyes, como de grandes señores, así de esta parte de la sierra nevada como de la otra, de la parte de Tlaxcallan y Huexotzinco, para los cuales señores se hacían grandes y vistosas chozas y ramadas, conforme a la calidad de las personas pertenecían de tan poderosos reyes y señores y tan temidos y reverenciados, haciendo para cada rey y parcialidad en distintos lugares del monte casas pajizas con sus retretes y apartados, como cosa que hubiera de ser durable y todos a la redonda de aquel gran patio, que dije había en lo alto, de donde el día, luego en amaneciendo salían todos estos reyes y señores con toda la demás gente y tomaban un niño de seis o siete años y metíanlo en una litera por todas partes cubierto que nadie lo viese y poníanlo en los hombros de los principales y puestos todos en ordenanza iban como en procesión hasta el lugar del patio al cual llamaban Tetzacualco y llegados allí, delante de la imagen del ídolo Tlaloc, mataban aquel niño dentro de la litera que nadie lo veía al son de muchas bocinas y caracoles y flautillas mataban a este niño los mismos sacerdotes de este ídolo. Después de muerto llegaba el rey Moctezuma con todos sus grandes y gente principal y sacaban un aderezo y rico vestido para el ídolo y entrando donde el ídolo estaba, él mismo, con su propia mano, le ponía en la cabeza una corona de plumas ricas y luego le cubría con una manta la más costosa que podía haber y galana de muchas labores de plumas y figuras de culebras; en ella poníanle un ancho y grande braguero ceñido no menos galano que la manta, echándole al cuello piedras de mucho valor y joyeles de oro; poníanle ricas ajorcas de oro y piedras y a las gargantas de los pies y juntamente vestía a todos los idolillos que estaban junto a él. Acabado Moctezuma de vestir al ídolo y de ofrecer delante de él muchas y muy ricas cosas entraba luego el rey de Tetzoco Nezahualpilli no menos cercado y acompañado de grandes señores y llevaba otro vestido a la misma manera y aún si

en algo podía aventajar se aventajaba y vestía al ídolo muy costosamente y a los demás idolillos excepto que la corona no se la ponía en la cabeza, empero colgábasela al cuello, a las espaldas y salíase. Entraba luego el rey de Tlacopan con su vestido y ofrenda y a la postre el de Xochimilco acompañado con todos los demás, con otro vestido muy rico de mantas, brazaletes, collares, mantillas, orejeras, a la misma manera que los demás lo habían hecho, poniéndole la corona en los pies: y así entraban todos a ofrecer cual manta, cual joya, cual piedra o plumas como entran a ofrecer el Viernes Santo a la adoración de la cruz y acabando de ofrecer salíanse acá afuera, quedando la pieza tan rica de oro y joyas y piedras y mantas y plumas que bastara a enriquecer a muchos pobres.

Vestido ya el ídolo y los demás idolillos a la manera que hemos oído, sacaban luego la suntuosa comida que cada rey había mandado aderezar de gallos y gallinas y casas con muchas maneras de pan a su modo y sirviendo el mismo Moctezuma de maestresala entraba al aposento donde estaba el ídolo y administrándole sus grandes la comida henchían lo restante de la pieza de aquellos potajes de aves y casas con muchos cestillos de pan hecho de muchas diferencias y de jícaras de cacao todo muy bien aderezado y guisado y tanto en abundancia que no cabía en la pieza y así ponían por acá de fuera. Luego venía el rey de Tetzaco con su comida, no menos opulenta y soberbia y daba de comer al ídolo con el mismo orden que Moctezuma, sirviendo el mismo de maestresala. Luego venía el de Tlacopan y hacía lo mismo y tras él, el de Xochimilco y ofrecían tanta comida que afirman los que dan esta relación (como hombres que lo vieron) que era tanta la comida que se ofrecía de potajes y pan y cacao hecho a la manera que ellos lo beben que se henchía mucha parte del patio acá fuera, que era muy de ver, especialmente que toda la loza con que lo servían era nueva y los cestillos y vasos donde estaba el cacao que no se habían estrenado. Acabado de poner la comida venían los sacerdotes que habían degollado al niño con la sangre en un lebrillejo y el principal de ellos con un hisopo en la mano, el cual lo remojaba en aquella sangre inocente y rociaba al ídolo y a toda la ofrenda y toda la comida y si alguna sangre sobraba íbanse al ídolo Tlaloc y lavábanle la cara con ella y el cuerpo y todos aquellos idolillos sus compañeros y el suelo y dicen que si aquella sangre de aquel niño no

alcanzaba mataban a otros dos para que se cumpliese la ceremonia y se supliese la falta. Acabadas todas estas ceremonias bajábanse todos al poblado a comer, porque no podían comer allí en aquel lugar, teniendo en ello superstición y agüero, y así, acá en los pueblos cercanos tenían muy bien aderezada la comida con mucha abundancia y suntuosidad, conforme a reyes y príncipes y grandes señores, volviéndose cada uno a su ciudad.

Cuando alguno de los reyes estaba impedido por alguna urgente necesidad que no podía ir en persona, enviaba a su lugarteniente o delegado con todo el aparato dicho y ofrenda para que ellos en su nombre lo ofreciesen e hiciesen todas las demás ceremonias que hemos contado, lo cual todo concluido constituían una compañía de cien soldados de los más valientes y valerosos que hallaban con un capitán y dejábanlos en guarda de toda aquella rica ofrenda y abundante comida que allí se había ofrecido a causa de que los enemigos que eran los de Huexotzingo y Tlascallan no lo viniesen a robar y a saltar, porque si acaso se descuidaban de poner aquella guarda o los centiles de velar, venían de noche los enemigos y desnudaban al ídolo y robaban toda aquella riqueza, que allí habían ofrecido, de lo cual todos los mexicanos y todas las demás provincias de la parcialidad mexicana recibían grandísima afrenta y enojo, y así los soldados que se descuidaban pagaban con su vida su descuido, empero como el ardid de los mexicanos y astucia siempre fue mucha, las más de las veces dicen que fingiéndose dormidos dejaban entrar a los enemigos y cebarse en las presas y después que los tenían cebados y a su salvo salían de improviso y daban en ellos que no quedaba hombre con vida. Esta guardia duraba hasta que toda aquella comida y cestillos y jícaras se pudrían y las plumas se pudrían con la humedad: todo lo demás lo enterraban allí y tapiaban la ermita hasta otro año, porque en aquel lugar no asistían sacerdotes ni ministros, sólo la guardia dicha, la cual remudaban cada seis días, para lo cual había señalados pueblos de los más cercanos para que proveyesen de soldados para hacer esta guardia todo el tiempo que duraba el temor de que los enemigos habían de saltar al ídolo y la ofrenda. Acabada la ofrenda del monte y todo lo dicho, apresurábanse los señores a acudir a la celebración y santificación de las aguas que aquel mismo día se hacía en la laguna y en todas las fuentes y manantiales y en todas las sementeras, haciendo sus sacrificios y ofrendas

las cuales contaré muy a la larga cuando en el calendario trataremos del día festivo de Hueitzoztli porque todo pertenece para aquel lugar.

Mientras los señores en el monte que dijimos de Tlalocan muy amaneciendo celebraban con toda la prisa posible para hallarse en la del sacrificio de las aguas la fiesta de Tlaloc en aquel monte con la solemnidad y riquezas dichas, los que quedaban en la ciudad, donde tenían la imagen del ídolo en el templo de Huitzilopochtli tan suntuosa y ricamente aderezada aparejaban con la misma solemnidad la de las aguas, especialmente los sacerdotes y dignidades de los templos con todos los mozos y muchachos de los recogimientos y colegios, vistiéndose de nuevos aderezos y haciendo muchas diferencias de bailes y entremeses y juegos y poniéndose diferentes disfraces como fiesta principal suya, casi a la manera que los estudiantes celebran la fiesta de San Nicolás. Todos estos juegos y fiestas se hacían a un bosque que se hacía en el patio del templo delante de la imagen del ídolo Tlaloc, en medio del cual bosque hincaban un árbol altísimo, el más alto que en el monte podían hallar, al cual ponían por nombre TOTA que quiere decir nuestro padre todo enderezado a que aquel ídolo era dios de los montes, bosques y de las aguas y así esta solemnidad y fiesta se iba a concluir a la laguna al tiempo que se tenía noticia que ya descendían de los montes y se acercaban a la laguna para embarcarse en las canoas que los estaban esperando, tantas en cantidad cuanto era el número de los señores y principales y gente que había ido, que cubrían las riberas de la laguna, todas muy entoldadas y aderezadas, especialmente las de los reyes, pues para cada uno había una particular con mucha cantidad de remeros que las llevaban volando. Y antes que pasemos adelante sobre la relación de esta segunda fiesta que de la ciudad salía, quiero decir del bosque y árbol llamado TOTA.

Es de notar que la fiesta se solemnizaba en nombre de padre, que quiere decir tota, para que sepamos que reverenciaban al padre y al hijo y al espíritu santo y decían tota, topiltzin y yolometle, los cuales vocablos quieren decir nuestro padre y nuestro hijo y el corazón de ambos haciendo fiesta a cada uno en particular y a todos tres en uno, donde se nota la noticia que hubo de la trinidad entre esta gente.

Para que a todo demos satisfacción y no quede la relación manca, es de saber que antes del día propio de la fiesta de este ídolo, hacían un bosque pequeño en el patio del

templo, delante del oratorio de este ídolo Tlaloc donde ponían muchos matorrales y montecillos y ramas y peñasquillos que parecía cosa natural y no compuesta y fingida; en medio de este bosque ponían un árbol muy grande y coposo y alrededor de él otros cuatro pequeños, el cual árbol traían a la manera que dije y es que iban todos los ministros y mancebos de los templos y recogimientos, escuelas y colegios y pupilajes y todos sin quedar chico ni grande, mozo ni viejo, iban al monte de Cuihuacan y en todo él buscaban el árbol más alto, hermoso y coposo que podían hallar y el más derecho y grueso. Hallado el árbol a su propósito con unas sogas cogíanle todas las ramas liándoselas al tronco muy bien liadas, de suerte que ninguna rama ni hoja de él pudiese ser arrastrada por el suelo: acabado que le acababan de liar venían los hacheros y cortaban el árbol, el cual tenían atado con otras sogas, de suerte que cortado no cayese al suelo, sino que como iba cayendo lo iban sosteniendo con aquellas sogas y con horquillas, de suerte que le iban recibiendo en las manos. Después de recibido así en peso sin que llegase al suelo le sacaban del monte, dejándole unos y tomándole otros a trechos, sin ponerlo en el suelo a descansar, remudándose unos y luego otros, para lo cual había gran multitud de gente que no sentían el trabajo antes venían y le traían con gran regocijo de cantos y bailes y algazaras y así le metían en México con el mismo alboroto que suelen y llevábanle al templo dicho donde en medio de aquel bosque tenían hecho un hondo hoyo donde en llegando lo plantaban tan derecho y bien puesto que parecía ser nacido allí y luego le tornaban a desliar las sogas con que tenía liadas las ramas y tornábase a extender y ensanchar como había estado en el monte. A este árbol ponían por nombre TOTA, que quiere decir nuestro padre, a causa de que a la redonda de él ponían otros cuatro más pequeños, quedando él como por padre de los demás. Puesto el árbol grande y los cuatro pequeños en cuadra, quedando TOTA en medio, de cada arbolillo pequeño salía una soga de paja torcida y venía a atarse al de en medio grande, de manera que de los cuatro arbolillos salían cuatro sogas y venían todas cuatro a atarse al árbol de en medio que se decía tota. Tenían estas sogas en el campo que había desde el arbolillo donde estaba atada hasta el mayor muchas borlas colgadas a trechos hechas del mismo esparto o paja. Dicen que significaban estas sogas ásperas, la penitencia y aspereza de la vida, que hacían los

que servían a los dioses, y así dicen que Nezahualcoyotl y su hijo Nezahualpilli tomaron el sobrenombre de estas sogas, porque Nezaualpilli quiere decir señor penitente o abstinentes y digo que tomó el sobrenombre de estas sogas, porque las llamaban nezahualmecatl, que quiere decir, sogas de penitencia y hablando a nuestro modo, quiere decir como cilicio, porque en realidad, de verdad antiguamente los penitentes las usaban a las carnes aquellas sogas ásperas, para castigar las carnes. Hincado aquel palo o árbol grande con los demás pequeños y a todas las sogas penitenciarias, los grandes sacerdotes y dignidades muy vestidos de pontifical (como dicen) sacaban una niña de siete o de ocho años metida en un pabellón que no la veía nadie, tapada de todas partes, a la manera que los señores habían llevado el niño que dijimos al monte. A la misma manera, estos sacerdotes sacaban a esta niña en hombros, metida en aquel pabellón, toda vestida de azul, que representaba la laguna grande y todas las demás fuentes y arroyos: puesta una guirnalda en la cabeza de cuero colorado y al remate una lazada con una borla azul de plumas, la cual niña metían en aquel pabellón en aquel bosque y sentábanla debajo de aquel gran árbol vuelta la cara hacia donde el ídolo estaba y luego traían un tambor y sentados todos sin bailar, teniendo la niña delante le cantaban muchos y diversos cantares. Duraba este canto hasta que venía nueva que los señores habían concluido con la ofrenda y sacrificio en el monte y que ya bajaban a se embarcar. Tenida la noticia tomaban la niña en su pabellón y embarcábanla en una canoa y juntamente quitaban el árbol grande tornándole a liar las ramas y poniéndolo en una balsa en el agua y sin cesar de tañer y cantar con innumerables canoas que iban acompañando mujeres y hombres y niños para ver la fiesta la llevaban al medio de la laguna con toda la prisa posible y llegados a aquel lugar que ellos llaman Pantitlan, donde la laguna tiene su sumidero y donde hace un remolino notable de cuando en cuando, cuando se sume el agua peligrando allí muchas canoas que por descuido e inadvertencia pasan por encima de él, llegados, pues, a aquel lugar, los grandes señores, por una parte, y los de la ciudad por otra, tomaban luego aquel árbol grande TOTA e hincábanlo en el cieno junto al ojo de agua o sumidero, tornándole a desatar las ramas y el acoparse y luego tomaban a la niña, así dentro de su pabellón y con una fisga de matar patos la degollaban y escurrían la sangre en el agua. Acabada

de escurrir la arrojaban en el agua, en derecho de aquel sumidero, la cual dicen que se la tragaba, de suerte que nunca más parecía acabada de echar la niña; llegaban los reyes a ofrecer en sus canoas unos en pos de otros y todos los señores y ofrecían tantas riquezas de joyas y piedras y collares y ajorcas en tanta abundancia, como en el monte habían ofrecido, echándolo todo en la laguna en el mismo lugar que habían echado a la muchacha, donde cada año echaban tanta cantidad de oro y piedras y joyas que era maravilla y aún hay opiniones que aquel gran tesoro de Moteczuma que se desapareció cuando se ganó la tierra, que la fiesta que se hizo mientras don Hernando Cortés estuvo rehaciéndose en Tlaxcallan, que los indios lo echaron todo allí en aquel ojo de agua, el cual sumidero se ha cegado con el mucho lodo y cieno y con haberlo dejado de limpiar, como solían cuando iban a hacer este sacrificio, el cual acabado y la ofrenda con todas las demás ceremonias de hincar allí el árbol TOTA cesaba el tañer y el cantar y todos los demás regocijos y con mucho silencio se volvían todos a la ciudad, con lo cual fenecía la fiesta, aunque no las ceremonias que los labradores y serranos hacían en las labranzas y sementeras y en los ríos y fuentes y manantiales, que como cosa particular lo dejo para en su lugar y es el principal aviso que se debe dar para que los ministros y confesores estén advertidos en ellas para descargo de sus conciencias, a causa de que en la era de ahora se usan y lo he hallado muy común, especialmente en los pueblos llegados a serranías. El árbol dicho se dejaba allí hincado hasta que él, de podrido se caía, y como cada año hincaban un árbol de aquellos, dizque había tantos árboles secos de aquellos junto a aquel ojo de agua que ya los ponían apartados de él por no haber lugar y que esto sea así, yo me acuerdo que pasando esa laguna, muchas veces en canoa, vi los troncones de los árboles ya muy viejos hincados en el agua y queriéndome satisfacer que fuese por haber sido siempre en esto curioso de preguntar, me decían que eran árboles que antiguamente había allí y como ignoraba el principio creí que eran árboles nacidos allí hasta que vine a sacar de raíz lo que era y creo hoy día hay vestigios de ellos y dicen estos naturales que si aquel ojo de agua se alegrase y limpiase, que se hallarían muchas cosas preciosas de oro y plata y joyas y piedras y grandes rastros y vestigios de los sacrificios pasados.

Y no quiero dejar confusión en la variedad que de esta

relación hallé y es que unos dicen que era sumidero y otros que no, sino manantial y que salía por allí en tiempo de aguas mucha cantidad de aguas que henchían toda la ciudad de México y sus acequias de agua y casi anegaba todos los pueblos que en sus playas y riberas había; que acontecía subir el agua hasta sus pertenencias, como lo afirman los de Chimalhuacan, Atenco y los de Chicaloapan y toda la cordillera que está de pueblezuelos vera de la laguna hasta Tetzcoco admirándose ahora como cada año va a menos y no a más y que si no fuese por los ríos y grandes fuentes que entran en ella y la sustentan, creen ya se hubiera secado y en esto fundan su razón los que dicen que aquel ojo era manantial y que a esta causa se seca y que si se tornase a limpiar que correría la ciudad mucho peligro, supuesto que las acequias que había en México en la infidelidad suya, que eran muchas, están cegadas y que no hallaría el agua por donde se extender y de necesidad se anegaría. Los que tienen la contraria opinión de que era sumidero dicen que las fuentes del marquesado proceden de allí, y que se ha visto manifiestamente por experiencias que han hecho para satisfacerse y más dan otra razón que lo que por aquellos mineros se resuma se reviente por debajo de la tierra y que va a la ciudad de México y que a esa causa se halla el agua tan somera en donde quiera que cavan y que el tragarse a aquella niña daba testimonio de ser sumidero. Esta no es razón que tiene mucha eficacia, porque el tragarse a aquella niña el agua podía haber engaño y falsedad en aquellos embaidores de los sacerdotes que no se desvelaban en otra cosa, sino en hacer en creyentes a todo el común que los ídolos hacían milagros y maravillas para que les cobrasen más miedo y reverencia, por ser esta una gente que les mueve más lo que ven que no lo que oyen, muy devotos de Santo Tomás y de ver y creer como los judíos sus antepasados que pedían a Christo algunas señales del cielo y así veían que esta niña ofrecida y sacrificada al diablo Tlaloc y en nombre de la laguna y echada en el agua, se la tragaba y nunca más salía como suelen salir los cuerpos sobre aguados y no caían en que aquellos malditos ministros del demonio les debían de poner algunas piedras para que se fuesen al fondo. Tenían tan creído que el dios de la agua se la comía y llevaba para sí que hoy en día, con mucha dificultad les he podido persuadir lo contrario, diciendo que en echando aquella niña en el agua, hacía el agua un gran ruido

y que cuando se la tragaba juntamente con el ruido hacía el agua un gran remolino, como no son cosas de fe es cosa fácil el creer lo que cada uno, con su buen juicio, le pareciere, que lleva más camino y apariencia de verdad de decir que hoy en día; los que navegan esta laguna huyen de aquel lugar y no osan pasar por él, acordándose de los muchos naufragios que antiguamente tenían los que por allí pasaban y aun por las muchas desgracias que de noche suceden en aquel lugar ahogándose algunos y es forzoso pasarla de noche por temor de las tempestades y aires que entre día en ella se levantan.

Hay una cosa en esta laguna muy notable y es que muchas veces se embravece y alborota en aquel lugar sin hacer viento y hierve allí el agua y echa espuma y haciendo muchas conjeturas de lo que puede ser, debe ser que aquel ojo de agua o respiradero de esta laguna está ya cegado con el mucho cieno y el agua y aire juntamente está represado que no puede salir y querría hacer su curso. Deben estos dos elementos de hacer alguna violencia y causar aquel extraño movimiento en la laguna y aquel huracán y es cierto verdad que como testigo de vista diré lo que me aconteció a mí y a otro religioso en medio de ella y es que yendo con mucha bonanza una mañana navegando con mucho contento, de improviso, sin hacer ningún aire ni viento de ninguna parte, se levantó un huracán y movimiento tan extraño que pensamos ser ahogados y preguntando yo a los remadores que nos llevaban (que no menos espantados y temerosos estaban que nosotros) qué fuese la causa de aquel tan inopinado terremoto y huracán sin hacer viento ni memoria de él, respondieron que era el aire que estaba debajo del agua y que quería salir y que aquello acontecía muchas veces y entiendo ser lo que tengo dicho que el aire metido en los poros de la tierra en aquellos lugares hace causar aquel movimiento por salir en el agua y no es mucho pues causa los temblores de tierra y mueve medio mundo. Y porque sepamos la patraña y cuento de donde procede nuestra madre la laguna, quiero contar lo que con todo su juicio me contaron unos flemáticos viejos, preguntándoles yo qué noticia tenían del origen de aquella laguna o lo que de ello sospechaban y dijéronme que lo que sabían era: que procedía de la mar; pidiéndoles la razón y ocasión que para pensarlo tenían, me dijeron: que los reyes antiguos teniendo deseo de donde tenía principio esta laguna hicieron muchas diligencias para lo saber y sacar en limpio especial-

mente que la veían crecer y menguar y estar unas veces de una color y otras de otro y enviando gente por muchas partes dicen que hacia la costa vieron un río que salía de la mar y que a poco trecho se hundía y hoy en día se hunde y que para saber donde iba a salir aquel río, que echaron en el boquerón donde se sumía una calabaza gruesa y redonda, lisa, toda llena de algodón y muy bien tapada para que no le entrase agua y que echada dieron aviso a México para que se tuviese cuenta si aquella calabaza pareciese en alguna parte de la laguna o en algún río o fuente y que puestas muchas espías y buscas en la laguna al cabo de algunos días hallaron la calabaza nadando encima del agua en la laguna grande: cosa es que puede ser y bien se puede creer, pues el agua misma da testimonio de sí y de dónde procede con su maleza, porque lo uno ella es salobre y gruesa y sucia y unas veces está clara y otras muy turbia, otras veces azul y otras verde y otras muy negra; es agua que no cría pescado y todo el que de la agua dulce entra en ella y de las fuentes, todo se muere y luego lo echa a la orilla y causa muy poca salud a México con sus malos vapores y hedor, en especial en tiempo de seca.

He traído todo esto para contar el sacrificio que a la laguna se le hacía el mismo día de Tlaloc, el cual día como hemos visto era solemnísimo para ello y de gran contento; y si bien consideramos el cuidado y solicitud con que la solemnizaban y trabajo de ir al monte y venir del monte e ir a la laguna y venir de la laguna, el ofrecer tanta cantidad de cosas preciosas y ricas, sacrificando sus mismos hijos e hijas, sirviendo al demonio de noche y día por cerros y quebradas, sin discrepar un año más que otro en ninguna ceremonia serenos a gran confusión el considerar la flojedad y tibieza, quiebras y faltas con que servimos a Nuestro verdadero Dios y aún consentimos que sea servido poniendo más cuidado en lo temporal que en lo espiritual, contentándonos con las apariencias de christianos que los indios nos fisguen sin procurar arrancar de raíz la cizaña que anda revuelta con el trigo. Cierto es confusión nuestra y vergüenza grande que viendo con cuanto cuidado el demonio era servido de noche y de día consintamos que la suma bondad de Nuestro verdadero Dios y Señor sea con tanta flojedad y negligencia reverenciado y creído y adorado, sin poner la solicitud y cuidado y la vida (pues tenemos obligación de ponerla por su amor) para que su nombre sea ensalzado y su santa fe y ley guardada, pug-

nando por desterrar la engañosa y mentirosa fe y error de esta miserable gente en que todavía estriban y ponen su confianza, pues es mentira y falsedad engañosa y lo que les enseñamos eterna y suma verdad y bienaventuranza para lo cual debían los que tratan con ellos y de su conversión procurar de saber muy bien la lengua y entenderlos si pretenden hacer algún fruto pues en ello va la salvación y vida del alma o la dañación del uno y del otro y no se contenten con decir que ya saben un poco de lengua para confesar y que aquello les basta, lo cual es error intolerable, porque para este sacramento es menester más lengua e inteligencia de ella que para otro ninguno para saber examinar la enmarañada conciencia en idolatrías encubiertas de muchos años de algunos penitentes y no tengan los prelados tanto error en decir que ya sabe lengua el ministro para confesar a un enfermo, que bien le pueden fiar el sacramento. Torno a decir que es error muy grande y poca inteligencia de los indios porque para aquel enfermo que se está ya muriendo, es menester la buena lengua y la buena persuasión y el declararle el bien que con aquel sacramento recibe y como mediante la pasión de Cristo y su sangre preciosa con que aquel sacramento está bañado recibe remisión y perdón de todos sus pecados y ponerle temor que si no descubre sus pecados que se irá al infierno, el cual enfermo, lleno de temor y persuadido descubre a veces lo que había cuarenta y cincuenta años que encubría como habrá acontecido y acontece a cada paso. Miren por amor de Cristo crucificado como se encargan de este negocio tan importante que no basta ser uno lengua como quiera, pues querrá predicarles y declararles los misterios de la fe y amonestarles la verdad y predicará error y mentira lo cual se ha de tener por cosa perjudicial y para las conciencias que lo encomiendan y de ello se encargan no muy seguro, lo cual me admira de algunas personas con cuanta seguridad se encargan de ello y comen y beben y duermen tan sin cuidado, como si no hubieran de dar a Dios cuenta de los que por sus culpas se van al infierno, contentándose con dos vocablos generales que son (tleytoca) (ygualaz) que son los vocablos primeros que los conquistadores deprendieron cuando vinieron a la tierra con otros vocablos tan groseros y toscos que los indios demás de reírse y hacer burla y escarnio de ellos, no los entienden ni saben lo que quieren decir.

ANTONIO DE HERRERA Y TORDESILLAS

Nació en 1549 en Cuéllar, España. Murió en Madrid el 13 de mayo de 1625.

Humanista destacado, fue nombrado Cronista Mayor de las Indias en febrero de 1596. Recibió para su labor preciada documentación procedente de los actores de los descubrimientos y conquistas americanos, como Bernal Díaz, Oviedo, Las Casas, Cieza de León e informes de las más importantes autoridades y personajes del Nuevo Mundo. Con ellos inició la redacción de su *Historia General de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, más conocido con el nombre de *Décadas*.

A Herrera, humanista se debe la traducción de las obras de Juan Tomás Minadoy, *Historia de la guerra entre los turcos y persianos* (1588); de Juan Botero, los diez *Libros de la Razón de Estado* (1593), de Tácito, *Los Anales* y otras más del italiano, francés y latín.

El valor de su obra ha sido realzado por Rómulo D. Carbia, *La crónica Oficial de las Indias Occidentales. Estudio histórico y crítico acerca de la historiografía mayor de Hispano-América en los siglos XVI a XVII. Con una introducción sobre la crónica oficial en Castilla*. La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la Plata, 1934. (Biblioteca Humanidades XIV); José Torre Revello, *La expedición de Don Pedro de Mendoza y las fuentes informativas del Cronista Mayor de las Indias Antonio de Herrera y Tordesillas, en Contribuciones para el estudio de la Historia de América. Homenaje al Dr. Emilio Ravignani*. Buenos Aires, Peuser Ltda., 1941, 640 p.; Carlos Bosch García, *La Conquista de la Nueva España en las Décadas de Antonio de Herrera y Tordesillas, en Estudios de Historiografía de la Nueva España*, México, El Colegio de México, 1945, 329 p., p. 143-202, así como Antonio Ballesteros y Beretta en el prólogo a las *Décadas* en la edición hecha en Madrid en 1934.

Fuente: Antonio de Herrera. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme de el Mar Océano*. Prólogo de J. Natalicio González. 10 v. Asunción del Paraguay, Editorial Guaranía, 1944-47.

VELAZQUEZ Y CORTES

Diose Grijalva mucha prisa para llegar a la ciudad de Santiago, adonde ya se aparejaba la segunda armada: y pa-

reciendo ante Diego Velázquez, le dio pocas gracias por lo que había trabajado: antes le riñó mucho, afrentándole la palabra, porque así era su condición, por no haber ido contra su propio mandamiento en poblar, pues a él le fuera mejor, y más provechoso: y esta misma satisfacción daba Grijalva, y decía, que su obediencia no merecía tan mal acogimiento; y como Diego Velázquez tenía comenzado a aderezar otra armada, y se acabó de informar de todo lo que se halló en el descubrimiento, tenía recogidos diez navíos, con los que llevó Grijalva; y para hacer la población con más fundamento, envió a la Española a Juan de Salcedo, a pedir licencia a los padres jerónimos, con algunas muestras de lo hallado: y a Castilla envió a Benito Martín, su capellán, con las nuevas, y relaciones muy cumplidas del descubrimiento, y piezas ricas de oro, y otras cosas, con que se confirmase cuanto enviaba a decir, y para que suplicase al rey le hiciese algunas mercedes, y diese algún título, por sus largos servicios, y viese de hacer algún asiento para la población, y lo demás que se descubriese; y dando prisa en el armada, en que gastó veinte mil ducados, pensó enviar por general de ella a Baltasar Bermúdez, también natural de Cuéllar, su tierra, y le rogaba, que lo aceptase, diciendo que lo haría por honrarle, porque le quería bien y le trataba bien. Baltasar Bermúdez tenía los pensamientos altos, y parecía tener de sí demasiada confianza; y por haber pedido condiciones, que desagradaron a Diego Velázquez, se enojó: y como era muy libre, y sacudido, echólo de sí con palabras desmandadas; y discutiendo en las personas a quien podría encargar aquella armada, no se acababa de resolver, porque también discurría sobre parientes. Era contador del rey en aquella isla, Amador de Lares, burgalés, hombre astutísimo, y que no sabía leer, ni escribir, aunque con la prudencia y astucia suplía las faltas: y si bien de pequeño cuerpo, había servido de maestresala al gran capitán, y gastado con él muchos años en Italia, y con éste trabajó Hernando Cortés, de tener gran amistad, que no era muchos quilates menos astuto que él: y por esto creyeron muchos, que se habían ambos confederado, en tanto grado, que partirían el hacienda, que Cortés adquiriese, yendo en aquel viaje:

Y como Diego Velázquez comunicaba con Amador de Lares, como oficial real, las cosas de la armada, y las demás de la gobernación de la isla, le persuadió, ayudado de su se-

cretario Andrés de Duero, que también era amigo de Cortés, que la encargase a Hernando Cortés; y como Diego Velázquez conocía bien a Amador de Lares, siempre vivía con él rectado: pero como cuando los que aconsejan tienen crédito, y tienen intereses propios, una vez, o otra, guían la resolución de los negocios al fin que les conviene, como la saeta dirige al blanco, y así salió con su intento, porque Diego Velázquez se determinó de nombrar a Hernando Cortés por capitán general de aquella armada en que gastó veinte mil ducados; y como era alegre, y orgulloso, y sabía tratar a cada uno conforme a su inclinación, y el ser alcalde le favorecía mucho, supose dar maña en agradar a la gente, que para el viaje, y población se allegaba, que era toda voluntaria, por las riquezas que se prometían, y con dos mil castellanos, con que se hallaba, y no cuatro mil, comenzó a ponerse a punto, y gastar largo, tratándose, como capitán, de una jornada de tanta esperanza, como aquélla. Y acerca de esto, no me ha parecido pasar en silencio, que Francisco López de Gómara, capellán de D. Hernando Cortés, que asentó en su servicio la última vez que vino a Castilla, no refiere lo que en esto pasó, con la neutralidad, que la historia requiere. Y antes que se pase más adelante, dejando a Hernando Cortés poniéndose en orden para la jornada, es de saber, que como se sonó el descubrimiento de la tierra, y riqueza de Yucatán, Francisco de Garay, que gobernaba la isla de Jamaica, determinó le enviar a Diego de Camargo a descubrir con uno, u dos navíos, y descubrió la provincia de Pánuco desde donde Grijalva se volvió hasta cien leguas hacia la Florida; y atribuyéndolo a sí este descubrimiento, envió a Castilla a suplicar al rey, que le hiciese merced de esta gobernación, ofreciendo de poblar, y conquistar aquellas provincias a su costa: pidió título de adelantado, y ciertas leguas de tierra con jurisdicción, y otras mercedes; y el año siguiente de 1519, se le dio el despacho en Barcelona; y andando el clérigo Benito Martín solicitando por Diego Velázquez, el obispo de Burgos hizo proveer por obispo de Cuba a un fraile dominico, llamado Fr. Juan Garcés, confesor suyo, maestro en teología, notable predicador, y docto en la lengua latina; en tanto grado, que dijo el maestro Antonio de Lebrija, que le convenía estudiar, para saber más que aquel fraile; y como Benito Martín fue bien recibido, por las nuevas que llevó del descubrimiento, y las riquezas: y con las muestras de ello, a vueltas de los negocios que trataba, por haber llevado relación, que la tierra que se había descu-

bierto adelante de Cuba, era isla, pidió por merced, que le diesen el abadía de ella, que no salió menos que la Nueva España, que los indios llamaban Culúa; y habiéndoselo concedido, y pasado a Fr. Juan Garcés, de obispo de Cuba, a obispo de Cozumel, o de Santa María de los Remedios, entrambos se hallaron burlados, porque Cozumel se pensó, que era muy gran cosa, y salió poco: y Culúa, que era poco, salió cosa grandísima. Anduvo después sobre ello gran controversia. y moderóse con dar el obispado de Tlascala a Fr. Juan Garcés, y cierta recompensa a Benito Martín.

Luego que partió de Cuba Benito Martín, con las muestras sobredichas, pareciendo a Diego Velázquez, que para sus pretensiones convenía enviar otra persona, despachó a Gonzalo de Guzmán, natural de Portillo, con su poder, para que juntándose con Pánfilo de Narváez, tratasen sus negocios, y pretensiones; y habiendo dado sus memoriales, como el obispo de Burgos, por la muerte del gran canciller, y con el ayuda de Cobos, había vuelto a los negocios, y presidía ya en el Consejo de las Indias, favoreciendo a Diego Velázquez, o por parecerle, que era buen servidor del rey, por haber sido autor de tan grandes descubrimientos, o porque, como se dijo, le quería casar con doña Mayor de Fonseca, su sobrina: y porque también Diego Velázquez tenía muchos amigos, se le consideraron las cosas siguientes:

Primeramente licencia, para que a su costa pudiese descubrir cualquier isla, y tierra-firme, que hasta entonces no estuviesen descubiertas, con que no fuesen de las contenidas en la demarcación del rey de Portugal. Que pudiese conquistar las tales tierras, como capitán del rey, y poner debajo de su señorío, y servidumbre, con que guardase las instrucciones que se le diesen, para el buen tratamiento, pacificación, y conversión de los indios. Que se le daba título de adelantado, por toda su vida, de las dichas tierras que descubrió y de las que a su costa descubriese. Que pudiese llevar la quincena parte de todo el aprovechamiento, que en cualquier manera, de aquellas tierras el rey tuviese, por su vida, y de un heredero; y que habiendo poblado, y pacificado cuatro islas, ya habiendo trato seguro en la una, que él escogiese, hubiese la veintena parte de todas las rentas, y provechos, que al rey se siguiesen, por cualquiera manera, perpetuamente, para sí, y sus herederos.

Que de toda la ropa, armas, y bastimentos, que de Castilla llevase para las dichas tierras, por toda su vida, no pagase

derechos algunos. Que se le hacía merced de cierta hacienda de pan cazabi, y puercos, que el rey tenía en el Habana, para que se gastase en lo dicho. Que se le señalaban trescientos mil maravedís de salario en las dichas tierras. Que se le hacía merced de la escobilla, y relieves de las fundiciones del oro. Que hechas las fortalezas, que fuesen menester en las dichas tierras, se tendría respeto a sus servicios, para darle las tenencias de ellas. Que se suplicaría al Papa, que concediese bula, para que los castellanos que muriesen en aquella demanda fuesen absueltos de culpa, y a pena. Que los que allí poblasen, no pagasen del oro, que cogiesen de las minas, más de el diezmo, los dos primeros años, y de allí el tercero año la novena parte, hasta llegar, y parar en la quinta parte. Que los pobladores no pagasen, por seis años, nada de la sal, que comiesen, si no hubiese por parte de el rey arrendamiento. Que en cada navío que enviase a la dicha navegación, el rey le mandase proveer de un clérigo de misa, a costa de la Real Hacienda. Que el rey proveyese de médicos, boticarios, medicinas y cirujanos. Que le mandaría dar veinte arcabuces, o mosquetes de a dos arrobas. Que pudiese llevar, por diez años, mercaderías, mantenimientos, y otras cosas, sin pagar derechos. Que pudiese llevar de la isla Española, y de las demás, la gente que quisiese ir con él, con que no viniese daño a la población. Que el rey tendría cuidado de honrarle, y hacerle merced, según sus servicios, como a criado suyo, prometiendo de guardarle lo capitulado, como él prometiese de cumplir las instrucciones que se le daban, para el buen tratamiento, y conversión de los indios, y para traerlos de paz. Esta capitulación fue hecha a 13 de noviembre de este año, en Barcelona; y en el mismo tiempo andaba Cortés aparejando su partida; y desde los trece de noviembre sobredichos, hasta los diez y ocho del mismo, que Hernando Cortés se alzó con el armada de Diego Velázquez, es de notar, que no tuvo más de cinco días de diferencia.

Nombrado Hernando Cortés por capitán general (de que unos se holgaban, y otros no) y dando priesa en su despacho, Diego Velázquez iba cada día al puerto, que estaba junto, y con él Cortés, y toda la ciudad, a ver los navíos, y proveerlos: y una vez iba delante un truán, llamado Francisquillo, que tenía Diego Velázquez, y volviéndose a él, dijo a Diego Velázquez: Mira lo que haces, no hayamos de ir a montear a Cor-

tés. Dio Diego Velázquez grandes gritos de risa, y dijo a Cortés, que como alcalde iba a su lado: Compadre (que así le llamaba siempre) ¿mirad qué dice aquél bellaco de Francisquillo? Respondió Cortés, aunque lo había oído, fingiendo que iba hablando con otro: ¿Qué, Señor? Dijo Diego Velázquez: ¿Qué si os hemos de ir a montar? Respondió Cortés: Déjele vuestra merced, que es un bellaco loco: yo te digo, loco, que si te tomo, que te hago, y te acontezca; y todos, burlándose, y riéndose del dicho del loco, cuya profecía, escarbando en el alma de Diego Velázquez, y de sus deudos, y amigos, que hasta entonces no habían mucho mirado en ello, le hablaron de veras, y dijeron, que cómo no advertía en el yerro grande que hacía, en fiar en Cortés (a quien él, mejor que otro, conocía) empresa de tan grande importancia, y en que tanto iba su honra, y hacienda; y que era cosa cierta, que Hernando Cortés se le había de alzar, según sus astucias, acordándole lo que en Barbacoa le urdía, y otras cosas, cuantas pudieron hallar para persuadirle. Diego Velázquez, volviendo sobre sí, y conociendo, que le decían lo que probablemente, y según reglas de prudencia se podía presumir, determinó de quitarle el cargo, y salir de aquel cuidado; y porque comunicaba las cosas de aquella armada con los oficiales reales, especialmente con el contador Amador de Lares, se lo descubrió a Cortés, aunque según era despierto, y avisado, no era menester, que nadie se lo advirtiese, pues bastara para entenderlo, mirar a la cara de Diego Velázquez. La primera noche que lo supo, estando todos acostados, y en el más profundo silencio, fue a despertar a sus mayores amigos, diciéndoles, que luego convenía embarcarse: y con el número de ellos que le pareció, para defensa de su persona, fue a la carnicería: y aunque pesó al obligado, tomó cuanta carne había, y la mandó llevar a los navíos, no embargante, que se quejaba, que si faltaba la carne para el pueblo, le llevarían la pena; y quitándose una cadenilla de oro, que llevaba, se la dio, y sin estruendo se fue a los navíos, a donde ya halló mucha gente embarcada, porque era grande el deseo de todos de salir cuanto antes para la jornada. Diego Velázquez fue avisado del obligado, o de otros, que Cortés se iba, y que ya estaba embarcado: levantóse, y toda la ciudad espantada, fue con él a la mar, en amaneciendo; y en viéndole Cortés, mandó aparejar un batel, guarnecido de falconetes, escopetas, y ballestas y con la gente de quien más se fiaba, se acercó a tierra. Dijo Diego Velázquez: Pues cómo, compadre, así os vais? buena

manera es esa de despediros de mí. Respondió Hernando Cortés: Señor, perdoneme V. m. porque estas cosas, y las semejantes, antes han de ser hechas, que pensadas: vea V. m. que me manda.

No tuvo Diego Velázquez que responder, viendo tanto atrevimiento, y resolución: y volviéndose Cortés a los navíos, mandó alzar las velas a 18 de noviembre, con más de trescientos soldados, con muy pocos bastimentos, porque aún no estaban los navíos cargados: fuese al puerto de Macaca, quince leguas, a donde había cierta hacienda del rey, y en ocho días hizo hacer a los indios más de trescientas cargas de pan de cazabi, que cada una pesa dos arrobas, y es comida de un mes para una persona: tomó puercos, aves y todo el bastimento que pudo, diciendo, que lo tomaba prestado, o comprado, para pagarlo al rey. De aquí se fue para la costa de Cuba abajo, y descubrió un navío de la isla de Jamaica, cargado de puercos, tocinos, y cazabi, que llevaban a vender a Cuba: y aunque pesó a su dueño, se le llevó a la villa de la Trinidad, que estaba en aquella costa, doscientas leguas, y más de la ciudad, y puerto de Santiago: y luego tuvo noticia, que pasaba cerca otro navío cargado de bastimento, para provisión de la gente, que andaba en las minas de la provincia de Xaguá.

Envío al capitán Diego de Ordaz con una caravela, que le llevase al cabo de San Antón, por apartarle de sí, porque por ser hechura de Diego Velázquez, temía de él, que allí le aguardase. En la villa de la Trinidad mandó poner su estandarte delante de su posada, y pregonar su jornada, como se había hecho en la ciudad de Santiago, y entendió en buscar armas, y parte por fuerza, parte de grado, tomó bastimentos, y algunos caballos, apaciguando a los dueños con conocimientos que les daba, que se lo pagaría en tantos pesos: y allí se embarcaron cien soldados de los de Grijalva, que estaban esperando el armada, a los cuales no pesara de llevarle por general, y en Cuba se lo advirtieron a Diego Velázquez. Embarcáronse también aquí los cinco hermanos Alvarados, Pedro, Jorge, Gonzalo, Gómez y Juan, con otros hombres de suerte. Escribió Cortés a la villa de Sancti Spiritus, diez y ocho leguas de allí, engrandeciendo la jornada, combinando la gente, porque había mucha principal; y como la fama de grandes cosas, que de ella se prometían, ya se había extendido, acudieron algunos, y entre ellos eran principales, Juan Velázquez de León, pariente de Diego Velázquez, Adolfo Hernández Puertocarrero, Gonzalo de Sandoval, Rodrigo Rangel.

Juan Sedeño, Gonzalo López de Ximena, y Juan López su hermano: y también embarcó los indios que pudo haber para servicio: pasó a la villa de San Cristóbal, que a la sazón estaba en la costa de el sur, que después se pasó a la Habana, y allí cargó de todo el bastimento que pudo, pagándolo como pagaba lo otro.

Vista por Diego Velázquez la desobediencia de Cortés, juzgándole por hombre alzado, estaba con mucho sentimiento del caso, pero todavía confiando, que como tenía humos de hombre honrado, no haría cosa, que pareciese indigna de quien era, y que se pudiese llamar desconocimiento, ni ingratitude; y aunque conocía el engaño de Amador de Lares, disimulaba con él: pero sus deudos Juan Velázquez, que decían el borrego, Bernardino Velázquez, y otros, afeando el caso, le indignaban, y así mismo Juan de San Millán, que llamaban el Astrólogo, y le persuadían, que revocase los poderes a Hernando Cortés, diciendo, que no esperase de él ningún reconocimiento, y que se acordase, que le tuvo preso, y que era mañoso, y que si presto no lo remediaba, le echaría a perder; por lo cual envió luego dos mozos de espuelas, de quien se fiaba, que harían diligencia, con mandamiento, y provisiones para Francisco Verdugo, su cuñado, que era alcalde de la villa de la Trinidad, dándole comisión para que detuviese la armada, porque ya Hernando Cortés no era capitán, y se le habían revocado los poderes. Escribió a Diego de Ordaz, a Francisco de Morla, y a otros, para que ayudasen en ello a Francisco Verdugo. Hernando Cortés, a quien no se encubrió mucho lo que pasaba, habló en secreto a Diego de Ordaz, que ya era vuelto del cabo de San Antón, y a todas las demás personas que le pareció, que podrían favorecer el intento de Diego Velázquez, y procuró, que el mismo Ordaz hablase a Francisco Verdugo, y le dijese, que hasta entonces no había visto ninguna novedad en Hernando Cortés, sino que siempre se mostraba servidor de Diego Velázquez: y que cuando todavía quisiese intentar de quitarle la armada, advirtiese, que Hernando Cortés tenía muchos caballeros amigos, y muchos soldados a su devoción, y que le parecía, que sería poner cizaña en la villa, y dar ocasión a que la saqueasen, o hiciesen algún daño semejante, y así no se trató de ello. Y el un mozo de espuelas, que se llamaba Pedro Laso, se quedó en la villa, y se fue en el armada, y con el otro escribió Hernando Cortés a Diego

Velázquez, que se maravillaba de su merced de haber tomado aquel acuerdo, y que su deseo era de servir al rey, y a él en su nombre; y que le suplicaba, que no oyese más a aquellos sus deudos: y también escribió a sus amigos Amador de Lares, Andrés de Duero, y a otros.

Partido el mensajero, mandó solicitar el despacho del armada, apercibir las armas, y que dos herreros que había en la villa, hiciesen apriesa casquillos, y a los ballesteros, que desbastasen almacenes, para que tuviesen muchas saetas. Y pareciendo a Hernando Cortés, que ya no tenía que hacer en el puerto de la Trinidad, se embarcó con la mayor parte de la gente, para ir al Habana por la banda del sur, y envió por tierra, con los que quisieron ir, a Pedro de Alvarado, para que fuese recogiendo más soldados, que estaban en ciertas estancias de aquel camino, porque Pedro de Alvarado era apacible, y tenía gracia en hacer gente de guerra; y también mandó a Escalante, que era gran amigo suyo, que fuese en un navío por la banda del norte, y que los caballos fuesen también por tierra: llegó Alvarado, y Escalante, y los caballos, y todos los navíos de la armada, a la Habana, solamente faltaba la nave capitana, que se había desaparecido de noche; y como pasaron cinco días, y no parecía, sospechaban, que se hubiese perdido en los jardines, cerca de la isla de Pinos, porque son ciertos bajos peligrosos: por lo cual acordaron, que fuesen tres navíos a buscarla; y en aderezarse los navíos, y en porfiar quien había de ir, se pasaron otros dos días, y tampoco parecía: lo cual dio causa, que comenzasen pláticas de quién había de ser gobernador del armada, mientras Cortés pareciese, el cual, como llevaba el navío de mayor porte, tocó en el paraje de los jardines, y quedó algo en seco: y usando de su gran diligencia, y ánimo, de presto le hizo descargar, porque había adonde; y muy cerca: y como el navío estaba en ligero, pudo nadar, y le metieron en más fondo, y luego volvieron a cargarle, y dando vela, llegó al Habana, adonde fue bien recibido, y aposentado en Casa de Pedro Barba, teniente de Diego Velázquez, y allí mandó poner su estandarte, y dar pregones de la jornada, acudieron Francisco de Montejo, Diego de Soto, el de Toro, Angulo, Garciacaro, Sebastián Rodríguez, Pacheco, Roxas, Santa Clara, los dos hermanos Martínez, y Juan de Nájera, todos hombres de suerte.

Habiendo Hernando Cortés entendido los rumores, que se levantaban en su ausencia, envió en un navío a Diego de Ordaz, para que en un pueblo de indios, que estaba en la punta

de Guaniguanigo, cargase de cazabi, y tocinos, y que aguar-dase allí, porque fue uno de los que fomentaban los rumores, y no convenía tenerle entre la gente: dábase priesa en adere-zarse, mandó sacar a tierra el artillería, que eran diez tirillos de bronce, y algunos falconetes: dio el cargo de ella a Mesa, or-denó a Juan Catalán, Arbenga, y a Bartolomé de Usagre, que le ayudasen a limpiarla, y a refinar la pólvora: los balleste-ros, que aderezasen las cuerdas, nueces, y almacén, que tirasen a terreno, y mirasen a cuántos pasos llegaba la furia de cada ballesta. A otros ordenó, que pues en aquella tierra del Ha-bana había mucho algodón, que hiciesen armas defensivas, bien colchadas, para resistir a la flechería, pedradas, varas arrojadizas, y lanzadas de los indios. Comenzó aquí a tratar su persona como general, porque puso casa, con mayordomo, camarero, y maestresala, y otros oficiales, hombres de honra; y estando todo apercebido, y hechas pesebreras en los navíos para los caballos, llegó Gaspar de Garnica, criado de Diego Velázquez, el cual, sentido de su cuñado Francisco Verdugo, de Diego de Ordaz, y de las demás personas, a quien había ordenado, que en la villa de la Trinidad detuviesen el arma-da, le enviaba con provisiones, para que Pedro Barba, su te-niente, en el Habana, prendiese a Hernando Cortés, y con cartas para Diego de Ordaz, Juan Velázquez de León, y para otros deudos, y amigos, que en ello asistiesen al teniente: con el mismo Garnica avisó un fraile de la Merced, que estaba en la ciudad de Santiago, a Fr. Bartolomé de Olmedo, de la misma orden, que iba en la armada, la comisión que llevaba Gaspar de Garnica; y hay opiniones, que también se lo avi-saron Amador de Lares, y Andrés de Duero: y como ya había apartado a Diego de Ordaz, por ser hombre de autoridad, y la otra persona de quien más podía temer, era Juan Velázquez de León, hombre de reputación, y de valor, y de muchos ami-gos, acordó de hablarle en secreto: y de tal manera trató con él, y con otros, que de la misma suerte que se había hecho en la villa de Trinidad, se disimuló en el Habana; y el teniente Pedro Barba escribió a Diego Velázquez con Gaspar de Garnica, que sus mandamientos llegaron muy tarde: por-que demás de que Hernando Cortés se hallaba con muchos soldados, todos le tenían buena voluntad, y de ellos era bien-quisto, y temía, que cuando algo emprendiera, no pudiera sa-lir con ello, antes se ponía en peligro, que le saqueasen, y robasen la villa, y hiciesen embarcar a todos los vecinos, y se los llevasen consigo, y que él no había visto en Hernando

Cortés señales, sino de hombre, que mucho le deseaba servir, y agradar. También el mismo Hernando Cortés escribió a Diego Velázquez, certificándole, que era muy servidor, y rogándole, que no diese crédito a nadie, que otra cosa le dijese: y porque le parecía que aquellos movimientos, deteniéndose más en la isla de Cuba, no le podían causar ningún provecho, solicitó más su partida: mandó embarcar los caballos y que Pedro de Alvarado fuese en un buen navío, que se llamaba S. Sebastián, por la banda del norte, a la punta de San Antón: y que dijese a Diego de Ordaz, que también aguardase, porque con mucha brevedad se iba a juntar con ellos.

BALTASAR DORANTES DE CARRANZA

Nació en México entre 1545 y 1550. Falleció entre 1610 y 1612.

Criollo de la primera generación. Escribió su *Relación* con el fin de obtener beneficios económicos del Monarca para él y sus contemporáneos. No obstante ello, la obra tiene ricos filones que se pueden aprovechar.

Su obra es: *Sumaria Relación de las cosas de la Nueva España con noticia individual de los descendientes legítimos de los conquistadores y primeros pobladores españoles*, y una obra perdida. Aquella fue publicada por vez primera en México, Imprenta del Museo Nacional, 1902, VIII-491 p., con un prólogo de Luis González Obregón y advertencia de José Fernando Ramírez. El original, que era propiedad de Ramírez y que fue donado a García Icazbalceta, pasó con la biblioteca de éste a la Universidad de Texas. A más de estos dos escritores, lo han estudiado Fernando Benítez en *La Vida Criolla en el siglo XVI*. México, Fondo de Cultura Económica, 1953, 324 p. y por Ernesto de la Torre Villar, *Baltasar Dorantes de Carranza y la Sumaria Relación*, en Hugo Díaz Thomé, et al., *Estudios de Historiografía de la Nueva España*, con una introducción de Ramón Iglesia, México, El Colegio de México, 1945, 329 p., p. 203-262.

Fuente: Baltasar Dorantes de Carranza. *Sumaria Relación de las Cosas de la Nueva España, con noticia individual de los descendientes legítimos de los conquistadores y primeros pobladores españoles*. México, Imprenta del Museo Nacional, 1902. VIII-494 p., p. 234-236 y 264-267.

VECINOS DE MEXICO EN EL SIGLO XVI

Casa del capitán Andrés Dorantes de Carranza, mi padre, que por serlo me acortaré todo lo que pudiere en su calidad y servicios, que aunque confieso a Vra. Exa. que los de los conquistadores fueron grandes, los de mi padre fueron milagrosos, como consta de las probanzas y su historia impresa en molde con licencia y autoridad de la Magestad Real del Emperador Nto. Señor Carlos V, de gloriosa memoria, que tengo en mi poder como cosa que tanto me toca, y por no ser el volumen muy grande, si Vra. Exa. se digna algún día, le pasará por los ojos, que yo sé de sus piadosísimas entrañas que antes le dará lástima que cansancio ver los gran-

des trabaxos y peregrinaciones que aquel hombre padeció, naufragando por la mar y por la tierra, hasta que le sacó Dios a la promisión con tantos milagros y maravillas, sanando enfermos y resucitando muertos y después de larga esclavonía y cautiverio, sacándole Dios y trayéndole por tierras no sabidas, abriéndole caminos, y dándole gentes donde jamás se habían visto, que salían a su fama de lo más escondido de la tierra, llamándole hijo del sol y de Dios, caminando más de dos mil leguas de tierra, atravesando a la parte del sur y a la del norte muchas veces, y por muchas partes donde llamaba a los indios y los sacaba de entre los montes y breñas, y poblaba en comunidad juntos, haciéndoles poner cruces y adoralla, y obedecíanle de buena gana por la quietud con que pasaba y obras maravillosas que le veían hacer, con que llegaron a Xalisco él y sus compañeros, en donde del Gobernador Nuño de Guzmán fueron muy bien recibidos, y en México, del Ilmo. Don Antonio de Mendoza, Virrey, y en oposición del Marqués del Valle, Conquistador, le truxo a su casa, a él y a sus compañeros, donde los tuvo y honró y aun casó ricamente, y por su entrada maravillosa, que lo fue en cueros vivos, solo cubiertas las partes verendas con unos cueros de venado, hubo toros y juego de caña; y en España, Su Magestad del Emperador tuvo su aparecimiento por de milagro, y se salían a ver a estos hombres por gente milagrosa; y con sola esta relación paso a lo que no puedo excusar de decir, conforme al intento, para cumplir con mi padre lo que voy escribiendo de los demás.

Mi padre, el capitán Andrés Dorantes de Carrança, fue natural de Véjar del Castañar en Castilla la Vieja o Extremadura, como se dice en más general opinión, diez leguas de Salamanca y diez de Plascencia. Consta de su nobleza y hidalguía por la executoria litigada en Granada de los Dorantes, Arias y Carranzas, gente noble y de muchos mayorazgos de calidad, y por los Carranzas, es su ascendencia de Castro de Hurdiales y montañas del Valle de Carranza y Torre de Molina, donde es la casa solariega de su antigüedad y linaje, y por los Dorantes la mesma, con deudo muy claro y conocido del Marqués Dávila Fuente, y a respecto de esto el de Villa Manrique, Virrey que fue desta Nueva España, honraba y calificaba mi persona, así en palabras como en beneficios que recibí de su mano por ser de su casa y conocer mi calidad, honrándome en las palabras y cartas, y de las del Marqués

de Ayamonte y Duquesa de Véjar se verá con lo que hace a este propósito.

El dicho mi padre se vino de Véjar a Sevilla a casa del Duque de Véjar don Alvaro de Zúñiga, el bueno, señor que fue de Plasencia y Arévalo, y en aquella ocasión se ofreció la jornada que el Adelantado Pánfilo de Narváez hacía a las provincias de la Florida, y el Duque advocó de Su Magestad merced y título en la dicha jornada al dicho mi padre de capitán de infantería.

Y así pasó con el dicho Adelantado el año de 1527, donde pereció toda aquella armada, que de 600 hombres que llevaba no quedaron más que el dicho mi padre y el Capitán Alonso del Castillo Maldonado, y el thesorero Albar Núñez Cabeça de Vaca, y Estebanico, moro alárabe de Azamor, esclavo del dicho mi padre, como consta de lo probado, el qual murió después cuando fue con fray Marcos de Niça asaeteado como un San Sebastián en servicio de Su Magestad, que se le dio mi padre al Ilmo. Virrey Don Antonio de Mendoça para que fuese por guía de los frailes; y los indios, como gente de poca fe y constancia, como le vieron con gente nueva,uviéronle por espía sospechosa y matáronle.

Estuvieron en la tierra los dichos compañeros diez años, los seis en esclavonía de los indios y los quatro haciendo Dios con ellos los milagros y maravillas dichas.

Salieron a México el año de treinta y siete, y Albar Núñez Cabeça de Vaca se fue luego a Castilla, donde el Emperador nro. Sr. le hizo merced del Adelantamiento y gobernación del Río de la Plata, Provincia del Perú, y acabó en más naufragios que los que tuvo en la Florida.

Y a mi padre y al Capitán Castillo Maldonado, casó el Imo. Don Antonio de Mendoça con dos viudas, señoras de pueblos, que el que yo alcancé a heredar valía quando se me quitó, cinco mil pesos de renta, y quedé tan desnudo y en cueros como salió mi padre de la Florida. De Castillo Maldonado no halló sucesión alguna, porque quedó en hijas, y esas no puedo descubrir qué se han hecho; de manera que desta raça no ha quedado más generación que la mía.

Sirvió después mi padre en esta Nueva España, que aun llegó muy a tiempo de poderse ocupar en aquesto, en todo lo que se ofreció de paz y de guerra, sirviendo en las de Xalisco y tierra nueva en la compañía del Virrey Don Antonio de Mendoça, que le honraba haciendo mucho caudal de su persona,

y sin embargo de que tenía indios y buenos, le proveía en oficios del servicio de Su Magestad, que en lo uno ocupó su persona, asistiendo y poblando la tierra, que aun estaba muy yerma de vecindad de españoles que quisiesen hacer asiento, y muy llena de indios, de quien se temía entonces mucho.

Las casas y familias que he podido descubrir, que en este año de 1604 hay de gente capaz para oficios y provisiones de Su Magestad, son 196 de conquistadores, en que hay 109 hijos, y yernos 65, y nietos 479, y de biznietos 85, que todos son 934 personas. Y a mí me maravilla mucho, que de 1326 conquistadores, poco más o menos, que fueron el tronco y principio destas generaciones y familias, no haya más número; y debiéronse de deshacer, como ya he dicho, desamparando lo ganado y yéndose a España y a otras provincias, sin los que murieron en la guerra, y otros se desaparecieron por agravios que algunos de los que por aquellos tiempos gobernaron les hacían, porque todo andaba suelto; y como a río vuelto ganancia de pescadores, quitando de los unos que merecían más gracia por los nuevos y mayores servicios, y dando a los otros que de nuevo venían con sus manos lavadas a comer de los sudores y frutos ajenos, hasta que Su Magestad proveyó de sus Virreyes y Audiencia Real a este reyno, con que cesaron aquellos tumultos que casi parecían tiranías. Y aunque en muchas cosas el Audiencia Real hizo restituir hacienda y encomiendas, no fue posible en el todo, porque fuera mover y trastornar un mundo, y así dejaron las cosas en el estado que las hallaron, con sola la lástima que hasta sienten los que ganaron estas tierras y sus hijos, pues los que vinieron a la postre después de llano y ganado, se llevaron lo mejor. Y digo que esto no carece de misterio, y no me quiero meter en discursos que por ventura vengan a dar en el blanco, con que ofenda, y el premio que saque de mis trabajos, vigiliias y cuidados, sean muchos enemigos que quieran maldecir mis obras por maliciosas.

La verdad que sigo es servir a toda esta república muy de entrañas, y plega a Dios que se me agradezca, y confiemos todos que él nos enternecerá el ánimo y corazón y manos, que son las obras del príncipe que nos gobierna; pues con habérnosle enviado a tal coyuntura y tiempo fue todo nuestro amparo y remedio para alimentar y restituir a tanto pobre lo que es suyo y Su Magestad manda darles, que es verdad que por ley natural todos los vasallos somos obligados a nuestro

Rey y señor al amor y respeto que se debe a tan gran monarca. Hay otra cesión más: que los conquistadores y pobladores de las Indias somos como hijos en tutela de Su Magestad que nos alimenta con su grandeza, pues manda por sus nuevas leyes que hasta que sean de edad y capaces de más merced se les haga de alimentarles de su real hacienda y pueblos que fueren vacando, con que se críen y sustenten; por do muestra Su Magestad que los tiene a su cargo y cuida por ellos con el mesmo cuidado que un padre muy cuidadoso tiene de su familia, y después de crecidos les manda proveer y preferir.

Pregunto: ¿por qué gente, ni por qué vasallos de sus grandes reynos y señoríos hace esto? ¿a quién trata tan como a hijos, y a quién reparte el pan desde la niñez hasta la juventud y decrépita? Cosa maravillosa, que así lo dispone como con gente de su casa y familia, y padre de todas estas familias.

Sólo una gran plaga hallo entre las demás: la cortedad destos miserables corregimientos y salarios; y pues somos españoles y de aquella cosecha y gobierno de España, y de tan gran Rey y soberano señor, que habíamos de ser gobernados por sus leyes, según fuero de Castilla pues las leyes han de ser iguales, que no sé por cual se consume todo en las Indias, pues los corregimientos no se dan con el mismo tiempo ni consideración de salario, resolviendo una infinidad de corregimientos y alcaldías que hay, que ni son para asistencia ni aun para sustento de una gallina, quanto más para familias de casas grandes de españoles y criados, que sin este ruido es máxima verdadera que con sólo el resultado consumimos y acabamos a los indios, en especial en lugares donde ni hay necesidad de justicia, antes es conciencia que los pongan en semejantes destierros y pueblezuelos, que donde es necesaria, incluyéndola en provincias largas; que con esto Su Magestad ahorrará muchos dineros, y estos hombres llevarán más salarios y más obligación de vivir bien, y a los indios se les diera más descargo y se aliviaran algo de tantos trabaxos como les caen a costas, y los virreyes ternán gobierno más quieto, que sólo la importunidad que les hacen por provisiones los cansa y aflige; y cesarán esas demandas y las quejas con que vean ocupados los oficios por tiempo de tres años y pasarán en esperança de que les ha de caber la suerte con el mesmo espacio, con que estarán contentos, pues esto se debe gobernar en la ley y razón que se gobierna la cabeça de los reynos, que es España.

FR. JUAN DE TORQUEMADA, O.F.M.

Nació en España, hacia 1557. Murió en México, en el convento de Santiago Tlatelolco, el primero de enero de 1624.

Celoso misionero, escritor y constructor. Ocupó varios cargos en su orden, entre otros el de Provincial de la Provincia del Santo Evangelio.

Es autor de las siguientes obras: *Los veinte y un libros rituales, y Monarquía Indiana, con el origen y guerras de las Indias Occidentales, de sus poblaciones, del descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra distribuidas en tres tomos*. Compuesto por... Ministro Provincial de la Orden de nuestro Seraphico Padre San Francisco en la Provincia del Santo Evangelio de México en la Nueva España, (Sevilla 1615); *Vida del venerable Fray Sebastián de Aparicio* (Tlatelolco, 1600).

Ha sido estudiado por Andrés González Barcia en el Premio a la impresión de la *Monarquía* (1723); Joaquín García Icazbalceta en la Introducción a la *Historia Eclesiástica Indiana* de Fray Jerónimo de Mendieta, de la que hizo una reimpresión posterior en cuatro volúmenes Chávez Hayhoe; Luis González Obregón, *Elogio de Fray Juan de Torquemada* en *Ensayo Bibliográfico Mexicano del siglo XVII* de Vicente de P. Andrade, México, Imprenta del Museo Nacional, 1900. Alejandra Moreno Toscano "Vindicación de Torquemada", en *Historia Mexicana*, México, abril-junio 1963, p. 497-515 y Miguel León Portilla en la introducción a la antología titulada: Fray Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*. Selección, introducción y notas... México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964, XLIII-176 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario 84.)

Fuente: Fray Juan de Torquemada, O.F.M. *Monarquía Indiana*, 3 v., 3a. ed. México, D. F. Editorial Salvador Chávez Hayhoe, 1944. III-426-431.

FRAY PEDRO DE GANTE

El varón de Dios Fr. Pedro de Gante, fue natural flamenco de la ciudad, o Villa de Yguen, de la Provincia dicha Budarda. El cual, por huir los peligros del mundo y deleites de la carne, con que el demonio suele atraer y convidar a los mancebos al tiempo que les comienza a hervir la sangre, tomó en su juventud el yugo del Señor, recibiendo el hábito de Religión de nuestro Glorioso P. S. Francisco.

Esto hizo este apostólico Varón Fr. Pedro de Gante, comenzando desde su florida edad y tiernos años, a servir a Dios, asegurar más el fervor de su espíritu y tenerlo sujeto a la virtud, trocó el estado y hábito de Seglar en religioso, vistiéndose el de mi P.S. Francisco (como decimos) aunque por su suficiencia, pudiera ser del Coro, ordenándose de sacerdote, no quiso sino ser lego, por su grande humildad, en la cual mudanza, mostró bien ser Varón de mucha caridad, y maciza cristiandad, alumbrado por el espíritu de Dios, que a los soberbios resiste y a los humildes da gracia.

Morando, pues, en el Convento de Gante y oyendo la nueva que por toda la tierra volaba, como Don Fernando Cortés había descubierto y conquistado la Tierra Firme de la Nueva España, poblada y llena de gente bárbara e idólatra, fue movido, con espíritu de Dios, y salvación de las almas, y vino a ella en compañía de su mismo Guardián Fr. Juan de Tecto y otro religioso, como arriba se dijo. Era Fr. Pedro de Gante, muy ingenioso para todas las buenas artes y oficios provechosos a la humana y cristiana policía, y así parece que lo proveyó Nuestro Señor en los principios de la conversión de estos indios necesitados de semejante ayuda, para que los guiase e industriase, no sólo en las cosas espirituales de la salvación de sus almas, mas también en las temporales de la humana industria, que a los rudos abren los ojos del entendimiento, para entrar en las cosas del espíritu, conforme a lo que el Apóstol dice: *Prius quod animale, deinde quod spirituale*. Fue el primero, que en esta Nueva España enseñó a leer y escribir, cantar y tañer instrumentos musicales y la Doctrina Cristiana, primeramente en Tetzcuco a algunos hijos de principales, antes que viniesen los doce, y después en México, donde residió casi toda su vida, salvo un poco de tiempo, que fue morador en Tlaxcala.

En México hizo edificar la suntuosa y solemne Capilla de San Joseph, a las espaldas de la humilde y pequeña iglesia primera de San Francisco, donde se juntan los indios para oír la palabra de Dios y los oficios divinos, y enseñarse en la Doctrina Cristiana, los domingos y fiestas y recibir los Santos Sacramentos. También hizo edificar la Escuela de Niños, donde a los principios se enviaron los hijos de los señores de toda la tierra y ahora se enseñan los de la misma ciudad de México. Y junto a la Escuela ordenó que se hiciesen otros aposentos o repartimientos de casas, donde se enseñasen los indios

a pintar (como en otra parte decimos) y allí se hacían las imágenes y retablos para los templos de toda la tierra. Hizo enseñar a otros, en los oficios de cantería, carpintería, sastres, zapateros, herreros y los demás oficios mecánicos con que comenzaron los indios a aficionarse y ejercitarse en ellos. Su principal cuidado era, en que los niños saliesen enseñados, así en la doctrina cristiana, como en leer, escribir y cantar y en las demás cosas en que las ejercitaba. Y por el consiguiente que los adultos diesen cuenta de la doctrina y se juntasen todos los domingos y fiestas a oír misa y la palabra de Dios. Entendía en examinar los que se habían de casar y aparejar los que se habían de confesar y los que habían de recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Predicaba, cuando no había sacerdote que supiese la lengua de los indios, la cual él supo muy bien, puesto que era naturalmente tartamudo, que por maravilla los frailes le entendían, ni en la lengua mexicana, los que la sabían, ni en la propia nuestra. Pero era cosa maravillosa que los indios le entendían en su lengua como si fuera uno de ellos. Compuso en ella una *Doctrina*, que anda impresa, bien copiosa y larga. Instituyóles las *Cofradías* que tienen y fue siempre aumentando el ornato del Culto Divino, así en tener buena copia de cantores y ministriles, como en ornamentos para celebrar los Oficios Divinos en la Capilla de San Joseph y en andas, cruces y ciriales para las procesiones que no las debe de haber en tanto número en ninguna ciudad de la cristiandad.

En estas obras referidas y otras semejantes se ocupó este varón apostólico cincuenta años que vivió en esta tierra, con grandísimo ejemplo y honestidad de su persona y con una libertad muy apostólica, sin pretender otro interés, más que la Gloria, y Honra de Dios y edificación de las almas, mediante la cual fueron sin número las que ganó para Cristo, deseando con San Pablo ser anatema por sus hermanos los convertidos, oponiéndose en su defensa a todos los que los ofendían y maltrataban. Y porque no bastaría a un hombre haber ganado para Dios (como dice S. Pablo) todas las almas del mundo, si la suya estuviese en peligro y riesgo de perderla, procuraba, con la mayor fuerza de su espíritu, darse a él e invocar su Santísimo Nombre (en el cual todos somos salvos) y para acudir a estos ejercicios espirituales, cómoda y debidamente, tenía junto a la escuela, donde se enseñaban los muchachos una pequeña celda donde se recogía a ratos entre día, y allí

se daba a la oración y lección y otros ejercicios espirituales con que el alma se llega más a Dios y se hace una con él, por gracia: y partiendo el tiempo, dejaba el regalo de la comunicación con Dios y salía a ratos a ver lo que hacían los discípulos y otras gentes que tenía a su cargo.

Fue muy querido este Varón de Dios de esta nación india, lo cual se verificó en todo el discurso de su vida y fue muy estimado de ellos, porque siendo fraile lego y haber otros religiosos sacerdotes, grandes siervos de Dios y prelados de la Orden, que lo confesaban y predicaban, sólo conocían a Fr. Pedro de Gante, por particular Padre y a él acudían con todos sus negocios, trabajos y necesidades, y así dependía de él, principalmente el gobierno de los naturales de toda esta ciudad de México y su comarca, en lo espiritual y eclesiástico, tanto, que solía decir el segundo Arzobispo Don Fr. Alonso de Montúfar, de la Orden de los Predicadores: —Yo no soy Arzobispo de México, sino Fr. Pedro de Gante, lego de S. Francisco. Y a la verdad, aunque no lo era en la sazón, que el Arzobispo lo decía, lo pudiera haber sido antes en la vacante, por muerte de su santo antecesor Fr. Juan de Zumárraga si este bendito y humilde lego quisiera ordenarse de sacerdote porque el Emperador Carlos V, de gloriosa memoria, como era de su Patria y tenía entera noticia de su apostólica vida y veneración de su persona, lo estimaba en mucho, y le convidó con el Arzobispado de México, pero el religioso santo, huyendo esta tan alta dignidad, escogió permanecer en su estado humilde de lego, tomando el consejo del sabio que dice: Está firme en tu testamento, y en él conversa con todos, y envejecete en la obra de sus mandamientos, que es decir: No mudes propósito en el estado que escogieres para servir a Dios en él, antes con varonil firmeza, permanece en él.

Y aunque es verdad que pudiera pasar de un estado a otro, sin escrúpulo, por mandárselo así la obediencia, no quiso, porque la conciencia delicada y temerosa, no sólo huye del pecado, pero también de todas las ocasiones de él y tiembla, atemorizada en las cosas que no atañen su salvación. Viniéronle, en veces, tres licencias, sin procurarlas él ni saber de ellas para ordenarse sacerdote. La primera, de el Papa Paulo Tercero. La segunda, de el Capítulo General, celebrado en Roma, siendo Generalísimo de la Orden Fr. Vicente Lunel; porque oyendo su fama los padres que allí se juntaron, le pareció que tal varón no debía estar en estado de lego. La ter-

cera, de un Nuncio Apostólico, que estuvo en la Corte del César Carlos V y sería, por ventura, a contemplación del mismo César, que (según queda dicho) aun Arzobispo le quería hacer, y tomaría este medio para ejecutar su intento; porque siendo ya Sacerdote, fuera más fácil reducirlo a la aceptación del Arzobispado; mas todo esto desechó y no lo quiso el verdadero Siervo de Jesucristo, sólo por ganar a este mismo Cristo humilde; queriendo antes permanecer y quedar en su humilde y primera vocación, con que fue llamado de Dios al estado monástico.

Mostró muy tierno y singular amor a los indios naturales de aquella tierra; y porque tuviesen suficiente doctrina, escribió cartas a los religiosos flamencos de su Nación, exhortándolos a que viniesen a esta Nueva Tierra, a cultivar la Viña del Señor, que en aquellos tiempos estaba falta de obreros. También los naturales le tenían mucho amor a este Siervo de Dios, en especial estos de México, como lo mostraron claro, volviendo Fr. Pedro de Gante de la ciudad de Tlaxcala, donde por la obediencia había morado un poco de tiempo, para esta dicha de México, porque le salieron a recibir en la Laguna Grande de Tetzcuco, con una muy hermosa Flota de Canoas, haciendo una solemne fiesta, a manera de guerra naval, con sumo regocijo. Y de esta manera le metieron en la ciudad y todos sus moradores le acompañaron hasta dejarlo en el convento con muchas danzas y regocijos, que puso el caso en grande admiración a todos, sin ser poderoso el santo lego a disuadirlos ni apartarlos del recibimiento y juegos que para él le habían ordenado.

Trabajó el santo Fr. Pedro de Gante en esta Viña de Cristo, especialmente en los principios, quebrantando muchos ídolos y destruyendo sus templos: edificó más de cien iglesias, dentro de esta ciudad y fuera de sus alrededores, donde se invocase el nombre del verdadero Dios, que es una de sus mayores alabanzas y materia de grande merecimiento, por cuanto fue ministro de baldonar al demonio, destruyendo los lugares de su adoración falsa, y de poner, en lugar de ellos, las cosas santas, donde su Santo Nombre es alabado y en muchas de ellas hoy día se dice misa de ordinario, por asistir en ellas ministros eclesiásticos y en otras se dice algunas veces en el año y en muchas la mayor parte de él.

Bien creerá, quien conociere las astucias del demonio, que no dejaría de tentar a este bendito varón de muchas maneras,

para que vencido en una, recuperase parte del gusto, que siempre le quitaba, con la guerra continua que le hacía en derribarle sus templos y aperrear y derribar sus estatuas; pero como Dios era el Adalid y el Capitán de esta causa, aunque su varonil soldado obraba con su gracia estas victorias y por esto el demonio le perseguía y guerreaba, salía victorioso y triunfante de su malicia, pudiéndolo todo en Aquél que lo confortaba, como el Apóstol dice. Y aunque procuró tentarle de muchas maneras, como hemos dicho, su mayor tentación fue, quererse tornar a Flandes y dejar tan alta empresa, como tenía comenzada en esta grandiosa conversión: mas con la ayuda del Señor, que permite la tentación todo aquello que sufren las fuerzas del tentado y no más, venció esta tentación y fue quebrado, como dice David, el lazo de Satanás y el Siervo de Dios libre, según él lo confesó en una carta que escribió a los religiosos de Flandes.

No dejó de tener persecuciones este bendito religioso porque apenas se hallan gentes que sean de la valía de Dios y de su recámara que no hayan pasado por agua y fuego, como dice el salmista, bebiendo tragos de tribulación y angustia o ya con celos indiscretos de los que los persiguen o ya por testimonios falsos, que les levantan, que como son piedras para aquel celestial edificio que Dios ha levantado en su Real Palacio, valas labrando con la escoda y pico de la tribulación, para que asienten de cuadrado, en la parte que les cupiere de gloria: y así le sucedió a este bendito varón, y que aunque era de muy aprobada vida, tuvo sus persecuciones; y aun la ida a morar a Tlaxcala, no dejó de ser mordedura de alguno, que le mordió con rabia, atribuyendo al Siervo de Dios, cosa que no había cometido; pero mientras se declaró la verdad, bastó la calumnia y fue sacado de México y enviado al dicho convento de Tlaxcala, donde prosiguió en su ministerio, sin decaer un punto en su antiguo espíritu, así en las cosas de la caridad de el prójimo, como el aprovechamiento de la virtud; pero como después se supo su inocencia y se probó, por muchas maneras, fue vuelto a esta ciudad, donde era muy necesario y fue recibido en ella de la manera que dejamos dicho.

Llegó Fr. Pedro de Gante a los últimos años de su vida, que fueron muchos y adoleció de la enfermedad de la muerte, en la cual se dispondría, como aquel que en vida había cuidado tanto de morir bien. Murió en San Francisco de esta

ciudad, año de 1572, con cuya muerte sintieron los naturales grande dolor y pena y la mostraron en público; porque además de acudir a su enterramiento copioso concurso de ellos, con grande derramamiento de lágrimas, los más de ellos se pusieron de luto por él, manifestando el sentimiento que les causaba la falta de tan verdadero Padre. Y después de haberle hecho muy solemnes exequias, todos ellos en común, se las hicieron, en particular cada Cofradía por sí, y cada pueblo y aldea de la comarca y otras personas particulares, con largas y abundantes ofrendas, e hiciéronle su Cabo de Año, con mucha solemnidad. Fue tanto lo que ofrecieron por el Siervo de Dios Fr. Pedro, que hinchieron el Convento de San Francisco de México aquel año de Provisión y vituallas. Pidieron su cuerpo los naturales a los prelados de la Orden, para sepultarlo en su solemne capilla de San Joseph: concediéronselo y tiénelo allí el día de hoy, en mucha veneración y por mucho tiempo duró allí su figura al natural de pincel; y aún hasta ahora dura un lienzo, donde al pie de una cruz está el apostólico varón hincado de rodillas: y casi en todos los principales pueblos de esta Nueva España lo tienen pintado, juntamente con los doce primeros fundadores de esta Provincia del Santo Evangelio.

FR. AGUSTIN DAVILA PADILLA, O.P.

Nació en México el año de 1562 y falleció como Arzobispo de Santo Domingo en 1604.

Criollo de precoz talento e inteligencia nada comunes, distinguióse dentro de su Orden, lo que le llevó a ocupar altos puestos como Definidor, Procurador en Madrid y Roma, Predicador y Cronista además de la mitra de Santo Domingo.

Escribió la *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México de la orden de Predicadores*, impresa por vez primera en 1596 y luego varias veces hasta la última edición crítica preparada por Agustín Millares Carlo: México, Editorial Academia Literaria, 1955, XXVII-[10]-654-[6]-27 p. ils. Ed. facs. (Colección de Grandes Crónicas Mexicanas.)

Buen trabajo acerca de él es el de Alberto María Carreño, "El Arzobispo Cronista Fray Agustín Dávila Padilla", *MAMH*, T. X, No. 3, julio-sept. 1951, p. 245-260; Francisco Fernández del Castillo (Sr.), "Fray Agustín Dávila Padilla Arzobispo de Santo Domingo", *AMNAHE* ép. 4a., T. III, Núm. 5, p. 448-453.

Su obra es bien documentada, aunque prolija. Narra con detenimiento la acción de la orden y la labor apostólica de sus miembros, a algunos de los cuales exalta con entusiasmo, entre otros a Betanzos y Las Casas.

Buena obra de información acerca de los historiadores dominicos es la de José Asencio "Cronistas dominicos" en *Estudios Históricos*, Guadalajara, No. 7, enero 1946, p. 21-38.

Fuente: Fray Agustín Dávila Padilla, O.P. *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México, de la orden de Predicadores*. Prólogo de Agustín Millares Carlo, 3a. ed. México, Editorial Academia Literaria, 1955. XXVII-[12]-654-[8]-27 p. Ed. facs., p. 303-311.

FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS, PROTECTOR DE LOS INDIOS

Los bien aprovechados estudios de teología que nuestra provincia dio al buen obispo de Chiapa don F. Bartolomé de las Casas, eran bastantes para que debidamente tuviese lugar en su historia, cuando no fuera común la deuda que todas las Indias y los ministros del evangelio en ellas le tienen, este bendito obispo fue el famoso protector de los indios, defensor del derecho natural, padre de los desamparados, y como le llamaban en la corte, el apóstol de las Indias. Murió en Madrid,

donde se mandó depositar hasta que le llevasen a Valladolid, y hasta hoy se ha quedado en este convento de Nuestra Señora de Atocha, mientras vivía provincial de México el santo F. Bernardo de Alburquerque, y es justo sucesor de este lugar en su vida, así por su santidad y dignidad, que los hermana, como por haber sucedido en este provincialato su muerte. Nació este bienaventurado Obispo en la famosa ciudad de Sevilla, como él mismo lo dice en una de sus disputas, que andan impresas. Tenía inclinación a la virtud y letras, y determinado seguir la iglesia: estudió cánones con mucho cuidado, y salió con buen aprovechamiento. Ordenóse de sacerdote, y vivía en aquella populosa ciudad con mucho nombre de virtuoso, que no es pequeño argumento de sus ventajas, que se echasen de ver en una ciudad tan grande, donde apenas se conocen los muy conocidos. Cuando llegó a Sevilla F. Buil, Nuncio Apostólico, que iba a la isla española, escogió doce clérigos virtuosos y letrados, para llevarlos en su compañía, y entre ellos fue uno el buen Bartolomé de las Casas. Algunos piensan que no fue de estos doce, pero todos concuerdan en que fue de los primeros que llegaron a aquella isla; y se parece por el efecto, pues tuvo repartimiento de indios en encomienda, como los demás conquistadores y pobladores antiguos. Él mismo confiesa que fue de los engañados, admitiendo indios en encomienda, como los demás que los tuvieron. Engaño llamaba la encomienda de los indios; y aunque es nombre de su celo, no es el que merece tan honrada ocupación, justificada con autoridad real. Parecíanle mal al buen clérigo los malos tratamientos, y agravios intolerables, y notables injusticias que los españoles hacían a los indios, y acudiendo a su oficio de predicador del evangelio, desengañaba con gran fervor, ponderando la conocida ofensa que a Dios se hacía en estas cosas, y la dificultad grande que había después en restituir, cuando quisiesen satisfacer tan extrañas injusticias. Parecióle que predicaba en desierto, y lo es una alma codiciosa, donde reinan las espinas de los bienes temporales, que la dejan sola de los eternos. Había hecho todo su posible predicando con las obras, y había dejado los indios de su repartimiento, diciendo, que por el tiempo que los había tenido, haría penitencia toda su vida; y con proponer claramente la verdad, no la admitían los interesados, por estar ciegos con el amor de las riquezas. El buen clérigo se determinó de ir a España a procurar el remedio de tantos males, informando

de aquellos extraños agravios y sinrazones que los españoles hacían a los miserables indios. Navegó el año de 1515, esperando del rey católico don Fernando la libertad que para los oprimidos deseaba. Murió el santo rey a 2 de enero de 1516, y el clérigo se volvió a la Española, esperando en Dios que la fuerza de la razón había de poder con hombres racionales, que conociesen y aborreciesen los agravios que a hombres racionales como ellos hacían. No tuvieron efecto estos justos deseos, porque la gente española oía tan sordamente las palabras y sermones del bendito clérigo, como antes. Como crecen las enfermedades con la dilación de la medicina, y son peores de rendir después que han cobrado fuerzas con el tiempo, así estaban los españoles más aficionados a sus intereses y voluntariamente insensibles a las voces de los predicadores. Determinó el siervo de Dios de salir de entre los egipcios, dejando aquella mala compañía de predicadores y recogerse en la soledad religiosa, para servir en vida obediente a Dios lo que le restaba de sus días. Comunicó su intento con el santo fray Pedro de Córdoba, a quien como a varón perfecto le pareció bien aquel deseo de perfección. No fue menester mucho para que los religiosos de nuestra orden le diesen el hábito que pedía: porque su virtud, sus letras y buen ejemplo, tenían dadas tantas muestras, que todos le amaban y reverenciaban. Recibióle al hábito en aquel convento y ciudad de Santo Domingo, y asentóle tan bien, que desde novicio parecía viejo en la religión. El era estudioso y devoto, y suele muy fácil acomodarse a las ceremonias de nuestra sagrada orden, que todas van encaminadas a esto. Su particular recogimiento y humildes ocupaciones de novicio, hicieron más estimada su virtud y acreditada su humildad. Profesó con grande gozo, dando gracias a Dios por aquella singular merced que le hacía, dejándole hijo del padre de predicadores, y hermano de los ilustres hijos de su orden. Comenzó con más bríos (aunque antes los había tenido grandes) a procurar la libertad de los Indios, y excusar los agravios que se les hacían; varias veces libró a indios de la muerte que les procuraban con tormentos algunos hombres desalmados, pidiéndoles oro, por entender que le tenían escondido, o porque no se lo traían de las minas y ríos, en tanta cantidad como les mandaban. Otras veces no podía librarlos, y a sus ojos refiere él mismo, que les quitaren rigurosamente la vida. Bastante relación dejó de aquesta materia en el libro que intituló *Des-*

trucción de las Indias, que se imprimió en Sevilla el año de 1552. Predicaba el religioso con un espíritu de apóstol, proponiendo la voluntad de Dios y con entrañas de verdadero humano, volviendo por los pobrecitos indios. Como sabía por experiencia el trato que se tenía con los indios, sabía descubrir sus males, y como buen predicador reprehenderlos. Favorecíase mucho de la religión y doctrina del santo fray Pedro de Córdoba, a quien amaba como a padre, y estimaba como a santo. Oyendo los sermones de este bendito padre, había dejado él sus indios de repartimiento, y procurado que todos los dejasen. Los mismos sermones pudieron con el bendito clérigo que se recogiese a mayor estrechura en la religión; y cuando ya la tenía profesada, y se relegaba mucho con la compañía del santo fray Pedro de Córdoba, se le quiso Dios llevar a la suya, quedando fray Bartolomé de las Casas con mucho sentimiento por la soledad en que se hallaba aquel convento, y toda aquella tierra, faltándole un personaje tan lleno de todo bien, como el santo fray Pedro de Córdoba. Pareció al bendito religioso venir a esta provincia de México en demanda del santo fray Domingo de Betanzos, cuya mucha virtud había varias veces engrandecido con particular estima el gran fray Pedro de Córdoba. Anda la humildad tan a una con el aprovechamiento en la virtud, que los más medrados piensan que tienen necesidad de más ejercitados maestros. Un predicador, buen clérigo y buen fraile, vino a buscar el abrigo del santo F. Domingo de Betanzos, porque le faltó el del bienaventurado P. F. Pedro de Córdoba. Habíase divulgado la religiosa observancia que el santo fundador había puesto en esta provincia, y la religión grande con que se proseguía; y deseoso de vivir en ella se vino a la Nueva España. Llegó a Guatemala, y conoció por experiencia lo que de la santidad de la provincia le había referido la fama. Resplandeció maravillosamente su religión en esta tierra: porque como no le ocupaban tantos agravios de indios (que por la bondad de Dios no ha permitido en ella las crueldades que en aquella pobre isla Española) dióse muy de veras al estudio de la teología y sagrada escritura, acompañando con estas letras las de sus estudios de cánones, en que había sido muy ejercitado. Resplandecía su virtud, y en particular la mansedumbre, que le era natural, con una piedad extraña; que ejercitada en tantas lástimas de indios como había visto, tenía tan claro lustre, que ganaba la vista de to-

dos, para que su resplandor se advirtiese. Fue hombre muy callado, templado, penitente y muy pronto en la obediencia. Tenía gracia en aconsejar, dando pareceres muy prudentes con resolución y claridad. Tuvo noticia el emperador don Carlos de este varón de Dios, y estimando su mucho valor, le nombró por Obispo de Chiapa, que entonces era distrito de nuestra provincia de México. Aceptó la dignidad el bendito religioso, solamente por tener más autorizada su persona para defender a los indios, y sacarlos de la dura servidumbre en que su cautiverio los tenía. Cuando llegó a su obispado, encomendaba muy de veras el remedio de aquella tierra: porque los agravios que los indios recibían, les hacía sospechoso el camino del cielo, que los españoles predicaban. De noche velaba en su profunda oración el buen obispo, y de día predicaba y aconsejaba con entrañas de verdadero padre. Proponía los principios de derecho natural, alegaba los lugares del evangelio, declaraba el amor del prójimo, que nunca falta donde está el de Dios; y ponía todas sus fuerzas y las que Dios le prestaba de su gracia, para ver si podía cortar aquel miserable hilo, que la crueldad iba torciendo con el tiempo, para dejar la tierra assolada de indios, y el infierno poblado de españoles. Hacía oficio de pastor, librando las ovejas del rigor de los lobos; y oficio de luz, declarando la verdad, y de sal, previniendo mayor daño y corrupción de costumbres; y con todo eso no hallaba remedio ni enmienda en los pecados que reprehendía. Afligíase grandemente de ver con cuan furioso ímpetu caminaba su rebaño a despeñarse, sin dar oídos a sus fervorosas voces, con que le avisaba del daño, y convidaba con el remedio. Grande dolor es ver un médico a su hijo querido con enfermedad grave y frenético sin arrostrar medicina, ni acudir a su obediencia. Este sentimiento tenía el bendito obispo, viendo a sus hijos heridos de muerte eterna en el camino de las culpas mortales; y tan inobedientes a sus desenfrenadas pasiones...

Parece que quedan sin claridad las causas que afligían al buen obispo, y ellas son tales que cualquiera corazón cristiano se aflige de solo oirlas. La menos mala era malísima, porque torciendo algunos el derecho de la guerra justa, que permite sujeción en los vencidos, justificaban el cautiverio en que tenían a los miserables hechos esclavos, privándolos de la liber-

tad que Dios les dio, y oprimiéndolos con mayores rigores, que moros ni turcos afligen a los cristianos, de quien pretenden servirse comprándolos de barata, y arrojábanlos en las minas de oro y plata, imponiéndoles intolerables trabajos, que miserablemente les acababan la vida. Sacaban navíos cargados de los pobrecitos indios, y llevándolos a vender a tierras extrañas, murieron muchos por la extrañeza del temple, y los demás por la sobra del trabajo; que siendo más que sus fuerzas, se las acababa con la vida. Todo el trato con los indios era crueldad tan inhumana, que por ahora basta referir solamente por ejemplo lo que este santo obispo vio, y dejó escrito, para que cuando ya experimentamos los castigos que Dios envía a las islas españolas, entendamos la justificación de la causa de Dios, y que la sangre de los inocentes le está dando voces desde la tierra. Refiere este santo obispo, que en su presencia mandó un capitán (a quien él llama el Tirano) que fuesen quemados en parrillas cuatro o cinco señores principales, a quien en fuego manso dilataban con cruel martirio la muerte, porque no les daban oro. No le tenían los pobres indios, pues es de creer, que por muy guardado que le tuvieran, lo sacaran para comprar la vida, y excusar su penosa muerte. Los pobres indios daban grandes voces, y dolorosos gemidos, que bastaban a procurar lástima y compasión en las mismas bestias fieras como sabemos de las historias, que animales brutos han tenido compasión de algunos hombres afligidos, y con todo eso los que no tenían de hombres más que el nombre, no solamente no se compadecían de los tristes afligidos, pero encendíanse para darles mayores tormentos. Enfadábanle al capitán los gritos de los indios, y estorbábanle el sueño que procuraba, muy descuidado del de muerte, que sin género de duda le había de llevar a los alaridos de los demonios, y gritos de los condenados. Mandó a un alguacil que ahogase a aquellos indios, porque daban pena sus voces; y el infernal ministro más cruel que el principal autor de las crueldades, no quiso ahogarlos, porque no se les acabase el dolor perdida la vida, sino que le pareció buena traza para acudir a la voluntad de su amo, y a la fiereza de su corazón, ponerles en las bocas recios maderos a los tristes indios, para que no pudiesen gritar, y atizarles el fuego para que se asasen despacio. Todo eso puso por obra aquel carnicero de hombres a vista del piadoso predicador, cuya persuasión ni ruegos no pudieron enfrenar aquella desbocada fie-

reza. Cuando era obispo estaban corregidas en algo aquellas cosas, a lo menos en su distrito, pero los que las habían cometido, ni acababan de entender que habían hecho mal, ni trataban de restituir algo de lo mucho que debían, porque todo era imposible. Estábase la tierra en aquella injusta posesión, que por su propio nombre era violencia tiránica. Eran esclavos los indios, sin serlo. Como el bendito obispo vio que no había remedio, si no se procuraba con el emperador que como cristianísimo favorecería su justicia, y desharia tan extraños agravios, determinó dejar el obispado y irse a España, a ser procurador de aquellos pobres indios aunque también lo iba a ser de los españoles, pues iba a procurarles camino de salvación, de que andaban los tristes muy lejos. Escribió al Sumo Pontífice, resignado el obispo y proponiendo sus intentos santos; a que el pastor de la iglesia acudió muy favorablemente, y el obispado se proveyó en otro religioso de esta provincia, que había sido prior en Guatemala, y se llamaba fray Tomás Casillas. Quedóse nuestro buen obispo con sólo el nombre de obispo de Chiapa, que es título que le ha hecho bien y famoso en el mundo. Pasó a España el año de 1539 y no halló en ella al Emperador cristianísimo, a quien buscaba, porque había pasado a Francia, Flandes, y Alemania, dejando en Madrid al príncipe don Felipe. Estuvo en España hasta el año de 42 que volvió el emperador a ella. Entonces propuso su causa tan cuerda como doctamente. Hablaba como santo, informaba como jurista; decidía como teólogo, atestiguaba de vista y hablaba con libertad de verdadero fraile, desinteresado de cosas temporales, y deseoso del bien de las almas. Propuso al emperador la injusticia notable que aquellos indios padecían, siendo esclavos. Refirió crueldades con que los traían los españoles cargados como bestias, sirviéndose de ellos para sus bagajes, en las entradas que hacían, y para mercaderías, en sus tratos. Dijo como andaban en las mismas encadenados de ciento en ciento, y como los sacaba (como si fueran cargazones de broma) a provincias extrañas; la violencia con que les daban tormento, pidiendo oro: y otras muchas cosas, que enternecieron el corazón de aquel emperador piadosísimo. Afirmó como malos tratamientos de los españoles habían destruido en menos de 30 años la innumerable gente de aquellas tierras, pues en sola la isla Española había cinco reinos, cada uno poco menos que España; y si no se atajaban presto los males, se acabarían del todo los indios. Pudieron

sus razones tanto, que el buen emperador mandó hacer junta de letrados teólogos y juristas, para que oyesen las razones del obispo de Chiapa, y se averiguase la verdad, que él estaba muy presto de seguir. Vino a Valladolid la flor de las buenas letras de España el año de 1542 y toda la congregación de letrados remitió al doctísimo maestro fray Domingo de Soto, que sustanciase los intentos y razones del obispo de Chiapa, a que acudió él muy de veras, así por la justicia como por la piedad, que la causa consigo llevaba. El obispo informó a los letrados en particular, con la eficacia que le daba Dios sobre sus muchas y buenas letras. No faltaron opositores (que nunca en lo bueno faltan). Unos interpretaron a novedad los intentos del buen Obispo, como si fuera malo lo bueno, por solamente ser nuevo en oposición de males viejos. Otros decían que habían sido pasiones del obispo con la gente de aquella tierra; y no le faltaban al demonio mentiras que ofrecer, para procurar que estorbasen aquellos sanos intentos, con cuya victoria había de quedar el desventurado muy vencido. Favoreció Dios su causa, y en la junta de letrados concluyeron todos por conocidas verdades las que el obispo de Chiapa proponía. Mandó el emperador que se despachasen luego cédulas para todas las Indias, declarando por libres a todos los indios que en ellas estaban esclavos. Y no contento el obispo con esto, prosiguió más adelante, pidiendo otra consulta, para probar como eran injustos los repartimientos de los indios y encomiendas que estaban hechas en cabezas de los conquistadores; afirmando que si se proseguían, habían de quedar las Indias destruidas, como lo estaba la Isla Española. Nunca tuvo efecto esta consulta, aunque la deseaba y favorecía el buen emperador y su hijo don Felipe, que hoy reina. Había mucho cuidado de esta tierra, para estorbar lo que en España procuraba el santo obispo. Temían su menoscabo en las haciendas los que vivían en las Indias, y enviaban dineros a España, para que se solicitase a costa de aquellos pocos la ganancia de muchos que esperaban, si el obispo de Chiapa no salía con sus intentos. Con todo eso mandó el cristianísimo emperador, y su buen hijo don Felipe, segundo de este nombre rey de las Españas muchas cosas, que el obispo de Chiapa dijo ser convenientes para el gobierno de esta tierra. Un libro grande se hizo de todas estas cédulas y provisiones, recogido por industria del doctor Vasco de Puga oidor de México, adonde se imprimió el año de 1563. El

buen obispo no perdía tiempo, hablando, informando, aconsejando, y escribiendo todo lo que le parecía conveniente, para que Dios fuese en estas tierras servido, y los indios saliesen de vejación. Escribió muchos libros, donde mostró su buena teología, y bien aprovechada ciencia de cánones. Quien leyere con atención sus graves sentencias, entenderá que oye a un San Pablo, o a un discípulo suyo, que se le parezca mucho. Admiración grande pone ver la claridad y libertad santa con que este bendito obispo habló en sus escritos. Siempre dijo con claridad lo que entendió que convenía para el servicio de Dios. A los conquistadores nombraba tiranos, a sus defensores llamaba lisonjeros y aduladores, que querían irse al infierno, llevando en su compañía a los reyes, a quien engañaban. Libros eran los suyos, que conociendo el demonio la mucha guerra que le hacían, ha procurado rehundirlos, para que no aparezcan en el mundo; pero porque si faltaren los pocos que quedan, pues ya por maravilla se hallan, no falte noticia de lo que contenían.

El primero fue en latín con este título, *Principia quadam, ex quibus procedendum est in disputatione ad manifestandam et defendendam institiam Indorum per Episcopum fratrem Bartholomeum a Casaus Ordinis Praedicatorum.*

Otro libro intituló, *Brevissima relacion de la destrucción de las Indias, colegida por el obispo don fray Bartolomé de las Casas o Casaus, de la orden de Santo Domingo.*

Otro, cuyo título era, *Aquí se contiene una disputa o controversia entre el obispo don fray Bartolomé de las Casas o Casaus, obispo que fue de la ciudad Real de Chiapa, que es en las Indias, parte de la Nueva España; y el doctor Gines de Sepulveda Cronista del emperador nuestro señor: sobre que el doctor contendía que las conquistas de Indias contra los indios eran lícitas, y el obispo por el contrario defendió y afirmó haber sido y ser imposible no ser ilícitas, tiránicas, injustas y inicuas. La cual cuestión se ventiló y disputó en presencia de muchos letrados teólogos, y juristas en una congregación que mandó su Majestad juntar el año de 1542 en la villa de Valladolid.*

Otro tenía este título, *Estas son las réplicas que el obispo de Chiapa hace contra las soluciones de las doce objeciones, que el doctor Sepúlveda hizo contra el sumario de su apología.*

Otro decía así, *Aquí se contienen, 30 proposiciones muy jurídicas, en las cuales sumaria y suscintamente se tocan mu-*

chas cosas pertenecientes al derecho que la iglesia y los príncipes cristianos tienen o pueden tener sobre los infieles de cualquier especie que sean; mayormente se asigna el verdadero y fortísimo fundamento en que se asienta y estriba el título y señorío supremo y universal, que los reyes de Castilla y León tienen al orbe de las que llamamos Occidentales Indias, por el cual son constituidos universales señores y emperadores en ellas sobre muchos reyes. Apúntanse también otras cosas concernientes al hecho acaecido en aquel orbe notabilísimas y dignas de ser vistas y sabidas. Coligió las dichas 30 proposiciones el obispo don F. Bartolomé de las Casas o Casaus, obispo que fue de la Real Ciudad de Chiapa, cierto reino de los de la Nueva España.

Otro tenía este título: *Este es un tratado que el obispo de la Ciudad Real de Chiapa don fray Bartolomé de las Casas o Casaus compuso por comisión del Consejo Real de las Indias, sobre la materia de los indios que se han hecho en ellas esclavos, el cual contiene muchas razones y autoridades jurídicas que pueden aprovechar a los lectores para determinar muchas y diversas cuestiones dudosas en materias de restitución, y de otras que al presente los hombres el tiempo de ahora tratan.*

Otro libro escribió, cuyo título decía, *Entre los remedios que don fray Bartolomé de las Casas obispo de la ciudad real de Chiapa, refirió por mandato del emperador rey nuestro señor en los ayuntamientos que mandó hacer su majestad de prelados y letrados y personas graves de Valladolid el año de 1542 para reformatión de las Indias. El octavo en orden es el siguiente. Donde se asignan 20 razones, por las cuales prueba no deberse dar los indios a los españoles en encomienda, ni en feudo, ni en vasallaje, ni de otra manera alguna, si su majestad (como desea) quiere librarlos de la tiranía y perdición que padecen, como de la boca de los dragones, y que totalmente no los consuman y maten y quede vacío todo aquel orbe de sus tan infinitos naturales habitantes, como estaba y lo vimos poblado.*

Otro libro hizo, donde se contenían unos Avisos y reglas para los confesores que oyesen confesiones de los españoles, que son o han sido en cargo a los indios de las Indias del mar océano.

El libro más copioso en esta materia tenía por título, *Tra-tado comprobatorio del imperio soberano y principado univer-*

sal que los reyes de Castilla y León tienen sobre las Indias, compuesto por el obispo don F. Bartolomé de las Casas o Casaus de la orden de Santo Domingo.

Todos estos libros se imprimieron en Sevilla el año de 1552 y sin estos escribió otros muchos. Uno en latín, de la promulgación del evangelio; y otro en romance, que trataba de lo mismo, como lo permitía el lenguaje castellano; dejando los argumentos y fundadas razones para el libro latino.

Escribía también una historia que intituló, *Del bien y favor de los indios*, que tenía de volumen una resma de papel. Esta historia hizo trasladar para la librería de México el P. F. Domingo de la Anunciación siendo prior, y habiendo puesto diligencia en haber el original, que estaba en poder de los padres de la provincia de Chiapa. Toda la doctrina de este santo obispo fue examinada y aprobada por la Universidad de Salamanca y de Alcalá, y por nuestro Colegio de S. Gregorio de Valladolid demás de que los principales puntos a que toda ella se reduce, quedaron confirmados en aquella consulta de grandes letrados, que oyeron en Valladolid toda la apología que él había compuesto, y le oyeron largamente sus fundamentos y razones hasta que declarado por opositor el doctor Sepúlveda, se remitió la sustancia de entrambos pareceres a la diligencia del doctísimo maestro F. Domingo de Soto, que era uno de los de la consulta. Cuando la doctrina no fuera tan calificada, lo quedaba la persona, con tanto estudio, tanta erudición y tan buen celo como arguye su perseverancia, sin interés del suelo, mas que servir en él al que le había de premiar en el cielo.

BERNARDO DE BALBUENA

Nació en Valdepeñas, en Castilla, España, el 22 de noviembre de 1562. Murió en Puerto Rico, en donde fue obispo, el 11 de octubre de 1627.

Crióse en la Nueva Galicia y estudió en Guadalajara y México. Ocupó algunos curatos y posteriormente la Abadía de Jamaica y a partir de 1619 el obispado de Puerto Rico. Es el representante más egregio de las letras renacentistas que muestra a la par elementos barrocos. Su *Grandeza mexicana* está considerada como el poema lírico-descriptivo más importante que jalona hasta la época de Landivar.

Sus obras más significativas son: *Grandeza Mexicana* (1604); *El Siglo de oro en las selvas de Eriñile*, (1608); el *Bernardo o la Victoria de Roncesvalles*, (1624) que es la más destacada, aun cuando la más conocida es la *Grandeza*.

Quienes con más acuciosidad le han estudiado son: J. Van Horne, *Bernardo de Balbuena. Biografía y crítica*, Guadalajara, Imprenta Font, 1940, que es la biografía más completa; J. de J. Rojas Garcidueñas, *Bernardo de Balbuena. La vida y la obra*, México, Universidad Nacional de México, 1958, X-215 p. y Francisco Monterde en el prólogo a la *Grandeza Mexicana y fragmentos de El Siglo de Oro y el Bernardo*, México, Universidad Nacional de México, 1941, XXXVIII-212 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 23). Una segunda edición de esta obra apareció en 1954.

Fuente: Bernardo de Balbuena. *Grandeza Mexicana y Fragmentos de El Siglo de Oro y el Bernardo*. Prólogo de Francisco Monterde, México, Imprenta Universitaria, 1941, XXXVIII-212 p., (Biblioteca del Estudiante Universitario, 23.)

GRANDEZA MEXICANA

La ciudad

Tiene esta gran ciudad sobre agua hechas
firmes calzadas, que a su mucha gente
por capaces que son vienen estrechas;

que ni el caballo griego hizo puente
tan llenas de armas al troyano muro,
ni a tantos gritó Ulises el prudente;

ni cuando con su cierzo el frío Arturo
los árboles desnuda, de agostadas
hojas así se cubre el suelo duro,

como en estos caminos y calzadas
en todo tiempo y todas ocasiones,
se ven gentes cruzar amontonadas.

Recuas, carros, carretas, carretones,
de plata, oro, riquezas, bastimentos
cargados salen, y entran a montones.

De varia traza y varios movimientos
varias figuras, rostros y semblantes,
de hombres varios, de varios pensamientos;

arrieros, oficiales, contratantes,
cachopines, soldados, mercaderes,
galanes, caballeros, pleiteantes;

clérigos, frailes, hombres y mujeres,
de diversa color y profesiones,
de vario estado y varios pareceres;

diferentes en lenguas y naciones,
en propósitos, fines y deseos,
y aún a veces en leyes y opiniones;

y todos por atajos y rodeos
en esta gran ciudad desaparecen
de gigantes volviéndose pigmeos.

¡Oh inmenso mar, donde por más que crecen
las olas y avenidas de las cosas
ni las echan de ver ni se parecen!

Cruzan sus anchas calles mil hermosas
acequias que cual sierpes cristalinas
dan vueltas y revueltas deleitosas,

llenas de estrechos barcos, ricas minas
de provisión, sustento y materiales
a sus fábricas y obras peregrinas.

Anchos caminos, puertos principales
por tierra y agua a cuanto el gusto pide
y pueden alcanzar deseos mortales.

Las habitantes

Ni en Grecia Atenas vio más bachilleres
que aquí hay insignes borlas de doctores,
de grande ciencia y graves pareceres;

sin otras facultades inferiores,
de todas las siete artes liberales
heroicos y eminentes profesores.

Sus nobles ciudadanos principales,
de ánimo ilustre, en sangre generosa,
raros en seso, en hechos liberales,

de sutiles ingenios amorosos,
criados en hidalgo y dulce trato,
afable estilo y términos honrosos;

damas de la beldad misma retrato,
afables, cortesanas y discretas,
de grave honestidad, punto y recato;

bellos caballos, briosos, de perfectas
castas, color, señales y hechuras,
pechos fogosos, manos inquietas;

con jaeces, penachos, bordaduras,
y gallardos jinetes de ambas sillas,
diestros y de hermosísimas posturas.

El carácter

Cuanto en un vario gusto se apetece
y al regalo, sustento y golosina
julio sazona y el abril florece,

a su abundante plaza se encamina;
y allí el antojo al pensamiento halla
más que la gula a demandarle atina.

Sólo aquí el envidioso gime y calla,
 porque es fuerza ver fiestas y alegría
 por más que huya y tema el encontrarla.

En ciudad de notable policía
 y donde se habla el español lenguaje
 más puro y con mayor cortesanía,

vestido de un bellissimo ropaje
 que le da propiedad, gracia, agudeza,
 en casto, limpio, liso y grave traje.

Su gente ilustre, llena de nobleza,
 en trato afable, dulce y cortesana,
 de un ánimo sin sombra de escaseza.

La vida religiosa

Pues si aman devoción los que aquí viven,
 y en sólo granjear bienes de cielo
 estriban, como es bien que sólo estriben;

¿Qué pueblo, qué ciudad sutenta el suelo
 tan llena de divinas ocasiones,
 trato de Dios y religioso celo,

de misas, indulgencias, estaciones,
 velaciones, plegarias, romerías,
 pláticas, conferencias y sermones?

Tanto convento, tantas obras pías,
 tantas iglesias, tantos confesores,
 jubileos, hermandades, cofradías;

religiosos, gravísimos doctores,
 sacerdotes honestos, ejemplares,
 monjas llenas de Dios y sus favores;

hombres raros, sujetos singulares
 en ciencia, santidad, ejemplo y vida,
 a cuantos, a montones, a millares;

virtud profunda, santidad cumplida,

obras heroicas, trato soberano,
almas devotas, gente corregida;

limosnas grandes, corazón cristiano,
caridad viva, devoción perfecta,
celo de Dios, favores de su mano;

ejemplos de virtud, vida quieta,
ayunos santos, ásperos rigores,
públicos bienes, oración secreta;

conciencias limpias, pechos sin rencores,
notables costumbres, religiones santas
de ciencia grave, y graves profesores;

honrado estilo, generosas plantas,
fe celestial, recogimiento honesto,
pureza singular, y en suma cuantas

virtudes en el mundo el cielo ha puesto,
si con cuidado mira su librea,
aquí las hallará quien trata desto,
y más que esto si más y más desea.

FR. ANTONIO REMESAL, O.P.

Nació en la Villa de Allariz, Galicia, España, hacia 1573. Se ignora lugar y fecha de su fallecimiento, que debe haber ocurrido después de 1630, tal vez en Zacatecas.

Escribió diversos tratados de carácter religioso; la *Vida del Ven. P. Fr. Andrés del Valle, natural de Valladolid, hijo del Convento de la Coruña y Predicador de la Provincia de Chiapa*. Su obra más importante es la *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala, del Orden de Santo Domingo* (1619).

Estudió en Salamanca y poseyó sólida cultura. Pasó a América con Don Alonso de Galdo, Obispo de Comayagua, y a partir de 1613 permaneció en Guatemala, en donde escribió su *Historia*, la cual publicó en España en 1619. En ella tomó el partido de Las Casas contra los conquistadores, lo cual le concitó grandes odios y persecuciones. Su estilo es breve, sucinto y atractivo.

La *Historia* fue publicada bajo el título: *Historia General de las Indias Occidentales y Particulares de la Gobernación de Chiapa y Guatemala. Escríbese juntamente los principios de la Religión de Nuestro Glorioso Padre Santo Domingo y de las demás religiones*, 2 vol. Prólogos de Antonio Batres Jáuregui y de Manuel Valladares, Guatemala, 1932 (Biblioteca Goathemala IV y V). Manuel Valladares publicó también: "Una investigación acerca del historiador Remesal" *ASGHG*, Año IX, T. IX, No. 3, mayo 1933, pp. 303-305. También lo han estudiado Francisco Fernández del Castillo (Sr.), "Fray Antonio de Remesal. Discurso de recepción en la Academia de la Historia de México", *ASGHG*, Año IX, T. IX, No. 3, mayo 1933, p. 306-320 y Andrés Mesanza "El Padre Antonio de Remesal" en *ASGHG*, T. XIX, 1944, p. 285-289. Moderna edición crítica ha realizado últimamente el P. Carmelo Sanz de Santa María.

Fuente: Remesal, Fray Antonio de. *Historia General de las Indias Occidentales y particular de la Gobernación de Chiapa y Guatemala. Escríbese juntamente los principios de la Religión de nuestro glorioso Padre Santo Domingo y de las demás religiones*. 3 v. 2a. ed. Guatemala, C.A. Tipografía Nacional, 1932. (Biblioteca Goathemala de la Sociedad de Geografía e Historia). La 1ª ed. fue de 1619. I-430-432.

LA EVANGELIZACION EN CHIAPAS

El estado en que los padres de Santo Domingo los hallaron, era miserabilísimo en el alma y en el cuerpo, porque éste

ordinariamente le traían desnudo como nacieron de sus madres. Solo se ceñían y cubrían con una venda de cuatro dedos en ancho, que llamaban mastel, que era bien poco reparo de la honestidad. Pintábanse o tiznábanse con un betún colorado o negro, sucio y asqueroso. El cabello que de su natural es grueso y negro, traíanlo encrespado o rebujado en la cabeza como estopas, a causa de que no se lo peinaban. Las uñas de las manos sucias y largas como de gavilán, porque nunca se las cortaban de propósito, solo se disminuían cuando por el ejercicio de las manos se rozaban. Para sus necesidades corporales tenían menos instinto que perros o gatos, porque unos delante de otros se orinaban sentados como estaban en conversación y las primeras veces que iban a sermón dejaban todo el suelo mojado y enlodado, no menos que un corral de ovejas. La idolatría en los infieles era tan pública como antes. A las puertas de las casas sacrificaba cada uno a su ídolo, mataba perros, venados, papagallos, tórtolas y otras aves, quemaba incienso, copal, estoraque y yerbas olorosas y el español que pasaba y lo veía no hacía más caso de ello, que de quemarse leña en la cocina de su casa. Estos sacrificios eran muy ordinarios; al sentirse la mujer preñada, al nacer el hijo, al ponerle nombre, al destetarle, al casarle, al ir a la feria, al partirse a la guerra y otras obras menores que éstas, al sembrar el maíz, al recoger el cacao, hasta al urdir la tela se hacía con sacrificio. Los que eran bautizados no tan en público, en el monte tenían sus ídolos, allá les hacían fiestas y sacrificios, algunas veces solos y otras con sus familias. Las costumbres eran peores que en su infidelidad, porque demás que ningún vicio antiguo perdieron, particularmente la sensualidad, se les añadieron algunos que veían en los cristianos y no los tenían por tales; y el que antes de bautizado no hurtaba, no juraba, no mataba, no mentía, no robaba mujeres, si hacía algo de esto después de bautizado, decía: ya me voy haciendo un poco cristiano; y como los caciques no los podían castigar, como cuando eran señores absolutos, y el español como le pagasen peores los indios bautizados que los infieles. La muchedumbre de mujeres no la habían dejado y si alguno tenía una sola, era como amiga, cada y cuando que quería le enviaba, y recibía otra. Grado de parentesco no le conocieron más que en los tiempos antiguos, no doctrina, ni enseñanza de cosa de la fe antes de bautizarse, más que si no fuera necesaria para saber lo que recibían. Entendían que el

bautizarse era hacerse persona de Castilla, y tener algún favor con los españoles para ser relevados de los malos tratamientos, en que se hallaron siempre engañados y muy arrepentidos por lo que dieron al clérigo que los bautizaba, que aun hoy hay viejos que dicen: Cuando nosotros comprábamos el bautismo, y muchos le compraban dos y más veces; porque si se les olvidaba el nombre que el clérigo les ponía la primera vez, volvía la segunda vez a bautizarse y daban otro tanto y la tercera lo mismo y era ganancia del padre cura la falta de memoria en sus feligreses; y a mí me dijo un padre anciano, que en San Salvador había topado uno de estos indios bautizados dos veces, porque se le olvidó el nombre que le pusieron la primera. Como los clérigos que, o andaban bautizados o con los españoles no tenían puesto seguro, todo el recado del altar era portátil y en una arquilla muy pequeña cabía, ara, cáliz, vinajeras, casulla, y alva, cruz, candeleros y retablo. Este de ordinario era la imagen del glorioso apóstol Santiago patrón de España, en la forma que apareció al rey don Alonso de Castilla en la batalla de Clavijo, en un caballo blanco, armado, peleando, con muchos moros a los pies etc. Y como los pintores de aquel tiempo no eran tan primos como Michael Angel, ni las colores tan perfectas como las de Roma y aunque lo fueran, y el artífice muy avejentado, el traer de ordinario el lienzo doblado, o arrebujado, le hacía salir siempre en público deslucido y con mil arrugas, y no las quitaba el cuadro, porque de ordinario le colgaban en un ramo torcido, o le fijaban con dos clavos de palo por la parte de arriba y como para la Cristiandad de los españoles todos estos accidentes importaban poco, en viendo su imagen de Santiago se arrodillaban y hacían mil muestras de devoción, llegando a ella los rosarios, las espadas, los sombreros y besando las esquinas del lienzo por rotas y desfloradas que estuviesen. De esta veneración entendieron los indios que aquella imagen era el Dios de los Españoles, y como le veían armado a caballo, con espada ensangrentada en alto y hombres muertos en el campo, teníanle por Dios muy valiente y que por servirse lo eran también tanto los españoles y de aquí venía el rendírseles con facilidad y desmayar en las batallas al primer encuentro. Y como era este engaño de los indios en tanto provecho de los españoles, con alguna culpa de omisión, no procuraban sacarlos de él, aunque nunca les dijeron claramente que sí. Corría la voz a los enemigos y

todo se hacía bien y Santiago a caballo y armado era el Dios de los cristianos. Eralo también Santa María, sin saber el indio si era hombre o mujer, porque oía al español que le nombraba muchas veces, y aunque pocas o ninguna veían su imagen concibieron grandes cosas de Santa María, principalmente en esta provincia de Chiapa, en que como se ha dicho la iglesia principal de ciudad real estuvo a principio dedicada a Santa María. De aquí vinieron a bautizar todas las casas de religión con nombre de Santa María, la iglesia casa de Santa María, la misa casa de Santa María, el agua bendita Agua de Santa María y el sermón palabra de Santa María sin formar concepto ninguno verdadero, que cosa era Santa María; porque no se lo habían dicho, y si les habían dicho algo, era como lo de Santiago. Algunos indios más ladinos tenían noticia de Cristo Nuestro Señor; pero debían de haber tenido por predicadores los hidalgos con quienes los padres se toparon en Fuente de Cantos, porque sólo sabían su encarnación, vida y milagros; pero su pasión y muerte nunca la alcanzaron, porque no se les dijo; a causa de que como los españoles se vendían por inmortales, como abajo se verá, no quisieron decir que tenían Dios que pudo morir, por miedo de que aunque después dijese su resurrección, no se quedasen los indios con lo primero y dejasen lo segundo, como cosa de menos importancia.

En este estado hallaron los padres de Santo Domingo los indios de la Provincia de Chiapa, cuando se sacrificaron al Señor en doctrinarlos y enseñarlos los misterios de la fe de que estaban tan ignorantes. Entraron como en un monte espeso lleno de malezas y zarzales, para abrir senda y camino por él, desmontarle, ararle, cultivarle y hacer que tierra tan pedregosa, seca y estéril, como los corazones de estos miserables, se fertilizasen, con la predicación del evangelio y diese abundantísimo fruto de fe y buenas obras que los llevase a la vida eterna. Fueron como unos perfectísimos ensambladores que entraron a desbastar estos trozos duros e informes, para introducir en ellos la forma de cristianos y de hombres políticos y gente de república, dispuesta y concertada, y cuan bien hayan conseguido este fin, la experiencia lo enseña muchos años ha. Pero es necesario que ahora nos diga la historia el modo con que esto se hizo; y antes las esperanzas que de ello hubo y los pronósticos que en esta tierra tuvieron de la venida de los padres.

FERNANDO DE ALVA IXTLILXOCHITL

Nació en San Juan Teotihuacán hacia 1578. Falleció en Tezcoco a los 79 años de edad, esto es, hacia 1657.

Descendiente de los acolhuas, y por tanto de Nezahualcóyotl, educóse en Santiago Tlatelolco. Fue gobernador de Tezcoco y Tlalmanalco. Escribió varias obras como Continuación de la Historia de México, Pintura de México, orden y ceremonias para hacer un señor, La venida de los españoles, Entrada de los españoles en Tezcoco, etc. contenidas en un título genérico: *Sumaria relación de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España, y de muchas cosas que los toltecas alcanzaron y supieron desde la creación del mundo hasta su destrucción y venida de los terceros pobladores chichimecas hasta la venida de los españoles, en doce relaciones*. Su obra más conocida es la *Historia chichimeca*, redactada en castellano que es "una hermosa síntesis de la historia antigua" formada desde la adolescencia del historiador a través de "mucho trabajo, peregrinación y suma diligencia en juntar las pinturas de la historia y anales y los cantos con que las conservaban y sobre todo para poderlas entender, juntando y convocando a muchos principales de esta Nueva España, los que tenían fama de conocer y saber las historias referidas".

Recopiló una colección aún inédita de *Romances de los señores de la Nueva España*. Ha sido estudiado por Angel María Garibay en su *Historia de la Literatura Náhuatl*, 2 vol. México, Editorial Porrúa, S. A., 1953-54, II-308 y ss., así como en sus *Historiadores del México Antiguo en el Virreinato de la Nueva España*. México, sobretiro de *Cuadernos Americanos*, 1964, p. 16-17, así como por Eugenio del Hoyo, "Ensayo historiográfico sobre don Fernando de Alva Ixtlilxochitl" en *MAMH*, Tomo XVI, Núm. 4, 1957, p. 339-360.

Sus obras las editó Alfredo Chavero en dos volúmenes: I. *Relaciones*, II. *Historia Chichimeca*, México, 1891-1892.

Fuente: Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. *Obras Históricas*. Publicadas y anotadas por Alfredo Chavero. 2 v. 2a. ed. Prólogo de esta edición por J. Ignacio Dávila Garibi. México, Editora Nacional, S. A., 1952. II-187-193 y 234-237.

LEYES Y PROFECIAS DEL REY NETZAHUALCOYOTL

Puso Netzahualcoyotzin la ciudad de Tezcoco y todas las demás repúblicas de su reino en grandísimo orden y concierto (que describiendo de ella se entenderá de las demás), la cual se dividió en seis parcialidades, como fueron Mexica-

pan, Colhuacan, Tepanecapan, Huitznahuac, Chimalpan y Tlailotlacan, poniendo en ellas por su orden y gobierno los vecinos, y cada género de oficio por sí: los plateros de oro y plata en un barrio, los artífices de plumería en otro, y por esta orden todos los demás, que eran muchos géneros de oficiales. Asimismo hizo edificar muchas casas y palacios para los señores y caballeros que asistían en su corte, cada uno conforme a la calidad y méritos de su persona, las cuales llegaron a ser más de cuatrocientas casas de señores y caballeros de solar conocido. Y para el buen gobierno, así de su reino como para todo el imperio, estableció ochenta leyes que vido ser convenientes a la república en aquel tiempo y sazón, las cuales dividió en cuatro partes, que eran necesarias para cuatro consejos supremos que tenían puestos, como eran el de los pleitos de todos los casos civiles y criminales, en donde se castigaban todos los géneros de delitos y pecados, como eran el pecado nefando que se castigaba con grandísimo rigor, pues al agente atado en un palo lo cubrían todos los muchachos de la ciudad con ceniza de suerte que quedaba en ella sepultado, y al paciente por el sexo le sacaban las entrañas, y asimismo lo sepultaban en al ceniza. Al traidor al rey o república lo hacían pedazos por sus coyunturas, y la casa de su morada la saqueaban, y echaban por el suelo sembrándola de sal, y quedaban sus hijos y los de su casa por esclavos hasta la cuarta generación. El señor que se alzaba contra las tres cabezas, habiendo sido sujetado una vez, si no era vencido y preso en batalla, cuando venía a ser habido le hacían pedazos la cabeza con una porra, y lo mismo hacían al señor o caballero que se ponía las mantas o divisas que pertenecían a los reyes; aunque en México era cortarles una pierna, aunque fuese el príncipe heredero del reino, porque nadie era osado a ataviarse ni componer su persona, ni edificar casas sin orden ni licencia del rey, habiendo hecho hazañas o cosas por donde lo mereciese, porque de otra manera moría por ello. Al adúltero si le cogía el marido de la mujer en el adulterio con ella, morían ambos apedreados; y si era por indicios o sospechas del marido, y se venía a averiguar la verdad del caso, morían ambos ahorcados, y después los arrastraban hasta un templo que fuera de la ciudad estaba, aunque no los acusase el marido, sino por la nota y mal ejemplo de la vecindad: el mismo castigo se hacía a los que servían de terceros o terceras. Los adúl-

teros que mataban al adulterado, el varón moría asado vivo, y mientras se iba asando, lo iban rociando con agua y sal hasta que allí perecía; y a la mujer la ahorcaban; y si eran señores o caballeros los que habían adulterado, después de darles garrote, les quemaban los cuerpos, que era su modo de sepultar. Al ladrón si hurtaba en poblado y dentro de las casas, como fuese de poco valor el hurto, era esclavo de quien había hurtado, como no hubiese horadado la casa, porque el que lo hacía moría ahorcado; y lo mismo el que hurtaba cosa de valor y cantidad, o en la plaza o en el campo, aunque no fueran más de siete mazorcas, porque el que hurtaba en el campo lo mataban, dándole con una porra en la cabeza. A los hijos de los señores si malbarataban las riquezas o bienes-muebles que sus padres tenían, les daban garrote. Asimismo al borracho, si era plebeyo le trasquilaban la cabeza, la primera vez que caía en ese delito, públicamente en la plaza y mercado, y su casa era saqueada y echada por el suelo, porque dice la ley, que el que se priva de juicio que no sea digno de tener casa, sino que viva en el campo como bestia; y la segunda vez era castigado con pena de muerte: y al noble desde la primera vez que era cogido en este delito, era castigado luego con pena de muerte. Asimismo en este tribunal se reconocían las leyes, que trataban acerca de los esclavos, y de las contiendas y pleitos de haciendas, tierras y posesiones, y los estados y diferencias de oficios. En el concejo de músicas y ciencias se guardaban las leyes convenientes a este consejo, en donde se castigaban las supersticiones y los géneros de brujos y hechiceros que había en aquel tiempo, con pena de muerte; sólo la nigromancia se admitía por no ser en daño de persona alguna. En el concejo de guerra había otras leyes, como eran, el soldado que no cumplía con el mandato de su capitán o caía en alguna falta de las de su obligación, era degollado; y el que usurpaba cautivo o despojo ajeno, era ahorcado; y lo mismo se hacía con el que daba su cautivo a otro. El que era noble y de linaje, si era cautivo y se venía huyendo a su patria, tenía la misma pena, y el plebeyo era premiado; pero si el noble en donde fue cautivo, vencía o mataba cuatro soldados que para el efecto se señalaban, cuando le querían sacrificar (que para este fin los cautivaban), habiéndose librado de esta manera, era muy bien recibido y premiado del rey. La misma pena de muerte tenían todos los soldados y capitanes que

iban en guarda del rey, cuando personalmente iba a la guerra, si lo dejaban en poder de los enemigos, porque era obligación que estos tales lo habían de volver muerto o vivo; y si era el príncipe como alguno de los hijos del rey, tenían la misma pena los soldados y capitanes que eran sus ayos y maestros. Cuando se había de hacer alguna entrada o guerra contra algún señor de los de las provincias remotas, había de ser por causas bastantes que hubiese para ello, que eran que este tal señor hubiese muerto a los mercaderes que iban a tratar y contratar en su provincia, no consintiendo trato ni comunicación con los de acá; (porque estas tres cabezas se fundaban ser señoríos o imperios sobre todas las demás, por el derecho que pretendían sobre toda la tierra, que había sido de los toltecas, cuyos sucesores y herederos eran ellos, y por la población y nueva posesión que de ella tuvo el gran Chichimecatl Xolotl su antepasado); para lo cual todos tres en consejo de guerra con sus capitanes y consejeros se juntaban y trataban del orden que se había de tener, y la primera diligencia que se hacía era que iban ciertos mensajeros de los mexicanos que llamaban Quaquauhnochtzin, y estos les requerían a los de la provincia revelada, en especial a todos los ancianos, juntando para ello cantidad de viejos y viejas a quienes de parte de las tres cabezas requerían y decían, que ellos como personas que habían de padecer las calamidades y trabajos que causan las guerras si su señor se desvanecía en no admitir la amistad, protección y amparo del imperio, pues tenían experiencia de todo, le fuesen a la mano, y procurasen de que enmendase el avieso y desacato que había tenido contra el imperio, dentro de veinte días que le daban de término; y para que no dijese en ningún tiempo que violentamente habían sido conquistados y ganados, les daban cierta cantidad de rodela y macanas; y se ponían estos mensajeros en cierta parte, en donde aguardaban la resolución de la república y de los ancianos de tal provincia, los cuales respondían lo que a ellos les parecía, o dentro del término referido allanaban al señor, y entonces dándole su fe y palabra de nunca ser contrario al imperio, y dejar entrar y salir, tratar y contratar a los mercaderes y gente de él, enviando cierto presente de oro, pedrería, plumas y mantas, era perdonado y admitido por amigo del imperio: y si no hacía esto cumplidos los veinte días, llegaban a esta sazón otros mensajeros que eran naturales de la ciudad de Tetzoco

de los aculhuas, llamados Achcacahtzin que eran de los de aquellos jueces que en otra parte se dijeron pesquisidores, los cuales daban su embajada al mismo señor de la tal provincia y a todos los naturales y caballeros de su casa y linaje, apercibiéndoles que dentro de otros veinte días que les daban de término se redujesen a paz y concordia con el imperio, con el apercibimiento que si se cumplía el término y no se allanaban, que sería el señor castigado con pena de muerte, conforme a las leyes que disponían hacerle pedazos la cabeza con una porra, si no moría en batalla o cautivo en ella para ser sacrificado a los Dioses; y los demás caballeros de su casa y corte, asimismo serían castigados conforme a la voluntad de las tres cabezas del imperio: habiendo hecho este apercibimiento al señor y a todos los nobles de su provincia, si dentro de los veinte días se allanaba, quedaban los de su provincia obligados de dar un reconocimiento a las tres cabezas en cada un año, aunque moderado, y el señor perdonado con todos los nobles y admitido en la gracia y amistad de las tres cabezas; y si no quería, luego, incontinenti le ungián estos embajadores el brazo derecho y la cabeza con cierto licor que llevaban, que era para esforzarle a que pudiese resistir la furia del ejército de las tres cabezas del imperio, y asimismo le ponían en la cabeza un penacho de plumería que llamaban Tecpilotl, atado con una correa colorada, y le presentaban muchas rodela, macanas y otros adherentes de guerra, y luego se juntaban con los otros primeros embajadores, aguardando a que se cumpliese el término de los veinte días: y cumplido, no habiéndose dado la paz, a esta sazón llegaban terceros embajadores, que eran de la ciudad de Tlacopan, de nación tepaneca, y tenían la misma dignidad y oficio que los demás, los cuales daban su embajada de parte de las tres cabezas del imperio a todos los capitanes, soldados y otros hombres de milicia, apercibiéndoles, por último apercibimiento, que como tales personas habían de recibir los golpes y trabajos de la guerra que procurasen dentro de veinte días dar la obediencia al imperio, que serían perdonados y admitidos en su gracia; donde no, pasado el tiempo, vendrían sobre ellos, y a fuego y sangre asolarían toda su provincia, y se quedarían por esclavos todos los cautivos en ella, y los demás por tributarios vasallos del imperio: los cuales si dentro de este término se rendían, sólo el señor era castigado, y la provincia quedaba sujeta a dar algún más

tributo y reconocimiento que en el segundo apercebimiento, y esto había de ser de las rentas pertenecientes al tal señor; y donde no, cumplidos los veinte días, estos embajadores tepanecas daban a los capitanes y hombres militares de aquella provincia rodelas y macanas, y se juntaban con los otros, y luego juntos se despedían del señor de la república y de los hombres de guerra, apercibiéndoles que dentro de otros veinte días estarían las tres cabezas o sus capitanes con ejércitos sobre ellos, y ejecutarían todo lo que les tenían apercebido; y cumplidos luego se daba la batalla, porque ya a esta sazón había venido marchando el ejército; y conquistados y ganados que eran, se ejecutaba todo lo atrás referido; repartiéndose las tierras y los tributos entre las tres cabezas: al rey de México y al de Tetzoco por iguales partes, y al de Tlacopan una cierta parte, que era como la quinta; aunque se tenía atención de dar a los herederos de tal señor tierras y vasallos suficientes a la calidad de sus personas, entrando en la sucesión del señorío el heredero y sucesor legítimo de la tal provincia con las obligaciones y reconocimiento referido, y dejándole guarnición de gente del ejército de las tres cabezas, la que era conveniente para la seguridad de aquella provincia, se volvía la demás; y de esta manera sujetaron a toda la tierra. Otras leyes había que se guardaban en el concejo y tribunal de guerra, de menos entidad. En el cuarto y último concejo, que era el de hacienda, se guardaban las leyes convenientes a ella acerca de la cobranza de tributos y distribución de ellos y de los padrones reales. Tenían pena de muerte los cobradores que cobraban más de lo que debían pagar los súbditos y vasallos. Los jueces de estos tribunales no podían recibir ningún cohecho, ni ser parciales a ninguna de las partes, pena de la vida; a todos los cuales el rey sustentaba, y cada ochenta días hacía mercedes, dándoles dones y presentes de oro, mantas, plumería, cacao y maíz, conforme a la calidad de sus oficios y méritos, sin que en esto hubiese límite señalado, más de lo que al rey le parecía ser conveniente; y lo mismo hacía con los capitanes y personas valerosas en la guerra y con los criados de su casa y corte.

Profecías y dichos que dijo el Rey Nezahualcoyotzin.

Entre los cantos que compuso el rey Nezahualcoyotzin, donde más a la clara dijo algunas sentencias, como a modo de

profecías, que muy a la clara en nuestros tiempos se han cumplido y visto, fueron los que se intitulan *Xompancuicatl* que significa canto de la primavera, los cuales se cantaron en la fiesta y convites del estreno de sus grandes palacios, que empieza el uno así: *Tlaxoconcaquican hami Nezahualcoyotzin*, etc., que traducidos a nuestro vulgar castellano, conforme al propio y verdadero sentido, quieren decir: "Oíd lo que dice el rey *Nezahualcoyotzin* en sus lamentaciones sobre las calamidades y persecuciones que han de padecer sus reinos y señoríos. Ido que seas de esta presente vida a la otra, oh rey *Yoyontzin*, vendrá tiempo que serán deshechos y destrozados tus vasallos, quedando todas tus cosas en las tinieblas del olvido: entonces de verdad no estará en tu mano el señorío y mando sino en la de Dios. Y entro dijo, entonces serán las aflicciones, las miserias y persecuciones que padecerán tus hijos y nietos; y llorosos se acordarán de ti, viendo que los dejastes huérfanos en servicio de otros extraños en su misma patria. *Acolihuacan*; porque en esto vienen a parar los mandos, imperios y señoríos, que duran poco y son de poca estabilidad. Lo de esta vida es prestado, que en un instante lo hemos de dejar como otros lo han dejado; pues los señores *Zihuapantzin*, *Acolnahuacatzin* y *Quauhtzontezoma*, que siempre te acompañaban, ya no los ves en estos breves gustos." Y a este modo dijo otras muchas cosas muy de notar. En el año de mil cuatrocientos sesenta y siete que llaman de *Acatl*, se acabó y fue el estreno del templo mayor de la ciudad de *Tetzcuco* del ídolo *Huitzilopochtli*, y entonces dijo: ¡en tal año como este se destruirá este templo, que ahora se estrena! ¿quién se hallará presente? ¿si será mi hijo o mi nieto? Entonces irá a disminución la tierra, y se acabarán los señores; de suerte que el maguey siendo pequeño y sin sazón, será talado; los árboles, siendo pequeños darán fruto, y la tierra defectuosa siempre irá a menos: entonces la malicia, deleites y sensualidad, estarán en su punto, dándose a ellos desde su tierna edad los hombres y mujeres; y unos a otros se robarán las haciendas. Sucederán cosas prodigiosas. Las aves hablarán, y en este tiempo llegará el árbol de la luz, y de la salud y sustento. Para librar a vuestros hijos de estos vicios y calamidades, haced que desde pequeños se den a la virtud y trabajos." Todas estas mudanzas aquí contenidas y aumentos de vicios, se han cumplido a la letra; porque las que en aquellos tiempos se te-

nían por cosas sobrenaturales y prodigiosas, son en este muy patentes y ordinarias, y así no causan admiración; porque ¿quién vería en aquel tiempo, que si por desgracia aparecía un borracho, luego al punto, demás de ser afrentado y castigado, le destechaban la casa y saqueaban, no dejándole vivir en poblado, y ahora es tan común, que lo tienen por costumbre cotidiana? Las doncellas que tenían veinticinco y treinta años, no sabían salir de los rincones de sus padres, y ahora, aún no han cumplido doce, que ya no sean dueñas; y así de lo demás se echará de ver la diferencia que hay de este tiempo a aquél, y la mudanza tan grande. Este muy sabio rey mandó a todos los artífices que cada uno en el oficio que usaba le retratase, porque andando el tiempo sus descendientes oyendo sus hechos y hazañas desearían verle y conocerle, el cual su deseo se les cumpliría en ver su retrato; y así cada uno en su facultad hizo los retratos: los plateros hicieron una estatua de oro muy al natural; los lapidarios otra en pedrería; los plumeros en un cuadro dibujado de varias plumas su retrato tan al natural que parecía estar vivo. Otro cuadro hicieron los pintores, lo mejor que pudieron. Los escultores una estatua de la misma manera, y los arquitectos de piedra fueron a su bosque de Tetzcotzinco y hicieron aquel león que atrás queda referido, y no retrataron más de tan solamente el rostro; hasta los herreros hicieron lo mismo; y por su orden fueron presentándole sus retratos que habían hecho, excepto el de la peña que era forzoso el ir a verlo; y así habiéndolo visto, sólo aquél le cuadró, y todos los demás los desechó, diciendo que el oro y piedras preciosas con la codicia se perderían, y los cuadros con el tiempo se desharían y borrarían, el barro se quebraría, y la madera se carcomería; más que el de la peña sólo permanecería, y gozarían de él sus nietos y descendientes.

ANDRES PEREZ DE RIVAS, S.J.

Nativo de Córdoba, Andalucía, en donde nació en 1576. Falleció en México en 1655.

Eclesiástico que ingresó a la Compañía. Sirvió en las misiones del Occidente de México durante varios años, familiarizándose con los grupos indígenas de esa región, cuyas costumbres y manera de ser narra con detenimiento, por lo cual su obra tiene un valor etnográfico.

Fue Prepósito de la Profesa y Provincial de la Compañía (1638-41). Sus obras más importantes son: *Historia de los triumphos de Nuestra Santa Fe entre las gentes las más bárbaras y fieras del Nuevo Orbe*, editada en Madrid en 1645; la *Crónica e Historia Religiosa de la Compañía de Jesús en la Nueva España*, publicada fragmentariamente en México, 1896 y en 1914; *Vida, virtudes y muerte del P. Juan de Ledesma de la Compañía de Jesús* (1636); *Respuesta al Ilmo. Sr. D. Juan de Palafox, Obispo de la Puebla, sobre la renta de los Colegios de los Jesuitas de Puebla y México* (1641); y otras más.

La *Historia de los triumphos de Nuestra Santa Fe*, fue reeditada con un estudio de Raúl Cervantes Ahumada, en 3 vol. en México, Editorial Layac, 1944, y se encuentra impresa con *Los Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. El estudio de Cervantes Ahumada ocupa las pp. 87-95 del tomo I.

Datos importantes acerca de la obra de los escritores de la Compañía pueden verse en Francisco Zambrano, *Diccionario Bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, 4 vol. México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Iberoamericana, 1961.

Fuente: Andrés Pérez de Rivas, S.J. *Historia de los triunfos de N.S. Fe, entre gentes las más bárbaras y fieras del Nuevo Orbe*. 3 v. México, Editorial Layac, 1944. III-164-177.

LA REBELION DE LOS TEPEHUANES

Primero que se escriba la resolución fiera, bárbara e infiel que tomó esta nación debo declarar cual fue el motivo y causa de uno de los mayores alborotos, inquietud y estrago de guerra que se vio en la Nueva-España: y aun podemos decir, el mayor que ha habido en ella, después que se conquistó y ganó. Porque aunque es cierto, que después de ganado el Imperio Mexicano, por largo tiempo tuvieron los españoles

grandes encuentros y asaltos con la muy nombrada y fiera nación llamada Chichimeca, nunca esa fiera nación ejecutó ímpetu de guerra, que causara el grande destrozo que la Tepehuana. Para la cual habemos de dejar asentado aquí, lo que fue notorio, que los españoles, ni con mal tratamiento ni con agravios que hiciesen a tepehuanes, les dieron ocasión, ni la pudieron alegar, ni mucho menos contra sus Padres ministros de doctrina, para faltar a la fe que debían a Dios, ni para quebrantar la paz que habían asentado con los españoles y con su rey, debajo de cuyo amparo se habían puesto: porque sólo intervino aquí un mero ardid y traza inventada de Satanás y recibida desta ciega gente, que enfureció sus ánimos para armarlos contra la fe de Cristo y todo lo que era cristiandad; lo cual mostraron en todas cuantas acciones ejecutaron en su dañado intento. Y manifestóse esto aún más claramente en los principales motores y autores del alzamiento, que fueron diabólicos hechiceros, que tenían familiar trato con el demonio. Escribiré aquí el caso como sucedió, sacado sumariamente de dos informaciones auténticas, que hicieron, la una el gobernador de la Nueva Vizcaya, con testigos conformes y otra el vicario episcopal de la ciudad de Guadiana, por parte de religión e iglesia que le tocaba, a que se añadieron otras cartas de Padres, que se hallaron en la comarca al tiempo del alzamiento.

El caso tuvo su principio en la forma siguiente: Había un indio viejo en esta nación, grande hechicero y de muy familiar trato con el demonio y aunque se había bautizado, o fue con disimulación de que abjuraba ese diabólico trato; o si de veras lo había renunciado, retrocedió y volvió a él, como lo han hecho otros muchos herejes en el mundo. Este apostató de la fe y trayendo consigo un ídolo, por medio del cual se entendía con el demonio y era como su oráculo, entró en el pueblo de Santiago y en otros llamados del Tunal y Tenerapa, vecinos a Guadiana, introduciendo pláticas perversas contra nuestra santa fe, y con intento dañado de ir disponiendo la gente, para que la desamparasen y se rebelasen contra Dios y contra el rey. Tuvo alguna noticia de la inquietud deste indio el gobernador de la Nueva Vizcaya en Guadiana: hizo información del caso y no sacando en limpio más, de que aquella había sido alguna superstición diabólica y antigua desta gente, se contentó con un castigo ordinario de azotes, que mandó dar al indio y sus consortes, por el escándalo que

habían causado en aquellos pueblos. Era sagaz y endemoniado el hechicero, y para disimular su intento (en que todavía duraba, como lo mostró el efecto) buscó una imagen de un santo crucifijo y haciendo una demostración della delante de alguna gente, dijo, que aquel Dios era el que él adoraba y sus compañeros. Pero después desta disimulación, se fue al dicho pueblo de tepehuanes bautizados, llamado Tenerapa, no muy distante del de Santiago Papazquiario y en él hizo adorar a su ídolo, persuadiendo a los indios con sus embustes y mañas, que él con su ídolo era Dios y que entrambos estaban enojados y ofendidos, porque habiendo señalado por tierra y patria a los españoles, los reinos de allende el mar en España, sin su licencia hubiesen pasado a estas partes, poblado en sus tierras e introducido la Ley Cristiana, de que él los quería libertar. Para cuyo efecto y desenojar a sus verdaderos dioses, convenía pasar a cuchillo a todos los antiguos cristianos, y principalmente a los sacerdotes y Padres que los doctrinaban y a todos los españoles de la comarca: y que de no hacerlo así, les había de sobrevenir gran castigo, de enfermedades, pestilencias y hambres. Pero que de obedecerle, les prometía seguridad de sus vidas, mujeres e hijos y la victoria contra españoles: porque aunque algunos muriesen en la guerra, dentro de siete días les prometía la resurrección. Y amontonando embustes del que es padre de la mentira y su demonio familiar; añadió, que después de la victoria que les había prometido, los viejos y viejas se volverían a su primera edad de mozos. Apetito que sabe el demonio cuanto reina en los hombres, que ni aun en la apariencia quieren ser viejos. Y servíase dél en esta ocasión, con otras patrañas, para pervertir gente ignorante, como lo ha hecho otras muchas veces con otros de más capacidad, para efectos semejantes. No parando en sus embustes y mentirosas promesas el engañador, les aseguraba, que acabarían con los españoles que estaban en su comarca, y después él, como Dios, con su ídolo, impediría el paso y navegación de nuevos españoles a estas tierras, causando tempestades en el mar y hundiendo sus navíos. En confirmación, finalmente, de toda esta diabólica doctrina y patraña y para atemorizarlos más y asombrarlos con miedos y espantos, les ponía delante un caso, que era constante fama que en la substancia había sucedido, aunque en el intento con que Dios lo permitió, si él fue en parte verdadero, entremetería el indio sus embustes. Pero en efecto confesaron los

indios que había pasado. Este fue, que un indio llamado Sebastián, natural de Tenerapa y una india llamada Justina, natural de Papazquiario habiéndose abierto la tierra, los había tragado: y esto fue por mandato del dicho hechicero, por no haber obedecido: y que lo mismo había sucedido a otro indio en otro pueblo llamado Cacaria. Con esta diabólica doctrina, sembrada y repetida con grande secreto en varios puestos y pueblos, el indio endemoniado traía dementada y embaucada a la gente. Y éste finalmente fue el origen y causa total del alzamiento y rebelión y de la apostasía lastimosa de la Nación Tepehuana.

No contento el indio hechicero, o demonio revestido en él, con las diligencias hechas con su nación Tepehuana, pasó a hacer las mismas, y añadiendo otras de nuevo, para espantar y rebelar otras naciones comarcanas de acaxees y xiximes, ya cristianas. Apareció a los xiximes el indio, que era viejo, en forma juvenil y de mozo con un arco y dos flechas en la mano y con un ídolo de piedra de media vara de alto, que hablaba en todas las lenguas y el viejo interpretaba lo que la piedra les decía, apareciendo con resplandores. Y no es nuevo este embuste en el demonio, que dél escribió San Pablo a los corintios, que se transfigura en ángel de luz, y más para pervertir a los fieles de la verdadera fe de Cristo, que es de lo que ahí trataba el sagrado apóstol. A otros de la nación acaxee se mostró tomando figura de mozo y con un cristal como espejo sobre el vientre, el cual decían, que con eminencia hablaba en todas lenguas, y que las palabras que sonaban, era con tal fuerza, que sentían los indios o les parecía, que les hacían violencia y ser imposible dejar de hacer lo que les mandaba. Anticristo pudiéramos decir que fue éste, de los que decía el evangelista San Juan, que había en su tiempo: *Nunc Antichristi multifacti sunt*. Y lo cierto es, que este perverso hechicero fue e hizo oficio de Anticristo con su nación, y no sé si hará mucho mayores daños en las de todo el mundo, el célebre y que se llama por antonomasia Anticristo, que los que este perverso indio hizo en su nación, y los que pretendió en las vecinas. Fama corrió entre los españoles de la comarca, que el demonio que estuvo revestido en este viejo, fue el mismo que apareció en una demostración célebre, que atrás queda referida en el libro segundo, capítulo treinta y cinco; y sucedió en la nación Guazave, donde siendo lanzado de una india con exorcismos por el Padre sacerdote y minis-

tro de doctrina, día de nuestro Padre San Ignacio, salió echando amenazas, de que aunque él salía de allí, iría a parte donde se la pagarían los Padres y no pasó muy largo tiempo, que armó ésta contra los miserables tepehuanes y los dichos Padres. Finalmente con los encantados o endemoniados enredos que dichos quedan y duraron algunos meses, iba trabucando los ánimos el encantador, y pervirtiendo ya unos, y otros, pero de suerte que no se extendiesen sus embustes, que fueron muchos más que los que había averiguado el gobernador de la Vizcaya, el cual tampoco se persuadió, que hubiese pasado tan adelante el fuego de la conjuración. Con que por último remate el indio hechicero resolvió y asentó con su gente tepehuana la traición, determinando con las cabezas del alzamiento que le seguían, la traza con que se había de ejecutar: y fue en esta forma: que todos sus pueblos se dispusiesen con sus armas para a un mismo tiempo y día dar sobre los españoles en sus estancias y en los reales de minas que estaban cercanos, y los acabasen a todos, y muriesen con cuantos Padres sacerdotes hubiese en la tierra.

Y por cuanto la festividad de Nuestra Señora que presto se llegaba, era muy solemne en el pueblo de Zape (que era dedicado a la Virgen) y este año se había de ser de más concurso, porque sabían que se había de colocar en el altar su imagen, llevada de México (noticias todas que estos apóstatas, como enseñados en misterios cristianos, las alcanzaban); y los Padres no persuadidos a que esta gente estuviese tan maleada proseguían con ellos, para ese día rebelándose todos, a una, diesen asalto y acabasen con todo y ejecutasen su intento. Y asegurábanse en él, diciendo, que congregados los españoles en el Zape, ni estarían prevenidos ni armados, de suerte, que pudiesen resistir a su ímpetu: y desamparados sus lugares y reales, las tropas tepehuanas, que se habían de repartir, podrían en cada parte dar sobre la gente que allí hubiese y acabarla y destruirlo todo a fuego y sangre. Éste fue el trato y conjuración que quedó resuelta y asentada en este concilio de Satanás y de sus ministros, contra Cristo y cristos del Señor sus sacerdotes: con quienes era la más enfurecida rabia del demonio y contra las iglesias e imágenes santas y contra todo lo que era sagrado, que todo lo abrasó y arrasó la ejecución de la apostasia en la forma siguiente:

Determinada había quedado la ejecución de la conjuración y alzamiento general en todos los pueblos tepehuanos, para

veinte y uno de noviembre del año de mil y seiscientos y diez y seis; pero los indios del pueblo de Santa Catalina, de quienes queda dicho que eran los más fieros de esta nación, anticiparon la facción cinco días antes, con la ocasión que diré. Un arriero de los que trajinaban ropa y mercaderías a los reales de minas de la comarca, había parado con su ropa y la había depositado en una casa del pueblo de Santa Catalina. Al mismo tiempo llegó otro de camino y en su compañía el Padre Hernando de Tovar, religioso nuestro, que volvía de la villa de Culiacán, su patria y del real de San Andrés, adonde había ido a negocios que le había encargado la santa obediencia. Entendiendo, pues, los indios que esta era buena ocasión, lo uno, para dar saco a la ropa y mercaderías, que el primer arriero había depositado en su pueblo; y lo otro, para quitar la vida a aquel Padre que pasaba, que aunque no era su ministro, había doctrinado otros indios y era como los que doctrinaban en la Misión Tepehuana y contra quienes siempre fue la rabia del demonio; anticiparon la facción al día que tenían señalado. Al tiempo, pues, que el Padre iba a subir a la mula para proseguir su camino, preparados ya con sus armas y con demostraciones de fiereza, venían para él tales, que reconociendo el compañero español, que aquella furia era de indios restados y de dañada intención, poniéndose él a caballo, dio voces al Padre, antes que llegaran a él, para que subiera en su mula y se escapara de la canalla. Aquí respondió el siervo de Dios: si ya es llegada la hora recibamos la que nos envía Dios. Y hartos prenuncios tuvo della, los cuales dejamos escritos en su vida y en el capítulo diez y nueve del libro nono, y aquí se dejan por no repetirlos. Arremetieron finalmente los enfurecidos tepehuanes con flechazos y echando mano del religioso Padre, lo agarraron, diciendo y blasfemando: ¿veamos este que es santo, cómo lo resucita su Dios? que piensan éstos, que no hay sino enseñar Padre nuestro, que estás en los cielos; y Dios te salve María. El santo Padre, con ánimo intrépido y constante les comenzó a predicar de la fe santa cristiana, contra que ellos blasfemaban. No se amansaron lobos tan rabiosos, que tenía ya el demonio tan enfurecidos y hambrientos de la presa agarrada, que sin aguardar más razones y estando predicando, uno le dio una lanzada por los pechos, con que brevemente expiró encomendándose con grande afecto a Dios, N.S. y llamándole en su ayuda, año arriba dicho, a diez y seis de noviembre. Vio al bendito

Padre antes de expirar, despojado de todos sus vestidos y atravesado el pecho, un indio cristiano mexicano, criado de los españoles, que se halló allí, al cual habían maniatado los enemigos y después se les escapó y vino a aportar a Guadiana, donde confirmó con juramento lo dicho. El español en cuya compañía venía el Padre, estuvo más presto en subir al caballo, al tiempo que acometieron flechando al padre: y apretando las espuelas, a carrera partió y no lo pudieron alcanzar los enemigos, dejándoles la recua que traía en prendas. Vino a parar a una estancia más cercana de españoles, llamada Atotonilco; donde ya halló recogidos los de la comarca, que avisados de los Padres que estaban en Papazquiari, del alboroto de los indios, se habían acogido para repararse del ímpetu de los enemigos en aquella casa de campo. Al mismo tiempo y con el mismo intento, llegó a ella un Padre religioso de San Francisco, llamado fr. Pedro Gutiérrez, juntándose por todas como doscientas personas, chicas y grandes, las que allí habían concurrido. El día siguiente a la muerte del P. Hernando de Tovar, los mismos indios de Santa Catalina, que se la habían dado, vinieron con la misma furia a poner cerco a la casa donde se habían recogido los españoles. Comenzaron luego la batalla con bárbara algazara y baldones y con tal ímpetu de flechas, piedras y fuego que pegaron a la casa, rompiéndola por varios portillos y por alto de la azotea y arrojando por ellos adentro fuegos encendidos con chile, que en España llaman pimientos, pretendieron acabar con cuantos aquí estaban juntos. El humo fatigó cruelmente a la gente y con la tos que causaba el humo de pimiento, que es fortísimo, echaban las entrañas y murieron algunos con esta fatiga. Tenían muy poca munición los españoles y menos armas defensivas: y viéndose tan fatigados se determinaron de subir a pelear de la manera que pudiesen y defenderse desde la azotea; pero la desgracia fue, que se les acabó esa munición que tenían: y finalmente se vieron obligados a ponerse en las manos de aquellos bárbaros y a los conciertos de paz que ellos escogiesen en tan apretada ocasión. Ningunos admitieron, los que estaban enfurecidos por el mismo demonio, antes ejercitaron extrañas crueldades en hombres, mujeres y niños; y a todas las doscientas personas mataron con grande crueldad, fuera de dos que después diré. Murieron todos habiéndose confesado y muchas veces, como los que se disponían para morir; que para eso parece había Dios llevado allí al bendito Padre fray Pe-

dro Gutiérrez, a quien también quitaron la vida. Porque habiendo salido de la casa el santo religioso a predicarles, con un crucifijo en las manos cuando los indios daban la batería, y rogarles que se quitasen y no cometiesen tan grande maldad y delito como el que ejecutaban; ellos sin perder de su furor le tiraron un flechazo, que le atravesó el estómago, de que quedó muerto. Levantó el santo crucifijo, que había sacado el religioso Padre, un niño españolito de catorce años y muy virtuoso, que había estudiado en nuestros estudios de México y había llegado aquí en esta ocasión, llamado Pedro Ignacio: porque él y sus padres habían recibido particulares beneficios de nuestro patriarca San Ignacio, y Dios tenía a este niño para que acabase su vida tan temprano, con muerte muy parecida de mártir, pues murió con el crucifijo en las manos y protestando nuestra santa fe, que era la que perseguían los apóstatas de ella, que finalmente le dieron la muerte. Y por ser largo el discurso desta persecución y muchos los casos y varios los puntos donde sucedieron, por no hacer largos los capítulos, será forzoso dividir los sucesos en ellos.

Dije de paso en el capítulo antecedente, que dos españoles se escaparon de la matanza general y lastimosa que allí se hizo. Y quiso Dios que éstos se escapasen, para que hubiese testigos de lo que había pasado; y también dar aviso a la ciudad de Guadiana, de lo que pasaba del general alzamiento de la nación Tepehuana. Los dos españoles fueron, el uno llamado Lucas Benítez, que se escondió en el hueco de una pared, donde se pudo librar porque no le vieron los indios. El otro llamado Cristóbal Martínez de Urdaide, hijo del capitán de Sinaloa que ahí había llegado y había estado años antes entre la nación Tepehuana. Este valiéndose en esta ocasión de un indio tepehuán, que conocía y con quien había tenido alguna amistad, que acertó a hallarse allí, le rogó lo amparase: el indio siendo fiel en esta ocasión, pero disimulado por el temor de sus compañeros y naturales tepehuanes, agarró dél diciendo, que a aquel español lo quería y había de ahogar en el río; y diciendo y haciendo lo sacó de entre la demás gente y lo puso en paraje donde lo dejó escondido, para que pudiese huir con la oscuridad de la noche, como lo hizo el venturoso español; quedando el indio con el temor de que por el hecho lo mataran sus compañeros; lo cual no entendieron, encarnizados en las muertes de la demás gente y pi-

llaje de la casa, que todo lo destruyeron. Estos dos caminando unas doce leguas por fuera de camino, desnudos y casi muertos de hambre llegaron a Guadiana y dieron noticia del suceso desastrado deste paraje.

El mismo día del destrozo de Atotonilco tuvieron algo mejor suerte, por particular providencia de nuestro señor, los españoles que se habían recogido en otro llamado Guatimapé, y a quienes tenía apretados otra cuadrilla de tepehuanes, con chuzos de Brasil, flechas, hachas, barretas de minas que habían acogido y aún algunos arcabuces, que ya sabían disparar como andaban entre españoles. Destos se habían recogido a esta distancia, como treinta hombres. Comenzaron los enemigos la batería, y los españoles que acertaron a hallarse con arcabuces, la rebatían desde la azotea de la casa. Pero la flechería de los indios era tan furiosa, que tenían ya mal heridos a algunos españoles y les ganaron la azotea y rompiéndola arrojaron fuego a la casa, donde para librarse dél los que estaban cercados, iban con barretas abriendo paredes y pasando de unas piezas en otras. Demás de la azotea, les habían ganado los enemigos un corral con veinte yeguas ensilladas, y prevenidas para pelear en ellas: pero fue tan repentino el asalto, que no dio lugar el enemigo de valerse dellas. Con que se hallaron en tan grande aprieto y con tan poca defensa y munición los cercados españoles, que si en este aprieto Dios no los favoreciera con una particular providencia, allí quedarán muertos. Esta dispuso Su Majestad con un modo singular, porque habiéndose juntado en esta ocasión una gran manada y tropa de potros, de que en grande cantidad había cría en esa estancia, venía la tropa dellos por el camino real, encaminada por ventura de algún ángel, y levantando tal polvareda, que pensando los indios que era socorro de españoles, que venían a favorecer a los cercados, alzaron el cerco y se pusieron en huida y los cercados en cobro, sin que muriese alguno de ellos, quedando muertos algunos de los tepehuanes. Suceso bien singular y no el primero, ni solo, con que Dios ha favorecido a sus católicos españoles, que defienden su fe, y librádoles no pocas veces de peligros entre estas gentes bárbaras, como en esta ocasión libró a éstos. Y si no todas veces lo hace, como veremos en el capítulo siguiente, eso es por los altos fines de su divina providencia. De la cual el sapientísimo Salomón y el Espíritu Santo por él: *Omnia in mensura, et numero, et pondere dis-*

posuisti; que dispuso todas las cosas conforme a su altísima sabiduría.

Mientras pasaba lo que queda contado en los puestos de la comarca de los tepehuanes, su mayor furor se mostraba en su propio y principal pueblo de Santiago Papazquiari, donde residían los Padres, llamados Bernardo de Cisneros y Diego de Orozco, que cuidaban de su doctrina y de otros pueblos de su partido. Teniendo, pues, alguna noticia el Padre Cisneros de que ya los indios trataban de poner en ejecución su rebelión, trató de repararlo y atajarlo por medio de un cacique principal de los indios, llamado don Francisco Campos, con otros dos sus allegados indios fieles, los cuales por serlo, no se hallaban en las cuadrillas de los conjurados. Con éstos trató el Padre que se informasen bien del designio de los inquietos y los procurasen sosegar y reducirlos a mejor consejo. Los tres indios se ofrecieron a hacer la diligencia y fueron a un pueblo cuatro leguas de Santiago donde estaba la principal junta de los conjurados. A éstos tenía enfurecidos de suerte el demonio, que en llegando a ellos los tres mensajeros que trataban de paz, sin dar otra respuesta, echaron mano del fiel don Francisco azotándolo de antemano a él y a otro de los compañeros, los mataron: el tercero se les escapó y pudo volver a dar esta triste nueva. La noche antes había tenido aviso el teniente de alcalde mayor de los españoles de Santiago, en esta forma. Llegaron dos emboscados, que no se supo quienes fuesen y por ventura indios fieles, que por no ser muertos de los conjurados, se encubrieron y dijeron al teniente se guardase, porque los tepehuanes trataban de alzarse. Habiendo precedido esto a que sobrevino la nueva de la muerte del fiel don Francisco (que fue a quince de noviembre y un día antes que los de Santa Catalina mataran al Padre Tovar) dio orden el teniente con los Padres, que toda la gente menuda y mujeres españolas e indios antiguos cristianos, que se habían avecinado en este pueblo, se recogiesen a la iglesia, que era de piedra y arrimada, a ella la casa de tapias de los Padres, para que ahí se reparasen todos del peligro que les amenazaba. Y aun tenían ya nueva, que una tropa de tepehuanes de doscientos indios de a pie y a caballo, grandes vaqueros, venían caminando. Los cuales el día que los de Santa Catalina dieron muerte al Padre Tovar, llegaron a este pueblo de Santiago y hallando ya recogida la gente en la iglesia y casa de los Padres, les pusieron cerco, para que nin-

guno se les escapase. Y la desgracia fue, que de los españoles cercados eran muy pocos los que podían salir a pelear, por hallarse desprevenidos de armas defensivas, ni ofensivas, bastantes a hacer rostro a tantos enemigos furiosos y que andaban muy vigilantes en el cerco. Pero con todo tuvieron traza para despachar un aviso al gobernador de la Vizcaya, distante veinte y siete leguas en Guadiana, pidiéndole socorro y representándole el aprieto en que se hallaban. Este aviso llegó jueves diez y siete de noviembre, a las once del día. Al punto se comenzó a disponer el socorro; y lo avivó más otro aviso, que llegó el mismo día, de una carta desmandada y sin firma y escrita tan de prisa, que no decía más que: Socorro, socorro, socorro, señor gobernador, que estamos a punto de muerte. Con esto hizo el gobernador abrir el almacén real y sacó dél lo que halló de pólvora, arcabuces y cotas y las demás armas, que no eran tantas cuantas pedía la facción no pensada. Armáronse a toda prisa veinte y seis españoles con algunos criados. Ya tengo advertido para los que no tienen noticias destas remotas tierras, que en ellas no se halla el número de españoles, que en lugares y ciudades populosas de España, donde en breve espacio se hacen grandes levadas de gente; ni los puestos que pueblan los españoles en tierras tan apartadas, vienen a estar en el riñón de la Nueva España, poblada de grandes ciudades de México y los Angeles y otras muchas, y distantes doscientas leguas. Y, finalmente por esta y otras razones, no se pudo armar mayor escuadra que la dicha, y por cabo della el capitán Martín de Olivas, minero rico de Topia y que era muy práctico en la tierra. Salió a toda diligencia al socorro, que no fue de efecto en esta ocasión, ni lo fuera ya en Papazquiario, para donde caminaba la escuadra, porque al tiempo que ella se prevenía en Guadiana, los enemigos que habían puesto el cerco a la iglesia en Papazquiario, no amansando su furor, habían obrado insolencias de robos, muertes de todos cuantos allí había y otras maldades, así en el pueblo como en el camino real para las minas, con lo que tenían ya todo destruido. Nueva triste, con que pareció al capitán Olivas y su escuadra, retirarse a paraje donde pudiese resistir al ímpetu de los enemigos, como adelante se dirá, en habiéndose contado el grande y lastimoso estrago que hicieron en Papazquiario.

Dieron bravos y varios combates a los cercados: en la iglesia pusieron fuego por dos veces a sus puertas, que procura-

ban apagar los cercados como podían; y a su vista, de una ermita que estaba cerca de la iglesia, sacaron furiosos una imagen de Nuestra Señora y cargándola un indio, otros dos la iban azotando: (testimonio claro del odio de la fe, que el demonio había encendido en los ánimos fieros desta gente, que les incitaba a acciones tan impías, horrendas y sacrílegas). Atravesábalos el corazón a los de dentro el verlas y no poderlas amparar y defender. Sacaron también los apóstatas endemoniados un crucifijo de una casa; y habiéndole arrasado, dieron con él en una esquina, echando por su boca infernales e insolentes blasfemias; llamándole ladrón, borracho, con otros mil oprobios de los que sufrió este divino señor de los judíos y gentiles, cuando en la prisión del huerto les dijo: *Haec est hora vestra, et potestas tenebrarum*. Y aquí los renovaron en su santísima imagen los poseídos del demonio, a quienes dio licencia para que ejecutasen en su sagrada imagen lo que los otros en su persona. Contra una grande cruz, que estaba levantada en la plaza del pueblo y cementerio de la iglesia, no se mostraron menos fieros, porque contra todo lo que era sagrado fue siempre su furor y rabia diabólica y con él inventaron otro nuevo ultraje contra la santa cruz. Este fue, como vaqueros que estaban hechos a andar a caballo y sabían jugar de lanzas y de jarretaderas; justando con ellas y con sus padrinos al lado, jugaban al estafermo y daban botes a la cruz, hasta que la hicieron pedazos. No pararon aquí las heréticas acciones: porque cogiendo de la ermita dos andas, en que solían sacar imágenes sagradas en procesiones de fiestas, pusieron en ellas a dos indias de las que más habían aplaudido su alzamiento; y las llevaron en su procesión sacrílega, ofreciéndoles en lugar de incienso y como premio de su empresa, los despojos que ya habían hurtado. En esta ocasión los afligidos cercados, con los pocos arcabuces y munición que tenían, se defendían a sí y a la iglesia, por todo el día del jueves, matando algunos enemigos, en acometimientos que a ella hacían, y quedando también heridos de las flechas algunos españoles y aguardando si les llegaba socorro de Guadiana. Hasta que el viernes llegándoles a los enemigos el suyo, de indios de Santa Catalina, que dejaban muerto al Padre Tovar, con otros que a estos se juntaron, llegaron a quinientos de a pie y de a caballo los que se pusieron sobre la iglesia y casa de los Padres y cuantos se habían acogido a ella. Aquí con nuevos bríos

de destruirlo todo, abrasaron todas las casas del pueblo, y luego pusieron fuego por cuantas partes pudieron a la iglesia. Al tiempo que ya sin remedio se iba abrasando; un indio apóstata llamado Miguel, que había servido a uno de los españoles cercados, disimulando su traición y por cogerlos vivos para ejecutar en ellos mayores crueldades que las del fuego, desde afuera y a voces dijo: que ellos los indios eran cristianos y querían volver a su amistad y paz con los españoles, con tal que saliesen de la iglesia y les entregasen las armas. Condición dura y sobre que habiendo dado varios pareceres los españoles apretados de fuego y de tanto número de enemigos, resolvieron, que para tratar con ellos sobre el modo de aceptar el partido que les ofrecían, enviarles otro indio que les dijese de su parte, que no querían otra cosa que salir de allí y dejándoles sus tierras, irse a vivir a la ciudad de Guadiana y que les diesen paso sin hacerles más daño. La respuesta de los traidores fue, que saliesen en buena hora. Con esto dispusieron el orden de su salida los que estaban ya en el último aprieto de perecer con el fuego; y quizás hubiera sido mejor morir allí abrasados con fuego encendido y padecido de mano de los que aborrecían la fe santa de Jesucrito; pero no podemos apear las disposiciones o permisiones de Dios en semejantes casos, y en que quiere que mueran sus siervos y fieles, por el modo que dispuso su alta providencia. Y no debemos condenar acciones, que aunque en la ejecución y ocasión no parecían acertadas; pero de suyo fueron buenas y santas. Y esta prevención pide el caso y suceso lastimoso que se sigue; y que guardando yo leyes de historia debo contar. El caso es, que en esta iglesia, que estaba cercada de los enemigos en Santiago Papazquiario, como de pueblo de indios cristianos y que fue el primero de los tepehuanes que se convirtieron y en el cual también había avecindados algunos españoles, estaba colocado en su tabernáculo y custodia el santísimo sacramento. En el tiempo, pues, que estuvo cercada de estos bárbaros la iglesia, no lo consumieron los Padres, como parece lo debían hacer; porque no sucediera alguna acción de irreverencia y ultraje a tan soberano misterio. Debióles de mover a conservarlo la devoción propia y de aquellos católicos cristianos, que querían confesar y comulgar en aquel peligroso trance en que se hallaban y tener el amparo de aquel señor y redentor del mundo, en su aflicción. También estaban en espera del socorro que habían pedido a Guadiana; y final-

mente no se persuadieron a que la temeridad de aquellos que al fin habían sido cristianos y ya les prometían paz, y dieron (aunque falsamente) muestras de arrepentimiento; que fuera tan temeraria su osadía, que llegara a los términos impíos y horrendos a que llegó. Y finalmente sin consumir el soberano sacramento, antes llevándolo en su compañía, dispusieron su salida de la iglesia en forma de procesión; en que mostraron morir como fieles cristianos, que profesaban la fe que perseguían los apóstatas de ella. Salió el P. Diego de Orozco, que era el que doctrinaba esta gente, con la custodia en las manos; el teniente de alcalde mayor, llamado Juan de Castilla, con una imagen de Ntra. Señora en las manos; y toda la demás gente de hombres y mujeres en orden de su procesión. En viéndoles fuera de la iglesia los tepehuanes de a pie, falsamente reconciliados y pérfidos a la seguridad que habían dado, llegaban a la custodia y de rodillas la adoraron. Acción con que iban cobrando los católicos cristianos alguna esperanza de seguridad, y que los dejarían salir libres de aquel peligro. Los indios, que pretendían hacer su hecho muy a su salvo, viendo que algunos españoles tenían todavía sus arcabuces, les dijeron que se los entregasen; pues sabían que ellos los indios no tenían munición para servirse de ellos. Los españoles entre tanto número de enemigos y gastada la pólvora, se vieron obligados a hacerlo y entregar las armas y ver si con esta acción podían hacer como dicen, del ladrón, fiel. Quedaba otro capitán reformado con la espada en la cinta; llegó un indio y se la quitó sin resistencia; porque no era tiempo aquel de vender el católico español bien su vida, que peligraba allí con ella la de otra gente menuda y mujeres. Proseguía la procesión y llegando a medio del cementerio, el P. Orozco con el Santísimo sacramento, como amoroso padre que doctrinaba a esta gente, con blandas y amorosas palabras y razones de ministro y pastor de estas almas, comenzó a procurar sosegarlas y reducirlas a mejor consejo del que habían tomado y que no olvidasen la doctrina divina que les había enseñado; que el Señor que allí llevaba los había creado y redimido; y que de no sosegarse y corregir lo hecho se les podía seguir mucho daño y castigaría Dios los agravios que en sí y en sus cristianos recibiese. En llegando aquí, reventando ya la furia infernal que por breve rato estuvo reprimada y tan de atrás estaba concebida con la doctrina del hechicero y de su diabólico ídolo, que hablaba; salió una voz

de los engañados indios y a una dijeron que mentía el Padre en lo que decía. Que el Dios de los cristianos, no hablaba como el suyo, que era el que les había dicho, que aquel mismo día habían de morir todos los cristianos. Y si permitió Dios que el ídolo se lo dijese y que ellos lo ejecutasen, fue para que se entendiese, cuán en odio de la fe de Cristo y por él y con él en su divino sacramento, morían tantas personas, hombres y mujeres, por ser cristianos. Porque en habiendo escupido esas blasfemias, embistieron con la custodia y cuerpo sagrado de nuestro redentor que quiso padecer en su sacramento, lo que había padecido en su persona y carne mortal. Y quitándole al Padre de las manos la sagrada custodia, la abatieron a la tierra, y añadiendo horribles blasfemias acocearon y pisaron al tremendo sacramento y a la imagen de Ntra. Señora, que llevaba el español, la hicieron pedazos y furiosos finalmente dieron la muerte a todos los españoles, hombres y mujeres, que serían como ciento. En el P. Diego Orozco, religioso de amabilísima condición y de grande religión y edad juvenil, por ser sacerdote de Cristo y que llevaba la sagrada custodia ejercitaron más su furia y crueldad. Porque antes de matarlo le cogieron en alto ocho indios, diciéndole por escarnio las palabras que de él habían oído en la misa: *Dominus vobiscum*; y respondiendo otros: *Et cum spiritu tuo*. Y trayéndole de esta suerte, desde afuera le tiraron un flechazo que le pasó la espalda de parte a parte; y después para que fuera su muerte más cruel, le cogieron entre tres y los dos de ellos lo tenían por los brazos en forma de cruz para que muriera como su Señor y redentor nuestro Jesucristo; el tercero de los indios con una hacha le abrió el cuerpo de alto a bajo: diciendo el bendito Padre antes de expirar: Haced hijos míos, de mí lo que quisieréis que por mí Dios muero; y con esto dio su alma a Dios en suavísimo holocausto. Al Padre Bernardo de Cisneros, que doctrinaba también a esta gente en compañía del Padre Orozco, le quitaron la vida con una lanzada y un golpe de macana en la cabeza; arma que es como porra, con que en breve expiró. Este bendito Padre fue de quien escribí que dos meses antes me había dicho, que a sus tepehuanes los hallaba inquietos, con hatolis, y embustes de un indio, que tenía consigo un ídolo endemoniado, con que traía engañada a esta gente, que el deseaba y procuraba desengañar. Y aquí le quería Dios dar el glorioso remate de su vida y trabajos, que padeció en ayu-

dar, cuanto era de su parte, a la salvación de estas almas. De todos los cristianos que estuvieron cercados en la iglesia, sólo se escaparon tres españoles y tres niños escondidos en un confesionario, que no atendieron a escudriñar los enemigos; porque en habiendo concluido con la fiera matanza de cristianos, para celebrar el remate de su bárbaro sacrílego triunfo, les tiró el vino que habían robado de las casas y recua de los españoles, con que se embriagaron a su gentilico uso y dieron fin a esta acción, que no fue la última que ejecutaron.

Habiendo salido a media noche los que se habían escapado del furor de los tepehuanes en Papazquiario, y caminando por sierras y quebradas fuera de camino, guiándolos dos españoles que se habían criado en aquella tierra, unos aportaron a Guadiana y otros a una estancia que estaba en el camino, antes de llegar a la que llaman de la Saucedá. Y los unos y los otros bien fatigados del camino. Un poco adelante de ésta marchaba el capitán Olivas, con los pocos españoles de socorro con que salía de Guadiana; y encontrando allí con los derrotados, y teniendo las noticias de los grandes estragos hechos por los enemigos en Santiago Papazquiario y del número de ellos y cuán enfurecidos quedaban, tomó resolución de volver a la Saucedá, para fortificarse en aquella casa, donde había algunos bastimentos; y desde allí dando aviso al gobernador, disponer lo que pareciese conveniente para el reparo del alzamiento y de los demás Padres que estaban en las otras Misiones; que como práctico en la tierra, conocía el riesgo que corrían. Llegó aquí al mismo tiempo el Padre rector de Guadiana, que con los rumores de alboroto que allí habían llegado, iba a ver en qué podía socorrer a sus hijos. Apenas hubieron entrado él y el capitán en la estancia, cuando dio sobre ella el ejército de los enemigos. Salió algunas veces a rechazarlos el capitán con su gente y tuvieron algunas refriegas y escaramuzas en que no hubo mucho daño de una parte, ni de otra; y el capitán Olivas se iba entreteniéndose, hasta que le llegara socorro de más gente de Guadiana. Quiso Dios que llegó el que llevaba el capitán Gordejuela, que tenía una rica estancia de ganado cerca de Guadiana y juntando a su costa un buen número de soldados y él lo era en el de valor y experiencia en guerras de indios bárbaros; y como tal salía a socorro de tanta importancia contra ellos. Llegaron también otros españoles de la comarca, que derrotados

venían a guarecerse a este puesto. Los enemigos muy reforzados de su gente de a pie y de a caballo, que también se les había juntado, acometieron cuatro veces la casa, que era menester guardar, por haber en ella gente menuda y bastimentos. En estos acometimientos recibieron daño de los arcabuceros los enemigos, que les obligaban a retirarse; y así fue poco el que recibieron los nuestros de sus flechas. Detuviéronse aquí los capitanes con su gente cuarenta y dos días y en ellos salieron a pelear en campo abierto algunas veces con el enemigo, que como estaba en su tierra con bastimento y alentado con las muertes de los españoles y despojos que habían cogido, sustentaba la guerra, aunque retirándose a veces. Y en estas retiradas salió a buscarlos el capitán Olivas con la gente que podía sin desamparar su fortificación; dioles albazos, o asaltos a los enemigos, cogiéndoles descuidados al alba en algunas rancherías y con feliz suerte, degollando los españoles algunos de los principales agresores del estrago de Santiago Papazquiari; recobrándose muchas armas que con el despojo y muerte de españoles habían hurtado, arcabuces, cueras y espadas; y además de eso ornamentos sagrados de culto divino, frontaleras, albas y otras cosas y aún ganados que habían recogido para su sustento; abrasó las casas que tenían y sin pérdida de soldado alguno suyo, volvió a su puesto de la Saucedá donde ya estaba recogida de nuestra gente, como cuatrocientas personas. Pero como mucha de ella era gente menuda y mujeres, y por otra parte no era ya de efecto el conservar este puesto; y porque era menester tomar más de propósito y con más prevención la guerra y castigo de esta nación; se resolvieron los dos capitanes de poner en salvo la gente recogida a esta estancia. Y así, haciendo escolta con sus soldados la llevaron y pusieron en salvo en Guadiana. Y para que se entienda cuán persuadidos estaban de su diabólico ídolo y hechicero los tepehuanes, que de ésta habían de quedar acabados y muertos todos cuantos españoles y cristiandad había en su tierra, diré aquí el caso que sucedió luego que los españoles se juntaron en esta estancia de que hemos hablado de la Saucedá. Dos indios tepehuanes que no debían haberse hallado ni sabido lo que había pasado en este puesto; antes pensando que ya todo aquí estaba acabado y abrasado, como en el pueblo de Santiago, se entraron descuidados con su arcos y flechas por las puertas, buscando despojos. Cogiéronlos los españoles y presos les tomaron su confesión;

y declararon que su designio era destruirlo todo hasta la misma ciudad de Guadiana y su jurisdicción. Y lo cierto fue como después veremos, que estuvo con grandes recelos de su ruina y destrucción. Los españoles, habida esta confesión, se resolvieron a tener estos enemigos menos, y así los ahorcaron y no tuvieron que guardar. Con que se remató el suceso de las refriegas y acometimientos que pasaron en la Saucedá. Y nos faltan otros muchos, con lastimosos desastres y muertes de religiosos Padres y españoles, en otras partes y puestos de la comarca, que contar.

FR. DIEGO BASALENQUE, O.S.A.

Nació en Salamanca, España, el 25 de julio de 1577.

Murió en Charo, Michoacán, el 12 de diciembre de 1651.

Es autor de varios diccionarios muy copiosos del idioma mexicano y del pirinda o matlalzinca.

Fue poeta latino, filósofo, teólogo y doctor en ambos derechos. Su obra más importante es la *Historia de la Provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacán, del Orden de S. Agustín* (1673), así como diversos tratados teológicos y de derecho canónico en español y en latín. Su Historia la reeditó *La Voz de México* en 1886.

Su biografía la escribió Fr. Pedro Salguero: *Vida del Venerable Padre y ejemplarísimo varón el Maestro Fr. Diego Basalenque, Provincial que fue de la Provincia de San Nicolás de Mechoacán, del Orden de N.P.S. Agustín*, escrita por el R.P.M.... nuevamente impressa con los autos de su traslación al Convento de Santa María de Gracia de la Ciudad de Valladolid en la Nueva España, por el P. Lector Jub. Fr. Lucas Centeno... Roma, Imprenta de los Herederos de Barbielini, 1761, XVI-194 ps. Nueva edición de la *Historia* preparada por José Bravo Ugarte es la de México, Editorial Jus, 1963, XI-446 p. ils., mapas (Colección México Heroico N° 18).

Su *Historia* que se ocupa de los afanes apostólicos de su Orden dentro de la Provincia de Michoacán, está llena de rica información y escrita con una amplitud de miras nada común en la producción de esta época y de esta naturaleza.

Se ha ocupado de él Federico Gómez de Orozco en *Crónicas de Michoacán*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1940, XVII-212 p. ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 12).

Fuente: Fr. Diego Basalenque, O.S.A. *Historia de la Provincia de San Nicolás de Tolentino de Michoacán, del Orden de N. P. San Agustín*. (1644) 2 v. Edición de *La Voz de México*, México, Tip. Barbedillo y comp. 1886. I-117-140.

TIRIPETIO Y SU CASA DE ESTUDIOS

No por habernos detenido tanto tiempo en tierra caliente, contando todo lo que en ella se obró, espiritual y corporalmente por espacio de treinta años, no nos olvidaremos de contar lo que en *Tiripetío* se iba obrando en lo material; antes volviendo a tomar el hilo digo: que el año de 1537, cuando ya estaban los más catequizados, y se trataba de edificio es-

piritual de la administración de los santos sacramentos y doctrina Cristiana, como queda dicho, luego el mismo año se trató de las fábricas, así del pueblo, como de la Iglesia, y se echó para todo el nivel y medida echando cordeles, y abriendo zanjas; para lo cual vinieron maestros de México y asimismo otros religiosos Ministros, como se dijo, los cuales quedaron encargados de las dos fábricas, espiritual y la material, mientras los Ministros andaban en tierra caliente aquellos dos años. Y los indios como eran tantos, y todos de muy buena voluntad fomentados del encomendero, a quien se le debió mucho, hicieron en breve obras insignes, como referiremos.

Los primero, se ordenó el pueblo, porque vivían sin traza en los edificios, viviendo cada uno de por sí, en riscos los más y bohíos. Formóse el pueblo, con sus calles y plazas; y luego se hizo una obra de grande importancia, que fue traer agua para todo el pueblo, de dos leguas de allí, por su acequia y antes de entrar en el pueblo, se hizo una buena cañería, que tomó altura para las pilas y fuentes que se hicieron en la plaza, hospital y convento, que fuera de ser tan necesaria el agua, adornaban grandemente, y alegraban la vista con sus corrientes y cercadas de naranjos; las casas se edificaron bajas, a su modo, mas con el cumplimiento necesario para su habitación, de sala, cocina, y las más con sus oratorios para guardar sus imágenes, y tener ellos su retiro para rezar. Hiciéronse asimismo unas calzadas anchas y buenas, para que de las visitas que caen del pueblo hacia el Sur, viniese sin rodear, ni bojear la ciénega, que tiene de travesía más de legua; la cual ciénega es el sustento de todo ganado mayor y menor, a causa de lo cual hay pocos valles que le igualan en fertilidad, y ninguno se le aventaja; por las calzadas vienen a pie, y a caballo porque son muy capaces. En lo que más se esmeraron los primeros Ministros por evitarles la ociosidad a que son inclinados, y de donde se les recrecen muchos daños, fue que aprendiesen todos los oficios, que son necesarios para vivir en policía, trayendo oficiales de fuera, que les enseñasen la sastrería, a que todos generalmente se inclinaron, porque luego se vistieron de paño, al modo español; ellos no tenían de su cosecha el algodón, que es la materia de que generalmente se visten, y como lo habían de comprar y tejer, tuvieron por mejor vestirse de paño, y así se comenzó a usar tanto en esta provincia, que ella sola ha gastado la mitad de lo que se teje en la Nueva España, por-

que los demás naturales en común, no han entrado tanto en el paño, y a esta causa luego todos dieron en sastres. Enseñáronles la carpintería, con la facilidad de las maderas que tenían, por la cercanía de los montes, y obraban muy bien, hasta hacer muy buenos escritorios y cosas pulidas. Aprendieron la herrería, en que hubo algunos muy primos, porque en general el ingenio de el tarasco, excede al de los otros indios de otras provincias; eran tintoreros, pintores, aunque en la pintura no han igualado a los españoles, como en los demás oficios. En lo que más se aventajaron fue en la cantería y samblaje, porque como para estas dos cosas, que eran necesarias para la iglesia y convento, se escogieron buenos oficiales españoles, de que ya había abundancia en la tierra, enseñáronles bien, y salieron tan eminentes, que ellos por sí hacían muchas obras. Al fin fue *Tiripetío* la escuela de todos los oficios para los demás pueblos de Michoacán de donde le vino gran parte de su ruina, por las salidas que hacían a otros pueblos, y no volvían.

Ordenada la policía del pueblo, trataron del edificio de la iglesia, y alrededor de ella todo lo que le pertenecía. Hacia el medio-día el convento; al oriente el hospital, al norte la escuela de cantores, y de muchachos para leer y escribir, al poniente el cementerio con sus capillas donde los niños aprenden la doctrina. La iglesia fue toda de cal y canto, con una portada tan ilustre de columnas, que hasta hoy no se ha hecho otra como ella; una torre con muy lindas campanas, y reloj castellano. Toda era muy buena obra, pero lo que más se aventajaba era la cubierta, que era de media tijera, toda llena de artesones, tan primos y obra tan delicada, que nadie la veía que no se admirara; y su grandeza se colegirá, que no se imitó en otro pueblo, por su gran costa. Luego se le puso retablo, las pinturas al temple, que no se usaban al óleo, pero tan lindas, que en el arte no se podían mejorar, con un sagrario muy lindo, donde se colocó el Santísimo Sacramento, y quedó colocado, que nunca faltó; de donde tomaron ejemplar los demás conventos de tener siempre en la iglesia Santísimo Sacramento, con la lámpara encendida en todos los pueblos de los indios, y en caso de privación no tenerle al modo dicho. La Sacristía era de la misma obra, con lindos cajones; la cual el P. Fr. Diego de Chávez, como más asistente en este pueblo, llenó de ornamentos de brocado, y terciopelo, hizo de plata blandones, lámparas y ciriales, y de

una cama rica traída de Alemania, de terciopelo morado, toda bordada de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, que no sirve sino el Jueves Santo, para el Santísimo Sacramento; tiene otras muchas cosas curiosas. Esta fábrica se acabó toda de iglesia, sacristía y retablo el año de 1548, de modo que se hizo, y acabó en diez años: así estaba puesto en el mismo retablo, y no quiso Nuestro Señor, que durase cien años, porque un indio campanero, yendo de noche a tañer a maitines, o a las ánimas, llevando un ocote encendido, el año de 1640, dejólo en el coro, y como todo era de madera, y muy antigua de 92 años, fue prendiendo por toda la Iglesia, sin que fuese sentido de alguno, como era a media noche, y cuando ya lo sintieron que dieron voces, tasadamente de la Iglesia se pudo sacar el Santísimo Sacramento, con algunas imágenes, y de la sacristía se sacó toda la plata, y ornamentos, que no faltó cosa; mas la iglesia por ahora no se podrá reparar por su grandeza, mas se ha acomodado en un gran refectorio de bóveda, pieza capaz para Iglesia. Este fue el principio, y fin de una obra, que nadie se atrevió a imitarla.

La obra del Hospital, no parece obra de naturales y de gente humilde, sino para enfermos españoles y de buen porte, porque son casas altas, con sus corredores, todas las oficinas necesarias de enfermería, cocinas, naranjos en el patio para su recreo, y agua de pie. Tampoco se ha imitado esta fábrica, porque todos los de la provincia son bajos. En cuanto al servicio de los enfermos, hay mucha ropa, toda con mucha limpieza. Entran para su servicio cada semana ocho o diez mujeres casadas con sus maridos, que traen toda la comida necesaria para los enfermos, y ellos después de haber barrido, y hecho las camas, se ocupaban en trabajar cada uno en su oficio, o en lo que le manda el Prioste, que es el mayor; y lo que resulta de la ganancia, es para los gastos del Hospital. Aquí traen a los enfermos y se curan, y les administran todos los Sacramentos, porque tienen una linda capilla, en que se dice Misa, y todas las indias e indios del servicio se juntan para rezar, y cantar a las Aves Marías, y al amanecer. Solíase cantar la Misa de Ntra. Señora del Sábado, y en algunos pueblos, por el mayor concurso de la gente se canta en la iglesia; llevando en procesión la imagen de Ntra. Señora de la Concepción, que es titular de todos los Hospitales, por orden del Señor Obispo Don Vasco de Quiroga, cuya memoria merecía una grande historia, y no que-

darían conocidas sus obras heroicas, en lo espiritual y temporal de su Obispado. A Su Señoría, dicen todos, se ha de atribuir esta obra de los Hospitales, y otras muchas, de que tenemos por muy cierto ha recibido en el cielo el galardón. De la Benedicta se dijo arriba.

Las escuelas, que nuestros padres instituyeron, fue una obra muy acertada, porque desde ocho comienzan a aprender a leer y escribir, se escogen las buenas voces para el coro, y los otros quedan para el servicio del pueblo, sabiendo leer y escribir: Los hábiles y de buenas voces pasan a aprender canto llano, y de órgano, en que han salido eminentes. Tiempo hubo, en que salió un organista tan eminente y científico, llamado Francisco, que habiendo oposición en México entre organistas españoles, en ocasión de que el gran Maestro Manuel Rodríguez, sacó el órgano, fue este indio y dijo, que quería tañer delante de todos, y que bien sabía que por indio no le habían de dar el órgano, mas que se oponía porque viesen que también hay indios hábiles: tañó conforme le pedían, de fantasía y que siguiese un paso y a todos los músicos dejó espantados. A un hijo suyo conocí yo, llamado Mateo, que era organista de la Catedral de Valladolid, y tocaba como cualquier español muy diestro; pero todos decían que era sombra y rasguño de lo que su Padre tañía. La misma curiosidad se tenía en los demás instrumentos, de chirimías y vigüelas de arco; y en el arte de la música eran eminentes de modo que la capilla de *Tiripetio*, en esta tierra como la de Toledo en España, de donde les traían los instrumentos, y trajeron el mejor órgano, que hubo en esta tierra, el cual dura hoy. Toda esta grandeza de cantores, salía y lucía con el buen ornato de sus personas, porque cada uno tenía una opa de grana fina, y su sobrepelliz de lienzo muy limpia, de modo que verlos en su coro era ver un coro de ilustres prebendados en el traje; que en la ciencia, y arte de música en sus principios, no hubo españoles más diestros ni más hábiles. Todo esto procedía del cuidado que había en la escuela, donde habían de asistir dos horas por la mañana, después de cantada la Misa. Y todos los días cantaban *Te Deum laudamus*, y las horas de Ntra. Señora, y a la tarde, al poner el sol, vísperas y completas de la Virgen, excepto los domingos y fiestas que cantaban el oficio divino; y esto a sus horas, como en los conventos de comunidad. Todo esto se siguió,

y sigue hoy en los coros de los indios, emanado de este pueblo, que fue la escuela de todas las virtudes.

El convento y casa de los religiosos, aunque se pone en el último lugar, fue lo primero que se acabó, porque se le dio fin el año de 1539, habiéndose comenzado dos años y medio antes; y no fue la casa y convento que en aquellos tiempos se acabó en más breve tiempo, porque Epatzoyuca, que está junto a México fue mayor, y todo el convento e iglesia, que es muy grande, se acabó en ocho meses; y el convento de Uquareo de esta Provincia, que es tan lindo como sabemos, y veremos en su lugar, se acabó en un año. Lo que se infiere es el amor con que trabajaban, y así lucía tanto el trabajo. Este convento que hicieron, contiene un claustro pequeño junto a la Iglesia, todo de muy linda cantería, y de madera cubierto, que por ser monte o faldas de él, no se atrevieron a hacer cosa de bóveda, como después se hizo en las demás casas que tienen el suelo sólido. Echáronle alrededor del claustro, tres dormitorios angostos con celdas, en cantidad de catorce a diez y seis, todas fuertes, mas muy pequeñas, en que demostraban la estrechez y encogimiento de su corazón, pues cada celda debe tener cuatro varas. En los bajos estaba el refectorio, De profundis, general de estudios y dispensas. Después se hizo otra casa mayor, y de celdas muy espaciosas y dormitorio, el mejor de la provincia; más aquella casa primera es la respetada; por ser la habitación de la mejor, más santa, y docta gente, que tuvo toda la Provincia, siendo una como veremos.

La fama de la fundación del Pueblo de *Tiripetío*, y la buena disposición que tenía, y asimismo del Convento, que se había acabado en dos años y medio, voló tanto, alzando tanto la voz, que dentro y fuera de la religión, se celebraban por la única cosa de la Nueva España en aquellos cortos principios y se juzgó por la cosa más acabada que había en nuestra provincia; y así luego el año siguiente, que se celebró Capítulo en México, donde salió por Provincial el P. Fr. Jorge de Avila, uno de los siete primeros Varones Apostólicos, que vinieron a esta tierra, y fue el año de 1540, nombraron por casa de estudios mayores a este Convento, atendiendo a muchas cosas: lo uno a que la casa estaba acabada, el temple y la quietud de la Provincia, se tuvo por el mejor de los pueblos, que entonces administrábamos, y lo tercero, y primero en el corazón, poner una casa con muchos frailes, para

que con buena comodidad se acudiese a la predicación Evangélica, que dos años antes habíamos comenzado. En cuanto al nombramiento del Lector de Artes, y Teología, no quedó a elección, porque no había otro que las pudiese leer, salvo el P. Fr. Joan Baptista, mas no dominaba sino por el camino de retirarse, y esconderse a los ojos de los hombres; el P. Maestro tenía cuatro años de hábito, uno de novicio, y tres de Maestro de Novicios, que luego fue tan grande, que acabado de ser novicio, le hicieron Maestro de otros, y acabados los tres años, le nombraron por Lector de Artes y Teología, mandándole que él y sus estudiantes aprendiesen la lengua tarasca, para que saliendo de sus estudios, las vacaciones y Pascuas, fuesen a la tierra caliente, a la administración de los Santos Sacramentos, que era el fin potísimo para que habíamos pasado a esta tierra; y luego me prometo gran logro de este estudio, pues lo veo fundado en santidad. El principio para alcanzar la sabiduría es temer a Dios, porque la ciencia sin temor de Dios, no es ciencia, sino incipiencia, y así este estudio por todos los caminos va fundado en santidad; el Maestro que ha de leer la ciencia, viene de enseñar virtud en el noviciado, los que han de aprender, ha de ser para que luego desde el General, y Aula salgan a predicar la ley Evangélica, pues ¿quién no pronosticará luego felices sucesos?

Llegaron Lector y estudiantes al Convento donde se dio principio en nuestra provincia, y aun entiendo que en toda la Nueva España, a los estudios mayores, porque no he sabido, que por este tiempo hubiese otros. *Tiripetío* fue el primer lugar por lo menos para la Orden de N.P.S. Agustín, donde se comenzó a leer publicamente y en Cátedra las ciencias mayores de Artes y Teología. Aquí vino el hijo del rey Calzontzi, que había vivido en Tzintzuntzan, D. Antonio para que el P. Maestro le enseñase, que es circunstancia que ennoblece este estudio, ver por oyente un hijo de un Rey, el cual salió muy hábil. De donde se conocerá la capacidad de los naturales; y yo conocí en mis tiempos otros estudiantes en México, que daban muy buena cuenta, y después acá han estudiado otros, y se han ordenado en Sacerdotes, siendo muy capaces (ojalá no se dieran tanto al vino, que les perturbaba los entendimientos, que lo que es la capacidad es buena). La de D. Antonio era aventajada, así salió muy hábil; puso casa en *Tiripetío*, y era en nuestra lengua muy ladino,

por lo cual pudo muy bien ayudar mucho a su Maestro en la lengua tarasca, que había de aprender. Otros pudieron venir, así naturales como españoles, que ya había muchos en Michoacán, de D. Antonio se hace mención, por ser persona tan esclarecida.

Juntos todos los estudiantes comenzó el gran Maestro a leer, tantas horas tenía disputadas para leer las Artes y Teología: acabadas las Artes tenían otras horas para estudiar todos la lengua, que se las enseñaban los Ministros, que eran el P. San Román, y el P. Chávez y otros, y era cosa de maravillar, que acudiendo de día y de noche al coro, aprovechaban mucho en la lengua, y en los estudios mayores; mas ¿qué no aprenderá el que quiere tener a Dios por Maestro? ¿O qué le puede ocupar el coro, cuando allí le está enseñando Dios? Mas divierte de los estudios una hora de parla impertinente, que pueden ocupar dos de coro, porque así se gana y se pierde. De este modo proseguían Lector y estudiantes, siendo unas veces discípulos y otras condiscípulos. Llegadas las Pascuas y vacaciones, cuando la carne había de holgar, iban a trabajar; mas quien más me espanta es el que a todos en todo fue espanto, que es el Maestro, que como un niño fuerte se ocupaba por esta tierra caliente a pie, y predicaba, administraba, y a su tiempo se volvía a sentar en su Cátedra, como si no hubiera trabajado.

Asentado nuestro Ministro en su Cátedra, no sólo estaba enseñando a los presentes, sino a los ausentes. Considérolo como un Platón, en su cátedra de Atenas, que no sólo enseñaba en Atenas, sino que alumbraba todo el mundo, y de todo el mundo le consultan sus dificultades; o por mejor decir, considérolo como a un Salomón, puesto en su trono, enseñando a todos, disputando de todas las cosas naturales, desde el cedro hasta la yerba hysopo, que nace en las paredes, descubriendo las naturalezas de la cosas; al cual venían a oír, y consultar todos los lugares y ciudades del mundo. Así estaba nuestro P. Maestro en su cátedra, disputando y enseñando, ya de las cosas naturales, y de filosofía, de Coelo, de Metheoris, de que fue sabio; ya de las cosas del cielo de Teología, en que fue un Sol; y así venían de México, de la Puebla, de todos los lugares, a consultarles las dificultades de bulas, de privilegios, de casamientos, de tratos, y contratos, que eran las dificultades de la tierra. Dichoso tal convento,

pues por tener en sí tal Maestro, es conocido en todo el mundo, es honrado, y respetado

No admira tanto esto, pues los ciegos naturalmente apetecen la luz, y el que ve poco, busca quien le guíe; y así los que tenían sus dudas, buscaban quien se las aclarase; lo que espanta es, que esta luz llegase con sus rayos a Alemania, y la voz de este Maestro, desde el rincón de *Tiripetío*, llegase a los oídos de nuestro César Carlos Quinto, y allá oyese la voz de su sabiduría, y alcanzase la luz de su virtud, que desde allí le envió Cédula de Obispo de León de Nicaragua, la cual recibió saliendo de su General, y la leyó con tanto sosiego, como si fuera una carta misiva de un amigo. Lo que más dijo fue: *ab ore leonis liberame Dómine*, sin saber POR ENTONCES la razón del dicho; y se entró en su celda, y respondió renunciando, diciendo, que no era digno de tan alta dignidad. Y segunda vez recibió otra carta, que se despachase, que tenía aquella iglesia necesidad de su Pastor; y de la misma suerte que había respondido a la primera, respondió a la segunda. Quien ha oído esto, no extrañará ni se admirará, de que estando en *Tiripetío* le hagan Gobernador del Obispado de Michoacán, como lo hizo el señor D. Vasco de Quiroga, en ocasión que N. Santo Padre Paulo III había convocado a los Obispos, para celebrar el Concilio de Trento, una ausencia tan larga, que el que quedaba en su lugar, había de ser el Obispo, y el Obispo partiría con pocas esperanzas de volver, pues habiendo en México (de donde había venido para Obispo) tantos amigos, y personas beneméritas, no escogió a otra persona para tan larga ausencia, sino al Lector de *Tiripetío*, el cual puesto en su Cátedra, de ella hizo cátedra de Michoacán. Rigió y gobernó nueve meses, mientras se despachaba e hizo a la vela, mas engolfado, comenzó el navío a hacer tanta agua, que el piloto no osó seguir el viaje, y se volvió: mas ya la Cátedra de *Tiripetío* despachó y gobernó como cátedra de Michoacán, que es grande alabanza, y honra de esta Cátedra, y de la Atenas, donde está puesta, que es este convento. Y para adorno, y ayuda de la cátedra, puso una muy linda librería, la cual ha durado hasta hoy.

Oídas estas cosas, nadie tendrá por adelantada la congratulación que quiero hacer a la Provincia Mexicana, considerando divididas las dos Provincias como hoy lo están. Puede esta de Michoacán congratularse con la de México, y dar-

le las gracias de haberle enviado predicadores y sacerdotes que enseñasen la fe de Cristo; y dándole el parabién, de que de ella saliesen los dos primeros Religiosos que les enseñaron; pueda también esperar gratulación y parabién, de que de Michoacán le fueron los maestros y lectores que la han ilustrado. Confesamos, como es verdad, que nos enviaron al P. San Román, y al P. Chávez, como dos pimpollos, o dos cepas, (que como dijo S. León de los dos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, puestos en Roma, crecieron tanto, que fueron sombra de todos los fieles del mundo): así estos dos árboles plantados en Michoacán, dieron el fruto e hicieron sombra estas dos vides a toda la Provincia. Confesamos, que estos dos fundadores, fueron dos lumbreras, y dos ojos del cuerpo de la Provincia; y que como dijo Cristo: *Si tus ojos son simples y buenos, todo tu cuerpo será resplandeciente*; y que así como estos dos Padres fueron tan buenos y lumbreras tan admirables y claras; así su cuerpo que es la Provincia, vino a ser tan sin mancha, que a boca llena la llaman santa Provincia, honra que se debe a nuestros fundadores. Confesamos asimismo, que estos dos Padres fueron aquellas dos columnas hermosas y bien labradas de bronce, que Salomón puso en su Templo, llamando a la una *Fortaleza*, y la otra *Perpetuidad*; y decimos, que esta Provincia, por haber sido fundada sobre estas dos columnas de bronce, con la gracia de Ntro. Señor, es una de las Provincias ilustres y hermosas, que tiene nuestra Religión, y que por la misma gracia de Ntro. Señor, durará y se perpetuará en su ser y hermosura, por estar fundada sobre columnas tan fuertes y sólidas en santidad. Y confesando nosotros esto con llaneza, confiese también la Provincia Mexicana, y denos el parabién y agradecimiento, de que en nuestra Atenas Convento de *Tiripetío* se principiaron los estudios de nuestra Religión en Nueva-España, como en Atenas comenzaron las buenas letras del mundo. Y luego el segundo estudio, que hubo en la Nueva España fue en Tacámbaro, como veremos, que para nuestra cuenta y agradecimiento; si bien que para la del Convento de *Tiripetío* corre la suya, en ser origen de Tacámbaro, y luego de los demás estudios, que se continuaron en la Provincia de México; de arte que por su buena cuenta, y recta línea, de aquí procedió el ilustre Colegio de S. Pablo de *Tiripetío*, han salido como de cepa y tronco los estudios, que ha habido en la Puebla, Acolman, Actopan e Ixmiquilpan; y aun

si bien se considera las mismas Escuelas Reales, en cuanto a la rama de nuestra religión, que primero leyó en ellas. De aquí pues tuvieron su origen; de los primeros Padres, que aquí leyeron, se siguieron los Agurtos, Contreras, Coroneles, Hermosillos, Zapatas, etc. Con los otros infinitos, que han leído e ilustrado aquellas escuelas; y asimismo los estudios de nuestra Orden. De modo que podemos decir a la Provincia Mexicana, que si nos dio Religiosos, cuya Religión aprendiésemos, también les dimos Doctores que los enseñasen. Lo que sucedió a Roma con los griegos y cretenses; aquellos se jactaban que habían dado a Roma su Dios Saturno que los amparase; estos otros celebraban haber dado al Dios Júpiter, que les enseñó Religión; y respondió Roma: *Nos Cesares dedimus*: También nos deben a nosotros, los Césares y Emperadores, que los han ilustrado, que los han gobernado. De Roma salieron los que fueron luz del mundo; váyase lo uno por lo otro. Lo mismo dice esta Provincia: Dos Religiosos nos dio la de México, que compusieron toda la Religión de la Provincia, plantaron la fe en los naturales; mas también han salido de esta los Césares que han ilustrado la Mexicana. Del Convento de *Tiripetío*, salieron los primeros estudiantes, que fueron Lectores, Maestros, Catedráticos en la Nueva-España. Y no es mucho lo que he dicho, también digo que salieron los Césares, que los gobernaron, y libraron de sus aprietos. Oíganlo.

Habíase cumplido el trienio del P. Fr. Jorge de Avila, y llamándolo, y convocando a Capítulo, salen de *Tiripetío* para México, el P.S. Román, Prior, y el P.M. Veracruz, Lector, y llegados al Capítulo, sale por Provincial el P.S. Román, y por Definidor N.P. Maestro. Luego ¿ya *Tiripetío* da Césares, que rijan y gobiernen? Mas no es sólo esto: Salen también los Defensores del Imperio, porque el P. S. Román, luego que salió por Provincial, toda la tierra lo eligió por su Amparador, que fuese a Alemania, a hablar a nuestro Emperador Carlos V y amparase a los conquistadores en sus Encomiendas que se las quitaban; fue, amparóles; y en su lugar quedó por Provincial el P. Maestro, amparando y rigiendo la Provincia. y ambos salían de *Tiripetío*. Mas se puede comprobar lo dicho habiendo vuelto el P.S. Román de Alemania, como veremos en su vida, luego se ofreció volver a España, a defender las Doctrinas, que nos las quitaban, o por lo menos la jurisdicción en la administración de los Sacramentos; y las

Religiones pidieron al P.S. Román, volviese a España, como volvió, y envió Cédulas, de que administrásemos libremente. ¿Luego nuestro P.S. Román fue el César que defendió la Provincia? Lo mismo se lee (como veremos en su vida) de N.P. M. Fr. Alonso de la Veracruz, que fue a España y defendió las Doctrinas después, de hecho el santo Concilio de Trento, donde se restringía mucho la administración de los Sacramentos en los Regulares; trajo Bulleto para que administrásemos como de antes. Luego bien decimos, que salieron de *Tiripetío*, estos Césares. Glóriese pues este santo convento, que si al primer parto parió dos Césares, quiere decir, la primera vez que votaba, ¿qué se puede prometer en lo de adelante? Apenas ha habido Fraile grave, que no haya salido de esta casa, habiéndola regido, estudiado o leído en ella. Yo también le debo mucho sin merecerlo, pues en este Convento me eligió la Provincia por Provincial; pero es lo mínimo de su loor, y así va por fin, y remate de sus memorias.

DOMINGO DE SAN ANTON MUÑOZ. CHIMALPAHIN, CUAUHTLEHUANITZIN.

Nació en Amecameca entre el 26 y 27 de mayo de 1579. Murió en la ciudad de México hacia 1660.

Indígena descendiente de los antiguos señores de Chalco, de lo cual hace gala de continuo. Conocedor de su pasado y fiel intérprete de los tiempos que vivió, dejó escritas en náhuatl y en español diversas obras históricas, muy poco conocidas. Las más importantes son *Ocho Relaciones Históricas*, publicadas algunas en francés por Remí Simeón, en París, 1889. Ernest Mengin las ha publicado todas en una edición facsimilar que forma el volumen tercero del *Corpus Codicum Americanorum Medii Aevi*, bajo el título *Diferentes Historias originales de los Reynos de Colhuacán y México y de otras provincias*, Copenhague (Hauniae), 1959; el *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacán y otras Diferentes Historias originales*, que constituyen el manuscrito mexicano N° 74 de la Biblioteca Nacional de París, a donde fueron a parar varias de sus obras, ha sido editado en náhuatl y alemán al cuidado de Walter Lehmann y Gerdt Kutscher en Stuttgart, W. Kohlhammer Verlag, 1958, XXXIX-240 p. (Quellenwerke zur alten geschichte Amerikas aufgezeichnet in den sprachen der eingeborenen. Herausgegeben von der Ibero-Amerikanischen Bibliothek zu Berlin VII); otra edición al cuidado de Gunter Zimmermann lleva el título: *Die Relationen Chimalpahin's zur Geschichte Mexico's Teil 1: Die Zeit bis Zur Conquista 1521; Teil 2, Das Jahrhundert nach der Conquista (1522-1615)*, Hamburg-Cram, De Gruyter and Co., 1963-1965 (Universitat Hamburg. Abhandlungen aus dem Gebiet der Auslandskunde). Band 68-69 Reihe B (Völkerkunde, Kulturgeschichte und Sprachen) Band 38-39. El mejor estudio acerca de este autor es el de Gunter Zimmermann, *Das Geschichtswerk der Domingo de Muñoz Chimalpahin Quauhlehuanitzin (Quellenkritische Studien zur frühindianischen Cheschichte Mexikos)*, Hamburg, 1960, 77-[2] p. (Beitrage zur mittelamerikanischen Völkerkunde: Herausgegeben vom Hamburgischen Museum für Völkerkunde und Vorgeschichte V).

Sobre otros aspectos de este escritor ver Paul Kirchhoff, "Composición étnica y organización política de Chalco, según las relaciones de Chimalpahin", en RMEA, 1956, p. 297-309 y también Miguel León Portilla, *Chimalpahin y los orígenes del hombre americano*, en *Homenaje a Pablo Martínez del Río, en el vigésimoquinto aniversario de la primera edición de Los Orígenes Americanos, México*, 1961, 520 p., p. 475-482.

Angel María Garibay ha preparado, en colaboración con Silvia Rendón, una edición en español de las *Relaciones*, que tiene actualmente en prensa el Fondo de Cultura Económica. Silvia Rendón ha traducido y explicado algunas de las Relaciones, entre otras la Cuarta, en *AINAH*, 1949, T. III, p. 199-218. Una edición del Diario publicará en breve Ernesto de la Torre.

Fuente: Domingo Antón Muñón. *Chimalpahin Cuauhtlehuauhtzin*. Diario 1589-1615. Mss.

LA CONJURACION DE LOS NEGROS DE 1612

Hoy miércoles 2 del mes de mayo del año de 1612 fue cuando fueron colgadas veintiocho personas de los negros; y de las negras, siete personas fueron colgadas. En conjunto, todos los colgados suman treinta y cinco personas; fueron colgados porque en ellos se aplicó lo que decretaron, sobre ellos recayó la sentencia, por motivo de lo que sobre ellos ya se refirió arriba, que iban a rebelarse, que iban a matar a sus patronos españoles. Así se dijo, así hicieron la información; que en Jueves Santo al hacer la procesión, en las penitencias de los españoles los iban a hacer muertos. Así dijeron los testigos, por cuyo motivo asustaron mucho en la referida Semana Santa, con lo cual en ninguna parte pudieron hacer procesión. Y que si los hubieran encontrado a sus amos los españoles, que si justamente los hubieran matado, que inmediatamente ellos gobernarían, que un negro iba a hacerse rey y una mulata morisca que tomaría por esposa, iba a hacerse reina; (ella) se llama Isabel, quien iba a gobernar en México y en todos los pueblos, en todas partes de la Nueva España; que ya a todos los negros se les habían dado (los cargos) allí donde iban a gobernar; algunos para duques, algunos para marqueses, algunos para condes; que se había hecho para que fuéramos sus súbditos, para que les entregáramos tributo, para que les sirviéramos aún a ellos; a las gentes que somos de aquí, nos iban a marcar las bocas con lo cual apareciera que son nuestros señores. Y se dijo que, inmediatamente, a nadie dejarían de los varones españoles: ni los viejitos varones de media vida, ni los jóvenes; en fin, con todo; los niños varones a todos iban a matar, justamente los iban a acabar, con lo cual ya no serán ellos quienes hagan que la mujer dé a luz, que ya no serán ellos quienes engendren; y que también iban a matar a las señoras, las ancianas que ya no tienen vida; y ni las de media vida, ni las que acaso aún

sean señoritas, si es que no son muy blancas, que si no es que sean de muy bonita cara, a toditas las iban a matar si hubieran podido, no más las escogerían; y que ya nomás dejarían a las señoras que justamente fueran blancas, a las que justamente tuvieran bonita cara, aquellas de media vida; y a las muchachas, igualmente a todas las mocetonas, las que justamente fueran de bonita cara; ya nomás a ellas no las matarían, las iban a dejar con el fin de que las hicieran sus esposas los negros.

Y también dizque si acaso los negros, las hacían dar a luz las señoras, si engendraran en ellas sus hijos varones de distinta raza a la que se llama mulatos moriscos que deberían nacer, dizque inmediatamente los matarían, no iban a vivir, no les iban a criar; dizque si acaso engendrasen hijas, las llamadas mulatas moriscas, dizque no las matarían, ya vivirían, las criarían, con el fin de que cuando crecieran luego las casarían los negros, con lo cual justamente se convertirían en negras por sus engendros, sus descendientes, el producto de su raza.

Y la causa, de los varones hijos, de los negros referidos que iban a engendrar en las señoras, el motivo de que no los iban a dejar vivir, que no los iban a criar, (era) porque ellos pegarían (a sus padres) algún día, si es que crecían con ellos, por lo que hicieron los negros a sus padres. Si hubieren muchos moriscos, que se les recordaría por sus esposas, por sus madres de que son españoles; que de ellas proviene buen linaje, buena descendencia, lo que no tienen así de buena de sus padres los negros; con lo cual inmediatamente les reprocharían, quizá luego les matarían a sus padres negros. Por esta causa de que les iban a pegar, así decían que iban a hacer los negros, si es que hubieran podido, si es que se hubiera eso consumado.

Y que todas las cuidadoras de Dios, las monjas, encerradas en los monasterios de México, que a toditas las sacarían, que las harían sus esposas los negros; que muchísimo hablaban ellos sobre dos hijas del gobernador Don Luis de Velasco, marqués de Salinas y Presidente del Consejo de Indias en España. Y de sus referidas damas, una es viuda llamada Doña María Tircios, ésta tenía por esposo a Don Juan Altamirano. Y aún otras dos sacerdotisas, monjas, las que allí están en el monasterio de Nuestra Señora Regina; la primera se llama Doña Beatriz de la Encarnación, abadesa de allí; la segunda

Doña Isabel de Jesús; y que ya nomás ellas las viejitas quedarían allí en los monasterios para enseñar a las gentes.

Y que las mujeres negras iban a entrar en los monasterios, allí se irían a encerrar, con lo cual ellas serían guardianas de Dios; en monjas se convertirían; y que los sacerdotes establecidos en todas las estancias, que a todos les matarían, les harían perder, y que ya nomás en tres partes los dejarían: en primer lugar, a los sacerdotes carmelitas descalzos; en segundo término, a los padres descalzos que están en San Diego, hijos de San Francisco; y en tercer lugar, a los padres teatinos de la Compañía de Jesús. Que a estos los dejarían por motivo de que les enseñarían, que les harían aprender a sus hijos de los negros, con toda la sabiduría de cuanto saben; con lo cual también ellos serían padres, harían misas los hijos de los negros, algunos se harían oidores; en fin, en todas las cosas de gobierno en los españoles, que de todo se lo apropiarian; que también ellos los negros en ello irían, también gobernarían.

Y nomás los referidos sacerdotes de los tres grupos les eran apreciados a los negros, con lo cual los iban a dejar, no los iban a matar.

Empero, para dejarlos vivir entre los negros, que a todos les quitarían su miembro varonil, les quitarían su miembro progenitor, con lo cual en ninguna otra parte podrían procrear hijos en las señoras, y así harían desaparecer a todos los españoles.

Todas estas cosas fueron dichas por los referidos negrillos y otras muchas cosas que se dijeron, que no se puede citar todo aquí lo hablado; que muchísimo [habría] con ellos, que acaso dizque lo iban a hacer o acaso no mucho, solamente lo sabe Nuestro Dios si es que así era, por motivo de que no es la verdad que van confesando algunos de los que por fin fueron colgados; nomás fueron diciendo: "sea por Dios que recibamos la sentencia de nuestra muerte que sobre nosotros se ejecuta; que no sabemos nada por lo que se determina sobre nosotros, que ya vamos pagando".

Y aquí están refiriéndose los nombres de todos los oidores gobernantes y los alcaldes de Corte que estaban en el gobierno, los que justamente estaban encargados del gobierno de México, que sin haber virrey gobernante, hicieron justicia sobre los referidos negros, decretaron para que fuesen colgados, con lo cual así se hizo en ellos. Así lo vio toda la gente, lo supo.

El primer gobernante, el primer jefe suyo que había allí

en la Audiencia Real, era el Lic. Pedro de Otalora, Presidente; el Lic. Diego Núñez de Morquecho; el Dr. Juan Quezada de Figueroa; el Lic. Antonio Rodríguez; el Lic. Pedro Suárez de Longoria; el Dr. Don Marcos Guerrero; el Lic. Aller de Villa Gómez; el Lic. Pedro Juárez de Molina; el Lic. Alvaro Gómez de Abaunza; el Lic. Vallecillo, fiscal del Rey de lo civil.

Y los alcaldes de la Corte: el Dr. Antonio de Morga; el Lic. Diego López Bueno; el Lic. Don Francisco de León; el Dr. Valencia, fiscal del Rey del crimen.

Todos estos gobernantes hicieron la justicia sobre los referidos treinta y cinco negros, los cuales fueron colgados hoy, en el referido día.

Y el que comenzó ya a colgar a las gentes, fue Cristóbal Transpipitl o mulato a las diez horas y cuarto; fue cuando por primera vez le ayudó su hijo, que entre los dos colgaron a las gentes allí en el patio del palacio; y ocho maderos nuevos para colgar, por causa de los negros se erigieron para hacerse nueve; en el ya tardado colgadero en pie, quedó parado en el centro; con esos referidos ocho nueve colgaderos de madera para gentes, ya los cogieron, nomás los llevaron en procesión, primeramente los pasearon sobre caballos, los dieron a conocer a las gentes por las calles.

Y los tres que eran de más grande pecado, sobre ellos se dijo que en el centro se colgasen. Y a los demás, nomás los llevaron a rodear en el referido nuevo colgadero, con lo cual los fueron colgando; todos en paz fueron invocando, fueron llamando a su Salvador Nuestro Dios; con lo cual murieron, todos agonizando confesáronse. Y vinieron a terminar, colgaron a los referidos negros, ya a la una. Justamente durante tres horas colgaron; y así a todos los colgados, nomás así se les obscureció, toda la noche estuvieron colgados. Muchos negros no fueron colgados ni los mulatos, aún estaban encerrados en la cárcel de la Corte, esperando órdenes

Y apenas a los dos días, en jueves, con el cual fueron tres días del mes de mayo en curso, justamente en la fiesta de la Santa Cruz, descolgaron a los muertos de las horcas de madera. Y a estos mencionados muertos ordenaron de la justicia que a todos se les abriera, que sus cuerpos se partieran en dos, allá se colgarían en todas las calles grandes y barriadas que vienen a entrar a México.

Y por esta causa inmediatamente se hizo un acuerdo en la

Audiencia Real, sobre ello discutieron los gobernantes; también allí se reunieron los doctores. Por lo que en acuerdo general se hizo nomás la decapitación de veintinueve de los referidos muertos, y sus cabezas las atoraron arriba de las horcas, y sus cuerpos los metieron allí abajo de la Contaduría, todos ya nomás sin cabeza. Allí los fueron a cubrir sus compañeros vivos, los negros, cuando nadie estaba, que se hizo nomás así. Y luego por la tarde, ya como a las seis horas, de allí los llevaron, los fueron a sepultar allá en el hospital de Nuestra Señora de la Misericordia.

Y cuando los llevaron fueron cantando los clérigos, y los hermanos hijos del Beato Juan de Dios les llevaron; y algunos de nuestros padres de Santo Domingo y de San Francisco y de San Agustín y los padres de la Compañía de Jesús, fueron a sepultar a la gente.

Ya en seguida ellos los negros y menos de los españoles; de los mexicanos algunos, de los que somos súbditos, ayudaron a cargar los muertos; no tenían andas, nomás en petates los llevaron a enterrar.

Y a los otros seis negros los descuartizaron, en el lugar de castigo los castigaron; pero todos los que en globo iban a ser descuartizados, los demás, por ellos decretaron; todos nomás fueron enterrados.

Ya se dijo, ya se refirió que nomás seis personas de las muertas las descuartizaron, las fueron a colgar en todas las referidas calzadas que vienen a entrar a México.

Y no fueron descuartizados todos los demás que se mencionaron, nomás fueron sepultados, porque por ellos dijeron todos los sabios doctores: "si a todos los muertos se van a descuartizar y se van a colgar en las calles principales sus carnes, allí todo se pudrirá; no está bueno lo que así se va a hacer; su pestilencia, su hediondez, en enfermedad se convertirá; e inmediatamente con los vientos vendrá aquí dentro de la ciudad de México, de nosotros se posesionará, con lo cual nos enfermará. Por esa razón de las declaraciones de los doctores, con lo que se les refutó a los oidores gobernantes, allí se hizo el acuerdo referido, con lo cual nomás fueron sepultados los demás muertos.

FR. JUAN DE GRIJALVA, O.S.A.

Nació en Colima, en 1580.

Falleció en 1638.

Ingresó a la provincia agustiniana del Santísimo Nombre de Jesús de México, de la cual fue maestro y definidor. Doctor de la Universidad de México y Rector del Colegio de San Pablo y Superior de los Conventos de Puebla y México. Confesor del Marqués Virrey de Cerralvo. Escribió: *Historia de San Guillermo, Duque de Aquitania* (1620); *Elogio fúnebre del Sr. Felipe III, Rey de España, en las honras que le hizo la ciudad de la Puebla de los Angeles* (1622); y la *Crónica de las Provincias del Orden de San Agustín de la Nueva España*, impresa en 1924.

El mejor estudio se debe a Federico Gómez de Orozco, el cual apareció acompañando la edición hecha en México, 1924.

Fuente: Fray Juan de Grijalva. *Crónica de la Orden de N.P.S. Agustín en las Provincias de la Nueva España, en cuatro edades desde el año de 1533 hasta el de 1592, por el P.M....* Con un apéndice de Federico Gómez de Orozco. México, Imprenta Victoria, 1924. 717-XCIV pp. 54-58.

DON VASCO DE QUIROGA Y LOS HOSPITALES DE SANTA FE

Había dos leguas de México un pueblo que se llama Santa Fe, fundado por los indios que ya convertidos querían vivir vida más perfecta al modo apostólico, y como en vida religiosa, al cual venían los indios de diversas partes con todas sus familias, y eran ya tantos que pasaban de doce mil los vecinos. Fue autor de este santo instituto el Licenciado Vasco de Quiroga, Oidor de la Real Audiencia de México, y persona de gran celo y cristiandad, después fue dignísimo Obispo de Michoacán. Este gran varón compró todas aquellas tierras de la redonda de Santa Fe, que son muchas y buenas y daba de estas tierras a los que allí se recogían para que allí sembrasen, y cogiesen, lo que parecía ser suficiente para el sustento de sus familias, y que lo restante del tiempo lo gastasen en ejercicios de perfección. De manera que aquellos indios imitaban en algo a los religiosos viviendo de tierras comunes, y ocupándose en oración y vida más perfecta.

Aquí pues fue a fundar convento el Padre Fr. Alonso de

Borja, que fue ir por maestro de novicios de estas nuevas plantas, porque sin duda era todo el pueblo un convento, donde se hallarían más de treinta mil personas, que profesaban vida religiosa. Empezó el Padre F. Alonso a administrarles los Santos Sacramentos, y a predicarles con su buen ejemplo, y con la aspereza grande de su vida. Porque en la lengua no estaba aún bien experto, y ya los indios no tenían necesidad de Catecismo que era lo que el Padre Fr. Alonso había estudiado en México: pero prestó tanto cuidado en esto, y favorecíales tanto nuestro Señor a estos primeros ministros, que en breve tiempo les predicó no sólo el camino ancho de los fieles, sino la senda estrecha de los perfectos: enseñándoles a rezar, cantar, y otros ejercicios de la Iglesia. Lo que restaba del tiempo gastaban en oración y contemplación: guardaban todas las ceremonias de la Religión estando el sólo con tanta puntualidad, como si estuviera allí un convento de muchos religiosos: no perdía disciplina ni ayuno, ni cosa virtuosa, ni ceremonia, todo a fin de que los indios se estampasen en aquella vida: hacíanlo así los indios de muy buena gana, y con grandísima perfección, porque demás de aquel fervor nuevo, y aquel espíritu que los movía, la gente de suyo es ceremoniática y puntualísima en la ejecución de las órdenes que se les dan acerca del culto exterior.

En amaneciendo se juntaba todo el pueblo y rezaba la Doctrina Cristiana y decíales misa, y predicábales todos los días. En acabando que no era temprano, se iban a sus casas a comer un bocado; y luego los que tenían que hacer en su labor se iban a ella, los demás se volvían a la Iglesia, unos a deprender la Doctrina, otros a enseñarla de modo que todos estuviesen ocupados en obras virtuosas. A la oración se juntaban todos los barrios en todas las esquinas, donde había Cruces altas, y siempre adornadas de juncia y flores donde cantaban la doctrina, y luego pedían a Nuestro Señor les tuviese de su mano, para que aquella noche no le ofendiesen, y de aquí tuvo principio la ceremonia que después se estableció en toda la Provincia de cantar la Doctrina por barrios en las esquinas y por la mañana en la Iglesia. Esto de prima noche hasta hoy dura; el cantarla por la mañana sino dura en toda la provincia dura empero en la mayor parte de ella, que es en las dos sierras, y en Michoacán. Todos los Viernes ayunaba todo el pueblo y había disciplina seca en la Iglesia a prima noche después de haber dicho todas las

oraciones. Esto de la disciplina se hace sólo en la Cuaresma en toda la provincia; con esto parecía aquel pueblo convento de religiosos más que república de seculares.

Estaba contentísimo el Licenciado Vasco de Quiroga viendo puesto en ejecución su deseo y tan lucida su obra. Exhortaba a los naturales a que prosiguiesen con la vida comenzada, que amasen y respetasen mucho a sus ministros, y que le obedeciesen en todo como si fuera un Angel del Cielo. Todo el tiempo que podía, huía de los negocios de la Audiencia y se iba a Santa Fe, dándose a la oración y a otros ejercicios virtuosos; edificó allí una casa en un nacimiento de agua, la que va a la ciudad, que por el sitio y disposición de ellas, y por la memoria de tan espirituales varones como allí han estado, levantan el espíritu, y causan particular consuelo a todos los que entran en ellas. Tiene el cielo allí una serenidad tan grande, las sombras tan frescas, los aires tan puros, las aguas tan claras, el silencio tan admirable, que todo está causando barruntos del cielo, y todo convida a la contemplación. Aquí pasaba muchos días este gran varón, a quien por muchas cosas comparo yo al grande Ambrosio, que de los negocios y judicatura secular le llamó Dios para Obispo de su Iglesia, porque era así, que siendo secular cuidaba más de los negocios eclesiásticos, que de los propios de su oficio y de su casa.

En esta casa pasaba gran parte, y lo mejor de su vida este gran varón Vasco de Quiroga, hasta que nuestro Señor le llamó a la vida perfectísima de los Obispos, donde todavía le duró la memoria y la devoción; y así fundó en Michoacán otro pueblo de este nombre, y modo de vivir.

Edificó un hospital de la cuna en este mismo pueblo de S. Fe, donde los indios que quisiesen así de la ciudad de México, como de otra cualquiera parte, pudiesen llevar sus hijos, para que allí se los criasen. Moviése a esta obra porque se hallaban multitud de niños ahogados en las acequias y muertos por las calles. Discurriase variamente sobre este caso porque no se hallaba cierta la causa. Algunos dijeron que hacían aquello los indios, desesperados de la baja y servidumbre en que se veían después de conquistados, y así daban la muerte a sus hijos, viendo que nacían para tan triste vida. Pero sin duda no era esta la causa, como después pareció. Lo que los movió era, que por no tomar trabajo las madres de criar sus hijos les daban la muerte, tanta era la fiereza

y barbaridad de esta gente. Averiguó esta costumbre este gran varón, y para remediar tan grande mal edificó este hospital, y dio aviso en toda la tierra; que la madre que no quisiera criar a sus hijos, los llevase a aquel hospital, donde se criaban con grande cuidado y regalo, dándoles leche, de comer y de vestir todo el tiempo que era necesario.

Junto a este hospital hizo un colegio donde los muchachos y adultos deprendían a leer y escribir, canto llano y canto de órgano, y todo género de instrumentos músicos; para que en aquella iglesia, y en otras muchas fuera nuestro Señor servido y alabado. De modo que era como seminario de indios que habían de servir a las iglesias.

Pegado a éste hizo un hospital donde se curasen los enfermos con tan buena división y orden como se podía desear. Hasta hoy dura este grande edificio con pinturas antiguas que entretienen y mueven harto a los que las miran. Pluguiera a Dios así nos enseñasen como nos admiran. Que es lo que deseaba Cicerón, que pues a todos enamoraba el Sol. Todos lo imitasen en hacer bien a todos, y nacer para todos. A todo acudía el P. F. Alonso de Borja y daba Dios fuerzas para todo.

FRAY ANTONIO TELLO, O.F.M.

Originario de la Provincia de Santiago en España, en la cual nació hacia 1590. Falleció en el convento de San Francisco, en Guadalajara, hacia junio de 1653.

Pasó a Nueva España hacia 1619. Fue Guardián de Zacoalco y evangelizó en la Nueva Galicia largos años.

Escribió la *Crónica Miscelánea de la Sancta Provincia de Xalisco*, contenida en seis libros, el primero de los cuales está perdido, y la cual es la obra clásica para el conocimiento de la historia prehispánica y colonial del Occidente de México.

Los mejores trabajos en torno a él son los siguientes: Fray Luis del Refugio de Palacio Basave, O.F.M., "Un estudio sobre el muy reverendo y venerable padre Fray Antonio Tello, Padre y Cronista de la Provincia de Santiago, de Xalisco" en *Boletín de la Junta Auxiliar de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, Guadalajara, No. 3, 18 de junio de 1955, p. 57-71; Juan B. Iguiniz, *Los historiadores de Jalisco en Concurso de bibliografía y biblioteconomía convocado por la Biblioteca Nacional de México*, México, 1918; John Van Horne, "Fray Antonio Tello historiador" en *Estudios Históricos de Guadalajara*, T. I. Nos. 2-3, Jul-sept., 1957, p. 87-100 y en la misma revista Fr. Lino Gómez Canedo, O.F.M. "Nuevos datos acerca del Cronista Fray Antonio Tello, T. I., No. 4, oct. 1959; p. 117-121, y la Introducción de José Cornejo Franco al Libro III de la *Crónica Miscelánea de la Sancta Provincia de Xalisco*, Guadalajara, Editorial Font, 1942, XVIII-108 p., p. I-XVIII, así como la Introducción bibliográfica de José López Portillo y Rojas, al Libro II, editado en Guadalajara, México, 1891.

Fuente: Fr. Antonio Tello. *Crónica miscelánea de la Sancta Provincia de Xalisco*. 4 libros. Guadalajara, Editorial Font, 1955. IV-75-80.

FUNDACION DEL CONVENTO DE CHAPALA

El pueblo de Chapala está ocho leguas de la ciudad de Guadalajara, entre Levante y sur, al pie de una serranía muy grande que tiene a la parte del norte, y junto a la gran laguna llamada *Mare Chapalicum*, la cual tiene 60 leguas de circuito y 30 de largo, a quien para engrandecer basta decir no le iguala aquella por célebre llaman de Malacayo, ni la llamada la Meothis, ni la llamada el mar de Tiberiades; de agua

dulce y sabrosa, y tan limpia que las sobas que la humedad del agua suele criar no se hallan en ella; tiene cantidad de pescado blanco y bagre, suficiente para abastecer la ciudad de Guadalajara (cabeza del Reino de Galicia) y otras muchas partes que por experiencia se ve, la cual tomó la denominación del mismo pueblo, porque se presume fue la cabecera aun en la gentilidad, por el mucho gentío que en el tal pueblo estaba congregado, y así aunque hay diversidad de pueblos a sus orillas, no se llama sino laguna de Chapala, mirando como al principal a este de Chapala. Su primera fundación (según se tiene tradición de mano) de la mucha gente que había en el pueblo de Poncitlán, distante siete leguas de éste, y con la muchedumbre de gente, se vinieron muchísimas familias, y hicieron sus poblaciones en este puesto.

Lo más averiguado de ser así su nombre, es ser entonces su caudillo y principal cabeza un indio llamada Chapa, que animó a la dicha población, congregándola debajo de su dominio; no fueron nunca indios mañosos ni sangrientos, antes muy pacíficos y domésticos, como se echa de ver, pues no fueron conquistados ni sujetos con estruendos de armas, sino que ellos con buena inclinación recibieron la fe católica y sagrado Evangelio. En su antigüedad no tuvieron Dios ni ídolo particular, sino que cada uno conforme su parecer tenía su idolillo de barro o madera, como ha parecido aún en estos tiempos, pues se sacan algunas veces de la laguna algunas figuras hechas en forma de hombre, de barro, pequeños, que debían de arrojar estando en aquel error, o quizás después de haber salido de él, por la persuasión de ministros evangélicos que con su santa predicación les mostraron al verdadero Dios que habían de adorar; solamente se tiene por cierto que veneraban un ídolo común, el cual tenían colocado en un puesto, donde en este pueblo está un baño de agua caliente y allí los más hacían sus ceremonias bárbaras y sacrificios, no porque fuesen forzados a que fuese ley ni obligación, sino voluntario obsequio. En el año de 1524 llegaron los españoles, y el noble conquistador Alonso de Avalos, y sin violencia les persuadió al servicio de Dios y sujeción del Rey Católico, disponiendo sus tributos y político gobierno, que tuvo muy buen efecto con la venida de los religiosos de Nuestro Padre San Francisco, que celosos de sus almas vinieron a la predicación, y a ganar tanta multitud de ellas, con su solitud, doctrina y ejemplo.

El religioso que primero llegó se llamaba Fr. Juan de Padilla, que por los años del Señor de quinientos y veinte y ocho vino a encontrar a otros que hacían el mismo fruto de doctrina por las congregaciones de indios que en la misma orilla adelante de este pueblo estaban recogidos; en este año concurrió otro conquistador que tenía por apellido Guzmán, que cooperó con el propósito santo del remedio de las almas de estos pobres que bárbaramente ciegos, estaban embarazados con las supersticiones del demonio.

Tuvo muchos asientos este pueblo, porque el año de 1510 se despobló el pueblo de Tepetitlan, y poblaron en él los de Chapala el año de 1511, estuvieron allí cuatro años, hasta el año de 1514, que se pasaron a Tomatlán; el año de 1530, después de haber visto a Nuño de Guzmán, y dádole la obediencia, se pasaron al pueblo de Agueguequautitlan que es donde vieron la primera vez al religioso de San Francisco, y les dio noticia de la fe; estuvieron aquí cerca de dos años, y después, el año de 1532, se pasaron a Tepeyamatlaxtzonsitla, y estuvieron seis años, y luego, el año de 1537, gobernando Tepotzin, que ya se llamaba Don Francisco, por estar bautizado, se pasaron a Istlaguacan, y después se pasaron a Chapala algunos de los naturales y otros se quedaron allí. Los primeros caciques que hubo fueron: Opostli, el cual gobernaba cuando llegaron los primeros españoles y gobernó cuatro años, y luego se le siguió otro que llamaron Coachen y gobernó otros tres, y luego se le siguió Tepotzin, el cual gobernaba cuando llegó Nuño de Guzmán.

Estuvieron en este pueblo, en la conversión, los benditos padres Fr. Martín de Jesús, Fr. Juan de Padilla, Fr. Miguel de Bolonia y otros religiosos que cuidaron de todos los pueblos que están fundados a orillas de la laguna, hasta que el año de 1558 comenzó la iglesia y convento el muy religioso Padre Fr. Juan de Almolón, estando ya todos bautizados y cristianos por los religiosos que quedan referidos.

El año de 1552 llegó al dicho pueblo el visitador Contreiras y el año de 1555 llegó otro visitador llamado Alonso de Ojeda, y creció tanto la laguna que anegó el pueblo de Chapala.

El año de 1557 se quemó la iglesia por haberle pegado fuego un indio llamado Juan Tzincayol. El año de 1562 vino a este convento el Padre Fr. Sebastián de Párraga y puso los naranjos de la iglesia.

El año de 1567, a 15 de julio, volvió a crecer la laguna, tanto, que se cayeron todas las casas del pueblo, y a 30 de diciembre del mismo año hubo un terremoto y temblor de tierra que derribó muchas iglesias de esta provincia y parte de la capilla mayor de este pueblo.

El año de 1573, siendo Guardián del dicho pueblo, y de Axixic y Xocotepec, se llevó la custodia del Santísimo Sacramento que se hizo en Matzamitla.

El año de 1576 fue por Guardián el Padre Fr. Bartolomé de Cabrera.

El año de 1580 se enterró en este convento el Padre Fr. Pedro Maldonado, Guardián de Pontzítlan, que habiendo ido a visitar al santo Fr. Miguel de Bolonia, presidente que era del convento de Mezcala, dio una caída habiendo salido de su celda para ir a ver al Padre Fr. Antonio de Gordejana, Guardián de Chapala, murió; halláronse a su entierro Fr. Miguel de Bolonia, Fr. Antonio de Gordejana, Fr. Pedro de Zamora, religioso lego, y otro religioso lego llamado Fr. Juan.

Poco después de esto, en el mismo año de 1580, murió el santo viejo y venerable Padre Fr. Miguel de Bolonia, día de San Buenaventura, a 14 del mes de julio, y dijo la misa de cuerpo presente Fr. Juan de Porras, Guardián de Axixic, y a la tarde, después de enterrado este bendito Padre, dicen los naturales que apareció un gran cometa en el cielo.

El año de 1581 se quemó otra vez la iglesia, habiéndola pegado fuego un indio llamado Pablo, hijo de otro llamado Martín García.

La iglesia es grande, muy capaz, con retablo en la capilla mayor y dos colaterales, uno de un Christo muy devoto, y otro con un lienzo de Ntra. Señora, y en el cuerpo de la iglesia otro del glorioso San Felipe de Jesús, mártir, de la sagrada religión de Nuestro Padre San Francisco. Desde la conversión han asistido en este pueblo hasta este tiempo religiosos de Nuestro Padre San Francisco, tiene de visitas los pueblos de Iztlaguacan y Santa Cruz.

Tiene este pueblo un baño de agua caliente, excelentísimo, que sale y mana de un cerrito que está junto a él, muy vistoso, de cuyo pie salen manantiales que recogidos en dos pilas hechas de cal y canto hacen los baños. En la cumbre del cerro hay una iglesia dedicada al glorioso San Miguel, y en ella se ha dicho misa en su festividad, en la cual iglesia vivió un religioso muchos años, dando muestras con su retiro de su

mucha virtud y penitencia, sin bajar al pueblo, contentándose con lo que los naturales de él querían darle de sustento. Dentro de la laguna hay dos o tres isletas, la una como de una legua, y otra más pequeña, está frontero de este pueblo, y hay tradición haberla habitado un religioso de vida ejemplar y solitaria que embarcándose una vez se quedó en ella, y solamente los naturales iban de cuando en cuando a socorrerle con algunas de sus legumbres. El agua de la laguna es dulcísima, hace ordinariamente sus olas, y cuando es conturbada del viento muy grandes; siempre le sopla de a medio día, que es el viento que se llama austral; las orillas son ciénos muy limpios, y sus arenas muy blancas.

Algunas razones hay de dudar sobre qué sea la causa de esta laguna, si son manantiales secretos, o es agua del río que llaman en aquella tierra el Grande, que tiene su nacimiento en el valle de Toluca, junto a San Mateo de Atenco, y caminando caudaloso, por las aguas que se le juntan, entra en esta laguna; y dicese que este río, hallando el lugar, en el principio de su ser, dispuesto un llano cercado de serranías, le llenó y causó esta laguna, y viniendo a desaguar se quedó con la muchedumbre de aguas que tiene, porque aunque sale, nunca ha dejado de entrar, y si no tuviera por donde desaguar sobrepujaría y redundaría por las cumbres de los montes y sierras más altas. Esto parece ser así por ser el agua de la laguna tan extremada con su bondad, y de la misma calidad que la del río; pero lo contrario parece más conforme a razón, y el decir que se origina de manantiales secretos y la razón parece ser, porque, a no salir de ojos de agua, fuera la laguna cenegosa y no limpia, y también porque en la laguna se cría un género de pescado llamado blanco, el cual no se cría en el río ni se ha visto, y finalmente, al disminuir sus aguas el río las disminuyera la laguna si totalmente se cebara de él principalmente cuando acaba sus crecientes, y vemos que trayendo poca o mucha agua el río, siempre está en su ser la laguna; otra razón hay más que prueba el intento y es que los que la trajinan han echado de ver que en unas partes está muy caliente, y en otras muy fría, y notado que tiene manantiales de agua caliente en partes, porque el calor de que consta es mucho mayor que el que puede causar la mayor a menor profundidad; verdad es que con las crecientes del río, cuando son grandes, crece algo más.

La amenidad de este pueblo y su comarca bien se deja en-

tender, pues la tierra, por hacer emulación al agua en su grandeza, produjo trescientos sesenta y ocho naranjos hechos calles, que cercan la iglesia y convento con orden maravilloso, y autorizan el pueblo puestos por manos del Padre Fr. Sebastián de Párraga, como queda dicho.

Abunda este pueblo de frutas de la tierra y algunas de Castilla, en cuya jurisdicción se coge trigo, frijoles y otras legumbres; mucho ganado vacuno, yeguas y caballos y algunas mulas; y los naturales de él son de la nación cazcana.

FRANCISCO DE CARDENAS Y VALENCIA

Nació en Valladolid de Yucatán entre 1602 y 1605, de familia de conquistadores. Falleció antes de 1656.

Bachiller en artes en 1627, notable predicador en maya y en español. Cura de Sotuta y beneficiado de Yaxcabá, Guardián del Convento de Maní. Amigo de López Cogolludo, quien aprovechó los escritos de Cárdenas.

Distinguido en el clero yucateco, Cárdenas fue comisionado para reunir información histórica, civil y eclesiástica que sirviera al Cronista Mayor de Indias Tomás Tamayo de Vargas para escribir una historia general. En febrero de 1638 Cárdenas aceptó el encargo, inició sus labores y terminó la redacción de su informe en febrero de 1639 del cual se hicieron tres copias, una de las cuales para en el Museo Británico. De ella proceden las ediciones de esta obra, habiendo sido la primera la publicada por Federico Gómez de Orozco, bajo el rubro: Francisco de Cárdenas Valencia, *Relación Histórica Eclesiástica de la Provincia de Yucatán de la Nueva España, escrita el año de 1639*, con una nota bibliográfica por... México, Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos, 1937, VIII-135 p., (Biblioteca Histórica Mexicana de obras inéditas 3.)

Se ha ocupado de él Eleanor B. Adams, "Note on the life of Francisco de Cárdenas Valencia", *The Americas*, T. II, No. 1, 1945, p. 21-29, así como J. I. Rubio Mañé en el prólogo a la *Historia de Yucatán* de Fr. Diego López Cogolludo, O.F.M., México, Editorial Academia Literaria, 1957 (Colección de Grandes Crónicas Mexicanas 3.)

Fuente: Francisco de Cárdenas Valencia. *Relación Histórica Eclesiástica de la Provincia de Yucatán, escrita el año de 1639*. Con una nota bibliográfica por Federico Gómez de Orozco. México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1937. VIII-135 p. (Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas 3.) pp. 32-35.

REBELIONES EN LA PROVINCIA DE YUCATAN

Cuando se entendió que ya todo estaba sosegado y pacífico y que los conquistadores pensaban que ya no había para qué tomar armas para los indios si no era para defenderlos y ampararlos en nombre de Su Majestad, entonces trataban ellos de darles con la trocada y haciendo liga y unión secreta para quitarles la vida y esta traición se comenzó a fraguar por

los indios de hacia el oriente, que fueron los que indujeron a los demás de la provincia y ellos fueron los primeros que pusieron en ejecución la atrocidad de este hecho, principiándose de esta manera.

Habiéndose los dichos indios prevenido de todos los instrumentos necesarios de guerra, para dar la batalla que intentaban a los nueve de noviembre de mil y quinientos y cuarenta y siete años, comenzaron a ejecutar su hecho en dos españoles, Juan Cansino y Diego Cansino, que a la sazón estaban en el pueblo de Chemax, seis leguas de la villa de Valladolid, a los cuales cogieron de sobresalto y habiéndoles atado y puesto cada uno en su cruz, comenzaron los indios a dispararles flechas, a las cuales correspondían los dos españoles predicando y haciéndoles recuerdo de la ley de Dios que habían recibido; pero era predicar en desierto y así, habiendo pasado lo más del día en este martirio atravesados con gran número de saetas, al ponerse el sol, cantando la Salve Regina con viva fe y constancia de verdaderos cristianos, dieron sus almas a su Creador y después de haber fallecido les quitaron las cabezas y los indios las clavaron en estacas delgadas y se las echaron al hombro en señal de trofeo y se vinieron para la villa de Valladolid, en donde ya sus vecinos y moradores estaban en arma con la nueva que les habían traído de este caso y de otros tres españoles que asimismo habían muerto en los pueblos de la rodonda, con lo cual estaban nuestros conquistadores justamente sentidísimos e irritados para su defensa y para el castigo que merecía tal delito como el que los indios habían cometido, de que ya habían enviado a dar parte y aviso al adelantado y en ese ínterin se dieron valientes batallas y en ellas murieron diez y siete conquistadores y quinientos navorios, indios domésticos de su servicio, que a no enviar luego el adelantado gente de socorro se entiende que perecieron todos, porque fue más trabajosa esta segunda conquista que había sido la primera. Duró esta rebelión y alzamiento cuatro meses, que fueron desde noviembre de mil y quinientos y cuarenta y siete hasta el febrero de cuarenta y ocho, que vinieron los indios de paz, habiendo costado el reducirlos gran trabajo y mayor riesgo de las vidas en que peligraron los españoles por ser tan pocos para tanta cantidad de indios. Esta fue la última batalla que se dio en esta conquista de esta provincia, como parece por los escritos e informaciones y después, en adelante, no ha habido

otra de que se pueda hacer relación y así, por último, se da razón por mayor de los oficiales de guerra y soldados que sirvieron a Su Majestad en esta entrada: dos adelantados, padre e hijo, teniente suyo en sus oficios, un clérigo que vino por capellán mayor de esta conquista, un maestre de campo, alférez mayor, capitanes de infantería con sus alféreces, ciento y noventa soldados que quedaron después de las refriegas, todos hombres de mucha cuenta y valor, nobles hijosdalgo, como de muchos de ellos consta en pruebas y ejecutorias de nobleza, y hace esto verosímil y sin duda el mismo buen sonido de conquista y descubrimientos que es el ejercicio común a que se inclinan los ánimos y corazones de sangre y nobleza. Pruébase también en que muchos de ellos eran soldados muy prácticos que habían servido a Su Majestad el Emperador Carlos Quinto en las guerras de Italia, Hungría y Milán y que de los conquistadores que hicieron estas conquistas se habían hallado antes y militado en las dichas guerras y en lo de Pavía, en la prisión del Rey Francisco de Francia, como de todo esto hay pruebas muy bastantes hechas en contradictorio juicio, con provisión receptoria de la Real Audiencia de México y citación del Real Fiscal, que por sus descendientes los tienen deducidos ante Su Majestad y sus Consejos en informaciones de méritos y servicios, no refiero aquí sus nombres. Pruébase también la nobleza de los dichos conquistadores por la moral de sus costumbres, su cristiandad, educación y enseñanza que dejaron a sus hijos y a sus familias, con tanto temor de Dios, pías y loables devociones y afectos a la religión cristiana, y en lo político y militar muy diestros jinetes de ambas sillas, lanza y adarga y grande fidelidad y amor a sus reyes y señores naturales, pues en toda esta provincia, en su conquista y después de ella, siempre han tenido fija su obediencia y sujeto su reconocimiento y vasallaje a Su Majestad y si de todo lo dicho se engendrare algún escrúpulo en el corazón de aquel que hubiere leído los escritos del Obispo de las Casas, donde parece sentir y decir lo contrario de lo que aquí digo, se ha de advertir que puede sosegarse esta presunción y escrúpulo con la verdad de certeza de que no habla allí el dicho obispo de los famosos y cristianísimos conquistadores que verdaderamente lo fueron de aquesta tierra, sino que su decir fue en orden a tratar de ciertos soldados foragidos que en esta tierra estuvieron algunos años antes que la conquista se comenzase y para que se vea la ver-

dad de aquellos escritos y se conozca su autoridad y juntamente se defienda la inocencia, puntualidad y honor de nuestros antiguos fundadores, contaré aquel caso como lo he sacado de raíz por tradiciones y libros antiguos, para que se sepa la verdad de lo uno y de lo otro y queden defendidas entrambas partes.

En el año de mil y quinientos y veinte y uno, que ya México hacía tres que estaba conquistado algunos españoles, de ellos soldados y de ellos recién venidos a la Nueva España, dieron en querer usar en ella tiranía, robos y crueldades con los indios y sabidas que fueron por las justicias, determinaron poner el remedio conveniente y para castigar semejantes disoluciones, usando prender a los cómplices y delincuentes, de los cuales a algunos castigó, a otros desterró y otros que se huyeron en esta ocasión fueron los que se pasaron a estas nuevas y no conquistadas tierras, en número de treinta y cuatro españoles, diez y ocho de a caballo, doce de a pie y algunos ballesteros, los cuales se vinieron por los Alguaciles, Chontalpa, Tichel y Champotón, y se fueron la tierra adentro y estos hacían tales crueldades y tiranías que atemorizaron a los indios tanto, que aborrecían el nombre de cristiano como el morir, entendiendo que de aquella manera se guardaba la ley que profesaban los tales que la miraban los indios más cruel y bárbara que la suya, según desacreditaban su doctrina con sus malas acciones. De éstos, pues, escribe el obispo de las Casas, que no de los verdaderos conquistadores, sino de aquellos foragidos que entraron a esconderse del rigor de la justicia seis años antes que el adelantado entrase. En fin se fueron y murieron, con que cesó la tiranía y queda declarada la duda que se podía tener del crédito de nuestros conquistadores, que vinieron y entraron con el dicho adelantado, que fue toda gente escogida, como dicho es, de mucho valor y pundonor, temerosos de Dios y leales vasallos de Su Majestad y como a tales se les debe no menos veneración que al adelantado, pues entrando con él en una tierra, sin metal de oro ni plata ni otro aprovechamiento y habiéndose conquistado la Nueva España y descubierto el Pirú con tan grandes tesoros, no hallando aquí más que resistencias y muertes, como se ha dicho, quisieron permanecer con el adelantado y desde Sevilla que asentaron con él muchos de ellos hasta morir en esta provincia, que fueron enterrados en la ciudad de Mérida y en la villa de Valladolid, nunca quisieron desampararle,

de que Su Majestad se dio por muy bien servido y al Procurador General que entonces fue a la corte le mandó dar cédulas muy favorables por estas acciones. Estos fueron los conquistadores y estos los que se poblaron en la ciudad, villa y lugares por el orden que se sigue.

La ciudad de Mérida quedó poblada con ochenta conquistadores. Está esta ciudad en medio de la provincia, nueve leguas del puerto de Santa María de Sisal, que le tiene casi al poniente y en este puerto hacen su descarga los navíos que de registro vienen de España a estas provincias, está en veinte grados de altura.

La villa de San Francisco de Campeche quedó poblada con treinta conquistadores. Dista esta villa de la ciudad treinta y tres leguas hacia la Nueva España y su puerto es el más principal y de mayor comercio que hay en esta provincia. Está en diez y nueve grados.

La villa de Valladolid quedó fundada con sesenta conquistadores. Cae esta villa al oriente de la ciudad, con distancia de otras treinta y tres leguas y tiene hacia el norte el río de Lagartos, puerto de Hakoben y el cuyo que están en veinte grados y más al este está el cabo de Catoche en los mismos grados.

La villa de Salamanca Bacalar quedó poblada con veinte conquistadores. Está distante de la ciudad setenta leguas hacia el reyno de Guatemala.

Estas son las cuatro poblaciones que dejó fundadas en esta provincia el adelantado y su hijo, como lo tienen probado en la ejecutoria del pleito tenido con los fiscales reales acerca de haber cumplido de su parte con las capitulaciones que hizo con el señor Emperador y asimismo consta de las probanzas de los mismos conquistadores y particulares informaciones que sobre ello hay.

Gobernó el adelantado la nueva provincia de Yucatán hasta el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, en el cual proveyó el Consejo Real de Indias por Oidor de la Audiencia de México al licenciado Herrera, a quien mandaron que antes que fuese a su plaza, pasase por Yucatán y tomase residencia al adelantado, lo cual hizo como se le mandó y conclusa la residencia el dicho adelantado se fue con ella y pasó a los reynos de España, quedando el gobierno en el dicho licenciado Herrera por algunos meses, hasta que fue a servir su plaza a la Audiencia de México, dejando esta provincia

a cargo de los alcaldes ordinarios y desde entonces se comenzaron a mudar e innovar las cosas y pues ellas mudaron medio, será justo que yo también le mude en el intento que hasta aquí he seguido de conquista y comience a dar relación de la ciudad de Mérida en particular, como lo tengo insinuado.

FRAY FRANCISCO BURGOA, O.P.

Oriundo de la ciudad de Oaxaca, en donde nació en 1600. Falleció en Zaachila en 1681.

Destacóse por sus estudios dentro de la Orden de Predicadores que le nombró Provincial y Definidor en Roma. Ocupó varios curatos y escribió, a más de sus obras capitales, otras varias piadosas.

Los títulos de sus libros más importantes son: *Palestra Historial de virtudes y ejemplares apostólicos*, que publicó en 1670, y la *Geográfica Descripción de la parte Septentrional del Polo Artico de la América y nueva Iglesia de las Indias Occidentales y sitio astronómico de esta Provincia de Predicadores de Antequera, Valle de Oaxaca, etc.* (Impresa en 1674). Ambas obras fueron reeditadas por el Archivo General de la Nación, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1934 (Publicaciones del Archivo General de la Nación XXIV, XXV y XXVI), la *Palestra* en un volumen y la *Geográfica Descripción* en dos.

Su obra más bien hagiográfica, pero con riquísima información acerca de la zona oaxaqueña ha sido estudiada por José Antonio Gay en su *Historia de Oaxaca* y por don Manuel Martínez Gracida, así como por Carriedo en sus *Estudios Históricos y Estadísticos*; por Esteban Arroyo, *Fray Francisco de Burgoa, cronista oaqueño del siglo XVII*, Oaxaca, 1954. Andrés Henestrosa en su *Alacena de Noticias* le ha dedicado desde fines de 1964 bastante atención que bien merece.

Fuente: Fr. Francisco Burgoa. *Palestra Historial*. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1934. XVI-609 p., ils., (Publicaciones del Archivo General de la Nación XXIV.) (Escribióla tal vez en 1680.) p. 124-127 y 128-131.

VIDA DEL SIERVO DE DIOS FR. ALONSO LOPEZ

Entre muchos que pasaron a estas Indias a probar fortuna de la mucha que se prometían en España, de los frutos de oro, y plata de estos reinos recién conquistados fue uno Alonso López natural de Fuente de Cantos en la Extremadura, hijo de cristianos viejos labradores, que con el sudor de su rostro sustentaban su familia, y con este ejercicio criaron al hijo tan nacido para el arado, y aguijada, que el cuerpo, talle y disposición tenían tanta uniformidad, que más parecía nacido de alguna pizarra, que de aldeana racional. Pasó de edad

competente para llevar los trabajos de la solicitud en buscar bienes temporales, y como para conseguirlos es menester la experiencia, y manejo de tratos, y contratos, o práctica de algún oficio, y el suyo era la labranza, que acá con tanta facilidad, y a menos costa ejercen los indios, reconoció era sobrado, y que se hallaba inútil, para poder pasar la vida, y menos se hallasen las riquezas en las calles, ni campos como algunos se han persuadido. Era ya de treinta años sin saber leer, ni escribir (caso raro) y vacilando sobre el medio de volverse a cultivar los eriazos de su tierra, o aprender en esta algún modo honesto de vivir sintió impulsos de ser religioso, y con singular inclinación de nuestra Orden de Predicadores, y lo que más, que por el instituto pide sujetos letrados, y de mucha capacidad, y celo para cumplir con el oficio, y disponerse desde la niñez a labrar el ingenio con estudios, y buenas costumbres, y sin reparar Alonso López en su tosco estilo, y grosero natural para emprender obligaciones, que tanto repugnaban al estado, y incapacidad en que se hallaba sin poderse resistir a los llamamientos de Dios que cada hora eran más eficaces se fue a nuestro Convento de Oaxaca donde se hallaba, y con una santa llaneza se entró por las puertas del Prior y sin períodos de cortesía, ni preámbulos de quien iba a pedir, le dijo que quería ser fraile de misa. Era en aquella sazón Prior el venerable P. Fr. Juan de Olmedo, docto y santo como hijo de aquel Oráculo de virtudes, y letras, San Esteban de Salamanca de donde vino a predicar, y enseñar a estas naciones. Como el prudente Prelado advirtió la sencillez y buen espíritu del pretendiente aunque tan disforme, y rústico, preguntóle qué había estudiado, y respondióle que nada, volvió diciéndole: —y es buen escribano, y el mozo satisfizo—: ni leer, ni escribir sé, a que el Prior salió despidiéndole de su pretensión con estas razones: hijo esta Religión tiene por oficio enseñar y alumbrar a otros, y en especial en estos reinos donde tenemos tantas almas a nuestro cargo, y donde la ciencia se ejercita con más estudio, para desterrar tantas tinieblas de errores en que se han hallado estas gentes, y con venir de España tantos hombres doctos, nos ponen los casos que cada día tocamos con las manos en grandísimo cuidado de estudiar para no errar, y despeñarnos ciegos con ellos, V.M., es ya crecido, y falto de toda suficiencia, y esperanzas para estudiar, y en este convento como recién fundado con poca disposición de darle estudios, y en-

señarle el A.B.C y supuesto que el espíritu que le trae es de servir a Dios en esta Religión, vea si quiere el hábito de religioso lego, que es más conforme a su edad, y disposición, y acudiendo a los ejercicios antes de servir en las oficinas para probar su perseverancia le examinaremos en la Doctrina Cristiana, y en el Capítulo del convento con parecer de todos le recibiremos. El mozo replicó, y así aquella vez, como otras que continuó en la petición porfiaba en que había de ser fraile de misa, y reparó el Prior, y otros padres ancianos en que debajo de aquella corteza campesina resplandecían unos visos de grande virtud, y paz interior de su ánimo del buen Alonso López, y que el fondo, resalía como entretela por el bruto sayal, y que decía más el sujeto en lo que se disimulaba, que inculto se mostraba, y como movido de numen superior le dijo un día al Prior con su natural bondad, apostemos padre que si me da el hábito de misa que en el año del noviciado, que aprendo a leer, y escribir, y la Gramática muy bien, y si no la supiere entonces me dará el hábito de lego, vea Su Reverencia, que quiere que apostemos, y más que gano yo; admirábase el muy religioso, y atento Prelado de la pureza de corazón, y confiriendo el dicho con otros padres, todos se inclinaban con una fuerza interior, a que le diesen el hábito del coro con aquella condición, y todos deseaban tenerle en su compañía. El Prior estaba más aficionado al sujeto, y recibido con grande gusto de los conventuales le dieron el hábito, y al punto dio muestras de la grande integridad de su espíritu, y se aseguraron, era la mano de Dios la que había traído aquel mozo a su compañía; luego trató de que le dieran quien le enseñase a leer, y escribir, y fue con tanta brevedad, que en sólo tres meses, salió tan lindo escribano que se aventajaba a todos los del convento, diéronle quien le leyese Gramática, y en otros seis meses era tan buen latino, que podía leerla a otros, y estos sin faltar a tomar de memoria el rezado menor de Nuestra Señora, el oficio de Difuntos, y el Psalterio de David, y cuando llegaron a recibirle de suficiencia sabía las Epístolas de San Pablo y sobre todo crecía más en la humildad, recogimiento y oración, de suerte que en ella parecía le comunicaba, e infundía Nuestro Señor tan rara habilidad con tan fecunda memoria, y todos atribuían a que era cosa sobrenatural, y que a promesa en que se había empeñado para que le dieran el hábito no pudo confianza humana, en quien jamás había experi-

mentado en estudio alguno su ingenio, ni tan mirados y celosos padres se hubieran vencido a recibir contra nuestras Leyes y Constituciones a nuestra Religión, y a un hombre tallado, de treinta años, rústico, y tan mal formado menos que con inspiración del cielo, y fue demostración para entenderlo así, ver después efectos tan sin ejemplar, y que lo era ya fray Alonso de modestia, abstinencia y en todo género de maceraciones, y mortificación el primero, empleando sus buenas fuerzas en mayores penitencias, silencio, y rigurosos ayunos, quitándose aun de la moderación de la comida la que le daban en el refectorio, siendo para el más pequeño, el más rendido, supliendo los oficios, que le parecían más bajos, y penosos para su hermanos. Con esta aprobación le dieron la profesión, y porque las esperanzas grandes, que en todos se había merecido de su profundo ingenio se lograsen con el ejercicio de mayores estudios, trataron los superiores de enviarlo a México, donde como cabeza de la Provincia, atenciones de una Corte, y emulación de la Universidad, descubriese aquel talento los muchos quilates de que Dios le había enriquecido, y que en un metal tan bronco había depositado más subido, el oro de ingenio, que en la juventud más disciplinada.

Salió de Oaxaca, para México en compañía de otro religioso corista, a pie, con la pobreza, y desabrigo que entonces obligaba el fervor de la observancia, y luego trataron del modo que habían de tener en la puntualidad de sus Constituciones sin faltar en los conventos do llegasen de la secuela del coro, y donde no hubiese comunidad lo formaban los dos de las iglesias, o ermitas do se hallaban sin faltar a continuarle caminando por los campos, montes y ríos, rezando salmos e himnos. En la abstinencia, y ayunos iban tan ajustados, como lo habían estado en la estrechez del convento, y reparando que era forzoso llegar a algunas casas de beneficiados clérigos, o religiosos de otras órdenes, que hay por el camino, le dijo al compañero: hermano mío, vamos prevenidos para que si en alguna ocasión nos hicieren caridad de obligarnos a comer en sus mesas las personas a do fuéremos a parar que con la humildad que debemos, agradezcamos el beneficio, pero con la obligación de nuestra profesión, e Instituto no habemos de probar carne disimulando cuanto fuere posible este cuidado a los ojos de todos con el pan, o fruta, o legumbres, que se pusieren, lo cual observaron con mucho gusto y consuelo contentándose en los pueblos con salir a pedir de limos-

na unos huevos, o chiles, y algunas tortillas, que era lo más ordinario. Sucedió que llegaron a Tepeaca cansados del sol, que por aquellos llanos pelados, hiere con más fuerza, y era después de medio día, y como hay allí convento de nuestro padre San Francisco, fueron derechos a él a reconocer al Prelado como si lo fuera propio, y recibir su santa bendición, y recogerse aquel día a su abrigo. El guardián era hombre grave de mucho espíritu, y necesariamente de cumplida caridad, luego que vido dos religiosos nuestros, mozos, y con traje, y semblantes de tanta modestia, y ejemplo, distraídos de color, y acezando del quebranto, agasajóles amorosamente, y sabiendo que no habían comido, mandó matar una ave, y que se la asasen a los huéspedes. Llegó la hora de que estuviese dispuesta, y llevándolos al refectorio con algunos conventuales, que los acompañaban les hicieron sentar poniendo la ave asada delante con salsa de pimientos, pan y fruta, y dada la bendición por el Superior, empezó el padre Fr. Alonso a despedazar la ave al parecer con buenas ganas, y partiendo el compañero empezaron los dos a mojar el pan en la salsa, y comer de ella, y hacer que llegaban la carne a la boca, y divertirla a los gatos por debajo de la mesa. El guardián atendió con más cuidado el disimulo, y rigor de los huéspedes, y compungido de ver dos religiosos mozos fatigados con la necesidad de regalo, que asomaba en lo macilento del rostro, y por unas leyes, que sin culpa alguna se podían omitir, en aquella ocasión, y que era tal que cuando tuviera más gravamen la necesidad las dispensaba, y admirado como edificado prorrumpió dándoles las gracias de su observancia en las Constituciones de su estado, y mandó les trajesen unos huevos; aquí sí creció la mortificación con la vergüenza de ser entendidos, empezóse el padre fray Alonso a sonrosar de turbado, y su humildad a valerse del aprieto de aquel lance, excusándose con tanto encogimiento, que cuando procuró con razones manifestar su fragilidad y relajación, tanto más confirmaba la opinión de su modestia, y virtud con aquellos religiosísimos padres, procuró salir presto para excusar de las honras, que le hacían, y al huir del cuidado, que ya se tenía con su persona, y el verdadero humilde siempre mira a la alabanza como enemigo de rebozo, que debajo de capa de lisonja destoca, y hiere en lo más vivo de la conciencia, que ésta sola se asegura con los muros del conocimiento propio, y debiendo ser este conforme a la mendiguez de nuestra fra-

gilidad, desnuda de todo bien, no tiene que aguardar al enemigo, que con el halago, le asalte los muros de la quietud, y desconfianza, que ésta es madre que a sus pechos la cría con buena leche de temor, y recelo, a aquélla el temor para defenderse de las ocasiones, y el recelo para poner en cobro el caudal, que Dios le hubiere fiado; tanto lo estaba en sola la piedad, y misericordia divina el buen Fr. Alonso López, que no pensaba en otra cosa, sino cómo darse a conocer por bajo, y inútil a todos, y como pagar a Nuestro Señor los beneficios que con él había obrado con el estado, y la nueva luz de especies claras con que iba ilustrando su entendimiento, no parecía sino que como un rayo de sol alumbrara al cristal de su conciencia, y que los átomos más leves eran monstruos que le hacían más disforme que lo material del cuerpo, y que para lo que de sí conocía, no había ejercicio de rendimiento que bastantemente le cumpliera, por el camino servía al compañero como si fuera su mozo alquilado— con tanta porfía que diciéndole el hermano corista varias veces: —padre, mire V.R. a su dignidad sacerdotal, y que yo vengo por su súbdito, y compañero, no trueque su respeto con mi obligación, déjeme a mí servir pues por tantas razones lo debo hacer, y respondíale con mucha apacibilidad el padre F. Alonso: —hermano mío, pues sabe que viene por mi súbdito obedezca, que yo le mando se deje servir, y no me prive de tanto gusto. Llegó antes a México la fama del sujeto, que la persona, así por lo que se sabía ya de su habilidad, como por el buen olor de su profunda humildad, que como más leve ella volaba, cuando él caminaba: cuando llegó a aquella Corte los prelados le recibieron con amor, y estimación, y los súbditos con más curiosidad le miraban de pies a cabeza, y como en todas las partes del talle le veían tan basto, unos le contemplaban monstruo, y otros asombrados veían debajo de aquel veril de fuente de cantos estaba recluso el diamante de tanto fondo de virtud e ingenio. Empezó luego a oír el curso de Artes, y en todas las lecciones, y conferencias se le ofrecían dificultades tan agudas que obligaba al lector siendo tan insigne sujeto como el docto P. M. Fr. Tomás Mercado, a doblar las vigias para satisfacer a las dudas del nuevo estudiante, y muchas lecciones, y artículos que tocan en Metafísica, y piden más ingenio las repetía en el general con singular comentario, e interpretación que ponía a todos en admiración, cuando argüía era con tanta sutileza de ingenio,

y tanta fertilidad de memoria en las citas del filósofo, y autores que lo interpretaban, que a un mismo tiempo equivocaba a los más entendidos sin determinar cual de las dos potencias se aventajaba a la otra, ya se oía en las escuelas el eco de su voz del extremeño, y acudían los más presumidos estudiantes a nuestros generales por desengañarse de lo mucho que se decía, y volvían confusos persuadidos que aquel asombro tenía más que humano ingenio, y podían con mucha razón entenderlo, porque la oración alcanzaba al estudio, y éste a las disciplinas ordinarias, y de ellas a comunicar a los padres de más espíritu que le dirigiesen, y gobernasen obedeciendo sus avisos, y consejos como de padres de su conciencia. El tiempo tenía tan metido y regulado de día, y de noche que no le sobraba un instante para diversión, ni ociosidad; el hábito el más raído, y remendado del convento con una pobreza tan voluntaria, que no cuidaba aun de lo más preciso, y necesario era para su sustento o vestuario enseñando al cuerpo a que se contentase muchos días con un mendrugo de pan y un jarro de agua. Ya eran sus acciones un despertador de la observancia regular para todos, y una religiosa emulación de ingenios el aprovechamiento espantoso del suyo; no había causa exterior de burla, o risa que se ocasionase en actos públicos la desproporción de su talle, que le alterase un indivisible; la quietud, la serenidad del ánimo resplandecía en lo amoroso y llano de las razones sin arte con que a todos trataba, y cuando las esperanzas tan bien fundadas de sujeto tan lleno de prendas prometían la gloria de estas provincias, le llamó Nuestro Señor para la eterna del cielo; dióle una fiebre maligna que vino con los filos desnudos de mortales accidentes, y aunque la robustez, y juventud del sujeto, podía desvelar del rigor que amenazaba, el enfermo se persuadió a que era medio para alcanzar el fin de su peregrinación, y destierro en este valle de lágrimas, y cuando se empezaran a soltar como raudales las de todos los religiosos, grandes, y pequeños, y darse el pésame de tan gran pérdida, él con alegre, y placentero rostro, se daba las enhorabuenas con tan público gusto que llegó un religioso que le amaba tiernamente, y le preguntó, que de qué se hallaba tan alegre con tan grave accidente, y le respondió: —padre aunque conozco que no he dado el primer paso en el servicio de Dios, es tan grande la confianza que por quien es me ha dado de su Misericordia en perdonar mis culpas, que no

puedo disimular el gusto; con él, y tiernísimos actos de humildad, recibió todos los Santos Sacramentos. El achaque caminaba con el paso ligero, los médicos se despidieron de poderle detener, y el enfermo doblaba los deseos de verse con su Creador; no perdía punto de meditar en los gozos de aquella patria celestial, ni acto de contrición que le pudiese asegurar de sus ansias, llegó la hora, y recomendándole el alma los religiosos, él la ofreció en la llaga del costado de un Santo Crucifijo con que estaba abrazado, y de allí la trasladó al descanso, y patria de los justos, por el mes de junio año de 1558, después de cuatro años solos de religión.

FR. ALONSO DE LARREA, O.F.M.

Criollo nativo de Querétaro en donde nació hacia 1604 ó 1605. Falleció dentro de la Provincia de Michoacán después de 1649.

Lector de filosofía y teología, Definidor y primer Provincial criollo dentro de su Orden. "Historiador veraz, exacto y de estilo fluido, claro y conciso", escribió la *Crónica de la Orden de Nuestro Padre San Francisco, Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán en la Nueva España*, la cual publicó en México en 1643. Fue reimpresa en México en 1882 por *La Voz de México*.

Su *Crónica* es la primera franciscana relativa a Michoacán y una de las más completas, pese a su brevedad.

Escribió varios sermones, entre otros el *Sermón que predicó en la festividad de Santa Clara en su religiosísimo convento del pueblo de Querétaro...* México 1646, en los que se observa el barroquismo que contagió las letras novohispanas en esa centuria.

Parte de su *Crónica* reeditó, con un estudio dedicado a él y a otros cronistas de la michoacana provincia, Federico Gómez de Orozco, *Crónicas de Michoacán*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1940, XVII-212 p., ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 12).

Fuente: Fr. Alonso de Larrea, O.F.M. *Crónica de la Orden de N. Seráfico P. San Francisco, Provincia de San Pedro y San Pablo de Mechoacán en la Nueva España, compuesta por el P. Lector de Teología... de la misma Provincia*. Dedicada a N. P. Fr. Cristóbal Vaz, Ministro Provincial de ella. Año de 1639). [la ed. México por la Viuda de Bernardo Calderón 1643], México, Edición de *La Voz de México*, 1882, XV-488 p., p. 37-46.

ARTE Y CEREMONIAS DE LOS TARASCOS

Una de las cosas que comúnmente celebra este reino entre las muchas que tiene dignas de memoria, es la viveza del ingenio del tarasco; pues no sólo limita su actividad en esta o en aquella materia, si no es tan general en todas, que admira su igualdad. Y así en su política y religión antigua fue tan circunspecto, que no debió nada al establecer sus leyes a Saturno, Lysanias y Radamanto, ni al legislador Licurgo; porque así en la rectitud como en la observancia, se preció de tan severo, que reprendía a los demás con el cumplimiento

de sus leyes; con que su gobierno, repúblicas y templos, fueron los más célebres que repite hoy este Occidente. Y aun en los pocos que han quedado, se ve el antiguo esplendor de sus antepasados: porque es en ella tan nativa la circunspección, que entre todos los de esta tierra se conoce un tarasco, así en la viveza de las palabras, como en la sutileza y disposición de sus negocios. Son eminentes en todos los oficios; de tal manera que sus curiosidades han corrido a todo el mundo con el aplauso general; particularmente en la escultura son tan consumados que confiesa la fama ser la mejor de estas partes. Juntamente, son tan eminentes pintores, con tan linda gala y primor, que todas las iglesias de esta provincia están adornadas de lienzos y láminas hechas de los mismos indios, sin que tengan que envidiar el pincel de Roma. En la fundición, fueron en su antigüedad los inventores de ella; pues sin habérsela enseñado de otra parte, labraban muchas obras como mascarillas y juguetes con que tenían trato con otros reinos. Y así, después de la conquista nuestros frailes, trayéndoles maestros de todos oficios, se consumaron en la fundición, y salieron grandes oficiales de campanas, trompetas y sacabuches; y así es lo mejor de estas Provincias. En los demás oficios salieron perfectísimos con que dieron en hacer de todos géneros muy grandes empleos y atravesar toda la Nueva España; y así está asentado trato general en esta Provincia, de ropa de la tierra, jarcia y otros géneros muy corrientes y necesarios.

Aun no ha hecho pausa el orgullo de su inclinación, sino que corriendo impelida de su natural viveza, inventaron cosas tan singulares como lo han sido las de pluma, cuyo origen apunté en el cap. 6 y cuya fábrica, invención y artificio, sin hinchazón ni pompa, se llevan consigo los encarecimientos que pudiera referir en aquesta Historia. El modo de engarzar las plumas de diversos colores es, que después de haber cortado las plumas en partículas tan pequeñas que cada una parece un punto indivisible, se coje una penca de maguey, y sobre ella con cola muy bien templada, se van organizando todas las plumas, y hacen una iluminación tan vistosa, que parece niegan aquí desvanecidas las galas de su natural coordinación. Cada partícula se pone de por sí, con tanta presteza, como lo apercibe la facultad siguiendo las líneas y círculo del bosquejo sobre que se obra tan exquisito primor. Hácense de este género de iluminación de pluma, imágenes, colgaduras, adargas,

ornamentos, mitras y marlotas, con tan linda vista, que jamás la perspectiva tuvo mejor motivo para olvidar las galas de la primavera.

La pintura de Periban, hasta hoy no imitada se inventó en esta Provincia; y fuera de ser tan vistosa, el barniz es tan valiente que a porfía se deja vencer del tiempo, con la misma pieza en que está pegado, porque siendo natural en todos los colores marchitarse con el uso, perderse y despegarse con las aguas calientes, con los golpes y trasiegos, este de Michoacán no se rinde ni marchita con el tiempo, sino que se hace tan de una pasta con la madera o vaso que dura lo mismo que él. Lo primero que se hace es dar el primer barniz, y dado, seco y dispuesto se abren las labores a punta de acero o buril, dibujando las figuras, misterios o países que quieren, y después van embutiendo los colores, con la división, proporción y correspondencia que ha menester la obra. Hacen excelentes escritorios, cajas, baúles y cestones, tecomates y vasos peregrinos, bateas, jicaras y bufetes, con otras muchas curiosidades.

También son los que dieron al cuerpo de Cristo Señor Nuestro la más viva representación que han visto los mortales. Y si no díganlo las hechuras de los Cerdas, cuyo primor en alas de la fama, llegó primero a gozar la estimación en toda la Europa que los encarecimientos de esta humilde historia. Y aunque el ejemplar de la efigie lo tuvieron los tarascos, (claro está) de los ministros evangélicos, el hacerla de una pasta tan ligera y tan capaz para darle el punto, ellos son los inventores. Porque cogen la caña del maíz y le sacan el corazón, que es a modo de corazón de cañaja, pero más delicado, y moliéndolo, se hace una pasta con un género de engrudo que ellos llaman tatzingueni, tan excelente, que se hacen de ella las famosas hechuras de Cristos de Michoacán, que fuera de ser tan propios y con tan lindos primores, son, tan ligeros que siendo de dos varas, al respecto pesan lo que pesaran siendo de pluma y así han sido y son las hechuras más estimadas que conocen. Y entre todas estas grandezas tienen también su lugar el haberse hecho por tarascos algunos órganos, todos de palo, con flautas y misturas sin que ellos haya más que maderas, con tan lindas voces, como el mejor de estaño; como se ven hoy algunos en esta Provincia, admirando el oírlos con tan lindas consonancias.

El modo que observó el tarasco en la oblación de sus sacrificios, fue el ordinario que guardaron todos los indios en sus reinos y ofrecerlos al dios cuyo auxilio imploraban. Si de fuego, agua y buenos temporales, de cada cosa de estas tenían su titular, y a él le hacían deprecación, la cual se hacía en la cumbre de un monte, donde tenían al principal ídolo; y barrido, limpio, y dispuesto todo el lugar que ocupaba de él (atrio triste de tan infernal costumbre), se abrían por mitad del pecho los miseros sacrificados, y sacándoles los corazones calientes los ofrecían.

El ídolo principal y único (que no tuvieron otro los tarascos) estuvo en el pueblo de Tzacapu, metrópoli de Michoacán y matriz de su grandeza, como Roma de todo el mundo; cuyo templo estaba en la cima de un monte, que sus faldas vienen a ser vecinas del mismo pueblo. En este templo estaba el sumo sacerdote, a quien, del rey abajo, veneraban con tan gran respeto, que jamás se permitió que hubiese otros inferiores: porque tan grande dignidad, con hacerla común, llegara a no ser estimada de la plebe, que es la que de ordinario profana lo soberano del sacerdocio. Y así el sumo sacerdote Curicaveri (que así se llamaba) era tan venerado que el rey le vistaba y hablaba de rodillas visitándole cada año, y el vistarle era irle a pagar las primicias, y después del rey iban haciendo, lo mismo los grandes señores, y tras éstos los demás del reino, conforme el posible de cada uno.

El modo que se guardaba en la oblación de las provincias era que el rey (a quien el mexicano llamó el gran Calzontzi, que quiere decir el calzado con cacle, porque siendo costumbre que todos los reyes tributarios al emperador, en señal de su obediencia, se descalzasen para verle, el de Michoacán, como no fue su tributario, ni su inferior, se calzaba como él, y así le llamaban el gran Calzontzi) para ofrecer la primicia, Llegado el tiempo salía de su palacio de la ciudad de Tzintzuntzan y se embarcaba en su gran laguna y caminando al pueblo de Tzirindaro, que son dos leguas de navegación se desembarcaba en él y de aquí a donde estaba el sumo sacerdote, que son cinco leguas, las caminaba por una calzada de piedra admirable, que hoy se ve limpia y aseada como hecha solo para los pueblos reales. Llegado, besaba de rodillas la mano del gran sacerdote, y ofrecíale las primicias en donativos como de su real grandeza. Y luego sacrificaba al ídolo lo que les parecía en señal de rendimiento, reconociendo en

él la autoridad de su dios, y en el sumo sacerdote la misma, como quien estaba en su lugar. Tras el rey, se iban siguiendo los señores, caballeros y demás estados, ofreciendo cada uno según el posible de su caudal.

El ídolo era grandísimo y con particulares adornos, ceremonias del engaño e ilusiones del demonio con que los tenía tan ciegos, que de cada joya colgaban racimos de condenados, que eran los que morían en sacrificio de su falsedad. En la desolación de esta idolatría quedó enterrado en la cumbre donde estaba, y con las presuras del acabamiento todas sus joyas y ornamentos, quedaron sembrados por aquel espacio. Un vecino del mismo pueblo, movido de este cuidado y llevado de la curiosidad se fue a la cumbre, templo famoso de este dios y vagueando su contorno halló tres platoncillos de plata, como unas patenas, aunque mayores, labrados con el primor de ellas, y según algunas tradiciones, eran los que tenía el ídolo en las orejas y narices: el sentido y significación no se sabe. Y de este ejemplar usaron generalmente los tarascos: agujerarse las orejas y las narices lo cual hacían en Araró que significa lo mismo. El cual lugar, que es el de unos baños calientes, está junto al pueblo de Tzinapécuaro, donde se hacían otros muy particulares que por faltar con el tiempo las relaciones no los escribo: solo me contento con referir la veneración del tarasco al sumo sacerdote, la frecuentación del templo y puntualidad en pagar las primicias a su dios a quien juzgaban por autor y principio de sus bienes.

ANTONIO DE SOLIS Y RIVADENEYRA

Nació en Alcalá el 18 de julio de 1610, falleció en Madrid el 19 de octubre de 1686.

Estudió humanidades en las célebres universidades de Alcalá y de Salamanca. Ocupó en la Corte un alto puesto y en 1661 el de Cronista Mayor de las Indias. En su juventud compuso una comedia: *Amor y obligación*, y posteriormente *Eurídice y Orfeo* y otras más. Como cronista escribió su *Historia de la Conquista de México* "destinada a granjearle por sus méritos nombradía excepcional", así como otros trabajos de menor renombre.

Los estudios más destacados acerca de este notable escritor son los de Enriqueta López Lira, *La Historia de la Conquista de México de Don Antonio de Solís*, en *Estudios de Historiografía de la Nueva España*, México, El Colegio de México, 1945, 329 p., pp. 163-189 y de ella misma; "La Conquista de México y su problema historiográfico", en *Revista de Historia de América*, México, 1944, No. 18, pp. 307-333, De Alfonso Reyes tenemos, *Solís el historiador de México*, en *Capítulos de literatura española*, (primera serie), México, La Casa de España en México, 1939, y principalmente el completísimo y nítidamente escrito de Luis A. Arocena, *Antonio de Solís, Cronista Indiano. Estudio sobre las formas historiográficas del Barroco*, Buenos Aires, Arg., Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1963, 526 p., ils. (Biblioteca de América), quien proporciona la mejor información, crítica y bibliográfica de ese autor.

Fuente: Antonio de Solís. *Historia de la Conquista de Méjico*. México-Buenos Aires, Espasa Calpe, S. A., 1947. 457 p. (Colección Austral), p. 97-100.

EL AYUNTAMIENTO DE VERACRUZ

El día siguiente por la mañana se juntó el ayuntamiento con pretexto de tratar algunos puntos concernientes a la conservación y aumento de aquella población, y poco después pidió licencia Hernán Cortés para entrar en él a proponer un negocio del mismo intento. Pusiéronse en pie los capitulares para recibirle, y él haciendo reverencia a la villa, pasó a tomar el asiento inmediato al primer regidor, y habló en esta sustancia o poco diferente.

Ya, señores por la misericordia de Dios, tenemos en este

consistorio representada la persona de nuestro rey, a quien debemos descubrir nuestros corazones, decir sin artificio la verdad, que es el vasallaje en que más le reconocemos los hombres de bien. Yo vengo a vuestra presencia, como si llegara a la suya, sin otro fin, que el de su servicio, en cuyo celo me permitiréis la ambición de confesarme vuestro inferior. Discurriendo estáis en los medios de establecer esta nueva república; dichosa ya de estar pendiente de vuestra dirección. No será fuera de propósito que oigáis de mí lo que tengo premeditado y resuelto, para que no caminéis sobre algún presupuesto menos seguro, cuya falta os obligue a nuevo discurso y nueva resolución. Esta villa, empieza hoy a ofrecer el abrigo de vuestro gobierno, se ha fundado en tierra no conocida y de grande población, donde no se han visto ya señales de resistencia, bastantes para creer que nos hallamos en una empresa dificultosa, donde necesitaremos igualmente del consejo y de las manos; y donde muchas veces habrá de proseguir la fuerza lo que empezare y no consiguere la prudencia. No es tiempo de máximas políticas, y de consejos armados. Vuestro primer cuidado debe atender a la conservación de este ejército que os sirve de muralla, mi primera obligación es advertiros que no está hoy como debe, para fiarle nuestra seguridad y nuestras esperanzas. Bien sabemos que yo no gobierno el ejército, sin otro título que un nombramiento de Diego Velázquez, que fue con poca intermisión escrito y revocado. Dejo aparte la sin razón de su desconfianza, por ser de otro propósito, pero no puedo negar que la jurisdicción militar, de que tanto necesitamos, se conserva hoy en mí contra la voluntad de su dueño, y se funda en un título violento, que trae consigo mal disimulada la flaqueza de su origen. No ignoran este defecto los soldados, ni yo tengo tan humilde el espíritu, que quiera mandarlos con autoridad escrupulosa; ni es el empeño en que nos hallamos para entrar en él con un ejército que se mantiene más en la costumbre de obedecer, que en la razón de obediencia. A vosotros, señores, toca el remedio de este inconveniente; y el ayuntamiento, en quien reside hoy la representación de nuestro rey, puede en su real nombre proveer el gobierno de sus armas, eligiendo persona en quien no concurrían estas nulidades. Muchos sujetos hay en el ejército capaces de esta ocupación, y en cualquiera que tenga otro género de autoridad, que la reciba de vuestra mano, estará mejor empleado. Yo desisto desde luego

del derecho que pudo comunicarme la posesión, y renunció en vuestras manos el título que me puso en ella, para que discutiérais con todo el arbitrio en vuestra elección, y puedo aseguraros, que toda mi ambición se reduce al acierto de nuestra empresa; y que sabré, sin violentarme, acomodar la pica en la mano que deja el bastón; que si en la guerra se aprende el mandar obedeciendo, también hay casos en que el haber mandado enseña a obedecer. Dicho esto arrojó sobre la mesa el título de Diego Velázquez, besó el bastón, dejándole entregado a los alcaldes, se retiró a su barraca. No debía de llevar inquieto el ánimo con la certidumbre del suceso, porque tenía dispuestas las cosas de manera, que aventuró poco en esta resolución; pero no carece de alabanza la hidalguía del reparo, y el arte con que apartó de sí la debilidad o menos decencia de su autoridad. Los capitulares se detuvieron poco en su elección, porque algunos tendrían meditado lo que habían de proponer, y otros no hallarían qué replicar. Votaron todos que se admitiese la dejación de Cortés; pero que se le debía obligar a que tomase de nuevo a su cargo el gobierno del ejército, dándole su título la villa en nombre del rey, por el tiempo y en el ínterin que su majestad otra cosa ordenase; y resolvieron que se comunicase al pueblo la nueva elección, para ver cómo se recibía, o porque no se dudaba de su beneplácito. Convocóse la gente a voz del pregonero, y publicada la renunciación de Cortés y el acuerdo del ayuntamiento, se oyó el aplauso que se esperaba o el que se había prevenido. Fueron grandes las aclamaciones y el regocijo de la gente: unos victoriaban al ayuntamiento por su buena elección; otros querían a Cortés, como si se le negaran; y si algunos eran de contrario sentir, o fingían contento a voces o cuidaban de que no se hiciese reparar el silencio. Hechas estas diligencias partieron los alcaldes y regidores llevando tras sí la mayor parte de aquellos soldados, que ya representaban el pueblo, a la barraca de Hernán Cortés, y le dijeron o notificaron que la Villa Rica de la Veracruz, en nombre del rey don Carlos, con sabiduría y aprobación de sus vecinos en consejo abierto, le había elegido y nombrado por gobernador del ejército de la Nueva España; y en caso necesario le requería y ordenaba que se encargase de esta ocupación, por ser así conveniente al bien público de la villa, y al mayor servicio de su majestad.

Aceptó Hernán Cortés con grande urbanidad y estimación

el nuevo cargo, que así le llamaba, para diferenciarle hasta en el nombre del que había renunciado; y empezó a gobernar la milicia con otro género de seguridad interior, que hacía sus efectos en la obediencia de los soldados.

Sintieron esta novedad con grande imprudencia los dependientes de Diego Velázquez, porque no se ajustaron a disimular su pasión, ni supieron ceder a la corriente cuando no la podían contrastar. Procuraban desautorizar al ayuntamiento, y desacreditar a Cortés, culpando su ambición y hablando con desprecio de los engañados que no la conocían. Y como la murmuración tiene oculto el veneno, y no sé qué dominio sobre la inclinación de los oídos, se hacía lugar en las conversaciones; y no faltaba quien la escuchase y procurase adelantar. Hizo lo que pudo Hernán Cortés para remediar en los principios este inconveniente, no sin recelo de que se llevase tras sí a los inquietos, o perturbase a los fáciles de inquietar. Tenía ya experimentado el poco fruto de su paciencia, y que los medios suaves le producían contrarios efectos; poniendo el daño de por calidad; y así determinó valerse del rigor, que suele ser más poderoso con los atrevidos. Mandó que se hiciesen algunas prisiones, y que públicamente fuesen llevados a la armada y puestos en cadenas Diego de Ordaz, Pedro Escudero y Juan Velázquez de León. Puso grande terror en el ejército esta demostración, y él trataba de aumentarle, diciéndolo con entereza y resolución, que los prendía por sediciosos y turbadores de la quietud pública; y que había de proceder contra ellos hasta que pagasen con la cabeza su obstinación: en cuya severidad, o verdadera o afectada, se mantuvo algunos días, sin llegar a lo estrecho de la justicia; porque deseaba más su enmienda que su castigo. Estuvieron al principio sin comunicación, pero después se la concedió dando a entender que la toleraba; y se valió mañosamente de esta permisión para introducir algunos de sus confidentes, que procurasen reducirlos y ponerlos en razón, como lo consiguió con el tiempo, dejándose desenajar tan autorizadamente, que los hizo sus amigos, y estuvieron a su lado en todos los accidentes que se le ofrecieron después.

FR. DIEGO LOPEZ COGOLLUDO, O.F.M.

Nació en Alcalá de Henares entre 1610 y 1615. Murió en Mérida de Yucatán hacia 1665. Escribió la *Historia de Yucatán*.

Llegó a Yucatán en 1634. Aprendió bien el maya y conoció bien las costumbres de los indios.

Fue lector de Teología, Guardián y Provincial de su Orden. Estudió a fondo los archivos de la Península para formar sus escritos.

Se ha ocupado de él, en un trabajo casi exhaustivo, J. I. Rubio Mañé, en el prólogo a la reedición de su obra en 1957, que utilizamos y quien también da óptima bibliografía. Su *Historia de Yucatán* la compuso entre 1647 y 1656, habiéndola publicado en Madrid el año de 1688 el Padre Fray Francisco Ayeta. La segunda edición debióse a Justo Sierra O'Reilly, quien la hizo imprimir en Campeche en 1842. Después de Sierra, la obra fue editada en 1867, y la última en 1957. De su autor se han ocupado, además de Sierra, don Eligio Ancona en su *Historia de Yucatán*, 4 v., Mérida, 1878-1880; don Crescencio Carrillo y Ancona en su *Historia Antigua de Yucatán*, Mérida, 1883, y en su *Obispado de Yucatán*, Mérida 1895; Gustavo Martínez Alomía en *Historiadores de Yucatán*, Campeche, 1906, así como Carlos R. Menéndez, "La Segunda edición de la Historia de Yucatán por López Cogolludo", en *Divulgación Histórica*, Vol. II, No. 7, 1942, p. 367-370.

Fuente: Fray Diego López Cogolludo, O.F.M. *Historia de Yucatán*. Prólogo de J. Ignacio Rubio Mañé. 5a. ed., 2 v. México, Editorial Academia Literaria, 1957. (Colección de Grandes Crónicas Mexicanas 3.) I-185-188.

CALENDARIO Y COSTUMBRES DE LOS MAYAS

En tiempo de su infidelidad tenían los indios de Yucatán libros de cortezas de árboles, con un betún blanco, y perpetuo, de diez y doce varas de largo, que le cogían doblándolos como un palmo. En estos pintaban con colores la cuenta de sus años, las guerras, inundaciones, huracanes, hambres y otros sucesos. Por uno de ellos, que quitó el doctor Aguilar a unos idólatras, supo que a una peste antigua llamaron Mayacimil, y a otra Ocna Kuchil, que quiere decir muertes repentinas, y tiempos en que los cuervos se entraron a comer los cadáveres en las

casas. A la inundación, o huracán llamaron Hunyecil, anegación de árboles.

Contaban los años con trescientos y sesenta y cinco días, divididos por meses de a veinte días, correspondiendo a los nuestros por este orden. A doce de enero llamaban Yaax; desde primero de febrero Zac, desde veinte y uno Ceb; desde trece de marzo, Mac; desde dos de abril, Kan Kin; desde veinte y dos de abril Muan; desde doce de mayo, Paax; desde primero de junio Kayab. El mes Cum Ku comenzaba a veinte y uno de junio; el de Vayeab a once de julio, y por otro nombre le llamaban Vtuz Kin, y también Vlobol Kin, que quiere decir tiempo mentiroso, tiempo malo, porque caían en él los cinco días, que faltan para la cuenta, los cuales tenían por tan malos, como diré luego; a diez y siete de julio comenzaba el mes llamado Poop. A seis de agosto el de Voo. A veinte y seis de agosto el de Clip. A quince de septiembre el de Zeec. En octubre el de Xul. En noviembre el de Yax Kin. En diciembre el de Mool, y el de Cheen terminaba en once de enero. Por esta cuenta repartían el año en diez y ocho meses, pero comenzaba su año nuevo en nuestro julio, a diez y siete. Los cinco días que faltaban para cumplir los trescientos y sesenta y cinco, llamábanlos los días sin nombre. Teníanlos por aciagos, decían, que en ellos sucedían muertes desastradas y súbitas: picaduras, y mordeduras de víboras y animales fieros y ponzoñosos, riñas y disensiones, y en especial tenían por peor al primero. En ellos procuraban no salir de sus casas, y así se proveían de lo necesario para no tener que ir en ellos al campo ni a otra parte. Frecuentaban más en estos días sus ritos gentilicios, rogando a sus ídolos los librasen de mal en aquellos días peligrosos, y les diesen buen año siguiente, fértil y abundante, y estos días tan temidos eran el doce, trece, catorce, quince y diez y seis de nuestro julio. Todos los días de el mes tenían su nombre propio, que dejo de decir, por parecerme prolijidad.

Por esta cuenta sabían los tiempos en que habían de rozar los montes, y quemar las rosas, esperar las aguas, sembrar su maíz, y otras legumbres, teniendo para esto sus proverbios. Los primeros religiosos (dice Aguilar) santos, y verdaderos viñadores de Jesucristo, procuraron desterrar esta cuenta, entendiendo era supersticiosa, y no aprovechó, porque los más la saben. Que comunicó esto con un gran reli-

gioso Varón Apostólico, llamado el Padre Solana, y con otro no menos, llamado Fr. Gaspar de Naxera, grandes ministros y predicadores, que sentían no ser perjudicial para la cristiandad de los indios; pero el padre Fuensalida dice en su relación tratando de estas cuentas antiguas: "Valiera más, y fuera mejor, que no las entendieran, y supieran de los antiguos, porque se han hallado en sus idolatrías, que hacen los que apostatan de nuestra santa fe católica, adorando al demonio en millares de ídolos, que se han hallado en esta provincia, etc." Pero usar mal de ellas no parece que convence ser intrínsecamente malas.

Contaban sus eras, y edades, que ponían en sus libros de veinte en veinte años y por lustros de cuatro en cuatro. El primer año fijaba en el oriente, llamándole Cuchhaab, el segundo en el poniente llamado Hijx; el tercero en el Sur, Cavac; y el cuarto Muluc en el norte, y esto les servía de letra dominical. Llegando estos lustros a cinco, que ajustan veinte años, llamaban Katún, y ponían una piedra labrada sobre otra labrada, fijada con cal, y arena en las paredes de sus templos, y casas de los sacerdotes, como se ve hoy en los edificios que se ha dicho, y en algunas paredes antiguas de nuestro Convento de Mérida, sobre que hay unas celdas. En un pueblo llamado Tixualhtun, que quiere decir lugar, donde se pone una piedra labrada sobre otra, dicen que estaba el archivo, recurso de todos acaecimientos, como en España lo es el de Simancas.

El común lenguaje de ellos para contar sus años, era por estas edades, o Katunes, como para decir tengo sesenta años, esto es tres piedras; para setenta, tres y media, o cuatro menos media. Por donde se conoce no eran demasíadamente bárbaros, pues vivían con toda esta cuenta, que se dice era ciertísima, tanto, que con ella no sólo tenían certidumbre del suceso, pero del mes y día en que pasó.

Por autoridad, y por gala se fajaban con ciertas lancetas que usaban de piedra, los pechos y brazos y muslos hasta sacarse sangre, y en las heridas echaban una tierra negra, o carbón molido. Cuando sanaban de ellas, quedaban las cicatrices con figuras de águilas, sierpes, aves y animales que habían dibujado con las lancetas y se horadaban las narices. Por estar así pintado Guerrero, el español cautivo, no quiso ir a la presencia de Don Hernando Cortés, cuando fue Gerónimo de Aguilar, Los Cupules, que son los del territorio de la Villa de Valladolid, lo usaron mucho.

En su gentilidad y ahora, bailan y cantan al uso de los mexicanos y tenían y tienen su cantor principal, que entona y enseña lo que se ha de cantar, y le veneran y reverencian, dando asiento en la iglesia, en sus juntas, y bodas. Llámánle Holpop, a cuyo cargo están los atabales, o Tuncules, y instrumentos de música, como son flautas, trompetillas, conchas de tortuga, y otros de que veían. El Tuncul es de madera hueco, hay algunos tan grandes, que se oyen a distancia de dos leguas en la parte a que corre el viento. Cantan en ellos fábulas, y antiguallas suyas, que se podrían reformar, si bien los religiosos lo han hecho en muchas partes, dándoles historias de Santos, y de algunos misterios de la fe, para que canten por lo menos en los bailes públicos de Pascuas, y festividades, con que olviden lo antiguo.

Tenían y tienen farsantes, que representan fábulas, y historias antiguas, que tengo por cierto sería bien quitárselos, por lo menos las vestiduras con que representan, porque según parece son como las de sus sacerdotes gentiles, que cuando no haya otro mal más que conservarse en ellos aquella memoria, parece muy perniciosa, y más siendo inclinados a idolatría, y que en ella los usan, siempre me han parecido mal, cada uno tendrá su dictamen, conforme más o menos haya hecho el reparo. Son graciosos en los motes, y chistes que dicen a sus mayores, y jueces; si son rigurosos, ambiciosos, avarientos, representando los sucesos que con ellos les pasan, y aún lo que ven a su ministro doctrinero, lo dicen delante de él, y a veces con una sola palabra. Pero quien los hubiere de entender, necesita ser gran lengua, y estar muy atento. Son más peligrosas estas representaciones, cuando se hacen de noche en sus casas, porque sabe Dios lo que allí pasa, y por lo menos muchas paran en borracheras. Llaman a estos farsantes Balzam, y por metáfora con este nombre al que es decidor, y chocarrero, y remedan en sus representaciones a los pájaros.

Hacían, y hacen sus bodas, y banquetes en los desposorios, gastando muchos pavos y pavas que crían todo un año para un día. Los que salen de alcaldes hacen también convite a los que entran, pena de infames y en la noche de la elección hay grandes borracheras.

Los indios de esta tierra eran y son muy diestros con arco y flecha, y así son grandes cazadores y crían perros con que cogen venados, jabalíes, tejones, tigres, algunos leones peque-

ños, conejos, armados, iguanas y otros animales; flechan pavos reales, unas aves que llaman faisanes y otras muchas.

Son al presente grandes imitadores de todas las obras de manos que ven hechas y así aprenden todos oficios con facilidad y hay muchos en sus pueblos de más de los que asisten en la ciudad y villas, grandes oficiales de herreros, cerrajeros, freneros, zapateros, carpinteros, ensayadores, escultores, silleros, oficiales que hacen muy curiosas obras de concha, albañiles, canteros, sastres, pintores, zapateros y así de los demás. Lo que causa admiración es que hay muchos indios que trabajan en cuatro y seis y más oficios de estos (como los españoles suelen en uno solo) con que se sustentan, y a veces con herramientas, e instrumentos, que da risa verlos, pero con la flema, que casi con natural tienen en el trabajar, suplen su falta, y sacan buenas las obras, que las dan más baratas, que los españoles, con que los que llegan oficiales a Yucatán, pasan mal con sus oficios, y así hay pocos de ellos y buscan otro modo de vivir.

Visten ropas de algodón blanquísimo, de que hacen camisas, y calzones, y unas mantas como de vara y media en cuatro, que llaman tilmas, o ayates. Sírvenles de capas cogiendo las dos esquinas sobre el hombro, con un nudo, o cinta; si bien muchísimos las usan de lana tejida algo basto, y aún muchos de telas, que se traen de Castilla, y aun de damascos, y otras sedas. Usan algunos jubones, y muchos traen zapatos, y alpargatas; lo ordinario es andar descalzos, especialmente en sus casa y campos, si no es algunos caciques y principales y lo mismo es las mujeres. Los más de los varones traen sombreros de paja, o palma, y muchos los compran ya de traje de fieltro. Las mujeres usan de huipiles, que es una vestidura, que coge desde la garganta hasta la media pierna, con una abertura en lo superior por donde entra la cabeza, y otras dos por lo superior de los lados por donde salen los brazos, que quedan cubiertos más de hasta la mitad, porque no se ciñe al cuerpo esta ropa, que también les sirve de camisa. Desde la cintura hasta el pie traen otra ropa, que llaman Pic, y es como naguas, o fustanes, que caen debajo de la vestidura superior; las más de estas son labradas, y tejidas con hilo azul, y colorado que las hacen vistosas. Si una española se viste de este traje, es en ella muy lascivo. Las indias pequeñas, que se crían con las españolas, salen grandes lavande-

ras, costureras y punteras, y así hacen obras de mucho precio y estimación.

Para los domingos y fiestas, cuando van a misa, y cuando se han de confesar, tienen así varones, como mujeres, sus vestidos más limpios y aseados que guardan para esto. Otras costumbres y cosas suyas se conocerán por las leyes que se les han dado para remediarlas, que se refieren en el libro quinto siguiente.

Su comida ordinaria es de poco sustento al parecer, porque comen pocas veces carne; lo ordinario es sustentarse con sus legumbres, frutas y diversas bebidas que hacen del maíz. Son de muchas fuerzas, para sustentarse con mantenimientos tan débiles; de buena corpulencia, aunque muy enemigos del trabajo, y dados a la ociosidad; bien apestados de color trigueño, como los demás indios. Son muy amigos de comer pescados.

Hubo indios en tiempos pasados de mayores cuerpos que los ordinarios, y que se hallaron en sepulcros de esta tierra, de estatura como gigantes. El año de mil y seiscientos y cuarenta y siete, junto al pueblo de Vecal en el camino real de Campeche, mandando el padre Fr. Juan de Carrión (hoy comisario provincial para el Capítulo General próximo) hacer una ramada para un recibimiento, cavando para poner los palos con que se hace, dieron con la barreta en una sepultura muy grande, hecha de lajas una sobre otra, sin curiosidad alguna. Los indios huyeron de ella y fueron a llamar al padre, que llegando les mandó sacasen lo que en ella había. Los indios no quisieron, diciendo les era vedado tocar a cosa alguna de aquellas, con que el religioso, ayudándole un muchachuelo, sacó unos huesos de hombre de estatura formidable. Había en la sepultura tres cajetes grandes de barro finísimo, con tres bolas huecas, cada uno en lugar de pies, y un bote de piedra negra, que parecía jalpe. Quebró los huesos, y los arrojó haciendo macizar el vacío, y reprendiendo a los indios la superstición de no querer tocar aquello, diciendo les era vedado. Sucedió esto el mes de septiembre de aquel año.

FRAY AGUSTIN DE BETANCUR O VETANCOURT

Criollo nacido en México el año de 1620 y ahí fallecido hacia 1700, cuando pasaba de los ochenta años de edad.

Catedrático de filosofía, teología y gran lengua mexicana. Fue cura de la Parroquia de San José. Escribió: *Arte para aprender la lengua mexicana* (1673); *Luz para saber andar las estaciones de la Vía Sacra...* traducido en lengua mexicana, y el cual fue varias veces editado, *Sermones*, en náhuatl, *Vida de San José y San Juan Bautista* (en náhuatl), *Manual para administrar los sacramentos* (1674); *Vida de San Antonio de Padua* (1682), *Elogio fúnebre de la reina doña María de Austria* (1696), *Oración pronunciada en celebridad de la Bula de Inocencio XI a favor de la Congregación de los Be-lemitas* (1697), *Cronografía Sacra* (1696). Su obra más famosa es el *Teatro Mexicano: descripción breve de los sucesos exemplares, históricos, políticos y religiosos del Nuevo Mundo Occidental de las Indias*, publicado en 1698. Una parte de esta misma obra la imprimió en 1697 con el título *Crónica del Santo Evangelio de México*, la cual acompañó de un *Menologio franciscano de los varones más señalados que con sus vidas exemplares ilustraron la Provincia del Santo Evangelio de México*.

Su obra, rica en información de primera mano, sigue en cuanto a su estructura a la de Torquemada, siendo más ligera y concisa. El *Teatro Mexicano* ha sido reeditado en Madrid, 1960 dentro de cuatro volúmenes de la Colección Chimalistac de libros y documentos acerca de la Nueva España que editaba nuestro llorado amigo José Porrúa. Acerca de su obra, Román Beltrán, "Fr. Agustín de Vetancurt. Arte de lengua mexicana" *BBSHCP*, No. 22, 11 dic. 1954, p. 4.

Fuente: Fr. Agustín de Betancourt (o Vetancurt), O.F.M. *Crónica de la Provincia del Santo Evangelio de México*. Cuarta parte del *Teatro Mexicano*. 4 v., México, Imprenta de I. Escalante, 1871. III-3-17.

LA LLEGADA DE LOS MISIONEROS

Tuvo principio la Provincia del Santo Evangelio el año de 1524 con la venida de los doce miembros fundadores religiosos de la regular observancia de los frailes menores de nuestro Padre San Francisco, que con letras patentes del reverendísimo padre fray Francisco de los Angeles, ministro general de toda la Orden, que después fue Cardenal, de la casa del conde

de Luna, por otro nombre de Quiñones, y con dos favorables breves apostólicos concedidos: el uno por Leon X, año de 521, que habla con fray Juan Clapion y con el reverendísimo fray Francisco de los Angeles, que estuvo nombrado para venir y se lo impidió la elección de su persona en general; y el otro breve de Adriano VI a instancia del invictísimo emperador Carlos V, año de 522, en que su Santidad les concede su autoridad omnímota —in utroque foro— cuanta pareciere convenir para la conversión de los naturales y manutención de la fe católica.

Salieron trece religiosos: fray Martín de Valencia, legado apostólico y prelado; fray Martín de la Coruña, alias de Jesús; fray Francisco de Soto; fray Antonio de Ciudad-Rodrigo; fray Toribio de Benavente; fray Juan de Rivas; fray García de Cisneros; fray Juan Juárez (a quien llaman Gonzaga en el convento de Belbis fray Alonso); fray Luis de Fuensalida; fray José de la Coruña; fray Francisco Jiménez, corista; fray Bernardino de la Torre, y fray Andrés de Córdova, lego: los primeros once profesos en la Provincia de Santiago, que se habían pasado de la fundación de la Recolectión a la Provincia de San Gabriel. Salieron del convento de Santa María de los Angeles, primer convento de la Provincia de San Gabriel, y fueron al de Belbis a despedirse y por algunas cosas necesarias para el viaje: llegaron a Sevilla tres días antes de la Concepción, donde la víspera llegó el general de la Orden, despacharon a fray José de la Coruña por algunos despachos y se quedó el religioso lego. Fray Bernardino se excusó de venir, y en su lugar hicieron elección de otro, que era portero en el convento de Sevilla, fray Juan de Palos, porque hubiese en aquel apostolado otro Matías en la subrogación de persona para llenar el número. De allí, recibida la bendición, se fueron a San Lúcar, donde el marte 25 de Enero (día de la conversión de San Pablo) se embarcaron; que si venían a convertir almas y eran vasos de elección que traían el nombre de Cristo para dilatar su fe, había de ser tal día.

Llegaron a la Isla de la Gomera viernes 4 de Febrero, donde fueron de la condesa regaladas, cantaron el sábado misa de nuestra Señora y comulgaron todos los que iban, y volvieron a embarcarse. Llegaron a Puerto Rico a 3 de Marzo, donde estuvieron diez días, y a 13 (en que cayó la dominica in passione) se embarcaron. Llegaron a Santo Domingo de la Isla Española, miércoles santo, a 23 de Marzo, y por el santo

tiempo estuvieron hasta mediados de Abril. Embarcáronse y llegaron a fin de Abril a Cuba al puerto de la Trinidad, donde pasados tres días se embarcaron y llegaron al puerto de San Juan de Ulúa, víspera de la vigilia de la Pascua de Espíritu Santo, en 23 de Mayo, y por esto dice el ilustrísimo Gonzaga que tuvo su principio esta provincia en la vigilia —vigiliae— del Espíritu Santo. ¡Feliz, pues si salieron día de la Conversión del Doctor de las Gentes, llegan día en que bajó el Espíritu Santo sobre las apostólicas cabezas en forma de lenguas para que predicasen por el mundo! Luego que el invicto Cortés tuvo la nueva, despachó orden para que se les diese por el camino lo necesario.

Pasaron por Tlaxcala, y viendo el día de feria tanta gente, dieron gracias a Dios de que les pusiese delante tan copiosa mies, y no pudiendo predicarles en su idioma, por señas mostrándoles el cielo, les daban a entender que venían para encaminarlos a la gloria. Admiraban los naturales el traje pobre, viéndolos rotos y descalzos, distinto del traje de los soldados españoles, y decían Motolinía: oyendo repetirlo tantas veces preguntó lo que quería decir, y sabiendo que quería decir pobre, Fr. Toribio de Benavente trocó su nombre por Motolinía. Salieron de Tlaxcala para México a pie, como habían venido, acompañados de muchos nobles, que ya eran cristianos; y salió con todos los capitanes y principales de México el católico Cortés a recibir a los venerables padres: encontrólos en la calzada, y al punto, hincado de rodillas, besó la mano al venerable padre fray Martín de Valencia, y a cada uno de por sí; lo mismo hicieron los capitanes y principales (acto de pechos católicos), y volviéndose a los naturales, por su intérprete les dijo: Aunque yo estoy en nombre del emperador, gobierno los cuerpos; pero estos padres vienen en nombre de la cabeza de la Iglesia, que gobierna las almas con autoridad del mismo Dios que adoramos para encaminarlas a su gloria: todo lo que los padres mandaren obedeceréis, y yo he de ser el primero que los obedezca. Acción que se pareció a la que hizo en el convento de Tezcuco, donde habiendo azotado a uno de los principales por faltar a misa, se alborotaron los demás, y el católico Cortés concertó con el padre que tardándose a la misa lo enviase a llamar y lo despojase y azotase, como sucedió, que presentes todos lo hizo despojar y se dejó azotar Cortés del religioso en las espaldas: no echaría Dios a las espaldas el mérito de acción

tan cristiana: hoy está el tiempo tal, que si un ministro azota a cualquiera, con oprobios y vilipendios lo azotan; y si no tiene quien le haga espaldas, le castigan con reprensiones, porque tienen los indios quien les haga, para salirse con sus maldades, espaldas.

Después de quince días de llegados, que fue su llegada a 23 de Junio, juntó a Capítulo el venerable padre fray Martín de Valencia, y día de la Visitación de Nuestra Señora hicieron diez y siete religiosos elección de Custodio: salió con todos los votos el venerable padre fray Martín de Valencia: pusieronle por nombre la Custodia del Santo Evangelio, resucitando este soberano título la provincia de San Gabriel cuando se erigió en custodia el año de 1500 por concesión de Alejandro VI, hecha al venerable padre fray Juan de Guadalupe, hasta que el año de 519 se erigió en provincia con el título de San Gabriel, porque el reverendísimo comisario general ultramontano se llamaba fray Gabriel María: hizo una plática llena de espíritu, en que les significó que debían dar gracias a Dios por haberles elegido por predicadores apostólicos en la conversión de un nuevo mundo; que la predicación se había de acompañar con guardar en la obra lo que predicaban con palabra, guardando a Dios Nuestro Señor la fidelidad divina de predicadores de su Evangelio.

Después de la elección de prelado, siguiendo la doctrina del Evangelio y mando de Cristo Nuestro Señor que a sus apóstoles sagrados ordenó, se dividieron de cuatro en cuatro. Unos a Tezcucó, que tenía cerca de treinta mil vecinos sin las provincias que estaban a aquel reino sujetas. Otros a Tlaxcala, que tendría con sus sujetos cerca de doscientos mil, y otros a Huexotzinco, que tendría más de ochenta mil, quedándose con tres compañeros el venerable fray Martín en México: de estas cuatro primeras casas acudían a las cuatro partes de la Nueva España los primeros obreros, que habiendo comunicado entre sí la manera de doctrinar, se despidieron unos de otros con lágrimas de ternura para la parte que les cupo. Fueron bien recibidos en todas estas partes, y lo primero que hicieron fue hacer traer a las tiernas plantas de los niños, para que, como más desembarazados, aprendiesen las oraciones y se aficionasen desde luego al yugo evangélico, acordándose de lo que el espíritu Santo dice: *Bonum est Viro si portaverit iugum ab adolescentia sua.*—A la gente grande les hacían ju-

gar en patios grandes, donde en latín les hacían persignar y rezar las oraciones: de allí acudían a los pueblos comarcanos, hacían juntar todos los niños y los tenían en la casa donde se hospedaban: las madres les llevaban de comer y ropa limpia; pero como veían que los indios no entendían el latín, ni cesaban en sus idolatrías, ni podían aprender la lengua, viéronse afligidos, y acudieron a la fuente de misericordia con la oración, invocando a la virgen María y al glorioso arcángel San Miguel, que le eligieron por patrón de las lenguas: y desde entonces se mandó darle conmemoración a completas. Con este medio inspiróles Dios que con los niños que tenían por discípulos se hiciesen niños, y deponiendo la gravedad de sus personas, los ratos que podían se ponían a jugar con ellos con pajas y pedrezuelas para quitarles la vergüenza y con la comunicación aficionarlos: traían papel y tinta, y en oyéndoles un vocablo lo asentaban al propósito de lo que se hablaba: en juntándose comunicaban sus escritos y sucedía no acertar: a los niños les enseñaban castellano; y como hábiles, a pocos días los niños, no solo enmendaban lo que erraban, pero les hacían preguntas con que aprendían. En México, a los seis meses, el venerable padre fray Luis de Fuensalida y fray Francisco Jiménez la predicaron, ayudados de lo que fray Pedro de Gante y fray Juan Tecto habían aprendido. Proveyó Dios que una señora española tenía dos niños españoles, que con la comunicación de los muchachos hablaban con elegancia, y pidieron a Cortés les mandase dar uno de ellos: diolo de muy buena gana, y fue como otro Samuel presentado al templo: llamábase Alonso, que después fue gran ministro, y se llamó fray Alonso de Molina. A éste llevaban de pueblo en pueblo con el hábito, leía a la mesa y era maestro en la lengua de los predicadores del Evangelio.

Los primeros pueblos que de México salieron a visitar, fueron, a instancia de los sobrinos de Moctecuhzuma, Cuautitlan y Tepetzotlan, donde eran señores. A Xochimilco salió el venerable padre Valencia con fray Francisco Jiménez; y mientras se les explicaban los misterios de fe, se ponía en oración el venerable padre, pidiendo a Dios Nuestro Señor su ayuda; y era tanta la devoción de los naturales, que salían en las canoas a llevar a los religiosos a sus pueblos comarcanos, que están en contorno de la laguna dulce: con esto y con los ministros que vinieron el año de 25, 27 y 28, se acrecentó la conversión de las almas y se borró la idolatría, valiéndose de

los niños que traían los ídolos a los padres ministros para que los hiciesen pedazos: tanto valor y esfuerzo cobraron los niños con la comunicación continua de los siervos de Dios, y tanto temor los naturales, que bastaban dos niños que enviaba el padre a traer a los demás de su presencia atados, elegidos instrumentos, débiles para cosas grandes, porque más se atribuye a virtud divina que a fuerza humana.

No contentos los religiosos con destruir los ídolos, viendo que los sátrapas continuaban sus sacrificios y celebraban fiestas idolátricas en que tenían su interés, determinaron destruir los templos, y el día de año nuevo, año de 35, en Tezcuco, donde había templos hermosos y torreados, quemaron los templos y las vestiduras gentílicas que usaban. En México, con este ejemplar, solicitaron con el gobernador que había quedado en lugar de Cortés, se pregonase no se hiciesen sacrificios; y aunque en la conquista quedaron los templos destruidos, en las ermitas celebraban lo que en los templos: procuraron quemar templos y vestiduras. Los españoles temerosos lo tuvieron a mal, por el peligro de que pudieran levantarse, y más estando ausente Cortés y ser pocos los españoles que habían quedado: corrió el rumor, y más de treinta días se pusieron en espía: los niños proseguían en el esfuerzo de ayudar a sus maestros. En este tiempo sucedió en Tlaxcala que saliendo a la plaza un sátrapa en figura del dios que llamaban —Ometochtli—, salieron los niños de la escuela, y con ánimo varonil, predicando que era aquella figura del demonio, fueron tantas las piedras que le tiraron, que lo dejaron muerto y entre piedras sepultado.

Descubriéronse en este tiempo las minas de Zacatecas, y fuéronse los españoles saliendo de la ciudad, no acordándose del aliamiento que temieron y buscando el interés de la plata que los llamaba; pero quiso Dios Nuestro Señor que no se imaginase que cuando Dios guarda la ciudad está segura, y en vano velan los que la guardan si Dios no la defiende.

Los religiosos, que estaban en las cuatro partes, salían a predicar la fe y a visitar los pueblos para destruir los ídolos. De Tlaxcala salieron por todas aquellas serranías hasta la mar. De Huexotzinco a Cholula, Tecamachalco y Mixteca. De Tezcuco a Otumba y Zempoala, y todo lo que toda al Norte: la primera vez que salieron fueron de aquellas provincias recibidos con arcos y festejos: en Tetepulco, después de haber oído las pláticas acerca de la fe y movidos de la devoción,

quemaron un templo suntuoso que tenían, haciendo pedazos los ídolos. De México salían a Toluca y a todo lo que pertenece al Occidente a promulgar la fe y a destruir las raíces de la idolatría.

Los primeros años pusieron todo cuidado en la enseñanza de los niños, teniéndolos consigo sin dejarlos ir a sus casas; traíanles las madres sustento y ropa limpia, y fueron bautizando a los que ya estaban instruidos en la fe, y estos niños eran los que en voz alta rezaban, enseñando a la gente grande: bautizaban a los niños pequeños que les traían, porque admitida la fe de los principales, no había riesgo de que se quedasen en su infidelidad, los que hicieron alguna contradicción fueron los sátrapas y sacerdotes falsos de los ídolos, y para convencerlos tuvieron muchas sesiones de demandas y respuestas con ellos: todas las trae a la letra el padre Sahagún, en dos partes divididas: en la primera trae treinta capítulos y en la segunda veintiuno: doctrina del Espíritu revelada con que convencieron a los dichos sátrapas y desterraron de la idolatría. El padre fray Toribio dice, que habiendo enviado un cacique del pueblo de Cuitlahuac por los padres, por varias veces fue el padre fray Martín de Valencia: recibió con gran regocijo, y habiéndoles predicado y bautizado algunos niños, fueron tantas las instancias de este cacique y la diligencia que puso, que en aquellos días supo persignarse y el Pater noster y Credo, y a sus ruegos lo bautizó y le puso Francisco, y fue el que llevó a México muchos muchachos a que aprendiesen la doctrina, y edificó luego un templo al príncipe de los apóstoles San Pedro; y hoy residen en el pueblo (a quien la primera vez llamaron los padres Valenzuela, por estar en una isla muy amena) los padres de Santo Domingo.

Bien sabían aquellos primeros padres que para bautizar a los adultos son tres cosas necesarias: la voluntad, fe y penitencia. La voluntad, con la predicación la hallaron en los naturales pronta, o porque quiso Dios Nuestro Señor llamarlos con inspiraciones, o porque fue la predicación tan eficaz, que eran las instancias y peticiones muy continuas; pero para la inteligencia de la fe que habían de recibir (por que uno que es bautizado y los misterios ignora, es como si se bautizara un dormido); para esto se valieron de la enseñanza por medio de la doctrina cristiana, y para la penitencia el que de-

testaran de la idolatría arrepentidos, con protestación de no volver a sus yerros: la voluntad es necesaria para la sustancia del sacramento, como lo determina el Concilio Toletano, 4 cap. 55, d. 45; y así, se le pregunta por tres veces repetidas al adulto si quiere ser bautizado: la fe es la que San Pablo predicaba a los gentiles y San Pedro pedía a los hebreos. (Actas, 20 v. 2) La penitencia es la verdadera detestación de la vida pasada, y la promesa de no volver a los yerros cometidos. Viendo, pues, el segundo año que estaba la mies madura y las instancias repetidas, determinaron empezar el bautismo por los barrios poniendo un día a todos Pedros, otro día Juanes, y así los demás santos; y el primer día, víspera de San Juan, en el patio de la capilla de San José bautizaron entre todos cuarenta mil personas, y los demás días a seis y a cuatro mil: preparándose los santos varones para empezar esta obra con ayunos y disciplinas: en Tezcuco al tercer año concurrieron de aquellos lugares promulgado el bautismo gran número de gentes, ya tenían otros cinco religiosos que habían llegado el año de 25, a fray Antonio Maldonado, fray Antonio Ortiz, fray Alonso de Herrera y fray Diego Almonte, que habían venido a los nueve meses de la provincia de los Angeles, sin otros que habían venido de Santo Domingo a ayudar a los primeros padres. Fue este bautismo sin óleo porque no lo había, y después que lo hubo fueron llamados para ponerles los óleos y para confirmarlos: con los moribundos que pedían el bautismo no era con tanto rigor el catequizarlos por la necesidad preguntando los principales misterios, como aconteció con un hijo de Motecuhzuma, señor de Tenayuca, que estando enfermo en el barrio de San Hipólito, fueron llamados los religiosos, y por ser hijo de tal persona, a quien Cortés sacó de México la noche triste y se quedó escondido en Tepetzotlan, fueron los oficiales reales, y al bautizarle, diciendo las palabras: —*Non te latet Satanas*— tembló de tal suerte, que creyeron que entonces salía el demonio y lo dejaba: fue su padrino Rodrigo de Paz, alguacil mayor de la ciudad, y se le puso por nombre Rodrigo; a su entierro acudió toda la ciudad y se enterró en la iglesia parroquial de San José con toda ostentación, como lo refiere el padre Motolinía y el padre Mendieta.

FRANCISCO FLORENCIA, S.J.

Vio la luz en la Florida Española, el año de 1620. Falleció en México en 1695.

Miembro distinguido de la Compañía de Jesús, dentro de la cual fue maestro de filosofía y teología, Procurador en Madrid y Roma, Procurador de todas las Provincias de Indias, Rector del Colegio de San Pedro y San Pablo.

Fue el cuarto historiador en orden de la Compañía, después de un anónimo, de Sánchez Baquero y de Pérez de Rivas. Escritor mariano, redactó en honor de la Virgen en varias de sus advocaciones sendas obras como: *La milagrosa invención de un tesoro escondido en un campo, que halló un venturoso cacique y escondió en su casa para gozarlo a sus solas. Patente ya en el Santuario de los Remedios...* (1685); *La Estrella de el Norte de México aparecida al rayar el día de la luz Evangélica en este Nuevo Mundo, en la cumbre de el cerro de Tepeyac...* (1688); *La Casa peregrina...* (Ntra. Sra. de Loreto) (1689); *Zodiaco mariano...* (póstuma 1755); *Origen de los dos célebres santuarios de la Nueva Galicia...* Historió también varios santuarios y la vida de varones piadosos. Su obra más importante es sin duda la *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, cuyo primer tomo se imprimió en 1694. Los restantes se conservan manuscritos en un archivo eclesiástico.

Se han referido a él, a más de sus hermanos de religión que le sucedieron en su labor, Alegre, Villalobos, Decorme, Cuevas, Francisco de la Maza, en "Los Evangelistas de Guadalupe y el nacionalismo mexicano", en *Cuadernos Americanos*, año VIII, vol. XLVIII, No. 6, nov-dic, 1949; y principalmente Francisco González de Cosío en la reedición de la *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, México, Editorial Academia Literaria, 1955, LII-[22]-414-[22]-14 p. (Colección de Grandes Crónicas Mexicanas 2). También Román Beltrán, "Francisco de Florencia" *BBSHCP*, No. 33, 15 abril 1955, p. 4.

Fuente: Francisco de Florencia, S. J. *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*. 2a. ed. Prólogo de Francisco González de Cosío. México, Academia Literaria, 1955. LII, 414, [22]-[14] p. ils. (Colección de Grandes Crónicas Mexicanas 2), p. 257-262.

LA PESTE DE 1575

La peste que este mismo año de 1575, en que dejamos fundada, y corriente la Compañía de Oaxaca, fue una de las ca-

lamidades temporales, que han padecido los indios desde su Conquista, tanto mayor, y digna de muy alta consideración, cuanto se notó, que habiendo durado un año entero, y habiendo ya en la Nueva España muchísimos españoles, negros, mulatos y mestizos, sólo hiciese estrago en los miserables indios, en tanto grado, y con tanta fuerza, que averiguados los padrones de los pueblos, después que cesó el contagio, se halló, que faltaban por ellos sobre dos millones en el tiempo sólo de un año. Esta singularidad del contagio en los indios solos, llamaron algunos *Angel percutiente*, como lo fue en Egipto la calamidad, que se llevó a los primogénitos de los egipcios, sin tocar en los hijos de los hebreos. El contagio era, no *Lander inginaria*, cual suele ser el de las pestes de Europa: sino una calentura recia con vehemente dolor de estómago, que prorrumpía en copiosa sangre por las narices, de que al quinto o sexto día morían, sin que hallase remedio ni alivio la medicina, con haber hecho exquisitas diligencias los más afamados médicos por orden del Virrey, y Audiencia: y lo que más es en muchas anatomías que hicieron en los cuerpos muertos, para conocer o saber la parte afecta, no se halló mala calidad, ni señal de ella en ninguna parte de ellos: de que nacieron varios juicios, que los hombres hicieron.

Unos lo atribuyeron a la conjunción magna de Marte y Saturno, que se había observado este año: por decir que los indios estaban sujetos a los influjos de estas estrellas, por ser en su complexión melancólicos, fríos y secos. Y como a este juicio oponían; que en un millón de personas españolas, y de varias mixturas, no era posible menos, sino que concurriesen muchos millones de estos humores, en quienes no haciendo este mal efecto la conjunción; se debía atribuir a otra causa, Iban muchos por otro lado, atribuyendo la enfermedad a sólo disposición de la justicia divina, que quiso vengar en los hijos las abominables idolatrías y atroces crueldades de hombres, que a honor de sus torpes ídolos mataban con increíble impiedad. Estos discurrían al modo de los fariseos, cuando viendo a un ciego de nacimiento, le preguntaron a Cristo, si aquella enfermedad era por culpa suya o de sus padres. A los cuales respondió el Señor, que ni de sus padres, ni suya, que no todas las miserias y achaques humanos son por culpa de quien las padece. Si los castigara Dios por idolatrías de sus padres ¿dónde hubieran quedado

romanos en el mundo, que tenían por política adorar los dioses falsos de todas las naciones que conquistaban? Otros más piadosos para con los indios y menos con los españoles daban por motivo de la ira de Dios, que se ensangrentaba en los naturales la crueldad de los españoles y el mal trato que les hacían. Pero no siendo esto verdad en todos, ni tanto con muchas leguas, como las naciones enemigas, y como algunos demasíadamente celosos exageran; no hemos de creer que Dios envió un castigo tan general, solamente por culpa de algunos particulares. Lo que yo tengo por cierto es, que aquí anduvo la mano justiciera de Dios con la baldura, que la suele llevar su misericordia cuando castiga, porque a los indios les quitó las vidas, bien dispuestos, como veremos, para llevarlos al descanso eterno y librarlos de la pobreza y miserias en que por altísima providencia de Dios viven en su misma tierra. A los españoles sus encomenderos, les quitó innumerables tributos: a los no encomenderos el servicio corporal de tantos, como faltaron: al Rey, y al Reyno más de dos millones de vasallos y otro tanto de rentas Reales (si bien se la recompensó por otro lado, porque su celo de aumentar la Fe lo merecía). A aquéllos castigó con la muerte para redimirlos de tantos trabajos: ¡justicia con mucha misericordia! A estos minorándoles las riquezas, y los sirvientes, para quitarles las ocasiones, y materia de los vicios que nacen de ellas. ¡Misericordia grande, con justicia! Esto tengo por cierto, de lo que nos enseña la Escritura: pero lo más cierto es, que los juicios de Dios son un abismo incomprendible. *¿Quis confiliarius eius fuit?*

Venían las noticias de las miserias lastimosas de los pueblos de Nueva-España y Michoacán atropadas al Señor Virrey, al Arzobispo y Obispos, a la Audiencia, Ciudad y Corregidores, que los enfermos en los pueblos eran tantos, que en algunos eran todos; que no había quien les acudiese con el sustento y las medicinas; que el mal era el que los derribaba a todos; pero la inedia, y la hambre las que no perdonaban a ninguno. Que ya no amortajaban a los que morían, porque todos estaban más para ser amortajados que para amortajar a otros, que las sepulturas eran unos hoyos grandes, donde arojaban a los que por la mañana hallaban en las casas y en las calles muertos; que solían morirse todos en una casa, sin saberse, hasta que el mal olor avisaba: que se hallaban criaturas asidas de los pechos de sus madres muertas,

unas ya expirando, otras ya difuntas: que se encontraban en los caminos los que huyendo en sus pueblos de la muerte, la hallaron al salir de ellos. Estas y otras calamidades se oían de fuera de México, y se creían, porque se veían con los ojos en los arrabales de México, que son barrios numerosos de indios. Quebraban los corazones más duros tantas lástimas. Mostróse la piedad de México en estas miserias. Pero en quienes más se mostró la caridad, que en ellos es justicia, fue en las cabezas y gente rica y principales, en el Señor Virrey Don Martín Enríquez, siempre y en esta ocasión, más que padre de pobres, en el señor Arzobispo D. Pedro Moya de Contreras, misericordiosísimo pastor de sus ovejas, en la Real Audiencia, Regimiento de la Ciudad, Clero y Cabildo, en las Sagradas Religiones. Lo que éstas hicieron y trabajaron en esta común calamidad, siendo más antiguas en el Reyno, más numerosas y en el ejemplo primeras, se podrá inferir, por lo que obró, y hizo la Compañía, que era la última, y se profesa en todo la mínima, y el número de sujetos que entonces tenía, era respectivamente a ellas *pufillus grex*.

El Señor Virrey y Arzobispo, de limosnas grandes, que de su hacienda contribuían y solicitaron de los ricos de la ciudad, dieron providencia, para que por mano de sacerdotes caritativos del clero, y religiones se repartiesen medicinas y sustento a los enfermos, sin que a nadie faltase. Dieron orden, que todos los médicos por hospitales y barrios acudiesen a visitarlos, a las boticas que diesen puntualmente lo que recetasen para ellos. La Compañía para que se lograra en todos la limosna, que por mano de ella hacía el Señor Virrey, repartió entre varios Padres y Hermanos los barrios de México: adonde cada día llevaban la comida guisada y sazónada en el Colegio; repartíanla por las calles de ellos, animábanlos a comer, y para paladearles el hastío que les ocasionaba el mal, llevaban cajas de dulce, que proveyó en grande abundancia el Sr. Virrey. Tuvieron mucho que hacer así los Padres como los Hermanos, porque iban con las ollas y platos cargados de casa en casa, visitando a cada enfermo, dándoles la comida por su mano, porque de otra suerte no lo tomaban, y se dejaban perecer.

Quien se extremó más en esta misericordiosa caridad fue el Padre Hernán Suárez de la Concha, el cual viendo la cordedad de las casas de los indios, y que en cayendo enfermos estaban unos sobre otros, y que no había en ellas quien les

diese un jarro de agua, ni quien los curase, ni aún quien sacase de ellas los que morían, con que la corrupción de los cadáveres era nueva peste para los enfermos; buscó una casa grande y acomodada en el barrio de Santiago, que llamaban *Tlatelulco*, donde había entonces tantos indios como españoles en todo México; y de ella formó un hospital, buscó camas y alhajas de enfermerías. En ella recogía los más necesitados, acudiéndoles cuando los médicos los visitaban, como si fuese su enfermero, cuidando de que les aplicasen las medicinas, asistiéndoles a las horas de el comer. Y fuera de esto, todo el tiempo que le sobraba de los enfermos, andaba por la ciudad a caballo pidiendo limosna para sus enfermos entre los mercaderes, los cuales se las daban copiosas, movidos, así de la miseria de los indios, como de la misericordia del Padre. Medio fue éste, con que se libraron de la muerte muchos indios. Porque aunque muchos morían con la fuerza del *cocolixtli*, que así llamaban al mal, muchos más eran los que morían, porque no había quien les aplicase remedios, ni quien les diese de comer. Y así se experimentó, que de los que caían malos en las casas de los españoles, y de los que se recogían a los hospitales, donde había cuidado de ellos, eran menos los que morían. En lo espiritual, no podía la Compañía emular a las otras tres religiones, que como más antiguas se hallaban con muchos, y *buenos* lenguas que trabajaron en el confesar y olear a los moribundos, lo que no es decible. Los de la Compañía, como tan recién llegada, eran pocos los que la sabían; pero con todo se halló con tres sacerdotes lenguas eminentes, el Padre Saldaña, el Padre Juan de Tobar y el Padre Alonso Fernández de Segura. Estos tres acudían de día y de noche incansablemente a este ministerio, y siempre se quedaba uno en casa para confesar y olear a los que traían para eso a nuestra iglesia: porque el Señor Arzobispo, como siempre se hace en estas extremas necesidades, dio facultades a todos los sacerdotes regulares para sacramentar a los enfermos y para enterrarlos en Sagrado *Parocho non requisito*. También ayudó mucho entre los novicios cuando iban a llevar de comer a los apestados el hermano Antonio del Rincón, que lo era, por ser peritísimo en la lengua mexicana; hablándoles en ella, exhortándolos a comer, y ayudando a los que morían con actos de fe, esperanza y caridad.

El Virrey no contento con esto, y viendo las miserias extremas que en los pueblos fuera de México se padecían con el

contagio, pidió al Padre Provincial, que aunque los quitase de México, donde había otros, que lo supliesen, enviase un buen número de Padres con los dos lenguas (que el otro por viejo y achacoso, se quedó en la ciudad). Fue mucho más sin comparación fuera de ella el fruto; porque eran tantos los enfermos y tantos los muertos que hallaban por las casas, que se les iba todo el día en sacar de ellas los cadáveres ya corruptos, para aliviar a los que aún vivían. No menos necesitaban de ayuda los curas, ya rendidos con el inmenso trabajo que los enfermos derribados con el contagio, a unos y a otros acudieron, ejercitando por los unos los sacramentos y administrándoselos a los otros. Los lenguas el de la confesión, los que no lo eran el Santo Olio que en aquel tiempo eran muy raros a los que se les acudía con el Viático. Fue como creo este trabajo, así de los que curaban, y cuidaban de los enfermos, como de los que padecían, muy grato a Dios: de mucha edificación a los hombres, que decían de los de la Compañía, lo que yo no me atreveré a escribir aquí, por no ofender su modestia, y los que escriben esta gran calamidad de los indios, suponen con bien fundada piedad, que de más de dos millones, que en ella murieron, serían muchos los millones de almas que se salvaron: pues habiéndolos traído Dios, como el Evangelio dice a empellones a su iglesia: *Compellite eos intrare*, y habiéndoles enviado a esta vida tan gran trabajo, no debemos creer de su infinita misericordia, que había de ser para castigarlos dos veces, una en ésta, y otra en la otra vida.

Acabado este contratiempo, con decir, que lo mismo, que en México pasó con los mexicanos, pasó en Michoacán con los tarascos: con esta diferencia, que aquí tuvieron los de la Compañía, que por orden del Ilustrísimo Sr. Don Fray Juan de Medina Rincón, se emplearon en su cura y en su cuidado, con igual fruto, y con igual asistencia, y trabajo más comodidad de ayudarlos y de curarlos: por la providencia de los Hospitales, que el Santo Prelado Don Vasco de Quiroga hizo erigir en todos los pueblos; en que luego que cae enfermo un indio lo llevan a él, y los gobernadores lo visitan y cuidan de si los diputados ya señalados por semanas para asistir y servir en ellos, son puntuales, y el Cura beneficiado en diciéndole misa todos los días va a su hospital y sabe los enfermos que hay de nuevo y los consuela y si es menester los dispone y los confiesa. Con esta comodidad, pudo la Compañía

en Pátzcuaro donde hubo bastante que hacer, con el contagio, pero con la buena disposición del pueblo y hospital, sólo había que cuidar de lo espiritual de los enfermos, porque en lo temporal era grande la providencia y más asistiendo el Señor Obispo con raro ejemplo a la curación y regalo de los enfermos. Sin embargo, fue grande el trabajo de los Padres de Pátzcuaro, tal que el Padre Rector quedó de él tan achacoso, que casi no levantó cabeza, hasta que murió.

CARLOS DE SIGÜENZA Y GONGORA

Nació el 14 de agosto de 1645 en la ciudad de México, y ahí falleció el 22 de agosto de 1700.

Es con Sor Juana Inés de la Cruz, el par de astros que iluminan con su potente inteligencia y saber todo el panorama cultural del siglo xvii. Antes de ellos, ni tampoco después, encontramos mentes más amplias y vigorosas. Representan la madurez mental de la Nueva España.

Capellán, poeta, astrónomo, cosmógrafo, catedrático, todo lo es Sigüenza, cuya obra es de una gran amplitud, como lo revelan los títulos de algunos de sus libros. *El Oriental planeta evangélico* (1662), *La Primavera Indiana* (1668), *Las Glorias de Querétaro* (1680), *El Triunfo Parténico* (1683), *El Paraíso Occidental* (1684), *Teatro de Virtudes políticas* (1680), *Manifiesto filosófico contra los cometas* (1681), *El Belerofonte matemático contra la quimera astrológica de D. Martín de la Torre*, *La Libra Astronómica* (1690), *Relación Histórica de los sucesos de la armada de Barlovento desde fines de 1690 a fines de 1691*, *El reconocimiento de la Bahía de Santa María de Galve* (1693), *Piedad Heroica de Don Fernando Cortés*, *Los infortunios de Alonso Ramírez*, *Alboroto y motín de México del 8 de junio de 1692*, etc.

Los estudios más completos acerca de él son: Francisco Pérez Salazar, *Biografía de Don Carlos de Sigüenza y Góngora, seguida de varios documentos inéditos*, México, 1928 (Colección de Bibliófilos Mexicanos); Irving A. Leonard, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, a Mexican Savant of the XVIIth Century*, Berkeley, California, 1929; el mismo Leonard publicó por vez primera el *Alboroto y Motín de los indios de México del 8 de junio de 1692*, México, Museo Nacional de Arquetología e Historia, 1932; una serie de documentos relativos a la actividad geográfica de Sigüenza: *The Spanish Approach to Pensacola, 1689-1693*, Albuquerque 1939, (Quivira Society Publications, vol. 9), y más recientemente: *Documentos Inéditos de Don Carlos de Sigüenza y Góngora. La Real Universidad de México y Don Carlos de Sigüenza y Góngora. El reconocimiento de la Bahía de Santa María de Galve*, Recopilación, prólogo y notas de... México, Centro Bibliográfico Juan José de Eguirra y Eguren, 1963, VII-118 p. ils. (Biblioteca Mexicana I). De su labor periodística se ocupó en *The Mercurio Volante of Sigüenza y Góngora*, Facsimile. Translation, Introduction and Notes by... Los Angeles, 1932 (Quivira Society Publications vol. 2). Irving hasta hoy el mejor y conocedor de Sigüenza y su época escribió valioso libro titulado: *Baroque Times in Old Mexico. Seventeenth-Century Persons, Places and Practices*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1959, XI-260 p. ils.

Otros autores que se han ocupado de él son: José Rojas Garcidueñas, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, erudito barroco*, México, Ediciones Xóchitl, 1945 (Vidas mexicanas, 23); Edmundo O'Gorman "Datos sobre D. Carlos de Sigüenza y Góngora, 1669-1677" en *BAGNM*, t. 15, no. 4, 1944, p. 593-612; y E. J. Burrus "Sigüenza y Góngora's efforts for readmission into the Jesuit order", *THAHR*, t. 33, 1953, p. 387 y ss. A Ramón Iglesia se debe un trabajo: *La mexicanidad de Don Carlos de Sigüenza y Góngora*, en *El Hombre Colón y otros ensayos*, México, El Colegio de México, 1944, 306 p., p. 119-143; Manuel Romero de Terreros, seleccionó, prologó y anotó diversos relatos históricos bajo el rubro Carlos de Sigüenza y Góngora, *Relaciones históricas*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1940, XXII-175-[4] p., ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 13). La *Piedad Heroica de Don Hernando Cortés* ha sido reeditada en Madrid, Ediciones Tecoyotitla, 1960, con un prólogo de Jaime Delgado. La *Libra Astronómica y Filosófica* ha sido publicada en edición de Bernabé Navarro y presentación de José Gaos, quien penetra a fondo del pensamiento de Sigüenza, en: México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Filosóficos, 1959, XXXIV-251 p., ils., (Nueva Biblioteca Mexicana 2).

Fuente: Carlos de Sigüenza y Góngora. *Relaciones Históricas*. Selección, prólogo y notas de Manuel Romero de Terreros. México, Edición de la Universidad Nacional Autónoma, 1940. XXI-175-[4] p. ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 13), p. 145-154.

EL MOTIN DE 1692

A nada, de cuanto he dicho que pasó esta tarde, me hallé presente, porque me estaba en casa sobre mis libros y, aunque yo había oído en la calle parte del ruido, siendo ordinario los que por las continas borracheras de los indios nos enfadan siempre, ni aun se me ofreció abrir las vidrieras de la ventana de mi estudio para ver lo que era, hasta que, entrando un criado casi ahogado, se me dijo a grandes voces: "¡Señor, tumulto!" Abrí las ventanas a toda prisa y, viendo que corría hacia la plaza infinita gente, a medio vestir, y casi corriendo, entre los que iban gritando: "¡Muera el Virrey y el Corregidor, que tienen atravesado el maíz y nos matan de hambre!" me fui a ella. Llegué en un instante a la esquina de Providencia y, sin atraverme a pasar delante, me quedé atónito. Era en extremo tanta la gente, no sólo de indios sino de todas castas, tan desentonados los gritos y el alarido, tan espesa la

tempestad de piedras que llovía sobre el Palacio, que excedía el ruido que hacían en las puertas y en las ventanas al de más de cien cajas de guerra que se tocasen juntas; de los que no tiraban, que no eran pocos, unos tremolaban sus mantas como banderas y otros arrojaban al aire sus sombreros y burlaban otros; a todos les administraban piedras las indias con diligencia extraña; y eran entonces las seis y media.

Por aquella calle donde yo estaba (y por cuantas otras desembocaban a las plazas sería lo propio) venían atropellándose bandadas de hombres. Traían desnudas sus espaldas los españoles y, viendo lo mismo que allí me tenía suspenso, se detenían; pero los negros, los mulatos y todo lo que es plebe gritando: “¡Muera el Virrey y cuantos lo defendieren!”, y los indios: “¡Mueran los españoles y gachupines (son los venidos de España) que nos comen nuestro maíz!”, y exhortándose unos a otros a tener valor, supuesto que ya no había otro Cortés que los sujetase, se arrojaban a la plaza a acompañar a los otros y a tirar piedras. “¡Ea, señoras!”, se decían las indias en su lengua unas a otras, “¡vamos con alegría a esta guerra, y como quiera Dios que se acaben en ella los españoles no importa que muramos sin confesión! ¿No es nuestra esta tierra? Pues ¿qué quieren en ella los españoles?”

No me pareció hacía cosa de provecho con estarme allí y, volviendo los ojos hacia el Palacio Arzobispal, reconocí en su puerta gente eclesiástica y me vine a él; dijo el Provisor y Vicario General, que allí estaba, que subiese arriba y, reafirmando al Señor Arzobispo en breve cuanto había visto, queriendo ir Su Señoría Ilustrísima a la plaza, por si acaso con su autoridad y presencia, verdaderamente respetable, cariñosa y santa, se sosegaba la plebe, con otros muchos que le siguieron, le acompañé. Precedía el coche (pero vacío, porque iba a pie) y bien arbolada la Cruz, para que la vieses, entró en la plaza. No pasamos de los Portales de Providencia, porque, reconociendo habían ya derribado a no sé cuál de los cocheros de una pedrada y que, sin respeto a la Cruz que veían y acompañada de solos clérigos, nos disparaban piedras, se volvió Su Señoría y cuantos le acompañamos a paso largo; y poco después de sucedido esto, se acabó el crepúsculo y comenzó la noche.

Por la puerta de los cuarteles, por la Casa de la Moneda, que está contigua, y por otras partes les había entrado algún refuerzo de gente honrada y de pundonor a los que, por estar

encerrados en su Palacio, se tenían en su concepto por muy seguros, sin ofrecérseles el que, por falta de oposición, se arrojarían los tumultantes a mayor empeño. Si es verdad haberse cargado la noche antes todos los mosquetes, como me dijeron, no debía de haber en Palacio otra alguna pólvora, y absolutamente faltaron balas, porque después de veinte y cinco o treinta mosquetazos que se dispararon desde la azotea, no se oyó otro tiro y como quiera que los que entraron de socorro iban sin prevención y de los pocos soldados que allí se hallaron, dos o tres estaban muy mal heridos, otro quebrada la mano izquierda, por haber reventado una tercerola, y los restantes apedreados de pies a cabeza y lastimados, no sirvieron de cosa alguna los auxiliares, no por no venir con bocas de fuego con que no se hallaban, sino por no tener quien los gobernase y les diesen armas, como ellos dicen; y por último, todo era allí confusión, alboroto y gritos, porque, por no estar en casa Su Excelencia, no había en ella de su familia sino dueñas y otros criados, y no era mucho que fuese así, cuando, faltando los soldados (ya acuartelados en Palacio) a su obligación, ni aun para tomarle las armas a su Capitán General cuando volviese a su Palacio, se hallaron entonces en el Cuerpo de Guardia, como entre infantería bien disciplinada se observa siempre.

Al instante que se cerraron las puertas y se halló la plebe sin oposición alguna, levantó un alarido tan uniformemente desentonado y horroroso, que causaba espanto, y no sólo sin interrupción, pero con el aumento que, los que iban entrando nuevamente a la Plaza grande y a la del Volador, le daban por instantes; se continuó con asombro de los que lo oían, hasta cerrar la noche. Parecióme hasta ahora, según la amplitud de lo que ocupaban, excederían el número de diez mil amotinados; y como después de haber dejado al Señor Arzobispo en su Palacio, depuesto el miedo que al principio tuve, me volví a la Plaza, reconocí con sobrado espacio (pues andaba entre ellos) no ser solo indios los que allá estaban, sino de todos colores, sin excepción alguna, y no haberles salido vana a los indios su presunción cuando para irritar a los zaramillos del Baratillo y atraerlos al mismo tiempo a su devoción, pasaron a la india que fingieron muerta, por aquel lugar. Se prueba que por allí andaban, pero no ellos solos sino cuantos, interpolados con los indios, frecuentaban las pulquerías que son muchísimos, (y quienes a voz de todos) por lo

que tendrían de robar en esta ocasión, les aplaudieron días antes a los indios lo que querían hacer.

En materia tan en extremo grave como la que quiero decir, no me atrevería a afirmar asertivamente haber sido los indios los que, sin consejo de otros, lo principiaron, o que otros de los que allí andaban, y entre ellos españoles, se los persuadieron. Muchos de los que lo pudieron oír dicen y se ratifican en esto último, pero lo que yo vide fue lo primero. Con el pretexto de que le faltan propios a la ciudad (y verdaderamente es así), arrendaba el suelo de la Plaza (para pagar los réditos de muchos censos que sobre sí tiene) a diferentes personas y tenían éstas en ella más de doscientos cajones de madera, fijos y estables los más de ellos, con mercaderías de la Europa y de la tierra y en mucha suma, y con tanta los que restaban, por ser vidrios, loza, especies miniestras y cosas comestibles lo que había en ellos. Lo que quedaba de la Plaza sin los cajones, se ocupaba con puestos de indios, formados de carrizo y petates, que son esteras, donde vendían de día y se recogían de noche, resultando de todo ello el que una de las más dilatadas y mejores Plazas que tiene el mundo, algunas les pareciese una mal fundada aldea, y zahurda a todos. Muy bien sabe Ud., pues tantas veces lo ha visto ser así, y también sabe el que siempre se ha tenido por mal gobierno permitir en aquel lugar (que debe estar por su naturaleza despejada y libre) semejantes puestos, por ser tan fácilmente combustible lo que los forma y tanta la hacienda que en los cajones se encierra.

Con este presupuesto, como no conseguían con las pedradas sino rendirse los brazos sin provecho alguno, determinaron ponerle fuego a Palacio por todas partes y, como para esto les sobraba materia en los carrizos y petates que, en los puestos y jacales que componían, tenían a mano, comenzaron solos los indios y indias a destrozarlos y a hacer montones, para arrimarlos a las puertas y darles fuego; y en un abrir y cerrar de ojos lo ejecutaron. Principióse el incendio (no sé el motivo) por el segundo cajón de los que estaban junto a la fuente del Palacio, sin pasar a otro, y siendo sólo azúcar lo que tenía dentro, fue desde luego la llama vehemente y grande. Siguióse la puerta del patio, donde están las Salas de Acuerdos y de las dos Audiencias, las Escribanías de Cámara y Almacenes de Bulas y Papel sellado; después de ésta, la de la Cárcel de Corte, que había cerrado el Alcaide al princi-

piarse el ruido y quien, o los que en su cuarto asistían, no pudieron estorbarlo a carabinazos; luego, la del patio grande en que está la vivienda de los Virreyes, la Factoría, Tesorería, Contaduría de Tributos, Alcabalas y Real Hacienda, la Chancillería y Registro, el Tribunal de Bienes de Difuntos, el Almacén de Azogues y Escribanía de Minas y el Cuerpo de Guardia de la Compañía de Infantería, pero ¡qué Compañía! Con la misma pica del Capitán (que al cerrar las puertas se quedó fuera) o, por mejor decir, con unas cañas ardiendo, que en ella puso, incendió un indio (yo lo vido), el balcón grande y hermosísimo de la Señora Virreina.

Como eran tantos los que en esto andaban y la materia tan bien dispuesta, entrando los Oficios de los Escribanos de Provincia, que también ardían, no hubo puerta ni ventana baja en todo palacio, así por la fachada principal que cae a la Plaza como por la otra que corresponde a la Plazuela del Volador, donde está el patio del Tribunal de Cuentas y en ellos Oficios de Gobierno, Juzgado general de los indios y la Capilla Real, en que no hubiese fuego. Esto era por las dos bandas que miran al Occidente y al Mediodía, y por las del Oriente y el Septentrión, donde se halla la puerta de los Curateles del parque y la del jardín, que también quemaron, se vio lo propio. ¡Cuál sería la turbación y sobresalto de los que en él se hallaban, y al parecer seguros, viéndose acometidos de tan implacable enemigo por todas partes! ¡Cuánto mejor les hubiera sido defender las puertas, que exponerse a la contingencia de quemarse vivos! Pero, considerando que me respondían les faltaba pólvora y que alcanzaban más las piedras que sus espadas y chuzos, me parece impertinencia el reprenderlos. Voy a otra cosa.

No oyéndose otra voz entre los sediciosos sino: “¡Muera el Virrey y el Corregidor!”, y estando ya ardiendo el Palacio por todas partes, pasaron a las Casas del Ayuntamiento, donde aquél vivía, a ejecutar lo propio. Valióle la vida y a su esposa, no estar en ella, pero fue su coche primero a que se arrojaron y a que pusieron fuego; y mientras éste lo consumía, lo trujeron rodando por toda la plaza como por triunfo. En el ínterin que, en esto y en matar después a las mulas que con desesperación lo conducían porque se quemaba, se ocupaban unos, arrimaron otros a los Oficios de los Escribanos Públicos, al del Cabildo, donde estaban los libros del Becerro y los Protocolos, al de la Diputación, a la Alhóndiga, a la

Contaduría, a la Cárcel Pública, grandes montones de petate, carrizo y tablas y, encendiéndolos todos a un mismo tiempo, excedieron aquellas llamas a las de Palacio por más unidas.

No fue el tiempo que gastaron en esto ni un cuarto de hora, porque al excesivo número de los que en ello andaban, correspondía la diligencia y empeño con que lo hacían, y es muy notable que, desde las seis de la tarde que empezó el ruido hasta este punto, que serían las siete y media, trabajaron con las manos y con la boca con igual tesón. Con aquéllas, ya se ha visto lo mucho que consiguieron y no fue menos lo execrable y descompuesto que con ésta hablaron. No se oía otra cosa en toda la plaza, sino: “¡Viva el Santísimo Sacramento! ¡Viva la Virgen del Rosario! ¡Viva el Rey! ¡Vivan los Santiagueños! ¡Viva el pulque!”; pero a cada una de estas aclamaciones (así acaso no eran contraseñas para conocerse) añadían: “¡Muera el Virrey! ¡Muera la Virreina! ¡Muera el Corregidor! ¡Mueran los españoles! ¡Muera el mal Gobierno!”; y esto, no tan desnudamente como aquí lo escribo, sino con el aditamento de tales desvergüenzas, tales apodos, tales maldiciones contra aquellos Príncipes, cuales jamás me parece pronunciaron hasta esta ocasión racionales hombres. En este delito sé muy bien, pues estaba entre ello, que incurrieron todos, pero no en quemar las Casas del Ayuntamiento y Cabildo de la ciudad y el Palacio, solos los indios.

Ya he dicho que los acompañaban los zaramullos del Baratillo desde el mismo instante que pasaron, con la india que fingieron muerta, por aquel lugar, y, como casi todos los que asisten o compran a los muchachos o esclavos lo que en sus casas hurtan, o son ellos los que lo hacen, cuando el descuido ajeno o su propia solicitud les ofrece las ocasiones, no hallando otra más a propósito que la que tenían entre las manos para tener que jugar y con qué comer no sólo por días sino por años, mientras los indios ponían el fuego (como quien sabía, por su asistencia en la Plaza, cuáles eran de todos los cajones los más surtidos), comenzaron a romperles las puertas y techos, que eran muy débiles, y a cargar las mercaderías y reales que allí se hallaban.

No les pareció a los indios que verían esto el que quedaban bien si no entraban a la parte en tan considerable despojo y, mancomunándose con aquéllos y con unos y otros cuantos mulatos, negros, chinos, mestizos, lobos y vilísimos españoles, así gachupines como criollos, allí se hallaban, cayeron de gol-

pe sobre los cajones donde había hierro y lo que de él se hace, así para tener hachas y barretas con qué romper los restantes, como para armarse de machetes y cuchillos, que no tenían. No se acordaron éstos desde este punto de las desvergüenzas que hablaban, ni los indios y indias de atizar el fuego de las Casas de Ayuntamiento y de Palacio y de pedir maíz, porque les faltaban manos para robar. Quedaba vacío un cajón en un momento de cuanto en él había, y en otro momento se ardía todo, porque los mismos que llevaban lo que tenían le daban fuego y, como a éste se añadía el de todos los puestos y jacaes de toda la Plaza que también ardían, no viendo sino incendios y bochornos por todas partes, entre la pesadumbre que me angustiaba la alma, se me ofreció el que algo sería como lo de Troya, cuando la abrasaron los griegos.

En vez de rebato, se tocaba a esta hora en todas las iglesias a rogativa, y pareciéndoles a los reverendos padres de la Compañía de Jesús y de la Merced el que podrían servir sus exhortaciones para que se compusiese la plebe, acompañando aquéllos a un Santo Cristo y rezando el rosario a coros con devota pausa, y éstos a una imagen de María Santísima, a quien cantaban las letanías con suave música, se vinieron a la Plaza en comunidad; pero, como entonces llovían piedras por todas partes, desbaratado el orden religioso con que venían, se distribuyeron unos y otros a diferentes sitios, donde, aunque más predicaban, era sin fruto, porque o no los atendían o los silbaban.

FRAY FRANCISCO XIMENEZ, O.P.

Oriundo de Ecija, Andalucía, en donde nació el 23 de noviembre de 1666. Falleció a mediados de 1730 en Guatemala.

Llegó a Guatemala en 1687 y ocupóse de la administración parroquial. Hábil lingüista, llegó a dominar los idiomas más divulgados en Guatemala. Escribió en contra del cronista Francisco Vázquez las *Advertencias e impugnación a la Crónica de Vázquez*, un libro de consejos o direcciones parroquiales a la usanza de la época llamado *El Perfecto Párroco o Tratado de todo lo que debe saber un Ministro para la buena administración de estos naturales*, la *Gramática de tres idiomas Quiché, Cacchiquel y Subtuhil*. *Tesoro de las tres lenguas*, la *Historia natural del Reino de Guatemala* en dos volúmenes y en cuatro volúmenes la *Crónica de la Santa Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, cuyo tomo segundo se perdió. Esta obra fue impresa bajo el título *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la Orden de Predicadores*, compuesta por Fray Francisco Ximénez. Prólogo de J. Antonio Villacorta, 3 v., Guatemala, C. A., Sociedad de Geografía e Historia, 1929-1931 (Bibliotheca Goathemala I-III). El mismo Villacorta publicó una "Sinopsis de la Historia de la Provincia de Chiapa y Guatemala del P. Fray Francisco Ximénez, recién editada por la Sociedad de Geografía e Historia" *ASGHG*, Año VIII, T. VIII, No. 2, diciembre 1931, p. 248-253. Útiles también los trabajos de Jorge del Valle Matheu, *Memoria que prueba algunas omisiones y alteraciones cometidas por Fray Francisco Ximénez en su Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*. Guatemala, Sociedad de Geografía e Historia, (Bibliotheca Goathemala XVIII). Debe verse también el artículo o serie de artículos "Cronistas de la Colonia. Literatura Guatemalteca" *ASGHG*, Año VII, T. VII, No. 4, junio 1931, pp. 482-511, así como el aportador trabajo de Carmelo Sáenz de Santa María "Dos grandes filólogos hispanoamericanos: Fray Francisco Ximénez, O.P. y Fray Ildefonso Flores, O.F.M." *ASGHG*, t. XVIII, No. 2, dic. 1942, p. 122-132; y el de Fr. Juan Rodríguez Cabral, O.P. "Apuntse para la vida del M.R.P., Presentado y Predicador General, Fr. Francisco Ximénez, O.P." *ASGHG*, Año. XII, t. XII, dic. 1935, pp. 209 y 228 y año XII, t. XII, mayo 1936, p. 348-367.

Dejó Ximénez varias obras que permanecen inéditas, a saber: *Apologética en que se demuestra que los dominicos fueron los primeros religiosos de Guatemala*, *De las cosas maravillosas de América*, *Historia del Beaterio de Santa Rosa (1721)*, *Relación historial de todos los sucesos en el tiempo*

que estuvo en Guatemala el Visitador, Sr. Ldo. D. Francisco Gómez de la Madrid, Vidas de los PP. del Yermo, traducidas por el P. Fr. Francisco Ximénez, para que las leyesen las Beatas Rosas.

Fuente: Fray Francisco Ximénez, O.P. *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala, de la Orden de Predicadores.* 3 v. Prol. del Lic. J. Antonio Villacorta C. Guatemala, C. A. Tipografía Nacional, 1929. (Biblioteca Goathemala de la Sociedad de Geografía e Historia), I-347-350.

LOS INDIOS DE CHIAPAS

Lunes después de Cuasimodo salió el Padre Vicario de la Ciudad y con él Fr. Jordan y Fr. Tomás de la Torre y Fr. Gerónimo de San Vicente y Pesquera y llegaron a Sinacantlan sin que los indios supiesen de su venida. Es un gran lugar y cabecera de todos aquellos indios que los españoles llaman quelenes. Hallábanse aquellos indios muy tristes por la grande opresión de tributos que tenían de que les mostraron allí la tasa. Pareció que era bien sacarla y así la sacó fray Jordan y la dio al obispo para que pusiese algún remedio si pudiese. Este pueblo no está más que legua y media de la ciudad. Otro día fueron a Iztapa que es sujeto de Sinacantlan y es cuatro leguas y media de Sinacantlan; les llevaron comida al camino y de Iztapa se la sacaron también y esparitábanse porque no querían comer carne, diciendo que no habían visto tal cosa y no se imagine que los indios se fatigan de esto, como la gente de España, porque como su comida común no sea carne ni tengan otra carne que de la caza o gallinas de Castilla o pavas de la tierra, que también los españoles les llaman gallinas, huelgan infinito de que no comamos carne y evitámosles mucha costa y aunque Pesquera les decía por lengua mexicana lo que podía, pero la principal doctrina procurábamos de les dar por el ejemplo mostrándoles mucho amor allegándoles así y dándoles lo que teníamos, alabando a Dios de día y aun de noche viéndolo ellos. A Iztapa llegaron muy mojados porque ya las aguas comenzaban y allí fueron bien recibidos y proveídos de los indios. Otro día tomaron el camino de Chiapa, que es tres leguas de allí y ya por allí es tierra caliente, y a media legua toparon indios de Chiapa que los recibieron con muchas flores y rosas echándoles sartaes de ellas al cuello y dándoles manojos de ellas que llevasen en las manos, y esto es costumbre de los indios y hala de sufrir quien vive entre ellos y así nos enra-

man cada vez que llegamos a los pueblos y tienen gracia en juntar diversas flores y hacen piñas muy galanas y ellos andan, cuando pueden, con flores y con otros olores en las manos porque son muy amigos de buen olor. Al principio se nos hacía gran vergüenza de andar enramados y luego nos acordamos de los PP. que nos criaron como se rieran si nos vieran así; pues ya no se nos da nada; llevamos las flores hasta entrar en la iglesia y allí las dejamos en el altar y así los contentamos y los edificamos. Hallaron que aquellos indios las tenían allí hechas tres o cuatro casitas nuevas y muy adornadas de flores en que los recibieron y les dieron muy bien de almorzar, mucho y muy buen pescado fresco, melones de castilla y piñas, de lo cual todo abunda este pueblo; y todo esto guiaba y ordenaba un cristiano a quien aquel pueblo servía. Salidos de allí íbanse los indios en cántaros de agua y jarritos para darles de beber. Una gran legua de Chiapa se parece el lugar desde encima de la cuesta porque está el Pueblo en tierras muy bajas y a esta causa muy calientes; en gran manera se holgaron de ver a Chiapa, no se puede explicar cuanto gozo sintieron cantando con el profesor *Hac requies mea* &. Parecía que el corazón les saltaba en el cuerpo viendo aquella tierra por la cual dejaron la suya y padecieron tantos trabajos hasta llegar a ella, y parecían que habían de hallar lo que buscaban y lo que no hallaron entre los españoles, y que los indios se habían de holgar con ellos, como ellos se holgaban con ellos. —Gran rato antes que llegasen al lugar de Chiapa salió todo el pueblo a recibirlos de esta manera—. Venían adelante infinitos muchachos todos juntos y muchos mancebos con ellos e hincáronse todos juntos de rodillas, un tiro de piedra de los religiosos, y como el padre vicario los santiguó se levantaron todos tan a una como si fueran uno, de la manera que se habían arrodillado y luego todos besaron la mano unos a uno y otros a otro y sin hablar a los frailes y sin hablarles los frailes, fueron todos su camino adelante, llorando los frailes en gran abundancia, viendo lo que buscaban y los tesoros de almas que allí Dios tenía. Venían casi todos desnudos, cubiertas las vergüenzas con unas mantillas que llaman acá *mastel*, como ya dije de los de Yucatán. Tras esto vino a caballo el español, a quien sirven en este pueblo (*Baltazar Guerra*). Venían con él a caballo el cacique que llaman *Don Pedro*, indio bien grave y al parecer honrado, hombre de cincuenta años, de quien

se ha de hacer adelante gran mención, y también venía a caballo otro indio llamado Don Juan, muy principal de aquel pueblo en linaje y en hacienda. Tras éstos salieron los viejos del pueblo, que hay muchos y antiquísimos; venían como sus madres los parieron, excepto aquella mantita que llaman mastel y unas mantas pintadas como moriscas hechas una rosca y puestas sobre la cabeza. Tienen la tela de medio de la nariz abierta y allí encajada una vidriera como ámbar que les hace salir la nariz como trompa grande y esto fue lo que más se holgaron de ver. Estos hablaban en su lengua a los padres no sé que algarabías, tras estos venían no sé que muchedumbre de hombres, muchos de ellos con jícaras de ciruelas de la tierra que hay en grande abundancia y muy buenas; decía aquel cristiano que ellos querían salir a hacer mayor recibimiento y él les dijo que se dejasen para cuando el señor Obispo viniese. Grandes regalos les hizo este caballero y venían bien necesitados de ellos; pero no lo quiero nombrar por su nombre por las cosas que después sucedieron entre él y nosotros, y así será de aquí adelante que no nombraré a ninguno de los que nos han hecho mal, como no los he nombrado hasta aquí. Sus obras las tienen acá muy manifiestas y sin que los nombre por lo que dijere son entre nosotros y toda la gente de acá, muy conocidos; cuando no se pudiere dar a entender la cosa sin nombrar a alguno nombrarlo hemos, sin ningún temor que por ello será infamado. Muchas cosas pudiera decir de este pueblo y debiera, y de la gente de él, y de sus costumbres antiguas, pero porque es cosa prolija, contentarse ha el lector con las pocas que referiremos. Este pueblo es muy grande y el mayor que hay en esta provincia, está a la ribera del mayor río que hay en toda la Nueva España y así abunda de pescado, posee tierras muchas y las mejores que hay en Indias, cojen cacao dentro de su tierra, siembran dos veces en el año, y si quisieran sembrar siete también pudieran porque la tierra siempre está para ello. Con poca agua que llueva danse en las vegas del río que son muy grandes todos los mantenimientos de los indios sin que la tierra se labre ni se cave; solamente la barren y limpian con fuego. Las trojes en que encierran el maíz es la caña donde nace; cuando lo han menester van por ello y lo traen sin temor que nadie lo hurte. Están juntos dos maíces unos con mazorcas secas y otros a las veces con mazorcas verdes cabe él y cada día lo vemos esto que

no es acá oculto. De ningún precio es acá la comida, porque casi sin trabajo la da la tierra, no han de hacer más de echarle la semilla tan sin trabajo como los indios la echan, hora sea de maíz, hora sea de todas las cosas. Hay grandísima abundancia de las frutas de la tierra, piñas, plátanos, jícamas, camotes, aguacates, ciruelas y todo lo demás; de aquí se provee toda la tierra; frutas de Castilla se dan pocas si no son higos, por aquí es la madre de los melones, de las sidras y naranjas; albahacas se hacen tan grandes, que no sé si las podría llamar árboles acopados, berenjenas, coles, rábanos y toda hortaliza, nos es menester más de arrojar por ahí la semilla que sin ningún beneficio se da todo, especialmente las cebollas; la yerba común de los campos y de los ejidos son bledos y verdolagas, bien creo que no hay en Indias pueblos de su manera tan ricos de todo lo necesario al mantenimiento de los hombres; trigo también se da de regadillo. Hay en él un hermoso ingenio de azúcar y muchos morales para arada y otras granjerías que tiene aquel español; tierra es calurosa, pero tiene muchos regalos con que templar el calor y jamás falta a las tres viento asaz fresco. En algunos meses del año, abundan mosquitos de día; pero cada año vemos que son menos y con la orden que se va poniendo en el pueblo creemos que se acabarán. La gente es muy crecida a maravilla, así hombres, como mujeres, que parecen gigantes; ha sido gente muy belicosa en extremo y hacían guerras y grandes daños a todas estas provincias; desbarataron a Moctezuma y jamás sirvieron a nadie; no tenían caciques, los Sacerdotes regían el pueblo, especialmente era obedecido como Dios el más viejo sacerdote que tenía cargo de su Dios a que llamaban Matove cuyo templo derribamos nosotros. Los cristianos, cuando los sujetaron les pusieron por cacique y señor, casi a manera de elección canónica, a Don Pedro que hoy es cacique en este pueblo. Son gente trabajadora y así vemos de noche lumbre por las casas, que están las mujeres hilando y tejiendo, hácese aquí las mejores mantas de algodón que se hacen en la tierra y aún en las Indias, andan desnudos y por maravilla se ve manta en el pueblo, ni camisa sino son los principales que la traen, como quien trae un arnés, y los que traen manta tráenla con dos nudos sobre el brazo derecho, y algunas mujeres andan como las de Yucatán y cuando se ponen manta es sobre los hombros y doblada la ala sobre el brazo, como los hombres hacen sus

capas. El cabello traen trezado con galanas trezaduras y rodeado a la cabeza sin otra ninguna toca. Esto es lo que nosotros hallamos. Entre las idolatrías y pésimos y crueles sacrificios y pecados graves, así como de comer hombres como otros muchos que éstos solían tener, tenían estos una ley bestialísima, que por su extrañeza la quiero contar: cuando traían pleito alguno sobre las tierras o sobre otras cosas, juntábanse todos los parientes de las partes, y unos a una parte y otros a otra tomaban los unos un hijo o sobrino y matábanlo allí y luego de la otra parte mataban otro de sus mismos sobrinos o hijos y luego esta otra otro y así iban matando hasta que se cansaban y así vencía el pleito quien mataba más parientes y el día de hoy cuentan los indios que en un pleito de unas tierras se mataron ciento cuarenta personas de esta manera, setenta de cada parte. Esto tenían ellos por gran valentía y quedaba muy ufano el que, así vencía; esto sea dicho por los que lo leerán en España, nosotros acá lo tenemos presente a los ojos. Pero no dejaré de decir de las calabazas que aquí hay: haylas muy mayores que grandes armeros y aquéllas pártanlas por medio y píntanlas para servirse de ellas en lugar de cestas y de platos, y son tan galanas como platos de Valencia; algunas hay que tienen un palmo de hondo, no las hay tales en las Indias y de aquí se envían presentadas a todas partes y vendidas; y su antiguo Dios fue uno solo creador de todas las cosas y morador del cielo, los ídolos les era cosa nueva, y así cuando se querían morir, se confesaban a su dios que llamaban Nombobí y se acusaban de los sacrificios que habían hecho a los otros dioses, no porque les pesase, sino que era ya ceremonia entre ellos y costumbre; otras infinitas cosas había de estas pero el que los quisiese saber, venga acá que de buena gana se las contaremos.

FRAY ISIDRO FELIX DE ESPINOSA, O.F.M.

Natural de Querétaro, en donde nació el 16 de noviembre de 1679, y en donde murió el 14 de febrero de 1755.

Ingresó al Colegio de la Cruz en 1696, habiéndose ordenado en 1703, año en que inició su actividad misionera en Tejas, Río Grande y otros sitios, habiendo sido compañero de Fray Margil. Dominó varias lenguas indígenas. Fue Guardián del Convento de Querétaro. En 1726 se le nombró cronista. Entre muchas otras obras escribió: *El Cherubin custodio de el árbol de la vida, la Santa Cruz de Querétaro. Vida del Venerable siervo de Dios Fr. Antonio de los Angeles Bustamante...* (1731); *Compendio de la vida maravillosa del gloriosísimo Padre S. Francisco de Assis, Patriarca y fundador primero de la orden de los menores; deducido de la Crónica Seraphica y entresacado de lo que escribió el ilustrísimo Sr. D. Damián Cornejo* (1735); *El Peregrino Septentrional Atlante: delineado en la exemplarísima vida del Venerable Padre Fr. Antonio Margil de Jesús...* (1737); *Nuevas empresas del peregrino americano septentrional Atlante, descubiertas en lo que hizo quando vivía, y aún después de su muerte ha manifestado el V.P.F. Antonio Margil de Jesús...* (1747); *Crónica Apostólica y Seráfica de todos los colegios de Propaganda Fide de esta Nueva España, de misioneros franciscanos observantes...* (1746); *Crónica de la Provincia Franciscana de los Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán* (publicada en 1899 y en 1964. Otras obras de él son: *Derrotero de la entrada que hizo a Tejas el año 1709, acompañando al P. Fr. Francisco Hidalgo; Diario derrotero de la nueva entrada a la Provincia de los Texas, año de 1716; Origen del ilustre Colegio de Sta. Rosa de Viterbo* (1752), y otras. De estas últimas algunas han quedado inéditas.

La *Crónica de la Provincia Franciscana de los Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán*, la editó Nicolás León en 1899, acompañada de unos *Apuntamientos bio-bibliográficos*; una reedición de la misma con los mismos apuntamientos y Prólogo y notas de José Ignacio Dávila Garibi, se hizo en México, D. F., Editorial Santiago, 1945, 532 p., ils., mapas.

La *Crónica de los Colegios de Propaganda Fide de la Nueva España* ha sido reeditada con un excelente y definitivo prólogo y notas de Fr. Lino Gómez Canedo, O.F.M., Washington, D. C. Academy of American Franciscan History, 1964, CII-972 p., ils., mapas. (Publications of the Academy of American Franciscan History. Franciscan Historical Classics, volume two).

El *Diario derrotero...* de 1716, ha sido publicado en inglés por el Rev. Gabriel Tous, T.O.R., bajo el título: *Ramon's Expedition: Espinosa's Diary of 1716*. Preliminary Studies of

the Texas Catholic Society, vol. I. no. 4. April 1930. Reprint from *Mid-America*, vol. XII, no. 4. April 1930.

Fuente: Fr. Isidro Félix de Espinosa, O.F.M. *Crónica de la Provincia Franciscana de los Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán*, 2a. ed. Apuntamientos bio-bibliográficos por el Dr. Nicolás León. Prólogo y notas de José Ignacio Dávila Garibi. México, D. F., Editorial Santiago, 1945. XII-532 p. ils. Mapas, p. 141-151.

FRAY JUAN DE SAN MIGUEL, CIVILIZADOR

Vino este admirable varón a este reino de las Indias después de los doce atlantes de esta conversión indiana y todos los escritores de estas partes no señalan la santa provincia de donde vino, siendo así que todas podían pelear con noble codicia sobre la posesión de joya tan preciosa; pero mientras no se descubra la mina de donde se sacó este oro aquilatado, puede enriquecerse con él toda la santa provincia de Michoacán que lo incorporó entre sus hijos y se gloria de contarle entre sus primeros padres y fundadores. Desde que pasó de España fue destinado para el reino de Michoacán y luego que llegó a él, viendo que para aprovechar las almas de los naturales de este reino era necesario saberles hablar en su idioma nativo, aprendió su lengua con toda perfección y en ella les predicó muchos años con gran fruto y aprovechamiento de los indios. Empléose con tanto esmero en aquella conversión, que se levantó con la universal aclamación de los tarascos, substituyendo el lugar de su primer fundador en la vida, ejemplo de observancia y juntamente en propagar y extender lo comenzado. Fue muy penitente, casto y de mucha abstinencia, con que su predicación hería cuando enseñaba y en ella conocieron todos los gentiles los motivos de su conversión. Como verdadero ministro del Señor, se mostraba siervo de todos con una humildad muy profunda y de este centro se levantaba a buscar a Dios en la contemplación y en ella era confortado para emprender pasmosas hazañas en servicio de Dios y bien espiritual de sus prójimos. Estaban en aquellos primeros tiempos los gentiles dispersos en lugares ásperos y entre la maleza de las montañas, y llevado de los fervores de su celo trasegaba los montes y se arrojaba a los despeñaderos para buscar almas que convertir y muchas veces como tuzas acosadas quisieron despedazarle; pero era tanta la eficacia y suavidad de sus palabras, que amansaba sus iras, y

los convertía en mansos corderos y al retirarse a su convento le salían a buscar balando por aquellas sierras.

Tuvo la palabra de este nuevo legislador la eficacia de su espíritu, pues como luz fogosa no le quedó gruta, peña, ni monte en donde no penetrasen los rayos de su predicación apostólica. Es constante que el santo fundador Fr. Martín de Jesús fundó las primeras iglesias y destruyó los templos de los ídolos dejando extinguidos sus ritos y diabólicas ceremonias; pero no tuvo lugar de fundar los pueblos y darles leyes de política, porque hartó hizo en introducir la fe, dejando lo que faltaba por hacer, a este venerable padre que fue su sucesor y lo cumplió tan exactamente que fue el primero que puso todos aquellos pueblos en política. Para mejor efectuar el celo grande que tenía de la conversión de aquellas gentes, lo persuadió él que dejasen los lugares ásperos y montuosos en que vivían y los hizo bajar a tierras más llanas, fértiles y frescas, donde fundó pueblos muy ordenados; haciendo a sus moradores dignos del nombre de hombres, porque carecían de él en las montañas donde vivían, por estar muy dispersos y apartados unos de otros, en lo cual padeció muchos trabajos. Y lo que más se debe encarecer en este hecho, es la eficacia que su palabra tuvo en aquellas bárbaras gentes, pues pudo persuadirles cosa tan dificultosa a los que se habían criado como brutos, haciéndoles dejar los lugares de su nacimiento y venirse a otros, que aunque muy amenos eran para ellos desconocidos. Luego que los tenían congregados, emprendía la fundación, dividiéndola en calles, plazas y edificios, que aunque no eran muy costosos, eran de mucha decencia y servían de ornato al nuevo pueblo. Instruía les en el modo que habían de observar en su gobierno, componiendo sus repúblicas y trayendo maestros de todos oficios para que los aprendiesen y así salieron los tarascos tan grandes oficiales.

Ordenó que los niños se juntasen a la doctrina y de ellos escogiesen las mejores voces para la capilla y para que aprendiesen a tocar órgano y con esta diligencia quedaron en todos los pueblos muchos maestros de música y muy diestros organistas; por su industria se introdujeron los instrumentos que sirven para cantar en los coros y los mismos indios los labraban con tanto primor como se ve hasta los tiempos presentes. Puso para estas cosas fiscal, mayordomo y demás oficiales, que conservaban los aranceles que les dispuso para su gobierno y estos son los mismos que han seguido después acá todos

los ministros de Michoacán. Fue este siervo de Dios el legislador, como el que pedía el santo rey David, para que estas gentes indómitas supiesen que eran hombres y no del número de las bestias. Lo que más le costó fue el reducir muchas naciones de bárbaros chichimecos, gente bruta y montaraz y que el sacarlos de los montes es reducir una fiera a la quietud de la cadena. Sólo podrá hacer digno aprecio de lo costoso de esta reducción el que considerare la dificultad con que cada uno deja su patria y natural asunto: porque privar a uno de su gusto no lo sabe bien, sino el que se ve forzado a hacer lo que naturalmente le repugna. Tan natural es en todas las criaturas buscar su nativo centro, que hasta una insensible piedra si la tira a lo alto, luego que se acaba la fuerza del impulso se vuelve a la tierra de donde se arrancó con violencia. De aquí conoceremos las grandes dificultades que este venerable varón tendría para arrancar estos indios de su natural asiento y de aquellos brutales gustos y delicias que gozaban en su barbarismo, sin sujetar su libertad a una ley que le quitaba las libertades de su apetito y que forzosamente se habían de sujetar al gobierno de una cabeza los que jamás supieron tenerla.

Volviendo a la narración de lo que trabajó el venerable padre le fue muy costoso el reducir a los bárbaros a que se contentasen con tener sólo una mujer, que es lo que permite la ley de Cristo, repudiando la multitud de ellas con que los tenía embelesados el demonio. Cosa fue ésta que apuró más la paciencia de los ministros, que toda la conversión; porque ya el amor en ellos como había echado raíces se estaba inmóvil, cuando oía que el evangelio no admitía muchas mujeres sino una, no miraba su barbaridad sino las conveniencias de su apetito y así no acababan de resolverse, luchando el espíritu con la carne sin determinarse a lo que les era tan conveniente. En fin, las palabras de este predicador evangélico fueron llamadas abrasadoras que destruyeron todas las dificultades que se les oponían y convirtió tantas almas como pinos tiene la montaña y repudiando todas las mujeres que tenían en su gentilidad, se casaban con una según el rito de la santa romana iglesia. A las dificultades que se les ofrecían preguntándole si era válido el matrimonio contraído con mujer estéril uno, respondía con la autoridad del gran padre San Agustín, que debía mantenerse, pues aunque fallara la fecundidad, se podían verificar los

honestos fines para que se instituyó el matrimonio, que son la unión, gracia matrimonial y la propagación de la naturaleza, que si por accidente falta no puede anular lo válido del matrimonio.

Vencidas estas primeras dificultades, prosiguió en la demanda de su ministerio corriendo personalmente las cumbres de toda la sierra de Michoacán en busca de los indios, siendo el caudillo que abría el camino por aquellas serranías y desiertos a pie, desnudo y hambriento, ayunando casi todo el año, sin perder un punto las horas del Oficio Divino, aunque fuese entre tigres y leones y en los mismos bosques donde habitan estas fieras, hacía sus disciplinas ordinarias todos los días, pidiendo a nuestro Señor el acierto de sus designios. Muchas veces iba rompiendo la nieve en tierras tan frías como hay en la sierra que era menester el espíritu de nuestro padre San Francisco para caminar adelante; otras veces experimentaba los bochornos de la tierra caliente sin yedra que lo albergase, como al profeta Jonás, sino un roto sombrero que le defendía para no quedar más tostado de los rayos del sol. Quien le viera en estos momentos correr como sierva amorosa al socorro de los hijos, diría que era violencia y rapto de un espíritu celestial y no de un hombre descalzo, desnudo y falto de toda conveniencia humana. A su incansable trabajo atribuye la crónica la mayor parte de todo lo que se pobló en Michoacán, que fue el principal ministro que pobló las cabeceras de los pueblos y a su imitación se fueron poblando y congregando todos los demás con la misma política y observando el mismo estilo en la fábrica de las iglesias, en la doctrina y asistencia de los niños para aprenderla y en todas las demás cosas temporales.

En donde dejó más señaladas las huellas de su fervoroso espíritu y en lo material más perpetuas memorias de su aplicación a lo político, fue en el pueblo de Uruapan. Fundada ya gran parte de la sierra, llegó el siervo de Dios a este sitio y viéndolo tan ameno, fecundo y vistoso, le pareció que el mismo cielo con su alegre semblante miraba aquel paraje con especial agrado. Hizo alto allí el colono seráfico, caudillo del pueblo, apóstol de su iglesia y tiró las líneas para fundarlo en el mejor lugar que contenía todo aquel valle, y que tiene todo el reino de Michoacán, repartiendo la población en sus calles, plazas y barrios, con tan linda disposición que pudiera emular la aristocracia de Roma. Dio a cada vecino su pose-

sión, mandando que desde luego hiciesen casas y que en cada una pusiesen su huerta, plantando todo género de frutas, plátano del muy pequeño y exquisito, ate, chicozapote, mamey, lima, naranja, limón real y ordinario, y no sé si desde entonces se plantó un limón grande y exquisito que tiene dentro otro limón pequeño con corteza y pepitas como el mayor, que a cuantos lo han visto les ha causado curiosa admiración. No hay casa de indio, que no tenga de todas estas y otras muchas frutas de Castilla y agua de pie para la verdura, con tan linda disposición y arte que todo el pueblo parece un país flamenco, de frutales tan levantados que compiten con los pinos para subirse al cielo. A un lado del pueblo está un ojo de agua de doce varas poco más o menos de circunferencia, tan profundo y corpulento, que discurriendo hacia el poniente a tiro de piedra es ya un río tan caudaloso, que impide el vadearse y sirve de cinta o muralla a la población. De allí a dos leguas enfrena su curso en una montaña tan espesa que como esponja sedienta se bebe todo el raudal y no despide gota hasta verse harta. Lo que causa admiración a la vista, es el que desmenuzándose toda la copia de agua por entre los pinos, riscos y peñascos se despide gota a gota por la otra parte de la montaña, y parece como lluvia de aljófara, o un grande copo de nieve, que pudieran enriquecer a los poetas de sus fingidas perlas, aljófara y cristales. Apenas gana pie de agua y recoge sus desperdicios cuando vuelve a formarse hermoso río que corre hacia el poniente y cría en sus cristales muchas truchas y otra variedad de pescado. Demás de este río hay dentro de Uruapan otros muchos ojos de agua, con que le fue fácil al siervo de Dios encañarla por todas las calles y casas del pueblo, sin que haya alguna que no tenga: y así todo el año se ve fruta y verdura por ser la tierra tan fértil en tanto grado, que en todo su circuito se está sembrando, cogiendo, espigando y naciendo el trigo en todos los tiempos del año: con que siempre está dando fruto y es cosa bien de notar que en aquel terreno a quien el cielo hizo tan fecundo, se ven a un mismo tiempo unos segando, otros sembrando y otros aventando el trigo en las eras. La razón de esta hermosa fecundidad es porque a las cinco de la tarde se levanta una marea tan suave y fresca, que estorbando las inclemencias del cielo, dura hasta las cinco de la mañana y así nunca hiela; con que se ha conservado el pueblo con la misma abundancia que en su primera fundación. Antigua-

mente se mantenían más de mil fuegos que eran otras tantas familias; aunque con las pestes que después han sucedido se han minorado los habitantes; pero no el comercio, que como es de todo el reino, no cesa la contratación de todos los géneros de la provincia y de la tierra. Es tan numeroso el concurso que hay de todas partes, no sólo de la sierra, sino de tierra afuera, que obligó al pueblo a que introdujera todos los días el tianguis a quien nosotros llamamos feria, donde se compra y vende desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la noche.

Para evitar la confusión de la obscuridad que trae consigo la noche y poder libremente comerciar y volverse los indios e indias a sus casas, usan el atar en unos quiotes, que son como maderos huecos y largos, manojos de ocote, o tea que encendidos hacen una llama muy hermosa y son tantos que parece todo el pueblo estar como en fiestas iluminado y con esta claridad compran y venden y se pueden volver con mucha facilidad a sus casas. Fundado el pueblo y repartido con la disposición que hemos visto, trató el siervo de Dios de fabricar una iglesia a todo costo, pues la que antes tenían aunque era muy capaz, era toda de tablas y madera. Como los indios eran tantos y la devoción que profesaban al venerable padre era mucho mayor, apenas lo propuso cuando comenzaron a juntar materiales y a poner por obra una iglesia muy grande, suntuosa, como para concurso tan crecido, siendo su labor de calicanto y tan costosa, que pudiera consumir un patrimonio, si el del venerable padre no fuera el de Cristo. Concluida la fábrica la adornó de retablos, órgano, ornamentos, como pudiera un gran potentado. Después de esto, emprendió la obra de un hospital para la curación de los indios enfermos y lo concluyó a toda satisfacción, que por sí solo bastaba a hacer memorable su nombre y hasta hoy en día se mantiene mucha parte del edificio antiguo, de que pude ser testigo ocular cuando hice misión en aquel pueblo. Púsole su retablo y órgano, fundándole su renta, como hizo en los demás hospitales, de que hablaré después. Fundado el pueblo, hecha la iglesia, y acabado el hospital, repartió él la población en sus barrios, dándole a cada uno de ellos su capilla con el retablo del santo, para que todas las noches se juntasen todos los del barrio, después de la oración, a cantar la doctrina y parecía coro de religiosos.

Como cada capilla está en los remates de las calles, unas

a otras se están mirando y hermo­seando la disposición del pueblo; y como está dividido en nueve barrios, son nueve las capillas, cada una con sus ornamentos y órgano, menos una que no lo tiene. Hecho ya todo lo material de la fundación, puso sus conatos en lo espiritual y político asistiendo en persona al examen de la doctrina, criando alcaldes, mayordomos y fiscales, adornando el pueblo de todos los oficios y poniendo en ellos a los muchachos de la doctrina para que los aprendiesen: y juntamente escuelas de canto y música, para que siempre en la iglesia hubiese cantores y organistas. Este ejemplo siguieron después todos los ministros de Michoacán en la educación y aumento de sus iglesias. Fundado este pueblo y otros a que asistía el venerable padre dejando hechos conventos, vivían ya los indios con aquel consuelo que goza el que después de una larga noche ve rayar el día; y así esta tranquilidad conmovía aun a los que estaban en los montes a que bajasen y se avecindasen en los pueblos, porque veían en ellos el orden y concierto que ellos en su gentilidad jamás tuvieron. Como eran muchos, venían entre ellos bastantes enfermos, que habitando con los demás en sus casas les ocasionaban grandes pestes. Lastimado el caritativo padre de la mortandad que iba experimentando, discurrió, ayudado de Dios, hacer en todos los pueblos hospitales junto a los mismos conventos para que así el extranjero como el morador hubiese recurso en sus enfermedades; quien hubiere visto y experimentado la pobreza de los indios y la cortedad de sus ánimos echará de ver el fondo de este acuerdo, que fue el más acrisolado empleo que pudo inventar la caridad para el mayor servicio de Dios y mayor consuelo de los prójimos, dando a los enfermos alivio en sus enfermedades y que tuviesen a mano los santos sacramentos los que morían y entierro de limosna a quien no tenía con qué costearlos y a los sanos dio margen para la caridad asistiendo a los enfermos.

El orden que tuvo el siervo de Dios fue edificar una iglesia o capilla capaz para administrar los santos sacramentos y después unos salones con sus patios y cocinas: ordenando que cada semana entrasen por su turno los oficiales así hombres como mujeres ocupándose cada uno en su ministerio. En llegando la enfermedad a declararse de peligro se confesaba el enfermo y en la iglesia del mismo hospital se le daba la comunión, juntamente con la extremaunción, con la decencia que en su parroquia iglesia. Dispuso que todos los semaneros a prima

noche se juntasen en la iglesia y repartiéndose a coros las mujeres en uno y los hombres en otro, cantasen la doctrina en el tono que la iglesia canta sus himnos y lo mismo al amanecer, añadiendo el himno de Ave Maris Stella y Pange Lingua, dando la alborada con estas alabanzas divinas. Concluida la doctrina salían de la iglesia y se iban cada uno a su oficio. Instituyó que los sábados se hiciese procesión con una imagen de la purísima concepción de María santísima señora nuestra llevándola en hombros cuatro indios de los más principales, con coronas o guirnaldas en las cabezas a la iglesia principal y allí se le cantaba solemnemente su misa, adornada la iglesia con verdes ramos y flores, como si cada sábado fuese la fiesta titular. Acabada la misa daba vuelta la procesión al hospital cantando las letanías de la Señora. Y porque costumbre tan loable y negocio de tanta importancia no desfalleciera con el tiempo, dispuso que en cada un año se juntase toda la comunidad del pueblo sin escusarse alguno y que beneficiasen una sementera de trigo, maíz y otras semillas y que recogidas, en el pueblo las vendiese para medicinas, ropa y sustento del hospital. En otros hospitales fundó la venta en ganados mayores y menores, que con el tiempo se fueron criando hasta llegar algún hospital, a tener tantas reses como pudiera un hombre bien asentado. Hasta ahora se conserva esta orden, que con tanta prudencia dispuso este bendito religioso y es de mucho consuelo para los que ven su permanencia después de tantos años.

MIGUEL VENEGAS, S.J.

Nació en Puebla de los Angeles el 4 de octubre de 1680. Falleció en 1764 en Chicomocelo.

Autor de numerosísimas obras de carácter religioso y diversos himnarios, selecciones de autores latinos, varias biografías de miembros notables de la Compañía, entre otros del Padre Juan María Salvatierra y de los P. Angulo de Zacatecas y Canónigo Juan González. Su trabajo histórico mayor es el titulado: *Empresas Apostólicas de los Misioneros de la Compañía de Jesús de la Nueva España en la Conquista de las Californias*, que él imprimió extractada en 1757. Aprovechó Venegas para redactar esta obra los escritos de los Padres Juan María de Salvatierra, Francisco María Piccolo, Juan de Ugarte y Eusebio Kino.

Acerca de él existe una obra escrita por el P. Salvador Granada, impresa en México en 1765.

El título completo de su obra principal, que se conserva aún inédita en su totalidad en el Archivo de la Compañía en México, es: *Empresas apostólicas de los misioneros de la Compañía de Jesús de Nueva España, en la Conquista de las Californias, debidas y consagradas al Patrocinio de María Santísima, conquistadora de nuevas gentes en su Sagrada Imagen de Loreto, historiadas por el P. ... de la misma Compañía de Jesús*. 15-674-25 p. mss. Firmada en Chicomocelo el 5 de agosto de 1739. Otra obra de él manuscrita en el mismo archivo es la siguiente: *JHS el Apóstol mariano representado en la vida admirable del Venerable Padre Juan de Salvatierra de la Compañía de Jesús, Misionero Apostólico de la Provincia de Nueva España y Conquistador de las Californias. Escrita por el P. ... de la misma compañía de Jesús quien la consagra a la Reina de todos los Santos, María Santísima Madre de Dios, Conquistadora de nuevas gentes con su sagrada Imagen de Loreto*. 9-305-2-22-10 f. (Chicomocelo 2 de noviembre de 1752).

Fuente: Miguel Venegas, S.J. *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente*. Sacada de la historia manuscrita, formada en México el año de 1739, por el P. Miguel Venegas, 2 v. Madrid, Imprenta de la Vda. de Manuel Fernández y del Supremo Consejo de la Inquisición, 1737. (Reimpresión en México por Luis Alvarez de la Cadena, 1943). II-157-163.

LAS MISIONES DE CALIFORNIA

Aunque el magnánimo y piadoso Rey Don Felipe V mandó que se asistiese de su cuenta a las Misiones de la California, con todo lo necesario al culto divino, campanas, imágenes, ornamentos, lámparas, aceite y vino para las misas, que Su Majestad da a las otras misiones de la América; sin embargo nunca se ha llegado a ejecutar esta orden, y todo se ha costeado y costea de las consignaciones de los misioneros y de las limosnas y haberes de la misión. De cuenta del misionero, que es el cura párroco de los indios, corre la fábrica de la iglesia, y la manutención y gastos ordinarios y extraordinarios de ella. Mas no es esta la única conveniencia de los curatos de la California. Digno es en todas partes el operario de la recompensa de su trabajo; y quien sirve al altar, no es mucho que coma del altar; porque quien siembra entre los fieles lo espiritual, justo parece que siegue algo de lo temporal. Por esto no fuera extraño, que los nuevos cristianos californios mantuvieran y sirvieran de alguna utilidad temporal a sus curas; pero bien al contrario, los curas y misioneros jesuitas son los que han de mantener a su costa y cuidado, no sólo sus iglesias, sino también a sus feligreses.

Al principio sustentaban los padres a todos los indios, que se juntaban en los pueblos a trueque de que no viviesen vagantes por los montes, y pudiesen ser instruidos en la fe, convirtiéndose en esto las limosnas de los bienhechores en gran parte. Después de reducidos, no siendo posible sustentar a todos, ni tampoco reducirlos en muchas partes, a hacer sementeras, ya por la improporción de la tierra y falta de aguas, ya por su brutalidad y holgazanería entrañada, con que todo lo abandonan, se ha tomado el método siguiente. En primer lugar, se mantienen por el misionero los gentiles, que vienen a catequizarse, o de su voluntad o buscados, hasta algunos meses después de haberse bautizado, y dado pruebas de su instrucción y firmeza en la fe. Dáseles por mañana y noche ración de atole; así llaman las poleadas o gachas de maíz cocido y después molido, desleído en agua y puesto otra vez al fuego. Al mediodía se les sirve ración de pozoli, que es el maíz cocido y juntamente carne fresca o tasajo, frutas, o legumbres, según lo que hay en la misión. Del mismo modo se sustentan el indio gobernador del pueblo, el fiscal de la iglesia, los enfermos, los viejos impeditos, y los niños

y niñas de todas las rancherías de seis a doce años. De más de esto, cada semana se da la misma ración a todos los indios e indias de dos rancherías; porque todas por su orden y turno vienen cada semana de dos en dos a la cabecera para renovar la instrucción en la doctrina y los ejercicios de la vida cristiana. Finalmente, todos los domingos acuden a oír misa, rezar la doctrina y el rosario, y cantar las letanías con el padre todas las rancherías, que no están distantes por muchas leguas de la cabecera, o del pueblo donde el padre se halla de visita, y a todos los que asisten se les da de comer, según se puede, haciéndose lo mismo en la Semana Santa con todas las rancherías.

También el cura misionero viste a todos sus parroquianos de sayales, jergas, bayetas, palmillas y telas semejanter, y los provee de mantas y frazadas, que de cuenta de su consignación y alimentos hace venir de México. A los que pueden trabajar, donde hay proporción de algunas siembras, se les industria por los padres en la labor y riego de las tierras, cuyo producto es sólo para su propio bien, o bien lo recogen ellos que al punto lo destrozan todo, o bien lo guarda el padre para distribuírsele con concierto, o para socorrer otra misión más necesitada. El vino sólo es el fruto que se les prohíbe, porque no se acostumbren a la embriaguez: y por esta razón, aunque son tan cortas las cosechas, siendo tan pocos los consumidores en la California, han podido traerse algunas porciones a la Nueva-España, en trueque de otros géneros y frutos. Con los enfermos no sólo se gasta cuanto hay en la casa del padre para su asistencia, sino también las medicinas, que éste dispone se les apliquen. De manera que un misionero y cura de Californias, no sólo ha de ejercitar todos los cargos de padre de almas, y almas tan brutales y rudas, sino también todos los de padre de familia, todos los de maestros de los oficios mecánicos, desde labrador hasta cocinero, y los de ayo, médico, cirujano y enfermero de todos; y esto sin la menor utilidad, interés o recompensa, gastando en ello su propio sustento, quitando el bocado de la boca para dárselo a ellos. Tales curatos sufrirán tal vez, como han sufrido, las murmuraciones mal fundadas y dura oposición de muchos; pero es de creer, que ni en América ni en Europa tendrán jamás muchos opositores.

Este fue el gobierno establecido por el Padre Salvatierra, para la subsistencia temporal de la California, que se conser-

va el día de hoy. El gobierno político de los indios, introducido por el mismo padre en Loreto, y a su ejemplo y mandato en las demás Misiones, se reduce a que en cada Misión recién fundada, esté con el Padre un soldado de escolta y hasta ciertos límites participa la jurisdicción del Capitán del Presidio. Cuando ya el padre tiene reducidas algunas rancherías, nombra al que mejor le parece entre todos los indios por Gobernador del pueblo. Otro indio es fiscal de la iglesia, y de cada ranchería se nombra al más instruido y quieto, por maestro de la doctrina en ella. El gobernador cuida de mantener la paz, buen orden en todas las cosas y de avisar al padre, y soldado, si algo sucede que él no pueda remediar. El Fiscal de la iglesia debe cuidar de ella y tenerla aseada y guardarla: debe saber los que faltan a la misa, y demás ejercicios de piedad; los que no asisten a ellos con devoción; y los que, o vuelven a sus antiguas supersticiones o se inquietan con los padres o con la doctrina. Al maestro de la ranchería toca hacer repetir a todos los de ella las oraciones y doctrina, rezar con ellos el rosario, y letanías todas las mañanas antes de salir al monte: y si estando en la ranchería, sucede algo digno de remedio, es de su cuenta el avisar al padre. El soldado vela sobre todo, cuando el padre se ausenta o a la visita de pueblos y rancherías, o llamado a la asistencia de enfermos, o a apaciguar inquietudes. Debe estar a las órdenes del padre para salir o ir donde llama la necesidad. Puede prender los delincuentes y castigarlos con discreción, cuando no es de muerte el delito; porque en tal caso debe dar cuenta al Capitán del Presidio, en quien reside la plenitud de jurisdicción. Los delitos menores se castigan con algunos azotes y los mayores con prisión y cepo. Para introducir el castigo de azotes, usado en otras Provincias con los indios, se valió el Padre Salvatierra en Loreto a los principios, cuando había muchos ladroncillos y rateros, y era forzoso escarmentarlos, de la industria ofrecida por el Capitán del Presidio. Cogió éste a uno de ellos con el hurto en las manos: convocáronse todos los indios; hízosele cargo en su presencia. afeósele el delito con grandes demostraciones. Condenóle el Capitán a castigo muy fuerte, conviniendo todos ellos en que lo merecía, para enseñanza de los demás. Intercedió entonces el Padre Salvatierra, para que se conmutase en azotes. Así se hizo, y a pocos golpes mandó cesar. Con esto se introdujo este género de pena, que si en Europa puede causar disonan-

cia, no la tiene a la verdad en América, por el carácter pueril de los indios, con quienes no cabe mayor formalidad y rigor, y en quienes se ejecuta por sus mismos paisanos y compañeros.

Por lo que mira a su gobierno espiritual, fuera de lo que hemos dicho al hablar de la fundación de algunas Misiones, el general de todas es uniforme. El primer cuidado es de los niños, porque de su educación pende todo. Algunos de todas las misiones se crían en Loreto, donde hay escuela de leer y escribir, y de canto eclesiástico con maestros de uno y otro pagados y traídos de la otra banda. Despéjanse con el trato: aprenden el castellano y después sirven de fiscales de las Iglesias, y maestros de la doctrina en su rancherías, donde son insigne mente respetados. En las cabeceras por la mañana el fiscal, estando ya todos los que viven en el pueblo y las rancherías de turno en la iglesia, entona el Alabado. Síguese la misa, y a ésta el rezar la doctrina traducida en sus lenguas que el padre concluye con explicación o plática algunas veces en la semana, para instruirlos y alentarlos en toda la serie de la religión, y vida cristiana. Vanse los adultos cristianos a trabajar en algo o a buscar comida en los montes, y por la noche rezan todos en la iglesia el rosario y letanías: quedan con el padre los niños y catecúmenos adultos, para más larga instrucción hasta la hora de enseñarlos y acostumarlos a algún trabajo y ocupación corporal. Todos los domingos salen alrededor del pueblo, cantando la doctrina en procesión, hasta volver a la iglesia, donde se les predica. En Loreto se hace también lo mismo, los sábados en castellano para la gente del presidio, concluyendo con plática y ejemplo y Salve. Célebrense con cuanta solemnidad es posible, las fiestas del Santo titular, la de Navidad, la del Corpus y las dos Pascuas, que según el ritual romano, se solemnizan con los bautismos. En estos días gozan de inmunidad los que andan fugitivos por los delitos y se les permiten alegrías, danzas y juegos decentes. En la Semana Santa se convocan a la cabecera todas las rancherías, y el padre, con los cantores enseñados en Loreto, hace todos los oficios devotísimos de aquellos santos días. Dispónense procesiones de penitencia, como en la cristiandad más bien formada; y es tanto el fervor de aquellos nuevos cristianos, que es menester irles a la mano en las penitencias de tales días. En ellos se pide a todos razón de la doctrina: son instruidos para la confesión anual: y los pocos que son admitidos para la Comunión, la reciben con la solemnidad po-

sible el día de la Pascua del Cordero. Vanse en esto los padres con el tiento debido para no arrojar el Santo de los Santos a los perros; pero en algunos indios ha querido Dios derramar tanto de su Espíritu, y muestran tanto conocimiento, tanta fe, devoción, y buena vida, que son admitidos aún a comulgar entre año, especialmente los cochimíes, sin el menor peligro de irreverencia. Algunos de éstos han llegado, y llegan a ser devotísimos cristianos, y de purísimas y ejemplares costumbres: donde se ve, que el Santo Espíritu expira donde quiere, por su misericordia.

Todo este concierto espiritual, y temporal de los indios nace del que tienen los misioneros. Para este alto y Divino Ministerio, se eligen los sujetos más a propósito: esto es: hombres de oración y trato con Dios, abnegados a sí mismos, y de gran mortificación, probados en toda virtud, y adornados de las prendas naturales, y robustez conveniente para tal vida y trabajos. Pero fuera de eso, para mantener el espíritu, y armonía religiosa, también hay la debida subordinación de unos a otros, y están tomados todos los medios. Al principio era el Padre Salvatierra único Superior, y por eso se llamaba *Rector de las Misiones de Californias*, siendo al mismo tiempo Misionero de Loreto y del Presidio, creciendo después las misiones, y ocupando ya casi toda la península, se han dividido todas en tres Rectorados, en que uno es superior inmediato de los demás. Con éste deben juntarse todos dos veces al año a tratar, y dar cuenta de su aprovechamiento espiritual, y del de sus misiones. Sobre los Rectores está un Visitador con su consulta, compuesta de misioneros antiguos y señalados, el cual visita personalmente las misiones, y sus pueblos de continuo: ve su estado y vela sobre la conducta de cada misionero. Los negocios más graves pasan al Padre Provincial, y su consulta en México, y de ésta muchas veces a la resolución del Padre General y su consulta de Asistentes en Roma (como sucedió con la compra de haciendas) sin que esto estorbe los avisos y noticias ordinarias, y extraordinarias, que tiene entabladas la Compañía para su concierto interior, y buen gobierno. Todos los años hacen los misioneros los ejercicios de N. P. S. Ignacio como todos los Jesuitas, para renovación de sus fervores. Por lo demás, fuera de las constituciones y reglas universales de la Compañía, se observan en cuanto es posible, las *Ordenanzas* del Padre Cavero, para las misiones de orden como ya apuntamos del V.P. Salvatierra.

En ellas se contienen los medios, que deben los padres guardar para cumplir las obligaciones que tienen de curas, sin olvidar las de religiosos y están prevenidos los daños con los más oportunos remedios; porque al fin de tantas pruebas y precauciones, quedan puros hombres y no ángeles. Mas por la gracia de Dios ha tenido Su Majestad, en aquel último término del mundo conocido, ministros fidelísimos de su gloria, cuyas virtudes no se han podido confundir del todo, entre la rusticidad de sus indios; y algo de esto se verá con edificación en las relaciones particulares de la vida, y santa muerte de algunos.

JUAN JOSE DE EGUIARA Y EGUREN

En 1696 nació en la ciudad de México, en la que falleció el 29 de enero de 1763.

Catedrático de la Real y Pontificia Universidad, Conciliarlo de la misma y su Rector en 1749. Chantre de la Catedral de México, fue exaltado al obispado de Yucatán, cargo que rehusó en 1752. Gran orador sagrado y escritor. Sus obras a partir de 1712 han sido registradas por Agustín Millares Carlo, quien también tradujo los Prólogos a su más famoso trabajo, la *Biblioteca Mexicana*. En ella hace una inteligente descripción valorativa de la cultura mexicana desde sus orígenes, y de la capacidad intelectual de los americanos en general, calumniados por varios europeos como incapaces de toda producción y labor espiritual.

De él y sus obras se han ocupado: Joaquín García Icazbalceta: "Las Bibliotecas de Eguiara y Beristáin". Discurso leído en la Junta de lo. de octubre de 1878, en *MAMCRA*, I, 1878, p. 351 y ss., reproducida en sus *Obras*, T. II. *Opúsculos varios*, México, Imp. de Victoriano Agüeros, 1896; Jesús Galindo y Villa, "Galería iconográfica del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. El Dr. D. Juan José de Eguiara y Eguren", en *AMNAHE*, 2a. ép. T. I., p. 155-164, y principalmente Millares Carlo en la edición de los *Prólogos a la Biblioteca Mexicana*, nota preliminar por Federico Gómez de Orozco. Versión española anotada, con un estudio biográfico y la bibliografía del autor por... México, Fondo de Cultura Económica, 1944, 303 p. Efraín Castro Morales se ha referido a sus fuentes en *Las primeras bibliografías regionales hispanoamericanas. Eguiara y sus correspondientes*. Puebla, Ediciones Altiplano, 1961, 35-[2] p., ils.

Fuente: Juan José de Eguiara y Eguren. *Prólogos a la Biblioteca Mexicana*. Nota preliminar por Federico Gómez de Orozco. Versión española anotada, con un estudio biográfico y la bibliografía del autor por Agustín Millares Carlo. México, Fondo de Cultura Económica, 1944. 304 p. facs., p. 134-149.

LA PRECOCIDAD DE LOS INGENIOS AMERICANOS

En que se examina con cuidado la precocidad de los ingenios americanos y se corrobora la opinión expresada acerca de este asunto por el eruditísimo y muy autorizado crítico fray Benito Feijóo.

Respecto al primero de los puntos anunciados, es cosa comúnmente admitida que los nacidos en América brillan por las luces de su ingenio mucho más pronto que los europeos; pero el eruditísimo e insigne crítico fray Benito Feijóo, en el tomo 4, discurso 6, SS 5, núms. 21 y sigs. de su *Teatro Crítico Universal*, se ha esforzado por incluir esta opinión entre los errores vulgares. La causa de que a los criollos o hijos de españoles que nacen en América “les amanezca más temprano el discurso”, no radica en la celeridad con que se dan a las tareas literarias, sino en otros motivos, a su juicio evidentes, que expone como suficientemente comprobados. Tiene, en efecto, Feijóo, por seguro, y nosotros con él, que los niños americanos, por lo común a los doce años, y muchas veces antes, acaban de estudiar la gramática y la retórica, comenzando en seguida a trabajar la filosofía y a cultivar luego las facultades mayores, en las que se gradúan sumamente jóvenes, de que hay notables ejemplos recibidos y celebrados por autores europeos como el erudito Don Juan Martínez Salafraña en sus *Memorias eruditas*.

Según Feijóo, el aprovechamiento anticipado de los nuestros no debe atribuirse a la anticipación de su capacidad, sino sólo a la anticipación del estudio y continua aplicación en él, unidas a un cuidado y diligencia mayores por parte de sus progenitores y maestros. Pero hemos de confesar ingenuamente la dificultad con que pasaremos a creer que los padres y preceptores europeos se preocupen menos que los americanos de la formación literaria de sus hijos o se dejen sobrepujar de aquéllos en vigilar la educación que debe dárseles. Mucho más verosímil parecerá a los experimentados que si los niños europeos van a la escuela mucho más tardíamente que los nuestros, es porque sus padres temen perder el tiempo haciéndolos estudiar en una edad que consideran inadecuada para la asimilación de los rudimentos primeros.

En cuanto a lo que Feijóo añade, o sea que los estudiantes americanos no toman por escrito ningún curso de filosofía, sino que estudian alguno impreso, pero no a su arbitrio, porque a cada colegial graduado se le señala cierto número de discípulos, a quienes explica todos los días lo que han de estudiar, es posible que ocurra en alguna parte de la América peruana, pero no en ésta de México, que es la más extensa de todas, como podrá acreditarlo cualquiera que conozca los métodos de nuestras escuelas. Exceptuando, en efecto, a los

Carmelitas descalzos, que estudian el Curso de Filosofía, obligatorio entre los de su orden, publicado por un su colega de la Universidad de Alcalá, todos los demás alumnos de cualquier escuela u orden religiosa, universidad o colegio, no sólo de México sino de cualquier centro de enseñanza de la América Septentrional, siguen las lecciones que sus maestros les dictan desde la cátedra y anotan en sus cuadernos los cursos elaborados para su auditorio por cada uno de aquéllos. Testimonio de lo que decimos darán los numerosos cursos manuscritos de que en nuestra *Biblioteca* hablaremos, aunque omitiendo muchísimo, por lo trabajoso y pesado que resultaría averiguar sus autores y nombrarlos a todos. Fruto de tales explicaciones son el curso publicado a raíz de la fundación de la Universidad y dictado poco antes por el P. Maestro fray Alonso de la Veracruz, y el profesado luego por el P. Antonio Rubio, ambos muy apreciados de los profesores mexicanos, quienes no por tenerlos a mano omiten sus disertaciones en la cátedra. Con arreglo a este método ha sido costumbre entre nosotros enseñar la teología, el derecho y demás facultades, casi desde los orígenes de nuestras escuelas, de tal manera que incluso los mismos Carmelitas descalzos, que siguen otra pauta en el curso de filosofía, como hemos dicho, observan en el de teología la costumbre patria, y se han resistido, dentro de los límites de la obediencia, a los deseos de su Prefecto general, el R.P. Maestro fray Pablo de la Concepción, favorables a que se leyese en cátedra su muy excelente tratado de Teología, impreso, y se dejase el sistema de las explicaciones individuales, prefiriendo continuar con éste, como al presente lo hacen. Por otra parte, confesamos de grado que en nuestras casas de estudio son ya más cortas las vacaciones y menos frecuente la interrupción de las tareas durante el año; no obstante, la realidad misma y la experiencia de consuno nos dicen que la asiduidad en el estudio poco aprovecharía a su aumento no yendo acompañada de la inteligencia. ¿Ni cómo podría, cuando falta el ingenio y las Musas rehusan su concurso? Ya podemos contarle a un sordo cuanto queramos o murmurar a su oído las melodías más dulces, que él no se enterará de nada.

Añádase la extraordinaria facilidad con que los nuestros sobresalen en el aprendizaje de las ciencias, así como su agudeza para penetrar en las cuestiones más abstrusas y sutiles. En fuerza de ello cultivan todos los géneros poéticos, son muy

dados a las inscripciones o elogios y a componer epigramas para su diversión; hallan asimismo gran placer en los problemas escolásticos de cualquier facultad, zafándose de los lazos de los argumentadores o desentrañándolos y desatándolos tan fácilmente, que los maestros veteranos no pueden por menos de sentirse admirados del desenfado, rapidez y copia de doctrina de que hacen gala unos jóvenes imberbes.

Además, el antes aludido don Antonio Peralta Castañeda, doctor teólogo de la Universidad de Alcalá, canónigo magisterial de la Puebla de los Angeles y catedrático de prima de sus reales estudios, atestigua en el pasaje citado de su *Historia de Tobías*, que si bien el número de estudiantes que en dicho centro tuvo a su cargo, era menor de lo que suele ser en Alcalá, de cuya Universidad había sido discípulo, estaban en cambio más adelantados y hacían progresos más apreciables en el cultivo de las ciencias; y añade que habiéndose atrevido en la universidad complutense a argumentar en las discusiones con los maestros más doctos, viose más de una vez apurado en la de Puebla para refutar las objeciones propuestas por sus discípulos y escapar a duras penas de los lazos de sus argumentos. "Y no refiero singulares —agrega— porque no se tenga a pasión referir prodigios." Y no es sólo Castañeda; otros muchos autores hay de los ya nombrados que con conocimiento y experiencia de lo nuestro atribuyen esas ventajas al natural ingenio y no únicamente al esfuerzo o al trabajo. Cita a algunos ilustres escritores que celebran, no sólo como iguales a los europeos, mas como excelentes, los ingenios de los criollos. Tales son el eminentísimo Cardenal don Alvaro de Cienfuegos en la *Vida*, que escribió, de *San Francisco de Borja*; Bartolomé Leonardo de Argensola, en su *Historia de la Conquista de las Molucas*; el Padre Manuel Rodríguez, en su *Historia del Marañón*; don José de Oviedo y Baños en su *Historia de Venezuela*; el padre Alonso de Ovalle, en su *Historia de Chile*; el señor don Lucas Fernández de Piedrahita, obispo de Panamá, en su *Historia del nuevo reino de Granada*; Garcilaso de la Vega, en sus *Comentarios reales de los Incas*, y fray Juan de Torquemada, en su *Monarquía indiana*, a los que añade el testimonio del discretísimo poeta francés Santiago Vaniere, de la Compañía de Jesús, quien en el Libro VI de su excelente poema intitulado *Praedium rusticum*, pondera a Lima de esta suerte:

"Nació rica por sus fértiles campos y sus minas de oro, pero

más rica aún por el ingenio de sus hombres y la benigna condición de sus espíritus.”

Por nuestra parte citaremos al Padre Mateo de Castroverde, también jesuita, quien en el *Panegírico de la Inmaculada Concepción de la Virgen, celebrada en México*, canta así:

“México, ciudad en todo el orbe famosísima por sus ingenios, poderosa por sus recursos”, etc.

Nosotros, siguiendo al recordado Feijóo, quien parece dejar dudosa esta cuestión, aunque muy ilustrada con sus observaciones acerca de la prestancia de los ingenios americanos, preferimos obrar del mismo modo, pues no pretendemos atribuir a nuestros ingenios la primacía entre los demás, ni menoscabar las glorias de otras naciones, por saber de sobra cuán verdad es aquello de que:

“Difícilmente habrá quien quiera ceder la palma a otro en punto a ingenio.”

Contentos nos quedamos con ocupar nuestro sitio, no por cierto el último, entre los hombres cultos, ya que ni aspiramos al primero, ni ignoramos que no nos sería posible arrebatarlo a los sabios, ilustradísimos y famosísimos del viejo mundo, sin incurrir en el delito de arrogancia y en la nota de locura, teniendo presente lo que el tan repetido Feijóo, después de cotejar entre sí diversos países, escribió acertadamente en la Carta 13 del tomo 4 de sus *Eruditas*, titulada “Si en la prenda del ingenio exceden unas naciones a otras.”

Prólogo XIII

En que se prueba ser pura ficción la rapidez con que los americanos decaen del uso de sus facultades, y se relega tal creencia a la región de las fábulas.

Quédanos por disipar el error de quienes sostienen que si bien los nuestros están dotados de un ingenio precoz, pierden el uso de él prematuramente. Combatió esta vulgar creencia el P. Feijóo, pero el erudito Máñer, en su *Réplica*, consideró de ningún valor los ejemplos aducidos por el Padre Maestro, de personas que en edad avanzada sobresalieron por su buen juicio y erudición, basándose en que sólo uno de los catorce citados había pasado su vida en América, mientras que los restantes, por haber residido en Europa, recibieron de ésta el vigor y la firmeza de su espíritu.

No obstante, nosotros proclamaremos a boca llena, como

dicen, que eso de que a los treinta años o a los cuarenta o algo más tarde, les desaparece a los americanos el uso del discurso, es fábula propia de viejas, y lo demostraremos citando mil ejemplos y más de personas de edad proveccta que conservaron intactas sus facultades, a pesar de que las más de ellas no conocieron Europa sino únicamente por haberla visto en el mapa, y sólo unos pocos, tras una estancia allá de dos o tres años, se restituyeron a sus lares, pudiendo aplicárseles con razón el proverbio de que "es más noble vejez de león que juventud de mulo".

En nuestra Universidad de México son frecuentes los profesores jubilados que continúan consagrados al cultivo de las letras; mas como dicha categoría no puede adquirirse sino después de ejercer por tiempo de veinte años una cátedra en propiedad, y esta situación no se logra casi nunca sin haberla desempeñado antes temporalmente, con veinticinco años de edad, por lo menos, en el mejor de los casos, dado el gran número de aspirantes, resulta que un catedrático, por rápida que haya sido su carrera, no puede disfrutar del beneficio de su jubilación antes de haber cumplido los cincuenta. Por otra parte, téngase en cuenta que a muchos profesores no les es dado acogerse inmediatamente al retiro o separarse de sus tareas docentes. Es grande el número de doctores con cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta años y aún más viejos, que consagran su actividad a la enseñanza, al foro, a la medicina, al gobierno de las parroquias o a otros trabajos por el estilo. Dentro de las órdenes religiosas hay muchísimas personas doctas que cultivan los ejercicios literarios y se ocupan, aun en edad más avanzada, de las cosas del espíritu. ¿Quién se persuadirá a que las lecciones, sermones, confesiones y demás funciones sagradas y eruditas sólo incumben a los menores de treinta o cuarenta años, o que se confían a personas incapaces o insensatas? En el momento actual tenemos, para no hablar de otros, cinco profesores universitarios jubilados, que continúan en el ejercicio de las tareas antes aludidas, el más joven de los cuales ha cumplido cincuenta y ocho años, sesenta nosotros y los demás exceden de este número y de los setenta. En la Puebla de los Angeles florece y brilla el dominico fray Juan de Villa Sánchez, que aun siendo más que septuagenario, escribe y publica libros, predica todos los domingos desde el púlpito a los cofrades del Rosario y asiste a otros muchos negocios. De los jesuitas que en esta provin-

cia residen, citaremos en México al Padre Juan Antonio de Oviedo, que a los ochenta y cinco años continúa en su labor de producir obras y darlas a las prensas, de confesar y aconsejar diariamente a numerosas personas, y que por presidir la celeberrima congregación llamada de la Purísima, predica una vez por semana ante selectísimo concurso. En la Puebla de los Angeles mencionaremos al padre Francisco Javier Solchaga, de ochenta y tres años, que no sólo dirige los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola, que se practican de continuo en la residencia especialmente destinada a este fin, sino que oye las confesiones expiatorias, responde a delicadísimas consultas y se ocupa en otros trabajos. Podríamos enumerar otros ilustres varones del mismo Instituto, que aún viven, casi semejantes a los nombrados, y de más de sesenta o setenta años, cuyos nombres es fácil entresacar del Catálogo que de ellos se ha publicado, pero renunciamos a hacerlo por no alargarnos en exceso. Por idéntica causa pasamos en silencio a muchos miembros de las demás órdenes, distinguidos por su ciencia y edad provecta, que pertenecen al mundo de los vivos. Entre los más ancianos que han fallecido de dos años a esta parte se nos ofrece mencionar a nuestro amigo el padre Santiago de la Sierra, de la Congregación del Oratorio, que fue más de una vez superior de su orden y conservó hasta el día mismo de su muerte, acaecida cuando contaba ochenta y siete años, una cabeza firme y un juicio capaz para el ejercicio de la confesión y acertada resolución de importantes asuntos; a Don Diego Velázquez de la Cadena, de la Orden de Santiago, varón nobilísimo, dotado de extremada cultura y admirable y natural elocuencia, que conservó inalterable hasta su muerte ocurrida, como la del anterior, a los ochenta y siete años; a don Felipe Cayetano de Medina y Saravia, de noble familia, instruido en las letras en su juventud y uno de los regidores de nuestra ciudad, que murió repentinamente a los setenta años, sin haber dado nunca señales de decadencia intelectual, y a don José Luis de los Ríos, tesorero jubilado de rentas reales, fallecido a la misma edad y que hasta el día postrero de su vida disfrutó de su clarísima inteligencia. No hace aún seis meses que desapareció de entre nosotros don Alejo de Mendoza, escribano de Su Majestad, que hasta su muerte, que le sobrevino a los ochenta y tres años, desempeñó escrupulosamente y con toda exactitud las obligaciones de su cargo. Menos de dos meses han

transcurrido cuando escribimos estas líneas, del fallecimiento de don Ignacio Ferrer, oficial mayor del Archivo virreinal de México, que por tiempo de treinta años ejerció su cargo con tanta competencia, que todos los virreyes reclamaban espontáneamente su colaboración, teniéndolo en el mayor aprecio; su memoria y la solidez de su juicio eran tales, que parecía un índice viviente del inmenso archivo, y si se le preguntaba acerca de documentos, por antiguos que fueran, al punto daba razón de su naturaleza y colocación; murió de más de ochenta años, habiendo visitado la víspera su oficina. Poco después pasó a mejor vida, a los sesenta y cuatro años de edad, don Antonio Calderón, de cuya erudición en todo género de materias trataremos más adelante. Mientras escribimos estas líneas, nos llega la noticia de haber fallecido a los ochenta y siete años, en la Puebla de los Angeles, don Francisco Javier de Vasconcelos, deán de aquella Iglesia Catedral y marqués de Monserrat, hombre de eximia piedad, que hasta hace pocos meses no sólo conservaba todo su vigor intelectual y capacidad para el trabajo, sino que con admirable asiduidad y diligencia tomaba parte en las sagradas ceremonias del coro. Un mes después de escrito lo anterior, dejó de existir don José Antonio Dávalos y Espinosa, prefecto mexicano de la Orden de Santiago y regidor de esta ciudad; tenía cumplidos los sesenta y nueve años, era sumamente aficionado a la historia y astrología, y se ocupó activamente, hasta los últimos meses de su vida, de numerosos e importantes asuntos tocantes al bien público, por encargo del virrey. Y para no dejar en olvido a todos los demás varones notabilísimos, que en nuestros días han pasado a mejor vida cargados de años y en pleno vigor de su inteligencia, justo es que hagamos memoria de algunos de ellos. Tales D. Alfonso Dávalos, caballero de la Orden de Santiago y conde de Miravalle (padre del antes nombrado D. Antonio Dávalos y Espinosa), que no mucho antes de su muerte, acaecida a los ochenta años, fue nombrado presidente del Tribunal de Comerciantes, cargo que desempeñó con espléndida quitación del erario público; don Pedro Ruiz de Castañeda, que falleció también octogenario y se hizo famoso por el admirabilísimo templo de la Virgen de Guadalupe, en cuya construcción empleó grandes sumas; don Pedro, don Francisco, don Alfonso y el presbítero don Nicolás, hijos del anterior y devotísimos también de la Virgen de Guadalupe, que murieron con más de

ochenta años, sin haber dejado de ocuparse activamente en diversos negocios; el sacerdote don Buenaventura de Medina y Picazo, insigne por muchas causas y particularmente por el esfuerzo y dinero con que contribuyó a la fábrica de la mencionada Basílica Guadalupana, pasó de esta vida, en la plenitud de sus facultades, con más de setenta años; el padre Francisco Camacho, de la Compañía de Jesús, de cuyas eximias virtudes hace cumplido elogio el Menologio de la Provincia mexicana, falleció a los setenta años, el veintidós de febrero de mil setecientos ocho, cuando se dirigía a su Colegio, en el que había gastado cuarenta de su vida; don Pedro de Arellano y Sosa, prepósito de la Congregación del Oratorio, varón extático, cuya Vida hemos escrito y publicado, vivió sesenta y siete años, diez meses y siete días, y sólo once años antes de morir dejó las tareas del confesionario e interrumpió las demás funciones de su Instituto. Por último, y a fin de narrar una cosa digna de recordarse, el día 4 de abril de seiscientos sesenta y tres salió electo provincial, en el solemne capítulo celebrado en México por los religiosos agustinos, fray Martín de Peralta, maestro en Sagrada Teología, sujeto de más de noventa años y que veintinueve antes había desempeñado el mismo cargo. Y no creemos que nadie piense que personas tan prudentes y sabias se fueran a nombrar como jefe a un hombre incapacitado y sin juicio. Debemos esta noticia al *Diario* de don Gregorio Martín del Guijo, que abarca desde mil seiscientos cuarenta y ocho a mil seiscientos sesenta y se conserva manuscrito en la residencia mexicana del Oratorio. Su continuador Robles anota la muerte de fray Martín en el año de mil seiscientos sesenta y cinco, pero sin consignar el día. Conviene ahora que recordemos, tal y como se nos vaya ocurriendo, a algunos ancianos de esta tierra, de los que hemos de ocuparnos en nuestra *Biblioteca*.

JOSE ANTONIO VILLASEÑOR Y SANCHEZ

Nació en México, D. F., hacia 1695 y murió después de 1750.

Matemático, cosmógrafo, historiador, geógrafo. Hombre de gran visión e inquietudes. Salvóse gracias a su buen sentido del mal gusto de la época, habiendo dejado varias obras, entre otras: *Informe a la Audiencia Gobernadora de la Nueva España, sobre rebaja del precio del azogue que solicitan los mineros*, 1742; *Observación del cometa que apareció en el hemisferio de México en los meses de febrero y marzo de 1742*, 1746; *Teatro Americano, Descripción general de los Reinos y Provincias de la Nueva España*, 1746-48; *Romance Lírico en elogio de Fernando VI, Rey de España*, 1749; *Calendarios y pronósticos lunarios para México*; *Mapa Geográfico de la Provincia de la Compañía de Jesús, de la Nueva España, delineado en México y grabado en Roma*. Se han ocupado de él, Román Beltrán, José Antonio Villaseñor y Sánchez" *BBSHCP*, No. 40, 1o. agosto 1955, p. 6.

Fuente: Joseph Antonio Villaseñor y Sánchez. *Theatro Americano. Descripción General de los Reynos y Provincias de la Nueva España y sus jurisdicciones*. 2 v. México, Imprenta de la viuda de D. Joseph Bernardo de Hogal, 1748. II-7-17. Hay reedición de 1952.

VALLADOLID DE MICHOACAN

Tuvo principio el Obispado de Michoacán en el año del Señor de mil quinientos treinta y seis, en que la Majestad del Señor Carlos Quinto erigió en Catedral la Santa Iglesia de este Obispado en la Ciudad de Tzintzuntzan, gobernando estas Provincias el Excmo. Virrey D. Antonio de Mendoza, Conde de Tendilla, y por su primer Obispo fue electo el Ilmo. D. Fr. Luis de Fuen-Salida, y el segundo, y principal el Ilmo. D. Vasco de Quiroga, Oidor que vino en compañía del Sr. D. Sebastián Ramíres de Fuen Leal en la segunda Audiencia, como tenemos apuntado. Pasóse la Silla Episcopal a la Ciudad de Uztzilá Pátzcuaro, como Capital de la Sierra de Michoacán, y al celo de tan Santo Prelado no sólo doctrinó a los indios de los pueblos, que reducía su amabilidad, sino que también solicitaba aprendiesen aquellos oficios ignorados de la nación, dándole a cada pueblo su destino en el que habían de entretenerse, y en esta forma instituyó pueblos de carpinteros,

otros de zapateros, otros de alfareros, otros de talabarteros para la fábrica de arneses, y corazas, y donde el terreno envidiaba a la labranza, les enseñó el beneficio del pan español, creando las panaderías para aquellos pueblos, para que cada uno sin mezclarse en el otro ejercicio comerciase en su trato, y formasen unos entre otros, las útiles ferias a su bien vivir, consiguiendo con esto no solamente la mantención de sus repúblicas, sino también la extirpación del ocio, pues quien con tan santo celo, solicitaba prender fuego a las almas con la palabra Divina, había necesariamente de dar el remedio temporal a su conservación, y aún hasta ahora se mantienen muchos de estos pueblos con el comercio de sus oficios, aunque no con aquel tesón, porque con la extensión de la labranza en que igualmente se entretienen, aumentan sus comercios, empero se conoce en cada uno, el ejercicio originario, como se dirá en cada pueblo.

Y por el año de mil quinientos setenta y nueve, a nueve de noviembre, considerándose la Santa Iglesia Metrópoli de aquel obispado tan retirada del comercio provincial, al pie de la sierra, y molestada continuamente de las aguas del verano, y estío, se discurrió, planteó, y ejecutó su translación a un valle, llamado de Olid, por aquel Cristóbal, que entró a la conquista de este país, llamado por entonces aquel sitio Guayangaréo en el idioma provincial, que es el tarasco, y hoy se llama la ciudad de Valladolid, donde en menos áspero temperamento se ha aumentado, y dilatado el pastoral celo así en su curia eclesiástica, como en su ilustre cabildo, y renta, dilatándose este obispado por más de ciento y setenta leguas del sudeste; al nordeste en largueza y en anchura tiene con variedad el término su recinto, porque en partes, como es en su lado austral, tiene ochenta leguas de espacioso, y en su parte boreal hay de travesías de sesenta, de cuarenta y de treinta leguas, deslindándose por la parte del este y sur con el arzobispado de México, y por la parte del oeste y norte con el obispado de Guadalajara, y en su distrito tiene varias ciudades, villas y pueblos grandes, que la componen.

Aunque, como va dicho, en el principio fue capital la ciudad de Tzintzuntzan y Pátzcuaro, como corte que fue del rey Calzontzi, señor de aquellas provincias, nunca sujeto a Moctezuma, por haber sido su república fundada, parte por los amedrentados toltecas, y parte por los dominios de el chichimeco imperio, por cuanto la translación de la mitra constitu-

yó en mayor dignidad a la ciudad de Valladolid, por mandato de la católica majestad del señor rey D. Felipe II, habernos de conservar esta memoria, poniendo en primer lugar esta ciudad, que dista de la capital México cincuenta y dos leguas a la parte del oeste, cuarta al noroeste, situada en la mesa anchurosa de una loma tendida cerca de dos ríos, que nacen en su inmediación, el uno pequeño, que tiene su origen al sureste de la ciudad, en un paraje nombrado el Rincón y el otro que nace en una laguna, que está al oeste, dimanada de una alberca, y porque se juntan entreambos, después de haber el pequeño corrido su caravana a la media ciudad, sale ya caudaloso el grande a fecundar los campos y valles, después de ofrecer a la ciudad en sus aguas los pejes, que en ella se crían, que son el bagre, de sazonado gusto, y el peje rey, nombrado en el idioma tarasco charare.

Aunque la ciudad no es hermosa, está muy poblada, y aunque carece de comercio abierto, por estar a trasmano de las entradas, y salidas de todo el reino, sin embargo no le falta aquél con que se puede mantener una honrada república. Vive en lo político de ella el número de cuatro a cinco mil familias así de españoles, como de mestizos y mulatos, y aunque algunos indios viven dentro, y en los extramuros de lo formal de la ciudad, no tienen habitación radical por ser originarios de los pueblos circunvecinos, sujetos a su gobernador, y de aquellos barrios, que la circundan, como son el de San Pedro, Santa Catarina, Chicaquaro, Santa Ana, los Urdiales y Santiago de la Puente.

La Santa Iglesia Catedral se comenzó a reedificar el año de mil seiscientos y ochenta, y aunque se dedicó al de mil setecientos y seis no quedó acabada por faltarle a su material fábrica las portadas, torres y oficinas; pero el santo celo de nuestro católico monarca, por su Real Cédula de veinte de agosto de mil setecientos treinta y ocho le asignó caudales con que franquear su finalización, y hoy se halla con dos hermosísimas torres, que sobresalen a todo el lugar y es su fábrica a la toscana, de robusta arquitectura. Su cabildo eclesiástico se compone de el deán, cuatro dignidades, cuatro canónigos de oposición, cuatro de merced, cuatro racioneros y cuatro medias raciones, en el mismo orden que las catedrales de México, y Puebla. En dicha catedral está la parroquia del Sagrario con el cura, y vicarios correspondientes a la

administración espiritual de su feligresía; tiene también una ayuda de parroquia con el título de Señor San José.

Los conventos, que hermoosan su recinto son el de San Francisco, que es la Casa de Noviciado, principal de esta provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán, el de San Agustín es asimismo la cabecera de la provincia de San Nicolás, y en donde se celebran los capítulos provinciales. El de la Merced, el de Carmelitas descalzos, el Colegio de la Compañía de Jesús y el Hospital Real de San Juan de Dios son de las provincias de México; tiene también un convento de religiosas catarinas, otro de indias capuchinas, y un recogimiento, o colegio de niñas pobres, que nuevamente fundó con el título de Santa Rosa la piedad de su Illmo. Obispo D. Francisco Pablo Mathos Coronado, que falleció en esta ciudad poco ha, por cuya muerte quedó el colegio sin las rentas que pretendía fincarle; sigue a su caritativo cuidado su ilustrísimo sucesor y cabildo, sin cuyas asistencias no podía subsistir.

En los barrios, que habitan las familias de indios en sus extramuros hay en cada uno su iglesia, en que celebran sus festividades y les dicen misa todos los días de precepto.

El gobierno político, y civil de esta ciudad es compuesto de un alcalde mayor, con el grado, durante el oficio, de teniente de capitán general, pero por residir éste en la ciudad de Pátzcuaro como capital de toda la provincia, nombra un teniente, o justicia mayor para la jurisdicción real; tiene doce regidores, alcaldes ordinarios, alguacil mayor, alférez real, y escribano de cabildo; y del número de familias referido, se forman seis compañías milicianas con su coronel, capitanes, oficiales subalternos, dándole igual lustre el ejemplar clero con el Colegio de San Nicolás Obispo, que fundó dicho Illmo. D. Vasco de Quiroga, con el destino de que sólo obtuviesen becas en él los oriundos de este obispado.

Al oeste sudoeste de Valladolid, en distancia de nueve leguas, y de la capital México sesenta por el oeste, cuarta al noroeste, está en temperamento frío, y húmedo la ciudad de Utzila Pátzcuaro, capital de la provincia de Michoacán, y corte que fue de Calzontzi, y en ella tienen su residencia los alcaldes mayores, que gobiernan su dilatada jurisdicción, dividida en catorce partidos, o tenientasgos, que se dirán en su lugar.

Lo material de su fábrica, aunque no es a la moderna no

carece de proporción y pulimento, en sus calles, casas, plazas y templos; es el país deleitable y ameno, por estar casi a la boca de la Sierra, cercada de montes la población, tupidos de árboles de crecida magnitud y en las huertas de sus llanadas abundan las flores, y frutas de varias especies. Tiene a la parte del norte una gran laguna, que mide de circunferencia doce leguas, tan abundante de pescado, y tan dilatado al gusto, que no sólo se provee de él esta ciudad, la de Valladolid, y otros pueblos, sino que también lo traen por temporadas a México, en donde con mayor estimación tiene su expendio; dentro de ella hay algunas isletas habitadas de indios en sus jacales, o chozas, los que diariamente trafican la laguna en canoas, conduciendo en ellas el pescado, flores y legumbres.

Al plan donde está la ciudad recintada de cerros, forma entrada una calzada ancha, toda de piedra, y lo primero que se descubre por el oriente es una capilla en donde se venera la imagen de Nuestro Redentor Crucificado, llaman a este sitio el Humilladero, por ser el paraje en que los indios de la provincia, se rindieron humildes a los españoles, que emprendieron su pacificación; su iglesia parroquial fue por espacio de treinta años catedral de Michoacán, cuyo nombre le proviene de la Laguna, que en su idioma quiere decir lugar donde hay pescado. El templo es de una sola nave, pero sus cimientos, y basas se dispusieron para cinco en forma de una mano, en cuyo estado permanece, por haberse trasladado la Silla Episcopal y cabildo a Valladolid, y si perfectamente se acabara, fuera una obra de las más insignes de la América, pues la antigua nave, que hoy tiene, es por su primor admiración de los más diestros arquitectos; tiene dos caracoles (que por singulares no se deben pasar en silencio) uno por los cortes de la cantería tan bien nivelados, que es corriente travesura de los indios asirse de la parte superior, y dejándose caer, descienden haciendo círculo, sin tropezar, y sin riesgo; el otro consiste en un elevado pilar, con dos abanicos desplegados al contrario, y así sucede, que subiendo juntas dos personas, bajan sin que la una vea a la otra, a salir por puertas distintas.

Ilustran la ciudad los conventos de San Francisco, San Agustín, San Juan de Dios y la Compañía de Jesús, primer colegio después del máximo, que se fundó en esta América, siendo su general S. Francisco de Borja, quien envió a esta

casa una de las imágenes de Santa María la Mayor de Roma; están también en ella las respetables cenizas del Illmo. y V. D. Vasco de Quiroga, primer Obispo de Michoacán; yace en este mismo colegio el V. Hermano Pedro Calzontzin, nieto del Rey Calzontzin, quien con la sotana parda de donado jesuita, vivió santamente en el ejercicio de maestro de escuela, hasta que la piedad con que asistía a los enfermos en una gravísima epidemia le quitó la vida, que siempre tuvo llena de caridad.

Tiene otro suntuoso templo dedicado a la Santísima Virgen María con el título de la Salud, el que ya por Real permiso, está destinado para monasterio de religiosas de Santa Catarina, y de sus continuos y prodigiosos milagros corre impresa la relación, que de ello hizo el P. Pedro Sarmiento de la Compañía de Jesús, también se venera, en uno de los barrios de la ciudad, la maravillosa y perfectísima imagen del Santo Cristo de Tupataro, hallada en el corazón de un árbol, al tiempo de estarlo partiendo un indio para labrarlo, que aún vive cuando ésta escribimos; hallóse con cruz y clavos, perfectamente labrados, y para su culto se le ha dedicado capilla en dicho barrio.

Consta su vecindario de más de quinientas familias de españoles, mestizos y mulatos, y la república de los indios, con su gobernador y alcaldes, se compone de dos mil familias del idioma tarasco; ya apuntamos el comercio de ellos siendo el de la ciudad el de los cobres, por no estar distantes las minas, tratando igualmente en azúcares y en mercancías, así de las que se hacen en la tierra, como de las que vienen de la Europa.

El primer pueblo, y cabecera de partido de esta jurisdicción, es el de Tacámbaro, situado al pie de una sierra tan encumbrada, que su subida es de ocho leguas, hasta llegar a lo más eminente de ella, y cinco de falda por la parte del mediodía, y es tan dilatada, que viene desde el reino de Guatemala, y corre a la provincia de Sinaloa, dista la población por la parte del sur catorce leguas de Valladolid, su temperamento es templado, con alguna inclinación a cálido; es la tierra agradable a la vista por su mucha amenidad, poblada de frondosas arboledas, y frutales de varias especies, y abundante en yerbas medicinales; por la parte del oriente corre de norte a sur un cristalino río, que nace en la cumbre de la sierra, y un salto de agua de más de cuarenta varas a las

orillas de la población y sangrando el río un poco arriba de ella, la provee en tanta copia, que cogiendo un molino toda la que necesita, sobra para regar la campaña.

El vecindario, así de esta cabecera, que es también gobierno de indios, como de los pueblos y barrios de la jurisdicción real, y de administración espiritual del partido, consta de ciento, cincuenta y nueve familias de españoles, cincuenta de mulatos, y ciento y setenta de indios. Hay en el Convento de San Agustín con cura del mismo orden, y los religiosos correspondientes para la más exacta administración de la doctrina, y santos sacramentos, en todo el distrito, en el que se hallan varias haciendas de labor, que llevan copiosas cosechas de trigo, maíz y otras semillas y algunos ingenios, o trapiches en donde se hacen crecidas porciones de azúcar, cuyos frutos sirven de comercio a sus habitantes.

Media legua distante de la cabecera está un gran Lago, que ofrece mucho pescado blanco, y es perteneciente a la casa de los Condes de Oñate. Y a distancia de tres cuartos de legua está un cerro junto a una hacienda de la misma casa, y en él se admira un primor de la naturaleza en una profunda, y espaciosa alberca de agua cristalina, dulce, y delgada, la cual ni mengua en tiempo de seca, ni tiene incremento en el de las aguas, permaneciendo siempre en un mismo estado.

La ciudad de Tzintzuntzan, o por otro nombre Cocupao, dista de la capital Pátzcuaro cuatro leguas por la parte del nordeste, situada en una rinconada que está al norte de la laguna grande, y por el oriente y occidente tiene dos encumbrados cerros, que le forman dos entradas, una por el sur, y otra por el norte; su temperamento es más frío que cálido, y aunque no carece de frutales, padece escasez de aguas, porque un ojo que tiene, está inmediato a la laguna, que a un tiro de piedra se le incorpora, y por esta causa se provee de las aguas de los pozos.

Compónese el vecindario de la ciudad de cuarenta y cinco familias de españoles, cincuenta y dos de mestizos y mulatos y ciento y cincuenta de indios con su gobernador y alcaldes y así unos como otros, tratan en la fábrica de loza aplicándose la gente inferior al ejercicio de la arriería. Hay en ella convento de San Francisco, que es guardianía y curato y sus religiosos dan el pasto espiritual en esta cabecera, y en dos pueblos sujetos a su gobierno y doctrina, situados a las orillas de la laguna por la parte del sur, a la distancia de dos le-

guas, el uno es el de San Francisco Iguatzeo con setenta familias y el otro es el de San Pedro Cucuchchau, habitado de diez y ocho familias de indios y en el recinto de uno y otro se hallan dos haciendas, y algunos ranchos de labor.

Los otros pueblos, que componen este partido de Tzintzuntzan son el de San Diego Cocupa, distante cinco leguas de su capital por la parte del norte, quedando la laguna por el poniente; hay en él convento de San Francisco, que es parroquia auxiliar de la cabecera, con dos religiosos vicarios, que dan el pasto espiritual a su vecindario compuesto de treinta familias de españoles, sesenta de mestizos y mulatos, y setenta de indios prácticos en el idioma castellano; su comercio es labrar bateas, pintar cajas y primorosos ternos de escritorios, tan estimables, que los solicitan los mercaderes para su embarque a España. Es este pueblo uno de los mejores que tiene la provincia, por su apacible cielo, temperamento benigno, saludables aguas, fértil, ameno y abundante de semillas, flores y frutas, situado en un espacioso llano, que es camino real para las provincias del reino y en él se consiguen cuantos víveres se necesitan y apetecen para la vida humana, siendo el pescado, que por esta parte se coge en la laguna en cantidad considerable.

DIEGO ANTONIO BERMUDEZ DE CASTRO

Nació en Puebla en el año de 1705. Falleció en la misma ciudad en 1746.

Estudió en los Colegios de la Compañía en Puebla. Notable erudito y bibliógrafo; escribió: *Honras póstumas del Illmo. Sr. Dr. Carlos Bermúdez de Castro, Arzobispo de Manila*, impreso en Puebla en 1731; *Teatro Angelopolitano o Historia de la Ciudad de Puebla de los Angeles*, impreso hasta 1908 por Nicolás León; *Catálogo de los Escritores Angelopolitanos*; *Noticia histórica del Oratorio de San Felipe Neri de la ciudad de la Puebla de los Angeles* y *Varias cartas eruditas al Ilmo. Eguiara y Eguren*. De este escritor fue importante colaborador.

Se ha ocupado de él Efraín Castro Morales en: *Las primeras bibliografías regionales hispanoamericanas*, Puebla, Ediciones Altiplano, 1961, 37 p. Debemos a la cortesía de Efraín Castro los datos cronológicos relativos a Bermúdez. El Dr. Nicolás León publicó en 1908, el *Teatro Angelopolitano*, con su *Bibliografía Mexicana del S. XVIII*.

Fuente: Diego Antonio Bermúdez de Castro. *Theatro Angelopolitano o Historia de la Ciudad de la Puebla. Año 1746*. Lo publica por vez primera el Dr. N. León. [México, Talleres del Museo Nacional de Arqueología, [1908] 234 p., pp. 158-163.

FRAY JULIAN GARCES

Comenzando a historiar por su serie las prodigiosas vidas de los angélicos prelados, daremos principio con la del Ilustrísimo y Venerable Señor Maestro Dr. Fray Julián Garcés, dominico, natural de el Reyno de Aragón, cuyo lugar no he podido saber con certidumbre para tributarle las gracias de tal hijo; pues más pretendía el Petrarca que la Patria fuese ejecutoriada por sus acciones que no éstas se hiciesen notorias por la patria; pues el sitio de la cuna en sentir de Dios no acumula felicidades a la persona por hallarse, constituida ésta, en el gravamen de solicitarlas, en cualesquiera parte de su residencia.

Nació el santo Prelado el año de 1452, hijo de padres muy nobles en aquel Reyno, quienes instruyéndole en las primeras auroras de su puericia en las acciones cristianas que requería su mejor nobleza, desde luego dio señales por donde in-

ferir de sus tiernos abriles, las exaltaciones que le habían de granjear sus virtudes y aplicaciones en los provecos años.

Remitiéronle sus padres deseosos de sus adelantamientos, luego que supo los rudimentos de la gramática, a que despuntase su ingenioso cacumen en los floridos claustros de la celebrísima Universidad de París (emporio proclamado de buenas letras, en aquellos como en estos tiempos) para que cursando en los atrios de aquella Atenas las facultades mayores tuviese dilatado campo su vivaz ingenio en que aplicar la celosa aplicación de su tesonero estudio, como lo ejecutó su ansiado aprovechamiento que por las conocidas ventajas de sus condiscípulos lo veneraban como a uno de los más célebres maestros, pues podía aun en la espera de discípulo regentearles a los demás escolares cualquier cátedra.

Como la mejor ciencia se radica en el temor de Dios, quiso aprovechar la suya el Señor Obispo Garcés, sacrificando las tempranas auroras de sus juveniles años en la propicia ara de la religión, abandonando las esperanzas que le prometía su mérito en las foráneas exaltaciones de el siglo; estudiando la mejor sabiduría, de la contemplación divina en la retirada abstracción de el claustro, para cuyo efecto tomó el hábito de religioso de Santo Domingo, en el insigne convento de Zaragoza, donde conociendo los Prelados los ricos talentos que recataba su humildad, le ocuparon luego que se ordenó de Presbítero, en la continuada tarea de el púlpito en que hizo tanto provecho, lo eficaz de sus santas obras con que acompañaba la verdad de su evangélica doctrina que mereció en la oratoria tal nombre que lo propio era decir que predicaba el maestro Garcés que congregarse en turbas los concursos del auditorio.

Asignéle su provincia para lector de Philosophia y Theología en muchos conventos de su religión cuyas consignaciones aceptaba con singular placer por ejercitar en ello su obediencia, siguiéndose en sus disciplinas que recibían su magisterio un aprovechamiento universal de su doctrina, en cuyo ejercicio se ocupó por espacio de muchos años hasta que su religión oficiosamente en vista de sus méritos, premió el afamado tesón de sus estudios bordándolo con la ínfula de Maestro en sagrada Theología.

Fue como dice el Maestro Gil González Dávila, gran philosopho, aventajado theologo, e insigne escriturario, porque prescindiendo de su aplicación a las letras gozó la dicha de tener una feliz memoria que acompañada de su índole, virtud y

naturales prendas con lo claro de sus resoluciones, y parece, le merecieron el primer lugar de docto, entre los de sus tiempos de tal suerte, que el famoso Antonio de Nebrija habiendo logrado la dichosa suerte, de que en las aulas de los estudios fuese su concursante, admirado de su sabiduría prorumpió en estas voces: *que le convenia estudiar para igualar con Garcés.*

Esmeróse en la afectuosa devoción del gran padre San Agustín, cuyas santas y doctas obras leyó enteramente, repitiendo su estudio en muchas ocasiones por haberlas de traer siempre consigo, por lo cual a la hora de su preciosa muerte, como única y la mayor prenda de su estimación, por vía de legado mandó se remitiesen al convento de Señor Santo Domingo de esta ciudad, en cuya librería se conservarán perpetuamente. Como en el ejercicio de la predicación, era tan espiritual, docto y deleitable, por ocuparse en este santo ministerio con maravillosa eficacia, y ternura causando milagrosos efectos en los corazones de sus oyentes por el aumento que se conocía de virtudes y reformas de vidas relajadas; con cuya noticia y experiencia le nombró la dignación de Su Magestad el Señor Emperador Carlos quinto, por uno de sus Predicadores, cuya elección aceptó con profundo abatimiento de religiosa y ejemplar modestia.

Tanto fue el concepto que le granjearon sus méritos, letras y virtudes, que lo eligió por su confesor el Ilustrísimo Señor Dr. Dn. Juan Rodríguez de Fonseca, Obispo de Burgos y primer Presidente de el Real y Supremo Concejo de Indias fiando a la discreción fervorosa de su espíritu el importante negocio de la dirección de su alma.

Con la experiencia que adquirió el señor Presidente en el manejo del Santo Religioso, conoció los muchos dotes que enriquecían su espíritu heroico y con la ocasión de tratarse de nombrar pastor, que cuidase el rebaño de las cristianas ovejas que se iban convirtiendo en las Indias se lo propuso para este empleo al primer Emperador y con efecto condescendiendo Su Magestad en la propuesta se hizo la elección en su persona de primer Obispo de la Nueva España, con título de Santa María de Yucatán en 6 de Septiembre del año de 1519, aunque la posesión de esta dignidad no se efectuó hasta el año de 27 en que teniéndose noticia en la corte de los felices acontecimientos de la conquista se eligió nuevamente al señor Garcés por primer Obispo de Tlaxcala para cuya posesión se despacharon en el Consejo las cartas en 9 de

Noviembre de 1527 teniendo de costo todos los recaudos ciento y seis ducados de oro.

Habiendo aceptado la mitra el Venerable Señor Maestro no por lo deseada, que es su dignidad como decía el Apóstol, sino porque tuviese campo en que ejecutarse su fervoroso celo en reducir al aprisco de la Iglesia las fugitivas ovejuelas que moraban en Nueva España, conservando en su redil las que se habían convertido a su católico gremio, se consagró solemnemente en la Europa, siendo de edad de 70 años en cuya virtud pasó a ilustrar las vastas Provincias de estas occiduas regiones, tomando posesión de su diócesis el año de 1529, acompañado del Reverendo Padre Fray Diego de Loaisa, religioso de su orden.

Como uno de los principales encargos que le hizo al Venerable Varón el Señor Emperador, residiendo en la Corte, para su partida fue el que solicitase el alivio de los naturales, excusándose las guerras y que siendo forzoso tomar las armas precediese consulta entre los sacerdotes, cerciorados de los disturbios que precedían en México entre el Marqués del Valle Don Fernando Cortés y el tesorero Alonso de Estrada, Justicia Mayor, Gobernador y Capitán General de este Reyno. Pasó en persona a componerlos y apaciguarlos, y al tiempo de pisar las entradas de aquella Corte, con la embajada de la paz salieron a festejar su augusto ingreso con cruces altas la clerecía, religiones, cabildo secular y demás nobleza con las demostraciones de ser su recepción la primera de Prelado eclesiástico en dicha ciudad, donde consiguió el extirpar los bandos que habían suscitado las dos parcialidades.

En 9 de diciembre del año de 1527 consagró el Sr. Garcés al Illmo. y Venerable siervo de Dios el Señor Fray Juan de Zumárraga, franciscano, de primer Obispo de México.

Llamaban a nuestro apostólico Prelado el obispo Carolino o Carolense por haber sido electo por el Señor Emperador Carlos V, mereciéndole el estudio que continuaba a los 70 años de su edad, como si fuese el joven más esforzado de 20, el glorioso renombre y epíteto de *obispo de sciencia*, en señas de uno y otro mundo.

En la regular observancia que tenía siendo prelado, parecía dechado del más fervoroso novicio, consumiendo las escasas rentas de obispado en el beneficio común de los pobres, remediando a los necesitados, casando huérfanas, remediando viudas, amparando desvalidos y socorriendo a los menesterosos.

En la parsimonia de su decencia, no representaba la altí-

sima dignidad que obtenía, porque no sólo no gastaba en un coche y otros ornamentos superfluos, sino que como verdadero imitador de la santa pobreza, reducía a dos criados y una negra la familia de su casa.

En lo continuo de su recogimiento y en lo asiduo y prolijo de su contemplación, parecía haber trasladado a los precisos tráficos de su palacio los solitarios claustros de un retiro.

A los indios, como amante de su salvación sacándolos con su sabiduría y ejemplo del cenagoso pantano de sus vicios, los encaminaba por el seguro puerto de las virtudes enseñándoles con lo espiritual de su doctrina a que solicitasen la vida eterna.

Edificó en el desierto de Perote (situado en el camino que va de la Veracruz a México) por dirección del mismo Varón Don Pedro López, mejor cristiano que médico, el Hospital de Bethelém, para consuelo de los peregrinos, refugio de los pasajeros y curación de sus dolientes, el cual, visitaba frecuentemente, recibiendo a los enfermos regalándolos, acariciándolos y sirviéndoles con todo amor y caridad, sufragando con sus cortas rentas sus crecidas costas hasta que falleció, por lo que continuó su aumento y conservación, el Venerable hermano Bernardino Alvarez, fundador del Orden de la Caridad.

Escribió a la santidad de Paulo III una elegantísima carta latina, que por lo dilatada, no la refiero a la letra, remitiendo al curioso que la quisiere ver a la crónica que escribió de su Provincia Mexicana al Ilustrísimo Señor Maestro Don Fray Agustín Dávila Padilla, Arzobispo de la Isla de Santo Domingo y predicador de Su Magestad, honor de México su Patria y de la progenie Guzmanana su madre; en la cual defendiendo el Venerable Señor Garcés el derecho de los miserables indios, le asegura a su Beatitud ser de presentísimos ingenios, prontos en aprender los idiomas latino y castellano y humildes en la confesión de sus culpas, capaces de ser admitidos a la frecuencia de los sacramentos, obedientes a sus directores, religiosos en los cultos, austeros en las disciplinas, parcios en el uso de las mujeres, prontos en las restituciones, y repartidores de sus hijos para que logren cristianas enseñanzas, todo lo cual le constaba a su Ilustrísima por los muchos actos positivos que había experimentado con los naturales, pues inquiriendo de uno la causa de que se quisiese confesar, no siendo tiempo de cuaresma, respondió, haber estado malo y prometiéndole al Señor el ejecutarlo y

que si no lo hacía incurría en la pena de transgresor del voto; a cuyo informe y consulta respondió con particular estimación Su Santidad.

Fundó en su vida el santo Prelado seis capellanías para que a su título se ordenasen otros tantos capellanes y dotó los aniversarios; porque aunque en aquellos tiempos eran tan atenuadas las rentas, como no gastaba su religiosa parsimonia ni aún los precisos faustos, convertía todo su producto en obras pías.

En su tiempo tuvo esta ciudad la fortuna de que se consumara y principiara su fundación con el misterioso sueño que referí en el principio, y así mismo se comenzó la fábrica suntuosa de esta Catedral augusta poniendo en ella la primera piedra.

Aunque la silla episcopal se mantuvo en la ciudad de Tlaxcala hasta el tiempo del Ilustrísimo y Venerable Señor Obispo Don Fray Martín Sarmiento de Oja Castro, se ha de entender, que la residencia de los señores Obispos, desde el Venerable Señor Garcés fue en esta de la Puebla.

Cooperando el Venerable Señor Garcés puso en la ciudad de Tlaxcala, el año de 1534, el venerable Padre Fray Alonso de Escalona, hijo de la provincia de Cartagena y provincial que fue de ésta del Santo Evangelio de México, una escuela de leer y escribir que fue la primera que hubo en Indias, en que por la aplicación que tuvo este santo religioso llegó a juntar seiscientos indios que lograron singulares medras.

Numerando el santo obispo 90 años de su santa vida quiso el Señor condenarle sus trabajos, por lo cual, dándole una grave enfermedad llamando los médicos le intimaron se dispusiese para la tremenda jornada de la eternidad recibiendo los sacramentos y otorgando disposición testamentaria, y confiriendo entre sus domésticos cual de las dos prevenciones se ejecutaría con antelación *preciviendo* el Venerable Prelado la consulta dijo con singular edificación estas palabras: *Preferantur divina humanis.*

Habiendo recibido los santos sacramentos con la ternura y devoción consentanea a su santa vida no otorgó disposición testamentaria, porque primero era tener bienes de que disponer de que carecía su religiosa pobreza.

Agravado el achaque de que adolecía, permutó esta temporal vida por las gloriosas estaciones de la eterna; mereciendo no sólo la aureola que le ganaron sus virtudes, sino la especial de haber conservado incontaminados en el discurso

de tantos tiempos los candores de su virginal pureza. Descansó en el Señor el año de 1542 sepultando las venerables reliquias de sus cenizas heladas, en la Santa Iglesia Catedral al lado del Evangelio; aunque pretendiendo defraudar a su esposa de tan estimable tesoro, dispuso se le sepultase en el Convento de Santo Domingo, lamentando sus alumnos los poblados, el sentido ocaso de su primer Príncipe con el dolor de sus verdaderos afectos y la respetuosa veneración que se debía a la perenne memoria de tan ejemplar Prelado.

En el retrato que del Venerable Señor Garcés se conserva para monumento de su nombre en la sala del Venerable Cabildo eclesiástico, se le apropió este epigraphe: *Sapiens, Integer, Emeritus*. Hacen recordación de la santa vida, muerte y virtudes de este heroico y santísimo Prelado las *Historias Reales y Eclesiásticas del Reyno de Aragón*, las *Crónicas de Santo Domingo* y especialmente la del Señor Arzobispo Don Fray Agustín Dávila Padilla, Fray Balthazar de Medina en la de San Diego de México, el Padre Fray Francisco Florencia en *Historia de la milagrosa aparición del Soberano Arcángel Señor San Miguel*, Fray Agustín de Vetancurt en su *Theatro mexicano*; y el Maestro Gil González Dávila, en el *Eclesiástico de las Indias*.

DEL CARACTER DE LOS NACIDOS EN PUEBLA

... según los métodos novísimos de Eustaquio, Manfredo, y Don José Casimiro Pimentel colegial que fue del Colegio de Niños, advocación de San Pedro González Telmo en Sevilla, Capitán de Infantería Española en la ciudad y Puerto de Santiago de Cuba, Piloto del mar Océano y Seno Mexicano, se halla situada la Puebla en 279 grados, y 58 minutos de latitud debajo del signo de Sagitario al Polo ártico cuyas benignas influencias (como saben los astrólogos), gozan los que nacen bajo de señorío y dominación como lo son los hijos de la ciudad de la Puebla, y según refieren los autores se experimenta ser puntillosos, afables, sagaces, prudentes, liberales, animosos, esforzados, y amigos de emprender heroicas funciones y aventuras.

Son los hijos de la ciudad de la Puebla (hablo con la modificación que se debe, porque también hay muchos malos como se practica en otras partes) puntillosos, honrados, de altos pensamientos procurando siempre no dar margen para

que se hable mal de sus personas por sus malos tratos y correspondencias de tal suerte que en las Islas Filipinas y Real campo de Manila en las compañías que antiguamente se reclutaban en esta ciudad, luego que conocían que algunos de sus soldados o la mayor parte dellos eran criollos de la Puebla e Indias, los tenían en mucho, haciendo aprecio y estimación de sus personas, por decir que solos ellos tenían buenos y honrados procedimientos por cuya razón alcanzaban entre la gente militar los puestos de mayor lucimiento tomando estado con las hijas de aquellos países más hermosas y ricas.

Por lo que mira a ser liberales los poblanos, discurro que fuera acertado, el que muchos no lo fueran ni hubieran sido tanto, porque pasando los límites de pródigos, han dado y dan en los escollos de desperdiciados, lamentando en el tiempo de las pobrezas sus descompuestas locas prodigalidades, cosa digna de llorarse con la ternura que demanda tan fatal perdida, pues habiendo personas así criollas, como extrañas que aplicándose con solicitud al trabajo consiguen durante el tiempo de su vida dejar crecidos y opulentos caudales a sus sucesores, y verificado el que muchos de estos hayan de entrar en el goce de su administración y dominio, no sólo no los aumentan con creces, pero lo que es más sensible, dentro de pocos tiempos los aniquilan y consumen, de tal suerte que hay hijos y nietos en esta ciudad de algunas personas que hallándose con escaseces y desdichas, fueron sus antepasados de mayores conveniencias en la República de que pudiera referir muchos eventos, que no quiero inculcar, por no ser del caso, contentándome solamente con decir que por el siglo de quinientos fundó en esta ciudad un opulento Mayorazgo el Capitán Juan Blas Ramírez, Regidor de número de ella, el cual por haberse consumido, no sólo no existe, pero son muy pocos los que conservan la noticia de que existió, aún habiendo alcanzado en nuestros tiempos, a su último poseedor.

Por lo que toca a ser los hijos de esta ciudad sagaces, prudentes y de agudos entendimientos, es bastante prueba el decir que muchos son los que en todo el Reino han ocupado y al presente ocupan los puestos de mayores dignidades en las mejores ciudades de la América por las líneas de milicia y letras como apuntaré en otro lugar, adquirido todo con su industria y estudio; pues es común opinión en las Indias que los criollos de la Puebla tienen en singular privilegio de gozar cada uno de siete sentidos, dos más que las otras racio-

nales criaturas, y en la Real Universidad de México (emporio celebrado de buenas letras en la Nueva España más que la sabia lengua de Atenas, como la llama un discreto, civitatem linguatam, en la Grecia), han admirado en todas edades y siempre regentean algunas o las más de sus cátedras con aplausos universales de los oyentes, y mexicanos ingenios nativos de la Puebla de que no quiero referir baratos ejemplares.

Que los patricios de esta ciudad sean de esforzados ánimos para aprender heroicas aventuras, se inferirá de lo que adelante diré, historiando, asegurando su certidumbre con decir que en el año de 1584 pasaron en nombre de la República de la Puebla, los muy nobles caballeros, (así los llama el Maestro Gil González Dávila), Dn. Antonio de Guevara, Dn. Diego Téllez, Dn. Pedro de Torres, Dn. Zacarías de Santiago, indios y caciques principales, originarios de esta ciudad a la coronada Villa de Madrid, corte de S. M. a besarle con la veneración de sus leales alumnos su real mano, conferirle distintos negocios, y suplicarle impetrase de su Santidad diferentes gracias e indulgencias para las Iglesias de la Catedral, Hospital de Nuestra Señora y Santo Domingo con su Ilustre y Venerable Archicofradía del Santísimo Rosario, a que condescendiendo benigno S.M. le escribió sobre este asunto en 15 de febrero de 1585 a la Santidad de Nuestro Beatísimo Padre el Sr. Gregorio XIII, sirviéndose el Santo Pontífice de conceder dichos privilegios y gracias impetradas por los mencionados indios, de quienes se evidencia que si no se hallasen sujetos idóneos para tan gloriosa facción, no se hubieran osado a emprenderla, y si tan altos son los pensamientos de los indios poblanos, desde luego se infiere que los de los españoles de la misma suerte, se esforzarán a tamañas aventuras.

El que los hijos de esta ciudad sean de ánimo varonil, constante y esforzado, es cosa muy notoria en todo el Reino, aunque el día de hoy no se experimenta con el empeño y escándalo que antiguamente, pues habiendo escrito el Licdo. Antonio de Ochoa, Presbítero Mayordomo y Administrador que fue de los bienes y rentas del Convento de Religiosas de San Gerónimo y del colegio de Jesús María y José a él agregado, la novela que cito en el prólogo, dice que: "Por los años de 1660 y los anteriores llegó a tener tal reputación en la Puebla el punto de la Valentía y ánimo, observando las inicuas leyes del duelo en los desafíos, condenadas por la Santidad de Nuestro Beatísimo Padre el Sr. Alexandro Vi. en la congregación

general de la Santa Inquisición celebrada en el Palacio Apostólico del Monte Quirino en 24 de Septiembre de 1665 y 18 de Marzo de 1666, que causaba a los cristianos pechos gravísima lástima y compasión por ver las infelices muertes, heridas y otros excesos que tan continuamente se experimentaban en la ciudad, originadas de los valerosos y duelistas con tal extremo que solían amanecer en una casa dos o tres individuos muertos, sin saberse quienes fueron los que impía y proditoriamente habían ocasionado tan deplorables tragedias, y lo que es más que olvidados de ser cristianos para que no se hiciese notorio el su delito, cavando en lugares ocultos de otras casas encerraban con secreto los cuerpos, privándolos del beneficio de gozar sepultura sagrada en las Iglesias, tan recomendadas para este fin por muchos ejemplares sucesos que refieren los escritores. Hasta que pasada alguna serie de años por disposiciones del Altísimo se sabía de otros cadáveres ocultos, y desenterrándolos con propiedad, los huesos gozaban de sepultura sagrada de que pudiera referir algunos casos sucedidos en calles que llaman de los Mesones, Concordia, Sn. Pedro y otras que no digo por no ser molesto."

Tanto creció la fama de la valentía de la Puebla que parece exageración el decir que venían en solicitud de los animosos ciudadanos para hacer prueba de su valor y esfuerzo algunos tentados de esta furiosa tecla, de diversos lugares de la Nueva España y lo que causa más admiración de la Europa. Había en esta ciudad tres sujetos que por andar continuamente acompañados, tener un mismo nombre, y ser de igual valor y destreza en el manejo de las armas (cuya filosofía y matemática se cursaba con aplauso y provecho universal en aquellos tiempos en escuelas públicas que tenían en diferentes calles algunos maestros peritos) llamaban y conocían antonomásticamente en la ciudad a este valeroso triclinio el de los tres Diegos que lo fueron el Capitán Diego de Saldaña, dueño de recuas de mulas, el Capitán de Corazas Diego de Rivi-lla, y Diego de Simancas, en que se numera el esforzado Diego de Rivera, alias Riverilla, los cuales se adjuntaban conformes en los empeños defendiendo los unos los desafíos y duelos puntillosos de los otros. Y como hubiese llegado a esta ciudad un europeo que traído de la opinión en que reputaban por animoso y esforzado a dicho Capitán Diego de Saldaña pública y notoriamente, quiso hacer presumido a las de su valor, probando el de dicho Capitán y solicitando la posada de éste, inquirió noticias de las señas y especiales circunstancias de su

persona, y participándosele a Saldaña las de la solicitud del pretendiente mantenedor, excusó como prudente el lograr ocasión de no encontrarlo para no poner en ejecución la ruina, y siendo noticiado de ello el europeo, topándolo su desgracia un día (que siendo feriado confirmó ser para él de trabajos) inmediato a la portería del convento de Religiosas de la Concepción de Nuestra Señora y reconviniéndole ufano con descompuestas voces de que se le andaba ocultando por evadirse de la pendencia que le prevenía su airada saña, le satisfizo cuerdo dicho Capitán con razones cristianas y de peso, y no bastando a amainar la loca furia del soberbio valiente, se vio precisado a que sacando sañado el acicalado acero de su taxama, a los primeros golpes de su valeroso brazo, lo postrase muerto a sus pies, como invicto trofeo de su ánimo en pago de su porfiada presuntuosa tenacidad, y dejándolo cadáver yerto, se fue muy reposado a su casa, donde al momento ocurrieron noticiosos del caso los animosos Sodales Diego de Rivilla y Diego Simancas, quienes sacándolo de su morada lo trajeron acompañado a las Casas Reales de Palacio a presentarse, dando cuenta de lo sucedido al señor Alcalde Mayor que lo era a la sazón el General Dn. Juan de Zalaeta, castellano que había sido del Puerto de Acapulco, Caballero del Orden de Santiago, el cual se hallaba al presente, con visita que le había hecho el Capitán Dn. Domingo Ruiz Machorro, Regidor perpetuo y del número que fue a esta ciudad quien levantándose de su silla les ofreció a todos tres su asiento con grande cortesanía a que le reconvino dicho Capitán Diego de Saldaña diciendo: "Que le estimaba con veras de agradecido su atención, pero que no le competía ejecutar semejante demostración sino solamente al señor Alcalde Mayor que se hallaba en su casa y no lo hacía, debiendo hacerlo. Por lo cual, algo irritado el castellano por la libertad de tan valeroso reo, lo trató con algunas desentonadas palabras, a que llevado dicho Capitán Diego de Saldaña de la ceguedad de su violenta cólera, sin prevenir los inconsecuentes que se habían de originar, ni atender a los respetos venerables que debía observar a tan graduado Superior, asío iracundo su persona con la silla en que se sentaba, e intentó arrojarlo con desacato a la plaza por uno de los balcones de Palacio, lo cual hubiera con temeridad ejecutado, sino lo impidieran las respetuosas atenciones de dicho Regidor, que con madurez y sagacidad promovió para que no se cometiese tan atropellada irreverencia, admirando los compañeros que cuan-

do iban a interponerse con el señor Alcalde Mayor para el fracaso de la acontecida muerte se ponía de más desesperado estado la materia por las atroces incidencias que notablemente la agravaban; de cuyo arrojó se puede colegir sin violencia las pendencias, riñas, duelos y desafíos que se practicaban en aquellos calamitosos tiempos en la Puebla por los esforzados espíritus de sus oriundos, como del tamaño de la uña se viene en conocimiento del escándalo rampante de las selvas, el León, pues había en esta ciudad y sus barrios, familias y linajes conocidos por invencibles, según los apellidos con que se distinguían que por ser muy notorios no los refiero, aunque muchos sujetos de dichas familias tuvieron las desastrosas muertes que experimentarían los valerosos.

PEDRO TAMARON Y ROMERAL

Natural de La Guardia, arzobispado de Toledo, donde nació hacia 1696. Falleció en el pueblo de Bamoa, Sinaloa, el 21 de diciembre de 1768, cuando realizaba su segunda gran visita episcopal.

Obispo de Durango. Escribió una *Historia General de Caracas, Ven., Triunfos de la Gracia en la Santísima Imagen de María que con el título del Socorro se venera en Nueva Valencia del Obispado de Caracas*, (Madrid, 1749); y su *Descripción del Vastísimo Obispado de la Nueva Vizcaya, 1765*, que es su obra principal, en la cual proporciona rica y amplia información de Durango, Sinaloa, Sonora, Arizona, Nuevo México, Chihuahua y porciones de Texas, Coahuila y Zacatecas.

Esta obra que había comenzado a imprimirse en 1898 en *La Semana Católica* de México, y posteriormente en 1929 en el *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*, no fue editada en forma completa sino por Vito Alessio Robles, en México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1937, XVIII-464 p., ils., mapas, (Biblioteca Histórica Mexicana de obras inéditas 7). Alessio Robles hace un buen estudio del Obispo escritor y viajero. En forma menos extensa le estudió Mario Hernández y Sánchez Barba en una reedición hecha en España, *Bibliotheca Indiana*, 2 v. Madrid, 1958, II-947-1062. A su labor episcopal se han referido: Vicente de P. Andrade, *Noticias biográficas de los Ilustrísimos Prelados de Sonora, de Sinaloa y de Durango*, 3a. ed. México, 1899, así como José Fernando Ramírez, *Noticias históricas y estadísticas de Durango*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1857.

Fuente: Pedro Tamarón y Romeral. *Demostación del vastísimo obispado de la Nueva Vizcaya-1765, Durango, Sinaloa, Sonora, Arizona, Nuevo México, Chihuahua y porciones de Texas, Coahuila y Zacatecas*. Con una introducción bibliográfica y acotaciones por Vito Alessio Robles. México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e hijos, 1937. XVIII-464 p. ils. mapas. (Biblioteca Histórica Mexicana de obras inéditas 7.) p. 265-272.

RELACION DE LA PROVINCIA DE SONORA SIGLO XVIII

Esta provincia, por la exorbitante riqueza que produce, y por la extrema necesidad que padece pide historia muy dilatada y daría asunto copioso para llenar un abultado volumen, a cuya empresa no se puede extender la descripción

ajustada que se lleva de este obispado, pero se hace forzoso explayar algo más la noticia de la Sonora, por los dos motivos ya apuntados.

La Sonora comprende un dilatado terreno que corre desde la entrada del Yaqui en el Golfo o Mar Califórnico de poniente a oriente, hasta la Misión de Tecora, confinante con la Tarahumara Alta, dando vuelta por la Misión de Basaraca, que cae hacia el norte, vuelve a reconocer el Mar de California caminando por los presidios de Fronteras, de Terrenate y Tubac, y Misión de Caborca, y desde estas playas, corriendo al sur, remata con el mismo desemboque del río Yaqui, aquí se incluyen las dos Pimerías Alta y Baja; son estos países utilísimos, que ofrecen grandes conveniencias, así por su situación como por lo benigno del temperamento y fertilidad y fecundidad; es la Sonora tierra abierta y despejada, llana por parte, por otra serranías de hermosos valles y aunque no tienen río grande abunda en arroyos que ofrecen facilidad de sacas de aguas para riegos, con las cuales y bondad de la tierra, se consiguen copiosas cosechas de trigo, maíz y demás semillas, las crías de ganados mayores y menores se logran con facilidad por tener pastos y terrenos proporcionados para ello.

Excede la Sonora a las demás provincias en la riqueza de sus minerales de oro y plata, bien notorio es el aborto asombroso que ha poco más de veinte años que produjo la Arizona en la Pimería Alta, que descubrió un indio yaqui, y pasando a noticia de otros que hallaron diversas bolsas de plata perfecta, de arroba y de dos y de otros pesos; un mulato tuvo la fortuna de dar con un pedazo de veintiuna arrobas pero a tanto hallazgo salió otro acreedor y la justicia dispuso el negocio de suerte que el inventor perdió su tesoro, se sacaron algunas planchas de mayor valor y la que con razón hizo más ruido fue la grandiosa bola que habiéndose cavado como una vara de tierra, se reconoció de tal magnitud, que fue su peso de ciento y cuarenta arrobas de plata pura y perfecta, que puso en confusión a los inventores para extraerla de su asiento; esta maravilla dio motivo a suscitar la cuestión de si era tesoro o mineral; la Real Audiencia de México declaró tocar a minería, y el Real y Supremo Consejo de las Indias revocó lo determinado en México y mandó se considerase como tesoro y que se trabajara de cuenta de la Real Hacienda, a lo que no se ha puesto mano y se cesó en buscar más bolas o planchas de plata en aquel paraje.

Pero como por todas partes brota la Sonora oro y plata, sin tocar el tesoro escondido de la Arizona, tienen aquellas gentes muchos sitios que escarbar, en que con facilidad descubren estos preciosos metales; ya queda tocado el incremento que desde el año de mil setecientos cincuenta y nueve tiene la población de San Antonio de la Huerta, alias Soyopa, por el oro que se coge en la superficie de la tierra; después se descubrió el Real de Saracache, y posteriormente el llamado Bacuache, que aún son mucho más ricos que el de Soyopa, por ser éstos de placeres y vetas formales de oro y de que han dado muestra especiales granos de dos y tres marcos de oro que se han hallado entre la arena, pero impide el trabajar por estar en las cercanías de los enemigos, que confederadas las naciones, por el norte pimas bajos y eudebes, y por el poniente pimas altos, y por el sur los seris, no hay hora segura para sus asaltos, que las más de las veces son a traición y cuando conocen estarán más descuidados.

La Sonora llora en el tiempo que corre fatales ruinas causadas por los innumerables enemigos que la circundan, tiene extinguidos y arruinados sus más preciosos copiosos minerales, como son Jupe, cercano a San Miguel, San Juan de Sonora, villa que era capital de aquella provincia, cuya iglesia de buena fábrica aún subsiste con sus puertas, Antunes, Opodepe, San Xavier, la Soledad, San Lorenzo, San Juan, Nacozari, la Arizona, por la costa del Mar Californio; y el salvaje que acabó con todos sus habitantes, el seri, el año de mil setecientos cincuenta y uno, abandonados sus haciendas y ranchos que se poseían por sus vecindarios, sin haber quedado otra cosa hasta la costa que la villa de San Miguel y la hacienda del Pitic, y eso con la pensión de no poder mantener cosa en el campo sino las precisas labores para su manutención expuestas a los mismos riesgos que las personas, pues la hostilidad continúa desde el año de mil setecientos cuarenta y uno, sin que hayan bastado a contenerla las repetidas providencias que se han tomado, del todo infructuosas.

Son los enemigos muchos y unidos especialmente los seris, tepocas, salineros, pimas y apaches, aunque los seris son muy pertinaces y hacen la más fuerte guerra y contra ellos por su crueldad, perniciosos, han sido repetidas las campañas; esta nación estuvo reducida con sus pueblos de misión, su inquietud provino de haber puesto en sus propias tierras el presidio de Horcasitas, me han contado que a los misioneros clamaron repetidas veces con los perjuicios que aquel presidio les oca-

sionaba, que lo pusieran en otra parte; los padres no pudieron atenderlos como quisieran por no estar en su mano, visto nada conseguían se sublevaron, el gobernador de las provincias juntó la gente que pudo, así de los presidios como otros auxiliares, siguió a los seris, éstos se retiraron a la isla del Tiburón, en la que fueron sitiados, superando las dificultades de embarques y desembarques, mataron algunos, los demás se rindieron y fueron remitidos a México en collera, embarcados, y en Matanchel mataron la guarnición y marineros de la embarcación que los llevaba, se volvieron a su tierra y, como unas fieras, estos apóstatas han hecho y hacen cruel guerra sin cesar; el difunto coronel y gobernador don Juan de Mendoza, en todo el tiempo de su Gobierno repitió contra ellos cuantas campañas pudo y cada vez más se insolentaban. El año de sesenta que yo pasé por aquellas cercanías, por el mes de marzo, llevaba ya dos campañas, la primera en febrero, de la que volvió con precipitación; repitió otra en marzo con trescientos diez hombres, la que fue motivo no penetrara yo a Horcasitas y demás presidios por falta de escolta, y esta campaña fue aún más desgraciada que la primera, pues con mayor aceleración regresaron perseguidos de los seris, los que hirieron con flecha al gobernador en un talón.

El Cerro Prieto es el asilo de los seris, distante del Presidio de Horcasitas treinta leguas; allí se han encastillado, y no hay fuerzas humanas que los desalojen, de cuyo resguardo se favorecen y de allí salen a talar la tierra de Sonora, Pimería Baja, río Yaqui y también se introducen a la provincia de Ostimuri y ejecutan cuantos estragos pueden, como ya se tocó lo habían ejecutado este año de sesenta y tres, el año de sesenta tuvieron la osadía de acercarse una corta partida de seris al Real de Saracache, que aseguran no pasarían de diez y nueve, estando allí el gobernador, don Juan de Mendoza y gran concurso de gente que había acudido a la novedad de los placeres de oro que se habían descubierto; fueron sentidos y llegaron a salir en distintas partidas ciento cincuenta hombres, y a todos hicieron cara los pocos seris peleando con tanto tesón como si estuvieran tantos a tantos, y avisando de esta pertinacia al gobernador, con la fogosidad y ardor de soldados, llegó a donde una porción de los nuestros estaban ocupados con la resistencia de un indio que ya estaba casi postrado de algunos balazos que le habían dado, y vista por el gobernador la tenacidad de aquel indio, por reprimir su obstinada resistencia, le metió en la boca el bastón y así tendido como es-

taba, casi agonizando, pudo repechase contra un bardazo y embarazando su arco, disparó tan terrible flechazo, que entrándole al gobernador por el pescuezo le atravesó y apuntó, rompiendo por el costado encontrado; cayó el gobernador y el indio matador expiró, duró el gobernador con vida dos días, murió el veintisiete de noviembre. Así rindió la vida este famoso militar, coronel de los Reales Ejércitos, don Juan de Mendoza, que llevaba ya más de cinco años de gobernador y capitán general de Sinaloa, empleando lo más del tiempo en guerrear con los seris, aunque con desgracia que consumó con la lastimosa pérdida de su vida.

En la vacante de este gobernador fue nombrado interino el teniente coronel don José Tienda de Cuerdo, que servía en el puerto de la Veracruz, sujeto de muy amables prendas, religioso en sus acciones, fervoroso y eficaz en el cumplimiento de su obligación, luego que llegó, el año de sesenta y uno a su destino, y presidio de San Miguel de Horcasitas y se hizo cargo de lo arruinada que encontró la Sonora y expuesta a su último exterminio, convocó a los capitanes de los otros cuatro presidios y demás personas que le pudieron ayudar, y los animó de tal suerte, que ofrecieron cantidades crecidas de pesos, y el padre visitador jesuita de aquella provincia, concurrió con gruesas porciones de víveres y mantenimientos especialmente de carnes y harinas, sacó soldados de su presidio de San Miguel, treinta y siete; del Altar, treinta y tres; de Frontera, treinta y cuatro; de Terranete, cuarenta; de Tubac, cuarenta, que todos los soldados fueron ciento ochenta y cuatro; indios de las naciones de la provincia, doscientos diez y siete; milicianos, que son los vecinos, veinte; que todos componen cuatrocientos veintiuno; con esta gente dispuso su ejército, nombró de capitán comandante al de Fronteras, don Gabriel Vildósola; salió esta tropa de San Miguel de Horcasitas, día siete de noviembre de mil setecientos sesenta y uno, fueron haciendo sus marchas en busca de seris y pimas, se encaminaron al Cerro Prieto, lo penetraron y reconocieron, no encontraron con los enemigos, serían sabedores del refuerzo que se llevaba y trataron de retirarse a la marina y en balsas se pasaron a una islita llamada San Juan Bautista, se hicieron en esta campaña que duró tres meses y días, varias correrías; por el resumen que el mismo gobernador me envió, consta que de los enemigos murieron cuarenta y nueve, prisioneros sesenta y tres, caballos que se les cogió, trescientos veintidós; de los nuestros murieron dos, un soldado y un indio y doce heridos

que sanaron; cuando me avisó el gobernador de esta expedición y de que era por cuatro meses, concebí esperanzas de la ruina de los seris, que según se observó aún no llegaron a ciento cincuenta; durante esta guerra estuvieron oprimidos los seris y no pudieron hacer daño, pero los apaches, por la parte norte, donde ellos viven, lograron la ocasión haciendo robos y muertes, y los seris luego que nuestra gente se retiró con el ímpetu que un río represado corre cuando se suelta, han repetido y repiten con nueva furia y ferocidad sus destrozos.

La experiencia coincidente con esta última campaña (motivo porque me he detenido a poner alguna razón de ella), que éstas no son suficientes para reducir las naciones enemigas que circunvalan la Sonora, si no es lo que tengo propuesto desde que vine de mi general visita al rey nuestro señor y a su virrey de esta Nueva España, diciendo que el número medio que ya quedaba por experimentar, para refrenar a tanto gentil y apóstata, era introducir tropa arreglada de infantería, que con tres mil hombres sería suficiente para atacarlos en las fronteras más necesitadas de este obispado, distribuidas en esta forma: la mitad ponerlos en Chihuahua y de allí irlos atacando para San Buenaventura y limpiar aquellas sierras y sus contornos, y de allí que fueran introduciéndose hasta el río Gila, distante del presidio de Janos, cincuenta leguas, y que se fueran internando hasta Suní, último pueblo del Nuevo México, y de allí premeditaron la empresa más útil: si seguir a los moquis que se internan sesenta leguas al norte o dejarse caer al poniente a los navajoes para acercarse al río grande de Navajo, que se dice es cabecera del río Colorado que entra en California, y por allí esperar los progresos del otro cuerpo de tropa que había de principiar su expedición en la Sonora; la mitad de estos mil quinientos infantes que dieran tras los seris que brevemente acabarían con ellos teniendo tesón en seguirlos logrando las temporadas acomodadas, y la gente restante girara por el rumbo del norte, en demanda de los apaches y otros aliados y que los cinco presidios, con su caballería auxiliaran las funciones de estos destacamentos; de esta suerte penetrarían estos mil quinientos la dos Pimerías; y éstas pacificadas, montarían a las cabeceras del río Colorado, en donde se reunirían los tres mil hombres y, allí puestos, el tiempo y circunstancias enseñarían el rumbo que habían de tomar y de esta tropa saldrían muchos pobladores, que es el segundo medio preciso para la conservación, con dos o tres campañas, en otros tantos años, desde marzo a fines de

octubre, esto es en las tierras frías, que en las calientes todo el año se lograba esta última experiencia que propuse por más útil y eficaz.

Dije que con la última campaña que referí dispuso el gobernador don José Tienda de Cuerbo, se venía en conocimiento no ser suficiente este modo de campañas para sujetar a los indios enemigos, y es la razón por que la dicha última campaña se hizo de un modo extraordinario, que fue con campo grueso de cuatrocientos veintiséis hombres y que había de continuarse por cuatro meses; en el tiempo de mi residencia en este obispado ésta es la campaña de más duración, y aunque no cerró a los cuatro meses, pasó de tres, que siempre resulta la más dilatada en estos tiempos; las campañas ordinarias la que más se extiende es a un mes y con poca gente; puédesse también traer a ejemplar aunque algo antiguo, la campaña que se suele llamar del padre Menchero. Por los años de mil setecientos cuarenta y siete se dispensó ésta, se juntaron hasta setecientos hombres de a caballo y, saliendo del Paso, tiraron por el río Norte, arriba y desde la jornada del Muerto, torcieron rumbo al poniente, en busca del río Gila, llegaron a él y por aquellas vastísimas tierras hicieron algunas correrías, descubrieron varias rancherías de indios, apresaron algunos, se volvieron a cargar al norte, arribaron a la derecera y altura del Nuevo México, ya no sabían dónde estaban, encontraron una senda, enviaron por ella a explorar y salieron al pueblo de Acoma, cuyo misionero me lo contó, quien me dijo que como allí venía el padre Menchero fue con los soldados y un capitán, don Santiago Ruiz, el que también me lo refirió; de allí partieron hasta Suní y, por lo avanzado de la estación del tiempo, no pasaron a los Moquis; sí dejaron disposición para que se fundaran pueblos, a los navajoes se les ministró cuanto necesitaban de la Real Hacienda y lo perdieron los tales indios y estos mismos me salieron al pueblo de la Laguna con la misma instancia de sus pueblos y que querían ser cristianos; me informaron los padres franciscanos de la inconstancia de los navajoes y que siempre decían lo mismo, pero que no había forma de sujetarse a rezar, conocí no venían como debían, los agasajé y exhorté y dejé encargo a los misioneros los fueran atrayendo como pudieran, no se conoció otro especial fruto de aquella tan sonada campaña.

Pedía infantería española, pues los militares que aquí se conocen en estos presidios, todos son de a caballo, por ordenanza cada uno ha de tener a los menos seis caballos, otros

tienen más y los capitanes de reserva mantienen buen trozo de caballada; es un continuado impertinente enredo cuidar de tanta caballada, que es muy codiciada de los indios enemigos, y así la mitad de la gente en campaña anda divertida y ocupada en guardar la caballada sobresaliente que siempre se lleva para remudar, los caballos no pueden subir a los peñascales a donde se acogen los indios, los de a pie sí, el de a caballo usa armas, escopeta corta y lanza; aquella es más frecuente, alcanza poco y ocupada con la adarga y rienda y movimiento del caballo, los más tiros se pierden; el soldado de a pie llevaría fusil, alcanza mucho más que las flechas, con la bayoneta le sirve de lanza, en lugar de casaca que llevarán las cueras de que aquí usan que no penetran las flechas, y de esta suerte, lentamente, caminando en dos o tres campañas de a nueve o diez meses cada una, se verán sus adelantamientos, supuesto de que cada trozo de infantes necesitaría de alguno de caballería de los presidios para reconocer los parajes y aguajes. Puse en mi citado informe el ejemplar de la infantería que pasaron de mil hombres que se enviaron a la provincia de Caracas el año de cuarenta y nueve y anduvieron por toda ella, que es muy dilatada y entraron en la provincia de Cumana, y también llegaron al Reino de Santa Fe, por tierras y montañas más ásperas y montuosas que las de estas partes, que sola la Sierra Madre aquí excede en aspereza, y las partes en donde tienen que laborar aquí las tropas no tocan en la Sierra Madre, ello fue que con la dicha infantería se pacificó y aquietó aquella tierra, y con ella se logró a toda satisfacción el fin a que fue enviada, con lo que al rey le cuesta un soldado de a caballo, mantiene tres de a pie; pastos y aguadas para crecida caballada suelen ser raros, en función que pasará de dos meses a la caballería de esta tierra, no le serían suficientes a cada soldado los seis de ordenanza, por el estropeo de galopar, sólo para enlazar y enfrenar cada día en una faena que sólo la creará el que ha caminado largo; qué carreras cuesta esta primera función de cada día, pues no habiendo pesebre, paja ni cebada, se han de soltar a que busquen yerba o zacate, que aquí llaman, para comer; las más mañanas salen con la novedad de que faltan algunas, se desatinan en carreras para buscarlas, otras poco mansas parten con precipitación, salen tres o cuatro con tanta carrera pueden a atajarlas; de estos espectáculos solía tener a mis ojos muchos días cuando dormía en despoblado; de esta diversión fatigosa se libra la infantería.

Según me lo han pintado, es imponderable la confusión que causa a estos soldados de a caballo en estas guerras cuando quieren coger descuidado al enemigo; dan el asalto al romper el alba y por eso llaman albazo, se hallan sin caballos y desprevenidos, es sin igual su pavor y susto, sin saber qué hacerse, el soldado de a pie tiene más facilidad de hacerse a las armas, varias veces me han ponderado la inacción de estos soldados de a caballo, si se les matan o caen, o les coge la función sin montar, usan unas espuelas con rodajas como la palma de la mano con picos largos, que este estorbo es bastante para enredarse; y sea ejemplar entre innumerables el mes de noviembre de cincuenta y nueve; sucedió que el capitán del presidio del Paso, don Manuel de San Juan, volvía de Chihuahua a su presidio, en medio del camino se ofreció que habiéndose ya rancheado algo temprano en paraje que estaba un poco retirado el agua le pareció mejorarse de sitio una legua más adelante a lo que daba lugar sobrado el día que restaba; como ya habían descargado, ensillaron y el capitán se fue con la mayor parte de la escolta, dejó tres arrieros para que fueran cargando y cuatro soldados que los guardaran, marchó el capitán con su gente, llegaron al puerto destinado y viendo lo inclinada que iba ya la tarde y que tenían tiempo sobrado para haber llegado las cargas, envió unos soldados a reconocer si venían, fueron, no parecían, siguieron hasta donde quedaron, miraron todos tendidos, descerrajados baúles y petacas y parte de ropa tirada; asustados a carrera volvieron a avisar al capitán que luego acudió y halló seis hombres los cuatro ya muertos y dos vivos, pero tan mal heridos que el uno murió en el camino y el otro al entrar en el Paso, y todos estaban atravesados de muchos flechazos. Recogieron la ropa que habían dejado, la mejor se llevaron, las mulas y los caballos y uno de los arrieros para que ayudara a transportar el pillaje, al cual después les pareció mejor dejarle, le dieron un fuerte lanzazo; tuvo forma de liarse o atarse bien la herida y atajar la sangre, logró sanar y éste dio razón de todo el suceso, y de que los indios agresores fueron cinco, y éstos contra siete hicieron tal destrozo; a los siete meses después pasé por el paraje en que acaeció tan lamentable suceso, que es bastante abierto, sin montaña ni espesura, todo raso, por unas lomas de la parte del poniente dicen que vinieron que a su vista tardaron algo en caer y los soldados ni las fundas de las escopetas quitaron, lo que ha dado motivo a discurrir con variedad en qué consistía esta inacción.

FR. PABLO DE LA PURISIMA CONCEPCION BEAUMONT

Nació en Madrid, de ascendencia francesa hacia 1700. Llevó en el siglo el nombre de Juan Blas Beaumont. Educóse en París, en donde se graduó de maestro en artes y doctor en Medicina. Como cirujano del Hospital Real pasó a México, en donde profesó la cátedra de Cirugía y Anatomía. Tomó el hábito de San Francisco y fue misionero dependiente del Colegio de Propaganda Fide de la Santa Cruz de Querétaro. Como no pudo resistir la vida rigurosa de las misiones por haber enfermado, permaneció en varios conventos como Cronista de la Provincia de Michoacán. Falleció tal vez en Morelia, después de 1778.

Tuvo como propósito al escribir su *Crónica de Michoacán*, continuar la obra del P. Larrea. Revisó varios archivos, tuvo a la mano numerosos documentos, entre otros algunos del Museo Boturini, se inspiró en Tello, Torquemada, Herrera, Espinosa y otras fuentes. No concluyó su obra, que inició desde la época de los primeros descubrimientos, en detrimento de la información sobre Michoacán que es rica, pese a que su narración sólo alcanza el año de 1565.

Escribió un *Tratado del agua mineral llamada de San Bartolomé* en 1772 y la *Crónica de Michoacán*, que sólo se publicó íntegramente con un prólogo liberal de Rafael López, y en tres volúmenes dentro de las publicaciones números XVII al XIX del Archivo General de la Nación. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1932.

Fuente: Fr. Pablo Beaumont. *Crónica de Michoacán*. 3 v. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1932. ils., mapas. (Publicaciones del Archivo General de la Nación.) II-178-183.

EL SACRIFICIO DEL CALTZONTZI

Se había proveído como está dicho, por primer presidente de la Audiencia de México, a Nuño de Guzmán, que era gobernador de Pánuco; apenas entró a presidir esta primera Audiencia, que se hizo señor absoluto de todo, y con tanta potestad mandaba, que espantaba a toda la Nueva España, y también era demasiada la licencia que daba para herrar indios por esclavos, pues él solo cuando estaba en Pánuco (que es la Huasteca), a muchos indios por motivos ligeros dio cruda muerte, y a los que dejó con vida, vendió, y fueron tantos, que casi de los que vendieron despoblaron aquella provincia, y los envió a vender a otras partes, cargando de esta merca-

dería a muchos navíos; hacía muchas franquicias a sus amigos, y muchas molestias a los que consideraba parciales de Hernán Cortés, y perdió el respeto al santo obispo don fray Juan de Zumárraga, y a todos los religiosos franciscanos, porque se oponían al torrente de sus excesos; informó contra ellos, levantándoles mil testimonios falsos, con el fin de quitar estos estorbos, y gobernar con toda libertad en perjuicio de los pobres indios que vejaban sobremanera, para saciar su gran codicia. Penetró al fin la verdad en nuestra corte, y no valieron sus astucias, ni todos los esfuerzos de los procuradores que había enviado, para impedir la vuelta del marqués del Valle a la Nueva España; fue proveída una nueva Audiencia, la cual traía especial encargo de tomarle la residencia, y atender a la reforma de tantos abusos que se habían introducido en el tiempo de su gobierno. A poco tiempo de su desconcertada presidencia, luego que supo que venían otros oidores, de nuevo se convino con los dos oidores Matienzo y Delgadillo (porque antes estaban encontrados en asuntos de gobierno que cada uno quería para sí a solas) y se concertaron él, por verse libre de ellos, y ellos de él, y por alejarlo de sí. Se dio traza por fin, para que saliese con orden y convenio de los oidores dichos, a hacer algunas entradas, y descubrir y conquistar nuevas tierras, tomando motivo de que dos indios bárbaros de la gobernación de Pánuco, habiendo llegado a México hacía poco, le dieron aviso, que habían unas provincias que confinaban con Tampico, pobladísimas de gente, y que las mujeres eran diestrisimas en manejo de arco y macana, a quienes llamaban amazonas, y que formaban ejércitos cuantiosos; habiendo oído Guzmán esta novedad o patraña, deseoso de nuevas empresas, trató con los oidores, que quería hacer esta jornada, entendido que aquellas provincias era lo más y mejor de lo descubierto, y los supo persuadir, que llevando buena tropa, esperaba con el favor de Dios, entrar quinientas leguas más tierra adentro, y sacar grandes provechos de su trabajo, para beneficio de su rey y señor. Los oidores vinieron en ello, y a él se le dilataron las esperanzas de su ambición, y a los oidores las del gobierno sin dependencia del presidente; y le dieron comoción en forma. Quiriendo aprestar para la jornada mencionada de los teules chichimecas que vivían en las tierras adentro, hacia el Poniente, para ayudarse de gente noble, dio en quitar pueblos del marquesado de don Fernando Cortés, y darlos a los capitanes de su satisfacción, que habían de ir con él, y lo propio

hizo de algunos de Su Majestad y corona real, cohechando a todos para esta jornada, y como sabía que las cosas del Marqués en España habían sucedido bien, dábase gran prisa en salir a la conquista de las amazonas; y para esta leva se alistaron en la ciudad de México, provincias de Oaxaca, Guatemala y Michoacán, quinientos españoles y de quince a veinte mil indios mexicanos y tlaxcaltecas, de los cuales no volvieron a su tierra doscientos. Sacó de la real caja, seis mil pesos de minas, y prendió al tesorero Alonso de Estrada, y demás oficiales reales, por la contradicción que le hicieron para que no tocase a la Real Hacienda, sin orden de su majestad, y todo lo atropelló. Nombró capitanes y demás ministros, todos caballeros de cuenta; aunque llevaba mucha gente lucida, y muchos iban en el ejército casi forzados y de mala gana, por ser Nuño de Guzmán mal acondicionado, insufrible, y muy riguroso en negocios de guerra, como después pareció.

Aprestadas ya todas las cosas de su ruidosa expedición, salió de México a fines del año de 1529, y fue marchando a la provincia de Xilotepec, arrimándose a la provincia de Michoacán, y río que va de Toluca, al cual llegó (dicen algunos), el mismo día de la Concepción de Nuestra Señora, y descubrió el vado junto al pueblo de Conguripo, al cual puso de Nuestra Señora, por haber llegado en su día. Hizo muestra de su gente, y se hallaron doscientos españoles de a caballo, y trescientos de a pie, que fueron quinientos, diez mil mexicanos, y de otras naciones con muchos de carga o *tamemes*. Encaminóse con esta gente a Michoacán, por ser por allí el paso, y el rey Caltzontzi, ya en el bautismo Francisco, lo regaló con diez mil marcos de plata, y mucho oro bajo, y seis mil indios para carga, y servicio de su ejército; varían los autores en algunas circunstancias sobre el número de estos indios amigos y en orden al subsidio de los indios que remitió el rey de Michoacán a Nuño Guzmán. Dicen unos que este presidente mandó al capitán Peralmedez Chirinos, Veedor y factor de su ejército, fuese a Tzintzuntzan y Pátzcuaro, y sacase a los indios tarascos, y a su rey con ellos, y que llegó el rey de Michoacán don Francisco Caltzontzi con toda su gente de guerra, que serían diez mil tarascos a 13 de diciembre al real del ejército grande que se hallaba acampado al otro lado del paso de Nuestra Señora, de modo que componían el número de veinte mil el ejército de los indios amigos. Torquemada dice que Nuño de Guzmán tomó al rey Caltzontzi

diez mil marcos de plata y el oro dicho, y seis mil indios para el servicio del ejército. Sucedióse de un modo o de otro, y se halló Guzmán con un ejército muy lucido, y en presencia de su tropa recibió de manos del capitán Chirinos el estandarte real, lo tremoló y levantó, tomando posesión de su conquista, que llamó Castilla la Nueva de la Gran España, y cómo se llamó Galicia lo que conquistó, se dirá en su lugar. Llevó por capellanes del ejército al bachiller Bartolomé de Estrada, y a Alonso Gutiérrez, y halláronse también los padres fray Juan de Padilla y Fray Juan de Vadia o Vadillo, compañeros de nuestro fundador fray Martín de Jesús, que había ido con su bienhechor, el rey de Michoacán, y estando ya su campo para salir, se ocasionó la triste muerte del desdichado rey Caltzontzi, sin haber dado motivo a ello.

Queda dicho atrás, cómo el rey de Michoacán, don Francisco Caltzontzi, sin guerra alguna, puso en manos de su majestad su señorío y reino, y cómo se bautizó, y después llevando religiosos de nuestro padre San Francisco, primeros fundadores de esta santa provincia, se fue reduciendo su reino a la santa fe católica, y con cuanta felicidad se había destruido la idolatría, y se bautizaban innumerables de sus vasallos. Bien sosegado estaba este gran monarca de los tarascos, favoreciendo con todo su poder a nuestros religiosos para que predicasen, y catequizasen a sus vasallos, cuando vino a su noticia que el presidente don Nuño de Guzmán venía con un gran ejército, con ánimo de conquistar las tierras limítrofes de su reino, y sea por política, o por otro fin que ignoramos, envió a Nuño de Guzmán varios regalos de oro y plata, y unos cuantos miles de indios de carga para el servicio del ejército, con mensajeros que le cumplimentasen de su parte. Nuño de Guzmán, que había entendido cuando salió de México, e iba muy atenido a que el rey Caltzontzi, no sólo le había de dar paso por sus estados para salir con su empresa, sino que le había de dar tropas con algunas cargas de oro para él y para su campo, no saciada su codicia con los presentes que le envió cuando llegó con su ejército al pueblo de Santiago Conguripo, situado en las inmediaciones del río grande hacia las fronteras de chichimecas, envió a llamar al rey Caltzontzi, quien, por unos mensajeros que llaman navatatos le envió de regalo en plata labrada, en forma de platonos, como cien marcos, seiscientos pesos en joyas y un poco de oro en tazas. Instó Guzmán por más oro y plata, y despidiendo a los indios mensajeros les encargó que dijesen de su

parte al rey Caltzontzi, que viniese sin falta a verse con él, porque así importaba para el real servicio, y que por lo que tocábale, tenía mil deseos de verle, y no dejase de traer mucho oro y plata, para socorrer sus urgencias. Vino de allí a poco el rey de Michoacán al real, con competente porción de oro y plata, que le pareció poco a Nuño de Guzmán, y enfadado, le reconvino sobre la cortedad de su regalo, a que respondió el desdichado Caltzontzi: "Gran señor, yo te aseguro que estoy ahora muy pobre, porque después que los españoles entraron en esta tierra, yo entregué al rey de Castilla, a fuer de reconocimiento que he hecho por mí, y por los míos, del homenaje de mi reino, todo mi tesoro y la plata y oro, que tenía antes que mi amigo el capitán Cortés viniera, lo dimos a los españoles y como ese oro era recogido de tantos tiempos atrás, quedamos sin él, porque no se recoge con la facilidad que tú piensas, y así no lo hay como solía, ni plata tampoco, y te ofrezco lo que me ha quedado, antes paso necesidad; y si el cobre es oro, harto hay en mis estados, y en siendo menester, se dará lo que quisieres." A esto Guzmán le reprendió sobre lo mal que servía al Emperador la provincia de Michoacán, le trató de traidor, se amotinó el Caltzontzi como rey, que se sentía injuriado, y despechado Guzmán, procedió luego contra él, y le acumuló que se quería alzar y matar a los castellanos, y que siendo cristiano bautizado, había sacrificado a Tzintzuntzan, su corte, a ciertos españoles y muchos indios, que en sus mitotes y bailes se cubrían de los pelos de los sacrificados, que era un sodomítico, y que había muerto a sus hermanos para asegurarse en el trono. Dice cierto historiador, que sin más razón, dentro de cuatro horas, le mandó quemar, y le confiscó sus bienes, y que le hallaron harta riqueza de oro y piedras preciosas. Pero como consta de los autos de la residencia de Guzmán, cuyos fragmentos tengo en mi poder sacados de su original, que quedan en el archivo de la Real Audiencia de México, Guzmán mandó prender al rey Caltzontzi, y lo tuvo asegurado en su posada, después lo llevó así preso consigo a la ciudad de Michoacán Huitzitzila, y desde que llegó en un retrete muy obscuro de su vivienda, lo metió en un cepo, y le mandó atormentar varias veces en el término de quince o veinte días, el cuerpo extendido, atadas las manos a un madero puesto un brasero junto a los pies, que unos ministros muy crueles quemaban poco a poco, para hacerle confesar donde tenía sus tesoros. Como sabían algunos principales va-

sallos de este rey, lo oprimido que estaba, procuraron recoger de mandato suyo cuanta plata se pudo encontrar y venían mensajeros ya con doscientos platos de plata, ya con un poco de oro, ya con otras cantidades más cortas de plata de baja ley, que en todo sería como ochocientos marcos de plata, y tres a cuatro mil pesos de oro. Después de esto, llevó a este infeliz monarca atormentado, preso consigo, y se fue a juntar con su ejército, que se alojó e hizo alto a las orillas de un río que es dos leguas distantes de Puruándiro, de la encomienda de Juan de Villaseñor; los seis mil indios de carga que había ofrecido el rey Caltzontzi para servicio del campo de Guzmán, iban encadenados con collares a los pescuezos, repartidos entre varios escuadrones españoles y mexicanos, y también en compañía de Guzmán algunos indios principales, y dos de los más distinguidos de aquel reino, llamados don Pedro Ganca o Cuitamangari, yerno del rey, y don Alonso Eguangari, después gobernador de la capital de Michoacán. Asentó Nuño de Guzmán su real en el paraje dicho, y en una casa desviada, que hizo guardar con centinelas, metió a sus prisioneros, al rey y a sus principales, y algunos naguatatos; los hizo atormentar uno después de otro, pasando su crueldad a excesos, comenzando por los mensajeros y después apurando a don Pedro y a don Alonso, con amenazas de la más cruel muerte, si no confesaba adonde tenía el Caltzontzi sus tesoros, y preguntándoles si tenía su rey prevenida gente armada para acabar con los españoles en alguna emboscada. Al fin, no satisfecho de lo que producían los caciques, y naguatatos puestos en tortura tan cruel, pasó Guzmán a aplicar al desdichado Caltzontzi, que hizo desnudar, a un potro de tormento más cruel, mandándole atar en él muy recio, y que sin piedad tirasen los cordeles para descubrir lo que pretendía; pero parece que no pudo sacar en orden a alguna traición intentada, o algún cúmulo de riqueza que se había imaginado tenía acopiado este príncipe, cosa que justificase su codicia, y sospechas maliciosas. Y así pronunció sentencia contra él, de que fuese quemado vivo. Fue atado a un palo y alrededor se formó una hoguera, con porción de leña, que se encendió y poco antes que llegase la voracidad del fuego a consumirle, habló llorando a don Alonso, quejándose amargamente de la crueldad de Guzmán, y del mal pago de los cristianos que había querido y servido tanto, después de haberles dado su reino y cuanto tenía; llamaba a Dios y a María Santísima, protestando que no se hallaba culpado de lo

que le achacaban, y sin saberse en qué disposición le cogió esta crudelísima muerte, porque aunque se dieron prisa los religiosos a socorrerle en este trance, parece que no tuvieron lugar de hablarle. Acabó el rey Caltzontzi rodeado de llamas, y en un instante fue reducido su cuerpo a pavesas, con otros indios principales que fueron echados en la hoguera, caso el más cruel, que decirse puede, y fue la causa, dice Torquemada, porque no pudiese quejarse de estos tan manifiestos agravios, que justificadamente se pueden llamar robos y tiranías. Erró Bernal Díaz del Castillo y otros autores en decir que murió ahorcado. Pero antes que muriese el gran Caltzontzi, tuvo un hijo llamado don Antonio, el cual fue muy estimado, y anduvo en traje español, conservando aún después de la desgraciada muerte de su padre el mismo amor que tuvo a los españoles, y tenía caballos de Rúa; este don Antonio tuvo otro hijo llamado don Pablo, que casó con española y también fue muy estimado y S. M. le dio cierta renta en la caja real, y ya se acabó esta real descendencia.

LORENZO BOTURINI BENADUCCI

En Sondrio, Obispado de Como, Italia, nació el año de 1702, y falleció en España hacia 1755.

Educóse en Italia, de cuyas fuentes humanísticas se alimentó, habiendo influido en él las teorías de Juan Bautista Vico. Para 1735 se encontraba en España y de ahí pasa a la Nueva España, en donde dos grandes intereses sustentan su vida: promover el culto y la coronación de la Virgen de Guadalupe y desentrañar la historia mexicana, para lo cual se da a reunir su famoso Museo Indiano, compuesto de una serie de códices, manuscritos, escritos varios, dibujos y otros objetos relativos a la historia mexicana.

En 1743 se le acusa de haber entrado a Nueva España sin licencia y de introducir documentos pontificios sin el regio pase, por lo cual se le encarcela y deporta, habiendo perdido para siempre sus documentos históricos. En España, absuelto de los cargos, se le designa Cronista en las Indias, y desde allí redacta, entre 1744 y 1746, su *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional fundada sobre material copioso de figuras, symbolos, caracteres y geroglíficos, cantares y manuscritos de autores indios, últimamente descubiertos*. Un índice de sus papeles o catálogo acompaña esa obra. Posteriormente, en 1749, concluirá el primer tomo de su *Historia General de la América Septentrional*, titulado *De la Cronología de sus principales naciones*. Todas estas obras formaban parte de un proyecto único. El primero era el proyecto o idea general, el catálogo representaba las fuentes utilizables y la cronología, la base temporal en que se movería.

Su *Historia General* no fue publicada sino hasta 1948 por Manuel Ballesteros Gaibrois, a quien debemos también la más completa biografía y el estudio mejor detallado de su obra: *Los papeles de Don Lorenzo Boturini Benaducci*. Madrid, Imprenta y Editorial Maestre, 1947 (Documentos Inéditos para la Historia de España. Papeles de Indias I); e *Historia General de la América Septentrional por el Caballero Lorenzo Boturini Benaducci, Señor de la Torre y de Hono, Cronista Real en las Indias*. Edición prólogo y notas por... Madrid, Imprenta y Editorial Maestre, 1948, LXVI-310 p., ils. (Documentos inéditos para la Historia de España. Papeles de Indias II.)

Fundamentales para la comprensión de la obra de Boturini son los estudios de José Torre Revello "Lorenzo Boturini Benaducci y el Cargo de Cronista en las Indias" *BIIHBA*, t. V, 1926-27, p. 52-61; y dentro del mismo *Boletín*, "El Caballero Lorenzo Boturini Benaducci y el manuscrito del tomo primero de su inédita Historia General de la América Septentrional", t. XVI, enero-sept., 1933, nos. 55-57. Muy útiles también los estudios de Alfredo Chavero, "Boturini" en *AMNAHE*,

la ép., t. III, 1886, p. 236-245; Patricio Antonio López, "Inventario de los documentos recogidos a Don Lorenzo Boturini por orden del gobierno virreinal". *AMNAHE*, 4a. ép., t. III, 1925, p. 1-55; Constantino Bayle, "El Caballero Boturini y la fracasada coronación de la Virgen de Guadalupe en México" en *Estudios Eclesiásticos*, Madrid, 1923, t. II, p. 183 y ss. Importante es el trabajo de J. García Icazbalceta, "Don Lorenzo Boturini Benaducci" *BBSHCP*, nos. 33 y 34, 15 abril y 1o. mayo 1955.

Fuente: Lorenzo Boturini Benaducci. *Historia General de la América Septentrional*. Edición, prólogo y notas de Manuel Ballesteros Gaibrois. Madrid, Imprenta y Editorial Maestre, 1948. LXVI-310 p. ils. (Documentos inéditos para la Historia de España, T. VI), p. 159-162.

LAS FIESTAS DE QUETZALCOATL Y DE CAMAXTLI

Asimismo en Chollollan, donde se halla todavía aquel famoso cerro fabricado a mano de adobes y lodo dedicado al mismo Quetzalcoatl, dios del aire, se celebraba el Año Dios o intercalar, para cuya preparación el sumo sacerdote, ochenta y cuatro días antes de la fiesta, ayunaba cuatro días a pan y agua, ocupándose en oraciones y penitencias continuas. Pasados los dichos cuatro días, empezaba el público en general su ayuno de ochenta días; y los sacerdotes se encerraban en las salas de los templos sentándose sobre unas esteras arrimados a las paredes; no dormían los primeros sesenta días, sino dos horas al entrar del día y otras dos cuando anocecía; oraban continuamente, sacándose muchas veces al día sangre de sus cuerpos, y no se levantaban de aquel sitio sino para quemar incienso, para bañarse y teñirse de negro a la media noche, o para hacer sus necesidades. Ayunaban rigurosamente todos los sesenta días y en los veinte postreros se les daba algo más de comer y beber. En la vigilia se ocupaban adornando la imagen de Quetzalcoatl con preciosas vestiduras, plumas ricas, piedras exquisitas, y con joyas de oro y plata. Eran grandes ofrendas que se hacían y la fiesta era de las más ostentosas y ruidosas.

Aún mayores eran los ritos que en semejante ocasión se practicaban en Tlaxcallan, pues la fiesta de este año intercalar era muy solemne y le precedían 80 días de ayuno para los legos y 160 para los sacerdotes, acompañados de extraordinarias penitencias, a cuyo fin, algunos días antes que entrase el ayuno predicaba el sumo sacerdote a todos los ministros

de los dioses, esforzándolos a hacer la acostumbrada penitencia en honra de Camaxtli su mayor dios, y apercibía a todos que el que se sintiese flaco, o indispuerto, saliese dentro de cinco días de la casa de dios, porque si empezado el ayuno y penitencia no pudiese proseguir, sería degradado del sacerdocio, y se le confiscarían sus bienes. Luego se encaminaba, servido de dichos ministros, para la sierra de Matlalcueye, que dista cuatro leguas de la ciudad; y poco antes de llegar a su cumbre hacían alto los ministros, poniéndose en oración, y el gran sacerdote subía solo otra cumbre, entrando en el templo de la diosa Matlalcueye, ofreciéndole esmeraldas, plumas verdes, incienso y papel, y después de haber hecho fervorosa oración, se volvía a la ciudad con el mismo acompañamiento, esperándoles los criados de los templos con muchos haces de leña. Todos estos días comían y bebían los sacerdotes con abundancia, y los navajeros con gran tiento y devoción labraban muchas lancetas de piedras negras vidriosas muy afiladas, poniéndolas sobre mantas limpias y nuevas, y si alguna de ellas se quebraba, vituperaban al maestro, diciéndole que no había ayunado. Llegado el día de las penitencias, los sacerdotes ofrecían al sol dichas lancetas, cantándole versos de aplauso y agradecimiento que en aquel año intercalar se acabalasen los cuadrantes de días que habían sobrado en los años ordinarios. Luego, mudando de estilo, cantaban otros versos tristes y lloraban amargamente, subiendo de uno en uno las gradas del altar de Camaxtli, donde estaba el sacerdote que con dichas navajas oradaba a cada uno la lengua por el medio; y ellos, según la dignidad y el tiempo que servían a los dioses, pasaban ya ciento ya doscientas; pero el sumo sacerdote y los más viejos metían aquel día cada uno cuatrocientas y cinco varas más gordas por el agujero de las lenguas. Cumplida esta función, que duraba hasta medianoche, esforzabase el gran sacerdote a entonar un cantar y los demás a responderle, pero por causa de la sangre que les llenaba las bocas, no se oía sino un confuso y lastimoso barbullo. Ayunaban con rigor, sin poder comer pimientos ni bañarse, y estaban con el cuidado que no les cerrase el agujero de la lengua, porque a los veinte días, cuarenta, sesenta y a los ochenta habían de sacar por él tantas varas como habían sacado el primero, montando las solas varas que el gran sacerdote se había pasado por la lengua, dos mil y veinte y cinco. Al cabo de los ochenta días comían un ramo verde en el patio del templo, como señal que había pasado la mitad de aquella cuaresma, y

que todavía quedaban otros ochenta días de ayuno. Quemábanse las varas penitenciales en el patio, habiéndolas antes presentado a Camaxtli. En los segundos ochenta días se metían por el agujero de las lenguas otras varas delgadas, aunque no tantas como antes, y cantaban con voz interrumpida del dolor de renovarse las antiguas heridas. Salían algunos con ramos verdes en las manos por la ciudad y pueblos a pedir limosna, y les daban mantas, plumas y cacao, y otros blanqueaban las paredes del templo. Imitaba el pueblo el ayuno de los sacerdotes en estos últimos ochenta días, comiendo poco, sin sal y pimienta, sin beber vino, sin bañarse ni llegar a mujer alguna, manteniendo siempre encendido el fuego en sus casas. Tres días antes de la fiesta se pintaban los sacerdotes de varios colores, y bailaban todo el día de la víspera y aderezaban la estancia del ídolo con ricas vestiduras y una máscara en la cara. Poníanle en el brazo izquierdo una rodela de oro adornada de plumas y en la mano derecha una flecha con su punta de pedernal y le ofrecían muchos animales. A media noche sacaban el *fuego nuevo*, rociándole con la sangre de un prisionero de guerra que sacrificaban a este fin, y los sacerdotes se iban cada uno a su templo, donde en el día de la fiesta sacrificaban otros muchos prisioneros y esclavos, cuyas carnes servían para abastecer las mesas de los sacerdotes y caballeros de distinción.

MARIANO FERNANDEZ DE ECHEVERRIA Y VEYTIA

Nació en la ciudad de Puebla el 16 de julio de 1718. Murió en la misma ciudad el 24 de febrero de 1780.

Autor de la *Historia de la fundación de la Ciudad de la Puebla de los Angeles en la Nueva España, su descripción y presente estado* (terminada hacia 1779, pero impresa sólo hasta 1931); *Historia Antigua de México* (impresa en 1836); *Baluartes de México: Historia de las cuatro milagrosas imágenes de la Virgen María, que se veneran a los cuatro vientos de la Ciudad de México, con la descripción de sus santuarios*; escribió varias obras religiosas, descripción de diversas instituciones culturales y de beneficencia que se conservan en la Sección Latinoamericana de la Universidad de Texas, en Austin; tradujo las *Cartas Provinciales* de Pascal, así como otros escritos más relativos a la Compañía de Jesús.

Se han referido a él Francisco Sosa, *Biografías de mexicanos distinguidos*. México, Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1884; XII-1115-8 p., p. 1066-1069; Fidel Solís en la introducción que hizo a la *Historia de la Fundación de la Puebla de los Angeles*, 2 v. Puebla, Talleres Labor, 1931; Alfredo Chavero, "Fernández de Echeverría y Veytia" *AMNAHE*, 2a. ép., t. II, 1905, p. 121-125; Enrique Juan Palacios, "Los estudios históricos arqueológicos de México, siglo XVIII, Boturini y Veytia, Gama y Clavijero" en *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, t. VIII, México, 1929, Buen trabajo, de carácter más general es el de Víctor Rico González, *Historiadores mexicanos del siglo XVIII. Estudios historiográficos sobre Clavijero, Veytia, Cavo y Alegre*. México, Instituto de Historia, 1949, 218-[2] p. Ricamente documentado como toda su producción el de José Torre Revello "Los manuscritos de Veytia y el origen de la colección de Fray Juan de la Vega", *R.H.A.* 55-56, 1963, p. 27-40.

Veytia, de origen poblano y de familia de juristas, realizó severos estudios, recorrió Europa, en donde trabó amistad con Boturini, cuya influencia historiográfica le hizo sentir. Tuvo a su alcance muy buenas fuentes, y aunque no toda su producción es pareja en cuanto a valor crítico, sí lo es en cuanto a información. Buena parte de sus trabajos permanecen inéditos. Su *Historia Antigua* no se editó sino hasta 1836 y hubo en 1944 otra por la Editorial Leyenda en México.

Angel Ma. Garibay K. en *Los Historiadores del México Antiguo en el Virreinato de la Nueva España*, México, Cuadernos Americanos, 1964, 29 p., le dedica una parte del mismo.

Fuente: Mariano Fernández de Echeverría y Veytia. *Historia de la fundación de la Ciudad de la Puebla de los Angeles en la Nueva España. Su descripción y presente estado*. 2 v. Puebla, Talleres Labor, 1931. I-201-226.

PUEBLA DE LOS ANGELES

Aunque se niegue el asenso a la tradición común y recibida del misterioso sueño del Señor Dn. Fr. Julián Garcés, para la elección del sitio de la Ciudad de los Angeles, no se le puede racionalmente negar el acierto; porque difícilmente se hallará otro con iguales proporciones y circunstancias que las que concurren en éste, para fundar una población en que su vecindario pueda vivir sano, cómodo y fácilmente proveído de cuanto se necesita, así para alimento, como para vestuario. Está situada la Ciudad en una hermosa vega llana y con un suave declivio al río que ahora llaman de San Francisco, en el que fácilmente descarga así las aguas llovedizas por copiosas y abundantes que sean, como las de los derrames de sus fuentes y casas por atarjeas subterráneas para su limpieza. Su altura de polo según los cálculos más modernos es de 18 grados y 58 minutos y 271 grados de longitud, al Sudoeste de la Ciudad de México en 22 leguas de distancia y casi al Poniente respecto del Puerto de Veracruz en distancia de 62 leguas. Está rodeada de hermosos y espaciosos llanos que la sirven de ejidos para los ganados de su abasto. Entre el casco de la Ciudad y los barrios de Xanetla, el Alto de Analco corre el dicho río de San Francisco, casi de Norte a Sur, hasta juntarse con el caudaloso río Atoyatetl, que quiere decir río de piedras, el cual corre más profundo, sin poder servirse de sus aguas, dentro de la Ciudad, pero sin que puedan tampoco perjudicarla. Este rodea la ciudad por la banda del poniente y se junta con el otro a poco más de un cuarto de legua de la población en el pago que llaman de Amatlán y por la parte de oriente, caudaloso llamado Atlacececan, que quiere decir agua dividida, porque se divide en dos brazos que vuelven luego a unirse.

De cada uno de ellos daré razón individual adelante.

Las hermosas llanadas que rodean la Ciudad están circunvaladas de montes y cerros, aunque a desiguales distancias. Los más inmediatos a ella son dos cerros, cuyas faldas se extienden hasta su planta, que entre uno y otro se asienta; el uno al Este y el otro al Noroeste que la sirven de atalayas, desde cuyas cumbres se registran todas las campiñas y pueblos de sus contornos en más de cuatro leguas de distancia, ofreciendo a la vista un delicioso país. El de la banda del Este es conocido por el Cerro de Bethlem y el de Noroeste por el de San Juan, uno y otro pelados y sin arboleda alguna al día de hoy, pero en lo antiguo y cuando se fundó la Ciudad parece que la había

con abundancia, porque en la información que se hizo el año de 1534 para dar cuenta al Rey de que ya hice mención en el capítulo pasado, dice la pregunta tercera del interrogatorio de esta suerte: "Ytem si saben, que el asiento de esta Ciudad es "tierra tiesa y llana... tiene muy grandes pastos, é montes para ganados"; tiene de leña mucha "abundancia a media legua". En el libro No. 4, pág. 226 se halla una ordenanza de la Ciudad, para que ninguna persona dentro de dos leguas de ella a la redonda, pudiese cortar en el monte pie de encino o roble, sin dejarle perdón y horca y esto no pudiera verificarse, si no hubiese habido leña y maderas en estos cerros y por todo el contorno de la Ciudad en dos leguas de distancia, porque los montes que hoy la tienen y de donde se trae a ella están a dos o tres y cuatro leguas de distancia. A éste se agrega la tradición que nos afirma, que por las faldas del cerro de Bethlem que miran a la Sierra de Tlaxcala estaba todo poblado de arboleda, hasta unirse con la dicha Sierra.

Este Cerro de Bethlem es más encumbrado que el de San Juan, en lo antiguo le dieron el nombre de Cerro de San Cristóbal y se cree que se lo dio el Venerable Pedro Motolinía, en memoria del Niño Cristóbal, Indio de Tlaxcala, a quien martirizó su mismo padre por haberle quebrado sus ídolos y se dice que el dicho V. Padre trajo su cuerpo y está enterrado en la Iglesia del Convento de San Francisco. En su falda meridional se hizo la primer población, que hoy es barrio de la Ciudad, conocido por el Alto de San Francisco. En los tiempos posteriores se poblaron otros dos barrios, a uno y otro costado de este primero, el de Xanetla, más pegado al cerro y el de Analco, más al Sureste, sobre la misma ribera del río. Por donde más se extiende su falda es por la banda del Oeste, poblada de buenos pastos, por lo que desde el año de 1537 la destinó la Ciudad para ejidos, según parece de un acuerdo del día 23 de mayo del dicho año, que se halla en el libro 3 y por él se manda que corran los ejidos donde el cerro de la Ermita (que así le llamaban entonces, por la razón que diré adelante) derecho a la Sierra de Tlaxcala por el camino derecho, volviendo a la mano izquierda hacia Cholula, hasta la puente todo el río abajo hasta frontero del molino de Alonso Martín Partidor, todo en redondo; que son los mismos que tiene el día de hoy a excepción de algunos pedazos de tierra que ha mercedado y vendido en los tiempos posteriores. De estas mismas faldas sacan el barro de que se proveen los muchos alfareros que trabajan en esta maniobra en el barrio de Analco,

que es uno de los ramos más crecidos del comercio de esta Ciudad, como diré en su lugar. También se saca de este cerro mucha piedra para la construcción de las casas y en su falda meridional están las famosas pedreras de fina cantería y piedra sillar, de donde se ha sacado toda la que se empleó en la fábrica de la Iglesia Catedral y en las demás Iglesias y edificios suntuosos, que veremos adelante. Finalmente nacen de este cerro varios ojos de agua de que se abastecen sobradamente los dichos barrios.

En la cima de este cerro hubo desde los primeros tiempos una Ermita, como se manifiesta por el acuerdo que acabo de citar del año de 1537 por lo que le dieron el nombre del Cerro de la Ermita; mas no es fácil averiguar la advocación que tuvo. Se cree que la fabricó el Padre Motolinía con el destino de que sirviese para enseñar la doctrina cristiana a los niños indios, que por este motivo la llamaron la Iglesia Catedral, que este nombre le da el Maestro de Novicios y Procurador del Convento de San Francisco, Fray Juan de Ulloa en una petición que presentó al Cabildo, en 19 de abril de 1591, sobre la merced de agua que se le había hecho al Convento, de unos manantiales que brotaban a la falda de este Cerro y se halla copiada en el libro número 12, a la hoja 180 y creen igualmente que al cerro le dio el mismo Padre Motolinía el nombre de San Cristóbal, en memoria del niño mártir de Tlaxcala, así para que bajo la protección de este feliz Niño, primicia de la fe en este nuevo mundo, se lograra con facilidad la instrucción de los párvulos, como para que los adultos, a vista de este heroico ejemplar de su misma Nación en tan corta edad, abrazasen de corazón la religión cristiana. Apoya este discurso el haberse encontrado pocos años ha inmediatos a la actual Iglesia, unos antiguos cimientos, que manifiestan haber sido de alguno de aquellos edificios, que en los primeros tiempos formaban los Ministros Evangélicos, para enseñar la doctrina cristiana, que eran semejantes en su figura a la que nos dan los autores del Areópago de Atenas; un circo de asientos, a cielo descubierto en que se colocaban los niños de doctrina, de suerte que en cualquier parte de él que se pusiese el maestro, le miraban todos y él los tenía a todos a la vista. No se sabe hasta que tiempo duró la primer Ermita, sólo sí, que por los años de 1580, con permiso de la ciudad fabricaron los indios vecinos del barrio del Alto la que ha subsistido hasta nuestros días, de que trataré en su lugar.

Al cerro del Noreste dieron los indios en su idioma el nom-

bre de Centepec, que quiere decir Cerro solo, porque lo es en realidad y aunque no perfectamente redondo, porque dilata más su falda hacia el Norte asienta toda su circunferencia en el llano sin unir con otro alguno. En las tierras que corren desde él al puente de Cholula, hizo merced la Ciudad el año de 1540 de tres caballerías de tierras a Gonzalo Hernández, por orden del Rey, que trajo para este efecto y en ellas fundó un rancho con el nombre de San Miguel Centepec, por lo que en los tiempos sucesivos llamaron también el cerro de San Miguel Centepec, y así se ve en una merced que hizo la Ciudad al mismo Gonzalo Hernández de otra media caballería de tierra contigua a las anteriores, en el año de 1546 en que ya era Regidor, que se halla a foja 248 vuelta del libro No. 5. También le llamaron el cerro de San Sebastián, por haberse dedicado a este glorioso mártir una Ermita que estaba a su pie y hoy es parroquia, y finalmente, quedó con el nombre de cerro de San Juan, después que la Ciudad hizo merced de él el año de 1598 a Gaspar de Jumera por sitio de una Ermita de la advocación de Nuestra Señora de Gracia y San Juan Bautista, según parece de un acuerdo que se halla a p. 46 del libro No. 13 con las precisas condiciones, de que para fabricar la Ermita había de impetrar las licencias del Señor Virrey y del Señor Obispo. Que la había de edificar dentro del término perentorio de cuatro años y que había de ser su fábrica sobre el modelo de la antigua Iglesia de San Cosme y de San Damián y que dejando de cumplir cualquiera de dichas condiciones fuese nula la merced.

Cumpliólas todas Gaspar de Jumera y en dos años quedó concluida la fábrica y viviendas que hizo labrar contiguas a ella, y de todo tomó posesión en 24 de agosto de 1600. Ya diré en su lugar, los motivos que tuvo el dicho Gaspar de Jumera para emprender esta obra, la estructura de esta Iglesia y sucesos posteriores que la hicieron memorable hasta nuestros días. Por ahora basta lo dicho, para saber el motivo que hubo para haberle mudado al cerro el nombre primitivo de Centepec los de San Miguel, San Sebastián y San Juan. En sus faldas se han hecho y hacen hasta nuestros días sementeras de trigo.

A dos leguas de la Ciudad, por el Nordeste, comienzan las dilatadas faldas de la famosa Sierra de Tlaxcala, pobladas de arboledas, que, como ya dije es tradición constante, que cuando se fundó la Ciudad se unían con las del Cerro de Bethlem.. De ellos se provee al presente de crecida cantidad de cargas de carbón y leña, cuarterones, tablas, tablones, morillos y algunas

otras maderas de corto calibre. En su espacioso terreno hay muchas haciendas de labor para siembras de trigo, maíz y cebada, de que entra en la Ciudad bastante provisión. Pero sobre todo, la sirve este gran promontorio, con enviarle por las veras de la tierra el prodigioso número de ojos de agua, así potables como termales y minerales, de que abunda la Ciudad de los Angeles, según veremos adelante, que todos tienen su origen de esta Sierra.

A siete leguas de la Ciudad, por el Lessueste, está el monte del Pinal, llamado así por estar poblado de pinos y más inmediatos a ella en distancia de poco más de una legua, por el Leste, están otros dos cerros llamados de Amaluca, por ser el uno de ellos perteneciente a la Hacienda de San Diego de Amalocan propia del Colegio del Espíritu Santo, que fue de los PP. Jesuitas. Si estos cerros en lo antiguo, como es muy verosímil, abundaron de maderas, el día de hoy están des poblados. Al pie de ellos nace una hermosa fuente, cuyas aguas claras y delgadas entran en la Ciudad, por haberlas conducido los dichos Religiosos, para proveer el expresado Colegio del Espíritu Santo como veremos en su lugar.

Al Sueste de la Ciudad, en distancia de poco más de cuatro leguas están los cerros de Cuautichan, pueblo muy numeroso, cuando entraron los españoles en este reino; pero al presente cortísimo y pobre y sujeto a la jurisdicción de la Ciudad de los Angeles. Sus cerros en lo antiguo muy poblados de encinos y otros árboles del país, al presente están muy destrozados, a causa del poco gobierno que han tenido en sus cortes y de lo tardío que son en retoñar los que se cortan, pero sin embargo se sacan de ellos algunas porciones de carbón y leña que entran en la Ciudad.

Más hacia el Sur, a una legua corta de la Ciudad, está el cerro de Tepexochitl o Tepexochitl, que en esto hay opiniones, dicen unos que su verdadero nombre es de Tepexochitl, que significa flor de hierro por ser mineral de plomo, a quien daban los indios el nombre genérico de Tepuchtli o Tepuztli, que significa metal que no es oro, ni plata y hoy aplican al hierro que entonces no conocían; otros quieren que el nombre verdadero sea Tepexochitl, que significa Cerro de Flores y este en la realidad le adapta más, porque está poblado de encinos chaparros y otros arbustos que producen sus florecillas silvestres que le hacen agradable a la vista.

A dos leguas de distancia, por la banda del Sureste, están los montes de Talcoxpan, el cerro de Tenayo y otra cordillera

de ellas, que corre hacia el poniente y llega a unir con el volcán de México y en los más de ellos hay copia de maderas para leña y carbón, de que entran por este lado muchas cargas todos los días, a causa de su inmediación.

El volcán de México y la Sierra Nevada, que llaman el monte de Tezmelocan, distan de la ciudad ocho leguas entre Poniente y Norte, son muy dilatados y abundantes de maderas y varias especies, de que se labran no solamente vigas de mucho tamaño, tablas y tablones gruesos, sino también se sacan muchas a propósito para coches y carros y otros artefactos que requieren maderas de otras especies que el pino. Uno y otro promontorio mantienen todo el año cubiertas de nieve sus cumbres, de donde con facilidad y poco costo se trae diariamente a la Ciudad, para la provisión del estanco que el Rey tiene en ella, de que se abastece su botillería.

Finalmente a la parte del Norte, en once Leguas de distancia está la gran cordillera de montes llamados de Tlaxco, que comenzando en las inmediaciones del Pueblo de Jalapa, corre más de cuatrocientas leguas, hasta las Provincias del Nuevo México, teniendo en algunas partes treinta leguas de travesía. En la porción de ella que posee el Obispado de la Puebla, hay muchas haciendas, y estancias de labor y ganados y en el territorio del pueblo de San Agustín Tlaxco, que está a la referida distancia, se cortan muchas maderas de varias especies para todos usos y menesteres, de que entra gran copia en la Ciudad.

*De la planta de la Ciudad, su situación,
dimensiones, calles y plazas.*

Habiendo ya visto el terreno que se eligió para fundar la Ciudad, pasemos a ver su estructura, situación y dimensiones en que habrá pocas que la igualen. No he hallado ni entre los papeles de la Ciudad, ni en los demás que he recogido para la formación de esta obra, documento alguno que me instruya, de quién fue el perito que delineó y planteó la Ciudad, y formó la traza y monte que se remitió a la Real Audiencia y sobre que se dio principio a la fábrica de sus edificios. La tradición común dice que fue uno de los pobladores nombrado Alonso Martín Pérez, a quien dieron el nombre de Partidor, por haber hecho el repartimiento de tierras y solares. Fuese pues él u otro, no puede negársele el acierto que publica la hermosa planta de la Ciudad, cuyas calles tiradas a cordel son todas de igual ancho, que es el de catorce varas y media. Está dividida

en cuerdas de a doscientas varas de largo y ciento de ancho comprendiendo cada una ocho solares de a cincuenta varas. El largo corre de noroeste a sudeste y el ancho de nordeste a sudoeste, que son las cabeceras y así quedan rectamente sus cuatro ángulos al Sur y Norte, Levante y Poniente y de esta ventajosa situación proviene en mucha parte su bello temperamento. Su cielo es hermoso y regularmente claro y despejado y su suelo arenisco y sin molestia. Los vientos que más reinan son el norte y el sur, aquél regularmente sopla suavemente desde el amanecer hasta las diez del día y desde esta hora en adelante se cambia al Sur; pero en el verano, que es aquí el tiempo de las lluvias, vuelve a llamarse por las tardes al Nordeste o al Levante que es por donde frecuentemente vienen los aguaceros. No son en el invierno insufribles los fríos, ni los calores nimiamente molestos en el verano y aunque al principio creyeron sus fundadores que su clima era demasíadamente frío y por esto poco a propósito para las plantas de España, les hizo después la experiencia deponer su concepto y en una información que hicieron el año de 1534, para dar cuenta a S. M. del sitio, circunstancias y calidades de esta Ciudad, refieren la gran copia de árboles y plantas de Castilla que fructificaban ya en su distrito.

Esta benignidad de su temperamento proviene de su misma ventajosa situación, porque tiene al Poniente, ocho leguas de distancia del volcán y Sierra Nevada de México, que cubiertos todo el año de nieve, los vientos que por este lado soplan, templan el calor de los que vienen de tierra caliente, por el Sur y Sudoeste. Tiene al Norte, a poco más de cinco leguas de distancia la famosa Sierra de Tlaxcala, que la sirve de muralla a la violencia y frialdad de los vientos de este lado y aunque tanto en el invierno, por algunas nevadas, como en el verano por copiosos granizos, suele cubrir de nieve su copete, no le causa mayor perjuicio por lo muy inmediato. A la banda de Oriente tiene a veinte leguas de distancia el célebre promontorio y volcán de Orizaba, que se descubre perfectamente desde la Ciudad de los Angeles, por una abertura que forman los cerros que la circundan y por este cañón envía templados vientos levantes, que debieran ser calientes por venir de las tierras de Veracruz y costas del mar. Esta unión y templanza de extremos produce el bello temple de la Ciudad.

Está colocada en el centro de las Provincias más fértiles y mejor pobladas entonces de innumerable gentío de naturales y hoy de mucha parte de familias españolas, de las que han

pasado a estos Reinos y se han establecido en ellas. Porque al Norte tiene a la Ciudad de Tlaxcala, a siete leguas de distancia, cuyo territorio corre al Levante, hasta lindar con el de la Provincia de Tepeaca, cuya cabecera y Ciudad de este nombre le cae al Sueste en distancia como de nueve leguas. A poco más de ésta se halla la de Itzocan a la parte del Sur; casi al Poniente la de Chololan, a legua y media de distancia y a cuatro leguas la de Huexutzinco casi al Noroeste. Esto la hace sobradamente proveída y abundante de carnes, granos y frutas, así de la Europa como del país, así mismo de lanas y algodón, para las fábricas de las telas de que se visten los naturales y la gente pobre, de que hablaré cuando trate de su comercio. En las huertas de sus mismos arrabales, se siembra y produce bien el trigo, maíz, cebada y todo género de hortaliza y en todos ellos se cría y descolla bien la planta del maguey, de que extraen la bebida regional que llaman pulque. De todo esto hablaré más difusamente adelante, cuando trate de la fecundidad del territorio de esta Ciudad. En los principios era prodigioso el acudir de las semillas por ser tierras vírgenes nunca labradas y así afirma el Padre Betancur en su Teatro Mexicano, que de una fanega de trigo que sembró el V. P. Motolinía en el sitio en que hoy está la huerta del Convento de San Francisco, cogió cien fanegas y otros escritores hablan de algunas otras semejantes producciones, pero en el día no se ve ya esto, pues sin embargo del beneficio que gozan por la intermediación de la Ciudad, de poderlas majadear casi todos los años, pocos labradores cuentan haber tenido una u otra rara cosecha, que le haya producido a más veinte por una y lo regular es de diez a quince en no habiendo contratiempo.

El mayor largo de la Ciudad es de Noroeste al Sueste, incluso los barrios de San Sebastián y Analco y sus anexas, porque desde la Iglesia de San Matías, que es vista de San Sebastián, hasta las últimas casas del barrio de los Remedios, pertenecientes a Analco, se cuentan veintiuna cuadras de a 200 varas a que agregado el espacio de las calles que intermedian, será todo su largo el de 4504 varas y la mayor distancia en lo ancho 2490 varas desde el Convento del Carmen, hasta el de Santa Bárbara de Franciscanos descalzos. Por lo recto y derecho de su planta se extiende la vista de uno a otro cabo de la Ciudad, excepto en cuatro de sus líneas, por haber cerrado en ellas cuatro calles para las fábricas de los Conventos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín y la Compañía, pues aunque por el Concordato que dejó copiado al Cap. 7 se abrió

la calle en el terreno que habían tomado para su Convento, los Religiosos de San Francisco, que llamaron la calle de García de Aguilar, que corría de una y otra banda del río, después se cerró la parte de ella de la ribera del Poniente en la Plaza que llaman de San Francisco, para fabricar en su sitio la casa en que vivió el Señor Obispo Dn. Diego Romano, en el mismo que hoy ocupa la de Curtiduría de Dn. Luis Monforte, que tiene en lo alto una imagen de N.P.S. Francisco y aun dicen ser tradición que una reja de hierro, que está en uno de los balcones de particular hechura y labor, es la misma que sirvió cuando era Palacio Episcopal. Pero aunque esta calle está cerrada, en esta corta parte subsiste por la ribera oriental del río abierta y en corriente. La calle que llamaron de la Camacha fue la que se cerró para la fábrica del Convento de Santo Domingo, la que llamaron de Valiente, para el de San Agustín, y la de San Roque en los últimos tiempos para extensión del Colegio del Espíritu Santo. Esta última, por orden del Señor Virrey y la de Valiente con permiso de la Ciudad, y la de la Camacha por disposición del Señor Obispo Dn. Fr. Julián Garcés, que dio a sus Religiosos, para que labrasen su Convento, todo aquel sitio que estaba destinado para la Iglesia mayor y plaza, según consta de un acuerdo.

Todas las casas de la Ciudad son de muy buena fábrica y bastante fortaleza, a causa de la bondad de los materiales de que se fabrican y de la solidez del suelo, en que asientan sus cimientos. La mayor parte de las que ocupan el centro de la Ciudad en sus calles principales y contornos de la Plaza Mayor, tienen altos, y muchas de las que se han labrado en los últimos tiempos, tienen también entresuelos, con lo que se aumentan sus viviendas y hermosura y se logra mayor comodidad. Pero también quedan todavía algunas aún en los parajes más principales del centro de la Ciudad y en la misma plaza mayor, de estructura antigua y con balcones de palo que la afean mucho y aun en las calles más inmediatas a la plaza bastantes edificios bajos, que no dejan de servirle de lunares, acusando alguna falta de policía, aunque no imputable a sus Jueces y Regidores, pues me consta de propia experiencia, en las ocasiones que lo he sido, las dificultades que cuenta la ejecución de cualquier providencia de éstas por ligera que sea, en los edificios pertenecientes a Eclesiásticos y Comunidades, que en el día son los dueños de la mayor y mejor parte de ella.

La Plaza Mayor o principal tiene de largo doscientas diez

y siete varas y de ancho ciento veintiocho. La banda del Sudoeste la ocupa enteramente la fábrica de la Santa Iglesia Catedral con su espaciosa lonja, sobre gradas de cantería y bellamente solada de laja labrada adornada a proporcionadas distancias de unas pilastras de la misma cantería, sobre que asientan unos leones asidos de unas tarjetas en que están grabadas las armas de la Iglesia. La banda opuesta del nordeste la ocupan casas pertenecientes a los propios de la Ciudad sobre portales, formados de arcos de cantería, sostenidos de pilastras de la misma piedra; los arcos son 51, incluso el de en medio, que es de diversa arquitectura, cerrado en punta de diamantes y es el que da entrada al callejón que llaman de la carnicería. Tiene de claro seis varas y media de claro cada uno, todos iguales. A esta banda, en el ángulo del oriente están las casas consistoriales o de Cabildo de que ya he dado noticia.

Las dos fachadas del Noroeste y Sueste las ocupan igualmente casas de varios particulares y Comunidades, también sobre portales de arcos y pilastras de cantería, que saliendo de la línea de su cuadra, se avanzan seis varas a la plaza, en el claro que corresponde al ancho de sus calles laterales; el lado de Sueste tiene veintiséis arcos todos iguales, el de noroeste no tiene más que veinte y cinco y los siete que corren desde el ángulo del poniente hacia en medio son más bajos, porque, según parece, son los más antiguos fabricados con las casas a que pertenecen, desde el año de 1533 en los 18 pies que se le mercedaron a Alonso González a que pudo agregarse alguna parte del terreno que ocupaba la primitiva Iglesia, de que hablé en el capítulo 10. Las ocho calles que parten de la plaza por sus cuatro ángulos, corren rectas sin calle cerrada, ni otro estorbo que ocasione rodeo hasta fuera de la Ciudad, de suerte que puesto en cualquiera de sus ángulos, corre la vista por ellas hacia los cuatro vientos respectivos, hasta los extramuros y sólo en la que sale del ángulo del Sur para el Sueste, que llaman la calle de la Aduana Vieja, tiene al fin, ya para bajar al río, alguna cobertura hacia el Leste y un pequeño recodo en la casa del Regidor Dn. Agustín de Ovando y Villavicencio, por causa de la corriente del río.

En esta plaza se situó el año de 1557 la fuente principal y más copiosa, para el abasto de la Ciudad mas no en medio de ella, sino a un lado, inmediata a la fachada del sueste, dejando desembarazado el restante terreno para las corridas de toros y demás funciones públicas que se ofrecen. Corrió la fábrica de

esta fuente a cargo de Francisco de Reynoso, Alcalde Ordinario en el dicho año de 1557 y en él la comenzó y acabó, por lo que le concedió la Ciudad poner en ella un rótulo que dijese: "Esta obra comenzó y acabó Francisco de Reynoso siendo Alcalde"; era toda de cantería y tenía seis varas de diámetro, en su centro se levantaba una columna taladrada por donde subía la agua a la taza que sostenía vertiéndola por el pie de una estatua del Arcángel San Miguel que le servía de remate; ésta duró hasta el año de 1778 que se demolió, porque habiéndose hecho nueva toda la atarjea y cañería de la agua que viene a la plaza en los años 1775 y 1776, se determinó por la Ciudad hacer nueva la fuente y situarla en medio de la plaza, lo que efectivamente se ejecutó construyéndola el Mestro Mayor, Juan Antonio de Santa María, de muy buena fábrica con varios surtidores, por donde sale una prodigiosa cantidad de agua haciendo vistosos juegos, cuyo costo pasó de dos mil pesos y se estrenó la víspera de San Juan 23 de junio del año de 1777.

Inmediato a la antigua fuente, por el lado de la plaza, se colocó el año de 1760 una pirámide que erigió el noble gremio de Platería, con motivo de la exaltación al trono del Rey Nuestro Señor Dn. Carlos III que se juró en esta Ciudad el día 20 de junio de este año. Sobre un zócalo de cantería de vara y tres cuartas de alto y cinco vs. en cuadro, asienta sobre una base de la misma materia pulidamente labrada de cuatro varas de alto y cerca de tres en cuadro que presenta en sus cuatro fachadas otros tantos escudos ovalados de mármol de tecali, en que están grabadas las inscripciones que pondré adelante; desde ella se eleva la pirámide de cuadrado en su natural disminución hasta la altura de otras veinte y tres varas, coronando su cúspide una estatua pedestre del Rey Nuestro Señor sobre almohada que le sirve de plinto, que incluso ésta y la corona se acerca a dos varas y tercia de alto, de suerte que desde el plan hasta la corona, el alto de este obelisco pasa de treinta y una varas.

Aunque se comenzó esta obra el dicho año de 1760, no se concluyó hasta el de 1763, que en el día de San Carlos, nombre de S. M. 4 de noviembre se colocó su Real estatua después de la misa de gracias, con asistencia de la nobilísima Ciudad, repetidas salvas de fusilería y el mayor aplauso; llegó su costo a un mil novecientos pesos.

A más de la plaza principal hay otras trece dentro del plan,

o traza de la Ciudad, sin hablar de los arrabales, que son las siguientes: I. La de San Luis, cinco cabeceras distante de la mayor hacia el Nordeste, es corta y tiene poco más de setenta varas en cuadro, en ésta se vende la leña y carbón. II. La de San Antonio, al mismo viento, que tiene 150 varas de largo y poco menos de ancho, aunque no en cuadro perfecto; tiene en medio una buena fuente que se abastece de los derrames del Convento. III. La de Señor San José, al nordeste de la principal, que en lo antiguo fue Alameda, para la cual asignó la Ciudad tres cuadras en 6 de junio de 1625, según parece de la foja 268 del Lib. No. 16 por no haber parecido a propósito los sitios en que antes se había pensado colocarla, primero entre el Carmen y Santiago y después entre el Convento de la Merced y el obraje que llamaron de Tapia y efectivamente se plantó en este lugar para que la circundase la acequia de la agua del río de San Francisco, que comienza desde el ángulo del Norte de dicha plaza o alameda por medio de una gran presa que allí se hizo al río desde los principios de la fundación; no fue frecuentada por estar muy retirada y con haber la Ciudad quitado al Alcalde de la Alameda para ahorrar el gasto del sueldo que le daba, por parecerle superfluo, se arruinaron los árboles. Sin embargo yo alcancé en mi niñez bastantes de ellos y subsistieron algunos hasta el año de 1769 que se arrancaron y se allanó para hacer en ella una corrida de toros, por fines de enero de dicho año. Tiene 350 varas de largo y 224 de ancho y en medio una gran fuente, de que se provee aquel vecindario. IV. La de San Francisco, al Oriente, que en lo antiguo llamaron la Plazuela de Peña, por haber tenido en ella su banco un herrador llamado Florián de Peña. En ella se hacían y se hacen las ferias y mercados de caballos y mulas. Era antes muy espaciosa, pero el año de 1760 se fabricó allí el Coliseo, que ocupa una gran parte y así en el cuadro que forma, tiene hoy cerca de setenta varas, extendiéndose después hacia el nordeste a unir con otra. V. Que antiguamente llamaron la de los carros, que tiene 200 varas de largo y 130 de ancho. VI. La de San Roque, inmediata a la de San Francisco, al Sueste de la principal que tiene 128 varas de largo y más de cincuenta de ancho, pero este terreno está mercedado por la Ciudad a un particular de tiempo muy antiguo, y por no haber fabricado en él se ha quedado hecho plaza y a pedimento de los vecinos de aquel cuartel de la Ciudad se ha puesto en medio una fuente con la piedra que se quitó de la plaza, de muy graciosa estructura, que se estrenó

y comenzó a correr por ella la agua el día de San Miguel, 29 de septiembre de 1778. VII. La Plazuela de los sapos, casi al sur de la principal, que es de figura irregular, más larga que ancha y la atraviesa a lo largo la acequia de la agua que se toma del río de San Francisco. IX. La del Carmen al sudoeste de la principal, que tiene 140 varas en cuadro, la que también ha servido para corridas de toros, hoy está poblada de arboleda y tiene en medio una buena fuente para provisión de aquel vecindario y así hace veces de alameda y sirve para paseo. X. La de la Concordia o Santa Inés (que uno y otro nombre le dan por estar en ella entrambas Iglesias) y cae casi al mismo viento, tiene 64 varas en cuadro y en medio una buena fuente. XI. La de San Agustín, casi al poniente de la principal, llamada en lo antiguo la Plazuela de San Hipólito; unos dicen que tomó este nombre de un obraje que hubo en ella en los primitivos tiempos, pero otros mejor informados, dicen que le tomó de una Capilla dedicada a este Santo que había en el Convento de San Agustín que aún existe, destinada al presente para troje y harinero a la cual venían a oír misa y contarse los días de fiesta los Indios del Barrio de Santiago, a quienes administraban los Augustinos con título de doctrina, mientras no tuvieron Iglesia en su barrio; esto es lo más cierto y que el obraje tomó el nombre de Plaza que en los documentos de la Ciudad hasta el año de 1550 en que se trasladaron a este sitio los Augustinos sólo se llama el Tianguis grande y del año de 50 en adelante que ya habían edificado la dicha Capilla, le llaman el Tianguis de San Hipólito; sus dimensiones son 160 varas de largo y 128 de ancho; también tiene en medio una fuente. XII. La de Nuestra Señora de Guadalupe, al Noroeste, de las mismas dimensiones y con fuente en medio para socorro de aquel vecindario. XIII. Finalmente, al Sueste, a una cuadra de distancia de la plaza mayor está otra placeta corta delante de la Iglesia del Espíritu Santo, conocida por la Plazuela de la Compañía, la cual se hizo el año de 1588, de orden del Señor Virrey Marqués de Villa Manrique, por un mandamiento que se halla copiado en el libro 12 en que se ordena se desbarate una casa que pertenecía al Regidor Juan Barranco y se tome de un sitio lo necesario para la Placeta. A estas se agregan otras varias en los arrabales, de las cuales la de Santiago es muy buena; tiene 70 varas en cuadro y en medio una hermosa y copiosa fuente. No le cede en bondad y abundancia, la que está en la Plaza de la Parroquia del Santo Angel, aunque esta plaza, sin embargo de ser muy espaciosa,

no es llana, sino en pendiente a la misma ribera del río. En el Alto de San Francisco, detrás del Convento, hay otra Plaza espaciosa que se dice haber sido la que se trazó en la primer población de este barrio. Delante del mismo Convento de San Francisco, entre él y el puente, hay otra plaza. Otra hay delante del Convento de Dominicos de San Pablo, que antiguamente llamaban el Tianguillo y otra que no es pequeña delante de la Iglesia Parroquial de San Sebastián.

FR. JUAN AGUSTIN DE MORFI, O.F.M.

Nació en Galicia, España, hacia 1735. Murió en México el 20 de octubre de 1783.

Perteneció a la Provincia del Santo Evangelio de México y fue catedrático del Colegio de Santiago Tlatelolco. Insigne orador y escritor, a quien se deben las siguientes obras: *Viaje de Indios y Diario del Nuevo México*, impreso por vez primera en 1856 por Orozco y Berra; *Noticias históricas del Nuevo México*; *Memorias para la Historia de la Provincia de Texas*; *Noticias en forma de diario sobre el Parral*; *Informe del P. Morfi sobre el viaje de los Padres Domínguez y Escalante hacia Monterrey y California*; *Diario del Viaje a la Provincia de Texas con el Caballero Teodoro de Croix*; así como otras obras de carácter sagrado.

El mejor estudio acerca de él y su obra es el de Vito Alessio Robles, que prologa el *Viaje de Indios*. Información bibliográfica proporcionan también J. M. Beristáin de Souza en su *Biblioteca Hispano Americana Septentrional* y Nicolás León en la *Bibliografía Mexicana del siglo XVIII*, Sec. 1a., 2a. parte, II-1123. Su *Historia de Texas* fue publicada traducida al inglés, con una biografía, introducción y notas por Carlos E. Castañeda: *History of Texas, 1673-1779*, 2 y Albuquerque, 1935. También se ha ocupado de esta obra Irving A. Leonard, *THAHR*, t. XVI, 1936, pp. 229-232.

Fuente: Fr. Juan Agustín de Morfi, O.F.M. *Viaje de indios y diario del Nuevo México*. Noticia biobibliográfica y acotaciones por Vito Alessio Robles. México, Bibliófilos Mexicanos, 1935. 446 p. mapas, ils., p. 54-64 y 73-81.

QUERETARO Y EL CAMPO MEXICANO EN EL SIGLO XVIII

La ciudad de Querétaro, según el cómputo y observación del ingeniero don Nicolás Lafora, se halla en los 20° 47' de latitud boreal y 269° de longitud contada desde el meridiano de Tenerife: su territorio fue conquista de los indios de Xilotepec, que la ejecutaron valerosamente, en obsequio y sin auxilio de los españoles. Se situó a orilla de un río de muy poca agua en la seca, y la falda de una loma en cuya mayor elevación está el Colegio Apostólico de la Santa Cruz, que la domina.

Forma sus contornos un hermoso llano de buena tierra y capaz de producirlo todo. Hay en él algunas haciendas, ranchos y pueblos, abrigados por las serranías que le rodean;

pero todas manifiestan a primera vista la viciosa indolencia de sus habitantes que, pudiendo vivir felices en la abundancia, se contentan con el perezoso cultivo de algunas semillas y frutas que en su mal gusto acreditan la flojedad de sus dueños. La excelencia de las batatas o camotes (de que hay mucha abundancia) proviene de la bondad del terreno sin que tenga en ello la industria la menor parte.

Se cosecha en las huertas alguna buena uva, cuyo cultivo, si se fomentase, pudiera serles muy fructuoso.

La ciudad está gobernada en lo temporal por un cabildo con su corregidor de letras que nombra el rey y depende de la real audiencia y virrey de México. Lo espiritual está a cargo de un cura secular, a quien colocó el señor Salinas, despojando a los frailes de San Francisco que antes administraban. Su vecindario, por el padrón que hicieron los curas, asciende a cuarenta y tres mil almas, las treinta mil en la ciudad o parroquia de Santiago, y las trece mil de la otra banda del río, en el barrio y parroquia de San Sebastián, que secularizó también el señor Lorenzana. Se ha formado con ellas un escuadrón con cinco compañías de caballería ligera provincial.

Su construcción, aunque no tan bella como la de México, es de bastante hermosura y alguna regularidad, como se ve en su planta. No tiene toda la que se desea, porque como los españoles que la habitan vinieron a establecerse sobre el antiguo pueblo de los indios, se vieron necesitados de seguir las irregularidades que encontraron. El convento de San Francisco antigua parroquia hacia el término del lugar por la parte de la loma y se aumentó tanto la población, que hoy está en el centro de la ciudad y dejando a sus espaldas la plaza mayor, que es pequeña y de mal aspecto. Las casas de cabildo son nuevas y altas, aunque sin arquitectura; las demás son por la mayor parte entresoladas y de adobe, aunque ya hay algunas con altos y de cal y canto.

El río, que divide las dos parroquias, es de poco caudal pero muy útil porque facilita agua para muchos batanes y riega algunas huertas en la otra banda, que pudiera ser un vergel si hubiese más afición a la agricultura. Se pasa por un puente de piedra algo fuerte y no de mala construcción. Se hace aquí un razonable comercio por los mercaderes que de los lugares interiores vienen a hacer sus compras de géneros de la tierra y aun de España. Hubo muchos obrajes de paños, bayetas, frazadas y mangas; pero estas fábricas han

decaído por la tiranía de su gobierno; pues siendo criminales la mayor parte de sus operarios y tratándoles con crueldad, ni ellos trabajan con el cuidado que pudieran ni la gente libre, que buscaría allí su subsistencia, la ejecuta por el horror con que miran estas oficinas.

Mantiene la ciudad actualmente nueve conventos de frailes, oratorio de San Felipe Neri, dos conventos de monjas y un beaterio de Santa Rosa, con otras varias capillas. La parroquia de Santiago, que situó el señor Lorenzana en el que fue colegio de jesuitas, es un cañón de bóveda con su crucero de bastante capacidad y muy decente en el adorno. El colegio es hermoso y con proporciones para hospedar los clérigos que sirven a la iglesia y otros muchos, el claustro superior está cerrado y adornado de algunas imágenes, entre las que hay buenos pinceles; el interior está abierto, y en sus paredes está, en grandes lienzos, la vida de San Ignacio, no de mala mano, sobresaliendo entre todos el retrato de un jesuita cargando el ataúd del cuerpo del santo; contigua a esta fábrica está el que fue colegio de jóvenes seculares, donde vive el ayudante de las milicias; es muy capaz y digno de que se le dé otro destino.

El santuario de Guadalupe es un templo grande, bien adornado y muy devoto, servido por los venerables padres del Oratorio, que le tienen con el mayor aseo, sin faltar cosa alguna de cuantas se puedan desear para la majestad del culto y en quienes encuentran los vecinos consuelo y pasto a cualquiera hora que lo buscan.

El convento de nuestro padre San Francisco, cabeza de la provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán, fue de la provincia del Santo Evangelio, que en 1578 le dio a la de Michoacán, porque ésta le diese el de Zacatecas a la provincia de este nombre; es grande, espacioso y bien construido, se mantiene en él una crecida comunidad, se enseña filosofía y teología a los religiosos y cuantos seculares quieren ocurrir a las lecciones; hay también una cátedra de latinidad; su biblioteca, aunque corta, tiene buenos libros. La sacristía está bien proveída de ornamentos y vasos sagrados; se enseñan en ella algunas calaveras de sus venerables fundadores que aseguran exhalan un olor extraordinario, *que yo no percibí*; la iglesia es grande, pero falta de adorno; en el compás hay tercer orden y varias capillas. El convento de los descalzos de nuestro padre San Francisco puede hospedar hasta cuarenta religiosos, sólo se mantienen en él unos catorce; es muy

hermoso, la iglesia con buenas luces, y uno y otro de mejor construcción que el de San Diego de México.

El Colegio Apostólico de la Santa Cruz conserva con el mayor esmero esta sagrada reliquia, cuyo origen prodigioso refiere dilatadamente el padre Espinosa, en su historia de los colegios. La iglesia está decente, pero es de una estructura irregular por un cuerpo de edificio (a que aquellos padres llaman segunda nave), que tiene el lado del evangelio dividido de la principal por una pared y a la que se entra por dos puertas. La mayor parte del convento es de bóveda, bajo techo, y no tan cómodo, grande y hermoso como el de San Fernando. Su librería es corta y no de la mejor surtida, pero proporcionada a la necesidad de aquella comunidad, que es numerosa y provee de ministros a las misiones de la Pimería. La huerta es grande y con abundancia de agua; está bien cultivada y produce excelentes frutos y hortalizas. El convento de carmelitas es razonable, con bellísima huerta y semejante en todo a sus otras fundaciones. La iglesia y convento de San Agustín pertenece a la opulentísima provincia de Michoacán, una y otra están en obra y sin concluir: se manifiestan en lo fabricado ideas grandes que se abandonaron en lo sucesivo, pues ya amenazan ruina antes de estar acabados.

Los conventos y hospitales de Santo Domingo, Merced, San Juan de Dios y San Hipólito apenas se pueden llamar establecimientos, pues sólo son unas fábricas miserables donde se mantienen tres o cuatro religiosos.

Las monjas de Santa Clara tienen un gran convento y una iglesia costosamente adornada, pero sin aquel buen gusto que es de desearse en esta especie de obras; es fundación de don Diego de Tapia, cacique, conquistador de los chichimecos, que le construyó y dotó abundantemente para que tomase el hábito una hija suya, que llegó a ser abadesa. El patronato, que le pertenecía, y consiguió por el derecho de fundación, se lo dejó al rey después de sus días: se ve su retrato en el presbiterio al lado del Evangelio, que se colocó allí de orden del virrey duque de Albuquerque y es un testimonio que acredita el noble y generoso modo de pensar de los indios cuando se les trata con distinción y se respetan las prerrogativas de su nobleza. Este convento lo administran los religiosos observantes y es de nuestro padre San Francisco.

Un venerable sacerdote dio su caudal, que era muy crecido, y colectó de limosna el que le faltaba para la fundación del

monasterio de monjas Capuchinas. Su fábrica es de harta capacidad y fortaleza, según se indica por la que se ve exteriormente. La iglesia es regular, aunque pobre y de poco adorno; la sacristía muy pequeña, con una crucifixión en la testera, de mano de Cabrera; inmediata a ella hay una casa para habitación de los capellanes que gozan también beneficios de competente dotación: han florecido muchas religiosas de singular virtud. Viven sujetas al ordinario.

La iglesia y casa del beaterio de dominicas están adornadas sobre el mismo gusto, aunque no tan ricamente como el de las clarisas. Al entrar de la puerta, junto al coro bajo, se ve el retrato del célebre capitán don Miguel Velázquez, insigne bienhechor de este regimiento. Esta fábrica sólo tiene de particular unos estribos o arbotantes de singular construcción, pues en lugar de sostener al templo, que fue la intención del artífice, son ellos los sostenidos.

El paseo que llaman la Cañada, merece justamente este nombre, dista legua y media al oriente de esta ciudad, y es una vega angosta formada por dos montañas muy elevadas, que corre hasta el barrio y parroquia de San Sebastián, en su centro hay un manantial de agua muy copioso, cubierto con una fábrica que forma cuatro baños interiores de agua templada, aunque no tanto que deje de mantener innumerables pececillos, desde una hasta tres pulgadas de largo. A su poniente se construyó una grande alberca donde se baña el pueblo, y de aquí sale el agua a incorporarse con el río, fecundando todo aquel terreno que es realmente frondoso, cubierto de nogales y otros árboles corpulentos, pero tan natural todo y tan grotesco, que, a excepción del propio edificio de los baños, no se advierte hayan llegado allí las manos de los hombres.

A un cuarto de legua de los baños y, siguiendo la misma cañada al oriente, está el nacimiento del agua de que se provee la ciudad. Es abundante, malsana y de peor gusto, *pero se prefirió a otras* mejores, por introducirla en el colegio de la Santa Cruz, a quien el marqués del Villar del Aguila, quiso hacer este beneficio y cuya estatua para memoria de él la conservan los padres en medio del estanque de su huerta.

La caja donde se unen varios manantiales es muy capaz y bien entretenida; en el frente presenta una inscripción por donde consta haberse fabricado a expensas del cabildo. Desde allí sale el agua subterránea, menos en algunas quebradas de la montaña, que se conduce por atarjea, atraviesa el camino

por un arco pequeño que deja el paso libre a los coches y ca-
ballerías y continúa subterránea por la ladera de la sierra,
donde acaso adquiere las malas cualidades que la vician, (que
aseguran no tener en su origen), ya por las plantas que riega
y caen en ella, o puede ser también por los minerales por
donde pasa, que sin duda hay algunos; pues casi todo el ca-
mino desde la ciudad hasta la alberca es almagroso. Entra
por último en los grandes y hermosos arcos que decoran
la entrada de la ciudad y la conducen al colegio, acreditando
en su elevación y solidez la generosidad de su ilustre construc-
tor. Por ellos se une la sierra a la loma que domina la ciu-
dad, y de allí se distribuyen las aguas por todas partes para
comodidad de los vecinos.

Seguimos la marcha; pasamos el río por un buen vado y,
caminando por tierra inculta de buen migajón y cubierta de
huizache, mezquite y nopaleras, llegamos a las doce a la ha-
cienda llamada la "R", andadas seis leguas rumbo norte nor-
oeste.

Esta hacienda es del mariscal de Castilla, que la tiene des-
tinada para cría de ganado menor. La casa es grande con
una plaza a su frente para jugar toros en ella cuando viene el
dueño a visitarla, la capilla cómoda y la habitación no de
las peores, las oficinas espaciosas y acreditando todo la opu-
lencia que gozaron sus propietarios. A poca distancia de la
casa está la viña y huerta, cuya frondosidad aún no había
visto en la Nueva España; es muy pequeña y su terreno igual
en todas las cualidades visibles al del llano de la hacienda
y lomas inmediatas. Tiene para su riego una noria que derra-
ma en su corto estanque, desde donde se distribuyen las
aguas en la viña. Alrededor de ésta hay un emparrado, pero
tan lleno una y otro de hermosas uvas que no se pueden ver
sin asombro, tenían más racimos que hojas y de exquisito
gusto; inmediato a la viña y sin división está el huerto para
hortalizas, mas todo tan desatendido y abandonado, que ins-
pira furor contra su dueño, viendo un terreno, que demuestra
de mil modos su feracidad, despreciado de quien más se in-
teresa en su cultivo. Seguramente que bien cultivado aquel
solo pedazo de terreno que circula el casco de la hacienda pu-
diera hacer un opulento mayorazgo, pues no hay fruta o se-
milla que no produzca en aquella fertilísima tierra, como vimos
muchas personas y supimos de otras; pero todo se sacrifica
a la desidia y al embarazo que causan a los propietarios estas

dilatadas posesiones, cuyo desorden es la principal causa de la despoblación de las Américas.

Estaban actualmente en la trasquila; fui a ver el modo con que se ejecutaba. Nada se hace en el mundo con más grosería que esta operación, que debiera ser de las más curiosas; apenas quitan medio vellón a la pobre oveja, a costa de mil heridas, e inmediatamente las echan al campo. Se hace la trasquila en un gran patio de pórticos formados por una arquería baja. Me dijo el administrador que con poca diferencia se recogían cinco mil arrobas de lana cada año.

Día 4, a las seis, salimos de esta hacienda por buen camino y a breve rato llegamos al pequeño pueblo de Dolores que dejamos a nuestra derecha; está situado a las orillas del río, en un terreno muy hermoso con todas las condiciones para hacer felices a sus habitantes; mas por un abuso insoportable de las haciendas, no tienen aquellos miserables un palmo de tierra para hacer sus siembras, pues las pertenencias de la R llegan hasta las goteras del lugar. No nos detuvimos y poco más adelante encontramos la hacienda del Gallinero y a poco trecho pasamos la de las Trancas, cuya casa está situada en una lomita, y por la falda de ésta corre un arroyo de bastante agua para una poblazón. Continuamos por buen camino, atravesamos dos arroyos, vimos algunas lagunas de corta subsistencia y a las once llegamos a la hacienda de la Quemada, andadas ocho leguas rumbo norte $\frac{1}{4}$ al norte noroeste. A las dos horas llegaron las cargas con la fatalidad de haberse caído en el río una mula que traía dos petacas de papeles de secretaría; fue necesario abrirlas y tenderlos al sol, que por fortuna le hacía muy ardiente, para que se secasen, en lo que se trabajó toda la tarde.

Esta hacienda es de la viuda de Lanzagorta, vecino que fue de San Miguel el Grande; encontramos en ella uno de sus cajeros que estaba entendiendo en la trasquila y que nos recibió graciosamente: la casa es bien capaz, bien tratada y situada a orillas de un arroyo de corto caudal, pero que trae furiosas avenidas en tiempo de lluvia: tiene bellísimas tierras de sembradura, que no se cultivan por estar destinadas a la cría de ganado menor, de que sacan cada año, según nos dijeron, de seis a siete mil arrobas de lana: a un lado de la casa, y fuera de su recinto, está la capilla y frente de ella la hospedería o mesón que hay en todas estas haciendas para comodidad de los caminantes.

Día 5, a las cinco y tres cuartos salimos de esta hacienda,

pasamos a otra, llamada la Huerta, que es de don Francisco Velarde, vecino de San Felipe. A las siete y tres cuartos llegamos a este pueblo que está situado a la derecha del camino; es muy miserable por no poseer tierras algunas; fuera del lugar está un mesón, donde nos detuvimos a remudar, hasta aquí es bueno el camino, de bellas tierras, aunque incultas, y sus producciones las mismas que en las anteriores; continuamos por un monte de mal piso y pedregoso, hasta entrar en una serranía que nos hizo variar todo el rumbo del semicírculo y andar a pie un gran trecho por la aspereza de las barrancas. El terreno no es de malos indicios, tiene alguna abundancia de mezquites en las orillas de los arroyos, que sólo llevan agua en los tiempos de lluvia. Observé, no obstante muchos veneros que humedecían el camino y juzgo que si se buscase con solicitud su origen se hallarían algunas fuentes. Pasada la sierra entramos por un hermoso llano, por donde a las doce y media llegamos a la hacienda llamada Santa Bárbara. Hoy diez leguas rumbo general noroeste.

La situación de esta hacienda es deliciosa; está en un gran llano cercado de serranías a orillas de un arroyo seco, pero socorrida de un manantial abundante. Se dilatan sus tierras cuatro leguas de oriente a poniente y tres de norte a sur, que esto da la extensión de la llanura: se divisan al N.O. dos puntas de sierra que forman un puerto seco, y en la de mano izquierda están las célebres minas que llaman los Asientos de Ibarra, por haberlas descubierto Don Diego Ibarra, uno de los cuatro fundadores de Zacatecas y que hoy pertenece a las temporalidades de la compañía. La hacienda Santa Bárbara hace parte de los bienes de la misma viuda de Lanzagorta, que despreciando su cultivo la destinó para cría de ganado menor y poco vacuno: la casa es miserable y su arquitecto acreditó el talento que tenía de formar tinieblas en medio de la luz. Todo manifiesta que merece poco en la estimación de sus dueños.

Día 6. Salimos de Santa Bárbara a las cinco y tres cuartos por un camino llano, cómodo y de buena tierra. Dejamos a nuestra derecha el rancho Santa Efigia que es límite de los obispados de Michoacán y Guadalajara y donde principia por este rumbo la Nueva Galicia: entramos en otra llanura inmensa, cuya extensión se dilata a pérdida de vista, dejando por uno y otro lado ranchos y haciendas de ganado de que encontramos algunos rebaños que se conducían a La Quemada y a la R para quitarles el vellón: y gozando siempre del buen

camino llegamos a las once y media a la hacienda de los Ojuelos, andadas diez leguas rumbo N. $\frac{1}{4}$ al N. NO.

El mayorazgo de Ciénega de Mata, don José Gallardo Rincón, no contento con la posesión de más de 400 sitios de ganado que pudieran formar un pequeño reino y que apenas le producen para subsistir con decencia; tiene en arrendamiento el rancho Santa Efigenia y esta hacienda; se hallaba en la actualidad en ella con toda su familia y el Alcalde Mayor de Aguascalientes para entender en la trasquila. La casa es grande, mal distribuida y con oficinas competentes: a un lado está el mesón y enfrente la capilla; hay varias habitaciones para el capellán y otros dependientes que forman una grande y buena plaza. Junto a la casa del padre capellán está la que llaman huerta, que es un pedazo de tierra cultivada, que sólo sirve de acreditar la fertilidad del terreno y lo mucho que pudiera producir si estuviese dividido en muchas manos. Este es puntualmente el tiempo en que se ajustan cuentas a los pastores, y se les pagan los salarios en géneros, que apenas les alcanzan para vestirse con la mayor pobreza, sin que en toda la vida vean estos infelices un real como fruto de su trabajo; con esta ocasión estaba abierta la tienda de la casa y el cajero despachando a los criados; me acerqué por divertirme y fui testigo de una escena que me atravesó el corazón de dolor.

Un pastor, de edad como de treinta años, salía de la tienda con el avío de ropa que complementaba su salario (según la cuenta del mercader, porque estos miserables no llevan razón de lo que se les debe ni jamás se atreven a poner un reparo); le esperaba afuera su mujer joven y bien parecida, que apenas le descubrió entre la multitud, manifestó en la alegría de su rostro la de su corazón, pero el pobre pastor no hacía más que mirarla con languidez y bajar los ojos avergonzado, sin resolverse a manifestar la ropa que traía; hízolo, en fin, y a poco examen preguntó con viveza la mujer: ¿Y mis naguas?, dijo (las necesitaba efectivamente, porque no eran soportables a la modestia las que traía), a que respondió el pastor tristemente; *no quiso dármelas el amo*. ¿Es posible, replicó ella, que después de un año de trabajar por los montes, sin haber entrado en poblado, y padecido los dos tantas desdichas, ni tú ni yo las hemos ganado? No te apures, hija, (repuso el pastor) volveré la capa y las camisas y te sacaré tu corte, ya que no podemos tenerlo de otro modo, que estando tú contenta, andaré en cueros. "No, no, hijo mío, interrumpió al punto, la capa a los dos nos hace falta, no tenemos

otra tienda de campaña, suframos con paciencia, pues Dios lo quiere, y, con los ojos llenos de lágrimas, ambos esposos, se puso ella a distribuir en los pobres, puños de sal, que era la única limosna que podía darles. Seguramente no valía doce pesos todo el avío que el pastor llevaba y las enaguas que pedía su mujer eran unas pocas varas de bayeta, que cuando más cara la compraban los amos a cuatro reales.

FRANCISCO JAVIER ALEGRE

Vio la luz el 12 de noviembre de 1729 en el puerto de Veracruz. Falleció en el destierro en Bolonia el 16 de agosto de 1788.

Insigne humanista, "hombre de inteligencia abierta al infinito y de gusto muy refinado", reformador de la enseñanza de la filosofía, traductor de los clásicos, teólogo, historiador. Escribió varias obras en verso: *La Alejandriada*, *Elegías* con ocasión de la muerte de Francisco Plata, la *Batracomiomaquia* de Homero, una versión de la *Iliada* y otras composiciones líricas y geórgicas en honor de la Virgen de Guadalupe. Sus obras en prosa más destacadas son sus *Instituciones Teológicas*, escritas en latín y publicadas entre 1789 y 1791 y la *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, ambas en varios volúmenes.

Su vida y obra han sido estudiadas varias veces, la primera por sus contemporáneos los Padres Juan Luis Maneiro y Manuel Fabri, las cuales ha dado en limpia versión castellana en su totalidad Bernabé Navarro en *Vidas de Mexicanos Ilustres del siglo XVIII*, Prólogo, selección, traducción y notas de... México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1956, XXX-249 p. ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 74.)

Su *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús* ha sido reeditada con un colosal aparato crítico, paciencia y sapiencia, por los PP. Ernest J. Burrus, S. J. y Félix Zubillaga, S. J., 4 v., Roma, Institutum Historicum S. J., 1956-1960, (Bibliotheca Instituti Historici, S. J. Vols. IX-XIII-XVI-XVII), en donde se aporta rica documentación y bibliografía.

Precioso estudio acerca de Alegre y de otros jesuitas dieciochescos es el de Gabriel Méndez Plancarte, *Humanistas del Siglo XVIII*. Introducción y selección de... México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1841, XXX-99 p., ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 24.)

Fuente: Francisco Javier Alegre. *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*. 4 v. Nueva edición por Ernest J. Burrus y Félix Zubillaga, SS. JJ. Roma, Institutum Historicum, S. J. 1960. (Bibliotheca Instituti Historici, S. J.) IV-219-223.

EL PADRE KINO

En todos los cuatro años antecedentes, no hallamos relación ni memoria alguna del Padre Eusebio Kino en los manuscritos de aquel tiempo. No siendo creíble que las calumnias, las nece-

sidades, o algún otro género de trabajos fuese capaz de tener en la inacción y en el retiro aquel espíritu incansable, nos persuadimos a que, todo este tiempo, lo probó el Señor en el ejercicio de una paciencia heroica. Verosíblemente, sus muchos achaques, aumentados con tan largas y penosas fatigas, y añadidos al peso de sus muchos años, le habían obligado ya a no emprender más viajes y reducido a esperar tranquilamente, en su misión de Dolores, el fin de su vida apostólica, que le llegó finalmente a principios del año de 1711.

Fue el Padre Eusebio Francisco Kino natural de Trento, ciudad de Italia. Su devoción y reconocimiento al grande Apóstol de la India, a cuya intercesión debía la vida, le hizo tomar el nombre de Francisco y con el revestirse del mismo celo y fervor por la conversión de los gentiles en las misiones de Indias. Con este intento, renunció el honor que le hacía el serenísimo Duque de Baviera en destinarlo para una cátedra de matemáticas en la Universidad de Ingolstadt.

No le faltaron aun, en México, ocasiones de manifestar sus extraordinarios talentos con ocasión del famoso cometa del año de 1680. Fueron entonces muy célebres las controversias entre el Padre Kino y el doctor don Carlos de Sigüenza y Góngora, de que hemos hablado en otra parte.

Fue el primero que, con algún asiento y espacio, comenzó a instruir en la fe a los californios, ocupación a que se hubiera enteramente dedicado, toda su vida, si los superiores no hubiesen juzgados más necesaria en la Pimería su persona. Ya que no pudo, por sí mismo, asistirlos, formó, a lo menos; con sus instrucciones y exhortaciones fervorosas, al Padre Juan María Salvatierra, apóstol de aquel país; y, en cuanto pudo, desde la Pimería, con viajes penosísimos, con limosnas y otros arbitrios, procuró fomentar siempre la conversión de aquella península.

La de los pimas altos se debe únicamente, en lo humano, a su celo, no menos que a su paciencia y constancia admirable. Siempre perseguido y calumniado no sólo en su persona, sino aun en la de sus neófitos, y no sólo de los seglares y profanos, sino, tal vez, aun de sus mismos cooperarios, llevó adelante la obra del Señor por veinte y cuatro años continuos, casi solo, y teniendo que justificar, a cada paso, y demostrar, por mil caminos diferentes, la fidelidad de sus calumniados pimas y otras naciones que el Padre descubría y preparaba al evangelio.

Escribió diferentes informes a Su Majestad y a los señores reyes, al Padre general y superiores inmediatos; todo, a fin de

conseguir operarios para aquella viña. Bautizó más de cuarenta mil infieles; y hubieran sido diez tantos más, si hubiera tenido algunas esperanzas de poderles proveer de ministro que les conservase en la fe. Caminó muchos millares de leguas en repetidos viajes; visitó tantas naciones, formó y redujo a vida política tantas rancherías; que, como escribe el autor de los *Apostólicos ajanés*, todos juntos cuantos celosos obreros ha tenido la Pimería en más de cincuenta años, después de su muerte, apenas han podido poner en corriente la tercera parte de los pueblos, tierras y naciones que aquel varón apostólico había atraído, cultivado y dispuesto para sujetarse al yugo del evangelio.

Este es un rudo bosquejo de las exteriores ocupaciones del Padre Eusebio Francisco Kino; pero, en medio de las continuas fatigas a que lo estimulaba su celo, ¿quién podrá referir los interiores actos de virtud con que se hizo tan digno instrumento de la salvación de muchas almas? En todo el tiempo de misionero no se le conoció más cama que dos zaleas, una frazada grosera, por abrigo y, por cabecera, una albarda. Este era el lecho en que, después de tan largos y penosos viajes, aun en las más fuertes enfermedades y al cabo de 70 años de edad, tomaba apenas un ligero descanso, y en que murió, finalmente, no sin lágrimas de su buen compañero, el Padre Agustín Campos, testigo de tanta humildad, mortificación y pobreza.

La mayor parte de la noche ocupaba en la oración, y, cuando estaba en su partido de Dolores, era en la Iglesia, donde, asegura el Padre Luis Velarde, su compañero en los ocho últimos años, que lo oía entrar, todas las noches, y que, por mucho que se desvelase, jamás lo oyó salir. Esta nocturna oración acompañaba con una sangrienta disciplina que, tal vez, percibieron y refirieron asustados sus indios. Se le notó que más de cien veces, al día, entraba a hacer oración al templo, a imitación del grande Apóstol de Irlanda; aunque toda su vida era una continua meditación y un continuo rezo. Fue señalado el don de lágrimas de que lo dotó el Señor, no sólo en el santo sacrificio de la misa, que jamás omitió, sino aun en el oficio divino, que rezaba siempre de rodillas. Tenía, continuamente, en los labios los dulcísimos nombres de Jesús y María. Así, no es de admirar, que, aun cuando en su cara le decían injurias e improperios, respondiese con palabras suavísimas y aun abrazase tiernamente a los que le ofendían. Sus conversaciones eran siempre de Dios, de su Madre santísima y de la conversión de los gentiles.

Padecía frecuentes y agudas fiebres de que se curaba con total abstinencia, por cuatro o seis días. Aun fuera de estas ocasiones, su alimento era muy tenue y muy grosero; sin sal, ni más condimento que algunas yerbas insípidas que tomaba con pretexto de medicinas. Toda esta dureza y austeridad consigo la convertía en suavidad y dulzura para con sus indios, a quienes repartía toda su limosna y cuanto podía conseguir con su actividad y su industria. Finalmente, era el Padre Kino un perfecto ejemplar de misioneros apostólicos; y de quien se decía vulgarmente; “descubrir tierras, convertir almas son los afanes del Padre Kino; continuo rezo, vida sin vicio, humo, ni polvos, cama, ni vino”.

Habiendo el Padre Agustín de Campos concluido, en su pueblo de Santa María Magdalena, una pequeña capilla a honra de San Francisco Javier, convidó al Padre para la misa de la dedicación, a que concurrió gustosamente. La estatua del altar representaba al Santo moribundo. Cantando la misa se sintió el Padre Kino herido de la última enfermedad; queriendo el Santo que descansase en su capilla el que tan perfectamente le había imitado en los trabajos del ministerio apostólico.

Hemos propasado los límites de un elogio histórico en lo que hemos dicho de este grande hombre, llevados del dolor que nos causaba no hallar en nuestro *Menologio* memoria alguna de un varón tan insigne y apenas algunas generalidades en las *Noticias de California* y *Apostólicos afanes*, que no bastaban para formar una idea tan grande como merecen sus virtudes.

NICOLAS DE LAFORA

Nació en España hacia 1730. Falleció en Oaxaca (?), en donde era Corregidor después de 1783.

Ingeniero militar. Realizó un amplio recorrido de la Nueva España, en la cual ocupó varios puestos. Levantó varios mapas, como el *Mapa de la Frontera del Virreinato de la Nueva España* (1771) y realizó varios censos.

Escribió el *Diario de mi viaje tierra adentro con una descripción de lo más remarcable que observé en él y de algunas operaciones astronómicas para rectificar la latitud de los lugares más principales*, así como de la más amplia *Relación del viaje que, de orden del excelentísimo Señor Virrey Marqués de Cruillas, hizo el Capitán de Ingenieros D. Nicolás de La Forá, en compañía del Mariscal de Campo Marqués de Rubí, comisionado por Su Magestad, a la Revista de los Presidios Internos, situados en la frontera de la parte de la América Septentrional perteneciente al Rey*, el cual inició en marzo de 1766.

Lo han estudiado: Herbert E. Bolton, *Texas in the Middle Eighteenth Century. Studies in Spanish Colonial History and Administration*, Berkeley, 1915; Carlos E. Castañeda, *History of Texas, 1673-1779 by Fray Juan Agustín de Morfi*, 2 v. Albuquerque, 1935, así como Vito Alessio Robles en su *Liminar bibliográfico y acotaciones a la Relación...* México, Editorial Pedro Robredo, 1939, 335 p., mapas, facs.

Fuente: Nicolás de Lafora. *Relación del viaje que hizo a los Presidios Internos situados en la frontera de la América Septentrional, perteneciente al Rey de España*. Con un liminar bibliográfico y acotaciones por Vito Alessio Robles. México, Editorial Pedro Robredo, 1939. 335 p. ils., mapas., p. 101-105.

EL REINO DE NUEVO MEXICO

Está situado entre los 32° y 38° grados de latitud boreal, y entre los 258° y 264° grados de longitud, contada desde el meridiano de Tenerife. Se compone de treinta y siete poblaciones que van señaladas en el mapa general, y en ellas habitan dos mil setecientas tres familias de indios teguas, genízaros, tiguas, abiquius, pecuries, taos, pecos, janos, zuñis, acomas, moquinos, queres, xemes, sumas y piros, componiendo entre todos el número de diez mil quinientas veinte y cuatro personas, y el de los españoles, llega a nueve mil quinientas

ochenta personas, distribuidas en mil cuatrocientas ochenta y siete familias, ascendiendo el total a veinte mil ciento cuatro almas. Tanto los indios como los españoles, son muy a propósito para la guerra, pues se ejercitan en las armas y manejo de los caballos desde muy tiernos, para defenderse de las naciones gentiles que les rodean por todas partes, menos por la del Sur, por donde confinan con la Nueva Vizcaya en el paraje llamado las Boquillas. Las armas de los indios, son el arco y flechas, chuzos o lanzas, y algunas escopetas, y muchos tienen sus cueras. Las de los españoles son las mismas que usan en las demás provincias, siendo su fuerte la lanza, que manejan perfectamente; no tanto, la escopeta por la escasez de pólvora que hay en aquel país, y que adquieren a sus expensas con mucho costo y trabajo; así llevan muy pocos tiros cuando salen a campaña, perdiendo en esto la ventaja del arma de fuego, cuyo respeto mantiene en equilibrio en la disparidad del poco número de nuestra gente, con el infinito de tantas naciones infieles. Actualmente están en paz las de los navajos, moquinos, yutas, apaches, carlanes y chilpaines, y sólo les incomodan los apaches gileños y pharaones, cuyas situaciones van demarcadas en el mapa; también reciben algunas pequeñas vejaciones de los indios comanches, no obstante que suelen venir todos los años a la feria de Taos, donde cambalachan gamuzas, pieles de cíbolo y algunos esclavos de varias naciones indias, situadas al E., llevando en retorno ropas y caballos. Esta nación es de las más guerreras, se dice que vinieron del norte costeano la cordillera de las Grullas, conocida por los nuestros hasta cien leguas más arriba de la Nueva México, y que tardaron seis lunas o meses, en llegar hasta nuestra frontera, donde detenidos por nuestras armas, se inclinaron al E., estableciéndose muchas rancherías en las orillas del río de Napestle y otras andan vagando en el terreno intermedio de este reino, San Saba, extendiéndose hasta los Taguayas e Iscanís, en el que hay mucha abundancia de cíbolos, que son su principal alimento, con varias frutas, como las de Europa, que producen naturalmente las orillas de aquel río. Sus habitaciones son unas tiendas o barracas hechas de pellejos de cíbolo, y sus armas arco y flechas, con algunos fusiles que adquieren de los franceses con quienes comercian en el fuerte de los Taguayas, y a veces se introducen éstos en sus rancherías donde suelen estarse años.

La Nueva México produce con abundancia todo género de

semillas, por ser su temperamento muy parecido al de España: hay mucho ganado mayor y menor, y algunas crías de caballos, que salen bastante buenos, sobrando los pastos que son grama la mayor parte. El comercio de sus habitantes se reduce a cuatro gamuzas y pieles de cibolo, que sacan anualmente en cordón para Chihuahua, trayendo en cambio algunas ropas para vestir sus familias; también suelen ir a buscarlas los indios, pero regularmente sus mujeres se visten con los tejidos que ellas mismas fabrican, haciendo muy buenas mantas de lana, con varias labores de bastante primor, de que hacen camisas, faldillas y mantillas, y su calzado es una plantilla de suela puesta al medio de una gamuza de marca, que envuelve alrededor de las piernas, abultándolas como si llevasen unas fuertes botas.

Los hombres cubren sus carnes con gamuzas, imitando algo el traje español. También suelen sacar los vecinos algunas de estas mantas, medias y colchas, para comerciar afuera, sin hacer caso de las pieles de nutrias, castores, armiños y marmatas, que tienen en abundancia, por no conocer su utilidad.

Hay varios ríos, con muchos peces, con especialidad en el Grande del Norte, cuyo origen no estaba conocido aunque le habían costeadado hasta la sierra de las Grullas, donde infieren que nace; por este se pudiera facilitar un comercio considerable a esta provincia, si se estableciese en sus orillas la frontera, y se poblase: pudiendo aquella abastecer por agua estas nuevas plantaciones de vino, aguardiente, semillas, maderas, etc., y enviar al Seno Mexicano los frutos superfluos, las lanas y pieles, siendo este río navegable en canoas por toda esta distancia, lo que produciría unos efectos admirables, y una suma facilidad para hacer de él una barrera impenetrable para los indios que actualmente se introducen por este despoblado, a destruir nuestras posesiones interiores.

Se cría en aquellos montes cubiertos de encinas, pinos y sabinos de bastante corpulencia, cíbolos, osos, lobos, coyotes, carneros monteses y venados, descollando entre estos los alazanes de siete cuartas con las astas de dos varas desde la raíz hasta las últimas puntas, con mucha variedad de aves, entre las que abundan las perdices, que se cogen a mano después del primer vuelo, y también se hallan en ellos algunas minas de plata de corta ley, que no se trabajan.

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO

Nació en el puerto de Veracruz el 6 de septiembre de 1731 y falleció desterrado en Bolonia, Italia, el 2 de abril de 1787.

Pertenece con Alegre, Bazoazaval, Abad y otros más, al brillantísimo grupo de jesuitas, renovadores de la cultura dieciochesca. Clavijero se alejó de los sistemas tradicionales rutinarios, impulsó las nuevas ideas, y formó generaciones de criollos alertas a los nuevos tiempos. Para defender a la Compañía de los ataques que se le hacían por su obra misionera en California, escribió su *Historia de la Baja California*, editada en italiano en 1789 y en español en 1852. Su obra más importante, la *Historia Antigua de México*, la escribió en castellano, mas al principio sólo se publicó en italiano. La versión original conservada por los Padres Arrillaga y Cuevas fue publicada hace pocos años, en 1958, para hacer una versión definitiva.

Escrita lejos de su patria, como la *Historia de California*, no contó con todas las fuentes necesarias para redactarla, mas su ausencia la suplió con creces gracias a su inteligencia, a su honda penetración y a la admiración reflexiva que siente por el pasado mexicano. Aléjase en ella de las interpretaciones milagreras y diabólicas para asentar macizos juicios en los que el sentimiento nacional se palpa con vigor. El amor a la patria no le impide ser justo en sus apreciaciones aun cuando ataca en las *Disertaciones* finales a los calumniadores de la patria. Su obra, tal vez de las más importantes de la historia mexicana ejerció una influencia enorme en los escritores posteriores y es la más conocida en el exterior.

Su biografía fue hecha con gran amor por el P. Maneiro en sus *Vidas de Mexicanos ilustres* y traducida por Gabriel Méndez Plancarte, quien publicó fragmentos de ella en *Humanistas del Siglo XVIII*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1941, XXX-199 p., ils., (Biblioteca del Estudiante Universitario 24), p. 179-196. Méndez Plancarte realizó el mejor estudio sobre esa generación y su valor.

El mejor estudio bio-bibliográfico es el d: Luis González Obregón: *El Abate Francisco Javier Clavijero*, en *Cronistas e Historiadores*, México, Ediciones Botas, 1936, 223-[6] p., ils., p. 81-123; posteriormente Rafael García Granados preparó una bibliografía más al día que apareció en su libro *Filias y Fobias*.

Meritorios trabajos sobre su obra histórica, los de Julio Le Riverend Brusone, *La Historia Antigua de México del Padre Francisco Javier Clavijero*, en *Estudios de Historiografía de la Nueva España*, México, El Colegio de México, 1945, 329

p., p. 293-323; Víctor Rico González, *Historiadores mexicanos del siglo XVIII. Estudios historiográficos sobre Clavijero, Veytia, Cavo y Alegre*, Prólogo de Rafael García Granados, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1949, 218-[4] p., (Publicaciones del Instituto de Historia, No. 12), p. 3-75; José Miranda, "Clavijero en la Ilustración mexicana", *Cuadernos Americanos*, jul.-agos. 1946, p. 180-196. Muy esclarecedores los "Documentos para la biografía del historiador Clavijero" editados por Jesús Romero Flores, en *AINAH*, t. I, 1945.

Fuente: Francisco Javier Clavijero. *Historia antigua de México*. [Prólogo de Mariano Cuevas, S. J.] Primera Edición del original escrito en castellano por el autor. 4 v. México, Editorial Porrúa, S. A., 1945. (Colección de escritores mexicanos 7-10.) I-165-172 y II-353-366.

CARACTER Y COSTUMBRES DE LOS MEXICANOS

Las naciones que ocupaban estas tierras antes de los españoles, aunque muy diferentes entre sí en su lenguaje, y parte también en sus costumbres, eran casi de un mismo carácter. La constitución física y moral de los mexicanos, su genio y sus inclinaciones, eran las mismas de los acolhuas, de los tlaxcaltecas, de los tepanecas y de las demás naciones, sin otra diferencia que la que produce la diferente educación. Y así, lo que dijere de unos, quiero que se entienda de los demás. Varios autores así antiguos como modernos, han emprendido el retrato de estas naciones; pero entre tantos no he hallado uno que sea exacto y en todo fiel. La pasión y los prejuicios en unos autores y la falta de conocimiento o de reflexión en otros, les han hecho emplear diversos colores de los que debieran. Lo que yo diré va fundado sobre un serio y prolijo estudio de su historia, y sobre el íntimo trato de los mexicanos por muchos años. Por otra parte, no reconozco en mí cosa alguna que pueda preocuparme en favor o en contra de ellos. Ni la razón de compatriota inclina mi discernimiento en su favor, ni el amor de mi nación o el celo del honor de mis nacionales me empeña a condenarlos; y así diré franca y sinceramente lo bueno y lo malo que en ellos he reconocido. Son los mexicanos de estatura regular, de la cual se desvían más frecuentemente por exceso que por defecto; de buenas carnes y de una justa proporción en todos sus miembros; de frente angosta, de ojos negros y de una dentadura igual, firme, blanca y tersa; sus cabellos tupidos, gruesos y lisos; de poca barba y rala y de

ningún pelo (por lo común) en aquellas partes del cuerpo que no recata el pudor. El color de su piel es ordinariamente castaño claro. No creo que se hallará nación alguna en que sean más raros los contrahechos. Un mexicano corcovado, un estevado, un bizco, se puede mirar como un fenómeno. Su color, su poca barba y sus gruesos cabellos, se equilibran de tal suerte con la regularidad y proporción de sus miembros, que tienen un justo medio entre la hermosura y la deformidad; su semblante ni atrae ni ofende; pero en las jóvenes del otro sexo se ven muchas blancas y de singular belleza, a la cual dan mayor realce la dulzura de su voz, la suavidad de su genio y la natural modestia de su semblante. Sus sentidos son muy vivos, especialmente el de la vista, la cual conservan entera aún en su decrepitud. Su complexión es sana y su salud robusta. Están libres de muchas enfermedades que son frecuentes en los españoles; pero en las epidemias, que suele haber de tiempo en tiempo, son ellos las principales víctimas; en ellos empiezan y en ellos acaban. Jamás se percibe de la boca de un mexicano aquel mal aliento que produce en otros la corrupción de los humores o la indigestión del alimento. Son de complexión flemática, pero su salivación es rara y muy escasas las evacuaciones pituitosas de la cabeza. Encanecen y encalvecen más tarde que los españoles, y no son muy raros entre ellos los que arriban a la edad centenaria. De los demás casi todos mueren de enfermedad aguda. Son y han sido siempre muy sobrios en la comida; pero es vehemente su inclinación a los licores espirituosos. En otro tiempo la severidad de las leyes los contenían en su beber; hoy la abundancia de semejantes licores y la impunidad de la embriaguez los han puesto en tal estado, que la mitad de la nación no acaba el día en su juicio; y esta es sin duda la principal causa del estrago que hacen en ellos las enfermedades epidémicas; a lo cual se allega la miseria en que viven, más expuesto que otro alguno a recibir las malignas impresiones, y una vez recibidas, más destituidos de los medios para corregirlas. Sus almas son en lo radical como las de los demás hombres, y están dotados de las mismas facultades. Jamás han hecho menos honor a su razón los europeos que cuando dudaron de la racionalidad de los americanos. La policía que vieron los españoles en México, muy superior a la que hallaron los fenicios y cartagineses en nuestra España, y los romanos en las Galias y en la Gran Bretaña, debía bastar para que jamás se excitare semejante duda en un entendimiento humano, si no hubieran contribuido a promoverla cier-

tos intereses injuriosos a la humanidad. Sus entendimientos son capaces de todas las ciencias, como lo ha demostrado la experiencia. Entre los pocos mexicanos que se han dedicado al estudio de las letras, por estar el común de la nación empleado en los trabajos públicos y privados, hemos conocido hábiles geómetras, excelentes arquitectos, doctos teólogos y buenos filósofos, y tan buenos (hablo de la Filosofía Arábica que se enseñaba en nuestras escuelas), que en concurso de muchos hábiles criollos llevaron el primer lugar, de los cuales aún viven algunos que podría nombrar. Muchos concediendo a los mexicanos una gran habilidad para la imitación, se la niegan para la invención. Error vulgar que se ve desmentido en la historia antigua de la nación. Su voluntad es sensible a las pasiones, pero éstas no obran en sus almas con aquel ímpetu y furor que en otras. No se ven regularmente en los mexicanos aquellos transportes de ira, ni aquellos frenesíes del amor que son tan frecuentes en otras naciones. Son lentos en sus operaciones y de una flema imponderable en aquellas obras que necesitan de tiempo y de prolijidad. Son muy sufridos en las injurias y trabajos, y muy agradecidos a cualquier beneficio, cuando la continua experiencia de tantos males no les hace temer algún daño de la mano benéfica. Pero algunos poco reflexivos, confundiendo el sufrimiento con la indolencia y la desconfianza con la ingratitud, dicen ya como proverbio, que el indio ni siente agravio ni agradece beneficio. Esta habitual desconfianza en que viven, los induce frecuentemente a la mendacidad y a la perfidia, y generalmente hablando, la buena fe no ha tenido entre ellos toda la estimación que debiera. Son por su naturaleza serios, taciturnos y severos, y más celosos del castigo de los delitos, que del premio de las virtudes. El desinterés y la libertad son de los principales atributos de su carácter. El oro no tiene para ellos todos los atractivos que tiene para otros. Dan sin dificultad lo que adquieren con sumo trabajo. Su desinterés y su poco amor a los españoles les hace rehusar el trabajo a que éstos los obligan, y esta es la decantada pereza de los americanos. Sin embargo, no hay gente en aquel reino que trabaje más, ni cuyo trabajo sea más útil ni más necesario. El respeto de los hijos a los padres y de los jóvenes a los ancianos, es innato a la nación. Los padres aman demasiado a sus hijos; pero el amor del marido a la mujer es mucho menor que el de la mujer al marido. Es común (no general) en los hombres, el inclinarse más a la mujer ajena que a la propia. El valor y la cobardía en diversos sentidos se alternan de tal

suerte en sus ánimos, que es difícil el determinar cuál de los dos prevalezca. Se avanzan con intrepidez a todos los peligros que les amenazan de parte de las causas naturales; pero basta a intimidarlos el ceño de un español. Aquella estúpida indiferencia respecto de la muerte y de la eternidad, que algunos autores creen trascendental a todos los americanos, sólo se verifica en aquellos que por falta de instrucción no han formado idea del juicio de Dios. Su particular afecto a las prácticas exteriores de la religión, degenera fácilmente en superstición, como sucede a los idiotas de todas las naciones cristianas. Su pretendida adhesión a la idolatría, es una quimera forjada en la desarreglada imaginación de algunos ignorantes. Uno u otro ejemplo de algunos serranos no es bastante para infamar a todo el cuerpo de la nación. Finalmente, en la composición del carácter de los mexicanos, como en la del carácter de las demás naciones, entra lo malo y lo bueno, pero lo malo podría en la mayor parte corregirse con la educación, como lo ha mostrado la experiencia. Difícilmente se hallará juventud más dócil para la instrucción, como no se ha visto jamás mayor docilidad que la de sus antepasados a la luz del Evangelio. Por lo demás no puede dudarse que los mexicanos presentes no son en todo semejantes a los antiguos, como no son semejantes los griegos modernos a los que existieron en tiempos de Platón y de Pericles. La constitución política y religión de un Estado, tiene demasiado influjo en los ánimos de una nación. En las almas de los antiguos mexicanos había más fuego, y hacían mayor impresión las ideas de honor. Eran más intrépidos, más ágiles, más industriosos y más activos, pero más supersticiosos y más inhumanos.

Alimentos de los mexicanos

Es de admirar que los mexicanos no estuviesen sujetos a muchas enfermedades, considerada la calidad de sus alimentos. En esta materia tuvieron cosas muy particulares; porque habiendo vivido por tantos años aislados en el lago, los obligó su miseria a alimentarse de cuanto se criaba en aquellas aguas. En este tiempo de calamidad aprendieron a comer no solamente raíces de varias plantas palustres, las sierpes acuátiles de que hay una abundancia excesiva, el *ajolote*, el *atetepitz*, el *ahuihuilla*, el *atopinán* y otras semejantes sabandijas del agua, sino también hormigas, moscas palustres y huevos de las mis-

mas moscas. De estas que llaman *azayacatl* pescaban tantas, que tenían para comer, para sustentar varias especies de aves y para vender en el mercado, molíanlas y reducían aquella masa a pelotas, que envueltas en hojas de maíz cocían en agua con nitro. Algunos autores que las probaron dicen que no tenían mal gusto. De los innumerables huevecillos que deponen estos insectos en el junto del lago, sacaban, como ya insinuamos en otro lugar, aquella hueva que llaman *ahuauhiti*. Comían no solamente de las cosas vivientes, sino aun de cierta substancia limosa que sobrenada en el lago, la cual recogían, secaban un poco al sol y hacían de ellas unas tortas que volvían a secar y guardaban para que les sirviese de queso, cuyo sabor remeda. Daban a esta substancia el nombre de *tecuitlatl*.

Acostumbrados a estos y semejantes alimentos los mexicanos no los desecharon aún en la época de su mayor abundancia, y así se veían en todo tiempo llenos los mercados de mil especies de sabandijas crudas, guisadas, fritas o tostadas, que vendían especialmente para sustento de los pobres. Sin embargo, luego que con el comercio del pescado comenzaron a adquirir mejores comestibles y a cultivar con su industria las sementeras nadantes en la laguna, ya se daban mejor trato y en sus convites no se echaba de menos la abundancia, variedad y buen gusto de los manjares, de lo cual fueron buenos testigos los conquistadores. Entre sus comestibles tenía el principal lugar el maíz, que ellos llamaban *tlaoilli*, semilla que la Providencia dio a aquella parte del mundo en vez del trigo de la Europa y del arroz de Asia, con algunas considerables ventajas sobre una y otra semilla; porque además de su mayor multiplicación, que es notable, se aviene a cualquier clima, no necesita de tanto cultivo ni es tan delicada, ni exige como el arroz un terreno húmedo y poco favorable a la salud de los cultivadores. Por otra parte no cede al trigo ni al arroz en el gusto, ni en la bondad y fortaleza del nutrimento. Tenían, como ya dijimos, muchas especies de esta semilla, diferentes en la magnitud, en el color y en la calidad. Del maíz hacían su pan, distinto en todo al pan de la Europa. Cocían el grano en agua con cal; ya blando lo frotaban entre las manos para quitarle el hollejo; después lo molían en el metate; tomaban un poco de aquella pasta y amasándola con golpes recíprocos en ambas palmas, formaban una tortilla orbicular y le daban el último cocimiento en el comal. El diámetro de las tortillas era regularmente de unos 8 dedos y su grosor de más de una línea; pero las hacían también más pequeñas y más delgadas, y para

los señores las formaban tan sutiles como nuestro papel. Solían mezclar al maíz algunas otras cosas o para la salud o para las delicias. Para la gente principal solía hacerse el pan de maíz colorado amasado con la hermosísima flor del lino y algunas otras hierbas medicinales para templar el calor del estómago.

Este pan es el que usaron los mexicanos y demás naciones de aquel vasto imperio en tiempo de su gentilidad, y que constantemente han usado hasta el día presente, desechando por él el mejor pan de trigo. La fábrica del pan (como de toda su comida) ha sido en todo tiempo en aquellas naciones empleo propio de las mujeres. Ellas eran las que lo fabricaban para sus familias y las que lo vendían en los mercados. No solamente les servía el maíz para pan, sino también para innumerables manjares y bebidas en diferentes mezclas y preparaciones. El *atolli* (los españoles lo llaman atole) son unas gachas hechas de la masa del maíz cocido, bien molido, deshecho en agua y colado; ponen al fuego el caldo filtrado por el cedazo y allí le dan nuevo cocimiento hasta que adquiere la densidad conveniente. Al paladar de los españoles son insípidas; pero reconocen su utilidad y las ministran comúnmente por alimento a sus enfermos. A los indios son tan gustosas, que no pueden pasar sin ellas; este era antiguamente y es hasta hoy su desayuno, y con él toleran las duras fatigas de la agricultura y de todos los empleos serviles en que se ejercitan. El Dr. Hernández distingue 17 especies de atole que usaban los mexicanos, diferentes en el modo con que se preparaban y en el condimento que se les añadía. Después del maíz las semillas más usadas entre los mexicanos, eran el cacao, la chía y los frijoles o judías.

Del cacao hacían varias bebidas que les eran muy familiares y entre otras la que llamaban *chocolatl*. Molían igual porción de cacao y de granos de *pochotl*, echábanla en un jarrillo con una cantidad proporcionada de agua y la revolvían y agitaban con un molinillo de palo; separaban luego en otro vaso la parte más oleosa que sobrenadaba, y a lo restante de la bebida mezclaban un puñado de masa de maíz cocido; cocíanla al fuego hasta cierto punto y después le mezclaban la parte oleosa que le habían separado y esperaban a que se entibiase para tomarla. Este es el origen de la célebre bebida del chocolate que juntamente con su nombre mexicano han adoptado las naciones cultas de la Europa, aunque alterando el nombre y mejorando la misma confección según el gusto y la lengua de cada pueblo. Solían los mexicanos así a su chocolate como a otras bebidas que hacían del cacao, mezclarle, o por darle

mayor gusto, o por hacerlas más saludables, el *tlixochitl* o vainilla, la flor de *xochicanaztli* y el fruto de *axochitl* y a veces también por endulzarla le añadían miel como nosotros mezclamos el azúcar.

De la semilla de la chía hacían una bebida muy refrigerante, que hasta hoy es comunísima en aquel reino y de ella y del maíz hacían el *chiantzotzolatolli*, que era una excelente bebida muy usada en la antigüedad, especialmente en tiempo de guerra. El soldado que llevaba consigo un saquillo de harina de maíz y de chía, se creía abundantemente provisto de víveres; en llegando la ocasión cocía en agua la cantidad que le parecía, añadiéndole un poco de miel de maguey y con esta bebida deliciosa y nutritiva (como la llama el Dr. Hernández) toleraban los ardores del sol y las fatigas de la guerra.

De la carne usaban poco los mexicanos; pero en ocasión de algún banquete y diariamente en las casas de los señores se guisaban varias especies de animales, como el *techichi*, que cebaban como hacemos nosotros con los puercos, el ciervo, el conejo, la liebre, el *coyamell* o pecar, la tuza, el armadillo y otras muchas especies de animales de la tierra, del agua y del aire; pero los más comunes eran el pavo y las codornices. De las frutas de la tierra, las más usuales eran el mamey, el zapote negro, el zapote blanco, el chicozapote, la anana o piña, la chirimoya, el ahuate, la anona, la pitahaya suplían ventajosamente por las peras, manzanas, duraznos y demás frutas que les faltaban. Pero entre tanta abundancia de víveres carecían los mexicanos de la leche y la manteca, por faltarles las vacas, las ovejas, los cabras y los puercos. De huevos no sabemos que comieran otros que los de los pavos y de iguanas cuya carne también comían y comen hasta ahora. El condimento común de sus manjares además de la sal eran el pimientito y el tomate, que se han hecho comunísimos aun en la comida de los españoles.

Su vino

Usaban varias especies de vino o bebida equivalente que hacían del maguey, de la palma, de las cañas del maíz y del maíz mismo que es el que llaman en otras partes chicha, del cual hacen mención muchos historiadores de América por ser el más general del Nuevo Mundo. El modo de hacer el vino de maguey que era el más usual entre los mexicanos y es sin dis-

puta el mejor de todos, era el siguiente: cuando llegaba el maguey común a cierta edad le castraban los pimpollos u hojas más tiernas del centro hasta descubrir cierta cavidad formada en la parte más interior y gruesa de dichas hojas; raíanles la superficie interior, y extraían con un cañuto o calabazo largo y estrecho el jugo que destilaban las hojas en la cavidad, que es muy líquido y dulce, y destila en tanta copia que de una buena planta sacaban en 6 meses hasta 20 arrobas, y en todo el tiempo de su fecundidad hasta 50 según testifica el Dr. Hernández. Extraían el jugo aplicando la boca a una de las extremidades del cañuto y atrayendo el aire en el contenido, y con el aire el jugo, como se hace con la bomba; recibían el jugo en una vasija y lo guardaban hasta que fermentara, que venía a ser en menos de 24 horas.

Para abreviar la fermentación y darle mayor fortaleza, le mezclaban cierta hierba a la cual por ese destino llamaban *ocpatli* (medicina del vino). El color de este vino es blanco y el gusto algo áspero; tiene competente fortaleza y embriaga, pero no tanto como el vino de uva. Por lo demás no puede negarse que es una bebida muy sana y por muchos títulos apreciable; porque es un excelente diurético y un remedio eficaz contra la diarrea tomado como se debe. El consumo de esta bebida es increíble y muy considerable la utilidad del real erario y de los que tienen plantíos de magueyes en sus heredades. Los derechos del rey por la entrada solamente del pulque que se consume en la capital, suben anualmente a 300,000 pesos fuertes, pagando un real mexicano por cada arroba. El año de 1774 entraron en aquella capital 2.214.294 arrobas y media, sin contar lo que entró de contrabando y lo que vendieron en la plaza mayor los indios exentos.

Vestido y calzado

No eran los mexicanos en sus trajes como en sus alimentos, nada superfluos. Su vestido común y ordinario era muy sencillo; reducíase en los hombres al *maxtlatl* y al *tilmatli* y en las mujeres al *cueitl* y al *huepilli*. El *maxtlatl* eran unos pañetes con que se ceñían la cintura, dejando colgado un cabo por delante y otro por detrás para reparo de la honestidad. Algunos se contentaban con cubrirse la parte anterior con un lienzo cuadrado que se ataba en la cintura en forma de delantal y les llegaba hasta cerca de las rodillas. El *tilmatli* o palio me-

xicano era un lienzo cuadrado de 5 ó 6 pulgadas castellanos; anudaban dos puntas del lienzo sobre el pecho o sobre uno de los hombros. El *cueitl* era otro lienzo o faldellín con que se envolvían las mujeres desde la cintura hasta más abajo de las rodillas. El *huepilli* era una camisa sin mangas propia de las mujeres.

El vestido de los pobres era de hilo de maguey o de palma silvestre, y cuando mucho de tela basta de algodón; pero el de la gente acomodada era de tela fina de algodón puro, de varios colores y con varias figuras de animales o flores, o de algodón entretejido de pluma hermosa o de pelo de conejo, y adornado de algunas piececillas de oro y de vistosos flecos, especialmente en los pañetes. Los hombres llevaban dos o tres paliós y las mujeres 3 ó 4 camisas y otros tantos faldellines de los cuales se ponían debajo los más largos para que de todos se dejase ver alguna parte; y sobre el *huepilli* se ponían una especie de camisón semejante a la sobrepelliz o cota de los eclesiásticos de la Italia, pero más ancho. Los señores añadían en el invierno a los demás vestidos una almilla de algodón entretejida de pluma o de pelo de conejo. El calzado de los mexicanos no constaba sino de una suela tejida por lo común de hilo grueso de maguey que afianzaban con correas o cordones de suerte que no quedaba cubierta y defendida más que la planta del pie. Usaban algunas suelas de gamuza o de otras pieles curtidas. Los reyes y señores adornaban su calzado de oro y pedrería y los cordones eran de hilo de oro.

Ornatos de su cuerpo

Todos los mexicanos traían el cabello largo y tenían por grave ignominia el que se lo cortasen, si no era a las vírgenes que se dedicaban al servicio del templo. Las mujeres lo traían suelto sobre las espaldas y los hombres atado en diferentes maneras; pero ni unos ni otros acostumbraban cubrirse la cabeza, sino en algunos lugares distantes de la capital, en que las mujeres llevaban un pañuelo o lienzo de color leonado. Pero aunque no se cubrían la cabeza, la adornaban los hombres en ocasión de danza o de guerra con vistosos plumajes. Apenas se hallará nación en el mundo que con tanta sencillez en el vestido junta-se tanta vanidad y lujo en el adorno de sus cuerpos. Además de las plumas y joyas con que adornaban su vestido, usaban arracadas en las orejas, pendientes en el labio inferior y algu-

nos también en su nariz; gargantillas, collares, pulseras, brazaletes y aún cierta especie de anillos en sus piernas. Los zarcillos y pendientes de la gente pobre eran de conchuelas, de cristal, de ámbar o de alguna especie de piedra reluciente de poco valor; pero los ricos los traían de perlas, de esmeraldas, de amatistas o de otras piedras preciosas engastadas en oro.

Muebles y empleos domésticos

No eran correspondientes a esta vanidad sus muebles y utensilios. Su cama se reducía a una o dos esteras de enea; los ricos añadían esteras finas de palma y lienzo de algodón más o menos curiosos, y los señores telas entretejidas de pluma. La almohada de los pobres era una piedra o un madero y la de las personas distinguidas sería verosímelmente de algodón. El común de la gente se cubría con su *tilmatli* o palio, y los ricos y nobles con colchas de algodón o de pluma. No usaban mesas; comían en esteras que tendían sobre la tierra. Servíanse de manteles, de platos, de escudillas y de ollas, cazuelas y lebrillos de buen barro y de varias hechuras, pero no de tenedores o cucharas; sus asientos eran unos taburetes bajos de madera de enea o palma, o de cierta especie de cañas, a las cuales llamaban *icpalli*.

En ninguna casa faltaba el *metlatl* ni el *comalli*. El metlatl o metate como le llaman los españoles, que era el mortero de los mexicanos, era una piedra cuadrilonga, de unas 3 palmas de largo y unas 2 de ancho, arqueada y con 3 pies, 2 en la parte anterior y otro más alto en la parte posterior para darle la inclinación conveniente. La mano de este mortero era otra piedra poco más larga que el ancho del mortero, gruesa por en medio como unas 3 pulgadas y delgada por uno y otro cabo para mayor comodidad de la molendera. Poníase ésta de rodillas, arrimaba a sus muslos el mortero por la parte más elevada y tomando con ambas manos por las dos extremidades la mano de piedra o *metlapilli* como ellos la llaman, la bajaba y subía con fuerza sobre el maíz o cacao. Es hasta hoy muy usado este mortero en toda la Nueva España, de donde pasó a la antigua y a otros reinos de la Europa. En la Italia donde lo adoptaron para moler el chocolate, lo hacen de mármol con varias líneas transversales elevadas sobre la superficie de la piedra para quebrantar más fácilmente el cacao. En México se hace comúnmente de una piedra muy dura de que abundan los montes que hay entre el valle de Atlixco y el volcán Popo-

catepetl, y se contentan con picarla como se suele hacer con las losas que se emplean en nuestras escaleras.

El *comalli* o comal, como dicen los españoles, es (porque hasta el tiempo presente es muy usado para cocer las tortillas de maíz) una tortera redonda de barro de la figura de nuestras patenas, de un dedo de grueso y de más de dos palmos de diámetro. Los vasos en que bebían los mexicanos eran hechos de ciertos calabazos, que se dan en tierras cálidas en árboles de mediana corpulencia. Unos son grandes y perfectamente redondos que llaman *xicalli* y otros menores de figura cilíndrica a los cuales dan el nombre de *tecomatl*. Unos y otros son muy sólidos y pesados; su corteza es dura, leñosa y de un verde obscuro, y su núcleo es algo semejante al de las calabazas comunes. El *xicalli* tiene de diámetro como un palmo castellano, y el *tecomatl* poco menos de largo y como 4 dedos de grueso cada calabazo partido por medio les daba dos vasos; vaciábanles toda la substancia interior y les daban con tierras minerales un barniz permanente, de agradable olor y de varios colores, en especial de un bellísimo encarnado. Al presente los platanos y doran curiosamente. Usaban también de buenos búcaros de barros que trabajaban en Cholula y en Quauhtitlan.

No usaban los mexicanos candeleros en sus casas, ni candelas de cera o de sebo, ni se servían del aceite para alumbrarse; pues aunque sacaban mucha cera de las colmenas, o no quisieron o no supieron percibir de ella el beneficio de la luz. En las tierras marítimas solían alumbrarse con los cucuyos o escabajos luminosos y en lo restante del reino con teas, que aunque daban mucha luz y buen olor, ahumaban necesariamente la habitación. Uno de los usos de Europa que más celebraron en la llegada de los españoles, fue el de las candelas; pero a la verdad poca necesidad tenían aquellas gentes de las candelas, consagrando al descanso casi todas las horas de la noche, después de haber empleado en el trabajo todas las del día. Los hombres trabajaban en sus respectivos oficios y las mujeres en coser, tejer y labrar, en hacer pan, en preparar la comida y en asear la casa. Unos y otras hacían diariamente oración a sus dioses y les ofrecían copal; por lo cual no había casa que no hubiese, como dijimos en otro lugar, sus idolillos y su incensario o braserillo. Estos braserillos eran de barro pintado y casi de la figura de nuestros copones. Sacaban el fuego con la violenta confricación de dos leños a imitación de los antiguos pastores de la Europa. Los mexicanos se valían comúnmente del leño del *achiote*; pero el caballero Bo-

turini afirma que también se servían para este efecto del pedernal.

Acostumbraban los mexicanos tomar su desayuno después de algunas horas de trabajo, y era regularmente de atole o gachas de maíz; hacían su comida después del mediodía; pero no cenaban; a lo menos no hallo historiador alguno que haga mención de su cena. Comían muy poco, pero bebían mucho en varias horas del día, ya vino de maguey o de maíz, ya la chía, ya el cacao, o cuando no había otra cosa, el agua natural.

RAFAEL LANDIVAR

Nació en Guatemala el 27 de octubre de 1731 y murió en el destierro en Bolonia el 27 de septiembre de 1793.

Autor de una *Funebris Declamatio pro justis a Societate Jesu exolvendis in funeri Illmi. Dom. Francisci Figuerero et Victoria, Popayanensis primum Episcopi, de inde Guatemalensis Archipraesulis* (1766) y de la *Rusticatio Mexicana* "escrita en hexámetros latinos y que puede considerarse como una de las obras poéticas de la Colonia que logra auténtico mestizaje literario". Landivar fue llamado por Menéndez y Pelayo, "uno de los más excelentes poetas que en latinidad moderna pueden encontrarse". En su obra nos deja hermosa y noble descripción del campo mexicano y de sus formas de vida.

La *Rusticatio* ha sido traducida en prosa por Ignacio Loureda Carro y en verso por el P. Federico Escobedo. El mejor estudio crítico se debe al notable humanista Octaviano Valdés, quien lo publicó al frente de una nueva versión que tituló Rafael Landivar, *Por los campos de México*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1942, XXVI-218 p., ils., (Biblioteca del Estudiante Universitario 34.)

Excelentes trabajos son los de J. Antonio Villacorta C. "Estudios biobibliográficos sobre Rafael Landivar" en *ASGHG*, t. VIII, no. 4, junio 1932, pp. 466-520; Manuel I. Pérez, A.S.J., "El Padre Rafael Landivar, S. J." *ASGHG*, año XXV, no. 3, sept. 1951, pp. 276-285 en donde publica la biografía escrita por uno de sus compañeros de destierro el P. Félix de Sebastián, quien biografiaba a sus compañeros a medida que fallecían. Daniel Vela, "Landivar", *ASGHG*, año XVIII, t. XVIII, marzo 1943, pp. 327-358, que es una sólida biografía. Perfectamente le sitúa dentro de su época Arnold Lewis Kerson, *Rafael Landivar and the Latin Literary currents of New Spain in the eighteenth century*, Yale University, 1962. Solidísimo estudio es el de José Mata Gavidia, *Rafael Landivar*, Guatemala, Universidad de San Carlos, 1960.

Fuente: Rafael Landivar. *Por los campos de México*. Prólogo, versión y notas de Octaviano Valdés. México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1942. XXVI-218 p., ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 34), p. 49-59.

EL CULTIVO DE LA GRANA Y LA PURPURA

Después de haber visitado los espejeantes dominios de Neptuno y los reinos de Vulcano, armado de ascuas trepidantes, place contemplar la grana y el múrice y examinar con ojos atentos su artificio.

Tú, virgen Minerva, que tiñes de púrpura los mantos reales entretejidos de oro, vencedora de la doncella Lidia en el arte de la aguja, dime, ¿cuál pródiga región te dio los jugos, y llenó el orbe de grana y múrice tirio? ¿Quién los recoge en los campos, qué semillas arrojan a la tierra, y qué cultivo hace nacer los regios gérmenes?

Florece en el continente occidental una muy noble ciudad, populosa, ataviada de bellas mansiones, insigne por sus mercaderías, augusta por su magníficos templos, a la cual dio nombre ilustre el valle de Oaxaca. Está rodeada la próspera ciudad de campos vastísimos, muy fértiles por su rica gleba; en los cuales las brisas mezclan fríos y calores vehementes, aliviando así con el clima benigno a hombres y ganados.

Lucen los campos embellecidos de perpetuas flores; el árbol feraz cubierto siempre de hojas primaverales, derrochador el uno se encorva al peso de maduras pomas, mientras pródigo el otro reserva tiernos frutos. Puedes luego ver los sabinos levantar su empenachada cabellera, y su tronco robusto, de tal manera se ensancha que ocupa un gran círculo, desenvolviéndose el árbol corpulento en un perímetro de muchos codos.

Entre éstos, por los campos pulula el rico nopal que crece seis codos de altura, sostenido por débil tronco, sin adorno de follajes movedizos, ni sombra que aparte de los ganados los rayos del sol. Pero el vigoroso nopal está cubierto de carnosas pencas entretejidas de recia trama de fibra, las cuales se protegen con blancas púas y se revisten de una verde membrana. Con frecuencia ofrecen la figura de un huevo. Pero a pesar de su compacta y sólida estructura, las pervade interiormente un humor que ha de alimentar en tiempo oportuno a los gusanos de la grana.

Observarás que esta penca no se cubre de ramos, sino que una nueva la corona hincándose inmediatamente en su orilla superior. El nopal también se reviste de flores rojizas que nacen al borde mismo de la hoja, sobre el soporte de un fruto espinoso, en cuyo vértice levántase la flor déforme.

Esta planta sobria no te acarreará fatigas, si quieres arraigarla en los campos. Toma las hojas desgajándoles de nopal lozano, espárcelas en extenso campo, y sea que haya caído en tierra fértil o pobre, o entre ásperos peñascales sedientos, rápidamente otros tantos renuevos producirán frutos con usura.

Esta es la vieja morada, el augusto palacio del gusano de la grana, que gusta alimentarse del suave licor y proliferar abundantemente en las hojas del nopal; en las cuales nace de

antigua estirpe progenitora; lo adornan sencillas costumbres, aborrece la matanza de sus congéneres y el desorden; satisfecho en las húmedas pencas, no provoca lides, no se excita amenazador, ni los jóvenes acometen petulantes a los enemigos inermes.

La sabia naturaleza, al repartir la especie en ambos sexos, dio a cada cual sus propias señales que los manifestaran. De aquí que una pequeña pinta roja marque el dorso de los machos y sean blancas las hembras. Uno y otro visten de tenuísima epidermis, la cual, si fuere manoseada por cruel capricho, la verás que gotea la sangre exprimida.

Se le asemeja en su figura la cochinilla de humedad, sólo que aquélla esconde la cabeza y carece de piernas y talones, reptando desmañadamente por los brazos de la planta; pero de modo tan lento mueve los miembros reptantes que se creería que, adherido a la hoja, sorbiéndole el licor se fortifica el cuerpo en perezosa quietud.

Más para que el insecto pueda beber el jugo del árbol y enriquecer con su propia sangre a los hombres, al retorno de la primavera —cuando el sol resplandece, la sonrisa del césped reverdecido puebla los alegres campos y templada el calor los aires gélidos—, sacan en canastos cubiertos con lienzos de cáñamo los gusanos que la industria precavida ha guardado en los hogares. Después los diseminan en las altas pencas de la planta. Cogiendo con suave algodón los delicados cuerpecillos mezcla la grey de las hembras con los fértiles machos. Al punto la argentada multitud adhiriéndose obstinada al blando nopal, con devoradora vehemencia bebe de sus jugos noche y día. Aquí la frágil hembra, habiéndose ayudado con los perezosos machos, pone sus huevos y produce enjambres innumerables, que acrecientan la nivea población en los nopales. Las crías, imitando a sus padres, reptan y habitan en las verdes hojas, precavidas husmean y chupan las mieles fluidas.

Pero ¿quién hubiera creído que feroces adversarios invaden a esta mansa familia y la entregan a salvaje muerte? Pues, apenas principia a blanquear en las ramas erectas, luego se levanta en los extensos campos un tumultuoso ejército enemigo que se acerca a las hojas y ataca a los inermes gusanos.

La cruel araña, después de enredar al insecto en sus hilos, rasgándole el vientre le chupa las vísceras humeantes. La malvada gallina lo roba con el pico tenaz, si no es que antes gusano advenedizo reptando por los brazos del nopal roa los cuerpecillos indefensos. Más todavía, numerosa legión de pá-

jaros los arrebató con sus picos atroces y remontándose pasea por los aires el triunfo de muerte execrable. Como acostumbra a veces el lobo rapaz, que a impulsos del furor salta el aprisco y acomete a los corderos; secuestrando las crías del regazo materno las despedaza encarnizado, y enfurecido, sangrientas las fauces, devora por el llano a los indefensos, entre los balidos de los restantes.

Por lo cual es necesario mantener el campo limpio de inmundicias que suministren el pútrido alimento a los insectos perniciosos, y arrancar todas las hierbas a fin de que no sirvan de puntales a las hebras nocivas de la araña. Es además provechoso que los criados cuiden solícitamente de ahuyentar las aves dañinas a zurriagazos, y a los cuales, de este modo, tema la audaz gallina. Mas si durante la noche se escurriera furtivamente la araña y despedazara gusanos sanguinariamente, expúlsala luego, arroja sus celadas y la muerte, no sea que se deslice por las pencas la peste corruptora.

Pero no basta preservar la grana de sus encarnizados enemigos, si al mismo tiempo no eres avisado en protegerla de las rígidas rachas de los vientos, y no libras del frío a la purpúrea población. El frío, los aguaceros, los vientos amenazadores presagian terrible suerte a los felices y jóvenes gusanos; pues los campos se teñirán con su sangre cruelmente derramada.

Por ello debes clavar las plantas en alguna elevada ladera que con su ancha estructura refrene el aire helado y aleje el rudo frío de la tierna multitud. Si aún así se viera aterida por la estación glacial, prepara leña, circúndala de fogatas a fin de que entibiándose con las nutridas lumbres resista a la muerte. Mas cuando furioso aguacero irrumpe en los campos o la verberación de la granizada amenaza a los animales, guarece los gusanos con esteras colocadas encima, como acostumbra los indios cubrir todos los años con anchos petates. Ingeniosos, clavan aquí y allí pies derechos que sobrepasen la altura de la extendida nopalera; sobre éstos acomodan un gran techo de gruesas esteras, el cual por medio de una sogá puede ser plegado y desplegado.

Así preservada la cochinilla, va y viene por las verdes pencas; y tras de nutrirse durante un bimestre del nuevo jugo, presenta la prole cuerpos como los de sus viejos progenitores, pues los humores sorbidos se vuelven rojo licor en su delicado vientre. A semejanza del gusano de seda, célebre en todas partes por la tela asiria, el cual alimentándose codiciosamente

de la morera, gusta de parecerse a sus ascendientes en la frondosa belleza de su corpulento desarrollo. Se pace apresuradamente de hojas selectas, que cocidas en su vientre sutil transforma en seda. Así también la nevada cría del nopal, en su tenue estómago elabora el regio color.

Luego que la delicada multitud hubo alcanzado cabal desarrollo y voraz llenó el cuerpo de jugo purpurino, el colono arranca de raíz algunas verdes pencas, pobladas de albeante muchedumbre y la suspende de las vigas en parte idónea de la caliente cocina; o bien, la previsora gente encerrándola en cóncavos canastos cubiertos, la guarda de la rígida racha del helado viento, en reserva de padres para nueva prole.

Con un algodón recogen después diligentemente los gusanos que han quedado en lo alto de las plantas, a fin de dar a los míseros repentina muerte.

El indio los extiende en esteras y riega sobre la inofensiva multitud agua caliente, hasta que la ve perecer toda de muerte cruel, cuando no prefiere —por ciega sed de oro pernicioso— sacrificar en las llamas a los níveos gusanos inocentes. Enciéndose en tal caso un horno con activo fuego, hasta que todo en llamas enrojezca de tanto calor. Después de sacar la lumbre meten los enjambres, los cuales asándose dejan allí su aliento purpurino. O también los riega el indio en espaciosos corrales a que se tuesten bajo el sol ardoroso. Como el gusano de seda que, a su tiempo entregado a inicua suerte, se lo extiende bajo las flechas del sol bruñido en su apogeo, o encerrado en cestos y arrojándolo a las mordientes llamas, se desvanece su vida en el aire letal.

Una vez que con tales tormentos hubieron realizado bárbaramente el sacrificio, sacan de los cóncavos hornos la mansa cochinita; la cual, bajo la blanca epidermis esconde el color carmín, con que tiñen galos, holandeses, venecianos, españoles, ingleses, rusos, belgas y el orbe todo enrojece.

Mas para que alguno no se deje engañar por el espectáculo del lucro, sépase que esta industria la ha reservado el cielo a los colonos indios. Pues algunos codiciosos, con terco empeño tomaron de los nopales la bermeja prole para cultivarla. Pero ésta, acostumbrada a alimentarse de las dulces hojas, o sufre una gran mortandad por el soplo de los vientos, o rehusándose a procrear en los follajes, burla las tentativas del dueño, consumiéndose así el caudal con su inercia estéril.

La raza indía, por el contrario, hecha a los rudos trabajos, ni palidece afeminada bajo las heladas lluvias, ni teme al sol

cuando flamea su quemante antorcha. De aquí que, imperturbable, soporta todos los eventos temibles; la luna, el sol, la lluvia, el frío, el calor; y vigila sin descanso, noche y día, ahuyentando de los albeantes gusanos a los perniciosos enemigos. Improba labor ciertamente, pero acreedora de crecida ganancia.

Ea pues, ahora que las musas favorecen propicias la empresa y la madre Tetis muestra sereno el mar, recogeré por los escarpados litorales el jugo de grana, cuya pérdida, junto con la del múrice, Tiro lamenta para siempre; pero que desde hace algún tiempo resplandece más hermoso en el hemisferio occidental.

Escóndese en las extremas playas de América un gran poblado, que por medio de un río trafica con el mar del Sur y lanza ligeras embarcaciones a la inmensidad. Tórrido siempre por el aire caldeado, pero rico de manantiales, de campos en perpetuo verdor, apacibles sombras de arboledas que amortiguan el fuego solar y refrigeradores frutos para el ardiente calor. Los antiguos indígenas lo apellidaron Nicoya, pero a la púrpura debe su fama y memorable nombre.

Causa sobresalto una larga escollera en el curvo litoral espumoso, roca inmovible bajo los vientos enfurecidos, encañada a las olas enormes. A ella incisivo se adhiere el caracol pequeño de cuerpo, pero insigne por su fulgurante púrpura. Concha sutil le suministra egregio hogar, cuna y triste sepulcro.

Codicioso el indio, lo busca por el peñascoso litoral, y en habiéndolo encontrado lo arranca de la roca y lo guarda en ollas henchidas de agua, hasta que acumula gran cantidad de aquella reptante población.

Tú, antes de arrancar la púrpura del abrupto peñascal, observa si ya la luna nueva recobra su luz, lo mismo que los días exactos desde que comenzó a resplandecer; porque el molusco se llena de jugo cuando la luna creciente levanta los cuernos altivos; pero si la luna fatigándose amortiguara sus luces y lenta desmayara su bicorne fulgor, deja que el espumoso marisco repté por las escabrosidades, a no ser que quieras soportar en vano la penosa faena.

No se oculta este cuerdo proceder a los indios. Buscan el múrice en las ásperas riberas, olvidándose que el don proviene de Febe; pero no lo sacan neciamente de las hondas vasijas, ni extraerán el jugo de la concha hueca, sin antes examinar el cielo con ojo atento. Mas cuando la luna en nuevos

carros irradia sobre las cumbres de la tierra, la gente proveyéndose de pequeños guijarros, extrae las conchas de la olla, las quiebra a golpes, busca con precaución y prontamente descubre el purpúreo color encerrado en el túmido vientre.

Luego, haciendo pasar hilo sobre las conchas abiertas, tiñe el algodón y la seda de rutilante múrice, como nunca Tiro lo produjo igual. Las sedas resplandecen teñidas con el fúlgido y vivo licor, que no se gasta con la vejez prolongada, ni se borra sumergiéndolo en agua de acres lejías. Más aún, la vestidura lavada con frecuencia en agua fría, brilla nítidamente y se complace en burlar todo empeño, manteniendo obstinadamente fijo el eterno color.

¿Quién, finalmente, oh musas, fue el primero que recogió la concha del múrice y enseñó a teñir la lana con el encendido color? Refiérese que en la playa borrascosa del mar fenicio, un mastín arrebató un molusco —riqueza del océano— y se manchó las ávidas fauces con el jugo sangriento. Angustiada toda la casa, creyéndolo herido, le examinan cuidadosamente la cera y el hocico que apretaba, anhelante aún, la bermeja rapiña con crujiertes colmillos. Se esfuerzan en lavar la sangre; pero al limpiar con labios del perro bañados de múrice, toda la mano se pinta, lo mismo que al agua pura; los cándidos linos muestran la marca espectacular de salpicaduras carmesíes; hasta que fue posible arrancar de los teñidos dientes la presa preciosa, y examinar largamente el color esplendoroso.

ANTONIO LEON Y GAMA

Nació en México, en 1735. Murió en la misma ciudad el 12 de septiembre de 1802.

Astrónomo y arqueólogo, escribió algunas obras sobre esas ciencias, como: *Descripción ortográfica universal del eclipse de sol observado en México el 24 de junio de 1778*; *Dissertación físico-matemática sobre la aurora boreal*; *Descripción histórica y cronológica de las dos misteriosas piedras que el año de 1690 se desenterraron en la Plaza Mayor de México*, en dos partes. Dejó varios manuscritos y memorias sobre el calendario y la cronología de los antiguos mexicanos, sobre los satélites de Júpiter, *Historia Guadalupana, Cronología completa de los mexicanos*; *La numérica y gnomónica de los mexicanos*, etc. Catedrático del Seminario de Minas, fue uno de los mejores hombres de la ilustración mexicana.

Se han ocupado de él: Marcos Arroniz, *Manual de biografía Mejicana o Galería de Hombres célebres de Méjico*, París, Lib. de Rosa, Bouret y Cía., 1857, 319 p.; Vicente E. Manero, "Apuntes históricos sobre astronomía y astrónomos, reunidos, traducidos muchos y puestos en el orden cronológico expresamente para darlos a la Sociedad de Geografía y Estadística" en *BSMGH*, 3ª ép., t. 1, 1873, p. 521-562; Nicolás León y Juan B. Iguíniz, *Ex libris de bibliófilos mexicanos*. México, Imp. del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1913, p. 65-124 (Sobretiro de *AMNAHE*, 3a. ép., t. 5, 1913.)

Fuente: Antonio León y Gama. *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la Plaza Principal de México, se hallaron en ella el año de 1790. Explicase el sistema de los Calendarios de los indios, el método que tenían de dividir el tiempo, y la corrección que hacían de él para igualar el año civil de que usaban, con el año solar trópico. Noticia muy necesaria para la perfecta inteligencia de la segunda piedra: a que se añaden otras curiosas e instructivas sobre la Mitología de los Mexicanos, sobre su astronomía, y sobre los ritos y ceremonias que acostumbraban en tiempo de su gentilidad*. México, en la Imprenta de Don Felipe de Zúñiga y Ontiveros. 1792. [VI]-116 p. ils., p. 1-8.

DESCUBRIMIENTO DE LA COATLICUE Y DE LA PIEDRA DEL SOL

Siempre he tenido el pensamiento de que en la Plaza principal de esta ciudad, y en la del barrio de Santiago Tlatelolco

se habían de hallar muchos preciosos monumentos de la antigüedad mexicana; porque comprendiendo la primera una gran parte del templo mayor de México, que se componía de 78 edificios entre templos menores, capillas y habitaciones de sus sacerdotes y ministros, donde se guardaban no solamente tantos falsos dioses que adoraba su ciega idolatría (los cuales, como es constante, eran de piedra dura, y de excesiva magnitud y peso, y por esta razón difíciles de transportar a otros lugares); sino también muchos instrumentos con que ejercitaban sus artes y oficios, y noticias históricas y cronológicas, que se conservaban gravadas en grandes lápidas por aquellos mismos sacerdotes a cuyo cargo estaba cuidar de la memoria de los hechos de sus mayores; de la ordenación del tiempo; de las fiestas que celebraban; y de todo lo demás que conducía a su gobierno político y religioso; y habiendo sido la segunda Plaza de Tlatelolco el último lugar donde se retiraron y mantuvieron los indios hasta el día de la toma de la Ciudad, es de creer que allí hubieran ido conduciendo así sus Penates, o ligeros idolillos, que de todas materias (aun de las más preciosas, según las facultades de sus dueños) fabricaban y guardaban dentro de sus propias casas, como todas las alhajas y tesoros que poseían; otras que servían de adorno a los mismos ídolos; y todas las riquezas que perdieron los españoles la noche que salieron fugitivos de México, que no pudieron después recobrar, sin embargo de las muchas diligencias y solicitudes con que lo procuraron, hasta buscar casi toda la laguna, donde dijeron los indios haberlas echado. Es, pues, de creer, que todo esto, o la mayor parte de ello, esté debajo de la tierra de Tlatelolco. Si se hicieran excavaciones, como se han hecho de propósito en la Italia para hallar estatuas y fragmentos que recuerden la memoria de la antigua Roma, y actualmente se están haciendo en España, en la Villa de Rielves, tres leguas distante de Toledo, donde se han descubierto varios pavimentos antiguos, ¿cuántos monumentos históricos no se encontrarían de la Antigüedad Indiana? ¿Cuántos libros y pinturas que ocultaron aquellos Sacerdotes de los ídolos, y principalmente el Teoamoxtli, que tenían escrito con sus propios caracteres su origen los progresos de su nación desde que salieron de Aztlán para venir a poblar las tierras de *Anáhuac*; los ritos y ceremonias de su Religión; los principios fundamentales de su cronología y astronomía, etc.? ¿Y cuántos tesoros no se descubrirían?

La contingencia fue la que en pocos días nos dio luces para

conocer lo que fueron los indios en tiempo de su gentilidad, en dos preciosos monumentos que demuestran su cultura e instrucción en las ciencias y artes. De ellos se debe estimar como un particular hallazgo el que se descubrió últimamente, por ser un documento original e instructivo, que manifiesta mucha parte de la historia, de la cronología, y el modo exacto que tenían de medir el tiempo los mexicanos para celebrar sus fiestas, y para su gobierno político; principalmente habiendo perecido lo mejor de sus historias entre las llamas, por no tenerse conocimiento de lo que significaban sus pinturas: ¡pérdida lamentable, que han sentido los hombres de buen gusto que se dedicaron a cultivar el estudio de la literatura anticuaría de estas naciones!

Con ocasión, pues, de haberse mandado por el Gobierno que igualase y empedrase la Plaza mayor, y que se hiciesen atarjeas para conducir las aguas por canales subterráneos; estando excavando para este fin el mes de agosto del año inmediato de 1790, se encontró, a muy corta distancia de la superficie de la tierra, una estatua curiosamente labrada en una piedra de extraña magnitud, que representa uno de los ídolos que adoraban los indios en tiempo de su gentilidad. Pocos meses habían pasado cuando se halló la otra piedra, mucho mayor que la antecedente, a corta distancia de ella, y tan poco profunda, que casi tocaba la superficie de la tierra, la que se veía por encima sin labor alguna; pero en la parte de abajo que asentaba en la tierra, se descubrían varias labores. Sacadas ambas, se condujo la primera a la Real Universidad, y la segunda se mantuvo algún tiempo en el mismo lugar donde se halló; pero ya en su natural situación vertical, pudiendo así registrarse con facilidad todo lo que hay en ella grabado. Luego que yo la vi, quedé lleno de gusto, por haber hallado en ella un testimonio fiel, que comprobaba lo que a costa de tantos trabajos y estudio tenía escrito sobre el sistema de los Calendarios mexicanos, contra las falsas hipótesis con que los han desfigurado y confundido los escritores de la historia indiana que han pretendido explicarlos, como lo demuestro en mi *Cronología Indiana*, y se manifestará en algunos lugares de este Papel lo más notable de sus errores.

Como tenía yo mucho tiempo antes hechas tantas combinaciones, así de manuscritos de los mismos indios en su idioma mexicano, como de relaciones de nuestros españoles, con las pinturas que tengo en mi poder, y cito en aquella obra; me fue fácil comprender luego lo que significaban las más de las

labores y figuras grabadas en esta segunda piedra, recorriendo todos los días por ella misma las especies que se hallan tan confusas, dispersas y truncadas en los escritos de los propios indios, y de ningún modo tocadas por los autores españoles. Y aunque conseguí, a costa de gran trabajo, entender otras que no habían llegado a mi noticia; restan aún algunas de sus figuras, cuyos jeroglíficos envolvían en sí muchas alegóricas significaciones, por interpretar enteramente.

Por estar expuesto al público, y sin custodia alguna, no se pudo preservar de que la gente rústica y pueril la desperfeccionase, y maltratase con piedras y otros instrumentos varias de sus figuras, a más de las que padecieron al tiempo de levantarla; por lo que antes de que la maltrataran más, o que se le diese otro destino, como ya se pensaba, hice sacar, a mi vista, copia exacta de ella, para mantenerla en mi poder, como un monumento original de la antigüedad, y formé solamente unos apuntes de lo que significaban sus labores. Pero habiéndolo sabido varias personas curiosas, me han instado a que publique su explicación; y conociendo yo que de omitirla, y no dar a luz su estampa (si por algún acontecimiento se demolía, o daba el destino que se había pensado, perecía lo labrado, y no quedaba éjemplar ni noticia de lo que contenía tan bello monumento) padecería la historia antigua de México el mismo infortunio que ha padecido en tantos años, con la pérdida de otros que se arrojaron al fuego, por no haberse hecho el debido aprecio de ellos, y de los que de propósito se ocultaron en la tierra; determiné publicar la descripción de ambas piedras, para dar algunas luces a la literatura anticuaria, que tanto se fomenta en otros países, y que nuestro Católico Monarca el Señor D. Carlos III (que de Dios goce) siendo Rey de Nápoles, promovió con el célebre Museo que, a costa de inmensas sumas de dinero, hizo fundar en Pórtici, de las excavaciones que mandó hacer en descubrimiento de las antiguas ciudades de Herculano y Pompeyana, sepultadas tantos siglos entre las cenizas, piedras y lavas de las erupciones del Vesubio.

Me movió también a ello el manifestar al orbe literario parte de los grandes acontecimientos que poseyeron los indios de esta América en las artes y ciencias, en tiempo de su gentilidad, para que se conozca cuan falsamente los calumnian de irracionales o simples los enemigos de nuestros españoles, pretendiendo deslucirles las gloriosas hazañas que obraron en la conquista de estos Reynos. Por la narración de este Papel, y por las figuras que se presentan a la vista, se manifestará el

primor de los artifices que fabricaron sus originales, pues no habiendo conocido el fierro ni el acero, grababan con tanta perfección en las duras piedras las estatuas que representaban sus fingidos simulacros, y hacían obras de arquitectura, sirviéndose para ellas, en lugar de templados cinceles y acerados picos, de otras piedras más sólidas y duras.

En la segunda piedra se manifiestan varias partes de las ciencias matemáticas, que supieron con perfección. Su volumen y peso dan muestras de la mecánica y maquinaria, sin cuyos principios fundamentales no podrían cortarla y conducirla desde el lugar de su nacimiento hasta el en que fue colocada. Por la perfección con que están formados los círculos; por el paralelismo que guardan entre sí; por la exacta división de sus partes; por la dirección de las líneas rectas al centro; y por otras circunstancias que no son comunes a los que ignoran la geometría, se conocen las claras luces que de esta ciencia tuvieron los mexicanos. De la Astronomía y Cronología, los mismos usos que hacían de esta piedra que vamos a explicar, darán a conocer cuán familiares eran entre ellos las observaciones del Sol y las estrellas, para el repartimiento del tiempo, y la distribución de él en períodos, que tenían cierta analogía con los movimientos de la Luna, de que formaban un año luni-solar, que les servía de arreglar sus fiestas a ciertos y determinados días, que no podían variar del tiempo prefijado por sus ritos arriba de 13 días en el dilatado intervalo de 52 años, al fin de los cuales reformaban su año civil.

La variedad con que hablan nuestros historiadores españoles, acerca de la magnitud y materia de que fabricaban los indios las estatuas de sus falsos dioses, y la preocupación en que incurrieron los primeros religiosos que les predicaron el Santo Evangelio, de que cuanto veían grabado en piedras, o figurado en lienzos o papel, era objeto de su idolatría, ocasionó la confusión en que se hallaron todos, sin saber discernir cuáles eran las figuras que pertenecían puramente al culto de sus dioses, y cuáles las que se referían a sus historias. Estas regularmente se grababan en grandes lápidas: en las portadas de los Palacios de los Señores se figuraban las hazañas de sus ascendientes: no había ciudad o pueblo que no contuviera grabado en las piedras de sus muros, o en los peñascos de sus montes el año de su fundación; el origen de su nombre; quiénes fueron sus fundadores, y los progresos que en ellos habían hecho: todo representado con símbolos y caracteres que no entendían otros que los mismos indios, sin cuya interpretación no era

fácil que los comprendieran los españoles. Y como ignorantes de lo que significaban semejantes figuras, demolieron muchos monumentos que pertenecían a la historia, creyéndolos objetos de sus supersticiosos ritos. Los indios, temerosos unos de que los calumniasen de reincidentes en la idolatría, ocultaron todo lo que pudieron; y maliciosos otros, callaron su verdadera significación, y llenaron de fábulas y despropósitos no sólo a los españoles, sino también a los mismos de su nación, que procuraban instruirse de ellos, como lo refiere D. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl al fin de la *Sumaria Relación de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España*.

Esto es en cuanto a los sucesos históricos y políticos; pero mucho más silencio guardaron en lo perteneciente a las cosas de su antigua Religión. Ninguno hay que en sus escritos haga mención particular de todos sus dioses; de las formas en que los figuraban; de los diversos atributos que les suponían; de sus transformaciones y advocaciones con que los distinguían; y del modo de culto que les daban: y aunque uno u otro dio una ligera idea de ello, y algunos Curas y Ministros supieron mucho, fue tan poco y tan obscuro lo que sobre este asunto dejaron escrito, que no se puede formar de ello un concepto cabal de su Mitología. No obstante, combinando algunos manuscritos de autores anónimos, con sus antiguas pinturas anteriores a la conquista, y con lo que después de ella les predicaban los religiosos y Curas, se puede saber mucho, aunque con bastante trabajo. De esta manera he conseguido noticias ciertas de su historia, que andan tan equivocadas en los autores impresos. Las de estos dos monumentos cuya descripción vamos a dar tienen la fortuna de poder en mucha parte comprobarse con expresas relaciones y autoridades de personas del más distinguido carácter, así en cuanto a su literatura, como en orden a sus circunstancias, debiéndoseles dar mayor crédito por su mucha antigüedad: (que no es poco en materia tan obscura, como la historia de los indios, hallar autoridades impresas que confirmen lo que con tanto trabajo se ha conseguido saber). Las relaciones manuscritas en lengua mexicana, de que también me he servido, son las más fieles y verdaderas, como que no se encuentran en ellas las contradicciones que se hallan en otras, así en la substancia, como en el modo de referir los hechos: por cuya razón han tenido siempre el debido aprecio entre los españoles instruidos que las han poseído. Pero en algunas están escasas las noticias, que se sabe por ellas poco o nada de la mitología indiana y de su cronología y astronomía.

De unos y otros escritos y de las pinturas antiguas, he deducido la significación de las dos piedras; pero como para su inteligencia es necesario saber todo lo que pertenece a la división que hacían los mexicanos del tiempo, y a sus Calendarios y *Tonalamatl*, principalmente para poder comprender con perfección todo lo que contiene la segunda; dividiremos su explicación en cuatro párrafos o partes: la primera contendrá una idea general del método que observaban de distribuir el tiempo en periodos constantes de ciclos, años, meses y días, y en partes alícuotas de éstos, con lo perteneciente a sus semanas, o más bien, trecenas, de que se componía el *Tonalamatl*, en el cual tenía lugar la primera de las dos piedras halladas. La segunda parte será la explicación de ésta. En la tercera se contendrá por menor la cuenta con que se gobernaban dependiente de los movimientos del Sol y de la Luna, para la celebración de sus fiestas, y para sus comercios, y demás usos civiles y políticos: se establecerá el verdadero sistema de sus calendarios, refutando como falsos, erróneos y absurdos todos los demás sistemas que han inventado algunos autores, por ser enteramente opuestos a lo que consta de las relaciones de los mismos indios, y a la naturaleza y método invariable que observaban en todas las cosas tocantes a su gobierno. Se concordarán sus dos especies de calendarios entre sí, y con el nuestro; y se establecerá el principio de su año, con otras particulares noticias tocantes a su cronología. Y finalmente la cuarta parte será una exacta explicación de las labores y figuras contenidas en la segunda piedra, y de los principales usos para que se servían de ella los mexicanos.

P. ANDRES CAVO, S. J.

Nació en Guadalajara, Jal., el 21 de enero de 1739. Murió en Roma el 23 de diciembre de 1803.

Es autor de las obras: *De vita Josephi Juliani Parrenni; Havanensis; Roma ex-officina Salomoniana* (1792) e *Historia civil y Política de México*; esta última obra quedó inédita y fue dedicada por su autor al Ayuntamiento de México. Carlos María de Bustamante la publicó en México con el título *Los Tres Siglos de México durante el Gobierno Español*. Posteriormente bajo el título de *Historia de México*, hizo una edición crítica el P. Ernesto J. Burrus, México, Editorial Porrúa, 1959.

De él se han ocupado: José Toribio Medina, *Noticias bibliográficas de los jesuitas expulsos de América en 1767*. Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1914, 324 p.; Francisco Sosa, *Biografías de mexicanos distinguidos*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1884, XII-115-8 p., p. 241-244. Víctor Rico González, *Historiadores mexicanos del siglo XVIII. Estudios historiográficos sobre Clavijero, Veytia, Cavo y Alegre*, México, Universidad Nacional de México, 1949, 218-[4] p. (Publicaciones del Instituto de Historia no. 12), p. 101-127; y Gabriel Méndez Plancarte en su renombrado estudio *Humanistas mexicanos del siglo XVIII*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1941, XXX-109 p. ils., (Biblioteca del Estudiante Universitario 24.)

Fuente: P. Andrés Cavo. *Los tres siglos de Méjico durante el Gobierno español hasta la entrada del Ejército Trigarante*. Obra escrita en Roma por el P. ... publicada con notas y suplemento por el Licenciado Carlos María de Bustamante. Méjico, Imprenta de J. R. Navarro, Editor, 1852. VI-414 p., p. 33-37.

LA SEGUNDA AUDIENCIA

Al comenzar el presente año de 1551, arribaron a México sin el presidente Fuenleal, los cuatro oidores Quiroga, Maldonado, Ceinos y Salmerón. La causa de esto, fue que llegados a la altura de la Española, esforzándose los pilotos para tomar algún puerto de aquella isla, jamás lo pudieron lograr por el temporal que invariablemente soplabá; por lo cual temerosos de las vecindades del invierno, enderazaron la proa a Veracruz. Se albergaron en las casas del Marqués del Valle, y su primer cuidado fue poner mano en la ejecución de los mandamientos

de la Emperatriz; y siendo uno de los primeros el contarle al Marqués del Valle en los pueblos que el Emperador le había hecho merced, los veintitrés mil feudatarios, prontamente despacharon a aquellos feudos buen golpe de contadores y ministros. Pero en la ejecución nacieron tantas dificultades, ya de los mismos vecinos, ya según conjuro de los agentes del Marqués, que la Audiencia por evitar acaso una guerra civil dio el corte de que el Marqués tuviera como un depósito todas aquellas ciudades y pueblos, y si hallaba que había en ellos más de los veintitrés mil vasallos, restituyera lealmente a la corona los tributos de los demás. Estas desavenencias entre aquellos agentes y Audiencia, no fueron tan ocultas que los mexicanos las ignoraran, y hallándose éstos en aquella sazón despechados, no sólo por las vejaciones del pasado gobierno, sino también por las de los encomenderos, que no aflojaban en su porte inhumano, se creyeron que había llegado el tiempo de sacudir el yugo de los españoles; y como si esta voz hubiera pasado de unos en otros, dieron sobre los que sin armas andaban por aquellas provincias, y en poco tiempo mataron al pie de doscientos. Hacían secretas juntas, y concertaban el modo de que todo el reino se rebelase, cuando esta noticia llegó a los oídos del obispo Zumárraga, que luego la participó a la Audiencia. Esta, amedrentada del pensamiento de que aquellas naciones cargaran sobre los españoles, se creyó perdida si no acudía al Marqués del Valle para que las contuviera. Efectivamente, se le despacharon diputados a Tetzcoco, encargándole el gobierno de los indios y el ejercicio de su empleo de Capitán General. Movido de esta diputación entró en México con un lucido acompañamiento. Pasado algún tiempo a la media noche se oyó en varios cuarteles de la ciudad gritar al arma, de que despavoridos los vecinos cada uno solo pensó en defenderse en su casa. A la del general acudieron doscientos soldados de a caballo, con los cuales el Marqués corrió por toda la ciudad, sin hallar rastro de aquel alboroto. En esta ocasión, ni la infantería ni los oidores acudieron a los que patrullaban por la ciudad. Se persuadieron todos que algunos malignos hicieron aquella pesada burla a los ciudadanos; pero la supieron hacer con tal secreto, que nada se pudo averiguar. Entre tanto el Marqués del Valle hechas las pesquisas de los indios revoltosos y de los que habían muerto a los españoles inhumanamente, a unos hizo quemar vivos, a otros aporrear y castigó a tantos, que los dejó escarmentados, sosegada la tierra y los caminos seguros.

Mientras que este escarmiento se ejecutaba, llegó a México el Presidente de aquella audiencia D. Sebastián Ramírez de Fuenleal, obispo de la Española, y desde luego se mostró tan aficionado al Marqués, que hizo que se le diera satisfacción de los disgustos pasados, y estando con él de acuerdo, proveía al gobierno de la Nueva-España en beneficio siempre de aquellos naturales. A los obispos y eclesiásticos, que tan gloriosamente trabajaban en la conversión de aquellos infieles, ayudó cuanto pudo. Hecho esto, puso mano a la residencia de Delgadillo, Matienzo y Nuño de Guzmán; y constando del porte bárbaro con que éste había administrado, no tanto aquella presidencia cuanto la provincia de Pánuco, en donde había robado a aquellos pueblos cuanto de precioso tenían, se suscitó la duda si sería conveniente sustituir otro sujeto que continuara la guerra con los chichimecas; pero no ofreciéndosele otro que poner en su lugar y juzgándose necesaria aquella guerra por la insolencia de aquella nación, el acuerdo resolvió que siguiera Nuño hasta que el tiempo proporcionara otra cosa; pero que de contado, así a él como a Delgadillo, Matienzos y a todos sus parientes y amigos, se les quitaran los repartimientos que se habían apropiado, incorporándolos en la corona, y declarando a los naturales que quedaban libres. Del mismo modo procedió la Audiencia con todos los que dejaban los encomenderos que morían sin sucesión. Esta franqueza con que se ponía en libertad a estos mexicanos, desagradó mucho a los españoles que estaban a la mira de estas vacantes. Agregóse a esto, que el nuevo gobierno hacía que se observara la pragmática de los vestidos, con lo cual despacháronse sobre ciento cincuenta de éstos, que se fueron como Nuño de Guzmán a buscar fortuna y vivir a su modo. Con estos y otros españoles que acudieron a sus reales por estos tiempos, se fundó Guadalajara, cabeza hoy del reino de la Nueva-Galicia, y que se le puso este nombre por llamarse así la patria de Nuño; y porque otros españoles no se descarriaran con el ejemplo de éstos, aquella audiencia envió muchas familias a la provincia de Jalisco y costa del mar del Sur, a fundar poblaciones. Con este golpe de españoles que salió de la capital, se consiguió más quietud, y que abarataran los géneros de Europa, que estaban por las nubes.

Tomadas estas providencias por aquél gobierno, pasó el Presidente y Audiencia a las disposiciones para la ceremonia de la jura. Señaló el día, concurrieron a las casas del Presidente, la Audiencia, Ayuntamiento, tribunales, y todos los caballeros que había en México. Desde allí se ordenó el paseo, que fue a la

Catedral, en donde su obispo D. Fr. Juan de Zumárraga, cantada la misa, tomó la cruz del altar, y acompañado de aquella comitiva, subió al tablado que se había levantado en medio de la plaza mayor, en donde colocada la cruz y dado el misal al Presidente, éste juró el primero, tocando con una mano el misal y con la otra la cruz, "que guardaría a la reina doña Juana, a su hijo D. Carlos, y a su nieto D. Felipe la lealtad y fidelidad que como súbdito y vasallo natural y de sus reinos, le debía, y obedecería y cumplirá sus mandamientos, y haría todo aquello que bueno y leal vasallo, celador de sus servicios, debía hacer, y recibiría a sus ministros, criados y paniaguados en aquella tierra". Después hicieron el mismo juramento la Audiencia, Regimiento, etc. Con las mismas ceremonias se hizo esta función en las demás ciudades y villas, así de españoles como de indios. Cumplido este acto de reconocimiento de la soberana y de su hijo y nieto, entendió aquel acuerdo en hacer informaciones sobre las acusaciones que Nuño de Guzmán, Delgadillo y Matienzo habían escrito al Emperador contra el obispo Zumárraga, y hallaron que aquel prelado era ejemplar, y por lo mismo que aquellas delaciones nacían del odio de aquellos ministros que le tenían, porque les iba a la mano en sus crueldades. Y para soldar las llagas que éstas habían abierto, procuró la audiencia que a los mexicanos con los medios más suaves se les enseñaran las virtudes cristianas y se promoviera la conversión de los que eran infieles; porque generalmente los pueblos de la Nueva-España, como sucede por todo el mundo si se trata con humanidad, no sólo dan oídos a la fe, sino que cada día se les hace menos duro el yugo extranjero. Pero estos buenos deseos de la Audiencia eran por entonces infructuosos, por la suma escasez de sacerdotes, pues en el año que corría, apenas en toda la Nueva-España, en donde se contaban a millares las poblaciones, había sobre ciento, y así luego se escribió al Emperador manifestándole aquella necesidad, y previniéndolo, que el modo más seguro de que los sacerdotes que fueran a aquel reino cogieran todo el fruto que prometía la capacidad y genio dócil de aquellas naciones, sería el mandar que todos les tuviesen veneración, y que serían soberanamente castigados los que maltrataran de palabras o de obras, así a los sacerdotes como a los neófitos. Después de esto, aquel acuerdo, conociendo que las desavenencias entre el sacerdocio y el imperio nacían comúnmente de la protección que se daba a los retraídos, mandó que en las iglesias de los frailes no los admitieran.

En el mismo año, la Audiencia formó aranceles para que a todos constara de los derechos que se habían de pagar a los escribanos relatores; reformó los excesos en los juegos, castigó a los blasfemos, y reprimió la licencia que en los gobiernos pasados se había introducido. Ponia la misma sumo cuidado en que el trato de los españoles con los naturales fuera cristiano, y que todos gozaran los frutos de un suave gobierno. Para conseguir esto se publicaron dos leyes: la una, que toda vejación hecha por los españoles a los indios de aquel reino, se castigaria irremisiblemente como un pecado público; la otra, que se ejecutaría la pena de muerte, conforme el mandamiento del Emperador, contra los españoles que hicieran a algún natural esclavo, o lo herraran. Puesto este reparo a la avaricia y crueldad y ganadas con esto las voluntades de los indios, se les hizo saber el corto tributo que se les imponía anualmente, de pagar dos reales columnarios, o la cuarta parte de una onza de plata en las mercaderías del país. Con lo mismo debían acudir los que estaban en los repartimientos a sus encomenderos. De esta ley se exentaban los mexicanos que vivían en la ciudad y sus arrabales, por el servicio personal que daban a las obras públicas, y para impedir el ocio a que son propensos, acaso por la constitución de aquella parte del Nuevo Mundo, el presidente se valió de varios arbitrios para tenerlos ocupados. Hasta entonces en las poblaciones que se forman en las mismas que en Nueva España llaman reales, todo se hacía según el capricho de los dueños de aquellas vetas; de esto nacían grandes inconvenientes, principalmente la suma licencia; para corregir estos abusos se hicieron ordenanzas. No contento Fuenleal con esto, deslindó los obispados de México y Tlaxcala, las ciudades, villas y pueblos de Nueva España. A los conquistadores que por la vicisitud de los tiempos lo pasaban con estrechez, socorrió abundantemente. Por último, se mostró padre común de los mexicanos en la epidemia que este año se padeció de sarampión, enfermedad no conocida hasta entonces en aquel reino, que por el sarpullido que salía al cutis, llamaron zahuatépiton. Para cura y regalo de los enfermos levantó hospitales, y cesada la epidemia hizo edificar otro, a semejanza del del marqués del Valle, para los naturales. En este tiempo, habiendo llegado a México el conquistador de Quauhtemalan Pedro de Alvarado, se reprodujeron contra él las acusaciones que antes se habían hecho a la Audiencia, de no haber pagado el quinto del botín de su conquista, y de haberse portado con aquellos naturales con inhumanidad. Se le citó a descargarse

de estos dos puntos; pero atribuyendo esto Alvarado a los malos oficios de Gonzalo de Salazar, como asegura el padre Remesal en su *Historia de Chiapa y Quauhtemalan*, lo desafió a fuer de caballero según los retos de Castilla, lo que entendido por la audiencia le concedió volver a su gobierno. Me parece más verosímil que la diferencia haya sido entre un oidor y aquel conquistador, pues que consta que tres años tras mandó el Emperador que saliera de México el factor. Vuelto Alvarado a Quauhtemalan, hizo aprestar la escuadra que había hecho para el descubrimiento de las islas de la Especería, y publicó ir a la jornada del Perú, que ejecutó, contraviniendo al mandamiento de la Audiencia de México. Acaso al tiempo en que se hacía la fundación de Guadalajara entre los chichimecas, ciento veinte leguas al Noroeste de México, en la serranía que llaman de los Zacatecas, Juan de Tolosa descubrió minas inagotables de plata, lo que trajo a aquella parte muchos españoles que en los tiempos venideros descubrieron otras venas, y poblaron aquellas tierras. Al mismo tiempo, por la diligencia del cacique mestizo otomite Fernando Tapia, se conquistó de los chichimecas Querétaro, población grande y célebre por su amenidad.

En el siguiente año, [1532] los oficiales de policía fueron los alcaldes ordinarios Juan de la Torre y Juan de Burgos; el procurador, Alonso de Avila; el doctor Ojeda tenía el mismo empleo en la corte, y el mayordomo Alonso de la Serna. Con el paternal gobierno del presidente y oidores, México mudaba de aspecto; y no contándose sino solo once años desde su conquista, parecía ya una ciudad de Europa que por largo tiempo había gozado de la tranquilidad. Los naturales insensiblemente se despojaban de sus costumbres y adoptaban las de sus conquistadores. En este estado se hallaba la ciudad cuando Fuenleal, que se extremaba en decorarla, hizo de piedra las fuentes de los arrabales, que hasta entonces eran de vigas. En la parte de la ciudad que llaman Tonocitlan trazó y dio la última mano, cegando un lago, e hizo una hermosa plaza en donde se tuvieran los mercados de los naturales que llaman tianquizth. Aumentó las aguas de la ciudad conduciendo por Tlatelolco una nueva vena, en que expendió menos de lo tasado por los alarifes, y de que proveyó a los edificios públicos y plazas con hermosas fuentes. Promovió la cría de ganado, las fábricas de paños y demás tejidos de lana de que ya abundaba la tierra, y la cultura de lino y cáñamo. Envió veintidós leguas al oriente de México una colonia que llamaron Puebla de los Angeles,

y que en el siglo siguiente compitió en gente con la capital. Abrió caminos y puso ventas. En estos trabajos ocupó a los mexicanos, de que se adquirió la gloria de que lo miraran como a padre común. Pero nada de esto ensalza tanto el gobierno de aquel Presidente, cuanto lo que trabajó en la disposición de las aguas, montes y pastos que los españoles dueños de los ganados se querían apropiar, y en la propiedad de los indios; puntos ambos de la mayor importancia, y así recomendados de la piedad del Emperador y de la Emperatriz. Tocante al primero decidió que fueran comunes; en orden al segundo, sostuvo con integridad la ley publicada de que los indios de la Nueva-España eran tan libres como los españoles, que por ningún motivo se hicieran esclavos, y que desde luego se ahorrraban los que lo habían sido. Esta entereza de aquel presidente produjo los efectos que deseaba, poniéndose en libertad los esclavos. No satisfecho Fuenleal con esto, advirtió que aún había mucho que reformar en el servicio de los mexicanos y para esto instaló una junta que autorizando sus mandamientos remediara los abusos.

En ella se estableció que los tributos los llevaran a cuestras los mexicanos hasta las cabeceras, si no distaban treinta leguas y si no eran semillas; pero con la condición de ser bien provistos de viático. Sólo en este caso se permitieron por entonces los indios de carga. Este decreto era necesario, porque costando muy poco la conducción de las cargas que se hacían con ellos, los españoles encomenderos hacían granjería de la vida de éstos. Y si los mexicanos y demás naciones de aquel Nuevo Mundo que carecían de cabalgaduras todo lo acarreaban en hombros, no era razón que estando ya aquella tierra proveída de bestias de carga y de bueyes de carretería siguiera aquella costumbre tan dañosa a la salud de los indios. Este mandamiento lo quisieron eludir los encomenderos; pero Fuenleal hizo sofocar todos los medios de que se valieron. En la misma asamblea se determinó que los encomenderos juraran que tratarían cristianamente a sus indios y observarían las ordenanzas que hablan de ellos. Se confirmó también la libertad de los naturales en toda su extensión. Se aprobó que los mexicanos trabajaran en las fábricas recibiendo su jornal, pero se prohibió el competerlos. Revalidáronse entonces las resoluciones de quitar a los clérigos sus repartimientos, proveyéndoles de congrua, y de herrar a sus indios. Ya desde la conquista estos eclesiásticos, que debían emplearse en la conversión de aquellos naturales, se habían hecho encomenderos, y más eran comerciantes que clérigos. A

más de esto, se mandó que los indios hicieran el oficio de alguaciles, y que en sus ciudades y pueblos anualmente eligieran entre los suyos alcaldes y demás oficiales de policía, que administraran la justicia como se usaba entre los españoles, para que se fueran amoldando a sus usos. Esta providencia, al paso que fue muy plausible a los indios, sirvió grandemente al buen régimen de sus poblaciones, y dura aún en toda la Nueva España. Y porque se conserve la memoria de los que votaron en esta junta, los pongo aquí: don fray Juan de Zumárraga, obispo de México, guardián y prior de los franciscanos y dominicanos, cada uno con dos frailes; el marqués del Valle, los cuatro oidores, los regidores, comendador Proaño, alguacil mayor Tapia, y los vecinos Orduña y Santa Clara.

Por la solicitud del marqués del Valle se adelantaba entre tanto la residencia de sus dos mortales enemigos Delgadillo y Matienzo, y así de ciento veinticinco procesos que se les habían formado, en éste se liquidaron los veinticinco, y por ellos fueron condenados en cuarenta mil pesos. Esta satisfacción que la justicia de los oidores y de Fuenleal dieron al Marqués, no fue sola, pues aquél todo lo que concernía al gobierno de la Nueva España lo comunicaba con éste y no dudo que estos oficios recíprocos, bien que en todo convinieran, discordaron siempre en los medios de asegurar a la corona la posesión de aquella vastísima colonia. Proponía Fuenleal que sería conveniente en ciertos lugares levantar fortalezas para el caso de algún revés de la fortuna; pero el Marqués, que conocía el genio de los mexicanos, mantenía que a más de ser inútiles, serían gravosas al estado. En estas conversaciones se entretenían estos dos amigos, cuando Fuenleal recibió un despacho del Emperador en que se le ordenaba hacerse dar del Marqués todos los papeles concernientes al privilegio que había obtenido del Papa de patrón de las iglesias de las veintitrés ciudades, y lugares de que se le había hecho merced, por ceder en perjuicio del real patronazgo. No dudo que obedecería luego como lo hizo con el requerimiento de la audiencia para que desempeñara la palabra que había dado el emperador de armar navíos que corrieran el mar del Sur en demanda de nuevas tierras. Efectivamente, en este año despachó cuatro, dos de Acapulco y dos de Tecoahtepec; pero el éxito no correspondió a las esperanzas, pues uno se perdió, en otro se sublevó la tripulación contra el capitán y le dio la muerte, y habiendo después aportado a las costas de la Nueva Galicia, Nuño de Guzmán lo apresó; los otros dos después

de haber corrido inútilmente largo tiempo, volvieron al puerto.

El 1o. de enero [de 1533], el regimiento eligió por alcaldes ordinarios a su capitular Antonio Carvajal y a Ruiz González; por mayordomo, a Diego Valdés, por procurador mayor, al regidor Gonzalo Ruiz; menor, a Antonio León. Bernardino Vázquez Tapia regidor, ocupó por turno el alferazgo real. En el siguiente año los encomenderos y demás españoles que hacían granjería del sudor de los mexicanos y que habían llevado pesadumbre no sólo por lo que en la junta del año anterior se había determinado, sino también los otros mandamientos de la audiencia concernientes a la libertad y buen trato de los indios, se juntaron diversas veces para hallar modo de impedir su ejecución; el más oportuno les pareció poner en forma una apelación al Emperador y enviarla con un regidor en nombre de todas las ciudades de Nueva España. A dar este paso se movieron por los mismos mexicanos, que seguros de la protección de la Audiencia, acudían a ella contra sus encomenderos siempre que recibían alguna vejación de éstos. El elegido para este fin, fue Antonio Serrano y Cadena, que debía avisar al emperador de la inminente ruina del reino y de los agravios de los encomenderos, que se reducían a estos puntos. Primero: Que de quitar los indios a los encomenderos, que morían sin sucesión varonil, y ponerlos en corregimientos, se seguía a más del perjuicio de los herederos del difunto, que los corregidores echaran fuera de su jurisdicción los ganados, pues que no teniendo donde pastar, sus dueños se veían forzados a venderlos por vilísimo precio. Y esta era la razón, decían, porque tantos dejaban aquella tierra y se volvían a España. Lo mismo se entendía de los clérigos, cuyos diezmos menguaban cada día más. El segundo era, que el tributo impuesto por la Audiencia a los mexicanos y con que acudían a sus encomenderos, no siendo bastante el mantenimiento y decoro de sus familias, se les faltaba a la merced anteriormente hecha por el Emperador de exigir de sus indios otro tanto de cuanto pagaban y servían a sus reyes; por estas razones pedían se revocasen aquellos mandamientos y se repartiase aquella tierra, como se les había dado a entender cuando se hizo de ella la distribución. A más de esto, los encomenderos encargaron a su procurador que hiciera patente al emperador los daños que traía a la capital la colonia de la Puebla de los Angeles, a donde no había ido gente de calidad y con todo, la Audiencia le daba tlaxcaltecas en perjuicio de sus privilegios; lo mismo decían de la otra colonia de

Santa Fe. Pedían, por último, al Emperador, que contuviera a los frailes franciscanos, que daban alas a sus indios y por eso no podían servirse de ellos. Se agregaba a esto que se entremetían en sus causas civiles y criminales, tenían en sus conventos cárceles, cepos, etc., para castigarlos, que los trasquilaban, cosa entre ellos de mucha ignominia, y que jamás cesaban de edificar conventos; que se les ordenara no entender en otra cosa que en sus ministerios.

El Presidente y oidores, que sabían las pretensiones de los encomenderos, informaron al Emperador por su parte, que la Nueva España estaba quieta, y que lo estaría más si los españoles con sus extorsiones no dieran ocasión a los indios de alborotarse. Que dos géneros de hombres en aquél Nuevo Mundo publicaban inminente su ruina; el primero eran aquellos a quienes la Audiencia, o impedía o había castigado porque hacían esclavos a los indios, o también porque los vejaban. El otro era de ciertos solteros que abandonando sus familias, vagaban por aquellas tierras sin otro destino que vivir a expensas de los naturales, y que unos y otros decían que para la seguridad de la tierra se repartiesen sus posesiones, creyendo todos ellos que algo les tocaría; pero que la Audiencia juzgaba no convenir esta repartición si no era después de que las leyes y mandamientos públicos se establecieran; que los corregimientos habían sido utilísimos, no sólo a la buena administración de las provincias, sino también para impedir las vejaciones de los encomenderos. Informaban también, que los conquistadores eran gente inquieta; pero que no obstante, a los que habían caído de su antiguo esplendor los proveían; que la población de México no se disminuía, sino que se aumentaba, pues en aquel año se habían desposado doce o quince doncellas, venidas de La Española; que la colonia de la Puebla de los Angeles había sido necesaria, no sólo porque acortaba el camino de Veracruz, sino también porque servía de hospedaje a los que iban a Europa; que no había sido de gravamen a los indios, como lo probaba que los cholultecas acudían allí a servir libremente en las fábricas; que los conquistadores deberían avergonzarse de vituperar la otra colonia de Santa Fe, pueblo distante de México dos leguas, que servía de ornamento a la cristiandad del Nuevo Mundo; pues a la manera de los primeros cristianos, sus bienes eran comunes y se dedicaban a la instrucción en los misterios de la fe de sus paisanos; que aquella fundación se debía a la solicitud del oidor Vasco de Quiroga, que con grandes gastos

había allí reunido dos mil familias de mexicanos, les había comprado tierra y dado reglas para su gobierno. En este particular, añadía la audiencia, que suplicaba al emperador para el fomento de aquella población, que mandara anualmente darle mil y quinientas fanegas de maíz, que costaban mil y quinientos reales. Al fin, la audiencia decía que los padres franciscanos eran bien quistos de los mexicanos, ya porque eran sus doctrineros, ya también porque defendían sus fueros, e iban a la mano a los encomenderos en las vejaciones de sus parroquianos, que era necesario en aquellos principios que dichos padres los castigaran, pues que así conservaban su autoridad. Al tiempo que estos informes se extendían, llegó mandamiento del consejo de Indias para que se recogieran los muchos niños vagabundos; que se buscaran sus padres y se les entregaran; que los que se hallaran huérfanos, si tenían la edad bastante se aplicaran a algún oficio; los muy niños que se entregaran a los encomenderos para que los mantuvieran hasta que fueran capaces de entrar de aprendizaje.

En el año de 1534, siendo alcaldes ordinarios Leonel Cervantes y Francisco Orduña; procurador mayor y mayordomo, Diego Valdés; regidores por nombramiento del rey, Gonzalo Ruiz, don Francisco Manrique y don Luis de Castilla; el Marqués del Valle, que en vano había procurado de Nuño de Guzmán la restitución de su navío, que al mandamiento posterior de la Audiencia de que lo entregara no había obedecido, volvió este año a pedir en juicio que se compeliere a Nuño al obediencia; la respuesta no la satisfizo, y como aquel general casi había cortado toda comunicación con la capital, determinó quitarse de escritos y hacerse por sí justicia. Así que, publicando que iba a una expedición por el Mar del Sur, despachados por delante los soldados y gente que le quiso seguir, salió de México con un lucido acompañamiento a embarcarse en Chiametla y con tres navíos que tenía aprestados hizo jornada. Por fortuna en el primer puerto de la costa de Jalisco que visitó, halló que su navío estaba anclado, y vindicándolo siguió su camino. Entre tanto Fuenleal, que nada omitía de cuanto podía conducir a la enseñanza de los mexicanos, encomendó a los padres franciscanos que con los niños que habían aprendido a leer y escribir el castellano, abrieran en su colegio de Santiago Tlatelolco escuela de lengua latina. Alentó también en este año a la cría de la cochinilla, insecto tan precioso, que si el color que da no excede a la púrpura de los antiguos, ciertamente lo igua-

la. En el mismo año el día de Corpus hubo en la ciudad un grande alboroto, y por poco un punto de competencia acaba en un tumulto. La disputa fue sobre quién había de llevar en la procesión las varas del palio. Por entonces la controversia cesó con protestas de una y otra parte. Sabedor de esto el Emperador, mandó que el Presidente y oidores diputaran a las personas que juzgaran para aquél oficio, con presencia siempre de los prelados, títulos de Castilla, oidores y regidores. En este tiempo se instituyó en México el Tribunal de Cruzada.

Establecidas estas leyes y refrendada la licencia de los encomenderos, llegó a México el nombramiento del Emperador de primer obispo de Michoacán en la persona del oidor Vasco de Quiroga, y la sustitución del puesto que dejaba, al licenciado Lizon de Tejada. La causa de este nombramiento en un lego, fue la siguiente: desde el año anterior Mendoza había enviado a este oidor a aquél reino a informarse si las leyes de los indios se observaban entre los tarascos, y también a poner en vigor otras que habrían de llegar; en esta comisión aquel oidor se portó con tal celo de la religión cristiana y del bien de aquellos naturales, que Mendoza escribió al emperador que para aquél obispado que era necesario instituir, ninguno era más a propósito que el dicho Vasco. Ni este porte tan ajustado fue nuevo en él, pues que llegado a la Nueva España fue el más celoso propagador de la religión cristiana, como queda dicho, y uno de los mayores defensores de la libertad de los indios. Y a la verdad, el sucesor correspondió a los informes de Mendoza. Por la solicitud de don Vasco en el reino de Michoacán se propagó la religión cristiana, y llevó adelante entre las naciones tarascas y demás de que se componía su obispado, la policía de los antiguos reyes de aquél vastísimo continente, que obligaban a sus pueblos a ocuparse cada uno en una sola arte, de lo que resultó que haciéndose excelentes en ella y dependiendo los unos de los otros, se mantenían cómodamente; y esta gloria es tan peculiar de don Vasco, que por ella sola, a más de sus otras virtudes, su memoria se perpetuará.

P. JUAN LUIS MANEIRO, S. J.

Nació en Veracruz el 22 de febrero de 1744. Murió en México, D. F., el 16 de noviembre de 1802.

Escribió en latín: *De Viris Aliquot Mexicanorum, aliorumque, que sive literis mexici imprimis floruerunt; De Vita Lopezii Portilli, Mexici primum deinde Valentis Canonici; De Vita Petri Mail, sacerdotis mexicani; Vita B. Virginis Mariae*, y en español: *Elogio de Don Antonio León y Gama; Relación de la fúnebre ceremonia y exequias del Ilmo. Sr. Don Alonso Núñez de Haro y Peralta, Arzobispo de México y Virrey de Nueva España*. Versión al latín de la obra del P. Lacunza *La Venida del Mesías*.

Fue Maneiro el biógrafo por excelencia de los jesuitas mexicanos con él exilados en Italia. Dotado de un conocimiento perfecto del latín y a base de los modelos de Nepote y Plutarco nos dejó una serie de hermosas y valiosas semblanzas, "ciertamente con una fidelidad tal, que en los hechos de cada uno aparezca no tanto el elogio del hombre cuanto su imagen expresada a lo vivo".

Su obra traducida en su totalidad —pues antes sólo se habían publicado algunas de las Vidas, la de Clavijero y Alegre por García Icazbalceta y por Gabriel Méndez Plancarte, ha sido hecha en limpia y cordial prosa por Bernabé Navarro en el libro Juan Luis Maneiro-Manuel Fabri, *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII*, Prólogo, selección, traducción y notas de... México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1956, XXX-247 p. ils., (Biblioteca del Estudiante Universitario 74.)

Fuente: Juan Luis Maneiro y Manuel Fabri. *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII*. Prólogo, selección, traducción y notas de Bernabé Navarro B. México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1956. XXX-247 p., ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 74), p. 121-133.

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO

Del matrimonio [de Blas Clavijero y Ma. Isabel Echegaray] nacieron once hijos, entre los cuales la prolífica madre dio a luz en tercer lugar a Javier, el 9 de septiembre del año de 1731, en la ciudad de Veracruz. Aquí aún era envuelto Javier en las fajas infantiles, cuando ya tuvo que marchar en la comitiva de su padre, quien había sido nombrado por el rey

de España prefecto, con dominio sobre los teziutlanos y después sobre los Xicayanos, cuya región es de las más fértiles en la Mixteca. Y por estos primeros acontecimientos de su vida nos parece ver claramente que el excelso espíritu de Clavijero había sido destinado por la Divina Providencia a la ardua empresa de escrutar alguna vez las cosas antiguas de México y sacarlas de profundas tinieblas.

Desde niño, pues, tuvo Clavijero un carácter vivo, una inteligencia clarísima y una propensión admirable a investigar todos los arcanos. Tuvo además un padre adornado por la naturaleza con magníficas dotes, muy culto en las bellas letras y diligentísimo en la educación de sus hijos. Tal padre fue para Javier lo que Cornelia en otro tiempo para los Gracos, de quienes sabemos por el orador romano que fueron educados no tanto en el regazo cuanto en las enseñanzas de su madre. Tuvo también un espíritu inclinado a noble sencillez, hecho para grandes cosas, siempre reconecedor del beneficio recibido, misericordioso por naturaleza, benévolo hacia aquellas gentes que tenían su origen en los primitivos indígenas de aquel suelo.

Tuvo asimismo desde pequeñuelo ocasión oportuna de tratar íntimamente con dichos indígenas, de conocer a fondo sus costumbres y naturaleza, y de investigar con suma atención cuanto de especial produce aquella tierra, fueran plantas, animales o minerales. Por su parte los indígenas —a quienes trataba muy benignamente el prefecto Blas—, para ofrecerle algo grato, rodeaban a su hijo de singular amor y con emulación le prestaban sus servicios. Y no había elevado monte, ni cueva oscura, ni amena valle, ni fuente, ni arroyuelo, ni otro lugar que atrajera la curiosidad, adonde no llevaran al niño para agradarlo; no había tampoco pájaro o cuadrúpedo o flor o fruta o planta considerada como rara que no le presentaran como regalo y cuya naturaleza no explicaran, en lo que podían, al curioso niño.

Ciertamente si acontecieran todas estas cosas a niños de inteligencia ordinaria, quizá de nada servirían; mas a Clavijero, a quien Dios había destinado para grandes cosas en el campo de las letras, ni le sucedieran inútilmente ni contribuyeron poco para adornar su mente con eruditos conocimientos, los cuales inflamaron más y más su avidez y lo hicieron un historiador idóneo e instruido por la experiencia de las cosas. Aquí recordamos las palabras de cierto erudito que, hablando de esta educación de Clavijero, nos decía: “Esa for-

tuita coincidencia de tantas cosas de diversa índole, es como un semillero de conocimientos, que Verulamio deseaba fuera sembrado profusamente en las almas nobles tan pronto como llegan al uso de razón; pues en virtud de ese germen, una vez que el entendimiento desarrolla sus fuerzas, cultivará aquellas artes a que lo inclina la naturaleza y, cuanto más prontamente hayan sido puestas las semillas, tanto más hermosos frutos brotarán en la madurez.”

Sin duda, esta confluencia de hechos que le tocó a Clavijero, tanto por la región en que pasó su niñez, como por las atenciones de los indígenas y la diligencia de su cultísimo padre, creemos que preparó su mente para una amplia investigación de la naturaleza y para cierta insaciable avidez de aprender siempre más. Esta misma confluencia de circunstancias inspiró, fomentó y alimentó en su agradecido corazón una constante benevolencia hacia aquellos indios, por la cual indudablemente impulsado dedicó su esfuerzo y la elegancia de su pluma —en cuanto le fue posible— a salvar del olvido su historia.

No poco tiempo quitaba su padre al ajeteo de las ocupaciones para instruir por sí mismo a sus hijos en las cosas divinas, en la formación civil y en los demás conocimientos que creía convenientes a la dignidad de su linaje. Así, Javier, estando aún en las primeras letras, bebió de su padre las primeras nociones de historia, geografía, y de la constitución de este mundo, que el Supremo Hacedor dio a los hombres para que lo investigaran.

Formado medianamente con estos conocimientos, como era natural para tan cortos años, fue enviado a la Angelópolis, donde estudió primero la gramática en el Colegio de San Jerónimo y más tarde la filosofía en el de San Ignacio. Aquí demostró una clarísima penetración de entendimiento para aprender aquella filosofía que por entonces se enseñaba y de la que él mismo, después maestro, se esforzaría en eliminar muchas cosas inútiles, para que fuera substituida con la genuina filosofía de Aristóteles.

Después de haber alcanzado los honores que se concedían a la excelencia del mérito, es inscrito en el mismo Seminario entre los alumnos de los estudios sagrados. En esta ciencia, puesto que el vigor de su mente aumentaba cada vez más, apareció él como superior a su edad; y apenas había estudiado teología durante un año y pocos meses, cuando defendió públicamente las tesis con abundancia de argumentos y en forma extraordinaria, atendido el tiempo: por lo que fue uná-

nime la admiración de todos y la opinión de que en Clavijero se maduraba una gran gloria para las letras.

Pero aunque entonces fue la teología su principal preocupación, sin embargo, en las horas de descanso se entregaba con empeño a estudios agradables. Se deleitaba extraordinariamente con la lectura de los autores españoles que sabía habían sobresalido, ya por su talento, ya por su doctrina, ya por su prudencia de juicio, ya por la perfección de la lengua nativa. Más leía por ese tiempo con especial afición a Quevedo, a Cervantes, a Feijóo, al angelopolitano Parra y a Sor Juana Inés, poetisa mexicana de egregio nombre.

En general, ya desde aquella edad conoció y estudió asiduamente a los historiadores, a los poetas, a los críticos, a los autores de novelas, que imitan poemas e historias: todos los cuales eran en España de primera fila. Cuantas veces iba a casa de su padre —quien investido de un cargo real había fijado su residencia en la Angelópolis—, devoraba con suma avidéz las gacetas de noticias que venían de España. Mas, si al leer encontraba algunos vocablos extranjeros, preguntaba inmediatamente a su padre qué querían decir. De aquí concibió ardientes deseos de adornar su mente con el conocimiento de las lenguas, deseos que satisfizo después cumplidamente. Y nunca regresaba de su casa al Seminario sino cargado de amenos libros, para entretener con ellos el ocio cuando era posible descansar de los estudios teológicos.

Por aquel mismo tiempo ardía en deseos de aprender las matemáticas; y nunca contemplaba los instrumentos de esta ciencia, sin ser excitado vehementemente a su uso y conocimiento. Algunas veces estudiaba a Tosca y a Tacquet, y aunque no nos atrevemos a afirmar que los comprendió perfectamente, sin embargo, pedía luces a los otros y buscaba la amistad de aquellos que sabía eran versados en matemáticas. Por lo que tuvo trato entonces con cierto comandante de la Real Armada, así como con Santa María y Medina, arquitectos de primera categoría que florecían por entonces en la Angelópolis.

Deseoso de aprenderlo todo, no consideraba nada indigno de su linaje, por ejemplo hacer amistad con los artesanos de la ciudad, entre quienes los ingeniosísimos angelopolitanos nunca dejaron de contar con muchos Dédalos. Aun de su madre, cuya perfección musical era muy conocida, sacó este gusto, pues no menospreció aprender a tocar la flauta, cosa que resultaba un ornato propio de su edad y condición. En una

palabra, todos los impulsos de Clavijero estaban dirigidos a las ciencias y a cualesquiera de las disciplinas liberales, y no parecía tener otra predilección que instruirse en todo género de conocimientos. Ahora bien, cuando se ocupaba de estas cosas, apenas había alcanzado los diez y seis años de edad...

El 13 de febrero del año de 1748 dio su nombre a la Compañía; y terminado con notas de piedad y maduro juicio el bienio de noviciado, pasó, según costumbre, al estudio de las humanidades. Aquí Clavijero sobresalió por una nueva manifestación de talento: pues de aquel como almácigo de erudición que en nociones confusas había adquirido de pequeño, más tarde, por la lectura asidua de los buenos escritores, por las luces obtenidas tanto en el estudio de la gramática, de la filosofía y de la teología como principalmente en el contacto con hombres de clara inteligencia y refinado trato, brotaron por fin en este tiempo frutos enteramente maduros. Lo que se enseñaba en público a los demás alumnos, él lo aprendía con una perfección que a pocos es concedido alcanzar: pues se preocupaba por los principios de las cosas; relacionaba con toda diligencia unos conocimientos con otros; la verdad que con sus propias fuerzas encontraba, la escribía en apuntes; si leía una sentencia en los buenos escritores o un trozo de exquisita belleza, procuraba acercarse a ellos, en cuanto podía, mediante la imitación; repasaba no sólo con simple lectura sino con atenta meditación a los escritores latinos de buen gusto, y procuraba con todas sus fuerzas lograr un estilo armonioso y las virtudes de la elocuencia.

Con tal método de estudio hizo sorprendentes progresos en las bellas letras; y como si de la lengua latina fuera llamado e incitado suavemente a la griega, saboreó por sí solo y con grandes sudores las primeras nociones de esta lengua, a la que más tarde dedicó no inútil trabajo, pues entendió más que medianamente a los autores griegos, mostrándole el camino y conduciéndolo de la mano en estos estudios un alemán, varón doctísimo en griego y hebreo.

Por ese mismo tiempo se inició en la lengua hebrea, por lo menos cuanto fue suficiente para atenderla después en sus propios usos, asistido por la ayuda de aquel alemán. Y en general, de tal manera alimentó desde aquellos principios el estudio de las lenguas, que luego, más maduro, en edad, hablaba elegantemente como pocos el español, el latín y el mexicano; comprendía perfectamente el idioma francés y el por-

tugués y los escribía sin ninguna dificultad, si bien no le era fácil expresarse verbalmente en esas lenguas porque raramente se alcanza el uso oral de un idioma; entendía a los laletanos y a los mallorquinos como si fueran conciudadanos suyos, y podía hablar algo por lo menos con alemanes, ingleses y otros hombres tanto asiáticos como africanos.

En cuanto a las lenguas americanas, ora de la región boreal, ora de la austral, había curiosamente reunido, traducidas a más de treinta lenguas, muchas composiciones poéticas, los sagrados misterios de la fe y las oraciones que llamamos dominicales. De esta erudición en lenguas tan diversas, adquirió singular pericia para descifrar las mudas pinturas [de los indios]: pues por cualquier indicio era excitado a la investigación; dedicaba el más atento esfuerzo; relacionaba lo desconocido con lo conocido, lo cierto con lo dudoso; ponía todas las cosas ante una buena luz hasta alcanzar al fin felizmente, por los indicios, la verdad que investigaba.

Ni sólo fueron estas semillas las que fecundaron por entonces su mente, dispuesta para toda gran empresa, sino que, cuanto entendemos bajo el amplísimo nombre de bellas letras, todo en verdad lo alcanzó en este admirable desarrollo de su talento juvenil. Pues, por una parte, tuvo un conocimiento exactísimo de la elocuencia y de la poesía y se formó a sí mismo en todo de acuerdo con un renovado criterio; por otra, habiendo madurado su prudencia de juicio y escribiendo concienzudamente cosas limadísimas, logró un estilo enteramente seguro, simple, grave, que fluía fácilmente, más cercano a lo conciso, no mezclado de afectación, sino lleno de dignidad y hermoso con sencillez. En esta forma adornó entonces admirablemente aquella excelsa inteligencia que había llevado a esos estudios, y abrió para sí el camino de aquel perfectísimo conocimiento que en ellos logró poco después. Y ese conocimiento fue de tanta amplitud, que leyó con avidez y apreció con maduro juicio todo lo más excelente que en el campo de la elocuencia y de la poesía dejaron a la posteridad las naciones más cultas de nuestra edad o de los tiempos pasados. En fin, por este tiempo alcanzó Clavijero aquel saber y aquellas luces, cuya posesión le sirvió tanto para llevar una vida laboriosísima en las letras, y cuyas muestras podían verse fácilmente siempre que trataba él algún punto aun de las disciplinas más profundas.

Tan amplios conocimientos de esas cosas, apenas a la edad de 20 años, serían ciertamente de gran mérito aun cuando

hubiera tenido como maestros a los Aristóteles y Tulios o hubiera crecido en el siglo de oro del renacimiento de las letras. Mas él nació en aquel tiempo en que el degenerado gusto literario no había desaparecido por completo y había sido educado en una región de la tierra en donde se temía exageradamente que con las luces de las nuevas doctrinas se introdujeran también los errores contra la fe cristiana, que en otras partes se extendían profusamente: a la manera como en otro tiempo los religiosos padres capitolinos temieron que la cultura de los griegos corrompiera las costumbres de la juventud romana. Por eso Clavijero —para quien no fue leve trabajo destruir, en compañía de unos pocos, los prejuicios de este género— es digno indudablemente de las alabanzas y del recuerdo agradecido de la posteridad.

Enviado después a la Angelópolis para que, según la costumbre de la Compañía en México, repitiera la filosofía durante un año completo, sin ningún esfuerzo sobresalió entre los primeros, cuando en el examen acostumbrado defendió las noventa tesis. Digo que logró esto absolutamente sin ningún esfuerzo, porque tenía desocupada gran parte del día para satisfacer su insaciable deseo de saber y para adornar su mente con utilísimos conocimientos. Con Feijóo y Tosca como guías, había llegado a enamorarse de aquella filosofía que, madura ya en tiempo de las olimpiadas, nosotros llamamos moderna: y la cultivó en verdad con furtiva predilección —por decirlo así— en sus estudios privados. Buen tiempo estudió por ese año a Regis, Duhamel, Seguens, Purchot, Descartes, Gassendi, Newton, Leibniz, cuyas vidas e historia también leía, deleitándose admirablemente; y estimó y ensalzó a Fontenelle por los retratos que pintó de ellos.

Mas en las horas de descanso leyó también muchos otros volúmenes, ora los que encontraba a mano en la biblioteca de casa —donde se podían encontrar los más selectos autores—, ora los que espontáneamente le ofrecían aquellos cuya erudita amistad había cultivado en otro tiempo y que ahora, para rendir algún agradecimiento a aquel joven tan ávido de conocimientos, no consideraban nada molesto enviarle cuanto de raro y curioso salía recientemente de las prensas.

JOSE MARIANO BERISTAIN DE SOUZA

Nació en Puebla, Pue., el 22 de mayo de 1756. Murió de un ataque de apoplejía, el 23 de marzo de 1817, en México.

Es autor de la famosa obra *Biblioteca Hispano Americana Setentrional o Catálogo y Noticia de los Literatos que nacidos o educados o florecientes en la América Setentrional Española, han dado a luz algún escrito...* De esta obra que inició desde 1790, se publicó en vida de Beristáin un solo tomo, en 1816; de ese año a 1821 se imprimieron los otros dos volúmenes, todos los cuales comprenden 3217 escritores ordenados alfabéticamente y acompañados de datos biográficos. La segunda edición la hizo Fortino Hipólito Vera en 3 volúmenes, Amecameca, Tip. del Colegio Católico, 1883. El tomo cuarto que comprende los anónimos, las ediciones hechas por el Dr. Félix Osores y otras más, lo preparó y publicó José Toribio Medina, con una introducción bio-bibliográfica, Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1897, LIII-199 p. El mismo Medina publicó ahí una completa biografía, aprovechando los datos autobiográficos que el mismo Beristáin consignó en su primer volumen.

Después de la obra en cierge de Bermúdez de Castro y de la espléndida de Eguiara y Eguren, la de Beristáin representa el esfuerzo bibliográfico más importante en orden de aparición y el inventario cultural mexicano más notable hasta su época. Brillante orador, de ideas bastante acomodaticias, contrario al movimiento de independencia que él mismo impulsara. Su prólogo de la *Biblioteca* es, fuera del elogio político, una pieza importante.

Se han ocupado de él, a más de Medina, Sosa y otros, Jesús Galindo y Villa en *Serie cronológica de los Deanes de la Catedral de México*, México, Imp. de *La Voz de México*, 1891, 72 p.; Joaquín García Icazbalceta en *Memorias de la Academia Correspondiente de la Española*, reproducidas en el *BBSHCP*, con el título: "Las Bibliotecas de Eguiara y Beristáin", nos. 37, 15 jun, 1955 (Suplemento) p. 4-6; 39, 15 jul. 1955, p. 4 y 41 de 15 agost. 1955, p. 5-6.

Más recientemente tenemos los estudios de José Miguel Quintana, "Libros y librería en la época de Beristáin de Souza (1794-1817)" *BBSHCP*, no. 89, 8 dic. 1956, p. 1, 5; Daniel Muñoz y Pérez, "Mariano Beristáin de Souza, 1756-1957", *BBSHCP*, nos. 62, 1o. jul., 1956, p. 1, 5; 64, 1o. agost. 1956, p. 1-2; 69, 15 oct., 1956, p. 2, 8. Luis González y González en el prólogo de las *Fuentes de la Historia Contemporánea de México*, 3 v. I. *Libros y Folletos*, Estudio preliminar, ordenamiento y compilación de... con la colaboración de Guadalupe Monroy y Susana Uribe, México, El Colegio de México, 1961-1963, I-XXIV-XXVII.

Fuente: José Mariano Beristáin de Souza. *Biblioteca Hispano Americana Setentrional*. 2a. ed., 3 v. Amecameca, Méx., Tipografía del Colegio Católico, 1883. I-I-XVIII.

LA CULTURA EN NUEVA ESPAÑA

En Valencia, a donde, por singular dicha mía, me trasplantó de tierna edad el gran prelado español, el Exmo. Sr. D. Francisco Fabián y Fuero, cuando de la mitra de la Puebla de los Angeles, mi patria, pasó promovido a aquel arzobispado; leí por la vez primera la *Biblioteca Mexicana*, que dio a luz en México el año de 1755, el Ilmo. Eguiara, maestrescuelas de esta metropolitana y obispo electo de Yucatán. Mas como era un tomo solo, comprensivo únicamente de las tres primeras letras del abecedario de los nombres de los escritores mexicanos, quedé inquieto y deseoso de haber a las manos los siguientes, que creía yo también publicados. Y cuando el sabio D. Gregorio Mayans, (a quien por fortuna alcancé vivo y a quien merecí lecciones de literatura y de buen gusto) me desengañó de que la obra de Eguiara ni se había continuado, ni menos concluido; no sólo fue grande mi pesar, sino que concebí desde entonces deseos de continuarla y concluirla. Pero ni las precisas atenciones y estudio de mi carrera escolástica me daban lugar a esta dedicación; ni jamás me persuadí a que una obra de esta naturaleza podía desempeñarse, ni aun medianamente, a dos mil leguas de la América.

Es verdad que regresé a ésta el año de 1790; pero es igualmente cierto que en el siguiente de 91, me volví a España, y que mis apuntamientos y manuscritos, que entonces formaban mi corto caudal literario, se perdieron, ya en la Coruña, o carrera de Buenos Aires, y ya en el naufragio que padecí en los bancos de Bahama. En fin, yo no volví a pensar en biblioteca, ni en escritores de América hasta el año de 1794, en que por la piedad del rey me vi sentado en una canongía de la metropolitana de México. Desde entonces mi primer cuidado fue solicitar los manuscritos que Eguiara pudiera haber dejado, para continuar su biblioteca: y al cabo de algún tiempo sólo pude hallar en la librería de la iglesia de México cuatro cuadernos en borrador que avanzaban hasta la letra J, de los nombres de los escritores, pero está tan incompleta, que no llegaba a los Josephs, y aún entre los Joannes faltaban muchos, como por ejemplo, Joannes Palafox, Joannes Parra, Joan-

nes Salcedo, Joannes Villa, etc. Sin embargo me pareció un hallazgo precioso, de que no volví a lograr semejante hasta fines del año 815, en que concluida ya mi biblioteca, se encontraron varios manuscritos, copias de los cuatro cuadernos expresados, y varias cartas y documentos originales, pertenecientes al mismo objeto, entre los papeles de la testamentaria del Dr. Uribe, penitenciario de México, que su albacea el Ilmo. Sr. Marqués de Castañiza, obispo electo de la Nueva Vizcaya tuvo la bondad de poner en mis manos. Confieso que si años antes hubiesen parecido algunos de ellos, me habrían ahorrado mucho trabajo; pues tuve que buscar en las fuentes muchas de las noticias, que aquí se hallaban ya recogidas, especialmente por lo que toca a Guatemala, Caracas, la Habana y Zacatecas; pero me fue muy agradable encontrar los Catálogos que el Illmo. Eguiara cita con frecuencia en su tomo impreso, y en sus manuscritos, el uno de los *Escritores Angelopolitanos* de Bermúdez de Castro, y el otro de los *Franciscanos de Guatemala* del P. Arochena.

Desesperanzado pues, el año de 96, de hallar manuscrita la continuación de la *Biblioteca Mexicana* impresa, resolví emprender la formación de esta mía bajo otro plan y método que la de Eguiara; y registré para ello todas las historias de la América, todas las crónicas generales de las órdenes religiosas, y las particulares de las provincias de la Nueva España y distritos de los arzobispados y sufragáneos de Santo Domingo, México y Guatemala; porque mis fuerzas no me permitían extenderme a la América meridional: vi todas las bibliotecas impresas y manuscritas de dichas órdenes, y las seculares de D. Nicolás Antonio, Antonio León Pinelo, Matamoros y otros. Visité y examiné por mí mismo las librerías todas de México, que pasan de diez y seis, y las de S. Angel, S. Joaquín, Tezcucuo, Tacubaya, Churubusco, S. Agustín de las Cuevas, Tepozotlán y Querétaro, encargando igual diligencia a algunos amigos de las ciudades de la Puebla, Valladolid y Guadalajara, que a la verdad no tomaron con empeño mi encargo, y que me han perjudicado más con su indolencia, que con haberse excusado desde el principio. Además, adquirí noticias auténticas de lo que podían encerrar los archivos, aunque éstos no se me franquearon, como era de esperar, por afectados misterios y escrupulosidades impertinentes, cuando es constante, que en algunos de ellos ha habido tanto descuido, que lo más precioso que contenían, está ya en poder de los extranjeros.

Con tales auxilios, y sirviéndome de pauta en lo sustancial la *Biblioteca Hispana* de D. Nicolás Antonio, comencé a escribir esta *Hispano Americana*. No quise empero escribirla en latín, porque creí que no era ya tiempo de hacer tal agravio a la lengua castellana, y porque estaba persuadido a que debía escribirse en lengua vulgar una obra, cuya lectura podía interesar a muchas personas más de las que saben\o deben saber de la lengua latina. A más, que es una imprudencia privar a mil españoles de leer en castellano la noticia de sus literatos, porque la puedan leer en latín media docena de extranjeros: los cuales, si la obra lo merece, saben buscarla y leerla aunque esté escrita en el idioma de los chichimecas.

Tampoco me acodomó el método de poner los escritores por el alfabeto de los nombres, y preferí colocar los míos según el orden alfabético de los apellidos, mucho más cómodo para los que por lo común buscan en los diccionarios los apellidos y no los nombres de los sujetos. Y es cosa clara que entre los eruditos se saben los apellidos de los escritores, como Escaligero, Erasmo, Noris, Belarmino, Milton, Fenelon, Bossuet, así como Vives, Torquemada, Mariana, Cervantes, Lope de Vega, etc., y ciertamente que no son todos los que saben, o se acuerdan de pronto de los nombres de éstos.

Advertí también que el estilo de Eguiara es hinchado, y su método muy difuso, y que se detiene en largos pormenores de las virtudes privadas de muchos, que al cabo no escribieron sino un Curso de artes, o unos sermones: que es regular (dice Eguiara con frecuencia) se conserven en manos de sus discípulos y compañeros de hábito. Y me dispuse a apartarme, lo posible, de este defecto, proponiéndome por sistema no hacer mención de semejantes manuscritos, sino rara vez, y cuando o su número fuese muy considerable, estuviesen en idiomas de los indios, o constase de su paradero, o hubiese el autor publicado o escrito otros opúsculos más interesantes.

Es verdad que me aprovecho de los mil artículos que Eguiara dejó impresos y manuscritos; pero lo es igualmente que al traducirlos al castellano, los he descargado y limado y corregido; y que a esos un mil he añadido más de dos terceras partes. Por lo que sin defraudar de su verdadero mérito al respetable autor del tomo impreso de la *Biblioteca Mexicana*, a quien me confieso deudor del pensamiento, me atrevo a aspirar al nombre de autor de una obra nueva.

Ni era sola esta gloria vana la que me impelía a emprender un trabajo, que ha inmortalizado la memoria de tantos li-

teratos de todas las naciones y de todos los siglos juntamente con la de los que han procurado resucitar y conservar sus nombres, sus patrias, sus empleos, sus virtudes y sus escritos. Pues aunque es verdad que nada podía ser más lisonjero que un estudioso criado en las academias y entre los libros, que el dejar su nombre, aunque fuese de letra minúscula, en la lista de los Gerónimos, Focios, Senenses, Anastasios, Nicolaos, Antonios, y otros bibliotecarios; con todo eso no era la mía, sino la ajena gloria, la que yo buscaba: la gloria de mi madre España, y la de su hija mi patria la América Española.

Consideraba yo por una parte el esmero y generosidad con que desde el descubrimiento del nuevo mundo por el celo de los reyes católicos, se habían sembrado en estas provincias con la doctrina de la religión cristiana, las semillas de todas las ciencias; y veía por otra los copiosos frutos, que en ella habían producido la religión y las letras. Y cuando esto tanto me complacía, no podía llevar en paciencia que los extranjeros tuviesen al cabo de trescientos años formada una tan confusa y mezquina idea de la ilustración de los españoles americanos. Por que ¿qué cosa más vulgar entre aquéllos, que el que el gobierno español solamente había pensado en aprovecharse de las minas de las posesiones de Ultramar? ¿Qué su sistema político había sido y era el mantener en la ignorancia y barbarie estos pueblos, para conservarlos? ¿Qué cerraba en ellos la puerta a los libros y a los sabios, no españoles? ¿Y qué de estos solamente enviaba a las Américas frailes groseros, que supiesen enseñar un catecismo?

¿Y cómo leería yo sin disgusto la extrañeza que causaba a los eruditos europeos que en la América hubiese un hombre sabio, y que en ella se cultivase la poesía? Léase la dedicatoria del *Magneticum Naturae Regnum* del docto jesuita Kirker; léase la carta del abate Lami, impresa al principio del opúsculo, *Musa Americana* del jesuita americano Abad; y se verá que ni Kirker, ni Lami tenían una idea exacta, ni aun regular de la ilustración de la América Española. Mas que extraño puede parecer esto en los extranjeros, cuando el célebre español, Manuel Martí, dean de Alicante, en una de sus, por otra parte, bellas cartas latinas, se arrojó a escribir que en México no sólo "no había Academias, Bibliotecas, ni sabios, pero ni quien quisiera saber". Esto ciertamente si es injurioso a los españoles americanos, es caluminoso al mismo tiempo a su madre España, que desde el principio trató generosamente de propagar en sus nuevas provincias los mismos estu-

dios y ciencias, que ella cultivaba en Salamanca, Valladolid y Alcalá.

Pasma a la verdad la general ignorancia, que de las cosas de la América, y especialmente de su cultura literaria, se ha tenido en la Europa, y la desvergüenza con que se ha mentido por los mismos que tenían obligación de saber el verdadero estado en que se hallaban estas regiones. Un Fr. Antonio Delgado, franciscano de Castilla, publicó el año de 1598, en Toledo un libro intitulado: *Regla y arancel de preladados*; y en la dedicatoria al presidente del consejo de Indias, D. Pablo Laguna, se explica así: "He hecho el oficio de Comisario general de Indias, y considerando que no tienen allí Universidades, donde consultar y resolver las dudas que se les ofrezcan, trato en este libro de las que más importan." ¿Pues es posible que un comisario general de Indias ignorase que en México, capital y centro de las provincias franciscanas del Santo Evangelio, de Michoacán, de Zacatecas, de Guatemala, de Yucatán y de Jalisco, había universidad literaria como la de Salamanca, erigida desde el año de 1553, y que en Lima capital del Perú se hallaba otra fundada en 1551? Ignoraba el P. Comisario que en México estaban los doctos franciscanos "Agia, Basac, Bautista, Daciano, Focher, Gabalda, Gilberti, Olmos, Oroz, Rodríguez, Sahagún, Salinas, Torquemada, Zárate", y otros mil teólogos y canonistas excelentes, con quienes podían consultar sus dudas los religiosos menos instruidos, que acaso tenía ánimo de enviar a las Indias el P. comisario? Por eso creo yo que hicieron muy bien en no conferirle en propiedad la comisaría. Y esta biblioteca desmentirá en los artículos citados y en otros muchos la escasez de hombres, con quienes se podían consultar las dudas que supone el P. Delgado.

¿Ni cómo podían saber de la América, aunque han escrito de ella más de lo que debieran, el prusiano Paw en sus *Reflexiones*, Marmontel en sus *Incas*, Raynal y Robertson en sus *Historias*? Y aunque ya les rebatieron con mucha razón y con mucha gracia los abates Nuix y Clavijero, esta biblioteca convencerá a sus apasionados de los embustes y vaciedades que escribieron. ¿Y qué diremos de los dibujos impropios de la colección de Teodoro Bry?, ¿de las estampas de Gages y Prevost? y de los elefantes en que pintó montados a los embajadores de Moctezuma el francés, autor de la *Galería del mundo*? Con semejantes patrañas se ha engañado a los bobos de Europa, sin temor a la risa ni a la censura de los sabios de uno y otro mundo.

Pues acaben de conocer los que creen que España tiene sus posesiones de América en el mismo estado de barbarie, en que las halló, y en que tienen las suyas otras naciones: acaben, repito, de desengañarse a vista de esa biblioteca de que sin embargo de la distancia que separa esta parte de América de la Europa culta, y a pesar de lo delicioso de estos climas, que, según ellos dicen, inclinan al vicio, a la molicie y a la ociosidad, a pesar en fin de la escasez de imprentas (no tanta como se cree, pues en México hay cuatro corrientes; y hay dos en la Puebla, y hay imprenta también en Veracruz, en la Habana, en Guadalajara y en Guatemala) y de la suma carestía del papel; en la Nueva España se estudia, se escribe y se imprimen obras de todas ciencias. Vean claramente que España envió a la América no frailes ignorantes, sino maestros de las órdenes religiosas, doctores de Alcalá, de Salamanca y de París; que fundó universidades, colegios y academias; que erigió cátedras de teología, de jurisprudencia, de medicina, de matemáticas, de retórica, de poesía y de lenguas, y que ha fomentado activamente las letras, y premiado a los sabios con generosidad.

No era aquí de mi instituto principal, el hablar de los indios conquistados. Pero ¿cómo dará fe al autor del *Nouveau Dictionnaire historique portatif*, que dice que Cortés y demás conquistadores españoles "trataron a los indios como a bestias, y que les enseñaron mil supersticiones", el que lea en esta biblioteca los artículos "Alva, Adriano, Antonio, Berardo, Pomar, Plácido, Pimenteles, Ribas, Contreras, Chimalpain, Gante, Valeriano", y otros mil? Ni quien será aquel que crea al descomunal impostor conde de Boulainvilliers, que en la pág. 366 de su *Banquete* mintió así: "¿qué hicieron los españoles en la América?" "Nada otra cosa que bajo pretexto de religión matar 12 millones de indios?" Hasta el docto Bergier se alucinó con los dicharachos de sus paisanos, y tuvo la debilidad de estampar en su *Apológia de la religión*: "Que los conquistadores españoles no fueron hombres sino bestias feroces."

Pero así como los edificios fabricados son la mayor prueba del arte y sabiduría de los arquitectos, la duración, permanencia y estado floreciente, en que ha llegado hasta nosotros el imperio español de las Indias, deben servir a los ojos del mundo reflexivo de completa justificación de la sabia política y conducta suave de nuestros antepasados. Y de este modo puede asegurarse que esta biblioteca sirve de satisfacción a las calumnias de los enemigos detractores de la gloria de España

y del honor de sus conquistadores y gobernadores. Porque ¿cómo pudo ser bárbara y cruel la conducta de éstos, cuando tales y tan dulces frutos de ilustración han producido sus provincias?

Y aquí me ocurre una reflexión honorífica a España y su conducta con los indios, y que echa por tierra una aserción del doctor Robertson. Dice este crítico inglés que “el entendimiento de los indios es tan limitado, que no son capaces de formar ideas abstractas: y que es tan estéril su idioma, que no tienen voces para explicar sino las cosas más groseras y sensibles.” ¿Qué indios y qué idioma? Hablará acaso de los que tocaron en suerte a los ingleses; por que de los indios e idioma mexicanos, no es verdad. Así lo convence en mil partes esta biblioteca; pero singularmente con las muchas y varias traducciones hechas por los indios del latín al mexicano de obras llenas de ideas sublimes y abstractas, que no han ocupado mucho las cabezas de Robertson, de Rainal, ni de Paw, como por ejemplo, el libro *De imitatione Christi* del Ven. Kempis. El referido Paw se avanzó a afirmar que los indios mexicanos no pueden contar más allá del número 3. Yo quisiera que este caballero prusiano se hubiese tomado el trabajo, cuando no de estudiar toda la aritmética de los calendarios mexicanos, a lo menos los nombres numerales, con que el abate Clavijero llegó a contar hasta 48 millones.

Así discurría yo, trabajando gustoso en mi biblioteca, en días felices en que mis paisanos tranquilos, y acaso vanagloriosos de vivir muy lejos de la borrasca general que amenazaba a la Europa por la revolución francesa, no pensaban sino en disfrutar de la paz, libertad y bienes que les proporcionaba y conservaba, aun a costa de su sangre, la metrópoli, su madre. Los motivos comunes, que han estimulado a otros bibliotecarios a esta especie de trabajo, eran únicamente los que me estimulaban a no soltar la pluma; y ya me prometía dar mi obra al público, cuando el infierno, que había exhalado en la Nueva España los vapores de la filosofía del siglo, encapotó este hermoso cielo con las negras nubes de la traición y de la perfidia. ¡Lograsteis al fin, lograsteis, émulos impíos y libertinos de la católica España, introducir en su dócil, pacífica y piadosa América la ponzoña y veneno de las pestilentes y funestas máximas de la política anticristiana, para despojar a mi ínclita nación con los cañones de vuestras plumas, de las ricas posesiones que no había podido quitarle la fuerza de los cañones de hierro y de bronce! Contaminados

ya muchos entendimientos débiles y superficiales, y corrompidos los corazones con la doctrina del libertinaje, halló pronto y abundante pábulo en el pueblo más inculto y grosero la llama, que desde un rincón de la provincia de Michoacán y del pecho de un mal párroco, discípulo de los Rousseaus y Voltaires, salió para consumir, como un volcán, en menos de seis años, la médula de estos países, convirtiéndolos de paraísos de gloria en teatros de sangre, de horror y de miseria y a sus dóciles y sencillos habitantes, en fieras y furias infernales.

Estuve por colgar la pluma para siempre, así como algún tiempo la tuve que apartar de la biblioteca, por emplearla en escribir algunos papeles, que me parecieron oportunos para apagar o templar el incendio de la insurrección, desengañando con ellos a los pueblos e ilustrándolos sobre los puntos que causaban la efervescencia de los ánimos. Tales fueron los *Diálogos patrióticos de Filopatro*, *El verdadero ilustrador americano* y otros *Discursos y declamaciones cristianas*, que di a luz.

Pero viendo que el mal no iba a menos, y que los atolondrados y viles corifeos de la rebelión publicaban proclamas, manifiestos y libelos tan llenos de fanatismo, como de falsedades y engaños, dirigidos a pintar la América a los ojos de la Europa como un país tiranizado, oprimido, esclavizado por el gobierno español: sin libertad, sin ilustración, sin felicidad, por causa del yugo de fierro de los españoles europeos, volví en mí, y dije: no, yo desmentiré vuestras calumnias, vivereznos infames, yo me convertiré a los sabios de la culta Europa, a quienes queréis alucinar; y antes que merezcáis su compasión, y puedan tomar interés en aliviar vuestras ponderadas desgracias y afectadas quejas, yo les convenceré de un golpe, para que os desprecien como a ingratos calumniadores de su bienhechora madre, y destructores despiadados de su hermosa patria.

En efecto, sabios y sensatos políticos y filósofos sanos y justos, a vista del catálogo de cuatro mil literatos, que os presento, que han escrito en la Nueva España, y publicado sus ideas, sobre todas materias, con la más amplia y generosa libertad de imprenta; a vista de tantas universidades, seminarios, colegios, academias, doctores y cátedras, que aquí se os presentan, decid y sentenciad: ¿si habrá sido tirano un gobierno, que ha erigido y dotado tantos establecimientos liberales, protegido a tantos literatos, y premiado y honrado a tantos obispos, canónigos, doctores, maestros y letrados?

Mas ¡oh juicios de la Providencia divina! cuando está decretado por el cielo algún suceso en la tierra, todo conspira a su efecto. Increíble parece (y lo hemos visto) que en estos últimos años, en que las revoluciones de las Américas amenazaban, y aún se disponían a conseguir su separación e independencia, hubiese en la misma península, y en el santuario mismo de las leyes, plumas que ayudasen imprudentemente con sus rasgos a soplar y encender más el fuego de una rebelión tan inicua; y españoles, que a trueque de pasar por imparciales y justos, por ingenuos y liberales, no dudasen culpar a su misma nación y gobierno, y salpicar de negra tinta a sus más gloriosos hermanos y respetables héroes. Tal entre otros ciento, cuyos nombres callo, fue el inconsiderado autor del *Duende político*, (D. Juan Flores Estrada), impreso en Cádiz el año pasado de 811, en sus *Reflexiones sobre la América española*, que con mayor inconsideración e imprudencia se reimprimieron en la Habana en el núm. 13 de *La Tertulia*. “Con el hierro, dice, y la violencia hemos sometido las hermosas regiones del oro y de la plata, el imperio de Moctezuma y el de los Incas, a los reyes de España, y a la rapacidad y ciego despotismo de sus ministros y empleados.” Lo primero no es absolutamente cierto, aunque ese es y siempre ha sido el común, antiguo y universal modo de conquistar y subyugar provincias bárbaras. No es, repito, cierto absolutamente, cuando es notorio e indisputable que España se valió también de los suaves y dulces medios que para el convencimiento usaron los innumerables ministros evangélicos, que envió a las Indias desde el principio, y que no ha cesado de enviar hasta hoy, para que predicasen y mantuviesen la religión verdadera. Lo segundo es calumnioso absolutamente, y aun ridículo. Porque desde el principio de la conquista hubo leyes penales, preservativas y coercitivas de la rapacidad y del despotismo, y desde entonces se percibieron en lo general frutos de orden, de justicia y de prosperidad en ambas Américas; y cada día hasta los nuestros, se han aumentado con notoria felicidad de estos países en lo religioso, en lo moral, en lo político, y aun en lo más profano y lujoso: aunque en lo particular haya habido algunos, o sean muchos excesos, como en todas las cuatro partes del mundo, desde el pecado de Adán, hasta los excesos de Napoleón Bonaparte. A más de que ese modo de hablar; “hemos sometido... a la rapacidad y despotismo de los empleados de los reyes de España”, es el más extraño, ridículo, oscuro y falaz, que puede usarse en materias

tan serias, que exigen perspicuidad y buena fe. Porque ¿quiénes son los que hablan?, ¿quiénes los que cometieron?, ¿y quiénes los empleados? ¿Son acaso unos mismos los conquistadores y los empleados? ¿o son de diferente nación y casta? Reflexiónese qué embrollo, confusión y contrariedad de ideas. Igual confusión se nota en cuantos papeles se han publicado por extranjeros, por españoles europeos, y por españoles americanos, sobre las voces y significados de “naturales de la América, americanos, conquistados, quejosos, oprimidos, esclavizados”. Véase por ejemplo en el citado *Duende político*: En vano, dice, las leyes de Indias ofrecieron alguna protección a los naturales de aquel vasto imperio . . . “Los americanos gimen oprimidos, no sólo como esclavos, sino como bestias, condenadas a sufrir y arrastrarse en la más penosa desolación.” ¡Expresiones gigantescas y preñadas, o de mucha ignorancia, o de enorme malicia! Todavía no se han distinguido, ni fijado las ideas, después de tres siglos; y mientras esto no se haga en todas materias, se hablará y disputará en ellas *more andabatarum*. Hay en la América indios descendientes de los conquistados, que de padres a hijos traen su origen de la gentilidad. Estos viven formando pueblos con su párroco español o indio, y bajo la policía de un gobernador también indio: y aunque son más en número, (hablo ahora de la Nueva España) no son los quejosos, porque viven con sus mujeres e hijos en sus sencillas chozas, donde tienen sus cerdos, bueyes, carneros, gallinas, siembran sus milpas, recogen sus granos, trabajan en las labores de los españoles por su justo jornal, como en Castilla, como en Francia, como en China lo ejecutan los jornaleros pobres, que necesariamente ha habido y habrá en el mundo, hasta la consumación de los siglos. Ellos asisten a la iglesia y hacen sus fiestas, y bailan y se divierten, y comen y duermen tranquilos. No son pues, los quejosos, ni son hoy, a excepción de uno u otro individuo seducido, los rebeldes y traidores; aunque son los conquistados y sometidos. Con la introducción de los negros, comprados en África, (pensamiento fatal, que una piedad mal entendida de libertad a los indios de todo trabajo duro y mecánico, sugirió al siempre benigno gobierno español) nacieron en la América mil castas diferentes, por la mezcla carnal de éstos con las indias, y aun de los mismos españoles con las negras. Estas castas son naturales de la América, pero no sos conquistados: son muchos de ellos esclavos por compra, pero no esclavizados por trato duro; están la mayor parte destinados al trabajo del campo, pero

son tratados por sus amos como hijos: no ganan jornal, pero se les viste, se les alimenta y se les cura, y se les doctrina en la verdadera creencia: de manera, que han mejorado de suerte en lo temporal y en lo espiritual con su tránsito, de los ardientes desiertos del Africa, al delicioso país de las Américas. De estas castas hay muchos en los pueblos y ciudades, libres, empleados honestamente en varios oficios y en el servicio doméstico de los españoles: hay muchos avecindados en los pueblos de indios y radicados en las haciendas de labor y rancherías; y algunos por su buena conducta y recomendables prendas han hecho caudal considerable, y se han enlazado con familias españolas hasta llegar a confundir o hacer olvidar su origen. Estos tampoco son oprimidos, pero los hay quejosos desde que se han comenzado a vulgarizar las ideas y doctrina de la igualdad: y por la mala educación que han tenido en el campo y por un natural orgullo y fiereza, que han aumentado con sus ejércitos de vaqueros, y domadores de potros y toros, y por otras mil circunstancias, que aunque dóciles en otro tiempo a seguir con preferencia la voz de los buenos españoles, son en el día los que componen las tropas de los rebeldes, que los han insolentado más con los empleos y nombramientos de capitanes, coroneles y otros más brillantes. Restan los españoles americanos, naturales pero no conquistados, sino conquistadores y pobladores, como hijos, y descendientes de tales, o de comerciantes, que sucesivamente han pasado de España o con sus mujeres o sin ellas, pero que aquí se han casado con hijas de españoles, o bien hijos de los europeos, que han venido empleados en los ramos de justicia, milicia o hacienda. Estos gozan y han gozado siempre de los mismos privilegios y nobleza que sus padres; éstos se diferencian física, moral y políticamente de los indios, de los negros, y de las otras castas; estos son y han sido siempre por trescientos años los ciudadanos y regidores de las villas y ciudades, los abogados y oidores de las audiencias, los doctores y maestros y rectores de las universidades, academias y colegios literarios, los párrocos y jueces eclesiásticos de las feligresías, los alumnos, lectores, priores, guardianes, definidores y provinciales de los conventos y provincias religiosas, los ministros y dependientes de la santa inquisición, los prebendados, canónigos deanes de las iglesias catedrales, los vicarios generales de las diócesis, y muchas veces sus obispos, los oficiales de milicias, los empleados en real hacienda, los gobernadores y alcaldes mayores de las provincias y más de tres veces los virreyes y presidentes de las can-

cillerías. De modo que estos americanos naturales de la América, porque nacieron en ella, porque en ella tienen sus vínculos y posesiones, forman aunque no la más numerosa, la más principal clase, diferente de la de los indios y castas. Y de estos son ¿quien lo imaginara? los corifeos de la rebelión; de estos son los principales autores de las desgracias de la América; y de estos son los que en las infames proclamas se quejan y se lloran oprimidos y esclavizados. Los hijos, descendientes y herederos de los Hidalgos, Allendes, Coses, Velascos, Sesmas, Toledos, Garcías, Bravos, Mendozas, Torres, Gutiérrez y otros españoles rancios y castizos, son los que han manchado sus torpes manos en la sangre de sus padres, tíos, hermanos y parientes: los mismos que han tenido la dicha de respirar el dulce y saludable ambiente de la deliciosa Nueva España por el valor y celo (o llámese por ahora fiereza, ambición, crueldad o codicia) de los españoles conquistadores, pobladores, o ilustradores de la América, esos mismos son los que maldicen ahora la conducta y nombres de sus padres: los mismos que han disfrutado los tesoros de las minas, que aquellos descubrieron y beneficiaron; las tiendas de comercio que aquellos abrieron; las haciendas de campo que aquellos formaron y cultivaron; y aun los vínculos y mayorazgos que aquellos españoles, castellanos, andaluces, vizcaínos, montañeses, gallegos o catalanes, fundaron; esos mismos son los que hoy abren sus sacrílegas y serpentinadas bocas para llamar a sus padres y abuelos: tiranos, codiciosos, ladrones, usurpadores, y usureros: los mismos, ¡qué infamia!, que gozan y disfrutan los beneficios de las parroquias, cuyas iglesias levantaron los españoles europeos, y las capellanías que les dejaron dotadas los gachupines (así llaman con desprecio a sus progenitores), esos mismos son los que les infaman hoy con los horribles nombres de judíos, herejes, impíos e irreligiosos. ¿Hay ejemplo de esto en las historias del mundo? Pero no perdamos de vista nuestra biblioteca.

Cuando los extranjeros envidiosos de las felices conquistas de España, escribían... Mas al intento... Cuando algún español, ignorante de las cosas de la América más de lo que debía saber, se arrojó a escribir que en estos países no había ciencias, ni escuelas, sabios, ni libros, maestros que enseñasen, ni aun los discípulos que quisiesen saber, se conmovieron los españoles americanos, y desenvainaron las plumas para repeler tales calumnias. Y entonces fue cuando escribió su biblioteca el Illmo. Eguiara. ¿Y no es cosa admirable y extraña que

poco más de medio siglo después esos mismos americanos no solamente no se resientan de que les tengan por bárbaros, sino que convengan de buen grado en tal idea degradante, y vociferen sin pudor ante las naciones todas del mundo "que están sumergidos en las tinieblas de la ignorancia, que están oprimidos bajo un yugo de hierro, y esclavizados por el gobierno español?" Lejos de rebatir como debieran hacerlo en verdad y en justicia, a los Rainales, Robertsones y otros tales, se han puesto de su bando, confesándoles que tienen razón en cuanto han hablado de la conducta de España y de nuestro estado actual; para excitar la compasión de las potencias extranjeras, y justificar una rebelión tan torpe y bárbara, como ingrata e injusta; sacrificando el honor y la verdad; a trueque de conseguir el hacerse independientes de una nación grande y generosa, a quien deben la sangre, la lengua, la educación, las artes, las ciencias, la prosperidad y la abundancia, que gozan hasta el momento, en que su ingratitude, su orgullo y su ambición les precipitó en la miseria, de que no es fácil salgan ya, sino por el arrepentimiento. Tales y tan amargos frutos ha producido acaso el demasiado amor, condescendencia y franqueza del gobierno de España en haber permitido en la América la introducción de papeles públicos, que han trastornado las antes bien organizadas cabezas de mis paisanos.

Mas no las de todos, gracias al numen tutelar de España, y de sus ingenuos hijos, derramados por todo el mundo. Aún quedan en las Américas muchos millares de españoles nobles, fieles, sensatos, justos, y agradecidos a su gran madre, que reconociendo lo que le deben, y calculando mejor sus verdaderos intereses, lloran amargamente el descarrío de sus hermanos y la desolación de su patria, que es el fruto infernal que ha producido la insurrección. Quedan todavía los sencillos indios, que a pesar de la estupidez que se les atribuye, han sabido conocer mejor que otro alguno, escarmentados por la experiencia de seis años, que no era su felicidad la que buscaban los malvados seductores, que los engañaron en los primeros días, sino el cumplimiento de los deseos de éstos de libertinaje y ambición; y quieren más bien ser pupilos menores del rey de España, que esclavos despreciados de los farsantes fundadores de la nueva república mexicana. ¡Brutos, y Publícolas de comedia, temed el momento en que los buenos españoles os abandonen a vuestras ideas, porque ese será, en el que víctimas desgraciadas veais correr la campechana de vuestra sangre, por las manos de esas tropas insolentes en que

ahora confiáis, y en cuyas venas está ya fermentado el mosto de las cepas africanas!

Pero volvamos ya a nuestra biblioteca, en la cual no se hallan ciertamente obras voluminosas, como la de los Bolandos, Labees, etc., para cuya edición era necesario en la América todo el producto de una de sus minas. Tal es la carestía del papel y de la imprenta, única causa de la escasez de libros, y producciones literarias. Porque otra que señaló Beausobre en su *Introducción al estudio de la política y el comercio*, conviene a saber: "que en los dominios de España se examina una obra antes de la prensa hasta seis meses", es un solemne embuste. ¿Qué habría dicho de la América en especial, si hubiese leído las exclamaciones, con que los insurgentes ponderan su esclavitud? Mas la verdad es que en la América española, lo mismo que en la metrópoli, se requieren dos licencias para la imprenta, la del ordinario eclesiástico y la del gobierno político: y los regulares necesitan además la de sus preladados superiores. ¿Qué trabas son éstas? Las indispensables para que nadie se atreva a escribir contra la religión, contra el estado, ni contra la decencia y buenas costumbres, o contra el honor y decoro de sus mismas corporaciones.

El remedio contra la carestía del papel y de la imprenta, era al parecer fácil, y algunos lo han intentado, y lo han puesto en práctica. Mas no todos con feliz suceso. Enviar el manuscrito a Europa. Pero muchos han perdido en el mar su trabajo: y otros después de enviar también a Europa el dinero para los gastos, no han recibido ni contestación. Y pensar que un literato haya de exponer a tanto riesgo el fruto de sus vigilias, es quimera.

Pero si lo expuesto no ha permitido a los americanos pintar gigantes en grandes lienzos, han dibujado perfectamente en pequeño algunos miembros; para que por la uña bien expresada del león pueda inferirse la grandeza y ferocidad de aquel animal, rey de las selvas. A más de que habría sido, no sólo impertinente, sino vituperable en los primeros literatos de estas provincias ponerse a escribir de antigüedades romanas, de colecciones de Concilios, de matemáticas y de otras semejantes materias, cuando se trataba principalmente de fundar la religión. Escribieron sí, y mucho de doctrina cristiana, de teología moral; y publicaron artes y vocabularios de todas las lenguas exóticas, que aprendieron primero con sumo estudio y trabajo, y no se olvidaron de escribir las historias y antigüedades de los indios. Ni deben buscarse en nuestros primeros

escritores muchas obras de lujo literario, sino las de primera necesidad y utilidad. Los siglos primeros de la América cristiana y civil deben compararse con los primeros siglos de todos los imperios del mundo, en los cuales no se hallará número suficiente de escritores para formar una biblioteca; sin embargo la América septentrional española presenta en esta cuatro mil. Ni aun en los primeros trescientos años de la Iglesia, en cuyo seno se recogieron los tesoros de las ciencias de la culta Grecia y de la sabia Roma, se pudo formar una colección tan numerosa de escritores eclesiásticos, bien que la calidad y mérito de los pocos que hubo, exceda al asombrado número que hoy llena las bibliotecas de los tres últimos siglos del mundo.

El *Catálogo de los escritores eclesiásticos* que escribió San Gerónimo, no pasa de 130, entrando los apóstoles y evangelistas, y comprendiendo más de un siglo, que este nuestro: y aunque Genadio, presbítero masiliense, añadió casi otros tantos, no llegan entre todos, entrando herejes y gentiles, a trescientos. Es cierto que en ambos catálogos y en el espacio de cuatro siglos y medio se comprenden unos nombres tan ilustres como los de "Clemente Alejandrino, Ignacio Antioqueno, Justino, Ireneo, Orígenes, Tertuliano, Dionisio Alejandrino, Lactancio, Eusebio Cesariense, Hilario, Didimo, Gregorio Nacianceno, el Niseno, Ambrosio, Agustino Gerónimo, Rufino, Teófilo, Cirilo, Casiano, Salviano, Leon, Teodoreto", y otros, que prescindiendo de su santidad, apenas tendrán en sabiduría y erudición un igual en las bibliotecas profanas. Pero no es menos verdad que de los otros testamentos hubo quienes no escribieron sino una carta, una breve apología, una disertación, una homilía, un sermón, unos versos. De todo esto se compone una biblioteca, y de todo esto y otras cosas se compone la presente.

Y si Tranquilo se mira como el modelo de los bibliotecarios o bibliógrafos, porque escribió un libro o *Catálogo y noticia de los oradores y gramáticos*, ¿por qué no merecerá aprecio una Biblioteca, en que se da noticia de más de mil oradores, que ejercieron la elocuencia sagrada no como aquellos con aplauso vano, sino con frutos saludables en las provincias de Occidente? y demás de quinientos que aprendieron, enseñaron y dieron reglas, gramáticas y diccionarios, no de unas lenguas vulgares, como la griega y latina, sino de las más raras y difíciles y desconocidas del orbe.

Tales, pero no solos, fueron los objetos del estudio de nues-

tros escritores americanos. Y fueron los que debieron ser. Porque ¿qué otros más propios, más útiles, más oportunos ni necesarios que la inteligencia de las lenguas incultas, que era preciso aprender para catequizar, y forzoso cultivar para hacerlas cristianas y sabias?, ¿la instrucción de los indios en la doctrina de la fe y de la moral evangélica?, ¿la educación de la nueva juventud española?, ¿la erudición de éstos y de los indios en las letras humanas, en la filosofía, en la teología, en la jurisprudencia, en la medicina, en la historia? ¿Qué ocupación más digna de un literato, que la de dar al mundo antiguo las noticias geográficas, físicas y políticas de los nuevos países conquistados? Ni ¿qué conocimientos más apreciables podían haber franqueado a la república literaria que los de las historias de estos pueblos, de sus Reyes, ritos y costumbres, y de los progresos de la cristiandad y de las letras? ¿Quería más el doctor Robertson? ¿Pretendía acaso con justicia, ni aun con racionalidad que de la infante América, hubiesen pasado a la docta y anciana Europa los descubrimientos del galvanismo, del cálculo infinitesimal; de la cuadratura del círculo, o de la inoculación? ¿Y qué? ¿tan despreciables son los adelantamientos, que han hecho los americanos españoles en la minería y mineralogía? ¿y aún en la química y botánica? ¿Se podría exigir de los literatos americanos el hacer nuevos *Comentarios de las Stas. Escrituras*, o nuevas notas e ilustraciones a los santos padres y autores clásicos profanos? Mas mucho hay, sin embargo, de esto en nuestra biblioteca; y cuando nada hubiera, sobraba lo que en ella hay, para decir a los detractores de nuestra literatura y del gobierno español lo que S. Gerónimo dijo a los Celsos, Porfirios, y Julianos, perros rabiosos que empleaban sus bocas en ladrar contra Jesucristo, y contra su Iglesia, y morder a los cristianos como a gente rústica e iliterata. "Discant ergo Celsus, Prophyrius, Julianus, rabidi adversus Christum canes: Discant eorum sectatores, qui putant Ecclesiam nullos philosophos, et eloquentes, nullos habuisse doctores, quanti et quales viri eam fundaverint: et desinant fidem nostram rusticae tantum simplicitatis arguere, suamque potius imperitiam agnoscant."

Yo bien sé que para los delicadísimos paladares de los eruditos de este siglo de irreligión, de libertinaje y de materia, a excepción de una docena de artículos de esta biblioteca, serán los demás paja digna de las llamas, como monumentos del fanatismo y de la superstición de los devotos y de los frailes

aristotélicos. “¡Tantas vidas de santos! —dirán—. ¡Tantos panegíricos! ¡Tantos tratados de Natura Dei y de Trinitate! ¡Tantas alegaciones y defensas jurídicas! ¡Tantos devocionarios! Pero ¿dónde —añadirán con el Plinio de las cosas de América, Robertson—, dónde están los nuevos inventos y descubrimientos? ¿dónde las nuevas verdades en las ciencias abstractas?” ¿Y no estáis contentos, avarientos universales e insaciables, con el oro y la plata, que os han dado las Américas españolas? ¿Todavía exigís de ellas tesoros de literatura? Pero no sois sinceros, y vuestra extrañeza sólo es efecto de vuestra maledicencia, y desahogo de vuestra mortal envidia. Yo os confieso que no hallaréis todo lo que afectáis desear en esta biblioteca, porque un infante de tres años no puede saber lo que un hombre de cincuenta. Ni yo, ni otro alguno de los españoles americanos juiciosos y sensatos, pretendo exaltar su literatura sobre la de Europa. Sabemos que de allá vinieron nuestros maestros; y el agradecimiento y la justicia, más que la vanagloria, nos obliga a hacer ver a los que nos tengan todavía por bestias y por esclavos, que en la América española se han multiplicado y se conservan discípulos dignos de los sabios españoles del siglo décimo sexto. Porque, digámoslo aquí, una de las circunstancias más felices para la América, fue el haberse conquistado, poblado y educado en la fe, y en las ciencias en un siglo en que España era la maestra de las letras, como la señora también de las armas. Acaso esto fue lo que obligó a decir, como profetizando al sabio flamenco Justo Lipsio en el Libro de *Magnitudo Romana*: entrando ya el nuevo mundo descubierto, excede el imperio español al romano en terreno, y aunque ahora no es mayor en gente y riqueza . . . florecerán aquellas provincias, se aumentarán, y por un oculto decreto de la providencia pasarán del Oriente al Occidente al poder y la grandeza.” No tanto. Pero las ciencias y las virtudes, sin las cuales no hay verdadera grandeza, pasaron desde luego por los españoles a sus Américas; y acaso se habría cumplido el prenuncio de Lipsio, si los malcontentos americanos no hubiesen hecho en estos últimos tiempos esfuerzos para romper los estrechos y naturales vínculos, que les unen con los españoles de la Europa.

“Mucho ripio (continuarán los críticos) de sermones, alegaciones y disputas teológicas, es lo que se encuentra en esta Biblioteca, con que se nos quiere imponer.” ¿Y de qué se componen los gruesos volúmenes de las bibliotecas más celebradas? Los sermones entre los cristianos deben compararse a las ora-

ciones de los oradores; y aunque no todas las de los nuestros puedan compararse con las oraciones de Cicerón y Demóstenes, hay muchísimas que pueden servir de lecciones de la más fina y nerviosa elocuencia sagrada. Las alegaciones jurídicas, ¿qué otra cosa son sino unas disertaciones y opúsculos de jurisprudencia canónica, civil y criminal; y por otra parte unas oraciones del género judicial?, que cuando no compitan con las de Tulio, exceden en número, y pueden apearse muchas de ellas con las de los celebrados oradores, de que hacen memoria el mismo Cicerón y Tranquilo? Y las disputaciones teológicas de Deo, et Misteriis Fidei, de que hay abundancia en esta Biblioteca ¿no pueden ponerse en la clase de las que escribieron los autores eclesiásticos de los Catálogos de S. Gerónimo y Gennadio? Qué, ¿sólo deben ponerse en una Biblioteca las obras de Newton, de Leibnitz, de Milton y de Shakespeare? Mi *Biblioteca* no es selecta, sino histórica y universal, y todo debe ponerse en ella, y así encierra mucho bueno, mucho malo, mucho mediano, y bastante selecto y muy apreciable. Y cuando todo fuese mediano y regular ¿qué resultaría? Que no podríamos sentarnos todavía en el banco de arriba de la academia de los sabios europeos. Sea en buena hora. Pero desde estar sentados en el banco de abajo, a estar (como se cree, y se calumnia) con la cadena al cuello, vegetando no más, y acaso pastando en los campos, hay una infinita distancia.

También fastidiará a los mismos y a otros la repetición de tantos empleos eclesiásticos y religiosos, canónigos, y calificadores, examinadores, sinodales, priores guardianes, lectores jubilados, etc. Pero quedarán ilustrados al mismo tiempo de que las diócesis y provincias regulares de la América Septentrional, están en el mismo, y no peor pie que las europeas: y acordarán o aprenderán, si lo ignoraban, como sucedía al doctor Robertson, que no solamente se le ha escuchado en mil capítulos generales de Roma, y de otras ciudades de la Europa el sufragio de los frailes americanos, si no que en la séptima congregación general de los jesuitas tuvo muchos votos para prepósito general un jesuita mexicano; y en otra general asamblea del orden de predicadores, fue electo general un fraile americano, natural de Querétaro, doctor y catedrático de la Universidad de México; y que supo con su gobierno y conducta desmentir al nombre de bárbaro con que le insultó Pasquin, cuando dijo a los electores: *Noluistis barbatum et ele-
gisticum Barbarum*; y más moderadamente se ha visto en Roma, gobernar otro americano del Perú, con sabiduría y acierto, a

todo el esclarecido orden augustiniano. ¡Notable ignorancia y obstinación de los italianos! ¿Si se habrán desengañado ya con la experiencia, que les han dejado los ingenios y escritos de los jesuitas americanos, de que se habla en esta Biblioteca?

Pero basta; y concluyo protestando que no me lisonjeo de haber llenado toda mi idea. Este género de escritos debe ser obra de una sociedad o de muchas manos, para que se acerque a su perfección. Yo me atreví a emprender solo la formación de esta biblioteca; pero siempre con la confianza de que otras plumas, a quienes animen los mismos motivos que a la mía, concluirán la obra, enmendando mis descuidos. México. 17 de marzo de 1816.